Annotation

El hombre había desaparecido. El mito no.
Músico, mendigo, ladrón, estudiante, mago, trotamundos, héroe y asesino, Kvothe había borrado su rastro. Y ni siquiera ahora que le han encontrado, ni siquiera ahora que las tinieblas invaden los rincones del mundo, está dispuesto a regresar.
Pero su historia prosigue, la aventura continúa, y Kvothe seguirá contándola para revelar la verdad tras la leyenda.

EL TEMOR DE UN HOMBRE SABIO

Crónica del Asesino de Reyes Nº2

El hombre había desaparecido. El mito no.
Músico, mendigo, ladrón, estudiante, mago, trotamundos, héroe y asesino, Kvothe había borrado su rastro. Y ni siquiera ahora que le han encontrado, ni siquiera ahora que las tinieblas invaden los rincones del mundo, está dispuesto a regresar.
Pero su historia prosigue, la aventura continúa, y Kvothe seguirá contándola para revelar la verdad tras la leyenda.

Título Original: *The Wise Man's Fear*
Traductor: Gemina Rovira

ISBN: 9788401339639
Generado con: QualityEPUB v0.29

El TEMOR DE UN HOMBRE SABIO

Crónica del Asesino de Reyes: segundo día

Patrick Rothfuss

Traducción de Gemina Rovira

A mis pacientes lectores, por consultar mi blog y asegurarme que preferían un libro excelente, aunque me llevase algo más de tiempo.
A mis brillantes lectores beta, por su inestimable ayuda y por tolerar mi obsesión por la confidencialidad, rayana en la paranoia.
A mi fabuloso agente, por ahorrarme trabajo y hacerme la vida más fácil.
A mi sabia editora, por concederme el tiempo y el espacio para escribir un libro del que me enorgullezco.
A mi querida familia, por apoyarme y recordarme que es bueno salir de casa de cuando en cuando.
A mi comprensiva compañera, por no abandonarme cuando la tensión de unas revisiones interminables me convertía en un monstruo insufrible.
A mi adorado hijito, por quererme aunque siempre tenga que marcharme a escribir. Incluso cuando nos lo estamos pasando en grande. Incluso cuando estamos hablando de patos

PRÓLOGO: Un silencio triple

Amanecía. En la posada Roca de Guía remaba el silencio, un silencio triple.
El silencio más obvio era una calma inmensa y resonante, constituida por las cosas que faltaban. Si hubiera habido una tormenta, las gotas de lluvia habrían golpeado y tamborileado en la enredadera de selas de la fachada trasera de la posada. Los truenos habrían murmurado y retumbado y habrían perseguido el silencio calle abajo cómo hacían con las hojas secas del otoño. Si hubiera habido viajeros agitándose dormidos en sus habitaciones, se habrían removido inquietos y habrían ahuyentado el silencio con sus quejidos, como hacían con los sueños deshilachados y medio olvidados. Si hubiera habido música... pero no, claro que no había música. De hecho, no había nin-' guna de esas cosas, y por eso persistía el silencio.
En la posada Roca de Guía, un individuo moreno cerró con cuidado la puerta trasera. Moviéndose en la oscuridad más absoluta, cruzó la cocina y la taberna con sigilo y bajó por la escalera del sótano. Con la facilidad que confiere una larga experiencia, evitó los tablones sueltos que pudieran crujir o suspirar bajo su peso. Cada paso lento que daba solo producía un levísimo tap en el suelo. Su presencia añadía un silencio, pequeño y furtivo, al otro silencio, resonante y mayor. Era una especie de amalgama, un contrapunto.
El tercer silencio no era fácil reconocerlo. Si pasabas largo rato escuchando, quizá empezaras a notarlo en el frío del cristal de la ventana y en las lisas paredes de yeso de la habitación del posadero. Estaba en el arcón oscuro que había a los pies de una cama dura y estrecha. Y estaba en las manos del hombre allí tumbado, inmóvil, atento a la pálida insinuación de la primera luz del amanecer.
El hombre tenía el pelo rojo como el fuego. Sus ojos eran oscurosy distantes, y yacía con el aire de resignación de quien ha perdido hace ya mucho toda esperanza de conciliar el sueño.
La posada Roca de Guía era suya, y también era suyo el tercer silencio. Así debía ser, pues ese era el mayor de los tres silencios, y envolvía a los otros dos. Era profundo y ancho como el final del otoño. Era grande y pesado como una gran roca alisada por la erosión de las aguas de un río. Era un sonido paciente e impasible como el de las flores cortadas; el silencio de un hombre que espera la muerte.

1 Manzana y baya de saúco

Bast estaba apoyado en la barra de caoba, aburrido. Paseó la mirada por la estancia vacía, suspiró y rebuscó hasta que encontró un trapo de hilo limpio. Entonces, con gesto de resignación, empezó a limpiar una parte de la barra.
Pasados unos momentos, se inclinó hacia delante y, entornando los ojos, examinó una mota apenas visible. La rascó y frunció el entrecejo al ver la mancha de grasa que había dejado con el dedo. Se encorvó un poco más, echó el aliento sobre la barra y la frotó con ímpetu. Luego se detuvo, volvió a exhalar con fuerza sobre la madera y escribió una palabra obscena en la película que había formado el vaho.
Dejó el trapo y avanzó entre las mesas y las sillas vacías hacia las " amplias ventanas de la taberna. Se quedó allí de pie largo rato, contemplando la calle polvorienta que atravesaba el centro del pueblo.
Bast dio otro suspiro y empezó a pasearse por la estancia. Se movía con la elegancia desenfadada de un bailarín y con la perfecta indolencia de un gato. Pero cuando se pasó las manos por el cabello oscuro, su gesto reveló inquietud. Sus ojos azules recorrían incesantemente la habitación, como si buscaran una salida. Como si buscaran algo que él no hubiera visto ya un centenar de veces.
Pero no había nada nuevo. Mesas y sillas vacías. Taburetes vacíos junto a la barra. Detrás de esta, sobre un aparador, se erguían dos barriles inmensos: uno de whisky y el otro de cerveza. Entre los dos barriles había una amplia colección de botellas de diversas formas y colores. Sobre las botellas colgaba una espada.
Bast posó la mirada en las botellas. Se concentró en ellas y las examinó largo rato; fue detrás de la barra y cogió una pesada jarra de arcilla.
Inspiró hondo, apuntó con un dedo a la primera botella de la hilera inferior y empezó a recitar para sí mientras iba contando:

Arce. Mayo.
Canta y baila.
Ceniza y brasa.
Del saúco la baya.

En el momento de pronunciar la última palabra, Bast señalaba una botella rechoncha de color verde. Le quitó el corcho, dio un sorbo tentativo, arrugó la cara y se estremeció. Dejó rápidamente la botella y cogió otra, roja y curvilínea. De esa también dio un sorbo; se restregó los labios con aire pensativo, asintió con la cabeza y vertió un chorro generoso en la jarra.
Señaló la siguiente botella y empezó a contar de nuevo:

Lana. Dama.
Noche lunera.
Sauce. Ventana.
Luz de candela.

Esa vez le tocó a una botella transparente que contenía un líquido de color amarillo pálido.

Bast le quitó el corcho y, sin molestarse en probar antes, vertió un buen chorro en la jarra. Dejó la botella, cogió la jarra y la agitó con gesto teatral antes de beber un trago. Compuso una sonrisa de satisfacción y le dio a la última botella con un dedo, haciéndola sonar brevemente antes de empezar de nuevo a entonar su cancioncilla:

Piedra. Duela.
Barrica y cebada.
Viento y agua...

Se oyó crujir una tabla del suelo. Bast alzó la mirada y esbozó una sonrisa.
—Buenos días, Reshi.
El posadero pelirrojo estaba al pie de la escalera. Se pasó las manos, de dedos largos, por el delantal limpio y por las mangas de la camisa.
—¿Se ha despertado ya nuestro invitado?
Bast negó con la cabeza.
—No ha dicho ni mu ni pío.
—Ha pasado dos días muy agitados —repuso Kote—. Seguramente le estarán pasando factura. —Vaciló un momento; luego levantó la barbilla y olfateó el aire—. ¿Estabas bebiendo? —El tono de la pregunta era más de curiosidad que acusador.
—No —contestó Bast.
El posadero arqueó una ceja.
—Estaba «catando» —puntualizó Bast—. Catar va antes que beber.
—Ah —replicó el posadero—. Entonces, ¿estabas preparándote para beber?
—¡Dioses minúsculos, sí! Y en exceso. ¿Qué más se puede hacer aquí? —Bast sacó su jarra de debajo de la barra y miró en ella—. Confiaba en encontrar licor de baya de saúco, pero solo había un brebaje de melón. —Hizo girar el contenido de la jarra mientras lo examinaba —. Y algo con especias. —Dio otro sorbo y entornó los ojos con aire pensativo—. ¿Canela?— preguntó mirando las hileras de botellas—. ¿No tenemos licor de saúco?
—Debe de estar por ahí —contestó el posadero sin molestarse en mirar las botellas—. Deja eso un momento y escúchame, Bast. Tenemos que hablar de lo que hiciste anoche.
Bast se quedó muy quieto.
—¿Qué hice, Reshi?
—Detuviste a esa criatura del Mael —dijo Kote.
—Ah. —Bast se relajó e hizo un ademán quitándole importancia—'. Solo lo paré un poco, Reshi. Nada más.
—Te diste cuenta de que no era simplemente un loco —dijo Kote meneando la cabeza—. Trataste de prevenirnos. Si no llegas a ser tan rápido...
—No fui muy rápido, Reshi. —Bast frunció el entrecejo—. Mató a Shep. —Bajó la mirada hacia las tablas del suelo, bien fregadas, cerca de la barra—. Shep me caía bien.
—Todos pensarán que nos salvó el aprendiz del herrero —dijo Kote—. Y seguramente sea mejor así. Pero yo sé la verdad. Si no llega a ser por ti, ese monstruo se los habría cargado a todos.
—Eso no es cierto, Reshi —lo contradijo Bast—. Tú lo habrías matado sin ninguna dificultad. Lo que pasa es que yo me adelanté.
El posadero descartó ese comentario encogiéndose de hombros,
—Lo que sucedió anoche me ha hecho pensar —prosiguió—. No sé qué podríamos hacer para protegernos. ¿Has oído alguna vez «La cacería de los jinetes blancos»?
—Esa canción era nuestra antes de que os la apropiarais, Reshi —respondió Bast con una sonrisa. Inspiró y cantó con una dulce voz de tenor:

En caballos niveos cabalgaban.
Arcos de asta y cuchillos de plata.
Y a sus frentes ceñían, verdes y rojas, frescas y flexibles, unas ramas.

El posadero asintió.
—Esa es precisamente la estrofa en que estaba pensando —dijo—. ¿Crees que podrías ocuparte mientras yo lo preparo todo aquí?
Bast asintió con entusiasmo y salió disparado; sin embargo, antes de entrar en la cocina se detuvo y preguntó con ansiedad:
—No empezaréis sin mí, ¿verdad?
—Empezaremos tan pronto como nuestro invitado haya comido y esté preparado —respondió Kote. Y, al ver la expresión de su joven alumno, se ablandó un poco—. De modo que calculo que tienes un par de horas.
Bast echó un vistazo al otro lado del umbral y, vacilante, volvió a mirar al posadero. Este, divertido, esbozó una sonrisa.
—Si no has vuelto para entonces, te llamaré antes de empezar. —Y ahuyentándolo con un gesto de la mano, añadió—: Vete ya.
El hombre que se hacía llamar Kote realizó su rutina habitual en la posada Roca de Guía. Se movía como un mecanismo de relojería, como un carromato que avanza por las profundas roderas de un camino.
Primero hizo el pan. Mezcló con las manos harina, azúcar y sal, sin molestarse en pesar las cantidades. Añadió un trozo de levadura del tarro de arcilla que guardaba en la despensa, trabajó la masa, dio forma redonda a las hogazas y las puso a fermentar. Con un badil retiró la ceniza acumulada en el horno de la cocina y encendió el fuego.
Y A continuación fue a la taberna y prendió la leña en la chimenea de piedra negra que ocupaba la pared norte, después de barrer la ceniza del inmenso hogar. Bombeó agua, se lavó las manos y subió una pieza de cordero del sótano. Recogió encendajas, entró más leña; golpeó el pan, que empezaba a. subir, y lo acercó al horno, ya caliente.de pronto ya no había nada más que hacer. Todo estaba preparado. Todo estaba limpio y ordenado. El posadero pelirrojo se quedó de pie detrás de la barra; su mirada fue regresando poco a poco de la distancia para concentrarse en la posada, en aquel momento y en aquel lugar, y acabó deteniéndose en la espada que colgaba en la pared, por encima de las botellas. No era una espada especialmente bonita, ornamentada ni llamativa. Era amenazadora, en cierto modo. Como lo es un alto acantilado. Era gris, sin melladuras y fría al tacto. Estaba tan afilada como un cristal roto. Tallada en la madera negra del tablero había una única palabra: «Delirio».
El posadero oyó unos pasos pesados en el porche de madera. El pasador traqueteó ruidosamente sin que llegara a abrirse la puerta, y a continuación se escucharon un retumbante «¡Hola!» y unos golpes.
—¡Un momento! —gritó Kote. Se apresuró hacia la puerta principal y giró la enorme llave metida en la resplandeciente cerradura de latón.
Al otro lado estaba Graham, con la gruesa mano en alto, a punto de llamar de nuevo. Al ver al posadero, en su rostro curtido se dibujó una sonrisa. ,
—¿Ha tenido que abrir hoy Bast por ti otra vez? —preguntó.
Kote sonrió, tolerante.
—Es buen chico —continuó Graham—. Un poco nervioso, quizá. Pensaba que hoy no abrirías la posada. —Carraspeó y se miró los pies un momento—. No me habría sorprendido, dadas las circunstancias.

Kote se guardó la llave en el bolsillo.
—La posada está abierta, como siempre. ¿En qué puedo ayudarte?
Graham se apartó del umbral y apuntó con la barbilla hacia fuera, donde había tres barriles junto a una carreta. Eran nuevos, de madera clara y lustrada, y con aros de metal reluciente.
—Ya sabía que anoche no podría dormir, y aproveché para terminar el último. Además, he oído decir que los Benton vendrán hoy con las primeras manzanas tardanas.
—Te lo agradezco.
—Los he apretado bien, para que aguanten todo el invierno. —Graham se acercó a los barriles y, orgulloso, golpeó uno de ellos con los nudillos—. No hay nada como una manzana de invierno para que el hambre no duela. —Miró a Kote con un destello en los ojos y volvió a golpear el barril—. Duela. ¿Lo has captado? ¿Las duelas del barril?
Kote gruñó un poco y se frotó la cara.
Graham rió para sí y pasó una mano por los brillantes aros de uno de los barriles.
—Nunca había hecho un barril con cercos de latón, pero me han quedado bien. Si ceden un poco, me avisas y los ajustaré.
—Me alegro de que hayas podido hacerlos —dijo el posadero—. En el sótano hay mucha humedad. El hierro solo aguantaría un par de años sin oxidarse.
—Tienes razón —coincidió Graham asintiendo—. La gente no suele pensar a largo plazo. —Se frotó las manos—. ¿Me echas una mano? No quiero que se me caiga uno y te deje marcas en el suelo.
Se pusieron a ello. Bajaron dos barriles al sótano, y el tercero lo pasaron por detrás de la barra; cruzaron la cocina y lo dejaron en la despensa.
Después los dos hombres volvieron a la taberna y se quedaron cada uno a un lado de la barra. Hubo un momento de silencio mientras Graham recorría con la mirada la estancia vacía. En la barra faltaban dos taburetes, y donde debería haber habido una mesa quedaba un espacio desocupado. En la ordenada taberna, esas ausencias llamaban tanto la atención como los huecos en una dentadura.
Graham desvió la mirada de una parte del suelo muy bien fregada, cerca de la barra. Se metió una mano en el bolsillo y sacó un par de ardites de hierro sin brillo; casi no le temblaba la mano.
—Sírveme una jarra pequeña de cerveza, ¿quieres, Kote? —dijo con voz áspera—. Ya sé que es temprano, pero me espera un día largo. Tengo que ayudar a los Murrion a recoger el trigo.
El posadero sirvió la cerveza y se la puso delante sin decir nada. Graham se bebió la mitad de un largo trago. Tenía los bordes de los párpados enrojecidos.
—Mal asunto, lo de anoche —dijo sin mirar al posadero, y dio otro sorbo.
Kote asintió con la cabeza. «Mal asunto, lo de anoche.» Lo más probable era que Graham no hiciera ningún otro comentario sobre la muerte de un hombre al que había conocido toda la vida. Aquella gente lo sabía todo de la muerte. Sacrificaban ellos mismos sus animales. Morían de fiebres, de caídas o de fracturas que se complicaban. La muerte era como un vecino desagradable: no hablabas de él por temor a que te oyera y decidiera pasar a hacerte una visita.
Excepto en las historias, por supuesto. Los relatos de reyes envenenados, de duelos y guerras antiguas no causaban ningún problema;vestían a la muerte con ropajes exóticos y la alejaban de tu puerta. El crup o una chimenea que se incendiaba podían resultar aterradores; el juicio de Gibea o el asedio de Enfast, en cambio, eran diferentes. Las historias eran como oraciones, como conjuros musitados a altas horas de la noche cuando caminabas solo en la oscuridad. Eran como amuletos de medio penique que le comprabas a un mercachifle por lo que pudiera pasar.

—¿Cuánto tiempo va a quedarse por aquí ese escribano? —preguntó Graham al poco rato, y su voz resonó dentro de su jarra—. Quizá debería pedirle que me pusiera por escrito algunas cosas, por si acaso. —Frunció un poco la frente—. Mi padre siempre los llamaba «codicilios». No recuerdo cuál es su verdadero nombre.
—Si se trata de bienes tuyos de los que tiene que ocuparse otra persona, se llama transmisión de bienes —dijo el posadero con naturalidad—. Si se refiere a otras cosas, se llama mandamus de últimas voluntades.
Graham miró a su interlocutor y arqueó una ceja.
—Al menos eso es lo que yo tengo oído —dijo el posadero bajando la mirada y frotando la barra con un trapo blanco limpio—. El escribano mencionó algo de eso.
—Mandamus... —murmuró.Graham con la jarra muy cerca de la cara—. Creo que le pediré que me escriba unos codicilios y que los legalice como mejor le parezca. —Miró de nuevo al posadero—. Supongo que seguramente habrá otros interesados en hacer algo pare-*cido, en los tiempos que corren.
El posadero frunció el ceño, y al principio pareció un gesto de irritación. Pero no, no era eso. De pie detrás de la barra, ofrecía el aspecto de siempre, y su expresión era plácida y cordial. Asintió ligeramente.
—Comentó que se levantaría hacia mediodía —señaló Kote—. Estaba un poco alterado por lo que pasó anoche. Si aparece alguien antes de esa hora, me temo que no lo encontrará.
—No importa —dijo Graham encogiéndose de hombros—. De todas formas, hasta la hora de comer no habrá ni diez personas en todo el pueblo. —Dio otro sorbo de cerveza y miró por la ventana—. Hoy es un día de mucha faena en el campo, y eso no tiene vuelta de hoja.
El posadero se relajó un tanto.
—Mañana todavía andará por aquí, así que no hay necesidad de que vengan todos hoy. Le robaron el caballo cerca del vado de Abbott, y está buscando otro.Graham aspiró entre dientes expresando compasión.
—Pobre desgraciado. En plena época de cosecha no encontrará un caballo por mucho que busque. Ni siquiera Cárter ha podido sustituir a Nelly después de que aquella especie de araña lo atacara junto al Puente Viejo. —Sacudió la cabeza—. Parece mentira que pueda ocurrir algo así a solo tres kilómetros de tu propia casa. Antes...
Graham hizo una pausa.
—¡Divina pareja, parezco mi padre! —Metió la barbilla e imprimió aspereza a su voz—: «Cuando yo era niño, las estaciones guardaban un orden. El molinero no metía el pulgar en el platillo de la balanza y cada uno se ocupaba de sus asuntos».
En el rostro del posadero se insinuó una sonrisa nostálgica.
—Mi padre afirmaba que la cerveza sabía mejor y que los caminos tenían menos roderas —dijo.
Graham sonrió, pero su sonrisa enseguida se descompuso. Miró hacia abajo, como si le incomodara lo que se disponía a decir:
—Ya sé que no eres de por aquí, Kote. Y eso no es fácil. Hay quien piensa que los forasteros no saben ni la hora que es.
Inspiró hondo; seguía sin mirar al posadero.
—Pero creo que tú sabes cosas que otros ignoran. Tú tienes una visión más... amplia, por así decirlo. —Levantó la mirada y, con seriedad y cautela, la clavó en el posadero; tenía ojeras por la falta de sueño—. ¿Están las cosas tan mal como parece últimamente? Los caminos se han vuelto peligrosos. Hay muchos robos y...
Graham hizo un esfuerzo evidente para no dirigir la vista a la parte de suelo vacía.
—Todos esos impuestos nuevos nos hacen pasar muchos apuros. Los Grayden están a punto de perder su granja. Esa especie de araña... —Dio otro trago de cerveza—. ¿Están las cosas tan mal como parece? ¿O me he vuelto viejo, como mi padre, y a todo le encuentro un

sabor amargo comparado con cuando era niño?
Kote se entretuvo frotando la barra, como si se resistiera a hablar.
—Creo que las cosas siempre van mal de un modo u otro —declaró—. Quizá sea que solo nosotros, los mayores, nos damos cuenta.
Graham fue a asentir, pero frunció el entrecejo.
—Pero tú no eres mayor, ¿no? Siempre se me olvida. —Miró de arriba abajo al pelirrojo—. Es decir, te mueves como un viejo y hablas como un viejo, pero no lo eres, ¿verdad? Calculo que tendrás la mitad de mis años. —Lo miró entornando los ojos—. ¿Qué edad tienes, por cierto?—La suficiente para sentirme viejo —contestó el posadero con una sonrisa que denotaba cansancio.
Graham soltó una risotada.
—Pero no la suficiente para hacer ruidos de viejo. Deberías andar por ahí persiguiendo mujeres y metiéndote en líos. Y dejar que los viejos nos quejemos de lo mal que está el mundo y de cómo nos duelen los huesos.
El anciano carpintero se separó de la barra empujando con ambos brazos y se dirigió hacia la puerta.
—Volveré para hablar con tu escribano cuando paremos para comer. Y no seré el único. Hay muchos que querrán poner por escrito algunas cosas de modo oficial si tienen ocasión.
El posadero inspiró y expulsó el aire despacio.
—Graham...
El carpintero, que ya tenía una mano en la puerta, se volvió.
—No eres solo tú —dijo Kote—. Las cosas van mal, y me dice el instinto que van a empeorar. A nadie le haría daño prepararse para un crudo invierno. Y quizá asegurarse de que podría defenderse, en caso de que fuera necesario. —Se encogió de hombros—. Al menos eso es lo que me dice el instinto.
Graham apretó los labios formando una línea fina. Luego inclinó una vez la cabeza con gesto serio.
—Bueno, me alegro de no ser el único que lo intuye. —Entonces forzó una sonrisa y empezó a arremangarse la camisa al mismo tiempo que se volvía hacia la puerta y decía—: ¡Pero hay que aprovechar mientras se pueda!
Poco después de eso, pasaron los Benton con un carro lleno de manzanas tardanas. El posadero les compró la mitad de las que llevaban y pasó una hora escogiéndolas y almacenándolas.
Metió las más verdes y más firmes en los barriles del sótano; las colocó con cuidado y las cubrió con serrín antes de clavar la tapa. Las que madurarían pronto las llevó a la despensa, mientras que las que tenían algún golpe o algún punto marrón las cortó en cuartos y las metió en una gran tina de peltre para hacer sidra con ellas.
Mientras seleccionaba y guardaba, el hombre pelirrojo parecía contento. Pero si alguien se hubiera fijado, quizá habría visto que, si bien tenía las manos ocupadas, su mirada estaba lejos de allí. Y si bien tenía una expresión serena, casi agradable, no había alegría enella. El posadero no tarareaba ni silbaba mientras trabajaba. No cantaba.
Cuando hubo seleccionado la última manzana, cruzó la cocina con la tina de peltre y salió por la puerta trasera. Era una fría mañana de otoño, y detrás de la posada había un pequeño jardín privado, resguardado por unos árboles. Kote echó un montón de manzanas cuarteadas en la prensa de madera y enroscó la tapa hasta que esta empezó a ofrecer resistencia.
A continuación se arremangó la camisa hasta más arriba de los codos, asió el mango de la prensa con sus largas y elegantes manos y lo hizo girar. La tapa descendió, juntando primero las manzanas y luego triturándolas. Girar y asir. Girar y asir.
Si hubiera habido allí alguien mirando, se habría fijado en que aquel hombre no tenía brazos

blancuchos de posadero. Cuando hacía girar el mango de madera, se le marcaban los músculos de los antebrazos, duros como cuerdas retorcidas. En la piel se le dibujaba un entramado de cicatrices viejas. La mayoría eran pálidas y finas como las grietas del hielo invernal. Otras eran rojas y terribles, y destacaban en su piel clara.

Las manos del posadero asían y giraban, asían y giraban. Solo se oían el crujido rítmico de la madera y el chorrito lento de la sidra al caer en el cubo que había debajo. Aquella operación tenía ritmo, pero le faltaba música; y la mirada del posadero era ausente y cargada de tristeza, los ojos de un verde tan pálido que casi parecían grises.

2 Acebo

Cronista llegó al pie de la escalera y entró en la taberna de la Roca de Guía con su cartera de cuero colgada del hombro. Se paró en el umbral y vio al posadero pelirrojo encorvado sobre la barra, examinando algo minuciosamente.

Cronista carraspeó y entró en la estancia.

—Discúlpame por haber dormido hasta tan tarde —dijo—. No suelo... —Se interrumpió al ver lo que había encima de la barra—. ¿Estás preparando una tarta?

Kote, que estaba haciendo el reborde de la tarta con dos dedos, levantó la cabeza y, poniendo énfasis en el plural, dijo:

—Tartas. Sí, ¿por qué?

Cronista abrió la boca y la cerró. Desvió la mirada hacia la espada que colgaba, gris y silenciosa, en la pared, detrás de la barra, y luego volvió a dirigirla al posadero, que plisaba meticulosamente el borde de la tapa de masa alrededor del molde.

—Y ¿de qué son? —preguntó.

—De manzana. —Kote se enderezó y, con cuidado, hizo tres cortes en la tapa de masa de la tarta—. ¿Sabes lo difícil que es preparar una buena tarta?

—Pues no —admitió Cronista, y miró alrededor con nerviosismo—. ¿Dónde está tu ayudante?

—Esas cosas solo Dios puede saberlas —respondió el posadero—. Es muy difícil. Me refiero a hacer tartas. Nunca lo dirías, pero el proceso conlleva mucho trabajo. El pan es fácil. La sopa es fácil. El pudin es fácil. Pero la tarta es complicada. Es algo que no descubres hasta que intentas hacer una tú mismo.

Cronista asintió distraídamente, sin saber si se esperaba alguna otra cosa de él. Se descolgó la cartera del hombro y la dejó en una mesa cercana.

Kote se limpió las manos en el delantal.

—¿Sabes esa pulpa que queda cuando prensas manzanas para hacer sidra? —preguntó.

—¿El bagazo?

—¡Bagazo! —exclamó Kote con profundo alivio—. Eso es, el bagazo. ¿Qué hace la gente con él, después de extraer el zumo?

—Con el bagazo de uva se puede hacer un vino flojo —contestó Cronista—. O aceite, pero para eso necesitas mucha cantidad. Pero el bagazo de manzana no sirve para gran cosa. Puedes usarlo como fertilizante o mantillo, pero no es muy bueno. La gente se lo echa como alimento al ganado.

Kote asintió con aire pensativo.

—No pensaba que lo tiraran sin más. Por aquí lo aprovechan todo de una forma u otra. Bagazo. —Hablaba como si saboreara la palabra—. Es algo que me tenía preocupado desde hace dos años.

—En el pueblo cualquiera habría podido decírtelo —replicó Cronista, desconcertado.

—Si es algo que sabe todo el mundo, no puedo permitirme el lujo de preguntarlo —dijo el posadero frunciendo el entrecejo.

Se oyó una puerta que se cerraba y, a continuación, unos alegres y distraídos silbidos. Bast salió de la cocina cargado de pinchudas ramas de acebo envueltas en una sábana blanca.

Kote asintió con gravedad y se frotó las manos.

—Estupendo. Y ahora, ¿cómo...? —Entrecerró los ojos—. ¿Son esas mis sábanas buenas?

Bast miró el bulto que llevaba en las manos.

—Bueno, Reshi —dijo despacio—, eso depende. ¿Tienes sábanas malas?

Los ojos del posadero llamearon airados durante un segundo; luego Kote suspiró.

—Supongo que no importa. —Estiró un brazo y separó una larga rama del montón—. Muy bien, y ¿qué hacemos con esto?
Bast se encogió de hombros.
—Yo tampoco sé qué hacer, Reshi. Sé que los Sithe salían a caballo con coronas de acebo cuando perseguían a los bailarines de piel...
—No podemos pasearnos por ahí con coronas de acebo en la cabeza —dijo Kote con desdén—. La gente hablaría de nosotros.
—Me da igual lo que piensen y digan estos pueblerinos —murmuró Bast, y empezó a trenzar varias ramas largas y flexibles—. Cuando un bailarín se mete en tu cuerpo, eres como un títere movido por hilos. Si quieren, pueden hacer que te muerdas la lengua. —Levantó la corona, inacabada, y se la puso sobre la cabeza para comprobar la medida. Arrugó la nariz—. Pincha.
—Según las historias que he oído —dijo Kote—, con el acebo también se los puede atrapar en un cuerpo.
—¿No bastaría con que lleváramos hierro? —preguntó Cronista. Los otros dos lo miraron con curiosidad desde detrás de la barra, como si casi se hubieran olvidado de su presencia—. No sé, si es una criatura mágica...
—No digas «criatura mágica» —le espetó Bast—. Pareces un niño pequeño. Es un ser fata. Un Faen, si quieres.
Cronista vaciló un momento antes de continuar.
—Si esa cosa se metiera en el cuerpo de alguien que llevara encima algo de hierro, ¿no le haría daño? ¿No saldría inmediatamente?
—Pueden hacer. Que te muerdas. La lengua —repitió Bast, separando las palabras como si hablara con un niño particularmente estúpido—. Una vez dentro de ti, pueden utilizar tu mano para sacarte los ojos con la misma facilidad con que arrancarías una margarita. ¿Qué te hace pensar que no podrían quitarte una pulsera o un anillo? —Meneó la cabeza y se miró los dedos mientras entrelazaba hábilmente otra rama de acebo, de un verde brillante, en la corona que sostenía—. Además, yo no pienso llevar hierro.
—Si pueden salir de los cuerpos —dijo Cronista—, ¿por qué el de anoche no salió del cuerpo de aquel hombre? ¿Por qué no se metió en alguno de nosotros?
Hubo un largo silencio, y entonces Bast se dio cuenta de que los otros dos lo estaban mirando.
—¿Me lo preguntas a mí? —Soltó una risita incrédula—. No tengo ni idea. Anpauen. A los últimos bailarines de piel los cazaron hace cientos de años. Mucho antes de mi época. Yo solo he oído historias.
—Entonces, ¿cómo sabemos que no saltó? —preguntó Cronista despacio, como si hasta preguntarlo le diera apuro—. ¿Cómo sabemos que no sigue aquí? —Estaba muy tieso en la silla—. ¿Cómo sabemos que ahora no está en alguno de nosotros?
—Pareció que muriese cuando murió el cuerpo del mercenario —dijo Kote—. Lo habríamos visto marchar. —Le lanzó una mirada a Bast—. Se supone que cuando abandonan el cuerpo toman la forma de una sombra oscura o de humo, ¿no es así?
Bast asintió.
—Además —señaló—, si hubiera salido del cuerpo, habría empezado a matar gente con el nuevo cuerpo. Eso es lo que suelen hacer. Van saltando de un cuerpo a otro hasta que no queda nadie con vida.
El posadero miró a Cronista y compuso una sonrisa tranquilizadora.
—¿Lo ves? Quizá ni siquiera fuera un bailarín de piel. Quizá solo fuera algo parecido.
La mirada de Cronista delataba espanto.
—Pero ¿cómo podemos estar seguros? Ahora mismo podría estar dentro del cuerpo de cualquiera de los vecinos...

—Podría estar dentro de mí —dijo Bast con desenvoltura—. A lo mejor solo estoy esperando a que bajes la guardia y entonces te morderé en el pecho, justo a la altura del corazón, y me beberé toda su sangre. Como si succionara el jugo de una ciruela.

Los labios de Cronista dibujaban una delgada línea.

—No tiene gracia —dijo.

Bast levantó la cabeza y miró a Cronista con una sonrisa maliciosa, mostrando los dientes. Pero había algo inquietante en su expresión. La sonrisa duraba demasiado. Era demasiado radiante. Y Bast no miraba directamente al escribano, sino ligeramente hacia un lado.

Se quedó quieto un momento; sus dedos ya no trabajaban, ágiles, entre las verdes hojas. Se miró las manos con curiosidad y dejó caer la corona de acebo sin terminar sobre la barra. Su sonrisa se apagó poco a poco y dejó paso a un semblante inexpresivo; echó un vistazo a la taberna, como embobado.

—¿Te veyanf —dijo con una voz extraña. Sus ojos, vidriosos, reflejaban confusión—. ¿Tetanten ventelanet?

Entonces, moviéndose a una velocidad asombrosa, Bast se lanzó hacia Cronista desde detrás de la barra. El escribano saltó de la silla, apartándose de un brinco. Derribó dos mesas y media docena de sillas antes de tropezar y caer al suelo, moviendo los brazos y las piernas desesperadamente en un intento de llegar hasta la puerta.

Mientras se arrastraba, muerto de miedo, pálido y horrorizado, Cronista lanzó una rápida mirada por encima del hombro, y vio que Bast no había dado más de tres pasos. El joven moreno estaba de pie junto a la barra, doblado por la cintura y temblando muerto de risa. Con una mano se tapaba la cara, y con la otra apuntaba a Cronista. Sus carcajadas eran tan violentas que apenas podía respirar. Al cabo de un momento tuvo que sujetarse con ambos brazos a la barra.Cronista estaba furioso.

—¡Imbécil! —gritó mientras se ponía de pie con dificultad—. ¡Eres... eres un imbécil!

Bast, todavía falto de aire por la risa, levantó los brazos y, casi sin fuerzas, hizo ver que arañaba el aire, como un niño que imita a un oso.

—Bast —lo reprendió el posadero—. Venga. Por favor. —Pero si bien el tono de Kote era severo, la risa se reflejaba en sus ojos. Le temblaban los labios, tratando de no dejar escapar una sonrisa.

Ofendido, Cronista puso las sillas y las mesas en su sitio, golpeándolas contra el suelo con más fuerza de la necesaria. Cuando por fin llegó a la mesa a la que antes estaba sentado, tomó de nuevo asiento, con la espalda muy tiesa. Para entonces Bast volvía a estar detrás de la barra, con la respiración agitada y muy concentrado en el acebo que tenía en las manos.

Cronista lo fulminó con la mirada y se frotó la espinilla. Bast sofocó algo que, teóricamente, habría podido ser una tos.

Kote rió para sus adentros y sacó otra rama de acebo del fardo, añadiéndola al largo cordón que estaba trenzando. Levantó la cabeza y miró a Cronista.

—Antes de que me olvide, creo que hoy vendrá gente a solicitar tus servicios de escribano.

—Ah, ¿sí? —Cronista parecía sorprendido.

Kote asintió y dio un suspiro de irritación.

— Sí. La noticia ya ha empezado a correr, no podemos hacer nada. Tendremos que ocuparnos de ellos como podamos. Por suerte, todo aquel que tenga dos buenas manos estará trabajando en el campo hasta mediodía, de modo que no tendremos que preocuparnos por eso hasta...

Los dedos del posadero, que manejaban las ramas de acebo con torpeza, partieron una rama, y una espina se le clavó en la yema del pulgar. El pelirrojo no se inmutó ni maldijo en voz alta; se limitó a fruncir el ceño y mirarse las manos mientras se formaba una gota de sangre, roja como una baya.

El posadero, arrugando la frente, se llevó el pulgar a la boca. Su expresión ya no era risueña, y tenía la mirada dura e inescrutable. Dejó a un lado el cordón de acebo sin terminar, con un gesto tan deliberadamente desenfadado que casi daba miedo.
Volvió a mirar a Cronista y, con una voz absolutamente calmada, agregó:—Lo que quiero decir es que deberíamos aprovechar el tiempo antes de que nos interrumpan. Pero antes, supongo que querrás desayunar algo.
—Si no es mucha molestia —contestó Cronista.
—En absoluto —dijo Kote; se dio la vuelta y entró en la cocina.
Bast lo vio marchar con gesto de preocupación.
—Tendrías que apartar la sidra del fuego y ponerla fuera a enfriar —le gritó—. La última tanda parecía mermelada y no jugo. Ah, y he encontrado unas hierbas ahí fuera. Están encima del barril del agua de lluvia. Míratelas, a ver si sirven para la cena.
Una vez solos en la taberna, Bast y Cronista se miraron largamente por encima de la barra. El único sonido que se oyó fue el golpe de la puerta trasera al cerrarse.
Bast le hizo un último arreglo a la corona que tenía en las manos y la examinó desde todos los ángulos. Se la acercó a la cara como si fuera a olería; pero en lugar de eso, inspiró hondo llenando los pulmones, cerró los ojos y sopló sobre las hojas de acebo, tan suavemente que estas apenas se movieron. Abrió los ojos, compuso una sonrisa adorable de disculpa y fue hacia Cronista.
—Toma. —Ofreció la corona de acebo al escribano, que seguía sentado.
Cronista no hizo ademán de cogerla, pero Bast no borró la sonrisa de sus labios.
—No lo has visto porque estabas muy entretenido cayéndote —dijo con voz queda—, pero cuando has salido corriendo, se ha reído. Ha soltado tres buenas carcajadas desde lo más hondo del vientre. Tiene una risa maravillosa. Es como la fruta. Como la música. Llevaba meses sin oírla.
Bast volvió a tenderle la corona de acebo sonriendo con timidez.
—Esto es para ti. Le he puesto toda la grammaría que tengo. Se mantendrá viva y verde más tiempo del que imaginas. Cogí el acebo de la manera adecuada y le he dado forma con mis propias manos. Está cogido, tejido y movido con un propósito. —Alargó un poco más el brazo, como un niño tímido entregando un ramo de flores—. Tómala. Es un regalo que te hago de buen grado. Te lo ofrezco sin compromiso, impedimento ni obligación.
Cronista, vacilante, estiró el brazo y cogió la corona. La examinó dándole vueltas con las manos. Entre las hojas verde oscuro había unas bayas rojas que parecían gemas, y estaba hábilmente trenzada, de manera que las espinas apuntaban hacia fuera. Se la colocó con cuidado sobre la cabeza y comprobó que se ajustaba muy bien al contorno de su frente.
—¡Aclamemos todos al Señor del Desgobierno! —gritó Bast, sonriendo y levantando las manos. Luego soltó una risa jubilosa.
Una sonrisa se asomó a los labios de Cronista mientras se quitaba la corona.
—Bueno —dijo en voz baja al mismo tiempo que bajaba las manos hasta el regazo—, ¿significa esto que estamos en paces?
Bast ladeó la cabeza, confuso.
—¿Cómo dices?
—Me refiero a lo que me dijiste... anoche... —Cronista parecía incómodo.
Bast parecía sorprendido.
—Ah, no —dijo con seriedad, negando con la cabeza—. No. En absoluto. Me perteneces, hasta la médula de los huesos. Eres un instrumento de mis deseos. —Echó un vistazo hacia la cocina, y su expresión se tornó amarga—. Y ya sabes qué es lo que deseo. Hacerle recordar que es algo más que un posadero que prepara tartas. —La última palabra fue casi un escupitajo.
—Sigo sin saber qué puedo hacer yo —repuso Cronista, removiéndose en la silla y desviando

la mirada.
—Harás todo lo que puedas —replicó Bast en voz baja—. Lo harás salir de dentro de sí mismo. Lo despertarás. —Esto último lo dijo con fiereza.
Puso una mano en el hombro de Cronista y entrecerró ligeramente los ojos azules.
—Le harás recordar. Lo harás.
Cronista vaciló un momento; luego agachó la cabeza, miró la corona de acebo que tenía en el regazo y asintió con una leve inclinación.
—Haré lo que pueda.
—Eso es lo único que todos nosotros podemos hacer —dijo Bast, y le dio una palmadita amistosa en la espalda—. Por cierto, ¿qué tal el hombro?
El escribano lo hizo girar, y el movimiento pareció fuera de lugar, porque el resto de su cuerpo se mantuvo rígido y quieto.
—Dormido. Frío. Pero no me duele.
—Era de esperar. Yo en tu lugar no me preocuparía. —Bast le sonrió alentadoramente—. La vida es demasiado corta para que os preocupéis por cosas sin importancia.
Desayunaron: patatas, tostadas, tomates y huevos. Cronista se sirvió una ración respetable, y Bast comió por tres. Kote iba haciendo sus tareas: fue a buscar más leña, echó carbón al horno para prepararlo para cocer las tartas y vertió en jarras la sidra que había puesto a enfriar.
Estaba llevando un par de jarras de sidra a la barra cuando se oyeron unas pisadas de botas en el porche de madera de la posada, más fuertes que unos golpes dados en la puerta con los nudillos. Al cabo de un momento, el aprendiz del herrero irrumpió en la taberna. Pese a tener solo dieciséis años, era uno de los hombres más altos del pueblo, y tenía unos hombros anchos y unos brazos gruesos.
—Hola, Aaron —dijo el posadero con serenidad—. Cierra la puerta, ¿quieres? Entra mucho polvo.
Cuando el aprendiz del herrero se dio la vuelta para cerrar la puerta, el posadero y Bast, sin decirse nada y actuando perfectamente coordinados, escondieron con rapidez casi todo el acebo debajo de la barra. El aprendiz del herrero se dio la vuelta de nuevo y vio a Bast jugueteando distraídamente con algo que habría podido ser una pequeña guirnalda inacabada. Algo con que mantener los dedos ocupados para combatir el aburrimiento.
Aaron no dio muestras de haber notado nada raro cuando se apresuró hacia la barra.
—Señor Kote —dijo, emocionado—, ¿podría prepararme unas provisiones de viaje? —Agitó un saco de arpillera vacío—. Cárter me ha dicho que usted sabría a qué me refiero.
El posadero asintió.
—Tengo pan y queso, salchichas y manzanas. —Le hizo una seña a Bast, que agarró el saco y se dirigió a la cocina—. ¿Adonde va Cárter?
—Nos vamos los dos —dijo el chico—. Hoy los Orrison van a vender unos añojos en Treya, y nos han contratado a Cárter y a mí para que los acompañemos, ya que los caminos están muy mal y todo eso.
—Treya —musitó el posadero—. Entonces no volveréis hasta mañana.
El aprendiz del herrero depositó despacio un delgado sueldo de plata sobre la brillante barra de caoba.
—Cárter confía en encontrar también un sustituto para Nelly. Pero dice que si no encuentra ningún caballo, quizá acepte la paga del rey.—¿Cárter piensa alistarse? —preguntó Kote arqueando las cejas.
El chico sonrió con una extraña mezcla de regocijo y tristeza.
—Dice que no tiene alternativa si no encuentra un caballo para su carro. Dice que en el ejército se ocupan de ti, que te dan de comer y que ves mundo. —La emoción se reflejaba en la mirada del joven, cuya expresión se debatía entre el entusiasmo de un niño y la seria

preocupación de un hombre—. Y ahora ya no te dan un noble de plata por alistarte. Ahora te dan un real. Un real de oro.
El rostro del posadero se ensombreció.
—Cárter es el único que se está planteando alistarse, ¿verdad? —Miró al chico a los ojos.
—Un real es mucho dinero —admitió el aprendiz del herrero, con sonrisa furtiva—. Y la vida es dura desde que murió padre y madre vino a vivir aquí desde Rannish.
—Y ¿qué opina tu madre de que te alistes en el ejército?
El chico se puso serio.
—Espero que no se me ponga usted de su lado —protestó—. Creí que lo entendería. Usted es un hombre, sabe que un hombre debe cuidar de su madre.
—Lo que sé es que tu madre preferiría tenerte en casa, sano y salvo, que nadar en una bañera de oro, muchacho.
—Estoy harto de que la gente me llame «muchacho» —le espetó el aprendiz del herrero, ruborizándose—. Puedo ser útil en el ejército. Cuando los rebeldes juren lealtad al Rey Penitente, las cosas empezarán a mejorar otra vez. No tendremos que pagar tantos impuestos. Los Bentley no perderán sus tierras. Los caminos volverán a ser seguros. —Entonces su expresión se entristeció, y por un instante su rostro dejó de parecer joven—. Y entonces madre no tendrá que esperarme, angustiada, cada vez que yo salga de casa —añadió con voz lúgubre—. Dejará de despertarse tres veces por la noche para comprobar los postigos de las ventanas y la tranca de la puerta.
Aaron miró al posadero a los ojos y enderezó la espalda; al dejar de encorvarse, le sacaba casi una cabeza al pelirrojo.
—Hay veces en que un hombre tiene que defender a su rey y su país.
—¿Y Rose? —preguntó el posadero con voz suave.
El aprendiz se sonrojó y bajó la mirada, avergonzado. Volvió a dejar caer los hombros y se desinfló como una vela cuando el viento deja de soplar.
—Señor, ¿lo saben todos?
El posadero asintió al tiempo que esbozaba una sonrisa amable.—En un pueblo como este no hay secretos.
—Bueno —dijo Aaron con decisión—, esto también lo hago por ella. Por nosotros. Con mi paga de soldado y con lo que tengo ahorrado, podré comprar una casa para nosotros, o montar mi propio taller sin tener que recurrir a ningún prestamista miserable.
Kote abrió la boca y volvió a cerrarla. Se quedó pensativo el tiempo que tardó en inspirar y expirar lentamente, y luego, como si escogiera sus palabras con mucho cuidado, preguntó:
—¿Sabes quién es Kvothe, Aaron?
El aprendiz del herrero puso los ojos en blanco.
—No soy idiota. Anoche mismo hablábamos de él, ¿no se acuerda? —Miró más allá del hombro del posadero, hacia la cocina—. Mire, tengo que marcharme. Cárter se pondrá furioso si no...
Kote hizo un gesto tranquilizador.
—Te propongo un trato, Aaron. Escucha lo que quiero decirte, y entonces podrás llevarte la comida gratis. —Deslizó el sueldo de plata sobre la barra hacia el muchacho—. Así podrás utilizar esto para comprarle algo bonito a Rose en Treya.
—De acuerdo —dijo Aaron asintiendo con cautela.
—¿Qué sabes de Kvothe por las historias que has oído contar? ¿Qué aspecto crees que tiene?
—¿Aparte de aspecto de muerto? —dijo Aaron riendo.
Kote compuso un amago de sonrisa.
—Aparte de aspecto de muerto.
—Dominaba todo tipo de magias secretas —respondió Aaron—. Sabía seis palabras que,

susurradas al oído de un caballo, le hacían correr ciento cincuenta kilómetros sin parar. Podía convertir el hierro en oro y atrapar un rayo en una jarra de litro para utilizarlo más tarde. Sabía una canción que abría cualquier cerrojo, y podía romper una puerta de roble macizo con una sola mano...
Aaron se interrumpió.
—En realidad depende de la historia. A veces es un buen tipo, una especie de Príncipe Azul. Una vez rescató a unas muchachas de una cuadrilla de ogros...
Otra sonrisa apagada.
—Ya.
—... pero en otras historias es un cabronazo —continuó Aaron—. Robó magias secretas de la Universidad. Por eso lo echaron de allí, ¿sabe? Y no le pusieron el apodo de Kvothe el Asesino de Reyes por lo bien que tocaba el laúd.
La sonrisa desapareció de los labios del posadero, que asintió con la cabeza.
—Cierto. Pero ¿cómo era?
—Era pelirrojo, si se refiere a eso —dijo Aaron frunciendo un poco el ceño—. En eso coinciden todas las historias. Un diablo con la espada. Era sumamente listo. Y además tenía mucha labia, y la empleaba para salir de todo tipo de aprietos.
El posadero asintió.
—Muy bien —dijo—. Y si tú fueras Kvothe, y sumamente listo, como tú dices, y de pronto pagaran por tu cabeza mil reales de oro y un ducado, ¿qué harías?
El aprendiz del herrero sacudió la cabeza y se encogió de hombros; no sabía qué responder.
—Pues si yo fuera Kvothe —dijo el posadero—, fingiría mi muerte, me cambiaría el nombre y buscaría un pueblecito perdido. Entonces abriría una posada y haría todo lo posible por desaparecer del mapa.—Miró al joven—. Eso sería lo que yo haría.
Aaron desvió la mirada hacia el cabello del posadero, hacia la espada colgada sobre la barra y, por último, de nuevo a los ojos del hombre pelirrojo.
Kote asintió lentamente, y entonces señaló a Cronista.
—Ese hombre no es un escribano como otro cualquiera. Es una especie de historiador, y ha venido a escribir la verdadera historia de mi vida. Te has perdido el principio, pero si quieres, puedes quedarte ' a oír el resto. —Esbozó una sonrisa relajada—. Yo puedo contarte historias que nadie ha oído nunca. Historias que nadie volverá a oír. Historias sobre Felurian, sobre cómo aprendí a luchar con los Adem. La verdad sobre la princesa Ariel.
El posadero tendió un brazo por encima de la barra y tocó el del chico.
—La verdad es que te tengo aprecio, Aaron. Creo que eres muy espabilado, y no me gustaría nada ver cómo echas a perder tu vida. —Respiró hondo y miró al aprendiz del herrero con intensidad. Sus ojos eran de un verde asombroso—. Sé cómo empezó esta guerra. Sé la verdad sobre ella. Cuando la hayas oído, ya no estarás tan impaciente por marcharte corriendo a pelear y morir en ella.
El posadero señaló una de las sillas vacías de la mesa, junto a Cronista, y compuso una sonrisa tan fácil y tan adorable que parecía la de un príncipe de cuento.
—¿Qué me dices?
Aaron miró muy serio al posadero por un momento; su mirada subió hacia la espada, y luego volvió a descender.
—Si de verdad es usted... —No terminó la frase, pero su expresión la convirtió en una pregunta.
—Sí, lo soy de verdad —afirmó Kote con amabilidad.
—En ese caso, ¿puedo ver su capa de ningún color? —preguntó el aprendiz con una tímida sonrisa.
La sonrisa adorable del posadero se quedó rígida y crispada como un vidrio roto.
—Confundes a Kvothe con Táborlin el Grande —dijo Cronista desde el otro extremo de la

habitación, con toda naturalidad—. El de la capa de ningún color era Táborlin.
Aaron se volvió y miró al escribano con gesto de desconcierto.
—Entonces, ¿qué era lo que tenía Kvothe?
—Una capa de sombra —respondió Cronista—. Si no recuerdo mal.
El chico se volvió de nuevo hacia la barra.
—Pues ¿puede enseñarme su capa de sombra? —preguntó—. ¿O hacer algún truco de magia? Siempre he querido ver alguno. Me contentaría con un poco de fuego, o con un relámpago. No quiero que se canse por mi culpa.
Antes de que el posadero pudiera dar una respuesta, Aaron soltó una carcajada.
—Solo estaba tomándole un poco el pelo, señor Kote. —Volvió a sonreír, más abiertamente que antes—. ¡Divina pareja!, jamás en la vida había hablado con un mentiroso de su talla. Ni siquiera mi tío Alvan podía soltarla tan gorda con esa cara tan seria.
El posadero miró hacia abajo y murmuró algo incomprensible.
Aaron tendió un brazo por encima de la barra y puso su ancha mano sobre el hombro de Kote.
—Ya sé que solo intenta ayudar, señor Kote —dijo con ternura—. Es usted un buen hombre, y pensaré en lo que me ha dicho. No iré Corriendo a alistarme. Solo quiero estudiar bien mis opciones.
El aprendiz del herrero sacudió la cabeza, contrito.
—De verdad. Esta mañana todos me sueltan alguna. Mi madre me ha venido con que tiene tisis. Rose me ha dicho que está embarazada. •—Se pasó una mano por el cabello y chascó la lengua—. Pero lo suyo se lleva la palma, he de reconocerlo.
—Bueno, es que... —Kote consiguió forzar una sonrisa—. No habría podido mirar a tu madre a la cara si no lo hubiera intentado.
—Si hubiera escogido cualquier otro detalle, quizá me lo habría tragado —repuso el chico—. Pero todo el mundo sabe que la espada de Kvothe era de plata. —Desvió la mirada hacia la espada colgada en la pared—. Y tampoco se llamaba Delirio. Se llamaba Kaysera, la asesina de poetas.
El posadero se estremeció un poco al oír eso.
—¿La asesina de poetas?
—Sí, señor —confirmó Aaron asintiendo con obstinación—. Y su escribano tiene razón. Llevaba una capa hecha de telarañas y sombras, y anillos en todos los dedos. ¿Cómo era?

> Cinco anillos llevaba en una mano: de piedra, hierro, ámbar, madera y hueso.
> En...

El aprendiz arrugó la frente.
—No me acuerdo del resto. Decía algo del fuego...
El hombre pelirrojo adoptó una expresión insondable. Miró hacia abajo, hacia sus manos, extendidas y posadas sóbrela barra, y al cabo recitó:

> En la otra, invisibles, otros cinco:
> una sortija de sangre, el primero;
> de aire, tenue como un susurro, el segundo;
> el de hielo encerraba una grieta,
> con un fulgor débil brillaba el de fuego,
> y el último anillo no tenía nombre.

—Eso es —dijo Aaron sonriendo—. No tendrá ninguno de esos anillos escondido detrás de la barra, ¿verdad? —Se puso de puntillas e hizo como si se asomara.
Kote esbozó una sonrisa avergonzada.
—No. No tengo ninguno.
Ambos se sobresaltaron cuando Bast dejó caer un saco de arpillera sobre la barra con un golpazo.
—Creo que con esto habrá comida suficiente para dos días para Cárter y para ti, y quizá hasta sobre —dijo Bast con brusquedad.
Aaron se cargó el saco a la espalda y se dirigió hacia la puerta, pero titubeó y miró a los dos hombres que estaban detrás de la barra.—No me gusta pedir favores. El viejo Cob me ha prometido que cuidará de mi madre, pero...
Bast salió de detrás de la barra y fue a acompañar al chico hasta la puerta.
—Seguro que estará bien. Si quieres, yo puedo pasar a ver a Rose. —Miró al aprendiz con una sonrisa lasciva en los labios—. Solo para asegurarme de que no se siente sola, ya sabes.
—Se lo agradecería mucho —repuso Aaron, aliviado—. Cuando me he ido la he dejado un poco compungida. Le iría bien que alguien la reconfortara un poco.
Bast, que ya había empezado a abrir la puerta de la posada, se quedó quieto y miró, incrédulo, al corpulento Aaron. Entonces meneó la cabeza y terminó de abrir.
—Bueno, buen viaje. Pásalo bien en la gran ciudad. Y no bebas agua.
Bast cerró la puerta y apoyó la frente en la madera, como si de pronto se sintiera muy cansado.
—¿«Le iría bien que alguien la reconfortara un poco»? —repitió con incredulidad—. Retiro todo lo dicho alguna vez de que ese chico sea listo. —Se volvió hacia la barra mientras apuntaba con un dedo a la puerta cerrada—. Eso —dijo con firmeza, sin dirigirse a nadie en particular—, eso es lo que pasa por trabajar con hierro todos los días.
El posadero chascó la lengua y se apoyó en la barra.
—Ya ves lo que queda de mi labia legendaria.
Bast dio un resoplido de desprecio.
—Ese muchacho es un idiota, Reshi.
—¿Y debería sentirme mejor porque no he sabido persuadir a un idiota, Bast?
Cronista carraspeó débilmente.
—Parece, más bien, un testimonio del gran papel que has hecho aquí —dijo—. Has interpretado tan bien al posadero que ya no pueden concebir que seas alguna otra cosa.—Abrió un brazo abarcando la taberna vacía—. Francamente, me sorprende que estés dispuesto a arriesgar la vida que te has construido aquí solo para impedir que el muchacho no se aliste en el ejército.
—No es un gran riesgo —dijo el posadero—. No es una gran vida. —Se enderezó, salió de detrás de la barra y fue hasta la mesa a la que estaba sentado Cronista—. Soy responsable de todas las muertes de esta estúpida guerra. Solo pretendía salvar una vida. Por lo visto, ni siquiera de eso soy capaz.Se sentó enfrente de Cronista y continuó:
—¿Dónde lo dejamos ayer? Si puedo evitarlo, prefiero no repetirme.
—Acababas de llamar al viento y de darle a Ambrose una muestra de lo que le esperaba —dijo Bast desde la puerta—. Y lloriqueabas como un bobo por tu amada.
—Yo no lloriqueo como un bobo, Bast —protestó Kote levantando la cabeza.
Cronista abrió su cartera de cuero y sacó una hoja de papel que tenía tres cuartas partes escritas con letra pequeña y precisa.
—Si quieres, puedo leerte lo último.
Kote tendió una mano,
—Recuerdo tu clave lo suficientemente bien para leerlo por mí mismo —dijo cansinamente—. Dámelo. Quizá me ayude a refrescar la memoria. —Miró a Bast—. Si vas a escuchar, ven

aquí y siéntate. No quiero verte rondando.
Bast fue correteando hasta la silla mientras Kote inspiraba hondo y leía la última página de la historia que había relatado el día anterior. El posadero guardó un largo silencio. Sus labios temblaron un instante, como si fueran a fruncirse, y luego dibujaron algo parecido a la débil sombra de una sonrisa.
Asintió con aire pensativo; todavía seguía mirando la hoja.
— Había dedicado gran parte de mi corta vida a intentar entrar en la Universidad —dijo—. Quería estudiar allí antes incluso de que mataran a mi troupe. Antes de saber que los Chandrian eran más que " una historia para contar alrededor de una fogata. Antes de empezar a buscar a los Amyr.
El posadero se reclinó en el respaldo de la silla; su expresión de cansancio desapareció y se tornó pensativa.
—Creía que cuando llegara allí, todo sería fácil. Aprendería magia y encontraría respuestas para todas mis preguntas. Creía que todo sería sencillo como en los cuentos.
Kvothe sonrió, un poco abochornado, y su expresión hizo que su rostro pareciera asombrosamente joven.
—Y tal vez lo habría sido, si no tuviera tanto talento para crearme enemigos y buscarme problemas. Lo único que yo quería era tocar mi música, asistir a las clases y buscar mis respuestas. Todo lo que quería estaba en la Universidad. Lo único que quería era quedarme allí. —Asintió para sí—. Por ahí es por donde deberíamos empezar.
El posadero le devolvió la hoja de papel a Cronista, que, distraído, la alisó con una mano. A continuación, Cronista destapó el tintero ymojó la pluma. Bast se inclinó hacia delante, expectante, sonriendo como un niño impaciente.
Kvothe paseó la mirada por la estancia observándolo todo. Inspiró hondo y de pronto sonrió. Y por un instante no pareció en absoluto un posadero. Tenía los ojos intensos y brillantes, verdes como una brizna de hierba.
—¿Preparados?

3 Suerte

Los bimestres de la Universidad siempre empezaban igual: con el sorteo de admisiones, seguido de todo un ciclo dedicado a exámenes. Eran una especie de mal necesario.
No pongo en duda que, al principio, ese proceso fuera razonable. Cuando la Universidad era más pequeña, imagino que los exámenes debían de ser auténticas entrevistas. Una oportunidad para que el alumno mantuviera una conversación con los maestros sobre lo que había aprendido. Un diálogo. Una discusión.
Pero la Universidad ya tenía más de mil alumnos. No había tiempo para discusiones. En lugar de eso, los alumnos se sometían a una batería de preguntas que solo duraba unos pocos minutos. Dado que las entrevistas eran muy breves, una sola respuesta incorrecta o un titubeo demasiado largo podían tener un grave efecto en tu matrícula.
Antes de las entrevistas, los alumnos estudiaban obsesivamente.
Y después bebían para celebrarlo o para consolarse. Como consecuencia de ello, durante los once días de admisiones la mayoría de los alumnos andaban nerviosos y exhaustos, en el mejor de los casos. En el peor, se paseaban por la Universidad como engendros, pálidos y ojerosos por haber dormido poco, por haber bebido demasiado o por ambas cosas.
A mí, personalmente, me parecía extraño que todo el mundo se tomara aquel proceso tan en serio. La mayoría de los estudiantes eran nobles o miembros de familias adineradas de comerciantes. Para ellos, una matrícula cara no era más que un inconveniente, pues los dejaba con menos dinero de bolsillo para gastar en caballos y prostitutas.
Yo me jugaba mucho más. Una vez que los maestros habían determinado una matrícula, no había forma de cambiarla. De modo que si me ponían una matrícula demasiado alta, no podría entrar en la Universidad hasta haber reunido suficiente dinero para pagarla.
La primera jornada de admisiones siempre tenía un aire festivo. No había clases, y el sorteo ocupaba la primera mitad del día. Los desafortunados alumnos que obtenían las horas más tempranas se veían obligados a pasar por el examen de admisión pocas horas después.
Cuando llegué, ya se habían formado largas colas que serpenteaban por el patio, mientras que los alumnos que ya habían sacado sus fichas iban de un lado para otro, quejándose de la hora que les había tocado y tratando de venderla, intercambiarla o de comprar otra.
Como no veía a Wilem ni a Simmon por ninguna parte, me puse en la primera cola que encontré e intenté no pensar en el poco dinero que llevaba en mi bolsa: un talento y tres iotas. En otra época de mi vida, eso me habría parecido una fortuna. Pero no era suficiente, ni mucho menos, para pagar mi matrícula.
Repartidas por el patio había carretas donde se vendían salchichas y castañas, sidra caliente y cerveza. Me llegó el olor a pan caliente y a grasa de una cercana. Tenía montones de pasteles de carne de cerdo para quienes pudieran permitirse ese lujo.
El sorteo siempre se celebraba en el patio más grande de la Universidad. La mayoría lo llamaban la plaza del poste, aunque unos pocos cuyos recuerdos se remontaban más allá se referían a ella como el Patio de las Interrogaciones. Yo la conocía por un nombre aún más antiguo: la Casa del Viento.
Me había quedado contemplando unas hojas que se arrastraban por los adoquines, y cuando levanté la cabeza vi a Felá mirándome. Estaba en la misma fila que yo, unos treinta o cuarenta puestos por delante de mí. Me sonrió con calidez y me saludó con la mano. Le devolví el saludo; ella dejó su sitio y vino hacia mí.
Felá era hermosa. La clase de mujer que no te sorprendería ver en un cuadro. No tenía la belleza elaborada y artificial que tanto abunda entre la nobleza; Felá era natural y sin

afectación, de ojos grandes y labios carnosos que sonreían constantemente. Aquí, en la Universidad, donde había diez veces más hombres que mujeres, ella destacaba como un caballo en un redil de ovejas.
—¿Te importa que espere contigo? —me preguntó colocándose a mi lado—. No soporto no tener a nadie con quien hablar. —Sonrió, adorable, a los dos jóvenes que iban detrás de mí —. No me estoy colando —aclaró—. Solo he retrocedido unos puestos.
Ellos no pusieron ninguna objeción, aunque no dejaban de mirarnos. Casi podía oírles preguntándose por qué una de las mujeres más encantadoras de la Universidad iba a dejar su puesto en la cola para ponerse a mi lado.
Era una pregunta lógica. Yo también sentía curiosidad.
Me hice a un lado para dejarle sitio y nos quedamos un momento codo con codo, sin decir nada.
—¿Qué vas a estudiar este año? —pregunté.
Felá se apartó el cabello del hombro.
—Supongo que seguiré trabajando en el Archivo. Química, también. Y Brandeur me ha invitado a apuntarme a Matemáticas Múltiples.
—Demasiados números —dije estremeciéndome un poco—. A mí no se me dan nada bien.
Felá se encogió de hombros, y los largos y oscuros rizos de cabello que acababa de apartar aprovecharon la oportunidad para volver a enmarcar su rostro.
—Cuando le coges el truco, no es tan difícil como parece. Más que nada, es un juego. —Me miró ladeando la cabeza—. Y tú, ¿qué harás?
—Observación en la Clínica —dije—. Estudiar y trabajar en la Factoría. Simpatía también, si Dal me acepta. Seguramente también le daré un repaso a mi siaru.
—¿Sabes siaru? —me preguntó, sorprendida.
—Un poco —respondí—. Pero según Wil, mi gramática da pena.
Felá asintió; luego me miró de reojo mordiéndose el labio inferior.
—Elodin también me ha pedido que coja su asignatura —dijo con una voz cargada de aprensión.
—¿Elodin tiene una asignatura? —pregunté—. Creía que no le dejaban dar clases.
—Empieza este bimestre —me explicó Felá mirándome con curiosidad—. Creía que te apuntarías. ¿No fue él quien propuso que te ascendieran a Re'lar?
—Sí, fue él —confirmé.
—Ah. —Se turbó un poco y, rápidamente, añadió—: Seguramente es que todavía no te lo ha pedido. O quizá prefiera darte clases individuales.
Le quité importancia con un ademán, aunque me dolía pensar que Elodin me hubiera descartado.—Con Elodin nunca se sabe —dije—. Si no está loco, es el mejor actor que he conocido jamás.
Felá fue a decir algo; miró alrededor, inquieta, y se acercó más a mí. Nuestros hombros se rozaron, y su rizado cabello me hizo cosquillas en la oreja cuando, en voz baja, me preguntó:
—¿Es verdad que te tiró desde el tejado de las Gavias?
Chasqué la lengua, un poco abochornado.
—Es una historia complicada —dije, y cambié de tema con bastante torpeza—. ¿Cómo se llama su asignatura?
Felá se frotó la frente y soltó una risita de frustración.
—No tengo ni la menor idea. Dijo que el nombre de la asignatura era el nombre de la asignatura. —Me miró—. ¿Qué significa eso? Cuando vaya a Registros y Horarios, ¿figurará como «El nombre de la asignatura»?
Admití que no lo sabía, y a partir de ahí era fácil que empezáramos a compartir historias sobre Elodin. Felá me contó que un secretario lo había encontrado desnudo en el Archivo. Yo había oído que una vez se había pasado un ciclo entero paseándose por la Universidad con

los ojos vendados. Felá había oído que se había inventado todo un idioma. Yo había oído que había empezado una pelea en una de las tabernas más sórdidas de los alrededores porque alguien se había empeñado en decir la palabra «utilizar» en lugar de «usar».
—Esa también la había oído yo —dijo Felá riendo—. Pero en mi versión, era en la Calesa y se trataba de un baronet que no dejaba de repetir la palabra «además».
Ni nos habíamos dado cuenta y ya estábamos en los primeros puestos de la cola.
—Kvothe, hijo de Arliden —dije.
La mujer, con aburrimiento, tachó mi nombre, y extraje una ficha lisa de marfil de la bolsa de terciopelo negro, «abatida, mediodía», rezaba. Octavo día de admisiones, tiempo de sobra para prepararme.
Felá sacó también su ficha y nos apartamos de la mesa.
—¿Qué te ha tocado?—pregunté.
Me mostró su pequeña ficha de marfil. Prendido, cuarta campanada. Felá había tenido mucha suerte: era una de las últimas horas que podían tocarte.
—Caramba, enhorabuena.
Felá se encogió de hombros y se guardó la ficha en el bolsillo.
—A mí no me importa. No estudio mucho. Cuanto más me preparo, peor lo hago. Solo consigo ponerme nerviosa.
—Entonces deberías cambiarla. —Señalé a la masa de alumnos que pululaban por el patio—. Seguro que hay alguien dispuesto a pagar un talento entero por esa hora. Tal vez más.
—Es que tampoco se me da muy bien regatear —dijo ella—. Cualquier ficha que saque me parece buena, y me la quedo.
Como ya habíamos salido de la cola, no teníamos más excusa para seguir juntos. Pero a mí me agradaba su compañía, y ella no parecía estar deseando marcharse, así que nos pusimos a pasear por el patio sin rumbo fijo, mientras la multitud hormigueaba alrededor de nosotros.
—Tengo hambre —dijo Felá de pronto—. ¿Te apetece que vayamos a comer algo?
Yo era dolorosamente consciente de lo vacía que estaba mi bolsa de dinero. Si me empobrecía un poco más, tendría que meter una piedra dentro para que el viento no la agitara. En Anker’s comía gratis, porque tocaba el laúd. Por eso, gastarme el dinero en comida en otro sitio era un disparate, sobre todo estando tan próximos los exámenes de admisión.
—Me encantaría —dije sinceramente. Y luego mentí—: Pero tendría que echar un vistazo por aquí para ver si hay alguien que quiera cambiarme la hora. Soy un regateador empedernido.
Felá se metió la mano en el bolsillo.
—Si necesitas más tiempo, puedes quedarte mi hora.
Miré la ficha que Felá sostenía entre el índice y el pulgar, y sentí ^ una fuerte tentación. Dos días más de preparación habrían sido un regalo del cielo. Y si no, podía sacar un talento vendiendo la ficha de Felá. Quizá dos.
—No quiero que me regales tu suerte —dije con una sonrisa—. Y te aseguro que tú tampoco quieres la mía. Además, ya has sido muy generosa conmigo. —Me ajusté la capa con gesto harto elocuente.
Felá sonrió y estiró un brazo para acariciar mi capa con el dorso de la mano.
—Me alegro de que te guste. Pero por lo que a mí respecta, todavía estoy en deuda contigo. —Se mordió el labio inferior, nerviosa, y luego bajó la mano—. Prométeme que si cambias de idea me lo dirás.
—Te lo prometo.
Volvió a sonreír, hizo un gesto de despedida y echó a andar por el patio. Verla caminar entre la multitud era como ver moverse el viento sobre la superficie de un estanque. Solo que en

lugar de provocar ondas en el agua, los jóvenes giraban la cabeza para verla pasar.
Todavía la estaba mirando cuando Wilem llegó a mi lado.
—Bueno, ¿ya has acabado de flirtear? —me preguntó.
—No estaba flirteando —desmentí.
—Pues deberías —dijo él—. ¿Qué sentido tiene que espere educadamente, sin interrumpir, si desaprovechas las oportunidades como esta?
—No es lo que te imaginas —dije—. Solo es simpática conmigo.
—Evidentemente —dijo él, y su marcado acento ceáldico enfatizó aún más el sarcasmo de su voz—. ¿Qué te ha tocado?
Le mostré mi ficha.
—Un día más tarde que yo. —Me enseñó la suya—. Te la cambio por una iota.
Titubeé.
—Venga —insistió—. Tú no puedes estudiar en el Archivo como el resto de nosotros.
Lo miré, un poco ofendido.
—Tu empatia es apabullante.
—Reservo mi empatia para los que son lo bastante listos para no enfurecer al maestro archivero —replicó—. A la gente como tú solo les ofrezco una iota. ¿La quieres o no?
—Tendrían que ser dos —dije escudriñando el gentío, buscando a alumnos con cara de desesperados—. Si puede ser.
Wilem entrecerró sus oscuros ojos.
—Una iota y tres drabines —ofreció.
Me volví hacia él y lo miré atentamente.
—Una iota con tres —dije—. Y la próxima vez que juguemos a esquinas, vas de pareja con Simmon.
Wilem soltó un bufido y asintió. Intercambiamos nuestras fichas y metí el dinero en la bolsa. «Un talento con cuatro.» Ya estaba un poco más cerca. Pensé un momento y me guardé la ficha en el bolsillo.
—¿No vas a seguir negociando? —me preguntó Wil.
Negué con la cabeza.
—Creo que me quedaré con esta hora.
—¿Por qué? —me preguntó frunciendo el entrecejo—. ¿Qué vas a hacer con cinco días, salvo ponerte nervioso y jugar con los pulgares?
—Lo mismo que todos —dije—. Prepararme para el examen de admisión.

—¿Cómo? Todavía tienes prohibido entrar en el Archivo, ¿no?—Existen otras formas de preparación —dije con aire misterioso. Wilem soltó una risa burlona.

—Eso no suena nada sospechoso —dijo—. ¡Y luego te preguntas por qué la gente habla de ti!
—No me pregunto por qué hablan —dije—. Me pregunto qué dicen.

4 Por el mosaico de tejados

La ciudad que había ido creciendo alrededor de la Universidad con el paso de los siglos no era muy extensa. En realidad era poco más que un pueblo grande.
Sin embargo, el comercio prosperaba en nuestro extremo del Gran Camino de Piedra. Los comerciantes llegaban con carretas llenas de materias primas: brea y arcilla, gibatita, potasa y sal marina. Traían artículos de lujo como café de Lenatt y vino víntico. Traían tinta negra y brillante de Arueh, arena pura y blanca para nuestras fábricas de vidrio, y muelles y tornillos ceáldicos de delicada elaboración.
Cuando esos comerciantes se marchaban, sus carretas iban cargadas de artículos que solo podías encontrar en la Universidad. En la Clínica hacían medicinas. Medicinas auténticas, no aguachirle coloreada ni panaceas de pacotilla. El laboratorio de alquimia producía sus propias maravillas, de las que yo solo tenía un vago conocimiento, así como materias primas como nafta, esencia de azufre y doblecal.
Quizá mi opinión sea tendenciosa, pero creo que es justo decir que la mayoría de las maravillas tangibles de la Universidad salían de la Artefactoría. Lentes de vidrio esmerilado. Lingotes de tungsteno y acero de Glantz. Láminas de pan de oro tan finas que se rasgaban como el papel de seda.
Pero hacíamos muchas más cosas. Lámparas simpáticas y telescopios. Devoracalores y termógiros. Bombas de sal. Brújulas de trifolio. Una docena de versiones del torno de Teccam y del eje de Delevari.
Quienes fabricábamos esos objetos éramos los artífices como yo, y cuando los comerciantes los compraban, nosotros nos llevábamos una comisión del sesenta por ciento de la venta.
Esa era la única razón por la que yo tenía algo de dinero. Y como durante el proceso deadmisiones no había clases, tenía por delante todo un ciclo para trabajar en la Factoría.
Me dirigí a Existencias, el almacén donde los artífices nos proveíamos de herramientas y materiales. Me sorprendió ver a un alumno alto y pálido de pie junto a la ventana; parecía profundamente aburrido.
—¡Jaxim! ¿Qué haces aquí? Este no es trabajo para ti.
Jaxim asintió con aire taciturno.
—Kilvin todavía está un poco... enfadado conmigo —dijo—. Ya sabes, por lo del incendio y eso.
—Lo siento —dije. Jaxim era Re'lar, como yo. Habría podido estar realizando un montón de proyectos propios. Verse obligado a ocuparse de una tarea de tan baja categoría como aquella no solo era aburrido, sino que humillaba a Jaxim públicamente al mismo tiempo que le costaba dinero y le impedía dedicarse a estudiar. Como castigo, era considerablemente riguroso.
—¿De qué andamos escasos?—pregunté.
Escoger los proyectos que realizarías en la Factoría era todo un arte. No se trataba de fabricar la lámpara simpática más luminosa ni el embudo de calor más eficaz de la historia de la Artificería. Si nadie los compraba, no te llevarías ni un penique abollado de comisión. Había muchos trabajadores que ni siquiera se planteaban esa cuestión. Podían permitirse el lujo de esperar. Yo, en cambio, necesitaba algo que se vendiera rápidamente.
Jaxim se apoyó en el mostrador que nos separaba.
—Caravan acaba de comprar todas tus lámparas marineras —dijo—. Solo queda esa tan fea de Veston.
Asentí. Las lámparas simpáticas eran perfectas para los barcos. No se rompían fácilmente;

salían más baratas, a la larga, que las de aceite, y no tenías que preocuparte por si le prendían fuego al barco.
Hice unos cálculos mentalmente. Podía fabricar dos lámparas a la vez, ahorrando algo de tiempo al duplicar el esfuerzo, y estaba casi convencido de que se venderían antes de que terminara el plazo para pagar mi matrícula.
Por desgracia, las lámparas marineras eran un trabajo tremendamente monótono. Me esperaban cuarenta horas de labor concienzuda, y si hacía alguna chapuza, no funcionarían. Entonces mi esfuerzo no habría servido de nada, y solo habría conseguido endeudarme con Existencias por los materiales que habría desperdiciado.
Sin embargo, no tenía muchas opciones.
—En ese caso, creo que haré lámparas —dije.
Jaxim asintió y abrió el libro de contabilidad. Empecé a recitar de memoria lo que necesitaba:
—Necesitaré veinte emisores medianos. Dos juegos de moldes altos. Una aguja de diamante. Un matraz. Dos crisoles medíanos. Cuatro onzas de zinc. Seis onzas de acero fino. Dos onzas de níquel...
Jaxim asentía con la cabeza mientras iba anotándolo todo en el libro.
Ocho horas más tarde, entré por la puerta principal de Anker’s oliendo a bronce caliente, brea y humo de carbón. Era casi medianoche, y la taberna estaba casi vacía, con la excepción de un puñado de bebedores concienzudos.
—Pareces cansado —observó Anker cuando me acerqué a la barra.
—Estoy cansado —confirmé—. Supongo que ya no queda nada en la olla, ¿verdad?
Anker negó con la cabeza.
—Hoy estaban todos muy hambrientos. Me quedan unas patatas frías que pensaba echar en la sopa de mañana. Y media calabaza cocida, creo.
—Hecho —dije—. ¿No tendrás también un poco de mantequilla salada?
Anker asintió y se apartó de la barra.
—No hace falta que me lo calientes —dije—. Me lo llevaré a mi habitación.
Regresó con un cuenco con tres patatas de buen tamaño y media calabaza dorada con forma de campana. En el centro de la calabaza, de donde había retirado las semillas, había una generosa porción de mantequilla.
—También me llevaré una botella de cerveza de Bredon —dije mientras cogía el cuenco—. Tapada, porque no quiero derramarla por la escalera.
Mi habitacioncita estaba en el tercer piso. Después de cerrar la puerta, le di con cuidado la vuelta a la calabaza, puse la botella encima y lo envolví todo con un trozo de tela de saco, formando un hatillo que podría llevar bajo el brazo.
A continuación abrí la ventana y salí al tejado de la posada. Desde allí solo tenía que dar un salto para llegar a la panadería del otro lado del callejón.
El creciente de luna que brillaba en el cielo me proporcionaba suficiente luz para ver sin ser visto. Y no es que me preocupara mucho que alguien pudiera verme. Era cerca de medianoche, y las calles estaban tranquilas. Además, es asombroso lo poco que la gente mira hacia arriba.
Auri me esperaba sentada en una ancha chimenea de ladrillo. Llevaba el vestido que yo le había comprado y balanceaba distraídamente los pies descalzos mientras contemplaba las estrellas. Su fino cabello formaba alrededor de su cabeza un haló que se desplazaba con el más leve soplo de brisa.
Pisé con cuidado al centro de una plancha de chapa del tejado. La plancha produjo un sonido hueco bajo mis pies, como un lejano y melodioso tambor. Auri dejó de balancear los pies y se quedó quieta como un conejillo asustado. Entonces me vio y sonrió. La saludé con la mano.

Bajó de un salto de la chimenea y vino corriendo hasta mí, la melena ondeando.
—Hola, Kvothe. —Dio un pasito hacia atrás—. Hueles mal.
Compuse mi mejor sonrisa del día.
—Hola, Auri —dije—. Tú hueles como una muchacha hermosa.
—Sí —coincidió ella, jovial.
Dio unos pasitos hacia un lado, y luego otra vez hacia delante, de puntillas.
—¿Qué me has traído? —me preguntó.
—Y tú, ¿qué me has traído? —repliqué.
Ella sonrió.
—Tengo una manzana que piensa que es una pera —dijo sosteniéndola en alto—. Y un bollo que piensa que es un gato. Y una lechuga que piensa que es una lechuga.
—Entonces es una lechuga inteligente.
—No mucho—dijo ella con una risita delicada—. Si fuera inteligente, ¿por qué iba a pensar que era una lechuga?
—¿Ni siquiera si fuera una lechuga? —pregunté.
—Sobre todo si fuera una lechuga —dijo ella—. Ya es mala pata ser una lechuga. Pero peor aún pensar que se es una lechuga. —Sacudió la cabeza con tristeza, y su cabello siguió su movimiento, como si flotara bajo el agua.
Abrí mi hatillo.
—Te he traído patatas, media calabaza y una botella de cerveza que piensa que es una hogaza de pan.
—¿Qué piensa que es la calabaza? —me preguntó con curiosidad, contemplándola. Tenía las manos cogidas detrás de la espalda.
—Sabe que es una calabaza —dije—. Pero hace ver que es la puesta de sol.
—¿Y las patatas?
—Las patatas duermen —dije—. Y me temo que están frías.
Auri me miró con unos ojos llenos de dulzura.
—No tengas miedo —me dijo; alargó una mano y posó brevemente los dedos sobre mi mejilla, y su caricia fue más ligera que la caricia de una pluma—. Estoy aquí. Estás a salvo.
Hacía frío, así que en lugar de comer en los tejados como solíamos hacer, Auri me guió hasta la rejilla de drenaje de hierro y entramos en el laberinto de túneles que se extendía por debajo de la Universidad.
Auri llevaba la botella en una mano y sostenía en alto un objeto del tamaño de una moneda que desprendía una suave luz verdosa. Yo llevaba el cuenco y la lámpara simpática que había fabricado yo mismo, esa que Kilvin había llamado «lámpara para ladrones». Su luz rojiza era un extraño complemento a la azul verdosa, más intensa, de Auri.
Auri se metió por un túnel con tuberías de diversas formas y tamaños que discurrían junto a las paredes. Algunas de esas tuberías de hierro, las más grandes, transportaban vapor, y pese a estar forradas de tela aislante proporcionaban un calor constante. Auri, con cuidado, puso las patatas en el codo de una tubería a la que habían arrancado la tela convirtiéndola en una especie de horno.
Utilizando mi tela de saco como mesa, nos sentamos en el suelo y compartimos la cena. El bollo estaba un poco duro, pero era de frutos secos y canela. El cogollo de lechuga estaba sorprendentemente fresco, y me pregunté dónde lo habría encontrado. Auri tenía una taza de té de porcelana para mí, y un diminuto cuenco de limosnas de plata para ella. Sirvió la cerveza con tanta solemnidad que parecía que estuviera tomando el té con el rey.
Guardamos silencio mientras cenábamos. Esa era una de las normas que yo había ido aprendiendo por ensayo y error. No podía tocarla. No podía hacer movimientos bruscos. No podía hacerle nin-guna pregunta que fuera ni remotamente personal. No podía hacer preguntas sobre la lechuga ni sobre la moneda verde. Si lo hacía, Auri se escondería en los

túneles, y después pasaría días sin verla.
La verdad es que ni siquiera sabía su nombre. Auri era el que yo le había puesto, pero en mi corazón pensaba en ella como mi pequeña Fata lunar.
Auri comía delicadamente, como siempre. Sentada con la espalda recta, daba pequeños bocados. Tenía una cuchara, y la utilizamos por turnos para comernos la calabaza.
—No has traído tu laúd —me comentó cuando hubimos terminado de comer.
—Esta noche tengo que irme a leer —dije—. Pero pronto lo traeré.
—¿Cuándo?
—Dentro de cinco noches —dije. Para entonces ya habría hecho el examen de admisión, y no haría falta que siguiera estudiando.
Auri arrugó su carita.
—Cinco días no es pronto —dijo—. Pronto es mañana.
—Cinco días es pronto para una piedra —argumenté.
—Pues entonces toca para una piedra dentro de cinco días —replicó ella—. Y toca para mí mañana.
—Creo que tú puedes ser una piedra durante cinco días —razoné—. Es mejor que ser una lechuga.
—Sí —admitió ella sonriendo.
Después de terminarnos la manzana, Auri me guió por la Subrealidad. Recorrimos el Viasí en silencio, avanzamos saltando por Brincos y entramos en Trapo, un laberinto de túneles donde soplaba un viento lento y constante. Seguramente yo habría podido encontrar el camino, pero prefería que Auri me guiara. Ella conocía la Subrealidad como un calderero sus fardos.
Wilem tenía razón: me habían prohibido entrar en el Archivo. Pero siempre he tenido un don para meterme en sitios donde no debería meterme. Qué se le va a hacer.
El Archivo era un edificio inmenso, un bloque de piedra sin ventanas. Pero los estudiantes que había dentro necesitaban aire para respirar, y los libros necesitaban algo más que eso. Si el aire fuera demasiado húmedo, los libros se pudrirían y les saldría moho. Si el aire fuera demasiado seco, el pergamino se resecaría y se haría pedazos.
Me había llevado mucho tiempo descubrir cómo entraba el aire en el Archivo. Pero no me resultaba fácil acceder a él, ni siquiera después de encontrar el modo adecuado. Tenía que arrastrarme por untúnel muy largo y angustiosamente estrecho, con el suelo de piedra sucia, durante un cuarto de hora. Guardaba una muda de ropa en la Subrealidad, y después de solo una docena de viajes, las prendas ya estaban destrozadas y tenían las rodillas y los codos casi completamente desmenuzados.
Aun así, era un precio que valía la pena pagar por acceder al Archivo.
Si me descubrían, lo pagaría mucho más caro. Como mínimo me enfrentaría a la expulsión. Pero si no hacía bien el examen de admisiones, y si me imponían una matrícula de veinte talentos, sería lo mismo que me hubieran expulsado. Tenía mucho que perder, pero también mucho que ganar.
De todas formas, no me preocupaba que me descubrieran. La única luz que había en Estanterías era la que llevaban los alumnos y los secretarios. Eso significaba que en el Archivo siempre era de noche, y yo siempre me he manejado bien en la oscuridad.

5 El Eolio

Los días avanzaban lentamente. Trabajaba en la Factoría hasta que se me quedaban los dedos entumecidos, y después leía en el Archivo hasta que mi visión se volvía borrosa.
El quinto día de admisiones terminé por fin mis lámparas marineras y las lleve a Existencias con la esperanza de que se vendieran deprisa. Me planteé empezar otro par, pero sabía que no tendría tiempo de terminarlas antes de que se cumpliera el plazo para pagar la matrícula.
Así pues, me dispuse a ganar dinero por otros medios. Acordé tocar un día más en Anker's, y eso me procuró bebidas gratis y un puñado de monedas que me dieron algunos clientes agradecidos. Fabriqué piezas sueltas en la Factoría, artículos sencillos pero útiles como*[1]engranajes de latón y planchas de vidrio reforzado que podía vender de nuevo al taller obteniendo un pequeño beneficio.
Después, como esas pequeñas ganancias no iban a ser suficiente, hice dos lotes de emisores amarillos. Acostumbrado a fabricar lámparas simpáticas, su luz tenía un agradable color amarillo, muy parecido al de la luz solar. Costaban bastante dinero, porque para barnizarlas se requería el empleo de materiales peligrosos.
Los metales pesados y los ácidos volátiles no eran los únicos ni los más peligrosos: los peores eran los extraños compuestos alquímicos. Había agentes conductores que te traspasaban la piel sin dejar ninguna marca y que luego te comían el calcio de los huesos sin que te dieras cuenta. Otros sencillamente se quedaban escondidos en tu cuerpo durante meses, latentes, hasta que empezaban a sangrarte las encías y se te empezaba a caer el cabello. Comparado con las cosas que fabricaban en el laboratorio de alquimia, el arsénico parecía tan inofensivo como el azúcar del té.
Yo ponía muchísimo cuidado, pero mientras trabajaba en la segunda tanda de emisores, se me rompió el matraz, y unas gotitas de agente conductor salpicaron el vidrio de la campana de gases donde estaba trabajando. Ni una solagota llegó a tocarme la piel, pero una aterrizó en mi camisa, más arriba de los largos puños de los guantes de cuero que llevaba puestos. Moviéndome despacio, utilicé un calibrador que tenía cerca para levantar la camisa y apartarla de mi cuerpo. A continuación, con dificultad, recorté aquel trozo de tela para eliminar toda posibilidad de que me tocara la piel. Ese incidente me dejó tembloroso y empapado de sudor, y decidí que había mejores maneras de ganar dinero.
Sustituí a un compañero en su turno en la Clínica a cambio de una iota; ayudé a un comerciante a descargar tres carretas de cal, a medio penique la carreta. Más tarde, esa misma noche, encontré a un puñado de feroces jugadores dispuestos a dejarme entrar en su partida de aliento. En el transcurso de dos horas me las ingenié para perder dieciocho peniques y algunas monedas pequeñas de hierro más. Me dio mucha rabia, pero me obligué a levantarme de la mesa antes de que las cosas empeoraran.
Después de tanto esfuerzo, aún tenía menos dinero en mi bolsa que cuando había empezado.
Por suerte, todavía me quedaba un as en la manga.
Me fui a pie a Imre por el ancho camino de piedra.
Me acompañaban Simmon y Wilem. Wil había acabado vendiéndole a buen precio su hora a un secretario desesperado, de modo que tanto él como Sim habían hecho el examen de admisión y eran libres como pájaros. A Wil le impusieron una matrícula de seis talentos con ocho, mientras que Sim no paraba de regodearse con sus cinco talentos con dos, una cifra increíblemente baja.

Yo llevaba un talento con tres en la bolsa. Era un número desfavorable.
Manet completaba nuestro cuarteto. La despeinada melena entrecana y las ropas arrugadas, que componían su atuendo habitual, le daban cierto aire de perplejidad, como si acabara de despertar y no recordara dónde estaba. Le habíamos pedido que nos acompañara en parte porque necesitábamos a un cuarto para jugar a esquinas, pero también porque considerábamos que era nuestro deber sacar al pobre hombre de la Universidad de vez en cuando.
Juntos, atravesamos el río Omethi por el alto arco del Puente de Piedra, y llegamos a Imre. Eran los últimos días del otoño, y yo llevaba mi capa para protegerme del frío. También llevaba el laúd cómodamente colgado a la espalda.
Llegamos al centro de Imre, cruzamos un gran patio adoquinado y pasamos al lado de la fuente central, llena de estatuas de sátiros que perseguían ninfas. Nos pusimos en la cola de entrada del Eolio, donde nos salpicaba la rociada que el viento arrastraba de la fuente.
Cuando llegamos a la puerta, me sorprendió ver que Deoch no estaba allí. En su lugar había un hombre serio y de escasa estatura con el cuello grueso. El hombre levantó una mano.
—Será una iota, joven —dijo.
—Perdón. —Aparté de mi hombro la correa del estuche del laúd y le mostré el caramillo de plata que llevaba prendido en la capa. Señalé a Wil, Sim y Manet—. Vienen conmigo.
El hombre examinó mi caramillo con desconfianza.
—Pareces muy joven —dijo desviando la mirada hacia mi cara y escudriñándola.
—Es que soy muy joven —repuse con toda naturalidad—. Eso forma parte de mi encanto.
—Muy joven para tener ya tu caramillo —aclaró él, convirtiendo su afirmación en una acusación razonablemente educada.
Vacilé. Era cierto que parecía mayor de lo que era, pero solo aparentaba algo más que los quince años que tenía. Que yo supiera, era"[1]el músico más joven del Eolio. Normalmente eso jugaba a mi favor, pues me confería el valor de lo novedoso. Pero en ese momento...
Antes de que se me ocurriera nada que decir, oí una voz que venía de la cola.
—No miente, Kett. —Una joven alta que llevaba un estuche de violín me saludó con la cabeza—. Se ganó el caramillo cuando tú estabas fuera. Puedes fiarte de él.
—Gracias, Marie —dije mientras el portero nos indicaba que podíamos entrar.
Encontramos una mesa cerca de la pared del fondo con buenas vistas del escenario. Paseé la mirada para ver quién había por allí, y disimulé la familiar punzada de desencanto al comprobar que Denna no estaba.
—¿Qué ha pasado en la puerta? —preguntó Manet mientras miraba alrededor, observando el escenario y el alto techo abovedado—. ¿Paga la gente para entrar aquí?Lo miré.
—¿Llevas treinta años estudiando en la Universidad y nunca habías estado en el Eolio?
—Ya, bueno. —Hizo un ademán impreciso—. He estado ocupado. No suelo venir a este lado del río.
Sim rió y se sentó a la mesa.
—¿Cómo te lo explicaría, Manet? Si la música tuviera una universidad, sería esto, y Kvothe sería un arcanista con todas las de la ley.
—Mala analogía —dijo Wil—. Esto es una corte musical, y Kvothe es un miembro de la nobleza. Nosotros vamos montados en su carro. Por eso hemos tolerado tanto tiempo su fastidiosa compañía.
—¿Pagan una iota solo para entrar? —Manet no salía de su asombro.
Asentí. Manet dio un gruñido que expresaba su incomprensión y miró alrededor, fijándose en los nobles elegantemente vestidos que pululaban por el balcón superior.
—Mira por dónde —dijo—. Hoy ya he aprendido algo.
El Eolio todavía no se había llenado, así que matamos el tiempo jugando a esquinas. No era más que una partida amistosa, a un drabín la mano, doble por un farol; pero con lo

arruinado que estaba, cualquier apuesta era arriesgada. Por suerte, Manet jugaba con la precisión de un reloj de engranajes: nada de trampas fuera de lugar, nada de intentos alocados, nada de corazonadas.
Simmon pagó la primera ronda de bebidas y Manet, la segunda. Cuando empezaron a atenuarse las luces del Eolio, Mánet y yo ya llevábamos diez manos ganadas, sobre todo gracias a la tendencia de Simmon a apostar por encima de sus posibilidades. Me guardé la iota de cobre con sombría satisfacción. «Un talento con cuatro.»
Subió al escenario un músico mayor que yo. Tras una breve introducción por parte de Stanchion, tocó una conmovedora versión de «El último día de Taetn» con la mandolina. Sus dedos, ágiles, rápidos y seguros, se desplazaban con autoridad por las cuerdas. Pero su voz...
Con la edad se deterioran muchas cosas. Las manos y la espalda cobran rigidez. La visión empeora. La piel se vuelve áspera y la belleza se apaga. La única excepción es la voz. Si se cuida bien, con la edad y con el uso continuado la voz no hace otra cosa que ganar suavidad. La de aquel hombre era dulce como un vino de miel. Al terminar su canción, recibió un aplauso caluroso, y al cabo de un momento volvieron a encenderse las luces y se reanudaron las conversaciones.
—Entre una actuación y otra hay un descanso —expliqué a Manet—. Para que la gente pueda hablar y pasearse y pedir sus bebidas. Ni Tehlu con todos sus ángeles podría protegerte si hablaras durante una actuación.
—No temas, no te haré quedar mal —dijo Manet, enfurruñado—. No soy tan bárbaro.
—Solo era un aviso bienintencionado —dije—. Tú me adviertes de los peligros en la Artefactoría. Yo te advierto de los peligros de este local.
—Su laúd era diferente —observó Wilem—. No sonaba como el tuyo. Y era más pequeño.
Reprimí una sonrisa y decidí no darle importancia.
—Esa clase de laúd se llama mandolina —expliqué.
—Vas a tocar, ¿verdad? —me preguntó Simmon, removiéndose en la silla como un cachorro impaciente—. Deberías tocar aquella canción que compusiste sobre Ambrose. —Tarareó un poco, y luego cantó—:

> La muía aprende magia, la muía tiene clase
> porque no es como el joven Rosey, solo es medio salvaje.

Manet rió sin apartar la jarra de su boca. Wilem sonrió, cosa poco habitual en él.
—No —dije con firmeza—, he terminado con Ambrose. Por mi parte, pienso dejarlo en paz.
—Claro —dijo Wil con gesto inexpresivo.
—Lo digo en serio —afirmé—. No saco nada con eso. Con este tira y afloja solo conseguimos enojar a los maestros.
—Enojar es una palabra muy suave—señaló Manet con aspereza—. No es exactamente la que yo habría elegido.
—Se la debes —dijo Sim con un destello de rabia en los ojos—. Además, no te van a acusar de Conducta Impropia de un Miembro del Arcano solo por cantar una canción.
—No —intervino Manet—. Solo elevarán el precio de su matrícula.
—¿Qué? —dijo Simmon—. No pueden hacerle eso. La matrícula se basa en el resultado del examen de admisión.
La risa de Manet resonó dentro de la jarra de la que estaba echando un trago.
—La entrevista solo es una parte del juego. Si puedes permitírtelo, te estrujan un poco. Otro tanto si les causas problemas. —Me miró con seriedad—. Esta vez te van a caer por todas partes. ¿Cuántas veces tuviste que presentarte ante las astas del toro el bimestre pasado?

—Dos —admití—. Pero la segunda vez no fue por culpa mía.
—Claro. —Manet me miró con franqueza—. Y por eso te ataron y te dieron latigazos hasta hacerte sangrar, ¿verdad? Porque no fue culpa tuya.
Me removí en la silla, incómodo, y noté los tirones de las cicatrices que tenía en la espalda.
—No fue solo culpa mía —puntualicé.
—No se trata de ser o no culpable —razonó Manet—. Un árbol no provoca una tormenta, pero cualquier idiota sabe dónde va a caer el rayo.
Wilem asintió con gesto grave.
—En mi tierra decimos: el clavo más alto es el que primero recibe el martillazo. —Arrugó el entrecejo—. En siaru suena mejor.
—Pero la entrevista de admisiones determina la mayor parte de tu matrícula, ¿no es así? —preguntó Sim con aire preocupado. Por el tono de su voz imaginé que Sim ni siquiera se había planteado la posibilidad de que las rencillas personales o la política formaran parte de la ecuación.
—Sí, la mayor parte —confirmó Manet—. Pero cada maestro escoge sus preguntas, y todos dan su opinión. —Empezó a enumerar, ayudándose con los dedos—: A Hemme no le caes nada bien, y es especialista en acumular rencillas. A Lorren te lo pusiste en contra desde buen principio, y te las has ingeniado para seguir teniéndolo en contra. Eres un alborotador. A finales del bimestre pasado te saltaste casi un ciclo entero de clases. Sin avisar antes y sin dar ninguna explicación después. —Me miró de forma elocuente.
Bajé la vista hacia la mesa, consciente de que varias de las clases que me había saltado formaban parte de mi aprendizaje con Manet en la Artefactoría.
Al cabo de un momento, Manet encogió los hombros y continuó:
—Por si fuera poco, esta vez te examinan como Re'lar. La matrícula aumenta cuando se sube de grado. Por algo llevo tanto tiempo siendo E'lir.—Me miró con fijeza—. ¿Quieres saber qué pienso yo? Que tendrás suerte si te libras por menos de diez talentos.
—Diez talentos. —Sim aspiró entre los dientes y sacudió la cabeza, solidarizándose conmigo—. Menos mal que andas bien de dinero.
—No tanto —dije.
—¿Cómo que no? —dijo Sim—. Los maestros le impusieron una multa de casi veinte talentos a Ambrose cuando te rompió el laúd. ¿Qué hiciste con todo ese dinero?
Miré hacia abajo y le di un golpecito al estuche del laúd con el pie.
—¿Te lo gastaste en un laúd nuevo? —preguntó Simmon, horrorizado—. ¿Veinte talentos? ¿Sabes qué podrías comprar con esa cantidad de dinero?
—¿Un laúd? —preguntó Wilem.
—Ni siquiera sabía que pudieras gastarte tanto dinero en un instrumento —añadió Simmon.
—Puedes gastarte mucho más —dijo Manet—. Los instrumentos musicales son como los caballos.
Ese comentario frenó un poco la conversación. Wil y Sim miraron a Manet, desconcertados.
—Pues mira, es una buena comparación —dije riendo.
Manet miró a los otros dos con aire de entendido.
—Los caballos ofrecen un amplio abanico. Puedes comprarte un caballo de tiro viejo y hecho polvo por menos de un talento. Y puedes comprarte un elegante vaulder por cuarenta.
—Lo dudo —masculló Wil—. Por un vaulder auténtico, no.
—Exactamente —dijo Manet con una sonrisa—. Por mucho dinero que te parezca que alguien pueda gastarse en un caballo, puedes gastarte fácilmente eso comprándote un arpa o un violín.
Simmon estaba anonadado.
—Pero si una vez mi padre se gastó doscientos cincuenta en un kaepcaen—dijo.
Me incliné hacia un lado y señalé.

—¿Ves a ese hombre rubio de allí? Su mandolina vale el doble.
—Pero —dijo Simmon—, pero los caballos tienen pedigrí. Un caballo puedes criarlo y venderlo.
—Esa mandolina también tiene pedigrí —dije—. La hizo el propio Antressor. Hace ciento cincuenta años que circula.
Sim asimilaba esa información mirando alrededor y fijándose en todos los instrumentos que había en el local.
—Aun así... —dijo—. ¡Veinte talentos! —Sacudió la cabeza—. ¿Por qué no esperaste hasta después de admisiones? Habrías podido gastarte el dinero que te hubiera sobrado en el laúd.—Lo necesitaba para tocar en Anker’s —expliqué—. Me dan comida y alojamiento gratis porque soy su músico fijo. Si no toco, no puedo quedarme allí.
Era verdad, pero no era toda la verdad. Anker habría sido tolerante conmigo si le hubiera explicado mi situación. Pero si hubiera esperado, habría tenido que pasar casi dos ciclos sin un laúd. Habría sido como si me faltara un diente, o una extremidad. Habría sido como pasar dos ciclos con los labios cosidos. Era impensable.
—Además, no me lo gasté todo en el laúd —aclaré—. También me surgieron otros gastos. —Concretamente, había pagado a la renovera que me había prestado dinero. Eso me había costado seis talentos, pero saldar mi deuda con Devi había sido como quitarme un gran peso que me oprimía el pecho.
Sin embargo, notaba cómo aquel mismo peso empezaba a instalarse en mí de nuevo. Si los cálculos de Manet eran medianamente acertados, mi situación era mucho peor de lo que yo había imaginado.
Por suerte, las luces se atenuaron y la sala quedó en silencio, librándome de tener que seguir dando explicaciones. Todos miramos hacia el escenario, adonde Stanchion había acompañado a Marie. Stanchion se puso a charlar con los clientes que estaban más cerca mientras ella afinaba el violín y el público se preparaba para su actuación.
Marie me caía bien. Era más alta que la mayoría de los hombres, orgullosa como un gato, y dominaba como mínimo cuatro idiomas. Muchos músicos de Imre se esforzaban para vestir a la última moda, con la esperanza de mezclarse así con la nobleza; pero Marie llevaba ropa de viaje: unos pantalones con los que podrías trabajar todo un día, y botas con las que podrías recorrer treinta kilómetros.
No estoy diciendo que llevara prendas burdas, cuidado. Lo que quiero decir es que no le interesaban ni la moda ni las fruslerías. Llevaba ropa hecha a medida, ceñida y favorecedora. Esa noche iba vestida de granate y marrón, los colores de su mecenas, lady Jhale.
Los cuatro mirábamos hacia el escenario.
—Tengo que admitir —dijo Wilem en voz baja— que he considerado detenidamente a Marie.
Manet rió por lo bajo.
—Esa mujer es una mujer y media —aseveró—. Demasiada mujer para cualquiera de vosotros. No sabríais ni por dónde empezar con ella. —En cualquier otro momento, una afirmación así habría sidopara los tres un acicate para empezar a protestar y a fanfarronear. Pero Manet la hizo sin intención de insultar, así que se la dejamos pasar. Sobre todo, porque seguramente tenía razón.
—No es mi tipo —dijo Simmon—. Parece siempre preparada para hacerle una llave a alguien. O para montar un caballo salvaje y domarlo.
—Sí. —Manet volvió a reír por lo bajo—. Si viviéramos en una época mejor, construirían un templo alrededor de una mujer así.
Guardamos silencio mientras Marie terminaba de afinar su violín y empezaba a tocar un rondó dulce y tierno como una suave brisa primaveral.
No tuve tiempo para decírselo, pero Simmon estaba cargado de razón. En una ocasión, en

el Pedernal y Cardo, había visto a Marie darle un puñetazo en el cuello a un hombre por referirse a ella como «la bocazas de esa zorra violinista». Y cuando el hombre cayó al suelo, Marie le propinó una patada. Pero fue solo una, y no en un sitio donde pudiera herirlo permanentemente.

Marie continuó su rondó; el ritmo lento y suave fue aumentando gradualmente hasta volverse mucho más animado. Era la clase de melodía que solo te atrevías a bailar si tenías unos pies excepcionalmente ágiles o si estabas excepcionalmente borracho.

Marie siguió aumentando el ritmo hasta alcanzar una cadencia que nadie habría soñado poder bailar. Ya no era un trote. Iba a toda velocidad, como un par de niños haciendo carreras. Me admiraron"[1]la claridad y la limpieza de su digitación, pese al ritmo frenético de la canción.

Más deprisa. Rápido como un ciervo perseguido por un perro salvaje. Empecé a ponerme nervioso, porque sabía que solo era cuestión de tiempo que Marie se equivocase, que le resbalara un dedo o se saltara una nota. Pero ella seguía adelante, y todas las notas eran perfectas: claras, limpias y dulces. Sus incansables dedos se arqueaban al presionar sobre las cuerdas. La muñeca de la mano con que sujetaba el arco mantenía una posición suelta y relajada pese a aquella vertiginosa velocidad.

Más deprisa todavía. La concentración se reflejaba en el rostro de Marie. El brazo con que manejaba el arco era una mancha borrosa. Más deprisa aún. Marie tenía las largas piernas firmemente plantadas sobre el escenario, y el violín apretado con fuerza contra la mandíbula. Cada nota poseía la nitidez del canto matutino de un pájaro. Más deprisa todavía.

Terminó con una última descarga musical e hizo una bonita reverencia sin haber cometido ni un solo error. Yo sudaba como un caballo sometido a una carrera, y el corazón me latía muy deprisa.

Y no era el único. Wil y Sim tenían la frente cubierta de sudor. Manet estaba agarrado al borde de la mesa, con los nudillos blancos.

—Tehlu misericordioso —dijo, casi sin aliento—. Y ¿todas las noches tocan músicos de esta categoría?

—Todavía es temprano —dije sonriéndole—. Y no me has oído tocar a mí.

Wilem pagó la siguiente ronda de bebidas e iniciamos nuestra charla frívola sobre la Universidad. Manet llevaba allí más tiempo que la mitad de los maestros y sabía más historias escandalosas que nosotros tres juntos.

Un músico con una poblada barba gris tocó con su laúd una conmovedora versión de «En Faeant Morie». Después, dos mujeres adorables —una de cuarenta y tantos años y la otra lo bastante joven para ser su hija— cantaron un dueto sobre Laniél la Rejuvenecida que yo no había oído nunca.

Pidieron a Marie que volviera a subir al escenario, y la joven interpretó una sencilla giga con tanto entusiasmo que la gente se puso a bailar en el espacio que había entre las mesas. Hasta Manet se levantó en el estribillo final y nos sorprendió exhibiendo la notable agilidad de sus pies. Nosotros le aplaudimos, y cuando volvió a sentarse, Manet tenía las mejillas coloradas y la respiración entrecortada.

Wil lo invitó a una copa, y Simmon me miró con ojos chispeantes.

—No —dije—. No voy a tocar. Ya te lo he dicho.

Sim se quedó tan profundamente decepcionado que no pude contener la risa.

—Mira, voy a dar una vuelta. Si veo a Threpe, le pediré que toque.

Fui avanzando despacio por la abarrotada sala, y aunque tenía un ojo puesto en encontrar a Threpe, la verdad es que buscaba a Denna. No la había visto entrar por la puerta principal, pero con la música, las cartas y el alboroto general, cabía la posibilidad de que se me hubiera escapado.

Tardé un cuarto de hora en recorrer metódicamente toda la planta principal, mirando todas las caras y deteniéndome a charlar con algunos de los músicos por el camino.
Subí al primer piso, y justo entonces las luces volvieron a atenuarse. Me situé junto a la barandilla para escuchar a un camarillero de Yll que interpretó una canción triste y cadenciosa.
Cuando la sala volvió a iluminarse, recorrí el primer piso del Eolio, un balcón ancho con forma de creciente de luna. Más que otra cosa, mi búsqueda era un ritual. Buscar a Denna era un ejercicio de futilidad, como rezar para que hiciera buen tiempo.
Pero esa noche fue la excepción que confirmaba la regla. Todavía iba paseándome por el primer piso cuando la vi caminando con un caballero alto y moreno. Rectifiqué mi rumbo entre las mesas para fingir que los interceptaba por casualidad.
Denna me vio medio minuto más tarde. Me sonrió con gesto emocionado, se soltó del brazo del caballero y me hizo señas para que me acercara.
El hombre que la acompañaba era atractivo y orgulloso como un halcón, con una mandíbula que parecía de cemento. Llevaba una camisa de seda de un blanco cegador, y una chaqueta de ante de color sangre con pespuntes de plata. También eran de plata la hebilla y los gemelos. Era el prototipo del caballero modegano. Con lo que valía su ropa, sin contar los anillos, habría podido pagar mi matrícula de todo un año.
Denna interpretaba el papel de acompañante hermosa y encantadora. En el pasado, la había visto vestida más o menos como yo, con ropa sencilla y resistente, apropiada para trabajar y para viajar. Pero*" esa noche llevaba un vestido largo de seda verde. Su oscuro cabello formaba rizos sutiles alrededor de su cara y caía en cascada por sus hombros. En el cuello llevaba un collar con una lágrima de esmeralda cuyo color hacía juego con el del vestido. Una combinación tan perfecta no podía ser una coincidencia.
Me sentí un poco andrajoso a su lado. Más que un poco. Mi vestuario se reducía a cuatro camisas, dos pantalones y algunas piezas sueltas. Todo de segunda mano y más o menos raído. Esa noche llevaba mis mejores prendas, pero comprenderéis que cuando digo «mejores» no quiero decir que fueran muy lujosas.
La única excepción era mi capa, regalo de Felá. Era caliente y maravillosa, hecha a medida, de color verde y negro con numerosos bolsillos en el forro. No era en absoluto ostentosa, pero era la prenda más bonita que tenía.
Al acercarme a ella, Denna dio un paso adelante y, con gesto comedido, casi altanero, me tendió una mano para que se la besara.
Mostraba una expresión sosegada y una sonrisa cortés. Cualquiera que la hubiera visto habría podido pensar que era la típica dama refinada que se mostraba amable con un joven músico empobrecido.
Pero si se hubiera fijado en sus ojos, habría visto algo más. Eran oscuros y profundos, del color del café y el chocolate. Destellaban divertidos y risueños. El caballero que estaba de pie a su lado frunció levemente el entrecejo cuando Denna me ofreció la mano. Yo ignoraba a qué estaba jugando Denna, pero imaginaba cuál era mi papel.
Así que me incliné sobre su mano y la besé suavemente al mismo tiempo que hacía una pronunciada reverencia. Me habían enseñado los modales de la corte desde muy pequeño, de modo que sabía muy bien lo que hacía. Cualquiera puede doblarse por la cintura, pero para hacer una buena reverencia hay que tener estilo.
La mía fue elegante y halagadora, y cuando posé los labios en el dorso de la mano de Denna, me aparté la capa hacia un lado con una delicada sacudida de la muñeca. Ese último detalle era el más difícil, y, de niño, me había pasado horas practicando con tesón ante el espejo de la casa de baños hasta lograr que el movimiento pareciera natural.
Denna me devolvió una reverencia grácil como una hoja que cae y se retiró un poco hasta colocarse junto a su caballero.

—Kvothe, te presento a lord Kellin Vantenier. Kellin, te presento a Kvothe.
Kellin me miró de arriba abajo, formándose una opinión de mí en lo que tardas en coger aire. Adoptó una expresión desdeñosa y me saludó con un gesto de la cabeza. Estoy acostumbrado al desdén, pero me sorprendió lo mucho que me dolió el de aquel hombre.
—A su servicio, mi señor. —Hice una educada reverencia y desplacé el peso del cuerpo para apartar la capa de mi hombro, exhibiendo mi caramillo de plata.
El caballero se disponía a desviar la mirada con ensayado desinterés cuando sus ojos se fijaron en mi reluciente broche de plata. Como joya no era nada especial, pero allí tenía mucho valor. Wilem tenía razón: en el Eolio, yo formaba parte de la nobleza.
Y Kellin lo sabía. Tras considerarlo un instante, me devolvió el saludo. En realidad no fue más que una brevísima inclinación de cabeza, lo indispensablemente pronunciada para que pudiera considerarse educada.
—Al suyo y al de su familia —dijo en un atur perfecto.Tenía una voz más grave que la mía, de bajó, dulce y con suficiente acento modegano para conferirle un deje levemente musical.
Denna inclinó la cabeza hacia él.
—Kellin me está enseñando a tocar el arpa.
—He venido a ganar mi caramillo —declaró él con una voz cargada de confianza.
Al oírlo, las mujeres de las mesas de alrededor giraron la cabeza y lo miraron con avidez, entornando los ojos. Su voz tuvo el efecto contrario sobre mí. Que fuera rico y atractivo era bastante insoportable, pero que además tuviera una voz como la miel sobre una rebanada de pan caliente era sencillamente inexcusable. Al oír el sonido de su voz me sentí como un gato al que agarran por la cola y al que frotan el lomo a contrapelo con la mano mojada.
—¿Es usted arpero?—pregunté mirándole las manos.
—Arpista —me corrigió él con aspereza—. Toco el arpa pendenhale. El rey de los instrumentos.
Inspiré y apreté los labios. La gran arpa modegana había sido el rey de los instrumentos quinientos años atrás. Hoy en día solo era una curiosidad, una antigualla. Lo dejé pasar y evite la discusión pensando en Denna.
—Y ¿piensa probar suerte esta noche? —pregunté.
Kellin entornó ligeramente los ojos.
—Cuando toque, la suerte no entrará en juego. Pero no. Esta noche quiero disfrutar de la compañía de milady Dinael. —Le levantó* la mano a Denna, se la acercó a los labios y la besó distraídamente. Con aire de amo y señor, paseó la mirada por la muchedumbre que murmuraba, como si toda aquella gente le perteneciera—. Me parece que aquí estaré en respetable compañía.
Miré a Denna, pero ella esquivó mi mirada. Con la cabeza ladeada, jugaba con un pendiente que hasta ese momento ocultaba su cabello: una diminuta esmeralda, también con forma de lágrima, a juego con el collar.
Kellin volvió a mirarme de arriba abajo, examinándome. Mi ropa, poco elegante. Mi cabello, demasiado corto según la moda, y demasiado largo para que no pareciera descuidado.
—Y usted es... ¿camarillero?
El instrumento más barato.
—Camarillista —dije con soltura—. Pero no, no. Yo me inclino más por el laúd.
Kellin arqueó las cejas.
—¿Toca el laúd de corte?
Mi sonrisa se endureció un poco pese a todos mis esfuerzos.
—El laúd de troupe.
—¡Ah! —dijo él, riendo como si de pronto lo entendiera todo—. ¡Música folclórica!
Le dejé pasar también eso, aunque me costó más que la vez anterior.
—¿Ya tienen asientos? —pregunté con desenvoltura—. Mis amigos y yo tenemos una mesa

abajo, con buenas vistas del escenario. Si lo desean, pueden unirse a nosotros.
—Lady Dinael y yo ya tenemos una mesa en el tercer círculo. —Kellin apuntó con la barbilla a Denna—. Prefiero la compañía que hay arriba.
Denna, que estaba fuera de su campo de visión, me miró y puso los ojos en blanco.
Sin mudar la expresión, volví a inclinar educadamente la cabeza: laimínima expresión del saludo.
—En ese caso, no quisiera retenerlos más.
Luego me volví hacia Denna.
—¿Me permites que vaya a visitarte un día de estos?
Ella suspiró, la viva imagen de la víctima de una agitada vida social; pero sus ojos seguían riéndose de la ridicula formalidad de aquel diálogo.
—Estoy segura de que lo entenderás, Kvothe. Tengo la agenda muy llena para los próximos días. Pero si quieres, puedes pasar a visitarme hacia finales del ciclo. Me hospedo en el Hombre de Gris.
—Eres muy amable —dije, y la saludé con una inclinación de cabeza mucho más esmerada que la que le había hecho a Kellin. Ella puso los ojos en blanco, esta vez riéndose de mí.
Kellin le ofreció el brazo y, de paso, me ofreció a mí el hombro, y se perdieron los dos entre la multitud. Viéndolos juntos, avanzando con elegancia entre el gentío, habría sido fácil creer que eran los propietarios del local, o que quizá se estaban planteando comprarlo para utilizarlo como residencia de verano. Solo los auténticos nobles se mueven con esa arrogancia natural, conscientes, en el fondo, de que en el mundo todo existe únicamente para hacerlos felices a ellos. Denna fingía maravillosamente, pero para lord Kellin Mandíbula de Cemento, aquello era tan espontáneo como respirar.
Me quedé observándolos hasta que llegaron a la mitad de la escalera del tercer círculo. Entonces Denna se paró y se llevó una mano a
la cabeza. Miró por el suelo con expresión angustiada. Hablaron un momento, y ella señaló la escalera. Kellin asintió y siguió subiendo hasta perderse de vista.
Tuve una corazonada. Miré al suelo y vi un destello plateado cerca de donde había estado Denna, junto a la barandilla. Me acerqué y me quedé allí de pie, obligando a apartarse a un par de comerciantes ceáldicos.
Hice como si mirara a la gente que había abajo hasta que Denna se me acercó y me dio unos golpecitos en el hombro.
—Kvothe —me dijo, aturullada—, perdona que te moleste, pero he perdido un pendiente. Sé bueno y ayúdame a buscarlo, ¿quieres? Estoy segura de que hace un momento lo llevaba puesto.
Me ofrecí a ayudarla, por supuesto, y así pudimos disfrutar de un momento de intimidad; agachados, y sin perder el decoro, nos pusimos a buscar por el suelo con las cabezas muy juntas. Por suerte, Denna llevaba un vestido de estilo modegano, con la falda holgada, larga y suelta alrededor de las piernas. Si hubiera llevado un vestido con un corte a un lado, según la moda de la Mancomunidad, no habría podido agacharse sin llamar la atención.
—Cuerpo de Dios —murmuré—. ¿De dónde lo has sacado?
Denna rió por lo bajo.
—Cállate. Tú mismo me sugeriste que aprendiera a tocar el arpa. Kellin es buen maestro.
—El arpa de pedal modegana pesa cinco veces más que tú —co-' menté—. Es un instrumento de salón. Nunca podrías llevártela de viaje.
Denna dejó de fingir que buscaba el pendiente y me miró a los ojos.
—Y ¿quién ha dicho que nunca vaya a tener un salón donde tocar el arpa?
Seguí buscando por el suelo y encogí los hombros.
—Supongo que para aprender servirá. ¿Te gusta, de momento?
—Es mejor que la lira —respondió ella—. De eso ya me he dado cuenta. Pero todavía no

puedo tocar ni «La ardilla en el tejado».
—Y él ¿qué tal? ¿Es bueno? —La miré con picardía—. Me refiero a si es bueno con las manos.
Denna se sonrojó un poco y por un momento pensé que iba a darme un manotazo. Pero recordó a tiempo que debía comportarse con decoro y optó por entrecerrar los ojos.
—Eres horrible —dijo—. Kellin ha sido un perfecto caballero.
—Que Tehlu nos salve de los perfectos caballeros —repuse.
—Lo he dicho en sentido literal —dijo ella meneando la cabeza—. Nunca había salido de Modeg. Es como un gatito en un gallinero.
—Y así que ahora te llamas Dinael —dije.
—De momento. Y para él —dijo ella mirándome de reojo y esbozando una sonrisa—. Para ti sigo prefiriendo Denna.
—Me alegro. —Levanté una mano del suelo y le mostré la suave lágrima de esmeralda de un pendiente. Denna fingió alegrarse muchísimo de haberlo encontrado, y lo alzó para que le diera la luz.
—¡Ah, ya está!
Me levanté y la ayudé a ponerse en pie. Denna se apartó el cabello del hombro y se inclinó hacia mí.
—Soy muy torpe para estas cosas —dijo—. ¿Te importa?
Me arrimé a ella, y ella me dio el pendiente. Denna olía a flores silvestres. Pero por debajo de ese olor olía a hojas de otoño. Al misterioso olor de su cabello, a polvo del camino y al aire antes de una tormenta de verano.
—Y ¿qué es? —pregunté en voz baja—. ¿Un segundón?
Denna negó sin apenas mover la cabeza, y un mechón de su cabello se soltó y me rozó la mano.
—Es un lord con todas las de la ley.
—Skethe te retaa van —maldije—. Encierra a tus hijos y a tus hijas bajo llave.
Denna volvió a reír por lo bajo. Le temblaban los hombros al intentar contener la risa.
—Quédate quieta —dije, y le sujeté la oreja con suavidad.
Denna inspiró hondo y soltó el aire despacio para serenarse. Le coloqué el pendiente en el lóbulo de la oreja y me aparté. Ella levantó una mano y comprobó si estaba bien puesto; luego dio un paso hacia atrás e hizo una reverencia.
—Muchísimas gracias por tu ayuda.
Yo también la saludé con una reverencia. No fue tan esmerada como la que le había hecho antes, pero era más sincera.
—Estoy a su servicio, milady.
Denna sonrió con ternura y se dio la vuelta. Sus ojos volvían a reír.
Terminé de explorar el primer piso por respetar las formas, pero no parecía que Threpe estuviera por allí. Como no quería arriesgarme a tener otro encuentro con Denna y su caballero, decidí no subir al segundo piso.
Sim ofrecía un aspecto muy animado, como solía pasarle cuando iba por la quinta copa. Manet estaba repantigado en la silla, con los ojos entornados y con la jarra cómodamente apoyada en la barriga. Wil estaba como siempre, y sus oscuros ojos eran insondables.
—No he visto a Threpe por ninguna parte—dije, y me senté en mi sitio—. Lo siento.
—Qué pena —se lamentó Sim—. ¿Todavía no te ha encontrado un mecenas?
—Ambrose ha amenazado o sobornado a todos los nobles en más de cien kilómetros a la redonda —expliqué con gesto sombrío—. No quieren tener nada que ver conmigo.
—Y ¿por qué no te acoge el propio Threpe? —preguntó Wilem—. Le caes muy bien.
Negué con la cabeza.
—Threpe ya patrocina a tres músicos —dije—. Bueno, en realidad son cuatro, pero dos de ellos son un matrimonio.

—¿Cuatro? —dijo Sim, horrorizado—. Es un milagro que todavía le quede algo para comer.
Wil ladeó la cabeza con curiosidad, y Sim se inclinó hacia delante para explicar:
—Threpe es conde. Pero sus tierras no son muy extensas. Patrocinar a cuatro músicos con sus ingresos es, en cierto modo, un despilfarro.
—En copas y cuerdas no se puede gastar tanto —dijo Wil frun-“ ciendo el entrecejo.
—Un mecenas no solo se responsabiliza de eso. —Sim empezó a contar ayudándose con los dedos—. En primer lugar está el título de mecenazgo. Luego tiene que proporcionar a sus músicos comida y alojamiento, un salario anual, un traje con los colores de su familia...
—Tradicionalmente son dos trajes —intervine—. Todos los años. —Cuando vivía con la troupe, nunca valoré la ropa que nos proporcionaba lord Greyfallow. Pero ahora no podía evitar imaginar cómo habría mejorado mi vestuario con dos trajes nuevos.
Simmon sonrió al ver llegar a un camarero, despejando toda duda sobre quién era el responsable de los vasos de aguardiente de moras que nos sirvió a cada uno. Sim alzó su vaso en un brindis silencioso y dio un gran trago. Yo alcé mi vaso también, y lo mismo hizo Wilem, aunque era evidente que le dolía. Manet permaneció inmóvil, y empecé a sospechar que se había quedado dormido.
—Sigue sin cuadrarme —dijo Wilem, dejando el vaso de aguardiente en la mesa—. Lo único que consigue el mecenas son unos bolsillos vacíos.
—El mecenas gana buena reputación —expliqué—. Por eso los músicos llevan su librea. Además, tiene personas que lo entretienen cuando a él se le antoja: en fiestas, bailes y celebraciones. A veces le componen canciones u obras por encargo.
—Aun así, da la impresión de que el mecenas se lleva la peor parte —comentó Wil con escepticismo.
—Eso lo dices porque no tienes todo el contexto —dijo Manet enderezándose—. Eres un chico de ciudad. No sabes qué significa crecer en un pueblecito levantado en la propiedad de un terrateniente.
»Aquí están las tierras de lord Poncington, por ejemplo. —Utilizó un poco de cerveza derramada para dibujar un círculo en el centro de la mesa—. Donde tú vives como un buen plebeyo.
Manet cogió el vaso vacío de Simmon y lo puso dentro del círculo.
—Un buen día, llega al pueblo un individuo que lleva los colores de lord Poncington. —Manet cogió su vaso lleno de aguardiente y lo arrastró por la mesa hasta colocarlo junto al vaso vacío de Sim, que seguía dentro del círculo—. Y ese tipo se pone a cantar canciones para todos en la taberna del pueblo. —Manet vertió un poco de aguardiente en el vaso de Sim.
Sin esperar a que nadie se lo indicara, Sim sonrió y bebió un sorbo.
Manet arrastró su vaso alrededor de la mesa y volvió a meterlo en el círculo.
—Al mes siguiente, llegan un par de tipos más con sus colores y montan un espectáculo de marionetas. —Vertió más aguardiente y Simmon bebió—. Al mes siguiente se representa una obra de teatro. —Otra vez.
Entonces Manet cogió su jarra de madera y la hizo avanzar por la mesa hasta meterla dentro del círculo.
—Entonces aparece el recaudador de impuestos, que lleva los mismos colores. —Manet golpeó impacientemente la mesa con la taza vacía.
Sim se quedó confuso un momento; luego cogió su jarra y vertió un poco de cerveza en la de Manet.
Manet lo miró y volvió a golpear la mesa con la jarra, con gesto de enojo.
Sim vertió el resto de su cerveza en la jarra de Manet, riendo.
—De todas formas, me gusta más el aguardiente de moras.—Y a lord Poncington le gustan más sus impuestos —repuso Manet—. Y a la gente le gusta que la distraigan. Y al recaudador de impuestos no le gusta que lo envenenen y lo entierren de cualquier manera

detrás del viejo molino. —Dio un sorbo de cerveza—. Así que todos se quedan contentos.
Wil observaba aquel diálogo con sus oscuros y serios ojos.
—Ya lo entiendo mejor.
—No siempre es una relación tan interesada —intervine—. Threpe se preocupa de que sus músicos mejoren su arte. Algunos nobles los tratan igual que a los caballos de sus establos. —Suspiré—. Hasta eso sería mejor que lo que tengo ahora, que es nada.
—No te vendas barato —dijo Sim con jovialidad—. Espera a que te salga un buen mecenas. Te lo mereces. Eres tan bueno como cualquiera de los músicos que hay aquí.
Me quedé callado, demasiado orgulloso para contarles la verdad. La mía era una pobreza que ellos ni siquiera podían entender. Sim pertenecía a la nobleza atur, y la familia de Wil eran comerciantes de lana de Ralien. Ellos creían que ser pobre significaba no tener suficiente dinero para ir a beber tan a menudo como les habría gustado.
Con la matrícula tan cerca, yo no me atrevía a gastar ni un penique abollado. No podía comprar velas, ni tinta, ni papel. No tenía joyas que empeñar, ni asignación, ni padres a los que escribir. Ningún prestamista respetable me habría dado ni un solo ardite. Y no era extraño, " pues era un Edena Ruh huérfano y desarraigado cuyas posesiones habrían cabido en un saco de arpillera. Y en un saco no muy grande.
Me levanté antes de que la conversación pudiera entrar en terreno peligroso.
—Ya va siendo hora de que toque algo.
Cogí el estuche del laúd y me dirigí hacia Stanchion, que estaba sentado al final de la barra.
—¿Qué nos has preparado para esta noche? —me preguntó acariciándose la barba.
—Una sorpresa.
Stanchion, que iba a levantarse del taburete, se detuvo y me preguntó:
—¿Es una de esas sorpresas que provocan disturbios o que hacen que la gente le prenda fuego a mi local?
Sonreí y negué con la cabeza.
—Estupendo. —Sonrió también y echó a andar hacia el escenario—. En ese caso, me gustan las sorpresas.

6 Amor

Stanchion me acompañó al escenario y me trajo una silla sin brazos. Luego fue hasta el borde de la tarima y se puso a hablar con el público. Mientras extendía mi capa por encima del respaldo de la silla, las luces empezaron a atenuarse.
Dejé el maltrecho estuche de mi laúd en el suelo. En su día había sido un estuche precioso, pero ya tenía muchos años y muchos kilómetros, y su aspecto era aún más lamentable que el mío. Las charnelas de cuero ya estaban agrietadas y rígidas, y en algunos sitios las paredes de la caja estaban tan gastadas que parecían de pergamino. Solo conservaba uno de los cierres originales, de plata labrada; los otros los había ido sustituyendo con piezas que había encontrado por ahí, y había unos de latón brillante y otros de hierro mate.
Pero lo que había dentro del estuche era completamente diferente. Dentro estaba la razón por la que al día siguiente iba a pelear por mi matrícula. Había empleado todo mi ingenio para regatear por él, y aun así me había costado más dinero del que jamás me había gastado en nada. Me había costado tanto dinero que no pude comprarme un estuche apropiado, y tuve que contentarme con ponerle parches al viejo.
La madera era de color café oscuro, o de tierra recién removida. La curva de la caja era perfecta, como las caderas de una mujer. Era eco sordo y rasgueo cantarín. Mi laúd. Mi alma tangible.
He oído lo que los poetas escriben sobre las mujeres. Componen rimas y rapsodias, y mienten. He visto a marineros en la orilla contemplando en silencio la lenta ondulación del mar. He visto a viejos soldados con el corazón de cuero que derramaban lágrimas al ver los colores de su rey ondeando al viento.
Creedme: esos hombres no saben nada del amor.
No lo encontraréis en las palabras de los poetas ni en la mirada anhelante de los marineros. Si queréis saber algo del amor, miradle las manos a un músico de troupe cuando toca un instrumento. Los músicos de troupe sí saben.
Miré a mi público, que poco a poco iba quedándose callado. Simmon me saludó con la mano, entusiasta, y yo le sonreí. Distinguí el cabello blanco del conde Threpe cerca de la barandilla del segundo balcón. Hablaba con seriedad con una pareja bien vestida y me señalaba. Seguía haciendo campaña a mi favor, aunque ambos supiéramos que era una causa perdida.
Saqué el laúd de su viejo y gastado estuche y empecé a afinarlo. No era el mejor laúd que había en el Eolio, ni mucho menos. El mástil estaba ligeramente torcido, pero no doblado. Una de las clavijas estaba suelta y tendía a alterar el sonido de la cuerda.
Rasgueé suavemente un acorde y acerqué la oreja a las cuerdas. Levanté la cabeza y vi la cara de Denna, clara como la luna. Ella me sonrió, emocionada, y me saludó agitando los dedos por debajo de la mesa para que no lo viera su caballero.
Toqué suavemente la clavija suelta y pasé las manos por la tibia madera del laúd. Había sitios donde el barniz tenía arañazos y rozaduras. En el pasado lo habían tratado mal, pero eso no lo hacía menos maravilloso.
Sí, mi laúd tenía defectos, pero ¿qué importa eso cuando se trata de asuntos del corazón? Amamos lo que amamos. La razón no entra" en juego. En muchos aspectos, el amor más insensato es el amor más verdadero. Cualquiera puede amar algo por algún motivo. Eso es tan fácil como meterse un penique en el bolsillo. Pero amar algo a pesar de algo es otra cosa. Conocer los defectos y amarlos también. Eso es inusual, puro y perfecto.
Stanchion me señaló trazando un arco con el brazo. Hubo un breve aplauso seguido de un

silencio atento.
Le arranqué dos notas punteadas al laúd y observé que el público se inclinaba hacia mí.
Acaricié una cuerda, la afiné ligeramente y empecé a tocar. Cuando solo habían sonado unas pocas notas, todos sabían ya qué canción iban a escuchar.
Era «El manso». Una canción que los pastores llevan diez mil años silbando. La más sencilla de las melodías sencillas. Una canción que cualquiera podría entonar. Un crío. Un majadero. Un analfabeto.
Era, para decirlo sin rodeos, música folclórica.
Se han escrito un centenar de canciones basadas en la melodía de «El manso». Canciones de amor y de guerra. Canciones de humor, tragedia y lujuria. Pero no toqué ninguna de esas versiones. No me interesaba la letra, sino la música. Solo la melodía.
Miré hacía arriba y vi a lord Mandíbula de Cemento junto a Denna, haciendo un ademán desdeñoso. Sonreí mientras iba sonsacándole la canción a las cuerdas de mi laúd.
Pero al poco rato, mi sonrisa fue volviéndose forzada. El sudor empezó a brotar en mi frente. Me encorvé sobre el laúd, concentrado en lo que hacían mis manos. Mis dedos corrían, danzaban, volaban.
Toqué con la dureza de una granizada, como un martillo golpeando una pieza de latón. Toqué con la suavidad del sol sobre el trigo en otoño, como el tenue temblor de una hoja. Al poco rato, empecé a jadear a causa del esfuerzo. Mis labios dibujaban una línea fina y descolorida.
Cuando iba por el estribillo intermedio, sacudí la cabeza para apartarme el cabello de los ojos. Unas gotas de sudor salieron despedidas describiendo un arco y salpicaron la madera del suelo del escenario. Respiraba hondo, y mi pecho subía y bajaba como un fuelle, esforzándose como un caballo que corre hasta el agotamiento.
La canción inundaba la sala de notas limpias y diáfanas. Estuve a punto de equivocarme una vez: el ritmo vaciló apenas un instante… pero me recuperé, seguí adelante y conseguí terminar la última frase, pulsando las cuerdas con suavidad y dulzura pese a lo cansados que tenía los dedos.
Entonces, cuando ya era evidente que no podía continuar ni un momento más, resonó el último acorde y me derrumbé en la silla, agotado.
El público me dedicó un aplauso atronador.
Pero no todo el público. Dispersas por el local, una docena de personas se echó a reír; algunos golpeaban las mesas y daban pisotones en el suelo mientras lanzaban gritos de júbilo.
La ovación cesó rápidamente. Hombres y mujeres se quedaron parados con las manos en alto, contemplando a aquellos miembros del público que reían en lugar de aplaudir. Algunos parecían enojados, y otros, confundidos. Era evidente que muchos se sentían ofendidos, y un murmullo de desaprobación empezó a recorrer la sala.
Antes de que pudiera iniciarse una discusión seria, toqué una sola nota aguda y levanté una mano, reclamando de nuevo la atención del público. Todavía no había terminado, ni mucho menos.
Me puse cómodo e hice rodar los hombros. Rasgueé las cuerdas, ajusté la clavija suelta y, sin ningún esfuerzo, me puse a tocar mi segunda canción.
Era un tema de Illien, «Tintatatornin». Dudo que lo hayáis oído. Comparado con las otras obras de Illien, es una rareza. En primer lugar, no tiene letra. En segundo lugar, pese a ser una canción de amor, no es tan pegadiza ni tan enternecedora como muchas de sus melodías más conocidas.
Pero sobre todo, es condenadamente difícil de tocar. Mi padre la llamaba «la canción más bonita jamás escrita para quince dedos». Me hacía tocarla cuando me veía demasiado orgulloso de mí mismo y consideraba que necesitaba una dosis de humildad. Baste decir

que la practicaba con bastante regularidad, a veces más de una vez al día.
Así que me puse a tocar «Tintatatornin». Me apoyé en el respaldo de la silla, crucé los tobillos y me relajé un poco. Mis manos se movían despreocupadamente por las cuerdas. Después del primer estribillo, inspiré hondo y di un breve suspiro, como un muchacho encerrado en su casa en un día soleado. Mi mirada empezó a pasearse por la estancia, aburrida.
Sin dejar de tocar, me removí en el asiento, buscando una postura cómoda y sin encontrarla. Fruncí el ceño, me levanté y miré la silla como sí ella tuviera la culpa. Volví a sentarme y me sacudí con expresión de fastidio.
Mientras hacía todo eso, las diez mil notas de «Tintatatornin» corrían y brincaban. Entre un acorde y el siguiente aproveché para rascarme detrás de una oreja.
Estaba tan metido en mi papel que me dieron ganas de bostezar. Di el bostezo sin contenerme, y abrí tanto la boca que estoy seguro de que los que estaban en las primeras filas pudieron contarme los dientes. Sacudí la cabeza como si quisiera despejarme, y me enjugué los ojos, llorosos, con la manga.
Entretanto, seguía sonando «Tintatatornin». La enloquecedora armonía y el contrapunto se entrelazaban y a ratos se separaban.
Y todo ello impecable, dulce y fácil cómo respirar. Cuando llegué al final, juntando una docena de enredados hilos musicales, no hice ningún floreo. Dejé de tocar, sencillamente, y me froté un poco los ojos. Sin crescendo. Sin saludo. Nada. Hice crujir los nudillos distraídamente y me incliné hacia delante para guardar el laúd en el estuche.
Esa vez se oyeron primero las risas. Eran los mismos que se habían reído antes, y silbaban y golpeaban las mesas con más estrépito que la vez anterior. Mi gente. Los músicos. Abandoné la expresión de aburrimiento y les sonreí con complicidad.
Momentos después llegaron los aplausos, pero fueron dispersos y titubeantes. Antes de que se hubieran encendido las luces, ya se habían disuelto y el murmullo de las discusiones los habían absorbido por completo.
Cuando bajé los escalones, Marie corrió a mi encuentro, con la risa pintada en el rostro. Me estrechó la mano y me dio unas palmadas en la espalda. Ella fue la primera, pero muchos la siguieron, todos ellos músicos. Antes de que me quedara atrapado, Marie entrelazó su brazo con el mío y me guió hasta mi mesa.
—Caramba, muchacho —dijo Manet—. Aquí eres como un pequeño rey.
—Pues esto no es nada comparado con la atención que suele recibir —comentó Wilem—. Normalmente todavía lo están vitoreando cuando vuelve a la mesa. Las mujeres le hacen caídas de ojos y cubren su camino de flores.
Sim miró alrededor con curiosidad.
—La reacción de la gente me ha parecido… —buscó una palabra— heterogénea. ¿A qué se debe eso?
—A que nuestro joven Seis Cuerdas es tan afilado que casi se corta —respondió Stanchion, que había venido hasta nuestra mesa.
—¡Vaya! ¿Usted también lo ha notado? —preguntó Manet con aspereza.
—Calla —dijo Marie—. Ha sido genial.
Stanchion suspiró y meneó la cabeza.
—A mí no me importaría saber de qué estáis hablando —dijo Wilem un tanto molesto.
—Kvothe ha tocado la canción más sencilla del mundo y ha hecho que pareciera que hilaba oro con un copo de lino —explicó Marie—. Luego ha cogido un tema musical de verdad, una pieza que solo unos pocos de los que están hoy en este local podrían tocar, y ha hecho que pareciera tan fácil que se diría que un niño podría tocarla con un silbato.
—No voy a negar que lo ha hecho con gran habilidad —admitió Stanchion—. El problema es cómo lo ha hecho. Los que se han puesto a aplaudir después de la primera canción se

sienten imbéciles. Piensan que se ha jugado con ellos.
—Es que eso es lo que ha pasado —dijo Marie—. Un intérprete manipula a su público. Esa es la gracia de la broma.
—A la gente no le gusta que jueguen con ella y hagan chistes a su costa —replicó Stanchion —. Es más, le molesta. A nadie le gusta que le hagan bailar al son que otro toca.
—En realidad —intervino Simmon sonriente—, los hizo bailar con el laúd.
Todos se volvieron hacia él, y a Simmon se le apagó un poco la sonrisa.
—¿No lo pilláis? Los hizo bailar. Al son del laúd. —Bajó la vista hacia la mesa, se le borró del todo la sonrisa y se puso colorado—. Lo siento.
Marie soltó una carcajada.
—Es como si hubiera dos públicos, ¿no? —dijo Manet hablando despacio—. Están los que saben suficiente de música para entender el chiste y los que necesitan que les expliquen el chiste.
Marie miró a Manet e hizo un gesto triunfante.
—Eso es exactamente —le dijo a Stanchion—. Si vienes aquí y no sabes suficiente para entender el chiste por ti mismo, te mereces que te regañen un poco.
—Solo que la mayoría de esa gente son nobles —puntualizó Stanchion—. Y nuestro listillo todavía no tiene mecenas.
—¿Qué? —dijo Marie—. Pero si ya hace meses que Threpe hizo correr la voz sobre ti. ¿Por qué nadie te ha fichado todavía?
—Ambrose Anso —dije a modo de explicación.
Por la expresión de Marie, ignoraba de quién le hablaba.
—¿Es un músico?—preguntó.
—Es el hijo de un barón —aclaró Wilem.
Marie arrugó el ceño sin comprender.
—¿Y cómo va a impedir él que consigas un mecenas?
—Gracias a que tiene mucho tiempo libre y el doble de dinero que Dios —dije con aspereza.
—Su padre es uno de los hombres más poderosos de Vintas —añadió Manet, y se volvió hacia Simmon—. ¿Qué es, el decimosexto en la línea del trono?
—Decimotercero —le corrigió Simmon hoscamente—. La familia Surthen, entera, murió en el mar hace dos meses. Ambrose no para de recordar a todos que su padre está a solo doce pasos de convertirse en rey.
—Lo que ocurre —dijo Manet dirigiéndose a Marie— es que el hijo de ese barón tienen mucha influencia, y no duda en ejercerla.
—Para ser completamente sinceros —intervino Stanchion—, deheríamos mencionar que el joven Kvothe no es la persona con mayores habilidades sociales de la Mancomunidad. —Carraspeó antes de añadir—: Como queda demostrado por su actuación de esta noche.
—No soporto que me llamen «el joven Kvothe» —le dije en un aparte a Sim. Mi amigo me miró con compasión.
—Yo sigo pensando que ha sido genial —dijo Marie mirando a Stanchion y plantando los pies firmemente en el suelo—. Es lo más ingenioso que ha hecho nadie aquí en el último mes, y tú lo sabes.
Le puse una mano en el brazo a Marie.
—Stanchion tiene razón —dije—. Ha sido una estupidez. —Encogí los hombros con cierta vacilación—. O al menos lo sería si todavía conservara algún resquicio de esperanza de conseguir un mecenas. —Miré a Stanchion a los ojos—. Pero no la tengo. Los dos sabemos que Ambrose me ha envenenado ese pozo.
—Los pozos no se quedan envenenados para siempre —objetó Stanchion.
Volví a encogerme de hombros.
—Entonces, ¿qué te parece esta excusa? Prefiero tocar canciones que divierten a mis

amigos que complacer a quienes me juzgan basándose solo en habladurías.
Stanchion inspiró hondo y soltó el aire de golpe.
—Está bien —dijo esbozando una sonrisa.
A continuación se produjo un breve silencio, y Manet carraspeó de forma significativa y miró alrededor.
Capté su indirecta e hice las presentaciones.
—Stanchion, ya conoces a mis compañeros Wil y Sim. Este es Manet, alumno y, ocasionalmente, mi mentor en la Universidad. Este es Stanchion: anfitrión, propietario, y dueño del escenario del Eolio.
—Encantado de conocerte —dijo Stanchion; inclinó educadamente la cabeza y luego miró alrededor con nerviosismo—. Y hablando de anfitriones, debo ocuparme de mi negocio. —Antes de marcharse, me dio una palmada en la espalda—. Aprovecharé para ver si puedo apagar un par de fuegos.
Le di las gracias con una sonrisa; luego hice un ademán elegante y dije:
—Os presento a Marie. Como habéis podido comprobar con vuestros propios oídos, es la mejor violinista del Eolio. Como podéis ver con vuestros propios ojos, es la mujer más hermosa en miles de kilómetros a la redonda. Como habrá percibido vuestra inteligencia, es la más sabia de...
Sonriente, Marie me interrumpió con un manotazo.
—Si mi sabiduría fuera la mitad de mi estatura, no saldría a defenderte —dijo—. ¿Es verdad que el pobre Threpe te ha estado haciendo publicidad todo este tiempo?
—Sí —contesté—. Ya le advertí que era una causa perdida.
—Lo es si te empeñas en burlarte de la gente —dijo ella—. Te juro que nunca he conocido a un hombre con un don como el tuyo para caer mal a los demás. Si no tuvieras ese encanto personal, a estas alturas ya te habrían apuñalado.
—No lo sabes bien —murmuré.
Marie miró a mis amigos.
—Encantada de conoceros.
Wil asintió con la cabeza, y Sim sonrió. Manet, en cambio, se puso en pie con un movimiento fluido y le tendió una mano a Marie. Ella le ofreció la suya, y Manet se la tomó con ambas manos, con ternura.
—Marie —dijo—, me has dejado intrigado. ¿Tendré alguna posibilidad de invitarte a una copa y de disfrutar del placer de tu conversación en algún momento de la noche?
Me quedé demasiado perplejo para hacer otra cosa que mirarlos. Allí de pie, los dos parecían unos sujetalibros desparejados. Marie le sacaba quince centímetros a Manet, y sus botas conseguían que sus piernas parecieran aún más largas.
Manet, por su parte, tenía el aspecto de siempre, entrecano y desaliñado, y aparentaba como mínimo diez años más que Marie.
Marie parpadeó y ladeó un poco la cabeza, como si considerara la proposición.
—Ahora estoy con unos amigos —dijo—. Cuando haya terminado con ellos, quizá se haya hecho un poco tarde.
—No me importa cuándo —repuso Manet con tranquilidad—. Si es necesario, estoy dispuesto a perder unas horas de sueño. Ya no recuerdo la última vez que compartí la compañía de una mujer que expresa sus ideas con tanta firmeza y sin vacilación. Hoy en día no abundan las personas como tú.
Marie volvió a inspeccionarlo.
Manet la miró a los ojos y compuso una sonrisa tan segura y adorable que parecía aprendida en los escenarios.
—No quisiera que tuvieras que abandonar a tus amigos por mí —dijo—. Pero hacía diez años que ningún violinista me hacía bailar. Creo que lo mínimo que puedo hacer es invitarte a

una copa.Marie le sonrió entre sorprendida e irónica.
—Ahora estaré en el segundo piso. —Señaló hacia la escalera—. Pero quedaré libre dentro de, no sé, un par de horas...
—Te agradezco tu amabilidad —dijo él—. ¿Quieres que vaya a buscarte?
—Sí, por favor. —Lo miró una vez más y se dio la vuelta.
Manet se sentó y cogió su jarra.
Simmon estaba tan estupefacto como todos nosotros.
—¿Qué demonios ha sido eso? —preguntó.
Manet rió por debajo de la barba y se reclinó en el respaldo de la silla sujetando la jarra contra el pecho.
—Pues eso ha sido —empezó con suficiencia— otra cosa más de la que yo entiendo y vosotros, que solo sois unos cachorros, no. Tomad nota. Prestad atención.
Cuando los miembros de la nobleza quieren mostrar su agradecimiento a un músico, le ofrecen dinero. Cuando empecé a tocar en el Eolio, recibí algunos regalos de esa clase, y durante un tiempo ese dinero me había bastado para ayudar a pagar mi matrícula y mantenerme a flote aunque solo fuera por los pelos. Pero Ambrose no había cejado en su campaña contra mí, y hacía meses que yo no recibía ninguna propina.
Los músicos son más pobres que los nobles, pero saben disfrutar de una actuación. Y cuando les gusta cómo tocas, te invitan a copas. Esa era la verdadera razón por la que yo había ido al Eolio esa noche.
Manet fue a la barra a buscar un trapo húmedo con que limpiar la mesa para que pudiéramos echar otra partida de esquinas. Todavía no había vuelto cuando un joven caramillero ceáldico se acercó y nos preguntó si podía invitarnos a una ronda.
Sí podía, por supuesto. El caramillero llamó a una camarera que pasaba cerca y cada uno pidió lo que más le apetecía, además de una cerveza para Manet.
Bebimos, jugamos a cartas y escuchamos música. A Manet y a mí nos tocaron cartas malas y perdimos tres manos seguidas. Eso me deprimió un poco, pero no tanto como la inquietante sospecha de que Stanchion podía tener razón con lo que había dicho.
Un mecenas rico me habría solucionado muchos problemas. Hasta un mecenas pobre me habría proporcionado un poco de espacio
para respirar, económicamente hablando. Al menos, tendría alguien a quien podría pedir prestado dinero en caso de apuro, en lugar de verme obligado a tratar con personajes peligrosos.
Mientras pensaba esas cosas, jugué mal y perdimos otra mano; ya llevábamos cuatro seguidas, y además con una prenda.
Manet me lanzó una mirada asesina mientras recogía las cartas.
—A ver si te aprendes esto antes de presentarte al examen de admisiones. —Levantó una mano apuntando con tres dedos hacia arriba—. Imagínate que tienes tres picas en la mano, y que ya han salido cinco picas. —Levantó la otra mano, extendiendo los cinco dedos—. ¿Cuántas picas hay en total? —Se recostó en la silla y se cruzó de brazos—. Tómate tu tiempo.
—Todavía no se ha recuperado del impacto de saber que Marie ha aceptado tomarse una copa contigo —dijo Wilem con aspereza—•. A nosotros nos pasa lo mismo.
—A mí no —dijo Simmon—. Yo ya sabía que tenías encanto.
Nos interrumpió Lily, una de las camareras habituales del Eolio.
—¿Qué pasa aquí? —nos preguntó, jovial—. ¿Habéis montado una fiesta?
—Lily —dijo Simmon—, si te invitara a tomar una copa, ¿te lo pensarías?
—Sí —contestó ella sin dudarlo—. Pero no mucho rato. —Le puso una mano en el hombro—. Estáis de suerte, chicos. Un admira-^ dor anónimo de la música os ha invitado a una ronda.
—Para mí, scutten —dijo Wilem.

—Aguamiel —dijo Simmon con una sonrisa.
—Yo me tomaré un sounten —dije yo. Manet arqueó una ceja.
—¿Un sounten? —preguntó lanzándome una mirada—. Yo también. —Miró a la camarera con aire de complicidad y me apuntó con la barbilla—. A su cuenta, claro.
—¿Seguro? —dijo Lily, y encogió los hombros—. Vuelvo enseguida.
—Ahora que nos has dejado a todos impresionados, ya puedes divertirte un poco, ¿no? —me dijo Simmon—. ¿No nos cantarías algo sobre un burro...?
—Por última vez: no —dije—. No quiero saber nada de Ambrose. No gano nada con seguir fastidiándolo.
—Le rompiste Un brazo —apuntó Wil—. Creo que ya lo has fastidiado bastante.
—El me rompió el laúd —repliqué—. Estamos en paces. Estoy dispuesto a olvidar el pasado.
—Y un cuerno —terció Sim—. Tiraste una libra de mantequilla rancia por su chimenea. Le aflojaste la cincha de la silla...
—¡Manos negras! ¡Cállate ya! —dije mirando alrededor—. De eso ya hace casi un mes, y nadie sabe que fui yo excepto vosotros dos.
Y ahora Manet. Y todos los que están cerca.
Sim se puso muy colorado, y la conversación se detuvo hasta que Lily regresó con nuestras bebidas. El scutten de Wil venía en la tradicional taza de piedra. El dorado aguamiel de Sim brillaba en una copa alta. A Manet y a mí nos dio jarras de madera.
Manet sonrió.
—No recuerdo la última vez que pedí un sounten —caviló—.
Y creo que nunca había pedido uno para mí.
—Yo nunca se lo había visto tomar a nadie —aportó Sim—. Kvothe se los pule como si nada. Tres o cuatro en una noche.
—¿No lo saben? —me preguntó Manet arqueando una de sus pobladas cejas.
Negué con la cabeza y di un sorbo de mi jarra, sin saber si debía reírme o morirme de vergüenza.
Manet empujó su jarra hacia Simmon, que la cogió y bebió un sorbo. Frunció el entrecejo y dio otro.
—¿Agua?
Manet asintió.
—Es un viejo truco de prostitutas. Estás charlando con una en la taberna del burdel, y quieres demostrarle que no eres como los demás. Tú eres un hombre refinado. Así que la invitas a una copa.
Estiró el brazo y recuperó su jarra.
—Pero ellas están trabajando. Ellas no quieren beber. Prefieren el dinero. Piden un sounten, un peveret o algo por el estilo. Tú pagas, el camarero le da a ella agua, y al final de la noche, la chica se reparte el dinero con la casa. Si sabe escuchar, una chica puede ganar tanto en la barra como en la cama.
—Aquí hacemos tres partes —intervine yo—. Un tercio para la casa, un tercio para el camarero y un tercio para mí.
—Pues te están timando —dijo Manet con franqueza—. El camarero debería obtener su parte de la casa.
—En Anker’s nunca te he visto pedir un sounten —observó Sim.
—Debe de ser el aguamiel de Greysdale —apuntó Wil—. Allí lo pides mucho.
—Pero si yo he pedido Greysdale —objetó Sim—. Sabía a encurtidos y a meados. Además...
Manet terminó la frase por él:
—¿Era más caro de lo que pensabas? No tendría mucho sentido montar tanto lío por lo que cuesta una cerveza pequeña, ¿no crees?
—Cuando pido Greysdale en Anker’s, saben perfectamente lo que quiero decir —expliqué—.

Si pidiera algo que no existiera, alguien podría descubrir el juego.
—Y tú ¿cómo lo sabes? —le pregunto Sim a Manet.
—Más sabe el diablo por viejo que por diablo —contestó.
Las luces empezaron a atenuarse y nos volvimos hacia el escenario.
Avanzaba la noche. Manet nos abandonó por pastos más verdes, y Wil, Sim y yo hicimos todo lo posible para mantener nuestra mesa limpia de vasos mientras los músicos que se habían divertido nos invitaban a una ronda tras otra. De hecho, nos invitaron a una cantidad escandalosa de Copas. Muchas más de las que yo me habría atrevido a soñar.
Yo casi siempre pedía sounten, porque recoger dinero para pagar mi matrícula era el motivo principal por el que había ido al Eolio esa noche. Wil y Sim también pidieron varias rondas de sounten, ahora que ya conocían el truco. Y yo se lo agradecí por partida doble, pues de otro modo me habría visto obligado a llevarlos a casa en una carretilla.
Al final nos hartamos los tres de música, chismorreos, y, en el caso de Sim, de perseguir sin éxito a las camareras.
Antes de irnos, pasé a hablar un momento por la barra y le expliqué al camarero la diferencia entre una mitad y una tercera parte. Al final de la negociación, me embolsé un talento y seis iotas. La rriayor parte de ese dinero provenía de las consumiciones a que los otros músicos me habían invitado esa noche.
Me guardé las monedas de la bolsa del dinero: «Tres talentos».
De mis negociaciones también saqué dos botellas de color marrón oscuro.
—¿Qué es eso? —me preguntó Sim mientras yo me disponía a guardar las botellas en el estuche del laúd.
—Cerveza de Bredon —respondí, mientras colocaba los trapos con los que envolvía mi laúd para que las botellas no lo rozaran.
—Las Bredon —dijo Wil con desden—. Parecen más gachas que cerveza.—A mí no me gusta tener que masticar el licor —dijo Sim con una mueca.
—No está tan mala —dije poniéndome a la defensiva—. En los pequeños reinos las mujeres la beben cuando están embarazadas. Arwyl lo mencionó en una de sus conferencias. La fabrican con polen de flores, aceite de pescado y huesos de cereza. Tiene un montón de micronutrientes.
—No te juzgamos, Kvothe. —Wilem me puso una mano en el hombro y me miró consternado—. A Sim y a mí no nos importa que seas una preñada de Yll.
Simmon dejó escapar un resoplido, y el sonido le hizo soltar una carcajada.
Los tres juntos volvimos sin prisa a la Universidad, cruzando el alto arco del Puente de Piedra. Y como no había por allí nadie que pudiera oírnos, le canté «El asno erudito» a Sim.
Wil y Sim se marcharon, con algún tropezón, a sus habitaciones de las Dependencias. Pero yo no tenía ganas de acostarme y seguí paseando por las calles desiertas de la Universidad, disfrutando del fresco nocturno.
Pasé por delante de los oscuros escaparates de boticarios, sopladores de vidrio y encuadernadores. Atajé por una cuidada extensión de césped, y aspiré el limpio y polvoriento aroma de las hojas de otoño y de la verde hierba que había debajo. Casi todas las posadas y las casas de bebidas estaban a oscuras, pero en los burdeles había luces encendidas.
La piedra gris de la Casa de los Maestros adquiría un resplandor plateado bajo la luz de la luna. Dentro solo había una luz tenue que iluminaba la vidriera donde estaba representado Teccam en la postura clásica: descalzo ante la entrada de su cueva, hablando con un grupo de jóvenes alumnos.
Pasé por delante del Crisol. Sus incontables y puntiagudas chimeneas se destacaban, oscuras y casi todas sin humo, contra el cielo. Incluso por la noche olía a amoníaco y flores quemadas, a ácido y alcohol: un millar de olores mezclados que habían impregnado la

piedra del edificio a lo largo de los siglos.
Por último, el Archivo. Un edificio de cinco plantas sin ventanas que me recordaban a una enorme roca de guía. Sus grandes puertas estaban cerradas, pero vi la luz rojiza de las lámparas simpáticas que se filtraba por los bordes. Durante el proceso de admisiones, el maestro Lorren mantenía el Archivo abierto por la noche para que todos
los miembros del Arcano pudieran estudiar cuanto quisieran. Todos los miembros del Arcano excepto uno, por supuesto.
Volví a Anker's y encontré la posada oscura y silenciosa. Tenía una llave de la puerta trasera, pero para no tropezar en la oscuridad me dirigí hacia un callejón cercano. Pie derecho en el barril del agua de lluvia, pie izquierdo en el alféizar de la ventana, mano izquierda en el bajante de hierro. Trepé sin hacer ruido hasta mi ventana de la tercera planta, abrí el cerrojo con un trozo de alambre y me metí dentro.
Estaba oscuro como boca de lobo, y yo me sentía demasiado cansado para ir a buscar lumbre a la chimenea de abajo. Así que toqué la mecha de la lámpara que tenía junto a la cama, y me manché un poco los dedos de aceite. Entonces murmuré un vínculo y noté que se me enfriaba el brazo al salir de él el calor. Al principio no pasó nada, y arrugué la frente, concentrándome para controlar el ligero aturdimiento producido por el alcohol. Se me enfrió más el brazo, tanto que me estremecí, pero al final la mecha se encendió.
Sintiendo frío, cerré la ventana y recorrí con la mirada la diminuta habitación con su techo inclinado y su estrecha cama. Sorprendido, comprobé que no habría querido estar en ningún otro sitio de los cuatro rincones. Casi me sentía en casa.
Quizá a vosotros no os parezca extraño, pero para mí sí lo era. Había crecido entre los Edena Ruh, y para mí, el hogar nunca había sido un lugar. El hogar era un grupo de carromatos y canciones a!re-„ dedor de una hoguera. Cuando mataron a mi troupe, perdí algo más que á mi familia y a mis amigos de la infancia. Fue como si todo mi mundo hubiera ardido hasta los cimientos.
Tras casi un año en la Universidad, empezaba a sentir que pertenecía a ese lugar. Era una sensación extraña, ese cariño a un sitio. En cierto modo era reconfortante, pero el Ruh que llevaba dentro estaba inquieto, pues se rebelaba contra la idea de echar raíces como una planta.
Me quedé dormido preguntándome qué habría pensado mi padre de mí.

7 Admisiones

A la mañana siguiente me mojé la cara y bajé medio dormido. La taberna de Anker’s iba llenándose de clientes que querían comer pronto; también había unos cuantos estudiantes particularmente desconsolados que ya empezaban a beber.
Había dormido poco, y con los ojos todavía empañados me senté en mi mesa del rincón y empecé a inquietarme por mi inminente entrevista.
Kilvin y Elxa Dal no me preocupaban. Estaba preparado para sus preguntas. Y, en gran medida, también para las de Arwyl. Sin embargo, los otros maestros entrañaban misterios de diversas dimensiones.
Al inicio del bimestre, cada maestro ponía a disposición de los alumnos una selección de libros en Volúmenes, la sala de lectura del Archivo. Había textos básicos pensados para los E’lir de rango inferior, y obras progresivamente más avanzadas para los Re’lar y los El’the. Esos libros revelaban los conocimientos que los maestros consideraban valiosos. Eran los libros que los alumnos listos estudiaban antes de presentarse al examen de admisión.
Pero yo no podía pasearme por Volúmenes como los demás. Era el único alumno al que habían prohibido la entrada en el Archivo desde hacía doce años, y todo el mundo lo sabía. Volúmenes era la única sala bien iluminada de todo el edificio, y durante las admisiones siempre había allí gente leyendo.
Así pues, me vi obligádo a buscar copias de los textos propuestos por los maestros sepultadas en Estanterías. Os sorprendería cuántas versiones del mismo libro puede haber. Si tenía suerte, el libro que encontraba era idéntico al que el maestro había apartado en Volúmenes. La mayoría de las veces, las versiones que encontraba estaban anticuadas, expurgadas o mal traducidas.
Llevaba varias noches leyendo cuanto podía, pero perdía un tiempo muy valioso buscando los libros, y mi preparación todavía era deplorable.
Iba dándoles vueltas a esos pensamientos angustiantes cuando me distrajo la voz de Anker.
—Mira, Kvothe es ese de ahí —decía.
Levanté la cabeza y vi a una mujer sentada a la barra. No vestía como una alumna. Llevaba un bonito vestido granate de falda larga y cintura ceñida, y guantes a juego hasta el codo. Con un movimiento calculado, consiguió bajar del taburete sin que se le enredaran los pies; vino hacia mí y se paró junto a mi mesa. Llevaba el cabello rubio cuidadosamente rizado, y los labios pintados de color rojo intenso. No pude evitar preguntarme qué hacía en un sitio como Anker’s.
—¿Tú eres el que le rompió el brazo al idiota de Ambrose Anso? —me preguntó.
Hablaba atur con un marcado y musical acento modegano. Eso hacía que costara un poco entenderla, pero mentiría si dijera que no lo encontré atractivo. El acento modegano tiene una notable carga sexual.
—Sí —afirmé—. No lo hice del todo a propósito, pero sí.
—En ese caso, tienes que dejar que te invite a una copa —dijo ella con el tono de una mujer acostumbrada a salirse con la suya.
Le sonreí y lamenté no llevar más de diez minutos despierto, porque todavía tenía el ingenio embotado.
—No serías la primera que me invita a una copa por ese motivo —dije con franqueza—. Si insistes, me tomaré un aguamiel de Greysdale.
La mujer se dio la vuelta y volvió a la barra. Si era una alumna, era nueva. Si hubiera llevado allí aunque solo fueran unos días, Sim me habría hablado de ella, porque llevaba la cuenta

de todas las muchachas hermosas de la ciudad, y las cortejaba con ingenuo entusiasmo.
La modegana regresó al cabo de un momento y se sentó enfrente de mí, acercándome una jarra de madera. Anker debía de haber acabado de lavarla, porque el asa le dejó unas marcas de humedad en los guantes de color granate.
Levantó su vaso, lleno de vino tinto.
—Por Ambrose Anso —dijo con repentina fiereza—. Que se caiga en un pozo y se muera.
Cogí la jarra y di un sorbo, y me pregunté si habría alguna mujer en cien kilómetros a la redonda a la que Ambrose no hubiera maltratado. Me sequé discretamente la mano en los pantalones.
La mujer dio un gran sorbo de vino y golpeó la mesa con el vaso. Tenía las pupilas muy dilatadas. Pese a lo temprano que era, ya debía de llevar un buen rato bebiendo.
De repente percibí un olor a nuez moscada y a ciruela. Olisqueé mi jarra y miré el tablero de la mesa pensando que quizá alguien había derramado una bebida. Pero no había nada.
Entonces la mujer que estaba sentada enfrente de mí rompió a llorar. Y no fueron unas lagrimitas discretas. Fue como si alguien hubiera abierto un grifo.
Se miró las manos enguantadas y sacudió la cabeza. Se quitó un guante húmedo, me miró y, entre sollozos, pronunció unas palabras en modegano.
—Lo siento —me disculpé, desconsolado—. No hablo...
Pero ella ya había retirado la silla y se levantaba. Corrió hacia la puerta mientras se enjugaba las lágrimas.
Anker me observaba desde detrás de la barra, como el resto de los que estaban en la taberna.
—No ha sido culpa mía —aclaré señalando la puerta—. Se ha puesto así ella sola.
La habría seguido y habría intentado resolverlo todo, pero ella ya estaba fuera, y faltaba menos de una hora para mi entrevista de admisiones. Además, si trataba de ayudar a todas las mujeres que Ambrose había traumatizado, no tendría tiempo para comer ni para dormir.
Lo bueno fue que aquel extraño encuentro me despejó la mente, y ya no estaba espeso y atontado por la falta de sueño. Decidí aprovechar aquella circunstancia y liquidar mi entrevista de admisiones. Como decía mi padre, cuanto antes empiezas, antes acabas.
Camino del Auditorio, me paré a comprar un dorado pastel de carne en el carrito de un vendedor ambulante. Sabía que iba a necesitar hasta el último penique para pagar mi matrícula de ese bimestre, pero de todas formas, el precio de una comida decente no iba a cambiar mucho mi situación. Era un pastel sólido y caliente, relleno de pollo, zanahorias y salvia. Me lo comí mientras andaba, deleitándome con la pequeña libertad de comprarme algo que me apetecía en lugar de contentarme con lo que Anker tuviera a mano.
Cuando me terminé el último trozo de corteza, olí a almendras garrapiñadas. Me compré una palada generosa, y me la sirvieron en una ingeniosa bolsa hecha con una chala de maíz seca. Me costó cuatro drabines, pero llevaba años sin probar las almendras garrapiñadas, y pensé que no me vendría mal tener un poco de azúcar en la sangre cuando estuviera contestando las preguntas.
La cola de admisiones recorría el patio. No era exageradamente larga, pero aun así era un fastidio. Reconocí una cara de la Factoría y me puse junto a una joven de Ojos verdes que también esperaba su turno.
—Hola —la saludé—. Eres Amlia, ¿verdad?
Ella me sonrió con timidez y afirmó con la cabeza.
—Me llamó Kvothe —dije, e hice una pequeña reverencia.
—Ya sé quién eres —repuso ella—. Te he visto en la Artefactoría.
—Deberías llamarla la Factoría —dije. Le ofrecí la bolsa de almendras—. ¿Te apetece una almendra garrapiñada?
Amlia negó con la cabeza.

—Están muy buenas —dije, y sacudí la chala de maíz para tentarla.
Amlia estiró un brazo, vacilante, y cogió una.
—¿Esta és la cola del mediodía? —pregunté señalando.
Fila negó con la cabeza.
—Todavía faltan un par de minutos para que podamos empezar a formar la cola.
—Es absurdo que nos hagan pasar tanto rato aquí de pie —opi* né—. Como ovejas en un cercado. Este proceso es una pérdida de tiempo para todos, y además es insultante. —Vi una sombra de ansiedad en el rostro de Amlia, y pregunté—: ¿Qué pasa?
—Es que hablas en voz muy alta —contestó ella mirando alrededor.
—No me asusta decir en voz alta lo que piensa todo el mundo —dije—. Todo el proceso de admisiones es una chapuza de una imbecilidad apabullante. El maestro Kilvin sabe perfectamente de qué soy capaz. Y Elxa Dal también. Brandeur no me conoce de nada. ¿Por qué tiene que opinar él sobre mi matrícula?
Amlia se encogió de hombros sin mirarme a la cara.
Mordí otra almendra y rápidamente la escupí en los adoquines.
—¡Puaj! —Le acerqué la bolsita—. ¿A ti también te saben a ciruela?
Me miró un poco asqueada, y luego su mirada se fijó en algo que había detrás de mí.
Giré la cabeza y vi a Ambrose, que cruzaba el patio hacia nosotros. Iba muy elegante, como siempre, con ropa blanca de lino, terciopelo y brocado. Llevaba un sombrero con una larga pluma blanca, y esa imagen me produjo una rabia irracional. De modo inusual, Ambrose iba solo, sin su acostumbrado séquito de aduladores y lameculos.
—Maravilloso —dije en cuanto estuvo lo bastante cerca para oírme—. Ambrose, tu presencia es el baño de estiércol que cubre el pastel de estiércol que es este proceso de admisiones.
Curiosamente, Ambrose sonrió al oírme.
—Hola, Kvothe. Yo también me alegro de verte.
—Precisamente hoy he conocido a una de tus ex amantes —dije—. Supongo que trataba de superar el profundo trauma emocional que sufre por haberte visto desnudo.
Mis palabras le agriaron un tanto la expresión; me incliné hacia Amlia y le dije en un susurro teatral:
—Según mis fuentes, Ambrose tiene un pene minúsculo, y no solo eso: además, únicamente puede tener una erección si se encuentra ante un perro muerto, un cuadro del duque de Gibea y un tambor de galera sin camisa.
Amlia estaba paralizada. Ambrose la miró.
—¿Por qué no te vas? —le dijo educadamente—. No tienes por qué escuchar esta clase de groserías.
Amlia echó a correr.
—He de admitir —dije mientras la veía marchar— que no conozco a nadie capaz de hacer correr a una mujer como tú. —Me quité un sombrero imaginario—. Podrías dar clases. Podrías enseñar una asignatura.
Ambrose se quedó de pie asintiendo con la cabeza como si nada y observándome con un extraño aire de amo y señor.
—Con ese sombrero pareces un pederasta —añadí—. Y si no te largas, puede que te lo quite de la cabeza de un manotazo. —Lo miré y agregué—: Por cierto, ¿qué tal tu brazo?
—Mucho mejor, gracias —me contestó. Se lo frotó distraídamente y siguió allí plantado, sonriendo.
Me metí otra almendra en la boca, hice una mueca y volví a escupir.
—¿Qué pasa? —me preguntó Ambrose—. ¿No te gustan las ciruelas? —Y sin esperar una respuesta, se dio la vuelta y se alejó. Todavía sonreía.
El hecho de que me quedara allí de pie viéndolo marchar, desconcertado, dice mucho de cuál era mi estado. Me llevé la bolsa a la nariz y aspiré. Me llegó el olor polvoriento de la

chala de maíz, el de la miel y la canela. Ni rastro de olor a ciruela ni a nuez moscada. ¿Cómo podía saber Ambrose...?
De pronto todas las piezas colisionaron en mi cabeza. Y en ese preciso instante sonó la campana del mediodía y todos los que tenían una ficha parecida a la mía empezaron a formar una cola larga y serpenteante por el patio. Había llegado la hora de mi examen de admisión.
Salí del patio a toda velocidad.
Me puse a golpear la puerta como un desesperado, casi sin aliento después de subir corriendo al tercer piso de las Dependencias.
—¡Simmon! —grité—. ¡Abre la puerta, necesito hablar contigo!
Se abrieron varias puertas a lo largo del pasillo, y algunos estudiantes se asomaron para ver a qué venía tanto jaleo. Una de las cabezas era la de Simmon, con el cabello rubio rojizo despeinado.
—¡Kvothe! ¿Qué haces aquí? Pero si esa ni siquiera es mi puerta.
Fui hacia él, le hice entrar en su habitación de un empujón y, una vez yo dentro, cerré la puerta.
—Simmon, Ambrose me ha drogado. Creo que algo no va bien en mi cabeza, pero no sé qué es.
Simmon sonrió.
—Eso llevo pensándolo yo desde... —Se interrumpió y me miró con gesto de incredulidad—. Pero ¿qué haces? ¡No escupas en mi suelo!
—Es que noto un sabor raro en la boca —expliqué.
—No me importa —repuso él, enojado y confuso—. ¿Qué te pasa? ¿Naciste en un granero, o qué?
Le di un fuerte bofetón que lo envió tambaleándose hacia atrás contra la pared.
—Pues sí, nací en un granero —dije con gravedad—. ¿Pasa algo?
Sim se quedó de pie apoyado en la pared con una mano y con la otra tocándose la mejilla, que se le estaba poniendo roja. Estaba completamente perplejo.
—En el nombre de Dios, ¿qué te pasa?
—No me pasa nada, pero será mejor que vigiles tu tono. Me caes bastante bien, pero que no tenga unos padres ricos no significa que seas mejor que yo. —Fruncí el ceño y volví a escupir—. Dios, qué asco, odio la nuez moscada. La odio desde que era pequeño.
De pronto Sim mudó la expresión.
—Ese sabor que tienes en la boca... —dijo—. ¿Es sabor a ciruela y especias?
Asentí.
—Es repugnante,
—¡Divinas cenizas! —dijo Sim en voz baja, profundamente consternado—. Vale. Tienes razón. Te han drogado. Ya sé qué es. —Enmudeció cuando yo me di la vuelta y fui a abrir la puerta—. ¿Qué haces?
—Voy a matar a Ambrose —respondí—. Por envenenarme.
—No es un veneno. Es... —Se interrumpió bruscamente, y luego continuó con voz calmada y serena—: ¿De dónde has sacado esa navaja?
—La llevo siempre atada a la pierna, bajo el pantalón —contesté—. Para casos de emergencia.
Sim respiró hondo y soltó el aire despacio.
—Antes de ir a matar a Ambrose, ¿me das un minuto para que te lo explique?
Me encogí de hombros.
—Vale.
Sim señaló una silla.
—¿Te importaría sentarte mientras hablamos?

—Muy bien. —Di un suspiro y me senté—. Pero date prisa. Tengo que ir a examinarme.
Sim asintió tranquilamente y se sentó en el borde de su cama, enfrente de mí.
—Veamos, ¿sabes cuando alguien ha bebido y se le mete en la cabeza hacer alguna estupidez? Y no hay manera de convencerlo para que no lo haga, aunque sea evidente que no es una buena idea.
—¿Como el día que querías ir a hablar con aquella arpista delante del Eolio y vomitaste encima de su caballo? —dije riendo.
—Exactamente —confirmó Sim asintiendo con la cabeza—. Pues los alquimistas hacen una cosa que produce el mismo efecto, pero mucho más extremo.
—No estoy borracho ni nada parecido —dije meneando la cabeza—. Tengo la cabeza completamente despejada.
Sim volvió a asentir sin impacientarse.
—No es como estar borracho —aclaró—. Solo te afecta en ese sentido. No te mareas, ni te cansas. Pero es mucho más fácil que cometas alguna estupidez.
Reflexioné un momento.
—Dudo que sea eso —dije—. Yo no tengo ninguna intención de cometer estupideces.
—Hay una forma de saberlo —replicó Sim—. ¿Se te ocurre algo ahora mismo que creas que no deberías hacer?
Cavilé un poco mientras golpeaba el borde de mi bota con la parte plana de la hoja de la navaja.
—No debería... —No terminé la frase.
Seguí pensando bajo la atenta mirada de Sim.
—.¿... saltar desde el tejado? —dije tentativamente.
Sim se quedó mirándome sin decir nada.
—Creo que ya entiendo el problema —dije—. Es como si no tuviera filtros conductuales.
Simmon compuso una sonrisa de alivio y asintió, más animado.
—Es exactamente eso. Todas tus inhibiciones están hechas picadillo, hasta tal punto que ni siquiera te das cuenta de que han desaparecido. Pero todo lo demás sigue igual. Te mantienes firme, sabes expresarte y puedes razonar.
—Me tratas con condescendencia —dije apuntándolo con la navaja—. Y eso no me gusta.
—Vale —dijo él parpadeando varias veces seguidas—. ¿Se te ocurre alguna forma de solucionar el problema?
—Claro que sí. Necesito algún tipo de piedra de toque conductual. Vas a tener que ser mi brújula, porque tú todavía tienes los filtros intactos.
—Es lo mismo que estaba pensando yo —dijo Sim—. Entonces, ¿confiarás en mí?
Asentí con la cabeza.
—Excepto cuando se trate de mujeres —puntualicé—. Porque no entiendes ni iota de mujeres.
Cogí un vaso de agua de una mesa y me enjuagué la boca; después escupí en el suelo.
Sim sonrió, inquieto.
—Vale. En primer lugar, no puedes matar a Ambrose.
—¿Estás seguro? —pregunté, indeciso.
—Sí, estoy seguro. De hecho, cualquier cosa que se te ocurra hacer con esa navaja sería una mala idea. Deberías dármela.
Me encogí de hombros y le di la vuelta a la navaja en la palma de mi mano, ofreciéndosela a Sim por el mango de cuero.
Eso pareció sorprender a mi amigo, pero la cogió.
—Tehlu misericordioso —dijo; dio un hondo suspiro y dejó la navaja encima de la cama—. Gracias.

—¿Eso era un caso extremo? —pregunté, y volví a enjuagarme la boca—. Deberíamos establecer un sistema de categorías. Una escala de uno a diez.
—Escupir agua en el suelo de mi habitación es un uno —dijo Sim.
—Ah —dije yo—. Lo siento. —Volví a dejar el vaso encima de la mesa.
—No pasa nada —dijo Sim sin rencor.
—Un uno, ¿es mucho o poco? —pregunté.
—Poco —me contestó—. Matar a Ambrose es un diez. —Vaciló un momento—. Quizá un ocho. —Se removió en la silla—. O un siete.
—¿En serio? ¿Tanto? De acuerdo. —Me incliné hacia delante—. Tienes que darme algunas pistas para admisiones. Tengo que volver a la cola enseguida.
—No. Esa es una idea pésima. Un ocho —dijo Simmon sacudiendo la cabeza enérgicamente.
—¿En serio?
—En serio. Es una situación social delicada. Muchas cosas podrían salir mal.
—Pero si...
Sim dio un suspiro y se apartó el rubio cabello de los ojos.
—¿Soy tu piedra de toque o no? Si tengo que decírtelo todo tres veces para que me escuches, esto va a ser muy aburrido.
Reflexioné un momento.
—Tienes razón, sobre todo si estoy a punto de hacer algo potencialmente peligroso. —Miré alrededor—. ¿Cuánto va a durar esto?
—No más de ocho horas. —Fue a decir algo más, pero cerró la boca.
—¿Qué pasa?—pregunté.
Sim volvió a suspirar.
—Podría haber efectos secundarios. Esa sustancia es liposoluble, de modo que permanecerá un tiempo en tu organismo. Podrías experimentar pequeñas recaídas provocadas por el estrés, las emociones intensas, el ejercicio... —Me miró, contrito—. Serían como pequeñas réplicas de esto.
—Ya me preocuparé por eso más adelante —dije. Extendí una mano—. Dame tu ficha de admisiones. Tú puedes ir ahora al examen de admisión. Yo me quedo con tu hora.
Sim extendió ambas manos con las palmas hacia arriba, en un gesto de impotencia.
—Yo ya me he presentado —explicó.
—¡Por las pelotas de Tehlu! —blasfemé—. Vale. Ve a buscar a Felá.
Sim agitó violentamente ambas manos delante del cuerpo.
—¡No! No no no. ¡Eso es un diez!
—No es para eso, hombre —dije riendo—. Felá tiene una ficha para última hora de Prendido.
—¿Crees que te la cambiará?
—Ya se ha ofrecido.
—Voy a buscarla —anunció Sim poniéndose en pie.
—Te espero aquí.
Sim asintió con entusiasmo y miró con nerviosismo alrededor.
—Lo mejor será que no hagas nada hasta que yo vuelva —dijo mientras abría la puerta—. Quédate sentado sobre las manos y no te muevas.
Sim solo tardó cinco minutos en volver, y seguramente fue una suerte.
Oí unos golpes en la puerta.
—Soy yo —dijo Sim desde fuera—. ¿Va todo bien ahí dentro?
—¿Sabes qué? —dije a través de la puerta—. He intentado pensar algo gracioso que hacer mientras no estabas, pero no se me ha ocu*’ rrido nada. —Miré alrededor—. Creo que eso significa que el humor tiene su origen en la transgresión social. No puedo transgredir porque no sé distinguir qué es lo socialmente inaceptable. A mí todo me parece lo mismo.
—Es posible que tengas razón —dijo, y entonces me preguntó—: Pero ¿has hecho algo?

—No —contesté—. He decidido portarme bien. ¿Has encontrado a Felá?
—Sí. Está aquí, conmigo. Pero antes de que entremos, tienes que prometer que no harás nada sin preguntármelo primero. ¿De acuerdó?
—De acuerdo —dije riendo—. Pero no me hagas hacer estupideces delante de ella.
—Te lo prometo —dijo Sim—. ¿Por qué no te sientas? Por si acaso.
—Ya estoy sentado.
Sim abrió la puerta. Vi a Felá asomándose por encima de su hombro.
—Hola, Felá —la saludé—. Necesito que me cambies la ficha.
—Antes —dijo Sim— tendrías que ponerte la camisa. Eso es un dos.
—Ah —dije—. Lo siento. Tenía calor.
—Podrías haber abierto la ventana.
—He pensado que sería más seguro limitar mis interacciones con los objetos externos —expliqué.
—Eso sí que ha sido buena idea —dijo Sim arqueando una ceja—. Solo que en este caso te ha desviado un poco.
—¡Uau! —oí exclamar a Felá en el pasillo—. ¿Lo dice en serio?
—Completamente —confirmó Sim—. Mira, no estoy seguro de que debas entrar.
—Ya estoy vestido —dije tras ponerme la camisa—. Si vas a estar más tranquilo, puedo quedarme sentado sobre las manos. —Volví a meter las manos bajo las piernas.
Sim dejó entrar a Felá, y luego cerró la puerta.
—Eres bellísima, Felá —declaré—. Te daría todo el dinero que llevo en mi bolsa si me dejaras verte desnuda solo dos minutos. Te daría todo lo que tengo, excepto mi laúd.
No sabría decir cuál de los dos se puso más colorado. Creo que fue Sim.
—No debería haber dicho eso, ¿verdad?
—No —confirmó Sim—. Eso ha sido un cinco.
—Pues no tiene ningún sentido —protesté—. En los cuadros aparecen mujeres desnudas. Y la gente compra esos cuadros, ¿no? Las mujeres posan ante los pintores.
—Es verdad —admitió Sim—. Pero no importa. Quédate sentado un momento y no digas ni hagas nada, ¿vale?
Asentí.
—No puedo creerlo —dijo Felá. El rubor se estaba borrando de sus mejillas—. Lo siento, pero no puedo dejar de pensar que me estáis gastando una broma.
—Ojalá —dijo Sim—. Esa sustancia es peligrosísima.
—¿Cómo es que recuerda los cuadros de desnudos y no recuerda que en público debes llevar la camisa puesta? —le preguntó a Sim sin dejar de mirarme.
—No me parecía que fuera importante —expliqué—. Cuando me azotaron, me quité la camisa. Y eso fue en público. Es curioso que una cosa así pueda acarrearte problemas.
—¿Sabes qué pasaría si trataras de apuñalar a Ambrose? —me preguntó Sim.
Pensé un momento. Era como tratar de recordar lo que habías desayunado un mes atrás.
—Supongo que habría un juicio —dije despacio—. Y la gente me invitaría a copas.
Felá se tapó la boca con una mano para ahogar una risa.
—Veamos —dijo Simmon—. ¿Qué es peor, robar un pastel o matar a Ambrose?
Medité unos momentos y pregunté:
—¿Un pastel de carne o de fruta?
—¡Uau! —exclamó Felá, impresionada—. Es... —Sacudió la cabeza—. Casi me pone la piel de gallina.
—Es una obra de alquimia aterradora —dijo Simmon asintiendo con la cabeza—. Se trata de una variación de un sedante llamado plombaza. Ni siquiera tienes que ingerirlo. Se absorbe a través de la piel.
Felá se quedó mirándolo.

—¿Cómo es que sabes tanto de eso? —preguntó.
—Mandrag nos habla de esa sustancia en todas sus clases de alquimia —aclaró Sim esbozando una débil sonrisa—. He oído esa historia un montón de veces. Es su ejemplo favorito de los malos usos de la alquimia. Hace unos cincuenta años, un alquimista la empleó para destrozarles la vida a varios funcionarios del gobierno de Atur. Lo descubrieron porque una condesa enloqueció en medio de una boda, mató a una docena de personas y... —Sim se interrumpió y meneó la"[1]cabeza—. En fin, fue espantoso. Tan espantoso que la amante del alquimista lo entregó a los guardias.
—Espero que recibiera su merecido.
—Ya lo creo —dijo Sim con gravedad—. El caso es que no afecta a todos de la misma manera. No produce solamente una reducción de la inhibición. También hay una amplificación de la emoción. Una liberación del deseo oculto combinada con una extraña variedad de memoria selectiva, así como amnesia moral.
—Yo no me encuentro mal —dije—. Es más, me encuentro muy bien. Pero me preocupa el examen de admisión.
—¿Lo ves? —Sim me señalaba—. Se acuerda del examen de admisión. Es importante para él. En cambio, otras cosas... han dejado de existir.
—¿Se conoce alguna cura? —preguntó Felá sin disimular su inquietud—. ¿No deberíamos llevarlo a la Clínica?
—Creo que no —dijo Simmon con nerviosismo—. Tal vez le administraran un purgante, pero no hay ninguna droga en su organismo. La alquimia no funciona así. Kvothe está bajo la influencia de principios desvinculados. Y esos principios no los puedes eliminar como harías con el mercurio o el ófalo.
—Lo del purgante no suena nada bien —tercié—. Lo digo por si mi voto cuenta para algo.
—Y cabe la posibilidad de que crean que se ha derrumbado por el estrés de admisiones —siguió diciéndole Sim a Felá—. Les pasa a unos cuantos alumnos todos los años. Lo encerrarían en el Refugio hasta estar seguros...
Me levanté y apreté los puños.
—Prefiero estar cortado en pedazos en el infierno que encerrado en el Refugio —dije furioso—. Ni que sea una hora. Ni que sea un minuto.
Sim palideció y dio un paso hacia atrás al mismo tiempo que alzaba las manos con las palmas hacia fuera, como si quisiera defenderse. Pero habló con voz firme y serena:
—Te lo digo tres veces, Kvothe. Para.
Paré. Felá me observaba con los ojos muy abiertos, asustada.
—Te lo digo tres veces, Kvothe. Siéntate —continuó Simmon con firmeza.
Me senté.
Felá, que estaba de pie detrás de Simmon, lo miraba sorprendida.
—Gracias —dijo Simmon, y bajo las manos—. Estoy de acuerdo. La Clínica no es el mejor sitio para ti. Podemos solucionar esto aquí.
—A mí también me parece mejor —dije.
—Aunque todo saliera bien en la Clínica —continuó Simmon—. Porque supongo que se acentuará tu tendencia a decir lo que piensas. —Esbozó una sonrisa irónica—. Los secretos son la piedra angular de la civilización, y sé que tú tienes más que la mayoría de la gente.
—Yo no creo que tenga secretos —lo contradije.
Sim y Felá rompieron a reír a la vez.
—Me temo que acabas de demostrar que Sim tiene razón —dijo Felá—. A mí me consta que tienes unos cuantos.
—Y a mí también —dijo Sim.
—Eres mi piedra de toque. —Me encogí de hombros. Luego sonreí a Felá y saqué mi bolsa de dinero.

—¡No, no, no! —saltó Sim—. Ya te lo he dicho. Verla desnuda sería lo peor que podrías hacer ahora mismo.
Felá entrecerró un poco los ojos. ¿Qué pasa? —pregunté—. ¿Temes que la tire al suelo y la viole?
—Solté una carcajada.
__ ¿No lo harías?—Sim me miró a los ojos.
—Claro que no.
Sim desvió la mirada hacia Felá; luego volvió a mirarme a mí y preguntó con curiosidad:
__ ¿puedes explicarme por qué?
Me quedé pensándolo.
—Porque... —Dejé la frase en el aire y sacudí la cabeza—. Es que... No, no puedo. Sé que no puedo comerme una piedra ni atravesar una pared. Es así.
Me concentré un instante y empecé a sentir mareo. Me tapé los ojos con una mano e intenté ignorar un vértigo repentino.
—Dime que es así, por favor —dije, muy asustado—. No puedo comerme una piedra, ¿verdad?
—Tienes razón —se apresuró a confirmar Felá—. No puedes.
Dejé de hurgar en mi mente en busca de respuestas, y aquel extraño vértigo desapareció.
Sim me miraba de hito en hito.
—Me gustaría saber qué ha sido eso —dijo.
—Creo que yo tengo una ligera idea —murmuró Felá.
Saqué la ficha de marfil de admisiones de mi bolsa de dinero.
—Solo quería que intercambiáramos nuestras fichas —dije—.
A menos que estés dispuesta a dejar que te vea desnuda. —Levanté la * bolsa con la otra mano y miré a Felá a los ojos—. Sim dice que eso está mal, pero él no entiende nada de mujeres. Quizá no tenga los tornillos bien apretados, pero de eso me acuerdo perfectamente.
Tardé cuatro horas en empezar a recuperar mis inhibiciones, y dos más en afianzarlas. Simmon pasó todo el día conmigo, paciente como un sacerdote, explicándome que no, que no tenía que ir a comprar una botella de aguardiente. No, no tenía que ir a darle una patada al perro que ladraba al otro lado de la calle. No, no tenía que ir a Imre a buscar a Denna. No. Tres veces no.
Cuando se puso el sol, volvía a ser el de siempre y volvía a tener mi moral más o menos intacta. Simmon me sometió a un extenso interrogatorio antes de acompañarme a mi habitación de Anker's, donde me hizo jurar por la leche de mi madre que no saldría de la habitación hasta la mañana siguiente. Lo juré.
Pero no estaba normal del todo. Mis emociones todavía corrían en caliente, y prendían por cualquier cosa. Peor aún: no solo había recuperado la memoria, sino que esta había vuelto con un entusiasmo intenso e incontrolable.
Mientras estaba con Simmon, la situación no me había parecido tan grave. Su presencia me ofrecía una agradable distracción. Pero a solas en mi buhardilla de Anker's, me hallaba a merced de mi memoria. Era como si mi mente estuviera decidida a desenvolver y examinar cada cosa afilada y dolorosa que había visto.
Quizá penséis que los peores recuerdos eran los del día que mataron a mi troupe. De cómo volví a nuestro campamento y lo encontré todo en llamas. Las macabras siluetas de los cadáveres de mis padres bajo la débil luz del crepúsculo. El olor a lona chamuscada y a sangre y a pelo quemados. Mis recuerdos de quienes los habían asesinado. De los Chandrian. Del hombre que habló conmigo, sin parar de sonreír. De Ceniza.
Eran malos recuerdos, pero a lo largo de los años los había rescatado y los había examinado tan a menudo que ya apenas me producían dolor. Recordaba el tono y el timbre de la voz de

Haliax con la misma claridad con que recordaba los de la voz de mi padre. Podía visualizar sin dificultad el rostro de Ceniza. Aquella sonrisa que mostraba unos dientes perfectos. Su cabello blanco y rizado. Sus ojos, negros como gotas de tinta. Su voz, cargada de frío invernal, diciendo: «Sé de unos padres que han estado cantando unas canciones que no hay que cantar».

Quizá penséis que esos eran los peores recuerdos. Pero os equivocáis.

No. Los peores recuerdos eran los de mis primeros años de vida. El lento balanceo y las sacudidas del carromato, mi padre llevando las riendas sueltas. Sus fuertes manos sobre mis hombros, mostrándome cómo debía colocarme sobre el escenario para que mi cuerpo dijera «orgulloso», o «triste», o «tímido». Sus dedos colocando bien los míos sobre las cuerdas de su laúd.

Mi madre cepillándome el cabello. Sus brazos rodeándome. La perfección con que mi cabeza encajaba en la curva de su cuello. Cómo por la noche me acurrucaba en su regazo junto al fuego, adormilado, feliz y seguro.

Esos eran los peores recuerdos. Preciosos y perfectos. Afilados como un bocado de cristales rotos. Tumbado en la cama, tensaba todos los músculos de mi cuerpo hasta formar un nudo tembloroso, sin poder dormir, sin poder pensar en otras cosas, sin poder dejar de recordar. Otra vez. Y otra. Y otra.

Entonces oí unos golpecitos en mi ventana. Era un sonido tan débil que no lo percibí hasta que cesó. Entonces oí abrirse la ventana detrás de mí.

—¿Kvothe? —susurró la voz de Auri.

Apreté los dientes para contener los sollozos y me quedé tan quieto como pude, confiando en que ella pensara que estaba dormido y se marchase.

—¿Kvothe? —Volvió a llamar—. Te he traído... —Hubo un momento de silencio, y luego dijo—: Oh.

Oí un leve sonido detrás de mí. Auri entró por la ventana, y la luz de la luna proyectó su diminuta sombra en la pared. Noté moverse la cama cuando se sentó en ella.

Una mano pequeña y fría me acarició la mejilla.

—No pasa nada —dijo Auri en voz baja—. Ven aquí.

Empecé a llorar en silencio, y ella deshizo con cuidado el apretado nudo de mi cuerpo hasta que mi cabeza reposó en su regazo. Empezó a murmurar, apartándome el cabello de la frente; yo notaba el frío de sus manos contra la ardiente piel de mi cara.

—Ya lo sé —dijo con tristeza—. A veces es muy duro, ¿verdad?

Me acarició el cabello con ternura, y mi llanto se intensificó. No recordaba la última vez que alguien me había tocado con cariño.

—Ya lo sé —repitió—. Tienes una piedra en el corazón, y hay días en que pesa tanto que no se puede hacer nada. Pero no deberías pasarlo solo. Deberías haberme avisado. Yo lo entiendo.

Contraje todo el cuerpo y de pronto volví a notar aquel sabor a ciruela.

—La echo de menos —dije sin darme cuenta. Antes de que pudiera agregar algo más, apreté los dientes y sacudí la cabeza con furia, como un caballo que intenta liberarse de las riendas.

—Puedes decirlo —dijo Auri con ternura.

Volví a sacudir la cabeza, noté sabor a ciruela, y de pronto las palabras empezaron a brotar de mis labios.

—Decía que aprendí a cantar antes que a hablar. Decía que cuando yo era un crío ella tarareaba mientras me tenía en brazos. No me cantaba una canción; solo era una tercera descendente. Un sonido tranquilizador. Y un día me estaba paseando alrededor del campamento y oyó que yo le devolvía el eco. Dos octavas más arriba. Una tercera aguda y diminuta. Decía que aquella fue mi primera canción.

Nos la cantábamos el uno al otro. Durante años. —Se me hizo un nudo en la garganta y apreté los dientes.
—Puedes decirlo —dijo Auri en voz baja—. No pasa nada si lo dices.
—Nunca volveré a verla —conseguí decir. Y me puse a llorar a lágrima viva.
—No pasa nada —dijo Auri—. Estoy aquí. Estás a salvo.

8 Preguntas

Los días siguientes no fueron ni agradables ni productivos.

La hora de admisiones de Felá era para finales del ciclo, así que me propuse sacarle el máximo partido al tiempo que había ganado. Intenté hacer algunas piezas sueltas en la Factoría, pero volví rápidamente a mi habitación cuando me puse a llorar mientras inscribía un embudo de calor. No solo no podía mantener el Alar adecuado, sino que además no me convenía que la gente creyera que me había derrumbado por el estrés del examen de admisión.

Esa noche, cuando traté de arrastrarme por el estrecho túnel que conducía al Archivo, volví a notar el sabor a ciruela y me invadió un miedo tremendo a aquel espacio reducido y oscuro. Afortunadamente, solo había avanzado unos tres metros; aun así, estuve a punto de provocarme una conmoción cerebral al tratar de salir del túnel marcha atrás, y me dejé las palmas de las manos en carne viva escarbando la piedra, presa de pánico.

Así que pasé los dos días siguientes encerrado en mi diminuta habitación fingiendo estar enfermo. Tocaba el laúd, dormía a ratos, y tenía siniestros pensamientos sobre Ambrose.

Cuando bajé la escalera, encontré a Anker limpiando.

—¿Ya te encuentras mejor? —me preguntó.

—Un poco —respondí. El día anterior solo había notado el sabor a ciruela dos veces, y muy brevemente. Y mejor aún: había conseguido dormir toda la noche de un tirón. Parecía que ya había pasado lo peor.

—¿Tienes hambre?

Negué con la cabeza.

—Hoy tengo el examen de admisión.

—Entonces deberías comer algo —dijo Anker arrugando la frente—. Una manzana. —Se puso a buscar detrás de la barra y sacó una taza de loza y una jarra pesada—. Y bebe un poco de leche. Tengo que terminarla antes de que se eche a perder. El maldito helador se fue al traste hace un par de días. Ese cacharro me costó tres talentos. Ya sabía yo que no debería haberme gastado ese dinero con lo barato que está el hielo por aquí.

Me incliné sobre la barra y eché un vistazo a la caja de madera alargada metida entre las tazas y las botellas.

—Si quieres, puedo intentar arreglarlo —me ofrecí.

—¿Crees que sabrás? —dijo Anker arqueando una ceja.

—Puedo probar. A lo mejor es una tontería.

—No puedes romperlo más de lo que ya está—dijo Anker escogiéndose de hombros. Se secó las manos en el delantal y me hizo señas para que fuera detrás de la barra—. Mientras te lo miras, voy a prepararte unos huevos. También se me van a pasar. —Abrió la caja alargada, sacó unos huevos y fue a la cocina.

Pasé al otro lado de la barra y me arrodillé para examinar el helador. Era una caja con las paredes revestidas de piedra, del tamaño de un baúl de viaje pequeño. En cualquier otro sitio que no fuera la Universidad, habría sido un milagro de artificería, un auténtico lujo. Sin embargo, allí, donde era fácil encontrar esas cosas, no era más que otro cacharro innecesario que no funcionaba debidamente.

De hecho, no podía haber obra de artificería más sencilla. No tenía ninguna pieza móvil, solo dos tiras planas de estaño cubiertas de sigaldría que trasladaban el calor de un extremo a otro de la tira de metal. En realidad no era más que un sifón de calor lento e ineficaz.

Me puse en cuclillas y apoyé los dedos en las tiras de estaño. La de la derecha estaba

caliente, lo que significaba que la mitad del interior de la caja debía de estar proporcionalmente fría. Pero la de la izquierda estaba a temperatura ambiente. Estiré el cuello para ver la sigaldría y descubrí un profundo rayón en el estaño que tachaba dos runas.
Ese era el problema. Una obra de sigaldría es como una frase. Si eliminas un par de palabras, la frase no tiene sentido. O mejor dicho, normalmente no tiene sentido. A veces, una obra de sigaldría estropeada puede tener efectos francamente desagradables. Me quedé mirando la tira de estaño con el ceño fruncido. Aquello era una chapuza de artificería. Las runas deberían haber estado grabadas en la cara interna de la tira, donde era más improbable que se estropearan.
Hurgué hasta encontrar un picador de hielo abandonado en el fondo de un cajón, y, con cuidado, golpeé sobre las dos runas estropeadas, aplastándolas en la superficie de estaño. Entonces me concentré y, con la punta de un cuchillo de cocina pequeño, volví a grabarlas.
Anker salió de la cocina con un plato de huevos y tomates.
—Me parece que lo he arreglado —dije. Me puse a comer para no hacerle un feo a Anker, y entonces me di cuenta de que tenía hambre.
Anker examinó la caja y levantó la tapa.
—¿Así de fácil?
—Como todo —respondí con la boca llena—. Si sabes lo que tienes entre manos, es fácil. Debería funcionar. Espérate un día para ver si enfría.
Me terminé el plato de huevos y me bebí la leche todo lo rápido que pude sin parecer grosero.
—Voy a tener que cobrar mi parte de la barra hoy —dije—. Este bimestre la matrícula me va a salir más cara.
Anker asintió y revisó un pequeño libro de contabilidad que guardaba bajo la barra, donde había apuntado todo el aguamiel de Greysdale que yo había fingido beberme en los dos últimos meses. A continuación cogió su bolsa y puso diez iotas de cobre encima de la barra. Un talento: el doble de lo que yo esperaba. Lo miré, desconcertado.
—Si hubiera tenido que venir uno de los chicos de Kilvin a arreglarme ese trasto, me habría cobrado como mínimo medio talento —me explicó Anker, y le dio un golpecito con el pie al helador.
—Es que no estoy seguro de que...
Anker me hizo callar con un ademán.
—Si no funciona, te lo restaré de la paga del mes que viene. O lo usaré como palanca para que empieces a tocar también las noches de Captura. —Sonrió—. Lo considero una inversión.
Me guardé el dinero en la bolsa: «Cuatro talentos».
Iba a la Factoría a ver si por fin se habían vendido mis lámparas cuando atisbé una cara conocida con la túnica oscura de maestro cruzando el patio.
—¡Maestro Elodin! —grité al ver que se acercaba a la puerta lateral de la Casa de los Maestros. Era uno de los pocos edificios donde casi nunca entraba, porque contenía poco más que los alojamientos de los maestros, los de los guilers residentes y las habitaciones de invitados para los arcanistas que venían de visita.
Elodin se volvió al oír su nombre. Cuando me vio correr hacia él, levantó los ojos al cielo y fue hacia la puerta.
—Maestro Elodin —dije respirando entrecortadamente—, ¿puedo hacerle una pregunta?
—En términos estadísticos, es bastante probable —me contestó, y abrió la puerta con una reluciente llave de latón.
—Entonces, ¿puedo hacerle una pregunta?
—Dudo que exista fuerza conocida por el hombre capaz de impedírtelo. —Abrió la puerta y

se metió dentro.
No me habían invitado, pero me colé detrás de él. Era difícil encontrar a Elodin, y me preocupaba que si no aprovechaba esa oportunidad, quizá no volviera a verlo hasta pasado otro ciclo.
Lo seguí por un angosto pasillo de piedra.
—Me he enterado de que está formando un grupo de alumnos para estudiar Nominación —dije con cautela.
—Eso no es una pregunta —objetó Elodin subiendo por una escalera larga y estrecha.
Contuve el impulso de soltar algún improperio y respiré hondo.
—¿Es verdad que va a dar esa asignatura?
—Sí.
—¿Pensaba incluirme en el grupo?
Elodin se paró en la escalera y se dio media vuelta para mirarme. Estaba raro con la túnica oscura de maestro. Llevaba el cabello alborotado y su rostro parecía demasiado joven, casi infantil.
Se quedó observándome largo rato. Me miró de arriba abajo como si yo fuera un caballo por el que pensara apostar, o una ijada de ternera que pensara vender al peso.
Pero eso no fue nada comparado con cuando cruzó conmigo la mirada. Por un instante fue sencillamente inquietante. Luego fue como si la luz de la escalera se atenuara. O como si de pronto me hundieran bajo el agua y la presión me impidiera Henar de aire los pulmones.
—Maldita sea, imbécil —oí a una voz conocida que parecía provenir de muy lejos—. Si vas a quedarte catatónico otra vez, ten la decencia de hacerlo en el Refugio para ahorrarnos el trabajo de llevar tu carcasa cubierta de espumarajos hasta allí en un carro. Y si no, apártate.
Elodin dejó de mirarme y de pronto todo volvió a verse claro y luminoso. Me contuve para no inspirar con una ruidosa bocanada.
El maestro Hemme bajó la escalera pisando fuerte, e hizo a un lado a Elodin de un empujón.
Al verme, dio un resoplido y dijo:
—Claro. El otro retrasado también está aquí. ¿Quieres que te recomiende un libro para tu examen? Es una obra muy interesante titulada Pasillos, forma y. función: manual para deficientes mentales.
Me lanzó una mirada fulminante, y como no me aparté de inmediato, compuso una sonrisa antipática.
—Ah, pero si todavía tienes prohibido entrar en el Archivo, ¿verdad? ¿Quieres que organice una presentación de la información básica en un formato más adecuado a los de tu clase? ¿Quizá una pantomima o una especie de espectáculo de títeres?
Me aparté, y Hemme pasó a mi lado murmurando por lo bajo. Elodin fijó la mirada como si clavara puñales en la ancha espalda del otro maestro, y hasta que Hemme no dobló la esquina, no volvió a prestarme atención.
—Quizá sería mejor que te dedicaras a tus otras asignaturas, Re'lar Kvothe —dijo tras dar un suspiro—. Dal te tiene aprecio, y Kilvin también. Creo que con ellos estás progresando adecuadamente.
—Pero, señor —dije tratando de disimular mi consternación—, fue usted quien propuso que me ascendieran a Re'lar.
Elodin se volvió y siguió subiendo la escalera.
—Entonces deberías valorar mis sabios consejos, ¿no te parece?
—Pero si va a enseñar a otros alumnos, ¿por qué a mí no?
—Porque eres demasiado entusiasta para tener la paciencia necesaria —me contestó con ligereza—. Eres demasiado orgulloso para escuchar como es debido. Y eres demasiado listo. Eso es lo peor.
—Hay maestros que prefieren a los alumnos inteligentes —murmuré al entrar en un pasillo

ancho.
—Sí —admitió Elodin—. Dal, Kilvin y Arwyl prefieren a los alumnos inteligentes. Ve y estudia con alguno de ellos. Así, tu vida y la mía serán considerablemente más fáciles.
—Pero...
Elodin se paró en seco en medio del pasillo.
—Muy bien —dijo—. Demuéstrame que vale la pena que te enseñe. Sacude mis prejuicios hasta los cimientos. —Se palpó la túnica teatralmente, como si buscara algo perdido en algún bolsillo—. Lamentablemente, no tengo forma de entrar por esa puerta.—Dio unos golpecitos en ella con los nudillos—. ¿Qué harías tú en esta situación, Re'lar Kvothe?
Sonreí pese a mi ligero enojo. Elodin no habría podido escoger un reto más adecuado para mis talentos. Saqué un trozo de acero elástico largo y delgado de uno de los bolsillos de mi capa, me arrodillé ante la puerta y examiné el ojo de la cerradura. La cerradura era sólida, fabricada para durar. Pero si bien las cerraduras grandes y pesadas parecen imponentes, en realidad son más fáciles de burlar, siempre y cuando hayan,estado bien cuidadas.

> Y aquella la habían cuidado. Solo tardé lo que se tarda en respirar tres veces lentamente en abrirla produciendo un satisfactorio chasquido. Me levanté, me sacudí el polvo de las rodillas y abrí la puerta hacia dentro con un floreo.

Elodin, por su parte, se mostró un tanto impresionado. Al abrirse la puerta, arqueó las cejas.
—Muy listo —dijo, y entró.
Lo seguí. Nunca me había preguntado cómo serían las habitaciones de Elodin. Pero si me lo hubiera preguntado, no me las habría imaginado como aquellas.
Eran enormes y lujosas, con techos altos y alfombras gruesas. Las paredes estaban forradas de madera noble, y los ventanales dejaban entrar la luz matutina. Había cuadros al óleo y muebles de madera antiguos y enormes. Todo destilaba una extraña normalidad.
Elodin entró deprisa por el recibidor, cruzó una bien decorada salita y llegó al dormitorio. O mejor dicho, a la cámara. Era inmensa, con una cama con dosel del tamaño de una barca.
Elodin abrió de par en par un armario ropero y empezó a sacar de él varias túnicas largas y oscuras, parecidas a la que llevaba puesta.
—Toma. —Elodin me llenó los brazos de túnicas hasta que ya no pude sujetar ni una más.
Algunas eran de algodón, de uso diario, pero había otras de hilo, finísimas, y de terciopelo denso y suave. Elodin se puso media docena de túnicas más en el brazo y las llevó a la salita.
Pasamos al lado de viejas estanterías cargadas de centenares de libros, y de un escritorio enorme y lustroso. Una de las paredes la ocupaba una enorme chimenea de piedra, lo bastante grande para asar un cerdo entero, aunque en ese momento solo había un pequeño fuego que combatía el frío de principios del otoño.
Elodin cogió una licorera de cristal de una mesa y se colocó delante de la chimenea. Me puso las túnicas que había cogido él en los brazos; yo apenas podía mirar por encima del montón de ropa que
sujetaba. El maestro levantó delicadamente el tapón de la licorera, dio un sorbo de su contenido y arqueó una ceja en señal de apreciación, sosteniéndola contra la luz.
Decidí volver a intentarlo.
—¿Por qué no quiere enseñarme Nominación, maestro Elodin?
—Pregunta incorrecta —dijo él, e inclinó la licorera sobre las brasas de la chimenea. Cuando las llamas se reavivaron, Elodin me quitó unas cuantas túnicas y, despacio, arrojó una de terciopelo al fuego. La tela prendió enseguida, y cuando empezó a arder, Elodin arrojó otras túnicas al fuego, en rápida sucesión. El resultado fue un enorme montón de tela ardiendo y

lanzando densas nubes de humo por la chimenea—. Vuelve a intentarlo.
No pude evitarlo y formulé la pregunta obvia:
—¿Por qué quema sus túnicas?
—No. Esa ni siquiera se acerca a la pregunta correcta —dijo; me quitó más túnicas de los brazos y las echó al fuego. Entonces cogió el pomo del tiro y lo cerró con un chasquido metálico. Unas nubes de humo enormes empezaron a invadir la habitación. Elodin tosió un poco, se apartó y miró alrededor con aire de vaga satisfacción.
De pronto entendí qué estaba pasando.
—Dios mío. ¿De quién son estas habitaciones?
Elodin asintió, satisfecho.
—Muy bien. También habría aceptado «¿Por qué no tiene la llave de esta habitación?» o «¿Qué hacemos aquí?». —Me miró con seriedad—. Las puertas están cerradas con llave por algo. Los que no tienen llave han de quedarse fuera por algo.
Dio un golpecito al montón de ropa en llamas con la punta del pie, como si quisiera asegurarse de que no saldría de la chimenea.
—Sabes que eres listo. Ese es tu punto débil. Das por hecho que sabes dónde te metes, pero no lo sabes.
Elodin se dio la vuelta para mirarme con sus ojos oscuros y serios.
—Crees que puedes confiar en que te enseñaré —prosiguió—. Crees que te mantendré a salvo. Pero esa es la peor clase de insensatez.
—¿De quién son estas habitaciones? —repetí, atontado.
Elodin me mostró todos sus dientes en una sonrisa.
—Del maestro Hemme.
—¿Por qué quema todas las túnicas de Hemme? —pregunté tratando de ignorar el hecho de que la habitación se estaba llenando rápidamente de un humo acre.Elodin me miró como si yo fuera imbécil.
—Porque lo odio —respondió. Cogió la licorera de cristal de la repisa de la chimenea y la arrojó violentamente contra el fondo de la chimenea, donde se hizo añicos. El fuego se avivó con el poco líquido que quedaba en la botella—. Es un gilipollas. A mí nadie me habla así.
La habitación seguía llenándose de humo. De no ser por la altura del techo, ya nos habríamos asfixiado. Aun así, empezaba a costarnos respirar cuando fuimos hacia la puerta. Elodin la abrió y el humo invadió el pasillo.
Nos quedamos allí de pie, mirándonos, mientras salían nubes de humo. Decidí enfocar el problema de otra manera.
—Entiendo que tenga dudas, maestro Elodin —declaré—. A veces no pienso las cosas detenidamente.
—Eso es evidente.
—Y reconozco que ha habido ocasiones en que mis actos han sido... —Hice una pausa tratando de pensar algo más humilde que «poco meditados».
—¿De una estupidez incomprensible para cualquier mortal? —sugirió Elodin.
Me encolericé, y mi breve intento de humildad quedó en nada.
—¡Bueno, menos mal que soy el único que ha tomado una decisión equivocada alguna vez en la vida! —salté, casi a voz en grito. Lo miré con dureza—. A mí también me han contado historias sobre usted, ¿sabe? Dicen que usted también la cagó bastante cuando estudiaba aquí.
La expresión risueña de Elodin se atenuó ligeramente, y se quedó con cara de haberse tragado algo y de que se le hubiera atascado en el gaznate.
—Si cree que soy insensato —continué—, haga algo. ¡Enséñeme el camino más recto! ¡Moldee mi flexible y joven mente! —Respiré humo y me puse a toser, y tuve que interrumpir de golpe mi perorata—. ¡Haga algo, maldita sea! —Me quedé sin aire—.

¡Enséñeme!
No lo dije gritando, pero aun así acabé sin aliento. Mi cólera se desvaneció tan deprisa como había surgido, y temí haber ido demasiado lejos.
Pero Elodin solo me miraba.
—¿Qué te hace pensar que no esté enseñándote? —me preguntó sorprendido—. Aparte del hecho de que te niegas a aprender.
Se dio la vuelta y echó a andar por el pasillo.

__ Yo, en tu lugar, me largaría de aquí —me aconsejó por encima

del hombro—. Querrán saber quién ha sido el responsable de esto, y todo el mundo sabe que Hemme y tú no os lleváis demasiado bien.

Me dio un sudor frío.
—¿Qué?
—Y me lavaría antes de presentarme al examen de admisión —añadíó—. No conviene que te presentes apestando a humo. Yo vivo aquí

—Dijo Elodin sacando una llave de su bolsillo y abriendo una puerta al final del pasillo—. ¿Qué excusa tienes tú?

9 Lenguaje respetuoso

Todavía tenía el cabello húmedo cuando crucé un pequeño vestíbulo y subí una escalera hasta el escenario de un teatro vacío. La sala estaba a oscuras, a excepción de la gran mesa con forma de media luna. Fui hasta el borde de la zona iluminada y esperé educadamente.
El rector me hizo señas para que me acercara y di unos pasos hasta el centro de la mesa; estiré un brazo y le entregué mi ficha. Entonces retrocedí y me quedé de pie en el círculo de luz un poco más intensa entre los dos extremos de la mesa, semejantes a las astas de un toro.
Los nueve maestros me miraban. Me gustaría decir que ofrecían una imagen espectacular, como cuervos posados en una valla o algo parecido. Pero aunque todos llevaban la túnica de gala, eran demasiado dispares como para parecer una colección de nada.
Es más, vi señales de cansancio en ellos. Solo entonces se me ocurrió pensar que, así como los estudiantes odiaban el proceso de admisiones, seguramente para los maestros tampoco era una merienda en el campo.
—Kvothe, hijo de Arliden —dijo el rector con solemnidad—. Re’lar. —Hizo un ademán hacia el extremo derecho de la mesa—. ¿Maestro fisiólogo?
Arwyl bajó la mirada hacia mí, su rostro anciano escudado tras unas gafas redondas.
—¿Cuáles son las propiedades medicinales de la mhenka? —preguntó.
—Potente anestésico —dije—. Potente catatonizante. Purgante ligero. —Vacilé un momento —. También tiene numerosos efectos secundarios. ¿Quiere que los enumere todos?Arwyl negó con la cabeza y prosiguió:
—Un paciente llega a la Clínica quejándose de dolores en las articulaciones y dificultad para respirar. Tiene la boca seca, y afirma notar un sabor dulce en la boca. Se queja de escalofríos, pero está sudoroso y afiebrado. ¿Cuál es su diagnóstico?
Inspiré y titubeé.
—Yo no hago diagnósticos en la Clínica, maestro Arwyl. Iría a buscar a uno de sus El’the para que lo examinara.
Arwyl me sonrió, y aparecieron arrugas en las comisuras de sus ojos.
—Correcto —dijo—. Pero aunque solo sea para conocer su opinión, ¿qué creería usted que le ocurre?
—El paciente, ¿es un alumno?
Arwyl arqueó una ceja.
—¿Qué tiene eso que ver con el precio de la mantequilla?
—Si trabaja en la Factoría, podría tratarse de fiebre del fundidor —especulé. Arwyl me miró extrañado, y añadí—: En la Factoría se expone uno a toda clase de envenenamientos con metales pesados. Aquí no se dan muchos casos, porque los alumnos están bien entrenados, pero cualquiera que trabaje con bronce caliente puede morir por inhalación de vapores si no toma las debidas precauciones. —Vi que Kilvin asentía con la cabeza, y me alegré de no tener que admitir que la única razón por la que sabía aquello era que yo mismo había sufrido un caso leve hacía solo un mes.
Arwyl dejó escapar un pensativo «hummm» y señaló al otro lado"" de la mesa.
—¿Maestro aritmético?
Brandeur estaba sentado en el extremo izquierdo de la mesa.
—Suponiendo que el cambista se lleva el cuatro por ciento, ¿cuántos peniques se pueden sacar de un talento? —Hizo la pregunta sin levantar la vista de los papeles que tenía delante.

—¿Qué clase de penique, maestro Brandeur?
Levantó la vista y frunció el ceño.
—Si no recuerdo mal, todavía estamos en la Mancomunidad.
Calculé mentalmente, recordando las cifras de los libros que el maestro había dejado apartados en el Archivo. No eran las tarifas de cambio reales que ofrecería un prestamista, sino las tarifas de cambio oficiales que utilizaban los gobiernos y los financieros para engañarse unos a otros.
—Peniques de hierro. Trescientos cincuenta —dije, y añadí—: Cincuenta y uno. Y medio.
Brandeur volvió a fijar la vista en sus papeles antes de que yo hubiera terminado de hablar.
—Su brújula lee oro a doscientos veinte puntos, platino a ciento veinte puntos y cobalto a treinta y dos puntos. ¿Dónde se encuentra usted?
La pregunta me dejó atónito. La orientación mediante trifolio requería mapas detallados y triangulaciones meticulosas. Normalmente solo la practicaban los capitanes de barco y los cartógrafos, y utilizaban mapas detallados para hacer sus cálculos. Yo solo había visto una brújula de trifolio dos veces en mi vida.
O se trataba de una pregunta que aparecía en alguno de los libros que Brandeur había apartado para que los estudiáramos, o estaba deliberadamente pensada para fastidiarme. Dado que Brandeur y Hemme eran amigos, deduje que se trataba de lo último.
Cerré los ojos, visualicé un mapa del mundo civilizado y me la jugué.
—¿En Tarbean? —dije—. ¿En algún lugar de Yll? —Abrí los ojos—. Francamente, no tengo ni idea.
Brandeur anotó algo en un trozo de papel.
—Maestro nominador —dijo sin levantar la cabeza.
Elodin me miró con una sonrisa traviesa y cómplice, y de pronto me asaltó el temor de que revelara mi participación en el incendio de las habitaciones de Hemme esa misma mañana. Pero en lugar de eso, levantó tres dedos con gesto teatral.
—Tienes tres picas en la mano —dijo—. Y ya se han jugado cinco picas. —Levantó los dedos y me miró con seriedad—. ¿Cuántas picas hacen eso?
—Ocho picas —contesté.
Los otros maestros se rebulleron ligeramente en los asientos. Arwyl dio un suspiro. Kilvin se recostó en la silla. Hemme y Brandeur se miraron y pusieron los ojos en blanco. En general, expresaron diversos grados de resignación y exasperación.
Elodin los miró con el ceño fruncido y entrecerró los ojos.
—¿Qué pasa? —dijo con cierta dureza—. ¿Queréis que coja esta canción y que baile más en serio? ¿Queréis que le haga preguntas que solo puede contestar un nominador?
Los otros maestros se quedaron quietos; parecían incómodos y le rehuían la mirada. Hemme fue la excepción y lo fulminó con la vista.
—Muy bien —dijo Elodin volviéndose hacia mí. Tenía los ojos muy oscuros, y su voz cobró una extraña resonancia. No subió el tono, pero cuando habló, fue como si su voz llenara toda la sala, sin dejar espacio para ningún otro sonido—. ¿Adonde va la luna —me preguntó Elodin, muy serio— cuando ya no está en nuestro cielo?
Cuando dejó de hablar, un extraño silencio se apoderó de la sala. Como Si su voz hubiera dejado un agujero en el mundo.
Esperé para ver si Elodin añadía algo a su pregunta.
—No tengo ni idea —confesé. Después de oírse la voz de Elodin, lá mía parecía débil e inconsistente.
Elodin se encogió de hombros, e hizo un gesto elegante dirigido al otro lado de la mesa.
—Maestro simpatista.
Elxa Dal era el único que parecía realmente cómodo con su túnica de gala. Como siempre, su barba oscura y su rostro enjuto me recordaron al mago malvado de tantas obras de

teatro atur. Me miró con cierta cordialidad.
—¿Cuál es el vínculo de la atracción galvánica lineal? —me preguntó como si tal cosa.
Lo recité sin dificultad. El maestro asintió.
—¿Cuál es la distancia de deterioro insalvable para el hierro?
—Ocho kilómetros —contesté dando la respuesta del libro de texto, pese a que tenía algunas objeciones con relación al término «insalvable». Si bien era cierto que era estadísticamente imposible mover cierta cantidad de energía más de nueve kilómetros, podías"[1]utilizar la simpatía para alcanzar distancias mucho mayores.
—Una vez que empieza a hervir una onza de agua, ¿cuánto calor hace falta para que se consuma por completo?
Rescaté cuanto pude recordar de las tablas de vaporización con que había trabajado en la Factoría.
—Ciento ochenta taumos —respondí con más seguridad de la que en realidad tenía.
—Nada más —dijo Dal—. ¿Maestro alquimista?
Mandrag agitó una mano cubierta de manchas y dijo:
—Paso.
—Se le dan bien las preguntas sobre picas —lo animó Elodin.
Mandrag miró con el ceño fruncido a Elodin.
—Maestro archivero—se limitó a decir.
Lorren me miró fijamente, con gesto imperturbable.
—¿Cuáles son las normas del Archivo?
Me sonrojé y agaché la cabeza.—Andar sin hacer ruido —dije—. Respetar los libros. Obedecer a los secretarios. Nada de agua. Nada de comida. —Tragué saliva— Nada de fuego.
Lorren asintió. No había nada en su tono ni en su postura que indicara desaprobación, pero eso solo lo hacía más difícil. Recorrió la mesa con la mirada.
—Maestro artífice.
Maldije por dentro. Durante el ciclo pasado había leído los seis libros que el maestro Lorren había apartado para que los Re’lar los estudiáramos. Solo La caída del imperio de Feltemi Reis me había llevado diez horas. Había pocas cosas que yo deseara más que entrar en el Archivo, y confiaba en impresionar al maestro Lorren contestando cualquier pregunta que pudiera ocurrírsele hacerme.
Pero no podía hacer nada. Me volví hacia Kilvin.
—Rendimiento galvánico del cobre —dijo el maestro con apariencia de oso a través de su barba.
Se lo di, en cinco medios. Había tenido que utilizarlo cuando realizaba los cálculos para las lámparas marineras.
—Coeficiente conductivo del galio.
Era un dato que yo había necesitado para incrustar los emisores de la lámpara. ¿Me estaba regalando Kilvin preguntas fáciles? Di la respuesta.
—Muy bien —dijo Kilvin—. Maestro retórico.
Inspiré hondo y me volví para mirar a Hemme. Había conseguido leer tres de sus libros, pese a que detestaba la retórica y la filosofía inútil.
Con todo, podía controlar mi aversión durante dos minutos e interpretar el papel de alumno humilde y disciplinado. Soy un Ruh, podía hacer ese papel.
Hemme me miró con el ceño fruncido; su cara, redonda, parecía una luna enfadada.
—¿Has prendido fuego a mis habitaciones, miserable liante?
La crudeza de la pregunta me pilló completamente desprevenido. Estaba preparado para preguntas dificilísimas, o preguntas con trampa, o preguntas a las que Hemme pudiera dar la vuelta para que cualquier respuesta que yo diera pareciera errónea.

Pero esa repentina acusación me cogió absolutamente por sorpresa. «Liante» es un término que detesto especialmente. Me invadió una oleada de emoción que me trajo el sabor a ciruela a la boca. Mientras una parte de mí todavía estaba buscando la manera más elegante de contestar, de pronto las palabras escaparon de mis labios:
—No he prendido fuego a sus habitaciones —dije con sinceridad—. Pero ojalá lo hubiera hecho. Y ojalá hubiera estado usted dentro cuando empezó el incendio, durmiendo a pierna suelta.
La expresión de enojo de Hemme se tomó en otra de perplejidad.
—¡Re'lar Kvothe! —me espetó el rector—. ¡Haga el favor de expresarse en lenguaje respetuoso, o yo mismo lo denunciaré por Conducta Impropia!
El sabor a ciruela se esfumó tan deprisa como había aparecido, y me quedé sintiendo un ligero.mareo y sudando de miedo y de vergüenza.
—Le ruego que me disculpe, rector —me apresuré a decir mirándome los pies—. Me he dejado llevar por la ira. «Liante» es una palabra que mi gente encuentra especialmente ofensiva. Su empleo le quita importancia a la matanza sistemática de miles de Ruh.
Una arruga de curiosidad apareció entre las cejas del rector.
—He de admitir que no conozco esa etimología en concreto —reflexionó—. Creo que la utilizaré para formular mi pregunta.
—Un momento —le interrumpió Hemme—. Todavía no he terminado.
—Sí, has terminado —zanjó el rector con voz dura y firme—. Eres peor que el chico, Jasom, y tienes menos excusa que él. Has demostrado que no sabes comportarte como un profesional, así que cierra el pico y considérate afortunado si no pido un voto de censura oficial."
Hemme palideció de ira, pero se mordió la lengua.
El rector se volvió hacia mí.
—Maestro lingüista —anunció él mismo con formalidad—. Re'lar Kvothe: ¿cuál es la etimología de la palabra «liante»?
—Tiene su origen en las purgas instigadas por el emperador Alcyon —dije—. Hizo pública una proclama para anunciar que toda esa «chusma liante» que circulara por los caminos podía ser multada, encarcelada o deportada sin juicio. El término se acortó a la forma «liante» mediante metaplasmo sincopático.
—Ah, ¿sí? —dijo el rector arqueando una ceja.
Asentí con la cabeza.
—Aunque creo que también está relacionado con el sustantivo «lío», que hace referencia a los fardos con que las troupes de artistas transportaban sus pertenencias.
El rector asintió solemnemente.
—Gracias, Re'lar Kvothe. Siéntese mientras deliberamos.

10 Como un tesoro

Me pusieron una matrícula de nueve talentos con cinco. Era mejor que los diez talentos que había predicho Manet, pero más de lo que guardaba en mi bolsa. Tenía hasta el mediodía del día siguiente para pagar al tesorero, o me vería obligado a perder todo un bimestre. Tener que aplazar mis estudios no habría sido ninguna tragedia. Pero solo los estudiantes tienen acceso a los recursos de la Universidad, como el material de la Artefactoría. Eso significaba que si no podía pagar mi matrícula, se me impediría trabajar en el taller de Kilvin, y ese era el único empleo de donde podía sacar suficiente dinero para pagar mi matrícula.
Pasé por Existencias y Jaxim me sonrió cuando me acerqué a la ventanilla abierta.
—Esta mañana he vendido tus lámparas —me dijo—. Les hemos sacado un poco más porqué eran las últimas que quedaban.
Hojeó el libro de contabilidad hasta que encontró la página que buscaba.
—Tu sesenta por ciento queda en cuatro talentos y ocho iotas. Si les restamos los materiales y las piezas que utilizaste... —Deslizó el dedo por la hoja—. Te quedan dos talentos, tres iotas y ocho drabines.
Jaxim anotó la cifra en el libro y me extendió un recibo que yo podría cambiar por dinero en la tesorería. Doblé el papel con cuidado y me lo guarde en la bolsa. No tenía el agradable peso de las monedas, pero sumado a lo que ya tenía arrojaba un total de más de seis talentos. Mucho dinero, pero todavía no era suficiente.
Si no hubiera perdido los estribos con Hemme, me habrían puesto una matrícula bastante baja. Habría podido estudiar más, o ganar más dinero si no me hubiera visto obligado a permanecer escondido en mi habitación casi dos días enteros, sollozando y rabiando con el sabor a ciruela en la boca.
Entonces se me ocurrió una idea.
—Creo que debería empezar algo nuevo —comenté con fingido desinterés—. Necesitaré un crisol pequeño. Tres onzas de estaño. Dos onzas de bronce. Cuatro onzas de plata. Un carrete de hilo fino de oro. Un...
—Espera un momento —me interrumpió Jaxim. Pasó un dedo por mi nombre en el libro de contabilidad—. Veo que no tienes autorización para usar oro ni plata. —Levantó la cabeza y me miró—. ¿Es un error?
Titubeé, porque no quería mentir.
—No sabía que se necesitara autorización—dije.
—No eres el primero que intenta algo así. —Jaxim me sonrió con complicidad—. ¿Se han pasado con tu matrícula?
Asentí.
—Lo siento —dijo Jaxim, comprensivo—. Kilvin sabe que Existencias podría convertirse en un tenderete de prestamista si no se andara con cuidado. —Cerró el libro de contabilidad—. Tendrás que ir a la casa de empeños, como todos.
Levanté las manos y le mostré la palma y el dorso para que viera que no llevaba joyas.
—Mala suerte. —Jaxim hizo una mueca—. Conozco a un prestamista decente en la plaza de Platería. Solo cobra el diez por ciento al. mes. Aun así, es como si te arrancaran los dientes, pero es mejor que la mayoría.
Asentí y di un suspiro. La plaza de Platería era donde los prestamistas del gremio tenían sus tiendas. Y ellos no me habrían dado ni la hora.
—Al menos es mejor de lo que he tenido que pagar otras veces —dije.

Analicé la situación mientras iba a pie hasta Imre, con el agradable peso de mi laúd cargado en un hombro.
Estaba en un aprieto, pero mi situación todavía no era apurada. Ningún prestamista del gremio prestaría dinero a un Edena Ruh huérfano sin ninguna garantía, pero podía pedírselo a Devi. Sin embargo, habría sido preferible no tener que acudir a ella. Su tarifa de interés era abusiva, y además me preocupaban los favores que pudiera exigirme en caso de que no pudiera devolver el préstamo. No creía que fueran pequeños. Ni fáciles. Ni muy legales.
En eso iba pensando cuando atravesé el Puente de Piedra. Paré en una botica y me dirigí al Hombre de Gris.
Al abrir la puerta vi que el Hombre de Gris era una pensión. No había una taberna donde la gente pudiera reunirse y beber. Solo un saloncito muy bien decorado, con un portero muy bien vestido que me miró con aire de desaprobación, por no decir de profundo desagrado.
—¿En qué puedo ayudarlo, joven señor? —me preguntó cuando entré por la puerta.
—Vengo a visitar a una dama —contesté—. Se llama Dinael.
—Ya —dijo él—. Veré si se encuentra en su habitación.
—No se moleste —dije, y me dirigí hacia la escalera—. Me está esperando.
El portero me cerró el paso.
—Me temo que eso no será posible —dijo—. Pero no tengo ningún inconveniente en ir a comprobarlo yo mismo.
Me tendió una mano con la palma hacia arriba. Me quedé mirándola.
—¿Me permite su tarjeta de visita? —me preguntó—. Para que pueda presentársela a la señorita.
—¿Cómo va a darle mi tarjeta si no está seguro de que ella esté en su habitación? —le pregunté a mi vez.
El portero volvió a sonreírme. Era una sonrisa tan elegante, educada y profundamente desagradable que tomé buena nota de ella y la grabé en mi memoria. Una sonrisa como aquella es una obra de arte. Como había crecido en los escenarios, supe apreciarla en varios sentidos. Una sonrisa como aquella es como un puñal en ciertos escenarios sociales, y quizá algún día la necesitara.
—Ah —dijo el portero—, la señorita sí está —dijo con cierto énfasis—. Pero eso no significa necesariamente que esté para usted.
—Dígale que Kvothe ha venido a visitarla —dije, más divertido que ofendido—. Esperaré aquí.
No tuve que esperar mucho rato. El portero bajó la escalera con expresión avinagrada, como si lamentara muchísimo no poder echarme.
—Por aquí —me indicó.
Subí detrás de él. El portero abrió una puerta, y yo pasé a su lado confiando en transmitir un nivel de aplomo y desdén lo bastante irritante.
Era un salón con grandes ventanas por las que entraba el último sol de la tarde. Era lo bastante grande para parecer espacioso pese a la gran cantidad de butacas y sofás que había repartidos por él. En la pared del fondo había un dulcémele, y una inmensa arpa modegana ocupaba por completo una de las esquinas.
Denna se hallaba de pie en medio de la habitación con un vestido de terciopelo verde. Su peinado estaba pensado para realzar la elegancia de su cuello, dejando entrever los pendientes con lágrimas de esmeralda y el collar a juego.
Hablaba con un joven... ¿Cómo lo diría? El mejor adjetivo para describirlo es «bello». Tenía un rostro suave, bien rasurado, y unos ojos grandes y oscuros.
Parecía un joven noble que llevara de mala racha demasiado tiempo para que pudiera considerarse algo pasajero. Su ropa era elegante, pero estaba arrugada. Llevaba un corte de pelo pensado para ir rizado, pero se notaba que no se lo había cuidado últimamente. Tenía

los ojos hundidos, como si no hubiera estado durmiendo bien.
Denna me tendió ambas manos.
—Hola, Kvothe —dijo—. Ven, te presentaré a Geoffrey.
—Es un placer conocerte, Kvothe —dijo Geoffrey—. Dinael me ha hablado mucho de ti. Eres una especie de... ¿cómo lo llamáis? ¿Brujo? —Sonreía abiertamente, sin ninguna malicia.
—Arcanista, más bien —dije tan educadamente como pude—. «Brujo» recuerda demasiado a las tonterías de los libros de cuentos.^ La gente nos imagina con túnicas negras hurgando en las entrañas de pájaros. ¿Y tú?
—Geoffrey es poeta —dijo Denna—. Y muy bueno, aunque él se empeñe en negarlo.
—Sí, lo niego —confirmó él, y la sonrisa se borró de sus labios—. Tengo que marcharme. Tengo una cita con gente a la que no conviene hacer esperar. —Besó a Dénna en la mejilla, me estrechó la mano con cordialidad y se fue.
—Es un chico muy sensible —dijo Denna mientras veía cerrarse la puerta.
—Lo dices como si lo lamentaras —comenté.
—Si fuera un poco menos sensible, quizá pudiera meter dos ideas en su cabeza al mismo tiempo. Y quizá entonces las dos ideas se frotarían y harían saltar una chispa. Bastaría con un poco de humo; así, al menos, parecería que ahí dentro estaba pasando algo. —Suspiró.
—¿Tan corto es?—No —dijo ella meneando la cabeza—. Solo es confiado. No tiene nada de calculador, y desde que llegó aquí, hace un mes, no ha hecho otra cosa que tomar decisiones erróneas.
Me metí la mano en la capa y saqué un par de paquetitos envueltos con tela: uno azul y otro blanco.
—Te he traído un regalo.
Denna estiró un brazo para coger los paquetitos, aunque como si estuviera desconcertada. De pronto, lo que unas horas antes me había parecido una idea excelente parecía ahora una estupidez.
—Son para tus pulmones —dije con un poco de vergüenza—. Sé que a veces tienes problemas.
—Y ¿cómo sabes tú eso, si no es indiscreción? —me preguntó ladeando la cabeza.
—Lo mencionaste en Trebon —respondí—. He investigado un poco. —Señalé uno de los paquetes—. Con eso te puedes preparar un té: plumiente, ortiga muerta, lohatm... —Señalé el otro—. Esas hojas las hierves con un poco de agua y aspiras el vapor.
Denna miró uno y otro paquete.
—Dentro he metido unos papelitos con las instrucciones —expliqué—. El azul es lo que tienes que hervir para aspirar el vapor —dije—. Azul, por el agua.
Ella me miró.
—¿Acaso el té no se prepara también con agua? —dijo.
Parpadeé varias veces seguidas, me sonrojé y fui a decir algo, pero Denna rió y sacudió la cabeza.
—Solo era una broma —dijo con ternura—. Gracias. Es el detalle más bonito que nadie ha tenido conmigo desde hace mucho tiempo.
Fue hasta una cómoda y guardó los dos paquetitos en una caja de madera ornamentada.
—Veo que te van bien las cosas —observé señalando la bonita habitación.
Denna se encogió de hombros y miró alrededor con indiferencia.
—Es a Kellin a quien le van bien las cosas —me corrigió—. Yo solo aprovecho la luz que irradia.
Asentí dando a entender que comprendía.
—Creía que habías encontrado un mecenas.
—No, no es nada tan formal como eso. Kellin y yo paseamos juntos, como dicen en Modeg, y él me enseña a tocar el arpa. —Señaló el enorme instrumento que estaba en el rincón.

—¿Me enseñas lo que has aprendido?Denna negó con la cabeza, avergonzada, y su cabello se deslizó alrededor que sus hombros.
—Todavía lo hago muy mal.
—Controlaré mi impulso natural de abuchear y silbar —dije con gentileza.
—Está bien. Pero solo un poco —aceptó ella riendo. Se colocó detrás del arpa y acercó un taburete alto para apoyarse en él. Puso las manos sobre las cuerdas, hizo una larga pausa y empezó a tocar.
La melodía era una variante de «El manso». Sonreí.
Tocaba despacio, casi con majestuosidad. Mucha gente cree que la velocidad es lo que distingue a un buen músico. Es comprensible. Lo que Marie había hecho en el Eolio era asombroso. Pero la velocidad a la que puedas marcar la digitación de las notas no es lo más importante de la música. La verdadera clave es el ritmo.
Es como contar un chiste. Cualquiera puede recordar las palabras. Cualquiera puede repetirlo. Pero para hacer reír necesitas algo más. Contar un chiste más deprisa no lo hace más gracioso. Como ocurre con muchas cosas, es mejor vacilar que precipitarse.
Por eso hay tan pocos músicos buenos de verdad. Mucha gente sabe cantar o arrancarle una canción a un violín. Una caja de música puede tocar una canción impecablemente, una y otra vez. Pero no basta con saber las notas. Tienes que saber cómo tocarlas. La velocidad se adquiere con el tiempo y la práctica, pero el ritmo es algo con lo que se nace. Lo tienes o no lo tienes.
Denna lo tenía. Hacía avanzar la canción despacio, pero no pesadamente. La tocaba con la lentitud de un beso lujurioso. Y no es que en esa época de mi vida yo supiera mucho de besos. Pero viéndola allí de pie, con los brazos alrededor del arpa, concentrada, con los ojos entrecerrados y los labios ligeramente fruncidos, supe que quería que algún día me besaran con ese cuidado lento y deliberado.
Además, Denna era hermosa. Supongo que a nadie le extrañará que sienta debilidad por las mujeres por cuyas venas corre la música. Pero mientras Denna tocaba, la vi por primera vez ese día. Hasta entonces me habían distraído su peinado, diferente, y el corte de su vestido. Pero viéndola tocar, todo eso desapareció de mi vista.
Me estoy yendo por las ramas. Baste decir que Denna tocaba de forma admirable, aunque era evidente que todavía tenía mucho que aprender. Le fallaron algunas notas, pero no las rechazó ni se estremeció. Como dicen, un joyero sabe reconocer la gema en bruto. Y yo lo soy. Y ella lo era. Bueno.—Ya tienes muy superada la etapa de «La ardilla en el tejado» —dije en voz baja cuando Denna hubo tocado las últimas notas.
Ella recibió mi cumplido sin mirarme a los ojos, quitándole importancia con un encogimiento de hombros.
—No hay gran cosa que hacer, aparte de practicar —dijo—. Y Kellin dice que tengo cierto don.
—¿Cuánto hace que tocas?
—¿Tres ciclos? —Arrugó un poco la frente y asintió—. Un poco menos de tres ciclos.
—Madre de Dios —dije sacudiendo la cabeza—. No le digas nunca a nadie lo rápido que has aprendido. Los otros músicos te odiarían.
—Mis dedos todavía no se han acostumbrado —dijo mirándoselos—. No puedo practicar tanto como me gustaría.
Le cogí una mano y le puse la palma hacia arriba para examinarle las yemas de los dedos. Vi que tenía pequeñas ampollas.
—Tienes...
La miré y me di cuenta de lo cerca que estábamos. Su mano estaba fría. Me miró con fijeza, con sus ojos grandes y oscuros. Tenía una ceja ligeramente levantada. No arqueada, ni siquiera traviesa, solo un poco curiosa. De pronto noté una extraña sensación de debilidad

en el estómago.
—¿'Qué tengo?
No me acordaba de lo que quería decirle. Estuve a punto de contestar «No tengo ni idea de lo que iba a decirte», pero me di cuenta de que era una estupidez. Y no dije nada.
Denna bajó la vista, me cogió la mano y le dio la vuelta.
—Tienes las manos suaves —dijo, y me tocó las yemas de los dedos—. Creía que los callos serían ásperos, pero no. Son suaves.
Cuando dejó de mirarme a los ojos, recobré un poco la compostura.
—Es cuestión de tiempo —dije.
Denna levantó la mirada y sonrió con timidez. Me quedé con la mente en blanco.
Al cabo de un momento, me soltó la mano y fue al centro de la habitación.
—¿Puedo ofrecerte algo de beber mientras tanto? —me preguntó, y se sentó con gracia en una butaca.
—Sí, gracias, muy amable de tu parte —contesté, pero solo fue un acto reflejo. Me di cuenta de que todavía tenía la mano suspendida en el aire; me sentí estúpido y la bajé junto al costado.Denna señaló una butaca cerca de la de ella y me senté.
—Ya verás. —Cogió una campanilla de plata que estaba en una mesita y la hizo sonar débilmente. Entonces levantó una mano con los dedos extendidos. Dobló primero el pulgar, luego el índice, y fue contando hacia atrás.
Antes de que hubiera doblado el meñique, llamaron a la puerta.
—Pase —dijo Denna, y el elegante portero abrió la puerta—. Creo que tomaré un poco de chocolate caliente —dijo—. Y Kvothe... —Me miró interrogándome.
—Chocolate caliente, muy buena idea —dije.
El portero asintió y desapareció cerrando la puerta tras de sí.
—A veces toco la campanilla solo para hacerle correr —admitió Denna un tanto avergonzada, mirando la campanilla—. No me explico cómo puede oírla. Al principio estaba convencida de que se quedaba sentado en el pasillo con la oreja pegada a mi puerta.
—¿Me dejas ver esa campanilla? —pregunté.
Me la dio. A simple vista parecía normal, pero cuando le di la vuelta vi que había sigaldría en la superficie interna de la campanilla.
—No, no escucha detrás de la puerta —dije, y se la devolví—. Abajo hay otra campanilla que suena cuando suena esta.
—¿Cómo? —preguntó Denna, y entonces contestó ella misma su pregunta—: ¿Magia?
—Es una forma de llamarlo. «
—¿Es eso lo que hacéis vosotros allí? —Apuntó con la cabeza hacia el río, en dirección a la Universidad—. Suena un poco... trivial.
—Es la aplicación más frívola de la sigaldría que he visto jamás —admití.
Denna soltó una carcajada.
—No pongas esa cara de ofendido —dijo, y añadió—: ¿Se llama sigaldría?
—Fabricar una cosa así se llama artificería. La sigaldría consiste en escribir o grabar las runas que hacen que funcione.
Al oír eso, los ojos de Denna se iluminaron.
—Entonces, ¿la magia consiste en escribir cosas? —me preguntó inclinándose hacia delante —. ¿Cómo funciona?
Vacilé, y no solo porque era una pregunta difícil de contestar, sino también porque la Universidad tiene normas estrictas sobre divulgar los secretos del Arcano.
—Es un poco complicado —dije.
Por suerte, en ese momento volvieron a llamar a la puerta y llegó nuestro chocolate en unas tazas humeantes. Al olerlo, se me hizo la boca agua. El portero dejó la bandeja en una mesita y salió sin decir palabra.

Di un sorbo y sonreí saboreando su densa dulzura.
—Hacía años que no probaba el chocolate —dije.
Denna levantó su taza y miró alrededor.
—Es raro pensar que hay gente que vive siempre así —caviló.
—¿No te gusta? —pregunté, sorprendido.
—Me gustan el chocolate y el arpa —respondió—. Pero me sobra la campanilla, y tener una habitación tan grande solo para estar sentada. —Frunció ligeramente los labios—. Y detesto que siempre haya alguien vigilándome, como si yo fuera un tesoro que alguien pudiera intentar robar.
—¿Quiere eso decir que no hay que guardarte como un tesoro?
Denna entrecerró los ojos por encima de la taza, como si no estuviera segura de si yo hablaba en serio.
—No me gusta estar encerrada bajo paño y llave —aclaró con un deje de severidad—. No me importa que me ofrezcan unas habitaciones bonitas, pero si no tengo libertad para ir y venir, es como si no fueran mías.
Arqueé una ceja, pero antes de que pudiera decir nada, ella hizo un ademán para quitar importancia a sus palabras.
—Bueno, tampoco es eso. —Suspiró—. Pero estoy segura de que Kellin está informado de mis idas y venidas. Sé que el portero le dice quién viene a visitarme. Eso me duele un poco, nada más. —Compuso una sonrisa torcida—. Supongo que debo de parecerte terriblemente desagradecida, ¿verdad?
—En absoluto —contesté—. Cuando yo era más joven, mi troupe viajaba mucho. Pero todos los años pasábamos unos ciclos en la propiedad de nuestro mecenas, actuando para su familia y sus invitados.
Sacudí la cabeza, abrumado por aquel recuerdo.
—El barón de Greyfallow era un anfitrión cortés. Nos sentábamos a su mesa. Nos hacía presentes... —De pronto me acordé de un regimiento de soldaditos de plomo que me había regalado. Meneé la cabeza de nuevo para alejar aquel pensamiento—. Pero mi padre lo odiaba. Se subía por las paredes. No toleraba la sensación de estar a entera disposición de alguien.—¡Eso! —dijo Denna—. ¡Es exactamente eso! Cuando Kellin me dice que quizá pase a visitarme determinada noche, de pronto siento como si me hubieran clavado un pie al suelo. Si salgo, soy obstinada y grosera, pero si me quedo, me siento como un perro que espera junto a la puerta.
Nos quedamos un rato callados. Denna hacía girar distraídamente el anillo que llevaba en el dedo, y la luz del sol hacía destellar la piedra de color azul claro que tenía engastada.
—Ya —dije—. Pero son unas habitaciones muy bonitas.
—Son bonitas cuando tú estás aquí —afirmó ella.
Unas horas más tarde, subí por la estrecha escalera que había detrás de una carnicería. Del callejón ascendía un débil pero penetrante olor a grasa rancia, pero yo sonreía. Una tarde con Denna para mí solo era todo un lujo, y para estar a punto de cerrar un trato con un demonio, mis pasos eran sorprendentemente ligeros.
Llamé a la puerta de madera maciza del final de la escalera y esperé. Ningún prestamista del gremio me habría fiado ni un penique abollado, pero siempre había alguien dispuesto a hacerte un préstamo. Los poetas y otros románticos los llaman halcones de cobre, o aceros, pero «renovero» es el término más acertado. Son peligrosos, y la gente sensata no se acerca a ellos.
La puerta se abrió apenas una rendija, y luego de par en par reve— lando a una joven con cara de duendecillo y cabello rojizo.
—¡Kvothe! —exclamó Devi—. Empezaba a temer que este bimestre no te vería.
Entré y Devi cerró la puerta. La estancia, grande y sin ventanas, tenía un olor agradable a

cínaro y a miel, muy distinto del del callejón.
Un lado de la habitación lo dominaba una enorme cama con dosel que tenía las oscuras cortinas corridas. En el otro lado había una chimenea, una gran mesa de madera y una estantería con las tres cuartas partes llenas de libros. Me acerqué para examinar los títulos mientras Devi echaba la llave y atrancaba la puerta.
—¿Este ejemplar de Malcaf es nuevo?—pregunté.
—Sí —confirmó ella, y vino hasta mí—. Un joven alquimista que no podía saldar su deuda me dejó escoger unos libros de su librería para arreglar las cosas conmigo. —Devi sacó el libro del estante con cuidado, y vi el título, en pan de oro, en la cubierta: Visión y revisión. Me miró con una sonrisa picara—. ¿Lo has leído?—No —respondí. Era uno de los libros que me habría gustado estudiar antes de admisiones, pero no lo había encontrado en Estanterías—. Pero he oído hablar de él.
Devi se quedó pensativa un momento, y luego me lo ofreció.
—Cuando lo acabes, ven y hablaremos de él. Últimamente no tengo conversaciones interesantes, por desgracia. Si la discusión resulta decente, quizá te preste algún otro libro.
Cuando ya tenía el libro en mis manos, Devi le dio unos golpecitos en la cubierta con un dedo.
—Vale mucho más dinero que tú. —Lo dijo muy seria, sin ni pizca de picardía—. Si me lo devuelves estropeado, tendrás que darme explicaciones.
—Tendré mucho cuidado —le aseguré.
Devi asintió, pasó a mi lado y fue hasta la mesa.
—Muy bien, hablemos de negocios. —Se sentó—. Apuras mucho, ¿no? El plazo para pagar la matrícula termina mañana a mediodía.
—Llevo una vida peligrosa y emocionante —dije mientras iba hacia la mesa y me sentaba enfrente de Devi—. Y pese a lo agradable que me resulta tu compañía, confiaba en no tener que recurrir a tus servicios este bimestre.
—¿Qué te parece la matrícula de Re’lar? —me preguntó con aire de complicidad—. ¿Se han pasado mucho contigo?
—Esa es una pregunta muy personal.
Devi me miró con franqueza.
—Estamos a punto de llegar a un acuerdo muy personal —repuso—. No creo que me esté sobrepasando.
—Nueve y medio —confesé.
—Vaya, se suponía que eras listísimo —dijo Devi con un resoplido de desdén—. Cuando yo era Re’lar, nunca tuve que pagar más de siete.
—Tú tenías acceso al Archivo —le recordé.
—Tenía acceso a un ingente almacén de intelecto —dijo ella con indiferencia—. Además, estoy buena. —Sonrió y le salieron dos hoyuelos en las mejillas.
—Eres brillante como un penique nuevo —admití—. Ningún hombre se atrevería a oponerse a ti.
—A algunas mujeres también les cuesta mantenerse firmes —replicó ella. Su sonrisa cambió ligeramente: pasó de adorable a traviesa y, por último, se tornó absolutamente malvada.
Como no tenía ni la más remota idea de cómo reaccionar ante eso, pasé a un terreno más seguro.
—Me temo que necesito que me prestes cuatro talentos —expuse.
—Ah —dijo Devi. De pronto adoptó una pose formal y cruzó las
manos sobre la mesa—. Pues yo me temo que últimamente he introducido ciertos cambios en el negocio. Ahora solo concedo préstamos de seis talentos o más.
No me molesté en disimular mi consternación.
—¿Seis talentos? Devi, esa deuda adicional será una carga para mí.

Devi dio un suspiro que, cuando menos, sonó remotamente a disculpa.
—El problema es que cuando hago un préstamo, corro ciertos riesgos. Me arriesgo a perder mi inversión si mi deudor muere o intenta huir. Corro el riesgo de que intente denunciarme. Corro el riesgo de tener que responder ante la ley del hierro, o peor aún, ante el gremio de prestamistas.
—Sabes perfectamente que soy incapaz de hacerte eso, Devi.
—Y el hecho —continuó Devi— es que mi riesgo es el mismo, ya sea el crédito grande o pequeño. ¿Por qué voy a correr esos riesgos por un préstamo pequeño?
—¿Pequeño? ¡Con cuatro talentos yo podría vivir todo un año!
Devi dio unos golpecitos en la mesa con un dedo y frunció los labios.
—¿Garantía?
—La de siempre —respondí componiendo mi mejor sonrisa—. Mi inagotable encanto.
Devi dio un bufido nada cortés.
—Con la garantía de un encanto inagotable y tres gotas de sangre puedes pedirme un préstamo de seis talentos con la tarifa estándar. Un interés del cincuenta por ciento a pagar en dos meses.
—Devi —dije con tono halagador—, ¿qué voy a hacer con el dinero que me sobre?
—Monta una fiesta —me propuso—. Pasa un día en La Hebilla. Búscate una buena partida de faro, con apuestas altas.
—El faro es un impuesto que paga la gente que no sabe calcular probabilidades.
—Pues sé la banca y recauda los impuestos —replicó ella—. Cómprate algo bonito y póntelo la próxima vez que vengas a verme. —Me miró de arriba abajo con una mirada peligrosa—. Quizá entonces esté más predispuesta a hacer un trato contigo.
—¿Qué te parece seis talentos al veinticinco por ciento, a pagar en un mes? —insistí.
Devi negó con la cabeza, con cierta amabilidad.
—Respeto el impulso de regatear, Kvothe, pero no tienes ninguna fuerza. Si estás aquí es porque estás desesperado. Yo estoy aquí para sacar provecho de esa situación. —Extendió las manos mostrándome las palmas, en un gesto de impotencia—. Me gano la vida así. Que tengas un dulce rostro no entra en la ecuación.
Me miró con seriedad y agregó:
—Y a la inversa: si un prestamista del gremio se dignara decirte la hora, pensaría que has venido aquí solo porque soy guapa y porque te gusta el color de mi pelo.
—Es un color muy bonito —dije—. Los pelirrojos deberíamos ayudarnos.
—Deberíamos —coincidió ella—. Por eso te propongo que nos ayudemos con un interés del cincuenta por ciento a pagar en dos meses.
—Está bien —dije, y me recosté en la silla—. Tú ganas.
Devi me regaló una sonrisa encantadora y volvieron a salirle los hoyuelos.
—Solo podría ganar si los dos estuviéramos jugando. —Abrió un cajón de la mesa y sacó una botellita de cristal y una aguja larga.
Estiré un brazo para cogerlas, pero en lugar de acercármelas, Devi me miró con aire pensativo.
—Ahora que lo pienso, podría haber otra opción.
—Me encantaría tener otra opción —reconocí.
—La última vez que hablamos —dijo Devi lentamente—, insinuaste que tenías una forma de entrar en el Archivo.
—Sí, lo insinué —dije con vacilación.
—Esa información tendría bastante valor para mí:—dijo ella con exagerada indiferencia.
Aunque Devi tratara de ocultarlo, detecté una avidez insaciable y feroz en su mirada.
Me miré las manos y no abrí la boca.
—Te doy diez talentos ahora mismo —dijo sin rodeos—. No es un préstamo. Te compro la

información. Si me descubren en Estanterías, negaré que me la hayas dado tú.
Pensé en todo lo que podría comprarme con diez talentos. Ropa nueva. Un estuche que no se cayera a trozos para mi laúd. Papel. Guantes para el invierno.
Suspiré y negué con la cabeza.—Veinte talentos —dijo Devi—. Y las tarifas del gremio en cualquier préstamo que me pidas en el futuro.
Veinte talentos significarían medio año sin preocuparme por la matrícula. Podría realizar mis propios proyectos en la Factoría en lugar de trabajar como un burro para fabricar lámparas marineras. Podría comprarme ropa hecha a medida. Fruta fresca. Podría llevar mi ropa a una lavandería en lugar de lavarla yo mismo.
Inspiré expresando mi reticencia.
—Yo...
—Cuarenta talentos —dijo Devi con rabia—. Tarifas del gremio.
Y me acuesto contigo.
Con cuarenta talentos podría comprarle a Denna un arpa pequeña. Podría...
Levanté la vista y vi a Devi mirándome desde el otro lado de la mesa. Tenía los labios húmedos, y sus ojos azul claro emanaban intensidad. Hizo rodar los hombros hacia atrás y hacia delante con el movimiento lento e inconsciente de un gato antes de abalanzarse sobre su presa.
Pensé en Auri, feliz y a salvo en la Subrealidad. ¿Qué sería de ella si un extraño invadiera su pequeño reino?
—Lo siento —dije—. No puedo. Entrar es... complicado. Tendría que implicar a una amiga, y no creo que esté dispuesta. —Decidí ignorar la otra parte de su oferta, porque no tenía ni idea de qué decir sobre eso.
Hubo un prolongado y tenso silencio.
—Maldito seas —dijo Devi por fin—. Suena como si me estuvieras diciendo la verdad.
—Te digo la verdad. Es molesto, ya lo sé.
—Maldito. —Frunció el ceño y me acercó la botella y la aguja.
Me pinché en el dorso de la mano, viendo brotar la sangre y resbalar por mi mano hasta caer en la botella. Conté tres gotas e introduje también la aguja dentro de la botella.
Devi untó el tapón con adhesivo y lo metió con rabia en la botella. A continuación abrió un cajón y sacó un estilete con punta de diamante.
—¿Te fías de mí? —me preguntó mientras grababa un número en el cristal—. ¿O quieres que selle la botella?
—Me fío de ti —contesté—. Pero prefiero que la selles.
Derritió un poco de lacre sobre el tapón de la botella. Imprimí mi caramillo en el lacre dejando una marca reconocible.
Devi metió la mano en otro cajón, sacó seis talentos y los tiró encima de la mesa. El gesto habría podido parecer propio de un crío enfurruñado si su mirada no hubiera sido tan dura y colérica.
—Voy a entrar allí de una forma o de otra —dijo con frialdad—. Habla con tu amiga. Si eres tú quien me ayuda, te recompensaré.

11 El Refugio

Volví a la Universidad de buen humor pese a la carga que suponía la deuda que acababa de contraer. Hice algunas compras, cogí mi laúd y me dirigí a los tejados.
Desde el interior, orientarse por la Principalía era una pesadilla: un laberinto de pasillos y escaleras de trazado irracional que no conducían a ninguna parte. Pero moverse por sus tejados traslapados era pan comido. Fui hasta un pequeño patio que, en algún momento de la construcción del edificio, había quedado cerrado y aislado, atrapado como una mosca en el ámbar.
Auri no me esperaba, pero allí era donde la había conocido, y a veces, en las noches despejadas, ella salía a contemplar las estrellas.-' Comprobé que las aulas que daban al patio estuvieran vacías y a oscuras, y entonces saqué mi laúd y empecé a afinarlo.
Llevaba casi una hora tocando cuando oí un rumor abajo, en el patio cubierto de maleza. Entonces apareció Auri; trepó por el manzano y subió al tejado.
Corrió hacia mí; sus pies descalzos daban ágiles saltitos por la brea, y su cabello ondulaba tras ella.
—¡Te he oído! —exclamó al acercarse—. ¡Te he oído desde Brincos!
—Me parece recordar —dije lentamente— que iba a tocar el laúd para alguien.
—¡Para mí! —Se llevó las manos al pecho y sonrió. Saltaba sobre un pie y luego sobre el otro, casi bailando de entusiasmo—. ¡Toca para mí! He sido paciente como dos piedras juntas —dijo—. Llegas a tiempo. No podría ser paciente como tres piedras.
—Bueno —dije, vacilante—, supongo que todo depende de lo que me hayas traído.Auri rió y se puso de puntillas, con las manos todavía entrelazadas sobre el pecho.
—¿Y tú? ¿Qué me has traído?
Me arrodillé y empecé a desatar mi hatillo.
—Te he traído tres cosas —contesté.
—Qué tradicional —dijo ella con una sonrisa—. Esta noche pareces todo un joven caballero.
—Lo soy. —Saqué una botella oscura y pesada.
Auri la cogió con ambas manos.
—¿Quién lo ha hecho?
—Las abejas —respondí—. Y los cerveceros de Bredon.
—¡Las abredonjas! —dijo ella sin dejar de sonreír, y depositó la botella junto a sus pies.
A continuación saqué una hogaza redonda de pan fresco de cebada. Auri estiró un brazo, la tocó con un dedo, y asintió en señal de aprobación.
Por último saqué un salmón ahumado entero. Me había costado cuatro drabines, pero me preocupaba que Auri no consumiera suficientes proteínas, porque cuando yo no iba a verla, se alimentaba de lo que encontraba por ahí. El salmón le convenía.
Auri se quedó mirándolo con curiosidad y ladeó la cabeza para examinarle su único ojo.
—Hola, pescado —dijo. Luego levantó la vista hacia mí—. ¿'Tiene un secreto?
Asentí.
—Tiene un arpa en lugar de corazón.
—No me extraña que parezca tan sorprendido —dijo Auri volviendo a mirar el salmón.
Me lo quitó de las manos y, con cuidado, lo puso sobre el tejado.
—Levántate. Tengo tres cosas para ti. Es lo justo.
Me puse en pie y Auri me tendió una cosa envuelta en un trozo de tela. Era una vela gruesa que olía a lavanda.
—¿Qué hay dentro? —pregunté.

—Sueños felices. Los he puesto ahí para ti.
Di vueltas a la vela en mis manos, y una sospecha empezó a formarse en mi mente.
—¿La has hecho tú misma?
Auri asintió con la cabeza y sonrió feliz.
—Sí. Soy tremendamente lista.
Me guardé la vela con cuidado en uno de los bolsillos de la capa.—Gracias, Auri.
—Ahora —dijo ella poniéndose seria— cierra los ojos y agáchate para que pueda darte tu segundo regalo.
Cerré los ojos, desconcertado, y me doblé por la cintura preguntándome si también me habría hecho un sombrero.
Noté las manos de Auri a ambos lados de mi cara, y entonces me dio un beso suave y delicado en la frente.
Abrí los ojos, sorprendido. Pero Auri ya se había apartado varios pasos, y, nerviosa, se cogía las manos detrás de la espalda. No se me ocurrió nada que decir.
Auri dio un paso adelante.
—Eres especial para mí —dijo con seriedad y con gesto grave—. Quiero que sepas que siempre cuidaré de ti. —Estiró un brazo, vacilante, y me secó las mejillas—. No, nada de eso esta noche.
»Este es tu tercer regalo. Si te van mal las cosas, puedes quedarte conmigo en la Subrealidad. Es un sitio agradable, y allí estarás a salvo.
—Gracias, Auri —dije en cuanto pude—. Tú también eres especial para mí.
—Claro ’—dijo ella con naturalidad—. Soy adorable como la luna.
Me serené mientras Auri iba dando brincos hasta un trozo de tubería metálica que sobresalía de una chimenea y lo utilizaba para abrir el tapón de la botella. Volvió junto a mí sujetando la botella con ambas manos, con cuidado.
—¿No tienes frío en los pies, Auri?—pregunté.
Ella se los miró.
—La brea es agradable —dijo moviendo los dedos—. Conserva el calor del sol.
—¿Te gustaría que te trajera unos zapatos?
—¿Qué tendrían dentro?
—Tus pies. Pronto llegará el invierno.
Encogió los hombros.
—Tendrás los pies fríos —insistí.
—En invierno no subo a lo alto de las cosas. No se está muy bien.
Antes de que yo pudiera responder, Elodin salió de detrás de una gran chimenea de ladrillo tan tranquilo, como si hubiera salido a dar un paseo por la tarde.
Los tres nos quedamos mirándonos un momento, cada uno asombrado a su manera. Elodin y yo estábamos sorprendidos, pero con el rabillo del ojo vi que Auri permanecía completamente inmóvil, como un ciervo a punto de ponerse a salvo de un brinco.
—Maestro Elodin —dije con el tono más cordial y amable de que fui capaz, con la esperanza de que él no hiciera nada que pudiera asustar a Auri incitándola a echar a correr. La última vez que se había asustado y se había refugiado en la Subrealidad, había tardado todo un ciclo en reaparecer—. Me alegro de verlo.
—Hola —me saludó Elodin imitando a la perfección mi tono despreocupado, como si no fuera nada raro que los tres nos hubiéramos encontrado en un tejado en plena noche. Bien mirado, quizá a él no le resultara extraño en absoluto.
—Maestro Elodin. —Auri puso la punta de un pie detrás del otro y, sujetándose los extremos del raído vestido, hizo una pequeña reverencia.
Elodin permaneció en la sombra que proyectaba la alta chimenea de ladrillo bajo la luz de la luna y saludó a Auri con una inclinación de cabeza admirablemente formal. No podía verle

bien la cara, pero imaginé sus curiosos ojos examinando a aquella muchacha descalza con aspecto de huérfano desamparado y con un nimbo de cabello flotante.
—¿Qué os trae a vosotros dos por aquí esta agradable noche? —preguntó Elodin.
Me puse en tensión. Con Auri, las preguntas eran peligrosas. Por suerte, aquella no pareció inquietarla.
—Kvothe me ha traído cosas bonitas —contestó—. Me ha traído cerveza de abejas y pan de cebada y un pescado ahumado que tiene un arpa en lugar de corazón.
—Ah —dijo Elodin apartándose de la chimenea. Se palpó la túnica hasta que encontró algo en un bolsillo. Se lo tendió a Auri—. Me temo que yo solo te he traído un cínaro.
Auri dio un pasito de bailarina hacia atrás y no hizo ademán de cogerlo.
—¿Le ha traído algo a Kvothe?
La pregunta cogió a Elodin a contrapié. Se quedó quieto un momento, cortado, con el brazo extendido.
—Me temo que no —contestó—. Pero supongo que Kvothe tampoco me ha traído nada a mí.
Auri entrecerró los ojos y frunció un poco el ceño con profunda desaprobación.
—Kvothe ha traído su música —dijo con gesto severo—, que es para todos.
Elodin volvió a quedarse quieto, y he de admitir que me encantó verlo, por una vez, desconcertado por el comportamiento de otra persona. Se volvió hacia mí e hizo una inclinación de cabeza.
—Te ruego que me disculpes —dijo.
—No tiene importancia —repliqué, y acompañé mis palabras con un ademán cortés.
Elodin se volvió de nuevo hacia Auri y le tendió la mano por segunda vez.
Ella dio dos pasitos adelante, titubeó y dio otros dos. Estiró despacio un brazo, se quedó quieta con la mano sobre el pequeño fruto, y luego dio varios pasitos hacia atrás, llevándose ambas manos al pecho.
—Muchas gracias —dijo, e hizo otra pequeña reverencia—. Ahora, si lo desea, puede acompañarnos. Y si se porta bien, después podrá quedarse a oír tocar a Kvothe. —Ladeó un poco la cabeza, convirtiendo la frase en una pregunta.
Elodin vaciló un momento y luego asintió.
Auri correteó hasta el otro lado del tejado y bajó al patio por las ramas desnudas del manzano.
Elodin la siguió con la mirada. Ladeó la cabeza, y en ese momento la luz de la luna me permitió distinguir una expresión pensativa en su semblante. Noté que una repentina e intensa ansiedad me atenazaba el estómago.
—Maestro Elodin…
Se volvió hacia mí.
—¿Hummm?
Yo sabía por experiencia que Auri solo tardaría tres o cuatro minutos en traer lo que fuera que había ido a buscar a la Subrealidad. Tenía que darme prisa.
—Ya sé que esto parece extraño —dije—. Pero tenga cuidado, por favor. Es muy sensible. No intente tocarla. No haga movimientos bruscos. Se asustaría.
El rostro de Elodin volvió a quedar oculto en la sombra.
—Ah, ¿sí?
—Ni ruidos fuertes. Ni siquiera una carcajada. Y no puede preguntarle nada con el más leve matiz personal. Si lo hace, ella huirá.
Inspiré hondo; mi mente iba a toda velocidad. Tengo bastante labia, y si me dan tiempo, soy capaz de convencer a cualquiera de casi cualquier cosa. Pero Elodin era demasiado imprevisible para que yo lo manipulara.
—No puede decirle a nadie que ella está aquí. —Mis palabras sonaron más contundentes de lo que habría querido, y de inmediato lamenté haberlas pronunciado. Yo no era nadie para

darle órdenes a un maestro, aunque estuviera medio loco, por no decir completamente loco —. Lo que quiero decir —me apresuré a añadir— es que si no hablara de ella con nadie yo lo consideraría un gran favor personal.
—Y ¿a qué se debe eso, Re’lar Kvothe? —me preguntó mirándome atentamente, como si me evaluara.
Su tono, fríamente burlón, hizo que me pusiera a sudar.
—La encerrarán en el Refugio —respondí—. Usted, mejor que nadie... —me interrumpí; tenía la boca seca.
Elodin me miró con fijeza; su rostro no era más que una sombra, pero vi que fruncía el entrecejo.
—Yo mejor que nadie ¿qué, Re’lar Kvothe? ¿Acaso insinúa que sabe lo que pienso del Refugio?
Sentí que todo mi elegante y calculado poder de persuasión caía hecho añicos alrededor de mis pies. Y de pronto sentí que volvía a estar en las calles de Tarbean, que mi estómago era un nudo apretado de hambre, que la desesperanza embargaba mi pecho, y yo tironeaba de las mangas de marineros y comerciantes, mendigando peniques, medios peniques, ardites. Mendigando lo que fuera para conseguir algo de comer.
—Por favor —supliqué—. Por favor, maestro Elodin. Si la persiguen, se esconderá, y no podré encontrarla. No está muy bien de la cabeza, pero aquí es feliz. Y yo puedo cuidar de ella. No mucho, pero un poco. Si la descubren, será mucho peor. El Refugio la mataría. Por favor, maestro Elodin, haré lo que usted me pida. Pero no se lo diga a nadie.
—Chis —dijo Elodin—, ya viene. —Me cogió por el hombro, y la luna le iluminó la cara. Su expresión no era en absoluto dura ni feroz. Solo denotaba desconcierto y preocupación—. Divina pareja, estás temblando. Respira y pon en práctica tus dotes de actor. Si te ve así, se espantará.
Respiré hondo y me concentré en relajarme. La expresión de preocupación de Elodin desapareció, y el maestro dio un paso atrás y me soltó el hombro.
Me di la vuelta justo a tiempo para ver corretear a Auri por el tejado hacia nosotros, con los brazos llenos. Se detuvo a escasa distancia y nos miró a los dos antes de recorrer el resto del camino, pisando con cuidado, como una bailarina, hasta llegar al sitio donde había estado antes. Entonces, con un movimiento grácil, se sentó en el tejado y cruzó las piernas bajo el cuerpo. Elodin y yo también nos sentamos, aunque no con tanta elegancia como ella.Auri desplegó una tela, la extendió con cuidado en el tejado, entre nosotros tres, y puso una gran bandeja de madera, lisa, en el centro. Sacó el cínaro y lo olisqueó, mirándonos por encima del fruto.
—¿Qué tiene dentro? —le preguntó a Elodin.
—La luz del sol —contestó él sin vacilar, como si estuviera esperando esa pregunta—. Del sol de la primera hora de la mañana.
Ya se conocían. Claro. Por eso Auri no había huido al verlo llegar. Noté que la sólida y tensa barra que tenía entre los omoplatos cedía ligeramente.
Auri volvió a olisquear el fruto y se quedó un momento pensativa.
—Es precioso —declaró—. Pero las cosas de Kvothe son aún más preciosas.
—Eso es lógico —replicó Elodin—. Supongo que Kvothe es más agradable que yo.
—Eso es evidente —dijo ella con remilgo.
Auri nos sirvió la cena, repartiendo el pan y el pescado. También sacó un tarro de arcilla con aceitunas en salmuera. Me tranquilizó comprobar que sabía abastecerse por su cuenta cuando yo no aparecía por allí.
Auri me ofreció cerveza en mi taza de té de porcelana. A Elodin le tocó un pequeño tarro de cristal como los que se usan para guardar la mermelada. Auri se lo llenó una sola vez, y me quedé pensando si era sencillamente porque Elodin estaba más lejos y Auri no llegaba con

facilidad hasta él, o si aquello era una señal sutil de desagrado.
Comimos en silencio. Auri lo hacía con delicadeza, dando mordiscos muy pequeños, con la espalda muy recta. Elodin, con cautela, lanzándome de vez en cuando una mirada, como si no estuviera seguro de cómo debía comportarse. Deduje que era la primera vez que comía con Auri.
Cuando nos lo hubimos terminado todo, Auri sacó un cuchillo pequeño y reluciente y partió el cínaro en tres trozos. En cuanto el cuchillo atravesó la piel del fruto, me llegó su olor, dulce e intenso. Se me hizo la boca agua. El cínaro venía de muy lejos y era demasiado caro para la gente como yo.
Auri me ofreció mi trozo, y yo lo cogí con cuidado.
—Muchas gracias, Auri.
—Muchas gracias, Kvothe.
Elodin nos miró a uno y a otro.
—¿Auri?
Esperé a que el maestro terminara su pregunta, pero resultó que eso era todo.
Auri lo entendió antes que yo.
—Es mi nombre —dijo sonriendo con orgullo.
—Ah, ¿sí? —preguntó Elodin con curiosidad.
—Me lo regaló Kvothe —confirmó Auri asintiendo con la cabeza. Me lanzó una sonrisa—. ¿Verdad que es maravilloso?
—Es un nombre precioso —dijo el maestro con gentileza—. Y te sienta muy bien.
—Sí —coincidió ella—. Es como tener una flor en mi corazón. —Miró a Elodin con seriedad—. Si su nombre le pesa demasiado, puede pedirle a Kvothe que le dé uno nuevo.
Elodin volvió a asentir con la cabeza y comió un poco de cínaro. Mientras lo masticaba, se volvió hacia mí. La luz de la luna me permitió ver sus ojos. Unos ojos fríos, serios y completamente cuerdos.
Después de cenar, canté unas cuantas canciones y nos despedimos. Elodin y yo nos marchamos juntos. Yo sabía al menos media docena de rutas para bajar del tejado de la Principalía, pero dejé que me guiara él.
Pasamos al lado de un observatorio redondo de piedra que sobresalía del tejado y recorrimos un largo tramo de planchas de plomo bastante planas.
—¿Cuánto tiempo llevas viniendo a verla? —me preguntó Elodin.
—¿Medio año? —contesté tras reflexionar un momento—. Depende de desde cuándo empecemos a contar. Estuve tocando durante un par de ciclos hasta que se dejó ver, pero tardó más en confiar en mí lo suficiente para que pudiéramos hablar.
—Has tenido más suerte que yo —repuso el maestro—. Yo llevo años. Esta es la primera vez que se ha acercado a mí a menos de diez pasos. Los días buenos apenas nos decimos una docena de palabras.
Trepamos por una chimenea ancha y baja y descendimos por una suave pendiente de madera gruesa sellada con capas de brea. Mientras caminábamos, mi ansiedad iba en aumento. ¿Por qué quería Elodin acercarse a Auri?
Recordé el día que había ido al Refugio con Elodin a visitar a su guíler, Alder Whin. Me imaginé a Auri allí. La pequeña Auri, atada a una cama con gruesas correas de cuero para que no pudiera autolesionarse ni revolverse cuando le dieran la comida.
Me paré. Elodin dio unos pasos más antes de darse la vuelta y mirarme.
—Es mi amiga —dije lentamente.
—Eso es obvio —dijo él asintiendo con la cabeza.
—Y no tengo tantos amigos como para soportar la pérdida de uno —añadí—. A ella no quiero perderla. Prométame que no hablará a nadie de Auri y que no la llevará al Refugio. No es lugar para ella. —Tragué saliva, pese a lo seca que tenía la boca—. Necesito que me

lo prometa.
Elodin ladeó la cabeza.
—¿Me ha parecido oír un «y si no»? —preguntó con un deje de
burla—. Aunque no hayas llegado a decirlo. «Necesito que me lo prometa, y si no...» —
Levantó una comisura de la boca componiendo una sonrisa irónica.
Al verlo sonreír, sentí una oleada de ira mezclada con ansiedad y temor. A continuación noté el intenso sabor a ciruela y nuez moscada en la boca, y me acordé de la navaja que llevaba atada al muslo bajo los pantalones. Mi mano se deslizó lentamente hacia uno de mis bolsillos.
Entonces vi el borde del tejado detrás de Elodin, a solo dos metros, y noté que mis pies se desplazaban ligeramente, preparándose para echar a correr, hacerle un placaje y caernos los dos del tejado a los duros adoquines de abajo.
Noté un repentino sudor frío en todo el cuerpo y cerré los ojos.** Inspiré hondo y despacio, y el sabor desapareció de mi boca.
—Necesito que me lo prometa —dije al abrir de nuevo los ojos—.
Y si no, seguramente cometeré la mayor estupidez que pueda imaginar cualquier mortal. —Tragué saliva—. Y los dos acabaremos mal.
—Qué amenaza tan inusualmente sincera —dijo Elodin mirándome—. Por lo general son mucho más siniestras y crujulentas.
—¿Crujulentas?—pregunté—. Querrá decir truculentas.
—Ambas cosas —me contestó—. Normalmente van acompañadas de frases como «te romperé las rodillas» o «te partiré el cuello». —Se encogió de hombros—. Eso me hace pensar en huesos crujiendo.
—Ya—dije.
Nos quedamos mirándonos un momento.
—No voy a mandar a nadie a buscarla —dijo Elodin por fin—. El Refugio es el lugar adecuado para determinadas personas. Para muchas es el único lugar posible. Pero no me gustaría ver encerrado allí a un perro rabioso si hubiera alguna otra opción.Se volvió y echó a andar.
Como no lo seguí, se dio la vuelta de nuevo para mirarme.
—Con eso no hay suficiente —declaré—. Necesito que me lo prometa.
—Lo juro por la leche de mi madre —dijo Elodin—. Lo juro por mi nombre y mi poder. Lo juro por la luna en constante movimiento.
Nos pusimos de nuevo en marcha.
—Necesita ropa de abrigo —dije—. Y zapatos y calcetines. Y una manta. Y tiene que ser todo nuevo. Auri no acepta nada de segunda mano. Ya lo he intentado.
—De mí no lo aceptará —dijo Elodin—. A veces le he dejado cosas. Ni las toca. —Se volvió y me miró—. Si te las doy a ti, ¿se las darás?
Hice un gesto afirmativo con la cabeza y añadí:
—En ese caso, también necesita unos veinte talentos, un rubí del tamaño de un huevo y un juego nuevo de herramientas de grabado.
Elodin soltó una carcajada sincera y campechana.
—Y ¿no necesita cuerdas de laúd?
Volví a asentir.
—Dos pares, si puede ser.
—¿Por qué Auri? —preguntó Elodin.
—Porque no tiene a nadie más —respondí—. Y yo tampoco. Si no nos ocupamos el uno del otro, ¿quién lo hará?
—No, no —dijo él meneando la cabeza—. ¿Por qué elegiste ese nombre para ella?
—Ah —dije con cierto bochorno—. Porque es alegre y amable. No tiene motivos para serlo, pero lo es. Auri significa «luminosa».

—¿En qué idioma?
Vacilé antes de contestar:
—Creo que en siaru.
Elodin negó con la cabeza.
—Leviriet es «luminoso» en siaru.
Traté de recordar dónde había aprendido esa palabra. ¿Había tropezado con ella en el Archivo?
Todavía estaba preguntándomelo cuando Elodin dejó caer con indiferencia:
—Estoy preparando un grupo para quienes estén interesados en el arte delicado y sutil de la nominación. —Me miró de reojo—. He pensado que quizá para ti no sería una absoluta pérdida de tiempo.
—Quizá me interese —dije con cautela.
Elodin asintió con la cabeza.
—Deberías leer los Principios subyacentes de Teccam para prepararte. No es un libro muy largo, pero sí espeso. No sé si me explico.
—Si me presta usted una copia, lo leeré con mucho gusto —repliqué—. Si no, tendré que apañármelas sin él. —Elodin me miró sin comprender—. Tengo prohibido entrar en el Archivo.
—¿Cómo? ¿Todavía? —me preguntó, extrañado.
—Todavía.
—Pero ¿cuánto hace? ¿Medio año? —Parecía indignado.
—Dentro de tres días hará tres cuartos de año —concreté—. El maestro Lorren ha dejado claras sus intenciones respecto al levantamiento de mi castigo.
—Eso solo son sandeces —dijo Elodin con un tono que denotaba una extraña actitud protectora—. Ahora eres mi Re'lar.
Cambió de trayectoria y se dirigió hacia un trozo de tejado que yo solía evitar porque estaba cubierto de tejas de arcilla. Desde allí saltamos por encima de un estrecho callejón, cruzamos el tejado inclinado de una posada y pasamos a un terrado de piedra trabajada.
Al final llegamos ante una gran ventana detrás de la que se veía el cálido resplandor de la luz de las velas. Elodin golpeó el cristal con los nudillos, tan fuerte como si fuera una puerta.
Miré alrededor y comprendí que estábamos en lo alto de la Casa de los Maestros.
Al cabo de un momento vi la alta y delgada figura del maestro Lorren detrás de la ventana, tapando momentáneamente la luz de las velas. Quitó el pestillo, y la ventana se abrió entera sobre un solo gozne.
—¿En qué puedo ayudarte, Elodin? —preguntó Lorren. Si la situación le pareció extraña, no se le notó nada.
Elodin me apuntó con un pulgar por encima del hombro.
—Este muchacho dice que todavía tiene prohibido entrar en el Archivo. ¿Es eso cierto?
Lorren desplazó hacia mí su mirada imperturbable y luego volvió a mirar a Elodin.
—Sí, es cierto.
—Pues levántale el castigo —exigió Elodin—. Necesita leer cosas. Ya has conseguido lo que querías.
—Es un imprudente —declaró Lorren sin cambiar el tono de voz—, Pensaba prohibírselo durante un año y un día.
Elodin suspiró.
—Sí, sí, muy tradicional —dijo—. ¿Por qué no le das una segunda oportunidad? Yo respondo por él.
Lorren me miró largamente. Intenté parecer todo lo prudente que pude, que no era mucho, teniendo en cuenta que me encontraba de pie en un tejado en plena noche.
—Muy bien —dijo Lorren—. Pero solo Volúmenes.

—La Tumba es para gilipollas sin propósito en la vida que ni siquiera saben masticar la comida —replicó Elodin con desdén—. Mi chico es un Re'lar. ¡Tiene más propósito que veinte hombres juntos! Necesita explorar las Estanterías y descubrir toda clase de cosas inútiles.
—El chico no me preocupa —aclaró Lorren con serenidad—. Lo que me preocupa es el Archivo.
Elodin me cogió por el hombro y me hizo acercarme un poco más.
—A ver qué te parece esto. Si vuelves a encontrarlo haciendo el tonto, dejaré que le cortes los pulgares. Sería una buena lección, ¿no te parece?
Lorren nos miró a los dos sosegadamente y asintió con la cabeza.
—Muy bien —dijo, y cerró la ventana.
—Ya está —dijo Elodin, satisfecho.
—¿Cómo que ya está? —pregunté retorciéndome las manos—. Yo... ¿cómo que ya está?
Elodin me miró sorprendido.
—¿Qué pasa? Ya puedes entrar. Problema resuelto.
—¡Pero usted no puede proponerle que me corten los pulgares! —protesté.
—¿Acaso piensas violar las normas otra vez? —me preguntó arqueando una ceja.
—¿Qué...? No, pero...
—En tal caso, no tienes nada de qué preocuparte. —Se dio la vuelta y subió por la pendiente del tejado—. Probablemente. Sin embargo, yo en tu lugar tendría cuidado. Nunca sé cuándo Lorren está de broma.
Al día siguiente, nada más despertar, fui a la tesorería y arreglé cuentas con Riem, el cara agria encargado de atar los cordones de la bolsa de la Universidad. Desembolsé los nueve talentos con cinco que tanto me había costado ganar y me aseguré una plaza en la Universidad para un bimestre más.
Después fui a Registros y Horarios y me apunté a Observación en la Clínica, además de a Fisiognomía y a Fisiología. También me apunté a Metalurgia Ferrosa y Cúprica con Cammar en la Factoría. Por último, me apunté a Simpatía Experta con Elxa Dal.
Entonces reparé en que no sabía cómo se llamaba la asignatura de Elodin. Hojeé el libro hasta dar con el nombre de Elodin, y deslicé el dedo hasta la columna donde aparecía el nombre de la asignatura, escrito recientemente con tinta negra: «Introducción a cómo no ser un asno redomado».
Suspiré y anoté mi nombre en el único espacio en blanco que había debajo.

12 La mente dormida

Cuando desperté al día siguiente, la clase de Elodin fue lo primero que me vino al pensamiento. Noté un cosquilleo agradable en el estómago. Tras largos meses intentando que el maestro nominador me enseñara algo, por fin iba a tener la oportunidad de estudiar Nominación. Magia de verdad. Magia como la de Táborlin el Grande.
Pero antes del ocio, el negocio. La clase de Elodin no empezaba hasta mediodía. Con la amenaza de la deuda que había contraído con Devi pendiente sobre mi cabeza, necesitaba trabajar un par de hor; en la Factoría.
Entré en el taller de Kilvin, y el estrépito de medio centenar de manos ocupadas me rodeó como la música. Aunque el taller era un lugar peligroso, yo lo encontraba curiosamente relajante. A muchos estudiantes les molestaba mi rápido ascenso en los rangos del Arcano, pero me había ganado el respeto, aunque fuera a regañadientes, de la mayoría de los otros artífices.
Vi a Manet trabajando cerca de los hornos y fui hacia él sorteando las mesas. Manet siempre sabía qué trabajos se pagaban mejor.
—¡Kvothe!
La inmensa estancia se quedó en silencio; me di la vuelta y vi al maestro Kilvin en el umbral de su despacho. Me hizo señas para que me acercara y, sin esperarme, se metió dentro.
Poco a poco el sonido volvió a llenar la habitación cuando los alumnos reanudaron su actividad, pero sentía sus ojos clavados en mí mientras cruzaba de nuevo el taller, serpenteando entre las mesas de trabajo.
Al acercarme, vi a Kilvin a través de la amplia ventana de su des-pacho, escribiendo en una pizarra colgada en la pared. Era un palmo más alto que yo, y tenía un torso como un tonel. Su poblada y erizaba barba y sus ojos oscuros le hacían parecer aún más corpulento de lo que era en realidad.
Golpeé educadamente el marco de la puerta con los nudillos, y Kilvin se dio la vuelta y dejó la tiza que tenía en la mano.
—Re'lar Kvothe. Pasa. Cierra la puerta.
Entré en el despacho, intrigado, y cerré la puerta detrás de mí. El jaleo y el estrépito del taller cesó por completo, e imaginé que Kilvin debía de haber puesto alguna astuta sigaldría para amortiguar el ruido. Como resultado, en la habitación reinaba un silencio casi sobrecogedor.
Kilvin cogió una hoja de papel que había en una esquina de su mesa de trabajo.
—Me he enterado de una cosa inquietante —dijo—. Hace unos días, se presentó en Existencias una muchacha que buscaba a un joven que le había vendido un amuleto. —Me miró a los ojos—. ¿Sabes algo de eso?
Negué con la cabeza y pregunté:
—¿Qué quería?
. —No lo sabemos —contestó Kilvin—. El E'lir Basil estaba trabajando en Existencias en ese momento. Dice que la muchacha era muy joven y que parecía muy consternada. Buscaba... —echó un vistazo a la hoja de papel— a un joven mago. No sabía su nombre, pero lo describió como joven, pelirrojo y atractivo.
Kilvin dejó la hoja en la mesa.
—Basil dice que la muchacha se fue alterando a medida que hablaban. Parecía asustada, y cuando él le preguntó cómo se llamaba, ella se marchó llorando. —Se cruzó de brazos y me miró con severidad—. Te lo preguntaré sin rodeos. ¿Has estado vendiendo amuletos

ajovencitas?
La pregunta me pilló desprevenido.
—¿Amuletos? ¿Amuletos para qué?
—Eso deberías decírmelo tú —dijo Kilvin misteriosamente—. Amuletos del amor, o de la buena suerte. Para ayudar a una mujer a quedarse embarazada, o para impedirlo. Amuletos contra los demonios y esas cosas.
—Pero ¿se pueden fabricar esas cosas?—pregunté.
—No —dijo Kilvin con firmeza—. Y por eso nosotros no los vendemos. —Aquellos ojos oscuros y penetrantes se clavaron en mí—.
Te lo preguntaré otra vez: ¿has estado vendiendo amuletos a gentes ignorantes?
Esa acusación me cogió tan por sorpresa que no se me ocurrió nada sensato que decir en mi defensa. Entonces comprendí lo ridículo de la situación y me puse a reír.
—No tiene ninguna gracia, Re'lar Kvothe —dijo Kilvin entrecerrando los ojos—. Esos objetos están expresamente prohibidos por la Universidad, y además, cualquier estudiante que vendiera amuletos falsos... —Se interrumpió y sacudió la cabeza—. Eso denotaría un grave defecto de carácter.
—Míreme, maestro Kilvin —dije tirándome de la camisa—. Si estuviera estafando a gentes crédulas, no tendría que llevar ropa de segunda mano.
Kilvin me miró de arriba abajo, como si se fijara en mi ropa por primera vez.
—Es verdad —dijo—. Sin embargo, se podría pensar que un alumno con pocos recursos estaría muy tentado de cometer acciones así.
—Y lo he pensado —admití—. Con un trozo de hierro de un penique y con diez minutos de la sigaldría más sencilla, podría fabricar un colgante que se pusiera frío al tocarlo. No sería muy difícil vender un objeto así. —Me encogí de hombros—. Pero sé perfectamente que eso entraría en la categoría de Transacción Fraudulenta. Yo no me arriesgaría a eso.
—Un miembro del Arcano evita ese comportamiento porque es incorrecto, Re'lar Kvothe —dijo Kilvin frunciendo el entrecejo—, y no porque haya mucho en juego.
Lo miré con una sonrisa triste.
—Maestro Kilvin, si tuviera usted tan poca fe en mi categoría moral, no estaríamos manteniendo esta conversación.
Su expresión se suavizó un tanto, y sus labios dibujaron un amago de sonrisa.
—He de reconocer que no esperaría algo así de ti. Pero ya me he llevado otras sorpresas. Si no investigara estos casos, estaría faltando a mi obligación.
—¿Venía la muchacha a quejarse del amuleto? —pregunté.
—No. Ya te he dicho que no dejó ningún mensaje. Pero no me explico por qué motivo una muchacha acongojada con un amuleto podría venir buscándote, sabiendo tu descripción pero no tu nombre. —Arqueó una ceja, convirtiendo la frase en una pregunta.
Suspiré.—¿Quiere saber mi sincera opinión, maestro Kilvin?
Esa vez Kilvin arqueó ambas cejas.
—Por supuesto, Re'lar Kvothe.
—Creo que alguien intenta crearme problemas —dije. Comparado con administrarme un veneno alquímico, extender rumores era un comportamiento casi refinado para Ambrose.
Kilvin asintió mientras se acariciaba distraídamente la barba.
—Sí. Entiendo.
Se encogió de hombros y cogió la tiza.
—Muy bien. Consideraré este asunto resuelto, de momento. —Se volvió hacia la pizarra y me miró por encima del hombro—. Espero que no venga por aquí una horda de mujeres encinta agitando colgantes de hierro y maldiciendo tu nombre.
—Tomaré medidas para impedirlo, maestro Kilvin.
Trabajé unas horas en la Factoría fabricando piezas sueltas, y luego me dirigí al aula de la

Principalía donde Elodin daba su clase. Tenía que empezar a mediodía, pero me presenté allí el primero con media hora de antelación.
Los otros alumnos fueron apareciendo poco a poco. En total éramos siete. Primero llegó Fenton, mi amigo y rival de Simpatía Avanzada. Luego entró Felá con Brean, una hermosa joven de unos veinte años de cabello rubio rojizo cortado a lo chico.
Nos presentamos y charlamos un poco. Jarret era un tímido modegano al que había visto en la Clínica. También reconocí a Inyssa, una joven de brillantes ojos azules y cabello de color miel, pero tardé un rato en recordar dónde la había conocido: había sido una de las efímeras parejas de Simmon. Por último llegó Uresh, un El'the que rozaba la treintena. Su tez y su acento delataban que provenía de la lejana Lenatt.
Sonó la campanada del mediodía, pero Elodin seguía sin aparecer.
Pasaron cinco minutos. Diez minutos. Media hora más tarde Elodin llegó resollando al aula, con un fajo desordenado de papeles en los brazos. Los dejó caer encima de una mesa y empezó a pasearse enfrente de nosotros.
—Antes de empezar, deberíamos aclarar bien varias cosas —anunció sin saludar ni pedir disculpas por su retraso—. En primer lugar, debéis hacer lo que yo diga. Debéis hacerlo lo mejor que podáis, aunque no entendáis por qué motivo. Me parece bien que me hagáis preguntas, pero en definitiva: yo mando y vosotros hacéis. —Nos miró—. ¿Sí?
Todos asentimos afirmativamente y murmuramos nuestra conformidad.
—Segundo: debéis creerme cuando os diga determinadas cosas. Algunas de las cosas que os diré quizá no sean ciertas. Pero debéis creerlas de todos modos, hasta que yo os ordene parar. —Nos miró uno por uno—. ¿Sí?
Me pregunté vagamente si Elodin empezaba todas sus clases así. Él se fijó en que yo no había dado ninguna señal afirmativa. Me fulminó con la mirada, enojado.
—Todavía no hemos llegado a lo más difícil —espetó.
—Haré todo lo posible por intentarlo —dije.
—Con respuestas como esa, llegarás a abogado en un periquete —me dijo Elodin con sarcasmo—. ¿Por qué no lo haces y punto, en lugar de hacer todo lo posible por intentarlo?
Asentí con la cabeza. Eso lo apaciguó, y volvió a dirigirse a toda la clase.
—Hay dos cosas que debéis recordar. La primera es que nuestros nombres nos dan forma, y que nosotros damos forma a nuestros nombres. —Dejó de pasearse y nos miró—. La segunda es que hasta el nombre más sencillo es tan complejo que vuestra mente jamás podría tantear siquiera sus límites, y mucho menos entenderlo lo bastante bien para pronunciarlo.
Hubo un largo silencio. Elodin esperó mirándonos con fijeza.
Fenton acabó picando.
—Si es así, ¿cómo se puede ser nominador?
—Buena pregunta —dijo Elodin—. La respuesta obvia es que no se puede. Que hasta los nombres más sencillos están muy lejos de nuestro alcance. —Levantó una mano—. Recordad: no me refiero a los nombres pequeños que utilizamos a diario. Los nombres para llamar cosas como «árbol», «fuego» o «piedra». Me refiero a algo completamente diferente.
Se metió una mano en el bolsillo y sacó una piedra de río, lisa y oscura.
—Describid la forma exacta de esta piedra. Habladme del peso y la presión que la forjaron a partir de arenas y sedimentos. Decidme cómo se refleja en ella la luz. Decidme cómo atrae la tierra su masa, cómo la envuelve el viento cuando se mueve por el aire. Decidme cómo las trazas de hierro dentro de ella sentirán la llamada de una pie-dra imán. Todas esas cosas y mil cien más configuran el nombre de esta piedra. —Alargó el brazo, sosteniéndola—. Esta sola y sencilla piedra.
Elodin bajó la mano y nos miró.
—¿Veis lo compleja que puede ser incluso esta cosa tan sencilla? Si la estudiarais durante un

largo mes, quizá llegarais a conocerla lo bastante bien para atisbar los bordes exteriores de su nombre. Quizá.
»Ese es el problema a que se enfrentan los nominadores. Debemos comprender cosas que están más allá de nuestra comprensión. ¿Cómo puede hacerse eso?
No esperó a que contestáramos, sino que cogió unas cuantas hojas de las que había traído y nos dio varias a cada uno.
—Dentro de quince minutos lanzaré esta piedra. Desde aquí. —Afianzó los pies en el suelo—. Mirándoos a vosotros. —Cuadró los hombros—. Haré un lanzamiento bajo, con un impulso de unos tres grips. Quiero que calculéis de qué manera se desplazará por el aire para que tengáis la mano en el sitio exacto y atraparla cuando llegue el momento.
»Podéis proceder —concluyó, y dejó la piedra encima de una mesa.
Me puse a resolver el problema con buena voluntad. Dibujé triángulos y arcos, y calculé utilizando fórmulas que no recordaba muy bien. No tardé en sentirme frustrado ante aquella tarea imposible. Faltaban demasiados datos, había demasiadas variables que era sencillamente imposible calcular.
Cuando llevábamos cinco minutos trabajando solos, Elodin nos animó a trabajar en grupo. Entonces fue cuando descubrí el talento que tenía Uresh para los números. Sus cálculos sobrepasaban los míos hasta tal punto que yo apenas entendía lo que hacía. Felá no le iba a la zaga, aunque ella además había dibujado una serie detallada de arcos parabólicos.
Los siete hablamos, discutimos, lo intentamos, fracasamos y volvimos a intentarlo. Transcurridos quince minutos, todos nos sentíamos frustrados. Yo el que más. Odio los problemas que no puedo resolver.
—Y bien, ¿qué podéis decirme? —inquirió Elodin mirándonos a todos.
Algunos empezamos a ofrecer medias respuestas o nuestras mejores conjeturas, pero él nos hizo callar con un ademán.
—¿Qué podéis decirme con certeza?
Tras una pausa, habló Felá:
—Que no sabemos cómo caerá la piedra.
Elodin dio una palmada en señal de aprobación.
—¡Muy bien! Esa es la respuesta correcta. Y ahora, mirad.
Fue hasta la puerta y asomó la cabeza.
—¡Fíenri! —gritó—. Sí, tú. Ven un momento. —Se apartó de la puerta e hizo entrar a uno de los recaderos de Jamison, un niño de no más de ocho años.
Elodin se apartó media docena de pasos y se volvió poniéndose de cara al chico. Cuadró los hombros y esgrimió una sonrisa de loco.
—¡Cógela! —dijo, y le lanzó la piedra a Henri.
El niño, desprevenido, atrapó la piedra al vuelo.
Elodin aplaudió con entusiasmo, y luego felicitó al desconcertado Henri antes de pedirle que le devolviera la piedra y ordenarle que se marchara.
El maestro se volvió hacia nosotros.
—¿Y bien? —preguntó—. ¿Cómo lo ha hecho? ¿Cómo ha podido calcular en un segundo lo que siete brillantes miembros del Arcano no han podido resolver en un cuarto de hora? ¿Acaso sabe más geometría que Felá? ¿Sabe calcular más deprisa que Uresh? ¿Deberíamos pedirle que venga y nombrarlo Re’lar?
Todos reímos un poco, más relajados.
—A ver si me explico. En todos nosotros hay una mente que utilizamos para todos nuestros actos conscientes. Pero también hay otra mente, una mente dormida. Es tan poderosa que la mente dormida de un niño de ocho años puede lograr en un segundo lo que las mentes despiertas de siete miembros del Arcano no han logrado en quince minutos.
Describió un arco con un brazo.

—Vuestra mente dormida es lo bastante vasta y virgen para contener los nombres de las cosas. Eso lo sé porque a veces ese conocimiento aflora a la superficie. Inyssa ha pronunciado el nombre del hierro. Su mente despierta no lo sabe, pero su mente dormida es más sabia. En algún rincón dentro de ella, Felá entiende el nombre de la piedra. —Elodin me señaló—. Kvothe ha llamado al viento. Si hemos de dar crédito a los textos de aquellos que murieron antaño, el suyo es el camino tradicional. El del viento era el nombre que los aspirantes a nominadores buscaban y encontraban cuando aquí se estudiaban cosas, hace mucho tiempo.
Se quedó callado un momento, mirándonos con seriedad, con los brazos cruzados.—Quiero que cada uno de vosotros piense qué nombré le gustaría encontrar. Debería ser un nombre pequeño. Algo sencillo: hierro o fuego, viento o agua, madera o piedra. Debería ser algo con lo que sintáis afinidad.
Elodin fue dando zancadas hasta la gran pizarra colgada en la pared y empezó a escribir una lista de títulos. Su caligrafía era asombrosamente pulcra.
—Estos libros son importantes —dijo—. Leed uno.
Al cabo de un momento, Brean levantó una mano. Entonces comprendió que era un gesto inútil, puesto que Elodin todavía nos daba la espalda.
—Maestro Elodin —dijo, titubeante—. ¿Cuál tenemos que leer?
Elodin giró la cabeza sin dejar de escribir.
—No me importa —dijo con fastidio—. Escoged uno. Los otros podéis leerlos por encima por partes. Podéis mirar las ilustraciones. Oledlos, como mínimo. —Giró de nuevo la cabeza hacia la pizarra.
Los siete nos miramos. Lo único que se oía en el aula eran los golpecitos de la tiza de Elodin.
—¿Cuál es el más importante?—pregunté.
Elodin hizo un ruidito de desagrado.
—No lo sé. Yo no los he leído. —Escribió En temerant voistra en la pizarra y encerró las palabras en un círculo—. Ni siquiera sé si este está en el Archivo. —Anotó un signo de interrogación a su lado y siguió escribiendo—. Pero os diré una cosa. Ninguno está en Volúme** nes. De eso me he asegurado bien. Tendréis que buscarlos en Estanterías. Tendréis que ganároslos.
Terminó de escribir el último título y se apartó de la pizarra, asintiendo con la cabeza para sí. En total había veinte libros. Puso estrellitas junto a tres de ellos, subrayó otros dos y dibujó una cara triste junto al último de la lista. Y entonces salió del aula sin decir nada más, y nos dejó pensando en la naturaleza de los nombres y preguntándonos dónde nos habíamos metido.

13 La cacería

Decidido a hacer un buen papel en la clase de Elodin, fui a buscar a Wilem y negocié con él un intercambio: copas en el futuro a cambio de ayuda para orientarme en el Archivo.
Recorrimos juntos las calles adoquinadas de la Universidad; soplaba un fuerte viento, y la silueta sin ventanas del Archivo se alzaba sobre nosotros al otro lado del patio. Las palabras vorfelan rhinata morie estaban cinceladas en la fachada, sobre la puerta de piedra de doble hoja.
Cuando estuvimos cerca, me di cuenta de que tenía las manos sudadas.
—Divina pareja, espera un momento —dije, y me paré.
Wil arqueó una ceja.
—Estoy nervioso como una prostituta inexperta —expliqué—. Dame un momento.
—Dices que Lorren te levantó el castigo hace dos días —dijo Wilem—. Creía que entrarías en cuanto te dieran el permiso.
—He esperado para que puedan actualizar los registros. —Me sequé las manos húmedas en la camisa—. Estoy seguro de que pasará algo —añadí con nerviosismo—. Mi nombre no aparecerá en el registro. Ambrose estará en el mostrador y sufriré una recaída de la droga y acabaré arrodillándome sobre su cuello y chillando.
—Me encantaría verlo —dijo Wil—, pero hoy Ambrose no trabaja.
—Bueno, ya es algo —admití, y me relajé un poco. Señalé las palabras escritas sobre la puerta—. ¿Sabes qué significa eso?
Wil alzó la vista.
—El deseo de conocimiento forma al hombre —dijo—. O algo parecido.
—Me gusta. —Inspiré hondo—. Bueno. Vamos allá.Tiré de la enorme puerta de piedra y entré en una pequeña antecámara; Wil abrió las puertas interiores de madera y entramos en el vestíbulo. En medio de la habitación había un gran mostrador de madera con varios registros grandes y encuadernados en piel. Unas puertas, también imponentes, llevaban en diferentes direcciones.
Felá, con el rizado cabello recogido en una cola, estaba sentada detrás del mostrador. La luz rojiza de las lámparas simpáticas la hacía parecer diferente, pero no menos hermosa. Nos sonrió.
—Hola, Felá —la saludé intentando disimular mi nerviosismo—. Me han dicho que Lorren me ha inscrito de nuevo en los libros buenos. ¿Puedes comprobarlo, por favor?
Felá asintió y empezó a hojear el registro que tenía delante. Se le iluminó la cara y señaló en una hoja. Pero entonces su expresión se ensombreció.
Noté un vacío en el estómago.
—¿Qué pasa? ¿Algo malo?
—No, no pasa nada —me contestó Felá.
—Pues nadie lo diría —refunfuñó Wil—. ¿Qué pone?
Felá vaciló, pero le dio la vuelta al libro para que pudiéramos leerlo: «Kvothe, hijo de Arliden. Pelirrojo. Tez clara. Joven». Al lado, anotado en el margen con una caligrafía distinta, ponía: «Miserable Ruh».
—Todo está correcto —dije sonriendo a Felá—. ¿Puedo entrar?
Ella asintió.
—¿Necesitáis lámparas? —nos preguntó, y abrió un cajón.
—Yo sí —respondió Wil, que ya estaba escribiendo su nombre en otro libro.
—Yo ya llevo una —dije sacando mi lamparita de un bolsillo de la capa.

Felá abrió el registro de entradas y nos pidió que firmáramos en él. Cuando escribía mi nombre, me tembló la mano y se me escapó el plumín, manchando la página de tinta. Felá secó la tinta con papel secante y cerró el libro. Me sonrió.

—Bienvenido—dijo.

Dejé que Wilem me guiara por Estanterías y aparenté admiración lo mejor que pude. Tampoco me costó mucho fingir. Pese a que llevaba tiempo entrando en el Archivo, me había visto obligado a moverme por allí con el sigilo de un ladrón. Ponía la lámpara al mínimo y evitaba los pasillos principales por temor a tropezarme con alguien.

Los estantes cubrían por completo las paredes de piedra. Algunos pasillos eran amplios y despejados, con techos altos, mientras que otros formaban pasadizos estrechos donde apenas quedaba espacio para que pasaran dos personas de medio lado. Había un olor intenso a cuero y polvo, a pergamino viejo y a cola de encuadernar. Olía a secretos.

Wilem me llevó entre estanterías de formas retorcidas, subimos por una escalera y atravesamos un pasillo largo y ancho con las paredes forradas de libros idénticos encuadernados con piel roja. Por último llegamos ante una puerta por cuyas rendijas se filtraba una tenue luz rojiza.

—Hay habitaciones cerradas para estudiar en privado —dijo Wilem en voz baja—. Se llaman «rincones de lectura». Sim y yo utilizamos mucho este. Lo conoce poca gente. —Llamó a la puerta brevemente antes de abrirla revelando una habitación sin ventanas donde apenas cabían una mesa y unas sillas.

Sim estaba sentado a la mesa, y la luz roja de su lámpara simpática hacía que su cara pareciera aún más rubicunda que de costumbre. Abrió desmesuradamente los ojos al verme.

—¡Kvothe! ¿Qué haces aquí? —exclamó. Se volvió hacia Wilem, horrorizado—. ¿Qué hace aquí?

—Lorren le ha levantado el castigo —explicó Wilem—. Nuestro joven amigo tiene una lista de lecturas. Está planeando su primera cacería de libros.

—¡Enhorabuena! —Sim me sonrió—. ¿Puedo ayudarte? Me estaba quedando dormido. —Me tendió la mano con la palma hacia arriba.

Me di unos golpecitos en la sien.

—El día que no sea capaz de memorizar veinte títulos dejaré de pertenecer al Arcano —dije. Pero esa era una media verdad. Toda la verdad era que solo tenía seis preciosas hojas de papel. No podía malgastar una para algo tan banal.

Sim se sacó del bolsillo un trozo de papel doblado y un lápiz corto.

—Pues yo necesito apuntar las cosas —dijo—. No todos memorizamos baladas por diversión.

Me encogí de hombros y empecé a anotar los títulos.

—Creo que ganaremos tiempo si nos dividimos la lista —propuse.

Wilem me miró con extrañeza.

—¿Acaso crees que puedes pasearte por aquí y encontrar los libros tú solo? —Miró a Sim, que sonreía de oreja a oreja.

Claro. Se suponía que yo no sabía nada de la distribución de Estanterías. Wil y Sim ignoraban que llevaba casi un mes colándome por la noche.

No es que no confiara en ellos, pero Sim no sabía mentir ni para salvar la vida, y Wil trabajaba de secretario. No quería que tuviera que elegir entre mi secreto y su deber para con el maestro Lorren.

Así que decidí hacerme el tonto.

—Bah, ya me las apañaré —dije con desenfado—. No puede ser tan difícil pillarle el truco.

—En el Archivo hay tantos libros —dijo Wil despacio— que tardarías un ciclo entero solo para leer todos los títulos. —Hizo una pausa y me miró de hito en hito—. Once días enteros sin pausa para comer ni para dormir.

—¿En serio? —preguntó Sim—. ¿Tanto tiempo?
Wil asintió.
—Lo calculé hace un año. Me ayuda a atajar el lloriqueo de los E'lir cuando tienen que esperar a que les vaya a buscar un libro. —Me miró—. También hay libros que no tienen título. Y rollos de pergamino. Y tablillas. Y muchas lenguas.
—¿Qué clase de tablillas? —pregunté.
—Tablillas de arcilla —explicó Wil—. Fueron de las pocas cosas que se salvaron cuando ardió Caluptena. Algunas las han transcrito, pero no todas.
—Pero no es solo eso —intervino Sim—. El problema es la organización.
—La catalogación —continuó Wil—. A lo largo de los años ha habido muchos sistemas diferentes. Unos maestros prefieren uno, y otros, otro. —Arrugó la frente—. Algunos crean sus propios sistemas para organizar los libros.
—Lo dices como si hubiera que ponerlos en la picota por ello —dije riendo.
—Tal vez —refunfuñó Wil—. Yo no lloraría si eso pasara.
—No puedes reprocharle a un maestro que intente organizar las cosas de la mejor manera posible —objetó Sim.
—Sí puedo —le contradijo Wilem—. Si el Archivo estuviera mal organizado, tendríamos que trabajar en condiciones desagradables pero uniformes. Pero en los últimos cincuenta años ha habido muchos sistemas diferentes. Libros mal etiquetados. Títulos mal traducidos.
Se pasó las manos por el pelo; de pronto parecía cansado.
—Y continuamente llegan libros nuevos que hay que catalogar.
Y siempre hay algún E'lir perezoso en la Tumba que nos pide que le busquemos algo. Es como intentar cavar un hoyo en el fondo de un río.
—Por cómo lo cuentas —dije despacio—, se ve que el tiempo que pasas trabajando de secretario te resulta agradable y gratificante.
Sim se tapó la boca con ambas manos para amortiguar una risa.
—Y luego estáis vosotros. —Wil me miró., y su voz adoptó un tono grave y amenazador—. Alumnos con libertad para entrar en Estanterías. Venís, leéis un libro hasta la mitad y lo escondéis para poder seguir leyéndolo cuando os convenga. —Wil apretaba los puños como si estuviera agarrando a alguien por la camisa. O tal vez por el cuello—. Luego olvidáis dónde habéis puesto el libro, que desaparece como si lo hubierais quemado.
Wil me apuntó con un dedo.
—Si alguna vez me entero de que haces eso —dijo con ira— no habrá Dios que te libre de mí.
Pensé, arrepentido, en los tres libros que había escondido de la forma que Wil acababa de describir mientras estudiaba para los exámenes.
—Te prometo —dije— que jamás lo haré. —«Otra vez», añadí mentalmente.
Sim se levantó de la mesa frotándose enérgicamente las manos.
—Vale. Dicho de otro modo, esto es un desastre, pero si te ciñes a los libros que aparecen en el catálogo de Tolem, deberías poder encontrar lo que buscas. Tolem es el sistema que utilizamos ahora. Wil y yo te enseñaremos dónde se guardan los catálogos.
—Y unas cuantas cosas más —añadió Wil—. Tolem no es muy completo. Quizá algunos de tus libros requieran una búsqueda más exhaustiva. —Se dio la vuelta y abrió la puerta.
Resultó que en los catálogos de Tolem solo había cuatro libros de mi lista. Tras comprobarlo, tuvimos que abandonar las partes mejor organizadas de Estanterías. Wil se había tomado mi lista como un desafío personal, así que ese día aprendí mucho sobre el Archivo. Wil me llevó a Catálogos Muertos, la Escalera Inversa, el Ala Inferior.
Aun así, pasadas cuatro horas solo habíamos conseguido localizar el paradero de siete libros. Eso pareció frustrar a Wil, pero le di
las gracias efusivamente, y le aseguré que me había proporcionado lo necesario para

continuar la búsqueda por mi cuenta.
Los días siguientes me pasé todos mis momentos libres en el Archivo, de caza y captura buscando los libros de la lista de Elodin. Nada deseaba más que empezar aquella asignatura con buen pie, y estaba decidido a leer todos los libros que nos había dado.
El primero era un libro de viajes que encontré bastante ameno. El segundo era un libro de poesía bastante mala, pero era corto, y conseguí leérmelo apretando los dientes y cerrando de vez en cuando un ojo para que mi cerebro no saliera demasiado perjudicado. El tercero era un libro de filosofía retórica, escrito sin fluidez.
A continuación venía un libro que detallaba la flora silvestre del norte de Atur. Un manual de esgrima con ilustraciones bastante confusas. Otro libro de poesía, pesado como un ladrillo y aún más lamentable que el primero.
Me llevó horas, pero los leí todos. Y hasta tomé notas en dos de mis valiosas hojas de papel.
A continuación venía el diario de un loco, o eso me pareció que era. Suena interesante, pero en realidad solo era un dolor de cabeza comprimido entre dos cubiertas. El hombre escribía con una caligrafía muy prieta, sin espacio entre las palabras. No había párrafos. Ni puntuación. Ni gramática u ortografía consistentes.
Fue entonces cuando empecé a leer por encima. Al día siguiente, al enfrentarme a dos libros escritos en modegano, una serie de ensa'* yos relacionados con la rotación de cultivos y una monografía sobre los mosaicos vínticos, dejé de tomar notas.
Los últimos libros me limité a hojearlos, preguntándome por qué Elodin querría que leyéramos el registro de tributos de doscientos años de antigüedad de una baronía de los Pequeños Reinos, un texto médico obsoleto y un drama moral mal traducido.
Aunque no tardé en perder mi fascinación por leer los libros de Elodin, seguía disfrutando con la caza y captura. Fastidié a no pocos secretarios con mis constantes preguntas: ¿quién se encargaba de guardar los libros en los estantes? ¿Dónde estaban los panléxicos vínticos? ¿Quién tenía las llaves del almacén de rollos del cuarto sótano? ¿Dónde guardaban los libros dañados mientras esperaban a que los repararan?
Al final encontré diecinueve libros. Todos excepto En temerant voistra. Y no fue porque no lo intentara. Calculé que había invertido casi cincuenta horas en la tarea de buscar y leer.Llegué a la siguiente clase de Elodin con diez minutos de antelación, orgulloso como un sacerdote. Llevaba mis dos hojas de meticulosas notas, ansioso por impresionar a Elodin con mi dedicación y mi esmero.
Los siete alumnos nos presentamos antes de que sonara la campana de mediodía. La puerta del aula estaba cerrada, así que nos quedamos de pie en el pasillo esperando a que llegara Elodin.
Nos contamos cómo nos había ido la búsqueda en el Archivo, y dimos mil vueltas a por qué Elodin consideraba importantes aquellos libros. Felá era secretaria desde hacía años, y solo había localizado siete títulos. Nadie había encontrado En temerant vóistra ni lo había visto siquiera mencionado.
Elodin seguía sin llegar cuando sonó la campana de mediodía, y quince minutos más tarde me harté de esperar de pie en el pasillo e intenté abrir la puerta del aula. Al principio el picaporte no se movió, pero cuando lo sacudí con impaciencia, el pestillo giró y la puerta se abrió un poco.
—Creía que estaba cerrada con llave —dijo Inyssa frunciendo el entrecejo.
—No, solo estaba atascada —dije, y acabé de abrirla de un empujón.
Entramos en la gran sala vacía y bajamos por la escalera hasta la primera fila de asientos. En la gran pizarra que teníamos delante, había una única palabra escrita con la pulcra caligrafía de Elodin: «Discutan».
Nos sentamos y nos pusimos a esperar, pero Elodin seguía sin aparecer. Miramos la pizarra, y luego entre nosotros, sin saber exactamente qué se suponía que teníamos que hacer.

Por las caras que ponían los demás, comprendí que no era el único que estaba enojado. Me había pasado cincuenta horas buscando aquellos condenados e inútiles libros. Había cumplido mi parte. ¿Por qué Elodin no cumplía la suya?
Los siete aguardamos dos horas más, charlando y esperando a que llegara Elodin.
Jamás llegó.

14 La ciudad escondida

Si bien las horas que había perdido de caza y captura buscando los libros de Elodin me habían dejado profundamente irritado, la experiencia me proporcionó un sólido conocimiento sobre el funcionamiento del Archivo. Lo más importante que aprendí fue que no era un mero almacén lleno de libros. El Archivo era una auténtica ciudad. Tenía calles y callejones tortuosos. Tenía pasajes y atajos.
Como en cualquier ciudad, algunas partes del Archivo eran un hervidero de actividad. En el Scriptorium había hileras de mesas donde los secretarios se afanaban con traducciones o copiaban textos desvaídos en libros nuevos con tinta negra y fresca. En la Sala de Clasificación los secretarios pasaban los libros por la criba y los colocaban de nuevo en los estantes.
La Sala de Descocados no era lo que había imaginado. Allí se desparasitaban los libros nuevos antes de añadirlos a la colección. Por lo visto, hay un sinfín de bicharracos que adoran los libros: unos devoran el pergamino y el cuero, y otros tienen afición al papel o la cola. Las lepismas eran solo un ejemplo, y después de que Wilem me contara unas cuantas historias, me dieron ganas de ir corriendo a lavarme las manos.
La Jaula del Catalogador, el Taller de Encuadernación, Rollos, Palimpsestos... En todas esas salas, llenas de silenciosos y laboriosos secretarios, se vivía el ajetreo de una colmena.
Pero en otras partes del Archivo ocurría todo lo contrario. La Oficina de Adquisiciones, por ejemplo, era muy pequeña y estaba permanentemente a oscuras. A través de la ventana vi que toda una pared de la oficina estaba ocupada por un mapa inmenso, con las ciudades y los caminos marcados con tanto detalle que parecía un telar enmarañado. El mapa estaba recubierto con una capa de laca alquímica transparente, y en varios puntos había notas escritas con lápiz rojo que localizaban rumores de libros atractivos y las últimas posiciones conocidas de los diferentes equipos de adquisición.
Volúmenes era como un gran parque público. Todos los estudiantes tenían libertad para entrar allí y leer los libros de los anaqueles. También podían presentar una solicitud a los secretarios, que de mala gana iban a Estanterías para encontrar, si no el libro exacto que les habían pedido, al menos algún otro relacionado.
Pero en Estanterías era donde se concentraba el grueso del Archivo. Allí era donde vivían los libros. Y como en cualquier ciudad, había barrios buenos y barrios malos.
En los barrios buenos todo estaba debidamente organizado y catalogado. Allí, la referencia del catálogo te guiaba hasta un libro con extrema precisión, como si alguien te lo señalara con un dedo.
Luego estaban los barrios malos. Secciones del Archivo olvidadas, abandonadas o simplemente demasiado problemáticas para que se ocuparan de ellas de momento. Allí los libros estaban organizados según catálogos viejos, o no obedecían a catálogo alguno.
Había paredes de estantes que parecían bocas donde faltaban dientes, allí donde, en el pasado, los secretarios habían canibalizado un catálogo viejo para ordenar los libros según el sistema que estuviera de moda en ese momento. Treinta años atrás, habían trasladado dos pisos enteros de libros de un barrio bueno a otro malo cuando una facción rival de secretarios quemó los catálogos de Larkin.
Y estaba, por supuesto, la puerta de las cuatro placas. El secreto del corazón de la ciudad.
Era agradable pasear por los barrios buenos. Era gratificante ir a buscar un libro y encontrarlo exactamente donde debía estar. Era fácil. Reconfortante. Rápido.
Pero los barrios malos eran fascinantes. Los libros guardados allí estaban abandonados y

polvorientos. Cuando abrías uno, quizá leyeras palabras que ningunos ojos habían tocado durante centenares de años. Allí, entre la basura, había auténticos tesoros.
Era allí donde yo buscaba información sobre los Chandrian.
Me pasé horas, días enteros buscando. Una de las razones por las que había ido a la Universidad era mi obsesión por descubrir la verdad sobre ellos. Ahora que por fin tenía fácil acceso al Archivo, me propuse recuperar el tiempo perdido.
Pero pese a mis largas horas de exploración, no encontré prácticamente nada. En varias antologías de cuentos para niños aparecíanlos Chandrian haciendo pequeñas travesuras como robar tartas o agriar la leche. En otros, regateaban como demonios en dramas morales atures.
Esparcidos por esas historias había unos pocos y delgados hilos de realidad, pero nada que yo no supiera ya. Los Chandrian estaban malditos. Había señales que anunciaban su presencia: fuego azul, herrumbre y putrefacción, una sensación de frío.
Mi cacería se hacía más difícil al no poder pedirle ayuda a nadie.
Si corriese la voz de que me pasaba horas leyendo cuentos para niños, mi reputación no mejoraría mucho.
Y lo más importante: una de las pocas cosas que sabía sobre los Chandrian era que se esforzaban brutalmente para reprimir cualquier conocimiento de su existencia. Habían matado a mi troupe porque mi padre había compuesto una canción sobre ellos. En Trebon habían matado a todos los invitados de una boda porque algunos los habían visto representados en una pieza de cerámica antigua.
Dadas las circunstancias, hablar dé los Chandrian no parecía lo más prudente ni sabio.
Así que seguí buscando yo solo. Al cabo de unos días, perdí la esperanza de hallar algo tan útil como un libro sobre los Chandrian, o incluso algo tan sustancioso como una monografía. Sin embargo, seguí leyendo con la esperanza de dar con un retazo de verdad oculto en algún rincón. Un solo hecho. Una pista. Algo.
Pero los cuentos para niños no abundan en detalles, y los pocos ** que encontré eran a todas luces descabellados. ¿Dónde vivían los Chandrian? En las nubes. En los sueños. En un castillo de caramelo. ¿Cuáles eran sus señales? Truenos. El oscurecimiento de la luna. En un relato hasta mencionaban los arcos iris. ¿A quién se le ocurriría escribir eso? ¿Por qué hacer que los niños le tuvieran miedo al arco iris?
Encontrar los nombres resultó más sencillo, pero era evidente que estaban todos robados de otras fuentes. Casi todos eran nombres de demonios mencionados en el Libro del camino, o de alguna obra de teatro, sobre todo de Daeonica. Una historia alegórica penosa nombraba a los Chandrian como a siete famosos emperadores de los días del imperio de Atur. Al menos eso me arrancó una breve y amarga risotada.
Al final descubrí un delgado volumen, titulado El libro de los secretos, enterrado en lo más profundo de Catálogos Muertos. Era un libro extraño: estaba organizado como un bestiario, pero escrito
como un abecedario para niños. Tenía ilustraciones en que aparecían seres de cuentos de hadas como ogros, troles y resinillos. Cada entrada tenía una ilustración acompañada de un poema breve e insípido.
La entrada de los Chandrian era la única que no llevaba ilustración, por supuesto. En su lugar solo había una página vacía enmarcada con volutas decorativas. El poema no aportaba absolutamente nada:

> De un sitio a otro los Chandrian van, pero nunca dejan rastro ni sabes dónde están.
> Guardan sus secretos con mucho cuidado, pero nunca te arañan ni te pegan un

bocado.
No montan peleas ni arman jaleos.
De hecho con nosotros son bastante buenos.
Llegan y se van, te vuelves y se han ido, como un rayo en el cielo, como un suspiro.

Pese a lo irritante que resultaba un texto tan superficial, al menos dejaba algo muy claro: para el resto de la gente, los Chandrian no eran más que cuentos de hadas infantiles. Tan irreales como los engendros o los unicornios.

Yo sabía otra cosa, por supuesto. Los había visto con mis propios ojos. Había hablado con Ceniza, el de los ojos negros. Había visto a Haliax, envuelto en un manto de sombra.

Continué mi infructuosa búsqueda. No me importaba lo que creyera el resto de la gente. Yo sabía la verdad, y no soy de los que se rinden fácilmente.

Me acomodé al ritmo del nuevo bimestre. Como antes, asistía a las clases y tocaba el laúd en Anker’s, pero pasaba la mayor parte del tiempo en el Archivo. Lo había deseado tanto que poder entrar por la puerta principal siempre que quisiera me parecía casi un sueño.

Ni siquiera mi continuado fracaso en la búsqueda de algún dato objetivo sobre los Chandrian me amargaba la experiencia. Mientras iba a la caza y captura, cada vez me distraían más otros libros que encontraba. Un herbario medicinal escrito a mano con ilustraciones a la acuarela de varias plantas. Un pequeño libro en cuarto con cuatro obras de teatro que jamás había oído mencionar. Una biografía considerablemente amena de Hevred el Precavido.

Pasaba tardes enteras en los rincones de lectura, saltándome las comidas y descuidando a mis amigos. Más de una vez fui el último alumno que salió del Archivo por la noche, antes de que los secretarios cerraran las puertas con llave. Si hubiera estado permitido, habría dormido allí.

Algunos días, cuando tenía el horario demasiado apretado para quedarme mucho rato seguido leyendo, me limitaba a pasearme por Estanterías unos minutos entre clase y clase.

Estaba tan encaprichado con mis recientes libertades que pasé varios días sin ir a Imre. Cuando volví al Hombre de Gris, llevé una tarjeta de visita que había hecho con un trozo de pergamino. Pensé que Denna la encontraría graciosa.

Pero cuando llegué, el entrometido portero del Hombre de Gris me dijo que no, no podía entregar mi tarjeta. No, la joven dama ya no se alojaba allí. No, no podía dejarle ningún mensaje. No, no sabía adonde había ido.

15 Hechos interesantes

Elodin entró con aire resuelto en el aula, con casi una hora de retraso. Llevaba manchas de hierba en la ropa, y hojas secas enredadas en el pelo. Sonreía.
Ese día solo eramos seis alumnos esperándolo. Jarret no se había presentado a las dos últimas clases. Dados sus comentarios cáusticos antes de desaparecer, yo dudaba mucho que volviera.
—¡Bueno! —gritó Elodin sin preámbulo—. ¡Contadme cosas!
Esa era su nueva manera de hacernos perder el tiempo. Al comienzo de cada clase nos pedía que le contáramos un hecho interesante que él no hubiese oído nunca. Por descontado, Elodin era quien decidía qué era interesante, y si el primer hecho que presentabas no estaba a la altura, o si Elodin ya lo había oído, te pedía otro, y otro, hasta que por fin dabas con algo que le divertía.
—¡Adelante! —exclamó apuntando a Brean.
—Las arañas respiran bajo el agua —dijo ella de inmediato.
—Bien —dijo Elodin asintiendo con la cabeza. Miró a Fenton.
—Al sur de Vintas hay un río que fluye al revés —dijo Fenton—. Es un río de agua salada que discurre hacia el interior desde el mar de Centhe.
—Eso ya lo sabía —dijo Elodin negando con la cabeza.
Fenton miró un trozo de papel que tenía en la mano.
—Una vez, el emperador Ventoran aprobó una ley...
—Aburrido —lo atajó Elodin.
—¿Si ingieres más de dos litros de agua salada vomitas? —preguntó Fenton.
Elodin movió la boca mientras cavilaba, como si tratara de soltar un trozo de cartílago que se le hubiera quedado entre los dientes. Al final expresó su satisfacción con una cabezada.
—Eso está bien. —Señaló a Uresh.
—Se puede dividir el infinito un número infinito de veces, y las partes resultantes seguirán siendo infinitamente grandes —dijo Uresh con su extraño acento lenatti—. Pero si divides un número no infinito un número infinito de veces, las partes resultantes son no infinitamente pequeñas. Como son no infinitamente pequeñas, pero hay un número infinito de ellas, si las sumas, obtienes una suma infinita. De lo que se desprende que, de hecho, cualquier número es infinito.
—¡Uau! —exclamó Elodin tras una larga pausa. Se puso muy serio y apuntó con un dedo al alumno de Lenatt—. Uresh. Tu próxima tarea es acostarte con una mujer. Si no sabes cómo hacerlo, ver a hablar conmigo después de clase. —Se volvió y miró a Inyssa.
—Los yll nunca llegaron a desarrollar una lengua escrita.
—No es cierto —la contradijo Elodin—. Utilizaban un sistema de nudos. —Hizo unos movimientos complejos con las manos, como si trenzara algo—. Y ya lo hacían mucho antes de que nosotros empezáramos a garabatear pictogramas en pieles de oveja.
—Yo no he dicho que no tuvieran una lengua documentada —murmuró Inyssa—. He dicho una lengua escrita.
Elodin consiguió transmitir su tremendo aburrimiento con un simple encogimiento de hombros. Inyssa frunció el entrecejo.
—Está bien. En Esceria hay una raza de perro que pare por un pene vestigial. .
—Uau —dijo Elodin—. Vale. Muy bien. —Señaló a Felá.
—Hace ochenta años, la Clínica descubrió la forma de eliminar las cataratas de los ojos —dijo Felá.

—Ya lo sabía —replicó el maestro agitando una mano.
—Déjeme acabar —dijo Felá—. Eso también significaba que podrían devolver la visión a personas que nunca habían podido ver. Esas personas que no se habían quedado ciegas, sino que habían nacido ciegas.
Elodin ladeó la cabeza con gesto de curiosidad.
—Cuando recuperaron la visión —continuó Felá— les mostraron objetos. Una esfera, un cubo y una pirámide colocados encima de una mesa. —Mientras hablaba, Felá iba trazando las formas con las manos—. Entonces los fisiólogos les preguntaron cuál de los tres objetos era redondo.
Felá hizo una pausa teatral y fijó la vista en todos nosotros.
—No sabían decirlo solo con mirar las figuras. Primero necesita-ban tocarlas. Hasta que no tocaron la esfera no se dieron cuenta de que era la redonda.
Elodin echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada, encantado.
—¿En serio?
Felá asintió.
—¡El premio es para Felá! —gritó Elodin alzando los brazos. Luego se metió una mano en el bolsillo, sacó un objeto alargado de color marrón y se lo puso en las manos a Felá.
Ella lo examinó con curiosidad. Era una vaina de algodoncillo.
—Kvothe todavía no ha dicho nada —le recordó Brean al maestro.
—No importa —dijo Elodin con brusquedad—. Kvothe siempre la caga con Hechos Interesantes.
Fruncí el ceño dejando clara constancia de mi enfado.
—Muy bien —concedió Elodin—. A ver qué tienes.
—Los mercenarios adem tienen un arte secreto llamado Lethani —dije—. Es la clave de lo que los convierte en guerreros tan fieros.
—¿En serio? —preguntó Elodin inclinando la cabeza hacia un lado—. ¿En qué consiste?
—No lo sé —dije con ligereza, solo para fastidiarlo—. Como ya he dicho, es secreto.
Elodin reflexionó un momento y negó con la cabeza.
—No. Es interesante, pero no es un hecho. Viene a ser como decir que los prestamistas ceáldicos tienen un arte secreto llamado Financia que es lo que los convierte en tan fieros banqueros. No tiene consistencia. —Volvió a mirarme con expectación.
Traté de pensar en otra cosa, pero no se me ocurrió nada. Tenía la cabeza llena de cuentos de hadas y líneas de investigación sobre los Chandrian que no conducían a ninguna parte.
—¿Lo ves? —le dijo Elodin a Brean—. Siempre la caga.
—No entiendo por qué perdemos el tiempo de esta manera —le solté.
—¿Tienes algo mejor que hacer? —me preguntó.
—¡Pues sí! —estallé—. ¡Tengo mil cosas más importantes que hacer! ¡Como aprender el nombre del viento!
Elodin levantó un dedo en un intento de adoptar una pose de sabio y fracasó por culpa de las hojas que tenía en el pelo.
—Los hechos pequeños nos llevan al gran conocimiento —recitó—. De igual modo, los nombres pequeños nos llevan a los grandes nombres.
Dio una palmada y se frotó enérgicamente las manos.
—¡Muy bien! ¡Felá! Abre tu premio para que podamos darle a Kvothe la lección que él tanto desea.
Felá partió la reseca cáscara de la vaina de algodoncillo. El vilano blanco de las semillas flotantes se derramó en sus manos.
El maestro nominador le hizo señas para que lo lanzara al aire. Felá lo lanzó, y todos nos quedamos mirando cómo la masa de vilano blanco ascendía hacia el alto techo del aula para luego caer lentamente hasta el suelo.

—Maldita sea —dijo Elodin. Indignado, fue hasta el montón de semillas, las cogió y las agitó vigorosamente hasta que el aire quedó lleno de vilano de semillas de algodoncillo que flotaban suavemente.
Entonces Elodin empezó a perseguir con frenesí las semillas por toda la sala, intentando apresarlas al vuelo. Se encaramó a las sillas, corrió por la tarima del aula y se subió de un salto a su mesa tratando de agarrarlas. Al principio lo hacía con una sola mano, como quien va a coger una pelota. Pero no tenía mucho éxito, así que empezó a dar manotazos, como si matara moscas. Como esa técnica tampoco le funcionaba, quiso atraparlas con ambas manos, como un niño que intenta cazar luciérnagas ahuecando las palmas.
Pero no conseguía coger ni una pizca de vilano. Cuanto más lo perseguía, cuanto más frenético se ponía, cuanto más deprisa corría, menos atrapaba. La escena se prolongó durante un minuto. Dos minutos. Cinco minutos. Diez.
Habría podido durar toda la hora de clase, pero al final tropezp con una silla y cayó de bruces en el suelo de piedra, desgarrándose la pernera de los pantalones y lastimándose una rodilla.
Elodin se sentó en el suelo, sujetándose la pierna, y soltó una sarta de blasfemias furiosas como yo no había oído en toda mi vida. Gritaba, gruñía y escupía. Empleó como mínimo ocho idiomas, e incluso cuando yo no entendía lo que decía, el sonido de sus palabras hacía que se me encogiera el estómago y se me erizara el vello de los brazos. Dijo cosas que me hicieron sudar. Dijo cosas que me produjeron náuseas. Dijo cosas que yo ignoraba que fuera posible decir.
Supongo que podría haber continuado, pero al inspirar, jadeando y con la boca abierta, aspiró una de las semillas flotantes de algodoncillo, se atragantó y empezó a toser con violencia.
Al final escupió la semilla, recobró el aliento, se levantó y salió cojeando del aula sin decir una palabra más.
Aquella no fue una de las clases más extrañas del maestro Elodin.
Después de la clase de Elodin comí algo en Anker’s y fui a realizar mi turno en la Clínica, donde los El’the con más experiencia diagnosticaban y trataban a los pacientes. Después crucé el río con la esperanza de encontrar a Denna. Era la tercera vez que iba en tres días, pero hacía un día fresco y soleado, y después de pasar tanto tiempo en el Archivo, me apetecía estirar un poco las piernas.
Primero pasé por el Eolio, aunque era demasiado temprano para que Denna se encontrara allí. Estuve charlando un rato con Stanchion y Deoch antes de ir a unas cuantas tabernas más que sabía que ella solía frecuentar: La Espita, La Bala y el Tonel, y El Perro en la Pared. Tampoco estaba en ninguna.
Atravesé unos cuantos parques públicos, cuyos árboles estaban desprovistos de hojas casi por completo. Luego visité todas las tiendas de instrumentos que encontré, examinando los laúdes y preguntando si habían visto a una hermosa joven morena interesada en comprar un arpa. Nadie la había visto.
Para entonces había oscurecido. Volví a pasar por el Eolio y me abrí paso lentamente entre la gente. Denna no estaba allí, pero sí me encontré al conde Threpe. Nos tomamos una copa y escuchamos unas cuantas canciones; luego me marché.
Me ceñí la capa alrededor de los hombros y eché a andar hacia la Universidad. Las calles de Imre estaban más animadas que durante el día, y pese al frío que hacía, reinaba en la ciudad una atmósfera festiva. Por las puertas de tabernas y teatros se filtraba música de todos los estilos. La gente entraba y salía de restaurantes y salas de exposiciones.
Entonces oí una risa que se destacaba, aguda y radiante, por encima del monótono murmullo del gentío. La habría reconocido en cualquier sitio: la risa de Denna. La conocía como la palma de mis manos.

Me di la vuelta, mientras se me pintaba una sonrisa en la cara. Siempre me pasaba lo mismo: solo la encontraba cuando había abandonado toda esperanza.

Escudriñé los rostros del remolino de gente y no me costó localizarla. Denna estaba de pie junto a la puerta de un pequeño café, con un largo vestido de terciopelo azul marino.

Di un paso hacia ella, y entonces me paré en seco. Denna hablaba con alguien que estaba de pie detrás de la puerta abierta de un carruaje. La única parte de su acompañante que alcancé a ver fue la coronilla. Llevaba un sombrero con una larga pluma blanca.

Al cabo de un momento, Ambrose cerró la puerta del carruaje. Dedicó a Denna una amplia y seductora sonrisa y dijo algo que la hizo reír. La luz de una lámpara sacaba destellos del brocado de oro de su chaqueta, y llevaba unos guantes teñidos del mismo morado real oscuro de sus botas. Contrariamente a lo que podría parecer, ese color no resultaba demasiado chillón en él.

Me quedé plantado mirando, y un carro ligero tirado por dos caballos estuvo a punto de tirarme al suelo y arrollarme; y me habría estado bien empleado, porque estaba de pie en medio de la calle. El conductor lanzó una blasfemia y chasqueó el látigo al pasar de largo. Me dio en la nuca, pero ni siquiera lo noté.

Recuperé el equilibrio y levanté la cabeza justo a tiempo para ver que Ambrose besaba la mano a Denna. Entonces, con un gesto grácil, le ofreció el brazo y entraron juntos en el café.

16 Temor acallado

Después de ver a Ambrose y a Denna en Imre, me puse de un humor sombrío. De regreso a la Universidad, no podía quitármelos de la cabeza. ¿Lo hacía Ambrose por pura maldad? ¿Cómo había podido pasar? ¿En qué estaba pensando Denna?

Tras una noche prácticamente en vela, intenté no pensar más en ello y me refugié en el Archivo. Los libros no son un gran sustituto de la compañía femenina, pero es más fácil encontrarlos. Me consolé buscando a los Chandrian por los oscuros rincones del Archivo. Leí hasta que me escocieron los ojos y se me quedó la cabeza espesa y entumecida.

Pasó casi un ciclo, y apenas hice nada más que asistir a clase y saquear el Archivo. La recompensa de mis esfuerzos fueron unos pulmones llenos de polvo, un dolor de cabeza persistente de pasarme horas leyendo con luz simpática, y un nudo entre los omoplatos de encorvarme sobre una mesa baja mientras hojeaba los desvaídos restos de los catálogos gileanos.

También encontré una sola mención de los Chandrian. Fue en un manuscrito en octavo titulado Curioso compendio de creencias populares. Calculé que debía de tener doscientos años.

El libro era una colección de historias y supersticiones recopiladas por un historiador aficionado de Vintas. A diferencia de Los ritos nupciales del draccus común, no pretendía demostrar ni desmentir esas creencias. El autor se había limitado a recoger y organizar las historias y añadir algún breve comentario sobre las variaciones en las creencias de unas regiones a otras.

Era un volumen admirable que, evidentemente, comprendía años de investigación. Había cuatro capítulos sobre demonios. Tres capítulos sobre hadas (uno de ellos, dedicado exclusivamente a cuentos sobre Felurian). Había páginas sobre los engendros, los descalandrajos y los troles. El autor reproducía canciones sobre las damas grises y los jinetes blancos. Una extensa sección sobre los draugar de los túmulos. Había seis capítulos sobre magia popular: ocho maneras de curar las verrugas, doce maneras de hablar con los muertos, veintidós hechizos de amor...

La única entrada sobre los Chandrian ocupaba menos de media página:

> Por lo que refiérese a los Chaendrian, no hay mucho que dezir. Todo Hombre los conoce. Todo niño entona su canción. Y aun así, las gentes no cuentan historias. Por una poca de cerveza, un Labriego hablará dos largas horas de los Ressiniyos. Mas menciónesele a los Chaendrian, y aprieta la boca como el culo de una solterona, toca fierro y aparta con ímpetu la silla.
>
> Muchos piensan que trae mala ventura hablar de los Fata, y aun así las gentes lo hazen. Por qué causa sea distinto con los Chaendrian, ignórolo. En el pueblo de Monstumulo, un Curtidor bastante borracho di jome en voz baja: «Si hablares de ellos, vinieren por ti». Ése parece ser el temor acallado destas gentes comunes. Así que escribo de lo que he recopilado aquí y allá, muy general e inespecífico.
>
> Los Chaendrian son un grupo que varía en número. (A bien seguro siete, dado su nombre.) Aparécense y acómeten actos de violencia sin razones fundadas.
>
> Hay señales que anuncian su Llegada, mas no hay acuerdo sobre ellas. El fuego azul es la más común, aunque yo assimismo he oído hablar de vino que tórnase vinagre, de ceguera, de cultivos que marchítanse, de tormentas impropias de la

estación, de preñeces interrumpidas y del sol escureciéndose en el cielo.
En suma, que pareciéronme un tema de Estudio Desalentador e Infructuoso.

Cerré el libro. «Desalentador e infructuoso» me sonaba de algo.
Lo peor no era que ya sabía todo lo que estaba escrito en aquella entrada, sino que era la mejor fuente de información que había descubierto en más de un centenar de largas horas de búsqueda.

17 Interludio: papeles

Kvothe alzó una mano, y Cronista levantó la pluma del papel.
—Hagamos una breve pausa aquí —propuso Kvothe, y señaló la ventana con un movimiento de la cabeza—. Veo a Cob bajando por la calle.
Se puso de pie y se sacudió el delantal.
—¿Qué os parece si os tomáis los dos un momento para serenaros? —Apuntó con el mentón a Cronista—. Por la cara que tienes, se diría que estabas haciendo algo que no deberías. —Fue con calma hasta detrás de la barra—. Aunque nada podría estar más lejos de la verdad, por supuesto.
» Cronista, estás aburrido, esperando trabajo. Por eso has sacado tus cosas de escribir. Lamentas estar atrapado y sin caballo en este pueblo de mala muerte. Pero aquí estás, y piensas sacarle partido a la situación.
—¡Oh! ¡Dame algo a mí también! —exclamó Bast con una sonrisa.
—Aprovecha tu potencial, Bast —dijo Kvothe—. Estás bebiendo con nuestro único cliente porque eres un holgazán sin remedio al que a nadie se le ocurriría jamás pedir que lo ayudara en el campo.
Bast seguía sonriendo.
—Y ¿también estoy aburrido?
—Claro que sí, Bast. ¿Cómo vas a estar? —Dobló el trapo de hilo y lo puso sobre la barra—. Yo, en cambio, estoy demasiado ocupado, para aburrirme. Voy de un lado para otro realizando las mil pequeñas tareas que hacen funcionar esta posada. —Los miró a los dos—. Recuéstate en la silla, Cronista. Bast, ya que no puedes parar de sonreír, al menos empieza a contarle a nuestro amigo la historia de los tres sacerdotes y la hija del molinero.
—Esa sí que es buena —dijo Bast ensanchando un poco más la sonrisa.
—¿Ya sabe cada uno cuál es su papel? —Kvothe cogió el trapo de la barra y entró en la cocina diciendo—: Entra el viejo Cob por la izquierda del escenario.
Se oyó un rumor de pasos en el porche de madera, y el viejo Cob entró pisando fuerte, enojado, en la posada Roca de Guía. Miró más allá de la mesa donde Bast seguía sonriendo y gesticulando para acompañar algún relato, y se dirigió a la barra.
—¿Hola? Kote, ¿estás ahí?
Al cabo de un segundo, el posadero salió con presteza de la cocina, secándose las manos con el delantal.
—Hola, Cob. ¿En qué puedo ayudarte?
—Graham ha enviado al pequeño de los Owen a buscarme —dijo Cob con fastidio—. ¿Tienes idea de por qué estoy aquí en lugar de estar recogiendo avena?
Kvothe negó con la cabeza y contestó:
—Tenía entendido que hoy iba a recoger el trigo de los Murrion.
—Maldita sea —masculló Cob—. Esta noche va a llover, y yo aquí con montones de avena seca en mi campo.
—Ya que estás aquí —dijo el posadero—, ¿puedo ofrecerte un poco de sidra? Recién hecha de esta mañana.
El arrugado rostro del anciano suavizó la expresión de fastidio.
—Ya que estoy aquí y tengo que esperar —dijo—, una jarra de si^ dra me vendría bien.
Kote entró en la cocina y volvió con una jarra de loza. Se oyeron más pasos fuera, en el porche, y Graham entró con Jake, Cárter y el aprendiz del herrero pisándole los talones.
Cob se dio la vuelta y les lanzó una mirada asesina.

—¿Qué es eso tan importante por lo que me haces venir al pueblo a esta hora de la mañana? —preguntó—. Se hace tarde, y...
De pronto resonó una carcajada que provenía de la mesa donde estaban sentados Cronista y Bast. Todos se volvieron y vieron a Cronista muy colorado, riendo y tapándose la boca con una mano. Bast reía también y golpeaba la mesa con un puño.
Graham guió a los otros hasta la barra.
—Me he enterado de que Cárter y el chico van a ayudar a los Orrison a llevar sus ovejas al mercado —dijo—. A Baedn, ¿no es eso?
Cárter y el aprendiz del herrero asintieron.—Ya entiendo. —El viejo Cob se miró las manos—. Entonces os perderéis el funeral.
Cárter asintió con solemnidad, pero el rostro de Aaron cobró una expresión afligida. Clavó la vista en todos ellos, uno a uno, pero los demás estaban quietos, observando al viejo granjero que estaba junto a la barra.
—Muy bien —dijo Cob al fin mirando a Graham—. Has hecho bien haciéndonos venir. —Vio la cara del chico y soltó un resoplido—. Parece que acabes de matar a tu gato, muchacho. Hay que llevar las ovejas al mercado. Eso lo sabía Shep. Él no te reprocharía que hicieras lo que hay que hacer.
Estiró un brazo y le dio una palmada en la espalda al aprendiz del herrero.
—Nos tomaremos una copa juntos para despedirlo como es debido. Eso es lo que importa. Lo de esta noche en la iglesia no son más que monsergas de sacerdotes. Nosotros, nosotros sí sabemos cómo despedir a un amigo. —Miró detrás de la barra—. Sírvenos unas jarras de su favorita, Kote.
El posadero ya había reunido unas jarras de madera y empezó a llenarlas de una cerveza marrón oscuro de un barril más pequeño que había detrás de la barra.
El viejo Cob alzó su jarra, y los otros lo imitaron.
—Por nuestro Shep.
Graham habló primero.
—Cuando éramos niños, me rompí la pierna un día que habíamos salido a cazar —empezó—. Le dije que fuera corriendo a pedir ayuda, pero él no quiso dejarme solo. Construyó un pequeño trineo con cuatro cosas que encontró y mucha terquedad, y me arrastró hasta el pueblo.
Todos bebieron.
—Me presentó a mi parienta —dijo Jake—. No sé si jamás le di debidamente las gracias.
Todos bebieron.
—Cuando tuve crup, venía a visitarme todos los días —dijo Cárter—. No lo hacía mucha gente. Y me traía sopa preparada por su mujer, además.
Todos bebieron.
—Se portó bien conmigo cuando llegué aquí —dijo el aprendiz del herrero—. Me contaba chistes. Y una vez estropeé un enganche de carromato que me había traído para que se lo arreglara, y nunca se lo dijo a maese Caleb. —Tragó saliva y miró alrededor con nerviosismo —. Me caía muy bien.
Todos bebieron.
—Fue más valiente que todos nosotros —aseveró Cob—. Anoche, fue el primero en clavarle un puñal a aquel individuo. Si aquel desgraciado hubiera sido normal, ahí se habría acabado todo.
A Cob le tembló un poco la voz, y por un momento pareció pequeño, cansado y todo lo viejo que era.
—Pero no era normal. No son buenos tiempos para ser un hombre valiente. Pero él fue valiente de todas formas. Ojalá hubiera sido yo el valiente y hubiera muerto en lugar de él, y ojalá él estuviera en su casa ahora, besando a su joven esposa.

Los otros murmuraron, y todos apuraron sus jarras. Graham tosió un poco antes de dejar la suya encima de la barra.
:—No sabía qué decir —dijo el aprendiz del herrero en voz baja.
Graham le dio una palmada en la espalda, sonriendo.
—Lo has hecho muy bien, muchacho.
El posadero carraspeó y todos lo miraron.
—No quisiera parecer atrevido —empezó—. Yo no lo conocía tanto como vosotros. No lo suficiente para el primer brindis, pero quizá sí para el segundo. —Toqueteó las cintas de su delantal, como si le diera vergüenza haber abierto la boca—. Ya sé que es temprano, pero me gustaría mucho compartir con vosotros un vaso de whisky en memoria de Shep.
Hubo un murmullo de aprobación; el posadero sacó unos vasos de debajo de la barra y empezó a llenarlos. Y no con un whisky de botella: el pelirrojo lo sirvió de uno de los inmensos barriles que había sobre el aparador, detrás de la barra. El whisky de barril costaba un penique el trago, así que todos alzaron los vasos con mayor fervor de lo acostumbrado.
—¿Y cuál va a ser el brindis? —preguntó Graham.
—¿Por el fin de un año de mierda? —propuso Jake.
—Eso no es un brindis —refunfuñó el viejo Cob.
—¿Por el rey? —dijo Aaron.
—No —terció el posadero con voz sorprendentemente firme. Alzó su vaso—. Por los viejos amigos que merecían algo mejor de lo que tuvieron.
Al otro lado de la barra, los hombres asintieron con solemnidad y bebieron de un trago.
—Divina pareja, a esto lo llamo yo un buen tentempié —dijo el viejo Cob con respeto; se le habían puesto los ojos un poco llorosos—. Eres un caballero, Kote. Y me alegro de haberte conocido.
El aprendiz del herrero dejó el vaso en la barra, pero este se volcó y rodó hacia el borde. El chico lo atrapó antes de que cayera y le dio la vuelta, observando la base redondeada con recelo.
Jake soltó una fuerte carcajada de granjero al ver la cara de desconcierto de Aaron, y Cárter dejó ostensiblemente su vaso sobre la barra boca abajo.
—No sé cómo lo hacen en Rannish —le dijo Cárter al chico—, pero aquí por algo lo llamamos un tentempié.
El aprendiz del herrero pareció debidamente avergonzado y puso su vaso boca abajo como habían hecho los demás. El posadero le sonrió amablemente antes de recogerlos todos y meterse en la cocina.
—Muy bien —dijo el viejo Cob con decisión, frotándose las manos—. Le dedicaremos una noche entera a esto cuando vosotros dos volváis de Baedn. Pero la lluvia no me esperará, y seguro que los Orrison están impacientes por ponerse en camino.
Después de que se marcharan de la Roca de Guía en grupo, Kvothe salió de la cocina y volvió a la mesa donde estaban Cronista y Bast.
—Shep me caía bien —comentó Bast—. Puede que Cob sea un viejo cascarrabias, pero la mayor parte del tiempo sabe lo que dice.
—Cob no sabe ni la mitad de lo que cree saber —dijo Kvothe—. Anoche los salvaste a todos. De no ser por ti, esa cosa habría destrozado la taberna, devastándola como un campesino trillando el trigo.
—Eso no es cierto, Reshi. —Bast parecía muy ofendido—. Lo habrías parado tú. Tú puedes.
El posadero rechazó el comentario con un ademán, sin ganas de discutir. Los labios de Bast dibujaron una línea dura y colérica, y sus ojos se entrecerraron.
—Pero Cob tiene razón —intervino Cronista en voz baja rebajando la tensión antes de que se volviera demasiado espesa^-. Shep demostró un gran valor. Eso hay que respetarlo.

—No, yo no —dijo Kvothe—. Cob tiene razón: no son buenos tiempos para ser valiente. —Le hizo una seña a Cronista para que cogiera la pluma—. Sin embargo, también yo pienso que ojalá hubiera sido más valiente y Shep estuviera ahora en su casa besando a su joven esposa.

18 Vino y sangre

Al final Wil y Sim me apartaron del cálido abrazo del Archivo. Me resistí y los maldije, pero ellos se mostraron firmes en sus convicciones, y los tres juntos afrontamos el frío viento que soplaba en el camino de Imre.

Llegamos al Eolio y conseguimos una mesa cerca de la chimenea del lado este, desde donde veíamos el escenario y manteníamos la espalda caliente. Después de un par de copas, noté que mi ansia de libros se reducía a un dolor sordo. Charlamos, jugamos a cartas y al final empecé a pasarlo bien pese a saber que Denna debía de andar por algún sitio cogida del brazo de Ambrose.

Al cabo de unas horas estaba repantigado en mi silla, amodorra^ do y caliente por efecto del fuego de la chimenea, mientras Wil y Sim discutían sobre si el gran rey de Modeg era de verdad un monarca reinante o solamente una figura decorativa. Me había quedado casi dormido cuando oí el fuerte golpe de una botella en nuestra mesa, seguido del delicado tintineo de unas copas de vino.

Denna estaba de pie junto a nuestra mesa.

—Seguidme la corriente —urgió en voz baja—. Me estabais esperando. Llego tarde y estáis enfadados.

Me enderecé, adormilado, y parpadeé varias veces intentando despejarme.

Sim aceptó el reto sin titubear.

—Llevamos más de una hora aquí —dijo frunciendo el ceño con expresión severa. Golpeó firmemente la mesa con dos dedos—. No creas que esto se arregla invitándome a una copa. Exijo una disculpa.

—No ha sido solo culpa mía —dijo Denna, mostrándose debidamente abochornada. Giró la cabeza y apuntó hacia la barra.

Me volví temiendo ver a Ambrose allí de pie, mirándome con aire de suficiencia con su maldito sombrero. Pero solo era un ceáldico medio calvo. Nos hizo una extraña y breve inclinación de cabeza, a medio camino entre un saludo y una disculpa.

Sim lo miró con mala cara, se volvió hacia Denna y, a regañadientes, señaló la silla vacía que yo tenía delante.

—Está bien. Y ¿qué? ¿Vamos a jugar a esquinas o no?

Denna se sentó en la silla, de espaldas a la sala. Luego se inclinó y besó a Simmon en la frente.

—Perfecto —dijo.

—Yo también he puesto cara de pocos amigos —protestó Wilem.

Denna le acercó la botella.

—Y como recompensa, puedes servirnos el vino. —Nos puso una copa delante a cada uno—. Es un regalo de mi obstinado pretendiente. —Dio un suspiro de hastío—. Qué manía, siempre tienen que regalarte algo. —Me estudió con ojos pensativos—. Estás muy callado.

—No esperaba verte esta noche —dije pasándome una mano por la cara—. Me has pillado a punto de quedarme dormido.

Wilem sirvió el vino de color rosa pálido y nos pasó las copas mientras Denna examinaba el grabado de la parte superior de la botella.

—Cerbeor —caviló Denna—. Ni siquiera sé si es de una añada decente.

—No, no lo es —dijo Simmon con naturalidad al coger su copa—. El Cerbeor es de Atur. En sentido estricto, solo los vinos de Vintas tienen añada.—Dio un sorbo.

—Ah, ¿sí?—pregunté observando mi copa.

Sim asintió y explicó:
—Es un mal uso muy habitual de la palabra.
Denna dio un sorbo y asintió para sí.
—Pues está bueno —dijo—. ¿Sigue en la barra?
—Sí —confirmé sin mirar.
—En ese caso —dijo sonriendo—, me temo que tendréis que aguantarme.
—¿Has jugado alguna vez a esquinas? —preguntó Sim, esperanzado.
—No, pero aprendo deprisa —respondió Denna.
Sim le explicó las reglas con alguna ayuda de Wil y mía. Denna hizo algunas preguntas muy oportunas, demostrando que había entendido lo esencial del juego. Me alegré. Como estaba sentada enfrente de mí, le correspondía ser mi pareja.
—¿Cuántas manos tiene la partida? —preguntó.—Eso depende —contestó Wil—. A veces jugamos una sola mano. Otras, un set.
—Muy bien, pues entonces un set—propuso Denna—. ¿Cuánto?
—Podemos hacer un set de prueba —dijo Sim apartándose el cabello de los ojos—. Como estás aprendiendo y eso.
Denna entrecerró los ojos.
—No necesito ningún trato especial. —Se metió una mano en el bolsillo y sacó una moneda que puso encima de la mesa—. ¿Una iota es demasiado para vosotros, chicos?
Para mí era demasiado, sobre todo con una pareja que no había jugado nunca.
—Ten cuidado con esos dos —dije—. Juegan a muerte, y se te quedarán hasta la sangre.
—La verdad —intervino Wilem— es que yo no quiero la sangre para nada, así que juego por dinero. —Hurgó en su bolsa de dinero hasta que encontró una iota y la puso encima de la mesa con aire decidido—. Estoy dispuesto a jugar una mano de prueba, pero si a ella le parece insultante, le daré una paliza y me llevaré todo lo que ponga encima de la mesa.
—Así me gusta, Wil —dijo Denna con una sonrisa.
La primera mano nos fue bastante bien. Denna perdió una baza, pero de todas formas no habríamos podido ganar, porque teníamos unas cartas muy malas. Pero en la segunda mano se equivocó al declarar. Sim la corrigió, y ella se aturulló y sacó una carta demasiado alta. Luego salió sin querer cuando no era su turno; no fue un error grave, pero salió con la jota de corazones, revelando a todos qué clase de baza tenía. Ella también se dio cuenta, y la oí mascullar algo claramente impropio de una dama.
Wil y Sim, fieles a su palabra, jugaron sin piedad para aprovecharse de la situación. Con las cartas tan malas que yo tenía en la mano, no podía hacer gran cosa más que quedarme sentado viendo cómo ellos ganaban las dos bazas siguientes y empezaban a acorralar a Denna como lobos hambrientos.
Pero no pudieron con ella. Hizo un truco de cartas muy inteligente, y luego sacó el rey de corazones, lo cual no tenía ningún sentido porque anteriormente había intentado salir con la jota. A continuación, además, sacó el as.
Comprendí que su torpeza era fingida un poco antes que Wil y Sim. Conseguí disimular hasta que vi esa revelación reflejada en el rostro de mis amigos. Entonces me eché a reír.
—No seas tan creído —me dijo Denna—. A ti también te he engañado. Cuando he mostrado la jota, parecía que fueras a desmayarte. —Se tapó la boca con una mano y abrió mucho los ojos fingiendo inocencia—. ¡Ay, nunca he jugado a esquinas! ¿Podéis enseñarme? ¿Es verdad que a veces se juega por dinero?
Denna puso otra carta en la mesa y recogió la baza.
—¡Por favor! Deberíais alegraros de que solo vaya a daros un cachete en la mano en lugar de desplumaros, que es lo que os merecéis.
Jugó el resto de la mano implacablemente, y nos dio una ventaja tan sólida que el resto del set fue un puro trámite. Después de eso, Denna no volvió a perder ninguna baza, y jugó con

una astucia que hacía que a su lado Manet pareciera un caballo de carga.
—Ha sido una partida muy instructiva —dijo Wil al mismo tiempo que deslizaba su iota hacia Denna—. Creo que necesitaré lamerme un poco las heridas.
—Por la credulidad de los bien educados —brindó Denna alzando su copa.
Entrechocamos nuestras copas con la suya y bebimos.
—¿Dónde os escondéis últimamente? —nos preguntó entonces—. Llevaba casi dos ciclos buscándoos.
—¿Y eso? —preguntó Sim.
—Vosotros dos también estudiáis en la Universidad, ¿verdad? —preguntó Denna dirigiendo una mirada calculadora a mis amigos—. En esa especial donde enseñan magia.
—Así es —confirmó Sim—. Estamos hasta los topes de secretos arcanos.
—Jugueteamos con fuerzas oscuras que es mejor dejar en paz —añadió Wil con desenfado.
—Por cierto, se llama el Arcano —puntualicé.
Denna asintió con seriedad y se inclinó hacia nosotros.
—Supongo que, entre los tres, ya sabéis cómo funciona casi todo. —Nos lanzó una mirada penetrante—. Explicádmelo. ¿Cómo funciona?
—Cómo funciona ¿qué? —pregunté.
—La magia —dijo ella—. La magia de verdad.
Wil, Sim y yo nos miramos.
—Es un poco complicado —dije.
—Tengo todo el tiempo del mundo —replicó Denna encogiéndose de hombros y recostándose de nuevo en la silla—. Y necesito saber cómo funciona. Enseñádmelo. Haced algún truco de magia.
Los tres nos removimos, incómodos, en las sillas. Denna se rió.
—Es que no debemos —dije.
—¿Por qué? —preguntó ella—. ¿Acaso alteraríais algún equilibrio cósmico?
—Alteraríamos a los alguaciles —contesté—. No les hace ninguna gracia que la gente haga esas cosas por aquí.
—Y a los maestros de la Universidad tampoco les gusta mucho —añadió Wil—. Se toman muy en serio la reputación de la Universidad.
—Venga ya —dijo Denna—. Me han contado que nuestro amigo Kvothe invocó a no sé qué demonio del viento. —Apuntó con el pulgar hacia la puerta que tenía detrás—. Aquí mismo, en el patio.
¿Se lo habría contado Ambrose?
—Fue solo el viento —la corregí—. No hubo ningún demonio implicado.
—Y lo azotaron por ello —añadió Wil.
Denna lo miró como si no supiera discernir si estaba bromeando, y encogió los hombros.
—Bueno, no me gustaría causarle problemas a nadie —dijo con una falta de sinceridad palmaria—. Pero siento una profunda curiosidad. Y estoy dispuesta a ofrecer secretos a cambio.
Sim se animó al oír eso.
—¿Qué clase de secretos?
—Los innumerables y diversos secretos del género femenino —dijcf ella con una sonrisa—. Resulta que sé algunas cosas que podrían contribuir a mejorar vuestras insatisfactorias relaciones con el sexo débil.
Sim se inclinó hacia Wil y le susurró, teatralmente, en un aparte:
—¿Qué habrá querido decir, insatisfactorias o satisfactorias?
Wil se señaló el pecho y luego señaló el de Sim, y dijo:
—Yo: satisfactorias. Tú: insatisfactorias.
Denna arqueó una ceja y ladeó la cabeza, mirándonos a los tres con aire expectante.

Carraspeé, un poco molesto.
—No está bien visto que revelemos secretos del Arcano. No va estrictamente contra las leyes de la Universidad, pero...
—Sí va contra las leyes —me corrigió Simmon, y me miró como disculpándose—. Contra varias leyes.
Denna dio un dramático suspiro y alzó los ojos al techo.
—Ya me lo imaginaba —dijo—. Solo me venís con cuentos de vieja. Reconocedlo: no sabéis ni convertir la nata en mantequilla.
—De hecho, yo sé con toda certeza que Sim saber convertir la nata en mantequilla —la contradije—. Lo que pasa es que no le gusta hacerlo porque es un vago.
—No os estoy pidiendo que me enseñéis a hacer magia —aclaró Denna—. Solo necesito saber cómo funciona.
—Eso no entraría dentro de Divulgación No Autorizada, ¿no? —dijo Sim mirando a Wil.
—No. Sería Revelación Ilícita —dijo Wil con gravedad.
Denna se inclinó de nuevo hacia delante, con aire conspirador, y apoyó los codos en la mesa.
—En ese caso —dijo—, también estoy dispuesta a financiar una noche de borrachera, mucho más allá de la botella que tenéis ante vosotros. —Dirigió su mirada hacia Wil—. Uno de los camareros de este local ha descubierto hace poco una polvorienta botella de piedra en el sótano. No solo es un scutten excelente y viejísimo, la bebida de los reyes ceáldimos, sino que además es un Merovani.
Wilem no mudó la expresión, pero aprecié un destello en sus ojos oscuros.
Eché un vistazo a la sala, poco concurrida.
—Odren es una noche de poco trabajo. Si somos discretos, no creo que tengamos ningún problema. —Miré a los otros dos.
Sim sonreía como un niño.
—Me parece un trato razonable. Un secreto a cambio de otro.
—Si de verdad es un Merovani —dijo Wilem— estoy dispuesto a correr el riesgo de ofender un poco la sensibilidad de los maestros.
—Muy bien —dijo Denna componiendo una amplia sonrisa—. Vosotros primero.
Sim se inclinó hacia delante en la silla.
—Probablemente la simpatía sea lo más fácil de entender —dijo, y se detuvo, como si no supiera muy bien cómo continuar.
Intervine:
—Ya sabes que con un aparejo de poleas puedes levantar algo demasiado pesado que no podrías levantar con las manos, ¿verdad?
Denna asintió con la cabeza.
—La simpatía nos permite hacer cosas así —dije—. Pero sin todo ese lío de cuerdas y poleas.
Wilem dejó caer un par de drabines de hierro sobre la mesa y murmuró un vínculo. Empujó el que tenía a su derecha con un dedo, y el que tenía a su izquierda se deslizó por la mesa al mismo tiempo, imitando el movimiento del otro.
Denna abrió un poco más los ojos, y aunque no dejó escapar un grito ahogado de asombro, sí inspiró largamente por la nariz. Solo entonces se me ocurrió pensar que seguramente nunca había visto nada parecido. Dado el tiempo que dedicaba a mis estudios, olvidaba fácilmente que alguien pudiera vivir a escasos kilómetros de la Universidad sin tener ningún contacto ni siquiera con la simpatía más elemental.
He de reconocer que Denna se recuperó rápidamente de su sorpresa. Con solo una ligera vacilación, acercó un dedo hasta tocar uno de los drabines.
—Así es como funcionaba la campanilla de mi habitación —caviló.
Asentí.

Wil deslizó su drabín por la mesa, y Denna lo cogió. El otro drabín también se levantó de la mesa, cabeceando en el aire.
—Pesa mucho —observó Denna, y asintió para sí—. Claro, porque es como una polea. Los estoy levantando los dos.
—El calor, la luz y el movimiento únicamente son energía —expliqué—. No podemos crear energía ni hacerla desaparecer. Pero la simpatía nos permite moverla o cambiarla de forma.
Denna volvió a dejar el drabín encima de la mesa, y el otro descendió también.
—Y esto, ¿qué utilidad tiene?
Wil dio un resoplido, como si le hiciera gracia el comentario de Denna.
—¿Es útil una noria? —preguntó—. ¿Es útil un molino de viento?
Metí la mano en un bolsillo de mi capa.
—¿Has visto alguna vez una lámpara simpática? —pregunté.
Denna asintió.
Le acerqué mi lámpara de mano por encima de la mesa.
—Funcionan gracias al mismo principio. Absorben un poco de calor y lo convierten en luz. Convierten un tipo de energía en otro.
—Igual que un cambista —dijo Wil.
—¿De dónde saca el calor? —preguntó Denna dándole vueltas a la lámpara con las manos, curiosa.
—El propio metal acumula calor —expliqué—. Si la dejas encendida, al final notarás que el metal se enfría. Si se enfría demasiado, no funciona. —Señalé—. Esa la hice yo, y es bastante eficaz. El calor de tu mano debería bastar para que funcione.
Denna giró el regulador, y una tenue luz roja brilló formando un arco estrecho.—Entiendo que el calor y la luz estén relacionados —dijo, pensativa—. El sol es luminoso y caliente. Lo mismo que una vela. —Arrugó el entrecejo—. Pero no entiendo lo del movimiento. Un fuego no puede empujar nada.
—Piensa en la fricción —terció Sim—. Cuando frotas algo, se pone caliente. —Lo demostró frotando enérgicamente la tela de sus pantalones con una mano—. Así.
Siguió frotándose el muslo con entusiasmo, sin darse cuenta de que, como lo estaba haciendo por debajo de la mesa, el movimiento resultaba ostentosamente obsceno—. Es solo energía. Si sigues haciéndolo, notarás que se calienta.
Denna se las ingenió para permanecer seria. Pero Wilem se puso a reír, tapándose la cara con una mano, como si se avergonzara de estar sentado a la misma mesa que Sim.
Simmon paró en seco y se puso muy colorado.
Acudí en su rescate:
—Es un buen ejemplo. El cubo de la rueda de un carromato está caliente al tacto. Ese calor proviene del movimiento de la rueda. El simpatista puede hacer que la energía vaya en sentido inverso, del calor al movimiento. —Señalé la lámpara—. O del calor a la luz.
—Vale —dijo ella—. Sois cambistas de energía. Pero ¿cómo lo conseguís?
—Existe una forma específica de pensar llamada Alar —explicó Wilem—. Crees en algo con tanta fuerza que sucede. —Levantó un drabín, y el otro lo siguió—. Yo creo que estos dos drabines están conectados, y por eso lo están. —De pronto, el otro drabín cayó sobre la mesa—. Si dejo de creerlo, dejan de estarlo.
—Entonces, ¿es como la fe? —dijo Denna, escéptica, recogiendo el drabín.
—Se trata más bien de fuerza de voluntad —dijo Sim.
Denna ladeó la cabeza.
—Entonces, ¿por qué no lo llamáis fuerza de voluntad? —preguntó.
—Porque Alar suena mejor —respondió Wilem.
Asentí y añadí:
—Si no tuviéramos nombres con sonido impresionante para las cosas, nadie nos tomaría en

serio.
Denna asintió en señal de aprobación, mientras una sonrisa apuntaba en las comisuras de su hermosa boca.
—Y ¿ya está? ¿Energía y fuerza de voluntad?—Y el vínculo simpático —dije—. El ejemplo de la noria de Wil es muy bueno. El vínculo es como una cañería que conduce hasta la noria. Un mal vínculo es como una cañería agujereada.
—¿Qué es lo que hace que un vínculo sea bueno? —inquirió Denna.
—Cuanto más similares son dos objetos, mejor es el vínculo. Mira. —Vertí .un poco de vino en mi copa y metí un dedo—. Aquí tienes un vínculo perfecto para el vino: una gota del propio vino.
Me levanté y me acerqué a la chimenea. Murmuré un vínculo y dejé caer la gota de vino sobre el morillo de metal que sujetaba los troncos en llamas.
Volví a sentarme; el vino de mi copa empezó a humear, y al cabo de un momento, a hervir.
—Y por eso —dijo Wilem con seriedad— debes evitar que un simpatista se haga con una gota de tu sangre.
Denna miró a Wilem, volvió a mirar la copa y palideció.
—Manos negras, Wil —dijo Sim, horrorizado—. Menudas cosas dices.—Miró a Denna—. Ningún simpatista haría nada parecido —declaró con convicción—. Eso se llama felonía y nosotros no lo hacemos. Nunca.
Denna compuso una sonrisa un tanto forzada.
—Si nadie lo hace nunca, ¿cómo es que tiene nombre?
—Antes había gente que lo hacía—dije—. Pero ya no. Desde hace cien años.
Deshice el vínculo y el vino dejó de hervir. Denna estiró el brazo y tocó la botella.
—¿Por qué no hierve también el vino de la botella? —preguntó, confusa—. Es el mismo.
—Por el Alar —dije dándome golpecitos en la sien—. Mi mente proporciona el enfoque y la dirección.
—Si eso es un vínculo bueno —dijo ella—, ¿cómo es un vínculo malo?
—Mira, te lo enseñaré. —Saqué mi bolsa de dinero pensando que las monedas parecerían menos alarmantes después del comentario de Wilem—. ¿Tienes un penique duro, Sim?
Sim me dio el penique, y formé dos líneas de monedas sobre la mesa, delante de Denna. Señalé un par de drabines de hierro y murmuré un vínculo.
—Levántalo —dije.
Denna cogió un drabín, y el otro lo siguió.Señalé la segunda pareja de monedas: un drabín y el único talento de plata que me quedaba.
—Ahora ese.
Denna cogió el segundo drabín, y el talento lo siguió por el aire. Movió ambas manos arriba y abajo como si fueran los brazos de una balanza.
—Este es más pesado.
—Diferentes metales —dije asintiendo con la cabeza—. Gomo son menos parecidos, tienes que emplear más energía. —Señalé el drabín y el penique de plata y murmuré un tercer vínculo.
Denna se puso los dos primeros drabines en la mano izquierda y cogió el tercero con la derecha. El penique de plata siguió su recorrido por el aire.
—Y este es aún más pesado porque es de un metal diferente y, además, tiene una forma diferente —dijo Denna asintiendo para sí.
—Exactamente —confirmé. Señalé el cuarto y último par: un drabín y un trozo de tiza.
Denna apenas podía meter los dedos por debajo del drabín para levantarlo.
—Pesa más que todos los otros juntos —observó—. ¡Al menos pesa un kilo y medio!
—Hierro con tiza es un vínculo pésimo —comentó Wilem—. Hay muy mala transferencia.
—Pero antes habéis dicho que la energía no podía crearse ni destruirse —objetó Denna—. Si

tengo que hacer fuerza para levantar este trocito de tiza, ¿adonde va la energía adicional?
—Eres lista —dijo Wilem riendo entre dientes—. Muy lista. A mí tardó un año en ocurrírseme preguntar eso —y la miró con admiración—. Parte de la energía se pierde por el aire. —Agitó una mano—. Otra parte va a parar a los propios objetos, y otra, al cuerpo del simpatista que controla el vínculo. —Frunció el entrecejo—. Puede resultar peligrante.
—Peligroso —le corrigió Simmon con gentileza.
Denna me miró.
—Entonces, ¿ahora mismo estás creyendo que cada uno de estos drabines está conectado a cada una de esas otras cosas?
Asentí.
Denna agitó las manos. Las monedas y la tiza cabecearon en el aire.
—Y... ¿no es difícil?—Sí, lo es —afirmó Wilem—. Pero nuestro Kvothe es un poco fanfarrón.
—Por eso me he quedado tan callado —intervino Sim—. No sabía que se podían mantener cuatro vínculos a la vez. Eso es una auténtica proeza.
—Podría mantener hasta cinco si fuera necesario —afirmé—. Pero creo que ese es mi límite.
Sim sonrió a Denna y dijo:
—Una cosa más. ¡Mira esto! —Señaló el trozo de tiza flotante.
No pasó nada.
—Venga —dijo Sim con tono suplicante—. Solo intento enseñarle algo.
—Pues enséñaselo —dije con petulancia, y me recosté en la silla.
Sim respiró hondo y clavó la mirada en el trozo de tiza, que tembló.
Wil se inclinó hacia Denna y le explicó:
—Un simpatista puede luchar contra el Alar de otro simpatista. Se trata únicamente de creer con firmeza que un drabín no es lo mismo que un penique de plata.
Wil apuntó con un dedo, y el penique cayó ruidosamente en la mesa.
—Trampa —protesté riendo—. Dos contra uno: no es justo.
—En este caso sí lo es —dijo Simmon, y la tiza volvió a temblar.
—Muy bien —dije, y respiré hondo—. Hazlo lo mejor que sepas,que no será mucho.
La tiza no tardó en caer sobre la mesa, seguida del drabín. Pero el talento de plata permaneció donde estaba.
Sim se recostó en la silla.
—Eres repulsivo —declaró, y sacudió la cabeza—. Muy bien, tú ganas.—Wilem asintió y se relajó también.
Denna me miró.
—¿Tu Alar es más fuerte que el de ellos dos juntos?
—Seguramente no —dije con elegancia—. Si ellos practicaran juntos, seguramente podrían vencerme.
Denna contempló las monedas esparcidas por la mesa.
—Y ¿ya está? —preguntó; parecía un tanto decepcionada—. ¿Se reduce todo a cambio de moneda pero con energía?
—Hay otras disciplinas —dije—. Sim estudia alquimia, por ejemplo.
—Y yo —terció Wilem— me concentro en estar guapo.
Denna nos miró otra vez a los tres, con los ojos serios.
—¿Hay algún tipo de magia que sea solo...? —Agitó los dedos con vaguedad—. ¿Solo... como escribir cosas?
—Está la sigaldría —dije—. Como lo de la campanilla de tu habitación. Es una especie de simpatía permanente.
—Pero sigue siendo cambio de moneda, ¿no? —preguntó ella—. Solo energía.
Asentí.
Denna parecía incómoda cuando preguntó:

—¿Y si alguien os dijera que conoce un tipo de magia que hace algo más que eso? Una magia que consistiera en escribir cosas, de modo que lo que escribieras se hiciera realidad. Bajó tímidamente la mirada, y sus dedos trazaron dibujos en el tablero de la mesa.
—Y si alguien viera aquello escrito, aunque no supiera leerlo, sería real para esa persona. Pensaría determinada cosa, o se comportaría de determinada manera dependiendo de lo que dijera el texto. —Volvió a levantar la cabeza; su expresión era una extraña mezcla de curiosidad, esperanza e incertidumbre.
Nos miramos los tres. Wilem se encogió de hombros.
—Suena mucho más fácil que la alquimia —dijo Simmon—. Preferiría hacer eso que pasarme todo el día desvinculando principios.
—Suena a magia de cuento de hadas —opiné—. Cosas de cuentos para niños, pero que en realidad no existen. Desde luego, nunca he oído hablar de nada parecido en la Universidad.
Denna miró el tablero de la mesa, donde sus dedos seguían trazando dibujos. Tenía los labios ligeramente fruncidos y la mirada ausente.
No habría sabido decir si estaba decepcionada o sencillamente ensimismada.
—¿Por qué lo preguntas? —me aventuré.
Denna me miró y, rápidamente, mudó la expresión y esgrimió una sonrisa irónica. Sé encogió de hombros quitándole importancia al asunto.
—Solo es algo que he oído por ahí —dijo—. Ya me parecía que era demasiado bonito para ser cierto. —Miró por encima del hombro y añadió—: Veo que he aguantado más que mi entusiasta pretendiente.
Wil levantó una mano con la palma hacia arriba y dijo:
—Hemos hecho un trato. Había copas y secretos de mujer.
—Hablaré con el camarero antes de marcharme —dijo Denna, risueña—. En cuanto al secreto, es este: hay dos jóvenes sentadas detrás de vosotros. Llevan toda la noche haciéndoos caídas de ojos. A la de verde le gusta Sim, y creo que a la del cabello corto rubio le interesan los ceáldicos que se concentran en estar guapos.
—Ya nos hemos fijado en ellas —dijo Wilem sin girar la cabeza—. Por desgracia, las acompaña un joven caballero modegano.
—El caballero no las acompaña en el sentido romántico de la palabra —dijo Denna—. Mientras las damas os lanzaban miraditas, el caballero ha dejado sobradamente claro que prefiere a los pelirrojos. —Me puso una mano en el brazo con ademán posesivo—. Desafortunadamente para él, ya he reivindicado mis derechos.
Dominé el impulso de girar la cabeza.
—¿Lo dices en serio? —pregunté.
—No os preocupéis —dijo Denna a Wil y a Sim—. Enviaré a Deoch a distraer al modegano. Así, a vosotros dos se os quedará la puerta abierta.
—Y ¿qué quieres que haga Deoch? —preguntó Simmon riendo—. ¿Juegos malabares?
Denna lo miró con franqueza.
—¿Qué? —dijo Simmon—. ¿Qué de…? Deoch no es homosexual.
Denna parpadeó varias veces sin dejar de mirarlo.
—Stanchion y él llevan juntos el Eolio —dijo—. ¿No lo sabías?
—Llevan juntos el local —repuso Sim—. Pero no… están juntos.
—Claro que sí—dijo Denna riendo.
—Pero si Deoch tiene que ahuyentar a las mujeres a manotazos —protestó Simmon—. Deoch… Deoch… no puede…
Denna lo miró como si fuera necio, y luego clavó la mirada en Wil y en mí.
—Vosotros sí lo sabíais, ¿no?
Wil se encogió de hombros.
—Yo no sabía nada. Pero no me extraña que sea un basha. Es muy atractivo. —Vaciló un

momento y arrugó la frente—. Basha. ¿Cómo se dice eso aquí? Un hombre que tiene intimidad tanto con mujeres como con hombres.
—¿Afortunado? —sugirió Denna—. ¿Cansado? ¿Ambidextro?
—Ambisextro —la corregí.
—Eso no sirve —me censuró Denna—. Si no tenemos nombres con sonido impresionante para las cosas, nadie nos tomará en serio.
Sim se quedó mirándola; era evidente que todavía no había asimilado la noticia.
—Mira —dijo Denna lentamente, como si se lo explicara a un niño pequeño—, todo es energía. Y podemos dirigirla en diversas direcciones. —Compuso una sonrisa radiante, como si hubiera encontrado la forma perfecta de explicarle la situación a Sim—. Es como cuando haces esto. —Empezó a frotarse enérgicamente los muslos con ambas manos, imitando a Sim—. Es solo energía.
Para entonces, Wilem se había tapado la cara con ambas manos y reía sin hacer ruido, aunque le temblaban los hombros. El semblante de Simmon seguía expresando incredulidad y desconcierto, pero además se había puesto de un rojo rabioso.
Me levanté y cogí a Denna por el codo.
—Deja en paz al pobre chico —dije mientras la guiaba suavemente hacia la puerta—. Es de Atur. Ya sabes que por allí son un poco mojigatos.

19 Caballeros y ladrones

Ya era tarde cuando Denna y yo salimos del Eolio, y las calles estaban vacías. A lo lejos se oía música de violín y el ruido hueco de cascos de caballo sobre los adoquines.

—Bueno, y ¿debajo de qué roca te escondías? —me preguntó.

—De la roca de siempre —contesté, y entonces se me ocurrió una cosa—. ¿Fuiste a buscarme a la Universidad? ¿A ese edificio grande y cuadrado que huele a humo de carbón?
—No sabría por dónde empezar a buscarte —dijo Denna sacudiendo la cabeza—, Es como un laberinto. Si no te encuentro tocando en Anker's, sé que tengo las de perder. —Me miró con curiosidad—. ¿Por qué lo dices?
—Porque una joven estuvo preguntando por mí —respondí quitándole importancia con un ademán—. Dijo que le había vendido un encanto o un amuleto. Pensé que quizá hubieras sido tú.
—Sí, quizá te busqué alguna vez allí, hace ya tiempo —dijo ella—. Sin embargo no mencioné tu desbordante encanto.
La conversación se extinguió, y fue como si el silencio se hinchara entre nosotros. No pude evitar imaginarme a Denna paseando del brazo de Ambrose. No quería saber nada más de aquello, pero al mismo tiempo, era lo único en que podía pensar.
—Fui a verte al Hombre de Gris —dije para llenar el espacio que nos separaba—. Pero ya te habías marchado.
—Kellin y yo nos peleamos —repuso ella asintiendo con la cabeza.
—Espero que no fuera muy grave. —Señalé su cuello—. Veo que todavía llevas puesto el collar.
Denna acarició distraídamente la lágrima de esmeralda.

-t-No, no fue nada muy terrible. Tengo que reconocer que Kellin

es muy tradicional. Cuando te regala algo, te lo regala para siempre. Me dijo que el color me favorecía, y que debía quedarme también los pendientes. —Suspiró—. Me sentiría mejor si él no hubiera sido tan gentil. Pero me alegro de tenerlos. Es una especie de red de seguridad. Si no tengo pronto noticias de mi mecenas, estas joyas me harán la vida más fácil.
—¿Es que aún sigues esperando noticias suyas? —pregunté—. ¿Después de lo que pasó en Trebon? ¿Después de no haber sabido nada de él durante más de un mes?
—Él es así —dijo Denna encogiéndose de hombros—. Ya te lo dije, es muy reservado. No es nada raro en él que desaparezca durante largos periodos.
—Tengo un amigo que me está buscando un mecenas —dije—. Podría pedirle que te buscara uno a ti también.
Denna me miró con unos ojos insondables.
—Es enternecedor que pienses que merezco algo mejor, pero no lo merezco. Solo tengo buena voz, nada más. ¿Tú contratarías a un músico medianamente entrenado que ni siquiera tuviera instrumento propio?
—Yo y cualquiera con oídos para oírte —afirmé—. Cualquiera con ojos para verte.
Denna agachó la cabeza, y el cabello le tapó la cara como una cortina.

—Eres muy amable —dijo en voz baja, e hizo un extraño movimiento con las manos.
—Dime, ¿qué estropeó las cosas con Kellin? —pregunté para dirigir la conversación a terreno más seguro.
—Que recibía demasiadas visitas de caballeros —dijo ella con aspereza.
—Deberías haberle explicado que no soy nada ni remotamente parecido a un caballero —dije—. Quizá eso lo habría tranquilizado. —Pero sabía que el problema no podía ser yo. Solo había conseguido ir a verla una vez. ¿Habría sido Ambrose el que iba a visitarla? No me costó nada imaginármelo en aquel fastuoso salón. Su maldito sombrero colgado en la esquina del respaldo de una butaca mientras él bebía chocolate caliente y contaba chistes.
Denna hizo una mueca burlona.
—El que más le molestaba era Geoffrey —me contó—. Por lo visto, se suponía que tenía que quedarme sentada, sola y en silencio en mi cajita, hasta que él viniera a verme.
—¿Cómo está Geoffrey? —pregunté por educación—. ¿Ya ha conseguido meter alguna otra idea en su cabeza?
Esperaba que Denna se riera, pero se limitó a dar un suspiro.
—Sí, pero ninguna buena. —Sacudió la cabeza—. Vino a Imre a hacerse un nombre con su poesía, pero perdió hasta la camisa apostando.
—No es la primera vez que oigo esa historia —repliqué—. En la Universidad pasa continuamente.
—Eso solo fue el principio —dijo ella—. Creyó que podría recuperar su dinero, claro. Primero fue a una casa de empeños. Luego pidió prestado dinero y también lo perdió. —Hizo un gesto conciliador—. Aunque ese no lo apostó, todo hay que decirlo. Lo estafó una mala mujer. Lo engañó con la viuda llorosa, imagínate.
—¿Con qué? —pregunté, extrañado.
Denna me miró de reojo y se encogió de hombros.
—Es un timo muy sencillo —dijo—. Una joven se pone delante de una casa de empeños, muy aturullada y llorosa, y cuando pasa algún rico caballero, le explica que ha ido a la ciudad a vender su anillo de boda. Necesita dinero para pagar los impuestos, o para saldar su deuda con un prestamista. —Agitó las manos con impaciencia—. Los detalles son lo de menos.
»El caso es que cuando llegó a la ciudad le pidió a alguien que empeñara el anillo por ella. Porque ella no sabía regatear, claro.
Denrta se paró delante del escaparate de una casa de empeños; fingiendo una profunda aflicción, exclamó:
—¡Pensé que podía confiar en él! ¡Pero empeñó mi anillo y salió corriendo con el dinero! ¡Mire, es ese anillo de ahí!
Señaló a través del cristal del escaparate con gesto teatral.
—Pero —continuó Denna levantando un dedo—, afortunadamente, vendió el anillo por una pequeña parte de su valor real. Es una reliquia de la familia valorada en cuarenta talentos, pero la casa de empeños lo vende por cuatro. —Se acercó más a mí y me puso una mano en el pecho, mirándome con ojos suplicantes—. Si usted comprase el anillo, podríamos venderlo al menos por veinte talentos.
Y yo le devolvería sus cuatro talentos de inmediato.
Se retiró y encogió los hombros.
—Algo así.
—¿Y eso es un timo? —dije frunciendo el entrecejo—. Descubriría el engaño en cuanto fuéramos a ver a un tasador.
Denna puso los ojos en blanco.—No funciona así. Acordamos encontrarnos mañana a mediodía. Pero cuando llego, tú ya has comprado el anillo y te has largado con él.
De pronto lo entendí.

—¿Y tú te repartes el dinero con el dueño de la casa de empeños?
Me dio unas palmaditas en el hombro.
—Sabía que tarde o temprano lo entenderías.
Me pareció casi infalible, salvo por un detalle.
—Pero el dueño de la casa de empeños, tu compinche, tendría que ser una persona digna de confianza y, al mismo tiempo, deshonesta. Una extraña combinación.
—Cierto —admitió ella—. Pero normalmente las casas de empeño están marcadas. —Señaló la parte superior del marco de la puerta de la casa de empeños. La pintura tenía una serie de marcas que habrían podido confundirse fácilmente con arañazos.
—Ah. —Vacilé un momento antes de añadir—: En Tarbean, esas señales significaban que aquel era un lugar seguro donde vender… —busqué un eufemismo adecuado— mercancías adquiridas por medios cuestionables.
Si a Denna le sorprendió mi confesión, lo disimuló muy bien. Se limitó a menear la cabeza y señalar las marcas con mayor precisión, desplazando el dedo por encima y diciendo:
—Aquí pone: «Propietario de fiar. Abierto a estafas sencillas. Reparto equitativo». —Examinó el resto del marco y el letrero de la tienda—. No dice nada de compra-venta de joyas de tu tía abuela.
—Nunca supe cómo se leían —admití. La miré de reojo y, con cuidado de borrar toda crítica de mi voz, añadí—: Y tú sabes cómo funcionan estas cosas porque…
—Lo leí en un libro —contestó ella con sarcasmo—. Si no, ¿cómo quieres que lo sepa?
Siguió caminando por la calle, y yo la seguí.
—Yo no suelo hacerme pasar por una viuda —dijo Denna como de pasada—. Soy demasiado joven. Prefiero decir que es el anillo de mi madre. O de mi abuela. —Se encogió de hombros —. Puedes cambiar el guión en función de las circunstancias.
—¿Y si el caballero es honrado? —pregunté—. ¿Y si se presenta a mediodía dispuesto a ayudar?
—No suele pasar —dijo ella con una sonrisita irónica—. A mí solo me ha ocurrido una vez. Me pilló completamente desprevenida. Ahora lo arreglo de antemano con el dueño, por si acaso. No me importa estafar a algún canalla dispuesto a aprovecharse de una muchacha indefensa. Pero no me gusta robar a alguien que intenta ayudar. —Su semblante se endureció—. No como esa zorra que engañó a Geoffrey.
—Geoffrey se presentó a mediodía, ¿no?
—Claro —confirmó Denna—. Y le dio el dinero. «No hace falta que me devuelva lo mío, señorita. Usted tiene que salvar la granja de su familia.» —Denna se pasó las manos por el pelo y miró al cielo—. ¡Una granja! ¡Eso no tiene ningún sentido! ¿Cómo iba a tener la mujer de un granjero un collar de diamantes? —Me miró y agregó—: ¿Por qué los hombres buenos son tan idiotas con las mujeres?
—Geoffrey es noble —dije—. ¿Por qué no escribía a su familia?
—Nunca se ha llevado bien con su familia —me explicó Denna—.
Y ahora, menos. En la última carta no le enviaban dinero, solo la noticia de que su madre está enferma.
Su voz tenía un deje que me llamó la atención.
—¿Muy enferma? —pregunté.
—Enferma. —Denna no levantó la vista—. Muy enferma. Y Geoffrey ya ha vendido su caballo, claro, y no puede pagarse un pasaje de barco. —Volvió a suspirar—. Es como uno de esos horripilantes dramas tehlinos. El mal camino, o algo por el estilo.
—Si es así, lo único que tiene que hacer es entrar en una iglesia al final del cuarto acto — razoné—. Rezará, aprenderá la lección y será un muchacho recto y virtuoso el resto de su vida.
—Si hubiera venido a pedirme consejo, no habría pasado nada. —Hizo un gesto de

frustración—. Pero no, vino a verme después para contarme cómo lo había arreglado. Como el prestamista del gremio le había cortado el crédito, ¿sabes qué hizo?
—Fue a ver a un renovero —dije, y noté que se me encogía el estómago.
—¡Y no sabes lo contento que estaba cuando vino a decírmelo! —Denna me miró con gesto de desesperación—. Como si por fin hubiera encontrado la manera de salir de este lío. —Se estremeció—. Entremos ahí. —Señaló un pequeño jardín—. Hoy hace más viento del que creía.
Dejé el estuche de mi laúd en el suelo y me quité la capa.
—Toma, yo no tengo frío.
Denna iba a rechazar mi ofrecimiento, pero al final se puso mi capa.
—Y luego dices que no eres un caballero—bromeó.
—No lo soy —dije—. Lo que pasa es que sé que olerá mejor después de que tú te la hayas puesto.
—Ah, ya —replicó ella, ingeniosa—. Y luego se la venderás a un perfumero y ganarás una fortuna.
—Sí, ese era mi plan desde el principio —admití—. Un plan astuto y elaborado. Ya lo ves, tengo más de ladrón que de caballero.
Nos sentamos en un banco, protegidos del viento.
—Me parece que has perdido una hebilla —comentó Denna.
Miré el estuche de laúd. El extremo más estrecho estaba abierto, y la hebilla de hierro había desaparecido.
Suspiré y, distraído, metí la mano en uno de los bolsillos interiores de mi capa.
Denna soltó una exclamación —no muy fuerte, solo una inspiración brusca— y de pronto me miró con los ojos muy abiertos y oscuros bajo la luz de la luna.
Retiré la mano como si me hubiera quemado y balbuceé una disculpa.
Denna se echó a reír.
—Qué situación tan violenta —dijo en voz baja, para sí.
—Lo siento —me apresuré a decir—. Ha sido sin querer. Tengo un poco de alambre ahí dentro que podría usar para cerrar el estuche, de momento.
—Ah. Claro. —Metió las manos debajo de la capa, rebuscó un poco y sacó el trozo de alambre.
—Lo siento —volví a decir.
—Es que no lo esperaba —explicó—. No creía que fueras de esos hombres que se le tiran encima a una mujer sin previo aviso.
Miré el laúd, avergonzado, y me entretuve pasando el alambre por el agujero que había dejado la hebilla y enroscando bien los extremos.
—Es un laúd muy bonito —dijo Denna tras un largo silencio—. Pero ese estuche se cae a pedazos.
—Cuando compré el laúd me quedé desplumado —expliqué, y levanté la cabeza como si de pronto se me hubiera ocurrido una idea—. ¡Ya lo sé! ¡Le pediré a Geoffrey que me diga cómo se llama su renovero! ¡Así podré comprarme dos estuches!
Denna me dio un cachete juguetón, y me arrimé a ella en el banco.
Nos quedamos callados un momento, y entonces Denna se miró las manos y volvió a hacer aquel gesto extraño que ya había hecho varias veces durante nuestro paseo. Entonces comprendí qué era lo que hacía.
—¿Y tu anillo? —pregunté— ¿Qué le ha pasado?
Denna me lanzó una mirada extraña.
—Tenías un anillo. Siempre te he visto con él, desde que te conozco —expliqué—. De plata, con una piedra azul claro.
—Ya sé cómo era —dijo arrugando la frente—. Pero tú ¿cómo lo sabes?

—Siempre lo llevas —dije fingiendo desinterés, como si no me fijara en todos sus detalles. Como si no supiera que siempre lo hacía girar en el dedo cuando estaba nerviosa o ensimismada—. ¿Qué le ha pasado?
Denna se miró las manos.
—Lo tiene un joven caballero.
—Ah —dije. No pude contenerme y añadí—: ¿Quién?
—Dudo que... —Hizo una pausa y me miró—. Bueno, quizá lo conozcas. También estudia en la Universidad. Se llama Ambrose Anso.
De pronto se me llenó el estómago de hielo y ácido.
Denna desvió la mirada.
—Tiene un brusco encanto —explicó—. Más brusco que encanto, la verdad. Pero... —Encogió los hombros sin terminar la frase.
—Ya veo —dije. Y añadí—: La cosa debe de ir en serio.
Denna me miró con gesto de extrañeza, y entonces comprendió y rompió a reír. Negó enérgicamente con la cabeza, agitando las manos para enfatizar la negación.
—No, no. No, por Dios. No hay nada de eso. Vino a visitarme unas cuantas veces. Fuimos a ver una obra de teatro. Me invitó a bailar. Baila bastante bien.
Inspiró hondo y soltó el aire con un suspiro.
—La primera noche fue muy educado. Hasta gracioso. La segunda noche, lo fue un poco menos. —Entrecerró los ojos—. La tercera noche empezó a avasallarme. Después, las cosas se pusieron feas. Tuve que dejar mis habitaciones en La Cabeza de Jabalí porque no paraba de presentarse con chucherías y poemas.
Me invadió una sensación de inmenso alivio. Por primera vez desde hacía varios días notaba que podía llenar los pulmones de aire por completo. Noté que una sonrisa amenazaba con apoderarse de mi cara y la reprimí, porque habría sido tan radiante que me habría hecho parecer loco de remate.
Denna me lanzó una mirada irónica.
—No sabes cómo se parecen la arrogancia y la seguridad a simple vista. Y era generoso y rico, y esa es una buena combinación. —Levantó una mano desnuda—. El engaste de mi anillo estaba suelto y él dijo que lo llevaría a reparar.
—Pero después de que las cosas se pusieron feas, ya no se mostró tan generoso, ¿verdad?
Sus labios rojos dibujaron otra sonrisa irónica.
—No tanto.
—Quizá pueda hacer algo —dije—. Si ese anillo es importante para ti.
—Era importante —dijo Denna, y me miró con franqueza—. Pero ¿qué vas a hacer exactamente? ¿Recordarle, de caballero a caballero, que debería tratar a las mujeres con dignidad y respeto? —Alzó los ojos al cielo—. Te deseo suerte.
Me limité a dedicarle mi más encantadora sonrisa. Ya le había dicho la verdad: yo no era un caballero, sino un ladrón.

20 Un viento veleidoso

Al día siguiente, por la noche, me encontraba en El Pony de Oro, posiblemente la posada más elegante de nuestro lado del río. Presumía de excelentes cocinas, un buen establo y un personal experto y obsequioso. Era un establecimiento de categoría que solo podían permitirse los estudiantes más adinerados.
No estaba dentro, por supuesto, sino agazapado en el tejado, al amparo de la oscuridad, procurando no pensar demasiado en el hecho de que lo que estaba planeando iba mucho más allá de los límites de la Conducta Impropia. Si me descubrían entrando en las habitaciones de Ambrose, con toda seguridad me expulsarían.
Era una noche despejada de otoño y soplaba un fuerte viento. Eso tenía sus pros y sus contras. El susurro de las hojas disimularía cualquier pequeño ruido que hiciera, pero temía que el ondular de mi capa llamara la atención.
Nuestro plan era sencillo. Había deslizado una nota sellada por debajo de la puerta de Ambrose. Era una insinuante invitación, anónima, para una cita en Imre. La había escrito Wil, pues Sim y yo opinábamos que era el que tenía una caligrafía más femenina.
Era una locura, pero pensé que Ambrose mordería el anzuelo. Habría preferido que alguien lo hubiera distraído personalmente, pero cuantas menos personas participaran, mejor. Habría podido pedirle a Denna que me ayudara, pero quería darle una sorpresa cuando le devolviera el anillo.
Wil y Sim eran mis vigías. Wil estaba en la taberna, y Sim, apostado en el callejón, junto a la puerta trasera. Su misión consistía en avisarme cuando Ambrose saliera del edificio. Y lo más importante: me alertarían si volvía antes de que yo hubiera terminado dé registrar sus habitaciones.Noté un fuerte tirón en mi bolsillo derecho al agitarse la ramita de roble que llevaba en él. Al cabo de un momento, se repitió la señal. Wilem me estaba indicando que Ambrose había salido de la posada.
En el bolsillo izquierdo llevaba una ramita de abedul. Simmon tenía otra parecida en su puesto de vigilancia cerca de la puerta trasera de la posada. Era un sistema de señales sencillo y eficaz si sabías suficiente simpatía para hacerlo funcionar.
Bajé arrastrándome por la pendiente del tejado, moviéndome con cuidado sobre las pesadas tejas de arcilla. Sabía, de mis días de juventud en Tarbean, que se partían y resbalaban y podían hacerte perder pie.
Llegué al borde del tejado, que quedaba a unos cuatro metros del suelo. No era una altura que produjera vértigo, pero sí la suficiente para partirme las piernas o el cuello. Un estrecho tejadillo discurría por debajo de la larga hilera de ventanas del segundo piso. En total había diez, y las cuatro del medio correspondían a las habitaciones de Ambrose.
Doblé un par de veces los dedos para desentumecerlos, y empecé a andar por aquel tejadillo estrecho.
El secreto consiste en concentrarte en lo que estás haciendo. No debes mirar al suelo. No debes girar la cabeza. Debes olvidarte del mundo y confiar en que el mundo te devuelva el favor. Por eso llevaba puesta la capa. Si alguien me veía, no sería más que una silueta oscura en la noche, imposible de identificar. Tenía que ser optimista.
La primera ventana estaba a oscuras y la segunda tenía las cortinas corridas. Pero la tercera estaba débilmente iluminada. Vacilé un momento. Si tienes la tez clara, como yo, no debes asomarte a una ventana por la noche, porque tu cara destaca contra la oscuridad como una luna llena. En lugar de arriesgarme a asomarme, hurgué en los bolsillos de mi capa y di con un trocito de estaño de la Factoría que había pulido hasta convertirlo en un rudimentario

espejo, y lo utilicé para mirar a través de la ventana.
Dentro había unas cuantas lámparas de luz tenue y una cama con dosel tan grande como toda mi habitación de Anker's. La cama estaba ocupada. Activamente ocupada. Es más, me pareció contar más extremidades desnudas de las correspondientes a dos personas. Por desgracia, mi trocito de estaño era pequeño, y no podía ver la escena en toda su complejidad; si no, habría podido aprender algunas cosas interesantes.
Me planteé retroceder y llegar a las habitaciones de Ambrose des-de el otro lado, pero de pronto sopló una ráfaga de viento que arrastró las hojas secas por los adoquines y estuvo a punto de hacerme perder mi precario equilibrio. Con el corazón latiéndome con fuerza en el pecho, decidí arriesgarme y pasar por delante de aquella ventana. Supuse que las personas que había dentro tenían mejores cosas que hacer que contemplar las estrellas.
Me bajé la capucha de la capa y sujeté los bordes con los dientes, tapándome la cara pero dejándome las manos libres. Así, a ciegas, avancé poco a poco por delante de la ventana, aguzando el oído por si captaba alguna señal de que me habían visto. Oí exclamaciones de sorpresa, pero no me pareció que tuvieran nada que ver conmigo.
La primera ventana de las habitaciones de Ambrose era una elaborada vidriera. Muy bonita, pero no podía abrirse. La siguiente era perfecta: una ventana ancha de doble hoja. Me saqué un trocito de alambre de cobre de otro bolsillo de la capa y lo utilicé para abrir el sencillo pestillo que la mantenía cerrada.
Pero la ventana no se abrió, y me di cuenta de que Ajnbrose había añadido una barra. Eso supuso varios minutos de laborioso trabajo, con una sola mano y casi completamente a oscuras. Por fortuna, el viento había dejado de soplar, al menos de momento.
Había solventado el problema de la barra, pero la ventana seguía sin ceder. Empecé a maldecir las paranoias de Ambrose mientras buscaba el tercer cerrojo. Dediqué casi diez minutos y entonces comprendí que la ventana estaba sencillamente atascada.
Tiré de ella un par de veces, lo que no fue tan fácil como podría parecer. No sé si os habréis fijado, pero en la parte exterior de las ventanas no suele haber picaportes. Al final me extralimité y tiré demasiado fuerte. La ventana se abrió de golpe y me empujó hacia atrás. Me incliné sobre el borde del tejado, conteniendo el impulso de llevar un pie hacia atrás para apuntalarme, pues sabía que detrás de mí solo había cuatro metros de vacío.
¿Tenéis presente esa sensación de cuando inclináis demasiado la silla y empezáis a caer hacia atrás? Fue algo parecido, mezclado con recriminaciones y miedo a morir. Agité los brazos pese a saber que eso no me ayudaría; de pronto el pánico me había dejado la mente en blanco.
Me salvó el viento. Sopló cuando empezaba a tambalearme al borde del tejado, y me empujó lo suficiente para que recobrara el equilibrio. Con una mano logré asir la ventana, ya abierta, y me metí precipitadamente dentro, sin importarme mucho si hacía ruido.
Una vez dentro, me agaché en el suelo y me quedé allí respirando entrecortadamente. El ritmo de mi corazón empezaba a normalizarse cuando el viento golpeó la ventana y la cerró por encima de mi cabeza, sobresaltándome una vez más.
Saqué mi lámpara simpática, la encendí, la gradué a una intensidad moderada y desplacé su estrecho arco de luz por la habitación. Kilvin tenía razón al llamarla lámpara de ladrones: era perfecta para ese tipo de actividades furtivas.
Ir y venir de Imre eran varios kilómetros, y yo confiaba en que la curiosidad de Ambrose lo tendría esperando a su admiradora secreta al menos media hora. En condiciones normales, buscar un objeto tan pequeño como un anillo habría podido llevarme un día entero. Pero suponía que a Ambrose ni siquiera se le habría ocurrido esconderlo. El no debía de pensar que lo había robado. Debía de considerarlo una baratija o un trofeo.
Empecé a registrar metódicamente las habitaciones de Ambrose. El anillo no estaba en su cómoda ni en su mesilla de noche. No estaba en ninguno de los cajones de su escritorio, ni

en la bandejita de las joyas de su vestidor. Ni siquiera tenía un joyero que se cerrara con llave, sino solo una bandeja con toda clase de agujas, anillos y cadenas, mezclados y revueltos.
Lo dejé todo donde estaba, lo cual no quiere decir que no me planteara desvalijar a aquel capullo. Con unas pocas de sus joyas habría podido pagarme la matrícula de todo un año. Pero eso iba contra mi plan: entrar, coger el anillo de Denna y salir. Si no dejaba ningún rastro de mi visita, suponía que Ambrose pensaría sencillamente que había perdido el anillo, si es que lo echaba de menos. Era el delito perfecto: sin sospechas, sin persecución, sin consecuencias.
Además, es muy difícil vender joyas robadas en una ciudad tan pequeña como Imre. Habría sido demasiado fácil que alguien me siguiera la pista hasta dar conmigo.
Aclarado eso, yo nunca he presumido de tener la moral de un sacerdote, y las habitaciones de Ambrose ofrecían numerosas oportunidades para hacer gamberradas. Así que me di el gusto. Mientras rebuscaba en los bolsillos de sus pantalones, aflojé unas pocas costuras para que hubiera grandes probabilidades de que se le rompieran por el trasero la próxima vez que se sentara o montara su caballo. Aflojé el mango del tiro de la chimenea y lo dejé a punto de caer, para que su habitación se llenara de humo mientras él intentaba ponerlo de nuevo en su sitio.
Estaba pensando qué podía hacerle a aquel maldito sombrero con una pluma cuando la ramita de roble que llevaba en el bolsillo se agitó violentamente, sobresaltándome. Entonces volvió a agitarse y se partió por la mitad. Maldije por lo bajo. Ambrose solo llevaba unos veinte minutos fuera. ¿Qué le había hecho volver tan pronto?
Apagué mi lámpara simpática y me la guardé en la capa. Me escabullí hacia el cuarto por el que me había colado con intención de salir por la ventana. Era un fastidio tener que marcharme después de lo que me había costado entrar, pero si Ambrose no sospechaba que alguien había entrado en sus habitaciones, yo podría volver cualquier otra noche.
Pero la ventana no se abría. Empujé más fuerte, preguntándome si se habría cerrado sola con el golpe del viento.
Entonces distinguí una delgada tira de latón a lo largo del antepecho de la ventana. Casi a oscuras, no podía leer la sigaldría, pero sé reconocer una guarda. Eso explicaba por qué Ambrose había vuelto tan pronto: sabía que alguien había entrado en sus habitaciones. Es más, una buena guarda no solo te avisaba de la presencia de un intruso, sino que podía mantener cerrada una puerta o una ventana para dejar al ladrón encerrado dentro.
Corrí hacia la puerta, buscando en los bolsillos de mi capa algo largo y delgado que pudiera usar para forzar la cerradura. Como no encontré nada adecuado, agarré una pluma del escritorio de Ambro-«se, la introduje en el ojo de la cerradura y tire con fuerza hacia un lado, rompiendo el plumín, que quedó dentro. Al cabo de un momento oí un ruido metálico: Ambrose intentaba abrir la puerta desde su lado, y blasfemaba al no poder meter la llave.
Yo volvía a estar junto a la ventana, iluminando con mi lámpara la tira de latón y murmurando runas por lo bajo. Era bastante sencillo. Podía inutilizar la sigaldría inscribiendo unas pocas runas de conexión, abrir la ventana y huir.
Volví corriendo al salón y agarré el abrecartas del escritorio y, con las prisas, volqué el tintero, que estaba tapado. Me disponía a empezar a borrar las runas cuando caí en la cuenta de que era una estupidez. Cualquier ladronzuelo podía entrar en las habitaciones de Ambrose, pero el número de personas que sabían suficiente sigaldría para inutilizar una guarda era muy reducido. Habría sido como escribir mi nombre en el marco de la ventana.
Me paré un momento a pensar; devolví el abrecartas al escritorio y coloqué el tintero en su sitio. Volví a la ventana y examiné deteni-damente la larga tira de latón. Romper una cosa es sencillo, pero entenderla es más difícil.

Y es aún más difícil si al mismo tiempo estás oyendo imprecaciones,al otro lado de la puerta, acompañadas de los ruidos de alguien que intenta desobstruir una cerradura.

Entonces el pasillo quedó en silencio, lo que todavía me puso más nervioso. Al final conseguí descifrar la secuencia de la guarda y, al mismo tiempo, oí pisadas de más de una persona al otro lado de la puerta. Dividí mi mente en tres partes y concentré mi Alar mientras empujaba la ventana. Las manos y los pies se me enfriaron al extraer calor de mi cuerpo para contrarrestar la guarda, y procuré no dejarme llevar por el pánico al oír una fuerte sacudida, como si algo pesado golpeara la puerta.
La ventana se abrió por fin, y yo salté por ella al tejadillo; en ese momento algo volvió a golpear la puerta y oí el fuerte crujido de la madera al astillarse. Todavía habría podido huir sin que me vieran, pero cuando puse el pie derecho en el tejado, noté que una de las tejas de arcilla se partía bajo mi peso. Me resbaló el pie, y me agarré al alféizar con ambas manos para no caer.
Entonces sopló una ráfaga de viento que empujó una de las hojas de la ventana y la lanzó contra mi cabeza. Levanté un brazo para protegerme la cara; la ventana me golpeó en el codo, y uno de los cristales se rompió. El impacto me echó hacia un lado, obligándome a apoyar todo mi peso sobre el pie derecho, que acabó de resbalar del todo.
Entonces, dado que al parecer todas las otras opciones estaban agotadas, decidí que lo mejor que podía hacer era caerme del tejado.
Llevadas únicamente por el instinto, mis manos intentaron frenéticamente asir algo. Solté unas cuantas tejas más, y al final me agarré al borde del tejado. No pude sujetarme bien, pero al menos me frené un poco y me di la vuelta para no caer de cabeza ni de espaldas. Caí boca abajo, como un gato.
Solo que los gatos tienen todas las patas igual de largas. Yo aterricé sobre manos y rodillas. En las manos noté un fuerte escozor, pero al golpearme las rodillas contra los adoquines me hice un daño como jamás me había hecho en toda mi joven vida. Era un dolor cegador, y me oí gañir como un perro que recibe una patada.
Al cabo de un segundo me cayó encima una lluvia de pesadas tejas rojas. La mayoría se rompieron al chocar contra los adoquines, pero una me dio en la nuca, y otra en el codo, y se me quedó todo el antebrazo entumecido.
No hice ni caso. Un brazo roto se me curaría, pero la expulsión de la Universidad la arrastraría toda la vida. Mé puse la capucha y, con gran esfuerzo, me levanté. Sujetándome la capucha con una mano para que no resbalara, me tambaleé hasta llegar bajo el alero de El Pony de Oro, donde no pudieran verme desde la ventana.

Y entonces corrí, corrí, corrí...

Por fin, con cuidado y cojeando, me subí a los tejados y entré en mi habitación de Anker's por la ventana. Me llevó tiempo, pero no tenía elección. No podía pasar por delante de todos en la taberna, desaliñado, renqueando y con toda la pinta de haberme caído de un tejado.
Después de recuperar el aliento y de pasar un buen rato insultándome y acusándome de diversos tipos de imbecilidad, me examiné las heridas. La buena noticia era que no me había roto ninguna pierna, aunque tenía unos formidables cardenales justo debajo de las rodillas. La teja que me había golpeado en la cabeza me había dejado un chichón, pero no me había hecho ningún corte. Tenía un dolor sordo y pulsante en el codo, pero la mano ya no estaba dormida.
Llamaron a la puerta. Me quedé inmóvil un momento; saqué la ramita de abedul de mi

bolsillo, murmuré un rápido vínculo y la agité. Oí unos ruidos de asombro en el pasillo, seguidos de la risa apagada de Wilem.
—No tiene gracia —oí decir a Sim—. Déjanos entrar.
Les dejé entrar. Simmon se sentó en el borde de la cama, y Wilem, en la silla del escritorio. Cerré la puerta y me senté en la otra mitad de la cama. Incluso estando los tres sentados, la pequeña habitación parecía abarrotada.
Nos miramos unos a otros, muy serios, y entonces Simmon dijo:
—Por lo visto, esta noche Ambrose ha sorprendido a un ladrón que había entrado en sus habitaciones. El tipo ha preferido saltar desde la ventana que dejarse atrapar.
Solté una risita amarga.
—No, qué va. Casi había salido cuando el viento me ha cerrado la ventana. —Acompañé mis palabras con un movimiento torpe—. Me ha tirado. Del tejado.
Wilem soltó un suspiro de alivio.
—Creía que había hecho mal el vínculo —dijo.
—No, si he recibido el aviso —dije meneando la cabeza—. Lo que pasa es que no he tenido todo el cuidado que debería.
—¿Por qué habrá vuelto tan pronto? —preguntó Simmon mirando a Wilem—. ¿Has oído algo cuando ha entrado?
—Seguramente habrá pensado que mi caligrafía no es muy femenina —dijo Wilem.
—Tiene guardas en las ventanas —dije—. Seguramente están ligadas a un anillo o algo que lleva él encima. Deben de haberle avisado en cuanto he abierto la ventana.
—¿Lo has encontrado? —preguntó Wilem.
Negué con la cabeza.
Simmon estiró el cuello para verme mejor el brazo.
—¿Estás bien?
Seguí la dirección de su mirada, pero no vi nada. Entonces tiré de mi camisa y vi que estaba adherida a la parte de atrás de mi brazo. Con todos mis otros dolores, no me había fijado.
Con cuidado, me quité la camisa por la cabeza. El codo de la manga estaba roto y manchado de sangre. Maldije por lo bajo. Solo poseía cuatro camisas, y había estropeado aquella.
Intenté verme la herida, y rápidamente comprobé que no puedes mirarte la parte de atrás del propio codo, por mucho que lo intentes. Al final se la enseñé a Simmon para que me la examinara.
—No es gran cosa —dijo, y para mostrarme el tamaño de la herida separó los dedos índice y pulgar dejando un espacio de unos cinco centímetros—. Solo tienes un corte, y apenas sangra. Lo demás son rasguños. Por lo visto te has rozado contra algo.
—Se me ha caído encima una teja—dije.
—Has tenido suerte —gruñó Wilem—. ¿Cuánta gente se cae de un tejado y acaba solo con unos pocos arañazos?
—En las rodillas tengo unos cardenales del tamaño de manzanas —dije—. Tendré suerte si mañana puedo caminar.
Pero en el fondo sabía que Wil tenía razón. La teja que me había caído en el codo habría podido romperme el brazo. A veces, los bordes rotos de las tejas de arcilla eran afilados como cuchillos, y si me hubiera golpeado de otra forma, habría podido hacerme un corte hasta el hueso. Odio las tejas de arcilla.
—Bueno, podría haber sido peor —concluyó Simmon, y se levantó—. Vamos a la Clínica a que te pongan un parche.
—Kraem no —dijo Wilem—. No puede ir a la Clínica. Ya deben de estar preguntando para ver si hay alguien herido.

Simmon volvió a sentarse.
—Claro —dijo; parecía vagamente disgustado consigo mismo—.
Ya lo sé. —Me miró de arriba abajo—. Al menos no tienes ninguna herida visible.
—Tú tienes un problema con la sangre, ¿verdad? —pregunté a Wilem.
Wilem se mostró ligeramente ofendido.
—Yo no diría tanto... —Me miró el codo e inmediatamente palideció un poco, pese a su oscura tez ceáldica. Apretó los labios—. Bueno, sí.
—Muy bien. —Empecé a hacer tiras con la camisa; de todas formas, ya se había echado a perder—. Te felicito, Sim. Acabas de ser ascendido a médico de campaña. —Abrí un cajón y saqué una aguja, tripa, yodo y un tarro pequeño de grasa de oca.
Sim miró primero la aguja y luego a mí con los ojos como platos.
Le dediqué mi mejor sonrisa.
—Es fácil —le aseguré—. Tranquilo, yo te iré guiando.
Me senté en el suelo, con el brazo por encima de la cabeza, mientras Simmon me lavaba, cosía y vendaba el codo. Me sorprendió comprobar que no era tan aprensivo como yo esperaba. Sus manos eran más delicadas y seguras que las de muchos estudiantes de la Clínica que practicaban continuamente aquellas curas.
—Entonces, ¿hemos estado los tres aquí, jugando a aliento toda la noche?—preguntó Wil evitando mirar en mi dirección.
—Suena bien —dijo Sim—. ¿Puedo decir que gané yo?
—No —dije—. Deben de haber visto a Wil en el Pony. Si mentimos, seguro que me descubren.
—Ah —dijo Sim—. Entonces, ¿qué decimos?
—La verdad. —Señalé a Wil—. Tú estabas en el Pony cuando ha pasado todo, y luego has venido aquí a contármelo. —Señalé la mesita, donde había esparcidos una serie de engranajes, muelles y tornillos—. Os he enseñado el reloj armónico que he encontrado, y vosotros me habéis aconsejado cómo arreglarlo.
Sim parecía decepcionado.
—No es muy emocionante.
—Las mejores mentiras son las sencillas —dije poniéndome en pie—. Gracias otra vez a los dos. Si no hubierais estado vigilando, esto podría haber acabado muy mal.
Simmon se levantó y abrió la puerta. Wil se levantó también, pero no hizo ademán de marcharse.—La otra noche oí un extraño rumor —dijo.
—Ah, ¿sí? ¿Algo interesante? —pregunté.
—Sí, mucho —dijo Wil asintiendo con la cabeza—. Recuerdo haber oído que ya te habías hartado de fastidiar a cierto poderoso miembro de la nobleza. Me sorprendió que por fin hubieras decidido dejarlo tranquilo.
—Venga, Wil —intervino Simmon—. Ambrose nunca está tranquilo. Es un perro rabioso y deberían sacrificarlo.
—Más bien parece un oso furioso —dijo Wilem—. Un oso que tú pareces decidido a molestar con un hierro al rojo.
—¿Cómo puedes decir eso? —saltó Sim, acalorado—. En los dos años que lleva de secretario, ¿alguna vez te ha llamado otra cosa que no sea «miserable ceáldico»? ¿Y qué me dices de la vez que casi me dejó ciego mezclando mis sales? Kvothe tardará mucho en expulsar toda la plombaza de su organismo, y...
Wil levantó una mano y asintió con la cabeza dándole la razón a Simmon.
—Ya lo sé, y por eso me he dejado arrastrar a cometer esta locura. Solo quería comentar una cosa. —Me miró—. Te das cuenta de que has ido muy lejos en lo que se refiere a Denna, ¿verdad?

21 Piezas sueltas

Aquella noche, el dolor de las rodillas apenas me dejó dormir. Así que cuando, al otro lado de mi ventana, despuntó en el cielo la primera luz tenue del amanecer, me di por vencido, me levanté, me vestí y, lenta y trabajosamente, fui a las afueras de la ciudad en busca de corteza de sauce para mascar. Por el camino descubrí varias contusiones nuevas y fascinantes que no había detectado la noche anterior.

La caminata fue una verdadera agonía, pero me alegré de hacerla a primera hora de la mañana, cuando todavía había muy poca luz y las calles estaban vacías. Sabía que iba a hablarse mucho de lo ocurrido en El Pony de Oro. Si alguien me veía cojeando, sería fácil que extrajera la conclusión correcta.

Por suerte, al andar se me desentumecieron las piernas, y la corte** za de sauce me alivió un poco el dolor. Para cuando hubo acabado de salir el sol, me sentía lo bastante recuperado para aparecer en público. Me dirigí a la Factoría con la intención de pasar unas horas fabricando piezas sueltas antes de mi clase de Simpatía Experta. Necesitaba empezar a ganar dinero para pagar la matrícula del siguiente bimestre y el préstamo de Devi, por no mencionar vendajes y una camisa nueva.

Jaxim no estaba en Existencias cuando llegué, pero reconocí al alumno que lo sustituía. Habíamos entrado en la Universidad al mismo tiempo y habíamos dormido en literas cercanas en Dependencias. Me caía bien. No era uno de aquellos hijos de nobles que se paseaban alegremente por allí, protegidos por el apellido y el dinero de su familia. Sus padres eran comerciantes de lana, y tenía que trabajar para pagarse la matrícula.

—Basil —dije—, creía que el bimestre pasado te habían hecho E’lir. ¿Qué haces en Existencias?

Basil se ruborizó un poco; parecía avergonzado.

—Kilvin me descubrió añadiendo agua al ácido.

Sacudí la cabeza y lo miré con severidad.

—Eso va contra el procedimiento correcto, E’lir Basil —dije bajando mi voz una octava—. Un artífice debe actuar siempre con suma precaución.

—Hablas igual que él —dijo Basil sonriendo. Abrió el registro—. ¿Qué necesitas?

—No estoy muy inspirado. Me limitaré a hacer algunas piezas sueltas —dije:—. Veamos…

—Espera un momento —me interrumpió Basil, y frunció el entrecejo sin levantar la vista del libro.

—¿Qué pasa?

Le dio la vuelta al libro para enseñármelo y señaló con un dedo.

—Hay una nota junto a tu nombre.

Miré. Había una nota escrita con lápiz, con la caligrafía curiosamente infantil de Kilvin: «No suministrar materiales ni herramientas al Re’lar Kvothe. Que venga a verme. Klvn.».

Basil me miró con lástima.

—Se añade el ácido al agua —bromeó—. ¿A ti también se te olvidó?

—Ojalá —dije—. Entonces sabría qué está pasando.

Basil miró alrededor, inquieto; se inclinó hacia delante y me habló en voz baja:

—Oye, volví a ver a esa chica.

Lo miré con cara de bobo y parpadeé varias veces.

—¿Cómo?

—La chica que vino aquí preguntando por ti —me recordó Basil—. Esa que buscaba al mago pelirrojo que le había vendido un amuleto.

Cerré los ojos y me pasé una mano por la cara.
—Ah, ¿sí? ¿Entró aquí? ¡Lo que me faltaba!
—No, aquí no entró —aclaró Basil—. Al menos, que yo sepa. Pero la he visto un par de veces fuera. Por el patio. —Apuntó con la barbilla a la puerta sur de la Factoría.
—¿Se lo has dicho a alguien? —pregunté.
—Yo jamás haría eso —dijo Basil, profundamente ofendido—. Pero es posible que ella hablara con alguien más. Deberías librarte deella. Kilvin se pondría como una fiera si creyese que has estado vendiendo amuletos.
—No los he vendido —dije—. No tengo ni idea de quién es esa chica. ¿Cómo es?
—Joven —dijo Basil encogiéndose de hombros—. No es ceáldica. Creo que tiene el pelo claro. Lleva una capa azul con capucha. Intenté acercarme y hablar con ella, pero se escabulló.
—Maravilloso. —Me froté la frente.
—Pensé que debía avisarte —dijo Basil con cara de circunstancias—. Si entra aquí y pregunta por ti, tendré que decírselo a Kilvin.
—Hizo una mueca de disculpa—. Lo siento, pero ya tengo bastantes problemas.
—Lo comprendo —dije—. Gracias por avisarme.
Cuando entré en el taller, de inmediato noté algo extraño en la luz. Lo primero que hice fue mirar hacia arriba, para comprobar si Kilvin había añadido una lámpara nueva a la colección de esferas de cristal que colgaban entre las vigas. Confiaba en que el cambio de la luz se debiera a la presencia de una nueva esfera. Kilvin se ponía de muy mal humor cada vez que se apagaba una de sus lámparas.
Recorrí las vigas con la mirada, pero no vi ninguna lámpara apagada. Tardé en comprender qué era eso extraño que había percibido: la luz del sol entraba sesgadamente por las ventanas bajas de la pared-* este, y normalmente yo no iba a trabajar hasta más tarde.
A aquella hora reinaba en el taller un silencio casi sobrecogedor. La inmensa estancia parecía hueca y sin vida, y solo había un puñado de alumnos trabajando en sus proyectos. Eso, combinado con aquella luz inusual y con el mensaje inesperado de Kilvin, hizo que sintiera cierta aprensión mientras me dirigía hacia el despacho del maestro artífice.
Pese a ser muy temprano, en un rincón del despacho de Kilvin ya había una pequeña fragua bien cargada. Cuando me planté en el umbral, me golpeó un chorro de calor. Resultaba agradable después del frío que hacía fuera, propio de principios del invierno. Kilvin estaba de pie, de espaldas a mí, accionando con ímpetu un fuelle.
Golpeé el marco de la puerta con los nudillos para atraer su atención.
—¿Maestro Kilvin? He ido a buscar unos materiales a Existencias. ¿Ocurre algo?
—Re'lar Kvothe —dijo Kilvin girando la cabeza—. Será solo un momento. Pasa.
Entré en su despacho y cerré la gruesa puerta detrás de mí. Si estaba en un brete, prefería que no nos oyera nadie.
Kilvin siguió dándole al fuelle un buen rato. Entonces extrajo un tubo largo y me di cuenta de que no era una fragua lo que había encendido, sino un pequeño horno de vidrio soplado. Moviéndose con destreza, sacó una gota de vidrio fundido con el extremo del tubo y procedió a soplar hasta obtener una burbuja cada vez más grande.
Al cabo de un minuto, el vidrio perdió su resplandor anaranjado.
—Fuelle —dijo Kilvin sin mirarme, y volvió a introducir el tubo por la boca del horno.
Me acerqué, obediente, y empecé a accionar el fuelle a buen ritmo, hasta que el vidrio volvió a resplandecer. Kilvin me indicó que parara, retiró el tubo y volvió a soplar por él, haciéndolo girar hasta que la burbuja alcanzó el tamaño de un melón pequeño.
Metió de nuevo el tubo en el horno, y yo accioné el fuelle sin esperar a que Kilvin me lo pidiera. La tercera vez que repetimos esa operación, yo ya estaba empapado de sudor. Lamenté haber cerrado la puerta del despacho, pero no quería dejar el fuelle para ir a abrirla.

A Kilvin no parecía afectarle el calor. La burbuja de vidrio creció hasta alcanzar el tamaño de mi cabeza, y luego el de una calabaza. Pero la quinta vez que la apartó del fuego y empezó a soplar, la burbuja se combó en el extremo del tubo, se desinfló y cayó al suelo.
—Kist, crayle, en kote —maldijo el maestro con rabia. Soltó el tubo metálico, que produjo un fuerte ruido al caer al suelo de piedra—. ¡Kraemet brevetan Aerin!
Contuve las repentinas ganas de echarme a reír. Mi siaru no era perfecto, pero estaba casi seguro de que Kilvin había dicho «Mierda en la barba de Dios».
El maestro, corpulento como un oso, se quedó un momento de pie contemplando la estropeada pieza de vidrio que había quedado en el suelo. Entonces, irritado, expulsó ruidosamente el aire por la nariz, se quitó las gafas protectoras y se volvió hacia mí.
—Tres juegos de campanillas sincronizadas, de latón —dijo sin preámbulo—. Un atractor, de hierro. Cuatro embudos de calor, de hierro. Seis sifones, de estaño. Veintidós hojas de vidrio reforzado, y otras piezas sueltas.
Era una lista de los trabajos que había realizado aquel bimestre en
la Factoría. Cosas sencillas que no me llevaba mucho tiempo acabar y que podía vender a Existencias obteniendo un beneficio rápido.
—¿Te satisface ese trabajo, Re’lar Kvothe? —me preguntó Kilvin mirándome con sus ojos oscuros.
—Son proyectos fáciles, maestro Kilvin —respondí.
—Ahora eres Re’lar —dijo él con una voz cargada de reproche—. ¿Te contentas con avanzar sin ningún esfuerzo, fabricando juguetes para los ricos y perezosos? ¿Es eso lo que esperas del tiempo que empleas en la Factoría? ¿Trabajo fácil?
Notaba el sudor empapándome el pelo y resbalando por mi espalda.
—Tengo cierto recelo a emprender proyectos por mi cuenta —expuse—. Usted no aprobó las modificaciones que le hice a mi lámpara de mano.
—Hablas como un cobarde —replicó Kilvin—. ¿No piensas salir nunca más de la casa porque una vez te regañaron? —Me miró—. Te lo preguntaré otra vez. Campanillas. Piezas fundidas. ¿Te satisface ese trabajo, Re’lar Kvothe?
—Me satisface pensar que podré pagar la matrícula del próximo bimestre, maestro Kilvin. —El sudor me resbalaba por la cara. Intenté enjugármelo con la manga, pero tenía la camisa empapada. Miré hacia la puerta del despacho de Kilvin.
—¿Y el trabajo en sí? —continuó Kilvin. Tenía gotas de sudor en la oscura piel de la frente, pero por lo demás, el calor no parecía mo„ lestarle.
—¿La verdad, maestro Kilvin? —pregunté; notaba un ligero mareo.
El maestro se mostró un poco ofendido.
—Valoro la verdad en todos los sentidos, Re’lar Kvothe.
—La verdad es que este último año he fabricado ocho lámparas marineras, maestro Kilvin. Si tengo que hacer una más, creo que me cagaré en los pantalones de puro aburrimiento.
Kilvin dio un resoplido que interpreté como una risa, y luego me sonrió.
—Estupendo. Así es como debe pensar un Re’lar. —Me apuntó con un grueso dedo—. Eres listo, y tienes buenas manos. Espero grandes cosas de ti, no trabajos monótonos. Haz algo inteligente, y ganarás más que con una lámpara. Más que con las piezas sueltas, sin duda. Eso déjaselo a los E’lir. —Señaló con desdén la ventana que daba al taller.—Haré todo lo que pueda, maestro Kilvin —me comprometí. Mi propia voz me sonó extraña, lejana y embrollada—. ¿Le importa que abra la puerta para que entre un poco de aire?
Kilvin me dio permiso con un gruñido, y di un paso hacia la puerta. Pero me flaquearon las piernas, y todo empezó a rodar. Me tambaleé y estuve a punto de dar de bruces al suelo, pero conseguí asirme al borde del banco de trabajo y me caí de rodillas.
Cuando mis magulladas rodillas golpearon el suelo de piedra, sentí un dolor insoportable. Pero no grité. De hecho, el dolor parecía provenir de muy lejos.

Desperté desorientado, con la boca seca como el serrín. Me costaba despegar los párpados y estaba tan aletargado que tardé un buen rato en identificar aquel característico olor a antiséptico. Eso, combinado con el hecho de estar tendido bajo una sábana desnudo, me permitió saber que estaba en la Clínica.
Giré la cabeza y vi una cabeza de pelo rubio y corto y el uniforme oscuro de un fisiólogo. Volví a apoyar la cabeza en la almohada.
—Hola, Mola —dije con voz ronca.
Mola se volvió y me miró muy seria.
—Hola, Kvothe —dijo con formalidad—. ¿Cómo te sientes?
Todavía estaba medio adormilado, y tuve que pensar antes de contestar.
—Espeso —dije, y añadí—: Sediento.
Mola me llevó un vaso y me ayudó a beber. Era un líquido dulce y arenoso. Tardé bastante en acabármelo, pero después volví a sentirme medianamente humano.
—¿Qué ha pasado? —pregunté.
—Te has desmayado en la Artefactoría —me contestó Mola—. Kilvin te ha traído hasta aquí. Ha sido conmovedor, la verdad. He tenido que echarlo.
Me ruboricé de vergüenza de pensar que el corpulento maestro me había llevado en brazos por las calles de la Universidad. Yo debía de parecer una muñeca de trapo.
—¿Me he desmayado?
—Kilvin ha explicado que estabais en una habitación muy caldeada —dijo Mola—. Y que sudabas mucho. Estabas empapado. —Señaló mi camisa y mis pantalones, doblados sobre una mesa.
—¿Un golpe de calor? —pregunté.
Mola levantó una mano para hacerme callar.
—Ese ha sido mi primer diagnóstico —dijo—. Tras la exploración, he llegado a la conclusión de que lo que sufres es un caso agudo de caída desde una ventana la noche pasada. —Me clavó una mirada intencionada.
De pronto era muy consciente de mi persona. No por el hecho de estar prácticamente desnudo, sino por las lesiones que me había hecho al caer del tejado de El Pony de Oro. Eché un vistazo hacia la puerta y sentí alivio al ver que estaba cerrada. Mola se quedó mirándome con expresión insondable.
—¿Me ha visto alguien más? —pregunté.
Negó con la cabeza.
—Hoy hemos tenido mucho trabajo.
—Bueno, ya es algo. —Me relajé un poco.
Mola seguía mirándome con expresión adusta.
—Esta mañana, Arwyl ha dado órdenes de informar de cualquier lesión sospechosa. No hace falta que te diga por qué. El propio Ambrose ha ofrecido una buena recompensa a quien le ayude a atrapar al ladrón que entró en sus habitaciones y robó varios objetos de valor, entre ellos un anillo que su madre le regaló en su lecho de muerte.
—Qué cabronazo —dije, indignado—. No le robé nada.
—¿Así de fácil? —dijo Mola arqueando una ceja—. ¿No vas a desmentirlo? ¿No vas a… nada?
Solté el aire por la nariz y traté de controlar mi rabia.
—Eso sería ofender tu inteligencia. Es evidente que no me he caído por una escalera. —Inspiré hondo—. Mira, si se lo cuentas a alguien, me expulsarán. No robé nada. Podría haberme llevado lo que quisiera, pero no cogí nada.
—Entonces, ¿por qué…? —Vaciló un poco; era evidente que se sentía incómoda—. ¿Qué hacías allí?
Di un suspiro.
—¿Me creerías si te dijera que estaba haciéndole un favor a una amiga?

Mola me miró con recelo; sus ojos verdes escudriñaban los míos.
—Bueno, últimamente te estás aficionando a eso de hacer favores.
—¿Cómo dices? —pregunté; estaba demasiado embotado para entender lo que Mola me estaba diciendo.
—La última vez que estuviste aquí, tuve que tratarte por quemaduras e inhalación de humo después de que salvaras a Felá de un incendio.—Ah —dije—. Eso no fue exactamente un favor. Lo habría hecho cualquiera.
Mola me miró intrigada.
—Lo dices porque lo crees de verdad, ¿no? —Sacudió un poco la cabeza; luego cogió un sujetapapeles y anotó algo en una hoja. Debía de estar rellenando su informe—. Pues yo sí lo considero un favor. Felá y yo compartíamos litera cuando llegamos a la Universidad. Aunque tú no lo creas, no es algo que muchos habrían hecho.
Llamaron a la puerta y oí la voz de Sim en el pasillo:
—¿Podemos pasar?
Sin esperar una respuesta, abrió la puerta y entró en la habitación con Wilem, que no parecía muy convencido.
—Nos han dicho... —Sim hizo una pausa y miró a Mola—. Se pondrá bien, ¿verdad?
—Sí, se pondrá bien —confirmó Mola—. Cuando se le normalice la temperatura. —Cogió un medidor y me lo metió en la boca—. Ya sé que te va a costar, pero intenta tener la boca cerrada un minuto.
—Ah, pues así... —dijo Simmon con una sonrisa—. Nos han contado que Kilvin te llevó a un sitio secreto y te enseñó algo que hizo que te desmayaras como una nena.
Lo miré con el ceño fruncido, pero mantuve la boca cerrada.
Mola se volvió hacia Wil y Sim.
—Le dolerán las piernas, pero no tiene ninguna lesión permanente. El codo también se le curará, aunque los puntos son un desastre. Pero ¿qué hacíais en las habitaciones de Ambrose?
Wilem la miró sin inmutarse con sus ojos oscuros, haciendo gala de su estoicismo característico.
Con Sim no hubo tanta suerte.
—Kvothe necesitaba un anillo para su enamorada —soltó con voz cantarína.
Mola se volvió hacia mí y me miró furiosa.
—Hay que tener cara dura para mentirme así —me espetó; había entrecerrado los ojos como un gato, y despedían chispas—. ¡Menos mal que no querías ofender mi inteligencia!
Inspiré hondo y levanté un brazo para quitarme el medidor de la boca.
—Mierda, Sim —dije con enojo—. Un día de estos tengo que enseñarte a mentir.
Sim nos miró a los dos y se puso colorado de pánico y vergüenza.
—A Kvothe le gusta una chica del otro lado del río —intentó defenderse—. Ambrose le quitó un anillo y no quería devolvérselo. Nosotros solo...
Mola lo interrumpió con un brusco ademán.
—¿Por qué no me lo has dicho? —me preguntó con irritación—. ¡Todos sabemos cómo trata Ambrose a las mujeres!
—Por eso no te lo he dicho —expliqué—. Sonaba a mentira fácil.
Y por otra parte, no es asunto tuyo, que yo sepa.
La expresión de Mola se endureció.
—Me hablas con mucha arrogancia para...
—Basta. Basta, por favor —intervino Wilem interrumpiendo nuestra discusión. Miró a Mola—. Cuando han traído a Kvothe aquí, inconsciente, ¿qué ha sido lo primero que has hecho?
—Le he examinado las pupilas para descartar conmoción cerebral —dijo Mola automáticamente—. ¿Qué demonios tiene eso que ver?

Wilem me señaló y dijo:
—Mírale los ojos ahora.
Mola lo hizo.
—Están oscuros —dijo, sorprendida—. Verde oscuro. Como una rama de pino.
—No discutas con él cuando se le ponen los ojos así de oscuros —continuó Wil—. No conseguirás nada bueno.
—Es como el ruido que hacen las serpientes de cascabel —añadió Sim.
—Mejor dicho, como el pelo erizado del lomo de un perro —le corrigió Wilem—. Te avisa de que está a punto de morder.
—Podéis iros todos directamente al infierno —intervine—. O eso, o darme un espejo para que vea de qué demonios estáis hablando. Como queráis.
Wil no me hizo ni caso.
—Nuestro amiguito Kvothe tiene mucho temperamento, pero cuando haya tenido un minuto para serenarse, se dará cuenta de la verdad. —Wilem me miró con sorna—. No está enfadado porque no hayas confiado en él, ni porque hayas hecho hablar a Sim. Está enfadado porque has descubierto la borricada de que es capaz para impresionar a una mujer. —Clavó en mí sus ojos—. ¿Se dice «borricada»?
Inspiré hondo, solté el aire y confirmé:
—Sí, se dice así.
—He escogido esa palabra porque viene de «borrico» —explicó Wil.
—Ya sabía que vosotros dos debíais de estar implicados —dijo Mola con una pizca de disculpa en la voz—. No sois más inútiles porque no os entrenáis. Y lo digo por los tres. —Se puso a uno de los lados de la cama y me examinó detenidamente la herida del codo—. A ver, ¿cuál de vosotros dos le ha cosido esto?
—Yo. —Sim hizo una mueca—. Ya sé que es una chapuza.
—Chapuza es poco —dijo Mola con desaprobación—. Se diría que intentabas coserle tu nombre en el brazo y que no parabas de equivocarte.
—Yo creo que lo hizo bastante bien —dijo Wil mirando a Mola—. Teniendo en cuenta su falta de práctica, y el hecho de que estaba ayudando a un amigo en circunstancias nada ideales.
—No he querido decir eso —se apresuró a decir Mola, ruborizándose—. Cuando trabajas aquí, se te olvida que no todo el mundo... —Se volvió hacia Sim—. Lo siento.
Sim se pasó una mano por el cabello rubio rojizo.
—Bueno, supongo que podrías compensarme —dijo esbozando una sonrisa infantil—. ¿Qué te parece mañana por la tarde? Te invito a comer. —Se quedó mirándola, expectante.
Mola puso los ojos en blanco y dio un suspiro, entre divertida y exasperada.
—De acuerdo —concedió.
—Bien, yo ya he hecho lo que tenía que hacer —dijo Wil con gravedad—. Me marcho. Odio este sitio.
—Gracias, Wil—dije.
Me dijo adiós con la mano, de pasada, y cerró la puerta.
Mola accedió a no mencionar mis sospechosas lesiones en su informe y se limitó a registrar su diagnóstico original de golpe de calor. También me quitó los puntos que me había dado Sim y volvió a limpiarme, coserme y vendarme el brazo. No fue una experiencia muy agradable, pero yo sabía que la herida se me curaría más deprisa bajo los expertos cuidados de Mola.
Por último, me aconsejó que bebiera más agua, que durmiera un poco y que en el futuro evitara realizar actividades físicas extenuantes en una habitación muy caldeada el día después de caerme desde un tejado.

22 Desliz

Hasta ese momento del bimestre, Elxa Dal nos había enseñado teoría de la Simpatía Experta. ¿Cuánta luz se podía producir a partir de diez taumos de calor continuo utilizando hierro? ¿Y utilizando basalto? ¿Y utilizando carne humana? Memorizábamos tablas de cifras y aprendíamos a calcular cuadrados crecientes, momento angular y degradación acrecentada.

Resumiendo: era aburridísimo.

No me malinterpretéis. Sabía que toda aquella información era fundamental. Los vínculos como los que le habíamos enseñado a Denna eran muy sencillos. Pero cuando las cosas se complicaban, un simpatista experto tenía que saber hacer cálculos bastante peliagudos.

En términos de energía, no hay mucha diferencia entre encender una vela y hacer que se derrita reduciéndose a un charco de sebo. La única diferencia está en la atención y el control. Cuando tienes la vela delante, todo resulta fácil. Solo tienes que mirar fijamente la mecha y dejar de verter calor en cuanto asoma el parpadeo de la llama. Pero si la vela está a medio kilómetro de distancia, o en otra habitación, la atención y el control son exponencialmente más difíciles de mantener.

Y a los simpatistas poco cuidadosos les esperan cosas peores que velas derretidas. La pregunta que había hecho Denna en el Eolio era de suma importancia: «¿Adonde va la energía adicional?».

Como había explicado Wil, una parte iba al aire, otra a los objetos vinculados, y el resto iba a parar al cuerpo del simpatista. El término técnico para designar ese fenómeno era «saturación táumica», pero hasta Elxa Dal solía referirse a él como un «desliz».

Aproximadamente una vez al año, algún simpatista poco cuidadoso con un Alar fuerte canalizaba suficiente calor mediante un mal vínculo para que le aumentara la temperatura corporal y acabase delirando de fiebre. Dal nos contó el caso extremo de un alumno que consiguió cocerse a sí mismo de arriba abajo.

Se lo comenté a Manet el día después de que Dal nos explicara la anécdota en clase. Esperaba que se riera un rato conmigo, pero resultó que Manet estudiaba en la Universidad cuando sucedió aquello.

—Olía a cerdo —comentó con gravedad—. Fue increíble. Lo sentí por él, por supuesto, pero no te puedes compadecer mucho de un idiota. Un pequeño desliz aquí y allá apenas se nota, pero aquel desdichado debió de pasar doscientos mil taumos en dos segundos. —Meneó la cabeza sin levantar la vista del trozo de estaño que estaba grabando—. Apestaba toda el ala de la Principalía. Aquellas habitaciones no se pudieron utilizar hasta pasado un año.

Me quedé mirándolo.

—Pero el desliz térmico es bastante habitual—continuó Manet—. En cambio, el desliz cinético... —Arqueó una ceja—. Hace veinte años, un El'the chiflado se emborrachó e intentó levantar un carro de estiércol y ponerlo en el tejado de la sala de profesores para ganar una apuesta. Se arrancó el brazo por el hombro.

Manet volvió a encorvarse sobre su trozo de estaño y grabó una runa con sumo cuidado.

—Para hacer eso hay que ser un estúpido de una categoría especial —concluyó.

Al día siguiente, presté mucha atención a cada una de las palabras de Dal.

Nos hacía practicar sin piedad. Cálculos de entaupía. Gráficos que mostraban distancia de desintegración. Ecuaciones que describían las curvas entrópicas que cualquier simpatista experto debe entender a un nivel casi instintivo.

Pero Dal no era idiota. Por eso, antes de que nos aburriéramos y nos desmotivásemos, lo convirtió en una competición.
Nos hacía extraer calor de fuentes insólitas, de hierros al rojo vivo, de bloques de hielo, de nuestra propia sangre. Encender velas que estaban en habitaciones alejadas era lo más fácil. Encender una de entre una docena de velas idénticas ya era más difícil. Encender una vela que nunca habías visto y que estaba en una ubicación desconocida... era como hacer malabarismos a oscuras.
Había concursos de precisión. Concursos de astucia. Concursos de atención y control.
Después de dos ciclos, yo era el alumno mejor clasificado de nuestra clase de veintitrés Re'lar. Fenton me pisaba los talones en el segundo puesto.
Quiso la suerte que el día después de mi incursión en las habitaciones de Ambrose fuera el mismo día que empezamos los duelos de Simpatía Experta. Los duelos requerían toda la sutileza y el control de nuestras competiciones anteriores, con el desafío añadido de que había otro alumno que luchaba activamente contra tu Alar.
Así que, pese a mi reciente visita a la Clínica por un golpe de calor, hice un agujero en un bloque de hielo que estaba en una habitación alejada. Pese a dos noches de escasas horas de sueño, aumenté la temperatura de medio litro de mercurio exactamente diez grados. Pese al dolor punzante de mis contusiones y al escozor de mi brazo vendado, rompí el rey de picas por la mitad dejando intactas las demás cartas de la baraja.
Todas esas cosas las hice en menos de dos minutos, pese a que Fenton luchaba contra mí con todo su Alar. Por algo acabaron llamándome Kvothe el Arcano. Mi Alar era como una hoja de acero de Ramston.
—Estoy impresionado —me dijo Dal después de la clase—. Hacía años que no tenía un alumno invicto durante tanto tiempo. ¿Volverá a apostar alguien contra ti?
—Eso fue hace mucho tiempo —dije sacudiendo la cabeza.
—El precio de la fama. —Dal sonrió; luego se puso un poco más serio—. Quería avisarte antes de anunciárselo a la clase. Seguramente el ciclo que viene empezarás a enfrentarte a tus compañeros por parejas.
—¿Tendré que competir contra Fenton y Brey al mismo tiempo? —pregunté.
Dal negó con la cabeza.
—Empezaremos con los dos duelistas peor clasificados. Será una buena introducción a los ejercicios de trabajo de equipo que haremos más adelante. —Sonrió—. Y evitará que te duermas sobre los laureles. —Dal me miró con fijeza y la sonrisa se borró de sus labios—. ¿Te encuentras mal?
—Solo tengo un poco de frío —dije de modo poco convincente; estaba temblando—. ¿Podemos acercarnos al brasero?
Me acerqué todo lo que pude sin llegar a tocar el metal caliente, y extendí las manos sobre las brasas que resplandecían en la vasija. Al cabo de un momento se me pasó el frío y vi que Dal me observaba con curiosidad.
—Esta mañana he tenido que ir a la Clínica. He sufrido un pequeño golpe de calor —admití —. Mi cuerpo está un poco confundido. Pero ya me encuentro mejor.
—Si no te encuentras bien, no deberías venir a clase —dijo el maestro frunciendo el entrecejo—. Y mucho menos batirte en duelo. Esta clase de simpatía desgasta el cuerpo y la mente. No deberías correr el riesgo de combinarla con una enfermedad.
—Cuando he venido a clase me encontraba bien —mentí—. Lo que pasa es que mi cuerpo me está recordando que le debo una buena noche de sueño.
—Pues asegúrate de dársela —dijo con severidad, y extendió también las manos sobre las brasas—. Si te exiges demasiado, después lo pagarás. Ultimamente pareces un poco cansado. Bueno, cansado no es la palabra exacta.
—¿Reventado? —propuse.

—Sí. Reventado. —Escudriñaba mi rostro mientras se acariciaba la barba—. Tienes un don para las palabras. Supongo que esa es una de las razones por las que acabaste con Elodin.
No dije nada. Y mi silencio debió de parecerle elocuente, porque me miró con curiosidad y, fingiendo indiferencia, me preguntó:
—¿Cómo van tus estudios con Elodin?
—Muy bien —dije eludiendo el tema.
Se quedó mirándome.
—No tan bien como esperaba —admití—. Estudiar con el maestro Elodin no es lo que yo había imaginado.
—A veces es difícil —convino Dal.
De pronto se me ocurrió preguntarle:
—¿Usted sabe algún nombre, maestro Dal?
Asintió con solemnidad.
—¿Cuáles?—insistí.
Se puso un poco tenso, y luego se relajó mientras giraba una y otra vez las manos sobre las brasas.
—Esa no es una pregunta muy educada —dijo sin enfado—. Bueno, no es que sea grosera, pero es de esas preguntas que no deben hacerse. Es como preguntarle a un hombre con qué frecuencia hace el amor con su esposa.
—Lo siento.
—No, no te disculpes —dijo—. No tienes por qué saberlo. Supongo que es un vestigio del pasado. De cuando teníamos más motivos para temer a nuestros colegas arcanistas. Si sabías qué nombres conocía tu enemigo, podías adivinar sus puntos fuertes y sus puntos débiles.
Nos quedamos callados un momento, calentándonos con las brasas.
—Fuego —dijo Dal—. Sé el nombre del fuego. Y otro.
—¿Solo dos?—solté sin pensar.
—¿Y cuántos sabes tú? —replicó Dal con leve burla—. Sí, solo dos. Pero hoy en día, saber dos nombres es mucho. Elodin dice que antes era diferente.
—¿Cuántos sabe Elodin?
—Aunque lo supiera, estaría muy feo que te lo dijese —dijo con una nota de desaprobación —. Pero supongo que puedo afirmar que sabe unos cuantos.
—¿Podría enseñarme algo con el nombre del fuego? —pregunté—. Si no es inapropiado, claro.
Dal vaciló un momento y luego sonrió. Miró fijamente el brasero que nos separaba, cerró los ojos y señaló el brasero apagado que había en el otro extremo de la habitación.
—Fuego. —Pronunció la palabra como si diera una orden, y en el otro brasero prendió una columna de llamas.
—¿Fuego? —dije, perplejo—. ¿Ya está? ¿El nombre del fuego es fuego?
Elxa Dal sonrió y sacudió la cabeza.
—Eso no es lo que he dicho. Una parte de ti te ha hecho oír una palabra conocida.
—¿Mi mente dormida lo ha traducido?
—¿Tu mente dormida? —Me miró sin comprender.
—Así es como llama Elodin a esa parte de nosotros que sabe nombres—expliqué.
Dal encogió los hombros y se pasó una mano por la barba, corta y negra.
—Llámalo como quieras. Seguramente, el hecho de que me hayas oído decir algo es una buena señal.
—A veces no sé por qué me molesto en estudiar nominación —refunfuñé—. Habría podido encender ese brasero mediante simpatía.
—No sin una relación —objetó Dal—. Sin un vínculo, una fuente de energía…

—Aun así, no tiene mucho sentido —razoné—. En su clase aprendo cosas todos los días. Cosas útiles. En cambio, de todo el tiempo que llevo estudiando nominación no he sacado nada. ¿Sabe de qué trataba la clase de ayer de Elodin?
Dal negó con la cabeza.
—De la diferencia entre estar desnudo y estar en cueros —dije cansinamente. Dal soltó una risotada—. En serio. Antes me habría peleado por ser admitido en su clase, pero ahora solo pienso en todo el tiempo que estoy perdiendo allí, un tiempo que podría dedicar a cosas más prácticas.
—Hay cosas más prácticas que los nombres —reconoció Dal—. Pero observa. —Se concentró en el brasero que teníamos delante y se quedó como abstraído. Volvió a hablar, esa vez con un susurro, y poco a poco bajó una mano hasta colocarla a unos centímetros de las brasas. Entonces, con expresión concentrada, Dal hundió la mano en el corazón del fuego y exendió los dedos entre las brasas ardientes como si estas solo fueran grava.
Me di cuenta de que contenía la respiración y solté el aire despacio, pues no quería desconcentrarle.
—¿Cómo?
—Nombres —dijo Dal con firmeza, y apartó la mano del brasero. La tenía manchada de ceniza, pero ilesa—. Los nombres reflejan la verdadera comprensión de una cosa, y cuando comprendes de verdad una cosa, tienes poder sobre ella.
—Pero el fuego no es una cosa —objeté—. Solo es una reacción química exotérmica. Es... —farfullé.
Dal inspiró, y por un instante pensé que iba a darme una explicación. Pero lo que hizo fue reír y encogerse de hombros.
—Yo no tengo suficiente ingenio para explicártelo. Pregúntaselo a Elodin. Él es quien afirma entender de estos temas. Yo solo trabajo aquí.
Después de la clase de Dal, crucé el río y me fui a Imre. No encontré a Denna en la posada donde se hospedaba, así que me dirigí al Eolio pese a saber que era demasiado temprano para encontrarla allí.
Dentro solo había un puñado de personas, pero al final de la barra vi una cara conocida hablando con Stanchion. El conde Threpe me saludó con la mano, y fui hacia él.
—¡Kvothe, amigo mío! —dijo Threpe con entusiasmo—. Hacía una eternidad que no te veía.
—Últimamente ha habido un poco de jaleo al otro lado del río —dije, y dejé el estuche de mi laúd en el suelo.
—Se nota —dijó Stanchion con franqueza mirándome de arriba abajo—. Estás pálido. Deberías comer más carne roja. O dormir más. —Señaló un taburete—. A falta de eso, te ofrezco una jarra de metheglin.
—Te lo agradezco —dije, y me senté en el taburete. Sentí un gran alivio al poder descansar las piernas doloridas.
—Si lo que necesitas es carne y sueño —dijo Threpe, obsequioso—, deberías venir a cenar a mi casa. Te prometo una comida maravillosa y una conversación tan aburrida que podrás dormirte sin temor a perderte nada interesante. —Me lanzó una mirada implorante—. Ven conmigo. Si es necesario, te lo pediré de rodillas. Solo habrá unas diez personas. Hace meses que quiero alardear de ti.
Cogí la jarra de metheglin y miré a Threpe. Llevaba una chaqueta de terciopelo azul real y unas botas de ante teñidas a juego. No podía presentarme en una cena formal en su casa vestido con ropa de viaje de segunda mano, que era la única que poseía.
Threpe no era nada ostentoso, pero era un noble en toda regla. Seguramente ni siquiera se le había ocurrido pensar que yo no tenía ropa elegante. No se lo reprochaba. La inmensa mayoría de los estudiantes de la Universidad eran, como mínimo, moderadamente ricos. Si no, ¿cómo habrían podido pagar sus matrículas?

Lo cierto era que nada me apetecía más que una buena cena y la ocasión de relacionarme con los nobles de la región. Me habría encantado bromear mientras bebíamos y reparar parte del daño que Ambrose había causado a mi reputación, y quizá despertar el interés de algún posible mecenas.
Pero sencillamente no podía pagar el precio de mi admisión en ese círculo. Un traje medianamente elegante me habría costado al menos un talento y medio, aunque lo hubiera comprado en una tienda de ropa usada. El hábito no hace al monje, pero si quieres interpretar un papel, necesitas el disfraz adecuado.
Stanchion, que estaba sentado detrás de Threpe, asintió enérgicamente con la cabeza.
—Me encantaría ir a cenar —le dije a Threpe—. Te lo prometo. En cuanto la situación se normalice un poco en la Universidad.
—Excelente —dijo Threpe con entusiasmo—. Te tomo la palabra. Nada de evasivas. Te conseguiré un mecenas, hijo mío. Uno que valga la pena. Te lo juro.
A sus espaldas, Stanchion asintió con la cabeza expresando su aprobación.
Les sonreí a los dos y di otro sorbo de metheglin. Eché un vistazo a la escalera del segundo piso.
Stanchion vio hacia dónde miraba y, apenado, dijo:
—No ha venido. De hecho, llevo un par de días sin verla.
Un grupo de personas entraron por la puerta del Eolio y gritaron algo en íllico. Stanchion los saludó con la mano y se levantó.
—El deber me llama —anunció, y fue a recibirlos.
—Hablando de mecenas —le dije a Threpe—, llevo días queriendo pedirte tu opinión sobre una cosa. —Bajé el tono de voz—. Una cosa que preferiría que quedara entre nosotros dos.
Los ojos de Threpe brillaban de curiosidad cuando se inclinó hacia delante.
Di otro sorbo de metheglin mientras ponía en orden mis ideas. La bebida me estaba afectando más deprisa de lo que había esperado. Era un efecto agradable, pues aliviaba el dolor de mis numerosas lesiones.
—Creo que conoces a la mayoría de los mecenas en potencia en un radio de ciento cincuenta kilómetros.
Threpe encogió los hombros sin molestarse en aparentar falsa modestia.
—Conozco a unos cuantos. A todos los que muestran interés. Y a los que tienen dinero.
—Tengo una amiga —dije—•. Una intérprete que está empezando. Tiene un gran talento natural, pero todavía no está muy capacitada. Se le acercó una persona ofreciéndole ayuda y prometiéndole mecenazgo... —Me detuve; no sabía cómo explicar el resto.
Threpe asintió.
—Quieres saber si es una oferta legítima —dijo—. Me parece una preocupación razonable. Hay quienes creen que un mecenas tiene derecho a algo más que la música. Si quieres oír alguna historia —añadió señalando con la cabeza a Stanchion—, pregúntale por aquella vez que la duquesa Samista vino aquí de vacaciones. —Soltó una risita que fue casi un gemido y se frotó los ojos—. Que me ayuden los dioses minúsculos, aquella mujer era aterradora.
—Eso es lo que me preocupa —dije—. No sé si esa persona es de fiar.
—Puedo indagar un poco, si quieres —propuso Threpe—. ¿Cómo se llama?
—Eso es parte del problema —dije—. No sé su nombre. Y creo que ella tampoco.
—¿Cómo no va a saber su nombre? —dijo Threpe arrugando la frente.
—Le dio un nombre —aclaré—. Pero ella no sabe si es el verdadero. Por lo visto, es muy maniático con su intimidad y le dio instrucciones muy estrictas de que no debía hablarle a nadie de él. Nunca se ven dos veces en el mismo sitio. Nunca en público. Desaparece durante meses. —Miré a Threpe—. ¿A ti qué te parece?
—Bueno, no suena muy bien —concedió Threpe con un tono cargado de desaprobación—. Es muy probable que ese individuo no sea un mecenas como es debido. Quizá intente

aprovecharse de tu amiga.
—Eso mismo pienso yo —dije, apesadumbrado.
—Sin embargo —dijo Threpe—, hay mecenas que trabajan en secreto. Si encuentran a alguien con talento, lo cuidan en privado y luego... —Hizo un floreo con una mano—. Es como un truco de magia. De pronto te sacas de la manga a un músico brillante.
Threpe me sonrió con cariño.
—Yo creía que eso era lo que habían hecho contigo —confesó—. Apareciste un buen día y conseguiste tu caramillo. Pensé que alguien te había tenido escondido hasta que estuviste preparado para hacer tu gran aparición.
—No se me había ocurrido pensarlo —dije.
—A veces pasa —dijo Threpe—. Pero eso de los extraños lugares de reunión y el hecho de que tu amiga no esté segura de su nombre... —Sacudió la cabeza con el ceño fruncido—. Como mínimo, es bastante indecoroso. O ese tipo se divierte haciéndose pasar por un forajido, o es verdaderamente sospechoso.
Threpe se quedó pensando un momento, tamborileando con los dedos en la barra.
—Dile a tu amiga que tenga cuidado y que esté atenta. Es terrible que un mecenas se aproveche de una mujer. Eso es traición. Pero he conocido a hombres que se hacían pasar por mecenas para ganarse la confianza de una mujer. —Frunció la frente—. Eso es aún peor.
Estaba a medio camino de la Universidad, y el Puente de Piedra empezaba a asomar a lo lejos, cuando noté un desagradable calor y un hormigueo que me subían por el brazo. Al principio creí que era el dolor de la herida del codo, cosida ya dos veces, porque los puntos me habían escocido todo el día.
Pero en lugar de atenuarse, el calor siguió extendiéndose por mi brazo y por el lado izquierdo de mi pecho. Empecé a sudar como si de pronto me hubiera dado fiebre.
Me quité la capa para dejar que me enfriara la brisa, y empecé a desabrocharme la camisa. La brisa otoñal me ayudó, y me abaniqué con la capa. Pero el calor se hizo más intenso, casi doloroso, como si se me hubiera derramado agua hirviendo sobre el pecho.
Por suerte, aquel tramo del camino discurría junto a un arroyo que desembocaba en el cercano río Omethi. Como no se me ocurría nada mejor que hacer, me quité las botas, me descolgué el laúd del hombro y me metí en el agua.
El agua estaba muy fría y me hizo jadear y farfullar, pero me enfrió la piel abrasada. Me quedé allí, procurando no sentirme como un idiota mientras una pareja pasaba por el camino cogida de la mano e ignorándome deliberadamente.
Aquel extraño calor me recorrió todo el cuerpo, como si tuviera dentro un fuego que buscaba la forma de salir. Había empezado por el costado izquierdo, descendió por mis piernas y volvió a subir por mi brazo izquierdo. Cuando se desplazó a mi cabeza, me sumergí en el agua.
Al cabo de unos minutos se me pasó, y salí del arroyo. Temblando, me envolví en la capa, y me alegré de que no hubiera nadie en el camino. Entonces, como no podía hacer nada más, me cargué el laúd al hombro y eché a andar de nuevo hacia la Universidad, chorreando y muerto de miedo.

23 Principios

Sí se lo comenté a Mola —dije mientras barajaba las cartas—. Me contestó que eran todo imaginaciones mías y me echó de la Clínica.
—Ya, me lo imagino —dijo Sim con amargura.
Levanté la cabeza, sorprendido por la inusual aspereza de su voz; pero antes de que pudiera preguntarle qué pasaba, Wilem me miró y meneó la cabeza, previniéndome. Conociendo a Sim, supuse que se trataba de otro rápido y doloroso final de otra rápida y dolorosa relación.
Cerré la boca y repartí otra mano de aliento. Nos habíamos puesto a jugar para matar el tiempo, a la espera de que la sala se llenase y pudiera empezar a tocar ante mi público habitual de las noches de Abatida en Anker's.
—¿Qué crees que te pasa? —me preguntó Wilem.
Vacilé; temía que si expresaba mis temores en voz alta se harían realidad.
—Quizá me haya expuesto a algo peligroso en la Factoría.
—¿Como qué? •—preguntó Wil.
—Alguno de los productos que utilizamos. Te atraviesan la piel y te matan de dieciocho formas lentas diferentes. —Recordé el día que se me había roto el matraz en la Factoría. Pensé en aquella gota de agente conductor que me había caído en la camisa; solo fue una gota diminuta, apenas mayor que la cabeza de un clavo. Estaba convencido de que no me había tocado la piel—. Espero que no sea eso. Pero no sé qué otra cosa podría ser.
—Quizá se trate de un efecto secundario de la plombaza —propuso Sim con gravedad—. Ambrose no es un gran alquimista. Y tengo entendido que uno de los ingredientes principales es el plomo. Si

la preparó él mismo, cabe la posibilidad de que algunos principios latentes estén afectando a tu organismo. ¿Has comido o bebido algo diferente hoy?
Reflexioné.
—En el Eolio he bebido bastante metheglin —admití.
—Esa porquería pone enfermo a cualquiera —dijo Wil, tajante.
—A mí me gusta —dijo Sim—. Pero es una verdadera panacea. Lleva muchas tinturas diferentes. No contiene ningún ingrediente alquímico, pero sí nuez moscada, tomillo, clavo... toda clase de especias. Podría ser que alguna de ellas hubiera activado alguno de los principios libres latentes en tu organismo.
—Maravilloso—mascullé—. Y ¿qué tengo que hacer para remediarlo?
Sim extendió ambas manos con las palmas hacia arriba.
—Me lo temía —dije—. En fin, supongo que es menos grave que el envenenamiento con metal.
Simmon jugó con astucia y ganó cuatro bazas seguidas, y cuando terminamos esa mano, ya volvía a sonreír. Sim nunca le daba muchas vueltas a las cosas.
Wil guardó sus cartas, y yo retiré mi silla de la mesa.
—Toca esa de la vaca borracha y la mantequera —dijo Sim.
No pude evitarlo y esbocé una sonrisa.
—Quizá más tarde —dije. Cogí el estuche de mi laúd, cada vez más raído, y me dirigí al escalón de la chimenea en medio del familiar sonido de aplausos aislados. Tardé un buen

rato en abrir el estuche, pues tuve que desenroscar el alambre de cobre que todavía sustituía una de las hebillas.
Toqué durante dos horas. Canté «El cazo de cobre», «La rama de lila» y «La tina de tía Emilia». El público reía, daba palmadas y me vitoreaba. Entretenido tocando las canciones, noté que iba deshaciéndome de mis preocupaciones. La música siempre ha sido el mejor remedio para mis bajones de ánimo. Mientras cantaba, hasta parecía que me dolieran menos las magulladuras.
De pronto sentí frío, como si un fuerte viento invernal descendiera por la chimenea que tenía detrás. Contuve un estremecimiento y terminé la última estrofa de «Licor de manzana», que al final había decidido tocar para hacer Miz a Sim. Cuando toqué el último acorde, el público aplaudió y, poco a poco, el murmullo de las conversaciones volvió a apoderarse del local.
Me volví y miré la chimenea, pero el fuego ardía alegremente y no había señales de corriente de aire. Bajé del escalón pensando que al andar se me pasaría el frío. Pero en cuanto di unos pasos comprendí que no iba a ser tan fácil. Tenía el frío metido en los huesos. Me volví otra vez hacia la chimenea y extendí las manos para calentármelas.
Wil y Sim aparecieron a mi lado.
—¿Qué te pasa? —preguntó Sim—. Pareces mareado.
—Algo así —dije, y apreté las mandíbulas para que no me castañetearan los dientes—. Dile a Anker que no me encuentro bien y que esta noche tengo que acabar antes. Luego enciende una vela con este fuego y súbela a mi habitación. —Alcé la vista; ellos me miraban con seriedad—. Wil, ¿me ayudas a salir de aquí? No quiero montar una escena.
Wilem asintió y me ofreció el brazo. Me apoyé en él y me concentré en controlar los temblores mientras íbamos hacia la escalera. Nadie nos hizo mucho caso. Seguramente, parecía más borracho que otra cosa. Tenía las manos entumecidas y pesadas, y los labios congelados.
Tras subir el primer tramo de la escalera, ya no podía disimular los temblores. Todavía podía andar, pero los gruesos músculos de mis piernas se sacudían con cada paso que daba.
Wil se paró.
—Deberíamos ir a la Clínica. —Aunque hablaba con el tono de siempre, se le notaba más el acento ceáldico y empezaba a comerse palabras, una señal inequívoca de que estaba muy preocupado.
Sacudí enérgicamente la cabeza y me incliné hacia delante; sabía que Wil tendría que ayudarme a subir la escalera o dejarme caer. Me abrazó por la cintura y, prácticamente, me llevó en volandas el resto del camino.
Ya en mi pequeña habitación, me tambaleé hasta la cama y me dejé caer en elja. Wil me echó una manta sobre los hombros.
Oí pasos en el pasillo, y a continuación Sim asomó la cabeza por la puerta. Llevaba un cabo de vela y protegía la llama con la otra mano.
—Ya la tengo. Pero ¿para qué la quieres?
—Allí. —Señalé la mesilla que había junto a la cama—. ¿La has encendido en la chimenea?
—Sí —contestó Sim. Mirándome con cara de susto, añadió—: Tus labios. Se te han puesto de un color muy feo.
Arranqué una astilla de la basta madera de la mesilla y me la clavé con fuerza en el dorso de la mano. Cuando brotó la sangre, hice rodar la larga astilla sobre ella hasta empaparla bien.
—Cerrad la puerta —dije.
—Dime que no estás haciendo lo que creo que estás haciendo —dijo Sim con firmeza.
Clavé la astilla en la blanda cera de la vela, junto a la mecha encendida. La llama chisporroteó un poco, y luego envolvió la astilla. Murmuré dos vínculos, uno detrás de otro, articulando despacio con mis labios entumecidos para pronunciar las palabras con claridad.

—¿Qué haces? —me preguntó Sim—. ¿Quieres cocinarte?
Como no le contesté, vino hacia mí decidido a quitarme la vela.
Wil lo sujetó por un brazo.
—Tiene las manos heladas —dijo con serenidad—. Está frío. Muy frío.
Sim nos miró, nervioso, y dio un paso hacia atrás.
—Pues... pues ten cuidado.
Pero yo ya no le prestaba atención. Cerré los ojos y vinculé la llama de la vela con el fuego de la chimenea del piso de abajo. Entonces, con cuidado, hice la segunda conexión entre la sangre de la astilla y la sangre de mi cuerpo. Era muy parecido a lo que había hecho con la gota de vino en el Eolio. Con la evidente salvedad de que no tenía intención de que me hirviera la sangre.
Al principio solo percibí un breve cosquilleo de calor que no era suficiente, ni mucho menos. Seguí concentrándome y noté que todo mi cuerpo se relajaba a medida que el calor se extendía por él. Mantuve los ojos cerrados y centré toda mi atención en los vínculos hasta que pude respirar hondo varias veces sin estremecerme ni temblar.
Abrí los ojos y vi a mis dos amigos observándome, expectantes. Les sonreí.
—Estoy bien.
Pero nada más decir eso, empecé a sudar. De pronto tenía demasiado calor, un calor repugnante. Rompí los dos vínculos con la misma rapidez con que apartas la mano de una estufa de hierro caliente.
Respiré hondo varias veces, me levanté y me acerqué a la ventana. La abrí y me incliné sobre el alféizar, disfrutando del frío aire otoñal que olía a hojas muertas y a lluvia que se avecina.
Hubo un largo silencio.
—Eso parecía tiritona del simpatista —comentó Simmon—.
Y fuerte.
—Sí, parecía tiritona —repuse.
—¿Crees que tu cuerpo ha perdido la capacidad de regular la temperadora? —preguntó Wilem.
—Temperatura —le corrigió Sim distraídamente.
—Eso no explicaría la quemadura que tengo en el pecho —dije.
—¿Quemadura? —dijo Sim ladeando la cabeza.
Estaba empapado de sudor, así que me alegré de tener una excusa para desabrocharme la camisa y quitármela por la cabeza. Tenía gran parte del torso y un brazo de un rojo intenso que contrastaba con el tono claro de mi piel.
—Mola dijo que era un sarpullido, y que yo era quisquilloso como una vieja. Pero no lo tenía antes de meterme en el río.
Simmon se inclinó para examinarme.
—Sigo pensando que son principios desvinculados —opinó—. Pueden tener efectos muy extraños. El bimestre pasado, un E’lir hizo una chapuza con su factorización. Se pasó casi dos ciclos sin poder dormir y sin poder fijar la vista.
Wilem se dejó caer en una silla.
—¿Qué hace que tengas frío, calor y luego otra vez frío? —preguntó.
—Parece un acertijo —dijo Sim esbozando una sonrisa.
—Odio los acertijos —dije, y estiré un brazo para coger mi camisa. Entonces di un grito y me llevé una mano al bíceps del brazo izquierdo. La sangre se filtró entre mis dedos.
Sim se puso en pie de un brinco y miró alrededor, frenético y sin saber qué hacer.
Sentía como si me hubieran clavado un puñal invisible.
—¡Maldita... mierda... ennegrecida! —mascullé apretando los dientes. Aparté la mano y vi la pequeña herida redonda que había aparecido en mi brazo como por arte de magia.

Simmon estaba aterrado; tenía los ojos como platos y se tapaba la boca con ambas manos. Dijo algo, pero yo estaba demasiado ocupado concentrándome, y no le escuché. Además, me imaginaba lo que debía de estar diciendo: felonía. Claro. Era todo lo mismo: felonía. Alguien me estaba atacando.
Me sumergí en el Corazón de Piedra y reuní todo mi Alar.
Pero mi agresor oculto no perdía el tiempo. Noté un fuerte dolor en el pecho, cerca del hombro. Esa vez no se me rasgó la piel, pero vi formarse una mancha azul oscura bajo la piel.
Endurecí mi Alar, y la siguiente punzada se redujo a un pellizco. Entonces dividí rápidamente mi mente en tres partes y encargué a dos la misión de mantener el Alar que me protegía.
Entonces di un hondo suspiro.
—Ya estoy bien —dije.
Simmon se puso a reír, pero su risa acabó en un asfixiado sollozo. Todavía se tapaba la boca con las manos.
—¿Cómo puedes decir eso? —me preguntó, horrorizado.
Me miré. La sangre seguía filtrándose entre mis dedos y corría por el dorso de mi mano y por mi brazo.
—Es la verdad —dije—. En serio, Sim.
—Pero si la felonía... —repuso él—. Nadie hace eso.
Me senté en el borde de la cama sin dejar de presionarme la herida.
—Pues creo que tenemos pruebas bastante evidentes de todo lo contrario.
Wilem volvió a sentarse.
—Estoy con Simmon. Si no lo veo, no lo creo. —Puso cara de enojo y añadió—: Los arcanistas ya no hacen eso. Es una locura. —Me miró—. ¿Por qué sonríes?
—De alivio —dije con sinceridad—. Creía que me había envenenado con cadmio o que tenía alguna enfermedad misteriosa. Pero lo único que pasa es que hay alguien que intenta matarme.
—¿Cómo es posible? —terció Simmon—. No me refiero al aspecto ético. ¿Cómo pueden haberse hecho con sangre o pelo tuyos?
—¿Qué hiciste con las vendas después de coserle la herida? —preguntó Wilem a Simmon.
—Las quemé —dijo Sim poniéndose a la defensiva—. No soy idiota.
Wil hizo un gesto tranquilizador.
—Solo intento descartar opciones. En la Clínica tampoco puede haber sido. Son muy escrupulosos con esas cosas.
—Tenemos que explicárselo a alguien —decidió Simmon. Se levantó y miró a Wilem—. ¿Crees que Jamison todavía estará en su despacho a estas horas de la noche?
—Sim —le interrumpí—, ¿y si esperamos un poco?
—¿Qué?—saltó Simmon—.¿Porqué?
—La única prueba que tengo son mis heridas —expuse—. Eso significa que querrán que me examine alguien de la Clínica. Y cuando me examinen... —Sin apartar la mano de mi brazo ensangrentado, sacudí el codo que llevaba vendado—. Tengo toda la pinta de alguien que se cayó de un tejado hace un par de días.
—Solo han pasado tres días, ¿verdad? —dijo Sim, y volvió a sentarse en la silla.Asentí con la cabeza.
—Me expulsarían, Sim. Y Mola tendría problemas por no haber mencionado mis lesiones. El maestro Arwyl no perdona esas cosas. Vosotros dos también os veríais implicados. Y eso es algo que no pienso permitir.
Nos quedamos un rato callados. Solo se oía el lejano clamor de la concurrida taberna. Me senté en la cama.

—Supongo que no tenéis ninguna duda de quién está haciendo esto —dijo Sim.
—Ambrose —dije—. Siempre es Ambrose. Debe de haber encontrado sangre mía en un trozo de teja del tejado. Debí prever esa posibilidad.
—Pero ¿cómo ha sabido que era tuya? —preguntó Simmon.
—Porque lo odio —dije con rabia—. Claro que sabe que fui yo.
Wil meneó lentamente la cabeza.
—No. No es su estilo.
—¿Que no es su estilo? —dijo Simmon—. Hizo que aquella mujer drogara a Kvothe con la plombaza. Eso viene a ser como envenenarlo. Y el bimestre pasado contrató a esos matones para que asaltaran a Kvothe en el callejón.
—Precisamente por eso —repuso Wilem—. Ambrose nunca le hace nada a Kvothe. Contrata a otros para que se lo hagan. Encargó a una mujer que lo drogara. Pagó a unos matones para que lo apuñalaran. Ni siquiera creo que los contratara él; debió de encargar aotro que lo organizara.
—Da lo mismo —dije—. Sabemos que él está detrás.
—No piensas con claridad —dijo Wilem mirándome con el ceño fruncido—. No digo que Ambrose no sea un capullo. Pero es un capullo listo. Pone mucho cuidado en mantenerse alejado de todo lo que hace.
—Lo que dice Wil tiene sentido —concedió Sim sin mucha convicción. Cuando te contrataron como músico fijo en La Calesa, no compró el local y te despidió. Hizo que lo comprara el yerno del barón Petre, a quien no podrían relacionar con él.
—Aquí tampoco hay conexión directa —argumenté—. Esa es la gracia de la simpatía: que es indirecta.
—Si te apuñalan en un callejón, la gente se queda intranquila —dijo Wil meneando de nuevo la cabeza—. Pero esas cosas pasan constantemente en todo el mundo. En cambio, si te caes al suelo en público y empiezas a sangrar porque alguien te está atacando me-
diante felonía... Eso horrorizaría a la gente. Los maestros suspenderían las clases. Los comerciantes ricos y los nobles se enterarían y se llevarían a sus hijos de la Universidad. Harían venir a los alguaciles desde Imre.
Simmon se frotó la frente y se quedó pensativo contemplando el techo. Entonces asintió, primero lentamente, y luego con más convicción.
—Tiene sentido —dijo—. Si Ambrose hubiera encontrado tu sangre, habría podido entregársela a Jamison y pedirle que averiguara quién era el ladrón. No habría necesitado que los de la Clínica buscaran a alguien con lesiones sospechosas.
—A Ambrose le gusta vengarse —comenté con gravedad—. Pudo ocultarle la sangre a Jamison. Quedársela para él.
Wilem meneaba la cabeza.
—Wil tiene razón —dijo Sim tras dar un suspiro—. No hay tantos simpatistas, y todo el mundo sabe que Ambrose te guarda rencor. Es demasiado prudente para hacer algo así. Se delataría.
—Además —intervino Wilem—, ¿cuánto tiempo hace que dura esto? Días y días. ¿De verdad crees que Ambrose podría aguantar tanto sin refregártelo por las narices? ¿Ni siquiera un poco?
—Sí, ya te entiendo —admití a regañadientes—. No es su estilo.
Yo sabía que tenía que ser Ambrose. Era algo instintivo, visceral.
Y en cierto modo, aunque parezca extraño, casi quería que fuera él, porque eso haría que las cosas fueran mucho más sencillas.
Pero no basta con querer algo para que sea verdad. Inspiré hondo y me obligué a pensarlo racionalmente.
—Sería una temeridad por su parte —acepté por fin—. Y Ambrose no es de los que se

ensucian las manos. —Suspiré—Genial. Estupendo. Como si no fuera suficiente con que hubiera una persona tratando de destrozarme la vida.
—¿Quién puede ser? —preguntó Simmon—. No todo el mundo podría hacer esa clase de cosas con un pelo, ¿no?
—Dal sí podría —dije—. O Kilvin.
—Seamos sensatos, por favor. Supongo que podemos dar por sentado que ningún maestro intenta matarte —dijo Wilem con aspereza.
—Entonces tiene que ser alguien que tenga tu sangre —dedujo Sim.
Procuré ignorar la sensación de vacío en el estómago.
—Hay una persona que tiene mi sangre —dije—. Pero no creo que haya sido ella.
Wil y Sim me miraron, e inmediatamente me arrepentí de lo que había dicho.
—Y ¿cómo es que hay alguien que tiene tu sangre? —preguntó Sim.
Titubeé, pero comprendí que a esas alturas no tenía más remedio que contárselo.
—A principios del bimestre le pedí un préstamo a Devi.
Ninguno de los dos reaccionó como yo esperaba. Es decir, ninguno de los dos reaccionó en absoluto.
—¿Quién es Devi? —preguntó Sim.
Empecé a relajarme. Quizá no hubieran oído hablar de ella. Eso simplificaría las cosas, desde luego.
—Es una renovera que vive al otro lado del río —contesté.
—Ah, vale —dijo Simmon, tan tranquilo—. Y ¿qué es una renovera?
—¿Te acuerdas de cuando fuimos a ver El fantasma y la pastora? —le pregunté—. Ketler era un renovero.
—Ah, un halcón de cobre —dijo Sim; su rostro se iluminó, y luego, cuando se dio cuenta de las consecuencias, volvió a ensombrecerse—. No sabía que hubiera gente de esa por aquí.
—Hay gente de esa en todas partes —dije—. Sin ella, el mundo no funcionaría.
—Un momento —dijo de pronto Wilem levantando una mano—. Dices que tu... —Hizo una pausa mientras trataba de recordar la pa—. labra adecuada en atur—. Tu prestamista, tu gatessor, ¿se llama Devi? —Pronunció ese nombre con marcado acento ceáldico, convirtiéndolo en un «Deivi».
Asentí. Eso ya se parecía más a la reacción que yo esperaba.
—Dios —dijo entonces Simmon, aterrado—. Te refieres a Devi el Demonio, ¿verdad?
Suspiré.
—Bueno, veo que habéis oído hablar de ella.
—¿Si hemos oído hablar de ella? —dijo Sim con voz estridente—. ¡La expulsaron durante mi primer bimestre! Aquello dejó huella.
Wilem se limitó a cerrar los ojos y menear la cabeza, como si no soportara mirar a alguien tan estúpido como yo.
—¡La expulsaron por felonía! —exclamó Sim alzando ambas manos—. ¿Cómo se te ocurrió?
—No —le corrigió Wilem—. La expulsaron por Conducta Impropia. No encontraron pruebas de felonía.—Dudo que haya sido ella —dije—. La verdad es que es buena persona. Simpática. Además, solo es un préstamo de seis talentos, y ni siquiera me he retrasado. No tiene ningún motivo para hacerme algo así.
Wilem me observó larga y atentamente.
—Unicamente por explorar todas las posibilidades —dijo—, ¿podrías hacerme un favor?
Asentí.
—Repasa tus últimas conversas con ella. Analízalas detenidamente y trata de recordar si hiciste o dijiste algo que pudiera ofenderla o enojarla.
Recordé nuestra última conversación y la repasé mentalmente.
—Le interesaba cierta información que no quise darle.

—¿'Le interesaba mucho? —Wilem hablaba pausadamente, con paciencia, como si hablara con un niño bobo.
—Bastante —respondí.
—«Bastante» no indica un grado de intensidad.
Suspiré.
—De acuerdo. Estaba extremadamente interesada. Lo bastante interesada para... —Me detuve.
—¿Para? ¿De qué te has acordado? —preguntó Wilem arqueando una ceja.
Vacilé.
—Creo que también se ofreció a acostarse conmigo —dije.
Wilem asintió con calma, como si estuviera esperando una respuesta parecida.
—Y ¿cómo reaccionaste a la generosa oferta de esa joven?
—Pues... ignorándola —respondí, y noté que me ardían las mejillas.
Wilem cerró los ojos; su expresión transmitía una profunda consternación.
—Estamos mucho peor que si hubiera sido Ambrose —expuso Sim, y se sujetó la cabeza con ambas manos—. Devi no tiene que preocuparse por los maestros ni por nada de eso. ¡Decían que podía hacer un vínculo de ocho partes! ¡De ocho!
—Estaba en un apuro —dije con cierta irritación—. No tenía nada que pudiera utilizar como garantía. Reconozco que no fue una idea excelente. Cuando haya pasado todo esto, podemos organizar un simposio sobre lo estúpido que soy. Pero de momento, ¿podemos continuar? —Los miré, suplicante.
Wilem se frotó los ojos con una mano y asintió cansinamente.
Simmon hizo un esfuerzo para borrar de su cara la expresión de horror, pero tuvo muy poco éxito. Tragó saliva y dijo:
—De acuerdo. ¿Qué vamos a hacer?
—Ahora, lo que menos importa es saber quién está haciéndome esto —expuse, y, con cuidado, comprobé si había dejado de sangrarme el brazo. Sí, la hemorragia había cesado, y pude apartar la mano, ensangrentada—. Voy a tomar medidas preventivas. —Hice un ademán—. Vosotros dos, id a acostaros.
Sim se frotó la frente y rió para sí.
—Cuerpo de Dios, a veces eres'insufrible. ¿‘Y si vuelven a atacarte?
—Ya ha pasado dos veces mientras estábamos aquí sentados —dije con soltura—. Me produce una especie de cosquilleo. —Sonreí al ver la cara que puso—. Estoy bien, Sim. En serio. Por algo soy el duelista mejor clasificado de la clase de Dal. Estoy a salvo.
—Mientras estés despierto —terció Wilem, muy serio.
Se me quedó rígida la sonrisa.
—Mientras esté despierto —repetí—. Claro.
Wilem se levantó y se sacudió la ropa aparatosamente.
—Muy bien. Aséate y toma tus medidas preventivas. —Me miró con sorna—. El joven maese Simmon y yo esperamos al duelista mejor clasificado de Dal en mi habitación esta noche, ¿de acuerdo?
Me sonrojé, avergonzado.
—Vale, sí. Os lo agradecería mucho.
Wil me hizo una reverencia exagerada, abrió la puerta y salió al pasillo.
Sim sonreía, más relajado.
—Muy bien, trato hecho. Pero antes de acudir a la cita, ponte una camisa. Estoy dispuesto a vigilarte toda la noche como si fueras un bebé con cólicos, pero me niego a hacerlo si te empeñas en dormir desnudo.
Cuando Wil y Sim se marcharon, salí por la ventana y subí a los tejados. Dejé la camisa en mi habitación, pues estaba ensangrentado y no quería estropearla. Era muy tarde, y

confiaba en que la oscuridad impidiera que me vieran corriendo por los tejados de la Universidad medio desnudo y manchado de sangre.
Si entiendes un poco de simpatía, es relativamente fácil protegerte de ella. Intentar quemarme o apuñalarme, o extraerme todo el calor del cuerpo hasta provocarme una hipotermia... todo eso tenía que ver con la aplicación sencilla y directa de fuerza, de modo que era fácil combatirla. Ahora que sabía qué me pasaba, estaba a salvo y podía mantenerme en guardia.
Mi nueva preocupación era que quienquiera que me estuviese atacando podía desanimarse y probar algo diferente. Como por ejemplo, detectar mi ubicación y recurrir a una agresión más prosaica, una agresión que yo no pudiera repeler mediante la fuerza de voluntad.
La felonía es algo aterrador, pero un matón con un puñal afilado puede matarte diez veces más deprisa si te sorprende en un callejón oscuro. Y sorprender a alguien con la guardia baja es facilísimo si puedes seguir cada uno de sus movimientos utilizando su sangre.
Así que me fui por los tejados. Mi plan consistía en coger un puñado de hojas secas, marcarlas con mi sangre y dejarlas rodar por la Casa del Viento. No era la primera vez que utilizaba ese truco.
Pero mientras saltaba por encima de un callejón estrecho, vi el destello de un rayo en las nubes y olí la lluvia. Se acercaba una tormenta. La lluvia apelmazaría las hojas y les impediría revolotear; además, borraría de ellas mi sangre.
Estar de pie en el tejado, sintiéndome dolorido y exhausto como si hubiera recibido una paliza, me trajo un recuerdo perturbador de los años que pasé en Tarbean. Contemplando los rayos lejanos, procuré impedir que aquella sensación me abrumara. Me obligué a recordar que ya no era el crío hambriento y desesperado de entonces.
Percibí, detrás de mí, el débil ruido de tambor de un trozo de tejado de chapa al combarse. Me puse en tensión, pero me relajé al oír la voz de Auri.
—¿Kvothe?
Miré hacia mi derecha y vi su menuda silueta a unos tres metros. La luna se estaba ocultando tras las nubes, pero detecté una sonrisa en la voz de Auri cuando dijo:
—Te he visto correr por lo alto de las cosas.
Me di la vuelta del todo para ponerme frente a ella; me alegré de que no hubiera mucha luz. No quería ni pensar en cómo reaccionaría Auri si me veía medio desnudo y cubierto de sangre.
—Hola, Auri —dije—. Se acerca una tormenta. Esta noche no deberías subir a lo alto de las cosas.
—Tú has subido —dijo ella ladeando la cabeza.
Di un suspiro.
—Sí, pero solo...
Un rayo recorrió el cielo como una araña inmensa, iluminándolo todo durante un largo segundo. Me quedé deslumbrado.
—¿Auri? —Temí que al verme se hubiera asustado.
Estalló otro relámpago más débil, y vi a Auri de pie, más cerca de mí. Me señaló con una sonrisa divertida en los labios.
—Pareces un Amyr —observó—. Kvothe es uno de los Ciridae.
Me miré, y al estallar el siguiente rayo, vi a qué se refería. Tenía surcos de sangre seca en el dorso de las manos, de cuando había intentado contener la hemorragia de mis heridas. Parecían los tatuajes que los Amyr utilizaban para marcar a sus miembros de rango más elevado.
La referencia de Auri me sorprendió tanto que se me olvidó lo primero que había aprendido sobre ella. Se me olvidó tener cuidado y le hice una pregunta.
—¿Cómo sabes quiénes son los Ciridae, Auri?

No me contestó. Cuando estalló el siguiente rayo, el resplandor solo me mostró un tejado vacío y un cielo implacable.

24 Tintineos

Me quedé en los tejados bajo la luz parpadeante de la tormenta; el corazón me pesaba en el pecho. Quería seguir a Auri y pedirle disculpas, pero sabía que habría sido inútil. Las preguntas indebidas la hacían huir, y cuando Auri escapaba, era como un conejo que se mete en la madriguera. Había infinidad de sitios donde podría esconderse en la Subrealidad. Yo no tenía la menor posibilidad de encontrarla.
Además, tenía que ocuparme de asuntos de vital importancia. En ese mismo instante, alguien podría estar adivinando mi paradero. No tenía tiempo.
Tardé casi una hora en cruzar por los tejados. La luz parpadeante de la tormenta no facilitaba las cosas, sino que las empeoraba, pues después de cada destello me quedaba deslumbrado. Pese a todo, al final conseguí llegar cojeando al tejado de la Principalía, que era donde solía encontrarme con Auri.
Bajé por el manzano, con gran dificultad, hasta el patio cerrado. Me disponía a llamar a Auri a través de los barrotes de la rejilla por donde se accedía a la Subrealidad cuando detecté movimiento entre las sombras de los arbustos.
Escudriñé la oscuridad, pero solo distinguí una silueta imprecisa.
—¿Auri? —pregunté en voz baja.
—No me gusta hablar de eso —dijo ella con la voz tomada de haber llorado. De todas las cosas desagradables que había vivido aquellos dos últimos días, aquella era sin duda la peor de todas.
—Lo siento mucho, Auri —me disculpé—. No volveré a preguntártelo. Te lo prometo.
Oí un pequeño sollozo proveniente de las sombras que me heló el corazón y le arrancó un trozo.
—¿Qué hacías en lo alto de las cosas esta noche? —pregunté. Sabía que era una pregunta segura. Ya se la había hecho muchas veces.
—Estaba mirando los rayos —me contestó sorbiéndose la nariz.
Y entonces dijo—: He visto uno que parecía un árbol.
—¿Qué había en el rayo? —pregunté con dulzura.
—Ionización galvánica —respondió Auri. Tras una pausa, añadió—: Y hielo de río. Y el oscilar de las aneas.
—Ese me habría encantado verlo —dije.
—¿Qué hacías tú en lo alto de las cosas? —Hizo una pausa y soltó una risita mezclada con hipo—. Tan desaliñado y casi desnudo.
Mi corazón empezó a deshelarse.
—Buscaba un sitio donde poner mi sangre —respondí.
—La mayoría de la gente la guarda dentro —dijo ella—. Es lo más fácil.
—Yo quiero guardar el resto dentro —expliqué—. Pero temo que alguien me esté buscando.
—Ah —dijo ella, como si lo entendiera perfectamente. Vi su sombra, ligeramente más oscura, moverse en la oscuridad, levantándose—. Deberías venir conmigo a Tintineos.
—Creo que no conozco Tintineos. ¿Me has llevado allí alguna vez?
Otro movimiento, quizá una sacudida de cabeza.
—Es privado.
Oí un ruido metálico, y luego un susurro; entonces vi una luz verde azulada que surgía de la rejilla abierta. Me metí por la abertura y me reuní con Auri en el túnel.
La luz que llevaba Auri en la mano revelaba las manchas que tenía en la cara, seguramente de haberse frotado para enjugarse las lágrimas. Era la primera vez que veía a Auri sucia.

Tenía los ojos más oscuros de lo normal y la nariz roja.
Auri se sorbió la nariz y se frotó la cara cubierta de manchas.
—Estás hecho un desastre —dijo con gravedad.
Me miré las manos y el pecho, ensangrentados.
—Es verdad —admití.
Entonces Auri esbozó una sonrisa tímida pero orgullosa y, ladeando la cabeza, dijo:
—Esta vez no me he ido muy lejos.
—Me alegro —repuse—. Y lo siento mucho.
—No. —Dio una breve pero firme sacudida con la cabeza—. Tú eres mi Ciridae, y por lo tanto eres irreprochable. —Alargó un brazo y me tocó el centro del ensangrentado pecho con un dedo—. Ivare enim euge.Auri me guió por el laberinto de túneles que componían la Subrealidad. Descendimos y pasamos por Brincos y Grillito. Luego recorrimos varios pasillos serpenteantes y volvimos a descender por una escalera de caracol de piedra que yo no había visto nunca.
Olía a piedra húmeda y se oía un suave murmullo de agua. De vez en cuando se oía el sonido arenoso de cristal sobre piedra, o el nítido tintineo de cristal sobre cristal.
Tras unos cincuenta escalones, la ancha escalera de caracol desaparecía en un inmenso y turbulento estanque de aguas negras. Me pregunté hasta qué profundidad debía de llevar la escalera.
No había ni rastro de olor a podrido ni a suciedad. Era agua limpia, y vi que formaba ondas alrededor de la escalera y se extendía hasta perderse en la oscuridad, más allá de donde alcanzaba nuestra luz. Volví a oír el tintineo de cristal y vi dos botellas girando y cabeceando en la superficie, moviéndose primero en una dirección y luego en otra. Una se sumergió y no volvió a aparecer.
De un soporte de antorcha de latón clavado en la pared colgaba un saco de arpillera. Auri metió una mano en el saco y extrajo una botella enorme, con tapón de corcho, como las que se usan para embotellar la cerveza de Bredon.
Me la entregó.
—Desaparecen durante una hora. O un minuto. A veces durante días. A veces no vuelven. —Sacó otra botella del saco—. Lo mejor es lanzar como mínimo cuatro. Así, estadísticamente, siempre hay dos que están circulando.
Asentí. Arranqué una hebra de arpillera del gastado saco y la empapé con la sangre que tenía en la mano. Quité el tapón de la botella y metí la hebra dentro.
—Pelo también —dijo Auri.
Me arranqué unos pelos de la cabeza y los metí por el cuello dé la botella. Entonces hundí bien el tapón de corcho y lancé la botella al agua. Se alejó flotando, describiendo círculos erráticos.
Auri me dio otra botella y repetimos el proceso. Cuando el agua arrastró la cuarta botella hacia sus remolinos, Auri asintió con la cabeza y se sacudió enérgicamente las manos.
—Ya está —dijo con inmensa satisfacción—. Qué bien. Estamos a salvo.Horas más tarde, lavado, vendado y considerablemente menos desnudo, me dirigí a la habitación de Wilem en las Dependencias. Esa noche, y otras muchas posteriores, Wil y Sim se turnaron para velarme mientras dormía, protegiéndome con su Alar. Eran unos amigos excelentes. Esa clase de amigos con que todo el mundo sueña pero que nadie merece, y yo menos que nadie.

25 Adquisición indebida

Pese a lo que opinaban Wil y Simmon, yo no podía creer que Devi fuera la responsable de la felonía contra mí. Era plenamente consciente de que no entendía nada de mujeres, pero Devi siempre había sido simpática conmigo. A veces, hasta cariñosa.

Es verdad, tenía una reputación pésima. Pero yo sabía mejor que nadie lo deprisa que un puñado de rumores se podían convertir en todo un cuento de hadas.

Consideraba mucho más probable que mi agresor secreto fuera, sencillamente, un alumno amargado contrariado por mi rápido ascenso en el Arcano. La mayoría de los estudiantes tardaban años en alcanzar el rango de Reˀlar, y yo lo había conseguido en menos de tres bimestres. Hasta podía ser alguien que odiara a los Edena Ruh. No sería la primera vez que me llevaba una paliza por eso.

En cierto modo, en realidad no importaba quién fuera el responsable de los ataques. Lo que necesitaba era una forma de acabar con ellos. No podía esperar que Wil y Sim me velaran el resto de mi vida.

Necesitaba una solución más permanente. Necesitaba un gram.

Un gram es una interesante obra de artificería pensada precisamente para esa clase de problemas. Es una especie de armadura simpática que impide que puedan hacer un vínculo contra tu cuerpo. Yo no sabía cómo funcionaban, pero sabía que existían. Y sabía dónde averiguar cómo fabricar uno.

Kilvin levantó la cabeza cuando me acerqué a su despacho. Sentí un gran alivio al comprobar que tenía el horno de vidrio apagado.

—¿Va todo bien, Re’lar Kvothe? —me preguntó sin levantarse delbanco de trabajo. Sujetaba una gran semiesfera de cristal con una mano y una aguja de diamante con la otra.

—Sí, maestro Kilvin —mentí.

—¿Has pensado ya en tu próximo proyecto? —me preguntó—. ¿Has tenido sueños inspirados?

—Pues sí, buscaba un esquema para fabricar un gram, maestro Kilvin. Pero no lo encuentro en los rollos ni en los libros de consulta.

Kilvin me miró con curiosidad.

—Y ¿para qué necesitas un gram, Re’lar Kvothe? Ese interés no refleja mucha fe en tus colegas arcanistas.

Como no estaba seguro de si bromeaba o no, decidí jugar limpio.

—En Simpatía Experta hemos estudiado los deslices. He pensado que si un gram sirve para denegar afinidades externas...

Kilvin rió entre dientes.

—Dal ya os está metiendo miedo. Estupendo. Y tienes razón, un gram te ayudaría a protegerte de un desliz... —Me miró, muy serio, con sus oscuros ojos de ceáldico—. Hasta cierto punto. Sin embargo, lo lógico sería que un alumno listo estudiase bien la lección y evitara el desliz mediante la cautela y el esmero.

—Eso pienso hacer, maestro Kilvin —le aseguré—. Aun así, creo que tener un gram puede resultar útil.

—Eso es cierto —admitió Kilvin asintiendo con su enmarañada cabeza—. Sin embargo, entre las reparaciones y los pedidos de oto$_{t}$ ño, vamos escasos de personal. —Señaló la ventana que daba al taller—. No puedo prescindir de ningún trabajador para fabricar una cosa así. Y aunque pudiera, tengo que pensar en el coste. La fabricación de un gram requiere un trabajo muy delicado, y se necesita oro para la incrustación.

—Preferiría hacerlo yo mismo, maestro Kilvin.
—Si el esquema no aparece en los libros de consulta es por algo —dijo Kilvin sacudiendo la cabeza—. Todavía no has progresado lo suficiente para fabricar tu propio gram. Hay que tener mucho cuidado para jugar con la sigaldría y la propia sangre.
Fui a decir algo, pero el maestro me interrumpió:
—Y lo más importante: la sigaldría necesaria para fabricar ese artículo solo está a disposición de quienes han alcanzado el rango de El'the. Las runas para trabajar con sangre y hueso tienen un potencial excesivo de mala utilización.
El tono en que lo dijo me hizo comprender que no conseguiría nada discutiendo, así que fingí que no me importaba.—No importa, maestro Kilvin. Tengo otros proyectos con que ocupar mi tiempo.
—No lo dudo, Re'lar Kvothe —dijo Kilvin componiendo una gran sonrisa—. Estoy impaciente por ver lo que me traes.
Entonces se me ocurrió una idea.
—Con ese propósito, maestro Kilvin, ¿podría utilizar uno de los talleres privados? Preferiría que no hubiera nadie fisgando por encima de mi hombro mientras trabajo.
Kilvin arqueó las cejas.
—Ahora siento el doble de curiosidad. —Dejó la semiesfera de cristal, se levantó y abrió un cajón de su mesa—. ¿Te va bien uno de los talleres del primer piso? ¿O hay algún riesgo de que explote algo? En ese caso, te daré uno del tercer piso. Hace más frío, pero el tejado es más adecuado para esas cosas.
Me quedé mirándolo y traté de decidir si bromeaba o no.
—Ya me va bien el del primer piso, maestro Kilvin. Pero necesitaré un fundidor pequeño y un poco de espacio para respirar.
Kilvin murmuró por lo bajo y sacó una llave.
—¿Piensas respirar mucho? La habitación veintisiete tiene cincuenta metros cuadrados.
—Con eso tengo de sobra —dije—. Es posible que también necesite permiso para coger metales preciosos de Existencias.
Kilvin rió entre dientes, asintió con la cabeza y me entregó la llave.
—Me encargaré de eso, Re'lar Kvothe. Estoy impaciente por ver qué me presentarás.
Me daba rabia que el esquema que necesitaba fuera de uso restringido. Pero siempre hay otras formas de obtener información, y siempre hay personas que saben más de lo que se supone.
Estaba seguro, por ejemplo, de que Manet sabía fabricar un gram. Todos sabíamos que no significaba nada que solo fuera E'lir. Pero era imposible que compartiera conmigo esa información en contra de los deseos de Kilvin. La Universidad era el hogar de Manet desde hacía treinta años, y probablemente él era el único alumno que temía la expulsión más que yo.
Eso significaba que mis opciones eran limitadas. Aparte de una búsqueda prolongada en el Archivo, no se me ocurría ninguna otra forma de conseguir mi propio esquema. Tras varios minutos estrujándome el cerebro en busca de una opción mejor, me dirigí a la Bala y Cebada.
La Bala era una de las tabernas de peor fama de nuestro lado del río. Anker's no era un local sórdido en sentido estricto, sino que sencillamente carecía de pretensiones. Estaba limpio sin oler a flores y era barato sin ser hortera. La gente iba a Anker's a comer, beber, escuchar música y, de vez en cuando, a pelearse en plan amistoso.
La Bala estaba varios peldaños más abajo en el escalafón. Estaba mugrienta, la música no era una prioridad, y normalmente las peleas solo eran recreativas para uno de los implicados.
Ojo: la Bala no era tan chunga como la mitad de los locales de Tarbean. Pero era de lo

peorcito que podías encontrar tan cerca de la Universidad. Pese a ser cutre, tenía suelos de madera y cristal en las ventanas. Y si bebías hasta perder el conocimiento y al despertar no encontrabas la bolsa del dinero, podías consolarte pensando que no te habían apuñalado ni te habían robado también las botas.
Como todavía era temprano, solo había un puñado de parroquianos repartidos por la taberna. Me alegré de ver a Sleat sentado al fondo. No lo conocía personalmente, pero sabía quién era. Había oído historias.
Sleat era una de esas personas, indispensables y raras, que tienen un don para organizar cosas. Según tenía entendido, llevaba diez años entrando y saliendo de la Universidad.
En ese momento estaba hablando con un individuo de aspecto nervioso, y preferí no interrumpirlos. Pedí dos jarras de cerveza y fingí que me bebía una mientras esperaba.
Sleat era atractivo, moreno y con los ojos castaño oscuro. Aunque no llevaba la barba característica, deduje que como mínimo era medio ceáldico. Su lenguaje no verbal transmitía una autoridad indudable. Se movía como si controlara cuanto lo rodeaba.
Y de hecho, no me habría extrañado que así fuera. Según las informaciones que tenía sobre él, podía ser perfectamente el dueño de la Bala. Los tipos como Sleat suelen tener dinero.
Sleat y el joven nervioso llegaron por fin a algún tipo de acuerdo. Sleat sonrió cordialmente cuando le estrechó la mano a su interlocutor, y le dio una palmada en la espalda antes de separarse de él.
Esperé un momento y me dirigí hacia donde estaba sentado. Al acercarme, me fijé en que había cierta separación entre su mesa y las otras de la taberna. No mucha, solo la suficiente para que resultara difícil escuchar a hurtadillas.Al verme llegar, Sleat levantó la cabeza.
—¿Podemos hablar un momento? —pregunté.
Sleat hizo un amplio ademán señalando la silla vacía.
—Qué sorpresa —dijo.
—¿Por qué?
—No recibo muchas visitas de gente inteligente. La mayoría es gente desesperada. —Miró mis dos jarras—. ¿Son las dos para ti?
—Puedes escoger la que quieras, o quedarte las dos. —Apunté con la barbilla a la de la derecha—. Pero de esta ya he bebido.
Sleat miró las dos jarras con recelo, solo una milésima de segundo; compuso una amplia y blanca sonrisa y cogió la jarra de la izquierda.
—Por lo que me han contado, dudo que vayas por ahí envenenando a la gente.
—Por lo visto sabes muchas cosas de mí —dije.
La soltura con que encogió los hombros me hizo deducir que aquel era un movimiento que tenía muy ensayado.
—Sé muchas cosas sobre todo el mundo —afirmó—, pero sobre ti sé más.
—¿Yeso?
Sleat se inclinó hacia delante apoyándose en la mesa y, con tono confidencial, dijo:
—¿Tienes idea de lo aburrido que es el estudiante medio? La mitad son turistas ricos a los que les importan un cuerno las clases. Puso los ojos en blanco e hizo como si lanzara algo por encima del hombro—. La otra mitad son ratones de biblioteca que llevan tanto tiempo soñando con esto que cuando llegan aquí casi no pueden ni respirar. Caminan sobre cáscaras de huevo, son mansos como sacerdotes. Temen que los maestros les dirijan una mirada de desaprobación.
Dio un bufido de desdén y volvió a recostarse en la silla.
—Digamos que tú eres una ráfaga de aire fresco. Todos dicen… —Se interrumpió y repitió aquel encogimiento de hombros calculado—. Bueno, ya sabes lo que dicen.
—Pues la verdad es que no —admití—. ¿Qué dice la gente?
Sleat me dedicó una sonrisa franca y hermosa.

—Ah, ahí está el problema, ¿verdad? Todos saben qué reputación tiene un hombre, excepto el interesado. A la mayoría no le importa. Pero hay quienes hemos trabajado muy duro para labrarnos nuestra reputación. Yo he construido la mía ladrillo a ladrillo. Es una herramienta útil. —Me miró con picardía—. Supongo que entiendes a qué me refiero.
—Creo que sí —dije esbozando una sonrisa.
—A ver, ¿qué dicen de mí? Dímelo, y te devolveré el favor.
—Dicen que eres bueno encontrando cosas —dije—. Que eres discreto, pero caro.
Sleat agitó las manos, molesto.
—Eso son vaguedades. Los huesos de la historia son los detalles. Dame los huesos.
Cavilé un momento.
—Me han contado que el bimestre pasado conseguiste vender varios frascos de regim ignaul neratum. Después del incendio en el taller de Kilvin, donde presuntamente se destruyó todo el que había.
Sleat asintió con la cabeza; su expresión no revelaba absolutamente nada.
—Me han contado que conseguiste hacer llegar un mensaje al padre de Veyane, en Emlin, pese a que la ciudad estaba sitiada. —Otra cabezada afirmativa—. Le conseguiste a una joven prostituta que trabajaba en La Botonería unos documentos que demostraban que era prima lejana del baronet Gamre, con lo que pudo casarse con cierto joven caballero con el mínimo de alboroto.
—Sí, de eso estoy orgulloso —dijo Sleat con una sonrisa.
—Cuando eras E'lir —continué—, te expulsaron temporalmente, durante dos bimestres, acusado de Adquisición Indebida. Dos años más tarde, te multaron y volvieron a expulsarte temporalmente por Uso Incorrecto de Materiales de la Universidad en el Crisol. Dicen que Jamison sabe qué clase de negocios haces, pero que le pagas para que haga la vista gorda. Eso último no me lo creo, por cierto.
—Ya —dijo él con soltura—. Yo tampoco.
—Pese a tus amplias actividades, solo te has presentado ante la ley del hierro una vez —proseguí—. Por Transporte de Sustancias de Contrabando, ¿verdad?
Sleat puso los ojos en blanco.
—¿Sabes qué es lo peor? Que esa vez era inocente. Los chicos de Heffron sobornaron a un alguacil para que presentara pruebas falsas. Retiraron los cargos al cabo de dos días. —Frunció el ceño—. Pero a los maestros no les importó. Lo único que les importaba era que yo había mancillado el buen nombre de la Universidad. —Hablaba con amargura—. Después de eso, mi matrícula se triplicó.
Decidí presionar un poco más.
—Hace unos meses, envenenaste a la hija de un joven conde con venitasin y no le diste el antídoto hasta que firmó cediendo el mayor de los feudos que le correspondía heredar. Y lo montaste para que pareciera que lo había perdido jugando una partida de faro con apuestas muy altas.
—¿Te han dicho por qué? —preguntó arqueando una ceja.
—No —contesté—. Supongo que porque la joven pretendía no saldar una deuda que tenía contigo.
—Algo hay de cierto en eso —dijo—. Aunque fue un poco más complicado. Y no fue con venitasin. Eso habría sido extremadamente imprudente. —Se mostró ofendido y se sacudió la manga, claramente irritado—. ¿Algo más?
Hice una pausa mientras decidía si quería que me confirmara una cosa que sospechaba desde hacía tiempo.
—No, solo que el bimestre pasado pusiste a Ambrose Anso en contacto con un par de individuos que se dedican a matar por dinero.
Sleat no mudó la expresión; permaneció impasible, con una postura suelta y relajada. Sin

embargo, detecté una ligera tensión en sus hombros. Cuando observo atentamente, se me escapan muy pocos detalles.
—¿Eso dicen?
Hice un encogimiento de hombros que superaba con mucho el suyo; fue un gesto tan desenfadado que habría puesto celoso a un gato.
—Soy músico. Toco tres noches por ciclo en una taberna muy concurrida. Oigo toda clase de historias.—Cogí mi jarra—. Y ¿qué has oído tú de mí?
—Pues lo mismo que ha oído todo el mundo. Que convenciste a los maestros para que te admitieran en la Universidad pese a que solo eras un cachorro. Sin ánimo de ofender. Dos días más tarde avergonzaste al maestro Hemme en su propia clase y saliste indemne.
—Salvo por unos latigazos.
—Salvo por unos latigazos —coincidió él—. Y mientras te los daban, no te molestaste en gritar ni sangrar, ni siquiera un poco. No me lo creería de no ser porque había cientos de testigos.
—Sí, conseguimos reunir a un público considerable —dije—. Hacía buen tiempo.
—He oído a gente tirando a dramática llamarte Kvothe el Sin Sangre después de aquello —continuó Sleat—. Aunque supongo que en parte eso se debe a que eres Edena Ruh, lo cual significa que estás tan lejos como uno puede estar de llevar sangre noble en las venas.—Debe de ser por las dos cosas —dije con una sonrisa.
—He oído que el maestro Elodin y tú os peleasteis en el Refugio —dijo Sleat con aire pensativo—. Se desataron magias poderosas y terribles, y al final ganó él haciéndote atravesar una pared de piedra y tirándote desde el tejado del edificio.
—¿Dicen por qué nos peleamos? —pregunté.
—Hay muchas versiones —dijo él quitándole importancia—. Un insulto. Un malentendido. Intentaste robarle su magia. Él intentó robarte a una mujer. Bobadas de esas.
»Veamos —prosiguió Sleát frotándose la cara—. Tocas bastante bien el laúd y eres más orgulloso que un gato pateado. Eres descortés, mordaz y no muestras ningún respeto por tus superiores, que dada tu humilde cuna de liante, son prácticamente todos.
Noté que me ponía rojo de ira; el calor abrasador de mi cara se extendió rápidamente por todo mi cuerpo.
—Soy el mejor músico que jamás conocerás o verás desde lejos —dije con una calma forzada—. Y soy Edena Ruh hasta la médula. Lo que significa que mi sangre es roja. Significa que respiro aire puro y camino por donde me llevan los pies. No me arrastro ni me acobardo como un perro ante nadie por el hecho de que tenga un título. Eso lo interpretan como orgullo quienes se han pasado la vida lamiéndoles el culo a los demás.
Sleat compuso una sonrisa perezosa, y comprendí que había mordido su anzuelo.
—También dicen que tienes mal genio. Y circulan montones de tonterías más sobre ti. Que solo duermes una hora al día. Que tienes sangre de demonio. Que puedes hablar con los muertos...
Me incliné hacia delante, intrigado. Ese no era uno de los rumores que yo había extendido.
—¿En serio? ¿Hablo con espíritus, o desentierro cadáveres?
—Supongo que se refieren a los espíritus —dijo Sleat—. No he oído a nadie mencionar robos de tumbas.
Asentí con la cabeza.
—¿Algo más?
—No, solo que el bimestre pasado te acorralaron en un callejón dos tipos que matan por dinero. Y pese a que iban armados con puñales y te pillaron desprevenido, cegaste a uno y dejaste inconsciente al otro, invocando al fuego y al rayo como Táborlin el Grande.
Nos quedamos mirándonos, y se produjo un silencio muy incómodo.
—¿Fuiste tú quien puso a Ambrose en contacto con aquellos matones? —pregunté por fin.

—Esa —dijo Sleat con franqueza— no es una buena pregunta. Insinúa que hablo de tratos privados después con ligereza. —Me miró con gesto inexpresivo; no había ni rastro de sonrisa en sus labios ni en sus ojos—. Además, ¿confiarías en que te estaba dando una respuesta sincera?
Fruncí el entrecejo.
—Sin embargo, puedo afirmar que, debido a esos rumores, ya no hay nadie muy interesado en aceptar esa clase de trabajos —dijo Sleat con desenfado—. Y no es que por aquí haya una gran demanda de esas faenas. Somos todos terriblemente civilizados.
—Y si la hubiera, tú no te enterarías.
Sleat recuperó la sonrisa.
—Exactamente —dijo. Se inclinó hacia delante—. Basta de cháchara. ¿Qué andas buscando?
—Necesito un esquema para fabricar una obra de artificería.
Sleat apoyó los codos en la mesa.
—Y...
—Contiene sigaldría que Kilvin restringe a quienes tienen rango de El'the o superior.
Sleat asintió con naturalidad.
—Y ¿para cuándo lo necesitas? ¿Horas? ¿Días?
Pensé en las noches que Wil y Sim tendrían que pasarse velándome.
—Cuanto antes, mejor.
Sleat se quedó pensativo y con la mirada extraviada.
—Te saldrá caro, y no puedo garantizarte que lo tenga un día determinado. —Me miró a los ojos—. Además, si te descubren, te acusarán de Adquisición Indebida, como mínimo.
Asentí con la cabeza.
—Y ¿sabes cuál es el castigo?
—En caso de Adquisición Indebida del Arcano que no conlleve daños a terceros —recité—, el alumno puede recibir una multa de no más de veinte talentos, puede ser azotado no más de diez veces, suspendido del Arcano o expulsado de la Universidad.
—A mí me multaron con los veinte talentos y me suspendieron durante dos bimestres —dijo Sleat con gravedad—. Y solo fue por una alquimia de nivel de Re'lar. Si lo tuyo es de nivel de El'the, el castigo puede ser mayor.
—¿Cuánto?—pregunté.
—Conseguirlo en pocos días... —Miró al techo un momento—. Treinta talentos.
Noté un vacío en el estómago, pero mantuve una apariencia serena.
—¿Esa cifra se puede negociar?
Sleat volvió a sonreír abiertamente exhibiendo unos dientes muy blancos.
—También acepto favores —dijo—. Pero un favor de treinta talentos va a ser un favor muy gordo. —Me miró con aire pensativo—. Quizá podríamos llegar a algún acuerdo por ahí. Pero me siento obligado a comentarte que cuando exijo que se cumpla el favor, hay que cumplirlo. En eso sí que no hay negociación que valga.
Asentí con calma para demostrarle que lo entendía. Pero noté que se me formaba un nudo frío en las entrañas. Aquello no era buena idea. Me lo decía mi instinto.
—¿Le debes algo a alguien más? —me preguntó Sleat—. Y no me mientas, porque me enteraré.
—Seis talentos —dije con indiferencia—. Tengo que pagarlos a finales de este bimestre.
Sleat asintió con la cabeza.
—Supongo que no conseguiste que te los diera ningún prestamista. ¿Acudiste a Heffron?
. —No, a Devi.
Por primera vez en la conversación, Sleat perdió la compostura, y*«su encantadora sonrisa se borró por completo de sus labios,
—¿A Devi? —Se enderezó, y de pronto se le tensaron todos los músculos del cuerpo—. No,

no creo que podamos llegar a un acuerdo. Si tuvieras dinero en efectivo, sería otra cosa. —Negó con la cabeza—. Pero no, ni hablar. Si Devi ya tiene un trozo de ti...
Su reacción me sorprendió, pero entonces comprendí que solo era una estrategia para pedirme más dinero.
—¿Y si te pidiera prestado dinero a ti para saldar mi deuda con ella?
Sleat negó con la cabeza y recuperó parte de su aire resuelto.
—Eso es caza furtiva pura y dura —dijo—. Devi ya tiene un interés depositado en ti. Una inversión. —Dio un sorbo y carraspeó significativamente—. No ve con buenos ojos que otros interfieran cuando ella ya ha puesto un pie.
—Supongo que me he dejado engañar por tu reputación —dije arqueando una ceja—. Ahora veo lo tonto que he sido.—¿Qué quieres decir con eso? —me preguntó arrugando la frente.
Le quité importancia con un ademán.
—Por favor, concédeme que soy al menos la mitad de listo de lo que te han dicho —dije—. Si no puedes conseguir lo que busco, reconócelo, y punto. No me hagas perder el tiempo poniendo a las cosas un precio que no puedo pagar, ni me salgas con excusas rebuscadas.
Sleat no estaba seguro de si debía ofenderse.
—¿Qué parte es la rebuscada?
—Venga, va —dije—. Estás dispuesto a infringir las leyes de la Universidad, a correr el riesgo de provocar la ira de los maestros, de los alguaciles y de la ley del hierro de Atur. ¿Pero una chiquilla hace que te tiemblen las rodillas? —Di un resoplido e imité el gesto que Sleat había hecho antes, como si hiciera una bola con algo y la lanzara por encima del hombro.
Sleat me miró un momento y se echó a reír.
—Sí, exacto —dijo enjugándose las lágrimas, sinceramente divertido—. Por lo visto, yo también me he dejado engañar por tu reputación. Si crees que Devi es una chiquilla, no eres tan listo como yo creía.
Sleat miró más allá de mi hombro, asintió a alguien que yo no veía e hizo un ademán para despedirme.
—Lárgate —me dijo—. Tengo asuntos que tratar con personas razonables que saben qué forma tiene el mundo. Contigo estoy perdiendo el tiempo.
Estaba cabreadísimo, pero me esforcé para que no se me notara.
—También necesito una ballesta —dije.
Sleat negó con la cabeza.
—No, ya te lo he dicho. Ni préstamos ni favores.
—Puedo ofrecerte materiales a cambio.
Se quedó mirándome con escepticismo.
—¿Qué clase de ballesta?
—Cualquiera —dije—. No hace falta que sea bonita. Basta con que funcione.
—Ocho talentos —impuso Sleat.
Lo miré con dureza.
—No me insultes. Esto es contrabando normal y corriente. Apuesto algo a que puedes conseguir una en dos horas. Si intentas timarme, solo tengo que cruzar el río y pedirle una a Heffron.
—Pues ve a pedírsela a Heffron, pero tendrás que cargar con ella desde Imre —replicó él—. Al alguacil le va a encantar.
Me encogí de hombros y empecé a levantarme.
—Tres talentos con cinco —dijo Sleat—. Pero será de segunda mano. Y de estribo, no de manivela.
Calculé mentalmente.
—¿Aceptarías una onza de plata y un carrete de hilo de oro? —pregunté al mismo tiempo que me los sacaba de los bolsillos de la capa.

Los oscuros ojos de Sleat se desenfocaron ligeramente mientras hacía sus cálculos.
—Eres buen negociador. —Cogió el carrete de hilo de oro y el pequeño lingote de plata—. Detrás de la curtiduría Grimsome hay un barril de agua de lluvia. La ballesta estará allí dentro de un cuarto de hora. —Me lanzó una mirada insultante—. ¿Dos horas? Se nota que no me conoces.
Horas más tarde, Felá salió de entre los estantes del Archivo y me descubrió con una mano sobre la puerta de las cuatro placas. No estaba empujándola exactamente, sino solo presionándola. Solo comprobaba si estaba firmemente cerrada. Y lo estaba.
—Supongo que a los secretarios no les dicen qué hay detrás de esta puerta, ¿verdad? —le pregunté sin esperanza alguna.
—No lo sé, pero a mí todavía no —toe contestó Felá; se acercó, estiró un brazo y pasó los dedos por los surcos de las letras grabadas en la piedra: valaritas—. Una vez soñé con esta puerta. Valaritas era el nombre de un rey antiguo. Detrás de la puerta estaba su tumba.
—Uau —dije—. Tu sueño es mucho mejor que los que tengo yo.
—¿Cómo son los tuyos?
—Una vez soñé que veía luz por el ojo de las cerraduras. Pero la mayoría de las veces estoy aquí de pie, contemplándola y tratando de entrar. —Arrugué el entrecejo—. Como si estar plantado aquí delante mientras estoy despierto no fuera suficientemente frustrante, también lo hago cuando duermo.
Felá rió un poco; luego se dio la vuelta y me miró.
—Encontré tu nota —dijo—. ¿Qué es ese proyecto de investigación que insinúas vagamente?
—Vamos a algún sitio donde podamos hablar en privado —dije—. Es una historia bastante larga.
Fuimos a uno de los rincones de lectura, y después de cerrar la puerta le conté toda la historia, situaciones embarazosas incluidas. Alguien estaba practicando felonía contra mí. No podía acudir a los
maestros por temor a revelar que había sido yo quien había entrado en las habitaciones de Ambrose. Necesitaba un gram para protegerme, pero no sabía suficiente sigaldría para fabricarlo.
—Felonía —dijo Felá en voz baja, y meneó la cabeza lentamente, consternada—. ¿Estás seguro?
Me desabroché la camisa y me descubrí el hombro revelando un moratón, producto del ataque que solo había conseguido detener parcialmente.
Felá se acercó para mirar.
—¿Y de verdad no sabes quién podría ser?
—No —dije, tratando de no pensar en Devi. De momento, prefería reservarme aquella mala decisión—. Siento mucho meterte en esto, pero eres la única que...
Felá agitó ambas manos y me interrumpió:
—No digas tonterías. Te dije que me avisaras si podía hacerte algún favor, y me alegro de que lo hayas hecho.
—Yo me alegro de que te alegres —repliqué—. Si puedes ayudarme con esto, estaré en deuda contigo. Ya no me cuesta tanto encontrar lo que busco, pero todavía soy nuevo aquí.
Felá asintió con la cabeza.
—Aprender a moverse por Estanterías lleva años. Es como una ciudad.
Sonreí.
—Eso mismo pienso yo. Y no llevo suficiente tiempo viviendo aquí para conocer todos los atajos.
Felá hizo una leve mueca.
—Y supongo que vas a necesitarlos. Si Kilvin cree que esa sigaldría es peligrosa, la mayoría

de los libros que buscas estarán en su biblioteca privada.
Noté un vacío en el estómago.
—¿En su biblioteca privada?
—Todos los maestros tienen una biblioteca privada —me'explicó Felá—. Yo sé un poco de alquimia, y por eso ayudo a identificar libros con fórmulas que Mandrag no quiere que vayan a parar a según qué manos. Los secretarios que saben sigaldría hacen lo mismo para Kilvin.
—Entonces, es inútil que los busque —dije—. Si Kilvin tiene todos esos libros guardados bajo llave, no hay ninguna posibilidad de que encuentre lo que busco.
Felá sonrió y negó con la cabeza.—El sistema no es perfecto. Solo una tercera parte del Archivo está catalogada como es debido. Seguramente, lo que tú buscas todavía está en algún lugar de Estanterías. Solo se trata de encontrarlo.
—Ni siquiera necesito todo el esquema —dije—. Si averiguara unas cuantas runas, seguramente podría inventarme el resto.
—¿Crees que sería prudente? —me preguntó mirándome con cara de preocupación.
—La prudencia es un lujo que no puedo permitirme —repuse—. Wil y Sim ya llevan dos noches velándome. No pueden pasarse los diez próximos años turnándose para dormir.
Felá inspiró y expulsó el aire lentamente.
—De acuerdo. Podemos empezar por los libros catalogados. Cabe la posibilidad de que a los secretarios se les haya escapado el que necesitas.
Cogimos varias docenas de libros de sigaldría, nos encerramos en un rincón de lectura apartado del cuarto piso y comenzamos a hojearlos uno por uno.
Empezamos con la esperanza de encontrar un esquema completo de un gram, pero a medida que pasaban las horas, fuimos rebajando nuestras expectativas. Si no un esquema completo, quizá encontráramos una descripción. Quizá una referencia a la secuencia de runas utilizadas. El nombre de una sola runa. Una pista. Un indicio. Una pizca. Una pieza del rompecabezas.
Cerré el último de los libros que nos habíamos llevado al rincón-, de lectura. Al cerrarse, el libro dio un sonoro golpazo.
—¿Nada? —me preguntó Felá, cansada.
—Nada. —Me froté la cara con ambas manos—. No ha habido suerte.
Felá se encogió de hombros, y hacia la mitad del movimiento hizo una mueca; entonces estiró el cuello y ladeó la cabeza para estirar un músculo contracturado del cuello.
—Lo lógico era empezar por los sitios más obvios —dijo—, Pero esos son los sitios que los secretarios habrán revisado para Kilvin. Tendremos que escarbar a más profundidad.
Oí unas campanadas lejanas y me sorprendió que sonaran tantas veces. Llevábamos más de cuatro horas buscando.
—Te has saltado la clase —dije.
—Solo era una clase de Geometrías —dijo ella.
—Eres maravillosa. ¿Por dónde propones que continuemos?
—Por un largo y lento paseo por Estanterías. Pero será como lavar oro. Tardaremos horas, y eso si trabajamos juntos para no traslapar nuestros esfuerzos.
—Puedo pedir a Wil y a Sim que nos ayuden —propuse.
—Wilem trabaja aquí —dijo Felá—. Pero Simmon nunca ha sido secretario; seguramente no hará más que estorbar.
La miré con curiosidad.
—¿Conoces mucho a Sim?
—No mucho —admitió ella—. Lo veo por aquí.
—Creo que lo subestimas —dije—. Mucha gente lo subestima. Sim es muy inteligente.
—Aquí todos son inteligentes —repuso Felá—. Y Sim es simpático, pero...

—Ese es el problema —la atajé—. Que es simpático. Es amable, y la gente interpreta la amabilidad como debilidad. Y es feliz, lo que la gente interpreta como estupidez.
—No quería decir eso —dijo Felá.
—Ya lo sé —dije, y me froté la cara—. Lo siento. He pasado un par de días malos. Creía que la Universidad sería diferente del resto del mundo, pero veo que pasa como en todas partes: la gente trata de satisfacer a unos capullos groseros y pedantes como Ambrose, mientras que a las buenas personas como Simmon no les hacen caso por simplonas.
—Y tú ¿qué eres? —dijo Felá, sonriente, mientras empezaba a amontonar los libros—. ¿Un capullo pedante o una buena persona?
—Eso ya lo investigaré más tarde —dije—. Ahora tengo preocupaciones más urgentes.

26 Confianza

Estaba casi seguro de que Devi no era quien me estaba haciendo felonía, pero habría sido una locura ignorar el hecho de que tenía unas gotas de mi sangre. Así que cuando quedó claro que fabricar un gram iba a requerir mucho tiempo y energía, comprendí que había llegado el momento de hacerle una visita y asegurarme de que no era ella la responsable.

Hacía un día asqueroso, frío y con un viento húmedo que me atravesaba la ropa. No poseía guantes ni gorro, de modo que tuve que contentarme con ponerme la capucha y envolverme las manos con la capa al mismo tiempo que me la ceñía alrededor de los hombros.

Mientras cruzaba el Puente de Piedra, se me ocurrió otra posibilidad: quizá alguien le hubiera robado mi sangre a Devi. Eso era lo que, tenía más sentido. Necesitaba asegurarme de que el frasco con mi sangre estaba intacto y a salvo. Si todavía lo tenía Devi, y si nadie lo había abierto, sabría que ella no tenía nada que ver con los ataques.

Me dirigí al extremo oeste de Imre y paré en una taberna a tomarme una cerveza y calentarme junto a la chimenea. Después recorrí el callejón, que ya conocía muy bien, y subí por la estrecha escalera de detrás de la carnicería. Pese al frío y a la lluvia reciente, seguía oliendo a grasa rancia.

Inspiré hondo y llamé.

Al cabo de un minuto, la cara de Devi asomó por la puerta entreabierta apenas una rendija.

—¡Hombre, hola! ¿Vienes por negocios o por placer?

—Sobre todo por negocios —contesté.

—Qué pena. —Terminó de abrir.

Al entrar en la habitación, tropecé en el umbral; me caí sobre Devi y apoyé brevemente una mano en su hombro para recobrar el equilibrio.

—Lo siento —dije, turbado.

—Tienes muy mala cara —comentó Devi mientras echaba el cerrojo—. Espero que no hayas venido a pedirme más dinero. No hago préstamos a la gente que acaba de resucitar de una borrachera de tres días.

Me senté, cansado, en una silla.

—Te traigo tu libro —dije; lo saqué de debajo de mi capa y lo puse encima de la mesa.

Devi lo miró y, esbozando una sonrisa, me preguntó:

—¿Qué te ha parecido el viejo Malcaf?

—Árido. Farragoso. Aburrido.

—Y no tiene ilustraciones —dijo ella con aspereza—. Pero eso no viene al caso.

—Sus teorías sobre la percepción como fuerza activa me han parecido interesantes —admití —. Pero escribe como si temiera que alguien pudiese llegar a entenderlo.

Devi frunció los labios y movió afirmativamente la cabeza.

—Yo también pensé algo parecido. —Estiró un brazo y deslizó el libro hacia su lado de la mesa—. ¿Qué te ha parecido el capítulo sobre propiocepción?

—Me ha dado la impresión de que hablaba desde un profundo pozo de ignorancia —declaré —. En la Clínica he conocido a varios amputados. No creo que Malcaf haya conocido a ninguno.

Observé a Devi tratando de detectar alguna señal de culpabilidad, algún indicio de que hubiera practicado felonía contra mí. Pero no vi nada. Estaba como siempre, jovial e incisiva. Pero yo había crecido rodeado de actores, y sé que hay muchas maneras de ocultar los sentimientos.

Devi frunció el entrecejo exageradamente.
—Estás muy serio. ¿En qué piensas?
—Quería hacerte un par de preguntas —dije, evasivo. No tenía ningunas ganas de abordar el tema—. No tiene nada que ver con Malcaf.
—Estoy harta de que solo me valoren por mi intelecto. —Se recostó en la silla y estiró los brazos por encima de la cabeza—. ¿Cuándo encontraré a un chico guapo que solo me quiera por mi cuerpo? —Se desperezó con exuberancia, pero a medio camino se paró y me miró con cara de desconcierto—. Esperaba alguna ocurrencia. Normalmente eres más rápido.
—Tengo muchas cosas en la cabeza —dije esbozando una sonrisa—. Dudo que hoy pueda estar a la altura de tus agudezas.—Nunca he creído que pudieras estar a la altura de mis agudezas —replicó ella—. Pero me gusta bromear un poco de vez en cuando. —Se inclinó hacia delante y entrelazó las manos sobre la mesa—. ¿Qué clase de preguntas?
—¿Estudiaste mucha sigaldría en la Universidad?
—Preguntas personales. —Arqueó una ceja—. No. No me interesaba. Demasiado toqueteo para mi gusto,
—No pareces de esa clase de mujeres a las que no les interesa un poco de toqueteo de vez en cuando —dije, y conseguí arrancarme una débil sonrisa.
—Eso ya está mejor —dijo ella, satisfecha—. Sabía que podrías.
—Supongo que no tienes ningún libro sobre sigaldría avanzada, ¿verdad? —pregunté—. Sobre esas cosas a las que los Re’lar no tienen acceso.
—No —dijo Devi sacudiendo la cabeza—. Pero tengo unos textos de alquimia muy buenos. Libros que jamás encontrarías en tu precioso Archivo. —Cuando pronunció la última palabra, su voz adquirió un deje de resentimiento.
Entonces fue cuando lo entendí todo. Devi jamás habría sido tan negligente como para dejar que alguien robara mi sangre. Jamás la habría vendido para obtener un beneficio rápido. No necesitaba el dinero. No me guardaba rencor por nada.
Sin embargo, Devi habría dado cualquier cosa por entrar en el Archivo. ,
—Es curioso que menciones la alquimia —dije con toda la serenidad de que fui capaz—. ¿Has oído hablar de una cosa que se llama plombaza?
—Sí, claro —dijo ella con toda tranquilidad—. Es un potingue bastante asqueroso. Me parece que tengo la fórmula. —Se volvió un poco hacia la estantería, sin levantarse de la silla—. ¿Te interesa verla?
Su rostro no la delató, pero con suficiente práctica cualquiera puede controlar la expresión. Su lenguaje corporal tampoco revelaba nada. Solo había una ligera tensión en los hombros, una pizca de vacilación.
Fueron sus ojos. Cuando mencioné la plombaza, vi un destello en ellos. Y no era solo reconocimiento. Era culpabilidad. Claro. Devi le había vendido la fórmula a Ambrose. ¿por qué no iba a vendérsela? Ambrose era un secretario de rango elevado. Él podía colarla en el Archivo. Qué demonios, con los recursos económicos de que disponía, ni siquiera le hacía falta eso. Era bien sabido que a veces Lorren permitía entrar en el Archivo a estudiantes que no eran miembros del Arcano, sobre todo si sus padrinos estaban dispuestos a allanarles el terreno haciendo una generosa donación. En una ocasión, Ambrose había comprado una posada entera únicamente para fastidiarme. ¿Cuánto más estaría dispuesto a pagar por unas gotas de mi sangre?
No. Wil y Sim tenían razón en eso. Ambrose nunca se ensuciaba las manos si podía evitarlo. Para él era mucho más sencillo contratar a Devi para que le hiciera el trabajo sucio. A ella ya la habían expulsado. No tenía nada que perder y, en cambio, podía ganar el acceso a los secretos del Archivo.
—No, gracias —dije—. No me interesa mucho la alquimia. —Inspiré hondo y decidí ir al

grano—. Pero necesito ver mi sangre.
La máscara de jovialidad de Devi se resquebrajó. Sus labios todavía sonreían, pero sus ojos estaban fríos.
—¿Cómo dices? —En realidad no era una pregunta.
—Necesito ver la sangre que te dejé —dije—. Necesito saber que está bien guardada.
—Me temo que no podrá ser. —Su sonrisa se borró por completo, y sus labios dibujaron una fina línea horizontal—. Yo no trabajo así. Además, ¿acaso crees que soy tan estúpida como para guardar esas cosas aquí?
Noté un vacío en el estómago; todavía no quería creerlo.
—Podemos ir a donde la tengas —propuse con calma—. Alguien ha estado haciendo felonía contra mí. Necesito comprobar que nadie ha tocado mi sangre. Nada más.
—¿Cómo voy a enseñarte dónde guardo esas cosas? —dijo Devi con mordacidad—. ¿Te has dado un golpe en la cabeza, o qué?
—Lo siento, pero tengo que insistir.
—Adelante, siéntelo todo lo que quieras —dijo Devi fulminándome con la mirada—. Adelante, insiste. No conseguirás nada.
Era ella. No tenía ningún otro motivo para no enseñarme la sangre.
—Si te niegas a enseñármela —continué, procurando mantener un tono de voz calmado—, debo deducir que has vendido mi sangre, o que tú misma has hecho un fetiche, por la razón que sea.
Devi se recostó en la silla y se cruzó de brazos con afectada despreocupación.
—Puedes deducir todas las estupideces que quieras. Verás tu sangre en cuanto saldes tu deuda conmigo, y punto.
Saqué un muñeco de cera de debajo de mi capa y apoyé la mano en la mesa para que Devi pudiera verlo.
—¿Quién es? ¿Yo? ¿Con esas caderas? —Pero solo era el esqueleto de un chiste, un acto reflejo. Su tono de voz era monótono y estaba cargado de ira. Devi me miraba con dureza.
Con la otra mano saqué un pelo corto, rubio rojizo, y se lo enganché al muñeco en la cabeza. Devi, inconscientemente, se llevó una mano a la cabeza y puso cara de indignación.
—Me están atacando —dije—. Necesito asegurarme de que mi sangre está... ‘
Esa vez, cuando mencioné mi sangre, vi que Devi desviaba brevemente la vista hacia uno de los cajones de su mesa. Le temblaron un poco los dedos.
La miré a los ojos.
—No lo hagas —dije con gravedad.
Devi movió una mano hacia el cajón y lo abrió de un tirón.
No tenía ninguna duda de que dentro del cajón estaba el fetiche que Devi había utilizado para atacarme. No podía permitir que lo cogiera. Me concentré y murmuré un vínculo.
La mano de Devi se detuvo bruscamente antes de meterse en el cajón.
No hice nada para lastimarla. Ni fuego, ni dolor, nada del estilo de lo que ella llevaba varios días haciéndome a mí. Solo fue un vínculo para inmovilizarla. En la taberna donde había entrado a calentar-., me había cogido un pellizco de ceniza de la chimenea. No era una fuente muy buena, y estaba más lejos de lo que me habría gustado, pero era mejor que nada.
Sin embargo, seguramente solo podría paralizar a Devi unos minutos hasta extraer tanto calor del fuego que acabara extinguiéndolo. Pero esperaba tener suficiente tiempo para sonsacarle la verdad y exigirle que me devolviera el fetiche que me representaba.
Devi intentaba moverse y no podía; lanzaba chispas por los ojos.
—¡Cómo te atreves! —me gritó—. ¡Cómo te atreves!
—¡Cómo te atreves tú! —le espeté, furioso—. ¡No puedo creer que confiara en ti! Te defendí ante mis amigos... —No terminé la frase, porque entonces pasó algo increíble. Pese a mi

vínculo, Devi empezó a moverse, y su mano avanzó poco a poco hacia el cajón abierto.
Me concentré más y la mano de Devi se quedó quieta. Entonces, despacio, empezó a moverse de nuevo y empezó a desaparecer dentro del cajón. Yo no daba crédito a lo que veía.
—¿Te crees que puedes entrar aquí y amenazarme? —dijo Devi entre dientes, con el rostro transido de ira—. Antes de que me expulsaran ya era Re’lar, maldito patán. Me gané el título a pulso. Mi Alar es como una tormenta en el mar. —Su mano ya se había introducido casi por completo en el cajón.
Noté un sudor frío en la frente y partí mi mente tres veces más. Volví a murmurar, y cada parte de mi mente hizo un vínculo separado, todos dirigidos a paralizar a Devi. Extraje calor de mi cuerpo y noté que el frío ascendía por mis brazos a medida que lanzaba todo mi poder sobre ella. En total eran cinco vínculos. Mi límite.
Devi se quedó quieta como una estatua, y de lo más hondo de su garganta surgió una risa.
—Vaya, eres muy bueno. Ahora casi me creo las historias que cuentan de ti. Pero ¿qué te hace pensar que podrías hacer lo que no pudo hacer ni siquiera Elxa Dal? ¿Por qué crees que me expulsaron? Porque les daba miedo una mujer que ya en su segundo año estaba al mismo nivel que un maestro. —El sudor hacía que el cabello se le adhiriera a la frente.
Apretó los dientes, y su cara de duendecillo adquirió una expresión fiera y determinada. Su mano empezó a moverse otra vez.
De pronto retiró la mano del cajón con un movimiento brusco, como si la sacara de una masa de barro espeso. Puso un objeto redondo y metálico encima de la mesa de un golpazo, haciendo que la llama de la lámpara se agitara y parpadease. No era un fetiche. Tampoco era el frasco que contenía mi sangre.
—Hijo de puta —dijo, salmodiando casi las palabras—. ¿Crees que no estoy preparada para estas situaciones? ¿Crees que eres el primero que intenta aprovecharse de mí? —Hizo girar la parte superior de la esfera de metal gris, que produjo un chasquido, y apartó la mano lentamente. Pese a todos mis esfuerzos, no conseguí inmovilizarla.
Entonces reconocí el objeto que Devi había sacado del cajón. Lo había estudiado con Manet el bimestre anterior. Kilvin los llamaba «aceleradores exotérmicos independientes», pero todo el mundo los llamaba «calentadores de bolsillo» o «golfillos».
Contenían queroseno, nafta o azúcar. Una vez activado, el golfillo quemaba el combustible del interior y expulsaba, durante unos cinco minutos, el mismo calor que un fuego de fragua. Entonces había que desmontarlo, limpiarlo y rellenarlo. Eran artilugios complicados y peligrosos, y se rompían fácilmente debido al rápido calentamientoy enfriamiento. Pero durante unos momentos proporcionaban al simpatista una cantidad de energía equivalente a la de una hoguera.
Me sumergí en el Corazón de Piedra y partí otro trozo de mi mente mientras murmuraba el vínculo. Entonces intenté hacer el séptimo y fracasé. Estaba cansado y dolorido. El frío trepaba por mis brazos, y había sufrido mucho aquellos últimos días, Pero apreté las mandíbulas y me obligué a murmurar las palabras.
Devi ni siquiera notó el sexto vínculo. Moviéndose con la lentitud del minutero de un reloj, se arrancó un hilo suelto de la manga. El golfillo emitió un chasquido metálico y empezó a desprender calor en oleadas temblorosas.
—Ahora mismo no tengo una relación decente —dijo Devi mientras la mano con que sujetaba el hilo se desplazaba despacio hacia el golfillo—. Pero si no sueltas el vínculo, utilizaré esto para quemar toda la ropa que llevas puesta, y sonreiré mientras gritas.
Es curioso lo que piensas en esas situaciones. Lo primero que pensé no fue que iba a quemarme vivo. Pensé que se me estropearía la capa que me había regalado Felá, y que solo me quedarían dos camisas. Dirigí la mirada hacia el tablero de la mesa de Devi, donde el barniz estaba empezando a formar un círculo de ampollas alrededor del golfillo. Notaba el

calor irradiando contra mi cara.
Sé reconocer la derrota. Rompí los vínculos, y mi mente se estremeció al volver a juntarse todas las piezas.
Devi hizo rodar los hombros y dijo: .
—Suéltalo.
Abrí la mano, y el muñeco de cera cayó rodando sobre la mesa. Me senté con las manos en el regazo y me quedé muy quieto, porque no quería hacer nada que pudiera sobresaltar o amenazar a Devi.
Devi se levantó y se inclinó sobre la mesa. Alargó un brazo y me pasó una mano por el pelo; luego formó un puño y me arrancó unos cuantos. No pude evitarlo: grité.
Devi volvió a sentarse, cogió el muñeco y sustituyó su pelo por unos cuantos de los míos. Murmuró un vínculo,
—No lo entiendes, Devi —dije—. Solo necesito...
Cuando había vinculado a Devi, me había concentrado en sus brazos y sus piernas. Es la manera más eficaz de inmovilizar a alguien. Solo disponía de una cantidad de calor limitada para trabajar y no podía malgastar la energía.
En cambio, ahora Devi tenía calor de sobra, y su vínculo me sujetó como las mordazas de un torno de banco. No podía mover los brazos ni las piernas, ni la mandíbula, ni la lengua. Apenas podía respirar, y únicamente hacía unas inspiraciones cortas y superficiales que no requerían ningún movimiento del pecho. Fue horroroso, como si alguien me agarrara el corazón con el puño.
—Confiaba en ti. —La voz de Devi era grave y áspera, como una afilada sierra de cirujano amputando una pierna—. Confiaba.—Me lanzó una mirada llena de furia y de odio—. Sí, vino una persona que quería comprar tu sangre. Cincuenta y cinco talentos. Rechacé su oferta. Hasta negué conocerte porque tú y yo teníamos una relación de negocios. Yo respeto los tratos que hago.
«¿Quién?», quería gritar. Pero solo conseguí pronunciar un inarticulado «egggg».
Devi miró el muñeco de cera que tenía en la mano, y luego el golfillo, que estaba dejando un círculo quemado y oscuro en el tablero de la mesa.
—Ahora nuestra relación de negocios ha terminado—dijo sin vacilar—. Exijo el pago de la deuda. Tienes hasta el final del bimestre para traerme mi dinero. Nueve talentos. Si te retrasas un solo minuto, venderé tu sangre para recuperar mi inversión y me desentenderé de ti.
Me miró con frialdad.
—En realidad te mereces algo mucho peor. Todavía tengo tu sangre. Si vas a hablar con los maestros de la Universidad o con el alguacil de Imre, acabarás mal.
Empezaba a salir humo de la mesa, y Devi movió la mano para sostener el muñeco sobre el golfillo, que seguía produciendo chirridos metálicos. Murmuró algo, y noté un hormiguero de calor que recorría todo mi cuerpo. Era exactamente la misma sensación de fiebre repentina que llevaba días sufriendo.
—Cuando suelte este vínculo, dirás: «Lo entiendo, Devi». Y luego te marcharás. Al final del bimestre, enviarás a alguien con el dinero que me debes. No vendrás tú. No quiero volver a verte jamás.
Me miró con tanto desprecio que me estremezco al recordarlo. Entonces me escupió, y unas diminutas gotas de saliva cayeron sobre el golfillo y se evaporaron emitiendo un siseo.
—Si vuelvo a verte, aunque sea con el rabillo del ojo, lo pagarás.
Levantó el muñeco de cera por encima de la cabeza y lo bajó de golpe aplastándolo con la palma contra el tablero de la mesa. Si hubiera podido encogerme o gritar de pánico, lo habría hecho.
El muñeco de cera se rompió. Se le soltaron los brazos y las pierñas, y la cabeza rodó por la

mesa y cayó al suelo. Noté un repentino impacto, como si me hubiera precipitado desde cierta altura y hubiera chocado, plano, contra un suelo de piedra. Fue impactante, pero no tan grave como podía haber sido. Pese al terror de la situación, una parte de mí admiró la precisión y el control de Devi.

El vínculo que me sujetaba se soltó, y respiré hondo.

—Lo entiendo, Devi —dije—. Pero ¿puedo...?

—¡Largo de aquí! —me gritó.

Me marché. Me gustaría poder decir que fue una salida digna, pero no estaría siendo fiel a la verdad.

27 Presión

Wil y Sim me esperaban en el rincón del fondo de Anker's. Llevé a su mesa dos jarras de cerveza y una bandeja llena de pan recién hecho con mantequilla, queso y fruta, y unos cuencos de sopa caliente, con mucha carne de ternera y nabos.
Wilem se frotó un ojo con la palma de la mano. Estaba un poco paliducho, pese a su oscura tez ceáldica, pero por lo demás no se le notaba mucho que llevara tres noches durmiendo poco.
—¿Qué celebramos?
—Solo quiero ayudaros a recuperar fuerzas —dije.
—Yo ya me he ocupado de eso —dijo Sim—. He echado una siesta reparadora durante una clase sobre sublimación. —Se le marcaban un poco las ojeras, pero aparte de eso, no estaba muy desmejorado.
Wilem empezó a llenarse el plato.
—Has dicho que tenías noticias. ¿Qué clase de noticias?
—De todo uñ poco —dije—. ¿Cuál queréis primero, la buena o la mala?
—Primero la mala —dijo Simmon.
—Kilvin no va a darme los esquemas que necesito para fabricarme un gram. Es por la sigaldría que contienen. Runas para sangre y hueso y esas cosas. Cree que son demasiado peligrosas para enseñárselas a un Re'lar.
—¿Te ha dicho por qué? —preguntó Simmon con curiosidad.
—No —admití—. Pero me lo imagino. Podría utilizarías para hacer todo tipo de cosas desagradables. Como por ejemplo, un pequeño disco de metal con un agujero en medio; si viertes una gota de sangre encima, puedes utilizarlo para quemar vivo a alguien.
—Dios, qué espanto —dijo Sim, y dejó la cuchara—. ¿Nunca tienes ideas agradables?— Cualquier miembro del Arcano podría hacer eso con simpatía básica —señaló Wilem.
—Es muy diferente —dije—. Una vez que hubiera fabricado ese artilugio, cualquiera podría utilizarlo. Todas las veces que quisiera.
—Eso es una locura —terció Simmon—. ¿Por qué iba a hacer alguien una cosa así?
—Por dinero —respondió Wilem, serio—. La gente comete muchas estupideces por dinero, continuamente. —Me lanzó una mirada significativa—. Como pedir prestado dinero a gatessors sanguinarios.
—Lo cual nos lleva a la otra noticia —dije, un tanto incómodo—. He hablado con Devi.
—¿Has ido tú solo? —dijo Simmon—. ¿Eres idiota?
—Sí —contesté—. Pero no por lo que tú crees. Las cosas se pusieron feas, pero ahora ya sé que Devi no era la responsable de los ataques.
—Si no era ella, entonces, ¿quién?—preguntó Wilem frunciendo el entrecejo.
—Solo hay una respuesta lógica —dije—. Ambrose.
Wil negó con la cabeza.
—Eso ya lo hemos hablado. Ambrose nunca correría ese riesgo. Él...
Levanté una mano para atajarlo.
—Él nunca se arriesgaría a hacer felonía contra mí —concedí—. Pero dudo que sepa a quién está atacando.
Wilem cerró la boca y se quedó pensativo.
—Pensadlo un poco —continué—. Si Ambrose hubiera sospechado que había sido yo, me habría acusado ante los maestros. No sería la primera vez. —Me froté el brazo herido—. Descubrirían mis lesiones, y eso me delataría.

Wil se quedó mirando la mesa.
—Kraem —dijo—. Tiene sentido. Quizá sospeche que contrataste a un ladrón, pero no que entraste tú personalmente. Él nunca haría una cosa así.
Asentí con la cabeza.
—Seguramente está intentando encontrar a la persona que entró en sus habitaciones. O simplemente busca una venganza fácil. Eso explica por qué los ataques son cada vez más intensos. Seguramente cree que el ladrón se marchó a Imre o a Tarbean.
—Tenemos que contárselo a los maestros —dijo Simmon—. Podrían registrar sus habitaciones esta misma noche. Lo expulsarían
por esto, y lo azotarían. —Sus labios dibujaron una amplia y despiadada sonrisa—. Dios, daría diez talentos por que me dejaran sujetar el látigo.
Su tono sanguinario me hizo reír. No era fácil sacar el lado oscuro de Sim, pero una vez que lo conseguías, no había vuelta atrás.
—No podemos, Sim.
—No puedo creer lo que dices —dijo Sim mirándome con incredulidad—. No podemos permitir que salga indemne de esta.
—Lo primero que harán será expulsarme por entrar en sus habitaciones. Conducta Impropia.
—Dudo que te expulsaran por eso —dijo Sim, pero sin convicción.
—No pienso correr ese riesgo —declaré—. Hemme me odia. Brandeur siempre sigue el ejemplo de Hemme. Lorren todavía me tiene en la lista negra. Eso son tres votos en contra.
—Me parece que juzgas mal a Lorren —opinó Wilem—. Pero tienes razón: te expulsarían, aunque solo fuera para aplacar al barón Anso.
—¿Eso crees, en serio?—dijo Sim mirando a Wilem,
Wil asintió.
—Podría ser que ni siquiera expulsaran a Ambrose —dijo con gravedad—. Es el alumno favorito de Hemme, y los maestros saben que su padre podría causarle muchos problemas a la Universidad. —Dio un resoplido—. Imaginaos los problemas que podría causar Ambrose cuando reciba su herencia. —Wilem bajó la mirada y meneó la cabeza—. Estoy de acuerdo con Kvothe, Sim.
Simmon dio un hondo suspiro.
—Estupendo. —Entonces me miró entornando los ojos y añadió—: Te lo dije. Te dije que dejaras en paz a Ambrose. Pelearse con él es como meter el pie en una trampa para osos.
—¿Una trampa para osos? —pregunté, pensativo.
Sim asintió enérgicamente.
—El pie entra fácilmente, pero nunca vuelve a salir.
Una trampa para osos —repetí—. Claro, eso es justo lo que necesito.
Wilem soltó una amarga risotada.
Lo digo en serio—dije—. ¿Dónde puedo encontrar una trampa para osos?
Wil y Sim me miraron de una manera extraña, y decidí no tentar a la suerte.—Solo era una broma —mentí, pues no quería complicar más las cosas. Ya me espabilaría para encontrarla yo solo.
—Necesitamos asegurarnos de que es Ambrose —dijo Wilem.
—Si comprobamos que está encerrado en sus habitaciones las próximas veces que me ataquen, tendremos la prueba definitiva —argumenté.
La conversación decayó un poco, y durante un par de minutos comimos en silencio, cada uno enfrascado en sus propios pensamientos. ‘
—Muy bien —dijo entonces Simmon; por lo visto había llegado a alguna conclusión—. En realidad no ha cambiado nada. Sigues necesitando un gram, ¿no es así? —Miró primero a Wil, que asintió, y luego otra vez a mí—. Y ahora, suelta la buena noticia antes de que me

dé algo.
Sonreí. ^
—Felá dice que me ayüdará a buscar el esquema en el Archivo. —Los señalé a ambos—. Si queréis participar, debéis estar preparados para pasar largas y agotadoras horas en estrecho contacto con la mujer más hermosa de este lado del río Omethi.
—Bueno, quizá encuentre algún rato libre —dijo Wilem con indiferencia.
Simmon sonrió abiertamente.
Así pues, empezamos a buscar en el Archivo.
Sorprendentemente, al principio fue divertido, casi como un juego. Los cuatro nos repartíamos por diferentes secciones del Archivo; luego volvíamos y rastreábamos juntos en los libros. Pasábamos horas hablando y bromeando, disfrutando de aquel desafío y de la compañía de los otros.
Pero a medida que las horas se convirtieron en días de búsqueda infructuosa, la emoción fue consumiéndose y solo quedó una perseverancia férrea. Wil y Sim seguían velándome por la noche, protegiéndome con su Alar, y durante el día estaban hoscos e irritables. Reduje a cinco mis horas de sueño para ponerles las cosas más fáciles.
En circunstancias normales, me habría bastado con dormir cinco horas, pero todavía estaba recuperándome de mis lesiones. Es más, necesitaba mantener en todo momento el Alar que me protegía. Era mentalmente agotador.
El tercer día de nuestra búsqueda, me quedé dormido mientras es-
tudiaba Metalurgia. Apenas fue medio minuto; di una cabezada y me desperté. Pero un miedo terrible me acompañó el resto del día. Si Ambrose me hubiera atacado en ese momento, podría haber muerto.
Así que, aunque en realidad no podía permitírmelo, empecé a echar mano del exiguo contenido de mi bolsa del dinero para comprarme café. Era un producto caro, pero muchas posadas y cafés de los alrededores de la Universidad tenían clientes nobles, y por eso no era difícil encontrarlo. El nahlrout me habría salido más barato, pero tenía efectos secundarios que prefería evitar.
Entre sesión y sesión de investigación en el Archivo, intentábamos confirmar mis sospechas de que Ambrose era el responsable de los ataques. En ese aspecto, al menos, tuvimos suerte. Wil vio a Ambrose volver a su habitación después de la clase de Retórica, y al mismo tiempo tuve que defenderme de un episodio de tiritona del simpatista. Felá lo vio volver a sus habitaciones después de comer, y un cuarto de hora más tarde empecé a sentir picores y calores por la espalda y los brazos.
Esa noche lo vi retirarse a sus habitaciones en El Pony de Oro después de su turno en el Archivo. Poco después, noté una débil presión en los hombros que revelaba que Ambrose intentaba apuñalarme. Después de esas punzadas en los hombros, vinieron otras en una zona más íntima de mi cuerpo.
Wil y Sim coincidieron conmigo en que no podía ser casualidad: era Ambrose. Y mejor aún: sabíamos que eso que Ambrose estaba utilizando contra mí lo guardaba en sus habitaciones.

28 Prendiendo

Los ataques no eran muy frecuentes, pero se producían de improviso.
El quinto día después de que empezáramos a buscar el esquema, un día que Ambrose debía de estar especialmente puñetero o aburrido, hubo ocho: uno cuando me estaba despertando en la habitación de Wilem, dos durante la comida, dos mientras estudiaba Fisiognomía en la Clínica y tres muy seguidos mientras trabajaba hierro en frío en la Factoría.
Al día siguiente no sufrí ningún ataque. Eso fue aún peor, en cierto modo. Horas sin nada más que hacer que esperar a que cayera el siguiente golpe.
Así pues, aprendí a mantener un Alar duro como el hierro mien-* tras comía y me bañaba, mientras asistía a clase y conversaba con mis maestros y amigos. Hasta lo mantenía mientras me batía en duelo en Simpatía Experta. El séptimo día de la búsqueda, esa distracción y mi cansancio general me condujeron a mi primera derrota en un duelo ante dos compañeros de clase, lo que puso fin a mi perfecto historial de imbatibilidad. ,
Podría decir que estaba demasiado cansado para que eso me importara, pero no sería del todo cierto.
El noveno día de la búsqueda, Wilem, Simmon y yo estábamos rastreando libros en nuestro rincón de lectura cuando se abrió la puerta y entró Felá. En lugar del montón de libros habitual, llevaba uno solo. Respiraba entrecortadamente.
—Ya lo tengo —anunció; le brillaban los ojos. Su voz estaba tan cargada de emoción que era casi furibunda—. He encontrado una
copia. —Nos acercó el libro para que pudiéramos leer las letras grabadas con pan de oro en el grueso lomo de piel: Facci-Moen ve Scrivani.
Habíamos descubierto la existencia del Scrivani al principio de nuestra búsqueda. Era una extensa colección de esquemas, obra de un artífice muerto hacía mucho tiempo llamado Surthur. Constaba de doce gruesos volúmenes de minuciosos diagramas y descripciones. Cuando encontramos el índice, creimos que nuestra búsqueda estaba próxima a su fin, pues incluía un apartado titulado «Diagramas que detallan la construcción de un maravilloso Gramm-Cinco, de eficacia demostrada en la prevención de simpatía maléfica». Referencia: volumen nueve, página ochenta y dos.
Localizamos ocho versiones del Scrivani en el Archivo, pero nunca encontramos el juego completo. Siempre faltaban los volúmenes siete, nueve y once; sin duda alguna debían de estar guardados en la biblioteca privada de Kilvin.
Habíamos pasado dos días enteros buscando, pero habíamos acabado descartando el Scrivani. Sin embargo, ahora Felá lo había encontrado, y no solo una pieza del rompecabezas, sino un libro entero.
—¿Es el bueno? —preguntó Simmon, con una mezcla de emoción e incredulidad.
Felá apartó lentamente la mano de la parte inferior de la cubierta, revelando un número grabado en oro: nueve.
Me levanté de la silla y estuve a punto de volcarla con las prisas para llegar hasta Felá. Pero ella sonrió y sostuvo el libro por encima de su cabeza.
—Primero tienes que prometerme una cena —dijo.
Me reí y estiré un brazo para coger el libro.
. —Cuando esto haya terminado, os invitaré a todos a cenar.
Felá suspiró.
—Y tienes que decirme que soy la mejor secretaria de todos los tiempos —dijo.
—Eres la mejor secretaria de todos los tiempos —afirmé—. Eres el doble de buena de lo que

Wil podría aspirar a ser, aunque tuviera una docena de manos y un centenar de ojos.
—¡Ecs! —Me dio el libro—. Aquí tienes.
Corrí hacia la mesa y abrí el libro.
—Seguro que faltan las páginas que necesitamos, o algo así —le dijo Simmon en voz baja a Wil—. Después del tiempo que llevamos buscando, no puede ser tan fácil. Seguro que falla algo.Paré de pasar páginas y me froté los ojos. Escudriñé el texto.
—Lo sabía —dijo Sim; inclinó la silla hacia atrás sobre dos patas y se tapó los ojos fatigados con las manos—. A ver si lo adivino. Tiene podredumbre gris. O lepismas. O las dos cosas.
Felá se acercó y echó una ojeada por encima de mi hombro.
—¡Oh, no! —exclamó, consternada—. No lo había abierto. Estaba tan emocionada... —Levantó la cabeza y nos miró—. ¿Alguno de vosotros sabe leer víntico éldico?
—Yo sé leer ese galimatías rechinante que llamáis atur —dijo Wilem con amargura—. Con eso ya me considero suficientemente políglota.
—Yo, solo un poco —dije—. Una docena de palabras.
—Yo sí sé —dijo Sim.
—¿En serio? —Noté que la esperanza volvía a renacer en mi pecho— ¿Cuándo lo has aprendido? *
Sim acercó la silla a la mesa hasta que pudo ver el libro.
—En mi primer bimestre de E'lir oí algo de poesía en víntico éldico. Lo estudié tres bimestres con el rector.
—A mí nunca me ha interesado la poesía —reconocí.
—Tú te lo pierdes —dijo Sim distraídamente mientras pasaba unas páginas—. La poesía en víntico éldico es brutal. Te machaca.
—¿Qué metro usa?—pregunté, curioso a mi pesar.
—Yo no entiendo de métrica —dijo Simmon, absorto, mientras pasaba un dedo por la página que tenía delante—. Va así:

> Fuimos tras el Scrivani del propio Surthur obra en tiempos ha perdida la esperanza rota.
> Por amistad movida cazadora hermosa del libro viene Felá por el hallazgo roja, sin aliento en el pecho la sangre le borbota, y tiñe su mejilla bella y ruborosa.

»Más o menos —dijo Sim distraídamente, sin dejar de escudriñar las páginas que tenía delante.
Me fijé en que Felá giraba la cabeza y miraba a Simmon como si le sorprendiera verlo allí sentado.
O mejor dicho: fue como si hasta ese momento Simmon únicamente hubiera ocupado espacio alrededor de Felá, como un mueble. Pero esa vez, cuando ella lo miró, lo captó por entero. El cabello rubio rojizo, la línea de su mandíbula, la amplitud de los hombros bajo la camisa. Esa vez, cuando lo miró, lo vio de verdad.
Dejadme decir una cosa. Todas las horas que pasamos buscando en el Archivo, todo el fastidio y el cansancio valieron la pena solo para presenciar aquel momento. Valió la pena sangre y temer a la muerte por verla enamorarse de Sim. Solo un poco. Solo el primer hálito débil del amor, tan leve que seguramente ni siquiera ella lo percibió. No fue espectacular, como un rayo seguido del estruendo de un trueno. Fue más bien como cuando golpeas pedernal contra acero y salta una chispa que se desvanece tan deprisa que casi no la ves. Pero sabes que está allí, donde no puedes verla, prendiendo.
—¿Quién te leía poesía en víntico éldico? —preguntó Wil. Felá parpadeó varias veces y volvió a mirar el libro.

—Títere —contestó Sim—. El día que lo conocí.
—¡Títere!—exclamó Wil, y pareció que fuera a mesarse los cabellos—. Que Dios me castigue, ¿cómo no se nos ha ocurrido recurrir a él? ¡Si existe una traducción atur de este libro, seguro que él sabe dónde está!
—Yo lo he pensado un montón de veces estos últimos días —dijo Simmon—. Pero últimamente no se encuentra bien. No creo que nos sirva de mucho.
—Y Títere sabe qué hay en la lista de libros restringidos —añadió Felá—. Dudo que nos diera una cosa así.
—¿Todos conocéis a ese tal Títere excepto yo? —pregunté.
—Lo conocen los secretarios —dijo Wilem.
—Creo que yo podría descifrarlo casi todo —dijo Simmon volviéndose para mirarme—. ¿Tú entiendes este diagrama? Es incomprensible para mí.
—Eso son las runas —dije señalándolas—. Está más claro que el agua. Y eso son símbolos metalúrgicos. —Me acerqué un poco más—. El resto… no lo sé. Quizá sean abreviaciones. Supongo que podremos descifrarlas sobre la marcha.
Sonreí y me volví hacia Felá.
—Felicidades. Sigues siendo la mejor secretaría de todos los tiempos.
Tardé dos días en descifrar los diagramas del Scrivani con la ayuda de Simmon. O mejor dicho, tardamos un día en descifrarlos y otro más en revisar nuestro trabajo y volverlo a revisar.
Una vez descubierta la forma de fabricar mi gram, empecé a jugar a una especie de escondite extraño con Ambrose. Necesitaba disponer de toda mi capacidad de concentración para trabajar en la sigaidría del gram. Eso significaba que tendría que bajar la guardia. De modo que solo podía trabajar en el gram cuando tenía la certeza de que Ambrose estaba ocupado con otras cosas.
El gram requería un trabajo delicado, grabados minúsculos sin margen de error. Y el hecho de tener que dedicarle momentos sueltos no ayudaba mucho. Media hora mientras Ambrose tomaba café con una joven en un café público. Cuarenta minutos cuando asistía a una clase de Lógica Simbólica. Una hora y media, mientras realizaba su turno en el mostrador del Archivo.
Cuando no podía trabajar en el gram, trabajaba en mi proyecto de artificería. Por una parte, era una suerte que Kilvin me hubiera encargado hacer algo digno de un Re’lar. Me proporcionaba la excusa perfecta para todo el tiempo que pasaba en la Factoría.
El resto del tiempo lo pasaba en la taberna del Pony de Oro. Necesitaba convertirme en un cliente habitual de aquel local. Así, llegado el momento, levantaría menos sospechas.

29 Robo

Todas las noches volvía a mi pequeña buhardilla de Anker's. Cerraba la puerta con llave, salía por la ventana y me colaba en la habitación de Wil o en la de Sim, según a quién le tocara la primera guardia esa noche.

Las cosas iban mal, pero sabía que irían infinitamente peor si Ambrose se enteraba de que era yo quien había entrado en sus habitaciones. Mis heridas se estaban curando, pero todavía eran lo bastante evidentes para incriminarme. Así que me esforzaba para mantener una apariencia de normalidad.

Una noche, ya tarde, entré en Anker's con toda la agilidad y el vigor de un engendro. Hice un débil intento de charlar con la nueva camarera de la taberna y cogí media hogaza de pan antes de desaparecer por la escalera.

Un minuto más tarde volvía a estar en la taberna. Estaba empapado de sudor, muerto de miedo, y mi corazón tronaba en mis oídos.

La camarera alzó la vista.

—¿Has cambiado de idea sobre la copa? —me preguntó, sonriente.

Negué con la cabeza, tan enérgicamente que el pelo me azotó la cara.

—¿Me dejé mi laúd aquí anoche cuando terminé de tocar? —pregunté, frenético.

La chica meneó la cabeza.

—Te lo llevaste, como siempre. ¿Recuerdas que te pregunté si necesitabas un trozo de cordel para sujetar el estuche?

Subí la escalera a más correr. Medio minuto más tarde volvía a estar abajo.

—¿Estás segura? —pregunté respirando trabajosamente—. ¿Puedes mirar detrás de la barra, por si acaso?

Miró, pero el laúd no estaba allí. Tampoco estaba en la despensa. Ni en la cocina.

Subí la escalera y abrí la puerta de mi cuartito. En una habitación tan pequeña no había muchos sitios donde guardar un estuche de laúd. No estaba debajo de la cama. No estaba apoyado en la pared, junto a mi pequeño escritorio. No estaba detrás de la puerta.

El estuche del laúd era demasiado grande para caber en el viejo baúl que tenía a los pies de la cama, pero de todas formas, miré allí también. No estaba en el baúl. Miré otra vez debajo de la cama, para asegurarme. No estaba debajo de la cama.

Entonces miré la ventana. Miré el sencillo pestillo que yo mantenía bien engrasado para poder abrirlo desde fuera, estando de pie en el tejado.

Volví a mirar detrás de la puerta, pero tampoco estaba allí. Entonces me senté en la cama. Si momentos antes me sentía reventado, ahora sentía algo completamente diferente. Sentía que estaba hecho de papel mojado. Sentía que apenas podía respirar, como si me hubieran robado el corazón.

30 Más que la sal

Hoy —anunció Elodin alegremente— hablaremos de cosas de las que no se puede hablar. Concretamente discutiremos de por qué hay cosas de las que no se puede discutir.
Di un suspiro y dejé el lápiz. Todos los días abrigaba la esperanza de que aquella clase fuera la clase en que Elodin por fin nos enseñaría algo. Todos los días llevaba una tablilla y una de mis escasas y valiosas hojas de papel, dispuesto a aprovechar ese momento de claridad. Todos los días una parte de mí esperaba que Elodin se riera y confesase que con sus interminables tonterías no había estado haciendo nada más que poner a prueba nuestra determinación.
Y todos los días me llevaba una decepción.
—La mayoría de las cosas importantes no pueden decirse abiertamente —continuó Elodin—. No pueden hacerse explícitas. Solo pueden insinuarse. —Miró a su puñado de estudiantes en un aula enorme prácticamente vacía—. Nombrad algo que no pueda explicarse. —Señaló a Uresh—. Adelante.
Uresh pensó un poco y dijo:
—El humor. Si explicas un chiste, deja de ser un chiste.
Elodin asintió con la cabeza y apuntó a Fenton.
—¿La nominación? —sugirió Fenton.
—Esa es una respuesta fácil, Re’lar —dijo Elodin con una pizca de reproche—. Pero anticipas correctamente el tema de mi disertación, de modo que te lo dejaremos pasar. —Me señaló a mí.
—No hay nada que no pueda explicarse —declaré con firmeza—. Si algo se puede entender, se puede explicar. Puede ser que alguien no sepa explicarlo bien. Pero eso solo significa que es difícil explicarlo, no que sea imposible.
Elodin levantó un dedo.—Ni difícil ni imposible. Meramente inútil. Hay cosas que solo pueden deducirse. —Me lanzó una sonrisa exasperante—. Por cierto, tu respuesta debería haber sido «la música».
—La música se explica por sí sola —argumenté—. Es el camino y es el mapa que enseña el camino. Es ambas cosas a la vez.
—Pero ¿puedes explicar cómo funciona la música? —me preguntó Elodin.
—Por supuesto —afirmé, aunque no estaba seguro, ni mucho menos.
—¿Puedes explicar cómo funciona la música sin utilizar la música?
Me quedé cortado. Mientras pensaba qué podía contestar, Elodin se volvió hacia Felá.
—¿El amor?—preguntó ella.
Elodin arqueó una ceja, como si esa respuesta lo escandalizara ligeramente; entonces asintió en señal de aprobación.
—Un momento —dije—. No hemos terminado. No sé si podría explicar la música sin utilizarla, pero no se trata de eso. Eso no es explicación, sino traducción.
—¡Exactamente! —dijo Elodin. Su rostro se había iluminado—. Traducción. Todo conocimiento explícito es conocimiento traducido, y toda traducción es imperfecta.
—Entonces, ¿todo conocimiento explícito es imperfecto? —pregunté—. Dígale al maestro Brandeur que la geometría es subjetiva. «Me encantaría presenciar esa discusión.
—Todo conocimiento no —admitió Elodin—. Casi todo.
—Demuéstrelo—lo desafié.
—La inexistencia no se puede demostrar —terció Uresh resueltamente. Me pareció que estaba irritado—. Lógica viciada.

Me rechinaron los dientes. En efecto, era lógica viciada. Si hubiera estado más descansado, no habría cometido ese error.
—Entonces, ponga un ejemplo —dije.
—Muy bien, muy bien. —Elodin se acercó a Felá—. Utilizaremos el ejemplo de Felá. —La cogió de la mano y la obligó a ponerse de pie al mismo tiempo que me hacía señas para que lo siguiera.
Me levanté a regañadientes y Elodin nos puso a los dos uno frente a otro, ofreciendo nuestro perfil a la clase.
—Aquí tenemos a dos jóvenes encantadores —dijo—. Estaban sentados y sus miradas se han encontrado.
Elodin me empujó por el hombro obligándome a dar un paso adelanté.
—Él dice hola. Ella dice hola. Ella sonríe. Él, nervioso, se apoya ora en un pie, ora en el otro.
Paré de hacer precisamente eso, y un débil murmullo de risas recorrió el aula.
—Se percibe algo sutil en la atmósfera —continuó Elodin, y se colocó detrás de Felá. Le puso las manos sobre los hombros y se inclinó para hablarle al oído—. A ella le encantan sus facciones —dijo en voz baja—. Le intriga la curva de sus labios. Se pregunta si podría ser él, si podría mostrarle las partes más secretas de su corazón. —Felá agachó la cabeza; un intenso rubor le coloreó las mejillas.
Elodin dio un rodeo y se colocó detrás de mí.
—Kvothe la mira, y por primera vez entiende el impulso que llevó a los primeros hombres a pintar. A esculpir. A cantar.
Volvió a rodearnos y se quedó de pie entre los dos, como un sacerdote que se dispone a celebrar una boda.
—Existe entre ellos algo endeble y delicado. Ambos pueden sentirlo. Es algo parecido a la electricidad estática. Débil como la escarcha.
Me miró con sus ojos oscuros y serios.
—Vale. ¿Qué haces tú?
Me quedé mirándolo sin saber qué decir. Si había algo en lo que estaba más verde que en nominación era en cómo cortejar a una mujer.
—Tenemos tres caminos —dijo Elodin dirigiéndose a la clase. Levantó un dedo—. Primero: nuestros jóvenes enamorados pueden intentar expresar lo que sienten. Pueden intentar cantar eso que han oído cantar a sus corazones.
Elodin hizo una pausa teatral.
—Ese es el camino del loco honrado, y es un mal camino. Esa cosa que hay entre vosotros es demasiado trémula para hablar de ella. Es una chispa tan débil que hasta el aliento más suave la apagaría.
El maestro nominador sacudió la cabeza.
—Aunque seas inteligente y sepas expresarte, estás condenado al fracaso. Porque si bien vuestros labios quizá hablen el mismo idioma, vuestros corazones no. —Me miró fijamente—. Esto es un caso de traducción.
Elodin levantó dos dedos.
—El segundo camino es más prudente. Habláis de cosas sin importancia. Del tiempo. De la última obra de teatro que habéis visto. Pasáis un rato juntos. Os dais la mano. De ese modo, poco a pocoaprenderéis el significado secreto de las palabras del otro. Así, cuando llegue el momento podréis hablar añadiendo un significado sutil a vuestras palabras, para que haya entendimiento por ambas partes.
Elodin abrió un brazo hacia mí.
—Y luego está el tercer camino. El camino de Kvothe. —Se puso a mi lado, hombro con hombro, mirando a Felá—. Percibes que hay algo entre vosotros dos. Algo maravilloso y delicado.

Dio un suspiro romántico de enamorado.
—Y como aspiras a tener certeza en todo, decides forzar la situación. Tomas la ruta más corta. Mejor cuanto más sencillo, piensas. —Elodin abrió las manos y flexionó los dedos varias veces seguidas, como si quisiera apresar a Felá—. Y te lanzas sobre los pechos de esta joven.
Todos los alumnos excepto Felá y yo rompieron a reír, sorprendidos. Arrugué la frente. Felá se cruzó de brazos, y el rubor se extendió por su cuello hasta desaparecer bajo su camisa. Elodin le dio la espalda y me miró de hito en hito.
—Re'lar Kvothe—dijo con seriedad—. Intento despertar tu mente dormida al sutil lenguaje que susurra el mundo. Intento seducirte para que comprendas. Intento enseñarte. —Se inclinó hacia delante, hasta que nuestras caras casi se tocaron—. Suéltame las tetas.
Salí de la clase de Elodin de muy mal humor.
Aunque para ser sincero, he de decir que desde hacía unos días mi humor iba de malo a malísimo. Intentaba ocultárselo a mis amigos, pero estaba empezando a derrumbarme bajo tanto peso.
La pérdida de mi laúd era la gota que había colmado el vaso. Todo lo demás había conseguido tomármelo con calma: la dolorosa quemadura del pecho, el dolor constante de las rodillas, la falta de sueño. El miedo persistente a soltar mi Alar en el momento más inoportuno y que de pronto empezara a vomitar sangre.
Lo sobrellevaba todo: mi extremada pobreza, mi frustración con las clases de Elodin. Hasta la nueva resaca de ansiedad que me provocaba saber que Devi esperaba al otro lado del río con el corazón lleno de rabia, tres gotas de mi sangre y un Alar como una tormenta en el mar.
Pero perder mi laúd fue demasiado. No se trataba solo de que lo necesitara para pagar mi habitación y mi manutención en Anker's. No era solo que mi laúd fuera la pieza clave de mi capacidad para ganarme la vida si me veía obligado a marcharme de la Universidad.No. Se trataba sencillamente de que con mi música podía sobrellevar todo lo demás. Mi música era el pegamento que me mantenía entero. Dos días sin él, y ya me estaba derrumbando.
Después de la clase de Elodin, me sentí incapaz de pasar más horas encorvado sobre un banco de trabajo en la Factoría. Me dolían las manos solo de pensarlo, y me escocían los ojos por la falta de sueño.
Así que volví a Anker's con intención de comer pronto. Debía de ofrecer un aspecto lamentable, porque Anker me trajo una ración doble de beicon con la sopa y una cerveza pequeña.
—¿Qué tal te fue la cena, si no es indiscreción? —me preguntó Anker apoyándose en la barra.
—¿Cómo dices?
—La cena con esa joven. No me gusta entrometerme, pero el mensajero se limitó a dejar la nota. Tuve que leerla para saber para quién era.
Miré a Anker con perplejidad.
Anker me miró extrañado y frunció el entrecejo.
—¿Laurel no te entregó la nota?
Negué con la cabeza, y Anker se puso a maldecir.
—Te lo juro, algunos días la luz debería atravesar la cabeza de esa chica. —Empezó a buscar detrás de la barra—. Un mensajero dejó una nota para ti anteayer. Le dije que te la diera cuando vinieses. Aquí está.
Sacó un trozo de papel húmedo y bastante maltrecho y me lo dio.
El mensaje rezaba:

Kvothe:
He vuelto a la ciudad y me encantaría disfrutar de la compañía de un caballero agradable durante la cena. Lamentablemente, no hay ninguno disponible.
¿Querrías reunirte conmigo esta noche en la Duela Partida?
Esperanzadamente tuya,
D.

Me subió un poco la moral. Denna no solía dejarme notas, y era la primera vez que me invitaba a cenar. Pese a la rabia que me daba haber faltado a la cita, saber que había vuelto a la ciudad y que estaba deseando verme me animó considerablemente.

Engullí la comida y decidí saltarme la clase de siaru e ir a Imre. Hacía más de un ciclo que no veía a Denna, y pensé que pasar un rato con ella era lo único que podía mejorar mi estado de ánimo.

Sin embargo, cuando crucé el río mi entusiasmo ya había decaído considerablemente. El camino era largo, y antes incluso de llegar al Puente de Piedra habían empezado a dolerme las rodillas. Hacía un sol deslumbrante, pero no calentaba lo suficiente para combatir el frío viento de principios de invierno. El polvo del camino se me metía en los ojos y me hacía toser.

No encontré a Denna en ninguna de las posadas donde solía alojarse. Tampoco estaba escuchando música en La Espita ni en La Cabra de la Puerta. Ni Deoch ni Stanchion la habían visto. Temí que se hubiera marchado de la ciudad mientras yo estaba ocupado. Quizá tardara meses en volver. Quizá se hubiera marchado para siempre.

Entonces doblé una esquina y la vi sentada en un pequeño parque, bajo un árbol. Tenía una carta en una mano y una pera a medio comer en la otra. ¿De dónde habría sacado una pera en esa época del año?

Entré en el jardín y de pronto me di cuenta de que Denna estaba llorando. Me paré, sin saber qué hacer. Quería ayudarla, pero no quería entrometerme. Quizá sería mejor...

—¡Kvothe!

Denna tiró el resto de la pera, se levantó de un brinco y corrió por el césped hacia mí. Sonreía, pero tenía los ojos enrojecidos. Se secó las mejillas con una mano.

—¿Estás bien?—pregunté.

Las lágrimas volvieron a agolparse en sus ojos, pero antes de que pudieran desbordarse, Denna apretó los párpados y sacudió la cabeza.

—No —dijo—. No del todo.

—¿Puedo ayudarte?

Denna se enjugó las lágrimas con la manga de la blusa.

—Me ayudas con solo estar aquí.

Dobló la carta formando un pequeño cuadrado y se la guardó en el bolsillo. Entonces volvió a sonreír. No fue una sonrisa forzada, de las que te pones como una máscara. Fue una sonrisa sincera, adorable pese a las lágrimas.

Entonces ladeó la cabeza y me miró con atención; su sonrisa dejó paso a una expresión preocupada.

—¿Y tú? —me preguntó—. Te veo un poco paliducho.

Esbocé una sonrisa. La mía sí era forzada, y lo sabía.

—Últimamente lo he pasado un poco mal.

—Espero que no tan mal como aparentas —dijo ella con dulzura—; ¿Duermes lo suficiente?

—No —confesé.

Denna fue a decir algo, pero se detuvo y se mordió el labio inferior.

—¿Quieres que hablemos de ello? —me preguntó—. No sé si podré hacer algo para ayudarte, pero... —Encogió los hombros y trasladó ligeramente el peso del cuerpo de una

pierna a la otra—. Yo tampoco duermo bien. Sé lo que es eso.
Su ofrecimiento me pilló desprevenido. Me hizo sentir... No sabría explicar exactamente cómo me hizo sentir. No es fácil expresarlo con palabras.
No fue la oferta de ayuda en sí. Mis amigos llevaban días trabajando sin descanso para ayudarme. Pero la voluntad de ayudar de Sim era diferente. Su ayuda era tan fiable como el pan. Pero saber que le importaba a Denna era como un trago de vino caliente en una noche de invierno. Sentí su dulce calor en el pecho.
Le sonreí. Una sonrisa de verdad. Noté una sensación extraña en la cara, y me pregunté cuánto tiempo llevaba frunciendo el ceño sin saberlo.
—Me ayudas con solo estar aquí —dije con sinceridad—. El simple hecho de verte mejora mi estado de ánimo.
Denna miró al cielo.
—Claro. La visión de mi cara congestionada es una panacea.
—No hay mucho de qué hablar —dije—. Mi mala suerte se ha combinado con mis errores, y estoy pagando por ello.
Denna soltó una risita que habría podido convertirse fácilmente en un sollozo.
—Ay, yo no entiendo nada de esas cosas —dijo torciendo el gesto—. Cuando sabes que la culpa es solo tuya es mucho peor, ¿verdad?
Noté que mis labios se torcían imitando su mueca.
—Sí —coincidí—. La verdad es que prefiero un poco de distracción que unos oídos comprensivos.
—Creo que eso te lo puedo conseguir —dijo ella, y me cogió del brazo—. Dios sabe bien que tú has hecho lo mismo por mí muchas veces.
—Ah, ¿sí? —dije mientras echábamos a andar juntos.
—Infinidad de veces —confirmó Denna—. Cuando te tengo conmigo es fácil olvidar. —Se paró un momento y yo tuve que detenerme también, porque llevaba un brazo entrelazado con el mío—. Bueno, no es eso. Me refiero a que cuando te tengo a mi lado es fácil olvidar.
—¿Olvidar qué?—Todo —respondió, y por un instante su voz dejó de sonar alegre— Todo lo malo de mi vida. Quién soy. De vez en cuando me sienta bien tomarme unas vacaciones de mí misma. Tú me ayudas a eso. Eres mi puerto seguro en un mar infinito y tempestuoso.
—¿En serio? —Reí.
—Sí —contestó ella con naturalidad—. Eres el sauce umbroso en un día soleado.
—Tú —repliqué— eres una dulce música en una habitación lejana.
—Muy bueno —dijo ella—. Tú eres un pastel inesperado en una tarde lluviosa.
—Tú eres la cataplasma que extrae el veneno de mi corazón —dije.
—Hummm. —Denna puso cara de no tenerlo claro—. De eso ya no estoy tan segura. Un corazón lleno de veneno no es una imagen muy atractiva.
—Ya —admití—. Sonaba mejor antes de que lo dijera.
—Eso es lo que pasa cuando mezclas las metáforas —dijo. Una pausa—. ¿Recibiste mi nota?
—La he recibido hoy —contesté, y dejé que mi voz delatara todo mi pesar—. Hace solo un par de horas.
—Ah —repuso ella—. Qué pena, fue una cena estupenda. Me comí la mía y la tuya.
Intenté decir algo, pero Denna se limitó a sonreír y sacudió la cabeza.
—Lo digo en broma. En realidad, la cena era una excusa. Tengo que enseñarte una cosa. ¿Sabías que no es nada fácil encontrarte? Creía que tendría que esperar e ir a oírte tocar mañana en Anker’s.
Noté una fuerte punzada en el pecho, tan fuerte que ni siquiera la presencia de Denna podía aliviarla.
—Pues es una suerte que me hayas encontrado hoy —dije—. Porque no sé si podré tocar mañana.

Denna ladeó la cabeza.
—Siempre tocas la noche de Abatida. No cambies eso, por favor. Con lo que ya me cuesta encontrarte.
—Mira quién habla —protesté—. Yo nunca te encuentro dos veces en el mismo sitio.
—Sí, claro. Seguro que te pasas el día buscándome —dejó ir con indiferencia; entonces compuso una sonrisa traviesa—. Pero eso no importa. Vamos. Estoy segura de que esto te distraerá. —Aceleró el paso tirándome del brazo.
El entusiasmo de Denna era contagioso, y me descubrí sonriendo mientras la seguía por las retorcidas calles de Imre.
Al final llegamos ante una tiendecita. Denna se puso delante de mí; casi daba saltos de emoción. No se notaba nada que había llorado, y le brillaban los ojos. Me tapó la cara con las manos.
—Cierra los ojos —me ordenó—. ¡Es una sorpresa!
Cerré los ojos, y Denna me guió de la mano. El interior de la tienda estaba en penumbra y olía a cuero. Oí una voz de hombre que decía: «¿Es él?», seguida del ruido hueco de cosas al ser trasteadas.
—¿Estás preparado? —me susurró Denna al oído. Su voz sonaba a sonrisa. Su aliento me erizó el vello de la nuca.
—No tengo ni idea —dije con franqueza.
Noté el aliento de su risa contenida en la oreja.
—Muy bien. Abre los ojos.
Los abrí y vi a un hombre, mayor y enjuto, de pie detrás de un largo mostrador de madera. Tenía delante un estuche de laúd, abierto y vacío. Denna me había comprado un regalo. Un estuche para mi laúd. Un estuche para el laúd que me habían robado.
Di un paso adelante. El estuche, vacío, era largo y delgado, recubierto de suave piel negra. No tenía charnelas. Siete broches de acero reluciente recorrían todo el borde, de manera que la tapa se levantaba como la de una caja.
Por dentro estaba forrado de suave terciopelo. Alargué un brazo para tocarlo y comprobé que el relleno era blando pero elástico, como una esponja. El pelo del terciopelo tenía un centímetro de espesor, y era de color granate oscuro.
El hombre que estaba detrás del mostrador esbozó una sonrisa.
—La dama tiene buen gusto —declaró—. Y sabe muy bien lo que quiere.
Levantó la tapa.
—La piel está engrasada y encerada. Hay dos capas, y debajo, un armazón de arce. —Pasó un dedo a lo largo de la parte inferior del estuche, y luego señaló el correspondiente surco en la tapa—. Se ajusta muy bien, para que no entre ni salga el aire. Así no tendrá que preocuparse si lo saca de una habitación caldeada y húmeda al exterior, por mucho frío que haga.
Empezó a cerrar los broches alrededor del borde del estuche.
—La dama no quería broches de latón. Estos son de acero fino.
una vez cerrados, la tapa queda sujeta contra una junta. Podría sumergirlo en un río y el terciopelo permanecería seco. —Encogió loshombros—. El agua acabaría traspasando la piel, por supuesto. Pero no se puede hacer más.
Le dio la vuelta y golpeó fuertemente la base redondeada con los nudillos.
—El armazón de arce es delgado, para que no abulte ni pese, y lo he reforzado con tiras de acero de Glantz. —Señaló a Denna, que estaba a un lado, sonriente—. La dama quería acero de Ramston, pero le expliqué que el acero de Ramston, pese a ser fuerte, es bastante quebradizo. El acero de Glantz es más ligero y conserva mejor la forma.
Me miró de arriba abajo.
—Si el joven maestro así lo desea, podría ponerse de pie sobre la base del estuche sin

aplastarlo. —Frunció ligeramente los labios y me echó un vistazo a los pies—. Aunque yo preferiría que no lo hiciera.
Volvió a poner el estuche del derecho.
—Permítame decir que este quizá sea el estuche más bonito que he fabricado en veinte años. —Lo deslizó por el mostrador hacia mí—. Espero que sea de su agrado.
Me quedé sin habla, algo raro en mí. Estiré un brazo y pasé la mano por la piel. Era lisa y cálida. Toqué el aro de acero por donde había que pasar la correa. Miré a Denna, que casi danzaba de emoción.
Se acercó a mí, entusiasmada.
—Y ahora viene lo mejor —dijo abriendo los broches con una facilidad que revelaba que ya lo había hecho otras veces. Levantó la "* tapa y tocó el fondo con un dedo—. El relleno está diseñado para que se pueda retirar y volver a montar. Así, tengas el laúd que tengas en el futuro, seguirá encajando.
»¡Y mira! —Presionó sobre el terciopelo en el sitio donde debía descansar el mástil, y apareció una tapa revelando un hueco oculto. Volvió a sonreír—. Esto también ha sido idea mía. Es una especie de bolsillo secreto.
—Cuerpo de Dios, Denna —dije—. Debe de haberte costado una fortuna.
—Bueno, mira —dijo ella con fingida modestia—, tenía unos ahorrillos.
Pasé la mano por el interior acariciando el terciopelo.
—En serio, Denna. Este estuche debe de costar tanto como mi laúd… —Me quedé callado y mi estómago se retorció de una forma muy desagradable. Mi laúd. El laúd que ya no tenía.
—Si no le importa que lo diga, señor —dijo el hombre que estaba detrás del mostrador—, a menos que tenga usted un laúd de plata maciza, creo que este estuche vale muchísimo más.
Volví a pasar las manos por la tapa; cada vez tenía el estómago más revuelto. No se me ocurrió nada que decir. ¿Cómo podía decirle a Denna que me habían robado el laúd después de que ella se hubiera tomado tantas molestias para que me hicieran aquel precioso regalo?
Denna sonrió emocionada.
—¡Vamos a ver si tu laúd encaja!
Hizo una señal con la mano, y el hombre que estaba detrás del mostrador sacó mi laúd y lo puso dentro del estuche. Encajaba como un guante.
Rompí a llorar.
—Dios mío, estoy avergonzado —dije sonándome la nariz.
Denna me tocó suavemente el brazo.
—Lo siento mucho —repitió por tercera vez.
Estábamos sentados en la acera, frente a la tiendecita. Ya tenía suficiente con romper a llorar delante de Denna; quería serenarme sin haber de soportar al dueño de la tienda con la vista clavada en mí.
—Solo quería asegurarme de que encajaba bien —dijo Denna, consternada—. Te dejé una nota. Tenías que venir para que pudiera darte la sorpresa. Lo había calculado todo para que ni siquiera te dieras cuenta de que no tenías el laúd.
—No pasa nada —dije.
—Claro que pasa —replicó Denna, y sus ojos empezaron a anegarse de lágrimas—. Al ver que no aparecías, no sabía qué hacer. Anoche te estuve buscando por todas partes. Llamé a tu puerta, pero no contestaste. —Agachó la cabeza—. Nunca te encuentro cuando te busco.
—Denna —dije—. No pasa nada.
Sacudió enérgicamente la cabeza evitando mirarme mientras las lágrimas empezaban a resbalarle por las mejillas.
—Sí pasa. Debí saberlo. Lo tratas como si fuera tu bebé. Si alguien me hubiera mirado alguna vez como tú miras ese laúd, yo…

Se le quebró la voz y tragó saliva antes de que las palabras volvieran a salir en tropel.
—Yo ya sabía que era la cosa más importante de tu vida. Por eso quería regalarte un estuche donde pudieras guardarlo bien. Pero no se me ocurrió pensar que sería tan... —Volvió a tragar saliva y apretó los puños. Tenía el cuerpo tan tenso que casi temblaba—. Dios mío. ¡Qué estúpida soy! Nunca pienso. Siempre hago lo mismo. Lo estropeo todo.
Se le había soltado el cabello y le tapaba la cara, de modo que no podía verle la expresión.
—¿Qué me pasa? —dijo en voz baja, pero con rabia—. ¿Por qué soy tan imbécil? ¿Por qué no puedo hacer al menos una sola cosa bien?
—Denna. —Tuve que interrumpirla, porque apenas hacía pausas para respirar. Apoyé una mano en su brazo y ella se quedó quieta y rígida—. Denna, tú no tenías forma de saberlo —le dije—. ¿Cuánto tiempo hace que tocas? ¿Un mes? ¿Alguna vez has tenido tu propio instrumento?
Ella sacudió la cabeza; el cabello seguía tapándole la cara.
—Tenía aquella lira —dijo en voz baja—. Pero solo me duró unos días antes del incendio. —Levantó la cabeza por fin, y vi que su rostro revelaba una profunda tristeza. Tenía los ojos y la nariz enrojecidos—. Siempre me pasa lo mismo. Intento hacer algo bien, pero siempre se complica. —Me miró con expresión de desdicha—;. Tú no sabes lo que es eso.
Me reí. Volver a reír me produjo una sensación maravillosa. La risa borbotaba en el fondo de mi estómago y ascendía por mi garganta como las notas de un cuerno de oro. Aquella risa, por sí sola, valía tres comidas calientes y veinte horas de sueño.
—Sé perfectamente lo que es —dije, y noté las magulladuras de mis rodillas y la tirantez de las cicatrices de mi espalda, que todavía no estaban curadas del todo. Me planteé contarle cómo se me habían complicado las cosas cuando quise recuperar su anillo. Pero decidí que seguramente no la ayudaría a animarse si le explicaba que Ambrose estaba intentando matarme—. Denna, estás hablando con el rey de las ideas luminosas que se tuercen estrepitosamente.
Eso la hizo sonreír; se sorbió la nariz y se frotó los ojos con la manga.
—Somos una pareja encantadora de idiotas llorones, ¿verdad?
—Sí —coincidí.
—Lo siento —dijo una vez más, y la sonrisa se borró de sus labios—. Solo quería hacerte un detalle bonito. Pero no se me dan bien estas cosas.
Le cogí una mano entre las mías y se la besé.
—Denna —dije con absoluta sinceridad—, esto es lo más bonito que nadie ha hecho para mí en toda mi vida.
Denna dio un resoplido muy poco delicado.
—Es la pura verdad —dije—. Eres mi penique reluciente en la cuneta. Vales más que la sal o que la luna una larga noche de caminata. Eres un vino dulce en mi boca, una canción en mi garganta, y la risa en mi corazón.
Denna se ruborizó, pero yo continué, imperturbable:
—Eres demasiado buena para mí. Eres un lujo que no puedo permitirme. A pesar de todo, insisto en que hoy vengas conmigo. Te invitaré a cenar y pasaré horas hablando extasiado del inmenso y maravilloso paisaje que eres tú.
Me puse de pie y la ayudé a levantarse.
—Tocaré el laúd para ti. Te cantaré canciones. Durante el resto de la tarde, nada ni nadie podrá molestarnos. —Ladeé la cabeza convirtiéndolo en una pregunta.
Denna curvó los labios.
—Es una buena proposición —dijo—. Me encantaría pasar una tarde alejada de todo.
Horas más tarde, volví a la Universidad con paso alegre. Iba silbando. Cantando. El laúd, terciado a la espalda, era ligero como un beso. Hacía un sol cálido y relajante. Soplaba una brisa fresca.

Mi suerte estaba empezando a cambiar.

31 El Crisol

En cuanto recuperé mi laúd, todos los otros aspectos de mi vida volvieron a equilibrarse. El trabajo en la Factoría me parecía más fácil. Las clases se me pasaban volando. Hasta le encontraba sentido a Elodin.
Muy animado, fui a visitar a Simmon al laboratorio de alquimia. Llamé a la puerta; Simmon me abrió y me hizo señas para que entrara.
—Ha funcionado —dijo, emocionado.
Cerré la puerta, y Sim me guió hasta una mesa donde había una serie de botellas, tubos y quemadores de gas de hulla. Sonrió orgulloso y levantó un tarro no muy hondo como los que se utilizan para guardar maquillaje o colorete.
—¿Me lo enseñas? —pregunté.
Sim encendió un pequeño quemador de gas de hulla, y la llama empezó a calentar la base de un cazo bajo de hierro. Nos quedamos un momento callados, oyéndolo sisear.
—Me he comprado unas botas —dijo Sim, y levantó un pie para enseñármelas.
—Bonitas —dije sin pensar; entonces me fijé bien y, extrañado, pregunté—: ¿Son tachuelas?
Sim sonrió con malicia. Me reí.
El cazo de hierro se calentó, y Sim destapó el tarro e introdujo la yema del dedo índice en la sustancia traslúcida que había dentro. Entonces, con un pequeño floreo, levantó la mano y presionó la punta del dedo en el cazo de hierro caliente.
Hice una mueca de dolor. Sim sonrió con petulancia, esperó lo que dura una inspiración larga y luego apartó el dedo.
—Increíble —dije—. Hacéis unas cosas asombrosas. Un escudo de calor.
—No. —Sim se puso muy serio—. No tiene nada que ver con eso. No es un escudo. Tampoco es un aislante. Es como una capa de piel extra que se quema antes de que la piel de verdad llegue a calentarse.
—Es como tener agua en las manos —dije.
—No —repitió Sim, meneando la cabeza—. El agua conduce el calor. Esto no.
—Entonces es un aislante.
—Vale —dijo Sim, exasperado—. Tienes que callarte y escuchar. Esto es alquimia. Tú no entiendes nada de alquimia.
—Ya lo sé, ya lo sé —dije haciendo un gesto apaciguador.
—Venga, dilo. Di: no entiendo nada de alquimia.
Lo mire con enojo.
—La alquimia no es química con unos toquecitos mágicos —dijo—. Eso quiere decir que si no me escuchas, sacarás tus propias conclusiones y estarás mortalmente equivocado. Equivocado y muerto.
Inspiré hondo y solté el aire despacio.
—Está bien. Explícamelo.
—Tendrás que extendértelo deprisa —dijo—. Solo tendrás unos diez segundos para extendértelo.bien por las manos y los brazos. —Se señaló la parte media del antebrazo—. No se marchará solo, pero perderás un poco si te rozas demasiado las manos. No te toques la cara. No te restriegues los ojos. No te hurgues la nariz. No te muerdas las uñas. Es un poco venenoso.
—¿Un poco?—pregunté.
Sim me ignoró y me mostró el dedo con el que había tocado el cazo de hierro caliente.
—No es como los guantes blindados. En cuanto se expone al calor, empieza a consumirse.

—¿Olerá? —pregunté—. ¿No desprende nada que pueda detectarse?
—No. Técnicamente no arde. Solo se descompone.
—Y ¿en qué se convierte?
—En cosas —dijo Simmon con irritación—. Se descompone en cosas complicadas que tú no puedes entender porque no sabes nada de alquimia.
—¿No es peligroso respirarlo? —me corregí.
—No. Si lo fuera, no te lo daría. Es una fórmula muy antigua. Está probada y comprobada. Pues bien, como no transmite el calor, tus manos pasarán de no notar calor alguno a presionar contra algo que está al rojo. —Me miró con énfasis—. Te aconsejo que dejes de tocar objetos calientes antes de que se haya consumido.
—¿Cómo sabré cuándo está a punto de consumirse?
—No lo sabrás —dijo Sim—. Por eso te aconsejo que utilices algo que no sean las manos desnudas.
—Maravilloso.
—Si se mezcla con alcohol se vuelve un ácido. Pero no mucho. Tendrías tiempo de sobra para lavarte. Si se mezcla con un poco de agua, como por ejemplo con sudor, no pasa nada. Pero si se mezcla con mucha agua, pongamos en una proporción de cien a uno, se vuelve inflamable.
—Y si lo mezclo con meados se convierte en delicioso caramelo, ¿verdad? —Me reí—. ¿Has hecho una apuesta con Wilem para ver cuántas tonterías me tragaría? No hay nada que se vuelva inflamable cuando lo mezclas con agua.
Sim me miró con los ojos entrecerrados. Cogió un crisol vacío.
—Muy bien —dijo—. Llena esto.
Sin dejar de sonreír, fui hasta el bote de agua que había en un rincón de la habitación. Era idéntico a los de la Factoría. El agua pura también es importante en artificería, sobre todo cuando mezclas arcillas y enfrías metales que no quieres que se contaminen.
Puse un poco de agua en el crisol y se lo llevé a Sim. Metió la punta del dedo dentro, agitó un poco el agua y la vertió en el cazo de hierro caliente.
, Empezaron a salir unas llamas densas y anaranjadas de medio metro de altura que al cabo de un momento parpadearon y se apagaron. Sim dejó el crisol vacío en la mesa y me miró con gravedad.
—Dilo.
Agaché la cabeza.
—No entiendo nada de alquimia.
Sim asintió, satisfecho.
—Muy bien —dijo, y se volvió de nuevo hacia la mesa—. Vamos a repasarlo.

32 Sangre y ceniza

Las hojas secas crujían bajo mis pies mientras cruzaba el bosque que había al norte de la Universidad. La pálida luz de la luna que se filtraba entre las ramas desnudas de los árboles no era suficiente para ver con claridad, pero había recorrido aquel camino varias veces en el último ciclo y me lo sabía de memoria. Olí el humo de leña mucho antes de oír las voces y divisar el resplandor del fuego entre los árboles.
No era exactamente un claro, sino solo un lugar tranquilo, oculto detrás de un afloramiento rocoso. Unas rocas y el tronco de un árbol caído servían de asientos improvisados. Yo mismo había cavado el hoyo para la hoguera unos días atrás. Tenía un palmo de hondo y seis de ancho, y estaba bordeado de piedras. Era un hoyo demasiado grande para la pequeña fogata que ardía en él.
Ya habían llegado todos. Mola y Felá compartían el tronco caído. Wilem estaba sentado encorvado en una roca. Sim, en el suelo con las piernas cruzadas, hurgaba en el fuego con un palo.
Cuando salí de entre los árboles, Wil levantó la cabeza. La luz parpadeante del fuego le acentuaba las ojeras. Sim y él llevaban casi dos ciclos enteros velándome por las noches.
—Llegas tarde —dijo.
Sim levantó también la cabeza; su expresión era alegre, como siempre, pero también en su cara se reflejaba el cansancio.
—¿Está terminado?—preguntó, emocionado.
Asentí con la cabeza. Me desabroché el puño de la camisa y me enrollé la manga para mostrar un disco de hierro un poco mayor que un penique de la Mancomunidad. Estaba cubierto de finos grabados de sigaldría e incrustaciones de oro. Era mi gram, recién acabado. Lo llevaba atado, plano, contra la parte interna del antebrazo con un par de cordones de cuero.Todos se pusieron a aplaudir.
—Qué forma tan interesante de llevarlo —observó Mola—. Muy moderno, estilo asaltante bárbaro.
—Funciona mejor si está en contacto con la piel —expliqué—.
Y tengo que mantenerlo oculto, porque se supone que no sé cómo fabricarlo.
—Pues entonces, moderno y práctico —dijo Mola.
Simmon se me acercó y lo examinó; alargó una mano para tocarlo con un dedo.
—Es muy pequeño... ¡aaay! —Dio un salto hacia atrás retorciéndose la mano—. ¡Negra maldición! —blasfemó, avergonzado—. Lo siento. Me he asustado.
—Kist y crayle —dije; el corazón me latía muy deprisa—. ¿Qué pasa?
—¿Has tocado alguna vez un florín del Arcano? —me preguntó—. Esos que te dan cuando te conviertes en arcanista.
—Sí —respondí—. Noté una especie de zumbido y se me quedó la mano entumecida, como si se me hubiera dormido.
Sim apuntó a mi gram con la barbilla mientras sacudía la mano.
—Es una sensación parecida. Me ha sorprendido.
—No sabía que los florines actuaran como grams —dije—. Pero tiene sentido, claro.
—¿Ya lo has probado? —preguntó Wilem.
—No, no quería probarlo yo solo —admití.
—¿Quieres que lo haga uno de nosotros? —dijo Simmon riendo—. Tienes razón, es perfectamente normal.
—También he pensado que sería conveniente que hubiera un fisiólogo cerca. —Señalé a

Mola con la cabeza—. Por si acaso.
—No sabía que mi presencia aquí esta noche respondía a mi capacitación profesional —protestó Mola—. No me he traído el botiquín.
—No creo que sea necesario —dije; saqué un taco de cera de simpatía de debajo de mi capa y se lo mostré a todos—. ¿Quién quiere hacer los honores?
Hubo un momento de silencio, y entonces Felá levantó la mano.
—Si queréis, yo hago el muñeco. Pero no pienso clavarle la aguja.
—Vhenata —dijo Wilem.
Simmon se encogió de hombros y dijo:
—Ya se la clavaré yo. Qué remedio.
Le di el taco de cera a Felá, que empezó a calentarlo con las manos.—¿Qué quieres usar, pelo o sangre? —me preguntó en voz baja.
—Las dos cosas —contesté procurando disimular mi creciente ansiedad—. Para poder dormir tranquilo por las noches necesito estar absolutamente seguro. —Saqué un alfiler de sombrero, me pinché en el dorso de la mano y observé la brillante gota de sangre que se formaba.
—No, así no funcionará —dijo Felá, que seguía trabajando la cera con las manos—. La sangre no se mezcla bien con la cera. Forma gotas y se queda en la superficie.
—Y tú ¿de dónde has sacado esa información? —bromeó Simmon, nervioso.
Felá se sonrojó; agachó un poco la cabeza y el largo cabello se derramó por su hombro.
—Lo sé por las velas. Cuando haces velas de colores no puedes usar tintes con base de agua. Necesitas tintes con base de aceite, o en polvo. Es un tema de solubilidad. Alineación polar y no polar.
—Me encanta la Universidad —le dijo Sim a Wilem al otro lado de la hoguera—. Las mujeres instruidas son mucho más atractivas.
—Me gustaría poder decir lo mismo de vosotros —dijo Mola con aspereza—. Pero nunca he conocido a ningún hombre instruido.
Me agaché y cogí un pellizco de ceniza de la hoguera; a continuación me froté con ella el dorso de la mano para que absorbiera mi sangre.
—Creo que así sí funcionará —dijo Felá.
—Esta carne arderá. A ser ceniza todo vuelve —recitó Wilem con tono sombrío; luego miró a Simmon—. ¿No dice eso en tu libro sagrado?
—No es mi libro sagrado —replicó Simmon—. Pero te has acercado bastante. «Todo vuelve a las cenizas, así que esta carne también arderá.»
—Veo que os lo estáis pasando en grande —observó Mola con irritación.
—Es que estoy emocionado de pensar en dormir la noche seguida —dijo Wilem—. Hasta ahora, toda la diversión nocturna era empezar a beber café después del postre.
Felá levantó la masa de cera y yo le adherí la ceniza. Felá volvió a amasarla, y entonces empezó a moldearla; con unos pocos y hábiles movimientos, le dio forma de muñeco. Se lo mostró a los demás.
—Kvothe tiene la cabeza mucho más grande —opinó Simmon componiendo su sonrisa infantil.
—Y tengo genitales —dije yo; cogí el muñeco y le enganché un pelo en la cabeza—. Pero en ciertas situaciones el realismo resulta improductivo. —Me acerqué a Simmon y le di el simulacro y el largo alfiler de sombrero.
Sim cogió una cosa con cada mano y se quedó mirándolas, indeciso.
—¿Estás seguro de que quieres hacer esto?
Asentí.
—Ya. —Sim inspiró y cuadró los hombros. Clavó la vista en el muñeco, arrugando la frenté por la concentración.

Me doblé por la cintura, chillando y sujetándome una pierna.
Felá dio un grito ahogado. Wilem se puso en pie de un brinco. Simmon, aterrado y con los ojos como platos, sujetaba el muñeco y el alfiler separándolos cuanto podía uno de otro. Miró alrededor, asustado.
—Yo no... no he...
Me enderecé y me sacudí la camisa.
—Solo practicaba —dije—. ¿Me ha salido un grito demasiado femenino?
Sim respiró aliviado.
—Maldito seas —dijo sin fuerzas, riendo—. No ha tenido gracia, capullo. —No podía parar de reír mientras se enjugaba el sudor de la frente.
Wilem murmuró algo en siaru y volvió a sentarse.
—Los tres juntos sois peores que una troupe itinerante —declaró Mola.
Sim respiró hondo y soltó el aire poco a poco. Volvió a cuadrar los hombros y sostuvo el muñeco y el alfiler ante sí. Le temblaban las manos.
—Que Tehlu nos asista —dijo—. Me has dado un susto de muerte. Ahora ya no puedo hacerlo.
—Por el amor de Dios. —Mola se levantó, rodeó la hoguera y se colocó delante de Simmon. Tendió ambas manos—. Dámelo. —Cogió el fetiche y el alfiler, se dio la vuelta y me miró a los ojos—. ¿Estás preparado?
—Un momento. —Tras dos ciclos de vigilancia constante, soltar el Alar que me protegía era como abrir el puño cuando llevas mucho rato apretando algo y se te han quedado los dedos agarrotados.
Al cabo, sacudí la cabeza. Sin el Alar me sentía extraño, casi desnudo.
—No te cortes, pero dame en la pierna, por si acaso.
Mola esperó un momento, murmuró un vínculo y hundió lentamente el alfiler en la pierna del muñeco.
Silencio. Todos me miraban, inmóviles.
No noté nada.
—Estoy bien —dije. Todos volvieron a respirar; miré a Mola con curiosidad—. ¿Ya está? ¿No tienes nada más?
—No, no está —contestó Mola; sacó el alfiler de la pierna del muñeco, se arrodilló y lo sostuvo sobre el fuego—. Eso solo ha sido una prueba. No quería volver a oírte gritar como una niñita. —Retiró el alfiler del fuego y se levantó—. Esta vez te vas a enterar. —Sostuvo el alfiler sobre el muñeco y me miró—. ¿Preparado?
Asentí con la cabeza. Mola cerró los ojos un momento, murmuró un vínculo y clavó el alfiler caliente en la pierna del fetiche. Noté que el metal del gram se enfriaba contra la cara interna de mi antebrazo, y sentí una breve presión contra el músculo de mi pantorrilla, como si alguien me hubiera hincado un dedo. Me miré la pierna para asegurarme de que Simmon no se estaba vengando de mí pinchándome con un palo.
Al bajar la vista, me perdí lo que Mola hizo a continuación, pero noté dos pinchazos más: uno en cada brazo y el otro en el músculo justo encima de la rodilla. El gram se enfrió más.
Felá dio un grito ahogado; levanté la cabeza justo a tiempo para ver que Mola, con gesto de absoluta resolución, arrojaba el fetiche a la hoguera mientras murmuraba otro vínculo.
El muñeco de cera describió un arco por el aire, y Simmon soltó un grito de asombro. Wilem volvió a levantarse e hizo ademán de abalanzarse sobre Mola, pero era demasiado tarde para detenerla.
El fetiche fue a parar sobre las brasas produciendo una explosión de chispas. Mi gram se enfrió hasta casi lastimarme el brazo, y solté una carcajada. Todos se volvieron a mirarme, con diferentes expresiones que iban desde el horror hasta la perplejidad.
—Estoy bien —los tranquilicé—. Pero es una sensación muy extraña. Una especie de

parpadeo. Es como estar de pie azotado por un viento espeso y caliente.
El gram estaba frío como el hielo; luego aquella extraña sensación fue desapareciendo a medida que el muñeco se derretía destruyendo el vínculo simpático. Al empezar a arder la cera, las llamas se avivaron.
—¿Te ha dolido?—preguntó Simmon, angustiado.
—No, nada —respondí.
.—Pues eso es lo máximo que puedo hacerte —dijo Mola—. Para hacerte más daño habría necesitado una fragua.
—Y eso que Mola es El'the —dijo Simmon con petulancia—. Apuesto algo a que es tres veces mejor simpatista que Ambrose.
—Tres veces como mínimo —coincidí—. Pero si hay alguien dispuesto a buscar una fragua, ese es Ambrose. Si te esmeras de verdad, puedes inutilizar un gram.
—Entonces, ¿mañana seguimos con el plan? —preguntó Mola.
Asentí.
—Más vale prevenir que curar.
Simmon hurgó con un palo en el sitio donde había ido a parar el muñeco.
—Si Mola no ha conseguido hacerte nada atacándote con todas sus fuerzas, quizá el gram también baste para mantener a Devi a raya. Eso te permitiría respirar un poco.
Se produjo un silencio. Contuve la respiración y confié en que aquel comentario hubiera pasado desapercibido para Felá y Mola.
Pero Mola me miró arqueando una ceja y dijo:
—¿Devi?
Fulminé con la vista a Simmon, y él me miró con expresión lastimera, como un perro que sabe que va a recibir una patada.
—Le pedí prestado dinero a una renovera llamada Devi —expliqué con la esperanza de que Mola quedara satisfecha con eso.
Mola seguía mirándome.
-¿Y?
Suspiré. En otras circunstancias, habría evitado hablar del tema, pero Mola no se dejaba despistar fácilmente, y yo necesitaba su ayuda para poner en práctica el plan que teníamos para el día siguiente.
—Devi era miembro del Arcano —expliqué—. Le di unas gotas de mi sangre como garantía de un préstamo a principios del bimestre. Cuando Ambrose empezó a atacarme, extraje conclusiones erróneas y acusé a Devi de felonía. Después de eso, nuestra relación se complicó mucho.
Mola y Felá intercambiaron una mirada.
—Desde luego, haces todo lo que puedes para que tu vida sea emocionante —dijo Mola.
—Ya he admitido que fue un error —dije con fastidio—. ¿Qué más quieres que haga?
—¿Vas a poder devolverle el dinero? —intervino Felá antes de que Mola y yo nos acaloráramos más.—La verdad es que no lo sé —admití—. Con unas cuantas rachas de suerte y con largas horas en la Factoría, quizá consiga reunir lo suficiente hacia finales del bimestre.
No les dije toda la verdad. Aunque consiguiera reunir suficiente dinero para saldar mi deuda con Devi, era imposible que además pudiera pagar mi matrícula. No quería estropearles a todos la noche exponiendo el hecho de que Ambrose me había vencido. Al obligarme a dedicar tanto tiempo a buscar el gram, había logrado apartarme de la Universidad.
—¿Qué pasa si no puedes saldar la deuda? —preguntó Felá ladeando la cabeza.
—Nada bueno —dio Wilem, enigmático—. Si la llaman Devi el Demonio es por algo.
—No estoy seguro —dije—. Podría vender mi sangre. Me dijo que conocía a alguien que estaba interesado en comprarla.

—Estoy segura de que no haría eso —declaró Felá.

—No se lo reprocharía —dije—. Cuando hice el trato con ella, sabía a qué me exponía.

—Pero ella...

—Así están las cosas —dije con firmeza, pues no quería alargarme más de lo necesario. Quería que la velada terminara en clave positiva—. Mira, yo estoy deseando dormir una noche entera en mi propia cama. —Miré alrededor y vi que Wil y Sim asentían en señal de aprobación—. Nos vemos mañana. Sed puntuales.

Esa noche disfruté del lujo de dormir por fin en la camita estrecha de mi diminuta habitación. Me desperté una vez, arrastrado a la conciencia por la sensación de un frío metálico contra la piel. Sonreí, me di la vuelta y seguí durmiendo como un bendito.

33 Fuego

Al día siguiente, al final de la tarde, preparé mi macuto poniendo mucha atención, pues temía olvidarme alguna pieza clave del equipo. Cuando estaba revisándolo todo por tercera vez, llamaron a la puerta.
Abrí y vi a un niño de unos diez años que respiraba entrecortadamente. Clavó la mirada en mi pelo y pareció aliviado.
—¿Eres Kouth?
—Kvothe —dije—. Sí, soy yo.
—Tengo un mensaje para ti.—Se metió una mano en el bolsillo y sacó un trozo de papel arrugado.
Tendí una mano y el chico dio un paso atrás sacudiendo la cabeza.
—La mujer dijo que me darías una iota si te lo traía.
—Me extraña —repliqué, y mantuve la mano extendida—. Déjame ver la nota. Si de verdad es para mí, te daré medio penique.
El chico arrugó el entrecejo y me entregó la nota de mala gana.
Ni siquiera estaba sellada, solo doblada en dos. Además, estaba húmeda. Vi que el niño estaba empapado de sudor y lo entendí.
El mensaje rezaba:

> Kvothe:
> Ruego te dignes aceptar mi invitación para cenar esta noche. Te echo de menos. Tengo muy buenas noticias. Por favor, ven a El Tonel y el Jabalí a la quinta campanada.
> Atentamente,

Denna
p.d.: Le he prometido medio penique al chico.—¿A la quinta campanada? —pregunté—. ¡Manos negras de Dios! ¿Cuánto has tardado en llegar aquí? Ya ha sonado la sexta campanada.
—Yo.no tengo la culpa —dijo el chico con cara de enfado—. Llevo horas buscando por todas partes. Áncora, me dijo. Llévaselo a Kouth al Áncora, al otro lado del río. Pero esta posada no está en los muelles. Y en el letrero de fuera no hay ningún ancla. ¿Cómo quieres que encontrara este sitio?
—¡Podías preguntar a alguien! —le grité—. Negra maldición, chico, ¿cómo puedes ser tan tonto?—Reprimí el impulso de estrangularlo allí mismo y respiré hondo.
Miré por la ventana y vi que fuera apenas había luz. En menos de media hora, mis amigos ya se habrían congregado alrededor del hoyo de la hoguera, en el bosque. No tenía tiempo para ir a Imre.
—Está bien —dije con toda la calma de que fui capaz. Cogí un lápiz y garabateé una nota en el dorso del trozo de papel.

> Denna:
> Lo siento muchísimo. Tu mensajero no me ha encontrado hasta después de la sexta campanada. Es un tarugo.

Yo también te echo de menos, y me pongo a tu completa disposición mañana a cualquier hora del día o de la noche. Envíame otra vez al chico con tu respuesta y dime cuándo y dónde.
Un abrazo,

Kvothe

p.d.: Si el chico intenta sacarte dinero, dale una colleja. Ya le pagaré yo cuando traiga tu nota a Anker’s, suponiendo que no se haga un lío y se la coma por el camino.

Doblé la nota y la sellé con una gota de cera de una vela.
Sopesé mi bolsa del dinero. Aquel mes pasado me había gastado, poco a poco, los dos talentos adicionales que me había prestado Devi. Los había despilfarrado en lujos como vendas, café y materiales para llevar a cabo el plan de aquella noche.
El resultado era que solo me quedaban cuatro peniques y un solitario ardite. Me colgué el macuto del hombro e indiqué por señas al chico que me siguiera abajo.
Señalé a Anker, que estaba detrás de la barra, y dije al chico:
—Muy bien. Te has hecho un lío para llegar hasta aquí, pero voy
a darte una oportunidad para que lo arregles. —Saqué tres peniques y se los mostré—. Ahora vuelves a El Tonel y el Jabalí, buscas a la mujer que te ha mandado aquí y le das esto. —Le mostré la nota—. Ella escribirá una respuesta. Tú la traes aquí y se la das a él. —Señalé a Anker—. Y él te da el dinero.
—No soy idiota —dijo el chico—. Quiero el medio penique primero.
—Tampoco yo soy idiota —repliqué—. Cuando traigas la nota, tendrás tres peniques.
Me miró con odio y luego asintió hosco. Le entregué la nota y él salió corriendo por la puerta.
—Ese chico parecía un poco aturullado cuando ha entrado —comentó Anker.
—Es más tonto que un zapato —dije sacudiendo la cabeza—. Yo no le encargaría nada, pero sabe a quién tiene que buscar. —Suspiré y puse los tres peniques sobre la barra—. Me harías un gran favor si leyeras la nota para asegurarte de que el chico no me engaña.
Anker parecía incómodo cuando preguntó:
—¿Y si es una nota… de carácter privado?
—Si lo es, me pondré a bailar de contento —dije—. Pero entre tú y yo, dudo mucho que lo sea.
Cuando me aproximaba a nuestro escondrijo en el bosque ya se ha-" bía puesto el sol.
Wilem había llegado antes que yo y estaba prendiendo el fuego en el hoyo. Trabajamos juntos durante un cuarto de hora, reuniendo suficiente leña para mantener la hoguera encendida durante horas.
Unos minutos más tarde llegó Simmon arrastrando una larga rama muerta. Entre los tres la partimos en trozos y charlamos, nerviosos, hasta que vimos aparecer a Felá de entre los árboles.
Llevaba el largo cabello recogido, dejando al descubierto su elegante cuello y sus hombros.
Tenía los ojos oscuros y los labios ligeramente más rojos de lo habitual. Llevaba un vestido negro ceñido en la estrecha cintura que resaltaba sus redondeadas caderas. El escote del vestido permitía además apreciar los pechos más espectaculares que jamás había visto en mi corta vida.
Nos quedamos los tres mirándola, pero Simmon lo hizo con la boca abierta.
—Uau —dijo—. Antes ya eras la mujer más hermosa que jamás había visto. No sabía que

todavía pudieras superarte. —Soltó su risa infantil y señaló a Felá con ambas manos—. Pero ¿tú te has visto? ¡Estás impresionante!
Felá se sonrojó y desvió la mirada; era evidente que se sentía halagada.
—Tú eres la que tiene el papel más difícil esta noche —le dije—. Me gustaría no tener que pedírtelo, pero...
—Eres la única mujer irresistiblemente atractiva que conocemos —intervino Simmon—. Nuestro plan alternativo consistía en meter a Wilem en un vestido. No era lo mejor.
—Desde luego —coincidió Wilem.
—Lo hago por ti. —Felá sonrió con una pizca de ironía—. Cuando te dije que te debía un favor, Kvothe, jamás pensé que me pedirías que saliera con otro hombre. —Torció un poco la sonrisa—. Y menos con Ambrose.
—Solo tendrás que aguantarlo un par de horas. Si puedes, intenta llevarlo a Imre, pero será suficiente con que lo alejes unos cien metros del Pony.
—Al menos me invitarán a cenar —dijo Felá tras dar un suspiro. Entonces miró a Simmon—. Qué botas tan bonitas.
—Son nuevas—dijo él sonriendo.
Oí unos pasos y me di la vuelta. Solo faltaba Mola, pero escuché un murmullo de voces mezclado con las pisadas y apreté los dientes. Seguramente serían un par de enamorados que habían salido a dar un paseo nocturno aprovechando un tiempo moderado impropio de la estación.
Aquella noche no podían vernos a todo el grupo junto; habríamos levantado demasiadas sospechas. Me disponía a interceptar a la pareja de enamorados cuando reconocí la voz de Mola.
—Tú espérame aquí mientras se lo explico —le oí decir—. Por favor. Espérame. Todo será más fácil.
—Por mí, puede ponerse todo lo furioso que quiera. —La voz de mujer que me llegaba de la oscuridad me sonaba de algo—. Por mí, puede cagar el hígado.
Me paré en seco. Conocía aquella segunda voz, pero no sabía a quién pertenecía.
Vi salir a Mola de entre los árboles. A su lado iba una figura menuda con el cabello corto rubio rojizo. Era Devi.
Me quedé paralizado mientras Mola se acercaba a mí con los brazos extendidos en un gesto apaciguador y hablando muy deprisa:—Hace mucho tiempo que conozco a Devi, Kvothe. Ella me ayudó mucho cuando yo era nueva aquí. Antes de que ella... se marchara.
—Antes de que me expulsaran —dijo Devi con orgullo—. No me avergüenzo.
—Después de lo que dijiste ayer —continuó Mola precipitadamente—, pensé que debía de haber algún malentendido. Fui a ver a Devi y le pregunté qué había pasado... —Encogió los hombros—.
Y fue saliendo toda la historia. Devi quería ayudar.
—Lo que quiero es un trozo de Ambrose —dijo Devi. Cuando pronunció su nombre, su voz se cargó de fría cólera—. Lo de la ayuda es básicamente accidental.
Wilem carraspeó y dijo:
—Entonces, ¿podemos deducir...?
—Pega a sus prostitutas —le interrumpió Devi—. Y si pudiera matar a ese cerdo arrogante y salir indemne, lo habría hecho hace muchos años. —Miró con descaro a Wilem—. Y sí, tuvimos una historia. Y no, no es asunto vuestro. ¿Os parece motivo suficiente?
Se produjo un silencio tenso. Wilem asintió procurando borrar toda expresión de su rostro. Entonces Devi me miró.
—Hola, Devi. —Hice una breve inclinación de cabeza—. Lo siento.
Ella parpadeó, sorprendida.
—Vaya, vaya —dijo con sarcasmo—. Al final resultará que tienes medio cerebro en esa

cabezota.
—No creí que pudiera confiar en ti —dije—. Me equivocaba, y lo lamento. No estuve muy inspirado.
Devi se quedó mirándome.
—No somos amigos —dijo con tono cortante y manteniendo una expresión glacial—. Pero si cuando termine todo esto sigues con vida, hablaremos.
Devi miró más allá de mí y su expresión se suavizó.
—¡La pequeña Felá!—Pasó a mi lado y abrazó a Felá—. ¡Cuánto has crecido! —Dio un paso atrás y extendió los brazos, sujetando a Felá por los hombros y observándola minuciosamente—. ¡Madre mía, si pareces una prostituta modegana de lujo! Le vas a encantar.
Felá sonrió y giró un poco el cuerpo para hacer ondear el bajo de su vestido.
—Es agradable tener una excusa para arreglarse de vez en cuando.
—Deberías arreglarte más a menudo —dijo Devi—. Y para hombres mejores que Ambrose.
—He tenido mucho trabajo. Y he perdido la costumbre de acicalarme. Me llevó una hora recordar cómo hacerme el recogido. ¿Algún consejo? —Estiró los brazos separándolos de los costados y giró sobre sí misma.
Devi la miró de arriba abajo, calculando.
—Estás mucho mejor de lo que él se merece. Pero no llevas ningún adorno. ¿Por qué no te pones ninguna joya?
—Los anillos me estorbarían con los guantes —dijo Felá mirándose las manos—. Y no tenía nada lo bastante bonito que pegara con el vestido.
—Pues toma. —Devi ladeó la cabeza y se llevó una mano bajo el pelo, primero en un lado y luego en el otro. Se acercó más a Felá—. Dios, qué alta eres. Agáchate un poco.
Cuando Felá volvió a erguirse, llevaba puestos unos pendientes que oscilaban y en los que se reflejaba la luz del fuego.
Devi dio unos pasos atrás y soltó un suspiro de exasperación.
—Y te quedan mejor a ti, claro. —Sacudió la cabeza con gesto de irritación—. Madre mía, Felá. Si yo tuviera unas tetas como las tuyas, ya sería la dueña de medio mundo.
•—Yo también —dijo Sim con entusiasmo.
Wilem soltó una carcajada; entonces se tapó la cara y se apartó de Sim, sacudiendo la cabeza y esforzándose para dar a entender que no tenía ni la menor idea de quién era el que estaba a su lado.
Devi miró a Sim, que sonreía sin vergüenza ninguna, y luego preguntó a Felá:
—¿Quién es este idiota?
Le hice señas a Mola; quería que se acercara para hablar con ella.
—No hacía falta, pero gracias. Es un gran alivio saber que Devi no trama nada contra mí.
—No des nada por hecho —dijo Mola con seriedad—. Nunca la había visto tan enfadada. Me pareció una pena que estuvierais enemistados. Os parecéis mucho.
Miré al otro lado de la hoguera, donde Wil y Sim se acercaban con cautela a Devi y Felá.
—He oído hablar mucho de ti —dijo Wilem mirando a Devi—. Pensaba que serías más alta.
—Y ¿qué te ha parecido? —preguntó Devi con aspereza—. Lo de pensar, quiero decir.
Agité las manos para atraer la atención de todos.
—Es tarde —dije—. Tenemos que ocupar nuestros puestos.
Felá asintió.
—Quiero llegar pronto, por si acaso. —Algo nerviosa, se ajustó bien los guantes—. Deseadme suerte.
Mola se le acercó y le dio un abrazo somero.
—Todo saldrá bien. No te alejes de los lugares públicos. Se comportará mejor si hay gente mirando.

—Insístele para que te hable de su poesía —le aconsejó Devi—. Se le irá el tiempo en eso.
—Si se pone impaciente, alábale el vino —añadió Mola—. Dile algo como «Ay, me encantaría otra copa, pero me da miedo que se me suba a la cabeza». Comprará una botella e intentará que te la bebas entera.
—Así no se te echará encima al menos durante media hora más —coincidió Devi. Tiró de la parte de arriba del vestido de Felá tapándole un poco el escote—. Empieza conservadora, y luego, hacia el final de la cena, exhíbelas un poco. Inclínate. Usa los hombros. Si él va viendo cada vez más, creerá que va por buen camino. Así no tendrá tanta prisa por meterte mano.
—Esto es lo más aterrador que he visto jamás —dijo Wilem en voz baja.
—¿Qué pasa? ¿Acaso todas las mujeres del mundo se conocen? —preguntó Sim—. Porque eso lo explicaría todo.
—En el Arcano apenas somos cien —dijo Devi con mordacidad—. Nos confinan a una sola ala de las Dependencias, tanto si queremos,, vivir allí como si no. ¿Cómo no vamos a conocernos todas?
Me acerqué a Felá y le di una ramita de roble.
—Cuando hayamos terminado, te haré una señal. Tú me haces una señal si Ambrose te deja plantada.
Felá arqueó una ceja y dijo:
—Ese comentario tiene una interpretación despectiva —comentó; luego sonrió y se guardó la ramita dentro de uno de los guantes, largos y negros. Sus pendientes oscilaron, y la luz volvió a reflejarse en ellos. Eran esmeraldas. Con forma de lágrima.
—Qué pendientes tan bonitos —le dije a Devi—. ¿De dónde los has sacado?
Devi me miró con los ojos entrecerrados, como si tratara de decidir si debía ofenderse o no.
—Un joven muy guapo los utilizó para saldar su deuda —me contestó—. Pero que yo sepa, eso no es asunto tuyo.
—Era mera curiosidad —dije encogiéndome de hombros.Felá nos dijo adiós con la mano y se marchó, pero todavía no se había alejado ni tres metros cuando Simmon la alcanzó. Le sonrió con torpeza, habló con ella e hizo unos gestos enfáticos antes de ponerle algo en la mano. Felá le devolvió la sonrisa y se lo guardó dentro del guante.
—Supongo que sabes cuál es el plan —le dije a Devi.
Ella asintió.
—¿A qué distancia está su habitación?
—A un kilómetro, aproximadamente —dije disculpándome—. El desliz...
—Sé hacer mis propios cálculos —me interrumpió.
—Vale. —Señalé mi macuto, que estaba en el suelo, cerca del borde de la hoguera—. Ahí dentro encontrarás cera y arcilla. —Le di una ramita de abedul—. Te haré una señal cuando estemos en nuestros puestos. Empieza con la cera. Dedícale media hora buena. Luego haz una señal y empieza con la arcilla. Dedícale como mínimo una hora.
—¿Con una hoguera detrás de mí? —Devi dio un resoplido—. Tardaré quince minutos, como mucho.
—Piensa que quizá no lo tenga escondido en el cajón de los calcetines. Podría estar guardado bajo llave, en un sitio sin mucho aire.
—Sé lo que hago —dijo Devi, mandándome que me largara con un ademán.
Hice una pequeña reverencia y dije:
—Lo dejo en tus competentes manos.
—¿Ya está? —preguntó Mola, indignada—. ¡A mí me has echado un sermón de una hora! ¡Me has interrogado!
—No tengo tiempo —me excusé—. Y tú estarás aquí para ayudarla, si es necesario. Además, sospecho que Devi podría ser una de las pocas personas que conozco que domina la

simpatía más que yo.
—¿Sospechas? —dijo Devi mirándome torvamente—. Te vencí como a un miserable pelirrojo. Fuiste mi pequeño títere simpático de mano.
—Eso fue hace dos ciclos —puntualicé—. Desde entonces he aprendido mucho.
—¿Títere de mano? —preguntó Sim a Wilem. Wil hizo un gesto aclaratorio, y ambos rompieron a reír.
Le hice una seña a Wilem y dije:
—Vámonos.
Antes de que nos pusiéramos en marcha, Sim me entregó un tarrito.
Lo miré, extrañado. Ya llevaba su ungüento alquímico guardado en la capa.
—¿Qué es esto?
—Solo es pomada, por si te quemas —explicó—. Pero si la mezclas con meados, se convierte en caramelo. —El rostro de Sim no delataba emoción alguna—. Un caramelo delicioso.
Asentí, muy serio.
—Sí, señor.
Mola nos miraba, perpleja. Devi nos ignoró deliberadamente y empezó a echar leña al fuego.:
Una hora más tarde, Wilem y yo jugábamos a las cartas en El Pony de Oro. La taberna estaba casi llena, y un arpista interpretaba una versión bastante aceptable de «Dulce centeno de invierno». Se oía un murmullo de conversaciones; clientes adinerados jugaban a las cartas, bebían y hablaban de esas cosas de que hablan los ricos. De cómo había que pegar al mozo de cuadra, supuse. O de las mejores técnicas para perseguir a la doncella por la finca.
El Pony de Oro no era el tipo de local que a mí me gustaba. La clientela era demasiado distinguida, las copas eran demasiado caras y los músicos satisfacían más la vista que el oído. Pese a todo, llevaba casi dos ciclos yendo allí y fingiendo que me proponía ascender en la escala social. Así, nadie podría decir que era raro que estuviera allí ^ esa noche en particular.
Wilem bebió un poco y barajó las cartas. A mí me quedaba media jarra, ya caliente; solo me había tomado una cerveza barata, pero con los precios del Pony, me había quedado literalmente sin un penique.
Wil repartió otra mano de aliento. Cogí mis cartas con cuidado, pues el ungüento alquímico de Simmon me había dejado los dedos un poco pegajosos. Poco habría importado que hubiéramos jugado con cartas en blanco. Yo cogía y lanzaba al azar, fingiendo concentrarme en el juego cuando en realidad me limitaba a esperar y escuchar.
Noté un ligero picor en la comisura de un ojo y levanté una mano para frotármelo, pero me detuve en el último momento. Wilem me miró fijamente desde el otro lado de la mesa, alarmado, y dio una breve pero firme sacudida con la cabeza. Me quedé quieto un momento y bajé lentamente la mano.
Ponía tanto empeño en aparentar despreocupación que cuando se oyó el grito fuera me asusté de verdad. Traspasó el murmullo gravede las conversaciones como solo puede hacer una voz estridente cargada de pánico.
—¡Fuego! ¡Fuego!
En el Pony todos se quedaron paralizados un momento. Siempre pasa lo mismo cuando la gente se asusta y se desconcierta. Esperan un segundo para mirar alrededor, olfatear el aire y pensar cosas como «¿Ha dicho fuego?», o «¿Fuego? ¿Dónde? ¿Aquí?».
No vacilé. Me levanté de un brinco y miré alrededor, frenético, dejando claro que buscaba dónde estaba el incendio. Para cuando la gente que estaba en la taberna empezó a moverse, yo corría a toda prisa hacia la escalera.
Seguían oyéndose gritos en la calle:

—¡Fuego! ¡Dios mío! ¡Fuego!
Sonreí mientras escuchaba a Basil, que sobreactuaba en su pequeño papel. No lo conocía lo bastante para dejarlo participar en todas las fases del plan, pero era fundamental que alguien detectase el fuego pronto para que yo pudiera ponerme en acción. No me interesaba que ardiera media posada accidentalmente.
Llegué al piso superior del Pony de Oro y miré alrededor. Ya se oían pasos subiendo por la escalera detrás de mí. Unos pocos huéspedes ricos abrieron sus puertas y se asomaron al pasillo.
Por debajo de la puerta de las habitaciones de Ambrose salían unas finas volutas de humo. Perfecto.
—¡Creo que es aquí! —grité, y al correr hacia la puerta, deslicé la mano en uno de los bolsillos de mi capa.
Mientras buscábamos en el Archivo, había encontrado referencias a infinidad de obras de artificería interesantes. Una de ellas era un ingenioso artilugio llamado «piedra de asedio». Funcionaba basándose en los principios simpáticos más sencillos. Una ballesta almacena energía y la utiliza para disparar un virote a larga distancia y a gran velocidad. Una piedra de asedio es una pieza de plomo inscrita que almacena energía y la utiliza para desplazarse unos quince centímetros con la fuerza de un ariete.
Al llegar a la mitad del pasillo, me preparé y embestí la puerta de Ambrose con el hombro. Al mismo tiempo, la golpeé con la piedra de asedio que llevaba escondida en la palma de la mano.
La puerta, de madera gruesa, se rompió como un barril golpeado por un martillo de yunque. La gente que estaba en el pasillo profirió exclamaciones y gritos de asombro. Entré en la habitación tratando de borrar la sonrisa de maníaco de mi cara.El salón de Ambrose estaba a oscuras, y el humo que se estaba acumulando lo oscurecía aún más. Vi una luz parpadeante más adentro, hacia la izquierda. Supe, por mi anterior visita, que el fuego estaba en el dormitorio.
—¿Hola? —grité—. ¿Hay alguien? —Modulé cuidadosamente mi voz: enérgica pero preocupada. Ni pizca de pánico, por supuesto. Al fin y al cabo, yo era el héroe de aquella escena.
El dormitorio estaba lleno de un humo anaranjado que me producía escozor en los ojos. Contra la pared había una cómoda enorme, del tamaño de los bancos de trabajo de la Factoría. Las llamas salían por las rendijas de los cajones y lamían la madera. Por lo visto, había acertado: Ambrose guardaba el fetiche en el cajón de los calcetines.
Agarré la primera silla que encontré y la utilicé para romper la ventana por la que había entrado unas noches atrás.
—¡Despejad la calle! —grité.
El cajón inferior izquierdo era el que ardía más violentamente, y cuando lo abrí, la ropa que había dentro prendió al recibir aire. Olí a pelo quemado y confié en no haber perdido las cejas. No quería pasarme un mes con expresión de sorpresa.
Después de la llamarada inicial, inspiré hondo, di un paso adelante y extraje el pesado cajón de madera de la cómoda con las manos desnudas. Estaba lleno de ropa ennegrecida y humeante, pero al correr hacia la ventana oí rodar un objeto duro por el fondo del cajón. Tiré el cajón por la ventana; la ropa volvió a arder al golpearla el viento.
Después abrí el cajón superior derecho. En cuanto lo saqué de la cómoda, el humo y las llamas salieron formando una masa casi sólida. Una vez extraídos esos dos cajones, el interior vacío de la cómoda formó una especie de chimenea, dando al fuego el aire que necesitaba. Mientras arrojaba el segundo cajón por la ventana, alcancé a oír el rugido del fuego extendiéndose por la madera barnizada y la ropa que había dentro.
En la calle, la gente atraída por la conmoción hacía lo que podía para apagar los escombros.

En medio de ese grupo, Simmon iba dando pisotones con sus botas nuevas de tachuelas, haciendo añicos todo lo que encontraba, como un niño que salta en los charcos tras la primera lluvia de primavera. Si el fetiche había sobrevivido a la caída, no sobreviviría a los pisotones de Simmon.
Ese detalle no era ninguna nimiedad. Hacía veinte minutos que
Devi me había enviado la señal para hacerme saber que ya había probado con el muñeco de cera. No se había producido ningún resultado, y eso significaba que Ambrose había utilizado mi sangre para hacer un muñeco de arcilla. El fuego no iba a bastar para destruirlo.
Uno a uno, saqué los otros cajones y también los tiré a la calle, deteniéndome para arrancar las gruesas cortinas de terciopelo del dosel de la cama de Ambrose para protegerme las manos del calor del fuego. Eso también podría parecer una pequeñez, pero no lo era. Me aterrorizaba quemarme las manos. Todos mis talentos dependían de ellas.
Lo que sí fue un capricho fue la patada que le di al orinal cuando volvía de la ventana a la cómoda. Era un orinal caro, de cerámica esmaltada. Se volcó y rodó por el suelo hasta chocar contra la chimenea y romperse. Huelga decir que lo que se derramó por las alfombras de Ambrose no era delicioso caramelo.
Las llamas danzaban sin obstáculo en los huecos que habían dejado los cajones, iluminando la habitación; por la ventana rota entraba aire fresco. Al final alguien más tuvo valor suficiente para entrar en la habitación. Cogió una de las mantas de la cama de Ambrose para protegerse las manos y me ayudó a lanzar los últimos cajones en llamas por la ventana. Hacía calor y había mucho humo, y pese a contar con ayuda, cuando el último cajón cayó a la calle, la tos apenas me dejaba respirar.
Duró menos de tres minutos. Unos pocos clientes lúcidos de la taberna trajeron jarras de agua y remojaron el armazón de la cómoda, que todavía ardía. Lancé las cortinas de terciopelo, humeantes, por la ventana y grité: «¡Cuidado con eso!». Para que Simmon supiera que tenía que recuperar mi piedra de asedio de entre la maraña de tela.
Encendieron unas lámparas, y poco a poco el aire que entraba por la ventana dispersó el humo. Fue metiéndose gente en la habitación para echar una mano, contemplar el desastre o sencillamente chismorrear. Se formó un grupito de curiosos ante la destrozada puerta de Ambrose; distraído, me pregunté qué clase de rumores surgirían de mi actuación de esa noche.
Una vez que la habitación quedó bien iluminada, admiré los daños que había producido el fuego. La cómoda había quedado reducida a un montón de palos calcinados, y la pared de yeso que tenía detrás estaba resquebrajada y cubierta de ampollas a causa del calor. En el techo blanco, había aparecido una mancha negra de hollín con foi ma de abanico.Me vi reflejado en el espejo del vestidor y me llevé una alegría al comprobar que tenía las cejas más o menos intactas. Estaba empapado de sudor, con el cabello enmarañado y la cara manchada de ceniza El blanco de mis ojos destacaba contra el negro de mi piel.
Wilem vino a mi lado y me ayudó a vendarme la mano izquierda. En realidad no me la había quemado, pero sabía que parecería extraño que saliera del incendio completamente ileso. Aparte de un poco j_e pelo chamuscado, mis únicas heridas eran los agujeros que se me habían hecho en las mangas. Otra camisa perdida. Si seguía así, a finales del bimestre tendría qué ir desnudo.
Me senté en el borde de la cama mientras traían más agua para rociar la cómoda. Señalé una viga chamuscada del techo, y la remojaron también; se oyó un intenso silbido y de la viga salió una nube de humo y vapor. Seguían entrando y saliendo curiosos que contemplaban los destrozos y murmuraban sacudiendo la cabeza.
Cuando Wil estaba terminando de vendarme la mano, oí ruido de cascos de caballo sobre adoquines; el chacoloteo acalló momentáneamente el ruido de unos enérgicos pisotones de unas botas de tachuelas.

No había pasado ni un minuto cuando oí a Ambrose en el pasillo.
—¿Qué está pasando aquí, en el nombre de Dios? ¡Largaos! ¡Fuera!
Maldiciendo y apartando a la gente a empellones, Ambrose entró en su habitación. Cuando me vio sentado en su cama, se paró en seco.
—¿Qué haces en mis habitaciones?
—¿Qué? —pregunté, y miré alrededor—. ¿Estas son tus habitaciones? —No fue fácil darle a mi voz el tono adecuado de consternación, porque todavía estaba un poco ronco a causa del humo—. ¿Me he quemado para salvar tus cosas?
Ambrose entrecerró los ojos y fue hacia los restos de su cómoda. Me miró, y entonces abrió mucho los ojos: por fin lo había entendido. Reprimí el impulso de sonreír.
—Largo de aquí, asqueroso ladrón Ruh —me espetó con todo su odio—. Te juro que si falta algo, te denunciaré ante el alguacil. Haré que te lleven ante la ley del hierro y veré cómo te ahorcan.
Inspiré para responder, pero me dio un ataque de tos y tuve que contentarme con mirarlo con odio.
—Bien hecho, Ambrose —dijo Wilem con sarcasmo. Lo has descubierto. Te ha robado tu fuego.
Uno de los curiosos intervino:
—¡Sí, haz que te lo devuelva!
—¡Largo! —gritó Ambrose, colorado de ira—. Y llévate a ese repugnante miserable si no queréis que os dé a los dos la paliza que os merecéis. —Los que estaban allí miraban perplejos a Ambrose, asombrados de su comportamiento.
Lo miré con orgullo, largamente, regodeándome con mi actuación.
—De nada —dije con dignidad ofendida, y pasé a su lado y lo aparté de un brusco empujón.
Cuando salía, un individuo gordo y rubicundo con chaleco entró tambaleándose por la estropeada puerta de la habitación de Ambrose. Lo reconocí: era el dueño del Pony de Oro.
—¿Qué demonios pasa aquí?—preguntó.
—Las velas son peligrosas —dije. Miré a Ambrose por encima del hombro—. Francamente, chico —le dije—, no sé dónde tienes la cabeza. Se diría que un miembro del Arcano tendría más cuidado con esas cosas.
Wil, Mola, Devi y yo estábamos sentados alrededor de lo que quedaba de la hoguera cuando oímos unas pisadas que se acercaban entre los árboles. Felá todavía iba elegantemente vestida, pero se había soltado el pelo. Sim caminaba a su lado, sujetando distraídamente las ramas para apartarlas del camino a medida que avanzaban por la maleza.
—¿"Se puede saber dónde estabais? —preguntó Devi.
—He tenido que volver andando desde Imre —explicó Felá—. Sim me esperaba a mitad de camino. No te preocupes, mamá, se ha portado como un perfecto caballero.
—Espero que no lo hayas pasado muy mal —dije.
—La cena ha ido más o menos como esperábamos —admitió Felá—. Pero la segunda parte ha hecho que valiera la pena.
—¿La segunda parte? —preguntó Mola.
—Cuando volvíamos, Sim me ha llevado a ver cómo había quedado el Pony, y me he parado a hablar un momento con Ambrose. Nunca me había divertido tanto. —Felá compuso una sonrisa traviesa—. Me he hecho la ofendida y le he leído la cartilla.
—Sí, ha sido genial —confirmó Simmon.
Felá se volvió hacia Sim y puso los brazos en jarras.
—¿Cómo te atreves a dejarme plantada?
Sim frunció exageradamente el ceño y se puso a gesticular.
—¡Escúchame, tonta del bote! —dijo imitando el acento víntico de Ambrose—. ¡Había un incendio en mis habitaciones!

Felá se dio la vuelta y, alzando las manos, exclamó:
—¡No me mientas! Te has largado con alguna prostituta. ¡Jamás me había sentido tan humillada! ¡No quiero volver a verte!
Todos aplaudimos. Felá y Sim entrelazaron los brazos e hicieron una reverencia.
—Para ser precisos —dijo Felá con brusquedad—, Ambrose no me ha llamado «tonta del bote». —No se soltó del brazo de Sim.
—Bueno, sí —dijo Simmcín, un poco abochornado—. Hay cosas que no se le pueden llamar a una mujer, ni siquiera en broma. —Se soltó de Felá de mala gana y se sentó en el tronco del árbol caído. Ella se sentó a su lado.
Entonces Felá se inclinó hacia él y le susurró algo al oído. Sim rió y sacudió la cabeza.
—Por favor —dijo Felá, y apoyó una mano en su brazo—. Kvothe no ha traído su laúd. De alguna forma tenemos que distraernos.
—Está bien —concedió Simmon, ligeramente aturullado. Cerró los ojos un momento y recitó con voz resonante:

> Y presta llegó Felá de luceros ardientes, cruzó los adoquines con un paso bien fuerte.
> Se plantó ante Ambrore de cenizas rodeado, de mirada severa y rostro demudado.
> Mas no le temió Felá la del bravio pe...

Simmon paró bruscamente antes de terminar la palabra «pecho»* y se puso rojo como una remolacha. Devi, sentada al otro lado de la hoguera, soltó una risotada campechana.
Wilem, como buen amigo, intervino para distraer la atención de todos.
—¿Qué significa esa pausa que haces? —quiso saber—. Parece como si te quedaras sin respiración.
—Yo también se lo he preguntado —dijo Felá sonriendo.
—Es un recurso de la poesía en víntico éldico —explicó Sim—. Es una pausa en medio del verso que se llama cesura.
—Estás peligrosamente bien informado sobre poesía, Sim —observé—. Estoy a punto de perder el respeto que siento por ti.
—No digas eso —dijo Felá—. A mí me encanta. Lo que pasa es que estás celoso porque tú no sabes improvisar como él.—La poesía es una canción sin música —dije con altivez—. Y una canción sin música es como un cuerpo sin alma.
Wilem levantó una mano antes de que Simmon pudiera replicar.
—Antes de embrollarnos en conversaciones filosóficas, tengo que confesaros una cosa —dijo con gravedad—. He dejado un poema en el pasillo, frente a las habitaciones de Ambrose. Es un acróstico que habla del gran afecto que siente por el maestro Hemme.
Todos reímos, pero Simmon lo encontró particularmente gracioso. Tardó un buen rato en volver a respirar con normalidad.
—Si lo hubiéramos planeado, no habríamos podido hacerlo mejor —dijo—. Yo compré unas cuantas prendas femeninas y las he mezclado con la ropa de los cajones que había en la calle. Raso rojo. Prendas de encaje. Un corsé de ballena.
Hubo más risas. Entonces todos me miraron.
—Y ¿qué has hecho tú? —me preguntó Devi.
—Solo lo que tenía previsto hacer —dije sombríamente—. Solo lo necesario para destruir el fetiche y poder dormir tranquilo y seguro por las noches.
—Le has dado una patada al orinal —me recordó Wilem.
—Cierto —admití—. Y he encontrado esto. —Les mostré un trozo de papel.

—Si es uno de sus poemas —dijo Devi—, te sugiero que lo quemes cuanto antes y que te laves las manos.

Desdoblé el trozo de papel y leí en voz alta:

—«Entrada 4535: Anillo. Oro blanco. Cuarzo azul. Reparar engarce y pulir.» —Lo doblé con cuidado y me lo guardé en un bolsillo—. Para mí —dije—, esto es mejor que un poema.

Sim se enderezó.

—¿Qué es, el resguardo que le dieron en la casa de empeños por el anillo de tu novia?

—Si no me equivoco, es el resguardo de una joyería. Pero sí, es el del anillo —dije—. Y no es mi novia, por cierto.

—No entiendo nada —dijo Devi.

—Así fue como empezó todo —explicó Wilem—. Kvothe quería recuperar un objeto para una chica que le gusta.

—Alguien debería ponerme al día —dijo Devi—. Por lo visto, he llegado cuando la historia ya estaba muy avanzada.

Me recliné en la roca, y dejé que mis amigos le contaran la historia.

El trozo de papel no estaba en la cómoda de Ambrose. No estaba en la chimenea, ni en su mesilla de noche. No estaba en su bandeja para las joyas ni en su escritorio.

De hecho, estaba en la bolsa de Ambrose. Se la había hurtado, en un arranque de despecho, medio minuto después de que él me llamara «asqueroso ladrón Ruh». Había sido casi un acto reflejo al pasar a su lado y empujarlo antes de salir de sus habitaciones.

Por curiosa coincidencia, la bolsa también contenía dinero. Casi seis talentos. Para Ambrose, eso no era un gran capital. Suficiente para pasar una velada de lujo con una dama. Pero para mí era mucho dinero, tanto que casi me sentía culpable por habérselo robado. Casi.

34 Cosillas

Aquella noche, cuando regresé a Anker’s, no había ningún mensaje de Denna para mí. Ni tampoco me aguardaba a la mañana siguiente. Me pregunté si el chico habría encontrado a Denna y le habría entregado mi nota, o si lo habría dejado estar, o si la habría tirado al río, o si se la habría comido.
Esa mañana decidí que era una pena malgastar mi buen humor con las majaderías de la clase de Elodin. Así que me colgué el laúd a la espalda y me dirigí al otro lado del río con la intención de buscar a Denna. Había tardado más de lo planeado, pero estaba deseando ver la cara que pondría cuando por fin le devolviera su anillo.
Entré en la joyería y sonreí al hombre bajito que estaba de pie detrás de una vitrina baja.
—¿Ha terminado ya con el anillo?
—¿Cómo dice, señor? —preguntó el joyero arrugando la frente.
Di un suspiro y rebusqué en mi bolsillo; al final saqué el trozo de papel.
Cuando le echó una ojeada, el rostro del joyero se iluminó.
—Ah, sí. Claro. Espere un momento. —Se metió por una puerta que conducía a la trastienda.
Me relajé un poco. Era la tercera joyería que visitaba. Las otras conversaciones habían ido mucho peor.
El joyero menudito volvió con prisa de la trastienda.
—Aquí lo tiene, señor. —Me mostró el anillo—. Ha quedado como nuevo. Y la piedra es muy bonita, si no le molesta que se lo diga.
Puse el anillo a la luz. Era el de Denna.
—Trabaja usted muy bien —comenté.
El hombre sonrió, halagado.
—Gracias, señor. En total, el trabajo ha salido por cuarenta y cinco peniques.
Di un breve y silencioso suspiro. Habría sido mucho pedir que Ambrose hubiera pagado el trabajo por adelantado. Calculé mentalmente, conté las monedas y puse un talento y seis iotas sobre el tablero de cristal de la vitrina. Al hacerlo, me fijé en que tenía la textura ligeramente oleosa del vidrio reforzado; le pasé la mano y me pregunté, distraído, si sería una de las piezas que yo mismo había fabricado en la Factoría.
Mientras el joyero recogía las monedas, me fijé en otra cosa. En algo que había dentro de la vitrina.
—¿Le ha llamado la atención alguna cosilla? —me preguntó con desparpajo.
Señalé un collar expuesto en el centro de la vitrina.
—Tiene usted un gusto excelente —declaró; sacó una llave y abrió un panel de la parte posterior de la vitrina—. Es un artículo excepcional. El engarce es muy elegante, y además la piedra en sí es de una calidad notable. No suelen verse esmeraldas de tanta calidad talladas con forma de lágrima.
—¿Lo ha hecho usted?—pregunté.
El joyero lanzó un suspiro teatral.
—No, no puedo atribuirme ese honor. Lo trajo una joven hace algunos ciclos. Por lo visto necesitaba más el dinero que el adorno, y llegamos a un acuerdo.
—¿Cuánto pide por él? —pregunté fingiendo desinterés.
Me lo dijo. Era una cantidad de dinero astronómica. Más dinero del que yo jamás había visto junto. Suficiente dinero para que una mujer viviera holgadamente en Imre varios años. Suficiente para que se comprara un arpa buena, nueva. Suficiente para que comprara un

laúd de plata maciza, o, si así lo prefería, un estuche para ese laúd..
El joyero volvió a suspirar y meneó la cabeza como lamentándose del triste estado del mundo.
—Es una lástima —dijo—. Quién sabe lo que habrá llevado a una joven a empeñar una pieza como esta. —Entonces levantó la cabeza y sonrió, acercando la esmeralda a la luz con gesto expectante—. Sin embargo, lo que para ella es una pérdida, para usted es una ganancia.Como en su nota Denna había mencionado El Tonel y el Jabalí, decidí empezar a buscarla allí. El estuche del laúd me pesaba más ahora que sabía lo que Denna había tenido que empeñar para pagarlo. Con todo, favor con favor se paga, y confiaba en que devolviéndole su anillo las cosas entre nosotros se equilibrarían.
Pero El Tonel y el Jabalí no era una posada, sino solo una casa de comidas. Sin muchas esperanzas, pregunté al dueño si alguien había dejado un mensaje para mí. No, no habían dejado nada. Pregunté si recordaba a una mujer que había estado allí la noche anterior. ¿Morena? ¿Muy guapa?
El hombre asintió con la cabeza.
—Estuvo esperando mucho rato —dijo—. Recuerdo que pensé: ¿a quién se le ocurriría hacer esperar a una mujer así?
Os sorprendería la cantidad de posadas y pensiones que puede llegar a haber en una ciudad tan pequeña como Imre.

35 Secretos

Los días más tarde fui a la Factoría con la esperanza de que un poco de trabajo honrado me despejase la cabeza y me ayudara a tolerar dos horas más de las asnadas de Elodin. Estaba a tres pasos de la puerta cuando vi a una joven con una capa azul que corría por el patio hacia mí. Bajo la capucha, su cara expresaba una asombrosa mezcla de emoción y ansiedad.

Nos miramos, y la joven dejó de avanzar hacia mí. Entonces, sin apartar los ojos de mí, me hizo una seña tan rígida y furtiva que no entendí lo que quería decirme hasta que la repitió: quería que la siguiera.

Asentí con la cabeza, confuso. Ella se dio la vuelta y salió del patio; se movía con esa rigidez torpe de quienes intentan por todos los medios aparentar indiferencia.

La seguí. En otras circunstancias, habría pensado que aquella joven era una encubridora que quería atraerme a un callejón oscuro donde unos matones me arrancarían los dientes a patadas y me robarían la bolsa. Pero tan cerca de la Universidad no había callejones tan peligrosos, y además era una tarde soleada.

Al final la joven se metió por una calle vacía detrás de un taller de vidrio y una relojería. Miró alrededor con nerviosismo; luego se volvió hacia mí y sonrió aliviada bajo la protección de la capucha.

—¡Por fin te encuentro! —dijo sin aliento.

Era más joven de lo que me había pensado, no debía de tener más de catorce años. Unos rizos de cabello castaño ceniza enmarcaban su pálido rostro y luchaban por escapar de la capucha. Sin embargo, no conseguía recordar dónde...

—Las he pasado canutas para dar contigo —dijo—. Paso tanto tiempo aquí que mi madre cree que me he echado un novio en la Universidad. —Pronunció la última frase casi con timidez, y sus labios dibujaron una discreta curva.

Abrí la boca para admitir que no tenía ni la más remota idea de quién era, pero antes de que pudiera hablar, ella saltó:

—No te preocupes. Nadie sabe que he venido a verte. —Sus relucientes ojos se oscurecieron de ansiedad, como una laguna cuando el sol se oculta detrás de una nube—. Ya sé que es mejor así.

Entonces, al oscurecer la preocupación su semblante, la reconocí. Era la niña a la que había conocido en Trebon cuando había ido a investigar unos rumores sobre los Chandrian.

—Nina —dije—, ¿qué haces aquí?

—Buscarte. —Levantó la barbilla con orgullo—. Sabía que tenías que ser de aquí porque sabías mucho de magia. —Miró alrededor—. Pero esto es mucho más grande de lo que me imaginaba. Ya sé que en Trebon no le revelaste tu nombre a nadie porque entonces tendrían poder sobre ti, pero déjame decirte que así es muy difícil encontrarte.

¿No le había dicho a nadie cómo me llamaba? Muchos de mis recuerdos de aquella época en Trebon eran vagos, porque había sufrido una conmoción. Seguramente era una suerte que hubiera mantenido el anonimato, dado que había sido el responsable del incendio de una parte considerable de la ciudad.

—Siento mucho haberte dado tanto trabajo —me disculpé, pese a que todavía no sabía muy bien de qué iba todo aquello.

Nina dio un paso más hacia mí.

—Cuando te marchaste, soñé cosas —me dijo en voz baja y con tono confidencial—. Pesadillas. Creía que ellos iban a venir a buscarme por lo que te había contado. —Me lanzó

una mirada expresiva—. Pero entonces empecé a dormir con el amuleto que me regalaste. Rezaba mis oraciones todas las noches, y al final mis sueños desaparecieron. —Con una mano acarició distraídamente un trozo de metal brillante que llevaba colgado del cuello con un cordón de cuero.

De pronto me di cuenta de que, sin quererlo, había mentido al maestro Kilvin, y me sentí culpable. No le había vendido ningún amuleto a nadie, ni había fabricado nada parecido. Pero le había regalado a Nina un trozo de metal con grabados y le había dicho que era un amuleto para que se quedara tranquila. La pobre se hallaba al borde del histerismo, pues estaba convencida de que los demonios iban a matarla.

—Y ¿qué? ¿Funciona? —pregunté, tratando de disimular mi arrepentimiento.

Ella asintió.

—En cuanto lo puse bajo mi almohada y recé mis oraciones, volví a dormir como un crío enganchado a la teta. Y entonces empecé a tener ese sueño especial —continuó, y me sonrió—. Soñé con aquel tarro grande que Jimmy me enseñó antes de que mataran a aquella gente en la granja de los Mauthen.

La esperanza prendió en mi pecho. Nina era la única persona que quedaba con vida que había visto aquella vasija de cerámica antigua. Estaba cubierta de imágenes de los Chandrian, y ellos son muy celosos de sus secretos.

—¿Recordaste algo del tarro con las siete figuras pintadas? —pregunté, emocionado.

Ella vaciló un momento y frunció el entrecejo.

—Eran ocho —me corrigió—, no siete.

—¿Ocho? —pregunté—. ¿Estás segura?

Nina asintió enérgicamente.

—Creía que ya te lo había dicho.

De pronto, la llama de esperanza que había prendido en mi pecho se apagó por completo. Los Chandrian eran siete. Esa era una de las pocas cosas sobre ellos de las que no tenía ninguna duda. Si en la vasija pintada que había visto Nina había representadas ocho personas...

Nina siguió hablando, sin reparar en mi chasco.

—Soñé con el tarro tres noches seguidas —me contó—. Y no era un sueño desagradable. Todas las mañanas desperté descansada y feliz. Entonces comprendí lo que Dios me estaba indicando que hiciera.

Empezó a hurgar en sus bolsillos y sacó un trozo de cuerno pulido de más de un palmo de largo y del grosor de mi pulgar.

—Recordé que sentías mucha curiosidad por el tarro. Pero yo no pude explicarte nada porque solo lo había visto un momento. —Me dio el trozo de cuerno, orgullosa.

Bajé la vista hacia el trozo de cuerno cilindrico que tenía en las manos, sin saber muy bien qué hacer con él. Alcé la mirada hacia Nina, confuso.

Nina dejó escapar un suspiro de impaciencia y me quitó el cuerno de las manos. Lo retorció y separó un extremo, como si fuera un tapón.

—Esto me lo ha hecho mi hermano —dijo al mismo tiempo que, con cuidado, sacaba un pergamino enrollado de dentro del cuerno—. No te preocupes: él no sabe para qué era.

Me entregó el pergamino.

—No está muy bien hecho —dijo con timidez—. Mi madre me deja ayudarla a pintar los jarrones, pero esto es diferente. Pintar personas es más difícil que pintar flores y cenefas. Y es difícil pintar bien algo que solo has visto en tu cabeza.

Me sorprendió que no me temblaran las manos.

—¿Esto es lo que había pintado en la vasija? —pregunté.

—En uno de los lados —confirmó Nina—. En un objeto redondo como aquel, solo puedes ver una tercera parte cuando lo miras desde un lado.

—Y ¿soñaste un lado diferente cada noche? —pregunté.
—No. Solo este lado. Tres noches seguidas.
Desenrollé lentamente el pergamino, y al instante reconocí al hombre que Nina había pintado. Tenía los ojos del negro más negro. En el fondo había un árbol sin hojas, y el hombre estaba de pie sobre un círculo azul con unas líneas onduladas.
—Eso representa agua —me explicó Nina señalándola—. Pero pintar agua no es fácil. Y se supone que la figura está de pie en el agua. También tenía montones de nieve alrededor, y el pelo era blanco. Pero no me aclaré con la pintura blanca. Mezclar pinturas para papel es más difícil que mezclar esmaltes para jarrones.
Asentí con la cabeza porque temí que se me quebrara la voz. Era Ceniza, el asesino de mis padres. Visualicé su cara sin proponérmelo siquiera. Sin cerrar siquiera los ojos.
Seguí desenrollando el pergamino. Había otro hombre, o mejor dicho, la silueta de un hombre con una gran túnica con capucha. Bajo la capucha de la túnica solo había negrura. Por encima de su cabeza había tres lunas: una luna llena, una media luna y un fino creciente. A su lado había dos velas. Una era amarilla, con una llama intensa y anaranjada. La otra vela la tenía bajo una mano extendida: era gris, con una llama negra, y el espacio circundante estaba emborronado y oscurecido.
—Creo que eso quiere representar una sombra —dijo Nina señalando la zona de debajo de la mano—. En el tarro quedaba más claro. Tuve que utilizar carboncillo para pintarlo; con pintura no me quedaba bien.
Volví a asentir con la cabeza. Era Haliax, el líder de los Chandrian. Recordaba haberlo visto envuelto en una sombra sobrenatural. A su alrededor, el fuego parecía más tenue, y bajo la capucha de su capa estaba negro como el fondo de un pozo.Terminé de desenrollar el pergamino revelando una tercera figura, más grande que las otras dos. Llevaba armadura y un casco que dejaba la cara al descubierto. En el pecho tenía una insignia que parecía una hoja de otoño, roja por el borde y anaranjada brillante cerca del centro, con un tallo negro y recto.
Su tez era bronceada, pero la mano que tenía levantada era de color rojo intenso. La otra mano quedaba oculta detrás de un objeto redondo que Nina había conseguido pintar de un color metálico parecido al bronce. Deduje que debía de ser su escudo.
—Ese es el peor —dijo Niña con un hilo de voz.
La miré. Tenía una expresión sombría, y pensé que había interpretado mal mi silencio.
—No digas eso —dije—. Has hecho un trabajo estupendo.
—No me refería a eso —dijo Nina esbozando una sonrisa débil—. Me costó mucho dibujarlo. El cobre me quedó bastante conseguido. —Señaló el escudo—. Pero ese rojo —acarició con el dedo la mano levantada de la figura— debería parecer sangre. Tiene la mano manchada de sangre. —Le señaló el pecho—. Y esto era más brillante, como algo que arde.
Entonces lo reconocí. Lo que tenía en el pecho no era una hoja: era una torre envuelta en llamas. La mano extendida y ensangrentada no mostraba nada: hacía un gesto de reprimenda hacia Haliax y los demás. Levantaba la mano para detenerlos. Aquel hombre era un Amyr. Un Ciridae.
La niña se estremeció y se ciñó la capa.
—No me gusta mirarlo, ni siquiera ahora —dijo—. Eran todos muy desagradables. Pero él era el peor. No dibujo muy bien las caras, pero la suya tenía una sonrisa terrible. Parecía muy enojado. Daba la impresión de que estaba dispuesto a quemar el mundo entero.
—Si esto corresponde a un lado —dije—, ¿recuerdas qué había en el resto?
—No tanto. Recuerdo que había una mujer desnuda, y una espada rota, y un fuego... —Se quedó pensativa; entonces volvió a sacudir la cabeza—. Ya te lo dije, solo lo vi un momento cuando Jimmy me lo enseñó. Creo que un ángel me ayudó a recordar esta parte en un sueño para que pudiera pintártela y traértela.

—Nina —dije—, esto es asombroso. De verdad, no te imaginas lo increíble que es.
Volvió a sonreír y su rostro se iluminó.
—Me alegro. Me ha costado mucho trabajo hacerlo.—¿De dónde sacaste el pergamino? —pregunté fijándome en él por primera vez. No era pergamino, sino papel vitela, de muy buena calidad. De una calidad que yo no podía permitirme.
—Primero practiqué con unas tablillas —me dijo—. Pero sabía que eso no funcionaría. Además, sabía que tendría que esconderlo. Así que me colé en la iglesia y corté unas hojas de ese libro que tienen allí —dijo sin la más mínima inhibición. '
—¿Las cortaste del Libro del camino? —pregunté, horrorizado. No soy muy religioso, pero tengo cierto sentido del decoro. Y después de tantas horas en el Archivo, la idea de cortar unas hojas de un libro me horrorizaba.
Nina asintió, tan tranquila.
—Me pareció que era lo mejor que podía hacer, puesto que el ángel me había regalado aquel sueño. Y ya no pueden cerrar la puerta de la iglesia con llave por la noche, porque tú destrozaste la fachada del edificio y mataste a aquel demonio. —Estiró un brazo y pasó un dedo por la hoja—. No es tan difícil. Lo único que tienes que hacer es coger un cuchillo y rascar un poco, y las palabras se van. —Señaló con un dedo—. Pero puse mucho cuidado en no borrar el nombre de Tehlu. Ni el de Andan, ni los de los otros ángeles —añadió piadosamente.
Examiné detenidamente la hoja y comprobé que era cierto. Había pintado al Amyr de forma que las palabras «Andan» y «Ordal» descansaran justo encima de sus hombros, uno a cada lado. Como si Nina pretendiera que esos nombres lo aprisionaran.
—Y tú dijiste que no debía contarle a nadie lo que había visto —prosiguió Nina—. Y pintar es como contar con dibujos en lugar de palabras. Por eso pensé que sería más prudente utilizar las hojas del libro de Tehlu, porque ningún demonio miraría una página de ese libro. Y mucho menos una que todavía tuviera escrito el nombre de Tehlu. —Me miró con orgullo.
—Hiciste muy bien —corroboré.
La campana de la torre empezó a sonar, y de pronto el pánico se apoderó de la expresión de Nina.
—¡Oh, no! —dijo lastimosamente—. Ya debería haber vuelto a los muelles. ¡Mi madre me va a dar una zurra!
Me reí. En parte porque no podía creer la suerte que había tenido.
Y en parte de pensar en una niña lo bastante valiente para desafiar a los Chandrian, pero a la que todavía le daba miedo hacer enfadar a su madre. Pero así es la vida.
—Nina, me has hecho un favor inmenso. Si alguna vez necesitas algo, o si tienes otro sueño, puedes encontrarme en una posada que se llama Anker's. Siempre toco allí.
—¿Es música mágica? —preguntó con los ojos como platos. Volví a reír.
—Hay gente que lo cree.
—Tengo que marcharme —dijo mirando alrededor con nerviosismo; me dijo adiós con la mano y echó a correr hacia el río. El viento le levantó la capucha.
Enrollé cuidadosamente el trozo de papel vitela y lo guardé dentro del cuerno hueco. Estaba impresionado por aquel descubrimiento. Recordé las palabras que Haliax le había dicho a Ceniza aquel día, años atrás: «¿Quién te protege de los Amyr? ¿De los cantantes? ¿De los Sithe?».
Tras meses de búsqueda, estaba prácticamente convencido de que en el Archivo solo había cuentos de hadas sobre los Chandrian. Nadie los consideraba más reales que a los engendros o a las hadas.
Sin embargo, todos sabían quiénes eran los Amyr. Eran los caballeros resplandecientes del imperio de Atur. Habían sido la mano dura de la iglesia durante doscientos años. Eran el tema de un centenar de canciones e historias.

Yo había estudiado Historia. La iglesia de los tehlinos había fundado la orden de los Amyr en los albores del imperio de Atur.

Pero la pieza de cerámica que había visto Nina era mucho más antigua.

Yo había estudiado Historia. La iglesia había condenado y disuelto la orden de los Amyr antes de la caída del imperio.

Pero yo sabía que los Chandrian todavía les tenían miedo.

Por lo visto, había una parte de la historia que no conocía.

36 Pese a saber todo eso

Transcurrieron los días, e invité a Wil y a Sim a ir a Imre para celebrar el éxito de nuestra campaña contra Ambrose.
Dada mi afición al sounten, yo no era un gran bebedor, pero Wil y Sim tuvieron la amabilidad de enseñarme las claves de ese arte. Visitamos diferentes tabernas, por cambiar un poco, pero al final acabamos en el Eolio. Yo lo prefería por la música, Simmon por las mujeres y Wilem porque allí servían scutten.
Cuando me pidieron que subiera al escenario estaba moderadamente cocido, pero hace falta algo más que un poco de alcohol para que me fallen los dedos. Para demostrar que no estaba borracho, toqué «Tres trasiegan tragos», una canción que ya cuesta interpretar cuando estás completamente sobrio.
Al público le encantó, y expresó debidamente su agradecimiento.
Y como aquella noche no bebí sounten, no recuerdo mucho más de la velada.
Salimos los tres juntos del Eolio y emprendimos el largo camino de regreso. El aire frío anunciaba la proximidad del invierno, pero éramos jóvenes y el alcohol nos calentaba por dentro. Una ráfaga de viento me abrió la capa e inspiré hondo, feliz.
Entonces el pánico se apoderó de mí.
—¿Dónde está mi laúd? —pregunté, exaltado.
—Se lo has dejado a Stanchion en el Eolio —me recordó Wilem—. Temía que tropezases con él y te partieras el cuello.
Simmon se había parado en medio del camino. Choqué con él, perdí el equilibrio y me caí al suelo. Simmon apenas pareció darse cuenta.—Bueno —dijo, muy serio—, ahora no me veo con ánimos para eso.
El Puente de Piedra se alzaba ante nosotros: sesenta metros de longitud, con un arco de una altura equivalente a cinco plantas sobre el río. Formaba parte del Gran Camino de Piedra, recto como un clavo, plano como una tabla y más viejo que Dios. Yo sabía que pesaba más que una montaña. Sabía que tenía un parapeto de un metro de alto a lo largo de ambos bordes.
Pese a saber todo eso, la idea de cruzarlo me producía un profundo desasosiego. Me levanté d'él suelo con dificultad.
Mientras los tres examinábamos el puente, Wilem empezó a inclinarse lentamente hacia un lado. Estiré un brazo para enderezarlo, y al mismo tiempo Simmon me cogió por el brazo, aunque no supe si
lo hacía para ayudarme o para sujetarse a mí.
—Ahora no me veo con ánimos para eso —repitió Simmon.
—Allí hay un sitio para sentarse —observó Wilem—. Kella trelle turen navor ka.
Simmon y yo contuvimos la risa, y Wilem nos guió entre los árboles hasta un pequeño claro que había a solo quince metros de la entrada del puente. Me llevé una sorpresa al ver un alto itinolito apuntando al cielo en medio del calvero.
Wil entró en el claro como si lo conociera muy bien. Yo lo hice más despacio, mirando alrededor con curiosidad. Los itinolitos tienen algo especial para los artistas de troupe, y verlo me produjo unamezcla de sensaciones.
Simmon se dejó caer en la densa alfombra de hierba mientras Wilem apoyaba la espalda en el tronco inclinado de un abedul. Fui hasta el itinolito y lo toqué con las yemas de los dedos. Estaba caliente al tacto, y me resultaba familiar.
—No empujes esa cosa —dijo Simmon, inquieto—. Se puede caer.
Me reí.

—Esta piedra lleva mil años aquí, Sim. Dudo mucho que mi aliento le haga daño alguno.
—No importa, apártate. Esas cosas no son nada buenas.
—Es un itinolito —dije, y le di una palmadita—. Señalan los caminos antiguos. En todo caso, estamos más seguros a su lado. Los itinolitos señalan los lugares seguros. Eso lo sabe todo el mundo.
—Son reliquias paganas —me contradijo Simmon sacudiendo la cabeza con testarudez.
—Me juego una iota a que tengo razón —le provoqué.
—¡Ja! —Sim, que seguía tumbado boca arriba, levantó una mano. Me acerqué y entrechoque mi palma con la suya, formalizando nuestra apuesta—. Mañana podemos ir al Archivo a comprobarlo.
Me senté junto al itinolito, y cuando estaba empezando a relajarme, me invadió un pánico repentino.
—¡Cuerpo de Dios! —exclamé—. ¡Mi laúd! —Intenté levantarme, pero no pude, y estuve a punto de abrirme el cráneo al golpearme contra el itinolito.
Simmon quiso incorporarse y tranquilizarme, pero cayó con torpeza hacia un lado y se puso a reír a carcajadas.
—¡No tiene gracia! —grité.
—Está en el Eolio —dijo Wilem—. Ya nos lo has preguntado cuatro veces desde que hemos salido.
—No es verdad —dije con más convicción de la que sentía en realidad. Me froté la parte de la cabeza que me había golpeado contra el itinolito.
—No tienes por qué avergonzarte. —Wilem agitó una mano para enfatizar sus palabras—. Es propio del ser humano pensar en lo que tiene muy cerca del corazón.
—Me han contado que Kilvin pilló una cogorza en La Espita hace un par de meses y no paraba de hablar de su nueva lámpara fría de azufre —intervino Simmon.
Wil dio un resoplido.
—Lorren daría la lata sobre la forma correcta de guardar los libros en los estantes. «Cógelo por el lomo. Cógelo por el lomo.» —Gruñía y hacía como si agarrara algo con ambas manos —. Si le oigo decir eso una sola vez más, creo que lo cogeré a él por el lomo.
De pronto recordé una cosa.
—Tehlu misericordioso —dije, aterrorizado—. ¿Esta noche he cantado «Calderero, curtidor» en el Eolio?
—Sí —confirmó Simmon—. Y por cierto, no sabía que tuviera tantas estrofas.
Arrugué la frente y traté desesperadamente de recordar.
—¿He cantado la estrofa del tehlino y la oveja?
No era una estrofa muy apropiada cuando había gente importante entre el público.
—No —dijo Wilem.
—Menos mal —dije, aliviado.
—Era una cabra —consiguió decir Wilem con seriedad, y a continuación rompió a reír a carcajadas.

—«¡... en la túnica del tehlino!» —cantó Simmon, y unió sus risas a las de Wilem.
—¡No, no, no! —me lamenté, y me cogí la cabeza con ambas manos—. Mi madre hacía dormir a mi padre bajo el carromato cuando cantaba esa canción en público. Cuando vuelva a ver a Stanchion, me dará con un bastón y me quitará el caramillo.
—Pues les ha encantado —me tranquilizó Simmon.
—Y yo he visto a Stanchion coreándola —añadió Wilem—. El también tenía la nariz un poco roja.

Hubo un momento de agradable silencio.
—¿Kvothe? —dijo entonces Simmon.
-¿Sí?
—¿Es verdad que eres un Edena Ruh?
Esa pregunta me pilló desprevenido. Normalmente me habría puesto en guardia, pero en ese momento no sabía muy bien cómo tomármela.
—¿Importa mucho?
—No. Solo me lo preguntaba.
—Ya. —Seguí contemplando las estrellas un rato—. ¿Y qué te preguntabas?
—Nada en concreto. Ambrose te ha llamado Ruh un par de veces, pero también te ha llamado otras cosas insultantes.
—Eso no es un insulto —puntualicé.
—Me refiero a que te ha llamado cosas que no eran verdad —se apresuró a decir Simmon—. Nunca hablas de tu familia, pero a veces has dicho cosas que me han dejado intrigado. —Encogió los hombros; seguía tumbado boca arriba, contemplando las estrellas—. Nunca he conocido a ningún Edena. Bueno, nunca he conocido bien a ninguno.
—Lo que cuentan no es cierto —dije—. No robamos niños, ni adoramos a dioses oscuros ni nada parecido.
—Nunca me he creído esas cosas —dijo él con desdén, y añadió—: Pero algunas de las cosas que cuentan deben de ser verdad. Nunca he oído a nadie tocar como tú.
—Eso no tiene nada que ver con ser un Edena Ruh —repuse, pero luego me lo pensé mejor—. Bueno, quizá sí, un poco.
—¿Sabes bailar? —preguntó Wilem, que hasta ese momento había permanecido muy callado.
Si ese comentario lo hubiera hecho cualquier otra persona, o el propio Wil en otro momento, seguramente habría provocado una pelea.

—Así es como la gente nos imagina. Tocando caramillos y violines. Bailando alrededor de las fogatas. Cuando no estamos robando cualquier cosa que no esté sujeta con clavos, claro. —El tono de mi voz adquirió un deje amargo cuando dije—: Ser un Edena Ruh no tiene nada que ver con eso.
—Entonces, ¿en qué consiste? —preguntó Simmon.
Reflexioné un momento, pero mi aturdido cerebro no estaba por la labor.
—En realidad somos gente normal y corriente—dije por fin—. Solo que nunca permanecemos mucho tiempo en un mismo sitio y que todo el mundo nos odia.
Nos quedamos los tres contemplando el cielo en silencio.
—¿Es verdad que lo hacía dormir bajo el carromato? —preguntó Simmon.
—¿Qué?
—Has dicho que tu madre hacía dormir a tu padre bajo el carromato cuando cantaba la estrofa de la oveja. ¿Es verdad?
—Básicamente es una expresión metafórica —dije—. Pero una vez lo hizo.
No pensaba mucho en mi pasado con la troupe, cuando mis padres todavía vivían. Evitaba hablar del tema del mismo modo que un lisiado aprende a no cargar el peso del cuerpo sobre su pierna mala. Pero la pregunta de Sim hizo emerger un recuerdo del fondo de mi memoria.
—No fue por cantar «Calderero, curtidor» —me sorprendí explicando—. Fue por cantar una canción que mi padre había escrito sobre ella...
Me interrumpí un momento. Y entonces lo dije:

—Sobre Laurian.
Era la primera vez desde hacía muchos años que pronunciaba el nombre de mi madre. La primera vez desde su muerte. Me produjo una sensación extraña en la boca.
Y entonces, sin proponérmelo, me puse a cantar:

> Mi morena Laurian, de Arliden esposa, tiene el rostro afilado de una raposa y la voz erizada de una hechicera, pero lleva las cuentas como una usurera.
> Mi dulce contable de cocinar no sabe, pero con el ábaco no hay quien la gane.
> Aun con todos sus defectos, lo confieso, ya me valdrá que mi señora no cuente de menos...

Me sentí extrañamente entumecido, desconectado de mi propio cuerpo. Curiosamente, aunque era un recuerdo muy vivido, no era doloroso.
—No me extraña que tu madre hiciera dormir a tu padre bajo el carromato —dijo Wilem con gravedad.
—No era por eso —me oí decir—. Ella era hermosa, y ambos lo sabían. Se chinchaban el uno al otro continuamente. Era la métrica. Ella no soportaba aquella pésima métrica.
Nunca hablaba de mis padres, y referirme a ellos en pasado me hizo sentir incómodo. Desleal. A Wil y a Simmon no les sorprendió mi revelación. Cualquiera que me conociese debía de saber que no tenía familia. Nunca había contado nada, pero ellos eran buenos amigos. Ellos sí sabían.
—En Atur los hombres duermen en las perreras cuando sus esposas se enfadan —dijo Simmon llevando la conversación a un terreno más seguro.
—Melosi rehu eda Stiti —murmuró Wilem.
—¡En atur! —gritó Simmon, risueño—. ¡No hables en esa lengua de asnos!
—¿Eda Stiti? —repetí—. ¿Dormís junto al fuego?
Wilem asintió con la cabeza.
—Permíteme elevar una queja formal por lo rápido que has aprendido siaru —dijo Sim levantando un dedo—. Yo tuve que estudiar un año para entender algo. ¡Un año! A ti te ha bastado con un bimestre.
—Aprendí mucho cuando era pequeño —dije—. Este bimestre no he hecho más que pulirlo.
—Tú tienes mejor acento —le aseguró Wil a Simmon—. Kvothe parece un comerciante del sur, es muy basto. Tu siaru suena mucho más refinado.
Eso aplacó a Sim.
—Junto al fuego —repitió—. ¿No os parece raro que tengan que ser siempre los hombres quienes vayan a dormir a otro sitio?
—Es evidente que las mujeres controlan la cama—dije.
—No es una idea desagradable —dijo Wil—. Depende de la mujer.—Distrel es guapa —dijo Sim.
—Keh —repuso Wil—. Demasiado pálida. Felá.
—Felá juega en otra liga —dijo Simmon sacudiendo la cabeza con pesar.
—Es modegana —dijo Wilem, y compuso una sonrisa casi diabólica.
—Ah, ¿sí? —preguntó Sim. Wil asintió; nunca lo había visto sonreír tan abiertamente. Sim suspiró desconsolado—. Claro. Qué mala suerte. Además de ser la mujer más hermosa de la Mancomunidad, resulta que es modegana.
—Acepto que digas que es la chica más guapa al otro lado del río —le corregí—. Porque en este lado está...
—Ya nos has recordado lo guapa que es tu Denna —me interrumpió Wil—. Cinco veces.
—Mira —terció Simmon con repentina seriedad—, tienes que dar el paso. Es evidente que a

Denna le interesas.
—Nunca me lo ha dicho.
—Las mujeres nunca te dicen que les interesas. —Simmon se rió de lo absurdo de esa idea —. Hay pequeños juegos. Es como una danza. —Levantó ambas manos e hizo como si hablaran una con otra—. «Oh, qué bien que te encuentro aquí.» «Ah, hola. Iba a comer algo.» «Qué casualidad, yo también. ¿Me dejas que te lleve los libros?»
Levanté una mano para hacerle callar.
—¿Por qué no pasamos al final de ese espectáculo de marionetas, cuando te pasas un ciclo sollozando con la nariz metida en una jarra de cerveza?
Simmon me miró con el ceño fruncido. Wilem se rió.
—Tiene toda una corte de pretendientes —continué—. Vienen y van como... —Intenté buscar una analogía, pero no la encontré—. Prefiero que seamos amigos.
—Prefieres estar cerca de su corazón —dijo Wilem sin dar a su voz ninguna entonación en particular—. Prefieres ser feliz en sus brazos. Pero temes que te rechace. Te da miedo que se ría de ti y que quedes en ridículo. —Wilem encogió los hombros—. No eres el primero al que le pasa. No tienes de qué avergonzarte.
Wilem había dado en el blanco, mal que me pesara, y me quedé un buen rato sin saber qué decir.
—Me gustaría —admití en voz baja—. Pero no quiero dar nada por hecho. He visto lo que les pasa a los hombres que dan demasiado por hecho y que se aferran a ella.
Wilem asintió con solemnidad.
—Te regaló el estuche del laúd —dijo Sim para animarme—. Eso tiene que significar algo.
—Pero ¿qué significa? —pregunté—. Da la impresión de que le intereso, pero ¿y si solo son ilusiones mías? Todos esos otros hombres también deben de pensar que le interesan. Pero es evidente que se equivocan. ¿Y si yo también me equivoco?
—Si no lo pruebas, nunca lo sabrás —dijo Sim con cierta amargura—. Eso es lo que suelo decirme yo. Pero ¿sabes qué? No sirve de nada. Las persigo, y ellas me echan de una patada, como si fuera un perro que se acerca a pedir a la mesa. Estoy harto de esforzarme tanto. —Dio un hondo suspiro; seguía tumbado boca arriba—. Lo único que quiero es gustarle a alguien.
—Yo solo quiero una señal clara —dije.
—Yo quiero un caballo mágico que me quepa en el bolsillo —dijo Wil—. Y un anillo de ámbar rojo que me confiera poder contra los demonios. Y provisiones inagotables de pasteles.
Hubo otro momento de cómodo silencio. El viento susurraba entre los árboles.
—Dicen que los Ruh conocen todas las historias del mundo —dijo Simmon al cabo de un rato.
—Seguramente es cierto —admití.
—Cuéntanos una —dijo él.
Lo miré con los ojos entornados.
—No me mires así —protestó él—. Me apetece oír una historia, nada más.
—Nos falta entretenimiento —aportó Wilem.
—Está bien. Dejadme pensar. —Cerré los ojos, y surgió de mi memoria una historia en que aparecían los Amyr. No me extrañó. Desde que Nina me había encontrado, no había dejado de pensar en ellos.
Me incorporé.
—Muy bien. —Inspiré e hice una pausa—. Si tenéis que mear, id ahora. No me gusta tener que parar a la mitad.
Silencio.
—Vale. —Carraspeé—. Hay un lugar que muy poca gente conoce. Un lugar extraño llamado Faeriniel. Si crees en lo que cuentan las historias, hay dos cosas que hacen que Faeriniel sea

un sitio único. En primer lugar, es a donde van a parar todos los caminos del mundo.
Y segundo, es un lugar que ningún hombre ha encontrado buscándolo. No es un lugar al que puedas viajar, sino un lugar por el que pasas cuando vas de camino a algún otro sitio.
»Dicen que cualquiera que viaje el tiempo suficiente llegará allí. Esta es una historia de ese lugar, y de un anciano que viajaba por un largo camino, y de una larga y solitaria noche sin luna...

37 Un poco de fuego

Faeriniel era una gran encrucijada, pero donde convergían los caminos no había posada. Solo había claros entre los árboles, donde los viajeros montaban sus campamentos y pasaban la noche.
Una vez, hace muchos años, muy lejos de aquí, llegaron a Faeriniel cinco grupos de viajeros. Cuando empezó a ponerse el sol, escogieron sus claros y encendieron sus fogatas, e hicieron un alto en el camino de un sitio a otro.
Más tarde, cuando el sol ya se había ocultado y la noche se había adueñado del cielo, llegó por el camino un viejo mendigo con la túnica hecha jirones. Caminaba despacio, con mucho cuidado, apoyándose en un bastón.
El anciano no venía de ninguna parte y no se dirigía a ninguna parte. No tenía sombrero con que protegerse la cabeza, ni fardo que echarse a la espalda. No tenía ni un penique, ni bolsa donde ponerlo. Apenas tenía su propio nombre, y hasta eso se había gastado y deshilacliado con los años.
Si le hubieran preguntado quién era, habría contestado: «Nadie». Pero se habría equivocado.
El anciano llegó a Faeriniel. Estaba hambriento como un fuego de ramas secas y tenía los huesos molidos. Lo único que lo mantenía en marcha era la esperanza de que alguien le ofreciera algo de cena y un poco de fuego.
Así que cuando el anciano divisó la luz parpadeante de una hoguera, se desvió del camino y avanzó hacia ella con andar cansado. Pronto distinguió cuatro altos caballos entre los árboles. Llevaban plata en los adornos de los arreos, y plata en el hierro de las herraduras. Cerca de los caballos, el anciano vio una docena de muías cargadas de mercancías: prendas de lana, joyas preciosas y afilados cuchillos de acero.Pero lo que más llamó la atención al mendigo fue el costillar que había sobre el fuego, que humeaba y goteaba grasa sobre las brasas. Al oler la carne, casi se desmayó, porque había caminado todo el día sin comer más que un puñado de bellotas y una manzana magullada que había encontrado en el margen del camino.
El viejo mendigo entró en el claro y saludó a los tres individuos morenos y barbudos que se hallaban sentados alrededor de la hoguera.
—¡Salud! —dijo—. ¿Os sobra un pedazo de carne y un poco de fuego?
Los hombres se volvieron; sus cadenas de oro relumbraron, iluminadas por las llamas.
—Desde luego —respondió el jefe del grupo—. ¿Qué llevas, sueldos o peniques? ¿Anillos o strehlanes? ¿Acaso llevas auténtica moneda ceáldica, la que valoramos por encima de todas las otras?
—No, no tengo nada de eso —contestó el viejo mendigo, y abrió las manos para mostrarles que estaban vacías.
—Entonces, aquí no encontrarás lo que buscas —dijeron ellos, y el mendigo vio que empezaban a cortar gruesos pedazos del costillar suspendido sobre el fuego.
—Lo siento, 'Wilem. Es lo que dice la historia.
—Yo no he dicho nada.
—Me ha parecido que ibas a hacer algún comentario.
—Quizá lo haga. Pero puedo esperar.
El anciano siguió caminando hacia otra hoguera que divisaba entre los árboles.
—¡Salud! —saludó el mendigo al entrar en el segundo claro. Intentó dar un tono alegre a su voz, pese a lo cansado y dolorido que estaba—. ¿Os sobra un pedazo de carne y un poco de fuego?

Había allí cuatro viajeros, dos hombres y dos mujeres. Al oír la voz, se pusieron en pie, pero ninguno dijo nada. El anciano esperó educadamente, procurando mostrarse agradable e inofensivo. Pero el silencio se prolongó, largo como él solo, y los viajeros seguían sin decir nada.
El anciano se impacientó, como es lógico. Estaba acostumbrado a que lo rehuyeran y lo ignorasen, pero aquellos cuatro viajeros se limitaron a quedarse de pie. Guardaban silencio y se movían en el sitio, nerviosos, sin parar de agitar las manos.
Cuando el mendigo estaba a punto de marcharse, enfurruñado, laé llamas de la hoguera se avivaron y pudo ver que los cuatro viajeros llevaban la ropa de color sangre que los identificaba como mer-
cenados adem. Entonces el anciano lo entendió. A los Adem los llaman «la gente silenciosa», porque raramente hablan.
El anciano sabía muchas historias sobre los Adem. Había oído decir que poseían un arte secreto llamado Lethani. Usaban su silencio como una armadura capaz de desviar un puñal o detener una flecha en el aire. Por eso casi nunca hablaban. Se guardaban las palabras dentro, como el carbón del fondo de una caldera.
Esas palabras acumuladas y escondidas les proporcionaban tal cantidad de energía que nunca podían estarse completamente quietos, y por eso siempre se movían y agitaban las manos. Y cuando luchaban, utilizaban su arte secreto para quemar esas palabras dentro de sí como si fueran combustible. Eso los hacía fuertes como osos y rápidos como serpientes.
La primera vez que el mendigo oyó esos rumores, pensó que solo eran esas historias estúpidas que se cuentan alrededor de una hoguera. Pero años antes, en Modeg, había visto a una mujer adem pelear contra la guardia de la ciudad. Los soldados iban armados y provistos de armaduras, con los brazos y el pecho bien protegidos. Habían exigido ver la espada de aquella mujer en nombre del rey, y tras titubear unos instantes, ella se la entregó. En cuanto tuvieron la espada en las manos, los soldados empezaron a lanzar miradas lascivas a la mujer y a manosearla, haciendo sugerencias subidas de tono acerca de lo que podía hacer para recuperar su espada.
Aquellos hombres, altos, con armaduras relucientes y espadasbien afiladas, cayeron como el trigo de otoño. La mujer adem mató a tres soldados, partiéndoles los huesos con las manos. Ella solo sufrió heridas leves: un cardenal en el pómulo, una ligera cojera, un corte superficial en una mano. Había pasado mucho tiempo, pero el anciano recordaba a la mujer lamiéndose la sangre del dorso de la mano como un gato.
En eso fue en lo que pensó el mendigo cuando vio a los Adem allí de pie. Dejó de pensar en la comida y en el fuego, y retrocedió despacio y buscó refugio entre los árboles.
Se dirigió hacia la siguiente fogata, con la esperanza de que a la tercera tendría mejor suerte.
En aquel claro había unos atures alrededor de un asno muerto tumbado cerca de un carro. Uno de ellos vio al anciano y gritó: «¡Mirad! ¡Apresadlo! ¡Lo engancharemos al carro y le haremos tirar de él!».
El anciano corrió hacia los árboles, y consiguió despeaa ’o~ atures escondiéndose bajo un montón de hojas enmohecidasCuando dejó de oír a los atures, el anciano salió de debajo de las hojas y buscó su bastón. Entonces, con el coraje de quien es pobre y tiene hambre, se dirigió hacia la cuarta hoguera que divisó a lo lejos.
Quizá allí habría encontrado lo que buscaba, porque alrededor de la hoguera había unos comerciantes de Vintas. En otras circunstancias, quizá lo habrían invitado a cenar diciendo: «Donde comen seis, comen siete».
Pero a esas alturas, el anciano ofrecía un aspecto lamentable. Tenía el pelo enmarañado. La túnica, antes deshilachada, estaba ahora sucia y desgarrada. Estaba pálido de miedo. Y gemía y silbaba al respirar.

Por esa razón, al verlo, los vínticos dieron gritos ahogados y gesticularon. Creyeron que era un draug de los túmulos, uno de esos muertos sin descanso que, según los supersticiosos vínticos, se aparecen por la noche.
Cada uno de aquellos vínticos creía saber la manera de detenerlo. Algunos pensaban que el fuego lo asustaría; otros, que si esparcían sal por la hierba lo ahuyentaría; otros, que el hierro cortaría los hilos que sujetaban el alma a su cuerpo muerto.
Oyéndolos discutir, el anciano comprendió que fuera cual fuese su decisión, no le iba a beneficiar. De modo que se alejó y buscó refugio entre los árboles.
El mendigo encontró una roca donde sentarse y se sacudió las hojas secas y el polvo lo mejor que pudo. Tras descansar allí un rato, se propuso probar en un último campamento, pues sabía que para saciar el hambre solo necesitaba encontrar a un viajero generoso.
Se alegró al ver que junto a la última hoguera había un solo hombre. Se acercó y vio una cosa que lo dejó maravillado y al mismo tiempo asustado, pues pese a que el mendigo había vivido muchos años, nunca había hablado con un Amyr.
Sin embargo, sabía que los Amyr formaban parte de la iglesia de Tehlu, y...
—No formaban parte de la iglesia —dijo Wilem.
—¿Qué? Claro que sí.
—No, formaban parte de la burocracia atur. Tenían... Vecarum, poderes judiciales.
—Se llamaban la Orden Sagrada de Amyr. Eran el brazo fuerte de la iglesia.
—¿Nos jugamos una iota?
—Vale. Si te quedas callado hasta el final de la historia.
El mendigo estaba encantado, pues sabía que los Amyr formaban parte de la iglesia de Tehlu, y a veces la iglesia era generosa con los pobres.
Al ver acercarse al anciano, el Amyr se levantó.
—¿Quién anda ahí? —preguntó. Hablaba con una voz potente y orgullosa, pero también cansada—. Te advierto que soy de la Orden Amyr. Nada debe interferir entre mis tareas y yo. Actuaré por el bien de todos, aunque los dioses y los hombres me cierren el paso.
—Señor —dijo el mendigo—, solo busco un poco de fuego y algo de caridad en mi largo camino. t
El Amyr hizo señas al anciano para que se acercara. Iba protegido con una cota de brillantes anillos de acero, y su espada era tan alta como un hombre. Llevaba un tabardo de un blanco refulgente, pero a partir de los codos las mangas eran rojas, como si las hubieran remojado en sangre. En medio del pecho llevaba el símbolo de los Amyr: la torre negra envuelta en una llama roja.
El anciano se sentó cerca del fuego y dio un suspiro al empezar a notar el calor en sus huesos.
Al cabo de un momento, el Amyr dijo:
—Me temo que no puedo ofrecerte nada para comer. Esta noche mi caballo ha comido mejor que yo, y eso no significa que haya comido bien.
—Cualquier cosa será de agradecer —repuso el anciano—. Para mí, las sobras ya son algo. No soy orgulloso.
El Amyr suspiró.
—Mañana debo cabalgar ochenta kilómetros para detener un juicio. Si no llego a tiempo, morirá una mujer inocente. Esto es lo único que tengo.
El Amyr señaló un pedazo de tela con un mendrugo de pan y una raja de queso. Ambas cosas juntas difícilmente habrían aplacado el hambre del mendigo; para un hombre corpulento como el Amyr constituían una cena muy escasa.
—Mañana debo cabalgar y luchar —continuó el hombre con armadura—. Necesitaré de todas mis fuerzas. Por lo tanto, debo sopesar tu noche de hambre y la vida de esa mujer. —Mientras hablaba, el Amyr levantó ambas manos y las sostuvo en alto con las palmas hacia

arriba, imitando los platillos de una balanza.
Al hacer el Amyr ese movimiento, el anciano le vio el dorso de las manos; al principio creyó que se había cortado, y que la sangre corría entre sus dedos y por sus brazos. Entonces las llamas de la hoguera se agitaron y el mendigo vio que solo era un tatuaje, y aun así se estremeció ante las marcas de las manos y los brazos del Amyr, que asemejaban sangre.
Si hubiera sabido qué significaban aquellas marcas, habría hecho algo más que temblar. Significaban que la Orden confiaba tanto en aquel Amyr que sus actos nunca serían cuestionados. Y como la Orden lo respaldaba, no había iglesia, tribunal ni rey que pudiera hacerle daño alguno. Porque era un Ciridae, el rango más alto de los Amyr.
Si mataba a un hombre desarmado, la Orden no lo juzgaría un asesinato. Si estrangulaba a una mujer embarazada en medio de la calle, nadie lo acusaría. Si quemaba una iglesia o destrozaba un viejo puente de piedra, el imperio lo consideraría inocente, convencido de que cuanto él hiciera lo haría por el bien mayor.
Pero el mendigo no sabía nada de eso, así que volvió a intentarlo:
—Si no te sobra nada de comida, ¿podrías darme un par de peniques?—Estaba pensando en el campamento de los ceáldiCos, donde quizá pudiera comprar una tajada de carne o un trozo de pan.
El Amyr negó con la cabeza.
—Si los tuviera, te los daría de buen grado. Pero hace tres días le di el último dinero que tenía a una mujer que acababa de enviudar, para que alimentara a su hijo hambriento. Desde entonces, soy tan pobre como tú. —Sacudió la cabeza con gesto de cansancio y pesadumbre—. Me gustaría que las circunstancias fueran diferentes. Pero ahora debo dormir, así que debes marcharte.
Al anciano no le gustó nada aquel desenlace, pero había algo en la voz del Amyr que le hizo recelar. Así que se levantó, haciendo crujir sus huesos, y se alejó de la hoguera.
Antes de que el calor de la hoguera del Amyr lo abandonara, el anciano se ciñó el cinturón y decidió seguir caminando hasta que amaneciese. Confiaba en hallar mejor suerte al final del camino o, al menos, en encontrar a gente más amable.
Así que atravesó el centro de Faeriniel, y eso estaba haciendo cuando divisó un círculo de grandes piedras grises. Dentro de ese círculo distinguió el débil resplandor de un fuego oculto en un hoyo. El anciano se fijó en que no olía a humo, y comprendió que aquella gente estaba quemando madera de renelo, que arde produciendo un fuego intenso, pero sin humear ni desprender olores.
Entonces el anciano vio que dos de las grandes siluetas no eran piedras. Eran carromatos. Había un puñado de gente acurrucada alrededor de una olla, iluminada por la débil luz del fuego.
Pero el pobre hombre ya había perdido toda esperanza, así que siguió caminando. Estaba dejando atrás las piedras cuando una voz gritó:
—¡Hola! ¿Quién eres, y por qué pasas de largo tan silenciosamente en medio de la noche?
—No soy nadie —contestó el anciano—. Solo un viejo mendigo que recorre su camino hasta el final.
—¿Por qué sigues caminando en lugar de pararte a dormir? Estos caminos no son seguros por la noche —replicó la voz.
—No tengo cama— dijo el hombre—. Y esta noche no puedo suplicar ni pedir una.
—Aquí hay una cama para ti, si la quieres. Y algo de cena, si no te importa compartirla. Nadie debería caminar día y noche. —Un hombre apuesto, con barba, salió de detrás de las altas piedras grises. Cogió al anciano por el codo y lo guió hacia la hoguera, diciendo a sus compañeros—: ¡Oídme todos, esta noche tenemos un invitado!
El anciano vio moverse algo más allá, pero era una noche sin luna y el fuego estaba bien escondido en el hoyo, así que no supo distinguir qué pasaba. Curioso, preguntó:

—¿Por qué escondéis vuestro fuego?
Su anfitrión dio un suspiro y contestó:
—No todos nos quieren bien. Estamos más seguros si nos mantenemos apartados. Además, esta noche nuestro fuego es pequeño.
—¿Por qué? —preguntó el mendigo—. Con tantos árboles, debería ser fácil conseguir leña.
—Antes hemos ido a recoger leña —explicó el hombre de la barba—. Pero la gente nos ha llamado ladrones y nos ha disparado flechas. —Encogió los hombros—. Así que nos apañamos con esto, y mañana será otro día. —Sacudió la cabeza—. Pero hablo demasiado. ¿Puedo ofrecerte algo para beber, padre?
—Algo de agua, si te sobra.
—Nada de eso, tomarás vino.
Hacía mucho tiempo que el mendigo no probaba el vino, y solo de pensar en él se le hizo la boca agua. Pero sabía que el vino no era lo mejor para un estómago vacío que había caminado todo el díai, así que replicó:
—Eres muy amable, y agradezco tu ofrecimiento. Pero prefiero beber agua.
El hombre que lo sujetaba por el codo sonrió.
—Entonces bebe agua y vino, como tú desees. —Y llevó al mendigo hasta el barril del agua.
El mendigo se agachó y bebió un cucharón de agua. Notó su frescor y su dulzura en los labios, pero al levantar el cucharón, no pudo evitar fijarse en que el barril estaba casi vacío.
A pesar de ello, su anfitrión le instó:
—Bebe otra vez y lávate el polvo de las manos y la cara. Se nota que llevas tiempo en el camino, y debes de estar cansado. —Así que el mendigo bebió otro cucharón de agua, y cuando se hubo lavado las manos y la cara, se sintió mucho más descansado.
Entonces su anfitrión volvió a cogerlo por el codo y lo guió hasta la hoguera.
—¿Cómo te llamas, padre?
El mendigo volvió a sorprenderse. Hacía años que nadie se molestaba en preguntarle su nombre. Hacía tanto tiempo que tuvo que pararse y pensarlo un momento.
—Sceop —contestó por fin—. Me llamo Sceop, ¿y tú?
—Me llamo Terris —respondió su anfitrión acercando al anciano al fuego—. Estos son Sila, mi esposa, y Wint, nuestro hijo. Estos son Shari, Benthum, Lil, Peter y Fent.
Entonces Terris ofreció vino a Sceop. Sila le sirvió un cucharón lleno de sopa de patata, una rebanada de pan caliente y media calabaza de verano dorada, con mantequilla dulce en el centro. Era una comida sencilla, y no había mucha cantidad, pero a Sceop le pareció un banquete. Y mientras comía, Wint mantenía llena su taza de vino, y le sonreía, y se quedaba sentado junto a sus rodillas y lo llamaba «abuelo».
Eso fue demasiado para el mendigo, que se puso a llorar en silencio. Quizá fuera porque era viejo, y porque había sido un día muy largo. Quizá fuera porque no estaba acostumbrado a que lo tratasen con amabilidad. Quizá fuera el vino. Fuera cual fuese la razón, las lágrimas empezaron a rodarle por las mejillas y se perdieron en su poblada barba blanca.
Terris lo vio y se apresuró a preguntar:
—¿Qué sucede, padre?
—Soy un viejo idiota —dijo Sceop como si hablara para sí—. Hacía mucho tiempo que nadie se portaba tan bien conmigo, y lamento no poder recompensaros.
Terris sonrió y le puSo una mano en el hombro.
—¿De verdad te gustaría pagarnos?
—No puedo. No tengo nada que daros.
Terris ensanchó la sonrisa.
—Somos Edena Ruh, Sceop. Lo que más valoramos es una cosa que todo el mundo posee.
—Sceop vio que, una a una, las caras que había alrededor del fuego alzaban los ojos para mirarle expectantes—. Podrías contarnos tu historia —dijo Terris.

Como no sabía qué otra cosa hacer, Sceop empezó a hablar. Les contó cómo había llegado a Faeriniel. Que había ido de una hoguera a otra, con la esperanza de recibir algo de caridad. Al principio le temblaba la voz, y su relato se tambaleaba, porque había pasado mucho tiempo solo y no estaba acostumbrado a hablar. Pero pronto su voz cobró fuerza, y sus palabras se volvieron más enérgicas; y mientras el fuego parpadeaba y se reflejaba en sus ojos, azules y brillantes, sus manos danzaban al ritmo de su vieja y reseca voz. Hasta los Edena Ruh, que saben todas las historias del mundo, escuchaban embelesados.

Cuando el anciano terminó su historia, los Edena Ruh se rebulleron como si salieran de un sueño profundo. Al principio se quedaron mirándose unos a otros, y luego miraron a Sceop. Terris sabía qué estaban pensando sus compañeros.

—Sceop —dijo con dulzura—, ¿adonde te dirigías antes de detenerte aquí esta noche?

—Me dirigía a Tinué —contestó Sceop, un poco abochornado porhaberse enfrascado tanto en su relato. Tenía el rostro acalorado, y se sentía ridículo.

—Nosotros vamos a Belenay —dijo Terris—. ¿Qué te parecería venir con nosotros?

Al principio, la esperanza iluminó el rostro de Sceop, pero luego volvió a adoptar una expresión de desánimo.

—Solo sería una carga para vosotros. Hasta un mendigo tiene su orgullo.

—¿Te atreves a hablar de orgullo a los Edena? —dijo Terris riendo—. No te lo pedimos por lástima. Te lo pedimos porque perteneces a nuestra familia, y te haríamos contarnos un centenar de historias en los años venideros.

El mendigo sacudió la cabeza.

—Mi sangre no es vuestra sangre. No formo parte de vuestra familia.

—¿Qué tiene que ver eso con el precio de la mantequilla? —pre-guntó Terris—. Los Ruh decidimos quién forma parte de nuestra familia y quién no. Tu sitio está con nosotros. Mira alrededor y dime si crees que miento.

Sceop recorrió el corro de caras y vio que Terris tenía razón.

Y el anciano se quedó con los Edena Ruh, y vivió con ellos muchos años antes de que se separaran. Vio muchas cosas, y contó muchas historias, y a consecuencia de ello, al final todos eran un poco más sabios.

Estos son hechos reales, pese a que pasaron hace muchos años y muy lejos de aquí. Es una historia que me contaron los Edena Ruh, y por eso sé que es cierta.

38 Pizcas de verdad

—¿Acaba así? —preguntó Sim tras una pausa educada. Estaba tumbado boca arriba mirando las estrellas.
—Sí.
—Pues no acaba como yo esperaba —dijo.
—Y ¿qué esperabas?
—Esperaba saber quién era en realidad el viejo mendigo. Creía que en cuanto alguien fuera agradable con él, resultaría ser Táborlin el Grande. Entonces les entregaría su bastón y un saco de dinero y... no lo sé. Utilizaría su magia para algo.
—Diría: «Cuando estéis en peligro, golpead el suelo con este bastón y decid “¡Rápido, bastón!”», y entonces el bastón giraría sobre sí mismo y los defendería de quienquiera que los atacase —terció Wilem. Él también estaba tumbado boca arriba en la hierba—. Creía que en realidad no era un viejo mendigo.
—Los viejos mendigos de las historias nunca son viejos mendigos —dijo Simmon con un tono ligeramente acusador—. Siempre son una bruja, un príncipe, un ángel o algo.
—En la vida real, los mendigos casi siempre son mendigos —señalé—. Pero ya sé en qué clase de historia estáis pensando. Esas son historias que contamos a otros para distraerlos. Esta historia es diferente. Es una historia que nos contamos entre nosotros.
—¿Para qué contar una historia si no es para distraer?
—Para ayudarnos a recordar. Para enseñarnos... —hice un ademán impreciso— cosas.
—¿Como estereotipos exagerados? —preguntó Simmon.
—¿Qué quieres decir con eso? —pregunté, molesto.
—¿«Lo engancharemos al carro y le haremos tirar de él»? —Simmon dejó ir un ruidito de disgusto—. Si no te conociera, me sentiría ofendido.
—Y si yo no te conociera a ti —dije, acalorado—, me sentiría ofendido. ¿Sabes que los atures mataban a la gente que encontraban viviendo en el camino? Uno de tus emperadores declaró que eran perjudiciales para el imperio. La mayoría solo eran mendigos que habían perdido su casa por culpa de las guerras y los impuestos. A la mayoría los obligaron a alistarse en el ejército.
Tiré de la pechera de mi camisa y añadí:
—Pero los Edena eran los más valorados. Nos perseguían como a zorros. Durante cien años, la caza de Ruhs fue el pasatiempo favorito de la flor y nata atur.
Se hizo un profundo silencio. Me dolía la garganta, y me di cuenta de que había gritado.
—Eso no lo sabía —dijo Simmon con voz débil.
Me reprendí a mí mismo y di un suspiro.
—Lo siento, Simmon. Es una... Eso pasó hace mucho tiempo. Y no es culpa tuya. Es una vieja historia.
—Sin duda, puesto que contiene una referencia a los Amyr —terció Wilem, que evidentemente trataba de cambiar de tema—. ¿Cuánto hace que se disolvieron? ¿Trescientos años?
—De todas formas —dije—, todos los estereotipos encierran algo de verdad. Una semilla de la que surgieron.
—Basil es de Vintas —dijo Wil—. Y es muy peculiar respecto a ciertas cosas. Duerme con un penique bajo la almohada, cosas así.
—Cuando vine a la Universidad, viajé con un par de mercenarios adem —aportó Simmon—. No hablaban con nadie, solo entre ellos.

Y siempre estaban moviéndose y haciendo gestos con las manos.
—Debo admitir —dijo Wil con vacilación— que conozco a muchos ceáldimos que se preocupan mucho de forrar sus botas con plata.
—Sus bolsas —le corrigió Simmon—. Las botas son lo que te pones en los pies. —Agitó un pie para ilustrar sus palabras.
—Sé muy bien qué es una bota —dijo Wilem con enojo—. Hablo esta lengua vulgar mejor que tú. Quería decir botas, patu. El dinero que llevas en la bolsa es para gastar. El dinero que quieres guardar lo llevas en las botas.
—Ah —dijo Simmon, pensativo—. Ya entiendo. Es una expresión, como venir a decir «guárdalo por si las moscas».
—¿Qué hacéis con el dinero y las moscas? —preguntó Wilem, desconcertado.
—Y esa historia cuenta más cosas de las que creéis —intervine rápidamente, antes de que la conversación se complicara más—. La historia encierra una pizca de verdad. Si me prometéis no decírselo a nadie, os revelaré un secreto.
Wil y Simmon volvieron a prestarme atención.
—Si alguna vez aceptáis la hospitalidad de una troupe itinerante y os ofrecen vino antes que ninguna otra cosa, son Edena Ruh. Esa parte de la historia es cierta. —Levanté un dedo para advertirles—: Pero no os bebáis el vino.
—Es que a mí me gusta el vino —dijo Simmon con tono lastimero.
—Eso no importa —dije—. Vuestro anfitrión os ofrecerá vino, pero debéis insistir en que soló queréis agua. Es posible que se convierta en una especie de competición: el anfitrión sigue ofreciendo vino con gran magnanimidad, y el invitado sigue rechazándolo muy educadamente. Si hacéis eso, ellos sabrán que sois amigos de los Edena, que conocéis nuestras costumbres. Esa noche os tratarán como si fuerais miembros de su familia, y no simples invitados.
La conversación se interrumpió mientras mis amigos asimilaban esa información. Miré las estrellas y tracé mentalmente las constelaciones. Ewan el cazador, el crisol, la madre rejuvenecida, la zorra con lengua de fuego, la torre en ruinas...
—¿Adonde iríais si pudierais ir a cualquier sitio? —nos preguntó de pronto Simmon.
—Al otro lado del río—contesté—.A la cama.
—No, no —protestó él—. Me refiero a si pudierais ir a cualquier lugar del mundo.
—Te diría lo mismo —dije—. He viajado mucho y he estado en muchos sitios. Siempre quise venir aquí.
—Pero no para siempre —dijo Wilem—. No quieres quedarte aquí para siempre, ¿verdad?
—A eso me refiero —añadió Simmon—. Todos queremos estar aquí. Pero nadie quiere quedarse aquí para siempre.
—Excepto Manet—le recordó Wil.
—¿Adonde iríais? —insistió Simmon con obstinación—. Para vivir aventuras.
Reflexioné un momento en silencio y respondí:
—Supongo que iría al bosque de Tahl —dije.
—¿Con los Tahl? —preguntó Wilem—. Tengo entendido que son un pueblo nómada muy primitivo.
—Técnicamente, los Edena Ruh son un pueblo nómada —dije con aspereza—. Una vez me contaron una historia que decía que los jefes de sus tribus no son grandes guerreros, sino cantantes. Sus candones sanan a los enfermos y hacen bailar a los árboles. —Encogí los hombros—. Iría allí para ver si es cierto.
—Yo iría a la corte faen —dijo Wilem.
—Eso no vale —dijo Simmon riendo.
—¿Por qué no? —saltó Wilem, molesto—. Si Kvothe puede ir a oír cantar a los árboles, yo puedo ir a Faen y bailar con las embrula..con las mujeres faen.

—El Tahl es real —objetó Simmon—. Los cuentos de hadas son para borrachos, tontos y niños.
—¿Adonde irías tú? —pregunté a Simmon para que dejara de pelearse con Wilem.
Hubo una larga pausa.
—No lo sé —contestó con una voz extrañamente desprovista de inflexión—. En realidad no he estado en ningún sitio. Si vine a la Universidad fue porque cuando mis hermanos hereden y mi hermana reciba su dote, no va a quedarme gran cosa aparte del apellido.
—¿No querías venir a la Universidad? —pregunté, y mi voz reveló mi asombro.
Sim encogió los hombros sin definirse; iba a hacerle otra pregunta cuando me interrumpió Wilem poniéndose ruidosamente en pie.
—¿Qué os parece si cruzamos el puente? —nos preguntó.
Yo ya estaba muy despejado. Al levantarme, apenas me tambaleé.
—Por mí, bien.
—Un segundo. —Simmon empezó a desabrocharse el pantalón y caminó hacia los árboles.
En cuanto lo perdimos de vista, Wilem se inclinó hacia mí y me dijo en voz baja:
—No le preguntes por su familia. No es un tema fácil para él. Y menos cuando está borracho.
—¿Qué...?
Wilem hizo un brusco movimiento con la mano y sacudió la cabeza.
—Luego, luego.
Simmon volvió a salir al claro trastabillando, y los tres juntos y en silencio volvimos al camino, atravesamos el Puente de Piedra y llegamos a la Universidad.

39 Contradicciones

A última hora de la mañana siguiente, Wil y yo fuimos al Archivo, donde habíamos acordado reunimos con Sim para dirimir nuestras apuestas de la noche anterior.
—El problema es su padre —me explicó Wil en voz baja cuando caminábamos entre los edificios grises—. El padre de Sim tiene un ducado en Atur. Son tierras fértiles, pero...
—Un momento —lo interrumpí—. ¿El padre de nuestro pequeño Sim es duque?
—Nuestro pequeño Sim —repuso Wilem con aspereza— es tres años mayor que tú y cinco centímetros más alto.
—¿Qué ducado? —pregunté—. Y no me pasa tanto.
—Dalonir —respondió Wilem—. Pero ya sabes, sangre noble de , Atur. No me extraña que Sim no quiera hablar de ello.
—Venga ya —dije abriendo un brazo y señalando a los estudiantes que había en la calle, a nuestro alrededor—. En la Universidad siempre ha reinado una atmósfera de máxima tolerancia desde que la iglesia incendió Caluptena.
—No es por nada, pero tú tampoco vas por ahí pregonando que eres un Edena Ruh.
—¿Insinúas que me avergüenzo de serlo? —dije, ofendido.
—Solo he dicho que no lo pregonas —repuso Wil con calma, y me miró a los ojos—. Simmon tampoco. Supongo que ambos tenéis vuestros motivos.
Contuve mi irritación y asentí con la cabeza.
—Dalonir está en el norte de Aturna —continuó Wilem—, de modo que son una familia bastante acomodada. Pero Sim tiene tres hermanos mayores y dos hermanas. El primogénito hereda. El padre le compró al segundo hijo un grado militar. Al tercero lo colocaron
en la iglesia. Simmon... —Wilem no terminó la frase, pero ya estaba todo dicho.
—Me cuesta imaginarme a Sim de sacerdote —admití—. O de soldado, ahora que lo pienso.
—Por eso vino Sim a la Universidad —terminó Wilem—. Su padre confiaba en que se hiciera diplomático. Entonces Sim descubrió que le gustaban la alquimia y la poesía y entró en el Arcano. A su padre no le hizo mucha gracia. —Wilem me lanzó una mirada elocuente y deduje que estaba atenuando la gravedad de la situación.
—¡Pero si ser arcanista es algo excepcional!—protesté—. Mucho más importante que ser un adulador perfumado en alguna corte.
—Le pagan la matrícula —dijo Wilem encogiendo los hombros—. Sigue recibiendo su asignación. —Hizo una pausa y saludó a alguien que estaba en el otro lado del patio—. Pero Simmon nunca va a su casa. Ni siquiera para hacer una breve visita a su familia. Al padre de Sim le gusta cazar, pelear, beber y putañear. Me temo que nuestro amable y estudioso Sim no recibió todo el amor que merece un hijo inteligente.
Wil y yo encontramos a Sim en nuestro rincón de lectura habitual. Tras aclarar los detalles de nuestras apuestas de borrachínes, cada uno se fue por su lado.
Una hora más tarde, volví con un montoncito de libros. Después de que apareciera Nina y me diera el pergamino, me había puesto a investigar sobre los Amyr, y eso simplificó considerablemente mis pesquisas.
Llamé flojito a la puerta del rincón de lectura, y entré. Wil y Sim ya estaban sentados a la mesa.
—Yo primero —dijo Simmon alegremente. Consultó la lista y escogió un libro de su montón —. Página ciento cincuenta y dos. —Hojeó el libro hasta dar con la página, y empezó a buscar eri ella—. ¡Ajá! «Entonces la muchacha hizo un relato de todo... Bla, bla, bla... Y los

llevó hasta el lugar donde había encontrado la fiesta pagana.» —Levantó la cabeza y señaló una línea—. ¿Lo veis? Aquí dice «pagana».
Me senté.
—Vamos a ver el resto —dije.
El segundo libro de Sim era más de lo mismo. Pero el tercero encerraba una sorpresa.
—«Gran preponderancia de mojones en los alrededores, lo que
indica que en el pasado esa zona debían atravesarla rutas de comercio...» —Sim se interrumpió, se encogió de hombros y me pasó el libro. Mira por dónde, este defiende tu tesis.
No pude evitar reírme.
—Pero ¿cómo? ¿No los has leído antes de traerlos aquí?
—¿En una hora? —Sim también rió—. No, qué va. Se los he pedido a un secretario.
Wilem lo miró con severidad.
—No es verdad. Se lo has preguntado a Títere, ¿verdad?
Simmon adoptó una expresión de inocencia, pero solo consiguió que su semblante, inocente por naturaleza, delatara su culpabilidad.
—Quizá haya pasado a verlo —dijo sin definirse—. Y quizá él me haya sugerido un par de libros que contenían información sobre itinolitos. —Al ver la expresión de Wilem, levantó una mano—. No me mires mal. De todas formas, me ha salido el tiro por la culata.
—Títere, otra vez—gruñí—. ¿Pensáis presentármelo algún día? No entiendo por qué mantenéis ese silencio hermético sobre él.
Wilem se encogió de hombros.
—Lo entenderás cuando lo conozcas —dijo.
Los libros de Sim se dividían en tres categorías. Una apoyaba su tesis, y hablaba de ritos paganos y sacrificios de animales. La otra especulaba sobre una civilización antigua que los utilizaba como mojones para señalizar los caminos, pese a que algunos estaban situados en laderas escarpadas o lechos de ríos donde no podía haber ningún ' camino.
El último libro era interesante por otros motivos:
—«... un par de monolitos idénticos con un tercero atravesado encima» —leyó Simmon—. «Los lugareños lo llaman “la jamba”. Si bien durante las fiestas de primavera se los decora y se baila alrededor de ellos, los padres prohíben a sus hijos que se acerquen cuando hay luna llena. Un anciano muy respetado y razonable afirmaba...» —Sim dejó de leer—. Yo qué sé —dijo con desdén, y se dispuso a cerrar el libro.
—¿Qué afirmaba? —quiso saber Wilem; Sim había conseguido picar su curiosidad.
Simmon puso los ojos en blanco y siguió leyendo:
—«... afirmaba que en determinados momentos los hombres podían trasponer esa puerta de piedra y acceder al país mágico donde mora Felurian, y donde ama y destruye a los hombres con su abrazo.»
—Interesante—murmuró Wilem.—No tiene nada de interesante. Son tonterías infantiles y supersticiosas —lo contradijo Simmon, obstinado—. Y nada de todo esto nos ayuda a decidir quién tiene razón.
—¿Cómo vamos hasta ahora, Wilem? —pregunté—. Tú eres nuestro juez imparcial.
Wilem fue a la mesa y hojeó los libros de Sim. Sus oscuras cejas se movían arriba y abajo mientras reflexionaba.
—Siete a favor de Simmon y seis a favor de Kvothe. Tres indistintos.
Echamos un vistazo a los cuatro libros que había llevado yo. Wilem descartó uno de ellos, y el recuento quedó en siete a favor de Simmon y nueve a mi favor.
—No es un resultado del todo concluyente —observó Wilem.
—Podríamos decir que hemos quedado en tablas —propuse, magnánimo.
Simmon frunció el entrecejo. Pese a su natural bondadoso, no soportaba perder una

apuesta.
—Me parece bien —dijo.
Me volví hacia Wilem y eché una elocuente mirada al par de libros que había encima de la mesa y que todavía no habíamos tocado.
—Por lo visto, nuestra apuesta se decidirá un poco más deprisa, ¿nia?
Wilem compuso una sonrisa rapaz.
—Muy deprisa. —Levantó el libro—. Aquí tengo una copia de la orden de disolución de los Amyr. —Abrió el volumen por una página marcada y empezó a leer—: «En lo sucesivo, rendirán cuentas de sus actos ante las leyes del imperio. Ningún miembro de la Orden se atreverá a atribuirse el derecho a ver un caso, ni a juzgar a nadie en un tribunal».
Me miró con aire de suficiencia.
—¿Lo ves? —dijo—. Si les retiraron sus poderes arbitrales, quiere decir que los tuvieron. Por tanto, es obvio que formaron parte de la burocracia atur.
—De hecho —dije a modo de disculpa—, la iglesia siempre ha tenido poderes arbitrales en Atur. —Levanté uno de mis dos libros—. Es curioso que hayas traído el Alpura Prolycia Amyr. Yo también lo he traído. El decreto lo publicó la propia iglesia.
—No, no lo publicó la iglesia —dijo Wilem con expresión torva—. Aquí figura como el decreto sesenta y tres del emperador Nalto.
Asombrados, comparamos nuestros dos libros y vimos que la información que daban era contradictoria.
—Supongo que eso anula los dos —dijo Sim—. ¿Qué más tenéis, chicos?
—Esto es un Feltemi Reis. Las luces de la Historia —refunfuñó Wilem—. Es definitivo. No creía que fuera a necesitar ninguna prueba más.
—¿No os inquieta? —Golpeé los dos libros contradictorios con los nudillos—. Estos dos libros no deberían afirmar cosas diferentes.
—Acabamos de ver veinte libros que afirman cosas diferentes —observó Simmon—. ¿Por qué iban a inquietarme dos más?
—El propósito de los itinolitos es especulativo. Es lógico que haya diversidad de opiniones. Pero el Alpura Prolycia Amyr era un decreto abierto. Convirtió a miles de hombres y mujeres poderosos del imperio de Atur en forajidos. Fue una de las razones primordiales .de la caída del imperio. No hay ninguna razón para que tenga informaciones que entren en conflicto.
—Pero la Orden lleva más de trescientos años disuelta —razonó Simmon—. Es mucho tiempo, suficiente para que surjan contradicciones.
Negué con la cabeza y hojeé los dos libros.
—Una cosa son las opiniones contrarias, y otra, los hechos contrarios. —Cogí mi libro y lo levanté—. Esto es ha caída del imperio, de Greggor el Menor. Es un charlatán y un fanático, pero es el mejor historiador de su época. —Levanté el libro de Wilem—. Feltemi Reis no es exactamente historiador, pero es mucho más erudito que Greggor, y muy escrupuloso con los hechos. —Miré uno y otro libro con el ceño fruncido—. Esto no tiene ningún sentido.
—Pues ¿qué hacemos? —preguntó Sim—. ¿Otro empate? Qué decepción.
—Necesitamos a un juez imparcial —propuso Wilem—. Alguien con más autoridad.
—¿Con más autoridad que Feltemi Reis? —pregunté—. Dudo que Lorren se moleste en ayudamos a resolver nuestra apuesta.
Wil negó con la cabeza, se levantó y se alisó la pechera de la camisa con una mano.
—Eso significa que por fin vas a conocer a Títere

40 Títere

Lo más importante es ser educado —dijo Simmon en voz baja mientras recorríamos un pasillo estrecho con las paredes forradas de libros. Nuestras lámparas simpáticas lanzaban haces de luz por los estantes y hacían bailar las sombras—. Pero no lo trates con prepotencia. Es un poco... raro, pero no es idiota. Trátalo como tratarías a cualquier otro.
—Pero con educación —dije con sarcasmo, cansado de su letanía de consejos.
—Exactamente —repuso Simmon, muy serio.
—Pero ¿adonde vamos? —pregunté, sobre todo para impedir que Simmon siguiera dándome órdenes.
—A menos tres —contestó Wilem, y empezamos a descender por una larga escalera de piedra. Largos siglos de uso habían gastado la piedra, y los peldaños estaban hundidos como estantes sobrecarga^ dos de libros. Las sombras hacían que los escalones parecieran lisos, oscuros y sin cantos, como el lecho de un río seco labrado en la roca.
—¿'Estáis seguros de que lo encontraremos allí?
—Sí —me confirmó Wil—. Creo que no sale mucho de sus habitaciones.
—¿'Habitaciones? —pregunté—. Pero ¿vive aquí?
Ninguno de los dos me contestó; Wilem nos guió por otra escalera, y luego por un pasillo largo y ancho con el techo bajo. Por fin llegamos ante una puerta común y corriente escondida en un rincón. Si no hubiera sabido a dónde íbamos, habría pensado que me hallaba ante otro rincón de lectura de los muchos que había repartidos por Estanterías.
—Tú no hagas nada que pueda molestarlo —dijo Simmon, ner-
Adopté mi expresión más formal mientras Wilem llamaba a la puerta. El picaporte empezó a moverse casi al instante. La puerta se abrió un poco, y luego de par en par. Títere apareció en el umbral, más alto que todos nosotros. Las mangas de su túnica negra ondeaban agitadas por la corriente de aire.
Se quedó mirándonos fijamente, con altivez; entonces puso cara de desconcierto y se llevó una mano a la sien.
—Un momento. Se me ha olvidado la capucha —dijo, y cerró la puerta de golpe.
Su breve aparición había sido extraña, pero me fijé en algo todavía más inquietante.
—Cuerpo calcinado de Dios —susurré—. Ahí dentro hay velas. ¿Lo sabe Lorren?
Simmon fue a contestarme, pero entonces la puerta volvió a abrirse de par en par. Títere ocupaba todo el umbral; el negro de su túnica destacaba contra la cálida luz de las velas que tenía detrás. Esa vez llevaba la capucha puesta, y tenía los brazos levantados. Las largas mangas de la túnica recibían la corriente de aire y se hinchaban de forma impresionante. La misma corriente de aire le infló la capucha y se la levantó un poco.
—Maldita sea —protestó Títere, trastornado. Se le quedó la capucha inclinada, tapándole parcialmente un ojo. Volvió a cerrar la puerta de una patada.
Wilem y Simmon permanecieron muy serios. Me abstuve de hacer[1]comentarios.
Hubo un momento de silencio, y luego se oyó una voz amortiguada al otro lado de la puerta.
—¿Os importaría volver a llamar? Me gusta hacer las cosas bien.
Wilem, obediente, se colocó ante la puerta y llamó. Una vez, dos, hasta que la puerta se abrió y nos encontramos ante una figura imponente. La capucha de la túnica oscura le ocultaba la cara, y las largas mangas ondeaban aparatosamente.
—¿Quién ha llamado a Táborlin el Grande? —recitó Títere con voz resonante, pero ligeramente ahogada por la capucha. Apuntó a Simmon con un dedo y exclamó—: ¡Tú! ¡Simmon! —Hubo uná pausa, y la voz de Títere perdió toda su resonancia teatral—. ¿Verdad

que hoy ya nos hemos visto?
Simmon asintió con la cabeza. Percibí su risa dando tumbos en su interior, tratando de encontrar la forma de salir.
'—¿Cuánto rato hace?
—Cerca de una hora.
—Hummm. —La capucha hizo un movimiento afirmativo—. ¿Lo he hecho mejor esta vez? —Levantó una mano para quitarse la capucha y me fijé en que la túnica le iba grande. Las mangas le llegaban hasta las puntas de los dedos. Cuando su rostro salió de debajo de la capucha, Títere sonreía como un niño que juega a disfrazarse con la ropa de sus padres.
—Antes no has interpretado a Táborlin—comentó Simmon.
—Ah. —Títere parecía un poco decepcionado—. ¿Qué tal lo he hecho esta vez? Me refiero a la última. ¿Era un buen Táborlin?
—Bastante bueno —dijo Simmon.
Títere miró a Wilem.
—Me ha gustado la túnica —dijo Wil—. Pero siempre me he imaginado a Táborlin con una voz suave.
—Oh. —Me miró, por fin—. Hola.
—Hola —lo saludé con educación.
—No te conozco. —Una pausa—. ¿Quién eres?
—SoyKvothe.
—Pareces muy seguro de ello —repuso él mirándome de hito en hito. Otra pausa—. A mí ellos me llaman Títere.
—¿Quiénes «ellos»?
—¿Quiénes «son» ellos? —me corrigió levantando un dedo.
Sonreí.
—¿Quiénes son ellos, entonces?
—¿Quiénes «eran» ellos entonces?
—¿Quiénes son ellos «ahora»? —aclaré, y ensanché la sonrisa.
Me devolvió la sonrisa también con aire distraído e hizo un vago ademán.
—Ya sabes, ellos. La gente. —Siguió mirándome con fijeza, como yo examinaría una piedra interesante o un tipo de hoja que no hubiera visto nunca.
—¿Cómo te llamas a ti mismo? —pregunté.
Títere se mostró un poco sorprendido, y me miró de una forma algo más normal.
—Sospecho que eso sería revelador —dijo con una pizca de reproche. Miró a Wilem y a Simmon, que permanecían en silencio—. ¿Por qué no pasáis? —Se dio la vuelta y entró en la habitación.
No era una estancia muy grande. Pero parecía fuera de lugar, escondida en lo más hondo del Archivo. Había una butaca muy acolchada, una gran mesa de madera y un par de puertas que conducían a otros cuartos.Había libros por todas partes, desbordándose en toda clase de estanterías. Los había apilados en el suelo, desparramados por mesitas y amontonados en las sillas. Me sorprendieron unas cortinas corridas en una de las paredes; mi mente se empeñaba en imaginar que detrás de esas cortinas había una ventana, pese a que yo sabía que estábamos bajo tierra.
La habitación estaba iluminada con lámparas y velas, candelas largas y delgadas y gruesos tacos de cera goteantes. Cada una de las llamas me producía una vaga ansiedad y traía a mi pensamiento la imagen de un incendio en un edificio lleno de cientos de miles de valiosos libros.
También había títeres. Colgaban de los estantes y de unos ganchos que había en las paredes. Se amontonaban desmadejados en los rincones y bajo las sillas. Algunos estaban inacabados, o los estaban reparando, y yacían esparcidos entre herramientas por el tablero

de la mesa. Había estantes llenos de estatuillas cuidadosamente labradas y pintadas que representaban figuras humanas.
Cuando se dirigía hacia su mesa, Títere se quitó la túnica negra y la dejó caer descuidadamente al suelo. Bajo la túnica llevaba ropa sencilla: una camisa blanca arrugada, pantalones oscuros arrugados y calcetines desparejados y con los talones zurcidos. Me fijé en que era mayor de lo que había imaginado. Tenía el cutis liso y sin arrugas, pero empezaba a escasearle el pelo, completamente blanco.
Títere despejó una silla para mí, retirando con cuidado una pe„ queña marioneta del asiento y buscándole un sitio en un estante cercano. Entonces se sentó a la mesa y dejó a Wilem y a Simmon de pie. He de decir que ellos no se mostraron terriblemente desconcertados.
Títere rebuscó un poco entre los objetos esparcidos por la mesa y cogió un taco de madera con forma irregular y un cuchillo pequeño. Me dirigió otra mirada larga y escrutadora y se puso a tallar metódicamente la madera. Empezaron a caer virutas sobre la mesa.
Curiosamente, yo no sentía ningún deseo de preguntar a nadie qué estaba pasando. Cuando eres tan preguntón como yo, al final acabas sabiendo cuándo es inapropiado preguntar.
Además, sabía cuáles habrían sido las respuestas. Títere era una de esas personas con talento, pero no del todo cuerdas, que habían encontrado un hueco en la Universidad. Estudiar en el Arcano tiene efectos complejos sobre la mente de los alumnos. El más destacado de esos efectos es la capacidad para
realizar lo que la mayoría de la gente llama magia y nosotros llamamos simpatía, sigaldría, alquimia, nominación, etcétera.
Las mentes de algunas personas se adaptan fácilmente a eso, y otras tienen más dificultades. De las últimas, algunas enloquecen y acaban en el Refugio. Pero la mayoría de las mentes no se derrumban cuando se someten al estrés del Arcano, sino que solo se resquebrajan un poco. A veces esas grietas se apreciaban en pequeños detalles: tics nerviosos, tartamudeos. Otros alumnos oían voces, se volvían olvidadizos, o ciegos, o mudos... A veces esos síntomas solo duraban una hora o un día; a veces eran permanentes.
Deduje que Títere era un alumno que se había resquebrajado hacía mucho tiempo. Parecía haber encontrado un lugar para él, como Auri, aunque me sorprendía que Lorren le dejara vivir allí abajo.
—¿Siempre está así? —preguntó Títere a mis dos amigos. Alrededor de sus manos se había formado un montoncito de peladuras de madera clara.
—Casi siempre —respondió Wilem.
—Así ¿cómo? —preguntó Simmon.
—Como si acabara de decidir sus tres siguientes movimientos en una partida de tirani y ya supiera cómo iba a ganarte. —Títere volvió a mirarme largamente y cepilló otra fina viruta de madera—. Resulta irritante, la verdad.
Wilem soltó una carcajada.
—Esa es su cara de pensar, Títere. La pone a menudo, pero no siempre.
—¿Qué es tirani? —preguntó Simmon.
—Un pensador... —caviló Títere—. ¿En qué piensas ahora?
—Pienso que debes de ser un observador muy atento, Títere —dije educadamente.
Títere dio un resoplido sin levantar la cabeza.
—¿De qué sirve la atención? Es más, ¿de qué sirve observar? La gente siempre está observando cosas. Lo que debería hacer es ver. Yo veo las cosas que miro. Soy el que ve.
Miró el trozo de madera que tenía en la mano, y luego escudriñó mi cara. Aparentemente satisfecho, entrelazó las manos sobre su talla, pero no antes de que yo alcanzara a ver mi perfil hábilmente tallado en la madera.
—¿Sabes lo que has sido, lo que no eres y lo que serás? —me preguntó.

Sonaba a acertijo.
—No.
—El que ve —dijo con certeza—. Porque eso es lo que significa E'lir.
—De hecho, Kvothe es Re'lar —dijo Simmon con respeto.
Títere hizo un gesto desdeñoso.
—Lo dudo —dijo mirándome atentamente—. Quizá llegues a ser uno que ve, pero todavía te queda mucho. Ahora eres uno que mira. Serás un verdadero E'lir cuando llegue el momento. Si aprendes a relajarte. —Me mostró el rostro tallado en la madera—. ¿Qué ves aquí?
Ya no era un taco con forma irregular: ahora mis facciones, en seria contemplación, me miraban desde la madera. Me incliné hacia delante para examinar la talla desde más cerca.
Títere rió y alzó las manos.
—¡Demasiado tarde! —exclamó, y por un instante adoptó una actitud infantil—. Has mirado demasiado y no has visto suficiente. Mirar demasiado puede impedirte ver, ¿lo ves?
Títere dejó la talla de mi cara sobre la mesa; parecía que la figura contemplara una de las marionetas que yacían diseminadas por el tablero.
—¿Ves al pequeño Kvothe de madera? ¿Ves cómo mira? Qué concentración. Qué dedicación. Podría pasarse cien años mirando, pero ¿verá lo que tiene delante? —Títere se sentó y paseó la mirada por la habitación con aire satisfecho.
—¿E'lir significa «el que ve»? —preguntó Simmon—. ¿Los otros rangos también significan cosas?
—Puesto que eres un alumno con libre acceso al Archivo, imagino que eso podrás averiguarlo por tu cuenta —dijo Títere. Fijó la atención en una de las marionetas que había sobre la mesa. La bajó con cuidado al suelo para evitar que se enredaran los hilos. Era una miniatura perfecta de un sacerdote tehlino con túnica gris.
—¿Podrías darle algún consejo, alguna indicación de por dónde empezar a buscar? —pregunté dejándome llevar por la intuición.
—Por el Dictum de Renfalque. —La marioneta del tehlino* guiada por Títere, se levantó del suelo y movió cada una de sus extremidades como si despertara de un largo sueño.
—No lo conozco.
—Está en el segundo piso del rincón sudeste—contestó Títere, abstraído—. Segunda fila, segundo anaquel, tercer estante, lado; derecho, cubierta roja de piel. —El sacerdote tehlino en miniatura caminó despacio alrededor de los pies de Títere. Llevaba en la mano una réplica diminuta del Libro del camino, perfectamente representado, con la rueda con rayos pintada en la portada.
Wil, Sim y yo vimos cómo Títere tiraba de los hilos del pequeño sacerdote haciéndolo andar adelante y atrás para acabar sentándolo sobre uno de sus pies, enfundado en un calcetín.
Wilem carraspeó respetuosamente y dijo:
—Títere...
—¿Sí? —replicó Títere sin apartar la vista de sus pies—. Tienes una pregunta. O mejor dicho, Kvothe tiene una pregunta y tú quieres planteármela por él. Está ligeramente inclinado hacia delante en el asiento. Hay un surco entre sus cejas, y el fruncido de sus labios lo delata. Deja que me pregunte él. Quizá eso le ayude.
Me quedé estupefacto, pues estaba haciendo exactamente cada una de las cosas que Títere había mencionado. Siguió moviendo los hilos de su pequeño tehlino. El sacerdote realizó una meticulosa y temerosa búsqueda alrededor de sus pies, blandiendo el libro ante sí; rodeó las patas de la mesa y escudriñó el interior de los zapatos abandonados de Títere. Sus movimientos eran asombrosos, y me distrajeron hasta el punto de que olvidé que me sentía incómodo y empecé a relajarme.
—La verdad es que tengo una duda sobre los Amyr. —Mi mirada seguía atenta a la escena

que se desarrollaba alrededor de los pies de Títere. Otra marioneta había entrado en escena: una muchacha vestida de campesina. Se acercó al sacerdote y le tendió una mano como si tratara de darle algo. No, le estaba preguntando algo. El tehlino le dio la espalda. Ella, con timidez, le puso una mano en el brazo. Él se apartó, altanero—. Me gustaría saber quién los disolvió. No sé si fue el emperador Nalto o la iglesia.
—Sigues mirando —me reprendió Títere con un tono más cordial que el que había empleado hasta ese momento—. Necesitas ir a perseguir al viento durante un tiempo, eres demasiado serio. Eso te creará problemas. —De pronto, el tehlino se volvió hacia la muchacha. Temblando de rabia, la amenazó con el libro. Ella, asustada, dio un paso atrás y cayó de rodillas—. Los disolvió la iglesia, por supuesto. Lo único que podía afectarles era un edicto del pontífice. —El tehlino golpeó a la muchacha con el libro. Una vez, dos veces, hasta derribarla; la muchacha quedó tendida en el suelo, completamente quieta—. Nalto no habría podido ordenarles ni siquiera que cruzaran la calle.
Un leve movimiento atrajo la atención de Títere.
—Ay, ay, ay —dijo girando la cabeza hacia Wilem—. ¿Ves lo que yo veo? La cabeza se inclina ligeramente. Las mandíbulas se aprietan, pero los ojos no enfocan nada, canalizan la irritación hacia dentro. Si yo fuera de esas personas que juzgan mirando, diría que Wilem acaba de perder una apuesta. ¿No sabes que la iglesia censura el juego? —El sacerdote, a los pies de Títere, blandió el libro hacia Wilem.
El tehlino juntó las manos y se alejó de la muchacha. Dio un par de pasos con aire majestuoso y agachó la cabeza como si rezara.
Conseguí desviar la mirada de aquel cuadro vivo y mirar a nuestro anfitrión.
—¿Títere? —pregunté—. ¿Has leído Las luces de la Historia de Feltemi Reis?
Vi que Simmon miraba a Wilem con ansiedad, pero Títere no pareció encontrar nada extraño en esa pregunta. El tehlino se puso a dar brincos.
—Sí.
—¿Por qué afirmaría Reis que el Alpura Prolycia Amyr era el decreto sesenta y tres del emperador Nalto?
—Reis no afirmaría eso —contestó sin dejar de mirar la marioneta que tenía a los pies—. Eso es una tontería.
—Pues hemos encontrado un ejemplar de las Luces que afirma exactamente eso —expliqué.
Títere encogió los hombros sin dejar de mirar a su sacerdote tehlino, que bailaba a sus pies.
—Podría ser un error de transcripción —reflexionó Wilem—. Dependiendo de la edición del libro, la propia iglesia podría haber modificado esa información. El emperador Nalto es el chivo expiatorio preferido de la Historia. Quizá la iglesia tratara de distanciarse de los Amyr. Hacia el final hicieron cosas terribles.
—Muy inteligente —concedió Títere. En el suelo, el tehlino le hizo una reverencia a Wilem.
De pronto se me ocurrió una cosa.
—Títere —dije—, ¿sabes qué hay detrás de la puerta cerrada con llave del piso que hay encima de este? Esa gran puerta de piedra.
El tehlino dejó de bailar y Títere levantó la cabeza. Me miró con severidad. Tenía unos ojos serios y claros.
—No creo que la puerta de las cuatro placas sea asunto de un alumno. ¿Y tú?—No, claro. —Noté que me sonrojaba y desvié la mirada.
El sonido distante del tañido de la campana de la torre alivió la tensión del momento. Simmon maldijo por lo bajo.
—Llego tarde —dijo—. Lo siento, Títere, tengo que irme.
Títere se levantó y colgó al tehlino en un gancho de la pared.

—Sea como sea, tengo que seguir leyendo —dijo. Fue hacia la butaca acolchada, se sentó y abrió un libro—. Traed a ese otro día. —Me apuntó con una mano sin levantar la vista del libro—. Tengo que trabajar un poco más con él.

41 El bien mayor

Levanté la cabeza, miré a Simmon y susurré:
—Ivare enim euge.
Sim dio un suspiro de exasperación.
—¿No se suponía que estabas estudiando Fisiognomía?
Ya había pasado todo un ciclo desde que prendiéramos fuego a las habitaciones de Ambrose, y el invierno sacaba por fin las garras, cubriendo la Universidad de ventisqueros que nos llegaban por las rodillas. Como solía pasar cuando el tiempo se ponía inclemente, el Archivo estaba abarrotado de alumnos aplicados.
Como todos los rincones de lectura estaban ocupados, Simmon y yo habíamos tenido que llevarnos nuestros libros a Volúmenes. ^ Ese día, la sala de techos altos y sin ventanas estaba bastante llena, pero aun así reinaba un silencio sepulcral. La piedra oscura y el sordo sonido de los susurros daban al lugar una atmósfera ligeramente inquietante que explicaba por qué los alumnos lo llamaban «la Tumba».
—Estoy estudiando Fisiognomía —protesté en voz baja—. Estaba examinando unas ilustraciones de Gibea, y mira qué he encontrado. —Le acerqué un libro.
—¿Gibea? —susurró Simmon, horrorizado—. En serio, la única razón por la que estudias conmigo es para poder interrumpirme. —Se alejó del libro que yo le ofrecía.
—No, no es nada grotesco —insistí—. Mira esto. Lee lo que pone aquí. —Simmon empujó el libro apartándolo de sí, y me enfurecí—. ¡Cuidado! —susurré—. Es un original. Lo he encontrado detrás de otros libros, enterrado en Catálogos Muertos. Si le pasa algo, Lorren me cortará los pulgares.
Sim rehuyó el libro como si fuera un hierro al rojo.—¿Un original? Tehlu misericordioso, debe de estar escrito en piel humana. ¡No me lo acerques!
Estuve a punto de bromear expresando mis dudas de que pudiera escribirse con tinta sobre piel humana, pero al ver la cara de Sim me abstuve. Aun así, mi expresión debió de delatarme.
—Eres perverso —me espetó Simmon, y su voz alcanzó un nivel casi inaceptable—. Madre de Dios, ¿no sabes que descuartizaba a personas vivas para ver cómo funcionaban sus órganos? Me niego a mirar nada firmado por ese monstruo.
Dejé el libro sobre la mesa.
—Entonces será mejor que dejes de estudiar Medicina —dije suavizando mi tono todo lo posible—. Las investigaciones de Gibea sobre el cuerpo humano son las más exhaustivas que se han hecho jamás. Sus diarios constituyen el eje vertebral de la fisiología moderna.
Sin mudar su severa expresión, Simmon se inclinó hacia delante para que yo lo oyera aunque hablase en voz baja.
—Cuando los Amyr fueron a buscar al duque, encontraron los esqueletos de veinte mil personas. Fosas enormes llenas de huesos y cenizas. Mujeres y niños. ¡Veinte mil! —Simmon farfulló un poco antes de añadir—: Y esos, son los que encontraron.
Dejé que se tranquilizara un poco y entonces, con toda la serenidad que pude, repliqué:
—Gibea escribió veintitrés volúmenes relacionados con la maquinaria del cuerpo. Cuando los Amyr fueron a buscarlo, ardió parte de su finca, y se perdieron cuatro de esos volúmenes y todas sus notas. Pregúntale al maestro Arwyl qué daría a cambio de que esos volúmenes volvieran a estar completos.
Simmon dio una fuerte palmada en la mesa, y varios estudiantes giraron la cabeza.
—¡Maldita sea! —susurró—. ¡Yo me crié a cincuenta kilómetros de Gibea! ¡Los días

despejados, desde las colinas de mi padre se ven las ruinas!
Eso me hizo callar. Si las tierras de la familia de Sim estaban tan cerca, sus antepasados debían de haber jurado fidelidad a Gibea. Eso significaba que quizá se hubieran visto obligados a ayudarle a conseguir sujetos para sus experimentos. Quizá algunos miembros de su familia hubieran acabado en aquellas fosas de huesos y ceniza.
Esperé un rato, y entonces susurré:
—No lo sabía.
Sim se serenó un poco.
—Nunca hablamos de ello —dijo fríamente, y se apartó el flequillo de los ojos.
Seguimos estudiando, y Simmon no volvió a decir nada hasta pasada una hora.
—¿Qué es eso que has encontrado? —me preguntó fingiendo indiferencia, como si no quisiera reconocer que sentía curiosidad.
—En la portadilla —susurré, emocionado. Abrí la portada, y Sim torció inconscientemente el gesto, como si el libro oliera a muerto.
—... derramó por todas partes —oí decir al entrar en la sala un par de alumnos mayores que nosotros. Por la ropa elegante que llevaban deduje que debían de ser nobles; aunque no gritaban, tampoco hacían ningún esfuerzo por hablar en voz baja—. Einisat le hizo limpiarlo todo antes de darle permiso para ir a lavarse. Se va a pasar dos ciclos oliendo a urea.
—Pero si aquí no hay nada —dijo Simmon contemplando la página—. Solo su nombre y las fechas.
—No, ahí no. En la parte de arriba. Alrededor de los bordes de la página. —Señalé las volutas decorativas—. Ahí.
—Me juego un drabín a que ese nariz chata se envenena antes de que termine el bimestre —dijo el otro recién llegado—. ¿Nosotros también éramos así de imbéciles?
—No veo nada —dijo Simmon en voz baja, y con ambos codos sobre la mesa, hizo un gesto de perplejidad—. Me parece muy bien que te gusten esas cosas, pero a mí nunca me han atraído mucho los " manuscritos iluminados.
—Podríamos ir al Dos Peniques. —La conversación siguió unas mesas más allá, atrayendo miradas de enojo de otros alumnos—. Hay allí una chica que toca el caramillo. Te juro que nunca he visto nada parecido. Y dice Linten que si tienes un sueldo de plata, esa chica... —Bajó la voz y terminó la frase de forma más confidencial.
—Esa chica ¿qué? —pregunté metiéndome en su conversación con toda la grosería de que fui capaz. No hizo falta que gritara. En Volúmenes, cuando hablas en un tono de voz normal se te oye en toda la sala—. Lo siento, pero me he perdido el final.
Los dos estudiantes me miraron indignados, pero no dijeron nada.
—Pero ¿qué haces?—me susurró Sim, abochornado.
—Intento hacerles callar—contesté.
—Pues ignóralos. Va, estoy mirando tu maldito libro. Enséñame eso que quieres que vea.
—Gibea dibujaba en sus diarios —expliqué—. Esto es un original, de modo que es lógico que él mismo hiciera las iluminaciones, ¿no? —Sim asintió y se apartó el flequillo de los ojos—. ¿Qué ves aquí? —Fui señalando, despacio, las diferentes volutas—. ¿Lo ves?
Sim negó con la cabeza.
Volví a señalar, con más precisión.
—Aquí —dije—, y aquí, en la esquina.
Sim abrió mucho los ojos.
—¡Letras! I... v... —Hizo una pausa para descifrarlas—. Ivare enim euge. Es lo que has dicho antes. —Apartó el libro—. Bueno, y ¿qué demuestra eso? Aparte de que no sabía nada de témico.
—No es témico —le corregí—. Es temán. Una variante arcaica.
—Y ¿qué se supone que significa? —Levantó la vista del libro; tenía la frente fruncida—.

¿Hacia el gran bien?
Negué con la cabeza.
—Por el bien mayor —le corregí—. ¿Te suena?
—No sé cuánto tiempo se quedará allí —continuó uno de los alumnos ruidosos—. Si te lo pierdes, lo lamentarás.
—Ya te lo he dicho, esta noche no puedo. Quizá en Abatida. En Abatida estoy libre.
—Deberías ir antes —intervine yo—. Las noches de Abatida, el Dos Peniques está lleno hasta los topes.
Me fulminaron con la mirada.
—Métete en tus asuntos, patán —me dijo el más alto.
Eso me irritó aún más.
—Lo siento, ¿no hablabais conmigo?
—¿Acaso tengo cara de hablar contigo? —repuso él con tono mordaz.
—Eso me ha parecido. Si puedo oírte desde tres mesas más allá, significa que quieres que participe en vuestra conversación. —Carraspeé—. O eso, o eres demasiado imbécil para hablar en voz baja en Volúmenes.
Se puso colorado, y seguramente me habría contestado, pero su amigo le cuchicheó algo al oído; recogieron sus libros y se marcharon. Cuando la puerta se cerró tras ellos, hubo breves aplausos. Sonreí a mi público y lo saludé con la mano.
—Ya se habrían encargado los secretarios —me reprochó Sim en voz baja cuando volvimos a encorvarnos sobre la mesa para hablar.
—Los secretarios no se estaban encargando —argumenté—. Además, vuelve a haber silencio, y eso es lo que importa. Veamos, ¿a qué te recuerda «por el bien mayor»?—A los Amyr, por supuesto —respondió—. Últimamente, todo remite a los Amyr. ¿Qué pretendes demostrar?
—Lo que quiero demostrar —susurré, emocionado— es que Gibea era un miembro secreto de la Orden Amyr.
Sim me miró con escepticismo.
—Me parece que le pones mucha imaginación, pero supongo que encaja. Gibea vivió unos cincuenta años antes de que la iglesia los denunciara. En esa época eran muy corruptos.
Me habría gustado plantearle que Gibea no tenía por qué ser corrupto. Él perseguía el mismo propósito que los Amyr, el bien mayor. Si bien sus experimentos habían sido espantosos, sus trabajos hicieron avanzar la medicina de una forma casi imposible de concebir. Seguramente sus investigaciones salvaron diez veces más vidas en los siglos posteriores.
Sin embargo, dudaba que Sim aceptara mi punto de vista.
—Corrupto o no, era un miembro secreto de los Amyr. Si no, ¿por qué escondería su lema en la portadilla de su diario?
—Muy bien, era de los Amyr —concedió Simmon encogiendo los hombros—. ¿Qué tiene eso que ver con el precio de la mantequilla?
Alcé las manos frustrado e hice un esfuerzo para no subir la voz.
—¡Significa que la Orden tenía miembros secretos antes de que la iglesia la denunciara! Significa que cuando el pontífice la disolvió, los Amyr tenían aliados ocultos. Aliados que podían protegerlos. Eso significa que los Amyr podrían seguir existiendo hoy en día, en se-"¹creto, y que podrían seguir realizando su tarea sutilmente.
Detecté un cambio en la expresión de Simmon. Al principio creí que iba a darme la razón. Entonces noté un cosquilleo en la nuca y comprendí qué pasaba.
—Hola, maestro Lorren —lo saludé con respeto sin volverme.
—Está prohibido hablar con los alumnos que están en otras mesas —dijo el maestro—. Cinco días suspendido.

Asentí con la cabeza; Sim y yo nos levantamos y recogimos nuestras cosas. Mirándome impasible, el maestro Lorren estiró un brazo hacia mí.
Le entregué el diario de Gibea sin hacer ningún comentario, y un minuto más tarde Sim y yo parpadeábamos bajo un frío sol invernal frente a las puertas del Archivo. Me ceñí la capa y di pisotones para quitarme la nieve de las botas.
—Suspendido —dijo Simmon—. Mira que eres tonto. «
Me encogí de hombros; estaba más avergonzado de lo que habría sido capaz de admitir. Confiaba en que algún otro estudiante explicara que en realidad no había hecho más que acallar a aquellos dos imbéciles, y no lo contrario.
—Solo intentaba hacer lo correcto.
Simmon rió y echamos a andar hacia Anker’s. Por el camino, dio una patada a un pequeño cúmulo de nieve.
—El mundo necesita a gente como tú —dijo en un tono de voz que me indicaba que se estaba poniendo filosófico—. Resuelves las cosas. No siempre de la mejor manera, ni de la manera más sensata, pero las resuelves. Eres un bicho raro.
—¿Qué quieres decir?—pregunté, intrigado.
—Como hoy —dijo Sim encogiendo los hombros—. Alguien te molesta, alguien te ofende, y de pronto saltas. —Puso plana una mano e hizo un rápido ademán cortando el aire—. Sabes exactamente qué hacer. Nunca vacilas; ves y reaccionas. —Se quedó pensativo un momento—. Me imagino que los Amyr debían de ser así. No me extraña que la gente les tuviera miedo.
—No siempre tengo tanta seguridad en mí mismo—admití.
Simmon esbozó una sonrisa.
—Curiosamente —dijo—, eso me tranquiliza.

42 Penitencia

Como ya no podía estudiar y el invierno lo cubría todo de ventisqueros, decidí que aquel era el momento ideal para ponerme al día respecto a algunos asuntos que había ido postergando.
Intenté hacerle una visita a Auri, pero los tejados estaban cubiertos de hielo y en el patio donde solíamos encontramos se había acumulado mucha nieve arrastrada por el viento. Me tranquilizó no encontrar huellas de pisadas, porque dudaba que Auri tuviera zapatos, y mucho menos un abrigo o un gorro. Habría bajado a buscarla a la Subrealidad, pero la rejilla de hierro del patio estaba cerrada y congelada.
Hice unos cuantos turnos dobles en la Clínica y toqué una noche extra en Anker's para compensar la que había tenido que marcharme antes de hora. Hice largas jornadas en la Factoría, calculando, ha** ciendo pruebas y fundiendo aleaciones para mi proyecto. También me tomé muy en serio mi propósito de recuperar un mes de muy pocas horas de sueño.
Pero uno no puede pasarse el día durmiendo, y al cuarto día de mi suspensión, me había quedado sin excusas. Por muy pocas ganas que tuviera, necesitaba hablar con Devi.
Para cuando decidí ir, el tiempo había mejorado un poco y la nieve se había convertido en un aguanieve helada.
El camino hasta Imre fue un suplicio. No tenía gorro ni guantes, y al cabo de cinco minutos el aguanieve ya me había empapado la capa. Al cabo de diez minutos estaba calado hasta los huesos y lamenté no haber esperado o haber pagado un coche. El aguanieve había derretido la nieve acumulada en el camino, y había una gruesa capa de nieve fangosa.
Paré en el Eolio para calentarme un poco antes de ir a ver a Devi, pero, por primera vez, encontré el local cerrado y a oscuras. No meextrañó: ¿a qué noble se le ocurriría salir con ese tiempo? ¿Qué músico expondría su instrumento a aquel frío y aquella humedad?
De modo que seguí caminando con gran esfuerzo por calles desiertas hasta llegar al callejón de detrás de la carnicería. Era la primera vez que la escalera no apestaba a grasa rancia.
Llamé a la puerta de Devi y me alarmé de lo entumecida que tenía la mano. Apenas notaba nada cuando golpeaba con los nudillos. Esperé largo rato y volví a llamar, inquieto por la posibilidad de que Devi no estuviera allí y hubiese recorrido todo el camino en vano.
Entonces la puerta se abrió un poco. Un resquicio de cálida luz de lámpara y un solo ojo, frío y azul, asomaron por la rendija. Después, la puerta se abrió de par en par.
—Por las pelotas de Tehlu —dijo Devi—. ¿Qué haces aquí con la que está cayendo?
—Pensé...
—No, no pensaste —dijo ella con desdén—. Pasa.
Entré, goteando y con la capucha de la capa adherida a la cabeza. Devi cerró la puerta y echó la llave y el cerrojo. Miré alrededor y me fijé en que había una estantería nueva, aunque todavía estaba prácticamente vacía. Trasladé el peso del cuerpo de una pierna a otra, y una gran masa de nieve medio derretida se desprendió de mi capa y cayó al suelo.
Devi me miró desapasionadamente, de arriba abajo. Vi un fuego chisporroteando en la chimenea, en el otro extremo de la habitación, cerca de la mesa, pero Devi no me invitó a acercarme, así que me quedé allí, goteando y temblando.
—Tú nunca haces nada de la forma más fácil, ¿verdad? —me preguntó.
—Ah, pero ¿hay una forma fácil?
Devi no se rió.
—Si crees que presentándote aquí medio congelado y con cara de perro apaleado conseguirás que me compadezca de ti, estás muy... —Se interrumpió y se quedó

mirándome con aire pensativo—. Que me aspen —dijo con tono de sorpresa—. La verdad es que me gusta verte así. Me sube el ánimo hasta unos niveles casi irritantes.
—Pues no era esa mi intención —repuse—. Pero no me importa. ¿Ayudaría que pillara un catarro de mil demonios?
—Quizá —contestó Devi tras considerarlo un momento—. La penitencia implica cierto grado de sufrimiento.
Asentí con la cabeza, y no hizo falta que me esforzara para ofre-
cer un aspecto lamentable. Metí los dedos entumecidos en mi bolsa y saqué una moneda de bronce pequeña que le había ganado a Sim jugando a aliento unas noches atrás.
Devi la cogió.
—Una pieza de penitencia —dijo sin impresionarse—. ¿Se supone que es simbólica?
Encogí los hombros, y volvió a caer nieve derretida al suelo.
—Algo así —dije—. Quería ir a un cambista y saldar toda mi deuda contigo en piezas de penitencia.
—Y ¿qué te lo ha impedido? —me preguntó.
—Me di cuenta de que solo conseguiría enojarte más —respondí—. Y no quería tener que pagar al cambista. —Contuve el impulso de mirar con ansia la chimenea—. Llevo mucho tiempo tratando de encontrar un gesto que pudiera servirme para pedirte disculpas.
—¿Y has decidido que lo mejor sería venir hasta aquí a pie el día más riguroso del año?
—He decidido que lo mejor sería que hablásemos —dije—. El tiempo fue una feliz casualidad.
Devi arrugó la frente y se volvió hacia la chimenea.
—Ven. —Fue hasta una cómoda que había cerca de la cama y sacó una gruesa bata de algodón azul. Me la dio y señaló una puerta cerrada—. Ve y quítate la ropa mojada. Escúrrela en el lavamanos, o no se secará nunca. ,
Hice lo que me había dicho; luego cogí mi ropa y la colgué en los ** ganchos que había ante la chimenea. Estar tan cerca de la lumbre me produjo una sensación maravillosa. A la luz del fuego pude ver que tenía la piel de debajo de las uñas un poco amoratada.
Aunque lo que más deseaba era quedarme donde estaba y calentarme, me reuní con Devi en la mesa. Me fijé en que había lijado y barnizado de nuevo el tablero, aunque todavía se distinguía el círculo negro que el golfillo había dejado en la madera.
Allí sentado, sin nada más que la bata que Devi me había prestado, me sentí bastante vulnerable, pero no podía hacer nada para remediarlo.
—Después de nuestra última... reunión —me esforcé para no mirar el círculo quemado de la mesa— me informaste de que el importe total de mi préstamo vencería a finales del bimestre. ¿Estarías dispuesta a renegociarlo?
—Es poco probable —dijo Devi resueltamente—. Pero ten ppr seguro que si no puedes saldar la deuda en efectivo, todavía me in-
teresa cierta información. —Compuso una sonrisa mordaz y hambrienta.
Asentí con la cabeza; Devi seguía queriendo entrar en el Archivo.
—Confiaba en que estuvieras dispuesta a reconsiderarlo, ahora que ya conoces toda la historia —dije—. Alguien estaba haciéndome felonía. Necesitaba saber que mi sangre estaba a salvo.
Le lancé una mirada interrogante. Devi encogió los hombros sin levantar los codos de la mesa; su expresión denotaba una profunda indiferencia.
—Es más —continué mirándola a los ojos—, es muy posible que mi irracional comportamiento se debiera, en parte, a los efectos persistentes de un veneno alquímico que me suministraron a principios de este bimestre.
Devi se agarrotó.
—¿Qué?
Ella no lo sabía, y eso me produjo cierto alivio.

—Ambrose se las ingenió para que me suministraran la plombaza una hora antes de mi examen de admisión —dije—. Y tú le vendiste la fórmula.
—¡Tienes mucho descaro! —La cara de duendecillo de Devi denotaba ofensa e indignación, pero era una expresión poco convincente. La había pillado a contrapié, y tenía que esforzarse demasiado.
—Lo que tengo —repuse con serenidad— son restos de sabor a ciruela y a nuez moscada en la boca, y de vez en cuando, el deseo irracional de estrangular a la gente por hacer algo tan inocente como empujarme sin querer por la calle.
La falsa indignación de Devi se vino abajo.
—No puedes demostrar nada —dijo.
—No necesito demostrar nada —repliqué—. No tengo ningún interés en que tengas problemas con los maestros, ni en que te presenten ante la ley del hierro. —La miré—. Solo creía que te interesaría saber que me habían envenenado.
Devi se quedó muy quieta en la silla, esforzándose para mantener la compostura, pero la culpabilidad empezaba a reflejarse en su semblante.
—¿Lo pasaste muy mal?
—Sí —respondí con voz queda.
Devi desvió la mirada y se cruzó de brazos.
—No sabía que era para Ambrose —dijo—. Vino uno de esos idiotas que están podridos de dinero. Me hizo una oferta espectacular...Volvió a mirarme. Ahora que la había abandonado aquella rabia fría, parecía asombrosamente pequeña.
—Yo jamás haría negocios con Ambrose —declaró—. Y no sabía que era para ti. Te lo juro.
—Sabías que era para alguien —dije.
Hubo un largo silencio, solo interrumpido por algún chasquido del fuego.
—Así es como lo veo yo —continué—. Últimamente, ambos hemos cometido una estupidez. Algo de lo que nos arrepentimos. —Me ceñí un poco la bata—. Y aiíñque esas dos cosas no se anulen una a otra, parece que han establecido una especie de equilibrio. —Extendí las manos con las palmas hacia arriba, imitando los platos de una balanza.
—Quizá me precipitara exigiéndote el pago completo —dijo Devi esbozando una sonrisa un tanto avergonzada.
Le devolví la sonrisa y noté que me relajaba.
—¿Qué te parece si volvemos a las condiciones originales de mi préstamo?
—Me parece justo. —Devi me tendió la mano por encima de la mesa y se la estreché. Se evaporaron los restos de tensión que flotaban en el ambiente, y noté cómo el nudo de preocupación que llevaba mucho tiempo soportando se deshacía en mi pecho.
—Tienes las manos heladas —observó Devi—. Vamos a sentarnos junto al fuego. ^
Nos cambiamos de sitio y nos pasamos unos minutos en silencio.
—Dioses de lo hondo —dijo Devi, y acompañó sus palabras de un suspiro explosivo—. Estaba furiosa contigo. —Sacudió la cabeza—. Creo que jamás había estado tan enfadada con nadie.
—Yo no te creía capaz de rebajarte hasta la felonía —dije—. Estaba convencido de que no podías ser tú. Pero todos me insistían en lo peligrosa que eras. No paraban de contarme historias. Y como no me dejaste ver mi sangre... —Dejé la frase inacabada y encogí los hombros.
—¿Es verdad que todavía tienes secuelas de la plombaza? —me preguntó.
—Sí, a veces todavía la noto —respondí—. Y tengo la impresión de que pierdo los estribos más fácilmente. Pero eso quizá se deba al estrés. Dice Simmon que seguramente tengo principios desvinculados en el organismo. No tengo ni idea de qué significa eso.
Devi frunció el entrecejo.
—Aquí no tengo el material idóneo para trabajar —dijo señalando una puerta cerrada—. Y lo

siento. Pero ese tipo me ofreció todo un lote del Vautium tegnostae. —Señaló los estantes—. En circunstancias normales nunca haría una cosa así, pero es imposible encontrar copias sin expurgar.
Me volví y la miré, sorprendido.
—¿Se la preparaste tú misma?
—Es mejor eso que entregar la fórmula —dijo Devi poniéndose a la defensiva.
Por una parte estaba furioso, pero por otra, me alegraba de estar caliente y seco, y de que no hubiera ninguna amenaza de muerte cerniéndose sobre mí. Le quité importancia.
—Simmon dice que no tienes ni idea de factores —dije con tono informal.
Devi agachó la cabeza.
—No me enorgullezco de haberla vendido —admitió. Al cabo de un momento, volvió a levantar la cabeza sonriente—. Pero el Tegnostae tiene unas ilustraciones espléndidas.
Me reí.
—Enséñamelo.
Horas más tarde, mi ropa se había secado y el aguanieve se había transformado en una nevada suave. El Puente de Piedra estaría cubierto de hielo, pero aparte de eso, el camino de regreso resultaría mucho más agradable que el de ida.
Cuando salí del cuarto de baño vi que Devi había vuelto a sentarse a la mesa. Me acerqué y le devolví la bata.
—No pondré en duda tu honor preguntándote por qué tienes una bata mucho más larga y ancha de hombros que cualquier prenda que una joven delicada de tu talla podría ponerse.
Devi soltó una risotada muy poco delicada y miró al techo.
Me senté y me calcé las botas, que estaban deliciosamente calientes, pues las había dejado cerca del fuego. Entonces saqué mi bolsa y puse tres pesados talentos de plata encima de la mesa y los deslicé hacia Devi. Ella los miró con curiosidad.
—Ultimamente he tenido algunos ingresos —expliqué—. No son suficientes para saldar toda mi deuda. Pero ya puedo pagarte los intereses de este bimestre. —Agité una mano sobre las monedas—. Considéralo un gesto de buena voluntad.
Devi sonrió y empujó las monedas hacia mí.
—Todavía faltan dos ciclos para el final del bimestre —dijo—. Como ya te he dicho, ciñámonos al trato original. Me sentiría mal si aceptara tu dinero por adelantado.
Le había ofrecido el dinero a Devi para demostrarle que mi proposición de paz era sincera, pero de todos modos me alegré de conservar mis tres talentos, al menos de momento. Existe una inmensa diferencia entre tener alguna moneda y no tener ninguna. Una bolsa vacía te produce una sensación de indefensión.
Pasa lo mismo que con las semillas de grano. Si al final de un largo invierno te queda un poco de grano, puedes utilizarlo como semilla. Controlas tu vida. Puedes utilizar ese grano y hacer planes para el futuro. Pero si llega la primavera y no te queda grano para usarlo como semilla, te encuentras indefenso. Por muy duro que trabajes, y por muy buenas que sean tus intenciones, las cosechas no crecen si no tienes semillas con que empezar.
Así que me compré ropa: tres camisas, unos pantalones nuevos y calcetines gruesos de lana. Me compré un gorro, unos guantes y una bufanda para protegerme del frío invernal. A Auri le compré una bolsita de sal marina, un saco de guisantes secos, dos tarros de melocotones en conserva y un par de zapatillas abrigadas. También compré un juego de cuerdas de laúd, tinta y media docena de hojas de papel.
Además, compré una sólida tranca de latón y la fijé al marco de la ventana de mi pequeña buhardilla. Yo podría sortearla sin grandes dificultades, pero me ayudaría a proteger mis escasos objetos personales incluso de los ladrones más bienintencionados.

43 Sin previo aviso

Me encontraba junto a la ventana dé la taberna de Anker's, contemplando la nevada y haciendo girar con los dedos, distraído, el anillo de Denna. El invierno dejaba caer todo su peso sobre la Universidad, y Denna ya llevaba más de un mes sin aparecer. Faltaban tres horas para mi clase con Elodin, y trataba de decidir si la escasa posibilidad de encontrar a Denna merecía que recorriera el largo y frío camino hasta Imre.
Mientras estaba de pie allí entró por la puerta un ceáldico, dando pisotones para desprender la nieve de sus botas y mirando alrededor con curiosidad. Todavía era temprano, y yo era la única persona en la taberna.
El ceáldico se me acercó; unos copos de nieve atrapados en su barba se derritieron hasta convertirse en relucientes gotas de agua.
—Perdona que te moleste. Busco a una persona —dijo, y me sorprendió comprobar que no tenía ni rastro de acento ceáldico. Se llevó una mano dentro del largo abrigo y sacó un sobre grueso con sello de color rojo sangre—. Ku-voz-e —leyó despacio, y giró el sobre hacia mí para que pudiera verlo yo también.
Kvothe, Posada Anker's Universidad (tres kilómetros al oeste de Imre) Belenay-Barren Mancomunidad Central
Era la letra de Denna.
—En realidad es Kvothe —dije distraídamente—. La «v» y la «e» son mudas.
El hombre se encogió de hombros y preguntó:
—¿Eres tú?
—Sí —confirmé.
Él asintió, satisfecho.
—Mira, esto me lo dieron en Tarbean hace un ciclo. Se lo compré a uno por un penique duro. Dijo que se lo había comprado a un marinero en Junpui por un sueldo de plata víntico. No recordaba el nombre de la ciudad donde lo había conseguido el marinero, pero era del interior.
Me miró a los ojos.
—Te cuento todo esto para que no pienses que intento timarte. Pagué un penique duro, y he venido desde Imre pese a que tenía que desviarme de mi camino. —Echó un vistazo a la taberna—. Pero supongo que al dueño de una posada tan bonita como esta no le importará pagarle a un mensajero lo que merece.
—Esta posada no es mía —dije riendo—. Yo solo tengo una habitación aquí.
—Ah —repuso él, un tanto decepcionado—. Te he visto aquí de pie y me ha parecido que tenías aires de amo y señor. En fin, comprenderás que necesito recuperar mi dinero.
—Sí—dije—. ¿Qué precio te parece justo?
Me miró de arriba abajo examinando mi vestimenta.
—Supongo que me contentaría con recuperar mi penique duro y añadirle un penique blando.
Saqué la bolsa del dinero y rebusqué. Por suerte, había jugado a cartas unas cuantas noches y tenía algo de moneda atur.
—Me parece bien —dije, y le entregué el dinero.
El hombre fue hacia la puerta, pero antes de abrirla se volvió.
—Por curiosidad —dijo—, ¿habrías pagado dos peniques duros por el sobre?
—Seguramente —admití.
—Kist —blasfemó; salió a la calle, y la puerta se cerró de un golpazo.

Era un sobre de pergamino grueso, arrugado, manchado y manoseado. En el sello había un ciervo rampante ante un barril y un arpa. Lo apreté con los dedos y lo rasgué al mismo tiempo que me sentaba.

Kvothe:
Siento mucho haberme marchado de Imre sin previo avisó. Te mandé un Mensaje la noche de mi partida, pero supongo que no lo recibiste.
Me he marchado al extranjero en busca de pastos más verdes y mejores Oportunidades. Me gusta Imre, donde puedo disfrutar del placer de tu Ocasional, aunque Esporádica, compañía, pero es una ciudad muy cara para vivir, y últimamente mis perspectivas son magras.
Yll es muy bonita, hay suaves colinas por todas partes. Me encanta su clima; es más templado y el aire huele a mar. Quizá pueda pasar todo el invierno sin que mis pulmones me obliguen a guardar cama. Sería el primero desde hace años.
He pasado un tiempo en los Pequeños Reinos, donde presencié una escaramuza entre dos bandas de jinetes. Nunca había oído tanto Estruendo de Caballos.
También he pasado un tiempo en el mar, y he aprendido todo tipo de nudos marineros y a escupir correctamente. Mi repertorio de Palabrotas también se ha ampliado notablemente.
Si me lo pides educadamente la próxima vez que nos veamos, quizá te haga una exhibición de mis recién adquiridas habilidades.
He visto a mi primer Mercenario adem. (Aquí los llaman camisas de sangre.) Es una mujer no más alta que yo, con unos asombrosos ojos grises. Es hermosa, pero extraña y callada, y nunca se está quieta. No la he visto pelear, y creo que no quiero verlo. Pero siento curiosidad.
Sigo enamorada del arpa. Ahora me hospedo con un caballero muy capacitado (cuyo nombre prefiero no mencionar) para pogresar en mis estudios del instrumento.
Mientras Escribía esta carta he bebido un poco de vino. Te lo digo para justificar cómo acabo de escribir la palabra Progesar. Progresar. Kist. Ya sabes lo que quiero decir.
Perdóname por no haberte puesto unas líneas antes, pero he viajado mucho y hasta ahora no tenía el Material necesario para escribir una Carta. Ahora que ya la he escrito, supongo que tardaré un tiempo en encontrar a algún viajero de confianza que ponga esta misiva en el largo camino hacia ti.
Pienso mucho en ti, y con cariño.
Un abrazo,

D.

p.d.: Espero que el estuche del laúd te sea útil.
Ese día, la clase de Elodin comenzó de forma extraña.

Para empezar, Elodin llegó puntual. Nos pilló desprevenidos, pues los seis alumnos que quedábamos en su clase nos habíamos habitúado a dedicar los veinte o treinta primeros minutos de la clase a charlar, a jugar a las cartas y a quejarnos por lo poco que estábamos aprendiendo. Ni siquiera vimos al maestro nominador hasta que, tras recorrer la mitad de los escalones del aula, se puso a dar palmadas para llamar nuestra atención.

El segundo detalle extraño fue que Elodin llevaba su túnica de gala. Se la había visto usar en otras ocasiones que lo requerían, pero siempre de mala gana. Durante el proceso de admisiones, por ejemplo[1], siempre iba con la túnica arrugada y descuidada.
Ese día, en cambio, Elodin llevaba aquella prenda como era debido. Parecía recién lavada y planchada. Tampoco iba desgreñado, como era habitual en él. Me pareció que se había cortado y peinado el pelo.
Llegó al frente del aula, subió a la tarima y se colocó detrás del atril. Eso, más que ninguna otra cosa, hizo que todos nos enderezásemos y prestáramos atención. Elodin nunca utilizaba el atril.
—Hace mucho tiempo —dijo sin preámbulos—, la gente venía aquí a aprender cosas secretas. Hombres y mujeres ácudían a la Universidad a estudiar la forma del mundo.
Elodin nos miró a todos.
—En esta antigua Universidad no había ninguna asignatura más valorada que la Nominación. Todo lo demás era metal común. Los nominadores se paseaban por estas calles como dioses minúsculos. Hacían cosas terribles y maravillosas, y todos los envidiaban.
»Los estudiantes solo ascendían en el escalafón mediante su habilidad en nominación. Un alquimista sin habilidad en nominación era considerado un desgraciado, y no merecía más respeto que un cocinero. La simpatía se inventó aquí, pero un simpatista sin nominación era lo mismo que un cochero. Un artífice sin dominio de los nombres era poco más que un zapatero o un herrero.
»Todos venían a aprender los nombres de las cosas —continuó Elodin; sus oscuros ojos nos miraban con intensidad, y hablaba con una voz resonante y conmovedora—. Pero la nominación no se puede enseñar mediante reglas ni memorización. Enseñar a alguien a ser nominador es como enseñar a alguien a enamorarse. Es inútil. Es imposible.
El maestro nominador esbozó una sonrisa, y por primera vez volvió a ser el de siempre.
—Sin embargo, los estudiantes intentaban aprender. Y los maestros intentaban enseñar. Y a veces lo conseguían.
»¡Felá! —exclamó señalándola, y le hizo señas para que se acercara—. Ven aquí.Felá se levantó; nerviosa, subió a la tarima y se colocó junto a Elodin.
—Todos habéis escogido el nombre que queréis aprender —dijo Elodin recorriéndonos con la mirada—. Y todos os habéis aplicado a vuestros estudios con diferentes grados de dedicación y éxito.
Contuve el impulso de desviar la mirada, avergonzado, consciente de que mis esfuerzos habían sido poco entusiastas, por no decir algo peor.
—Donde vosotros habéis fracasado, Felá ha tenido éxito —prosiguió Elodin—. Ella ha encontrado el nombre de la piedra... —se volvió un poco hacia ella—, ¿cuántas veces?
—Ocho —contestó Felá agachando la cabeza y retorciéndose turbada las manos.
Los otros alumnos murmuramos, sinceramente impresionados. Felá nunca había mencionado su logro en nuestras frecuentes sesiones de quejas.
Elodin asintió con la cabeza, como si aprobara nuestra reacción.
—Cuando todavía enseñábamos nominación, los nominadores nos enorgullecíamos de nuestra destreza. Un alumno que obtenía el dominio de un nombre recibía un anillo como prueba de su habilidad. —Elodin estiró un brazo y abrió la mano ante Felá, revelando una piedra de río, lisa y oscura—. Y esto es lo que hará Felá ahora, como prueba de su aptitud.
Felá miró a Elodin, perpleja. Su mirada pasó sucesivamente del maestro a la piedra, palideciendo por momentos.
Elodin compuso una sonrisa tranquilizadora.
—Vamos —dijo con dulzura—. Tú sabes, en tu corazón secreto, que eres capaz de esto. Y de más.
Felá se mordió el labio inferior y cogió la piedra, que en sus manos parecía más grande que

en las del maestro. Cerró los ojos un momento y respiró hondo. Soltó el aire despacio, levantó la piedra y la puso a la altura de sus ojos, de manera que la piedra fue lo primero que vio al abrirlos de nuevo.
Felá miró fijamente la piedra y se produjo un largo silencio. La atmósfera fue cargándose, hasta tensarse como una cuerda de arpa. Noté que el aire vibraba.
Pasó un largo minuto. Dos largos minutos. Tres minutos terriblemente largos.
Elodin suspiró ruidosamente, rompiendo la tensión.
—No, no, no —dijo, y chascó los dedos ante la cara de Felá para
atraer su atención. Entonces le tapó los ojos con una mano—. La estás mirando. No la mires. Ahora, ¡mírala! —Retiró la mano.
Felá levantó la piedra y abrió los ojos. En ese mismo instante, Elodin le dio una palmada en la nuca.
Felá giró la cabeza con gesto de indignación. Pero Elodin se limitó a señalar la piedra que ella todavía sostenía.
—¡Mira! —dijo el maestro, emocionado.
Felá bajó la vista hacia la piedra, y sonrió como si viera a un viejo amigo. La tapó con una mano y se la acercó a la boca. Movió los labios.
Se oyó un brusco chasquido, como el que produce una gota de agua al caer en una sartén llena de grasa caliente. Hubo unos cuantos chasquidos más, fuertes y seguidos, como el crujir de los nudillos de un anciano, o como una tormenta de granizo golpeando un tejado de pizarra.
Felá abrió la mano y de ella se derramó un chorro de arena y grava. Con dos dedos, rebuscó entre los restos de la piedra y sacó un anillo de piedra negra. Era redondo como una taza y liso como el cristal pulido.
Elodin rió, triunfante, antes de envolver a Felá en un entusiasta abrazo. Felá abrazó también al maestro, emocionada. Juntos dieron varios pasitos, entre bailando y tambaleándose.
Sin dejar de sonreír, Elodin extendió una mano. Felá le dio el ani„ lio, -y él lo examinó atentamente y asintió con la cabeza.
—Felá —dijo con seriedad—, te asciendo al rango de Re’lar. —Sostuvo el anillo en alto—. Dame la mano.
Casi con timidez, Felá le tendió la mano. Pero Elodin negó con la cabeza.
—La izquierda —dijo con firmeza—. La derecha significa otra cosa. Ninguno de vosotros está preparado para eso todavía.
Felá le tendió la otra mano, y Elodin le puso el anillo de piedra en el dedo. El resto de la clase empezamos a aplaudir, y nos agolpamos para ver lo que Felá acababa de hacer.
Felá sonrió, radiante, y extendió la mano para que todos pudiéramos ver el anillo. El anillo no era liso, como a mí me había parecido, sino que estaba cubierto de un millar de facetas planas y diminutas. Se rodeaban unas a otras dibujando un sutil remolino que no se parecía a nada que yo hubiera visto hasta entonces.

44 El atrapador

A pesar de los problemas con Ambrose, de mi obsesión con el Archivo y de mis incontables e infructuosos viajes a Imre para buscar a Denna, conseguí terminar mi proyecto en la Factoría.

Me habría gustado disponer de otro ciclo para repetir algunas pruebas y dar algunos retoques, pero ya no tenía tiempo. Pronto se celebraría el sorteo de admisiones, y poco después tendría que pagar la matrícula. Antes de poner mi proyecto a la venta, necesitaba que Kilvin aprobara el diseño.

Así que, con no poca inquietud, llamé a la puerta del despacho de Kilvin.

El maestro artífice estaba encorvado sobre su banco de trabajo, retirando con mucho cuidado los tornillos de la cubierta de bronce de una bomba de compresión.

—¿Sí, Re'lar Kvothe? —dijo sin levantar la cabeza.

—He terminado, maestro Kilvin —me limité a decir.

Entonces me miró y parpadeó.

—Ah, ¿sí?

—Sí. Confiaba en poder concertar una cita con usted para enseñárselo.

Kilvin colocó los tornillos en una bandeja y se sacudió las manos.

—Para eso estoy disponible ahora mismo.

Salimos del despacho; precedí al maestro por el bullicioso taller y por Existencias, hasta llegar al taller privado que Kilvin me había asignado. Saqué la llave y abrí la sólida puerta de madera.

Era un taller de tamaño normal, con su propia fragua, yunque, campana de gases, empapador y otros elementos básicos de la artificería. Había apartado el banco de trabajo con objeto de dejar media habitación vacía, con solo unas gruesas balas de paja amontonadas contra la pared.Colgado del techo, frente a las balas, había un sencillo espantapájaros. Le había puesto mi camisa quemada y unos pantalones de arpillera. Me habría gustado emplear el tiempo que había tardado en coser los pantalones y rellenar el espantapájaros para hacer algunas pruebas más, pero al fin y al cabo, soy ante todo un artista de troupe. Como tal, no podía desaprovechar la oportunidad de introducir un toque de teatralidad.

Una vez dentro, cerré la puerta mientras Kilvin miraba alrededor con curiosidad. Decidí dejar que mi obra hablara por sí misma; cogí la ballesta y se la ofrecí al maestro.

El rostro del corpulento maestro se ensombreció.

—Re'lar Kvothe —dijo con un marcado deje de desaprobación—, dime que no has desperdiciado el esfuerzo de tus manos en la mejora de este aparato brutal.

—Confíe en mí, maestro Kilvin —dije ofreciéndole el arma.

Me miró con recelo, cogió la ballesta y empezó a examinarla con la meticulosidad de quien trabaja todos los días con materiales peligrosos. Pasó los dedos por la cuerda, de trama muy prieta, y examinó la curva del arco de metal.

Trascurrieron unos minutos; Kilvin movió la cabeza afirmativamente, introdujo un pie en el estribo y armó la ballesta sin esfuerzo aparente. Pensé que Kilvin debía de tener mucha fuerza. A mí me dolían los hombros y me habían salido ampollas en las manos de pelear con aquel trasto pesado y difícil de manejar.

Le entregué la flecha, pesada, y Kilvin la examinó también. Vi que estaba cada vez más perplejo, y sabía por qué: en la flecha no se apreciaban modificaciones ni sigaldría alguna. En el arco tampoco.

Kilvin encajó la flecha en la ballesta y me miró arqueando una ceja.
Señalé el espantapájaros con un amplio ademán, tratando de aparentar más seguridad de la que sentía. Me sudaban las manos y notaba un cosquilleo en el estómago. Las pruebas eran muy eficaces. Las pruebas eran importantes. Las pruebas eran como un ensayo. Pero lo único que de verdad importa es lo que ocurre cuando el público te está mirando. Esa es una verdad que saben todos los artistas de troupe.
Kilvin encogió los hombros y levantó la ballesta, que parecía pequeña apoyada contra su hombro. El maestro se tomó un momento para apuntar cuidadosamente. Me sorprendió la calma con que inspiraba, exhalaba lentamente y apretaba el disparador.
La ballesta dio una sacudida, la cuerda vibró y la flecha salió despedida.Se oyó un brusco «clonc» metálico, y la flecha se detuvo en el aire como si hubiera chocado contra un muro invisible. Cayó ruidosamente al suelo de piedra en medio de la habitación, a unos cuatro metros del espantapájaros.
No pude contenerme: me eché a reír y alcé los brazos, triunfante.
Kilvin arqueó las cejas y me miró. Le sonreí, eufórico.
El maestro recogió la flecha del suelo y volvió a examinarla. Entonces volvió a armar la ballesta, apuntó y apretó el disparador.
«Clonc.» La flecha cayó al suelo otra vez, y resbaló un poco hacia un lado.
Esa vez Kilvin detectó la fuente del ruido. Colgado del techo, en un rincón de la habitación, había un objeto metálico del tamaño de un farol grande. Se mecía adelante y atrás y giraba un poco sobre sí mismo, como si acabaran de golpearlo de refilón.
Lo solté del gancho y se lo llevé al maestro Kilvin, que esperaba junto al banco de trabajo.
—¿Qué es, Re’lar Kvothe? —preguntó, intrigado.
Lo puse encima de la mesa con un fuerte ruido metálico.
—En términos generales, maestro Kilvin, es un dispositivo automático de oposición cinética. —Sonreí, orgulloso—. Más específicamente, detiene las flechas.
Kilvin se inclinó para examinarlo, pero no había nada que ver salvo unas planchas de hierro oscuro sin ninguna peculiaridad. Mi creación no parecía otra cosa que un farol grande de ocho caras, todo de metal.
—Y ¿cómo lo has llamado?
Esa era la única parte de mi invento que todavía no había terminado. Se me habían ocurrido un centenar de nombres, pero ninguno parecía apropiado. «Atrapaflechas» me parecía pedestre. «El Amigo del Viajero» sonaba prosaico. «La Ruina del Bandido» era ridiculamente melodramático. Si lo hubiera llamado así, no habría podido volver a mirar a Kilvin a los ojos.
—Lo del nombre me está costando —reconocí—. Pero de momento lo llamo «atrapaflechas».
—Pfff. Lo que hace no es exactamente atrapar flechas.
—Lo sé —concedí, exasperado—. Pero era eso o «clonc».
Kilvin me miró de soslayo; detecté un amago de sonrisa en sus ojos.
—Se diría que un alumno de Elodin no tendría tantos problemas para nominar, Re’lar Kvothe.
—Delevari lo tenía fácil, maestro Kilvin —expuse—. Inventó un eje mejorado y le puso su nombre. Dudo que yo pueda llamar a esto «el Kvothe».
—Cierto —dijo Kilvin riendo. Se volvió hacia el atrapaflechas y lo observó con curiosidad—. ¿Cómo funciona?
Sonreí y saqué un largo rollo de papel cubierto de esquemas, compleja sigaldría, símbolos metalúrgicos y minuciosas fórmulas de conversión cinética.
—Hay dos partes principales —expliqué—. La primera es la sigaldría, que forma automáticamente un vínculo simpático con cualquier pieza de metal delgada y de movimiento rápido que entre en un radio de seis metros. No tengo inconveniente en

confesarle que tardé dos largos días en concebirla.
Señalé las runas en cuestión en el papel.
—Al principio creí que con eso bastaría. Confiaba en que si vinculaba una punta de flecha en movimiento a un trozo de hierro estático, este absorbería la velocidad de la flecha y la inutilizaría.
—Eso ya se había intentado antes —dijo Kilvin sacudiendo la cabeza.
—Debí darme cuenta antes de intentarlo —dije—. Solo absorbe una tercera parte de la velocidad de la flecha como máximo, y cualquiera que recibiera dos terceras partes de un disparo de flecha saldría muy mal parado.
Señalé otro esquema.
—Lo que necesitaba era algo que pudiera empujar contra la flecha. Y tenía que empujar muy deprisa y con mucha fuerza. Acabé utilizando el muelle de acero de una trampa para osos. Modificado, por supuesto.
Cogí una cabeza de flecha del banco de trabajo e hice como si se desplazara hacia el atrapaflechas.
—Primero, la flecha se acerca y establece el vínculo. Luego, la velocidad de la flecha acciona el pestillo, como cuando pisas una trampa. —Hice un fuerte chasquido con los dedos—. Entonces, la energía acumulada en el muelle empuja la flecha, deteniéndola o incluso impulsándola hacia atrás.
Kilvin iba asintiendo con la cabeza mientras yo hablaba.
—Si hay que volver a montarlo después de cada uso, ¿cómo ha podido detener mi segunda flecha?
Señalé el esquema central.
—Todo esto no serviría de mucho si solo pudiera detener una flecha —concedí—. O si solo pudiera parar las flechas que vinieran en una dirección. Decidí colocar ocho muelles en círculo. Debería poder detener las flechas que llegaran a la vez de diferentes direcciones. —Hice un gesto de disculpa—. En teoría. Todavía no he podido probarlo.
Kilvin volvió a mirar el espantapájaros.
—Mis dos flechas provenían de la misma dirección —observó—. ¿Cómo pudo detener la segunda si ese muelle ya se había disparado?
Cogí el atrapaflechas por el aro que había puesto en la parte superior y le mostré al maestro que podía rotar libremente.
—Cuelga de un aro giratorio —dije—. El impacto de la primera flecha lo ha hecho girar ligeramente sobre sí mismo, permitiendo que se alineara otro muelle. Aunque eso no hubiera sucedido, la energía de la flecha tiende a hacerlo girar hacia el muelle no utilizado más cercano. Como una veleta que apunta en la dirección del viento.
La verdad es que ese último detalle no lo había planeado. Había sido un accidente afortunado, pero no vi ninguna razón para decírselo a Kilvin.
Toqué los puntos rojos visibles en dos de las ocho caras de hierro del atrapaflechas.
—Estos puntos muestran qué muelles se han disparado.
Kilvin cogió el artefacto y le dio vueltas en las manos.
—¿Cómo vuelves a tensar los muelles?
Saqué de debajo del banco de trabajo un dispositivo metálico, poco más que una sencilla pieza de hierro con una larga palanca. Entonces le mostré a Kilvin el agujero de ocho lados que había en la base del atrapaflechas. Coloqué el atrapaflechas sobre el dispositivo y apreté la palanca con el pie hasta oír un fuerte chasquido. Entonces hice rotar el atrapaflechas y repetí el proceso.
Kilvin se inclinó, lo cogió y le dio vueltas con sus manazas.
—Pesa mucho —comentó.
—Tenía que ser resistente —dije—. Una flecha de ballesta puede perforar una plancha de

roble de cinco centímetros. Necesitaba que el muelle reaccionara como mínimo con el triple de esa fuerza para detener la flecha.
Kilvin sacudió un poco el atrapaflechas sosteniéndolo junto a su oreja. No hizo ningún ruido.
—Y ¿qué pasa si las puntas de flecha no son metálicas? —me preguntó—. Dicen que los guerreros Vi Sembi utilizan flechas con puntas de sílex o de obsidiana.
Me miré las manos y suspiré.
—Claro... —dije espacio—. Si las puntas de flecha no son de algún tipo de hierro, el atrapaflechas no se dispara cuando llegan a una distancia de seis metros.
Kilvin dio un resoplido impreciso y dejó el atrapaflechas sobre la mesa con un golpazo.
—Pero cuando llegan a una distancia de cuatro —dije alegremente—} cualquier pieza afilada de piedra o vidrio dispara otra serie de vínculos. —Señalé el esquema. Estaba orgulloso de él, porque también había tenido la previsión de inscribir en las piezas insertadas de obsidiana la sigaldría del vidrio reforzado. De esa forma, no se harían pedazos tras el impacto.
Kilvin revisó el esquema, sonrió con orgullo y soltó una risotada.
—Bien. Muy bien. ¿Y si la flecha tiene punta de hueso o marfil?
—Un simple Re’lar como yo no puede utilizar las runas para el hueso—dije.
—¿Y si pudiera?—preguntó Kilvin.
—Aun así, no las utilizaría —dije—. Imagine que el cráneo de un niño que entrara en su radio de acción al hacer una voltereta activase el atrapaflechas.
Kilvin asintió en señal de aprobación.
—Estaba pensando en un caballo al galope —dijo—. Pero has demostrado una gran sabiduría. Has demostrado tener el pensamiento ^ precavido del artífice.
Me volví hacia el esquema y señalé.
—Dicho eso, maestro Kilvin, a una distancia de tres metros, un trozo cilindrico de madera a gran velocidad también accionaría el atrapaflechas. —Suspiré—. No es un buen vínculo, pero sí lo suficientemente bueno para detener la flecha, o al menos para desviarla.
Kilvin se inclinó para examinar el esquema más de cerca; sus ojos se pasearon por la página abarrotada durante un largo par de minutos.
—¿Es de hierro? —preguntó.
—De acero, maestro Kilvin. Me preocupaba que el hierro, a la larga, se volviera quebradizo.
—¿Y cada uno de esos dieciocho vínculos está inscrito en cada uno de los muelles? —me preguntó señalándolos.
Asentí con la cabeza.
—Eso supone una considerable duplicación del esfuerzo —comentó Kilvin; no lo dijo en tono acusador, sino amistoso—. Alguien podría objetar que está excesivamente recargado.—Me preocupa bien poco lo que piensen los demás, maestro Kilvin. Solo lo que piense usted.
Kilvin dio un bufido; entonces levantó la cabeza y se volvió hacia mí.
—Tengo cuatro preguntas —dijo.
Asentí, expectante.
—En primer lugar, y antes que nada: ¿por qué lo has hecho? —preguntó.
—Nadie debería morir por una emboscada en el camino —respondí con firmeza.
Kilvin esperó, pero yo no tenía nada que añadir. Al cabo de un momento encogió los hombros y apuntó con la barbilla al otro lado de la habitación.
—Segundo: ¿de dónde has sacado el...? —Arrugó ligeramente la frente—. Tevetbem. El arco plano.
Se me encogió el estómago. Había abrigado la vana esperanza de que Kilvin, por ser ceáldico, no supiera que aquellas armas eran ilegales en la Mancomunidad. Y si lo sabía, había confiado en que no me lo preguntara.
—Lo... adquirí, maestro Kilvin —contesté, evasivo—Lo necesitaba para poner a prueba el

atrapaflechas.
—¿Por qué no utilizaste un arco de cazador, simplemente? —dijo Kilvin con severidad—. Así habrías evitado una adquisición ilegal.
—Un arco habría sido demasiado débil, maestro Kilvin. Necesitaba estar seguro de que mi diseño podría detener cualquier flecha, y la ballesta es el arma que dispara flechas con más fuerza.
—Un arco largo modegano dispara igual que un arco plano —afirmó Kilvin.
—Sí, pero yo no sé utilizarlo —expliqué—. Y no habría podido permitirme comprar un arco modegano.
Kilvin dio un hondo suspiro.
—La otra vez, cuando fabricaste tu lámpara para ladrones, hiciste una cosa mala con un método bueno. Eso no me gusta. —Volvió a mirar el esquema—. Esta vez, has hecho una cosa buena con un método malo. Eso es mejor, pero no está del todo bien. Lo mejor es hacer una cosa buena con un método bueno. ¿Estás de acuerdo conmigo?
Asentí.
Puso una de sus manazas sobre la ballesta y me preguntó:
—¿Te ha visto alguien con ella?
Negué con la cabeza.
—En ese caso, diremos que es mía, y que tú la adquiriste bajo raíasesoramiento. La llevaremos con el resto del material de Existencias. —Me miró con dureza—. Y en el futuro, si necesitas una cosa así, me la pedirás a mí.
Eso me dolió un poco, pues había planeado volver a venderle la ballesta a Sleat. Pero habría podido ser peor. Lo último que me faltaba era cometer un delito contra la ley del hierro.
—Tercera: no veo que en tu esquema menciones el hilo de oro ni el de plata —observó el maestro—. Tampoco entiendo qué utilidad podrían tener para la fabricación de ese artefacto. Explícame por qué sacaste esos materiales de Existencias.
De pronto fui muy consciente del frío metal de mi gram contra la cara interna del brazo. Tenía incrustaciones de oro, pero eso no podía decírselo a Kilvin.
—Iba corto de dinero, maestro Kilvin. Y necesitaba materiales que no podía conseguir en Existencias.
—Como el arco plano.
—Sí. Y la paja y las trampas para osos.
—Un mal lleva a otro —dijo Kilvin con desaprobación—. Existencias no es el tenderete de un prestamista y no debería utilizarse como tal. Voy a anular tu autorización para metales preciosos.
Agaché la cabeza con la esperanza de parecer debidamente arrepentido.
—Además, trabajarás veinte horas en Existencias como castigo. Si „ alguien te pregunta algo, les cuentas qué has hecho. Y explicas que como castigo has tenido que reembolsar el valor de los metales más un veinte por ciento adicional. Si recurres a Existencias como si recurrieras a un prestamista, se te cobrarán los intereses que te cobraría un prestamista.
—Sí, maestro Kilvin —dije haciendo una mueca de dolor.
—Por último —prosiguió Kilvin, y se volvió y posó una gran mano sobre el atrapaflechas—, ¿qué precio crees que deberíamos ponerle a este artefacto, Re’lar Kvothe?
Me dio un vuelco el corazón.
—¿Significa eso que da su aprobación para ponerlo a la venta, maestro Kilvin?
El artífice, grande como un oso, me miró con cara de desconcierto.
—Por supuesto que doy mi aprobación, Re’lar Kvothe. Es un aparato maravilloso. Supone un gran avance para el mundo. Cada vez que alguien vea una cosa así, verán que la artificería sirve para proteger a los seres humanos. Admirarán a los artífices que fabrican estas cosas.
Se quedó mirando el atrapaflechas con aire pensativo.

—Pero si queremos venderlo, debemos ponerle un precio. ¿Qué propones?
Yo llevaba seis ciclos haciéndome esa pregunta. La verdad era que confiaba en que me procurara dinero suficiente para pagar la matrícula y los intereses del préstamo de Devi. Lo suficiente para quedarme un bimestre más en la Universidad.
—Sinceramente, no lo sé, maestro Kilvin —dije—•. ¿Cuánto pagaría usted para evitar que un metro de flecha de madera de fresno le atravesara un pulmón?
—Les tengo un gran aprecio a mis pulmones —dijo el maestro riendo—. Pero enfoquémoslo de otra manera. El coste de los materiales asciende a... —Echó un vistazo al esquema—. Unas nueve iotas, ¿correcto?
Asombrosamente correcto. Asentí.
—¿Cuántas horas has empleado en su fabricación?
—Unas cien —respondí—. Quizá ciento veinte. Pero gran parte del tiempo lo dediqué a la experimentación y las pruebas. Seguramente podría fabricar otro en cincuenta o sesenta horas. En menos, si hiciéramos moldes.
—Propongo veinticinco talentos —dijo Kilvin—. ¿Te parece una cifra razonable?
La cifra me cortó la respiración. Incluso después de reembolsar a Existencias el coste de los materiales y después de que el taller se cobrara el cuarenta por ciento de comisión, era seis veces más de lo que ganaría trabajando en lámparas marineras. Una cantidad de dinero casi absurda.
Iba a expresar mi entusiasmo cuando se me ocurrió una cosa. Aunque me dolió, sacudí lentamente la cabeza y dije:
—Sinceramente, maestro Kilvin, preferiría venderlos un poco más baratos.
Kilvin arqueó una ceja.
—Lo pagarán —me aseguró—. He visto a gente pagar más por cosas menos útiles.
Me encogí de hombros.
—Veinticinco talentos es mucho dinero —dije—. La seguridad y la tranquilidad no deberían estar al alcance únicamente de quienes tienen la bolsa llena. Creo que ocho sería un buen precio.
Kilvin me miró fijamente y luego asintió.
—Como tú digas. Ocho talentos. —Pasó una mano por la parte superior del atrapaflechas, casi acariciándolo—. Sin embargo, como este es el primero y el único que existe, te pagaré por él veinticinco talentos. Me lo quedaré para mi colección privada. —Ladeó la cabeza—. ¿Lhinsatva?
—Lhin —dije, agradecido; sentí que un gran peso de ansiedad se levantaba de mis hombros.
Kilvin sonrió y señaló la mesa.
—También me gustaría examinar con tiempo el esquema. ¿Te importaría hacer una copia?
—Por veinticinco talentos —dije sonriendo mientras deslizaba la hoja por la mesa para acercársela— puede quedarse el original.
Kilvin me extendió un recibo y se marchó con el atrapaflechas en los brazos como un niño con su juguete nuevo.
Corrí a Existencias con el recibo. Tenía que saldar mi deuda de materiales, incluidos el hilo de oro y los lingotes de plata. Pero incluso después de que el taller se cobrara su comisión, me quedaron casi once talentos.
Me pasé el resto del día sonriendo y silbando como un idiota. Es verdad lo que dicen: una bolsa pesada te aligera el corazón.

45 Confraternización

Estaba sentado en el escalón de la chimenea de Anker's con el laúd en el regazo. La sala estaba caldeada y en silencio, atestada de gente que había ido a oírme tocar.
La de Abatida era mi noche fija en Anker's, y siempre había un público muy nutrido. Por muy mal tiempo que hiciera, nunca había sillas suficientes, y quienes llegaban tarde tenían que apiñarse alrededor de la barra o apoyarse contra las paredes. Recientemente, Anker había necesitado contratar a una camarera de refuerzo para esas noches en particular.
Fuera de la posada, el invierno seguía aferrándose a la Universidad, pero dentro se estaba caliente, y la atmósfera tenía un dulce olor a cerveza, pan y caldo. Con el paso de los meses, había entrenado poco a poco a mi público para que prestara la atención debida mientras tocaba, así que la sala estaba en silencio cuando empecé a desgranar las notas de la segunda estrofa de «Violeta espera».
Aquella noche estaba inspirado. Mi público me había invitado a media docena de copas, y, en un arranque de generosidad, un secretario piripi había tirado un penique duro en el estuche de mi laúd, donde brillaba entre las monedas mates de hierro y cobre. Había hecho llorar dos veces a Simmon, y la camarera nueva de Anker's me sonreía y se sonrojaba con tanta frecuencia que ni siquiera a mí podía pasarme desapercibida la señal. Tenía unos ojos preciosos.
Por primera vez que yo recordara, sentía que ejercía cierto control sobre mi vida. Tenía dinero en la bolsa. Me iban bien los estudios. Podía entrar en el Archivo, y aunque tenía que trabajar en Existencias, todos sabían que Kilvin estaba muy complacido conmigo.
Lo único que me faltaba era Denna.
Me miré las manos al atacar el estribillo final de «Violeta espera».
Había bebido unas cuantas copas más de lo habitual, y no quería meter la pata. Mientras me miraba los dedos, oí que se abría la puerta de la taberna y noté que un viento frío se colaba en la sala. Las llamas del fuego se agitaron, y oí pisadas de botas por el suelo de madera.
Todos me escuchaban en silencio, y canté:

> Sentada junto a la ventana,
> Violeta, paciente, espera.
> Aguarda al amado que el mar le ha robado.
> Desfilan los pretendientes, mas Violeta, paciente, espera contemplando la marea.

Toqué el último acorde, pero en lugar de la ovación atronadora que esperaba, solo oí un silencio resonante. Levanté la cabeza y vi a cuatro hombres altos de pie ante la chimenea. La nieve derretida había empapado los hombros de sus gruesas capas. Tenían un semblante adusto.
Tres de ellos llevaban la gorra oscura y redonda que los identificaba como alguaciles. Y por si esa no fuera pista suficiente para adivinar a qué se dedicaban, cada uno empuñaba un largo garrote de roble forrado de hierro. Me miraban con ojos de halcón.
El cuarto hombre se mantenía un poco separado de los otros. No lucía la gorra de alguacil y no era tan alto ni tan ancho de hombros. Pese a eso, se comportaba con indudable autoridad, y su rostro enjuto denotaba severidad. Sacó un trozo de pergamino grueso, decorado con diversos sellos oficiales negros.

—Kvothe, hijo de Arliden—leyó en voz alta, con voz clara y potente—. En presencia de estos testigos te obligo a presentarte voluntariamente ante la ley del hierro. Se te acusa de Confraternización con Poderes Diabólicos, Uso Malintencionado de Artes No Naturales, Agresión No Provocada y Felonía.
No hará falta que diga que me cogieron completamente desprevenido.
—¿Cómo dice? —fue lo único que se me ocurrió preguntar. Como ya he dicho, había bebido bastante.
El hombre de rostro severo me ignoró y se volvió hacia uno de los alguaciles.
—Prendedlo.
Uno de los alguaciles sacó una larga y tintineante cadena de hierro. Hasta ese momento, había estado demasiado estupefacto para sentir miedo, pero ver a aquel hombre de aspecto hosco extrayendo un par de esposas de hierro de un saco me produjo un miedo que hizo que me temblaran las rodillas.
Simmon se acercó a la chimenea y apartó a los alguaciles a empujones para plantarse ante el cuarto hombre.
—¿Puede saberse qué está pasando aquí? —preguntó Sim con profundo enojo. Era la primera vez que le oía hablar como el hijo de un duque—. Haga el favor de explicarse.
El hombre que sostenía el pergamino miró a Simmon con serenidad, metió una mano dentro de su capa y extrajo una sólida barra de hierro con una franja de oro alrededor de cada extremo. Sim palideció un poco cuando el hombre la sostuvo en alto para que todos en la sala pudieran verla. Aquella barra, además de resultar tan amenazadora como los garrotes de los alguaciles, era un símbolo inequívoco de su autoridad. El hombre era un citador de los tribunales de la Mancomunidad. Y no era un citador ordinario, pues las franjas de oro significaban que podía ordenar a cualquiera que se presentara ante la ley del hierro: sacerdotes, funcionarios del gobierno, incluso miembros de la nobleza hasta el rango de barón.
Anker también se había abierto paso entre los parroquianos. Sim y él examinaron el documento del citador y comprobaron que era auténtico y oficial. Estaba firmado y sellado por todo tipo de personas importantes de Imre. No se podía hacer nada. Iban a llevarme ante la ley del hierro.
Los clientes de Anker’s vieron cómo me ataban las manos y los pies con cadenas. Algunos parecían conmocionados; otros, confusos, pero la mayoría parecían sencillamente asustados. Cuando los alguaciles me arrastraron entre la multitud hacia la puerta, solo un puñado de espectadores osaron mirarme a los ojos.
Me llevaron a pie hasta Imre. Atravesamos el Puente de Piedra y recorrimos la llana extensión del Gran Camino de Piedra. El viento invernal enfriaba el hierro que me rodeaba las muñecas y los tobillos hasta quemarme, lacerarme y congelarme la piel.
A la mañana siguiente llegó Sim con Elxa Dal y poco a poco fue aclarándose todo. Habían pasado meses desde el día que pronunciara el nombre del viento en Imre después de que Ambrose me rompiera el laúd. Los maestros me habían condenado por felonía y me habían hecho azotar públicamente en la Universidad. Había pasado tanto tiempo que las marcas del látigo en la espalda no eran más que cicatrices plateadas. Creía que el asunto había quedado resuelto.
Pero por lo visto, estaba equivocado. Como el incidente se había producido en Imre, entraba en la jurisdicción de los tribunales de la Mancomunidad.
Vivimos en una era civilizada, y existen pocos lugares más civilizados que la Universidad y sú’s alrededores. Pero hay partes de la ley del hierro que persisten, vestigios de tiempos más oscuros. Hacía cien años que no quemaban a nadie por Confraternización o Artes No Naturales, pero las leyes seguían vigentes. La tinta se había desteñido, pero las palabras todavía se leían con claridad.

Ambrose no estaba implicado directamente, por descontado. Era demasiado listo para eso. Esa clase de juicios no eran beneficiosos para la reputación de la Universidad. Si Ambrose hubiera presentado esas acusaciones contra mí, los maestros se habrían enfurecido. Ellos se esforzaban mucho para proteger el buen nombre de la Universidad en general y del Arcano en particular.

Así pues, Ambrose no tenía ninguna relación con las acusaciones. Quienes presentaron los cargos ante los tribunales fueron un puñado de nobles influyentes de Imre. Sí, ellos conocían a Ambrose, desde luego, pero eso no era incriminatorio. Al fin y al cabo, Ambrose conocía a todas las personas con poder, sangre o dinero a ambos lados del río.

De modo que me presenté ante la ley del hierro. El proceso duró seis días, y fue una fuente de irritación y ansiedad extraordinarias. Interrumpió mis estudios y mi trabajo en la Factoría, y clavó el último clavo en el ataúd donde yo enterraba mis esperanzas de encontrar, algún día, un mecenas.

Lo que había empezado como una experiencia aterradora pronto se convirtió en un proceso tedioso cargado de pompa y ritual. Se leyeron en voz alta, confirmaron y copiaron en los archivos oficiales más de cuarenta cartas de testimonio. Había días dedicados por entero a largos discursos. Citas de la ley del hierro. Explicaciones del procedimiento. Fórmulas de tratamiento formales. Hombres ancianos que leían en libros antiguos.

Me defendí lo mejor que pude, primero en el tribunal de la Mancomunidad, y luego también en los tribunales eclesiásticos. Arwyl y

Elxa Dal hablaron en mi defensa. O mejor dicho, escribieron cartas y luego las leyeron en voz alta ante el tribunal.

Al final me absolvieron de todas las acusaciones. Creí que quedaba vindicado. Creí que había ganado...

Pero en ciertos aspectos todavía era terriblemente ingenuo.

46 Interludio: un poco de música

Kvothe se levantó despacio y se desperezó un poco.
—Vamos a dejarlo aquí de momento —dijo—. Creo que hoy vendrá más gente de lo habitual a comer. Tengo que ver cómo está la sopa y preparar unas cuantas cosas. —Apuntó con la barbilla a Cronista—. Y creo que tú también.
Cronista permaneció sentado.
—Espera un momento —dijo—. ¿No piensas contarnos nada más de tu juicio en Imre?—Miró la hoja, consternado—. ¿Ya está?
—Sí, ya está —confirmó Kvothe—. La verdad es que no hay mucho que contar.
—Pero si eso fue lo primero que me explicaron cuando llegué a la Universidad —protestó Cronista—. Que aprendiste temán en un día. „ Que pronunciaste toda tu defensa en verso y que después te aplaudieron. Que...
—Muchas tonterías, imagino —dijo Kvothe con indiferencia mientras se dirigía hacia la barra —. Ya te he contado lo básico.
Cronista miró la hoja.
—Pues no te has entretenido mucho con los detalles.
—Si tanto te interesa un relato completo, puedes buscarlo en otro sitio —repuso Kvothe—. El juicio lo presenció muchísima gente. Ya existen dos crónicas escritas completas; no veo qué necesidad puede haber de añadir otra.
—¿Cómo? ¿Ya has hablado de esto con otro historiador? —dijo Cronista, desconcertado.
Kvothe soltó una risotada.
—Pareces un enamorado despechado. —Empezó a sacar montones de cuencos y platos de debajo de la barra—. Te aseguro que eres el primero que oye mi historia.—Acabas de decir que existen crónicas escritas —dijo Cronista. Abrió mucho los ojos—. ¿Insinúas que has escrito unas memorias? —La voz del escribano tenía un deje extraño que revelaba algo parecido al hambre.
Kvothe frunció el entrecejo.
—No, no es eso. —Dio un hondo suspiro—. Empecé a escribir algo parecido, pero abandoné el proyecto. No me pareció buena idea.
—¿Empezaste a escribir tus memorias y llegaste hasta el juicio de Imre? —dijo Cronista sin apartar la vista de la hoja que tenía delante. Entonces cayó en la cuenta de que todavía sostenía la pluma sobre el papel. Desenroscó el plumín de latón y empezó a limpiarlo con un paño, con aire de inmensa irritación—. Si ya estaba todo escrito, ¿para qué tenerme aquí un día y medio hasta que se me agarrotan los dedos?
—¿Qué? —dijo Kvothe, confuso, arrugando la frente.
Cronista frotaba enérgicamente el plumín con el paño; sus movimientos reflejaban la afrenta a su dignidad.
—Debí saberlo —dijo—. Todo encajaba demasiado bien. —Levantó la cabeza y fulminó a Kvothe con la mirada—. ¿Sabes cuánto me ha costado este papel? —Señaló con un brusco ademán la cartera que contenía las páginas ya llenas.
Kvothe se limitó a mirarlo fijamente; de pronto lo entendió y soltó una carcajada.
—Me has entendido mal. Abandoné las memorias al cabo de un par de días. Solo escribí unas pocas páginas. Ni eso.
La irritación desapareció del rostro de Cronista, que de pronto se mostró avergonzado.
—Ah.
—Sí, sí. Eres como un enamorado despechado —dijo Kvothe, risueño—. Dios mío,

tranquilízate. Mi historia es virgen. Tus manos son las primeras que la tocan. —Negó con la cabeza—. Escribir una historia no es lo mismo que contarla. Por lo visto, yo no tengo ese don. El resultado era pésimo.
—Me gustaría ver lo que escribiste —dijo Cronista inclinándose hacia delante—. Aunque solo sean unas pocas páginas.
—Ha pasado mucho tiempo —dijo Kvothe—. No sé si me acuerdo de dónde las guardé.
—Están en tu habitación, Reshi —intervino Bast alegremente—. Encima de tu mesa.
Kvothe dio un hondo suspiro.
—Gracias, Bast. Intentaba ser cortés. La verdad es que esas páginas no contienen nada que valga la pena enseñarle a nadie. Si hubiera escrito algo que valiera la pena leer, habría seguido escribiendo. —Se metió en la cocina y se oyeron ruidos amortiguados provenientes de la despensa.
—Buen intento —dijo Bast en voz baja—. Pero es una causa perdida. Yo ya lo he intentado.
—No me des lecciones —dijo Cronista, molesto—. Sé muy bien qué hay que hacer para que alguien te cuente una historia.
Seguían oyéndose ruidos provenientes de la despensa: salpicaduras de agua, una puerta al cerrarse.
—¿No deberías ir a ayudarlo? —preguntó Cronista a Bast.
Bast se encogió los hombros y se recostó más en la silla.
Al cabo de un momento, Kvothe salió de la despensa con una tabla de madera y un cuenco lleno de hortalizas recién lavadas.
—Me temo que sigo sin entenderlo —dijo Cronista—. ¿Cómo puede haber dos relatos escritos si no los escribiste tú mismo ni se los referiste a un historiador?
—Nunca te han llevado a juicio, ¿verdad? —dijo Kvothe con jovialidad—. Los tribunales de la Mancomunidad guardan unos archivos muy minuciosos, y la iglesia aún es más obsesiva. Si tanto te interesan los detalles, puedes indagar en los registros con las declaraciones y en los libros de actas, respectivamente.
—Quizá lo haga —dijo Cronista—. Pero tu relato del juicio...
—Sería demasiado tedioso —dijo Kvothe. Terminó de pelar las zanahorias y empezó a trocearlas—. Discursos formales, lecturas del Libro del camino interminables... Fue aburrido vivirlo, y repetirlo también sería aburrido.
Pasó las zanahorias cortadas de la tabla a un cuenco.
—Además, quizá llevemos demasiado tiempo en la Universidad —dijo—. Necesitamos tiempo para otras cosas. Cosas que nadie ha visto ni oído jamás.
—¡No, Reshi! —saltó Bast, alarmado, enderezándose en la silla. Señaló la barra y, con tono quejumbroso, preguntó—: ¿Remolacha?
Kvothe miró el bulbo de color rojo oscuro que había puesto sobre la tabla como si le sorprendiera verlo allí.
—No pongas remolacha en la sopa, Reshi —dijo Bast—. Es horrible.
—A mucha gente le gusta la remolacha, Bast —dijo Kvothe—.
Y es saludable. Es buena para la sangre.
—Odio la remolacha —dijo Bast lastimeramente.
—Bueno —repuso Kvothe con calma—, como el que prepara la sopa soy yo, puedo elegir los ingredientes.
Bast se levantó y caminó a grandes zancadas hasta la barra.
—En ese caso, ya me encargo yo —dijo, impaciente, espantando a Kvothe con un ademán —. Tú ve a buscar unas salchichas y uno de esos quesos con vetas. —Empujó a Kvothe hacia la escalera que conducía al sótano y, mascullando, se metió en la cocina. Al poco rato empezaron a oírse golpazos y tintineos provenientes de la despensa.
Kvothe miró a Cronista y esbozó una amplia y perezosa sonrisa.

Poco a poco fue llegando gente a la Roca de Guía. Entraban por parejas y de tres en tres; olían a sudor, a caballos y a trigo recién segado. Reían y hablaban y dejaban un rastro de granzas por el limpio suelo de madera.
Cronista tenía mucho trabajo. Quienes requerían sus servicios se sentaban en el borde de la silla, inclinados hacia delante; a veces gesticulaban, y otras, hablaban con gran parsimonia. El escribano mantenía la expresión imperturbable mientras la pluma rasgueaba en el papel, y de vez en cuando mojaba el plumín en el tintero.
Bast y el hombre que se hacía llamar Kote trabajaban juntos, como un buen equipo. Sirvieron la sopa y el pan. Manzanas, queso, salchichas. Cerveza y agua fresca de la bomba que había fuera, en el patio trasero. También había cordero asado, para quienes lo quisieran, y tarta de manzana recién hecha.
Hombres y mujeres sonreían, relajados, contentos de poder sentarse un rato a la sombra. El suave murmullo de las conversaciones, el chismorreo entre vecinos que se conocían de toda la vida, inundaba la taberna. Insultos amistosos, blandos e inofensivos como la mantequilla, iban y venían, y los amigos discutían para decidir a quién le tocaba pagar la ronda de cerveza.
Pero por debajo de todo aquello había tensión. Un forastero nunca la habría notado, pero estaba allí, oscura y silenciosa como una resaca. Nadie hablaba de impuestos, ni de ejércitos, ni comentaba que habían empezado a cerrar la puerta con llave por la noche. Nadie hablaba de lo que había pasado en la taberna la noche anterior. Nadie miraba el trozo de suelo bien fregado donde no quedaba ni rastro de sangre.
En cambio, circulaban chistes e historias. Una joven besó a su marido, y el resto de los presentes silbaron y rieron. El viejo Benton intentó levantarle el dobladillo de la falda con el bastón a la viuda Creel, y rió socarronamente cuando ella le dio un manotazo. Un par de niñitas se perseguían entre las mesas, chillando y riendo mientras todos las miraban y sonreían con cariño. Todo eso ayudaba un poco. Era lo único que podías hacer.
La puerta de la posada se abrió de golpe. El viejo Cob, Graham y Jake entraron con andares pesados; era mediodía, y el sol caía a plomo.
—¡Hola, Kote! —saludó el viejo Cob mirando al puñado de clientes que quedaban en la sala —. ¡Veo que hoy tienes mucha clientela!
—Te has perdido lo mejor —dijo Bast—. Hace un rato estábamos desbordados.
—¿Queda algo para los rezagados? —preguntó Graham, y se sentó en su taburete.
Antes de que el posadero pudiera responder, un individuo con los hombros como un toro dejó ruidosamente su plato vacío sobre la barra y, con cuidado, posó el tenedor al lado.
—¡Diantre! ¡Esta tarta estaba deliciosa! —declaró con una voz resonante.
Una mujer delgada y con cara de amargada que estaba a su lado dijo con aspereza:
—No digas palabrotas, Elias. No hay ninguna necesidad.
—No te enfades, querida —repuso el hombre—. «Diantre» es una clase de manzanas, ¿no es así? —Sonrió a los otros clientes que estaban sentados a la barra—. Una clase de manzanas que cultivan en Atur, ¿verdad? Si no recuerdo mal, las llaman así por el barón Diantre.
—Sí, creo que yo también lo he oído —dijo Graham, devolviéndole la sonrisa.
La mujer los fulminó a los dos con la mirada.
—Estas me las trajeron los Benton —terció'el posadero mansamente.
—Ah —dijo el granjero corpulento componiendo una sonrisa—, entonces me equivoco. —Cogió una miga de masa del plato y la masticó con aire pensativo—. De todas formas, juraría que era una tarta de diantre. Quizá los Benton estén cultivando manzanas diantre sin saberlo.Su mujer inspiró ruidosamente por la nariz; entonces vio a Cronista sentado a su mesa sin hacer nada y se llevó a su marido de la barra.
El viejo Cob los vio marchar y sacudió la cabeza.
—No sé qué necesita esa mujer en su vida para ser feliz —comentó—. Pero espero que lo

encuentre antes de que acabe con el viejo Eli.
Jake y Graham refunfuñaron para expresar su completo acuerdo.
—Da gusto ver la taberna llena de gente. —El viejo Cob miró al posadero pelirrojo que estaba detrás de la barra—. Eres un buen cocinero, Kote. Y tienes la mejor cerveza en treinta kilómetros a la redonda. Lo único que hace falta es una pequeña excusa para entrar aquí.
El viejo Cob se dio unos toquecitos en un lado de la nariz.
—¿Sabes qué? —dijo mirando al posadero—. Deberías contratar a un cantante o algo así por las noches. Demonios, hasta el chico de los Orrison sabe tocar un poco el violín de su padre. Seguro que le encantaría venir a cambio de un par de jarras. —Miró alrededor—. Lo único que le falta a este sitio es un poco de música.
El posadero asintió con la cabeza. Su expresión era tan cordial y tan natural que apenas era una expresión.
—Supongo que tienes razón —dijo Kote con voz calmada, una voz completamente normal. Incolora y transparente como el cristal de una ventana.
El viejo Cob abrió la boca, pero antes de que pudiera hablar, Bast golpeó la barra con los nudillos.
—¿Copas? —preguntó a los hombres que estaban sentados a la barra—. Estoy seguro de que todos querréis beber mientras os traemos algo que llevaros a la panza.
Todos querían. Bast se puso detrás de la barra y empezó a servir jarras de cerveza y a repartirlas a quienes le tendían una mano. Al cabo de un momento, el posadero, siguiendo el ejemplo de su ayudante, se puso en movimiento sin decir nada y fue a la cocina a buscar la sopa. Y pan y mantequilla. Y queso. Y manzanas.

47 Interludio: la estrofa de la soga

Cronista se dirigió hacia la barra con una sonrisa en los labios.
—Ha sido una hora de trabajo intenso —dijo con satisfacción, y se sentó en un taburete—. Supongo que no habrá quedado nada en la cocina para mí.
—¿O un trozo de esa tarta que ha mencionado Eli? —preguntó Jake, esperanzado.
—Yo también quiero tarta —terció Bast, sentado al lado de Jake, con una copa en la mano.
El posadero sonrió y se secó las manos en el delantal.
—Creo recordar que he reservado una por si vosotros tres veníais más tarde que los demás.
—Ya ni me acuerdo de la última vez que comí tarta de manzana ^ caliente —dijo el viejo Cob frotándose las manos.
El posadero volvió a la cocina. Sacó la tarta del horno, la cortó y repartió las porciones en platos. Cuando regresó con ellos a la taberna, oyó voces en la otra habitación.
—Y también era un demonio, Jake —decía el viejo Cob, enojado—. Te lo dije anoche y te lo repetiré cien veces si es necesario. Yo no cambio de opinión como otros de calcetines. —Levantó un dedo—. Invocó a un demonio, mordió a ese tipo y le sorbió el jugo como si fuera una ciruela. Me lo contó uno que conocía a una mujer que lo había visto con sus propios ojos. Por eso vinieron el alguacil y sus ayudantes y se lo llevaron. En Amary, la ley prohíbe tontear con fuerzas oscuras.
—Solo decía que la gente creyó que era un demonio —insistió Jake—. Ya sabes cómo es la gente.
—Claro que sé cómo es la gente —dijo el viejo Cob, enfurruñado—. Tengo más años que tú, Jacob. Y sé muy bien lo que digo.Se produjo un largo y tenso silencio en la barra, hasta que Jake desvió la mirada.
—Yo solo decía... —murmuró.
El posadero le acercó un cuenco de sopa a Cronista.
—¿De qué habláis? —preguntó.
El escribano le lanzó una mirada picara y respondió:
—Cob nos está contando el juicio de Kvothe en Imre. —Su voz tenía un ligero deje petulante—. ¿No te acuerdas? Empezó a contarnos la historia anoche, pero solo llegó hasta la mitad.
—Bueno —dijo Cob fulminándolos a todos con la mirada, como si los desafiara a interrumpirlo—. Kvothe estaba en un apuro. Sabía que si lo declaraban culpable lo ahorcarían.
Cob se llevó un puño a un lado del cuello, levantó el codo como si sujetara un nudo corredizo y ladeó la cabeza.
—Pero Kvothe había leído muchísimos libros en la Universidad, y algún truquillo sabía. —El viejo Cob hizo una pausa; pinchó un trozo de tarta, se lo llevó a la boca y cerró los ojos un momento mientras masticaba—. ¡Divina pareja! —dijo para sí—. A esto lo llamo yo una tarta como Dios manda. Os juro que es mejor que la que hacía mi madre. Siempre se quedaba corta con el azúcar. —Dio otro bocado, y una expresión de felicidad se extendió por su curtido rostro.
—Y ¿qué truco utilizó Kvothe? —preguntó Cronista.
—¿Qué? Ah, sí. —Cob retomó el hilo de su historia—. Veréis, en el Libro del camino hay dos versos, y según la ley del hierro, si los lees en voz alta en ese idioma antiguo, el temán, que solo conocen los sacerdotes, tienen que tratarte como a un sacerdote. Eso significa que los jueces de la Mancomunidad no pueden hacerte nada. Si lees esos dos versos, tu caso tienen que decidirlo los tribunales de la iglesia.

El viejo Cob se metió otro trozo de tarta en la boca y lo masticó despacio antes de tragárselo.
—Esos dos versos se llaman «la estrofa de la soga», porque si sabes recitarlos, puedes evitar que te ahorquen. Porque los tribunales de la iglesia no pueden colgar a nadie.
—Y ¿de qué versos se trata? —inquirió Bast.
—Ojalá lo supiera —se lamentó el viejo Cob—. Yo no sé temán. Kvothe tampoco sabía temán. Pero había memorizado esos versos de antemano. Y el día del juicio fingió leerlos, y el tribunal de la Mancomunidad tuvo que soltarlo.
»Kvothe sabía que tenía dos días, el tiempo que tardaría el juez tehlino en llegar desde Amary. Así que se puso a aprender temán.Leyó libros y practicó un día y una noche enteros. Y era tan sumamente inteligente que le bastaron esas horas de estudio para acabar hablando temán mejor que la mayoría de quienes llevaban toda la vida estudiándolo.
«Entonces, el segundo día, cuando el juez estaba a punto de llegar, Kvothe se preparó una poción. Estaba hecha con miel, y con una piedra especial que se encuentra en el cerebro de ciertas serpientes, y con una planta que solo crece en el fondo del mar. Cuando se bebió la poción, su voz se volvió tan dulce que quienes lo escuchaban no tenían más remedio que darle la razón en todo.
»Y cuando por fin apareció el juez, el juicio solo duró quince minutos —dijo Cob riendo—. Kvothe pronunció un bello discurso en un temán perfecto, todos le dieron la razón, y cada uno se marchó a su casa.
—Y fueron felices y comieron perdices —dijo el pelirrojo en voz baja, detrás de la barra.
La taberna estaba tranquila. Fuera hacía un calor seco, y la atmósfera estaba cargada de polvo y de olor a granzas. Lucía un sol duro y brillante como un lingote de oro.
El interior de la Roca de Guía estaba oscuro y fresco. Los hombres habían terminado sin prisas sus últimos bocados de tarta, y todavía les quedaba un poco de cerveza en las jarras. Así que permanecieron allí un rato más, apoyados en la barra con el aire de culpabilidad de quienes son demasiado orgullosos para hacer el vago debidamente.
—A mí nunca me han gustado mucho las historias de Kvothe —comentó el posadero con total naturalidad mientras recogía los platos de todos.
—¿En serio? —preguntó el viejo Cob levantando la vista de su cerveza.
El posadero se encogió de hombros.
—Si me cuentan una historia con magia, me gusta que en ella haya un mago como Dios manda. Alguien como Táborlin el Grande, o Serafa, o el Cronista.
El escribano, que estaba al final de la barra, ni se sobresaltó ni se atragantó. Pero hizo una pausa que duró una milésima de segundo antes de bajar la cuchara a su segundo cuenco de sopa.
La taberna volvió a quedarse apacible y silenciosa mientras el posadero recogía los últimos platos vacíos y se volvía hacia la cocina. Pero antes de pasar por la puerta, Graham dijo:—¿El Cronista? Nunca he oído hablar de él.
El posadero se volvió, sorprendido.
—Ah, ¿no?
Graham negó con la cabeza.
—Seguro que sí, hombre —dijo el posadero—. Va por ahí con un libro enorme, y todo lo que escribe en ese libro se hace realidad. —Los miró a todos con expectación. Jake también negó con la cabeza.
El posadero se volvió hacia el escribano, que seguía concentrado en su comida.
—Tú seguro que has oído hablar de él —dijo Kote—. Lo llaman el Señor de las Historias, y si descubre alguno de tus secretos, puede escribir lo que quiera sobre ti en su libro. —Miró al escribano—. ¿De verdad no has oído hablar de él?
Cronista bajó la mirada y meneó la cabeza. Mojó el currusco de pan en la sopa y se lo comió

sin decir nada.
El posadero se mostró sorprendido.
—Cuando yo era pequeño, el Cronista me gustaba más que Táborlin y que todos los demás. Tiene un poco de sangre feérica, y eso lo hace más astuto que el resto de los mortales. Puede ver a más de cien kilómetros los días nublados y oír un susurro a través de una puerta maciza de roble. Y puede rastrear a un ratón por el bosque en una noche sin luna.
—Yo sí he oído hablar de él —dijo Bast con entusiasmo—. Su espada se llama Faz, y la hoja está hecha con un solo trozo de papel. Es ligera como una pluma, pero tan afilada que si te corta, ves la sangre aun antes de notarlo.
—Y si descubre tu nombre —añadió el posadero asintiendo con la cabeza—, puede escribirlo en la hoja de su espada y utilizarlo para matarte desde una distancia de mil kilómetros.
—Pero tiene que escribirlo con su propia sangre —agregó Bast—.
Y en la espada ya no queda mucho sitio, porque ya ha inscrito diecisiete nombres en ella.
—Era miembro de la corte de Modeg —prosiguió Kote—. Pero se enamoró de la hija del gran rey.
Ahora eran Graham y el viejo Cob quienes asentían. Aquel era territorio conocido.
—Cuando Cronista pidió la mano de la joven —continuó Kote—, el gran rey se enfadó mucho. Y le encomendó una tarea a Cronista para que demostrara su valía... —El posadero hizo una pausa tea-
tral— Cronista solo podrá casarse con la princesa si encuentra algo más precioso que ella y se lo lleva al gran rey.
Graham hizo un ruido gutural en señal de aprobación.
—Menuda guarrada. ¿Qué va a hacer un hombre? No puedes llevarle algo y soltar: «Toma, esto vale más que tu hijita»...
El posadero, muy serio, hizo un gesto afirmativo con la cabeza.
—Así que Cronista empieza a recorrer el mundo en busca de tesoros legendarios y magias arcaicas, con la esperanza de encontrar algo que pueda llevarle al rey.
—¿Por qué no escribe sobre el monarca en su libro mágico?
—preguntó Jake—. ¿Por qué no escribe: «Entonces el rey decidió no seguir siendo un capullo y nos dio permiso para casarnos»?
—Porque no sabe ningún secreto del monarca —explicó el posadero—. Y el gran rey de Modeg sabe un poco de magia y puede protegerse. Y sobre todo, conoce las debilidades de Cronista. Sabe que si consigues hacerle beber tinta, tendrá que concederte los tres favores que le pidas. Y más importante aún: sabe que Cronista no puede controlarte si escondes tu nombre en lugar seguro. El nombre del gran rey está escrito en un libro de cristal, oculto en una caja de cobre.
Y esa caja está guardada bajo llave en un gran cofre de hierro, donde nadie puede tocarla.
Hubo una pausa mientras todos asimilaban esa información. El viejo Cob asintió, pensativo.
—Ese fragmento me ha refrescado la memoria —dijo despacio—. -* Creo recordar una historia en la que ese Cronista iba a buscar un fruto mágico. Quien comiera de ese fruto sabría, de pronto, los nombres de todas las cosas, y adquiriría poderes como los de Táborlin el Grande.
El posadero se frotó la barbilla y asintió lentamente.
—Creo que esa también la he oído yo —dijo—. Pero fue hace mucho tiempo, y no recuerdo todos los detalles...
—Bueno —dijo el viejo Cob bebiéndose el resto de la cerveza y golpeando la barra con la jarra—, no tienes nada de que avergonzarte, Kote. Hay personas que tienen buena memoria, y otras que no. Haces unas tartas deliciosas, pero todos sabemos quién es aquí el narrador.
El viejo Cob se bajó con rigidez del taburete e hizo señas a Graham y a Jake.
—Vámonos. Podemos ir andando hasta la casa de los Byre. Os lo contaré todo por el camino.

Ese Cronista era alto y pálido, y flaco como un palo, con el pelo negro como la tinta...
La puerta de la posada Roca de Guía se cerró con un golpazo.
—¿A qué demonios ha venido eso? —preguntó Cronista.
Kvothe miró de soslayo al escribano. Compuso una breve y afilada sonrisa, y preguntó:
—¿Qué se siente cuando la gente cuenta historias sobre ti?
—¡No estaban contando historias sobre mí! —protestó Cronista—. Eso solo eran tonterías.
—Tonterías no —dijo Kvothe, un poco ofendido—. Quizá no sea cierto, pero eso no significa que sea una tontería. —Miró a Bast—. Me ha gustado lo de la espada de papel.
Bast sonrió, complacido.
—Lo de la tarea que le impuso el rey ha sido un toque bonito, Reshi. Lo de la sangre feérica, en cambio...
—La sangre de demonio habría parecido demasiado siniestra —argumentó Kvothe—. Necesitaba un giro.
—Al menos no tendré que oír cómo la cuenta —dijo Cronista hoscamente mientras empujaba un trozo de patata con su cuchara.
Kvothe levantó la cabeza y soltó una misteriosa carcajada.
—No lo entiendes, ¿verdad? Una historia inédita como esa, un día de siega... Se lanzarán sobre ella como crios sobre un juguete nuevo. El viejo Cob hablará de Cronista con una docena de personas mientras estén aventando el heno o bebiendo agua a la sombra. Esta noche, en el velatorio de Shep, vecinos de diez pueblos oirán hablar del Señor de las Historias. La historia se extenderá como el fuego por un campo.
Cronista los miró a los dos con cierto horror.
—¿Por qué?
—Es un regalo —contestó Kvothe.
—¿Acaso crees que eso es lo que busco? —preguntó Cronista, asombrado—. ¿La fama?
—No, la fama no —respondió Kvothe con gravedad—. Perspectiva. Vas por ahí escarbando en la vida de las personas. Oyes rumores y hurgas en la dolorosa verdad que subyace a las bonitas mentiras. Crees que tienes derecho a hacerlo. Pero no lo tienes. —Miró con dureza al escribano—. Cuando alguien te cuenta un trozo de su vida, te está haciendo un regalo, y no dándote lo que te debe.
Kvothe se secó las manos en un paño de hilo limpio.
—Yo te estoy contando mi historia con las repugnantes verdades intactas y desnudas. Con todos mis errores y mis idioteces expuestos a la luz. Si decido saltarme un pequeño fragmento porque me aburre, estoy en mi perfecto derecho. Lo que pueda contar un granjero no me hará cambiar de opinión. No soy imbécil.Cronista se quedó mirando su sopa.
—He sido un poco torpe, ¿no?
—Sí —contestó Kvothe.
Cronista levantó la cabeza, dio un suspiro y esbozó una sonrisa que revelaba bochorno.
—Bueno. No puedes reprocharme que lo haya intentado.
—Yo creo que sí —lo contradijo Kvothe—. Pero creo que me he explicado. Y por si sirve de algo, te pido perdón por los problemas que eso pueda causarte. —Apuntó a la puerta por la que habían salido los granjeros—. Quizá mi reacción haya sido un poco exagerada. Pero es que nunca he respondido bien a la manipulación.
Kvothe salió de detrás de la barra y se dirigió hacia la mesa que estaba más cerca de la chimenea.
—Venid, los dos. El juicio fue un aburrimiento, pero tuvo repercusiones importantes.

48 Una ausencia elocuente

Pasé el sorteo de admisiones y tuve la suerte de obtener una de las últimas horas. Me alegré de contar con algo más de tiempo, porque por culpa del juicio no había podido prepararme para el examen.

Aun así, no estaba muy preocupado. Disponía de tiempo para estudiar y libre acceso al Archivo. Es más, por primera vez desde que llegara a la Universidad, no era un indigente. Tenía trece talentos en la bolsa. Incluso después de pagar a Devi los intereses del préstamo, contaría con dinero suficiente para pagar la matrícula.

Y lo mejor era que las largas horas que había pasado investigando para fabricar el gram me habían enseñado mucho sobre el Archivo. Quizá no supiera tanto como un secretario experto, pero conocía muchos de sus rincones ocultos y silenciosos secretos. De modo que, mientras estudiaba, también me permitía la libertad de hacer otras lecturas al mismo tiempo que me preparaba para el examen de admisión.

Cerré el libro que estaba leyendo, una historia exhaustiva y bien escrita de la iglesia atur. Era tan inútil como todos los demás.

Wilem levantó la cabeza al oír el golpazo de mi libro al cerrarse.

—¿Nada?—me preguntó.

—Menos que nada —contesté.

Estábamos estudiando en uno de los rincones de lectura del cuarto piso, mucho más pequeño que nuestro rincón habitual del tercer piso; pero con lo próximos que estaban los exámenes, nos considerábamos afortunados por haber encontrado una habitación privada.

—¿Por qué no lo dejas? —me sugirió Wil—. ¿Cuánto tiempo llevas indagando sobre estos Amyr? ¿Dos ciclos?Asentí con la cabeza y no quise admitir que, en realidad, mi investigación sobre los Amyr había empezado mucho antes de que, a raíz de nuestra apuesta, hubiéramos ido a hablar con Títere.

—Y ¿qué has descubierto hasta ahora?

—Estantes de libros —dije—. Decenas de historias. Menciones en un centenar de obras de Historia.

—Y toda esa abundancia de información te abruma —dijo mirándome desapasionadamente.

—No. Lo que me abruma es la falta de información. En ninguno de esos libros he encontrado información sólida sobre los Amyr.

—¿Nada? —dijo Wilem, escéptico.

—Bueno, todos los historiadores de los últimos trescientos años hablan de ellos —contesté—. Especulan sobre la influencia de los Amyr en el declive del imperio. Los filósofos hablan de las repercusiones éticas de sus actos. —Señalé los libros—. Eso me permite saber lo que piensa la gente de los Amyr. Pero no me dice nada sobre los propios Amyr.

—Pero habrá algo más que obras de historiadores y filósofos —objetó Wilem mirando mi montón de libros con el ceño fruncido.

—Sí, también hay relatos —dije—. Primero hay historias sobre los grandes daños que repararon. Después encuentras historias sobre las cosas terribles que hicieron. Un Amyr de Renere mata a un juez corrupto. Otro de Junpui sofoca una revuelta de los campesinos. Un tercero de Melithi envenena a la mitad de los nobles de la ciudad.

—¿Y eso no es información sólida? —preguntó Wilem.

—No son historias concluyentes —expliqué—. Son de segunda o tercera mano. Tres cuartas partes son simplemente rumores. No encuentro por ninguna parte pruebas que las corroboren. ¿Por qué no encuentro ninguna mención del juez corrupto en los archivos de la

iglesia? Su nombre debería estar registrado en todos los juicios que presidió. ¿En qué fecha se produjo esa revuelta campesina, y por qué no la menciona ninguna de las otras historias?
—Eso pasó hace trescientos años —dijo Wilem con tono de reproche—. No puedes esperar que todos esos pequeños detalles hayan sobrevivido.
—No, solo espero que algunos de esos pequeños detalles hayan sobrevivido. Ya sabes lo obsesivos que son los tehlinos con sus archivos. En menos dos tenemos guardados mil años de documentos judiciales de cien ciudades diferentes. Habitaciones enteras atiborradas de... —Le quité importancia agitando las manos—. Pero vale, olvidémonos de los pequeños detalles. Hay preguntas enormes para las que no encuentro respuesta. ¿Cuándo se fundó la Orden Amyr? ¿Cuántos Amyr había? ¿Quién les pagaba, y cuánto? ¿De dónde salía ese dinero? ¿Dónde se adiestraban? ¿Cómo pasaron a integrarse en la iglesia tehlina?
—Esas respuestas las da Feltemi Reis —dijo Wilem—. Tenían su origen en la tradición de los jueces mendicantes.
Cogí un libro al azar y se lo puse delante golpeándolo contra la mesa.
—Búscame una sola prueba que respalde esa teoría. Búscame un documento que demuestre que un juez mendicante ascendió a las filas de los Amyr. Enséñame un documento que demuestre que un tribunal contrató a un Amyr. Encuéntrame un documento eclesiástico que demuestre que un Amyr presidió un juicio. —Me crucé de brazos y adopté una actitud beligerante—. Venga, estoy esperando.
—Quizá no hubiera tantos Amyr como la gente cree —replicó Wilem sin hacer caso del libro —. Quizá solo eran unos pocos, y su reputación creció y se les descontroló. —Me miró fijamente—. Tú deberías entender cómo funciona eso.
—No —dije—. Esto es una ausencia elocuente. A veces, no encontrar nada equivale a encontrar algo.
—Empiezas a hablar como Elodin —dijo Wilem.
Fruncí el entrecejo, pero decidí no morder el anzuelo.
—No, escúchame un minuto. ¿'A qué podría deberse que haya tan poca información fehaciente sobre los Amyr? Solo hay tres posibilidades. —Levanté tres dedos y empecé a enumerarlas—. Una: no se puso nada por escrito.
»Creo que esa podemos descartarla sin problemas. Eran demasiado importantes para que los ignoraran historiadores y escribanos, y para que los obsesivos documentos de la iglesia omitieran mencionarlos. —Escondí un dedo—. Dos. Por el motivo que sea, las copias de los libros que sí contienen esa información nunca han llegado al Archivo.
»Pero eso es absurdo. Es imposible pensar que a lo largo de tantos años no haya llegado nada sobre ese tema a la biblioteca más grande del mundo.
Doblé el segundo dedo.
—Tres. —Moví el dedo que quedaba—. Alguien ha retirado, alterado o destruido esa información.
—¿Quién iba a hacer eso? —preguntó Wilem, ceñudo.
—Eso, ¿quién? ¿Quién se beneficiaría más de la destrucción de la información sobre los Amyr? —Hice una pausa y dejé que aumentara la tensión—. ¿Quién sino los propios Amyr?
Creía que Wil rechazaría mi idea, pero me equivocaba.
—Una hipótesis interesante —dijo—. Pero ¿por qué suponer que (os Amyr estaban detrás? Es mucho más lógico pensar que la responsable fue la propia iglesia. Desde luego, a los tehlinos les encantaría eliminar discretamente toda constancia de las atrocidades cometidas por los Amyr.
—Cierto —admití—. Pero la iglesia no es muy poderosa aquí, en la Mancomunidad. Y esos libros proceden de todo el mundo. Un historiador ceáldico no tendría ningún reparo en escribir una historia de los Amyr.
—A un historiador ceáldico le interesaría muy poco escribir la historia de una rama herética

de una iglesia pagana —señaló Wilem—. Además, ¿cómo quieres que un puñado de Amyr desacreditados hicieran algo que ni la propia iglesia podía conseguir?
—Creo que los Amyr son mucho más antiguos que la iglesia tehlina —dije inclinándome hacia delante—. En la época del imperio de Atur, gran parte de su poder público estaba relacionado con la iglesia, pero eran algo más que un grupo de jueces itinerantes.
—Y ¿qué te lleva a creer eso? —Por la expresión de Wil comprendí que estaba perdiendo su apoyo en lugar de ganarlo.
«Una pieza de cerámica antigua —pensé—. La historia que le oí ” contar a un anciano en Tarbean. Lo sé por algo que dijeron los Chandrian después de asesinar a todas las personas que yo conocía.»
Di un suspiro y sacudí la cabeza; era consciente de que si decía la verdad, me tomarían por loco. Por eso registraba el Archivo sin descanso. Necesitaba alguna prueba tangible que respaldara mi teoría, algo que no me convirtiera en un hazmerreír.
—He encontrado copias de los documentos judiciales de cuando denunciaron a los Amyr —dije—. ¿Sabes a cuántos Amyr procesaron en Tarbean?
Wilem encogió los hombros.
Levanté un solo dedo.
—A uno —dije—. A un solo Amyr en toda Tarbean. Y el escribano que hizo la transcripción del juicio dejó muy claro que el hombre al que habían procesado era un bobo que ni siquiera entendía qué estaba pasando.
Seguía viendo la duda reflejada en el semblante de Wil.—Piénsalo bien —insistí—. Los fragmentos que he encontrado apuntan a que había al menos tres mil Amyr en el imperio antes de que los disolvieran. Tres mil hombres y mujeres bien entrenados, bien armados y acaudalados, absolutamente entregados al bien mayor.
»Y un buen día, va la iglesia y los denuncia, disuelve toda la orden y confisca sus propiedades. —Chasqué los dedos—. ¿Y tres mil fanáticos mortíferos y obsesionados con la justicia desaparecen sin dejar rastro? ¿Se dan la vuelta y deciden dejar que otro se ocupe un rato del bien mayor? ¿Sin protestar? ¿Sin oponer resistencia? ¿Así, sin más?
Lo miré fijamente y sacudí la cabeza con firmeza.
—No. Eso va contra la naturaleza humana. Además, no he encontrado ningún registro de que llevaran a algún miembro de los Amyr ante los tribunales de la iglesia. Ni uno solo. ¿Tan descabellado es pensar que quizá decidieran pasar a la clandestinidad y continuar su trabajo de forma más secreta?
»Y si eso es razonable —continué antes de que Wil pudiera interrumpirme—, ¿no tiene también sentido que trataran de preservar su secreto purgando cuidadosamente las historias estos trescientos últimos años?
Hubo una larga pausa.
Wilem no lo rechazó de plano.
—Es una teoría interesante —reconoció—. Pero me conduce a una última pregunta. —Se puso muy serio y dijo—: ¿Has bebido?
—No —dije, y me recosté en la silla.
Wilem se levantó.
—Pues deberías empezar a beber. Llevas demasiado tiempo hurgando en los libros. Necesitas limpiarte el polvo que se te ha acumulado en el cerebro.
Así que fuimos a tomar algo, pero yo todavía albergaba sospechas. Le planteé mi idea a Simmon en cuanto tuve ocasión, y él la aceptó mejor que Wilem. Eso no quiere decir que me creyera, sino solo que aceptó la posibilidad. Dijo que debería mencionárselo a Lorren.

No lo hice. El inexpresivo maestro archivero todavía me producía desasosiego, y lo

evitaba siempre que podía por temor a proporcionarle alguna excusa para prohibirme entrar en el Archivo. Solo habría faltado que le hubiera insinuado que su valioso Archivo llevaba trescientos años siendo cuidadosamente expurgado.

49 El Edena ignorante

Vi que Elxa Dal me saludaba con la mano desde el otro extremo del patio.
—¡Kvothe! —Me sonrió con calor—. Precisamente la persona que estaba buscando. ¿Tienes un momento para mí?
—Por supuesto —dije. Aunque el maestro Dal me caía bien, no habíamos tenido mucha relación fuera de las aulas—. ¿Puedo invitarlo a una copa o algo de comer? Quería agradecerle como es debido que hablara en mi favor ante el tribunal, pero he estado ocupado...
—Yo también —me atajó Dal—. De hecho, hacía días que quería hablar contigo, pero nunca encontraba el momento. —Miró alrededor—. No me vendría mal comer algo, pero me temo que deberé re" nunciar a la bebida. Dentro de menos de una hora tengo que supervisar unos exámenes de admisión.
Entramos en El Venado Blanco. Creo que era la primera vez que estaba dentro de ese establecimiento, pues era demasiado elegante para una persona como yo.
Elxa Dal era fácilmente reconocible con la negra túnica de maestro, y el dueño del local lo aduló un poco mientras nos conducía a un reservado. Dal parecía sentirse a sus anchas cuando se sentó; yo, en cambio, estaba cada vez más nervioso. No se me ocurría ninguna razón por la que el maestro simpatista pudiera querer tener una conversación conmigo.
—¿Qué les apetece? —preguntó el posadero, un tipo alto y delgado, en cuanto nos hubimos sentado—. ¿Algo de beber? ¿Un surtido de quesos? También tenemos una deliciosa trucha al limón.
—Para mí, la trucha y los quesos —contestó Dal.
—¿Y usted? —me preguntó el posadero.
—Yo también tomaré la trucha —contesté.
—Estupendo —dijo él frotándose las manos—. ¿Y para beber?
—Sidra —contesté.
—¿Tiene tinto de Fallows? —preguntó Dal, vacilante.
—Sí —contestó el posadero—. Y permítame que le díga que es de un año muy bueno.
—Me tomaré una copa —dijo Dal, y me miró—. Supongo que una copa no alterará mucho mi criterio.
El posadero se marchó y me dejó a solas con Elxa Dal. Resultaba extraño estar sentado con él a una mesa. Me removí, nervioso, en el asiento.
—Bueno, ¿cómo va todo? —preguntó Dal con tono amistoso.
—Bastante bien —respondí—. Ha sido un buen bimestre, con excepción de... —Hice un gesto apuntando hacia Imre.
Dal chascó la lengua.
—Fue como volver a los viejos tiempos, ¿verdad? —Sacudió la cabeza—. Confraternización con Poderes Diabólicos. Madre mía.
El posadero regresó con nuestras bebidas y se marchó sin decir nada.
El maestro Dal levantó su copa de barro cocido y la sostuvo en alto.
—Brindemos por no ser quemado vivo por los supersticiosos —dijo.
Sonreí pese a mi turbación y levanté mi jarra de madera.
—Una tradición muy bonita—comenté.
Bebimos, y Dal dio un suspiro en señal de apreciación.
—Cuéntame —dijo mirándome desde el otro lado de la mesa—. ¿Has pensado ya qué vas a hacer cuando termines aquí? Es decir, cuando consigas tu florín.

—Pues no, no lo he pensado mucho —admití sinceramente—. Ese día parece todavía muy lejano.
—Con lo rápido que estás ascendiendo de categoría, quizá no esté tan lejos como crees. Ya eres Re'lar y solo tienes... ¿cuántos años tienes?
—Diecisiete —mentí sin ningún reparo. Era susceptible respecto a mi edad. Muchos estudiantes tenían casi veinte años cuando se matriculaban en la Universidad, y muchos más cuando ingresaban en el Arcano.
—Diecisiete —caviló Dal—. Es fácil olvidar ese detalle. Pareces mayor de lo que eres. —Con la mirada ausente, añadió—: Divina pareja, yo era un desastre cuando tenía tu edad. En los estudios, tratando de encontrar mi lugar en el mundo, con las mujeres... —Sacudió lentamente la cabeza—. Pero la cosa mejora. Espera tres o cuatro años y verás que todo se pone en su sitio.
Levantó su copa de cerámica en un brindis silencioso antes de volver a beber.
—Aunque no parece que tú tengas muchos problemas. Re'lar a los diecisiete. Eso es toda una señal de distinción.
Me ruboricé un poco, sin saber qué decir.
El posadero regresó y empezó a poner platos en la mesa. Una pequeña tabla con un surtido de quesos ya cortados. Un cuenco con pan tostado. Un cuenco de confitura de fresa. Un cuenco de mermelada de arándanos. Un platillo de nueces peladas.
Dal cogió una tostadita y un trozo de queso blanco y desmenuzado.
—Eres buen simpatista —afirmó—. Para una persona tan habilidosa como tú siempre hay oportunidades ahí fuera.
Extendí un poco de confitura de fresa sobre un trozo de pan con queso y me lo metí en la boca para tener tiempo para pensar. ¿Estaba insinuando Dal que quería que me concentrara más en el estudio de la simpatía? ¿Estaba insinuando que pensaba proponer que me ascendieran a El'the?
Elodin había sido quien había propuesto mi ascenso a Re'lar, pero yo sabía que no tenía que ser necesariamente él quien propusiera mi siguiente ascenso. A veces los maestros peleaban por algún alumno especialmente prometedor. Mola, por ejemplo, había sido secretaria antes de que Arwyl se la llevara a la Clínica.
—Me interesa mucho el estudio de la simpatía —dije, precavido.
—De eso no hay ninguna duda —dijo Dal componiendo una sonrisa—. A algunos de tus compañeros de clase les gustaría que no te interesara tanto, te lo aseguro. —Comió otro trozo de queso y continuó—: Sin embargo, tampoco es conveniente pasarse. ¿No fue Teccam quien dijo «Demasiado estudio perjudica al estudiante»?
—Creo que fue Ertram el Sabio —le corregí. Ese dato aparecía en uno de los libros que el maestro Lorren había escogido para que lo estudiáramos los Re'lar ese bimestre.
—En cualquier caso, es cierto —dijo él—. ¿No te has planteado tomarte un bimestre de descanso para relajarte un poco? Viajar, tomar el sol. —Volvió a beber—. Resulta chocante ver a un Edena Ruh tan poco bronceado.
No supe cómo responder a eso. Nunca se me había ocurrido tomarme unas vacaciones de la Universidad. ¿Adonde podía ir?
El posadero llegó con los platos de pescado, humeante y con un agradable aroma a limón y mantequilla. Ambos nos concentramos en la comida. Me alegré de tener una excusa para no hablar. ¿Por qué me felicitaría Dal por mis estudios, para luego animarme a abandonarlos?
Al cabo de un rato, Elxa Dal dio un suspiro de satisfacción y empujó su plato.
—Déjame contarte una pequeña historia —dijo—. Una historia que me gusta llamar «El Edena ignorante».
Levanté la cabeza al oír eso y seguí masticando lentamente el pescado que tenía en la boca.

Me esforcé para mantener una expresión serena.
Dal arqueó una ceja, dándome pie a hacer algún comentario.
Como no dije nada, continuó:
—Erase una vez un arcanista muy instruido. Conocía todos los secretos de la simpatía, la sigaldría y la alquimia. Tenía diez docenas de nombres bien guardados en su cabeza, hablaba ocho lenguas y dominaba la caligrafía. En realidad, lo único que le impedía ser maestro era su escaso don de la oportunidad y cierta carencia de habilidades sociales.
Dal dio un sorbo de vino.
—Pues bien, ese hombre salió a perseguir el viento, con la esperanza de hallar fortuna en el ancho mundo. Y cuando iba por el camino de Tinué, llegó ante un lago que necesitaba cruzar.
Dal esbozó una amplia sonrisa.
—Por suerte, había un barquero Edena que se ofreció a pasarlo al otro lado. El arcanista, al ver que el trayecto duraría varias horas, intentó iniciar una conversación.
»“¿Qué opina —preguntó al barquero— de la teoría de Teccam de la energía como sustancia elemental y no como propiedad material?”
»E1 barquero contestó que nunca se había parado a pensar en ella. Es más, no tenía intención de hacerlo.
»“Pero supongo que su educación incluiría la Teofanía de Teccam”, preguntó el arcanista.
»“Yo nunca tuve lo que usted llama una educación, señoría —repuso el barquero—. Y no reconocería a ese Teccam que me mienta aunque se me presentara para venderle agujas a mi esposa. ”
»Intrigado, el arcanista hizo algunas preguntas y el Edena admitió que no sabía quién era Feltemi Reis ni para qué servía un termógiro. El arcanista siguió interrogándolo durante una larga hora, al principio por curiosidad, y luego con consternación. El colmo fue descubrir que el barquero ni siquiera sabía leer ni escribir.
» “La verdad, señor —dijo el arcanista, horrorizado—, todo hombre tiene el deber de mejorarse. Un hombre sin el beneficio de la educación es poco más que un animal.
»Como podrás imaginar —dijo Dal, sonriendo—, después de eso la conversación no llegó muy lejos. Pasaron una hora sumidos en un silencio tenso, pero cuando empezaba a divisarse la orilla opuesta, estalló una tormenta. Las olas empezaron a zarandear la pequeña embarcación, haciendo crujir y gemir la madera.
»El Edena escudriñó las nubes y vaticinó: “Dentro de cinco minutos la situación se nos pondrá fea de verdad, y para luego un poco peor, antes de que despeje. Esta barca mía no aguantará la tormenta. Vamos a tener que recorrer a nado el último tramo”. Y dicho eso, el barquero se quita la camisa y empieza a atársela alrededor de la cintura.
»“Pero si yo no sé nadar”, dice el arcanista.
Dal se terminó el vino, puso la copa boca abajo y la dejó con firmeza sobre la mesa. Hubo un momento de silencio expectante; Dal me miraba con una vaga expresión de autosuficiencia en la cara.
—No está mal —admití—. El acento Ruh estaba un poco exagerado.
Dal se dobló por la cintura con un rápido movimiento, imitando una reverencia.
—Lo tendré en cuenta —dijo; entonces levantó un dedo y me miró con complicidad—. Mi historia no está solo pensada para divertir y entretener, sino que también encierra una pizca de verdad en su interior, donde solo podrían encontrarla los alumnos más inteligentes. —Su expresión se tornó misteriosa—. Las historias contienen toda la verdad del mundo, ya lo sabes.
Esa noche les conté mi encuentro a mis amigos mientras jugábamos a las cartas en Anker’s.
—Te está lanzando una indirecta, zoquete —dijo Manet, irritado. Habíamos tenido malas cartas toda la noche y habíamos perdido cinco manos—. Lo que pasa es que no quieres

oírlo.
—¿Me está insinuando que debería dejar de estudiar simpatía durante un bimestre? —pregunté.
—No —me espetó Manet—. Te está diciendo lo que yo ya te he dicho dos veces. Si te presentas a Admisiones este bimestre es que eres un idiota rematado.
—¿Qué? —pregunté—. ¿Por qué?
Manet dejó sus cartas sobre la mesa con una calma exagerada.
—Kvothe. Eres un chico listo, pero te cuesta mucho escuchar las cosas que no quieres oír. —Miró a derecha e izquierda, donde estaban Wilem y Simmon—. ¿Por qué no intentáis decírselo vosotros?
—Tómate un bimestre de vacaciones —dijo Wilem sin desviar la mirada de sus cartas. Y añadió—: Zoquete.
—Es lo mejor que puedes hacer —coincidió Sim, muy serio—. La gente todavía habla del juicio. De hecho, no se habla de otra cosa.
—¿Del juicio? —Me reí—. De eso ya ha pasado más de un ciclo. Lo que comentan es que me declararon inocente. Que me exoneraron ante la ley del hierro y del propio Tehlu misericordioso.
Manet dio un sonoro resoplido y bajó sus cartas.
—Habría sido mejor que te hubieran declarado culpable discretamente, en lugar de declararte inocente escandalosamente. —Me miró—. ¿Sabes cuánto tiempo hacía que no acusaban a ningún arcanista de Confraternización?
—No —admití.
—Yo tampoco —dijo él—. Y eso significa que hace muchísimo tiempo. Eres inocente. Me alegro. Pero el juicio le ha dejado un ojo morado a la Universidad. Le ha recordado a la gente que aunque tú no merezcas que te quemen en la hoguera, quizá haya arcanistas que sí lo merezcan. —Sacudió la cabeza—. No te quepa duda de que los maestros están que se suben por las paredes. Todos, sin excepción.
—Y hay alumnos que tampoco están muy contentos —añadió sombrío Wil.
—¡Yo no tengo la culpa de que se celebrara un juicio! —protesté, y luego rectifiqué un poco—. Bueno, no toda. Todo esto ha sido obra de Ambrose. Él estaba entre bastidores, partiéndose de risa.
—¿Y qué? —dijo Wil—. Ambrose ha tenido la precaución de no presentarse a Admisiones este bimestre.
—¿Cómo? —pregunté, muy sorprendido—. ¿No va a presentarse a Admisiones?
—No —confirmó Wilem—. Se marchó a su casa hace dos días.
—Pero si no había nada que lo relacionara con el juicio —dije—. ¿Por qué se ha marchado?
—Porque los maestros no son imbéciles —terció Manet—. Os habéis estado gruñendo el uno al otro como perros rabiosos desde que os conocisteis. —Se dio unos golpecitos en los labios, con aire pensativo, adoptando una expresión de exagerada inocencia—. Ah, por cierto. ¿Qué hacías en El Pony de Oro la noche que se incendió la habitación de Ambrose?
—Jugar a las cartas —respondí.
—Ya, claro —dijo Manet con sarcasmo—. Lleváis un año lanzándoos piedras el uno al otro, y al final una de esas piedras le ha dado al nido del avispón. Lo único sensato que puedes hacer es correr hasta un lugar seguro y esperar a que pare el zumbido.
Simmon carraspeó tímidamente.
—Siento tener que unirme al coro —se disculpó—, pero circula el rumor de que te vieron comiendo con Sleat. —Hizo una mueca—. Y Felá me ha contado que ha oído decir que estabas... hummm... cortejando a Devi.
—Sabes perfectamente que lo de Devi no es verdad —dije—. Solo he ido a verla para hacer

las paces. Durante un tiempo pareció que iba a comérseme vivo. Y con Sleat solo he hablado una vez. La conversación apenas duró quince minutos.
—¿Devi? —exclamó Manet, consternado—. ¿Devi y Sleat? ¿Una expulsada y el otro algo peor? —Tiró sus cartas—. ¿Cómo te dejas ver con esa gente? ¿Cómo me dejo yo ver contigo?
—Venga, por favor. —Miré a Wil y a Sim—. ¿Tan grave es?
Wilem dejó sus cartas en la mesa.
—Mi previsión —dijo con calma— es que si te presentas a Admi^ siones, te pondrán una matrícula de por lo menos treinta y cinco talentos. —Miró a Sim y a Manet—. Me juego un marco de oro. ¿Alguien acepta mi apuesta?
Ninguno de los dos la aceptó.
Noté un tremendo vacío en el estómago.
—Pero esto no puede... —dije—. Esto...
Sim dejó también sus cartas, y compuso una expresión de gravedad que estaba fuera de lugar en su rostro, por lo general amable.
—Kvothe —dijo con formalidad—, te lo digo tres veces. Tómate un bimestre de vacaciones.
Al final comprendí que mis amigos me decían la verdad. Por desgracia, eso me dejaba completamente perdido. No tenía exámenes para los que estudiar, y empezar otro proyecto en la Factoría habría sido una estupidez. Ni siquiera me atraía la idea de buscar informaciónsobre los Chandrian o sobre los Amyr en el Archivo. Llevaba mucho tiempo buscando y no había encontrado casi nada.
Le di vueltas a la idea de indagar en algún otro sitio. Había otras bibliotecas, por supuesto. En todas las residencias de nobles había al menos una modesta colección que contenía registros domésticos e historias de las tierras y la familia. La mayoría de las iglesias tenían exhaustivos archivos que se remontaban a cientos de años en los que se detallaban juicios, patrimonios y disposiciones. Lo mismo ocurría en cualquier ciudad de cierto tamaño. Los Amyr no podían haber destruido todo rastro de su existencia.
La parte difícil no era la investigación en sí. La parte difícil era conseguir acceso a esas bibliotecas. No podía presentarme en Renere vestido con harapos y cubierto de polvo del camino y pedir que me dejaran hojear los archivos del palacio.
Aquello era otro ejemplo de para qué me habría servido un mecenas. Un mecenas habría podido escribir una carta de presentación que me abriría todo tipo de puertas. Es más, con el apoyo de un mecenas, habría podido ganarme la vida decentemente mientras viajaba. En muchas ciudades pequeñas ni siquiera te dejaban tocar en la posada sin un título de mecenazgo.
Durante un año, la Universidad había sido el centro de mi vida. Ahora, enfrentado a la necesidad de marcharme, me sentía completamente perdido, y no tenía ni idea de qué podía hacer.

50 A perseguir el viento

Regalé mi ficha de admisiones a Felá y le dije que esperaba que le diera buena suerte. Y así terminó el bimestre de invierno.

De pronto, tres cuartas partes de mi vida desaparecieron sin más. Ya no tenía clases con las que ocupar mi tiempo, ni turnos en la Clínica que cumplir. No podía sacar materiales de Existencias, utilizar las herramientas de la Factoría ni entrar en el Archivo.

Al principio la situación no parecía muy grave. Las Fiestas del Solsticio de Invierno me proporcionaban una estupenda distracción, y sin la preocupación por el trabajo y el estudio tenía libertad para hacer lo que se me antojara y pasar todo el tiempo que quisiera en compañía de mis amigos.

Entonces empezó el bimestre de primavera. Mis amigos seguían allí, pero estaban ocupados con sus estudios. Cruzaba el río muy a menudo. Seguía sin encontrar a Denna, pero Deoch y Stanchion siempre estaban dispuestos a compartir una copa y un poco de conversación. También estaba Threpe, y aunque a veces me instaba a que fuera a cenar a su casa, me daba cuenta de que no lo decía con mucho entusiasmo. Mi juicio tampoco había gustado a la gente de ese lado del río, y todavía se comentaba. No volvería a ser bien recibido en ningún círculo social respetable hasta pasado mucho tiempo, o nunca.

Me planteé la posibilidad de marcharme de la Universidad. Sabía que la gente se olvidaría del juicio más deprisa si no me veía por allí. Pero ¿adonde podía ir? Lo único que se me ocurría era ir a Yll con la vana esperanza de ver a Denna. Pero sabía que eso no era más que un delirio.

Como no necesitaba ahorrar dinero para la matrícula, fui a saldar mi deuda con Devi, pero por primera vez no la encontré en su casa.

Pasé unos días muy nervioso. Incluso deslicé varias notas de disculpa por debajo de su puerta, hasta que me enteré por Mola de que Devi estaba de vacaciones y regresaría pronto.

Pasaban los días. Yo seguía sin hacer nada mientras, poco a poco, el invierno se retiraba de la Universidad. Ya no se formaba escarcha en las esquinas de los cristales de las ventanas, los ventisqueros se reducían y en los árboles empezaron a aparecer los primeros brotes. Llegó el día en que Simmon alcanzó a ver la primera pierna desnuda bajo la ondulación de un vestido, y declaró oficialmente inaugurada la primavera.

Una tarde, mientras estaba sentado bebiendo metheglin con Stanchion, Threpe entró por la puerta rebosante de entusiasmo. Me agarró por el brazo y me llevó a un reservado del segundo piso; parecía que fuera a estallar si no soltaba pronto la noticia que traía.

Entrelazó las manos encima de la mesa.

—Como no hemos tenido mucha suerte buscándote un mecenas por los alrededores, empecé a echar mis redes un poco más allá. Está muy bien tener un mecenas cerca. Pero si cuentas con el apoyo de un noble muy influyente, en realidad no importa dónde resida.

Asentí. Mi troupe había deambulado por los cuatro rincones bajo la protección del nombre de lord Greyfallow.

—¿Has estado alguna vez en Vintas? —me preguntó Threpe sonriendo.

—Es posible—contesté. Al ver su expresión de perplejidad, expliqué—: De pequeño viajé bastante. No recuerdo si alguna vez llegamos tan al este.

Asintió.

—¿Sabes quién es el maer Alveron?

Lo sabía, pero era evidente que Threpe se moría de ganas de decírmelo él mismo.

—Creo que recuerdo algo... —dije con vaguedad.
—¿Conoces la expresión «más rico que el rey de Vint»? —me preguntó sonriendo.
Afirmé con la cabeza.
—Pues es él. Sus tatarabuelos fueron los reyes de Vint, antes de que se impusiera el imperio convirtiendo a todos a la ley del hierro y al Libro del camino. Si no llega a ser por unos cuantos caprichos del destino una docena de generaciones atrás, los Alveron serían ahora la familia real de Vintas, y no los Calanthi, y mi amigo el maer sería el rey.
—¿Tu amigo? —dije con interés—. ¿Conoces al maer Alveron?
Threpe hizo un gesto vacilante.
—Llamarlo amigo quizá sea exagerar un poco —admitió—. Mantenemos correspondencia desde hace unos años, intercambiamos noticias de nuestros diferentes rincones del mundo y nos hacemos algún que otro favor. Sería más apropiado decir que somos conocidos.
—Un conocido excepcional. ¿Cómo es?
—Sus cartas son muy educ'ádas. Nunca se da importancia, pese a que su rango es superior al mío—dijo Threpe con modestia—. Lo único que le falta para ser rey es el título y la corona. Cuando se formó Vintas, su familia se negó a renunciar a sus plenos poderes. Eso significa que el maer tiene autoridad para hacer prácticamente todo lo que puede hacer el propio rey Roderic: conceder títulos, reclutar un ejército, acuñar moneda, recaudar impuestos...
Threpe agitó bruscamente la cabeza.
—Me estoy yendo por las ramas —dijo, y empezó a buscar en sus bolsillos—. Ayer recibí una carta suya.
Sacó un trozo de papel, lo desdobló, carraspeó y empezó a leer:
—«Sé que vives rodeado de poetas y músicos y yo necesito a un joven con elocuencia. Aquí, en Severen, no encuentro a nadie adecuado. Y si tengo que decir la verdad, preferiría al mejor.
»Por encima de todo debe tener don de palabra; quizá me convendría algún tipo de músico. Dicho eso, desearía que fuera inteligente, de habla educada, buenas maneras, cortés y discreto. Supongo que cuando leas esta lista comprenderás que hasta ahora no haya encontrado a esa persona. Si por azar conoces a un hombre con esas raras cualidades, aliéntale a que venga a visitarme.
»Te diría qué tarea pienso encomendarle, pero se trata de un asunto privado...»
Threpe siguió leyendo la carta en silencio.
—Sigue un poco. Luego dice: «Respecto al asunto que he mencionado antes, tengo cierta prisa. Si no hay nadie adecuado en Imre, te agradecería que me enviaras una carta por correo. Si encuentras algún candidato y me lo envías, pídele que no se demore». —Volvió a revisar las líneas, moviendo los labios en silencio—. Eso es todo —dijo por fin, y se guardó la carta en un bolsillo—. ¿Qué te parece?
—Es para mí un gran...
—Sí, sí. —Agitó una mano, impaciente—. Te sientes halagado.Ahórrate todo eso. —Se inclinó hacia delante, muy serio—. ¿Lo harás? ¿Te permitirán tus estudios —hizo un ademán desdeñoso hacia el oeste, hacia la Universidad— ausentarte durante una estación?
Carraspeé.
—De hecho, me estaba planteando tomarme un descanso de mis estudios.
El conde sonrió de oreja a oreja y golpeó el brazo de su butaca.
—¡Estupendo! —dijo riendo—. ¡Creía que tendría que arrancarte de tu preciosa Universidad como si fueras un penique encerrado en el puño de un mendigo muerto! Esto es una oportunidad maravillosa, supongo que te das cuenta. De las que pasan una vez en la vida. —Me guiñó un ojo—. Además, un joven como tú difícilmente encontraría mejor mecenas que un noble más rico que el rey de Vint.
—Sí, tienes parte de razón—admití en voz alta. Y pensé: «¿Qué mejor ayuda podría

encontrar para investigar a los Amyr?».
—Tengo toda la razón —dijo Threpe riendo—. ¿Cuándo crees que podrías partir?
—¿Mañana?—dije encogiendo los hombros.
Threpe arqueó una ceja.
—No dejas mucho tiempo para que el polvo se asiente, ¿verdad?
—En su carta dice que tiene prisa, y prefiero llegar pronto que tarde.
—Cierto, cierto. —Sacó un reloj de engranajes de su bolsillo, lo miró, suspiró y lo cerró—. Esta noche voy a tener que redactar una carta de presentación, aunque eso me quite horas de sueño.
—Todavía no ha oscurecido —dije mirando por la ventana—. ¿Cuánto tiempo crees que tardarás?
—¡Uf! —dijo Threpe, contrariado—. Escribo despacio, sobre todo cuando se trata de una carta para alguien tan importante como el maer. Además tengo que describirte, lo cual no va a resultar nada fácil.
—Pues déjame ayudarte—propuse—. No quiero que pierdas horas de sueño por mi culpa. —Sonreí—. Además, si en algo estoy versado es en enumerar mis propias cualidades.
Al día siguiente me despedí apresuradamente de todas las personas que conocía en la Universidad. Wilem y Simmon me estrecharon la mano con sincero cariño y Auri me dijo adiós con la mano alegremente.
Kilvin gruñó un poco sin levantar la vista de la inscripción que estaba haciendo y me dijo que anotara cualquier idea que tuviese para la lámpara de llama perpetua durante mi ausencia. Arwyl me lanzó una mirada larga y penetrante a través de las gafas y me aseguró que a mi regreso encontraría una plaza en la Clínica.
La reacción de Elxa Dal fue alentadora comparada con la actitud reservada de los otros maestros. Rió y confesó que estaba un poco celoso de mi libertad. Me aconsejó que aprovechara bien cualquier ocasión descabellada que se me presentara. Sin duda, dijo, mil quinientos kilómetros bastarían para mantener en secreto mis aventuras.
Busqué a Elodin, pero no tuve suerte, y decidí deslizar una nota por debajo de la puerta de su despacho. Aunque dado que nunca lo utilizaba, quizá tardara meses en encontrarla.
Me compré un macuto nuevo y unas cuantas cosas más que un simpatista siempre debe llevar: cera, cordel y alambre, aguja y tripa. No me fue muy difícil meter mi ropa, porque no tenía mucha.
Mientras recogía mis cosas, me di cuenta de que no podía llevármelo todo. Eso me produjo una pequeña conmoción. Durante años siempre había podido llevarme conmigo cuanto poseía, y la mayoría de las veces me había sobrado una mano.
Pero desde que me instalara en aquella pequeña buhardilla, había empezado a acumular retazos y proyectos inacabados. Contaba con el lujo de dos mantas. Había hojas con anotaciones, un trozo circular de estaño a medio inscribir de la Factoría, un reloj de engranajes roto que había desmontado para ver si podía arreglarlo.
Terminé de cargar mi macuto y metí todo lo demás en el baúl que había a los pies de mi cama. Unas cuantas herramientas viejas, un trozo de pizarra roto que utilizaba para los cifrados, una cajita de madera con el puñado de pequeños tesoros que me había regalado Auri...
Bajé y pregunté a Anker si le importaba guardar mis posesiones en el sótano hasta mi regreso. Anker admitió, con cierta culpabilidad, que antes de que yo me instalara allí, la diminuta habitación con el techo inclinado llevaba años vacía, y que solo la había utilizado como almacén. No le importaba no volver a alquilarla si le prometía que a mi regreso seguiría en pie nuestro acuerdo: habitación a cambio de música. Accedí de buen grado; me colgué el estuche del laúd del homlbro y salí por la puerta.
No me sorprendió mucho encontrar a Elodin en el Puente de Piedra. A esas alturas, me

sorprendían muy pocas cosas del maestro nominador. Estaba sentado en el parapeto de piedra del puente, de un metro de alto, balanceando los pies descalzos por encima del río, que discurría treinta metros más abajo.
—Hola, Kvothe —dijo sin desviar la mirada de las aguas revueltas.
—Hola, maestro Elodin —respondí—. Me temo que voy a tener que marcharme de la Universidad durante un bimestre o dos.
—¿De verdad lo temes? —Detecté un susurro de regocijo en su voz, serena y resonante.
Tardé un momento en darme cuenta de a qué se refería.
—Es solo una forma de hablar.
—Nuestras formas de hablar son como dibujos de nombres. Nombres vagos, débiles, pero nombres al fin y al cabo. Ten cuidado con ellos. —Levantó la cabeza y me miró—. Siéntate un momento a mi lado.
Empecé a ofrecer una excusa, pero entonces vacilé. Al fin y al cabo, Elodin era mi padrino.
Dejé el laúd y el macuto en el suelo del puente. En el rostro infantil de Elodin apareció una sonrisa cariñosa; dio unas palmaditas en el parapeto de piedra, ofreciéndome asiento.
Miré por encima del borde con una pizca de ansiedad.
—Prefiero no sentarme, maestro Elodin.
—La prudencia le aviene al arcanista. La seguridad en sí mismo le aviene al nominador. El temor no se aviene con ninguno de los dos. No se aviene contigo. —Dio otra palmada en la piedra, esa vez más firme.
Me subí con cuidado al parapeto y pasé los pies al otro lado. La vista era espectacular, estimulante.
—¿Ves el viento?
Lo intenté. Por un momento me pareció que... No. No era nada. Negué con la cabeza.
Elodin encogió los hombros con desenfado, aunque creí percibir una pizca de decepción.
—Este es un buen sitio para un nominador. Dime por qué.
Miré alrededor.
—Viento amplio, agua impetuosa, piedra vieja.
—Buena respuesta. —Detecté un placer genuino en su voz—. Pero hay otra razón. En otros sitios también hay piedra, agua y viento. ¿Qué hace que este sea diferente?
Pensé un momento, miré alrededor y meneé la cabeza.
—No lo sé.—Otra buena respuesta. Recuérdala.
Me quedé esperando a que continuara. Como no lo hizo, pregunté:
—¿Por qué es un buen sitio?
Elodin se quedó contemplando el agua largo rato antes de contestar:
—Es un borde. Es un lugar elevado con la posibilidad de caer. Las cosas se ven más fácilmente desde los bordes. El peligro despierta la mente dormida. Hace que veamos claras algunas cosas. Para ser nominador hay que ver las cosas.
—¿Y la caída? —pregunté:
—Si te caes, te caes —dijo Elodin encogiendo los hombros—. A veces, caer también nos enseña cosas. En los sueños, muchas veces caes antes de despertar.
Nos quedamos un rato callados, absortos en nuestros pensamientos. Cerré los ojos y traté de escuchar el nombre del viento. Oía el agua bajo el puente y notaba la piedra bajo las palmas de mis manos. Nada más.
—¿Sabes qué decían antes cuando un alumno se tomaba un descanso de un bimestre y se marchaba de la Universidad? —preguntó Elodin.
Negué con la cabeza.
—Decían que iba a perseguir el viento—dijo riendo.
—Ya he oído esa expresión.
—Ah, ¿sí? ¿Y qué te pareció que significaba?

Hice una pausa para escoger mis palabras.
—Me pareció que tenía connotaciones frívolas. Como si los alumnos corrieran por ahí sin propósito.
Elodin asintió con la cabeza.
—La mayoría de los alumnos se marchan por motivos frívolos, o para entregarse a frivolidades. —Se inclinó hacia delante para mirar hacia abajo en línea recta—.. Pero no siempre significó eso.
—¿No?
—No.—Volvió a enderezarse—. Hace mucho tiempo, cuando todos los alumnos aspiraban a ser nominadores, las cosas eran diferentes. —Se chupó un dedo y lo levantó—. El nombre que se animaba a buscar a la mayoría de los nominadores novatos era el del viento. Después de encontrar ese nombre, su mente dormida despertaba y era más fácil encontrar otros nombres.
»Pero a algunos alumnos les costaba encontrar el nombre del viento. Aquí había pocos bordes, poco riesgo. Por eso se marchaban a tierras salvajes, incultas. Buscaban fortuna, tenían aventuras, perseguían secretos y tesoros... —Me miró—. Pero en realidad lo que buscaban era el nombre del viento.
Vimos llegar a alguien al puente e interrumpimos nuestra conversación. Era un hombre moreno, de rostro avinagrado. Nos miró de reojo sin volver la cabeza, y al pasar detrás de nosotros intenté no pensar en lo poco que le habría costado darme un empujón y tirarme del puente.
Pasó de largo. Elodin dio un hondo suspiro y continuó:
—Las cosas han cambiado. Ahora todavía hay menos bordes que antes. El mundo es menos salvaje. Hay menos magia, más secretos, y solo un puñado de personas que saben el nombre del viento.
—Usted lo sabe, ¿verdad? —pregunté.
Elodin asintió.
—Cambia de un lugar a otro, pero yo sé escuchar y detectar sus transformaciones. —Rió y me dio unas palmadas en la espalda—. Debes irte. Persigue el viento. No temas los riesgos que puedan aparecer. —Sonrió—. Con moderación.
Pasé las piernas por encima del parapeto, salté al puente y volví a colgarme el laúd y el macuto del hombro. Pero cuando ya había echado a andar hacia Imre, la voz de Elodin me detuvo:
—Kvothe.
Me di la vuelta y vi a Elodin inclinado hacia delante por el borde del puente. Sonreía como un colegial.
—Escupe. Trae buena suerte.
Devi me abrió la puerta y me miró con unos ojos como platos.
—Dios mío —dijo, y se llevó una hoja de papel al pecho con gesto teatral. Reconocí la hoja: era una de las notas que le había deslizado por debajo de la puerta—. Pero si es mi admirador secreto.
—Quería liquidar mi préstamo —dije—. Vine cuatro veces.
—Te conviene andar —dijo ella sin compadecerse lo más mínimo de mí; me hizo señas para que entrara y cerró la puerta con cerrojo. La habitación olía a...
Olfateé un poco.
—¿A qué huele? —pregunté.
Devi adoptó una expresión compungida.
—Tendría que oler a pera.
Dejé el estuche del laúd y el macuto en el suelo y me senté a la
mesa. Pese a todos mis esfuerzos, se me fueron los ojos hacia el círculo negro del tablero.

Devi se apartó el cabello rubio rojizo de la cara y me miró a los
ojos.

—¿Quieres la revancha? —me preguntó esbozando una sonrisa—.

Volveré a ganarte, con gram o sin gram. Puedo ganarte dormida.
—Confieso que siento curiosidad—dije—, pero prefiero ocuparme de nuestros negocios.
—Muy bien—dijo ella—. ¿De verdad vas a pagármelo todo? ¿Has encontrado por fin un mecenas?
—No, pero me ha surgido una oportunidad interesante. La oportunidad de conseguir un muy buen mecenas. —Hice una pausa—. En Vintas.
—Eso está muy lejos —dijo ella arqueando una ceja—. Me alegro de que hayas pasado para saldar tu deuda antes de largarte a la otra punta del mundo. Quién sabe cuándo volverás.
—Sí, desde luego —dije—. Pero... económicamente me encuentro en una situación un tanto precaria.
Devi empezó a menear la cabeza antes de que hubiera terminado la frase.
—Ni hablar. Ya me debes nueve talentos. No pienso prestarte más dinero el día que te marchas de la ciudad.
Levanté ambas manos a la defensiva.
—Me has interpretado mal —dije. Abrí la bolsa y la vacié sobre la mesa. Entre los talentos y las iotas estaba también el anillo de Denna, que rodó por la mesa. Lo atrapé antes de que cayera por el borde.
Señalé el montón de monedas que tenía delante, poco más de trece talentos.
—Este es todo el dinero que tengo—expuse—. Lo necesito para llegar a Severen cuanto antes. Mil quinientos kilómetros y alguno más. Eso significa pasaje en al menos un barco. Comida. Alojamiento. Dinero para diligencias o para adquirir una carta de postas.
Mientras enumeraba esas cosas, fui deslizando monedas de un lado de la mesa al otro.
—Cuando por fin llegue a Severen, tendré que comprarme ropa para poder moverme por la corte sin parecer el músico andrajoso que soy en realidad. —Deslicé más monedas.
Señalé las pocas monedas restantes del primer montoncito.
—Con eso no tengo suficiente para saldar mi deuda contigo.
Devi me observaba por encima de sus manos, que mantenía juntas por las yemas de los dedos.
—Entiendo —dijo con seriedad—. Tenemos que encontrar un método alternativo para que saldes tu deuda.
—Mi idea es esta —planteé—: puedo dejarte una garantía hasta mi regreso.
Devi deslizó brevemente la mirada hacia el elegante estuche de mi laúd.
—No, mi laúd no —me apresuré a decir—. Lo necesito.
—Entonces, ¿qué? —me preguntó—. Siempre me has dicho que no tenías nada que ofrecer como garantía.
—Tengo algunas cosas —dije hurgando en mi macuto, del que extraje un libro.
El rostro de Devi se iluminó. Entonces leyó el título grabado en el lomo.
—¿Retórica y lógica? —Hizo una mueca.
—Ya, yo opino lo mismo —dije—. Pero tiene cierto valor. Sobre todo para mí. Además... —Metí la mano en un bolsillo de mi capa y saqué una lámpara de mano—. También tengo esto. Una lámpara simpática diseñada por mí. Tiene un haz concentrado y un regulador de intensidad.
Devi la cogió de encima de la mesa.
—Ya me acuerdo —dijo—. Una vez me dijiste que no podías dármela porque le habías hecho

una promesa a Kilvin. ¿Qué ha pasado?
Esbocé una brillante sonrisa, en dos tercios falsa.
—De hecho, esa promesa es lo que convierte a esta lámpara en una garantía perfecta —dije —. Si le llevas esta lámpara a Kilvin, estoy seguro de que te pagará uña cifra muy generosa solo para alejarla... —carraspeé— de manos poco escrupulosas.
Devi le dio al regulador distraídamente con el pulgar, girándolo de tenue a intenso y a la inversa.
—Y supongo que me impondrías eso como condición, ¿no? Que se la devolviera a Kilvin.
—Qué bien me conoces —dije—. Es casi bochornoso.
Devi dejó la lámpara sobre la mesa, junto a mi libro, e inspiró bruscamente por la nariz.
—Un libro que únicamente tiene valor para ti —dijo— y una lámpara que únicamente tiene valor para Kilvin. —Sacudió la cabeza—. No es una oferta muy atractiva.Con mucho dolor, me llevé una mano al hombro, desenganché mi caramillo de plata y lo puse también sobre la mesa.
—Esto es de plata —dije—. Y cuesta mucho conseguirlo. Además, te permite entrar gratis en el Eolio.
—Ya sé qué es. —Devi lo cogió y lo examinó con mirada calculadora. Entonces soltó—: He visto que también tenías un anillo.
Me quedé helado.
—Eso no puedo dártelo. No es mío.
—Lo tienes en el bolsillo, ¿verdad? —dijo riendo, y chasqueó los
dedos— Venga, déjame verló.
Me saqué el anillo del bolsillo, pero no se lo di.
—He tenido muchos problemas por culpa de este anillo —dije—. Se lo quitó Ambrose a una amiga mía. Estoy esperando la ocasión para devolvérselo.
Devi permaneció callada, con el brazo estirado y la palma hacia arriba. Le puse el anillo en la mano.
Devi acercó el anillo a la lámpara; se inclinó hacia delante y entrecerró un ojo, exagerando su carita de duende.
—La piedra es muy bonita —observó.
—El engarce es nuevo —dije con abatimiento.
Devi puso el anillo con cuidado encima del libro, junto a mi caramillo y mi lámpara de mano.
—Este es el trato que te propongo —dijo—. Me quedo todo esto como garantía contra tu deuda actual de nueve talentos. El acuerdo ** seguirá vigente durante un año.
—Un año y un día —dije.
Devi torció una comisura de la boca sin llegar a sonreír.
—Cómo te gustan los cuentos de hadas. Está bien. Esto aplaza tu pago durante un año y un día. Si transcurrido ese tiempo no me has pagado, perderás estos artículos y consideraremos saldada tu deuda. —Afiló la sonrisa—. Aunque quizá podrías persuadirme para que te los devolviera a cambio de cierta información.
Oí la campana de la torre a lo lejos y di un hondo suspiro. No tenía mucho tiempo para regatear, pues ya llegaba tarde a mi cita con Threpe.
—De acuerdo —concedí, irritado—. Pero el anillo lo guardarás en lugar seguro. Y no podrás llevarlo a menos que yo incumpla mi parte del trato.
Devi frunció el ceño y dijo:
—¿Cómo te...?
—En eso no voy a transigir —dije con seriedad—. Pertenece a una amiga mía. Tiene un gran valor para ella. No quiero que lo vea en 1 mano de otra persona. Y menos después de todo lo que tuve que ha cer para quitárselo a Ambrose.
Devi no dijo nada, y su rostro de duendecillo mantuvo una expresión adusta. Yo también

compuse una expresión adusta y la miré a los ojos. Cuando es necesario, sé adoptar un gesto tan grave como el que más.
Se produjo un largo silencio.
—¡De acuerdo! —cedió Devi por fin.
Nos estrechamos la mano.
—Un año y un día —insistí.

51 Todo hombre sabio teme

Pasé por el Eolio, donde Threpe me esperaba sin parar de moverse de la impaciencia. Me dijo que había encontrado un barco que zarpaba río abajo al cabo de menos de una hora. Es más, ya me había pagado el pasaje hasta Tarbean, donde me resultaría fácil encontrar pasaje en otra nave rumbo al este.
Nos dirigimos a toda prisa hacia los muelles, y llegamos cuando el barco realizaba los últimos preparativos. Threpe, colorado y resoplando, se apresuró a darme consejos para toda una vida en solo tres minutos.
—El maer es de un linaje muy antiguo —dijo—. No como la mayoría de los pequeños nobles de por aquí, que no sabrían decirte quiénes eran sus bisabuelos. De modo que trátalo con respeto.
Puse los ojos en blanco. ¿Por qué todos daban siempre por hecho que me comportaría mal?
—Y recuerda —continuó—. Si les parece que lo que pretendes es enriquecerte, te considerarán provinciano. En ese caso, nadie te tomará en serio. Tú estás allí para ganarte el favor del maer. Ese es el juego, y es arriesgado. Además, ya sabes lo que dicen: al favor le sigue la fortuna. Si consigues una cosa, tendrás la otra. Ya lo decía Teccam: «El precio de un pan es asequible, y por eso va tan buscado»...
—«... pero hay cosas impagables: amor, tierra, risa jamás pueden ser comprados» —terminé por él. En realidad era una cita de Gregan el Menor, pero no me tomé la molestia de corregirlo.
—¡Eh, vosotros! —nos gritó un individuo curtido y barbudo desde la cubierta del barco—. Estamos esperando a un rezagado, y el capitán está más furioso que una prostituta malcarada. Ha jurado que zarpará si no se ha presentado dentro de dos minutos. Os aconsejo que para entonces estéis a bordo. —Se marchó sin esperar una respuesta.—
Dirígete a él como «excelencia» —continuó Threpe, como si no nos hubieran interrumpido—. Y recuerda: habla poco si quieres que te escuchen. ¡Ah! —Sacó una carta sellada del bolsillo superior de la chaqueta—. Aquí tienes tu carta de presentación. Quizá envíe una copia por correo, para que el maer esté advertido de tu llegada.
Le sonreí y lo agarré por el brazo.
—Gracias, Denn —dije de corazón—. Gracias por todo. Te agradezco todo esto mucho más de lo que imaginas.
Threpe agitó una mano quitándole importancia a mis palabras.
—Sé que lo harás espléndidamente. Eres un chico muy listo. Cuando llegues allí, asegúrate de encontrar un buen sastre. La moda será diferente. Y ya sabes lo que dicen: conocerás a la dama por sus modales, y al caballero por su ropa.
Me arrodillé y abrí el estuche del laúd. Aparté un poco el instrumento, presioné la tapa del compartimento secreto y lo abrí. Deslicé dentro la carta sellada de Threpe, junto con el cuerno hueco que contenía el dibujo de Nina y un saquito de manzana seca que había guardado allí. La manzana seca no tenía ningún valor especial, pero en mi opinión, si tienes un compartimento secreto en el estuche de tu laúd y no lo utilizas para esconder cosas, es que eres raro, muy raro.
Cerré los broches, asegurando de nuevo la tapa; me levanté y recogí mi equipaje, listo para subir a bordo.
De pronto Threpe me agarró por el hombro.
—¡Casi se me olvida! En una de sus cartas, Alveron mencionaba que los jóvenes de su corte tienen por costumbre hacer apuestas. Él lo considera un hábito deplorable, de modo que

evita practicarlo. Y recuerda: los pequeños deshielos causan grandes inundaciones, así que sé muy prudente con los cambios de estación lentos.
Vi correr a alguien por el muelle, hacia nosotros: era el hombre de rostro avinagrado que había pasado de largo por el Puente de Piedra cuando estaba allí con Elodin. Llevaba un fardo bajo un brazo.
—Ese debe de ser el marinero que faltaba —me apresuré a decir—. Será mejor que suba a bordo. —Di un rápido abrazo a Threpe y traté de alejarme antes de que pudiera darme otro consejo.
Pero él me cogió por la manga antes de que me diera la vuelta.
—Ten cuidado por el camino —dijo con expresión preocupada—. Recuerda que todo hombre sabio teme tres cosas: la tormenta en el mar, la noche sin luna y la ira de un hombre amable.
El marinero pasó a nuestro lado y recorrió la pasarela corriendo, sin importarle que las tablas rebotaran y traquetearan bajo sus pies.
Sonreí a Threpe para tranquilizarlo y seguí al marinero. Dos hombres de rostro curtido levantaron la pasarela, y le devolví a Threpe un último saludo con la mano.
Se vocearon órdenes, los hombres se afanaron y el barco empezó a moverse. Me volví para mirar río abajo, hacia Tarbean, hacia el mar.

52 Un viaje breve

Mi ruta era sencilla. Bajaría por el río hasta Tarbean, atravesaría el estrecho de Encalladero, seguiría descendiendo por la costa hacia Junpui, y luego remontaría el río Arrand. Daría más rodeo que si hubiera viajado por tierra, pero a la larga el trayecto era mejor. Aunque hubiera comprado una carta de postas y hubiese cambiado los caballos a cada oportunidad, por tierra habría tardado casi tres ciclos en llegar a Severen. Y casi siempre viajando por el sur de Atur y por los Pequeños Reinos. Solo los sacerdotes y los locos esperaban que los caminos fueran seguros en esa parte del mundo.

La ruta marítima añadía varios cientos de kilómetros a la distancia recorrida, pero los barcos que navegan por mar no tienen que preocuparse por las curvas y los recodos del camino. Y si bien un buen caballo corre más que un barco, no puedes cabalgar día y noche sin detenerte de vez en cuando para descansar. La ruta marítima suponía unos doce días de viaje, dependiendo del clima que encontraras.

Además, viajar por mar satisfaría mi curiosidad innata. Hasta entonces solo conocía la navegación fluvial. Lo único que. de verdad me preocupaba era que quizá me aburriera sin otra compañía que el viento, las olas y los marineros.

Durante el viaje surgieron diversas complicaciones desafortunadas.

Para ir rápidos: hubo una tormenta, piratas, traición y un naufragio, aunque no en ese orden. Tampoco será necesario que diga que hice muchas cosas, unas heroicas, otras desacertadas, otras inteligentes y audaces.

Durante el trayecto me robaron, trataron de ahogarme y me dejaron sin un penique en las calles de Junpui. Para sobrevivir mendigué mendrugos de pan, le robé a un hombre sus zapatos y recité poesía. Esto último debería demostrar más que ninguna otra cosa el grado de desesperación que había alcanzado.

Sin embargo, como esos sucesos tienen muy poco que ver con lo fundamental de la historia, los pasaré por alto y me centraré en cosas más importantes. En resumidas cuentas, tardé dieciséis días en llegar a Severen. Era un poco más de lo que había planeado, pero no me aburrí ni un solo instante en todo el viaje.

53 El Tajo

Crucé las puertas de Severen cojeando, andrajoso, arruinado y hambriento.
El hambre no me es extraña. Conozco las incontables formas huecas que adopta en tu interior. Aquella hambre no era especialmente terrible. El día anterior me había comido dos manzanas y un poco de carne de cerdo salada, de modo que era un hambre meramente dolorosa. No era esa hambre mala que te deja débil y tembloroso; de esa estaría a salvo por lo menos unas ocho horas más.
A lo largo de los dos ciclos pasados había perdido, se había destruido, me habían robado o había abandonado cuanto poseía. La única excepción era mi laúd. Durante el viaje, había amortizado diez veces el maravilloso estuche de Denna. Además de salvarme la vida en una ocasión, había protegido mi laúd, la carta de presentación de Threpe y el inapreciable dibujo de los Chandrian que me había dado Nina.
Quizá os hayáis fijado en que no incluyo ninguna prenda de ropa en mi lista de posesiones. Eso se debe a dos buenas razones. La primera es que llamar prendas de ropa a los harapos mugrientos que llevaba sería una exageración rayana en la farsa. La segunda, que los había robado, así que no me parece justo considerar que fueran míos.
Lo que más me fastidiaba era haber perdido la capa de Felá. Me había visto obligado a romperla y utilizarla para hacer vendajes en Junpui. Igualmente grave era el hecho de que mi gram, que tanto me había costado conseguir, yacía en algún lugar bajo las frías y oscuras aguas del mar de Centhe.
La ciudad de Severen estaba partida en dos mitades desiguales por un alto barranco blanco. La mayor parte de la actividad de la ciudad te-
nía lugar en la parte más extensa, al pie de ese precipicio que llamaban «el Tajo».
En lo alto del Tajo se encontraba la parte más pequeña de la ciudad Consistía básicamente en casas solariegas y mansiones que pertenecían a la aristocracia y a los comerciantes adinerados. También se encontraban allí las sastrerías, las caballerizas, los teatros y los burdeles imprescindibles para atender las exigencias de la clase alta.
parecía que hubieran empujado hacia el cielo aquel escarpado precipicio de piedra blanca para ofrecer a la nobleza una mejor panorámica de los campos circundantes. Perdía altura y grandeza a medida que se extendía hacia el nordeste y el sur, pero la sección que dividía Severen tenía sesenta metros de altura y estaba cortada a pique, como un muro de jardín.
En el centro de la ciudad, una ancha península de precipicio sobresalía del Tajo. Encaramado en esa protuberancia estaba el palacio del maer Alveron. Sus muros de piedra clara podían verse desde cualquier lugar de la ciudad que se extendía más abajo. El efecto era sobrecogedor, como si el palacio del maer te vigilara desde lo alto.
Contemplarlo sin una sola moneda en el bolsillo y sin una sola prenda de ropa decente en mi macuto resultaba desalentador. Había planeado llevar la carta de Threpe directamente al maer pese a mi desaliño general, pero al ver aquellos altos muros de piedra, comprendí que lo más probable era que no me dejaran entrar por la puerta principal. A simple vista, yo no era más que un mendigo mugriento.
Tenía pocos recursos y se me planteaban aún menos opciones. No conocía ni un alma en toda Vintas, con la excepción de Ambrose, que debía de estar a unos kilómetros hacia el sur, en la baronía de su padre.
He pedido limosna y he robado, pero solo cuando no me quedaba alternativa. Ambas son actividades peligrosas, y solo un loco de atar se atreve a realizarlas en una ciudad que no es la suya, y mucho menos en un país que no conoce. Allí, en Vintas, ni siquiera habría sabido

qué leyes estaba violando.
Así que apreté los dientes y me decidí por la única opción que tenía. Deambulé descalzo por las calles adoquinadas de Bajo Severen hasta encontrar una casa de empeños en uno de los mejores barrios de la ciudad.
Me quedé casi una hora de pie al otro lado de la calle, viendo ir y venir a la gente y tratando de pensar una opción mejor. Pero no la había. Así que saqué la carta de Threpe y el dibujo de Nina del com-partimento secreto del estuche, crucé la calle y empeñé mi laúd y el estuche por ocho nobles de plata y un volante de un ciclo.
Si habéis llevado una vida fácil y nunca habéis tenido que recurrir a los empeñeros, dejad que os explique un par de cosas. El volante era una especie de recibo, y con él podría volver a comprar mi laúd por la misma cantidad de dinero, siempre que lo hiciera en el plazo de once días. Transcurridos doce días, el laúd pasaría a ser propiedad del empeñero, quien sin duda lo vendería por diez veces esa cantidad.
De nuevo en la calle, sopesé las monedas. Parecían delgadas e inconsistentes comparadas con la moneda ceáldica o con los pesados peniques de la Mancomunidad con que yo estaba familiarizado. Sin embargo, la moneda es moneda en todas partes: por siete nobles compré un traje elegante, digno de un caballero, junto con un par de botas de piel blanda. Con el dinero sobrante pagué un corte de pelo, un afeitado, un baño y la primera comida consistente después de tres días. Después de eso, volví a quedarme casi sin blanca, pero me sentía mucho más seguro de mí mismo.
Con todo, sabía que sería difícil llegar hasta el maer. Los nobles de su categoría y su poder viven tras varias capas de protección. Existen formas educadas y formales de traspasar esas capas: presentaciones y audiencias, mensajes y anillos, tarjetas de visita y lisonjas.
Pero mi tiempo era demasiado valioso: solo tenía once días para recuperar mi laúd de la casa de empeños. Necesitaba ponerme en contacto con Alveron rápidamente.
Fui hasta el pie del Tajo y encontré un pequeño café que atendía a una clientela refinada. Empleé una de las pocas y valiosas monedas que me quedaban para comprarme una taza de chocolate y procurarme un asiento con vistas a una mercería que había al otro lado de la calle.
Pasé varias horas escuchando los típicos chismes que circulan por esos lugares. Y lo más importante: me gané la confianza del avispado y joven empleado del café, dispuesto a rellenarme la taza si así lo deseaba. Con su ayuda y escuchando a hurtadillas, en poco tiempo me enteré de muchas cosas sobre la corte del maer.
Al final las sombras se alargaron y decidí que era el momento de ponerme en marcha. Llamé al chico y señalé al otro lado de la calle.
—¿Ves a ese caballero? ¿El del chaleco rojo?
—Sí, señor.
—¿Sabes quién es?
—Es el caballero Bergon, señor.«Necesito a alguien más importante.»
—¿Y ese tipo con cara de enfadado, el que lleva ese espantoso sombrero amarillo?
—Ese es el baronet Pettur —contestó el chico disimulando una sonrisa.
«Perfecto.» Me levanté y le di unas palmadas a Jim en la espalda.
—Con esa memoria llegarás muy lejos. Cuídate. —Le di medio penique de propina y me dirigí hacia el baronet, que acariciaba un rollo de terciopelo verde oscuro.
No hará falta que os recuerde que en términos de categoría social, no hay nadie más bajo que los Edena Ruh. Incluso sin tener en cuenta mis orígenes, yo no era más que un plebeyo sin tierra. En términos de posición social, eso significaba que el baronet estaba tan por encima de mí que si hubiera sido una estrella, yo no habría podido verlo a simple vista. Una persona de mi posición debía dirigirse a él como «mi señor», evitar el contacto visual y agachar la cabeza con humildad.

La verdad sea dicha, una persona de mi posición ni siquiera debía hablar con él.
En la Mancomunidad las cosas eran diferentes, desde luego. Y en la Universidad reinaba una atmósfera especialmente igualitaria. Pero incluso allí, los nobles eran ricos y poderosos y estaban bien relacionados. La gente como Ambrose no tenía la menor consideración para con la gente como yo. Si las cosas se ponían feas, siempre podía hacer callar a quien le interesara o sobornar a un juez para que le evitara problemas.
Pero estaba en Vintas. Allí Ambrose no necesitaría sobornar a ningún juez. Si yo hubiera empujado sin querer al baronet Pettur en la calle mientras todavía iba descalzo y cubierto de barro, él habría podido darme fuetazos hasta hacerme sangrar, y luego habría llamado al alguacil para que me arrestaran por alterar el orden público. Y el alguacil lo habría hecho sin dudarlo, con una sonrisa y una inclinación de cabeza.
Intentaré explicarlo más sucintamente. En la Mancomunidad, la pequeña nobleza tiene poder y dinero. En Vintas, la pequeña nobleza tiene poder, dinero y privilegios. Hay muchas normas que sencillamente no se les aplican.
Eso significaba que en Vintas la categoría social era sumamente importante.
Y significaba que si el baronet descubría que yo era inferior a él, ejercería toda su superioridad sobre mí.
Por otra parte…
Al cruzar la calle hacia el baronet, cuadré los hombros y levanté un poco la barbilla. Puse el cuello tieso y entorné ligeramente los ojos. Miré alrededor como si toda la calle fuera mía y algo me hubiera molestado.
—¿Baronet Pettur? —pregunté con tono resuelto.
El hombre levantó la cabeza y sonrió con vaguedad, como si no estuviera seguro de si me conocía o no.
—¿Sí?
Señalé con un gesto brusco al Tajo.
—Le prestaría usted un gran servicio al maer si me acompañara hasta su palacio cuanto antes. —Mantuve una expresión severa, casi de enojo.
—Seguro, seguro. —Parecía cualquier cosa menos seguro. Noté que las preguntas y las excusas empezaban a borbotear en su interior—. ¿Qué…?
Le lancé al baronet mi mirada más altiva. Quizá los Edena ocupemos el último peldaño de la escala social, pero no existen sobre la capa de la tierra mejores actores. Yo había crecido en los escenarios, y mi padre interpretaba a un rey con tanta majestuosidad que yo había visto al público descubrirse cuando él hacía su entrada.
Endurecí la expresión de mis ojos y miré de arriba abajo a aquel hombre engalanado como si fuera un caballo por el que no estaba seguro de querer apostar.
—Si no se tratara de un asunto urgente, no lo importunaría de esta forma. —Vacilé un instante y añadí un rígido y reacio—: Señor.
El baronet Pettur me miró a la cara. Estaba ligeramente indeciso, pero no tanto como yo esperaba. Como la mayoría de los nobles, era egocéntrico como un giroscopio, y lo único que evitaba que inflara las aletas de la nariz y me mirase con superioridad era la incertidumbre. Clavó los ojos en mí, tratando de decidir si podía correr el riesgo de ofenderme preguntándome mi nombre y de qué nos conocíamos.
Pero yo tenía un as en la manga. Saqué la sonrisa escueta y afilada que había utilizado el portero del Hombre de Gris el día que había ido a visitar a Denna allí, meses atrás. Como dije, era una verdadera obra de arte. Elegante, educada y más prepotente que si hubiera estirado un brazo y le hubiera dado a aquel hombre unas palmaditas en la cabeza, como si fuera un perro.
El baronet Pettur soportó el peso de mi sonrisa durante casi un segundo. Entonces se resquebrajó como un huevo, sus hombros se redondearon un poco y su actitud adquirió un

deje servil.
—Cualquier servicio que pueda prestarle al maer es un servicio que me alegro de ofrecer —dijo—. Sígame, por favor. —Se puso delante de mí y me condujo hasta el pie del precipicio.
Lo seguí con una sonrisa en los labios.

54 El mensajero

Me las ingenié para superar mediante embustes y argucias casi todas las defensas del maer. El baronet Pettur me ayudó con su mera presencia. Ir acompañado por un miembro de la nobleza conocido bastó para que me adentrara en el palacio de Alveron. Una vez dentro, el baronet dejó de servirme y me deshice de él.

En cuanto lo perdí de vísta, puse cara de impaciencia, pedí indicaciones a un atareado sirviente y llegué hasta las puertas de la sala de audiencias del maer, donde me interceptó un hombre un tanto apocado de mediana edad. Era corpulento, con la cara redonda, y pese a ir bien vestido, a mí me pareció un simple tendero.

De no ser por las horas que había pasado recogiendo información en Bajo Severen, quizá habría cometido un grave error y habría intentado engatusar a aquel hombre creyendo que no era más que un sirviente con un atuendo pulcro.

Pero aquella era precisamente la persona que yo buscaba: el valet del maer, Stapes. Aunque pareciese un tendero, lo envolvía un aura de verdadera autoridad. Tenía un porte tranquilo y seguro, a diferencia del porte dominante y desenvuelto que yo había utilizado para intimidar al baronet.

—¿En qué puedo ayudarlo? —me preguntó Stapes. Hablaba en un tono muy educado, pero había otras preguntas ocultas bajo la superficie de sus palabras. «¿Quién es usted? ¿Qué hace aquí?»

Saqué la carta del conde Threpe y se la ofrecí con una pequeña inclinación de cabeza.

—Me prestaría usted un gran servicio si hiciera llegar esto al maer —dije—. El me espera.

Stapes me miró con frialdad, dejando muy claro que si el maer estuviera esperándome, él lo habría sabido diez días atrás. Me miró de arriba abajo mientras se frotaba la barbilla, y me fijé en que llevaba un anillo de hierro mate con letras de oro grabadas.

Pese a sus evidentes recelos, Stapes cogió la carta y desapareció por una gran puerta doble. Me quedé en el pasillo, nervioso; el valet regresó un minuto más tarde y me hizo pasar. Su actitud seguía siendo de leve desaprobación.

Recorrimos un pasillo corto y llegamos ante otra puerta doble flanqueada por guardias con armadura. No eran guardias ceremoniales de esos que a veces se ven en público, en posición de firmes, rígidos, sujetando alabardas. Vestían con los colores del maer, pero bajo la ropa azul zafiro y marfil llevaban unos petos de cuero con anillos de acero, muy funcionales. Iban ambos armados con una larga espada y un largo puñal. Al acercarme, me miraron con gravedad.

El valet del maer me apuntó con la barbilla, y uno de los guardias me cacheó con profesionalidad, deslizando las manos por mis brazos y mis piernas y alrededor de mi pecho, buscando armas escondidas. De pronto me alegré enormemente de algunas de las adversidades de mi viaje, y sobre todo de las que habían resultado en la pérdida del par de navajas que me había acostumbrado a llevar bajo la ropa.

El guardia retrocedió y asintió con la cabeza. Entonces Stapes volvió a mirarme con gesto de fastidio y abrió la puerta interior.

Dentro había dos hombres sentados a una mesa sobre la que se desplegaba un mapa. Uno era alto y calvo, con el aire duro y curtido de un soldado veterano. A su lado estaba el maer. Alveron era mayor de lo que yo esperaba. Tenía un rostro serio, con unos ojos y una boca que revelaban orgullo. Conservaba todo su pelo, si bien en su barba, entrecana y bien recortada, apenas se distinguía ya negro. Sus ojos tampoco dejaban traslucir su edad. Eran de color gris claro, inteligentes y penetrantes. No eran los ojos de un anciano.

Cuando entré en la habitación, el maer dirigió esos ojos hacia mí. Tenía la carta de Threpe en

una mano.
Realicé una reverencia número tres estándar. Mi padre la llamaba «el mensajero». Pronunciada y formal, como merecía la elevada condición del maer. Reverente, pero no servil. Que me tengan sin cuidado las convenciones y el decoro no significa que no sepa seguir el juego cuando me interesa.
El maer desvió la mirada hacia la carta, y volvió a levantar la cabeza.
—Kvothe, ¿verdad? Debes de haberte dado mucha prisa para llegar tan pronto. Ni siquiera esperaba recibir una respuesta del conde todavía.
—Me he dado toda la prisa que he podido para ponerme a su disposición, excelencia.
—Desde luego. —Me observó atentamente—. Y has confirmado la opinión del conde sobre tu astucia plantándote ante mi puerta sin otra cosa que una carta sellada en la mano.
—Pensé que lo mejor era que me presentase tan pronto como fuera posible, excelencia — repuse con tono neutral—. En su carta insinuaba que tenía usted cierta prisa.
—Sí, y has hecho un buen trabajo —replicó Alveron; miró al hombre alto que estaba sentado con él a la mesa—. ¿No te parece, Dagon?
—Sí, excelencia. —Dagon me miró con unos ojos oscuros y desapasionados. Tenía un rostro duro, afilado y desprovisto de emoción. Contuve un escalofrío.
Alveron volvió a mirar la carta.
—Threpe hace algunos comentarios muy elogiosos sobre ti en su carta —comentó—. De habla educada. Encantador. El músico con más talento que ha conocido en los últimos diez años...
El maer siguió leyendo; entonces volvió a levantar la cabeza y me observó con perspicacia.
—Pareces muy joven —dijo vacilante—. No tienes mucho más de veinte años, ¿verdad?
Había cumplido dieciséis hacía un mes. Ese era un detalle que había omitido deliberadamente en la carta.
—Sí, soy joven, excelencia —admití esquivando la mentira—v Pero estudio música desde que tenía cuatro años. —Hablaba con seguridad, y me alegré de haber comprado aquel traje. Con mis harapos, habría parecido un golfillo hambriento. En cambio, iba bien vestido y estaba bronceado tras tantos días en el mar, y la delgadez de mi rostro añadía años a mi aspecto.
Alveron me miró largamente, examinándome; entonces asintió con la cabeza, aparentemente satisfecho.
—Muy bien —dijo—. Por desgracia, ahora mismo estoy muy ocupado. ¿Te parece bien que nos veamos mañana? —En realidad no era una pregunta—. ¿Has encontrado alojamiento en la ciudad?
—Todavía no he empezado a buscarlo, excelencia.
—Te quedarás aquí —decidió—. ¿Stapes? —Lo dijo con un tono de voz un poco más alto que el que había empleado para hablar conmigo, y el valet apareció casi al instante—. Instala a nuestro nuevoinvitado en algún lugar del ala sur, cerca de los jardines. —Se volvió hacia mí —. ¿Llegará pronto tu equipaje?
—Me temo que todo mi equipaje se perdió por el camino, excelencia. En un naufragio.
Alveron arqueó brevemente una ceja.
—Stapes se encargará de proporcionarte ropa adecuada. —Dobló la carta de Threpe e hizo un ademán de despedida—. Buenas noches.
Hice una rápida inclinación de cabeza y seguí a Stapes fuera de la estancia.
Eran las habitaciones más opulentas que yo había visto o pisado jamás, con suelos de piedra pulida y muebles antiguos. La cama tenía un colchón de plumas de dos palmos de grosor, y cuando corrí las cortinas y me tumbé en ella, me pareció que era tan grande como toda mi buhardilla de Anker’s.
Mis habitaciones eran tan agradables que tardé casi un día entero en darme cuenta de

cuánto las odiaba.
Una vez más, tendréis que compararlo con lo que pasa cuando te compras unos zapatos: no quieres el par más grande, sino el par de tu talla. Si te pones unos zapatos demasiado grandes, te rozan los pies y te salen ampollas.
De forma parecida, mis habitaciones me rozaban. Había un armario ropero inmenso y vacío, cómodas vacías y estanterías sin „ libros. Mi habitacioncita de Anker’s era diminuta, pero en aquellas me sentía como un guisante seco rodando por el interior de un joyero vacío.
Y sin embargo aquellas habitaciones, demasiado grandes para mis inexistentes posesiones, se me quedaban pequeñas. Me veía obligado a permanecer allí, esperando a que me llamara el maer. Como no tenía ni idea de cuándo podría suceder eso, estaba prácticamente atrapado.
En defensa de la hospitalidad del maer, debería mencionar ciertos aspectos positivos. La comida era excelente, aunque llegaba un poco fría de la cocina. También había una maravillosa bañera de cobre. Los criados me traían agua caliente, que desaguaba por una serie de tuberías. Me sorprendió encontrar tantas comodidades tan lejos de la influencia civilizadora de la Universidad.
Me visitó uno de los sastres del maer, un hombrecillo nervioso que me midió de seis docenas de maneras diferentes mientras me contaba
chismes de la corte. Al día siguiente, un sirviente me entregó dos elaborados trajes de colores que me favorecían.
En cierto modo, era una suerte que hubiera tenido tantos problemas en el mar. La ropa que me proporcionaron los sastres de Alveron era mucho mejor que nada que yo hubiera podido pagar, ni siquiera con la ayuda de Threpe. Como consecuencia de eso, durante mi estancia en Severen siempre ofrecí un aspecto muy atractivo.
Lo mejor fue que mientras me tomaba medidas, el sastre charlatán mencionó que las capas estaban de moda. Aproveche la ocasión y exageré un poco la calidad de la capa que me había regalado Felá, lamentando su pérdida.
El resultado fue una capa granate. No habría servido para protegerme de la lluvia, pero me gustó bastante. Además de sentarme muy bien, estaba llena de pequeños bolsillos, por supuesto.
Así que estaba lujosamente vestido, alimentado y alojado. Pero pese a tanta esplendidez, hacia el mediodía del día siguiente daba vueltas por mis habitaciones como un gato encerrado en una jaula. Estaba deseando salir, recuperar mi laúd y descubrir para qué necesitaba el maer los servicios de una persona inteligente, de habla educada y, ante todo, discreta.

55 Gentileza

Espié al maer por una brecha en el seto. Estaba sentado en un banco de piedra, a la sombra de un árbol del jardín; se le veía todo un caballero, con la camisa de mangas holgadas y el chaleco en los colores de la casa de Alveron, azul zafiro y marfil. Aunque era ropa elegante, no parecía ostentosa. Lucía una única joya, un anillo de sello de oro. Comparado con otros miembros de su corte, el maer vestía casi con sencillez.
Al principio pensé que Alveron desdeñaba las modas de la corte, pero al cabo de un rato comprendí la verdad. El marfil de su camisa era cremoso e impecable, y el azul zafiro de su chaleco, vibrante; me habría jugado los pulgares a que no se los había puesto más de media ^ docena de veces.
Como exhibición de riqueza, era sutil y admirable. Una cosa era poder permitirse trajes elegantes, pero ¿cuánto dinero hacía falta para mantener un guardarropa que jamás mostrara la menor rozadura? Recordé la expresión que había utilizado el conde Threpe para referirse a Alveron: «más rico que el rey de Vint».
Al propio maer, le vi como en la ocasión anterior. Alto y delgado. Entrecano e inmaculadamente acicalado. Reparé en las arrugas de cansancio de su rostro, en el ligero temblor de sus manos, en su postura. «Parece viejo —me dije—, pero no lo es.»
La campana de la torre empezó a dar la hora. Me aparté del seto y lo rodeé para salir al encuentro del maer.
Alveron me saludó con una cabezada; sus ojos fríos me examinaron atentamente.
—Kvothe, confiaba en que vendrías.
Hice una reverencia no excesivamente formal.
—Me complació mucho recibir su invitación, excelencia.Alveron no me hizo ninguna indicación para que me sentara, de modo que permanecí de pie. Supuse que debía de estar poniendo a prueba mis modales.
—Espero que no te importe que nos veamos aquí fuera. ¿Has visto ya los jardines?
—Todavía no he tenido ocasión, excelencia. —Había estado atrapado en mis malditas habitaciones hasta que él me había mandado llamar.
—Pues debes dejar que te los enseñe. —Cogió un bastón de madera lustrada que estaba apoyado contra el tronco dél árbol—. Siempre he pensado que tomar el aire es bueno para las dolencias del cuerpo, aunque haya quienes discrepen.
Se inclinó hacia delante como si fuera a levantarse, pero una sombra de dolor pasó por su cara y el maer aspiró entre los dientes. «Enfermo—comprendí—. Viejo no, enfermo.»
Me puse a su lado en un santiamén y le ofrecí mi brazo.
—Permítame, excelencia.
El maer compuso una sonrisa rígida.
—Si fuera más joven, rechazaría tu ofrecimiento —dijo dando un suspiro—. Pero el orgullo es el lujo de los fuertes. —Puso una delgada mano sobre mi brazo y lo utilizó como punto de apoyo para ponerse en pie—. Yo debo optar por ser gentil.
—La gentileza es el lujo de los sabios —dije con soltura—. De modo que se puede afirmar que su sabiduría le aporta gentileza.
Alveron soltó una risita irónica y me dio unas palmaditas en el brazo.
—Supongo que eso hace que sea un poco más fácil soportarlo.
—¿Quiere que le acerque el bastón, excelencia? —pregunté—. ¿O prefiere que caminemos juntos?
Volvió a soltar aquella risita.

—¡Caminar juntos! Qué forma tan delicada de decirlo.
Cogió el bastón con la mano derecha mientras con la izquierda se sujetaba a mi brazo con una fuerza que me sorprendió.
—Divina pareja —murmuró—. No soporto que me vean tambaleándome como un viejo chocho. Pero prefiero apoyarme en el brazo de un joven que renquear por ahí yo solo; resulta menos mortificante. Es espantoso comprobar que te falla el cuerpo. Mientras eres joven nunca piensas en eso.
Empezamos a andar y dejamos de hablar para escuchar el sonido del agua que salpicaba en las fuentes y el de los pájaros que cantaban en los setos. De cuando en cuando el maer señalaba alguna estatua y me contaba cuál de sus antepasados la había encargado, fabricado o (eso lo dijo en voz más baja, con tono de disculpa) robado de tierras lejanas en tiempos de guerra.
Paseamos por los jardines durante una hora. El peso de Alveron en mi brazo fue aligerándose poco a poco, y al cabo de un rato ya no me utilizaba para apoyarse sino solo para mantener el equilibrio. Nos cruzamos con algunos nobles que saludaron al maer con reverencias o inclinaciones de cabeza. En cuanto nos alejábamos lo suficiente para que no pudieran oírnos, el maer mencionaba quiénes eran y qué posición detentaban en la corte, y me contaba algún que otro chisme divertido.
—Todos se preguntan quién eres —dijo después de que una de aquellas parejas pasara por detrás de un seto—. Esta noche no se hablará de otra cosa. ¿Eres un embajador de Renere? ¿Un joven noble en busca de un feudo fértil con esposa incluida? Tal vez seas el hijo perdido hace mucho tiempo, un vestigio de mi alocada juventud.
Rió para sí y me dio unas palmaditas en el brazo. Quizá hubiera continuado, pero tropezó con una losa que sobresalía y estuvo a punto de caerse. Lo ayudé a recuperar el equilibrio rápidamente y a sentarse en un banco de piedra que había junto al sendero.
—Maldita sea —blasfemó, avergonzado—. ¿Qué habría dicho la gente si hubiera visto al maer en el suelo, agitándose como un escarabajo panza arriba? —Miró alrededor con el ceño fruncido, pero por lo visto estábamos solos—. ¿Quieres hacerle un favor a un anciano?
—Estoy a su disposición, excelencia.
Alverón me miró con sagacidad.
—¿De verdad? Bueno, es un favor pequeño. No le cuentes a nadie quién eres ni a qué has venido. Eso influirá positivamente en tu reputación. Cuanto menos les cuentes, más empeño pondrán en sonsacarte información.
—Seré discreto, excelencia. Pero me resultaría más fácil evitar el motivo de mi presencia aquí si supiera cuál es.
Alveron adoptó una expresión sagaz.
—Cierto. Pero este jardín es demasiado público. De momento has demostrado tener paciencia. Ejercítala un poco más. —Levantó la cabeza y me miró—. ¿Serías tan amable de acompañarme hasta mis aposentos?
—Por supuesto, excelencia —dije ofreciéndole el brazo.Cuando volví a mis habitaciones, me quité la chaqueta bordada y la colgué en el armario de palisandro labrado. El enorme mueble, forrado con madera de cedro y sándalo, perfumaba la estancia. En la cara interna de las puertas había unas lunas sin mácula alguna.
Crucé la habitación con suelo de mármol pulido y me tendí en un diván de terciopelo rojo. Ni siquiera sabía recostarme indolente. No recordaba haberlo hecho nunca. Tras pensarlo un momento, llegué a la conclusión de que recostarse debía de parecerse a relajarse, pero con más dinero en los bolsillos.
Inquieto, me levanté y me paseé por el cuarto. Las paredes estaban decoradas con cuadros, retratos y escenas bucólicas hábilmente representados al óleo. En una pared colgaba un tapiz inmenso que representaba con asombroso detalle una gran batalla naval. Ese tapiz me

tuvo ocupado durante casi media hora.
Echaba de menos mi laúd.
Me había dolido muchísimo empeñarlo; fue como si me cortaran una mano. Pensé que me pasaría los diez días siguientes muerto de preocupación, angustiado por si no podía recuperarlo.
Pero sin proponérselo, el maer me había tranquilizado. En mi ropero había colgados seis trajes, dignos de cualquier aristócrata. Cuando me los trajeron a mi habitación, noté que me relajaba. Lo primero que pensé al verlos no fue que ya podría mezclarme tranquilamente con la sociedad de la corte. Lo que pensé fue que si las cosas se ponían muy feas, podía robarlos, vendérselos a un vendedor de ropa usada y reunir suficiente dinero para recuperar mi laúd.
Si hacía eso, quemaría todos mis puentes con el maer, desde luego. El viaje a Severen no habría servido para nada, y haría quedar tan mal a Threpe que quizá no volviera a dirigirme la palabra. Con todo, saber que existía esa opción me permitía controlar la situación aunque solo fuera de forma precaria. Lo suficiente para no enloquecer por completo de preocupación.
Echaba de menos mi laúd, pero si conseguía ganarme el mecenazgo del maer, el camino de mi vida se volvería de pronto recto y llano. El maer tenía suficiente dinero para que yo continuara mi educación en la Universidad. Sus contactos podían ayudarme a extender mi investigación sobre los Amyr.
Quizá lo más importante fuera el poder de su apellido. Si el maer fuera mi mecenas, yo estaría bajo su protección. Puede que el padre de Ambrose fuera el barón más poderoso de toda Vintas, a solo doce pasos de la realeza. Pero Alveron era prácticamente un rey por derecho propio. ¡Cómo se simplificaría mi vida si no tuviera a Ambrose poniéndome continuamente palos en las ruedas! Era una idea que me producía vértigo.
Echaba de menos mi laúd, pero todo tiene su precio. Estaba dispuesto a apretar las mandíbulas y pasar un ciclo entero aburrido y nervioso, sin música, a cambio de la posibilidad de conseguir el mecenazgo del maer.
Resultó que Alveron tenía razón acerca de la curiosidad de los miembros de su corte. Después de que esa noche me llamara a sus aposentos, los rumores explotaron alrededor de mí como un incendio de maleza. Entendí por qué el maer disfrutaba con esas cosas. Era como ver cómo nacían las historias.

56 Poder

Alveron mandó llamarme otra vez al día siguiente, y de nuevo paseamos juntos por los senderos del jardín; él apoyaba una mano en mi brazo, pero sin sujetarse apenas a mí.
—Vayamos hacia el lado sur. —El maer señaló con su bastón—. Me han dicho que las selas no tardarán en florecer.
Torcimos a la izquierda por el sendero, y Alveron inspiró hondo.
—Existen dos tipos de poder: el inherente y el otorgado —dijo revelándome el tema de conversación del día—. EL poder inherente lo posees como parte de ti mismo. El poder otorgado te lo prestan o te lo dan otras personas. —Me miró de soslayo. Asentí con la cabeza.
Al ver que yo no disentía, el maer continuó:
—El poder inherente es algo obvio. Fuerza corporal. —Me palmeó el brazo en que se sujetaba—. Fuerza mental. Fuerza de personalidad. Todas esas cosas las llevamos dentro las personas. Nos definen. Determinan nuestros límites.
—No del todo, excelencia —objeté con discreción—. Un hombre siempre puede mejorar.
—Nos limitan —afirmó el maer—. Un manco nunca peleará en los corros. Un cojo nunca correrá tan rápido como un hombre con dos piernas.
—Un guerrero adem con una sola mano podría ser más mortífero que un guerrero común con dos manos, excelencia —señalé—. Pese a su deficiencia.
—Cierto, cierto —concedió el maer de mala gana—. Podemos mejorar, ejercitar nuestro cuerpo, educar nuestra mente, acicalarnos con cuidado. —Se pasó una mano por la barba, entrecana e impecable—. Pues también el aspecto es un tipo de poder. Pero siempre hay límites. Si bien un hombre con una sola mano podría llegar a ser un guerrero decente, nunca podría tocar el laúd.
Asentí despacio.
—Es un buen razonamiento, excelencia. Nuestro poder tiene límites que podemos expandir, pero no indefinidamente.
—Pero ese solo es el primer tipo de poder —dijo levantando un dedo—. Solo estamos limitados si dependemos del poder que nosotros mismos poseemos. Pero también está ese otro tipo de poder, el que nos dan. ¿Entiendes a qué me refiero cuando hablo de poder otorgado?
—¿Impuestos? —dije tras pensar un momento.
—Hummm —murmuró el maer, sorprendido—. De hecho, es un ejemplo bastante bueno. ¿Habías reflexionado mucho sobre este tema con anterioridad?
—Un poco —admití—. Pero nunca en estos términos.
—Es un asunto peliagudo —dijo él, complacido con mi respuesta—. ¿Qué poder crees que es mayor?
Solo tuve que pensar un segundo.
—El inherente, excelencia.
—Interesante. ¿Por qué lo dices?
—Porque un poder que posees tú mismo no te lo pueden quitar, excelencia.
—Ah. —Levantó un largo dedo como si fuera a prevenirme—. Pero ya hemos acordado que ese tipo de poder está muy limitado. El poder otorgado, en cambio, no tiene límites.
—¿Ninguno, excelencia?
—Bueno, muy pocos límites—concedió.
Yo seguía sin estar de acuerdo con él. El maer debió de notármelo en la cara, porque se inclinó hacia mí para explicármelo.

—Supongamos que tengo un enemigo joven y fuerte. Supongamos que me ha robado algo. Dinero, pongamos por caso. ¿Me sigues?
Asentí.
—Ningún entrenamiento me permitiría estar a la altura de un veinteañero belicoso. Así pues, ¿qué hago? Le pido a uno de mis jóvenes y fuertes amigos que vaya a darle un par de bofetadas. Con esa fuerza puedo lograr una proeza de la que de otro modo jamás sería capaz.
—Pero su enemigo podría abofetear a su amigo —objeté mientras doblábamos una esquina. Un emparrado en forma de arco convertía el sendero que teníamos delante en un túnel umbrío y frondoso.
—Supongamos que enviara a tres amigos a la vez —se corrigió el maer—. ¡De pronto me han otorgado la fuerza de tres hombres! Mi enemigo, aunque fuera muy fuerte, nunca podría superarlos.
»Mira qué selas. Tengo entendido que es dificilísimo cultivarlas.
Entramos en el túnel, donde cientos de pétalos de color rojo oscuro florecían a la sombra de las hojas que recubrían el arco. Se respiraba un aroma dulce y trémulo. Acaricié una de aquellas flores de color rojo oscuro y suavidad inefable. Pensé en Denna.
El maer retomó nuestra discusión.
—De todas formas, te desvías del tema. El préstamo de fuerza solo es un pequeño ejemplo. Ciertos tipos de poder únicamente pueden ser otorgados.
Hizo un gesto velado hacia un rincón del jardín.
—¿Ves al conde Farlend, ese de ahí? Si le preguntaras por su título, te diría que lo posee. Afirmaría que forma parte de él, tanto como su propia sangre. Que, de hecho, forma parte de su sangre. Cualquier noble diría lo mismo. Todos defenderían que su linaje los imbuye del derecho a dominar.
El maer me miró; sus ojos destellaban de jovialidad.
—Pero se equivocan. No es un poder inherente. Es otorgado. Yo podría arrebatarles sus tierras y dejarlos en la calle, sin nada.
Alveron me hizo una seña para que me acercara, y me incliné un poco.
—Voy a revelarte un gran secreto. Mi título, mi riqueza, mi control de las personas y las tierras también son poder otorgado. Ese poder no me pertenece más que la fuerza de tu brazo. —Me dio unas palmaditas en la mano y me sonrió—. Pero yo sé que existe esa diferencia, y por eso siempre tengo el control.
Se enderezó y siguió hablando en un tono de voz normal.
—Buenas tardes, conde. Un día precioso para salir a tomar el sol* ¿verdad?
—Sí, excelencia. Las selas están impresionantes. —El conde era un hombre corpulento, con los carrillos colgantes y mostacho—. ¡Lo felicito!
Cuando el conde hubo pasado de largo, Alveron continuó:
—¿Te has fijado? Me ha felicitado por las selas. A mí. Yo jamás he tocado un desplantador. —Me miró de soslayo con gesto de leve suficiencia—. ¿Todavía crees que el poder inherente es el mayor de los dos?
—Su argumento es persuasivo, excelencia —admití—. Sin embargo...
—Eres difícil de convencer. Está bien, te pondré un último ejemplo. ¿Estamos de acuerdo en que nunca podré dar a luz a un hijo?
—Sí, creo que esa es una afirmación prudente, excelencia.
—Sin embargo, si una mujer me otorga el derecho a tomarla en matrimonio, puedo tener un hijo. Mediante el poder otorgado, un hombre puede ser rápido como un caballo y fuerte como un búey. ¿Puede conseguir eso el poder inherente?
No podía rebatir su razonamiento.
—Me inclino ante sus argumentos, excelencia.

—Y yo me inclino ante tu sabiduría por aceptarlos. —Rió, y en ese mismo instante, el tañido de las campanas se extendió por el jardín—. Vaya —se lamentó el maer—. Debo ir a tomarme esa repugnante panacea, o Caudicus me torturará durante un ciclo. —Lo miré con gesto interrogante, y me explicó—: Ha descubierto, no sé cómo, que tiré la dosis de ayer al orinal.
—Debería preocuparse más por su salud, excelencia.
—No'te sobrepases—me espetó Alveron frunciendo el entrecejo.
Me sonrojé, avergonzado, pero antes de que pudiera disculparme, el maer me hizo callar con un ademán.
—Tienes razón, claro —dijo—. Conozco mi deber. Pero es que hablas igual que él, y ya tengo suficiente con un Caudicus.
Se interrumpió y saludó con una cabezada a una pareja qüe se acercaba. El hombre era alto y apuesto, algo mayor que yo. La mujer debía de estar en la treintena; tenía los ojos oscuros y una boca elegante y picara.
—Buenas tardes, lady Hesua. Espero que su padre siga mejorando.
—Ah, sí —repuso ella—. El cirujano cree que ya podrá levantarse antes de que termine el ciclo. —Me sostuvo la mirada unos instantes, y sus rojos labios esbozaron una sonrisa cómplice.
La pareja pasó de largo. Noté que sudaba un poco. Si se dio cuenta, el maer no hizo ningún comentario.
—Una mujer terrible. Cambia de pareja todos los ciclos. Su padre resultó herido en un duelo con el caballero Higton con motivo de un comentario «inapropiado». Un comentario cierto, pero eso no tiene mucha importancia una vez que se desenvainan las espadas.
—¿Qué fue del caballero?
—Murió al día siguiente. Es una lástima. Era un buen hombre, pero no sabía controlar su lengua. —Dio un suspiro y miró hacia la torre de la campana—. Como te decía, ya tengo bastante con un mé-dico. Caudicus me persigue como una gallina clueca. No soporto tomar medicinas cuando ya me estoy reponiendo.
Era verdad que el maer tenía mejor aspecto ese día. Durante nuestro paseo, no había necesitado descansar en mi brazo. Me daba la impresión de que solo se apoyaba en mí porque así tenía una excusa para hablarme en voz baja.
—Su mejoría parece prueba suficiente de que los cuidados de su médico sirven para curarlo —observé.
—Sí, sí. Sus potingues alejan mi enfermedad durante más o menos un ciclo. A veces, durante meses. —Dio un amargo suspiro—. Pero siempre regresa. ¿Tendré que pasarme el resto de la vida tomando pociones?
—Quizá llegue el día en que no sean necesarias, excelencia.
—Yo también abrigaba esa esperanza. En sus últimos viajes, Caudicus recogió unas hierbas que tenían un efecto maravilloso. Su último tratamiento me dejó curado durante casi un año. Creí que por fin me había liberado de mis dolencias. —El maer miró, ceñudo, su bastón —. Pero ya me ves.
—Si pudiera ayudarlo de alguna forma, excelencia, lo haría.
Alveron giró la cabeza y me miró a los ojos. Me sostuvo un momento la mirada y asintió con la cabeza.
—Te creo —dijo—. Es extraordinario.
Mantuvimos varias conversaciones parecidas. Comprendí que el maer trataba de familiarizarse conmigo. Gracias a la habilidad adquirida en cuarenta años de intrigas cortesanas, dirigía nuestras charlas con sutilidad para conocer mis opiniones y determinar si yo era digno de su confianza o no.
Pese a no tener la experiencia del maer, yo también era un buen conversador. Tenía mucho

cuidado con lo que respondía, y siempre era cortés. Al cabo de unos días empezó a surgir entre nosotros el respeto mutuo. No me habría atrevido a llamarlo amistad, que era lo que yo tenía con el conde Threpe. El maer nunca me animaba a no tener en cuenta su título ni a sentarme en su presencia, pero poco a poco íbamos intimando. A Threpe podía considerarlo mi amigo; el maer, en cambio, era como un abuelo distante: cordial, pero mayor, serio y reservado.
Tenía la impresión de que el maer se sentía solo, obligado a guardar las distancias con sus súbditos y con los miembros de su corte.
Llegué a sospechar que lo que le había pedido a Threpe era un acompañante. Una persona inteligente, pero apartada de la política de la corte, con la que pudiera mantener una conversación sincera de vez en cuando.
Al principio descarté esa idea, pero pasaban los días y el maer seguía sin mencionar qué utilidad había planeado darme.
Si hubiera tenido mi laúd, habría podido entretenerme, pero seguía en Bajo Severen, y faltaban siete días para que pasara a ser propiedad del empeñero. De modo que no había música, sino solo el eco de mis habitaciones y aquella[1]maldita e inútil inactividad.
A medida que se extendían los rumores sobre mí, varios miembros de la corte vinieron a visitarme. Algunos fingían darme la bienvenida. Otros no tenían reparo en admitir que solo querían chismorrear. Hasta sospeché haber sido objeto de un par de intentos de seducción, pero en esa época de mi vida entendía tan poco de mujeres que era inmune a esos juegos.
Un caballero incluso intentó pedirme prestado dinero, y tuve que contenerme para no reírme en sus narices.
Me contaban diferentes historias y empleaban diferentes grados de sutileza, pero todos venían por la misma razón: para recabar información sobre mí. Sin embargo, como el maer me había dado instrucciones de mostrarme reservado respecto a mí mismo, todas las conversaciones eran breves e insatisfactorias.
Bueno, todas menos una. La excepción confirma la regla.

57 Un puñado de hierro

Al cuarto día de mi llegada a Severen conocí a Bredon. Era temprano, pero ya estaba paseándome por mis habitaciones, a punto de enloquecer de aburrimiento. Había desayunado y todavía faltaba mucho para la hora de comer.

Ese día ya había tenido que lidiar con tres cortesanos que habían ido a sonsacarme información. Me ocupé de ellos con destreza, encallando nuestra conversación en cuanto se presentaba la oportunidad. ¿De dónde eres? Bueno, ya sabe usted. Viajo bastante. ¿Y tus padres? Sí, bueno. Tenía padres. Dos, un padre y una madre. ¿Qué te ha traído a Severen? Un coche de cuatro caballos. Aunque algunos tramos los hice a pie. Ya sabe, es bueno para los pulmones. Y ¿qué haces aquí? Mantener agradables conversaciones, por supuesto. Conocer a gente interesante. Ah, ¿sí? ¿A quién? Pues toda clase de personas. Incluido usted, lord Praevek. Es usted un hombre fascinante...

Cosas por el estilo. Hasta los chismosos más tenaces acababan cansándose y se marchaban al poco rato.

Lo peor era que, si el maer no me llamaba, esos breves intercambios eran lo más interesante del día. Hasta el momento habíamos conversado una vez durante un almuerzo ligero, tres veces durante unos breves paseos por el jardín, y una vez a última hora de la noche, cuando casi todas las personas sensatas ya estaban acostadas. En dos ocasiones el mensajero de Alveron me despertó de un sueño profundo antes de que las azules insinuaciones del amanecer empezaran a colorear el cielo.

Sé cuándo están poniéndome a prueba. Alveron quería comprobar si de verdad estaría disponible para él a cualquier hora del día o de la noche. Me observaba para ver si me impacientaba o me irritaba con sus caprichosas exigencias.Así que le seguí el juego. Me mostraba encantador e indefectiblemente cortés. Acudía cuando me llamaba y me marchaba en cuanto había terminado conmigo. No hacía preguntas impertinentes, no le pedía nada, y pasaba el resto del día rechinando los dientes, paseándome por mis amplias habitaciones y tratando de no pensar en cuántos días faltaban para que expirara el volante de mi laúd.

No es de extrañar que el cuarto día, al oír que llamaban a mi puerta, me abalanzara sobre ella. Confiaba en que el maer me hubiera mandado llamar, pero a esas alturas, cualquier distracción habría sido bienvenida.

Abrí la puerta y vi a un hombre mayor, un caballero hasta la médula. Su atuendo lo delataba, desde luego, pero lo más importante era que exhibía su riqueza con la cómoda indiferencia de quien la ha disfrutado desde su nacimiento. Los nobles advenedizos, los aspirantes y los comerciantes ricos no se desenvuelven de esa forma.

El valet de Alveron, por ejemplo, llevaba ropa más elegante que muchos aristócratas; pero pese a su seguridad en sí mismo, Stapes parecía un panadero engalanado para un día de fiesta.

Gracias a los sastres de Alveron, yo iba tan bien vestido como el que más. Los colores me favorecían: verde hoja, negro y granate, con adornos de plata en los puños y en el cuello. Sin embargo, a diferencia de Stapes, yo llevaba aquella ropa con la naturalidad de la nobleza. Cierto, los brocados me producían picor. Cierto, los botones, las hebillas y las innumerables capas hacían que los trajes resultaran tan incómodos como armaduras de cuero de mercenario. Pero me adaptaba a ellos como si fueran una segunda piel. Eran disfraces, y yo interpretaba mi papel como solo puede hacerlo un artista de troupe.

Como iba diciendo, abrí la puerta y vi a un anciano caballero de pie en el pasillo.

—Tú eres Kvothe, ¿verdad? —me dijo.
Asentí con la cabeza; me había cogido un poco desprevenido. En Vintas, la costumbre era enviar a un criado a concertar una cita. Ese mensajero llevaba una nota y un anillo con el nombre del noble grabado. Enviabas un anillo de oro para pedir una cita con un noble de rango superior al tuyo; de plata para alguien más o menos del mismo rango, y de hierro para alguien que estuviera por debajo de ti.
Yo no tenía rango, ni alto ni bajo. Carecía de título, tierras, familia y linaje. Era de la más humilde cuna, pero allí nadie lo sabía. Todos daban por hecho que el misterioso pelirrojo que se relacionabacon Alveron era de sangre noble, y mis, orígenes y mi posición eran tema de amplios debates.
Lo más importante era que, como no me habían presentado oficialmente en la corte, no tenía ningún rango oficial. Por lo tanto, todos los anillos que me enviaban eran de hierro. Y no se debe rechazar una petición enviada con un anillo de hierro, si no se quiere ofender a los superiores.
Por eso me sorprendió encontrar a aquel anciano caballero plantado en el umbral. Era evidente que era noble, pero ni lo habían anunciado ni había sido invitado.
—Puedes llamarme Bredon —dijo mirándome a los ojos—. ¿Sabes jugar a tak?
Negué con la cabeza; no sabía muy bien cómo interpretar aquello.
Bredon dio un breve suspiro de decepción.
—Bueno, puedo enseñarte. —Me acercó un saquito de terciopelo negro, y lo cogí con ambas manos. Parecía estar lleno de piedras pequeñas y lisas.
Bredon se volvió un poco e hizo una seña, y un par de jóvenes entraron en mí habitación con una mesita. Me aparté de su camino, y Bredon entró por la puerta detrás de sus sirvientes.
—Ponedla junto a la ventana —les ordenó señalando con su bastón—. Y acercad unas sillas... No, las de respaldo de rejilla.
Al cabo de un momento, todo estaba dispuesto a su entera satisfacción. Los dos criados se marcharon, y Bredon se volvió hacia mí con una mirada de disculpa.
—Espero que perdones a un anciano por hacer una entrada tan teatral.
—Por supuesto —dije con cortesía—:. Siéntese, por favor. —Señalé la mesita recién instalada junto a la ventana.
—Cuánto aplomo —dijo Bredon riendo entre dientes, y apoyó su bastón en el alféizar de la ventana. La luz del sol hizo brillar el puño de plata, que representaba una cabeza de lobo enseñando los dientes.
Bredon era anciano. No era un poco mayor, sino anciano como un abuelo. Sus únicos colores eran el gris ceniza y el carbón oscuro. Tenía el pelo y la barba completamente blancos, y cortados a la misma medida, enmarcándole el rostro. Allí sentado, escudriñándome con sus alegres ojos castaños, me recordó a un búho.
Me senté enfrente de él y me pregunté qué pensaba hacer Bredon para tratar de sonsacarme información. Me había traído un juego,¿so era evidente; quizá intentara conseguirlo mediante apuestas. Al menos, eso sería un enfoque nuevo.
Me sonrió. Fue una sonrisa sincera que le devolví sin darme cuenta.
—A estas alturas, ya debes de tener una bonita colección de anijjos —comentó.
Asentí con la cabeza.
Se inclinó hacia delante con curiosidad.
—¿Te molestaría mucho que les echara un vistazo?
—No, en absoluto. —Fui a la otra habitación y volví con un puñado de anillos que dejé encima de la mesita.
Bredon los examinó con curiosidad, asintiendo para sí.
—Veo que todos nuestros mejores chismosos han venido a verte. Veston, Praevek y

Temenlovy lo han intentado. —Arqueó las cejas al ver el nombre grabado en otro anillo—. Praevek, dos veces. Y ninguno ha conseguido sonsacarte nada. Ni siquiera el más leve susurro. —Me miró—. Eso significa que sabes estarte callado. Puedes estar tranquilo: no he venido aquí en un vano intento de arrancarte tus secretos.
No le creí del todo, pero era agradable oírlo.
—He de admitir que es un alivio para mí.
—Deberías saber —comentó como de pasada— que la costumbre es dejar los anillos en la entrada, cerca de la puerta. Se exhiben como señal de estatus.
Yo no lo sabía, pero no quise admitirlo. Si revelaba que no cono" cía las costumbres de la corte local, Bredon sabría que era extranjero o no pertenecía a la nobleza.
—El estatus no está en un puñado de hierro —dije sin darle importancia. El conde Threpe me había explicado lo esencial de los anillos antes de que me marchara de Imre, pero él no era de Vintas, y era evidente que no conocía todos los detalles.
—En eso hay parte de verdad —replicó Bredon con soltura—. Pero no toda la verdad. Los anillos de oro significan que quienes están por debajo de ti se esfuerzan por congraciarse contigo. La plata indica una sana relación con tus iguales. —Puso los anillos en fila sobre la mesa—. Sin embargo, el hierro significa que tieneis la atención de tus superiores. Indica que eres deseable.
—Claro —dije asintiendo lentamente con la cabeza—. Y todos los anillos que envíe el maer serán de hierro.
—Exactamente. Tener un anillo del maer es una señal de gran favor. —Empujó los anillos hacia mí por la superficie lisa de már-
mol—. Pero aquí no hay ningún anillo del maer, y eso también es significativo.
—Veo que conoce bien la política cortesana —observé.
Bredon cerró los ojos y, con gesto cansado, movió la cabeza afirmativamente.
—Cuando era joven, todo eso me gustaba mucho. Hasta tenía cierto poder por aquí. Pero actualmente ya no tengo intrigas que desarrollar. Y eso le quita la gracia a esas maniobras. —Volvió a mirarme a los ojos—. Ahora tengo gustos más sencillos. Viajo. Disfruto del buen vino y la buena conversación con gente interesante. Hasta estoy aprendiendo a bailar.
Volvió a sonreír, amable, y golpeó el tablero de la mesa con los nudillos.
—Pero lo que más me gusta es jugar a tak. Sin embargo, conozco a pocas personas con tiempo o talento suficientes para jugar bien a ese juego. —Me miró arqueando una ceja.
Titubeé un momento y repuse:
—Se diría que alguien tan diestro en el sutil arte de la conversación podría utilizar largas cháchara para recoger información de una víctima confiada.
Bredon sonrió.
—Por los nombres que veo en esos anillos, puedo asegurarte que solo has conocido a los cortesanos más chabacanos y codiciosos de esta corte. Es lógico que quieras proteger tus secretos, sean cuales sean. —Se inclinó hacia delante—. Pero piénsalo así: quienes te han visitado son como urracas. Graznan y baten las alas alrededor de ti, con la esperanza de arrancarte algo brillante que llevarse a casa. —Miró al techo con gesto de desdén—. ¿Qué conseguirían con eso? Un poco de notoriedad, supongo. Una breve elevación respecto a sus chismosos y chabacanos pares.
Se pasó una mano por la barba blanca antes de continuar:
—Yo no soy ninguna urraca. No necesito nada brillante, ni me importa lo que piensen los chismosos. Yo juego a un juego más largo y más sutil. —Empezó a soltar el cordón que cerraba la bolsa de terciopelo negro—. Eres un hombre inteligente. Lo sé porque el maer no pierde el tiempo con necios. Sé que o bien cuentas con el favor del maer, o tienes la oportunidad de ganarte ese favor. De modo que este es mi plan. —Volvió a sonreír con cordialidad—. ¿Quieres oírlo?

Le devolví la sonrisa sin proponérmelo, como había hecho antes.
—Se lo agradecería mucho.
—Mi plan consiste en ganarme tu favor ahora. Te seré útil y te distraeré. Te daré conversación y una forma de pasar el rato. —Derramó una serie de piedras redondas en el tablero de mármol de la mesita—. Luego, cuando tu estrella ascienda en el firmamento del maer, quizá me encuentre con un amigo inesperadamente útil. —Empezó a clasificar las piedras por colores—. Y si tu estrella nunca llega a ascender, ya habré ganado unas cuantas partidas de tak.
—Además, imagino que pasar unas horas conmigo no perjudicará su reputación —mencioné —. Dado que todas mis otras conversaciones han sido charlas insulsas que no se han prolongado más de un cuarto de hora.
—Sí, en eso también hay parte de verdad —convino él mientras empezaba a distribuir las piedras. Volvió a mirarme con sus risueños ojos castaños—. Sí, sí. Creo que voy a pasármelo bien jugando contigo.
Pasé las siguientes horas aprendiendo a jugar a tak. Aunque no hubiera estado a punto de enloquecer de aburrimiento, me habría gustado. El tak es el mejor de los juegos: de reglas sencillas y estrategia compleja. Bredon me ganó con facilidad las cinco partidas que jugamos, pero me enorgullece poder afirmar que nunca me venció dos veces de la misma manera.
Tras la quinta partida, Bredon se reclinó en el asiento y lanzó un suspiro de satisfacción.
—Esa ha sido una jugada aceptablemente buena. Has estado muy fino ahí, en ese rincón. —Agitó los dedos señalando el borde del tablero.
—Pero no lo suficientemente hábil.
—Sí, pero hábil. Lo que has intentado se llama «salto del arroyo», para tu información.
—Y ¿cómo se llama la jugada que ha hecho usted para librarse?
—Yo la llamo la «defensa Bredon» —contestó con una sonrisa desenfadada—. Pero es como llamo a cualquier maniobra cuando salgo de un aprieto jugando con una inteligencia inusual.
Me reí y empecé a separar de nuevo las piedras.
—¿Otra?
—¡Ay! Tengo una cita a la que no puedo faltar —dijo Bredon dando un suspiro—. No tengo que salir corriendo, pero tampoco tengo tiempo suficiente para jugar otra partida. Al menos, no para jugarla como es debido.
Me examinó con sus ojos castaños y empezó a guardar las piedras en el saquito de terciopelo.
—No voy a insultarte preguntándote si conoces las costumbres locales —me dijo—. Sin embargo, me ha parecido oportuno darte unos cuantos consejos, por si te son de alguna utilidad. —Me sonrió—. Lo mejor que puedes hacer es escucharlos, por supuesto. Si los rechazaras, revelarías tu conocimiento de estas materias.
—Sí, claro —dije con seriedad.
Bredon abrió el cajón de la mesita y sacó el puñado de anillos de hierro que había guardado allí para dejar libre el tablero.
—La presentación de los anillos revela mucho de uno. Si están revueltos en un cuenco, por ejemplo, significa desinterés por los aspectos sociales de la corte.
Colocó los anillos con los nombres grabados hacia mí,
—Expuestos cuidadosamente, demuestran que estás orgulloso de tus contactos. —Alzó la vista y sonrió—. Sea como sea, al recién llegado se lo suele dejar solo en el recibidor con algún pretexto. Así tiene ocasión de curiosear en tu colección para satisfacer su curiosidad.
Bredon encogió los hombros y empujó los anillos hacia mí.
—Siempre has insistido en que querías devolverle el anillo a su dueño —dijo cuidando de no

convertirlo en una pregunta.
—Por supuesto —contesté, y era verdad. Eso sí lo sabía Threpe.
—Eso es lo más educado.—Me miró; sus ojos se destacaban como los de un búho en medio del halo que formaban su pelo y su barba—. ¿Has llevado alguno en público?
Levanté ambas manos, desnudas.
—Llevar un anillo puede indicar una deuda, o que intentas conseguir el favor de alguien. —Me miró—. Si el maer declina recuperar el anillo que te ha enviado, es una señal de que quiere que vuestra relación sea un poco más formal.
—Y no llevar el anillo se interpretaría como un desaire—dije.
—Quizá —dijo Bredon con una sonrisa—. Una cosa es exhibir un anillo en tu recibidor, y otra muy diferente, exhibirlo en tu mano. Llevar puesto el anillo de un superior puede considerarse presuntuoso. Además, si llevaras puesto el anillo de otro noble mientras visitaras al maer, él podría tomárselo a mal. Como si alguien te hubiera cazado furtivamente en su bosque.
Se recostó en el respaldo de la silla.
—Te comento estas cosas por hablar de algo —prosiguió—, pero sospecho que ya conoces toda esta información, y que sencillamente dejas hablar a un anciano por educación.
—Quizá todavía no me haya recuperado de una serie de derrotas abrumadoras jugando a tak —repliqué.
Bredon quitó importancia a mi comentario con un ademán, y me fijé en que no llevaba ningún anillo en los dedos.
—Le has cogido el tranquillo enseguida, como un barón en un burdel, como suele decirse. Estoy seguro de que en un mes, más o menos, te convertirás en un rival decente.
—Espere y verá —dije—. E‘a próxima vez que juguemos, le ganaré.
Bredon rió.
—Me alegro de oírlo. —Se metió una mano en un bolsillo y sacó un saquito de terciopelo más pequeño—. También te he traído un pequeño obsequio.
—No es posible —dije—. Ya me ha proporcionado un buen rato de distracción por hoy.
—Por favor —dijo él empujando la bolsita por encima de la mesa—. Insisto. Te lo entrego sin compromiso, impedimento ni obligación. Es un regalo que te hago de buen grado.
Puse la bolsita boca abajo, y cayeron en la palma de mi mano tres anillos. De oro, de plata y de hierro. Todos tenían mi nombre grabado: Kvothe.
—Oí decir que habías perdido todo tu equipaje —comentó Bredon—. Y pensé que esto quizá te fuera útil. —Sonrió—. Sobre todo, si pretendes volver a jugar a tak.
Hice rodar los anillos en mi mano mientras me preguntaba si el de oro sería macizo o simplemente bañado.
—Y ¿qué anillo debería enviar a mi nuevo amigo si deseara su compañía?
—Bueno —dijo Bredon, pensativo—, es complicado. Con mi precipitada e indecorosa irrupción en tus habitaciones, he descuidado las presentaciones formales y no te he informado de mi título ni de mi posición. —Sus ojos castaños escudriñaron los míos con seriedad.
—Y sería tremendamente grosero por mi parte que yo le preguntara esas cosas —dije despacio, sin estar muy seguro de a qué jugaba Bredon.
Bredon asintió.
—Así que, de momento —dijo—, debes suponer que no tengo ni título ni posición. Eso nos coloca en una situación curiosa: tú llegas a la corte sin anunciarte, y yo me presento en tus habitaciones sin anunciarme. Por lo tanto, lo más adecuado sería que me enviaras un anillo de plata si, en el futuro, quieres compartir conmigo una Comida o perder con elegancia otra partida de tak.
Hice girar el anillo de plata con los dedos. Si se lo enviaba, se extendería el rumor de que

afirmaba tener un rango más o menos equivalente al de Bredon, y yo no tenía ni idea de cuál era ese rango.
—¿Qué dirá la gente? —pregunté.
—Eso, qué dirán —dijo él, risueño.
Transcurrían los días. El maer volvió a llamarme y mantuvimos más conversaciones atentas y corteses. Los nobles-urracas siguieron enviándome tarjetas y anillos, y recibieron rechazos educados.
Bredon era el único que me libraba de enloquecer de aburrimiento en mi encierro. Al día siguiente le envié mi nuevo anillo de plata con una tarjeta que rezaba: «Cuando le convenga. En mis habitaciones». Llegó cinco minutos más tarde con su mesita de tak y su bolsita de piedras. Me devolvió el anillo, y yo lo acepté con toda la elegancia que pude. No me habría importado que se lo quedara pero, como Bredon sabía bien, aquel era el único que tenía.
Nuestra quinta partida se vio interrumpida cuando me llamó el maer; su anillo de hierro reposaba, oscuro, en la brillante bandeja de plata del mensajero. Le pedí disculpas a Bredon y me apresuré a salir a los jardines.
Esa noche, Bredon me envió su anillo de plata y una tarjeta con este mensaje: «Después de cenar. En tus habitaciones». Escribí «Encantado» en la misma tarjeta y se la envié.
Cuando llegó, le ofrecí su anillo. Él declinó educadamente, y lo puse con los otros en el cuenco, junto a mi puerta. Y allí se quedó, donde pudieran verlo todos: de reluciente plata entre un puñado de hierro.

58 Cortejo

El maer llevaba dos días sin llamarme.
Estaba atrapado en mis habitaciones, muerto de aburrimiento y de fastidio. Lo peor era que no sabía por qué el maer no me llamaba. ¿Estaría ocupado? ¿Lo habría ofendido? Pensé enviarle una tarjeta con el anillo de oro que me había regalado Bredon. Pero si Alveron estaba poniendo a prueba mi paciencia, eso podía ser un grave error.
Pero estaba impaciente. Había ido allí a conseguir un mecenas, o como mínimo ayuda para investigar a los Amyr. De momento, lo único que había conseguido con el tiempo que había estado al servicio del maer era un trasero plano como una tabla. De no ser por Bredon, juro que me habría vuelto loco.
Por si fuera poco, solo faltaban dos días para que mi laúd y el precioso estuche de Denna pasaran a ser propiedad de otra persona. Yo había confiado en que a esas alturas ya me habría ganado la confianza del maer lo suficiente para poder pedirle el dinero que necesitaba para desempeñarlos. Quería que él estuviera en deuda conmigo, y no al revés. Cuando le debes algo a un miembro de la nobleza, es muy difícil librarte de esa deuda.
Pero si debía tomar como indicación el hecho de que Alveron no me hubiera llamado, todo apuntaba a que estaba lejos de contar con su favor. Me estrujé la memoria tratando de recordar qué podía haber dicho durante nuestra última conversación que lo hubiera ofendido.
Acababa de sacar una tarjeta del cajón y estaba pensando cómo podía pedirle dinero al maer sin parecer grosero cuando llamaron a la puerta. Creí que me traían la comida un poco más pronto de lo habitual, y le grité al chico que la dejara encima de la mesa.
Hubo un silencio significativo que me hizo salir de mi ensueño.Corrí hacia la puerta y me sorprendí al ver al valet del maer, Stapes, de pie en el umbral. Hasta entonces, el maer siempre había utilizado a un mensajero para llamarme.
—El maer quiere verlo —dijo. Me fijé en que Stapes parecía abatido. Tenía los ojos fatigados, como si no hubiera dormido suficiente.
—¿En el jardín?
—En sus aposentos —contestó Stapes—. Lo acompañaré hasta allí.
Si había que dar crédito a los cortesanos chismosos, Alveron casi nunca recibía visitas en sus aposentos. Seguí a Stapes sintiéndome aliviado. Cualquier cosa era mejor que esperar.
Alveron estaba recostado sobre almohadones en su gran lecho de plumas. Parecía más pálido y más delgado que la última vez que lo había visto. Seguía teniendo los ojos limpios y penetrantes, pero detecté algo nuevo en ellos, una emoción dura.
Señaló una butaca.
—Pasa, Kvothe. Siéntate. —Tenía la voz más débil, pero todavía transmitía autoridad. Me senté junto a su cama, e intuí que no era momento para agradecerle ese privilegio.
—¿Sabes cuántos años tengo, Kvothe? —preguntó sin preámbulos.
—No, excelencia.
—¿A ti qué te parece? ¿Qué edad aparento? —Volví a percibir esa emoción dura que había visto en sus ojos y la identifiqué: era ira. Una ira lenta y ardiente, como el rescoldo bajo una fina capa de ceniza.
Pensé deprisa buscando la mejor respuesta. No quería arriesgarme a ofender al maer, pero los halagos lo irritaban, a menos que se los hicieras con una sutileza y una habilidad consumadas.
Mi último recurso, entonces. La sinceridad.
—Cincuenta y uno, excelencia. Quizá cincuenta y dos.

Asintió lentamente, y su ira pareció desvanecerse como un trueno a lo lejos.
—Nunca le preguntes tu edad a una persona más joven que tú. Tengo cuarenta, y cumplo años el ciclo que viene. Pero tienes razón. Aparento cincuenta. Hay quienes dirían incluso que has sido generoso. —Distraído, alisó la colcha con las manos—. Es terrible envejecer antes de tiempo.
Hizo una mueca de dolor y tensó los músculos. Duró un instante; luego el maer inspiró hondo. Una fina capa de sudor le cubría la cara.
—No sé cuánto rato podré seguir hablando contigo. Hoy no me encuentro muy bien.
—¿Quiere que vaya a buscar a Caudicus, excelencia? —pregunté poniéndome en pie.
—No —me espetó—. Siéntate.
Obedecí.
—Esta maldita enfermedad ha ido ganando terreno en el último mes, añadiéndome años y haciéndome sentirlos. Me he pasado la vida ocupándome de mis tierras, pero he descuidado un asunto. No tengo familia ni heredero.
—¿Está pensando en casarse, excelencia?
—Por fin ha saltado el rumor, ¿no? —dijo hundiéndose en las almohadas.
—No, excelencia. Lo he deducido por lo que me ha ido diciendo en nuestras conversaciones.
Me lanzó una mirada penetrante.
—¿En serio? ¿Lo has deducido? ¿No has oído rumores?
—En serio, excelencia. Circulan rumores, a cortiplén, si me disculpa el juego de palabras.
—¿A cortiplén? Esa es buena. —Esbozó una tenue sonrisa.
—Pero casi todos se refieren a cierto visitante misterioso llegado del oeste. —Hice una pequeña reverencia sin levantarme de la butaca—. No dicen nada de bodas. Todos lo ven a usted como el soltero por excelencia.
—Ah —repuso el maer, y el alivio se reflejó en su semblante—. Lo era, lo era. Mi padre intentó casarme cuando era más joven. Por entonces yo estaba empeñado en no tomar esposa. Ese es otro problema del poder. Si tienes demasiado, la gente no se atreve a hacerte reparar en tus errores. El poder puede ser terrible.
—Me lo imagino, excelencia.
—Te elimina muchas opciones —continuó—. Te ofrece muchas oportunidades, pero al mismo tiempo te quita otras. Mi situación es difícil, por no decir algo peor.
A lo largo de mi vida he pasado hambre demasiadas veces para sentir una gran compasión por la nobleza. Pero vi al maer tan pálido y debilitado, allí tumbado, que sentí una pizca de lástima por él.
—¿En qué consiste esa situación, excelencia?
Alveron intentó incorporarse en las almohadas.
—Si decido casarme, tiene que ser con la mujer adecuada. Alguien de una familia con una posición elevada, como la mía. Y no solo eso, sino que no puede ser un matrimonio de conveniencia. La mujer debe ser bastante joven para... —carraspeó produciendo un ruido como de papel arrugado— producir un heredero. Varios, a ser posible. —Me miró—. ¿Empiezas a ver dónde está el problema?
Asentí con la cabeza.
—Sí, excelencia. Al menos, el contorno. ¿Cuántas jóvenes hay que cumplan esas condiciones?
—Muy pocas —contestó Alveron, y un vestigio del antiguo fuego volvió a aparecer en su voz—. Pero no puede ser una de las jóvenes que el rey tiene bajo su control. Fichas canjeables con las que se sella un tratado. Mi familia ha luchado para conservar nuestros poderes plenarios desde la fundación de Vintas. No pienso negociar con ese cerdo de Roderic por una esposa. No le cederé ni una pizca de poder.
—¿Cuántas mujeres hay que estén fuera del control del rey, excelencia?

—Una. —La palabra cayó como un peso de plomo—. Y eso no es lo peor. Esa mujer es perfecta en todos los sentidos. Su familia es respetable. Tiene educación. Es joven. Hermosa. —Esa última palabra pareció dolerle—. La persigue una bandada de cortesanos enamorados, jóvenes fuertes con miel en la lengua. La desean por diversas razones: su apellido, sus tierras, su inteligencia.—Hizo una larga pausa—. ¿Cómo crees que reaccionará al cortejo de un anciano enfermo que camina ayudándose con un bastón, si es que camina? —Hizo una mueca, como si esas palabras tuvieran un gusto amargo.
—Pero sin duda, su posición...
El maer levantó una mano y me miró fijamente a los ojos.
—¿Te casarías con una mujer a la que hubieras comprado?
Agaché la cabeza.
—No, excelencia.
—Yo tampoco. La idea de utilizar mi posición para persuadir a esa muchacha a casarse conmigo es... de mal gusto.
Nos quedamos callados un momento. Miré por la ventana y vi dos ardillas que se perseguían alrededor del alto tronco de un fresno.
—Excelencia, si tengo que ayudarlo a cortejar a esa dama... —Noté el calor de la ira del maer antes de volverme hacia él y verle la cara—. Le pido disculpas, excelencia. Me he sobrepasado.
—¿Es otra de tus deducciones?—Sí, excelencia.
Me pareció que el maer luchaba consigo mismo un momento. Entonces suspiró, y la tensión que reinaba en el aposento se redujo.
—Soy yo quien debe pedirte disculpas. Este dolor me atenaza y me pone de muy mal humor, y no tengo por costumbre discutir sobre asuntos personales con desconocidos, y mucho menos dejar que especulen sobre mí. Dime el resto de eso que has deducido. Sé descarado si es necesario.
Me tranquilicé un poco.
—Deduzco que quiere ustéd casarse con esa mujer. Para cumplir su deber, básicamente, pero también porque la ama.
Hubo otra pausa, no tan incómoda como la anterior, pero tensa de todas formas.
—Amor —dijo el maer lentamente— es una palabra que utilizan a menudo los estúpidos. Ella es digna de amor, eso sin duda. Y siento cariño por ella. —Parecía incómodo—. No diré más. —Se volvió hacia mí—. ¿Puedo contar con tu discreción?
—Por supuesto, excelencia. Pero ¿por qué motivo se muestra tan reservado?
—Prefiero actuar cuando yo lo decida. Los rumores nos obligan a actuar antes de que estemos preparados, o arruinan una situación antes de que haya madurado por completo.
—Lo entiendo. ¿Cómo se llama la dama?
—Meluan Lackless —dijo el maer pronunciando el nombre con cuidado—. Muy bien, he descubierto por mí mismo que eres encantador y educado. Es más, el conde Threpe me ha asegurado que eres un excelente compositor e intérprete de canciones. Eso era exactamente lo que yo necesitaba. ¿Quieres ponerte a mi servicio en ese sentido? .
—¿Para qué piensa utilizarme exactamente su excelencia? —pregunté con cierta vacilación.
El maer me miró con escepticismo.
—Creía que a una persona con tanta facilidad para la deducción le parecería obvio.
—Sé que desea usted cortejar a la dama, excelencia. Pero no sé cómo. ¿Quiere que le redacte un par de cartas? ¿Que le escriba canciones? ¿Que trepe hasta su balcón a la luz de la luna para dejar flores en el antepecho de su ventana? ¿Que baile con ella oculto tras una máscara, haciéndome pasar por usted? —Esbocé una sonrisa—. Le advierto que no soy un gran bailarín, excelencia.
Alveron soltó una sonora y sincera carcajada, pero pese al alegre sonido, me fijé en que reír

le producía dolor.
—Yo había pensado en las dos primeras cosas, más bien —admitió, y volvió a recostarse en las almohadas. Le pesaban los párpados.
Asentí.
—Necesitaré saber algo más sobre ella, excelencia —dije—. Cortejar a una mujer sin conocerla sería algo peor que una estupidez.
Alveron asintió con gesto cansado.
— Caudicus te proporcionará la información necesaria. Sabe mucho de la historia de las familias. La familia es la base que sustenta a un hombre. Si tienes que cortejarla, necesitarás saber cuáles son sus orígenes. —Me hizo señas para que me acercara y me tendió un anillo de hierro; le temblaba el brazo por el esfuerzo de mantenerlo en alto—. Enséñale esto a Caudicus para que sepa que te he enviado yo.
Me apresuré a coger el anillo.
—¿Sabe Caudicus que tiene intenciones de casarse con esa dama?
—¡No! —Alveron abrió los ojos de golpe—. ¡No hables de esto con nadie! Invéntate alguna excusa para hacer preguntas. Ve a buscarme la medicina.
Se tumbó y cerró los ojos. Al marcharme le oí decir con voz débil:
—A veces no lo dan conscientemente. A veces no lo dan voluntariamente. Sin embargo… todo poder.
—Sí, excelencia —dije, pero el maer ya se había sumido en un sueño irregular antes de que yo saliera de la habitación.

59 Propósito

Al dejar los aposentos del maer me planteé si debía enviarle antes a Caudicus un mensajero con mi tarjeta y un anillo, pero descarté esa idea. Dado que le estaba haciendo un mandado al maer, podía infringir el protocolo.

Gracias a la rumorología, sabía que el arcanista de Alveron formaba parte de la corte del maer desde hacía más de doce años. Pero aparte de eso y de que vivía en una de las torres meridionales del palacio, no tenía ni idea de qué podía esperar de él.

Llamé a la gruesa puerta de madera.

—Un momento —respondió una voz débil. Oí que descorrían el cerrojo, y al abrirse la puerta vi a un hombre delgado con la nariz alargada y aguileña y el pelo negro y rizado. Llevaba una prenda larga y oscura que me recordó vagamente a las túnicas de los maestros—. ¿Sí?

—¿Puedo robarle un momento de su tiempo, señor? —dije con un nerviosismo no del todo fingido.

El hombre me miró de arriba abajo, fijándose en mi elegante atuendo.

—No preparo filtros de amor. Esas cosas puedes encontrarlas en Bajo Severen.—La puerta empezó a cerrarse poco a poco—. Aunque si quieres saber mi opinión, creo que tendrías más éxito con unos pasos de baile y unas rosas.

—He venido por otra cosa —me apresuré a decir—. Dos, de hecho. Una para el maer y otra para mí. —Levanté la mano y le mostré el anillo de hierro que tenía en la palma, con el nombre de Alveron grabado con oro brillante.

La puerta dejó de cerrarse.

—En ese caso, será mejor que entres —dijo Caudicus.

La habitación parecía una Universidad en miniatura, contenida en una sola estancia. La iluminaba el familiar resplandor rojizo de unas lámparas simpáticas, y había estantes de libros, mesas atiborradas de recipientes retorcidos de vidrio y, al fondo, medio escondido por la pared curva de la torre, me pareció entrever un pequeño horno.

—¡Dios mío! —exclamé tapándome la boca con una mano—. ¿Qué es eso, un dragón? —Señalé un enorme cocodrilo disecado que colgaba de una de las vigas del techo.

Debéis comprender que algunos arcanistas son más territoriales que los tiburones, sobre todo los que han conseguido adquirir una buena posición en la corte, como en aquel caso. Yo no sabía cómo podía reaccionar Caudicus ante la aparición en su territorio de un joven aspirante a arcanista, de modo que decidí que lo más prudente era interpretar el papel de joven noble simpático y corto de luces, que no entrañaba ninguna amenaza.

Caudicus cerró la puerta y rió por lo bajo.

—No. Es un caimán. Te aseguro que es inofensivo.

—¡Qué susto me ha dado! —dije—. ¿Para qué sirve?

—¿Quieres saber la verdad? —Lo miró—. No lo sé muy bien. Pertenecía al arcanista que vivió aquí antes que yo. Me pareció una pena tirarlo. Es un espécimen impresionante, ¿no crees?

—Sí —dije mirándolo con nerviosismo.

—¿Cuál es ese asunto que has mencionado? —Señaló una butaca ancha y mullida y se sentó en otra parecida que había enfrente—. Me temo que solo dispongo de unos minutos para ti; luego debo seguir con mis ocupaciones. De momento mi tiempo es tuyo... —Dejó la frase en el aire, interrogante.

Estaba convencido de que Caudicus sabía perfectamente quién era yo: el joven misterioso con quien últimamente se reunía el maer. Imaginé que sentía tanta curiosidad como los demás por saber qué hacía en Severen.

—Kvothe —dije—. De hecho, la medicina del maer no es el único motivo de mi visita. —Vi aparecer una fina arruga de irritación entre las cejas de Caudicus y me apresuré a corregir lo que pudiera estar pensando—. Vengo de hablar con el maer. —Hice una pausa para indicar que estaba injustificadamente orgulloso de ello—. Y me ha pedido si podía llevarle su medicina cuando hubiera terminado de hablar con usted.
La arruga desapareció.
—Desde luego —dijo Caudicus con naturalidad—. Así no tendré que ir hasta sus aposentos. Pero ¿de qué querías hablar conmigo?
—Verá —dije inclinándome hacia delante e insuflándole emoción a mi voz—, estoy realizando una investigación sobre la historia de las familias nobles de Vintas. Quiero escribir un libro.
—¿Una genealogía? —Vi cómo el aburrimiento empezaba a nublar los ojos del arcanista.
—No, no. Ya existen muchas genealogías. Yo pensaba en una colección de historias relacionadas con las grandes familias. —Me sentía muy orgulloso de esa mentira. Además de justificar mi curiosidad por la familia de Meluan, explicaba por qué pasaba tanto tiempo con el maer—. La Historia tiende a ser un poco árida, pero a todo el mundo le gusta oír una buena historia.
—Una idea inteligente —concedió Caudicus asintiendo con la cabeza—. Podría ser un libro interesante.
—Quiero escribir un breve prefacio histórico sobre cada familia, a modo de introducción de las historias recopiladas. El maer me comentó que usted es toda una autoridad en familias antiguas, y dijo que le gustaría que viniera a visitarlo.
El cumplido tuvo el efecto deseado, y Caudicus se hinchó ligeramente.
—No sé si debo considerarme una autoridad —dijo con falsa modestia—. Aunque algo tengo de historiador. —Me miró arqueando una ceja—. Debes comprender que seguramente las propias familias serían una mejor fuente de información.
—Sí, eso podría pensarse —dije mirándolo de soslayo—. Pero las familias suelen mostrarse reacias a compartir sus historias más interesantes.
Caudicus sonrió abiertamente.
—Sí, imagino que sí. —Entonces la sonrisa se borró de sus labios, y, con seriedad, añadió—: Pero yo no conozco ninguna historia de esa clase relacionada con la familia del maer.
—¡Ah, no, no! —Agité enérgicamente las manos—. El maer es un caso especial. Jamás se me ocurriría... —Dejé la frase sin terminar y tragué saliva ostensiblemente—. Yo confiaba en que usted pudiera iluminarme en relación a la familia Lackless. No sé prácticamente nada de ellos.
—¿En serio? —repuso Caudicus, sorprendido—. Ya no son lo que eran, pero constituyen un tesoro escondido lleno de historias. —Se quedó con la mirada perdida y se dio unos golpecitos en los labios con las yemas de los dedos—. A ver qué te parece esto. Te haré un resumen de su historia, y puedes volver mañana para seguir hablando de ellos. Ya casi es la hora de la medicina del maer, y no debería retrasarse.
Se levantó y empezó a arremangarse la camisa.
—Puedo contarte lo que tengo más a mano en la memoria, si no te importa que divague un poco mientras preparo la medicina del maer.
—Nunca he visto cómo se prepara una poción —dije con entusiasmo—. Si cree que eso no lo distraerá...
—En absoluto. Podría prepararla dormido. —Se puso detrás de una mesa de trabajo y encendió un par de velas de llama azul. Me mostré debidamente impresionado, aunque sabía que aquellas velas solo servían para alardear.
Caudicus puso un pellizco de hojas secas desmenuzadas en una pequeña báscula de mano y lo pesó.
—¿Tienes algún inconveniente en incluir rumores en tu investigación?

—No, si son interesantes.
Caudicus guardó silencio mientras medía cuidadosamente una pequeña cantidad de líquido transparente de una botella con tapón de cristal.
—Según tengo entendido, la familia Lackless tiene una reliquia. Bueno, no es exactamente una reliquia, sino un objeto antiguo que se remonta a los orígenes de su linaje.
—Eso no tiene nada de especial. Todas las familias antiguas tienen reliquias.
—Cállate—replicó Caudicus, irritado—. No se trata solo de eso. —Vertió el líquido en un cuenco de plomo poco hondo, con sencillos símbolos grabados en la parte exterior. El líquido borboteó y siseó, desprendiendo un débil olor acre.
Trasvasó el líquido al cazo suspendido sobre las velas. Añadió la hoja seca, un pellizco de otra cosa y una medida de polvo blanco. Agregó unas gotas de un fluido que deduje que debía de ser simple agua, lo removió y lo vertió por un filtro en un frasco de cristal transparente que tapó con un tapón de corcho.
Me mostró el resultado para que lo viera: un líquido claro de color ámbar, con un tinte ligeramente verdoso.
—Aquí lo tienes. Recuérdale que debe bebérselo todo.
Cogí el frasco, que estaba caliente.
—¿Qué era esa reliquia?
Caudicus se lavó las manos en una jofaina de porcelana y las agitó para secarlas.
—He oído que en las partes más antiguas de las tierras de los Lackless, en la parte más antigua de su ancestral propiedad, hay una puerta secreta. Una puerta sin pomo ni bisagras. —Me miró para asegurarse de que le prestaba atención—. No hay forma de abrirla. Está cerrada, pero paradójicamente no tiene cerradura. Nadie sabe qué hay al otro lado.
Apuntó con la barbilla al frasco que yo tenía en la mano.
—Ahora llévale eso al maer. Le hará más efecto si se lo bebe mientras está caliente. —Me acompañó hasta la puerta—. Vuelve mañana. —Sonrió con complicidad—. Sé una historia sobre los Menebra que te dejará el pelo blanco.
—Ah, no. Investigo a las familias de una en una —dije, pues no quería arriesgarme a que me enredara en interminables habladurías de la corte—. Dos, como mucho. Ahora investigo a los Alveron y a los Lackless. No puedo empezar con una tercera familia. —Compuse una sonrisa boba—. Me haría un lío.
—Es una pena—repuso Caudicus—. Verás, yo viajo bastante. Muchos nobles están ansiosos por hospedar al arcanista del maer. —Me lanzó una mirada maliciosa—. De ese modo, me entero de cosas interesantes. —Abrió la puerta—. Piénsalo. Y pasa a verme mañana. Seguiremos hablando de los Lackless, como mínimo.
Llegué ante las puertas de los aposentos del maer antes de que el frasco se hubiera enfriado. Stapes me abrió la puerta y me guió hasta las cámaras privadas del maer.
El maer Alveron dormía en la misma postura en que yo lo había dejado. Cuando Stapes cerró la puerta detrás de mí, el maer abrió un ojo y, sin fuerzas, me hizo señas para que me acercara.
—Te has tomado tu tiempo —me recriminó.
—Excelencia, yo...
Volvió a hacerme señas, esa vez con más ímpetu.
—Dame la medicina —dijo con voz pastosa—. Y luego márchate. Estoy cansado.
—Me temo que lo que tengo que decirle es importante, excelencia.
Abrió los dos ojos, y volví a ver en ellos aquella ira abrasadora.
—¿Qué pasa?—me espetó.
Me acerqué a un lado de la cama y me incliné sobre el maer. Antes de que él pudiera protestar por mi falta de decoro, le cuchicheé al oído:
—Excelencia, Caudicus lo está envenenando.

60 La herramienta de la sabiduría

Al oír mis palabras, el maer abrió mucho los ojos, y luego los entrecerró. Pese a su estado de debilidad, Alveron conservaba su agudeza.
—Has hecho bien al hablarme al oído y en voz baja —dijo—. Estás pisando terreno peligroso. Pero habla, te escucho.
—Excelencia-,sospecho que en su carta Threpe no mencionó que, además de músico, soy alumno de la Universidad.
El maer me miró sin comprender.
—¿Qué universidad?
—La Universidad, excelencia —dije—. Soy miembro del Arcano.
—Eres demasiado joven para hacer semejante afirmación —repuso Alveron frunciendo el entrecejo—. Y ¿por qué dejaría de mencionarlo Threpe en su carta?
—Usted no buscaba un arcanista, excelencia. Y en Vintas, esos estudios están un tanto estigmatizados. —Era lo más parecido a la verdad que podía decir: que los vínticos son supersticiosos hasta la idiotez.
El maer parpadeó lentamente, y su expresión se endureció.
—Está bien —dijo—. Si eres lo que dices, haz alguna obra de magia.
—Todavía no soy un arcanista plenamente capacitado, excelencia. Pero si quiere ver una demostración... —Miré las tres lámparas que bordeaban las paredes, me chupé los dedos, me concentré y así la mecha de la vela que el maer tenía en la mesilla de noche.
La habitación se quedó a oscuras, y oí que el maer aspiraba bruscamente por la boca. Saqué mi anillo de plata, y al cabo de un momento empezó a brillar emitiendo una luz azulada. Se me enfriaron las manos, pues no tenía otra fuente de calor que mi propio cuerpo.
—Con eso ya basta —dijo e! i maer. Su voz no delató ni pizca de turbación.
Crucé la habitación y abrí los postigos de las ventanas. La luz del sol inundó la habitación. Percibí el aroma de las flores de selas, y oí el trino de los pájaros.
—Siempre he pensado que tomar el aire es bueno para las dolencias del cuerpo, aunque haya quienes discrepen -“—dije sonriendo.
El maer no me devolvió la sonrisa.
—Sí, sí. Eres muy listo. Ven aquí y siéntate. —Acerqué una silla a la cama de Alveron—. Ahora, explícate.
—Le he dicho a Caudicus que estoy recopilando historias sobre las familias de la nobleza — dije—. Es una excusa útil, porque también explica por qué he pasado tanto tiempo con usted.
El maer mantuvo una expresión adusta. Vi que el dolor enturbiaba brevemente su mirada, como cuando una nube pasa por delante del sol.
—Demostrarme que eres un mentiroso excelente no te granjeará mi confianza.
Empezó a formárseme un nudo frío en el estómago. Había dado por hecho que el maer aceptaría la verdad más fácilmente.
—Permítame matizar, excelencia. Le he mentido a él y le estoy diciendo la verdad a usted. Como me ha tomado por un joven noble ocioso, Caudicus me ha dejado mirar mientras preparaba su medicina. —Levanté el frasco de color ámbar. La luz se descompuso en arcos iris al chocar contra el cristal.
Alveron seguía sin inmutarse. La confusión y el dolor nublaban sus ojos, normalmente claros.
—Te pido que me des pruebas y tú me cuentas una historia. Caudicus es mi fiel sirviente

desde hace doce años. Sin embargo, tendré presente lo que me has dicho. —El tono en que lo dijo indicaba que lo tendría muy poco en cuenta. Extendió una mano para que le entregara el frasco.
Sentí nacer dentro de mí una llama de ira que me ayudó a aliviar el frío temor que se estaba instalando en mis entrañas.
—¿Su excelencia necesita pruebas?
—¡Quiero mi medicina! —me espetó—. Y quiero dormir. Haz el favor de...
—Excelencia, puedo...
—¿Cómo osas interrumpirme? —Alveron intentó incorporarse en la cama y, furioso, me gritó —: ¡Has ido demasiado lejos! Márchate ahora mismo, y quizá me planteé mantenerte a mi servicio.—Temblaba de rabia, y seguía extendiendo una mano hacia el frasco.
Hubo un momento de silencio. Le tendí el frasco, pero antes de que el maer pudiera cogerlo, dije:
—Últimamente vomita un líquido blanco y lechoso.
Aumentó la tensión del ambiente, pero el maer se quedó inmóvil al oír mis palabras.
—Nota la lengua hinchada y pesada. Tiene la boca seca y con un gusto extraño e intenso. Tiene antojos de comer dulces, azúcar. Se despierta por las noches y no puede moverse ni hablar. Tiene parálisis, cólicos y un pánico irracional.
Mientras yo hablaba, el maer fue apartando lentamente la mano del frasco. Ya no estaba lívido de rabia. Su mirada reflejaba inseguridad, casi miedo, pero volvía a tener los ojos claros, como si el temor hubiera despertado una cautela hasta entonces dormida.
—Eso te lo ha dicho Caudicus —dijo el maer, pero no parecía nada convencido.
—¿Acaso cree que Caudicus comentaría los detalles de su enfermedad con un desconocido? —pregunté con una pizca de ironía—. A mí me preocupa su vida, excelencia. Si debo infringir las normas del decoro para salvarla, lo haré. Si me da dos minutos para hablar, le ofreceré las pruebas que me pide.
Alveron asintió despacio.
—No afirmaré que conozca perfectamente este preparado —dije señalando el frasco—. Pero sé que lo que está envenenándolo es el plomo. Eso explica la perlesía y los dolores musculares y de las visceras. Los vómitos y la parálisis.
—No he tenido parálisis.
—Hummm. —Lo miré de arriba abajo con mirada crítica—. Es una suerte. Pero esta pócima contiene algo más que plomo. Supongo que también contiene una cantidad considerable de ófalo, que no es exactamente venenoso.
—Entonces, ¿qué es?
—Más que una medicina, es una droga.
—¿En qué quedamos, es droga o medicina?
—¿Alguna vez ha tomado láudano, excelencia?
—Una vez, cuando era joven. Me rompí una pierna y el dolor no me dejaba dormir.
—El ófalo es una droga parecida, pero suele evitarse su administración, puesto que es muy adictiva. —Hice una pausa—. También se llama resina de denner.
Al oír eso, el maer palideció, y en ese instante, sus ojos se volvieron casi completamente transparentes. Todo el mundo había oído hablar de los comedores de denner.
—Supongo que Caudicus lo añadió porque no se tomaba usted la medicina con regularidad —especulé—. El ófalo le haría desearla, y al mismo tiempo aliviaría sus dolores. También explicaría los antojos de azúcar, los sudores y los sueños extraños que haya tenido. ¿Qué más habrá puesto? —Cavilé un momento—. Seguramente, punturradícula o mannum para que no vomitara demasiado. Muy listo. Horrible y listo.
—No tan listo. —El maer compuso una sonrisa rígida—. No ha conseguido matarme.
Vacilé un momento y decidí decirle la verdad.

—Matarlo habría sido fácil, excelencia. Caudicus habría podido disolver suficiente plomo para matarlo en este frasco. —Lo levanté y lo acerqué a la luz—. Lo difícil es poner la cantidad de plomo suficiente para hacerle enfermar sin matarlo ni paralizarlo por completo.
—¿Por qué? ¿Por qué querría envenenarme, sino para matarme?
—Estoy seguro de que su excelencia tendrá mejor suerte resolviendo ese acertijo. Usted sabe más que yo de intrigas políticas.
—¿Por qué querría envenenarme? —El maer parecía sinceramente desconcertado—. Le pago con esplendidez. Es un miembro muy respetado de la corte. Tiene libertad para realizar sus propios proyectos y para viajar cuando se le antoje. Lleva doce años viviendo aquí. ¿Porqué ahora?—Sacudió la cabeza—. No, no tiene sentido.
—¿Por dinero? —sugerí—. Dicen que todo hombre tiene un precio.
El maer siguió meneando la cabeza, y de pronto alzó la vista.
—No. Ahora me acuerdo. Enfermé mucho antes de que Caudicus empezara a tratarme. —Se detuvo para reflexionar—. Sí, exacto. Acudí a él para ver si tenía algún tratamiento para mi enfermedad. Los síntomas que has mencionado no aparecieron hasta meses después de que él empezara a medicarme. No pudo ser él.
—El plomo a pequeñas dosis actúa despacio, excelencia. Si Caudicus tenía intención de envenenarlo, no le convenía que usted empezara a vomitar sangre diez minutos después de tomarse su medicina. —De pronto recordé con quién estaba hablando—. No me he expresado con delicadeza, excelencia. Le ruego que me disculpe.
El maer aceptó mis disculpas con una inclinación de cabeza.
—Casi todo lo que dices se acerca demasiado a la verdad para que yo lo ignore. Sin embargo, no puedo creer que Caudicus hiciera una cosa semejante.
—Podemos hacer una prueba, excelencia.
Me miró.
—¿Qué clase de prueba?
—Ordene que traigan media docena de pájaros a sus aposentos. Los sorbicuelos serían ideales.
—¿Sorbicuelos?
—Unas avecillas pequeñas —levanté una mano con los dedos pulgar e índice separados unos cinco centímetros—, de plumaje amarillo y rojo brillante. Abundan en sus jardines. Se beben el néctar de las flores de selas.
—Ah. Nosotros los llamamos zunzún.
—Mezclaremos su medicina con el néctar que se beben los pájaros, a ver qué pasa.
El rostro del maer se ensombreció.
—Si como dices, el plomo actúa lentamente, eso podría llevarnos meses. No estoy dispuesto a prescindir de mi medicina durante meses basándome en una fantasía tuya sin confirmar.
—Su mal genio volvió a arder llegando casi hasta la superficie de su voz.
—Esas avecillas pesan mucho menos que usted, excelencia, y su metabolismo es mucho más rápido. Deberíamos obtener resultados al cabo de un día, dos a lo sumo. —O eso esperaba yo.
El maer lo tomó en consideración.
—Muy bien —dijo, y levantó una campanilla que tenía en la mesilla de noche.
Me apresuré a hablar antes de que el maer pudiera hacerla sonar.
—¿Puedo pedirle a su excelencia que invente alguna razón por la que necesita esos pájaros? No estará de más que seamos cautos.
—Conozco a Stapes de toda la vida —dijo el maer con firmeza, dirigiéndome una mirada afilada—. Confío en él en todo lo relacionado con mis tierras, mi caja de caudales y mi vida. No quiero oírte insinuar siquiera que no sea absolutamente digno de mi confianza. —Su voz denotaba una fe inquebrantable.

Bajé la mirada.
—Sí, excelencia.
Hizo sonar la campanilla, y apenas habían pasado dos segundos cuando el corpulento valet abrió la puerta.
—¿Sí, señor?
—Stapes, echo de menos mis paseos por los jardines. ¿Podrías traerme media docena de zunzunes?
—¿Zunzunes, señor?—Sí —confirmó el maer como si encargara el almuerzo—. Son unas criaturillas preciosas. Creo que oírlos me ayudará a dormir.
—Veré lo que puedo hacer, señor. —Antes de cerrar la puerta, Stapes me miró con cara de pocos amigos.

Cuando la puerta se hubo cerrado, miré al maer.
—¿Puedo preguntarle por qué, excelencia?

—Para que Stapes no tenga que mentir. Ese don no lo tiene. Además, lp que has dicho es cierto: la cautela es siempre la herramienta de la sabiduría.

Vi que una fina capa de sudor le cubría la cara.
—Si no me equivoco, excelencia, esta va a ser una noche difícil.

—Últimamente todas las noches son difíciles —repuso él con amargura—. ¿Por qué iba a ser esta peor que la anterior?
—Por el ófalo, excelencia. Su cuerpo lo ansia. Dentro de un par de días ya habrá pasado lo peor, pero hasta entonces sentirá... molestias considerables.

—Explícate mejor.

—Tendrá dolor en la mandíbula y la cabeza, sudores, náuseas, calambres y espasmos, sobre todo en las piernas y en la parte baja de la espalda. Quizá pierda el control de los esfínteres, y tendrá periodos alternos de vómitos y sed intensa.—Me miré las manos—.Lo siento, excelencia.
Cuando terminé mi descripción, Alveron tenía muy mala cara, pero asintió con la cabeza y, con dignidad, dijo:

—Prefiero saberlo.

—Hay algunas cosas que pueden hacer que esas molestias resulten más tolerables, excelencia.

—¿Como qué?—dijo con interés.

—El láudano, por ejemplo. En pequeñas cantidades, para aliviar el ansia del cuerpo. Y otras cosas cuyos nombres no tienen importancia. Puedo hacer una mezcla para prepararle una infusión. Otro problema es que seguirá teniendo una cantidad considerable de plomo

acumulado en su organismo, y que este no lo eliminará por sí solo.

Eso pareció alarmarlo más que todo lo que le había dicho hasta entonces.
—¿No lo eliminaré sin más?
Negué con la cabeza.
—Los metales son venenos insidiosos. Quedan atrapados en el cuerpo. El plomo solo puede filtrarse con ayuda.

El maer frunció el ceño.
—¿Con ayuda? Maldita sea. Odio las sanguijuelas.
—Era una forma de hablar, excelencia. En estos tiempos, solo los imbéciles y los charlatanes utilizan sanguijuelas. Tenemos que extraer el plomo de su organismo. —Me planteé decirle la verdad: que lo más probable era que jamás se librara por completo de él; pero decidí reservarme esa información.
—¿Puedes conseguirlo?
Me quedé pensando un buen rato.
—Seguramente soy su mejor opción, excelencia. Estamos muy lejos de la Universidad. Dudo mucho que haya uno entre diez médicos de por aquí con una preparación decente, y no sé quiénes de ellos conocen a Caudicus. —Seguí pensando y sacudí la cabeza—. Se me ocurren cincuenta personas más capacitadas para este trabajo, pero todas están a más de mil kilómetros de aquí.
—Te agradezco tu sinceridad.
—Casi todo lo que necesito puedo conseguirlo en Bajo Severen. Sin embargo... —Dejé la frase en el aire con la esperanza de que el maer entendiera lo que quería decir y me ahorrara el bochorno de tener que pedirle dinero.
Pero Alveron se quedó mirándome sin comprender.
—Sin embargo, ¿qué?
—Necesitaré dinero, excelencia. Esos ingredientes que preciso no son fáciles de conseguir.
—Ah, claro. —Sacó una bolsa y me la dio. Me sorprendió un poco descubrir que el maer tenía al menos una bolsa bien provista de monedas al alcance de la mano. De pronto recordé el sermón que le había soltado a un sastre en Tarbean, años atrás. ¿Qué le había dicho? ¿Un caballero nunca debe separarse de su bolsa? Reprimí una inoportuna carcajada.
Stapes regresó al poco rato. En una exhibición sorprendente de inventiva, presentó al maer una docena de sorbicuelos en una pajarera con ruedas del tamaño de un armario.
—Caramba, Stapes —exclamó el maer cuando su valet entró por la puerta con aquella jaula de malla fina—. Te has superado a ti mismo.
—¿Dónde quiere que la ponga, señor?
—Déjala ahí mismo, de momento. Ya le pediré a Kvothe que la mueva.
Stapes se mostró ligeramente ofendido.
—No me importa hacerlo.
—Ya sé que lo harías de buen grado, Stapes. Pero preferiría que fueras a buscarme una jarra de zumo de manzana. Creo que le sentará bien a mi estómago.
—Por supuesto. —Stapes salió apresuradamente por la puerta y la cerró.
En cuanto se cerró la puerta, me acerqué a la jaula. Los pajaritos, brillantes como piedras preciosas, revoloteaban de una percha a otra a una velocidad asombrosa.
—Qué bonitos son —oí que decía el maer—. De niño me fascinaban. Recuerdo que pensaba que debía de ser maravilloso alimentarse únicamente de azúcar.
Atados a la parte exterior de la pajarera había tres bebederos, unos tubos de cristal llenos de agua azucarada. Dos tenían un pequeño pitorro con forma de flor de selas, y el tercero

imitaba la estilizada forma de un lirio. Aquellas aves eran la mascota perfecta para la nobleza. ¿Quién más podía permitirse el lujo de darle azúcar a su mascota todos los días?
Desenrosqué la parte superior de los bebederos y vertí una tercera parte de la medicina del maer en cada uno de ellos. Le mostré el frasco vacío a Alveron y pregunté:
—¿Qué hace normalmente con los frascos?
Él mismo lo dejó en la mesilla, junto a su cama.
Me quedé junto a la jaula hasta que vi que uno de los pájaros volaba hasta un bebedero y sorbía de él.
—Si le dice a Stapes que quiere alimentarlos usted mismo, ¿cree que se abstendrá de hacerlo él?
—Sí. Siempre obedece mis instrucciones.
—Estupendo. Deje que vacíen los bebederos antes de volver a llenarlos. Así ingerirán mejor la dosis, y veremos los resultados más deprisa. ¿Dónde quiere que ponga la pajarera?
El maer miró alrededor con lentitud.
—Junto a la cómoda del salón —dijo por fin—. Así podré verla desde aquí.
Hice rodar la jaula a la habitación de al lado. Cuando volví, encontré a Stapes sirviéndole un vaso de zumo de manzana al maer.
Saludé a Alveron con una reverencia.
—Con su permiso, excelencia.
El maer me despidió con un ademán y dijo:
—Kvothe volverá un poco más tarde, Stapes. Déjalo pasar, aunque esté durmiendo.Stapes hizo un gesto afirmativo con la cabeza y volvió a lanzarme una mirada de desaprobación.
—Es posible que me traiga unas cosas. Te ruego que no lo comentes con nadie.
—Si necesita algo, señor...
Alveron sonrió, cansado.
—Sé que lo harías, Stapes. Solo intento utilizar al chico para algo. Prefiero tenerte cerca. —Alveron aplacó a su valet dándole unas palmaditas en el brazo. Salí de la habitación.
Mi excursión a Bajo Severen se prolongó mucho más de lo necesario. Aunque me irritara, era un retraso forzoso. Mientras recorría las calles de la ciudad, me había fijado en que me seguían.
No me sorprendió. Había comprobado que en la corte del maer abundaban los entrometidos, y suponía que un par de criados caminarían a hurtadillas detrás de mí para enterarse de qué recados había ido a hacer a Bajo Severen. Como ya he dicho, a esas alturas los miembros de la corte del maer sentían una gran curiosidad por mí, y no tenéis ni idea de hasta dónde podía llegar un noble aburrido para husmear en los asuntos de otras personas.
Si bien no me preocupaban lo más mínimo los rumores en sí, era consciente de que sus efectos podían ser catastróficos. Si Caudicus se enteraba de que había ido de compras a las boticas después de visitar al maer, ¿qué medidas tomaría? Cualquiera que estuviera dispuesto a envenenar al maer no dudaría en deshacerse de mí.
Así pues, para no levantar sospechas, lo primero que hice cuando llegué a Severen fue cenar. Me zampé un buen estofado caliente con pan de campo. Estaba harto de comida elegante que para cuando llegaba a mis habitaciones se había quedado tibia.
Después compré dos petacas, como las que se usan normalmente para el brandy. A continuación pasé media hora relajándome, viendo cómo una pequeña troupe itinerante representaba el final de El fantasma y la pastora en una esquina. No eran Edena Ruh, pero no lo hacían nada mal. La bolsa del maer fue generosa con ellos cuando pasaron la gorra.
Finalmente busqué una botica bien abastecida. Compré varias cosas al azar, fingiendo nerviosismo. Cuando ya tenía todo lo que necesitaba y algunas cosas que no, pregunté al dueño qué le aconsejaría tomar a un hombre que tuviera... ciertos problemas... en la alcoba.

El boticario, muy serio, me recomendó varias cosas sin inmutarse. Compré un poco de cada una, y entonces fingí un torpe intento de amenazarlo y sobornarlo para que guardara silencio. Cuando salí de la botica, el dueño se sentía insultado y sumamente irritado. Si alguien le hacía preguntas, sin duda alguna le contaría la historia de un caballero muy maleducado interesado en remedios para la impotencia. No era una versión que estuviera deseando añadir a mi reputación, pero por lo menos contribuiría a que Caudicus no llegara a saber que había comprado láudano, ortiga muerta, bitófola y otras drogas igualmente sospechosas.

Por último, recuperé mi laúd de la casa de empeños, un día antes de vencer el plazo. Con eso, la bolsa del maer quedó casi vacía, pero era mi último recado. Cuando llegué a los pies del Tajo, empezaba a ponerse el sol.

Para ir de Alto Severen a Bajo Severen y viceversa solo había unas pocas opciones. La más corriente eran las dos escaleras estrechas excavadas en la pared del precipicio. Eran viejas y desmoronadizas, y tenían tramos muy estrechos; pero eran gratis, y por lo tanto, el camino que solían utilizar los ciudadanos de Bajo Severen.

Aquellos a quienes no les entusiasmaba la idea de subir sesenta metros de estrechos escalones tenían otras opciones. Un par de antiguos alumnos de la Universidad manejaban unos montacargas. No eran arcanistas, sino tipos inteligentes que sabían suficiente simpatía e ingeniería para encargarse de la tarea, en realidad bastante rutinaria, de subir y bajar carromatos y caballos por el Tajo sobre una gran plataforma de madera.

A los pasajeros les cobraban un penique para subir y medio penique para bajar, aunque a veces tenías que esperar a que algún comerciante terminara de cargar o descargar sus mercancías antes de que el montacargas pudiera hacer el viaje.

Los nobles no utilizaban los montacargas. El recelo típicamente víntico hacia todas las cosas remotamente arcanas les hacía utilizar los elevadores. Se trataba de unas cabinas tiradas por veinte caballos enganchados a una compleja serie de poleas. Los elevadores eran un poco más rápidos, y un viaje costaba un sueldo de plata. Lo mejor era que, aproximadamente una vez al mes, algún joven noble borracho se caía de ellos y se mataba, contribuyendo a su popularidad al demostrar la alcurnia de su clientela.

Como el dinero que llevaba en la bolsa no era mío, decidí utilizar los elevadores.Me puse en la cola detrás de cuatro caballeros y una dama, esperé a que descendiera la cabina, entregué mi fino sueldo de plata y embarqué.

La cabina no era más que una caja con las paredes abiertas y con una barandilla de latón alrededor del borde. Unas gruesas cuerdas de cáñamo atadas a las esquinas le daban cierta estabilidad, pero cualquier movimiento brusco la hacía oscilar de forma alarmante. Un chico elegantemente vestido subía y bajaba con cada grupo de pasajeros y se encargaba de abrir la puerta e indicar por señas a los encargados de manejar los caballos, que estaban arriba, cuándo tenían que empezar a tirar.

Los nobles tienen la costumbre de colocarse de espaldas a Severen cuando van en los elevadores. Quedarse mirando embobado era propio de la plebe. Como no me importaba demasiado lo que pudieran pensar los nobles de mí, me puse junto a la barandilla frontal. A medida que ascendíamos, mi estómago hacía cosas muy extrañas.

Vi extenderse Severen a lo bajo. Era una ciudad antigua y orgullosa. La gran muralla que la rodeaba hablaba de un pasado turbulento. El hecho de que estuviera perfectamente conservada en aquellos tiempos de paz decía mucho del maer. Las tres puertas estaban vigiladas, y se cerraban todas las noches, a la puesta de sol.

El elevador siguió subiendo, y pude distinguir claramente las diferentes partes de Severen, como si estuviera viéndolas en un mapa. Había un barrio rico, con parques y jardines, donde los edificios eran de ladrillo y de piedra vieja. Estaba el barrio pobre, de callejuelas estrechas y retorcidas, donde los tejados eran de brea y de tejas planas de madera. A los

pies del precipicio, una cicatriz negra marcaba el paso de un incendio por la ciudad en el pasado, dejando poco más que el esqueleto calcinado de los edificios.
El trayecto llegó a su fin antes de lo que me habría gustado. Dejé que desembarcaran los otros pasajeros y me incliné sobre la barandilla para contemplar la ciudad desde las alturas.
—¿Señor? —dijo cansinamente el chico encargado de acompañar a los pasajeros—. Todos abajo.
Me volví, salí del elevador y vi a Denna delante de la cola para entrar.
Antes de que pudiera hacer otra cosa que mirarla embobado, ella se dio la vuelta y me vio. Su rostro se iluminó. Gritó mi nombre, corrió hacia mí y, antes de que me diera cuenta, la tenía acurrucada contra el pecho. La abracé y apoyé la mejilla contra su oreja. Encajábamos como dos bailarines, como si hubiéramos practicado aquel abrazo un millar de veces. Denna era cálida y suave.
—¿Qué haces aquí? —me preguntó. El corazón le latía deprisa, y yo lo notaba estremecerse contra mi pecho.
Denna se separó de mí, y me quedé allí plantado, mudo. Entonces me fijé en que tenía un cardenal en un pómulo; debía de ser antiguo, porque ya estaba amarillento. Aun así, Denna era la cosa más hermosa que yo había visto desde hacía dos meses y en mil quinientos kilómetros a la redonda.
—¿Y tú?—repliqué—. ¿Qüé haces aquí?
Denna rió con su risa vibrante y estiró un brazo para posar la mano sobre el mío. Entonces miró más allá de mi hombro, y su rostro se ensombreció.
—¡Espera! —le gritó al chico, que ya estaba cerrando la puerta del elevador—. Si no cojo ese, llegaré tarde —me dijo, compungida; pasó a mi lado y montó dentro—. ¡Búscame!
El chico cerró la puerta, y se me hundió el corazón en el pecho al ver que el elevador iniciaba el descenso.
—¿Dónde tengo que buscarte? —Me acerqué al borde del Tajo y vi que Denna descendía y se alejaba más y más.
Ella miraba hacia arriba; el blanco de su cara se destacaba contra la oscuridad, y su cabello apenas se distinguía de las sombras nocturnas.
—En la segunda calle al norte de la Calle Mayor: Hojalateros.
Las sombras la engulleron, y de pronto me quedé solo. El aroma de Denna todavía me envolvía, y su calor empezaba a desaparecer de mis manos. Aún notaba el temblor de su corazón, como un pájaro enjaulado batiendo las alas contra mi pecho.

61 Ortiga Muerta

Después de mi excursión a Severen, dejé el estuche del laúd en mi habitación y me dirigí tan deprisa como pude a los aposentos de Alveron. Stapes no se alegró de verme, pero me hizo pasar con la misma eficiencia de siempre.

Encontré a Alveron tumbado en la cama, aletargado y empapado de sudor, en medio de un revoltijo de sábanas. Hasta entonces no me fijé en lo mucho que había adelgazado. Tenía los brazos y las piernas flacos y nervudos, y su tez había pasado del blanco al gris. Cuando entré en la habitación, me miró con odio.

Stapes le arregló un poco las sábanas al maer y lo ayudó a incorporarse y recostarse en las almohadas. El maer soportó estoicamente esas atenciones, y entonces dijo «Gracias, Stapes», dándole a entender que debía salir de la habitación. El valet se marchó sin darse ninguna prisa, y tuvo tiempo de sobra para lanzarme una mirada claramente hostil.

Me acerqué a la cama del maer y saqué varios artículos de los bolsillos de mi capa.

—He encontrado todo lo imprescindible, excelencia, aunque me habría gustado comprar algunas cosas más. ¿Cómo se encuentra?

Alveron me lanzó una mirada que hablaba por sí sola.

—Has tardado una eternidad. Ha venido Caudicus.

—¿Qué ha pasado? —pregunté conteniendo la ansiedad.

—Me ha preguntado cómo me encontraba, y le he dicho la verdad. Me ha examinado los ojos y la garganta y me ha preguntado si había vomitado. Le he dicho que sí, y que quería más medicina y que me dejaran solo. Se ha marchado y me ha enviado más poción.

—¿Se la ha bebido?—pregunté, aterrado.

—Si llegas a tardar un poco más, me la habría bebido, y al infierno con tus cuentos de hadas. —Sacó otro frasco de debajo de la almohada—. No veo qué mal podría hacerme, puesto que ya me siento morir. —Me lo lanzó, furioso.

—Creo que conseguiré que se sienta mejor, excelencia. Recuerde que esta noche será la más difícil. Mañana pasará un mal día. Pero después de eso, todo irá bien.

—Si vivo para contarlo —refunfuñó el maer.

Solo era la queja de un enfermo irascible, pero reflejaba mis pensamientos con tanta precisión que noté un escalofrío. Hasta ese momento no me había planteado que el maer podía morir pese a mi intervención. Pero al verlo tan frágil, gris y tembloroso, comprendí que quizá no pasara de esa noche.

—Primero esto, excelencia —dije, y le mostré la petaca.

—¿Brandy? —dijo con velado optimismo. Negué con la cabeza y destapé la botella. Al oler su contenido, el maer arrugó la nariz y se hundió en las almohadas—. Por los dientes de Dios. Como si morir no fuera suficiente. ¿Aceite de hígado de bacalao?

Asentí sin inmutarme.

—Dé dos buenos tragos, excelencia. Esto es parte de su cura.

Alveron no hizo ademán de beber.

—Nunca he podido tolerarlo, y últimamente vomito hasta el té. No voy a tomarme la molestia de bebérmelo solo para marearme y arrojarlo.

Asentí con la cabeza y volví a tapar la botella.

—Le daré algo para remediar eso—dije. En la mesilla de noche había un jarro de agua, y empecé a prepararle una infusión.

Alveron estiró el cuello con dificultad para ver qué hacía.

—¿Qué estás poniendo ahí?

—Una cosa para evitar que tenga náuseas, y otra para ayudar a que su organismo elimine el veneno. Un poco de láudano para aliviar las ansias. Y té. ¿Toma usted azúcar, excelencia?
—Normalmente no. Pero supongo que sin azúcar sabrá a agua de ciénaga.
Añadí una cucharada, removí y le acerqué la taza.
—Tú primero —dijo Alveron. Me miró, pálido y demacrado, con sus afilados y grises ojos. Esbozó una sonrisa terrible.
Vacilé, pero solo un instante.
—A la salud de su excelencia —dije, y di un buen trago. Hice una mueca y añadí otra cucharada de azúcar—. Tenía usted razón, excelencia. Sabe a agua de ciénaga.
Alveron cogió la taza con ambas manos y empezó a beber dando sorbos cortos pero decididos.
—Espantoso —se limitó a decir—. Pero es mejor que nada. ¿Sabes lo horroroso que es tener sed y no poder beber por temor a vomitar? Es algo que no le deseo ni a un perro.
—Espere un poco antes de terminárselo —le advertí—. Dentro de unos minutos le habrá calmado el estómago.
Fui a la otra habitación y vertí el contenido del nuevo frasco de medicina en los bebederos de los zunzunes. Me tranquilizó comprobar que todavía bebían el néctar mezclado con la medicina, pues me preocupaba que pudieran evitarlo debido al cambio de sabor o a algún instinto natural de supervivencia.
También me preocupaba la posibilidad de que el plomo no fuera venenoso para los sorbicuelos. Me preocupaba que pudieran tardar un ciclo en mostrar sus efectos, y no unos días. Me preocupaba el mal genio del maer. Me preocupaba su enfermedad. Me preocupaba la posibilidad de estar equivocado respecto a todas mis suposiciones.
Volví junto al maer y lo encontré con la taza vacía en las manos. Le preparé una segunda taza, parecida a la primera, y él se la bebió deprisa. Luego nos quedamos callados unos quince minutos.
—¿Cómo se encuentra, excelencia?
—Mejor —admitió de mala gana. Detecté cierto embotamiento en su voz—. Mucho mejor.
—Debe de ser el láudano —comenté—. Pero su estómago ya debería de estar calmado. —Cogí la botella de aceite de hígado de bacalao—. Dos buenos tragos, excelencia.
—¿De verdad que no hay otro remedio? —preguntó el maer, asqueado.
—Si tuviera acceso a las boticas que hay cerca de la Universidad, podría buscarle algo más agradable, pero de momento esto es lo único que puedo ofrecerle.
—Prepárame otra taza de té para ayudarme a tragarlo. —Cogió la botella, dio dos sorbitos y me la devolvió haciendo una mueca de asco.
Suspiré por dentro.
—Si va a bebérselo a sorbitos, nos pasaremos toda la noche así. Dos buenos tragos, como los que dan los marineros para beberse el whisky barato.
El maer me miró con mala cara.
—No me hables como si fuera un crío.—Pues entonces, compórtese como un hombre —dije con brusquedad; lo dejé anonadado, porque se quedó mudo—. Dos tragos cada cuatro horas. Así, se habrá terminado la botella mañana por la mañana.
Entrecerró sus grises ojos con aire amenazador.
—Permíteme recordarte con quién estás hablando.
—Estoy hablando con un enfermo que no quiere tomarse la medicina —dije desapasionadamente.
Vi arder la ira tras los ojos del maer, adormecidos por el láudano.
—Medio litro de aceite depescado no es una medicina —dijo entre dientes—. Es una exigencia cruel e irrazonable. Lo que me estás pidiendo es sencillamente imposible.
Le lancé mi mirada más fulminante y le quité la botella de las manos. Sin apartar la vista de

sus ojos, me bebí todo el contenido. Un trago tras otro de aceite pasó por mi gaznate mientras le sostenía la mirada al maer. Vi cómo su expresión pasaba del enfado al asco, y acababa en mudo respeto. Puse la botella boca abajo, pasé un dedo por el interior del cuello y me lo chupé.
Saqué la otra petaca del bolsillo de mi capa. '
—Esta iba a ser su dosis de mañana, pero tendrá que tomársela esta noche. Si lo prefiere, puede dar un trago cada dos horas. —Se la acerqué sin dejar de mirarlo a los ojos.
Alveron cogió la botella sin rechistar, dio dos buenos tragos y tapó la botella con decisión. Con los nobles, el orgullo siempre funciona ^ mejor que la razón.
Metí la mano en uno de los bolsillos de mi bonita capa granate y saqué el anillo del maer.
—Antes se me ha olvidado devolverle esto, excelencia. —Le ofrecí el anillo.
Estiró una mano para cogerlo, pero se detuvo.
—Quédatelo, de momento —dijo—. Supongo que te lo has ganado.
—Gracias, excelencia —dije cuidando de mantener una expresión serena. Alveron no me estaba invitando a llevar su anillo, pero que me permitiera quedármelo suponía un gran paso adelante en nuestra relación. No sabía si conseguiría que el maer tuviera éxito cortejando a lady Lackless, pero ese día lo había impresionado.
Le puse más infusión en la taza y decidí terminar de darle las instrucciones aprovechando que todavía me prestaba atención.
—Debe terminarse toda la infusión esta noche, excelencia. Pero recuerde que es lo único que podrá beber hasta mañana. Cuando en-
víe a buscarme, le prepararé más. Esta noche debe intentar ingerir todo el líquido que pueda. Leche, por ejemplo. Añádale un poco de miel y le costará menos tragarla.
El maer asintió; me pareció que se estaba quedando dormido. Sabía lo mal que lo iba a pasar esa noche, y decidí dejarlo tranquilo. Recogí mis cosas y salí del dormitorio.
Stapes me esperaba en las habitaciones exteriores. Le comenté que el maer dormía, y le dije que no tirara el té de la tetera, pues su excelencia se lo pediría cuando despertara.
La mirada que me lanzó Stapes cuando salí por la puerta no fue meramente fría, como lo había sido antes. Era una mirada de odio, prácticamente venenosa. Cuando el valet cerró la puerta detrás de mí, comprendí lo que debía de parecerle todo aquello. Debía de pensar que me estaba aprovechando del maer en aquellos momentos de debilidad.
Hay muchísima gente así en el mundo, médicos itinerantes sin escrúpulos que se aprovechan del miedo de quienes están gravemente enfermos. El mejor ejemplo es Ortiga Muerta, el vendedor de pociones de Tres peniques por un deseo. Quizá sea uno de los personajes más odiados del teatro, y no hay ningún público que no aplauda cuando ponen a Ortiga Muerta en la picota, en el cuarto acto.
Sin olvidar eso, empecé a pensar en lo frágil y gris que había visto al maer. Cuando vivía en Tarbean, había visto morir a jóvenes sanos por síndrome de abstinencia de ófalo, y el maer ni era joven ni estaba sano.
¿A quién culparían si moría? Desde luego, no a Caudicus, su fiel consejero. Ni a Stapes, su querido valet...
A mí. Me culparían a mí. Su estado había empeorado poco después de mi llegada. No tenía ninguna duda de que Stapes se apresuraría a recordar a todos que yo había estado a solas con el maer en sus aposentos. Que le había preparado una infusión justo antes de que el maer pasara una noche terrible.
Me considerarían, con suerte, un joven Ortiga Muerta. Y sin suerte, un asesino.
En eso iba pensando mientras volvía a mis habitaciones por los pasillos del palacio del maer; solo me detuve una vez para asomarme por una de las ventanas que daban a Bajo Severen y vomitar medio litro de aceite de hígado de bacalao.

62 Crisis

A la mañana siguiente fui a Bajo Severen antes de que saliera el sol.
Desayuné huevos con patatas mientras esperaba a que abriera alguna botica. Cuando terminé, compré un litro más de aceite de hígado de bacalao y unas cuantas cosas más en las que no había caído el día anterior.
Luego recorrí toda la calle de los Hojalateros con la esperanza de tropezarme con Denna, pese a que era demasiado temprano para que ella estuviera levantada y paseando. Los carromatos y los carros de los granjeros competían por el espacio en las calles adoquinadas. Los mendigos ambiciosos trataban de apoderarse de las esquinas más concurridas mientras los tenderos abrían los postigos de sus tiendas y colgaban sus letreros.
Conté veintitrés posadas y pensiones en la calle de los Hojalateros. Tras tomar nota de las que me pareció que Denna encontraría más atractivas, volví al palacio del maer. Esa vez subí en el montacargas, en parte para confundir a cualquiera que me estuviera siguiendo, pero también porque la bolsa que me había dado el maer estaba casi vacía.
Como necesitaba aparentar normalidad, me quedé en mis habitaciones esperando a que el maer me llamara. Le envié mi tarjeta y mi a aillo a Bredon, y al poco rato lo tenía sentado enfrente de mí, dándome una paliza en una partida de tak y contándome historias.
—... y el maer lo hizo colgar en una jaula. Junto a la puerta Este. Se pasó días allí colgado, aullando y maldiciendo. Decía que era inocente. Decía que no era justo y que quería un juicio.
—¿En una jaula? —dije sin poder dar crédito a lo que oía.
—Sí, una jaula de hierro —confirmó Bredon—. Quién sabe dónde la encontraría en estos tiempos. Parecía sacada de una obra de teatro.
Pensé qué podía decir sin comprometerme. Pese a que sonaba grotesco, no quería criticar abiertamente al maer.
—Bueno —dije—, el bandidaje es algo terrible.
Bredon fue a poner una piedra sobre el tablero, pero se lo pensó mejor.
—Hubo mucha gente que pensó que todo aquello era...—carraspeó— de mal gusto. Pero nadie lo dijo en voz alta, no sé si me explico. Fue muy truculento. Pero el maer consiguió lo que quería.
Decidió, por fin, dónde quería colocar su piedra, y seguimos jugando un rato en silencio.
—Qué raro —comenté—. El otro día me encontré a una persona que no sabía qué categoría tenía Caudicus en la corte.
—Pues a mí no me sorprende mucho —repuso Bredon. Señaló el tablero—. El intercambio de anillos se parece mucho al tak. Aparentemente, las reglas son sencillas. En la práctica, resultan bastante complicadas. —Colocó otra piedra y sonrió; alrededor de sus oscuros ojos aparecieron pequeñas arrugas—. De hecho, el otro día tuve que explicarle las complejidades de esa costumbre a un extranjero que no estaba familiarizado con ella.
—Fue usted muy amable.
—A simple vista parece sencillo —dijo Bredon tras aceptar mi agradecimiento con una inclinación de cabeza—. Un barón está por encima de un baronet. Pero a veces, el dinero joven vale más que la sangre vieja. A veces, el control de un río es más importante que el número de soldados que puedas llevar a la batalla. A veces una persona es, en realidad, más que una persona, técnicamente hablando. El conde de Svanis también es, gracias a una extraña herencia, el vizconde de Tevn. Un solo hombre, pero dos entidades políticas diferentes.

—Una vez mi madre me contó que conocía a un hombre que se debía fidelidad a sí mismo —dije sonriendo—. Tenía que pagarse una parte de sus propios impuestos todos los años, y en caso de que se sintiera amenazado, había tratados vigentes que exigían que se proporcionara a sí mismo apoyo militar urgente e incondicional.
—Sí, ocurre más a menudo de lo que la gente cree —dijo Bredon—. Sobre todo en el seno de las familias más antiguas. Stapes, por ejemplo, tiene diversas calidades.
—¿Stapes? Pero si solo es un valet, ¿no?
—Sí, es un valet —dijo Bredon lentamente—. Pero no es solo un valet. Su familia es muy antigua, pero él no tiene ningún título pro-
pió. Técnicamente, no tiene más categoría que un cocinero. Pero posee tierras. Tiene dinero. Y es el valet del maer. Se conocen desde que eran unos crios. Todo el mundo sabe que goza de la confianza de Alveron.
Bredon me escudriñó con la mirada.
—¿Quién se atrevería a insultar a un hombre así con un anillo de hierro? Si vas a su habitación, lo comprobarás: en su cuenco solo hay oro.
Al poco rato de terminar nuestra partida, Bredon se disculpó alegando un compromiso previo. Por suerte, ya tenía mi laúd para distraerme. Me puse a afinarlo, revisando los trastes y mimando la clavija que se aflojaba continuamente. Habíamos pasado mucho tiempo separados, y necesitábamos tiempo para volver a intimar.
Pasaban las horas. Me sorprendí tocando «El lamento de Ortiga Muerta» y me obligué a parar. Llegó el mediodía. Me trajeron la comida y me recogieron los platos. Volví a afinar el laúd y toqué unas cuantas escalas. Sin darme cuenta, me puse a tocar «Vete de la ciudad, calderero». Entonces comprendí qué era eso que mis manos trataban de decirme. Si el maer siguiera con vida, ya me habría llamado.
Dejé de tocar y me puse a pensar a toda velocidad. Tenía que marcharme. Cuanto antes. Stapes había visto cómo le llevaba medicinas al maer. Hasta podrían acusarme de manipular el frasco que le había " llevado de las habitaciones de Caudicus.
Poco a poco, el miedo empezó a atenazarme el estómago y me di cuenta de que mi situación era desesperada. No conocía el palacio del maer lo suficiente para huir de allí de forma inteligente. Esa mañana, de camino a Bajo Severen, me había despistado y había tenido que detenerme para que me indicaran el camino.
Llamaron a mi puerta. Los golpes fueron más fuertes de lo normal, más vehementes que los del mensajero que normalmente venía a traerme la invitación del maer. Guardias. Me quedé paralizado. ¿Qué sería mejor, abrir la puerta y decir la verdad, o saltar por la ventana al jardín y huir a la desesperada?
Volvieron a llamar, más fuerte. ,
—¿Señor? ¿Señor?
La voz llegaba amortiguada desde el otro lado de la puerta, pero no era una voz de guardia. Abrí la puerta y vi a un joven que llevaba una bandeja con una tarjeta y el anillo de hierro del maer.Los cogí. En la tarjeta había una sola palabra escrita con caligrafía temblorosa: «Inmediatamente».
Stapes estaba inusitadamente desgreñado, y me recibió con una mirada gélida. El día anterior me había dado la impresión de que le habría gustado verme muerto y enterrado. Ese día, su mirada insinuaba que se habría contentado con verme enterrado.
El dormitorio del maer estaba decorado con abundantes flores de selas. Su delicado perfume casi lograba encubrir los olores que sin duda se habían propuesto disimular con ellas. Ese detalle, combinado con la actitud de Stapes, me confirmó que mis predicciones sobre las molestias de la noche pasada habían sido acertadas.
Alveron, incorporado en la cama, estaba tal como yo esperaba encontrarlo: exhausto, pero sin sudores y sin dolores atroces. De hecho, tenía un aspecto casi angelical. El sol entraba

por la ventana y lo cubría con un rectángulo de luz que aportaba a su piel una frágil transparencia y hacía que su despeinado cabello brillara como una corona de plata alrededor de su cabeza.
Al acercarme, Alveron abrió los ojos, y aquella beatífica ilusión se descompuso. No podía haber ningún ángel con unos ojos tan astutos como los de Alveron.
—¿Cómo se encuentra, excelencia? —pregunté educadamente.
—Bastante bien —me contestó. Pero no era más que un formulismo que no me indicaba nada.
—¿Cómo se siente? —insistí adoptando un tono más serio.
Alveron me dirigió una larga mirada para hacerme saber que no aprobaba que me dirigiera a él en un tono tan informal, y dijo:
—Viejo. Me siento viejo y débil. —Inspiró hondo—. Pero aparte de eso, me siento mejor que los últimos días. Tengo un poco de dolor, y estoy agotado. Pero me siento... limpio. Creo que he superado la crisis.
No le pregunté cómo había pasado la noche.
—¿‘Quiere que le prepare más infusión?
—Sí, por favor. —Hablaba con comedimiento y educación.
Incapaz de adivinar de qué humor estaba, me apresuré a prepararle la infusión y le acerqué una,taza.
—Esta sabe diferente —dijo el maer después de probarla.
—Tiene menos láudano —expliqué—. No le conviene tomarlo en exceso, excelencia. Su cuerpo empezaría a depender de él del mismo modo que dependía del ófalo.
—Te habrás fijado en lo hermosos que están mis pájaros —dijo con un tono exageradamente desenfadado.
Giré la cabeza y vi a los sorbicuelos en la otra habitación, revoloteando en su jaula dorada, más animados que nunca. Sentí un escalofrío al comprender el significado de aquel comentario. Alveron seguía sin creer que Caudicus lo estaba envenenando.
Estaba demasiado aturdido para replicar con agilidad, pero tras respirar un par de veces, conseguí decir:
—La salud de sus pájaros no me preocupa tanto como la suya, excelencia. Se encuentra mejor, ¿verdad?
—Así es esta enfermedad mía. Viene y va. —El maer dejó su taza de infusión, todavía casi llena—. Al final desaparece por completo, y Caudicus es libre de ausentarse meses seguidos, y recoger ingredientes para sus pociones y amuletos. Por cierto —dijo entrelazando las manos sobre el regazo—, ¿serías tan amable de ir a las habitaciones de Caudicus a buscarme la medicina?
—‘Por supuesto, excelencia.
Logré esbozar una sonrisa y traté de ignorar el desasosiego que invadía mi pecho. Recogí los utensilios que había empleado para preparar la infusión y me guardé varios paquetes de hierbas en los bolsillos de la capa granate.
El maer dio una cabezada con cortesía, cerró los ojos y, bañado por el sol, pareció sumirse de nuevo en un sereno sueño.
—¡Nuestro historiador en ciernes! —exclamó Caudicus al tiempo que me invitaba a entrar y me ofrecía un asiento—. Discúlpame un momento. Volveré enseguida.
Me senté en la butaca y solo entonces me fijé en él despliegue de anillos expuestos en una mesita cercana. Caudicus hasta se había tomado la molestia de construir un expositor donde colocarlos. Todos mostraban la parte donde estaba grabado el nombre* Había muchísimos, de plata, hierro y oro.
Mi anillo de oro y el anillo de hierro de Alveron reposaban en una bandejita sobre la mesa. Los recuperé, y tome nota de esa elegante forma de ofrecerse, sin decirlo, a devolver un

anillo.
Eché un vistazo a la gran habitación de la torre disimulando mi curiosidad. ¿Qué motivó podía tener Caudicus para envenenar al maer? Con excepción de la propia Universidad, aquel lugar era el sueño de todo arcanista.
Intrigado, me levanté y fui hasta las estanterías. Caudicus tenía una biblioteca muy respetable, con casi un centenar de libros que se amontonaban en los estantes. Reconocí muchos títulos. Algunos eran libros de consulta de química. Otros, de alquimia. Otros trataban sobre ciencias naturales, herbología, fisiología, bestiología. La gran mayoría parecía tener carácter histórico.
Entonces se me ocurrió una cosa. Quizá pudiera aprovecharme del carácter supersticioso de los vínticos. Si Caudicus era un erudito riguroso y medianamente supersticioso como cualquier víntico, quizá supiera algo sobre los Chandrian. Además, como me hacía pasar por un joven noble corto de luces, no tenía que preocuparme por si perjudicaba mi reputación.
Cuando regresó, Caudicus se mostró sorprendido de verme examinando los estantes de libros. Pero se recompuso enseguida y me sonrió con cordialidad.
—¿Ves algo que te interese?
Me volví y sacudí la cabeza.
—No especialmente —dije—. ¿Sabe algo acerca de los Chandrian?
Caudicus me miró un momento sin comprender, y luego rompió a reír.
—Sé que no van a entrar en tu habitación por la noche y se te van a llevar de la cama —dijo agitando los dedos como si estuviera tomándole el pelo a un niño pequeño.
Entonces, ¿no estudia mitología? —pregunté combatiendo una oleada de desilusión al ver su reacción. Intenté consolarme pensando que aquello consolidaría la imagen que estaba dando de joven noble corto de luces.
Caudicus resopló.
—Eso no puede llamarse mitología —dijo con desdén—. Ni siquiera merece llamarse folclore. No son más que bobadas supersticiosas, y yo no pierdo el tiempo con esas cosas. Ningún erudito que se precie lo haría.
Empezó a ir y venir por la habitación, poniendo tapones a las botellas y guardándolas en armarios, enderezando montones de papeles y devolviendo libros a los estantes.
Hablando de erudición... Si no recuerdo mal, tenías cierto interés por la familia Lackless, ¿no es así?
Me quedé mirándolo fijamente. Con todo lo que había pasado desde entonces, me había olvidado por completo de la falsa genealogía anecdótica que me había inventado el día anterior.—Si no es mucha molestia —me apresuré a decir—. Como ya le dije, no sé prácticamente nada de ellos.
—En ese caso —dijo Caudicus con seriedad—, te convendría analizar su apellido. —Ajustó la llama de una lámpara de alcohol bajo un alambique de cristal que hervía a fuego lento en medio de un despliegue impresionante de tubos de cobre. Fuera lo que fuese lo que estuviera destilando, seguro que no era licor de melocotón—. Los nombres pueden revelarte mucho sobre las cosas, ¿lo sabías?
Sus palabras me hicieron sonreír, pero hice un esfuerzo y controlé mi expresión.
—¿Enserio?
Caudicus se volvió para mirarme en el preciso instante en que yo conseguía contener la lengua.
—Sí, ya lo creo —dijo—. Verás, a veces los nombres se basan en otros más antiguos. Cuanto más antiguo es el nombre, más cerca está de la verdad. Lackless es un apellido relativamente nuevo; no debe de tener más de seiscientos años de antigüedad.
Por una vez, no tuve que fingir perplejidad.
—¿Un apellido de seiscientos años se considera nuevo?

—La familia Lackless es muy antigua. —Caudicus dejó de pasearse y se sentó en una butaca raída—. Mucho más antigua que la casa de Alveron. Hace mil años, la familia Lackless detentaba un poder como mínimo tan grande como el de los Alveron. Parte de lo que ahora son Vintas, Modeg y los Pequeños Reinos fueron tierras de los Lackless en un momento u otro.

—Y ¿cómo se llamaban antes de llamarse Lackless? —pregunté.

Caudicus cogió un libro grueso y lo hojeó con impaciencia.

—Aquí está. La familia se llamaba Loeclos o Loklos, o Loeloes. Todo viene a ser lo mismo: Lockless, «sin candado». En esa época, la ortografía no tenía tanta importancia.

—¿En qué época?—pregunté.

Caudicus volvió a consultar el libro.

—Hace unos novecientos años, pero he visto otras historias que mencionan a los Loeclos mil años antes de la caída de Atur.

Me quedé atónito. No era fácil imaginar que existiera una familia más antigua que los imperios.

—¿Y los Lockless se convirtieron en los Lackless? ¿Qué motivos podía tener una familia para cambiarse el apellido? ^

—Algunos historiadores se cortarían la mano derecha por esa respuesta—dijo Caudicus—. La teoría más aceptada es que hubo algún

tipo de pelea que dividió a la familia. Cada parte adoptó un apellido diferente. En Atur se convirtieron en la familia Lack-key. Eran numerosos, pero les tocó vivir tiempos difíciles. El nombre fue derivando, y de él procede la palabra «lacayo». Aquellos nobles venidos a menos no tuvieron más remedio que hacer economías y doblarse en reverencias para llegar a fin de mes.

»En el sur se convirtieron en los Laclith, que poco a poco se hundieron en la oscuridad. Lo mismo sucedió con los Kaepcaen en Modeg. La rama más numerosa de la familia estaba aquí, en Vintas, solo que entonces Vintas todavía no existía. —Cerró el libro y me lo ofreció —. Si quieres, te lo presto.

—Gracias. —Cogí el libro—. Es usted muy amable.

Se oyó el lejano sonido de una campana.

—Hablo demasiado —dijo Caudicus—. He consumido todo el tiempo que teníamos y no te he dado ningún dato útil que puedas utilizar.

—Nada de eso. Me interesa mucho todo lo que me ha contado —dije, agradecido.

—¿Estás seguro de que no te interesa que te cuente alguna historia de otras familias? —insistió Caudicus mientras se acercaba a una mesa—. Hace poco pasé un invierno con la familia Anso. El barón es viudo, ¿sabes? Muy rico, y un tanto excéntrico. —Arqueó las cejas, y en su mirada insinuaba escándalos—. Estoy seguro de que si me garantizaran el anonimato recordaría unos cuantos detalles interesantes.

Estuve tentado de abandonar mi personaje para oír aquello, pero negué con la cabeza.

—Tal vez cuando haya acabado de trabajar en el capítulo sobre los Lackless—dije con toda la autosuficiencia de alguien entregado a un proyecto completamente inútil—. Mi investigación es muy delicada. No quiero hacerme un taco.

Caudicus frunció ligeramente el ceño, pero decidió no darle más vueltas; se arremangó y empezó a preparar la medicina del maer.

Volví a fijarme en cómo realizaba los preparativos. No era alquimia: eso lo sabía porque había visto trabajar a Simmon. Aquello ni siquiera podía llamarse química. Su forma de mezclar los ingredientes se parecía, más que a ninguna otra cosa, a seguir los pasos de una receta de cocina. Pero ¿cuáles eran los ingredientes?

Observé cómo trabajaba, paso a paso. La hoja seca debía de ser bitófola. El líquido del frasco cerrado con un tapón tenía que ser muratum o aqua fortis, pero sin duda algún tipo de

ácido. Guando burbujeaba y humeaba en el cuenco de plomo disolvía una pequeña cantidad de plomo, quizá solo un cuarto de escrúpulo. Seguramente, el polvo blanco era el ófalo.
Añadió un pellizco del último ingrediente; ese no tenía ni idea de qué podía ser. Parecía sal, pero claro, casi todo parece sal.
Mientras hacía su trabajo, Caudicus no paraba de hablar sobre los nobles de la corte. El hijo mayor de DeFerre se había roto una pierna al saltar desde la ventana de un burdel. El último amante de lady Hesua era de Yll y no hablaba ni una sola palabra de atur. Se rumoreaba que había salteadores de caminos al norte del camino real, pero siempre se rumorea que hay bandidos, de modo que eso no era ninguna novedad.
A mí no me interesan lo más mínimo las habladurías, pero sé fingir interés cuando me conviene. Entretanto, observaba atentamente a Caudicus en busca de alguna señal reveladora. Un susurro de nerviosismo, una gota de sudor, una breve vacilación. Pero no percibí nada, ni la menor indicación de que estuviera preparando un veneno para el maer. Se encontraba perfectamente cómodo y relajado.
¿Y si estaba envenenando al maer sin saberlo? Imposible. Cualquier arcanista digno de su florín sabía suficiente química para...
Entonces caí. Quizá Caudicus no fuera arcanista. Quizá fuera simplemente un hombre con una túnica negra que no sabía distinguir un caimán de un cocodrilo. Quizá solo fuera un farsante avispado que estaba envenenando al maer por pura ignorancia.
Quizá eso que había en su destilería sí era licor de melocotón.
Caudicus tapó el frasco de líquido ambarino con el tapón de corcho y me lo entregó.
—Aquí tienes —dijo—. Llévaselo enseguida. Conviene que se lo tome cuando todavía está caliente.
La temperatura de un medicamento no tiene ninguna importancia. Eso lo sabe cualquier fisiólogo.
Cogí el frasco y apunté a Caudicus en el pecho como si acabara de fijarme en algo.
—¿Qué es eso? ¿Un amuleto?
Al principio, Caudicus se mostró confuso, pero entonces sacó el cordón de cuero de debajo de la túnica.
—Algo así —dijo esbozando una sonrisa tolerante. A simple vista, el trozo de plomo que llevaba colgado del cuello parecía un florín del Arcano.—¿Lo protege de los espíritus? — pregunté en voz baja.
—Sí, claro —respondió Caudicus con ligereza—. De toda clase de espíritus.
Tragué saliva, nervioso.
—¿Me deja tocarlo?
Se encogió de hombros y se inclinó hacia delante, acercándome el colgante.
Lo cogí tímidamente entre el pulgar y el índice, y rápidamente di un paso hacia atrás.
—¡Me ha mordido! —exclamé modulando la voz entre la indignación y la ansiedad mientras me retorcía la mano.
Vi que Caudicus reprimía una sonrisa.
—Ah, sí. Creo que tengo que darle de comer. —Se lo guardó entre los pliegues de la túnica —. Vete ya. —Hizo un ademán señalando la puerta.
Volví a los aposentos del maer, y por el camino me masajeé los dedos entumecidos tratando de devolverles la sensibilidad. Era un florín del Arcano, auténtico. Caudicus era un verdadero arcanista. Sabía exactamente qué estaba haciendo.
En los aposentos del maer, mantuve con él cinco minutos de charla insustancial, dolorosamente formal, mientras rellenaba los bebederos de los zunzunes con la medicina, todavía caliente. Los pájaros gorjeaban y trinaban alegremente exhibiendo una energía que me desconcertaba.

El maer se bebió una taza de infusión mientras charlábamos, mirándome en silencio desde la cama. Cuando hube terminado con los pájaros, me despedí y salí del dormitorio tan aprisa como me lo permitía el decoro.

Pese a que nuestra conversación no había versado sobre nada más serio que el tiempo, yo había podido leer el mensaje subyacente de Alveron como si me lo hubiera escrito en una hoja para que lo leyese. El controlaba la situación. Estaba dejando varias opciones abiertas. No confiaba en mí.

63 La jaula dorada

Después de saborear brevemente la libertad, volví a quedar atrapado en mis habitaciones. Confiaba en que el maer hubiera superado ya la parte más difícil de su recuperación, pero de todas formas necesitaba estar cerca por si su estado empeoraba y enviaba a buscarme. No podía justificar ni la más breve excursión a Bajo Severen, aunque me muriera de ganas de volver a la calle de los Hojalateros con la esperanza de encontrar a Denna.

Así que llamé a Bredon y pasé una tarde muy agradable jugando a tak. Jugamos una partida tras otra, y yo las perdí todas, de nuevas y emocionantes maneras. Esa vez, cuando se marchó, Bredon dejó la mesita en mi habitación, y explicó que sus criados estaban hartos de trasladarla de un sitio para otro.

Además de las partidas de tak con Bredon y de mi música, tenía una nueva distracción, si bien es cierto que un poco irritante. Caudicus resultó ser el chismoso que aparentaba ser, y se había extendido la noticia de que yo preparaba una genealogía. De modo que, además de los cortesanos que trataban de sonsacarme información, ahora tenía que hacer frente a un flujo, constante de personas ansiosas por airear la ropa sucia del vecino.

Disuadí a todos los que pude, y a los más furibundos los animé a poner por escrito sus historias y enviármelas. Un número sorprendente de ellos se tomó la molestia de hacerlo, y en una mesa de una de las habitaciones que no utilizaba empezaron a acumularse montones de historias difamatorias.

Al día siguiente, tras recibir el aviso del maer, entré en su dormitorio y lo encontré sentado en una butaca cerca de la cama, leyendo unejemplar de Un derecho de reyes de Fyoren en su lengua original, víntico éldico. Tenía muy buen color y me fijé en que no le temblaban las manos al pasar una página. Alveron no levantó la cabeza cuando entré en la habitación.

Sin decir nada, preparé otra infusión con el agua caliente que ya había en la mesilla de noche del maer. Le serví una taza y la dejé en la mesilla, cerca de su codo.

Fui a ver la jaula dorada, que estaba en el saloncito. Los zunzunes revoloteaban y sorbían de los bebederos, realizando juegos aéreos vertiginosos que dificultaba mucho contarlos. Sin embargo, creí poder afirmar que había doce pájaros. Y no parecían en absoluto desmejorados tras tres días de dieta venenosa. Contuve el impulso de sacudir un poco la pajarera.

Por último, fui a sustituir la botella de aceite de hígado de bacalao del maer y comprobé que todavía estaba casi llena. Otra señal de mi debilitada credibilidad.

Recogí mis cosas sin decir palabra y me dispuse a marcharme, pero antes de que llegara a la puerta, el maer levantó la mirada del libro.

—¿Kvothe?

—¿Sí, excelencia?

—Se ve que no tengo tanta sed como creía. ¿Te importaría acabarte esto? —Señaló la taza de la infusión, que no había probado.

—A la salud de su excelencia —dije, y di un sorbo. Hice una mueca y añadí una cucharada de azúcar, removí y me bebí el resto bajo la atenta mirada del maer. Me miraba con unos ojos serenos, inteligentes y demasiado astutos para ser del todo buenos.

Caudicus me abrió la puerta y me invitó a sentarme en la misma butaca que la vez anterior.

—Discúlpame un momento —dijo—. Debo ocuparme de un experimento, o me temo que se echará a perder. —Subió a toda prisa por una escalera que conducía a otra parte de la torre.

Como no había nada más que atrajera mi atención, examiné de nuevo su exposición de anillos, y me di cuenta de que uno podía calcular su posición en la corte utilizando los anillos

como puntos de triangulación.
Caudicus regresó en el precisó instante en que me estaba planteando robarle uno de los anillos de oro.—No sabía si querías que te devolviera tus anillos —dijo Caudicus señalándolos.
Volví a mirar la mesita y los vi en una bandeja. Me sorprendió no haberme fijado antes en ellos. Los cogí y me los guardé en un bolsillo interior de la capa.
—Muchas gracias —dije.
—Y ¿hoy también vas a llevarle la medicina al maer? —preguntó.
Asentí hinchándome con orgullo.
El movimiento de la cabeza me produjo un ligero mareo. Entonces comprendí qué me pasaba: me había bebido toda una taza de la infusión del maer. No contenía mucho láudano, o mejor dicho: no contenía mucho láudano si sufrías dolores y te estabas desintoxicando lentamente de tu adicción al ófalo. En cambio, era una cantidad considerable para alguien como yo. Noté cómo iban apareciendo los efectos, una cálida lasitud que me recorrió los huesos. Todo parecía moverse un poco más despacio de lo habitual.
—El maer parecía impaciente por tomar su medicina hoy —dije esforzándome para hablar con claridad—. Me temo que no tengo mucho tiempo para charlar. —No estaba en condiciones de hacerme pasar por el noble bobo mucho rato.
Caudicus asintió con seriedad y fue hacia su mesa de trabajo. Lo seguí, como siempre hacía, poniendo cara de curiosidad.
Observé, un tanto distraído, a Caudicus mientras preparaba su medicina. Pero el láudano me embotaba un poco los sentidos, y en lugar de concentrarse, mi mente divagaba. El maer apenas me dirigía la palabra. Stapes nunca se había fiado de mí, y los zunzunes estaban más sanos que nunca. Y lo peor era que estaba atrapado en mis habitaciones mientras Denna esperaba abajo, en la calle de los Hojalateros, sin duda preguntándose por qué no había ido a visitarla.
Levanté la cabeza: Caudicus acababa de hacerme una pregunta.
—Perdón, ¿cómo dice?
—¿Podrías pasarme el ácido? —repitió Caudicus mientras terminaba de medir una porción de hoja seca y ponerla en el mortero.
Cogí la licorera de cristal y fui a dársela, pero entonces recordé que solo era un joven noble ignorante. No sabía distinguir la sal del azufre. Ni siquiera sabía qué era un ácido.
No me sonrojé ni balbuceé. No me puse a sudar ni a tartamudear. Siempre he sido y seré un Edena Ruh, y aunque esté drogado y ofuscado, soy actor hasta la médula de los huesos. Lo miré a los ojos y pregunté:
—Es esto, ¿verdad? La botella transparente viene después.
Caudicus me lanzó una mirada larga y reflexiva.
Sonreí de oreja a oreja.
—Tengo buen ojo para los detalles —dije con petulancia—. Ya le he visto hacer esto dos veces. Apuesto algo a que si quisiera podría preparar yo mismo la medicina del maer.
Imprimí a mi voz toda la autosuficiencia y la ignorancia que pude. Eso es lo que de verdad distingue a la nobleza: el convencimiento de que pueden hacer cualquier cosa, ya sea teñir pieles, herrar un caballo, manejar un torno de cerámica, arar un campo... Solo necesitan querer hacerlo.
Caudicus volvió a mirarme con detenimiento y empezó a medir el ácido.
—Sí, supongo que podrías, joven señor.
Tres minutos más tarde, recorría el pasillo con el frasco caliente de medicina en la palma sudorosa de la mano. Apenas me importaba si había conseguido engañar a Caudicus o no. Lo que me importaba era que, por alguna razón, él sospechaba de mí.
Stapes me abrió la puerta de los aposentos del maer; entré y noté que su mirada se clavaba

como dardos en mi espalda. Alveron me ignoró mientras yo vertía la nueva dosis de veneno en los bebederos de los zunzunes. Los hermosos pajarillos revoloteaban en la jaula con una energía exasperante.
Volví a mis habitaciones por el camino más largo, tratando de hacerme una idea más detallada de la distribución del palacio del maer. Ya tenía medio planeada mi ruta de escape, pero las sospechas de Caudicus me animaron a darle los últimos retoques. Si los zunzunes no empezaban a morirse al día siguiente, seguramente lo mejor que podría hacer sería desaparecer de Severen cuanto antes y con la máxima discreción.
Más tarde esa misma noche, convencido de que el maer ya no me llamaría, salí por la ventana de mi habitación y me dediqué a explorar concienzudamente los jardines. A aquellas horas no había guardias, pero sí tuve que esquivar a media docena de parejas que paseaban a la luz de la luna. Vi a otras dos sentadas, conversando en actitud romántica, una en una enramada y otra en un cenador. Estuve a punto de pisar a una última pareja al intentar atajar cruzando un seto. Ni estaban paseando ni conversando en el sentido convencional,
pero estaban entregados a actividades románticas. Ni siquiera me vieron.
Al final conseguí llegar al tejado. Desde allí veía los terrenos que rodeaban el palacio. El lado occidental estaba descartado, desde luego, pues lindaba con el borde del Tajo, pero yo sabía que tenía que haber otras rutas de escape.
Mientras exploraba el extremo meridional de la finca, vi luces encendidas en una de las torres. Es más, tenían el característico tono rojizo de las lámparas simpáticas. Caudicus todavía estaba despierto.
Me acerqué a aquella torre y me arriesgué a asomarme para ver el interior. Caudicus no solo estaba trabajando hasta tarde, sino que estaba hablando con alguien. Estiré el cuello, pero no vi con quién hablaba. Además, la ventana estaba emplomada, de modo que no oí nada. Iba a desplazarme hasta otra ventana cuando Caudicus se levantó y empezó a caminar hacia la puerta. La otra persona apareció entonces, y pese al pronunciado ángulo, reconocí la figura corpulenta y sin pretensiones de Stapes.
Era evidente que Stapes estaba exaltado por algo. Hizo un ademán enfático con una mano, mientras su semblante reflejaba una seriedad rotunda. Caudicus asintió varias veces antes de abrir la puerta y dejar salir al valet.
Me fijé en que Stapes no llevaba nada en las manos cuando salió de la habitación de Caudicus. No había ido allí a buscar la medicina [4]del maer. Tampoco había ido para pedir prestado un libro. Stapes había ido a altas horas de la noche a las habitaciones de Caudicus para mantener una conversación privada con el hombre que trataba de asesinar al maer

64 La huida

> Si bien ninguna familia puede vanagloriarse de tener un pasado absolutamente plácido, los Lackless han sufrido más desgracias que otros. Algunos infortunios provenían del exterior: asesinatos, invasiones, revueltas campesinas, robos. Pero más reveladores aún son los infortunios venidos de dentro: ¿cómo puede prosperar una familia cuando el primogénito y heredero abandona todos los deberes familiares? No debería extrañarnos que sus detractores los llamen a menudo «los desdichados».
>
> El hecho de que hayan sobrevivido tanto tiempo es un testimonio del poderío de su sangre. De no ser por el incendio de Caluptena, quizá tendríamos documentos que nos permitirían seguir el rastro de la familia Lackless lo suficiente para que esta rivalizara en antigüedad con el linaje real de Modeg…

T

iré el libro sobre la mesa con un descuido que habría encolerizado al maestro Lorren. Si el maer creía que esa clase de información bastaba para conquistar a una mujer, me necesitaba más de lo que imaginaba.

Pero tal como estaban las cosas, dudaba que el maer me pidiera ayuda para nada, y menos aún para algo tan delicado como cortejar a una dama. El día anterior ni siquiera me había llamado.

Era evidente que había caído en desgracia, y tenía la impresión de que Stapes había tenido algo que ver. Después de lo que había visto dos noches atrás en la torre de Caudicus, era evidente que Stapes participaba en la conspiración para envenenar al maer.

Decidí esperar, aunque eso significara pasarme todo el día encerrado en mis habitaciones. No era tan necio como para arriesgar la opinión que Alveron tenía de mí, que ya era bastante pobre, presentándome en sus aposentos sin que me hubiera llamado.Una hora antes de la comida, vino a verme el vizconde Guermen con unas cuantas hojas de chismorreos escritas a mano. También llevaba una baraja de cartas; quizá se hubiera propuesto imitar a Bredon. Me propuso enseñarme a jugar a truz, y como yo estaba aprendiendo ese juego, accedí a jugar apostando un sueldo de plata por mano.

Guermen cometió el error de dejarme repartir, y se marchó un tanto enfurruñado después de que le ganara dieciocho manos seguidas. Supongo que habría podido ser un poco más sutil. Habría podido jugar con él como con un pescadó colgando de una caña, y estafarle la mitad de su finca, pero no estaba de humor para esas cosas. No tenía pensamientos agradables, y prefería estar a solas con ellos.

Una hora después de comer, decidí que ya no me interesaba conseguir el favor del maer. Si Alveron quería confiar en el traidor de su valet, era asunto suyo. No pensaba pasar ni un minutó más sentado sin hacer nada en mi habitación, esperando junto a la puerta como un perro apaleado.

Me eché la capa sobre los hombros, cogí el estuche de mi laúd y decidí dar un paseo por la calle de los Hojalateros. Si el maer me necesitaba mientras yo estaba fuera, podía dejarme una nota.

Nada más salir al pasillo vi al guardia en posición de firmes junto a mi puerta. Era uno de los guardias de Alveron, y llevaba sus colores, azul zafiro y marfil.

Nos quedamos un momento quietos. No tenía sentido preguntarle si estaba allí por mí. No

había ninguna otra puerta a menos de seis metros en una u otra dirección. Lo miré a los ojos.
—¿Cómo te llamas?
—Jayes, señor.
Al menos todavía merecía que me llamaran «señor». Eso ya era algo.
—Y estás aquí porque...
—Tengo que acompañarlo si sale de su habitación. Señor.
—Muy bien. —Entré de nuevo en la habitación y cerré la puerta.
¿De quién habría recibido las órdenes, de Alveron o de Stapes? En realidad no importaba.
Salí por la ventana al jardín, crucé el arroyo, pasé detrás de un seto y trepé por un muro de piedra decorativo. Mi capa de color granate no era idónea para escabullirme, por el jardín, pero en cambio me camuflaría muy bien contra el rojo de las tejas del tejado.
A continuación subí al tejado de los establos, pasé por un pajar y| salí por la puerta trasera de un granero abandonado. Una vez allí solo tenía que saltar una valla y habría salido del palacio del maer. Fue muy sencillo.
Entré en doce posadas de Hojalateros hasta que encontré en la que se hospedaba Denna. Como no estaba allí en ese momento, seguí paseando por la calle, con los ojos muy abiertos y confiando en mi suerte.
Al cabo de una hora la vi. Estaba de píe detrás de un corro de gente, mirando una representación callejera de Tres peniques por un deseo, lo creáis o no.
Tenía la piel más bronceada que la última vez que la había visto un la Universidad, y llevaba un vestido de cuello alto a la moda loen. Su melena, lisa y oscura, le caía por la espalda, excepto una fina trenza que colgaba junto a su cara.
Nuestras miradas se encontraron en el preciso instante en que Ortiga Muerta recitaba su primer verso de la obra:

¡Curo vuestras dolencias!
¡Son remedios sin falencia!
¡Pociones a penique, garantizo el resultado!
Si el corazón fastidiado tienes, o si las piernas no le abrieres, a mi carro derecho vente,
¡encontrarás lo que tanto habías buscado!

Denna sonrió al verme. Habríamos podido quedarnos a ver la obra, pero yo ya sabía cómo acababa.
Unas horas más tarde, Denna y yo comíamos uvas dulces de Vint a la sombra del Tajo. Algún picapedrero diligente había tallado un pequeño nicho en la piedra blanca del precipicio, proporcionando unos asientos lisos de piedra. Era un sitio acogedor que habíamos descubierto mientras paseábamos sin rumbo fijo por la ciudad. Estábamos solos, y yo me consideraba el hombre más afortunado del mundo.
Lo único que lamentaba era no tener el anillo de Denna conmigo. Habría sido el regalo sorpresa perfecto para nuestro encuentro sorpresa. Peor aún, ni siquiera podía hablarle a Denna del anillo. Si lo hacía, me vería obligado a admitir que lo había utilizado como garantía del préstamo de Devi..—Veo que te van bastante bien las cosas —comentó Denna frotando el dobladillo de mi capa granate con dos dedos—. ¿Te has hartado de andar todo el día entre libros?
—Me he tomado unas vacaciones —dije, evasivo—. De momento estoy ayudando al maer Alveron con un par de cosillas.
Denna abrió mucho los ojos apreciativamente.

—Cuéntame.
Desvié la mirada, incómodo.
—Me temo que no puedo. Asuntos delicados, ya sabes. —Carraspeé y traté de cambiar de tenia—. ¿Y tú? A ti tampoco debe de irte mal, por lo que se ve. —Pasé dos dedos por el bordado que decoraba el cuello alto de su vestido.
—Bueno, yo no me codeo con el maer —dijo haciendo un gesto exageradamente deferente hacia mí—. Pero como mencionaba en mis cartas, he...
—¿Cartas? —la interrumpí—. ¿Me enviaste más de una?
—Te envié tres desde que me marché —me contestó Denna—. Iba a empezar la cuarta, pero me has ahorrado ese trabajo.
—Pues solo recibí una —aclaré.
—De todas maneras, prefiero decírtelo en persona —dijo Denna encogiéndose de hombros. Hizo una pausa teatral y añadió—: Por fin tengo un mecenas oficial.
—¿En serio? —dije, gratamente sorprendido—. ¡Es una estupenda noticia, Denna!
Sonrió, orgullosa. El blanco de sus dientes se destacaba contra el bronceado de su cara. Tenía los labios rojos, como siempre, sin necesidad de pintárselos.
—¿Es algún miembro de la corte de Severen? —pregunté—. ¿Cómo se llama?
Denna se puso seria, y su abierta sonrisa se transformó en una débil mueca de confusión.
—Ya sabes que eso no puedo decírtelo. Ya sabes lo maniático que es respecto a su intimidad.
De pronto todo mi entusiasmo se esfumó, dejándome helado.
—No. Denna. Dime que no es aquel individuo. El que te envió a tocar a aquella boda en Trebon.
—Pues claro que sí —dijo Denna mirándome desconcertada—. No puedo revelarte su verdadero nombre. ¿Cómo lo llamaste aquella vez? ¿Maese Olmo?
—Maese Fresno —dije, y al pronunciar ese nombre me pareció
que se me llenaba la boca del sabor a la corteza cenicienta del fresno—. ¿Tú sabes cómo se llama, al menos? ¿Te lo dijo antes de que firmaras el contrato?
—Sí, creo que sé cómo se llama. —Se pasó una mano por el pelo. Cuando sus dedos tocaron la trenza, pareció sorprenderle encontrar la allí, y rápidamente empezó a deshacerla con ágiles movimientos—.. Pero ¿qué importancia tiene eso? Todos tenemos secretos, Kvothe. Mientras siga tratándome bien, no me importa mucho saber cuáles son los suyos. Ha sido muy generoso conmigo.
—No es simplemente reservado, Denna —protesté—. Por cómo lo has descrito, yo diría que es paranoico o está metido en asuntos peligrosos.
—No sé por qué le guardas tanto rencor.
No podía creer lo que Denna acababa de decir.
—Denna, te dio una paliza.
Ella se quedó muy quieta.
—No. —Se llevó una mano al cardenal, ya amarillento, que tenía en el pómulo—. No, no es verdad. Ya te lo he dicho. Me caí montando. Aquel caballo estúpido no sabía distinguir un palo de una serpiente.
Negué con la cabeza.
—Me refería al otoño pasado, en Trebon.
Denna bajó la mano hasta su regazo, donde hizo un distraído movimiento tratando de hacer girar un anillo que no llevaba. Me miró con gesto inexpresivo.
—¿Cómo sabes eso?
—Me lo contaste tú misma. Aquella noche en la colina, mientras esperábamos a que apareciera el draccus.
Denna agachó la cabeza y pestañeó.
—No recuerdo... haber dicho eso.

—Aquel día estabas un poco confundida —le recordé con gentileza—. Pero me lo dijiste. Me lo contaste todo. No deberías quedarte con una persona así, Denna. Cualquiera que fuera capaz de hacerte aquello...
—Lo hizo por mi bien —dijo Denna, y sus oscuros ojos empezaron a brillar de ira—. ¿Eso no te lo dije? Todos los invitados a la boda habían muerto, y allí estaba yo, sin un solo arañazo. Ya sabes cómo son los pueblos pequeños. Incluso después de encontrarme inconsciente creyeron que yo podía haber tenido algo que ver con lo ocurrido. Te acuerdas, ¿verdad?
Agaché la cabeza y la sacudí como un buey que trata de librarse del yugo.
—No te creo. Tenía que haber alguna otra forma de solventar la situación. Yo habría encontrado otra forma.
—Ya, pero no todos somos tan inteligentes como tú.
—¡No tiene nada que ver con ser inteligente! —Casi gritaba—. ¡El habría podido llevársete con él! ¡Habría podido dar la cara y responder por ti!
—No, porque nadie podía saber que él estaba allí —replicó Denna—. Me dijo...
—Te pegó.
Al pronunciar esas palabras, noté que se acumulaba dentro de mí una ira terrible. No era una ira furiosa y candente, como la que solía caracterizar mis brotes de mal genio. Era una emoción diferente, fría y lenta. Y nada más sentirla, me di cuenta de que llevaba mucho tiempo dentro de mí, cristalizando, como un estanque que poco a poco se hiela a lo largo de una noche de invierno.
—Te pegó —repetí, y noté la ira dentro de mí, un bloque sólido de cólera gélida—. Nada que digas podrá cambiar eso. Y si alguna vez lo veo, seguramente le clavaré un puñal en lugar de estrecharle la mano.
Entonces Denna levantó la cabeza y me miró, y vi que la irritación desaparecía de su semblante. Me miró con cariño mezclado con compasión. La clase de mirada que le lanzas a un cachorro cuando gruñe creyéndose terriblemente fiero. Me puso una suave mano en la mejilla, y noté que me ruborizaba, avergonzado de pronto de mi propio melodrama.
—No discutamos, por favor —me suplicó—. Por favor. Hoy no. Llevaba tanto tiempo sin verte...
Decidí dejarlo para no arriesgarme a alejar a Denna de mí. Sabía lo que pasaba cuando los hombres la presionaban demasiado.
—Está bien —cedí—. Vamos a dejarlo por hoy. Pero ¿puedes decirme, al menos, para qué te ha traído tu mecenas aquí?
Denna recostó la espalda y sonrió de oreja a oreja.
—Lo siento. Asuntos delicados, ya sabes —dijo imitándome.
—No seas así —protesté—. Te lo contaría si pudiera, pero el maer valora mucho su intimidad.
Denna volvió a inclinarse hacia delante y puso una mano sobre la mía.
—Pobre Kvothe, no es por maldad. Mi mecenas es tan reservado como el maer. Me dejó muy claro que no quería que hiciera pública w nuestra relación. Puso mucho énfasis en eso. —Se había puesto seria—. Es un hombre poderoso. —Me pareció que iba a añadir algo más, pero entonces se contuvo.
Lo entendí, a mi pesar. Mi reciente roce con la ira del maer me ha1 bía enseñado a ser precavido.
—¿Qué puedes contarme de él?
Denna se dio unos golpecitos en los labios con la yema de un % dedo, pensativa.
—Es un bailarín excelente. Creo que eso puedo decirlo sin trail cionar nada. Se mueve con mucha gracia —dijo, y rió al ver mi expresión—. Le estoy ayudando a hacer unas investigaciones. Historias y genealogías antiguas. Él me ayuda a escribir un par de canciones para que pueda hacerme un nombre... —Titubeó y meneó la cabeza—. Me parece que no puedo revelar nada más.

—¿Podré oír esas canciones cuando las hayas terminado?
—Supongo que sí. —Sonrió con timidez. Entonces se levantó, me cogió por el brazo y tiró de mí para que me pusiera en pie—. Basta de hablar. ¡Ven a pasear conmigo!
Sonreí; el entusiasmo de Denna era contagioso, como el de un crío. Pero cuando tiró de mí, dio un gritito, hizo una mueca de dolor y se llevó una mano al costado.
Me levanté de un brinco.
—¿Qué te pasa?
Denna encogió los hombros y compuso una sonrisa forzada mientras se abrazaba las costillas.
—La caída —dijo—. Qué caballo tan estúpido. Si me olvido y me muevo demasiado deprisa, me duele.
—¿Te lo ha visto alguien?
—Solo es un cardenal —dijo—. Y de la clase de doctores que puedo permitirme no me fío.
—¿Y tu mecenas? —pregunté—. Seguro que él puede buscarte un buen médico.
—No tiene importancia. —Se enderezó lentamente. Levantó ambos brazos por encima de la cabeza e hizo un ágil paso de baile; al ver lo serio que me había puesto, soltó una carcajada —. Dejemos de hablar de secretos. Ven a pasear conmigo. Cuéntame habladurías morbosas de la corte del maer.
—Muy bien—dije, y empezamos a andar—. Me han dicho que el maer se recupera estupendamente de una larga enfermedad.
—Eres un chismoso pésimo. Eso lo sabe todo el mundo.
—El baronet Bramston jugó una partida de faro malísima anoche.
Denna puso los ojos en blanco.
—Aburrido.
—La condesa DeFerre perdió la virginidad mientras asistía a una representación de Daeonica.
—Oh. —Denna se llevó una mano a los labios y reprimió una risa—. ¿En serio?
—Al menos no la tenía después del entreacto —dije en voz baja—. Pero resulta que se la había dejado en sus habitaciones. De modo que en realidad no la perdió, sino que no recordaba dónde la había dejado. Los criados la encontraron dos días más tarde mientras limpiaban. Resulta que se había ido rodando debajo de una cómoda.
—¡No puedo creer que te haya creído! —protestó Denna, indignada. Me dio un manotazo; entonces volvió a hacer una mueca de dolor y aspiró bruscamente entre los dientes.
—Ya sabes que he estudiado en la Universidad —dije con dulzura—. No soy fisiólogo, pero entiendo un poco de medicina. Si quieres, puedo examinarte ese golpe.
Denna me miró largamente, como si no estuviera segura de cómo debía interpretar mi ofrecimiento.
—Me parece que esa es la táctica más circunspecta que nadie ha probado jamás para conseguir que me desnude.
—Yo... —Me puse rojo como un tomate—. Denna, yo no pretendía...
Denna se rió de mi turbación.
—Si tuviera que dejar que alguien jugara a los médicos conmigo, serías tú, mi Kvothe —dijo —. Pero de momento me ocuparé yo misma. —Entrelazó un brazo con el mío y seguimos caminando por la calle—. Sé cuidarme sola.
Horas más tarde regresé al palacio del maer; fui por el camino directo, y no por los tejados. Cuando llegué al pasillo que conducía a mis habitaciones, vi que había dos guardias apostados en lugar de uno solo, como antes de salir. Deduje que habían descubierto que me había escapado.
Ni siquiera eso consiguió desanimarme mucho, pues el rato que había pasado con Denna me había levantado el espíritu. Además, había quedado con ella al día siguiente pata ir a

montar a caballo. Tratándose de Denna, era un lujo haber quedado en un sitio y a una hora concretos.
—Buenas noches, caballeros —saludé al llegar ante mi puerta—, ¿Ha pasado algo interesante durante mi ausencia?
—No puede salir de sus habitaciones —dijo Jayes con seriedad. Me fijé en que esa vez no me había llamado «señor».
Me quedé quieto, con una mano sobre el picaporte.
—¿Cómo dice?
—Debe permanecer en sus habitaciones hasta nueva orden —sentenció—. Y uno de nosotros debe quedarse con usted todo el tiempo.
Me enfurecí.
—Y eso ¿lo sabe Alveron? —pregunté con aspereza.
Los dos guardias se miraron, dubitativos.
De modo que había sido Stapes quien les había dado las órdenes. Esa duda sería suficiente para que no se atrevieran a tocarme.
—Vamos a aclarar esto ahora mismo —decidí, y eché a andar por el pasillo a buen paso; los guardias intentaron seguirme haciendo sonar sus armaduras.
A medida que recorría los pasillos, iba poniéndome más furioso. Si ya no tenía ninguna credibilidad ante el maer, prefería liquidar el asunto definitivamente. Ya que no podía ganarme su confianza, al menos podría recuperar mi libertad y la capacidad para ver a Denna siempre que quisiera.
Doblé una esquina justo a tiempo para ver al maer saliendo de sus aposentos. Llevaba un fajo de papeles bajo un brazo, y nunca lo había visto con un aspecto más saludable.
Al verme, la irritación se reflejó en su rostro, y creí que ordenaría a los guardias que se me llevaran. Sin embargo, lo abordé con toda tranquilidad, como si hubiera recibido una invitación escrita.
—Excelencia —dije con tono alegre y cordial—, ¿podemos hablar un momento?
—Por supuesto —replicó él con un tono similar, al mismo tiempo que abría las puertas que había estado a punto de cerrar al salir—. Pasa.
Escudriñé sus ojos y vi en ellos una ira tan intensa como la mía. Una parte de mí, la más sensata, tembló un instante, pero mi mal genio, imparable, galopaba sin freno.
Dejamos a los desconcertados guardias en la antecámara, y Alveron me condujo por otra puerta hasta sus aposentos privados. Se palpaba un silencio amenazador, como la calma antes de una inesperada tormenta de verano.
—No puedo creer que seas tan insolente —dijo el maer entre dientes una vez que se hubieron cerrado las puertas—. Tus descabelladas acusaciones. Tus ridículas afirmaciones. No me gusta hacer escenas en público, de modo que ya nos ocuparemos de eso más tarde. —Hizo un ademán imperioso—. Vuelve a tus habitaciones y no salgas hasta que decida qué quiero hacer contigo.
—Excelencia...
Supe por cómo cuadraba los hombros que estaba a punto de llamar a los guardias.
—No te oigo —dijo con rotundidad.
Entonces nuestras miradas se cruzaron. El maer tenía los ojos duros como el pedernal, y me di cuenta de que estaba verdaderamente furioso. Aquella no era la ira de un patrón o un empleador. No era alguien molesto porque yo no hubiera respetado el orden social. Era un hombre que había dirigido cuanto sucedía alrededor desde los dieciséis años. Aquel hombre no tenía ningún reparo en colgar a alguien de una jaula para reafirmar su autoridad. Era un hombre que, de no ser por un giro de la historia, en ese momento sería el rey de toda Vintas.
Mi genio chisporroteó y se apagó como una vela, dejándome helado. Entonces comprendí

que había juzgado muy mal mi situación.
Cuando era un niño sin hogar en las calles de Tarbean había „ aprendido a tratar con gente peligrosa: estibadores borrachos, guardias, hasta un niño mendigo con un puñal hecho con un cristal de botella puede matarte. La clave para seguir con vida era conocer las reglas de la situación. Un guardia nunca te pegaba en medio de la calle. Un estibador nunca te perseguía si echabas a correr.
De pronto comprendí con una claridad asombrosa cuál había sido mi error. El maer no tenía que cumplir ninguna regla. Podía ordenar que me mataran y que luego colgaran mi cuerpo sobre las puertas de la ciudad. Podía encerrarme en la cárcel y olvidarse de mí. Podía dejarme allí mientras yo me moría de hambre y enfermaba. Yo no tenía posición, ni amigos que pudieran interceder por mí. Me hallaba indefenso como un niño con una espada hecha con una rama de sauce.
Comprendí todo eso de golpe y noté que un temor lacerante se instalaba en mis entrañas. Debí quedarme en Bajo Severen mientras todavía podía. Jamás debí ir allí y mezclarme en los asuntos de la gente poderosa.
Entonces apareció Stapes, que venía del vestidor del maer. Al vernos, en su semblante, normalmente plácido, se reflejaron brevemente el pánico y la sorpresa. Pero se recuperó enseguida.
—Les ruego que me disculpen, señores —dijo; dio media vuelta y se marchó por donde había llegado.
—Stapes —dijo el maer antes de que el valet desapareciera—. Ven aquí.
Stapes volvió a entrar en la habitación. Se retorcía las manos con nerviosismo. Tenía la mirada acongojada de un hombre culpable, un hombre al que habían sorprendido haciendo algo que no debía.
—Stapes, ¿qué llevas ahí? —inquirió Alveron con seriedad.
Me acerqué más y vi que el valet no se retorcía las manos, sino que llevaba algo en ellas.
—No es nada...
—¡Stapes! —bramó el maer—. ¡Cómo te atreves a mentirme! ¡Enséñamelo ahora mismo!
El corpulento valet se quedó como aturdido y abrió las manos. En la palma tenía un pajarillo brillante como una piedra preciosa, sin vida. Stapes había palidecido por completo.
Desde que el mundo es mundo, jamás la muerte de una criatura tan bonita había traído tanto alivio y tanta alegría. Yo llevaba tiempo convencido de que Stapes era un traidor, y allí tenía la prueba irrefutable de su traición.
Sin embargo, guardé silencio. El maer tenía que verlo con sus propios ojos.
—¿Qué significa eso? —preguntó el maer.
—No es bueno pensar en esas cosas, señor —dijo el valet, aturullado—, y peor aún darle mucha importancia. Iré a buscar otro. Cantará igual de bien.
Hubo una larga pausa. Vi que Alveron se esforzaba para contener la ira que había estado a punto de desatar sobre mí. El silencio siguió prolongándose.
—Stapes —dije despacio—, ¿cuántos pájaros ha sustituido estos últimos días?
Stapes se volvió hacia mí con expresión indignada.
Antes de que el valet pudiera hablar, el maer intervino:
—Contéstale, Stapes —dijo con voz casi entrecortada—. ¿Ha muerto alguno más?
Stapes miró al maer i on afh xión.
—Oh, Rand, no quería molestarte. Estabas muy enfermo. Entonces me pediste que te llevara los pájaros, y pasaste una noche espantosa. Y al día siguiente había muerto uno.
Miraba el paj arillo que tenía en la palma de la mano y hablaba cada vez más deprisa, atropelladamente. Aquella falta de fluidez tenía que ser a la fuerza sincera.
—No quería llenarte la cabeza de ideas macabras hablándote de animales muertos. Así que lo saqué de la jaula y metí otro nuevo. Entonces empezaste a encontrarte mejor, y todos los

días morían cuatro o cinco pájaros. Cada vez que miraba, encontraba otro en el suelo de la jaula, como una pequeña flor cortada. En cambio, tú te recuperabas muy bien. Por eso no quise mencionarlo.

Stapes tapó al sorbicuelo muerto con la mano ahuecada.

—Es como si estuvieran entregando sus pequeñas almas para que tú te curases. —De pronto algo se soltó en su interior, y rompió a llorar. Eran los profundos y desconsolados sollozos de un hombre sincero que lleva mucho tiempo asustado y sintiéndose impotente, viendo morir poco a poco a un amigo querido.

Alveron se quedó inmóvil un momento, perplejo, y toda su ira lo abandonó. Entonces avanzó y abrazó a su valet.

—Stapes... —dijó en voz baja—. En cierto modo es así. Tú no has hecho nada de lo que se te pueda culpar.

Salí discretamente de la habitación y me puse a retirar los bebederos de la jaula dorada.

Una hora más tarde estábamos los tres cenando juntos en los aposentos del maer. Alveron y yo explicamos a Stapes lo que había estado pasando aquellos últimos días. Stapes estaba loco de alegría; su amo no solo estaba curado, sino que su salud seguiría mejorando.

Para mí, después de haber contrariado a Alveron, contar de nuevo con su favor era un gran alivio. Sin embargo, me daba cuenta de lo cerca que había estado del desastre.

Fui sincero con el maer respecto a mis equivocadas sospechas sobre Stapes, y ofrecí al valet mis sinceras disculpas. Stapes, a su vez, admitió las dudas que había abrigado respecto a mí. Al final nos dimos la mano y pensamos mejor el uno del otro.

Estábamos charlando mientras terminábamos de cenar, cuando Stapes se levantó de pronto, pidió disculpas y salió precipitadamente de la habitación.

—La puerta —explicó el maer—. Tiene el oído de un perro. Es asombroso.

Stapes le abrió la puerta al individuo alto con la cabeza afeitada al que yo había visto examinando unos mapas con Alveron el día de mi llegada. El comandante Dagon.

Dagon entró en la habitación y sus ojos se dirigieron rápidamente hacia cada uno de los rincones, hacia la ventana, hacia la otra puerta; entonces se clavaron en mí y otra vez en el maer. Cuando nuestras miradas se encontraron, los instintos salvajes que me habían mantenido vivo en las calles de Tarbean me aconsejaron huir. Esconderme. Hacer cualquier cosa con tal de alejarme de aquel hombre.

—¡Dagon! —dijo el maer alegremente—. ¿Cómo va todo?

—Bien, excelencia. —Se quedó de pie, alerta, sin mirar a los ojos al maer.

—¿Serías tan amable de arrestar a Caudicus por traición?

Hubo una breve pausa.

—Sí, excelencia.

—Calculo que serán suficientes ocho hombres, siempre que no se dejen llevar por el pánico ante una situación complicada.

—Sí, excelencia. —Empecé a captar sutiles diferencias en las respuestas de Dagon.

—Vivo —añadió Alveron como si contestara una pregunta—. Pero no hace falta que seas muy delicado con él.

—Sí, excelencia. —Dicho eso, Dagon se dio la vuelta.

—Si de verdad es un arcanista, debería usted tomar ciertas precauciones, excelencia —me apresuré a intervenir. Me arrepentí de haber empleado la palabra «debería» nada más pronunciarla, porque sonó excesivamente presuntuosa. Tendría que haber dicho «quizá quiera tomar ciertas precauciones».

Pero Alveron no debió de reparar en mi error.

—Sí, por supuesto. Para atrapar a un ladrón hace falta ser ladrón. Cuando lo dejes abajo, Dagon, átale las manos y los pies con unas buenas cadenas de hierro. De hierro puro. Amordázalo y véndale los ojos... —Caviló un instante dándose golpecitos en el labio con un

dedo—. Y córtale los pulgares.
—Sí, excelencia.
—¿Crees que con eso será suficiente? —me preguntó Alveron.
Contuve las náuseas y me esforcé para no retorcerme las manos sobre el regazo. No sabía qué era lo que me producía mayor desasosiego: la alegría con que Alveron daba las órdenes o la impasibilidad con que Dagon las aceptaba. Con un arcanista de verdad no se podía jugar» pero la idea de dejar lisiado a Caudicus me parecía más horrorosa que la de matarlo.
Dagon se marchó, y cuando se cerró la puerta Stapes se estremeció y dijo:
—Dios mío, Rand, cada vez que lo veo es como si me echaran un chorro de agua fría por la espalda. No sé por qué no te libras de él.
—¿Para que se lo quede otro? —repuso el maer riendo—. No, Stapes. Lo quiero aquí. Mi perro rabioso, atado con una correa corta.
Stapes frunció el entrecejo, pero antes de que pudiera decir nada más, desvió la mirada hacia la puerta abierta que daba a la salita.
—Vaya, otro. —Fue hasta la jaula y volvió con otro zunzún muerto en la mano. Tras mostrárnoslo, se llevó aquel cuerpecillo diminuto fuera de la estancia—. Ya sé que tenías que probar la medicina con algo —dijo desde la habitación contigua—, pero estos pobres calanthis... no se lo merecen.
—¿Cómo ha dicho? —pregunté.
—Stapes es un poco anticuado —me explicó Alveron con una sonrisa en los labios—. Y más educado de lo que está dispuesto a admitir. «Calanthis» es su nombre en víntico éldico.
—Juraría haber oído esa palabra en algún otro sitio.
—También es el apellido del linaje real de Vintas —dijo Alveron con tono reprobatorio—. Para ser alguien que sabe tantas cosas, tienes unas lagunas sorprendentes.
Stapes estiró el cuello y volvió a mirar hacia la jaula.
—Ya sé que tenía que hacerlo —me dijo—, pero ¿por qué no usar ratones, o ese perrito repugnante de la condesa DeFerre?
Fui a contestar, pero entonces se oyó un golpazo en otra habitación, y un guardia irrumpió en la que estábamos nosotros antes de que Stapes pudiera ponerse en pie.
—Excelencia —dijo el guardia, resoplando, al mismo tiempo que se lanzaba hacia la única ventana de la estancia y cerraba de golpe los postigos. Entonces fue corriendo a la salita e hizo lo mismo con la ventana que había allí. Recorrió el resto de los aposentos, que yo nunca había visto, y de ellos llegaron ruidos parecidos. También le oí arrastrar algún mueble.
Stapes, desconcertado, fue a ponerse en pie, pero el maer sacudió la cabeza y le hizo una seña para que se sentara.
—¿Teniente? —gritó con un deje de irritación en la voz.
—Le ruego que me disculpe, excelencia —dijo el guardia al volver
a la habitación, respirando entrecortadamente—. Son órdenes de Dagon. Tenía que asegurar sus aposentos inmediatamente.
—Deduzco que no ha salido todo bien —dijo Alveron con aspereza.
—Caudicus no nos abrió la puerta cuando fuimos a la torre. Dagon nos hizo derribarla. Había... no sé qué era, excelencia. Una especie de espíritu maligno. Anders está muerto, excelencia. Caudicus no estaba en sus habitaciones, pero Dagon ha salido en su busca.
El rostro de Alveron se ensombreció.
—¡Maldita sea! —bramó golpeando el brazo de su butaca con un puño. Arrugó la frente y dio un suspiro explosivo—. Muy bien.
—Despachó al guardia con un ademán.
El guardia se quedó de pie, rígido.
—Señor. Dagon me ha dicho que no debo dejarlo sin vigilancia.
Alveron le lanzó una mirada amenazadora.

—Está bien, pero quédate allí. —Señaló un rincón del aposento.
Al guardia no pareció importarle tener que quedarse en segundo plano. Alveron se inclinó hacia delante apretándose la frente con las yemas de los dedos.
—¿Cómo demonios lo habrá sospechado?
Parecía una pregunta retórica, pero hizo que mi mente se pusiera en funcionamiento.
—¿Ayer fue a buscar su medicina, excelencia?
—Sí, sí. Hice lo mismo que los días anteriores.
«Excepto enviarme a mí a buscar su medicina», pensé.
—¿Conserva el frasco?
Sí, lo conservaba. Stapes me lo trajo. Le quité el tapón y pasé un dedo por el interior del cristal.
—¿A qué sabe su medicina, excelencia?
—Ya te lo he dicho. Es amarga, salobre. —Vi que el maer abría mucho los ojos al ver que me llevaba el dedo a la boca y me tocaba con él la punta de la lengua—. ¿Estás loco? —me dijo, atónito.
—Dulce —me limité a decir. Entonces me enjuagué la boca con agua y escupí tan delicadamente como pude en un vaso vacío. Saqué un paquetito que llevaba en el bolsillo del chaleco, lo abrí, puse un poco de su contenido en mi mano y me lo comí haciendo una mueca de asco.
—¿Qué es eso? —me preguntó Stapes.
—Lígulo —mentí; sabía que la respuesta verdadera, carbón vegetal, solo suscitaría más preguntas. Di un sorbo de agua y lo escupí
también. Esa vez el agua salió negra, y Alveron y Stapes se quedaron mirándola, pasmados. Me permití un pequeño alarde.
—Algo debió de hacer sospechar a Caudicus que no se estaba tomando la medicina, excelencia. Si de pronto usted le hubiera notado un sabor diferente, le habría pedido explicaciones.
—Lo vi ayer por la noche —dijo el maer—. Me preguntó cómo me encontraba. —Golpeó suavemente el brazo de la butaca con el puño—. Maldita suerte. Si es medianamente listo, ya lleva medio día fuera de aquí. No lo alcanzaremos nunca.
Pensé recordarle que si me hubiera creído desde el principio, no estaría pasando aquello, pero decidí callarme.
—Yo aconsejaría a sus hombres que no se acerquen a la torre, excelencia. Caudicus ha tenido tiempo para preparar todo tipo de maldades allí, trampas y cosas así.
El maer asintió con la cabeza y se pasó una mano por delante de los ojos.
—Sí, claro. Encárgate de eso, Stapes. Creo que voy a descansar un rato. Quizá nos lleve un tiempo solucionar este asunto.
Me disponía a marcharme, pero el maer me indicó con una seña que siguiera sentado.
—Quédate un momento y prepárame una infusión, Kvothe.
Stapes llamó a los criados. Mientras se llevaban los restos de núes„ tra cena, me observaron con curiosidad. No solo estaba sentado en presencia del maer, sino que había compartido una comida con él en sus aposentos privados. Al cabo de menos de diez minutos, esa noticia ya circularía por todo el palacio.
Tras retirarse los criados, le preparé otra infusión al maer. Me disponía a marcharme cuando, por encima del borde de la taza, en voz baja para que el guardia no pudiera oírlo, Alveron me dijo:
—Has demostrado ser digno de confianza, Kvothe, y lamento las pequeñas dudas que tuve sobre ti. —Dio un sorbo y tragó antes de continuar—: Por desgracia, no puedo permitir que se extienda la noticia del envenenamiento. Sobre todo habiendo huido el envenenador. —Me miró con elocuencia—. Eso interferiría con el asunto de que hemos hablado anteriormente.

Asentí, dándole la razón. La noticia de que su propio arcanista había estado a punto de matarlo no ayudaría a Alveron a ganar la mano de la mujer con que esperaba casarse.
—Por desgracia —continuó—, esta necesidad de discreción tarnbién me impide ofrecerte la recompensa que mereces. Si la situación fuera diferente, regalarte tierras me parecería una muestra de agradecimiento muy pobre. Te concedería también un título. Mi familia todavía conserva ese poder, y no depende para ello del rey.
Me daba vueltas todo de pensar en las repercusiones que podía tener lo que estaba diciendo el maer.
—Sin embargo —prosiguió—, si hiciera eso, tendría que dar explicaciones. Y si hay algo que no puedo permitirme es dar explicaciones.
Alveron me tendió una mano, y tardé un momento en darme cuenta de que lo que pretendía era que se la estrechara. Estrecharle la mano al maer Alveron no era algo que uno hiciera todos los días. Lamenté inmediatamente que la única persona presente para verlo fuera el guardia. Confié en que fuera chismoso.
Le di la mano con solemnidad, y Alveron continuó:
—Estoy en deuda contigo. Si alguna vez necesitas ayuda, tendrás a tu disposición toda la que pueda prestarte un noble agradecido.
Asentí con la cabeza y traté de aparentar serenidad pese a lo emocionado que estaba. Aquello era exactamente lo que yo esperaba conseguir. Con los recursos del maer, podría realizar una investigación bien coordinada sobre los Amyr. Él podría conseguirme acceso a los archivos eclesiásticos, bibliotecas privadas, lugares donde los documentos importantes no habían sido expurgados ni editados como en la Universidad.
Pero sabía que aquel no era el momento adecuado para decírselo. Alveron me había prometido su ayuda. Preferí esperar que llegara el momento y, entretanto, decidir qué clase de ayuda quería pedirle.
Salí de los aposentos del maer, y Stapes me sorprendió con un abrazo mudo. Su semblante no habría transmitido mayor agradecimiento si yo hubiera salvado a toda su familia de un edificio en llamas.
—Joven señor, dudo que entienda usted lo mucho que le debo. Si alguna vez necesita algo, no tiene más que hacérmelo saber.
Me cogió una mano y me la estrechó con entusiasmo. Al mismo tiempo, noté que me clavaba algo en la palma.
Ya en el pasillo, abrí la mano y vi un fino anillo de plata con el nombre de Stapes grabado en una cara. Junto a él había otro anillo que no era de metal. Era blanco y liso, y también llevaba grabado el nombre del valet con letras tbscas. No tenía ni idea de cuál podía ser su significado.
Volví a mis habitaciones, casi ebrio de tanta buena fortuna.

65 Una hermosa partida

Al día siguiente, trasladaron mis escasas pertenencias a unas habitaciones que el maer consideraba más adecuadas para alguien que contaba con todo su apoyo. En total había cinco, tres de ellas con ventanas que daban al jardín.
Fue un detalle bonito, pero yo no pude evitar pensar que esas habitaciones aún estaban más lejos de las cocinas, por lo que la comida me llegaría fría como la piedra.
Ni siquiera llevaba una hora instalado allí cuando vino un mensajero con el anillo de plata de Bredon y una tarjeta que rezaba: «En tus espléndidas habitaciones nuevas. ¿A qué hora?».
Le di la vuelta a la tarjeta y escribí en el dorso: «Cuando quieras», y envié al chico con ella.
Coloqué el anillo de plata de Bredon en una bandeja, en mi salón. En el cuenco contiguo ya había dos anillos de plata que relucían entre los de hierro.
Abrí la puerta y vi los ojos castaños de Bredon escudriñándome como los de un búho desde el halo blanco que formaban su pelo y su barba. Me sonrió y me saludó con una inclinación de cabeza, con el bastón bajo un brazo. Le ofrecí un asiento; luego me disculpé educadamente y lo dejé un momento a solas en el salón, tal como marcaba la etiqueta.
Nada más salir por la puerta, oí su risa cantarína en la otra habitación.
—¡Ja, ja! —exclamó—. ¡Esta sí que es buena!
Cuando regresé, Bredon estaba sentado junto al tablero de tak, con los dos anillos que yo había recibido recientemente de Stapes en la mano.
Esto sí que es una novedad —comentó—. Por lo visto, ayer in-
terpreté mal las cosas cuando un hosco guardia echó a mi mensajero de tu puerta.
—Han sido un par de días moviditos —dije sonriendo.
Bredon metió la barbilla y rió entre dientes; su parecido con un búho se acentuó aún más.
—No hace falta que me lo jures. —Sostenía en alto el anillo de plata—. Esto es revelador. Pero eso… —señaló el anillo blanco con el bastón—, eso es muy diferente.
Me senté enfrente de él.
—Seré sincero contigo —dije—. Ni siquiera estoy seguro de con qué material está hecho, y mucho menos de qué significa.
Bredon arqueó una ceja.
—Normalmente no eres tan franco.
—Es que ya me siento un poco más seguro de mi posición aquí —admití encogiendo los hombros—. Lo suficiente para no mostrarme tan reservado con las personas que se han portado bien conmigo.
Bredon volvió a reír y dejó el anillo de plata sobre el tablero.
—Más seguro —dijo—. Sí, me imagino que sí. —Cogió el anillo blanco—. Sin embargo, no es extraño que no sepas qué significa esto.
—Yo creía que solo había tres tipos de anillos —dije.
—Así es, básicamente —dijo Bredon—. Pero el intercambio de anillos se remonta a tiempos muy antiguos. El pueblo llano ya lo hacía mucho antes de que la nobleza lo convirtiera en un juego. Y si bien Stapes respira el mismo aire enrarecido que nosotros, no cabe duda de que su familia tiene orígenes humildes.
Bredon dejó el anillo blanco sobre el tablero y luego entrelazó las manos.
—Esos anillos se hacían con materiales que el pueblo llano tenía a mano. Un joven enamorado podía regalar a la muchacha a la que cortejaba un anillo hecho con hierba verde. Un anillo de cuero promete un servicio. Etcétera.
—¿Y un anillo de cuerno?

—Un anillo de cuerno significa enemistad —repuso Bredon—, Enemistad intensa y duradera.
—Ah —dije, un tanto sorprendido—. Ya veo.
Bredon sonrió y levantó el anillo blanco para acercarlo a la luz.
—Pero esto no es cuerno—observó—. Fíjate en la textura. Además, Stapes nunca daría un anillo de cuerno junto con otro de plata. —Meneó la cabeza—. No. Si no me equivoco, esto es un anillo de hueso. —Me lo pasó.—Maravilloso —dije con desánimo dándole vueltas con los dejos—. Y eso ¿qué significa? ¿Que me clavará un puñal en el hígado y me tirará a un pozo seco?
Bredon esbozó su amplia y cálida sonrisa.
—Un anillo de hueso indica una deuda profunda y duradera.
—Entiendo. —Lo froté con los dedos—. He de admitir que prefiero que me deban un favor.
—No es un simple favor —aclaró Bredon—. Tradicionalmente, un anillo como este está hecho con el hueso de un familiar difunto. —Arqueó una ceja—. Y pese a que dudo que en este caso sea así, lleva implícito un mensaje muy claro.
Levanté la cabeza; todavía estaba un poco aturdido con todo aquello.
—Y ¿cuál es el mensaje?
—Que un anillo como ese no se regala a la ligera. No forma parte de los juegos a que juega la nobleza, y no es la clase de anillo que deberías exhibir. —Me miró a los ojos—. Yo, en tu lugar, lo guardaría bien.
Me lo metí con cuidado en el bolsillo.
—Me has ayudado mucho —dije—. Me gustaría poder recompensarte...
Bredon levantó una mano, interrumpiéndome a media frase. Entonces, moviéndose con gran solemnidad, apuntó hacia abajo, cerró la mano y golpeó el tablero de tak con los nudillos.
Sonreí y saqué las piedras.
—Me parece que por fin estoy cogiéndole el tranquillo a este juego —comenté una hora más tarde, después de perder por un margen muy estrecho.
Bredon apartó su silla de la mesa con gesto de desagrado.
—No —me contradijo—. Todo lo contrario. Entiendes lo básico, pero todavía no has captado lo más importante.
Empecé a separar las piedras.
—Lo más importante es que por fin estoy a punto de ganarte, después de tanto tiempo.
—No —insistió Bredon—. No se trata de eso. El tak es un juego sutil. Por eso tengo tantos problemas para encontrar contrincantes. Ahora mismo vas dando tumbos como un matón. Es más, yo diría que juegas peor que hace dos días.—Admítelo —dije—. En esta última partida casi te gano.
Bredon se limitó a fruncir el entrecejo y señalar la mesa con gesto imperioso.
Inicié la partida con determinación, sonriendo y tarareando, convencido de que ese día lo vencería por fin.
Pero estaba muy equivocado. Bredon colocó sus piedras sin piedad, sin vacilar ni un instante entre jugada y jugada. Me destrozó con la misma facilidad con que rasgas una hoja de papel por la mitad.
La partida acabó tan deprisa que me quedé sin aliento.
—Otra vez —dijo Bredon, con un deje de autoridad en la voz que nunca antes le había oído.
Intenté recuperarme, pero la siguiente partida fue aún peor. Me sentía como un cachorro peleando con un lobo. No: era un ratón a merced de un búho. Ni siquiera fingía luchar. Lo único que podía hacer era correr.
Pero no podía correr suficiente. Esa partida terminó antes incluso que la anterior.
—Otra vez —exigió Bredon.
Y volvimos a jugar. Esa vez, yo ni siquiera era un ser vivo. Bredon jugaba con la serenidad y

el desapasionamiento de un carnicero con un cuchillo de deshuesar. La partida duró aproximadamente lo mismo que se tarda en destripar y deshuesar un pollo.
Al final, Bredon arrugó la frente y sacudió enérgicamente las manos a ambos lados del tablero, como si acabara de lavárselas y tratase de secárselas.
—De acuerdo —dije recostándome en el respaldo de la silla—. Ya lo capto. Hasta ahora habías jugado sin ánimo de humillarme.
—No —dijo Bredon mirándome con gravedad—. Eso no tiene nada que ver con lo que intento enseñarte.
—Entonces, ¿de qué se trata?
—Intento hacerte entender el juego —dijo—. Todo el juego, no solo lo de mover las piedras por el tablero. No se trata de jugar con todo el rigor que puedas. Se trata de ser atrevido. Peligroso. Elegante.
Golpeó el tablero con dos dedos.
—Cualquiera que esté medianamente despierto puede ver una trampa que le han preparado. Pero entrar en ella con audacia, con un plan para darle la vuelta, eso es maravilloso. —Sonrió, pero no por ello perdió su expresión severa—. Tender una trampa y saber que alguien llegará, cauteloso, con su propio truco preparado, y entonces vencerlo. Eso es doblemente maravilloso.
La expresión de Bredon se suavizó, y su voz se convirtió casi en una súplica.
—El tak refleja el sutil movimiento del mundo. Es un espejo donde se refleja la vida. Nadie gana un baile, muchacho. El sentido del baile es el movimiento que hace el cuerpo. Una partida de tak bien jugada revela el movimiento de una mente. Estas cosas tienen su propia belleza, pero solo pueden verla quienes tienen ojos para ella.
Señaló la escueta y brutal disposición de las piedras entre ambos.
—Mira eso. ¿Por qué iba a querer yo ganar una partida así?
Miré el tablero.
—¿El objetivo no es ganar? —pregunté.
—El objetivo —dijo Bredon solemnemente— es jugar una hermosa partida. —Levantó ambas manos y encogió los hombros, y entonces en su rostro se distendió una sonrisa beatífica—. ¿Qué interés podría tener yo en ganar una partida que no fuera hermosa?

66 Al alcance de la mano

Un poco más tarde, esa misma noche, me quedé a solas en lo que
suponía que debía de ser mi salón. O quizá fuera mi sala de estar. Sinceramente, no estaba muy seguro de qué diferencia había entre una cosa y otra.
Contrariamente a lo que esperaba, mis nuevas habitaciones me gustaban mucho. Y no porque fueran más amplias. Ni porque tuvieran mejores vistas del jardín. Ni porque el dibujo del suelo de mármol fuera más agradable a la vista. Ni siquiera porque la habitación tuviera su propio mueble de las bebidas, excelentemente abastecido, aunque ese era un detalle muy atractivo.
No. Mis nuevas habitaciones me gustaban más porque tenían varias sillas de asiento acolchado pero sin brazos que resultaban perfectas para tocar el laúd. Es incómodo tocar mucho rato en una silla con brazos. En la otra habitación, la mayoría de las veces acababa sentándome en el suelo.
Decidí llamar «laudería» a la habitación con esas sillas tan cómodas. O quizá «cámara de interpretación». Necesitaría tiempo para dar con algo suficientemente pedante.
Huelga decir que estaba encantado con el reciente giro de los acontecimientos. Para celebrarlo, abrí una botella de excelente vino tinto de Feloran, me relajé y saqué el laúd del estuche.
Empecé a tocar deprisa, automáticamente, interpretando «Tintatatornin» para calentar los dedos. Luego toqué dulce y sencillo un rato, reencontrándome poco a poco con mi laúd. Cuando llevaba tocando el tiempo que tardé en beberme media botella, me sentía muy a gusto y mi música sonaba sosegada y satisfecha como un gato tumbado al sol.
Entonces fue cuando oí el ruido a mis espaldas. Dejé de tocar de golpe, desmontando un acorde, y me puse rápidamente en pie temiendo encontrar a Caudicus, o a los guardias, o cualquier otro grave peligro.
Pero encontré al maer, con una sonrisa de turbación en los labios, como un niño que acaba de gastar una broma.
—Espero que tus nuevas habitaciones sean de tu agrado.
Me recompuse e hice una pequeña reverencia.
—Son excesivas para alguien como yo, excelencia.
—Son insignificantes teniendo en cuenta lo que te debo —replicó Alveron. Se sentó en un diván e hizo un ademán para indicar que podía sentarme si quería—. ¿Qué era eso que estabas tocando?
—En realidad no era una canción, excelencia —dije volviendo a mi silla—. Solo tocaba por tocar.
El maer arqueó una ceja.
—¿Era de tu invención? —Asentí, y él añadió—: Siento haberte interrumpido. Continúa, por favor.
—¿Qué le gustaría oír, excelencia?
—Sé de buena fuente que a Meluan Lackless le gustan la música y Jas palabras dulces —dijo—. Algo en esa línea.
—Hay muchos tipos de dulzura, excelencia —expliqué. Toqué las primeras notas de «Violeta espera», que sonaron ligeras, dulces y tristes. Entonces cambié a «La balada de Savien»; mis dedos se movían deprisa para componer los complejos acordes, arrancándole al laúd un sonido cortante.
Alveron asintió lentamente con la cabeza; a medida que escuchaba, su expresión denotaba

una mayor satisfacción.
—Y ¿también sabes componer?
Asentí.
—Sí sé, excelencia. Pero hacer esas cosas como es debido lleva tiempo.
—¿Cuánto tiempo?
—Un día o dos, o tres. Depende de la clase de canción que desee. Las cartas son más fáciles.
—Me complace comprobar que las alabanzas de Threpe no eran exageradas —dijo el maer inclinándose hacia delante—. Debo reconocer que si te he trasladado a estas habitaciones no ha sido solo para demostrarte mi gratitud. Hay un pasillo que las conecta con mis aposentos. Tendremos que reunimos con frecuencia para hablar de mi cortejo.
—Eso nos ayudará mucho, excelencia —dije, y luego escogí con cuidado mis siguientes palabras—: Me he informado acerca de la historia de la familia de la dama, pero eso no basta para cortejar a una. mujer.
Alveron rió.
—Debes de tomarme por necio —dijo con cordialidad—. Ya sé que necesitarás conocerla. Llegará dentro de dos días; viene de visita con otros nobles. He decretado un mes de celebraciones con motivo de mi recuperación de una larga enfermedad.
—Muy listo —lo congratulé.
Alveron se encogió de hombros.
—Organizaré algún encuentro social para que coincidáis. ¿Nut sitas algo para la práctica de tu arte?
—Bastará con una provisión generosa de papel, excelencia. Tinta y plumas.
—¿Nada más? He oído hablar de poetas que necesitan ciertos lujos para ayudarse a componer. —Hizo un gesto ambiguo—. ¿Alguna bebida o algún decorado en especial? Me han hablado de un poeta bastante famoso de Renere que tiene un baúl lleno de manzanas podridas siempre a mano. Cuando le falla la inspiración, abre el baúl y aspira los vapores que desprenden las manzanas.
Me reí.
—Yo soy músico, excelencia. Los poetas son otro cantar. Lo único que necesito es mi instrumento, dos buenas manos y conocer el tema.
Esa idea parecía preocupar a Alveron.
—¿Seguro que no te faltará nada para inspirarte?
—Le pediría permiso para pasear libremente y a mi antojo por el palacio y por Bajo Severen, excelencia.
—Por supuesto.
—En ese caso, tengo cuanto necesito para inspirarme al alcance de la mano.
La vi nada más llegar a Hojalateros. Después de tanto buscarla en vano los últimos meses, resultaba extraño encontrarla tan fácilmente.
Denna se movía entre la multitud con lenta elegancia. No era la rigidez que pasa por distinción en escenarios selectos, sino una desenvoltura natural. Los gatos no piensan en estirarse, sino que se estiran. Pero los árboles ni siquiera hacen eso. Los árboles simplemente oscilan sin el esfuerzo de moverse. Denna se movía así.
La alcancé tan deprisa como pude sin llamar su atención.
—Disculpe, señorita.
Denna se volvió, y su rostro se iluminó al verme.
—¿Sí?
—Normalmente nunca abordaría así a una mujer, pero no he podido evitar fijarme en que tiene usted los ojos de una dama de la que una vez estuve locamente enamorado.
—Es una pena amar solo una vez —dijo ella, y su sonrisa traviesa dejó entrever sus blancos

dientes—. He oído decir que hay hombres que consiguen amar dos vecés, e incluso más.
Ignoré la burla.
—Yo solo he delirado una vez. Nunca volveré a enamorarme.
Denna adoptó una expresión dulce y apoyó suavemente una mano en mi brazo.
—¡Pobre hombre! Esa mujer debió de hacerle mucho daño.
—Cierto, me hirió de varias maneras.
—Pero eso tan solo era de esperar —dijo con naturalidad—. ¿Cómo no iba a amar una mujer a un hombre tan apuesto como usted?
—No lo sé —dije con modestia—. Pero creo que no me amaba, porque me atrapó con una sonrisa adorable y luego desapareció sin decir palabra. Como el rocío bajo la débil luz del amanecer.
—Como un sueño al despertar —añadió Denna con una sonrisa.
—Como una doncella feérica deslizándose entre los árboles.
Denna se quedó callada un momento.
—Esa mujer debía de ser verdaderamente maravillosa para enamorarlo tanto —dijo entonces mirándome con seriedad.
—Era incomparable.
—¡Bueno! —Adoptó un tono más jovial—. Todos sabemos que a oscuras todas las mujeres son igual de altas. —Soltó una risita y me hincó el codo en las costillas con complicidad.
—Eso no es cierto —dije con firme convicción.
—Está bien —dijo ella lentamente—. Supongo que tendré que creer lo que me dice. —Volvió a mirarme—. Quizá algún día logre convencerme.
Me sumergí en el castaño profundo de sus ojos.
—Esa ha sido siempre mi gran esperanza.
Denna sonrió, y me dio un vuelco el corazón.
—Mantenía. —Deslizó un brazo en la curva del mío y echó a andar a mi lado—. Porque sin esperanza, ¿qué nos queda?

67 El lenguaje de las caras

Me pasé los dos días siguientes bajo la tutela de Stapes, hasta que el valet quedó convencido de que yo conocía todos los detalles de la etiqueta para una cena formal. Estaba familiarizado con el ceremonial desde la infancia, pero agradecí aquel repaso. Las costumbres difieren de un lugar a otro y de un año a otro, y hasta las equivocaciones más insignificantes pueden causar un gran bochorno.

Entonces Stapes preparó una cena para nosotros dos solos, y después me señaló una docena de errores, pequeños pero importantes, que había cometido. Dejar un cubierto sucio en el plato o encima de la mesa se consideraba basto, por ejemplo. Lo que significaba que era perfectamente aceptable lamer el cuchillo para limpiarlo. De hecho, si no querías ensuciar la servilleta era lo más correcto que podías hacer.

No estaba bien visto comerse todo el pan. Siempre había que dejar una porción en el plato, preferiblemente algo más que la corteza. Sucedía lo mismo con la leche: siempre había que dejar un poco en el vaso.

Al día siguiente, Stapes montó otra cena y volví a cometer errores. Hacer comentarios sobre la comida no era grosero, pero sí rústico. Pasaba lo mismo con oler el vino. Y, por lo visto, el trocito de queso blando que me habían servido tenía corteza. Una corteza que cualquier persona civilizada habría reconocido como incomestible, habría separado y habría dejado en el plato.

Yo, que soy un bárbaro, me había comido el queso con corteza y todo. Y lo encontré muy bueno. Sin embargo, tomé nota de ese detalle y me resigné a dejar en el plato media porción de queso excelente si me lo servían. La civilización tiene un precio.

Llegué al banquete con un traje que me habían hecho especialmente para la ocasión. Los colores me favorecían: verde hoja y negro. Tenía demasiados brocados para mi gusto, pero esa noche decidí rendirme a la moda, aunque fuera a regañadientes, pues iba a sentarme a la izquierda de Meluan Lackless.

Stapes había montado seis cenas formales de entrenamiento para mí en los tres días anteriores, y yo me sentía preparado para todo. Cuando llegué a la puerta del salón donde se celebraba el banquete, supuse que lo más difícil de la velada sería fingir interés por la comida.

Pero si bien me había entrenado para no hacer el ridículo en la mesa, no estaba preparado para ver a Meluan Lackless. Por suerte, mi experiencia teatral no me falló, y pude sonreír con naturalidad y ofrecerle mi brazo a la dama tal como exigía el ceremonial. Ella dio una cabezada cortés, y juntos nos dirigimos hacia la mesa.

Había altos candelabros con docenas de velas. En unas jarras de plata labrada había agua caliente para los cuencos para lavarse las manos y agua fría para beber. Unos jarrones antiguos con elaborados arreglos florales perfumaban el ambiente. Las cornucopias rebosaban de fruta brillante. Personalmente, yo lo encontraba chabacano; pero era tradicional, una exhibición de la riqueza del anfitrión.

Acompañé a lady Lackless hasta la mesa y le retiré la silla. Mientras recorríamos el salón, había evitado mirarla, pero al ayudarla a sentarse, vi su perfil, y me resultó tan familiar que no podía apartar los ojos de ella. La conocía, estaba seguro. Pero no conseguía recor„ dar dónde podíamos habernos encontrado...

Me senté y traté de pensar dónde podía haberla visto antes. Si las tierras de los Lackless no hubieran estado a mil quinientos kilómetros de distancia, habría pensado que la conocía de la Universidad. Pero eso era ridículo. La heredera de los Lackless no podía estudiar tan lejos

de su hogar.
Mi mirada erraba por aquellas facciones tan asombrosamente familiares. ¿Me la habría encontrado en el Eolio? No parecía probable. Me acordaría. Era una mujer muy hermosa, con una mandíbula fuerte y ojos castaño oscuro. Estoy seguro de que si la hubiera visto allí…
—¿'Ha visto algo que le interese? —me preguntó sin volverse hacia mí. Lo dijo con tono cordial, pero no lejos de la superficie se percibía una acusación.
Me había quedado mirándola fijamente. Apenas llevaba un minuto sentado a la mesa y ya estaba metiendo el codo en la mantequilla.—Le ruego que me perdone, pero suelo fijarme en las fisonomías, y la suya me ha impresionado mucho.
Meluan se volvió y me miró, y su irritación se redujo un tanto.
—¿Es usted turagior?
Los turagiores aseguraban poder adivinar la personalidad o el futuro a partir de la cara, los ojos y la forma de la cabeza. Típica superstición víntica.
—Algo sé, milady.
—¿De verdad? Y ¿qué le dice mi cara? —Levantó la barbilla y miró hacia otro lado.
Examiné detenidamente las facciones de Meluan, deteniéndome en su pálido cutis y en su cabello castaño, ingeniosamente rizado. Tenía los labios carnosos y rojos sin necesidad de carmín. Las líneas de su cuello eran elegantes y orgullosas.
Asentí con la cabeza y dije:
—Su cara me revela un fragmento de su futuro, milady.
Meluan arqueó ligeramente una ceja.
—Adelante.
—En breve recibirá una disculpa. Perdone a mis ojos, revolotean de un lado a otro como los calanthis. No podía apartarlos de la hermosa flor de su rostro.
Meluan sonrió, pero no se sonrojó. No era inmune a los halagos, pero tampoco le eran desconocidos. Me guardé esa información.
—Esa ha sido una predicción muy fácil —dijo—. ¿Le dice algo más mi rostro?
Volví a estudiarla.
—Dos cosas más, milady. Me dice que es usted Meluan Lackless, y que yo estoy a su servicio.
Sonrió y me tendió una mano para que se la besara. Se la cogí e incliné la cabeza sobre ella. No llegué a besársela, como habría sido lo indicado en la Mancomunidad, sino que me limité a posar brevemente mis labios sobre mi propio pulgar, con el que le sujetaba la mano. Besarle la mano habría sido un gesto excesivamente atrevido en esa parte del mundo.
Nuestras lisonjas se interrumpieron cuando llegaron las sopas, que cuarenta criados colocaron ante los cuarenta invitados al mismo tiempo. Probé la mía. ¿A quién en nombre de Dios se le ocurriría servir una sopa dulce?
Tomé otra cucharada y fingí deleitarme con ella. Con el rabillo del ojo observé a mi vecino, un anciano diminuto cuya identidad cono-
cía: era el virrey de Bannis. Tenía la cara y las manos arrugadas y cubiertas de manchas, y el cabello canoso y alborotado. Le vi meter un dedo en la sopa sin la más mínima inhibición, probarla y apartar el cuenco.
A continuación rebuscó en los bolsillos y abrió la mano para mostrarme lo que había encontrado.
—Siempre me traigo un paquete de almendras caramelizadas a estas cenas —me susurró en tono conspirativo, mirándome con ojos de niño travieso—. Nunca sabes lo que intentarán darte. —Me acercó la mano—. Si quiere, puede coger una.
Cogí una almendra y le di las gracias al virrey, que no volvió a fijarse en mí en toda la noche. Unos minutos más tarde, lo miré y vi que comía sin ningún reparo de su bolsillo mientras

hablaba con su esposa sobre si los campesinos podían o no hacer pan con bellotas. Me dio la impresión de que solo era un fragmento de una discusión mucho más amplia que mantenían desde hacía años.
A la derecha de Meluan había una pareja de Yll que hablaba en su cadenciosa lengua. Eso, combinado con unas decoraciones estratégicamente colocadas que me impedían ver a los invitados del otro lado de la mesa, hacía que Meluan y yo estuviéramos más aislados que si paseásemos juntos por los jardines. El maer había distribuido muy bien los asientos.
Nos retiraron los cuencos de sopa y nos sirvieron un trozo de carne que debía de ser de faisán, cubierta con una gruesa capa de salsa „ cremosa. Me sorprendió encontrarla bastante de mi agrado.
—Y dígame, ¿por qué motivo cree que nos han sentado juntos —me preguntó Meluan—, señor...?
—Kvothe. —Hice una pequeña reverencia sin levantarme—. Quizá se deba a que el maer quería que estuviera usted entretenida, y a veces soy entretenido.
—Ya veo.
—Aunque también podría tener algo que ver con la generosa suma que le he pagado al mayordomo.
Volvió a sonreír brevemente mientras daba un sorbo de agua. «Se le puede hablar sin tapujos», me dije.
Me limpié los dedos y estuve a punto de dejar la servilleta encima de la mesa, lo que habría sido un terrible error. Esa era la señal para que te retiraran el plato que se estuviera sirviendo en ese momento. Si la hacías demasiado pronto, implicaba una crítica silenciosa pero mordaz hacia la hospitalidad del anfitrión. Una gota de sudor empe-
zó a resbalarme por la espalda, entre los omoplatos; doblé con mucho cuidado la servilleta y me la puse en el regazo.
—¿A qué dedica usted su tiempo, señor Kvothe?
No me había preguntado cuál era mi ocupación, lo que significaba que daba por hecho que yo era miembro de la nobleza. Por suerte, yo ya había preparado el terreno para eso.
—Escribo un poco. Genealogías. Alguna obra de teatro. ¿Le gusta el teatro?
—A veces. Depende.
—¿De qué depende? ¿De la obra?
—Depende de los actores —me contestó, y detecté una extraña tensión en su voz.
Se me habría escapado ese detalle si no hubiera estado observando a Meluan con tanta atención. Decidí cambiar de tema y pasar a terreno menos peligroso.
—¿Cómo han encontrado los caminos para llegar a Severen? —pregunté. A todo el mundo le gusta quejarse sobre el estado de los caminos. Es un tema tan seguro como el tiempo—. Me han dicho que ha habido algunos problemas con bandidos en el norte. —Confiaba en animar un poco la conversación. Cuanto más hablara ella, mejor la conocería.
—En esta época del año, los caminos siempre están infestados de bandidos Ruh —dijo Meluan con frialdad.
No dijo bandidos, sino bandidos Ruh. Pronunció esa palabra con tal carga de fría animadversión que al oírla me quedé helado. Odiaba a los Ruh. No era el simple desprecio que la mayoría de la gente sentía por nosotros, sino un odio sincero e hiriente, un odio con dientes.
La llegada de unos pastelillos de frutas me ahorró tener que responder a eso. A mi izquierda, el virrey seguía hablando de bellotas con su esposa. A mi derecha, Meluan partió lentamente un pastelillo de fresas por la mitad; tenía el rostro pálido como una máscara de marfil. La observé mientras lo partía con sus impecables uñas, y supe que estaba pensando en los Ruh.
Dejando aparte esa breve mención de los Edena Ruh, la velada fue todo un éxito. Poco a

poco conseguí que Meluan se relajara, a base de charlar de cosas sin importancia. La cena, muy elaborada, duró dos horas, y tuvimos tiempo de sobra para conversar. Descubrí queMeluan era tal como Alveron la había descrito: inteligente, atractiva y de habla educada. Ni siquiera saber que odiaba a los Ruh impidió que disfrutara de su compañía.
Volví a mi habitación justo después de cenar y me puse a escribir. Cuando vino a verme el maer, yo ya tenía tres borradores de una carta, el boceto de una canción y cinco hojas llenas de notas y frases que esperaba poder utilizar más adelante.
—Pase, excelencia. —Cuando el maer entró en mi habitación, lo miré y pensé en que no se parecía en nada al hombre enfermizo y débil al que yo había devuelto k salud. Había engordado y era como si le hubieran quitado cinco años de encima.
—¿Qué te ha parecido? —preguntó Alveron—. ¿Ha mencionado a algún pretendiente mientras conversabais?
—No, excelencia —respondí, y le entregué una hoja de papel doblada—. Esta es la primera carta que debe enviarle. Espero que encuentre una forma discreta de hacérsela llegar.
Alveron desdobló la hoja y empezó a leer; sus labios se movían en silencio. Elaboré otro verso de una canción y anoté los acordes junto a las palabras. Al final el maer levantó la cabeza.
—¿No te parece que es un poco excesivo? —preguntó, un tanto turbado.
—No. —Dejé de escribir el tiempo suficiente para apuntar con la pluma hacia otra hoja de papel—. Esa sí es excesiva. La que tiene usted en la mano es correcta. Lady Lackless posee una vena romántica. Está deseando que la lleven en volandas, aunque probablemente lo negaría.
El maer seguía mirándome indeciso, así que me aparté de la mesa y dejé la pluma.
—Tenía usted razón, excelencia. Es una mujer a la que vale la pena conquistar. Dentro de unos días habrá una docena de nobles en las fincas dispuestos a desposarse con ella, ¿me equivoco?
—Ya hay una docena, y aquí mismo —repuso él con seriedad—. Pronto habrá tres docenas.
—Añada otra docena que lady Lackless conocerá en las cenas o paseando por el jardín. Y otra docena que la cortejarán por el simple placer de perseguir una presa. De todas esas docenas, ¿cuántos hombres le escribirán cartas y poemas? Le enviarán flores, alhajas, prendas de su afecto. Dentro de nada, estará recibiendo un aluvión de atenciones. Sin embargo, usted tiene una ventaja.
Señalé la carta y continué:
—Actúe deprisa. Esa carta encenderá su imaginación, despertará su curiosidad. Dentro de un par de días, cuando las notas de todos esos pretendientes cubran por completo su escritorio, ella ya estará esperando su segunda carta.
El maer vaciló un instante, y luego dejó caer los hombros.
—¿Estás seguro?
—En esto no hay certezas, excelencia —respondí sacudiendo la cabeza—. Solo esperanzas. Y esa es la mejor que puedo ofrecerle.
Alveron titubeó.
—Yo no entiendo nada de galanteos —dijo con un deje de petulancia—. Ojalá hubiera algún libro con normas que pudiéramos seguir. —Por un instante pareció un hombre normal y corriente, y no el maer Alveron.
La verdad es que yo también estaba preocupado. Todos mis conocimientos sobre el arte de cortejar a las mujeres habrían cabido cómodamente en un dedal sin necesidad de quitármelo del dedo.
Por otra parte, tenía infinidad de conocimientos de segunda mano. Diez mil canciones románticas, obras de teatro e historias tenían que servirme de algo. Además, había visto a Simmon perseguir a casi todas las mujeres en un radio de cinco kilómetros de la Universidad

con el condenado entusiasmo de un niño que intenta volar. Es más, había visto a un centenar de hombres estrellarse contra Denna como barcos que no hacen caso de la marea.
Alveron me miró; su rostro seguía revelando una sincera preocupación.
—¿Crees que bastará con un mes?
Cuando contesté, me sorprendió la seguridad que transmitía mi voz:
—Excelencia, si no consigo ayudarlo a conquistarla en un mes, es que es imposible.

68 El precio de un pan

Transcurrieron unos días agradables. Pasaba las horas diurnas con Denna en Bajo Severen, explorando la ciudad y los campos circundantes. Montábamos a caballo, nadábamos, cantábamos o sencillamente charlábamos hasta el anochecer. La halagaba escandalosamente y sin abrigar ninguna esperanza, porque solo un loco habría soñado con conquistarla.

Luego volvía a mis habitaciones y redactaba la carta que durante todo el día se había ido construyendo en mi interior. O vertía un torrente de música. Y en esa carta o esa canción decía todo lo que no me había atrevido a decirle a Denna durante el día. Cosas con las que sabía que solo habría conseguido ahuyentarla.

Después de terminar la carta o la canción, la reescribía. Le recortaba un poco los bordes, eliminaba uno o dos detalles excesivamente sinceros, la alisaba y cosía hasta que le encajaba a Meluan Lackless como un guante de piel de becerro.

Era una situación idílica. En Severen me costaba mucho menos que en Imre encontrar a Denna. Pasábamos horas seguidas juntos, a veces más de una vez al día, a veces tres o cuatro días seguidos.

No obstante, para ser sincero he de decir que no todo era perfecto. Había algunos abrojos en la manta, como solía decir mi padre.

El primero era un joven caballero llamado Gerred que acompañaba a Denna una de las primeras veces que nos vimos en Bajo Severen.

El no la conocía por el nombre de Denna, por supuesto. La llamaba Alora, y yo hice otro tanto durante el resto del día.

El rostro de Gerred tenía esa expresión de condena que yo tan bien conocía. Se había enamorado de Denna, pero empezaba axomprender que el tiempo a su lado se estaba agotando.

Yo lo observaba y le veía cometer los mismos errores que había visto cometer a otros antes que él. La rodeaba con el brazo con aire posesivo. Le regaló un anillo. Mientras paseábamos por la ciudad, si ella fijaba la vista en algo más de tres segundos, él se ofrecía a comprárselo. Intentaba arrancarle una promesa de un encuentro posterior. ¿Un baile en la mansión DeFerre? ¿Una cena en La Tabla Dorada? Al día siguiente, los hombres del conde Abelardo iban a representar El rey Diezpeniques...

Tomadas individualmente, cualquiera de esas cosas habría estado bien. Quizá hasta habrían sido un detalle bonito. Pero juntas no transmitían nada más que desesperación pura y dura. Gerred se aferraba a Denna como si estuviera ahogándose y ella fuera una plancha de madera.

Cuando ella estaba distraída, Gerred me miraba con odio; y esa noche, cuando Denna se despidió de nosotros, Gerred estaba pálido y demacrado como si llevara dos días muerto.

El segundo abrojo fue peor. Cuando llevaba casi dos ciclos ayudando al maer a cortejar a su dama, Denna desapareció. Sin señal o previo aviso. Sin una nota de despedida o disculpa. Esperé tres horas en la caballeriza donde habíamos quedado; después fui a su posada, y me enteré de que se había marchado la noche anterior llevándose todas sus pertenencias.

Fui al parque donde habíamos comido el día anterior, y a una docena de sitios más que solíamos frecuentar. Ya era casi medianoche cuando cogí el elevador para subir a lo alto del Tajo. Incluso entonces, mi parte más delirante confiaba en que ella me saludaría al llegar arriba, y que volvería a arrojarse a mis brazos con su entusiasmo salvaje.

Pero no estaba allí. Esa noche no escribí ninguna canción ni ninguna carta para Meluan.

El segundo día deambulé durante horas por Bajo Severen como un alma en pena, preocupado y dolido. Esa noche, en mis habitaciones, sudé, maldije y arrugué veinte hojas de papel hasta que conseguí tres párrafos pasables, muy breves, que entregué al maer para que hiciera con ellos lo que quisiera.
El tercer día tenía el corazón duro como una piedra. Traté de terminar la canción que había estado escribiendo para el maer, pero pese a mis esfuerzos no obtuve nada que valiera la pena. Durante la primera hora, las notas que tocaba sonaban pesadas y sin vida. En la segunda hora se volvieron discordantes e inseguras. Seguí intentándolo, pero los únicos sonidos que conseguí arrancarle a mi laúd fueron unos chiflidos espantosos parecidos al roce de un cuchillo contra los dientes.
Al final dejé tranquilo a mi pobre y torturado laúd, recordando algo que había oído decir a mi padre mucho tiempo atrás: «Las canciones eligen su momento y su estación. Si tu instrumento suena a lata, suele haber una razón. El tono de una tonada es la voz de tu corazón, y de un pozo enlodazado no sacarás agua clara. Si no dejas que el cieno se asiente, sonarás áspero como rota campana».
Guardé el laúd en el estuche y admití que mi padre tenía razón. Necesitaba unos días de descanso antes de seguir cortejando a Meluan en nombre del maer. Era una tarea demasiado delicada que no admitía fingimientos ni apremios.
Por otra parte, sabía que al maer le disgustaría que me retrasara. Necesitaba un divertimento estratégico, y como el maer era demasiado inteligente, tenía que ser al menos medianamente legítimo.
Oí el revelador suspiro de aire que indicaba que se había abierto el pasadizo secreto del maer que daba a mi vestidor. Me encargué de que cuando entrase por la puerta me viera paseándome ansioso por la habitación.
Alveron había seguido ganando peso durante los dos últimos ciclos, y ya no tenía el rostro macilento y pálido. Estaba muy apuesto con sus mejores galas: una camisa pn tonos marfil y una chaqueta rígida de color azul zafiro oscuro.
—He recibido tu mensaje —dijo con brusquedad—. ¿Has terminado ya la canción?
Me volví y lo miré.
—No, excelencia. He tenido que ocuparme de otro asunto más importante.
—Por lo que a ti respecta, no hay nada más importante que la canción —dijo el maer con firmeza, tirando del puño de su camisa para enderezarlo—. Me han comentado que a Meluan le gustaron mucho las dos primeras. Deberías concentrar todos tus esfuerzos en esa dirección.
—Excelencia, ya sé que...
—Suéltalo ya —dijo Alveron con impaciencia, y miró la esfera del alto reloj de engranaje que había en un rincón de la habitación—. Tengo citas a las que atender. !
—Caudicus sigue poniendo su vida en peligro.He de reconocer que el maer habría podido ganarse la vida en los escenarios. La única brecha en su compostura fue una breve vacilación cuando tiró del otro puño para ponerlo en su sitio.
—Y ¿cómo es eso? —preguntó con aparente indiferencia.
—Caudicus puede hacerle daño con otras cosas que no son venenos. Cosas que pueden hacerse desde lejos.
—Te refieres a un hechizo —dijo Alveron—. ¿Acaso temes que prepare un enviamiento para atormentarme?
«Que Tehlu nos asista, hechizos y enviamientos.» Aquel hombre inteligente, culto y perspicaz no era más que un niño cuando se trataba de asuntos arcanos. Seguramente creía en hadas y muertos vivientes. Pobre loco.
Sin embargo, intentar reeducarlo habría sido tedioso y contraproducente.
—Cabe esa posibilidad, excelencia. Pero existen otras amenazas más directas.

Alveron abandonó parte de su pose de indiferencia y me miró a los ojos.
—¿Qué podría ser más directo que un enviamiento?
El maer no era la clase de hombre al que puedes conmover solo mediante palabras, de modo que cogí una manzana de un frutero y la limpié con la manga de mi camisa antes de dársela.
—¿Quiere sujetar esto un momento, excelencia?
Cogió la manzana con recelo.
—¿De qué va esto?
Fui hasta la pared donde tenía colgada mi bonita capa granate y saqué una aguja de uno de sus numerosos bolsillos.
—Voy a enseñarle la clase de cosas que puede hacer Caudicus, excelencia. —Tendí una mano hacia la manzana.
Alveron me la devolvió, y yo la examiné. La acerqué a la luz y vi lo que esperaba encontrar en la brillante superficie. Murmuré un vínculo, concentré mi Alar y clavé la aguja en el centro de la huella que el maer había dejado con el dedo en la piel de la manzana.
Alveron se sobresaltó, dio un grito ahogado de asombro y se quedó mirándose la mano como si, digamos, se hubiera pinchado con un alfiler.
No me habría extrañado que me hubiera reprendido, pero no lo hizo. Abrió mucho los ojos y palideció. Entonces se quedó pensativo mientras observaba la gota de sangre que se le formaba en la yema del dedo.
Se humedeció los labios y, lentamente, se llevó el dedo a la boca.
—Ya entiendo —dijo en voz baja—. Y ¿puede uno protegerse de esas cosas? —En realidad no era una pregunta.
Asentí con la cabeza y mantuve una expresión sombría.
—Sí, en cierto modo, excelencia. Creo que puedo fabricar un... un amuleto para protegerlo. Es una lástima que no se me ocurriera antes, pero entre una cosa y otra...
—Sí, sí. —El maer me mandó callar con un ademán—. Y ¿qué te hace falta para fabricar ese amuleto?
Era una pregunta que teniá varias lecturas. De entrada me estaba preguntando qué materiales necesitaría. Pero el maer era un hombre práctico. También me estaba preguntando mi precio.
—Supongo que el taller de la torre de Caudicus dispondrá de todo el material que preciso, excelencia. Lo que no encuentre allí puedo comprarlo en Severen, con algo de tiempo.
Entonces hice una pausa para considerar la segunda parte de su pregunta, y pensé en los cientos de cosas que el maer podía concederme: suficiente dinero para nadar en él, un laúd nuevo como los que solo podían permitirse los reyes. Esa idea me produjo una conmoción. Un laúd Antressor. Nunca había visto ninguno, pero mi padre sí. Incluso había tocado uno en Anilin, y a veces, cuando se había bebido una copa de vino, hablaba de ello, y sus manos trazaban suaves formas en el aire.
El maer podía conseguirme un laúd así en un abrir y cerrar de ojos.
Todo eso y mucho más, por supuesto. Alveron podía conseguirme acceso a cientos de bibliotecas privadas. Un mecenazgo formal tampoco habría sido una nimiedad, proveniente de él; el nombre del maer me abriría puertas con tanta rapidez como el del rey.
—Hay algunas cosas —dije lentamente— que confiaba en poder hablar con su excelencia. Tengo un proyecto para cuya realización necesitaría ayuda. Y tengo una amiga, una intérprete de gran talentó, que necesitaría un mecenas bien situado... —Dejé la idea en suspenso.
Alveron asintió en silencio. Sus ojos grises demostraban que me había entendido. El maer no era ningún loco: sabía el precio de una hogaza de pan.
—Le diré a Stapes que te dé las llaves de la torre de Caudicus —dijo—. ¿Cuánto tardarás en

fabricar ese amuleto?
Hice una pausa, como si lo calculara.—Por lo menos cuatro días, excelencia. —Era tiempo suficiente para que se aclararan las turbias aguas de mi pozo creativo. O para que Denna regresara de adondequiera que se hubiera marchado tan de repente—. Si estuviera seguro del material que Caudicus tiene allí, podría terminar antes, pero tendré que andar con cuidado. No sé qué trampas pudo haber preparado antes de marcharse.
—Y ¿podrás continuar el otro proyecto que tienes en marcha? —preguntó Alveron arrugando la frente.
—No, excelencia. La confección del amuleto será agotadora y me llevará mucho tiempo. Sobre todo porque supongo que preferirá usted que sea cauto cuando busque los materiales en Bajo Severen, ¿verdad?
—Sí, claro. —Expulsó ruidosamente el aire por la nariz—. Maldita sea, ahora que todo iba tan bien. ¿A quién puedo pedir que me escriba las cartas mientras tú estás ocupado? —Dijo esa última frase con aire pensativo, como si hablara solo.
Necesitaba cortar esa idea de raíz. No quería compartir el mérito de la conquista de Meluan con nadie.
—No creo que eso sea necesario, excelencia. Hace siete u ocho días, quizá sí lo fuera. Pero ahora, como usted dice, ya tenemos su interés. Está emocionada, deseosa de que se produzca el siguiente contacto. Si pasan unos días sin que tenga noticias suyas, se afligirá. Pero lo más importante es que estará ansiosa por recibir de nuevo su atención.
El maer, pensativo, se acarició la barba con una mano. Me planteé hacer una comparación con jugar con el pez que ha mordido el anzuelo, pero dudaba mucho que el maer hubiera practicado alguna vez una actividad tan rústica como la pesca.
—No quisiera ser indiscreto, excelencia, pero en su juventud, ¿intentó alguna vez ganarse el afecto de una joven dama?
Alveron sonrió por el cuidado con que me había expresado.
—Adelante, sé indiscreto.
—¿Cuáles le parecieron más interesantes? ¿Las que corrían a sus brazos enseguida, o las que eran más difíciles y se mostraban reacias, incluso indiferentes a sus atenciones? —El maer se quedó mirando al vacío sumido en los recuerdos—. Con las mujeres pasa lo mismo. Algunas no soportan que un hombre se aferre a ellas. Y a todas les gusta que les dejen hacer sus propias elecciones. Es difícil ansiar algo que ya tenemos.
Alveron asintió con la cabeza.
—Eso es verdad. La ausencia alimenta el afecto. —Volvió a asentir, esa vez con más firmeza —. Muy bien. Tres días. —Miró de nuevo el reloj—. Y ahora tengo que...
—Una cosa más, excelencia —me apresuré a añadir—. El amuleto que voy a fabricar debe estar especialmente calibrado para usted. Necesitaré su cooperación. —Carraspeé—. Concretamente, un poco de su... —volví a carraspear— sustancia.
—Dilo sin rodeos.
—Una pequeña cantidad de sangre, saliva, piel, pelo y orina. —Suspiré por dentro, consciente de que para alguien con la mentalidad supersticiosa de los vínticos, aquello debía parecer una receta para hacer un enviamiento o alguna otra cosa igual de ridícula. Tal como había imaginado, el maer entrecerró los ojos al oír la lista.
—No soy ningún experto —dijo—, pero esas parecen precisamente las cosas de que debería evitar separarme. ¿Cómo puedo confiar en ti?
Habría podido reafirmar mi lealtad, recordarle los servicios que le había prestado en el pasado o que ya le había salvado la vida una vez. Pero en el último mes había tenido ocasión de entender cómo funcionaba la mente del maer.
Compuse una sonrisa cómplice.
—Es usted un hombre inteligente, excelencia. Estoy seguro de que sabe la respuesta sin

necesidad de que yo se la dé.
Me devolvió la sonrisa.
—De acuerdo, comprobémoslo.
Encogí los hombros.
—No me sirve de nada muerto, excelencia.
Sus ojos grises escudriñaron brevemente los míos; luego el maer asintió, satisfecho.
—Cierto. Envíame un mensaje cuando necesites esas cosas. —Se volvió para marcharse—. Tres días.

69 Semejante locura

Hice varios viajes a Bajo Severen para proveerme de los materiales que necesitaba para fabricar el gram de Alveron. Oro en bruto. Níquel y hierro. Carbón y ácidos de grabado. Conseguí el dinero para esas compras vendiendo diversas herramientas que encontré en el taller de Caudicus. Habría podido pedirle dinero al maer, pero prefería demostrarle que tenía mis propios recursos, pues no quería que me viera como una sangría continua.

Por casualidad, mientras compraba y vendía visité muchos de los lugares donde había estado con Denna.

Me había acostumbrado tanto a encontrármela que me parecía verla a cada momento aunque no estuviera allí. Todos los días, mi esperanzado corazón daba un vuelco al verla doblar una esquina, entrar en la tienda de un zapatero, levantar una mano y saludarme desde el otro lado de un patio. Pero siempre resultaba no ser ella, y todas las noches volvía al palacio del maer más desanimado que el día anterior.

Por si eso fuera poco, Bredon se había marchado de Severen unos días atrás para ir a visitar a unos parientes suyos. No me di cuenta de lo mucho que dependía de él hasta que se hubo ido.

Como ya he dicho, fabricar un gram no es muy difícil si tienes el material adecuado, un esquema y un Alar como una hoja de acero de Ramston. Las herramientas de metalistería que había en la torre de Caudicus me sirvieron, aunque no podían compararse con las que utilizábamos en la Factoría. Reproducir el esquema tampoco fue difícil, porque tengo buena memoria para esas cosas.

Mientras trabajaba en el gram del maer, empecé a fabricar otro para sustituir el que había perdido. Por desgracia, por culpa de las herramientas, relativamente bastas, con que trabajaba, no tuve tiempo de acabarlo como me habría gustado.Terminé el gram del maer tres días después de nuestra última conversación, y seis después de la repentina desaparición de Denna. A la mañana siguiente abandoné mi infructuosa búsqueda y me instalé en uno de los cafés al aire libre, y me dediqué a buscar inspiración para la canción que le debía al maer. Pasé diez horas allí, y el único acto de creación que conseguí fue transformar por arte de magia casi un galón de café en una orina maravillosa y aromática. Esa noche bebí una cantidad desaconsejable de scutten y me quedé dormido sobre mi escritorio. La canción de Meluan todavía estaba inacabada. El maer no estaba nada contento.

Denna reapareció al séptimo día, cuando yo paseaba por nuestros lugares de encuentro habituales de Severen. Pese a lo concentrado que estaba en mi búsqueda, ella me vio primero y vino riendo a mi lado, y, emocionada, me habló de una canción que había oído el día anterior. Pasamos la jornada juntos, como si nunca se hubiera marchado.

No le pregunté por su inesperada desaparición. Ya hacía más de un año que conocía a Denna, y entendía algunos de los misteriosos giros de su corazón. Sabía que valoraba su intimidad. Sabía que tenía secretos.

Esa noche estábamos en un jardincillo junto al mismísimo borde del Tajo. Sentados en un banco de madera, contemplábamos la ciudad que se extendía a nuestros pies: una caótica plétora de lámparas, farolas, luces de gas, con algún que otro punto más destacado de luz simpática.

—Lo siento mucho —dijo ella en voz baja.

Llevábamos casi un cuarto de hora allí sentados, contemplando las luces de la ciudad en silencio. Quizá Denna estuviera retomando una conversación previamente interrumpida,

pero yo no la recordaba.
—¿Cómo dices?
Como Denna tardaba en contestarme, me volví y la observé. Era una noche oscura, sin luna. El rostro de Denna estaba débilmente iluminado desde abajo por el millar de luces de la ciudad.
—A veces tengo que marcharme —dijo por fin—. Por la noche. Deprisa y sin hacer ruido.
Denna no me miraba mientras hablaba, sino que mantenía los oscuros ojos fijos en la ciudad que se extendía a nuestros pies.
—Es lo que suelo hacer —continuó con un hilo de voz—. Me marcho. Sin avisar antes. Sin dar explicaciones después, A veces es lo único que puedo hacer.
Entonces me miró, y vi que estaba muy seria.
—Espero que lo sepas aunque no te lo haya dicho nunca —prosiguió—. Espero que no haga falta que te lo diga...
Volvió a girar la cabeza y se quedó contemplando las trémulas luces de la ciudad.
—Pero por si sirve de algo, lo siento.
Seguimos un rato callados, disfrutando de un silencio agradable. Yo quería decir algo. Quería decirle que no me importaba, pero habría mentido. Quería decirle que lo único que de verdad me importaba era que regresara, pero temía que eso fuera demasiado cierto.
Así pues, en lugar de arriesgarme y decir algo que no debía, me callé. Sabía lo que les pasaba a los hombres que se aferraban demasiado a ella. Esa era la diferencia entre ellos y yo. Yo no me aferraba a Denna, no trataba de poseerla. No entrelazaba un brazo con el suyo, ni le murmuraba al oído, ni le besaba la mejilla por sorpresa.
Sí, lo pensaba. Todavía recordaba su calor el día que me abrazó junto al elevador. Había veces en que habría dado mi mano derecha a cambio de volver a abrazarla.
Pero entonces pensaba en las caras de los otros hombres cuando se daban cuenta de que Denna los estaba abandonando. Pensaba en todos los que habían intentado retenerla y habían fracasado. Así que me abstuve de enseñarle las canciones y los poemas que había escrito, pues sabía que demasiada verdad puede ser demoledora.

> Y si eso significaba que Denna no era completamente mía, ¿qué? Yo siempre sería la persona a la que ella podía acudir sin temor a recriminaciones ni preguntas. Así que no intentaba conquistarla y me contentaba con jugar una hermosa partida.

Pero siempre había una parte de mí que deseaba algo más, y por tanto siempre había una parte de mí que deliraba.
Pasaban los días, y Denna y yo explorábamos las calles de Severen. Nos sentábamos en los cafés, veíamos obras de teatro, íbamos a montar a caballo. Subimos hasta lo alto del Tajo por el camino solo para poder decir que lo habíamos hecho. Visitamos los mercados del muelle, una colección de fieras itinerante y varios gabinetes de maravillas.
Algunos días no hacíamos otra cosa que sentarnos y hablar, y esos días nada llenaba nuestras conversaciones tanto como la música.
Pasábamos horas y horas hablando del oficio de músico. De cómo encajaban las canciones. De cómo se combinaban las estrofas y los estribillos; del tono, del modo, del compás.
Eran cosas que yo había aprendido de pequeño y en las que pensaba a menudo. Y si bien para Denna eran materias nuevas, en cierto modo eso era una ventaja para ella. Yo había aprendido música antes que aprender a hablar. Conocía diez mil reglas de melodía y estrofa mejor de lo que conocía el dorso de mis propias manos.
Denna no. En cierto modo, eso la limitaba, pero por otra parte hacía que su música fuera extraña y maravillosa...

Sé que no lo estoy explicando muy bien. Imaginad que la música es una gran ciudad enmarañada, como Tarbean. En los años que pasé viviendo allí, acabé conociendo bien sus calles. No solo las principales. No solo los callejones. Conocía atajos y tejados y secciones de las alcantarillas. Gracias a eso, podía moverme por la ciudad como un conejo entre las zarzas. Era rápido, ingenioso, astuto.

Denna, en cambio, no había recibido ninguna instrucción. No conocía ningún atajo. Lo lógico habría sido que hubiera deambulado por la ciudad, perdida e impotente, atrapada en un retorcido laberinto de piedra y argamasa.

Pero no: ella atravesaba las paredes. No sabía hacer otra cosa. Nadie le había dicho nunca que no pudiera hacerlo. Por eso se movía por la ciudad como un ser feérico. Paseaba por calles que nadie podía ver, y eso hacía que su música fuera salvaje, extraña, libre.

Al final costó veintitrés cartas, seis canciones y, aunque me avergüenza decirlo, un poema. No fue solo eso, desde luego. Las cartas por sí solas no pueden conquistar el corazón de una mujer. Alveron también cumplió con su papel en el cortejo. Y después de revelarse como el pretendiente anónimo de Meluan, hizo la mejor parte del trabajo, atrayendo lentamente a Meluan a su lado con la tierna reverencia que sentía por ella.

Pero mis cartas llamaron la atención de Meluan. Mis canciones la atrajeron lo suficiente para que Alveron pudiera desplegar su lento y locuaz encanto.

Aun así, solo puedo reclamar una pequeña parte del mérito por las cartas y las canciones. Y en cuanto al poema, solo hay una cosa en el mundo que podría llevarme a cometer semejante locura.

70 Aferrado

Encontré a Denna frente a su posada del pasaje de Gres, un pequeño establecimiento llamado Las Cuatro Candelas. Al doblar la esquina y verla allí de pie, bajo la luz del farol que colgaba sobre la puerta, sentí una oleada de júbilo por el simple hecho de haberla encontrado cuando había salido a buscarla.
—Recibí tu nota —dije—. No sabes lo contento que me he puesto.
Denna sonrió e hizo una pequeña reverencia. Llevaba una falda, no una de esas complicadas que lucían las mujeres de la nobleza, sino una de tela sencilla que le habría servido para aventar el trigo o para ir a un baile de pueblo.
—No estaba segura de que pudieras venir —dijo—. Porque a estas horas, la mayoría de la gente civilizada ya se ha acostado.
—He de admitir que me ha sorprendido —dije—. Si fuera más entrometido, me preguntaría qué te ha mantenido ocupada hasta tan tarde.
—Negocios —contestó ella dando un suspiro teatral—. Una reunión con mi mecenas.
—¿Ha vuelto a la ciudad? —pregunté.
Ella asintió.
—¿Y quería verte a medianoche? Qué... raro.
Denna se apartó de la puerta de la posada y empezamos a andar juntos por la calle.
—La mano que sujeta la bolsa... —dijo, y encogió los hombros—. Las horas intempestivas y los lugares inusitados son la norma con maese Fresno. A veces sospecho que quizá sea solo un noble solitario que se aburriría con un mecenazgo normal y corriente. Me pregunto si le procura algo de emoción fingir que está metido en alguna intriga misteriosa, en lugar de limitarse a encargarme canciones.—Y ¿qué tienes planeado para esta noche? —pregunté.
—Nada. Solo pasar el rato en tu agradable compañía. —Estiró un brazo y lo entrelazó con el mío.
—En ese caso —repuse—, quiero enseñarte una cosa. Es una sorpresa. Tendrás que confiar en mí.
—Todas esas cosas las he oído un montón de veces. —En los ojos oscuros de Denna destellaba un brillo travieso—. Pero nunca todas juntas, y nunca me las habías dicho tú. —Sonrió—. Te concederé el beneficio de la duda y me reservaré las burlas de hastío para más tarde. Llévame adonde quieras.
Subimos a Alto Severen en el elevador, y desde arriba contemplamos boquiabiertos las luces de la ciudad, como dos estúpidos de humilde cuna. La llevé a dar un largo paseo por las calles adoquinadas, mostrándole las tiendas y los jardincillos. Luego dejamos atrás los edificios, saltamos una valla baja de madera y nos dirigimos hacia la oscura silueta de un granero vacío.
Una vez allí, Denna ya no pudo seguir callada.
—Bueno, lo has conseguido —dijo—. Me has sorprendido.
Sonreí y seguí guiándola hasta el interior del granero. Olía a heno y animales, pese a que no había ninguno. La conduje hasta una escalerilla que se perdía en la oscuridad que reinaba por encima de nuestras cabezas.
—¿Un pajar? —me preguntó, incrédula. Se paró y me lanzó una mirada de curiosidad—. Es evidente que me has confundido con alguna aldeana de catorce años llamada... —murmuró algo—. No sé, algún nombre rústico.
—¿Gretta?—sugerí.
—Por ejemplo. Es evidente que me has confundido con alguna aldeana de corpiño escotado

llamada Gretta.
—Tranquila —dije—. Si pretendiera seducirte, no lo haría así.
—Ah, ¿no? —Se pasó una mano por el pelo. Sus dedos empezaron a tejer una trenza distraídamente; de pronto se paró y se soltó la trenza—. En ese caso, ¿qué hacemos aquí?
—Comentaste que te gustaban mucho los jardines —dije—. Y los jardines de Alveron son muy bonitos. Pensé que te gustaría verlos.
—A estas horas de la noche —dijo Denna.
—Un agradable paseo a la luz de la luna —la corregí.
—Esta noche no hay luna —me recordó—. O si la hay, no es más que un fino creciente.
—Bueno, no importa —dije sin dejarme intimidar—. ¿Cuánta luna se necesita para disfrutar del perfume de los primeros brotes de jazmín?
—En un pajar —dijo Denna con escepticismo.
—El pajar es la forma más fácil de llegar al tejado —expliqué—.
Y desde allí podemos acceder al palacio del maer. Y a su jardín.
—Si estás al servicio del maer —dijo ella—, ¿no sería más sencillo pedirle que nos dejara entrar?
—¡Eh! —Levanté un dedo con gesto teatral—. Ahí está la gracia de la aventura. Hay un centenar de hombres que podrían llevarte a pasear por los jardines del maer. Pero solo hay uno que pueda colarte en él. —Sonreí—. Estoy ofreciéndote una oportunidad única, Denna.
—Ah, qué bien conoces mi corazón secreto —replicó sonriendo.
Le ofrecí mi mano como si la ayudara a subir a un carruaje.
—Milady...
Denna me cogió la mano, pero nada más poner el pie en el primer travesaño de la escalerilla, se detuvo.
—Un momento. No lo haces por caballerosidad. Lo que quieres es mirar debajo de mi vestido.
La miré con mi mejor expresión de ofendido y me llevé una mano ,al pecho.
—Señora, como caballero le aseguro que...
Me dio un manotazo.
—Una vez me dijiste que no eres ningún caballero —dijo—. Eres un ladrón, y lo que quieres es robar una mirada. —Dio un paso atrás e imitó el gentil movimiento que acababa de hacer yo—. Milord...
Pasamos por el pajar, subimos al tejado y nos colamos en el jardín. El creciente de luna plateado que brillaba en el cielo era más fino que un suspiro, y tan pálido que no alcanzaba a atenuar la luz de las estrellas.
Los jardines estaban asombrosamente tranquilos para tratarse de una noche tan templada y agradable. Normalmente, incluso a esas horas de la noche, había parejas paseando por los senderos, o hablándose al oído en los bancos de las enramadas. Me pregunté si esa noche se habría celebrado algún baile o alguna función en la corte.
Los jardines del maer eran enormes, con sinuosos senderos y setos astutamente distribuidos que los hacían parecer aún más grandes. Denna y yo caminábamos lado a lado, escuchando el suspiro del viento entre las hojas. Era como si fuéramos los únicos habitantes del planeta.—No sé si te acordarás —dije en voz baja, reacio a perturbar el silencio—. De una conversación que mantuvimos hace tiempo. Sobre flores.
—Sí, me acuerdo —dijo ella, también en voz baja.
—Dijiste que creías que todos los hombres habían aprendido a cortejar con el mismo libro trillado.
Denna rió sin hacer apenas ruido. Se llevó una mano a los labios.
—Oh. Se me había olvidado. Dije eso, ¿verdad?
Asentí.

—Dijiste que todos te regalaban rosas.
—Y siguen haciéndolo —repuso ella—. Me gustaría que encontraran un libro nuevo.
—Me pediste que escogiera la flor más adecuada para ti —continué.
Denna me miró con timidez.
—Sí, ya me acuerdo. Quería ponerte a prueba. —Arrugó la frente—. Pero te libraste escogiendo una de la que yo no había oído hablar y que nunca había visto.
El sendero describía una curva hacia el túnel verde oscuro de un emparrado.
—No sé si las habrás visto ya —dije—, pero aquí tienes tu flor de selas.
Solo las estrellas nos iluminaban el camino. El creciente de luna era tan fino que apenas podía llamarse luna. Bajo la emparrada estaba tan oscuro como el cabello de Denna. Teníamos los ojos muy abiertos para ver en la oscuridad, y donde la luz de las estrellas se filtraba entre las hojas, veíamos cientos de capullos de selas abriéndose como bostezos. De no ser porque el perfume de las selas es muy delicado, no habríamos podido respirar.
—¡Oh! —suspiró Denna mirando alrededor con los ojos como platos. Bajo la enramada su piel brillaba más que la luna. Estiró ambos brazos hacia los lados—. ¡Qué suaves son!
Caminamos en silencio. Alrededor de nosotros, las enredaderas de selas trepaban por el emparrado aferrándose a la madera y el alambre, ocultándose del cielo nocturno. Cuando por fin llegamos al otro lado, la claridad nos pareció comparable a la de la luz del día.
El silencio se prolongó hasta que empecé a sentirme incómodo.
—Ahora ya conoces tu flor —dije—. Era una lástima que nunca hubieras visto ninguna. Tengo entendido que son difíciles de cultivar.
—Entonces quizá encaje conmigo —dijo Denna en voz baja agachando la cabeza—. Yo no echo raíces fácilmente.Seguimos andando hasta que el sendero describió una curva y el emparrado quedó oculto detrás de nosotros.
—Me tratas mejor de lo que merezco —dijo Denna por fin.
Su afirmación me pareció ridicula, y me reí. Si no solté una ruidosa carcajada, fue por respetar el silencio del jardín. Contuve la risa cuanto pude, aunque el esfuerzo me hizo perder el paso y tambalearme.
Muy cerca, Denna me observaba mientras una sonrisa asomaba a su rostro.
Al final me recompuse.
—Tú, que cantaste conmigo la noche que me gané el caramillo. Tú, que me has hecho el regalo más bonito que jamás he recibido. —Entonces se me ocurrió una cosa—. ¿Sabías que el estuche del laúd me salvó la vida?
La sonrisa de sus labios se ensanchó, abriéndose como una flor.
—¿En serio?
—Sí —confirmé—. Es imposible que te trate tan bien como mereces. Teniendo en cuenta lo que te debo, esto es lo menos que puedo hacer para recompensarte.
—Bueno, creo que es un comienzo precioso. —Miró al cielo e inspiró hondo—. Siempre he preferido las noches sin luna. A oscuras es más fácil hablar. Es más fácil ser uno mismo.
Echó a andar de nuevo, y yo me puse a su lado. Pasamos junto a una fuente, un estanque, una pared cubierta de pálido jazmín abierto a la noche. Cruzamos un pequeño puente de piedra que nos devolvió al refugio de los setos.
—Podrías rodearme con el brazo, ¿sabes? —dijo Denna con naturalidad—. Estamos paseando por los jardines, a solas. A la luz de la luna, aunque haya poca. —Denna me miró de reojo y torció una comisura de la boca—. Supongo que sabes que esas cosas están permitidas.
Su inesperado cambio de actitud me pilló desprevenido. Desde que nos habíamos encontrado en Severen, yo la había cortejado con desesperada ostentación, y ella me había seguido la corriente. Me devolvía cada piropo, cada ocurrencia, cada broma, y no como un eco, sino como una segunda voz. Nuestro toma y daca era como un dueto.

Sin embargo, aquello era diferente. El tono de Denna era menos juguetón y más directo. Erai un cambio tan repentino que no supe qué contestar.
—Hace cuatro días me torcí el tobillo al pisar una losa suelta —dijo en voz baja—. ¿Te acuerdas? Paseábamos por el pasaje de Mincet. Me resbaló el pie y tú me sujetaste casi antes de que me diera cuenta de que había tropezado. Pensé que debías de estar vigilándome muy atentamente para reaccionar tan deprisa.
Tomamos una curva del sendero, y Denna siguió hablando sin mirarme, con una voz suave, pensativa, casi como si hablara sola.
—Me sujetaste con firmeza y me enderezaste. Casi me abrazaste. En ese momento lo tuviste muy fácil. Era cuestión de centímetros. Pero cuando recobré el equilibrio, apartaste las manos. Sin vacilar. Sin entretenerte. Sin hacer nada que yo pudiera tomarme a mal.
Fue a volver la cara hacia mí, pero rectificó y dirigió la vista abajo.
—Es curioso —dijo—. Hay un montón de hombres que no se proponen otra cosa que tumbarme. Y solo hay uno que intenta todo lo contrario. Asegurarse de que tengo los pies firmes en el suelo, para que no me caiga.
Estiró un brazo casi con timidez.
—Cuando voy a cogerte del brazo, lo aceptas con naturalidad. Hasta posas tu mano sobre la mía, para que no la aparte. —Explicó mi movimiento con exactitud mientras yo lo hacía, y tuve que esforzarme para que el gesto no me resultara de pronto incómodo—. Pero nada más. Nunca te sobrepasas. Nunca presionas. ¿Te das cuenta de lo extraño que eso me resulta?
Nos miramos un momento en aquel jardín silencioso y oscuro. Notaba el calor de Denna cerca de mí, su mano aferrándose a mi brazo.
Pese a la poca experiencia que tenía con las mujeres, hasta yo podía interpretar aquella señal. Intenté decir algo, pero sus labios me tenían embelesado. ¿Cómo podía tenerlos tan rojos? Hasta las flores de selas parecían oscuras a la pálida luz de la luna. ¿Cómo podía ella tener los labios rojos?
Entonces Denna se quedó inmóvil. En ese momento estábamos casi parados, pero ella se quedó quieta como una estatua, con la cabeza ladeada, como un ciervo que ha detectado un ruido.
—Viene alguien —dijo—. Vamos.
Se cogió de mi brazo y tiró de mí apartándonos del sendero; pasamos por encima de un banco de piedra y a través de una abertura estrecha entre los setos.
Acabamos en medio de un tupido arbusto que formaba un hueco donde cabíamos los dos agachados. Gracias al trabajo de los jardineros, no había maleza en el suelo, ni hojas secas ni ramitas que pudieran crujir bajo el peso de nuestras manos o nuestras rodillas. De hecho, la hierba que cubría el suelo de aquel pequeño refugio era gruesa y blanda como el césped más mullido.
—Hay un millar de muchachas que podrían pasear contigo por los senderos del jardín a la luz de la luna —dijo Denna con un hilo de voz—. Pero solo hay una que se escondería contigo en los arbustos. —Me sonrió. Su voz burbujeaba de regocijo.
Denna espió entre las hojas para observar el sendero, y yo la miré a ella. Su pelo caía como una cortina por un lado de su cabeza, y se veía asomar la punta de una oreja. En ese instante me pareció lo más precioso que había visto jamás.
Entonces oí el débil crujido de pasos por el sendero. También llegaba el sonido de voces que se filtraba a través del seto: un hombre y una mujer. Al cabo de un momento, aparecieron por la curva del sendero, cogidos del brazo. Los reconocí de inmediato.
Me volví y me incliné hacia Denna para hablarle al oído:
—Es el maer —dije—. Y su joven amada.
Denna se estremeció; me quité la capa granate y se la eché por encima de los hombros.

Volví a mirar a la pareja. Mientras los observaba, Meluan rió de algo que él dijo, y apoyó una mano sobre la de él, que reposaba sobre su brazo. Pensé que si ya se trataban con tanta confianza, pronto el maer no necesitaría de mis servicios.
—Para ti no, querida —oí decir claramente al maer cuando pasaron cerca de nosotros—. Tú te mereces rosas.
Denna me miró con los ojos muy abiertos. Se tapó la boca con ambas manos para reprimir la risa.
Los vimos pasar de largo, caminando despacio, al mismo paso. Denna se destapó la boca y respiró hondo varias veces seguidas.
—El maer también tiene un ejemplar de ese libro trillado —dijo con mirada risueña.
No pude evitar sonreír.
—Se ve que sí.
—Así que ese es el maer —dijo entonces mirando con sus oscuros ojos entre las hojas—. Es más bajo de lo que yo imaginaba.
—¿Te gustaría conocerlo? —pregunté—. Podría presentártelo.
—Oh, sí, me encantaría —respondió con tono burlón. Rió entre dientes, pero al ver que yo no me reía, me miró y se puso seria—. ¿Lo dices en serio? —Ladeó la cabeza; su expresión era una mezcla de diversión y desconcierto.
—Supongo que no estaría bien que saliéramos de detrás de un seto y nos abalanzáramos sobre él —razoné—. Pero podríamos salir por el otro lado y dar la vuelta para encontrárnoslo de cara. —Tracé con una mano la ruta que podíamos tomar—. No digo que vaya a invitarnos a cenar ni nada parecido, pero podemos saludarlo educadamente con una inclinación de cabeza al cruzarnos en el sendero.
Denna siguió mirándome fijamente, frunciendo ligeramente las cejas.
—Lo dices en serio —concluyó.
—¿Qué...? —Me interrumpí al comprender lo que quería decir su expresión—. Creías que te mentía cuando te decía que estaba al servicio del maer —dije—. Creías que te mentía cuando te decía que podía invitarte a venir aquí.
—Los hombres se inventan muchos cuentos —dijo ella quitándole importancia—. Les gusta fanfarronear un poco. El hecho de que me contaras algún cuento no me hizo pensar mal de ti.
—Yo nunca te mentiría —dije, y luego me lo pensé mejor—. Bueno, no. Eso no es verdad. Te mentiría. Vale la pena mentir por ti. Pero no te mentía. También vale la pena decir la verdad por ti.
Denna me sonrió con cariño.
—A veces eso es más difícil que mentir.
—¿Qué me dices? —pregunté—. ¿Quieres conocerlo?
Denna volvió a asomarse entre las hojas del seto y miró hacia el sendero.
—No. —Cuando sacudió la cabeza, su pelo ondeó como una sombra fugaz—. Te creo. No hace falta. —Agachó la cabeza—. Además, tengo manchado de hierba el vestido. ¿Qué pensaría el maer?
—Yo tengo hojas en el pelo —admití—. Sé lo que pensaría.
Salimos del arbusto. Me quité las hojas del pelo, y Denna se sacudió la falda haciendo una mueca al pasar las manos por encima de las manchas de hierba.
Volvimos al sendero y continuamos nuestro paseo. Pensé rodear a Denna con un brazo, pero me contuve. Yo no tenía muy buen ojo para esas cosas, pero me pareció que el momento de hacerlo había quedado atrás.
Denna levantó la cabeza cuando pasamos al lado de la estatua de una mujer cogiendo una flor. Dio un suspiro.
—Era más emocionante cuando no sabía que tenía permiso —admitió con un deje de

decepción en la voz.
—Sí, suele ocurrir —coincidí.

71 Interludio: el arcón tricerrado

Kvothe hizo parar a Cronista levantando una mano. El escribano limpió el plumín de la pluma con un trapo e hizo rodar el hombro, entumecido. Sin decir nada, Kvothe sacó una vieja baraja de cartas y empezó a repartirlas. Bast cogió las suyas y las examinó con curiosidad.
—¿Qué...? —empezó a decir Cronista frunciendo el entrecejo.
Se oyeron pasos en el porche de madera, y la puerta de la Roca de Guía se abrió revelando a un individuo calvo y gordo que llevaba una chaqueta bordada.
—¡Alcalde Lant! —lo saludó el posadero dejando sus cartas y poniéndose en pie—. ¿Qué puedo hacer por usted? ¿Le apetece beber algo? ¿Comer algo?
—Un vaso de vino no estaría mal —dijo el alcalde, y entró en la taberna—. ¿Tienes tinto de Gremsby?
—Me temo que no —respondió el posadero meneando la cabeza—. Los caminos, ya sabe. No es fácil abastecerse.
El alcalde asintió.
—Entonces sírveme algún otro tinto —dijo—. Pero te advierto que no pagaré más de un penique por él.
—Por supuesto que no, señor —repuso el posadero, solícito, retorciéndose un poco las manos—. ¿Algo de comer?
—No —contestó el alcalde—. La verdad es que he venido para solicitar los servicios del escribano. He preferido esperar a que las cosas se calmaran un poco, para que pudiéramos tener intimidad. —Paseó la mirada por la sala vacía—. Supongo que no te importará que ocupe tu taberna durante media hora, ¿verdad?
—En absoluto. —El posadero sonrió, obsequioso. Le hizo señas a Bast para que se levantara y se marchase.
—¡Pero si tenía unas cartas buenísimas! —protestó Bast levantándolas.
El posadero miró con el ceño fruncido a su ayudante y se metió en la cocina.
El alcalde se quitó la chaqueta y la colgó del respaldo de una silla mientras Bast, refunfuñando, recogía el resto de las cartas.
El posadero volvió con un vaso de vino tinto y cerró la puerta principal con una gran llave de latón.
—Me llevaré el chico arriba —dijo al alcalde— para que tenga usted intimidad.
—Te lo agradezco muchísimo —repuso el alcalde, y se sentó enfrente de Cronista—. Daré una voz cuando haya terminado.
El posadero asintió; se llevó a Bast de la taberna y subió con él la escalera. Kvothe abrió la puerta de su habitación e hizo entrar a Bast.
—Me pregunto qué será eso que el viejo Lant quiere guardar en secreto —dijo Kvothe en cuanto hubo cerrado la puerta—. Espero que no se entretenga demasiado.
—Tiene dos hijos de la viuda Creel —dijo Bast con desenvoltura.
—¿En serio? —Kvothe arqueó una ceja.
Bast se encogió de hombros.
—Lo sabe todo el pueblo.
Kvothe puso cara de escepticismo y se sentó en una butaca tapizada.
—¿Qué podemos hacer para entretenernos media hora? —preguntó.
—Hace muchísimo tiempo que no damos clase. —Bast arrastró una silla del pequeño escritorio y se sentó en el borde del asiento—. Podrías enseñarme algo.

—Clase —caviló Kvothe—. Podrías leer tu Celttm Tinture.
—¡Es tan aburrido, Reshi! —dijo Bast, suplicante—. No me importa dar clase, pero ¿tienen que ser necesariamente lecciones de un libro?
El tono de Bast le arrancó una sonrisa a Kvothe.
—¿Prefieres que te plantee un enigma?—Bast sonrió—. Está bien, déjame pensar un poco.
—Kvothe se dio golpecitos en los labios con las yemas de los dedos y paseó los ojos por la habitación. Al cabo de un momento, detuvo la mirada a los pies de la cama, donde estaba el arcón de madera oscura. Hizo un ademán displicente y preguntó—: ¿Cómo abrirías mi arcón si tuvieras que hacerlo?
El rostro de Bast reveló una ligera aprehensión.—¿Tu arcón tricerrado, Reshi?
Kvothe se quedó mirando a su alumno, y luego soltó una carcajada.
—¿Mi qué? —preguntó, extrañado.
Bast se sonrojó y agachó la cabeza.
—Es como yo lo llamo —murmuró.
—Pues de nombres... —Kvothe vaciló, y en sus labios jugueteaba una sonrisa—. Bueno, suena a cuento de hadas, ¿no te parece?
—Fuiste tú quien lo hizo, Reshi —repuso Bast, enfurruñado—. Tres cierres, madera de primera calidad y todo eso. Yo no tengo la culpa de que suene a cuento de hadas.
Kvothe se inclinó hacia delante y apoyó una mano sobre la rodilla de Bast, a modo de disculpa.
—Es un buen nombre, Bast. Lo que pasa es que me ha sorprendido. —Volvió a echarse hacia atrás—. Bueno. ¿Qué harías para abrir el arcón tricerrado de Kvothe el Sin Sangre?
Bast sonrió.
—Cuando lo dices así pareces un pirata, Reshi. —Echó un vistazo al arcón—. Supongo que pedirte las llaves está descartado, ¿verdad?
—Correcto —confirmó Kvothe—. Digamos que he perdido las llaves. Mejor aún, supongamos que he muerto, y que tienes libertad para hurgar entre mis secretos.
—Eso es un poco tétrico, Reshi —dijo Bast con ligero reproche.
—La vida es un poco tétrica, Bast —replicó Kvothe sombríamente—. Será mejor que te vayas acostumbrando. —Señaló el arcón—. Venga, tengo curiosidad por ver cómo te las ingenias para abrir esa nuez.
Bast lo miró con gesto inexpresivo.
—Las burlas son peores que las lecciones de los libros, Reshi —dijo, y fue hacia el arcón. Le dio un golpecito con el pie; luego se agachó y examinó las dos cerraduras, una de hierro oscuro y la otra de cobre brillante. Bast tocó la tapa redondeada con un dedo y arrugó la nariz—. Esta madera no me gusta nada, Reshi. Y la cerradura de hierro es una injusticia.
—¿Lo ves? Esta clase ya ha servido para algo —dijo Kvothe con aspereza—. Has deducido una verdad universal: la realidad suele ser injusta.
—¡Y no tiene bisagras! —exclamó Bast mirando la parte de atrás del arcón—. ¿Cómo puede haber una tapa sin bisagras?
—He de admitir que me llevó tiempo solucionar eso —dijo Kvothe con un deje de orgullo.
Bast se puso a cuatro patas y miró por el ojo de la cerradura de cobre. Levantó una mano y la posó sobre la placa. Entonces cerró los ojos y se quedó muy quieto, como si escuchara.
Al cabo de un momento, se inclinó hacia delante y sopló sobre la cerradura. No pasó nada; entonces Bast empezó a mover los labios. Pese a que hablaba tan bajo que no podía oírsele, era evidente que sus palabras tenían un tono de súplica.
Al cabo de un rato, Bast se puso en cuclillas y frunció el entrecejo. Entonces sonrió, estiró una mano y golpeó la tapa del arcón con los nudillos. Apenas sonó; era coriío si golpeara una piedra.
—Por curiosidad —dijo Kvothe—, ¿qué harías si alguien contestara desde dentro?

Bast se levantó, salió de la habitación y regresó poco después con una serie de herramientas. Apoyó una rodilla en el suelo y, utilizando un trozo de alambre doblado, estuvo hurgando en la cerradura de cobre unos minutos. Al final empezó a maldecir por lo bajo. Cuando cambió de posición para trabajar desde otro ángulo, rozó con la mano la placa de la cerradura de hierro, y se echó para atrás, farfullando.
Volvió a levantarse, tiró el alambre y cogió una larga palanca de metal reluciente. Intentó introducir el extremo más delgado bajo la tapa del arcón, pero la rendija era demasiado fina. Al cabo de unos minutos, abandonó también esa táctica.
A continuación, quiso tumbar el arcón sobre un costado para examinar la base, pero únicamente consiguió desplazarlo un centímetro por el suelo.
—¿Cuánto pesa esto, Reshi? —exclamó, exasperado—. ¿Ciento cincuenta kilos?
—Más de doscientos, cuando está vacío —contestó Kvothe—. ¿No te acuerdas de lo que nos costó subirlo por la escalera?
Bast dio un suspiro y siguió examinando el arcón con gesto de rabia y frustración. Entonces cogió una hachuela. No era la hachuela basta con cabeza en cuña que utilizaban para cortar las encendajas detrás de la posada. Era delgada y amenazadora, y estaba hecha de una sola pieza de metal. La forma de la cabeza recordaba vagamente a una hoja.
Sopesó la herramienta con una mano.
—Esto sería lo que yo haría a continuación, Reshi. Si estuviera verdaderamente interesado en abrir el arcón. —Miró a su maestro con curiosidad—. Pero si prefieres que no...—A mí no me mires, Bast —dijo Kvothe con gesto de impotencia—. Estoy muerto. Haz lo que quieras.
Bast sonrió y golpeó la redondeada tapa del arcón con la hachuela. Se oyó un ruido extraño, débil y resonante, como si alguien hiciera sonar uná campanilla amortiguada en otra habitación.
Bast hizo una pausa, y entonces empezó a aporrear con fuerza la tapa del arcón, una y otra vez. Primero lo hizo empuñando la hachuela con una sola mano, y luego con las dos, levantando los brazos cada vez por encima de la cabeza, como si cortara leña.
La reluciente cabeza lanceolada de la hachuela no conseguía penetrar en la madera, y con cada golpe salía despedida hacia un lado, como si Bast intentara cortar un bloque de piedra enorme y macizo.
Al final Bast paró, respirando entrecortadamente, y se agachó para examinar la parte superior del arcón, pasando la mano por la superficie antes de examinar la hoja de la hachuela. Dio un suspiro.
—Hiciste un buen trabajo, Reshi.
Kvothe sonrió e hizo como si se llevara la mano al sombrero.
Bast se quedó mirando el arcón.
—Intentaría prenderle fuego, pero sé que la madera de roah no arde. Quizá tuviera más suerte si lo calentara lo suficiente para fundir la cerradura de cobre. Pero para eso, tendría que trasladarlo hasta una fragua. —Miró el arcón, enorme como un baúl de viaje—. Pero tendría que ser una fragua más grande que la que tenemos aquí, en el pueblo. Y ni siquiera sé cuánto hay que calentar el cobre para que se funda.
—Esa clase de información —repuso Kvothe— es la que podría aparecer en la lección de un libro.
—Y supongo que habrás tomado precauciones para prevenir cosas así.
—Sí —admitió Kvothe—. Pero no era mala idea. Demuestra que tienes pensamiento lateral.
—¿Y con ácido? —preguntó Bast—. Abajo tenemos uno muy potente...
—El ácido fórmico no le hace nada a la madera de roah —dijo Kvothe—. Y el muriático tampoco. Quizá tuvieras más suerte con aqua regia. Pero no tenemos mucha a mano, y la madera es muy gruesa.
—No pensaba en la madera, Reshi. Pensaba en las cerraduras. Con suficiente ácido, podría

atravesarlas.
—Das por hecho que son de cobre y de hierro también por dentro —dijo Kvothe— Y aunque lo fueran, haría falta una gran cantidad de ácido; y te preocuparía que el ácido se derramara por el interior del arcón, estropeando lo que hay dentro. Con el fuego pasaría lo mismo, claro.
Bast se quedó mirando el arcón otra vez, acariciando la tapa con aire pensativo.
—Eso es lo único que se me ocurre, Reshi. Tendré que seguir pensando un poco más.
Kvothe asintió con la cabeza. Desanimado, Bast recogió sus herramientas y se las llevó. Cuándo volvió, empujó el arcón desde el otro lado, desplazándolo de nuevo un centímetro hasta ponerlo exactamente en la posición original, al pie de la cama.
—No ha estado mal, Bast —lo tranquilizó Kvothe—. Muy metódico. Has hecho lo mismo que habría hecho yo.
—¿Hola? —La voz del alcalde resonó en la habitación de abajo—. Ya he terminado.
Bast dio un respingo y corrió hacia la puerta, empujando la silla de nuevo bajo la mesa. Ese repentino movimiento hizo que se moviera una de las hojas de papel arrugadas que había encima de la mesa; cayó al suelo, rebotó y rodó hasta ir a parar bajo la silla.
Bast hizo una pausa y se agachó para recoger la bola de papel.
—No—dijo Kvothe—. Déjalo.
Bast se quedó quieto con la mano extendida; entonces se levantó y salió de la habitación. Kvothe lo siguió y cerró la puerta.

72 Caballos

Unos días después de que Denna y yo paseáramos por el jardín a la luz de la luna, terminé una canción para Meluan titulada «Para ti, solo rosas». Me la había encargado el maer, y me puse a trabajar con empeño, sabiendo que Denna se partiría de risa cuando la tocara para ella.
Metí la canción del maer en un sobre y miré la hora. Creía que iba a estar ocupado toda la noche terminándola, pero me había salido con una facilidad asombrosa, de modo que tenía el resto de la noche libre. Era tarde, pero no mucho. No lo bastante tarde para tratarse de una noche de Prendido en una ciudad tan animada como Severen. Quizá no demasiado tarde para encontrar a Denna.
Me puse ropa limpia y salí del palacio. Como el dinero que llevaba en la bolsa lo había obtenido vendiendo materiales de Caudicus y jugando a las cartas con nobles que entendían más de moda que de estadística, pagué un sueldo de plata y bajé en el elevador, y luego fui corriendo hasta la calle Neolín. Aminoré el paso cuando solo quedaban unas manzanas. El entusiasmo resulta halagador, pero no quería presentarme en la posada de Denna resollando y sudando como un caballo extenuado.
No me sorprendió no encontrarla en Las Cuatro Candelas. No era de las que se quedaba esperando haciendo girar los pulgares solo porque yo estaba ocupado. Pero llevábamos casi un mes explorando la ciudad juntos, y se me ocurrieron algunos sitios donde podía encontrarla.
La vi cinco minutos después. Iba andando por una calle muy concurrida como si la moviera un propósito determinado, como si tuviera que acudir a un sitio importante.
Eché a andar hacia ella, y entonces vacilé. ¿Adonde iría tan decidida, sola, a esas horas de la noche?A encontrarse con su mecenas.
Me gustaría poder afirmar que estuve dudando de si debía seguirla o no, pero mentiría. La tentación de descubrir por fin la identidad de su mecenas era demasiado fuerte, sencillamente.
Así que me puse la capucha de la capa y empecé a seguir a Denna entre la multitud. Resulta muy fácil si tienes un poco de práctica. Yo solía hacerlo en Tarbean: seguía a alguien solo para ver cuánto tardaba en descubrirme, por pura distracción. A mi favor jugaba el hecho de que, como Denna no era idiota, iba por las mejores zonas de la ciudad, donde las calles estaban atestadas de gente; además, en la penumbra mi capa parecía casi negra.
La seguí durante media hora. Pasamos por delante de vendedores ambulantes que vendían castañas y grasientos pasteles de carne. Había guardias entre los transeúntes, y las calles estaban iluminadas con farolas y farolillos colgados junto a las puertas de las posadas. Algún que otro músico andrajoso tocaba con una gorra al lado, y una vez pasamos por delante de una troupe de actores que representaban una obra de teatro folclórico en una placita adoquinada.
Entonces Denna se desvió y dejó atrás las calles más decentes. Al poco rato ya había menos luces y menos juerguistas achispados. Los músicos dieron paso a mendigos que gritaban o se te colgaban de la ropa cuando pasabas a su lado. Todavía salía luz por las ventanas de las tabernas y las posadas, pero la calle ya no estaba tan concurrida. La gente iba en parejas o en grupos de tres; las mujeres llevaban cor-» sé y los hombres tenían la mirada dura.
Aquellas calles no eran peligrosas, en un sentido estricto. O mejor dicho, eran peligrosas como el cristal roto. El cristal roto no se aparta de su camino para hacerte daño; hasta puedes tocarlo si vas con cuidado. Hay otras calles que son peligrosas como perros rabiosos,

y por muy prudente que seas, en ellas nunca estás a salvo.
Empezaba a ponerme nervioso cuando vi que Denna paraba de pronto en la entrada de un callejón en sombras. Estiró el cuello un momento, como si escuchara algo. Entonces, tras escudriñar la oscuridad, se internó en el callejón.
¿Era allí donde se encontraba con su mecenas? ¿Estaba tomando un atajo para llegar a otra calle? ¿O sencillamente seguía las instrucciones de su paranoico mecenas para asegurarse de que nadie la seguía?
Empecé a maldecir por lo bajo. Si me metía en el callejón y ella me veía, sería evidente que la había seguido. Pero si no lo hacía, se me es-
caparía. Y si bien aquella no era una parte de la ciudad muy peligrosa, no quería dejar a Denna caminando por allí sola tan tarde.
Examiné los edificios cercanos y vi uno con la fachada revestida de piedra desmoronadiza. Eché un vistazo alrededor y trepé por la fachada, rápido como una ardilla; otra habilidad, muy útil, adquirida en mi disipada juventud.
Una vez en el tejado, se trataba solo de correr por los tejados de varios edificios más, para luego esconderme detrás de una chimenea, desde donde podría espiar el callejón. Había un creciente de luna en el cielo, y pensé que vería a Denna recorriendo su atajo a toda prisa, o teniendo allí mismo un encuentro clandestino con su sospechoso mecenas.
Pero lo que vi no tuvo nada que ver con eso. La débil luz de una lámpara que salía por una ventana alta de un edificio me mostró a una mujer tendida en el suelo, inmóvil. El corazón me latió varias veces muy fuerte en el pecho, hasta que comprendí que no era Denna.
Denna llevaba pantalones y camisa, mientras que aquella mujer tendida vestía un vestido blanco, arrugado; sus piernas, desnudas y pálidas, destacaban contra la piedra oscura de la calzada.
Miré a un lado y a otro hasta que entrevi a Denna fuera del alcance de la luz. Estaba de pie cerca de un hombre ancho de espaldas en cuya calva se reflejaba la luz de la luna. ¿Lo estaba abrazando? ¿Era su mecenas?
Por fin mis ojos se acostumbraron lo suficiente a la oscuridad y pude ver que estaban muy cerca el uno del otro y muy quietos, pero que Denna no lo abrazaba. Denna tenía un brazo estirado y tenso, y en su mano, pegada al cuello de aquel hombre, distinguí un destello blanco de luna sobre metal, como una lejana estrella.
La mujer que estaba tendida en el suelo empezó a moverse, y Denna le dijo algo. La mujer se levantó con dificultad, tambaleándose un poco al pisarse el borde del vestido; entonces pasó despacio al lado de la pareja, manteniéndose cerca de la pared al dirigirse hacia la entrada del callejón.
Una vez que la mujer se hubo retirado, Denna dijo algo más. Estaba demasiado lejos para entender lo que decía, pero su voz, dura y crispada, hizo que se me erizara el vello de los brazos.
Denna se apartó del hombre; él retrocedió y se llevó una mano a un lado del cuello. Empezó a insultarla ferozmente, escupiendo y amenazándola con la mano que tenía libre. Su voz era más potente que la de Denna, pero arrastraba las palabras y no entendí prácticamente nada de lo que decía, aunque sí distinguí la palabra «puta» varias veces.
Pese a hablar mucho, el hombre no volvió a acercarse a Denna. Ella se quedó plantada ante él, con los pies bien afianzados en el suelo. Sujetaba el cuchillo, inclinado hacia arriba, delante del cuerpo. Su postura era casi despreocupada. Gasi.
Después de maldecir durante cerca de un minuto, el hombre dio medio paso adelante, alzando un puño. Denna dijo algo e hizo un rápido y breve movimiento con el cuchillo hacia la entrepierna del hombre. El callejón quedó en'silencio, y el hombre levantó un poco los hombros. Denna repitió aquel movimiento, y el hombre empezó a maldecir en voz más baja, se dio la vuelta y echó a andar por el callejón sin dejar de apretarse el cuello con una mano.

Denna esperó a que el hombre se perdiera de vista; entonces se relajó y, con cuidado, se guardó el cuchillo en un bolsillo. Se dio la vuelta y se dirigió hacia la entrada del callejón.
Corrí hacia la fachada del edificio. Abajo, en la calle, descubrí a Denna y a la otra mujer de pie bajo una farola. Allí había más luz, y vi que la mujer era mucho más joven de lo que me había parecido, no más que una chiquilla, a quien los sollozos le hacían temblar los hombros. Denna le frotaba la espalda describiendo pequeños círculos, y poco a poco la muchacha se tranquilizó. Al cabo de un momento echaron a andar por la calle.
Volví hacia el callejón, donde había visto una vieja cañería de hierro, una forma relativamente fácil de bajar hasta el suelo. Pero aun así me costó dos largos minutos, y casi toda la piel de mis nudillos, descender hasta el suelo de adoquines.
Necesité de toda mi fuerza de voluntad para no salir corriendo del callejón y alcanzar a Denna y a la muchacha. Tenía que evitar que Denna descubriera que la había seguido.
Por suerte, no andaban muy deprisa, y no me costó encontrarlas. Denna guió a la muchacha hacia la parte más agradable de la ciudad; una vez allí, la llevó a una posada de aspecto respetable con un gallo pintado en el letrero.
Me quedé fuera un minuto, mirando a través de una de las ventanas para hacerme una idea de la distribución del interior. Entonces me calé la capucha, entré con aire desenvuelto, fui hasta la parte trasera de la posada y me senté a una mesa al otro lado de una pared divisoria, que hacía esquina con el reservado donde estaba sentada Denna con la muchacha. Si hubiera querido, me habría bastado con inclinarme hacia delante para verlas, pero si no me movía, no las veía, ni ellas a mí.
La taberna estaba prácticamente vacía, y una camarera se me acercó nada más sentarme. Al ver la rica tela de mi capa, sonrió.
—¿Qué le apetece tomar?
Contemplé el impresionante despliegue de botellas de vidrio que había detrás de la barra. Hice señas a la camarera para que se acercara un poco más y le hablé en voz baja, con voz áspera, como si me estuviera recuperando de un crup.
—Me tomaré un tentempié de vuestro mejor whisky —contesté—.
Y una copa de tinto de Feloran.
La camarera asintió con la cabeza y se marchó.
Agucé el oído, bien entrenado, para espiar la conversación de la mesa de al lado.
—... tu acento —oí decir a Denna—. ¿De dónde eres?
Hubo una pausa, y luego la muchacha murmuró algo. Como estaba de espaldas a mí, no oí lo que dijo.
—Eso está en el farrel occidental, ¿verdad? —dijo Denna—. Estás muy lejos de tu casa.
La muchacha murmuró algo. Luego hubo otra larga pausa y no oí nada más. No sabía si había dejado de hablar o si lo hacía en voz tan baja que yo no alcanzaba a oírla. Contuve el impulso de inclinarme hacia delante y echar un vistazo a su mesa.
Entonces volví a oír el murmullo.
—Ya sé que dijo que te quería —dijo Denna con voz dulce—. Todos dicen lo mismo.
La camarera me puso delante una copa alta de vino y me dio el tentempié.
—Dos sueldos.
Tehlu misericordioso. Con esos precios, no me extrañaba que el establecimiento estuviera casi vacío.
Me pulí el whisky de un solo trago y contuve el impulso de toser, porque me ardió la garganta. Entonces me saqué un disco de plata de la bolsa, puse la gruesa moneda sobre la mesa y le coloqué encima el vaso vacío, boca abajo.
Volví a hacer señas a la camarera para que se acercara.
—Voy a proponerte una cosa —dije en voz baja—. Ahora mismo, lo único que quiero es sentarme aquí tranquilamente, beberme este vino y pensar en mis cosas.

Di unos golpecitos en el vaso, bajo el que estaba la moneda.—Si puedo hacerlo sin interrupciones, todo esto, menos el precio de las bebidas, será tuyo. —La camarera abrió un poco más los ojos y dirigió la mirada hacia la moneda—. Pero si viene alguien a molestarme, aunque sea con buena intención, aunque sea para preguntarme si quiero beber algo, me limitaré a pagar y marcharme. —La miré—. ¿Quieres ayudarme a tener un poco de intimidad esta noche?
La chica asintió con entusiasmo.
—Gracias—dije.
Se marchó inmediatamente y le hizo señas a otra camarera que estaba detrás de la barra, apuntándome con un dedo. Me relajé, bastante convencido de que no se me acercaría nadie.
Di un sorbo de vino y me puse a escuchar.
—... hace tu padre? —preguntó Denna. Reconocí su tono de voz. Era el mismo, bajo y suave, que utilizaba mí padre cuando hablaba con algún animal asustadizo. Era un tono que conseguía calmar y apaciguar.
La muchacha murmuró, y Denna respondió:
—Es un buen trabajo. Entonces, ¿qué haces aquí?
Otro murmullo.
—Le gustaba toquetearte, ¿verdad? —dijo Denna con naturalidad—. Bueno, los primogénitos son así.
La muchacha volvió a hablar, esa vez con más ímpetu, aunque yo seguía sin entender lo que decía.
Froté la copa de vino con el dobladillo de mi capa, la incliné y la alejé un poco de mí. El vino era de un rojo tan oscuro que parecía negro, y convertía el lado de la copa en un espejo. No era un espejo perfecto, pero veía reflejadas en la copa unas diminutas figuras.
Oí suspirar a Denna interrumpiendo el débil murmullo de la muchacha.
—A ver sí lo adivino —dijo con un deje de exasperación—. Robaste la plata, o algo parecido, y huiste a la ciudad.
El diminuto reflejo de la muchacha permaneció inmóvil.
—Pero aquí las cosas no son como te habías imaginado, ¿verdad? —continuó Denna, esa vez con más dulzura.
Vi que los hombros de la muchacha empezaban a temblar y oí una serie de sollozos, débiles pero desgarradores. Desvié la mirada de la copa de vino, que volví a dejar sobre la mesa.
—Toma. —Oí el golpe de una copa sobre la mesa—. Bébete esto —dijo Denna—. Te ayudará un poco. No mucho, pero algo hará.
Cesaron los sollozos. La muchacha tosió, sorprendida; se había atragantado.
—Pobrecilla —dijo Denna en voz baja—. Conocerte ha sido peor que verme en un espejo.
Por primera vez, la muchacha habló lo bastante fuerte para que yo la oyera.
—Pensé: si se me va a llevar y lo tendrá gratis, será mejor que vaya a algún sitio donde pueda elegir y me paguen...
Siguió hablando, pero no distinguí las palabras, sino solo el débil ascenso y descenso de su voz amortiguada.
—¿El rey Diezpeniques? —la interrumpió Denna, incrédula. Lo dijo con un tono de voz ponzoñoso que no le había oído nunca—. Kist y crayle, odio esa maldita obra. No es más que un repugnante cuento de hadas modegano. En la vida real no pasan esas cosas.
—Pero... —empezó la muchacha.
—Ahí fuera no hay ningún joven príncipe vestido con harapos dispuesto a salvarte —la interrumpió Denna—. Y aunque lo hubiera, ¿a qué te conduciría eso? Serías como un perro que él hubiera encontrado en el arroyo. Le pertenecerías. Cuando te hubiera llevado a su casa, ¿quién te salvaría de él?

Un momento de silencio. La muchacha volvió a toser, pero solo un poco.
—Bueno, ¿qué podemos hacer contigo? —preguntó Denna.
La muchacha se sorbió la nariz y dijo algo.
—Si supieras cuidar de ti misma no estaríamos aquí sentadas —replicó Denna.
Un murmullo.
—Es una posibilidad —continuó Denna—. Se quedarían la mitad de lo que ganaras, pero eso es mejor que no cobrar nada y que encima te corten el cuello. Creo que esta noche ya lo has comprobado.
Oí un ruido de tela contra tela. Incliné mi copa de vino para echar un vistazo, pero solo vi a Denna realizando un movimiento poco definido.
—Déjame ver qué tenemos aquí —dijo. Entonces oí un tintineo de monedas sobre una mesa.
La muchacha murmuró algo, sobrecogida.
—No, nada de eso —dijo Denna—. No es tanto dinero, si es lo único que tienes en el mundo. Ya deberías saber lo caro que es vivir en la ciudad.
Un murmullo con final ascendente. Una pregunta.
Oí inspirar a Denna y soltar el aire lentamente.
—Porque alguien me ayudó a mí una vez cuando lo necesitaba —dijo—Y porque si nadie te ayuda, no vivirás más que un ciclo. Te
lo dice alguien que ha tomado unas cuantas decisiones erróneas en la vida.
Oí el ruido de monedas deslizándose por la mesa.
—Está bien —dijo Denna—. Primera opción. Te ponemos a trabajar de aprendiza. Eres un poco mayor, y será difícil, pero no imposible. Nada del otro mundo. Tejer. Remendar zapatos. Te harán trabajar duro, pero tendrás tu propia habitación y comida, y aprenderás un oficio.
Otro murmullo de interrogación.
—¿Con ese acento tuyo? —preguntó Denna con sorna—. ¿Sabes rizarle el cabello a una dama? ¿Maquillarla? ¿Arreglarle el vestido? ¿Hacer encajes? —Una pausa—. No, no estás capacitada para trabajar de doncella, y yo no sabría a quién sobornar.
Ruido de monedas recogidas.
—Opción número dos —continuó Denna—. Te buscamos una habitación hasta que se te haya ido ese cardenal. —Monedas deslizándose—. Luego te compramos un asiento en un coche para volver a casa. —Más monedas—. Llevas un mes fuera. Es un periodo ideal para que se preocupen por ti. Cuando vuelvas a tu casa, se alegrarán de verte con vida.
Murmullo.
—Cuéntales lo que quieras —dijo Denna—. Pero si tienes algo más que serrín en la cabeza, les contarás una historia verosímil. Nadie se creerá que conociste a un príncipe que te envió a tu casa.
Un murmullo tan débil que apenas lo oí.
—Pues claro que será duro, ton tina —dijo Denna con cierta aspereza—. Te lo recordarán el resto de tu vida. La gente susurrará al pasar a tu lado por la calle. Te costará encontrar un marido. Perderás amigos. Pero ese es el precio que tendrás que pagar si quieres recuperar tu vida de antes.
Las monedas tintinearon al volver a juntarse.
—Tercera opción. Si estás segura de que quieres probar suerte en la prostitución, podemos arreglarlo para que no acabes muerta en una zanja. Tienes un rostro bonito, pero necesitarás ropa adecuada. —Monedas deslizándose—. Y alguien que te enseñe modales. —Más monedas—. Y alguien más que te quite ese acento. —Más monedas.
Murmullo.
—Porque es la única forma sensata de hacerlo —dijo Denna con voz monótona.Otro murmullo.
Denna dio un suspiro brusco que revelaba irritación.

—Está bien. Tu padre es caballerizo mayor, ¿verdad? Piensa en los diferentes caballos que tiene el barón: caballos de tiro, caballos de enganche, caballos de caza...
Un murmullo excitado.
—Exactamente —dijo Denna—. Si tuvieras que escoger, ¿qué tipo de caballo querrías ser? Un caballo de tiro trabaja duro, pero ¿le dan la mejor cuadra? ¿La mejor comida?
Murmullo.
—Eso es. Eso se lo dan a los caballos más bonitos. Los miman y los alimentan, y solo tienen que trabajar cuando hay un desfile o cuando alguien sale a cazar.
»Así que, si quieres ser prostituta —continuó Denna—, tienes que hacerlo bien. No quieres convertirte en una ramera de puerto. Tú quieres ser una duquesa. Quieres que los hombres te agasajen. Que te envíen regalos.
Murmullo.
—Sí, regalos. Si pagan, se sentirán como si les pertenecieras. Y ya has visto lo que ha pasado esta noche. Puedes conservar ese acento y ese corpiño tan escotado, y los marineros pagarán medio penique por un revolcón. O puedes aprender modales, arreglarte el pelo y empezar a atender a los caballeros que te visiten. Si eres interesante, y guapa, y si sabes escuchar, los hombres desearán tu compañía. Querrán llevarte a bailar, y no solo acostarse contigo. Entonces tú controlarás la situación. Nadie exige a una duquesa que pague la habitación por adelantado. Nadie inclina a una duquesa sobre un barril en un callejón y luego, cuando ya se ha divertido, le da una patada en la boca.
Murmullo.
—No —dijo Denna con voz triste. Oí el ruido de unas monedas tintineando al caer dentro de una bolsa de dinero—. No te mientas. Hasta el caballo más precioso sigue siendo un caballo. Eso significa que tarde o temprano te van a montar.
Murmullo de interrogación.
—Entonces te marchas —dijo Denna—. Si quieren más de lo que tú estás dispuesta a dar, es tu única salida. Te marchas, deprisa y sin hacer ruido, por la noche. Pero si lo haces, quemas tus puentes. Ese es el precio que hay que pagar.
Un murmullo titubeante.
—Eso no puedo decírtelo —dijo Denna—. Tienes que decidir por ti misma lo que quieres hacer. ¿Quieres volver a casa? Eso tiene un precio. ¿Quieres controlar tu vida? Eso también tiene su precio. ¿Quieres la libertad de decir no? Otro precio. Todo tiene siempre su precio.
Oí el ruido de una silla al ser retirada hacia atrás, y me pegué contra Ja pared cuando las dos mujeres se levantaron.
—Eso es algo que cada uno tiene que decidir por su cuenta —dijo Denna, y su voz fue alejándose—. ¿Qué es lo que deseas por encima de todo? ¿Qué es lo que deseas tanto que pagarías lo que fuera por conseguirlo?
Me quedé un buen rato allí sentado, tratando de beberme el vino

73 Sangre y tinta

En su Teofanía, Teccam habla de los secretos y los llama «tesoros dolorosos de la mente». Explica que lo que la mayoría de la gente considera secretos no lo son en realidad. Los misterios, por ejemplo, no son secretos. Tampoco lo son los hechos poco conocidos ni las verdades olvidadas. Un secreto, explica Teccam, es un conocimiento cierto activamente ocultado.

Los filósofos llevan siglos cuestionando su definición. Señalan los problemas lógicos, las lagunas, las excepciones. Pero en todo este tiempo ninguno ha conseguido presentar una definición mejor. Quizá eso nos aporte más información que todas las objeciones juntas.

En un capítulo posterior, menos conocido y menos discutido, Teccam expone que existen dos tipos de secretos. Hay secretos de la boca y secretos del corazón.

La mayoría de los secretos son secretos de la boca. Chismes compartidos y pequeños escándalos susurrados. Esos secretos ansian liberarse por el mundo. Un secreto de la boca es como una china metida en la bota. Al principio apenas la notas. Luego se vuelve molesta, y al final, insoportable. Los secretos de la boca crecen cuanto más los guardas, y se hinchan hasta presionar contra tus labios. Luchan para que los liberes.

Los secretos del corazón son diferentes. Son íntimos y dolorosos, y queremos, ante todo, escondérselos al mundo. No se hinchan ni presionan buscando una salida. Moran en el corazón, y cuanto más se los guarda, más pesados se vuelven.

Teccam sostiene que es mejor tener la boca llena de veneno que un secreto del corazón. Cualquier idiota sabe escupir el veneno, dice, pero nosotros guardamos esos tesoros dolorosos. Tragamos para contenerlos todos los días, obligándolos a permanecer en lo más profundo de nosotros. Allí se quedan, volviéndose cada vez más pesados, enconándose. Con el tiempo, no pueden evitar aplastar el corazón que los contiene.

Los filósofos modernos desprecian a Teccam, pero son buitres picoteando los huesos de un gigante. Cuestionad cuanto queráis: Teccam entendía la forma del mundo.

Denna me envió una nota la mañana después de que yo la siguiera por la ciudad, y me encontré'con ella delante de Las Cuatro Candelas. En el último ciclo habíamos quedado allí docenas de veces, pero ese día había algo diferente. Ese día Denna llevaba un vestido largo y elegante; no era un vestido de varias capas y cuello alto, a la moda del lugar, sino ceñido y escotado. Era azul oscuro, y al dar Denna un paso, alcancé a verle un trozo de pierna desnuda.

El estuche del arpa estaba apoyado contra la pared, detrás de ella, y Denna tenía un aire de expectación. Su oscuro cabello brillaba bajo la luz del sol, con el único adorno de tres finas trenzas atadas con cinta azul. Iba descalza, y tenía los pies manchados de hierba. Me sonrió.

—Ya está —dijo, y la emoción retumbó en su voz como un trueno lejano—. He avanzado lo suficiente para tocarte al menos un trozo. ¿Te gustaría oírla? —Detecté una pizca de disimulada timidez en su voz.

Como ambos trabajábamos para mecenas muy celosos de su intimidad, Denna y yo no solíamos hablar de nuestro trabajo. Comparábamos las manchas de tinta de nuestros dedos y nos lamentábamos de nuestras dificultades, pero sin entrar en detalles.

—Nada me gustaría más —respondí mientras Denna cogía el estuche de su arpa y echaba a andar por la calle. Me puse a su lado—. Pero ¿no le importará a tu mecenas?

Denna encogió los hombros con aparente despreocupación.

—Dice que quiere que mi primera canción sea algo que los hombres canten los próximos cien años, de modo que no pretenderá que la esconda eternamente. —Me miró de reojo—.

Iremos a algún sitio donde no nos vean y te dejaré oírla. No pasará nada, a menos que te pongas a gritarla desde los tejados.
Nos dirigimos hacia la puerta occidental de común y mudo acuerdo.
—Habría traído mi laúd —dije—, pero por fin he encontrado a un lutier de confianza. Le he pedido que me arregle esa clavija.—Hoy prefiero tenerte de público —replicó Denna—. Siéntate a escuchar embelesado mientras toco. Mañana yo te contemplaré a ti, con los ojos húmedos de emoción. Me maravillaré de tu habilidad, tu ingenio y tu encanto. —Se pasó el arpa al otro hombro y me sonrió—. A menos que también los hayas dejado en la tienda para que te los arreglen.
—Podríamos formar un dueto —propuse—. La combinación de arpa y laúd no se ve mucho, pero tampoco es insólita.
—Te has expresado con gran delicadeza. —Me miró de soslayo—. Me lo pensaré.
Como había hecho ya una docena de veces, contuve el impulso de confesarle que había recuperado el anillo que Ambrose le había quitado. Quería contarle toda la historia, errores incluidos. Pero estaba convencido de que el impacto romántico de mi gesto habría quedado disminuido por el final de la historia, donde empeñaba el anillo antes de marcharme de Imre. Pensé que sería mejor guardarlo en secreto de momento, y sorprender a Denna devolviéndole el anillo.
—Dime, ¿qué te parecería tener de mecenas al maer Alveron? —pregunté.
Denna dejó de andar y se volvió para mirarme.
—¿Cómo?
—Resulta que le caigo simpático —dije—. Y me debe un par de favores. Sé que has estado buscando un mecenas.
—Ya tengo un mecenas —dijo con firmeza—. Un mecenas que me he ganado yo misma.
—Tienes medio mecenas —puntualicé—. ¿Dónde está tu título de mecenazgo? Tu maese Fresno quizá pueda procurarte apoyo financiero, pero tan importante como eso es el nombre del mecenas. El nombre es como una armadura. Es como una llave que abre...
—Ya sé en qué consiste un mecenazgo —me atajó Denna.
—Entonces debes de saber que maese Fresno no es justo contigo —dije—. Si el maer hubiera sido tu mecenas cuando las cosas se pusieron feas en aquella boda, nadie en aquel poblacho de mala muerte se habría atrevido a levantarte la voz, y mucho menos la mano. El nombre del maer te habría protegido incluso a mil kilómetros de distancia. Te habría mantenido a salvo.
—Un mecenas puede ofrecer algo más que un nombre y dinero —replicó Denna con tono hostil—. No necesito la protección de un título nobiliario, y, francamente, me molestaría que un hombre me obligara a vestirme con sus colores. Mi mecenas me ofrece otras cosas. Sabe cosas que yo necesito saber. —Me lanzó una mirada enojada y se apartó el pelo de los hombros—. Ya te he explicado todo esto antes. De momento estoy contenta con él.
—¿Por qué no los tienes a los dos? —sugerí—. Al maer en público y a tu maese Fresno en secreto. Estoy seguro de que no pondría objeciones a eso. Seguramente Alveron podría investigar a ese otro individuo para asegurarse de que no intenta ganarse tu confianza con falsas...
Denna me miró, horrorizada.
—¡Dios mío, no! —Se volvió hacia mí con expresión grave—. Prométeme que no intentarás averiguar nada sobre él. Eso podría estropearlo todo. Eres el único al que se lo he contado, pero él se pondría furioso si supiera que le he hablado a alguien de él.
Al oír eso, noté un extraño centelleo de orgullo.
—Si de verdad prefieres que no...
Denna se paró y dejó el estuche del arpa sobre los adoquines, produciendo un ruido sordo.

—Prométemelo —dijo, muy seria.
Seguramente no habría cedido si no me hubiera pasado la noche anterior siguiéndola por la ciudad con la esperanza de descubrir precisamente eso. Pero lo había hecho. Y luego, por si fuera poco, la había escuchado a hurtadillas. De modo que ese día estaba muerto de arrepentimiento.
—Te lo prometo —dije. Como su rostro seguía expresando una profunda angustia, añadí—: ¿No te fías de mí? Si así vas a quedarte tranquila, puedo jurártelo.
—¿Por qué me lo jurarías? —me preguntó, y empezó a sonreír de nuevo—. ¿Qué hay tan importante para ti que te haría mantener tu palabra?
—¿Mi nombre y mi poder? —dije.
—Eres muchas cosas —repuso ella con aspereza—, pero no eres Táborlin el Grande.
—¿Mi buena mano derecha?
—¿Solo una mano? —preguntó Denna, y la picardía volvió a asomar en su voz. Me cogió ambas manos, les dio la vuelta y fingió examinarlas minuciosamente—. Me gusta más la izquierda —decidió—. Júramelo por esa.
—¿Por mi buena mano izquierda? —pregunté con recelo.
—Está bien —concedió—. Por la derecha. Qué tradicional eres.
—Juro que no intentaré descubrir la identidad de tu mecenas—dije de mala gana—. Lo juro por mi nombre y mi poder. Lo juro por mi buena mano izquierda. Lo juro por la luna en constante movimiento.
Denna me observó atentamente, como si no estuviera segura de si me burlaba de ella.
—Muy bien —dijo encogiéndose de hombros y recogiendo el arpa—. Me has convencido.
Seguimos caminando, traspasamos las puertas occidentales y salimos al campo. El silencio se prolongó y empezó a resultar incómodo.
Temiendo que aumentara la tensión, dije lo primero que me pasó por la cabeza.
—¿Hay algún hombre nuevo en tu vida?
Denna rió por lo bajo.
—Ahora pareces maese Fresno. Siempre me pregunta por ellos. Cree que ninguno de mis pretendientes es lo bastante bueno para mí.
Estaba completamente de acuerdo con eso, pero no me pareció prudente confesarlo.
—Y ¿qué piensa de mí?
—¿Qué? —preguntó, desconcertada—. Ah. No sabe nada de ti —dijo—. ¿Por qué iba a hablarle de ti?
Me encogí de hombros intentando aparentar indiferencia, pero no debí de resultar muy convincente, porque Denna soltó una carcajada.
—Pobre Kvothe. Era una broma. Solo le hablo de los que se pasan el día rondándome, jadeando y husmeando como perros. Tú no eres como ellos. Tú siempre has sido diferente.
—Siempre me he enorgullecido de no jadear ni husmear alrededor de nadie.
Denna se giró un poco y me golpeó juguetonamente con el arpa que llevaba colgada al hombro.
—Ya sabes a qué me refiero. Vienen y se van sin haber ganado ni perdido nada. Tú eres el oro tras la basura que el viento arrastra. Quizá maese Fresno piense que tiene derecho a enterarse de mis asuntos personales, mis idas y venidas. —Frunció un poco el entrecejo—. Pero no es así. De momento estoy dispuesta a concederle un poco...
Me cogió por un brazo con gesto posesivo.
—Pero tú no entras en el trato —dijo casi con fiereza—. Tú eres mío. Solo mío. No tengo intención de compartirte.
La tensión desapareció, y seguimos caminando por el ancho camino alejándonos de Severen, riendo y hablando de cosas sin importanda. Medio kilómetro más allá de la última posada de la dudad había un bosquecillo tranquilo con un solo itinolito, alto, en el centro. Lo

habíamos descubierto mientras buscábamos fresas silvestres, y se había convertido en uno de nuestros sitios favoritos para huir del ruido y los malos olores de la ciudad.
Denna se sentó junto a la base del itinolito y apoyó la espalda en él. Entonces sacó el arpa del estuche y se la acercó al pecho; se le levantó el bajo del vestido exponiendo un trozo escandaloso de pierna. Denna me miró, arqueó una ceja y sonrió como si supiera exactamente en qué estaba pensando yo.
—Qué arpa tan bonita —comenté.
Ella soltó una risotada nada delicada.
Me tumbé cómodamente sobre la hierba, larga y fresca. Arranqué unas cuantas briznas y empecé a trenzarlas.
Lo confieso: estaba nervioso. Aquel último mes habíamos pasado mucho tiempo juntos, pero nunca había oído a Denna tocar nada compuesto por ella misma. Habíamos cantado juntos, y yo sabía que ella tenía una voz como la miel sobre pan caliente. Sabía que sus dedos se movían con seguridad y que tenía un ritmo excelente...
Pero escribir una canción no es lo mismo que tocarla. ¿Y si la suya no era buena? ¿Qué diría yo entonces?
Denna extendió los dedos sobre las cuerdas, y mis preocupaciones quedaron en segundo plano. Siempre he pensado que la forma en que una mujer pone las manos sobre un arpa tiene algo poderosamente erótico. Empezó a deslizar los dedos por las cuerdas describiendo círculos, de arriba abajo. El instrumento produjo un sonido parecido al de martillos sobre campanas, agua sobre piedras, trino de pájaros en el cielo.
Paró y afinó una cuerda. Punteó, volvió a afinar. Tocó un acorde afilado, un acorde duro, un acorde prolongado; entonces se volvió y me miró, flexionando los dedos varias veces con nerviosismo.
—¿Estás listo?
—Eres increíble—dije.
Denna se ruborizó un poco; entonces se apartó el pelo para disimularlo.
—No seas bobo. Todavía no he tocado nada.
—De todos modos eres increíble.
—Cállate.
Tocó un acorde duro y dejó que se desvaneciera convirtiéndose en una suave melodía. Mientras esta ascendía y descendía, Denna recitó la introducción de su canción. Me sorprendió ese comienzo tan tradicional. Me sorprendió pero me gustó. Lo clásico nunca falla.

Venid y oíd con atención
esta trágica canción
sobre un país ensombrecido
por el mal y sobre aquel
que alzó su mano contra el cruel destino.
Buen Lanre: de esposa, vida, orgullo despojado, jamás cejó en su empeño
denodado y en lucha desigual cayó y fue traicionado.

Al principio fue su voz lo que me cortó la respiración, y luego la música.
Pero antes de que sus labios hubieran pronunciado diez versos, me quedé atónito por otros motivos. Cantó la historia de la caída de Myr Tariniel. De la traición de Lanre. Era la historia que yo le había oído contar a Skarpi en Tarbean.
Sin embargo, la versión de Denna era diferente. En su canción, Lanre estaba descrito con tonos trágicos, un héroe tratado con injusticia. Las palabras de Selitos eran crueles y

mordaces; Myr Tariniel, un laberinto que había sido mejor entregar al fuego purificador. Lanre no era un traidor, sino un héroe caído.

Muchas cosas dependen de dónde pongas fin a tu historia, y la de Denna terminaba cuando Selitos maldecía a Lanre. El final perfecto para una tragedia. En la historia de Denna, Lanre era un incomprendido al que no trataban como se habría merecido. Selitos era un tirano, un monstruo loco que se arrancaba furioso un ojo ante las astutas artimañas de Lanre. Era una historia tremenda, dolorosamente errónea.

A pesar de todo, tenía atisbos de belleza. Los acordes estaban bien escogidos. La rima era sutil pero firme. La canción era muy fresca y, aunque había muchos fragmentos sin pulir, pude percibir su forma. Vi en qué podía convertirse. Atraparía la mente de los hombres. La cantarían los próximos cien años.

De hecho, supongo que la habréis oído. Es una canción muy conocida. Denna acabó titulándola «La canción de las siete penas». Sí, la compuso Denna, y yo fui la primera persona que la oyó entera.

Mientras las últimas notas se desvanecían, Denna bajó las manos esquivando mi mirada.

Me quedé quieto y callado sobre la hierba.

Para que lo que os estoy contando tenga sentido, necesitáis entender algo que sabe todo músico. Cantar una canción nueva es algo muy especial. Es aterrador. Es como desnudarse por primera vez ante un nuevo amante. Es un momento sumamente delicado.

Tenía que decir algo. Un cumplido. Un comentario. Una broma. Una mentira. Cualquier cosa era mejor que el silencio.

Pero lo cierto es que no me habría quedado más atónito si Denna hubiera escrito un himno elogiando al duque de Gibea. Estaba demasiado conmocionado, sencillamente. Me sentía en carne viva, arañado como un trozo de pergamino reutilizado, como si cada nota de su canción hubiera sido otra pasada del cuchillo que me rascaba para dejarme completamente mudo y en blanco.

Agaché la cabeza y me quedé callado mirándome las manos. Todavía sujetaba el círculo de hierba verde sin terminar que había estado tejiendo cuando Denna había empezado a tocar. Era una trenza plana y ancha que empezaba a curvarse tomando la forma de un anillo.

Todavía tenía la cabeza agachada cuando oí el frufrú de la falda del vestido de Denna. Tenía que decir algo, ya había esperado demasiado. El silencio pesaba en el aire.

—La ciudad no se llamaba Mirinitel —dije sin levantar la cabeza. No era lo peor que habría podido decir, pero tampoco era lo adecuado.

Hubo un silencio.

—¿Cómo dices? —preguntó Denna.

—No se llamaba Mirinitel —repetí—. La ciudad que quemó Lanre se llamaba Myr Tariniel. Siento tener que decírtelo. Ya sé que cambiar un nombre es muy difícil. Echará por tierra el metro de una tercera parte de los versos. —Me sorprendió lo tranquila que sonaba mi voz, lo monótona y muerta que sonaba en mis propios oídos.

Denna aspiró bruscamente por la boca.

—¿Ya habías oído esa historia?

Levanté la cabeza; Denna me miraba, emocionada. Asentí con la cabeza; me sentía extrañamente vacío. Hueco como una calabaza seca.

—¿Por qué escogiste ese tema para tu canción? —pregunté.

Decir eso tampoco era lo adecuado. No puedo evitarlo: tengo la impresión de que si en aquel momento hubiera dicho lo adecuado, todo habría sido diferente. Pero ni siquiera ahora, tras años de pensarlo, puedo imaginar qué habría podido decir para que todo hubiera terminado bien.

El entusiasmo de Denna se debilitó un tanto.

—Encontré una versión en un libro viejo mientras realizaba investigaciones genealógicas

para mi mecenas —dijo—. Es una historia perfecta para una canción, porque casi nadie la recuerda. No sé, la gente no necesita otra historia sobre Oren Velciter. Nunca dejaré mi impronta a base de repetir lo que otros músicos ya han cantado cientos de veces.
Me miró con curiosidad y añadió:
—Creía que iba a sorprenderte con algo nuevo. Jamás sospeché que pudieras haber oído hablar de Lanre.
—Oí esa historia hace años —dije como atontado—. Se la oí contar a un viejo narrador en Tarbean.
—Si yo tuviera la mitad de la suerte que tú tienes... —Denna sacudió la cabeza, consternada —. Tuve que construirla a partir de un centenar de pequeños fragmentos. —Hizo un gesto conciliador—. Bueno, debería decir mi mecenas y yo. Él me ha ayudado.
—Tu mecenas —dije. Sentí una chispa de emoción cuando lo mencionó. Pese a lo hueco que me sentía, fue sorprendente la velocidad con que la amargura se extendió por mis entrañas, como si alguien hubiera prendido fuego dentro de mí.
Denna asintió.
—Tiene veleidades de historiador —dijo—. Creo que anda buscando que le ofrezcan un puesto en la corte. No sería el primero que se gana un puesto al desvelar al heroico antepasado perdido de alguien importante. O quizá intente inventarse a su propio antepasado heroico. Eso explicaría las investigaciones que hemos estado realizando en viejas genealogías.
Vaciló un momento y se mordisqueó los labios.
—La verdad —dijo como si me hiciera una confesión— es que sospecho que quiere dedicarle la canción a Alveron. Maese Fresno me ha insinuado que tiene tratos con el maer. — Compuso una sonrisa traviesa—. ¿Quién sabe? Moviéndote en los círculos en que te mueves, quizá ya hayas conocido a mi mecenas sin saberlo.
Pensé en los cientos de nobles y cortesanos que había conocido en los últimos meses, pero me costaba concentrarme en sus caras. El fuego de mis entrañas fue extendiéndose hasta invadir todo mi pecho.
—Pero ya basta —dijo Denna agitando las manos, impaciente.
Apartó el arpa y se sentó con las piernas cruzadas sobre la hierba—. Me estás martirizando. ¿Qué te ha parecido?
Me miré las manos y me entretuve dando vueltas a la trenza de hierba que había tejido. Tenía un tacto fresco y suave. No recordaba cómo había pensado unir los extremos para formar un anillo con ella.
—Ya sé que hay trozos sin pulir —oí decir a Denna con una voz rebosante de nerviosismo y emoción—. Tendré que arreglar lo de ese nombre que has mencionado, si estás seguro de que es el correcto. El principio no está muy pulido, y la séptima estrofa es un desastre, ya lo sé. Tengo que alargar las batallas y la relación de Lanre con Lyra.
Y tengo que reforzar el final. Pero en general, ¿qué te ha parecido?
Cuando la hubiera pulido, quedaría estupenda. Era una canción preciosa que habrían podido escribir mis padres, pero eso solo empeoraba las cosas.
Me temblaban las manos, y me sorprendió lo que me costó controlarlas. Aparté la vista de ellas y miré a Denna. Al verme la cara, su emoción se desvaneció.
—Vas a tener que cambiar algo más que ese nombre. —Intenté mantener un tono de voz tranquilo—. Lanre no fue ningún héroe.
Denna me miró con extrañeza, como tratando de discernir si bromeaba.
—¿Cómo dices?
—Lo has interpretado todo mal —dije—. Lanre era un monstruo. „ Un traidor. Tienes que cambiarlo.
Denna echó la cabeza hacia atrás y soltó una risotada. Al ver que yo no la imitaba, ladeó la

cabeza, desconcertada.
—¿Lo dices en serio?
Asentí.
El rostro de Denna se endureció. Entornó los ojos y sus labios dibujaron una línea delgada.
—Debes de estar bromeando. —Movió los labios sin articular palabra, y luego sacudió la cabeza—. No tendría sentido. Si Lanre no es el héroe, la canción se viene abajo.
—No, se trata de que contenga los elementos de una buena historia —dije—. Se trata de que sea verdad.
—¿Verdad? —Me miró con incredulidad—. Esto solo es una vieja historia folclórica. Los lugares que se mencionan no son reales. Los personajes no son reales. Es como si te ofendieras porque había aña• dido una estrofa nueva a «Calderero, curtidor».
Noté cómo las palabras ascendían por mi garganta como el ardiente fuego de una chimenea. Tragué saliva y las obligué a permanecer en mi interior.
—Hay historias que son solo historias —concedí—. Pero esta no. No es culpa tuya. Tú no podías saber...
—Muchas gracias, hombre —dijo ella con mordacidad—. Me alegro de que no sea culpa mía.
—Muy bien —dije con acritud—. Sí es culpa tuya. Debiste investigar más.
—¿Cómo sabes tú si he investigado mucho o poco? —me preguntó—. ¡No tienes ni idea! ¡He ido por todo el mundo recogiendo fragmentos de esta historia!
Era lo mismo que había hecho mi padre. Había empezado a escribir una canción sobre Lanre, pero sus investigaciones lo llevaron hasta los Chandrian. Había pasado años persiguiendo historias medio olvidadas y rescatando rumores. Quería que su canción contara la verdad sobre los Chandrian, y ellos habían matado a toda mi troupe para impedirlo.
Miré la hierba y pensé en el secreto que llevaba tanto tiempo ocultando. Pensé en el olor a sangre y a pelo quemado. Pensé en herrumbre y en fuego azul y en los cuerpos destrozados de mis padres. ¿Cómo podía explicar algo tan horrible y tan pavoroso? ¿Por dónde podía empezar? Notaba el secreto en lo más hondo de mí, inmenso y pesado como una piedra.
—En la versión de la historia que yo oí —dije bordeando la periferia de mi secreto—, Lanre se convertía en uno de los Chandrian. Deberías tener cuidado. Hay historias que son peligrosas.
Denna se quedó mirándome fijamente.
—¿Los Chandrian? —dijo con incredulidad. Entonces se puso a reír. No era su encantadora risa de siempre, sino una risa afilada y llena de desdén—. ¿Cómo puedes ser tan crío?
Yo sabía perfectamente que mi afirmación me hacía parecer un crío. Noté que me ponía colorado de vergüenza, y de pronto me encontré bañado en sudor. Abrí la boca para hablar, y fue como si abriera la puerta de un horno.
—¿Tan crío? —dije con rabia—. ¿Qué vas a saber tú, so...? —Casi me mordí la punta de la lengua para no gritar «puta».
—Te crees que lo sabes todo, ¿verdad? Como has estado en la Universidad, crees que los demás somos...
—¡Deja de buscar excusas para enojarte y escúchame! —le espeté. Las palabras salieron en tropel de mi boca, como hierro fundido—. ¡Estás haciendo una pataleta, como una niñita mimarla!
—¿Cómo te atreves? —Me amenazó con un dedo—. No me hables como si fuera una especie de aldeana estúpida. ¡Yo sé cosas que no se enseñan en tu preciosa Universidad! ¡Cosas secretas! ¡No soy imbécil!
—¡Pues te comportas como una imbécil! —le grité, tan fuerte que me dolió la garganta—. ¡Ni siquiera puedes estarte callada un momento para escucharme! ¡Solo intento ayudarte!
Denna se quedó callada en medio de un silencio helado, mirándome con dureza.
—Se trata de eso, ¿verdad? —dijo con frialdad. Se pasó los dedos por el pelo; sus

movimientos, rígidos, delataban su irritación. Se deshizo las trenzas, se alisó el pelo y luego, distraída, volvió a trenzárselo de otra manera—. No soportas que no acepte tu ayuda. No soportas que no te deje arreglar todo lo que no funciona de mi vida, ¿verdad?
—Pues mira, quizá necesites que alguien te arregle la vida —le solté—. Porque has organizado un buen embrollo con ella, ¿no?
Denna permaneció muy quieta, con la mirada llena de rabia.
—¿Qué te hace pensar que sabes algo de mi vida?
—Sé que te da tanto miedo que alguien se acerque a ti que no puedes dormir cuatro días seguidos en la misma cama —solté sin saber ya lo que decía. Las palabras, rabiosas, salían por mi boca como la sangre que mana de una herida—. Sé que te pasas la vida quemando puentes. Sé que solucionas tus problemas huyendo...
—Y ¿qué te hace pensar que tus consejos valen más que un carajo? —me espetó Denna—. Hace medio año, tenías un pie en el arroyo. Ibas con el pelo enmarañado y solo poseías tres camisas harapientas. No hay ni un solo noble en un radio de doscientos kilómetros de Imre que meara encima de ti si estuvieras ardiendo. Tuviste que recorrer mil quinientos kilómetros para encontrar un mecenas.
Cuando mencionó mis tres camisas, se me encendió el rostro de vergüenza, y la ira volvió a prender dentro de mí.
—Claro, tienes razón —repliqué con tono cáustico—. En cambio, a ti te va mucho mejor. Estoy seguro de que a tu mecenas no le importaría mear encima de ti...
—¿Lo ves? —dijo alzando ambas manos—. No te gusta mi mecenas porque tú podrías encontrarme otro mejor. No te gusta mi canción porque es diferente de la que tú conoces. —Cogió el estuche del arpa con movimientos bruscos y rígidos—. Eres como todos.
—¡Intento ayudarte!
—Intentas arreglarme —dijo Denna con aspereza mientras guardaba el arpa—. Intentas comprarme. Organizarme la vida. Quieres conservarme, como si fuera tu mascota. Como si fuera tu perro fiel.
—Yo jamás te compararía con un perro —dije componiendo una sonrisa crispada—. Los perros saben escuchar. Los perros son lo bastante sensatos para no morder la mano que intenta ayudarlos.
A partir de ese momento, nuestra conversación descendió en espiral.
Llegados a este punto de la historia, estoy tentado de mentir. De afirmar que dije esas cosas llevado por una ira incontrolable. Que me abrumaba el doloroso recuerdo de la matanza de mi familia. Estoy tentado de afirmar que noté un sabor a ciruela y nuez moscada. Así tendría alguna excusa...
Pero esas fueron mis palabras. Al fin y al cabo, fui yo quien dijo esas cosas. Nadie más. Denna correspondió de la misma manera: se mostró tan dolida, furiosa e hiriente como yo. Ambos éramos orgullosos y estábamos llenos de rabia y de la inquebrantable certeza de la juventud. Nos dijimos cosas que de otra forma jamás habríamos dicho, y cuando nos marchamos, no nos marchamos juntos.
El mal genio me mordía y ardía como una barra de hierro candente. Me quemaba por dentro mientras volvía caminando a Severen. Me abrasaba mientras recorría la ciudad y esperaba los montacargas. Me calcinaba mientras recorría el palacio del maer y cerraba de un portazo al entrar en mis habitaciones.
No me enfrié lo suficiente para arrepentirme de mis palabras hasta horas más tarde. Pensé en lo que habría podido decirle a Denna. Pensé que habría podido contarle cómo habían matado a mi troupe, que habría podido hablarle de los Chandrian.
Decidí escribirle una carta. Se lo explicaría todo, por delirante o increíble que pareciera. Saqué una pluma y tinta y puse una hoja de fino papel blanco en el escritorio.
Mojé la pluma e intenté pensar por dónde podía empezar.

Habían asesinado a mis padres cuando yo tenía once años. Fue un golpe tan brutal y tan horripilante que estuve a punto de enloquecer. En todos los años transcurridos desde entonces nunca se lo había contado a nadie. Ni siquiera lo había susurrado en una habitación vacía. Era un secreto que había tenido agarrado tan fuerte, tanto tiempo, que cuando me atrevía a pensar en él, pesaba tanto en mi pecho que apenas me dejaba respirar.
Volví a mojar la pluma, pero las palabras no acudían. Abrí una botella de vino pensando que quizá me ayudaría a soltar el secreto que guardaba. Que me proporcionaría un dedo para hurgar dentro y sacarlo. Bebí hasta que la habitación empezó a dar vueltas y la tinta se secó en el plumín formando una costra.
Horas más tarde, la hoja en blanco seguía contemplándome, y golpeé la mesa con el puño,' furioso y frustrado; le pegué tan fuerte que me sangró la mano. Así de pesado puede volverse un secreto. Puede hacer que la sangre fluya más fácilmente que la tinta.

74 Rumores

El día después de discutir con Denna me desperté por la tarde; me sentía fatal, por razones obvias. Comí y me bañé, pero el orgullo me impidió bajar a Bajo Severen a buscar a Denna. Le envié un anillo a Bredon, pero el mensajero volvió con la noticia de que todavía no había regresado al palacio.

Abrí una botella de vino y empecé a hojear el montón de relatos que poco a poco habían ido acumulándose en mi habitación. La mayoría eran textos escandalosos y maliciosos; pero aquella mezquindad encajaba con mi estado de ánimo, y me ayudó a distraerme de mi sufrimiento.

Así fue como me enteré de que el anterior conde Banbride no había muerto de tisis, sino de la sífilis que le contagió un apasionado mozo de cuadra. Lord Veston era adicto a la resina de denner, y financiaba su adicción con el dinero destinado al mantenimiento del camino real.

El barón Anso había pagado a varios funcionarios para evitar el escándalo cuando descubrieron a su hija pequeña en un burdel. Había dos versiones de esa historia; según una, estaba allí vendiendo, y según la otra, comprando. Archivé esa información para utilizarla en el futuro.

Ya había empezado la segunda botella de vino cuando leí que la joven Netalia Lackless se había fugado con una troupe de artistas itinerantes. Sus padres la habían desheredado, por supuesto, y Meluan había pasado a ser la única heredera de las tierras de los Lackless. Eso explicaba el odio que Meluan les tenía a los Ruh, e hizo que me alegrara aún más de no haber revelado mis orígenes Edena en Severen.

Había tres historias diferentes que versaban sobre los ataques de furia que tenía el duque de Cormisant cuando se emborrachaba, durante los que pegaba a quienquiera que tuviera cerca, incluidos su esposa, su hijo y varios invitados. Había un breve relato que especulaba que el rey y la reina celebraban depravadas orgías en sus jardines privados, lejos de las miradas de la corte real.

También aparecía Bredon. Se rumoreaba que celebraba ritos paganos en los apartados bosques de las afueras de sus propiedades septentrionales. Los rituales estaban descritos con tal lujo de detalles que me pregunté si no estarían copiados directamente de las páginas de alguna antigua novela atiír.

Leí hasta bien entrada la tarde, y todavía iba por la mitad del montón de historias cuando me acabé la botella de vino. Me disponía a enviar a un criado a buscarme otra cuando oí la suave ráfaga de aire procedente del cuarto contiguo que anunciaba la llegada de Alveron a mis habitaciones por el pasadizo secreto.

Cuando entró en mi estancia, fingí sorpresa.

—Buenas tardes, excelencia —dije poniéndome en pie.

—Siéntate, si quieres—replicó él.

Permanecí de pie por deferencia, pues había comprobado que con el maer era mejor pecar por exceso de formalidad.

—¿Ha avanzado mucho con su amada? —pregunté. Sabía, por los emocionados comentarios que me había hecho Stapes, que el asunto estaba acercándose rápidamente a su fin.

—Hoy hemos hecho la promesa de matrimonio —dijo distraídamente—. Hemos firmado los papeles y todo eso. Ya está hecho.

—Perdóneme que se lo diga, excelencia, pero no parece usted müy satisfecho.

—Supongo que te habrás enterado de los problemas que ha habido últimamente en el

camino del norte, ¿no? —dijo componiendo una sonrisa amarga.
—Solo me han llegado rumores, excelencia.
Alveron soltó una risotada.
—Rumores que he intentado silenciar. Alguien ha estado asaltando a mis recaudadores de impuestos.
Era un asunto muy grave.
—¿Recaudadores, excelencia? —pregunté poniendo énfasis en él plural—. ¿Cuánto han conseguido sustraer?
El maer me dirigió una mirada severa que me reveló la incorrección de mi pregunta.
—Suficiente. Más que suficiente. Este es el cuarto que pierdo. Más de la mitad de mis impuestos del norte se la han llevado los salteadores de caminos. —Me miró con gravedad—. Ya sabes que las tierras de los Lackless están en el norte.
—¿Sospecha que son los Lackless quienes asaltan a sus recaudadores?
El maer me miró perplejo.
—¿Qué? ¡No, claro que no! Son los bandidos del Eld.
Me sonrojé, avergonzado.
—¿Ha enviado alguna patrulla, excelencia?
—Pues claro que he enviado patrullas —me espetó—. Una docena. Y ni siquiera han encontrado una fogata. —Hizo una pausa y me miró—. Sospecho que hay alguien en mi guardia que está confabulado con ellos. —Su rostro denotaba una gran preocupación.
—Supongo que habrá puesto escoltas a los recaudadores, ¿no, excelencia?
—Dos a cada uno —me contestó—. ¿Sabes cuánto cuesta reemplazar a una docena de guardias? ¿Armaduras, armas, caballos? —Dio un suspiro—. Y por si fuera poco, solo una parte de los impuestos robados es mía; el resto pertenece al rey.
Asentí con la cabeza.
—Imagino que no estará muy satisfecho.
Alveron agitó una mano quitándole importancia a eso.
—Bah, Roderic tendrá su dinero de todas formas. Me considera personalmente responsable de su diezmo. De modo que me veo obligado a volver a enviar a los recaudadores para recoger la parte de su majestad por segunda vez.
—Supongo que eso no le sentará bien al pueblo.
—No, claro. —Tomó asiento en una butaca mullida y se frotó la cara con gesto de cansancio —. Ya no sé qué hacer. ¿Qué pensará Meluan si no puedo garantizar la seguridad en mis propios caminos?
Me senté también, enfrente del maer.
—¿Y Dagon? —pregunté—. ¿Él no podría encontrarlos?
Alveron soltó una breve y amarga risotada.
—Sí, Dagon los encontraría. Les clavaría la cabeza en picas en solo diez días.
—Entonces, ¿por qué no lo envía? —pregunté, extrañado.
—Porque Dagon siempre toma el camino más corto. Arrasaría una docena de aldeas y prendería fuego a quinientas hectáreas del Eld para encontrarlos. —Sacudió la cabeza con gesto sombrío—. Y aunque lo considerara adecuado para esta tarea, ahora está persiguiendo
a Caudicus. Además, creo que en el Eld obra la magia, y eso es algo a lo que Dagon no sabría cómo enfrentarse.
Yo sospechaba que la única magia que podía haber era una docena de sólidos arcos largos modeganos. Pero la gente tiende a atribuir a la magia todo lo que no puede explicar fácilmente, sobre todo en Vintas.
—¿Puedo contar contigo para que me ayudes a solucionar este problema? —me preguntó inclinándose hacia delante.

La pregunta solo tenía una respuesta:
—Por supuesto, excelencia.
—¿Sabes algo de bosques?
—De joven estudié con un propietario rural —exageré creyendo que Alveron buscaba a alguien que le ayudara a planear una mejor defensa para sus recaudadores—. Sé lo suficiente para seguir el rastro de un hombre y para esconderme.
—¿En serio? —dijo Alveron arqueando una ceja—. Has recibido una educación muy diversa, ¿no?
—He llevado una vida interesante, excelencia. —El vino que me había bebido potenciaba mí osadía, y añadí—: Se me ocurren un par de cosas que podrían resultar útiles para abordar el problema de los bandidos.
—Cuéntame —dijo el maer inclinándose un poco más.
—Podría prepararles protección arcana a sus hombres. —Hice un floreo con los largos dedos de mi mano derecha, confiando en que re-"[1]sultara suficientemente misterioso. Calculé mentalmente y me pregunté cuánto tiempo tardaría en fabricar un atrapaflechas utilizando solo el material que había en la torre de Caudicus.
Alveron asintió, pensativo.
—Con eso bastaría si solo me preocupara la seguridad de mis recaudadores. Pero estamos hablando del camino real, una de las arterias principales del comercio. Lo que necesito es librarme definitivamente de los bandidos.
—En ese caso —dije—, reuniría a un pequeño grupo de personas que supieran moverse sin hacer ruido por el bosque. No debería costarles mucho localizar a esos bandidos. Una vez localizados, solo tendría que enviar a su guardia para atraparlos.
—Más fácil aún sería tenderles una emboscada y matarlos, ¿no te parece? —dijo Alveron despacio, como si quisiera valorar mi reacción.
—Sí, claro —admití—. Usted es el brazo de la ley, excelencia.
—El bandidaje se castiga con la pena de muerte. Sobre todo en el camino real —declaró Alveron con firmeza—. ¿Lo encuentras excesivamente severo?
—En absoluto —respondí mirándolo a los ojos—. Unos caminos seguros son el esqueleto de la civilización.
Alveron me sorprendió componiendo una sonrisa.
—Tu plan es idéntico al mío. He reunido a un puñado de mercenarios para hacer precisamente eso que me has sugerido. He tenido que actuar con gran discreción, pues ignoro quién podría enviar las advertencias a esos bandidos. Pero tengo a cuatro hombres excelentes preparados para partir mañana: un rastreador, dos mercenarios con experiencia en bosques y un mercenario adem. Este último no me ha salido barato, por cierto.
Lo felicité asintiendo con la cabeza.
—Lo ha planeado mejor de lo que lo habría hecho yo, excelencia. No parece que necesite mi ayuda para nada.
—Todo lo contrario —replicó—. Sigo necesitando a alguien con un poco de cabeza para liderarlos. —Me miró de forma elocuente—. Alguien que entienda de magia. Alguien en quien pueda confiar.
Noté que el suelo se hundía bajo mis pies.
Alveron se levantó y esbozó una sonrisa cordial.
—Ya han sido dos las veces que me has servido más allá de toda expectativa. ¿Conoces la expresión «a la tercera va la vencida»?
Una vez más, la pregunta solo tenía una respuesta razonable:
—Sí, excelencia.
Alveron me llevó a sus aposentos, donde examinamos unos mapas de la región donde había perdido a sus hombres. Se trataba de un largo tramo del camino real que discurría a través

de una parte del Eld que ya era vieja cuando Vintas no era más que un puñado de caudillos peleados entre ellos. Estaba a unos ciento treinta kilómetros de Severen. Podíamos llegar allí en cuatro días caminando a buen paso.
Stapes me proporcionó un macuto nuevo, y lo llené lo mejor que pude. Escogí unas pocas prendas, las más cómodas, de mi ropero, aunque seguían siendo más adecuadas para un salón de baile que para recorrer los caminos. Metí también unos cuantos artículos que había birlado del laboratorio de Caudicus a lo largo del ciclo pasado, y entregué a Stapes una lista de unos cuantos artículos esenciales que me faltaban. El valet del maer los hizo aparecer más deprisa de lo que habría hecho un tendero en su propia tienda.
Por último, a la hora en que todos salvo las personas más desesperadas y deshonestas están acostados, Alveron me entregó una bolsa que contenía cien sueldos de plata.
—Es una forma muy poco elegante de resolverlo —dijo Alveron—. En otras circunstancias, te daría una carta que obligara a los ciudadanos a proporcionarte ayuda y asistencia. —Suspiró—. Pero si la utilizaras durante el viaje, sería como si tocaras una trompeta anunciando tu llegada.
Asentí con la cabeza.
—Si son lo bastante listos para tener un espía entre su guardia, es lógico pensar que deben de tener contactos entre los lugareños, excelencia.
—Quizá sean los lugareños —dijo Alveron sombríamente.
Stapes me acompañó fuera del palacio por el mismo pasadizo secreto que el maer utilizaba para entrar en mis habitaciones. Provisto de una lámpara para ladrones protegida con una capucha, me guió por varios pasillos sinuosos; luego descendimos por una oscura escalera que penetraba hasta las profundidades de piedra del Tajo.
Al cabo de un rato me encontré de pie, solo, en el frío sótano de una tienda abandonada de Bajo Severen. Estaba en la parte de la ciudad que unos años atrás había arrasado un incendio, y las pocas vigas que quedaban en lo que fuera el techo parecían huesos negros"[1]contra la primera débil luz del amanecer.
Salí de la cáscara calcinada del edificio, miré hacia arriba y vi el palacio del maer encaramado en el borde del Tajo como un ave rapaz.
Escupí, no muy contento con mi situación, convertido por la fuerza en mercenario. Me escocían los ojos de no dormir y del largo trayecto a través de los sinuosos pasadizos de piedra que penetraban en el Tajo. El vino que había bebido tampoco me ayudaba mucho. En las últimas horas había notado cómo lentamente se atenuaba la borrachera y aumentaba la resaca. Era la primera vez que pasaba por ese proceso plenamente consciente, y no fue agradable. Delante de Alveron y Stapes había conseguido mantener las apariencias, pero la verdad es que tenía el estómago revuelto y las ideas pesadas y lentas.
La fría atmósfera del crepúsculo me despejó un poco la cabeza, y cuando hube dado cien pasos empecé a pensar en cosas que me había olvidado de incluir en la lista que le había dado a Stapes. Eso era culpa del vino. No tenía yesquero, ni sal, ni navaja...
Mi laúd. No había ido a recogerlo al taller del lutier que había arreglado la clavija. ¿Quién sabía cuánto tiempo pasaría persiguiendo a aquellos bandidos? ¿Cuánto tiempo pasaría mi laúd olvidado en el taller antes de que el lutier llegara a la conclusión de que su propietario lo había abandonado?
Me desvié tres kilómetros de mi camino, pero encontré el taller del lutier, oscuro y vacío. Llamé a la puerta, pero sin éxito. Entonces, tras un momento de vacilación, allané la entrada y robé el laúd. Aunque no me pareció que lo estuviera robando, porque para empezar el laúd era mío, y además había pagado la reparación por adelantado.
Tuve que trepar por una pared, forzar una ventana y burlar dos cerraduras. Era bastante sencillo, pero con lo embotada que tenía la cabeza debido a la falta de sueño y el exceso de

vino, seguramente fue una suerte que no me cayera del tejado y me rompiese el cuello. Pero aparte de un trozo de pizarra que se soltó y me produjo un episodio de taquicardia, todo salió bastante bien, y veinte minutos más tarde había retomado mi camino.

Los cuatro mercenarios a los que había reunido Alveron me esperaban en una taberna a tres kilómetros al norte de Severen. Tras presentarnos brevemente, nos pusimos en marcha de inmediato por el camino real hacia el norte.

Estaba tan aletargado que me encontraba a varios kilómetros de Severen cuando empecé a reconsiderar unas cuantas cosas. Solo entonces se me ocurrió que quizá el maer no hubiera sido del todo sincero conmigo la noche anterior.

¿De verdad era yo la persona más indicada para liderar a un puñado de rastreadores por un bosque que no conocía, con el objetivo de matar a una banda de salteadores de caminos? ¿Tan buena opinión de mí tenía el maer?

No. Claro que no. Era halagador, pero no era cierto. El maer tenía acceso a mejores recursos. Seguramente la verdad era que quería alejar del palacio a su zalamero ayudante ahora que tenía a lady Lackless casi en el bote. Era increíble que no se me hubiera ocurrido antes.

Por eso me mandó a hacerle un encargo descabellado: para quitarme de en medio. Lo que quería era que me pasara un mes perdiendo el tiempo en el espeso bosque del Eld y que volviera con las manos vacías. Por eso me había entregado la bolsa. Con cien sueldos podríamos abastecernos durante cerca de un mes. Luego, cuando se me terminara el dinero, me vería obligado a regresar a Severen, donde el maer chasquearía la lengua decepcionado y utilizaría mi fracaso como excusa para ignorar parte de los favores que ya me debía.

Por otro lado, si tenía suerte y encontraba a los bandidos, mucho mejor. Era exactamente el tipo de plan que yo le atribuiría al maer. Pasara lo que pasase, él conseguiría algo que quería.

Aquello me fastidiaba. Pero no podía volver a Severen y enfrentarme a Alveron. Ahora que me había comprometido, no tenía más remedio que intentar sacarle el máximo partido a la situación.

Mientras caminaba hacia el norte, con un dolor punzante en la cabeza y un sabor amargo en la boca, decidí que volvería a sorprender al maer. Encontraría a sus bandidos.

Así, a la tercera iría la vencida, y el maer Alveron estaría realmente en deuda conmigo.

75 Los actores

Durante las primeras horas del viaje, hice todo lo posible para conocer a los hombres que el maer había puesto a mi cargo. O mejor dicho, tres hombres y una mujer.
Tempi fue el que me llamó más la atención y el que la mantuvo más tiempo, pues era el primer mercenario adem que veía. Lejos de ser el imponente asesino de mirada feroz que yo esperaba, Tempi parecía más bien anodino, ni muy alto ni muy corpulento. Tenía la piel clara, el cabello rubio rojizo y los ojos de un gris pálido. Su rostro era inexpresivo como un papel en blanco. Extrañamente inexpresivo. Esforzadamente inexpresivo.
Yo sabía que la ropa de color rojo sangre de los mercenarios adem era una especie de insignia. Pero el atuendo de Tempi no era como lo había imaginado. Llevaba la camisa ceñida al cuerpo mediante una docena de correas de piel blanda. También llevaba los pantalones ceñidos por el muslo, la pantorrilla y la rodilla. Toda la ropa estaba teñida del mismo rojo intenso y brillante, y se ajustaba a su cuerpo como un guante.
A medida que avanzaba el día, vi que Tempi empezaba a sudar. Acostumbrado a vivir en el clima frío de la sierra de Borrasca, aquel debía de parecerle desproporcionadamente caluroso. Una hora antes del mediodía se soltó las correas de piel de la camisa y se la quitó, utilizándola para enjugarse el sudor de la cara y los brazos. No parecía ni remotamente cohibido por el hecho de caminar desnudo hasta la cintura por el camino real.
La piel de Tempi era tan blanca que parecía casi del color de la nata; tenía un cuerpo delgado y enjuto, como un perro de caza, y sus músculos se movían bajo la piel con una elegancia animal. Intenté disimular, pero no pude evitar fijarme en las finas cicatrices blancas que le cubrían los brazos, el pecho y la espalda.
Tempi no se quejó ni una sola vez del calor. Apenas pronunciaba palabra, y contestaba a la mayoría de las preguntas asintiendo o negando con la cabeza. Llevaba un macuto como el mío, y su espada no era intimidante, sino todo lo contrario: bastante corta e insignificante.
Dedan era la antítesis de Tempi. Alto, ancho de espaldas y con el cuello grueso. Llevaba una espada muy pesada, un puñal largo y una armadura de cuero gastada, hecha con piezas disparejas, lo bastante dura para hacerla sonar con los nudillos y con muchos remiendos. Si habéis visto alguna vez a un guardia de caravana, entonces habéis visto a Dedan, o por lo menos a alguien cortado por el mismo patrón.
Comía como nadie, se quejaba como nadie, blasfemaba como nadie y se mostraba terco como una muía. Pero he de reconocer que era simpático y tenía la risa fácil. Estuve tentado de considerarlo estúpido debido a sus modales y su tamaño, pero Dedan era de ingenio rápido, cuando se molestaba en utilizarlo.
Hespe era mercenaria. Las mujeres mercenarias no son un fenómeno tan raro como creen algunos. Su aspecto y su atuendo eran réplicas casi idénticas de los de Dedan. El cuero, la espada, la actitud de persona viajada y curtida. Tenía los hombros anchos, unas manos fuertes y una cara orgullosa con una mandíbula que parecía de piedra. El pelo, rubio y fino, lo llevaba cortado a lo chico.
Sin embargo, habría sido un error considerarla una versión femenina de Dedan. Hespe era reservada, mientras que Dedan era pura bravuconería. Y así como Dedan era tranquilo cuando no estaba de mal humor, Hespe parecía siempre vagamente molesta, como a la espera de que alguien le causara problemas.
Marten, nuestro rastreador, era el mayor del grupo. Llevaba una coraza de cuero, más blanda y más cuidada que las de Dedan y Hespe. Iba armado con un puñal largo, un puñal corto y un arco de cazador.

Marten había trabajado de cazador antes de que el baronet cuyos bosques cuidaba se cansara de él. El de mercenario era peor trabajo comparado con el de cazador, pero le permitía vivir. Su destreza con el arco le aportaba valía pese a no tener un físico tan imponente como Dedan o Hespe.

Los tres se habían asociado, por decirlo así, unos meses atrás, y desde entonces vendían sus servicios como grupo. Marten me contó que habían hecho otros trabajos para el maer; el más reciente había sido inspeccionar las tierras de los alrededores de Tinué.

Solo tardé unos diez minutos en comprender que Marten debería haber sido el jefe de aquella expedición. Sabía más de bosques que todos nosotros juntos, e incluso había hecho de cazador de recompensas en un par de ocasiones. Cuando se lo comenté, él sacudió la cabeza y sonrió, y me dijo que ser capaz de hacer algo y querer hacerlo eran dos cosas muy diferentes.

El último era yo: el intrépido cabecilla. La carta de presentación del maer me describía como «un joven con criterio, bien educado y con diversas y útiles cualidades». Si bien era una descripción absolutamente cierta, me hacía parecer el petrimetre más tremendamente inútil de todas las cortes de la tierra.

Tampoco me favorecía el hecho de ser mucho más joven que todos los demás y vestir ropa más adecuada para una cena de gala que para viajar por los caminos. Llevaba mi laúd y la bolsa del dinero del maer. Ni espada, armadura o puñal.

Supongo que no debían de saber qué pensar de mí.

Cuando faltaba una hora para el ocaso, nos encontramos a un calderero en el camino. Llevaba la túnica marrón tradicional, atada a la cintura con un trozo de cuerda. No iba en carro, sino que tiraba de un burro tan cargado de fardos y paquetes que parecía una seta. Venía caminando despacio hacia nosotros y cantaba:

> Aunque no te haga falta un remiendo, ni nada necesites comprar, si eres sabio sabrás que llegó el momento de gastar.
> Disfruta de esos rayos de sol y no te me escondas como un caracol; si no te detienes ahora, te arrepentirás.

Hazme caso y apoquina:
aunque creas que la lluvia no se avecina,
cuando estés chorreando de mí te acordarás.

Me reí y aplaudí. Los verdaderos caldereros itinerantes son unos personajes que no abundan, y siempre me alegro de ver a uno. Mi madre decía que traían suerte, y mi padre los valoraba porque traían noticias. A mí me hacían falta unos cuantos artículos, y eso hizo que aquel encuentro fuera tres veces bienvenido.

—Hola, calderero —dijo Dedan componiendo una sonrisa—. Necesito fuego y una cerveza. ¿Cuánto falta para la próxima posada?

El calderero señaló por donde había venido.

—Unos veinte minutos. —Miró a Dedan—. Pero no me irás a decir que no necesitas nada más —le previno—. Todos necesitamos algo.

Dedan meneó la cabeza educadamente.

—Lo siento mucho, calderero. Llevo la bolsa vacía.

—¿Y tú? —El calderero me miró de arriba abajo—. Se ve a la legua que tú sí necesitas algo.

—Sí, me faltan algunas cosas —admití. Al ver que los otros miraban con anhelo el camino, les hice señas—. Adelantaos. Ya os alcanzaré.

Siguieron camino, y el calderero se frotó las manos y sonrió.

—Veamos, ¿qué es eso que buscas?

—Para empezar, un poco de sal.
—Y una cajita donde ponerla —añadió él mientras empezaba a hurgar en sus fardos.
—También me vendría bien una navaja, si tienes alguna que no sea demasiado cara.
—Sobre todo si te diriges al norte —dijo él sin perder el compás—.
Un camino peligroso. Es conveniente llevar una navaja.
—¿Has tenido algún problema? —le pregunté con la esperanza de que supiese algo que pudiera ayudarnos a encontrar a los bandidos.
—No, no —me contestó mientras seguía revolviendo en sus fardos—. Las cosas no están tan feas como para que a alguien se le ocu" rra ponerle las manos encima a un calderero. Pero es un tramo malo del camino. —Sacó un puñal largo y estrecho enfundado en una vai, na de cuero y me lo dio—. Acero de Ramston.
Lo saqué de la vaina y examiné la hoja. Era, ciertamente, acero de Ramston.
—No necesito que sea tan elegante —dije, y se lo devolví—. Lo quiero para usarlo todos los días, sobre todo para comer.
—El acero de Ramston es perfecto para el uso diario —dijo el calderero, y me lo puso de nuevo en las manos—. Puedes usarlo para hacer astillas y luego, si quieres, afeitarte con él. Siempre está afilado.
—Quizá tenga que usarlo mucho —aclaré—. Y el acero de Ramston es quebradizo.
—Cierto —admitió el calderero—. Como solía decir mi padre, «el mejor cuchillo que jamás tendrás, hasta que se rompa». Pero podríamos decir lo mismo de cualquier otro cuchillo. Y te seré sincero: ese es el único cuchillo que tengo.
Suspiré. Sé cuándo me están desplumando.
—Y un yesquero.
El calderero sacó uno casi antes de que yo hubiera terminado de decirlo.
—Perdóname, pero me he fijado en que tienes los dedos manchados de tinta. —Señaló mis manos—. Llevo un poco de papel, de buena calidad. Y también tinta y plumas. No hay nada peor que tener una idea para una canción y no poder anotarla. —Me mostró un paquete de cuero con papel, plumas y tinta.
Negué con la cabeza; sabía que la bolsa del maer no llegaba para tanto.
—Me temo que no voy a poder componer canciones durante un tiempo, calderero.
Encogió los hombros sin retirar la mano.
—Pues para escribir cartas. Conozco a uno que una vez tuvo que abrirse una vena para escribirle una nota a su amada. Dramático, es cierto. Simbólico, también. Pero además, doloroso, poco higiénico y considerablemente macabro. Desde entonces siempre lleva consigo pluma y tinta.
Me sentí palidecer de golpe, pues las palabras del calderero me habían hecho acordarme de algo más que había olvidado con las prisas al marcharme de Severen: Denna. La charla con el maer sobre bandidos, dos botellas de vino y una noche sin dormir habían conseguido que la borrara por completo de mi pensamiento. Me había marchado sin avisar después de aquella discusión tan violenta. ¿Qué pensaría Denna si, después de hablarle con tanta crueldad, desaparecía sin más?
Me encontraba ya a un día entero de viaje de Severen. No podía volver para anunciarle que me marchaba, ¿verdad? Lo pensé un momento. No. Además, Denna también desaparecía durante días sin avisarme. Seguro que si yo hacía lo mismo, lo entendería...
«Estúpido. Zoquete. Inútil.» Mis pensamientos daban vueltas en mi cabeza intentando decidir entre varias opciones, todas desagradables.
El repentino rebuzno del burro del calderero me dio de pronto una idea.
—¿Vas a Severen, calderero?
—Paso por Severen, más bien —respondió él—. Pero sí.
—Acabo dé acordarme de que tengo que enviar una carta. Si te la doy, ¿podrás llevarla a

una posada que te indicaré?
—Sí, podré —me contestó—. Y dado que necesitarás papel y tinta..—Sonrió y volvió a agitar el paquete.
—Sí, calderero —dije haciendo una mueca—. Pero ¿cuánto me costará todo eso?
El calderero echó un vistazo a todos aquellos artículos.
—La sal y la caja: cuatro sueldos. El puñal: quince sueldos. Papel, plumas y tinta: dieciocho sueldos. Yesquero: tres sueldos.
—Y la entrega —le recordé.
—Y una entrega urgente —puntualizó el calderero con un amago de sonrisa—. A una dama, a menos que interprete mal la expresión de tu cara.
Asentí.
—Muy bien. —Se frotó la barbilla—. Normalmente, te pediría treinta y cinco, y luego te dejaría regatear hasta treinta.
Era un precio razonable, sobre todo teniendo en cuenta lo difícil que era encontrar papel de calidad. Sin embargo, era una tercera parte del dinero que me había dado el maer. íbamos a necesitar ese dinero para comida, alojamiento y otras provisiones.
Pero antes de que pudiera contestar, el calderero continuó:
—Pero ya veo que te parece demasiado. Y espero que no te moleste que te hable con franqueza, pero esa capa que llevas es muy bonita. Siempre estoy dispuesto a hacer un trato.
Me ceñí mi bonita capa granate con afectación.
—Supongo que no me importaría dártela —dije sin necesidad de fingir cuánto lo habría lamentado—, pero si lo hiciera, me quedaría sin capa. ¿Qué voy a hacer cuando llueva?
—Eso no es ningún problema —repuso el calderero. Sacó una capa de uno de sus paquetes y me la dio para que la examinara. En su día había sido negra, pero el uso y los numerosos lavados la habían desteñido hasta tornarla de un verde oscuro.
—Está un poco gastada —dije estirando un brazo para tocar una costura deshilachada.
—Bah, solo un poco perjudicada —repuso, y me la echó sobre los hombros—. Te sienta bien. El color te favorece: realza tus ojos. Además, en el camino hay bandidos, y no te conviene parecer demasiado elegante.
Suspiré.
—¿Qué me ofreces a cambio? —pregunté entregándole mi hermosa capa—. Permíteme que te diga que esa capa no tiene ni un mes, y que no ha visto ni una sola gota de lluvia.
El calderero la acarició.
—¡Tiene un montón de bolsillitos! —dijo, admirado—. ¡Qué maravilla!
Toqué la adelgazada tela de la capa del calderero.
—Si añades aguja e hilo al lote, te lo cambio por mi capa —dije, repentinamente inspirado—. Y además te daré un penique de hierro, un penique de cobre y un penique de plata.
Sonreí. Era una miseria, pero era lo que los caldereros de los cuentos piden cuando le venden un fabuloso artículo mágico al inocente hijo de una viuda que parte a buscar fortuna por el mundo.
El calderero echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada.
—Eso mismo iba a proponerte —dijo. Se colgó mi capa del brazo y me dio un firme apretón de manos.
Hurgué en mi portamonedas y le entregué un drabín de hierro, dos medios peniques vínticos y, gratamente sorprendido, un penique duro atur. Fue una suerte que encontrara el penique atur, porque equivalía a una pequeña fracción de un disco de plata víntico. Vacié la docena de bolsillos de mi capa granate en mi macuto y recogí mis nuevas posesiones.
Entonces le escribí una nota a Denna explicándole que el maer me había enviado inesperadamente fuera de la ciudad con un mandado. Me disculpé por las cosas crueles que

le había dicho, y le aseguré que nos veríamos en cuanto regresara a Severen. Me habría gustado tener más tiempo para redactarla. Me habría gustado ofrecerle una disculpa más sutil, una explicación más detallada, pero el calderero había terminado de guardar mi hermosa capa y era evidente que estaba ansioso por continuar su camino.

Como no tenía cera para sellar la carta, utilicé un truco que me había inventado cuando escribía notas en nombre del maer. Doblé el trozo de papel por la mitad, y luego lo cerré sobre sí mismo de tal forma que habría sido necesario romperlo para desdoblarlo.

Le entregué la nota al calderero.

—Es para una mujer muy hermosa, morena, que se llama Denna. Se hospeda en Las Cuatro Candelas, en Bajo Severen.

—¡Se me olvidaba! —exclamó mientras se guardaba mi carta en un bolsillo—. ¡Velas! —Metió la mano en una alforja y sacó un puñado de gruesas velas de sebo—. Todos necesitamos velas.

Y era verdad: las necesitaba, aunque no para lo que él creía.

—También tengo un poco de cera para tus botas —continuó revolviendo en sus paquetes—. En esta época del año llueve mucho.

Levanté ambas manos riendo.

—Te daré un sueldo por cuatro velas, pero no puedo pagar más. Si seguimos así, tendré que comprarte el burro para llevármelo todo.

—Como quieras —dijo encogiendo los hombros—. Ha sido un placer hacer negocios contigo, joven caballero.

76 Yesca

El segundo día, el sol había empezado a ponerse para cuando encontramos un buen sitio donde acampar. Dedan fue a buscar leña. Marten empezó a pelar zanahorias y patatas y envió a Hespe a llenar la cazuela de agua. Con la palita de Marten cavé un hoyo para el fuego.
Sin que nadie se lo pidiera, Tempi cogió una rama y, con su espada, empezó a cortar virutas de madera seca para usar como yesca. Desenfundada, su espada tampoco impresionaba mucho; pero a juzgar por la facilidad con que pelaba unas tiras de corteza finas como el papel, debía de estar afilada como una navaja de afeitar.
Terminé de poner piedras alrededor del hoyo. Sin decir nada, Tempi me ofreció un puñado de yesca.
—¿Quieres hacerlo con mi puñal? —le pregunté con la esperanza de hacerle hablar un poco. Apenas había intercambiado una docena de palabras con él en los dos días pasados.
Los ojos de color gris pálido de Tempi se clavaron en el puñal que llevaba en el cinturón, y luego volvieron a posarse en su espada. Sacudió la cabeza y agitó, nervioso, los dedos.
—¿No es malo para el filo? —le pregunté.
El mercenario encogió los hombros y esquivó mi mirada.
Empecé a preparar la hoguera, y entonces fue cuando cometí mi primer error.
Hacía frío y todos estábamos cansados. Así que, en lugar de pasar media hora protegiendo una chispa hasta convertirla en una hoguera decente, dispuse unas ramitas alrededor de la yesca de Tempi y, a continuación, fui añadiendo leña cada vez más gruesa alrededor, formando una pila.
Dedan regresó con otro montón de leña cuando yo casi había terminado.—Maravilloso —refunfuñó, lo bastante bajo para fingir que hablaba para sí, pero lo bastante alto para que lo oyéramos todos—. Y tú estás al mando. Maravilloso.
—Y ahora, ¿qué te pasa? —preguntó Marten con hastío.
—Lo que está haciendo el chico no es un fuego, sino un fuerte de madera en miniatura. —Dedan suspiró con aire teatral y adoptó un tono que seguramente consideraba paternal, pero que resultó intensamente prepotente—. Deja, ya te ayudo. Eso no va a prender nunca. ¿Tienes eslabón y pedernal? Te enseñaré a utilizarlos.
A nadie le gusta que le hablen con condescendencia, pero a mí me molesta especialmente. Dedan llevaba dos días dejando muy claro que me tenía por idiota.
Di un lento suspiro. Mi suspiro más veterano y cansado de la vida. Era lo que necesitaba: Dedan me consideraba joven e inútil, y yo necesitaba demostrar que no lo era.
—¿Qué sabes de mí, Dedan? —le pregunté.
Me miró con gesto inexpresivo.
—Solo sabes una cosa de mí —dije con calma—. Sabes que el maer me ha puesto al mando de esta expedición. —Lo miré a los ojos—. ¿El maer es idiota?
—Claro que no —^dij o Dedan agitando una mano—. Yo solo he dicho...
Me levanté, y enseguida lo lamenté, pues solo conseguí destacar la superior estatura de Dedan.
—¿Me habría puesto el maer al mando si yo fuera idiota?
Dedan esbozó una sonrisa falsa, tratando de reducir dos días de murmullos desdeñosos a un simple malentendido.
—Venga, ahora no te enfades por...
Levanté una mano.

—Tú no tienes la culpa. Lo que pasa es que no sabes nada de mí, Pero no perdamos más tiempo esta noche. Todos estamos cansados. De momento, ten por seguro que no soy el hijo mimado de ningún rico que se ha apuntado a una excursión porque no tiene nada mejor que hacer.
Cogí un trozo delgado de la yesca de Tempi con dos dedos y me concentré. Extraje más calor del que necesitaba y noté que se me enfriaba el brazo hasta el hombro.
—Y ten por seguro que sé encender un fuego.
Las virutas de madera prendieron, encendiendo de golpe el resto de la yesca y produciendo unas llamas altas casi al instante.
Mi intención había sido hacer un gesto teatral para que Dedan dejara de pensar que yo era un inútil. Pero el tiempo que había pasado en la Universidad me había dejado un poco quemado. Para un miembro del Arcano, encender un fuego como aquel era tan sencillo como calzarse las botas.
Dedan, por otra parte, no había conocido a ningún arcanista, y lo más probable era que nunca hubiera estado a menos de mil kilómetros de la Universidad. Todo lo que sabía sobre magia lo había aprendido alrededor de las hogueras.
Así que cuando estallaron las llamas, se quedó blanco como el papel y dio unos pasos atrás. Fue como si de pronto yo hubiera hecho surgir una rugiente llamarada, como Táborlin el Grande.
Entonces vi que Marten y Hespe también tenían escrita en la cara la típica superstición víntica. Dirigieron la mirada hacia el fuego, y luego hacia mí. Yo era uno de aquellos. Tonteaba con poderes oscuros. Conjuraba demonios. Me comía todo el queso, incluida la corteza.
Al ver sus caras anonadadas, comprendí que nada que dijera conseguiría tranquilizarlos. Al menos, no en ese momento. Así que suspiré y empecé a extender las mantas para acostarme.
Esa noche no hubo conversaciones animadas alrededor del fuego, pero tampoco hubo murmullos de protesta por parte de Dedan. Prefiero el respeto, pero cuando eso no es posible, un poco de miedo sano puede ayudar mucho a que todo vaya bien.
Dos días sin más efectos teatrales por mi parte contribuyeron a que todos se relajaran. Dedan seguía con sus bravuconadas y su chulería, pero había dejado de llamarme «chico» y se quejaba mucho menos, de modo que lo consideré una victoria.
Exaltado por ese modesto éxito, decidí llevar a cabo un intento activo de conversar con Tempi. Si tenía que dirigir aquel grupo, necesitaba conocer mejor al Adem. Y lo más importante: necesitaba saber si era capaz de pronunciar más de cinco palabras seguidas.
Así que me acerqué a él cuando paramos para comer. Tempi se había sentado un poco apartado de todos nosotros. Y no porque mantuviera una actitud distante. Los demás charlábamos mientras comíamos; Tempi, en cambio, solo comía.
Me senté a su lado con mi almuerzo: un trozo de salchicha seca y unas patatas frías.
—Hola, Tempi.
Levantó la cabeza y asintió. Durante un segundo vi un destello en sus ojos gris pálido. Entonces desvió la mirada, moviendo las manos inquieto. Se pasó una por el pelo y por un instante me recordó a Simmon. Ambos tenían una constitución delgada y el cabello rubio rojizo. Pero Simmon no era tan callado. A veces, cuando conversaba con Sim, no conseguía intercalar ni una sola palabra.
Ya había intentado hablar con Tempi otras veces, por supuesto. Normalmente eran charlas sin importancia: sobre el tiempo, sobre cómo nos dolían los pies tras caminar todo el día, sobre la comida. No había servido de nada. Como mucho, le había sonsacando una palabra o dos. La mayoría de las veces, solo una cabezada o un encogimiento de hombros. Lo más habitual era una expresión vacía, luego agitaba un poco las manos y rehuía de plano

mirarme a los ojos.
Por eso ese día yo tenía preparada una táctica para entablar conversación con él.
—He oído hablar del Lethani —dije—. Me gustaría saber algo más. ¿Quieres contarme algo?
Los ojos grises de Tempi se encontraron con los míos brevemente, pero su rostro seguía sin expresar nada. Entonces volvió a desviar la mirada. Cogió una de las correas de piel rojas que le ceñían la camisa al cuerpo y jugueteó con la manga.
—No. No hablo del Lethani. No es para ti. No preguntes.
Volvió a desviar la mirada, esa vez hacia el suelo.
Conté mentalmente. Once palabras. Al menos eso contestaba una de mis preguntas.

77 La Buena Blanca

Empezaba a oscurecer cuando tomamos una curva del camino. Oí aplausos y pisotones mezclados con música, gritos y carcajadas. Tras diez horas caminando, aquel sonido me levantó el ánimo y me hizo alcanzar casi la alegría.

La posada La Buena Blanca, situada junto a la última gran encrucijada al sur del Eld, era enorme. Construida con troncos sin apenas desbastar, tenía dos plantas y una serie de hastiales que hacían supoi ner que en lo alto había una tercera. Vi a través de las ventanas a hombres y mujeres que bailaban mientras un violinista, fuera de la vista, tocaba una canción de ritmo trepidante.

—¿Lo oléis? —preguntó Dedan inspirando hondo—. En esa posada hay una mujer capaz de guisar una piedra y hacerme suplicar que me deje repetir. La dulce Peg. ¡Espero que siga aquí! Sería una noche redonda. —Describió una curva con la mano para enfatizar el doble sentido de sus palabras, y le dio un codazo a Marten.

Hespe entrecerró los ojos, clavados en la nuca de Dedan. Dedan no se dio cuenta y continuó:

—Esta noche dormiré con la panza llena de cordero y brandy. Aunque un poco menos de sueño quizá resultara más divertido, si he de guiarme por la última vez que estuve aquí.

Vi que se avecinaba la tormenta en la cara de Hespe y me apresuré a intervenir:

—Lo que haya en la cazuela y un camastro para cada uno —dije con firmeza—. Todo lo demás tendrá que salir de vuestro bolsillo.

Dedan me miró como si no pudiera dar crédito a lo que acababa de oír.

—Venga ya. Llevamos cuatro días durmiendo de cualquier manera. Además, el dinero no es tuyo, de modo que no seas roñoso.—Todavía no hemos terminado nuestro trabajo —expuse con calma

—. Ni siquiera hemos empezado. No sé cuánto tiempo vamos a
estar por ahí, pero sé que no soy rico. Si vaciamos la bolsa del maer demasiado pronto, tendremos que cazar para comer. —Los miré a todos, uno por uno—. A menos que alguien más lleve encima dinero suficiente para alimentarnos y esté dispuesto a compartirlo.

Marten sonrió, compungido. Hespe clavó los ojos en Dedan, que seguía fulminándome con la mirada.

Tempi movió las manos; su expresión era tan indescifrable como siempre. Esquivando mi mirada, echó una ojeada a todos los demás sin que su semblante delatara nada. No fijó la vista en los rostros, sino primero en las manos de Dedan, y luego en sus pies. A continuación en los pies de Marten, los de Hespe y los míos. Trasladó el peso del cuerpo de una pierna a la otra y dio un pasito hacia Dedan.

Con la esperanza de rebajar la tensión, suavicé el tono y dije:

—Cuando hayamos terminado, nos repartiremos lo que quede en la bolsa. Así, todos llevaremos algo de dinero en el bolsillo antes de volver a Severen. Entonces cada uno podrá gastar lo que quiera como quiera. Pero ahora no.

Vi que Dedan no estaba satisfecho con eso y esperé para ver si insistía. Pero fue Marten quien habló.

—Tras un largo día en el camino —dijo con aire pensativo, como si hablara solo—, me vendría bien una copa.

Dedan miró a su amigo y luego a mí, expectante.

—Creo que la bolsa soportará una ronda —concedí con una sonrisa—. No creo que el maer pretenda que nos hagamos sacerdotes, ¿verdad?

Hespe soltó una carcajada gutural, mientras que Marten y Dedan sonrieron. Tempi me miró con sus ojos claros, agitó las manos y desvió rápidamente la vista.
Unos pocos minutos de sosegado regateo bastaron para conseguir literas, una cena sencilla y una ronda de bebidas para los cinco, y todo por un sueldo de plata. Una vez acordado el precio, busqué una mesa en un rincón tranquilo de la taberna y puse mi laúd bajo el banco para protegerlo. Entonces me senté, cansado, y me pregunté qué podía hacer para que Dedan dejara de comportarse con tanta arrogancia.
Estaba distraído cavilando cuando me pusieron la cena delante con un golpe seco. Levanté la cabeza y vi una cara de mujer y un generoso escote enmarcados por una cascada de brillantes rizos pelirrojos. Tenía la piel blanca como la leche, con algunas pecas. Los labios eran de un rosa pálido y peligroso. Los ojos, de un verde brillante y peligroso.
—Gracias —dije con cierto retraso.
—De nada, cariño. —Me sonrió, traviesa, con los ojos y se apartó el pelo de uno de los desnudos hombros—. Creía que te habías quedado dormido ahí sentado.
—Casi. Ha sido un día largo y fatigoso.
—Es una pena —se lamentó ella mientras se frotaba la nuca—. Si pensara que todavía ibas a mantenerte en pie dentro de una hora, me encargaría de impedirlo. —Estiró un brazo y me acarició la nuca hundiendo los dedos en mi pelo—. Entre los dos podríamos provocar un incendio.
Me quedé paralizado, como un ciervo asustado. No sabría explicar por qué; quizá fuera que estaba cansado después de varios días en el camino. Quizá fuera que era la primera vez que una mujer me abordaba con tanta franqueza. Quizá...
Quizá fuera joven y deplorablemente inexperto. Dejémoslo ahí.
Intenté desesperadamente encontrar algo que decir, pero para cuando había recuperado el habla, ella se había apartado un poco y me había lanzado una mirada insinuante. Noté que me ruborizaba, y eso me hizo avergonzarme aún más. Sin pensar, bajé la mirada hacia la mesa y hacia el plato que acababa de traerme. «Sopa de patata», pensé, atontado.
Ella soltó una risita y me acarició un hombro.
—Lo siento, muchacho. Creía que eras un poco más... —Se interrumpió, como si se replanteara sus palabras, y luego volvió a empezar—: Me ha gustado tu aire juvenil, pero no me he dado cuenta de lo joven que eres.
Aunque hablaba con dulzura, detecté una sonrisa en su voz. Eso hizo que me ardiera más la cara, ruborizándome hasta las orejas. Al final, comprendiendo que cualquier cosa que dijera solo lograría avergonzarme aún más, la camarera levantó la mano de mi hombro.
—Volveré más tarde para ver si necesitas algo.
Asentí con la cabeza, como un bobo, y la seguí con la mirada mientras se alejaba. Me alivió que se retirara, pero entonces me distrajeron unas risas dispersas. Eché un vistazo alrededor y vi que los hombres que estaban sentados a las largas mesas me miraban, risueños. Un grupito levantó sus jarras saludándome en silencio, con burla. Otro individuo se inclinó hacia mí y me dio unas palmadas consoladoras en la espalda, diciéndome:
—No te ofendas, chico. Nos ha rechazado a todos.
Me dio la impresión de que todos me observaban; agaché la cabeza y empecé a comerme la cena. Mientras cortaba trozos de pan y los mojaba en la sopa, compuse un catálogo mental del alcance de mi idiotez. Lancé miradas subrepticias a la camarera pelirroja, que recibía y rechazaba los piropos de una docena de hombres mientras repartía bebidas por las mesas.
Cuando Marten se sentó á’mi lado, yo ya había recobrado algo de compostura.
—Has estado muy fino con Dedan ahí fuera —me dijo sin preámbulos.
Eso me animó un poco.
—¿Tú crees? '
Marten asintió con la cabeza y paseó su atenta mirada por los parroquianos que llenaban la

taberna.
—La mayoría intenta plantarle cara, hacer que se sienta estúpido. Si hubieras hecho eso, él te lo habría devuelto multiplicado.
—Pero se estaba comportando como un estúpido —comenté—.
Y la verdad es que le he plantado cara.
—Sí, pero lo has hecho astutamente —replicó Marten—, y por eso seguirá escuchándote. —Dio un sorbo e hizo una pausa antes de cambiar de tema—: Hespe se ha ofrecido para compartir la habitación con él esta noche —dijo como de pasada.
—¿Enserio?—dije, sorprendido—. Se está soltando.
Marten asintió lentamente con la cabeza.
—¿Y? —lo animé.
—Y nada. Dedan dice que no piensa pagar por una habitación que deberían darle gratis. —Desvió la vista hacia mí y arqueó una ceja.
—No lo dices en serio —dije—. Tiene que saberlo. Lo que pasa es que se hace el tonto porque Hespe no le gusta.
—Me parece que no —repuso Marten volviéndose hacia mí y bajando un poco la voz—. Hace tres ciclos terminamos una misión con una caravana de Ralien. Fue un trayecto largo, y Dedan y yo teníamos los bolsillos llenos de monedas y nada que hacer con ellas, así que, ya muy entrada la noche, nos encontrábamos en una mugrienta taberna de los muelles, demasiado borrachos para levantarnos e irnos. Y se puso a hablarme de ella.
Marten sacudió lentamente la cabeza.
—Se estuvo enrollando una hora, y te aseguro que la mujer a la que me describía no se parecía en nada a nuestra feroz Hespe. Solo faltó que cantara una canción sobre ella. —Dio un suspiro—. Cree que no la merece. Y está convencido de que si se atreviera a mirarla de reojo, acabaría con un brazo roto por tres sitios.
—¿Por qué no se lo dijiste?
—Decirle ¿qué? Eso fue antes de que ella empezara a hacerle caídas de ojos. Entonces yo creía que los temores de Dedan eran fundados. ¿Qué crees que te haría Hespe si se te ocurriera darle una palmadita amistosa en la espalda?
Miré hacia donde estaba Hespe, junto a la barra. Marcaba el compás del violín con un pie. Por lo demás, la postura de sus hombros, sus ojos y la línea de su mandíbula solo expresaban dureza, casi agresividad. Había un pequeño pero significativo espacio entre ella y los hombres que tenía a ambos lados, acodados en la barra.
—Seguramente yo tampoco me jugaría un brazo —admití—. Pero Dedan ya debe de saberlo. No está ciego.
—No está peor que ninguno de nosotros.
Quise contradecirle, pero entonces vi a la camarera pelirroja.
—Podríamos decírselo —propuse—. Tú podrías decírselo. Dedan confía en ti.
Marten se pasó la lengua por los dientes.
—Nanay —dijo, y dejó su jarra sobre la mesa con firmeza—. Eso solo enredaría más las cosas. O lo verá, o no lo verá. En su momento, a su manera. —Encogió los hombros—. O no, y el sol seguirá saliendo todas las mañanas.
Nos quedamos callados un rato. Marten observaba el bullicio de la taberna por encima del borde de su jarra, con la mirada cada vez más ausente. Dejé que el ruido ambiental se redujera hasta un débil y soportable ronroneo mientras me apoyaba contra la pared y me quedaba adormilado.
Y como suelen hacer mis pensamientos cuando los abandono, volaron hacia Denna. Evoqué su olor, la curva de su cuello cerca de la oreja, cómo movía las manos cuando hablaba. Me pregunté dónde estaría esa noche, si se encontraría bien. Me pregunté, de pasada, si sus pensamientos también volaban a veces hacia mí convertidos en tiernas reflexiones...

—... atrapar a esos bandidos no será muy difícil. Además, para variar estará bien sorprender a esos malditos canallas liantes.
Esas palabras me arrancaron de mi dulce sopor como a un pez al que sacan del agua. El violinista había dejado de tocar para tomarse una copa, y en el relativo silencio de la taberna, la voz de Dedan resonó como el rebuzno de un asno. Abrí los ojos y vi que Marten miraba también alrededor, un tanto alarmado; sin duda lo habían despertado las mismas palabras que yo acababa de oír.
Solo tardé un segundo en localizar a Dedan. Estaba sentado dos mesas más allá, manteniendo una charla de borrachos con un granjero de pelo canoso.
Marten ya se estaba poniendo de pie. Como no quería llamar la atención, le susurré: «Tráelo», y me obligué a permanecer sentado.
Apreté las mandíbulas mientras Marten zigzagueaba rápidamente entre las mesas, le daba unos golpecitos a Dedan en el hombro y apuntaba con un pulgar hacia la mesa donde estaba yo sentado. Dedan masculló algo que me alegré de no haber oído y se levantó de mala gana.
Obligué a mi mirada a recorrer la taberna en lugar de seguir a Dedan. Tempi, con su ropa roja de mercenario, era fácil de localizar. Estaba frente al escalón de la chimenea, con la vista fija en el violinista, que afinaba su instrumento. Tenía varias copas vacías delante, sobre la mesa, y se había soltado las correas de piel de la camisa. Observaba al violinista con una intensidad extraña.
Mientras miraba a Tempi, una camarera le llevó otra bebida. Tempi repasó a la muchacha con sus pálidos ojos de arriba abajo, sin disimulo. Ella dijo algo, y él le besó el dorso dé la mano con la elegancia de un cortesano. Ella se ruborizó y, juguetona, le dio un empujoncito en el hombro. Tempi llevó una mano hasta la curva de la cintura de la camarera y la dejó allí. A ella no pareció importarle.
Dedan se acercó a mi mesa y me tapó a Tempi en el preciso instante en que el violinista levantaba el arco y empezaba a tocar una giga. Una docena de personas se levantaron con ganas de bailar.
—¿Qué pasa? —preguntó Dedan cuando llegó a mi mesa—. ¿Me has hecho venir para decirme que se está haciendo tarde? ¿Que mañana me espera un largo día de trabajo y que debería ir a acostarme? —Se inclinó hacia delante sobre la mesa y puso sus ojos a la altura de los míos. Noté un olor acre en su aliento: dreg. Un licor barato y asqueroso con el que se pueden provocar incendios.
Me reí para desdramatizar.—Tranquilo, que no soy tu madre. —En realidad había pensado decirle eso mismo, pero traté de pensar algo más con que distraerlo. Vi pasar a la camarera pelirroja que me había servido la cena un rato antes, y me incliné hacia delante—. Quería saber si podías decirme una cosa —dije con tono de complicidad.
El ceño fruncido dio paso a una expresión de curiosidad. Bajé la voz un poco más.
—Tú ya habías estado aquí antes, ¿verdad? —Dedan asintió y se acercó un poco más a mí—. ¿Sabes cómo se llama esa chica? —Apunté con la barbilla a la pelirroja.
Dedan giró la cabeza con exagerado disimulo; si ella no hubiera estado de espaldas, seguro que se habría dado cuenta.
—¿La rubia a la que está manoseando el Adem? —preguntó Dedan.
—No, la pelirroja.
Dedan arrugó la ancha frente y entrecerró los ojos para enfocar el fondo de la taberna.
—¿Losine? —me preguntó en voz baja. Se volvió hacia mí con los ojos todavía entrecerrados —. ¿La pequeña Losi?
Encogí los hombros y empecé a lamentar la táctica de distracción que había escogido.
Dedan soltó una carcajada tremenda y estuvo a punto de caerse, pero consiguió sentarse en el banco, enfrente de mí.

—¡Losi! —dijo riendo más fuerte de lo que a mí me habría gustado—. Me equivocaba contigo, Kvothe. —Golpeó la mesa con la palma de una mano y volvió a reír, y estuvo a punto de caerse de espaldas—. Buen ojo, chico, pero lamento decirte que no tienes ninguna posibilidad.
Eso aguijoneó mi magullado orgullo.
—¿Por qué no? ¿Acaso no es...? Bueno, ya sabes... —Dejé la frase en el aire e hice un gesto indefinido.
Dedan entendió a qué me refería.
—¿Prostituta? —preguntó, perplejo—. ¡Qué va! Hay un par por aquí. —Hizo un gesto amplio con un brazo, y luego bajó un poco más la voz—. Pero en realidad no son rameras. Solo chicas a las que no les importa sacarse algo extra por la noche. —Hizo una pausa y parpadeó—. Dinero. Dinero extra. Y otras cosas extras. —Volvió a reír.
—Yo he pensado que... —empecé a decir, titubeante.
—No, si eso lo piensa cualquiera que tenga ojos y pelotas. —Se inclinó un poco más—. Es una viciosa. Se tira al primero que le llama la atención, pero no hay manera de llevarla a la cama, ni siquiera pagando. Si quisiera, sería más rica que el rey de Vint. —Me miró—. ¿Cuánto costaría un revolcón con Losi? Yo daría...
La observó con los ojos entrecerrados y movió los labios como si realizara complicados cálculos aritméticos en silencio. Al cabo de un rato se encogió de hombros.
—Más que todo el dinero que tengo. —Volvió a mirarme y se encogió de hombros una vez más—. Pero no es una buena idea. Ahórrate las molestias. Si quieres, conozco a una muchacha de buen ver. Está por aquí, y quizá le interese animarte la velada. —Empezó a pasear la mirada por la estancia.
—¡No! —Le cogí un brazo para detenerlo—. Solo te lo preguntaba por curiosidad. —Me di cuenta de que no sonaba convincente—. Gracias por la información.
—De nada. —Dedan empezó a levantarse con cuidado.
—Ah —dije como si acabara de ocurrírseme—, ¿podrías hacerme un favor? —Dedan asintió con la cabeza, y le hice señas para que se acercara más—. Me preocupa que Hespe acabe hablando del trabajo que nos ha encargado el maer. Si los bandidos se enteran de que los estamos buscando, la tarea resultará diez veces más difícil. —Vi pasar una sombra de culpabilidad por su cara—. Estoy convencido de que ella nunca lo mencionaría, pero ya sabes lo que les gusta hablar a las mujeres.
—Ya entiendo —se apresuró a decir él terminando de erguirse—. Hablaré con ella. Es mejor tener cuidado.
El violinista de nariz aguileña puso punto final a su giga, y todos aplaudieron y dieron pisotones y golpearon las mesas con sus jarras vacías. Suspiré y me froté la cara con ambas manos. Cuando levanté la cabeza, vi a Marten en la mesa de al lado. Se llevó dos dedos a la frente y me hizo una discreta cabezada. Yo me doblé ligeramente por la cintura, sin levantarme del banco. Siempre se agradece tener un público que muestra su aprecio.

78 Otro camino, otro bosque

A la mañana siguiente, me produjo un cierto placer malévolo ver a Dedan emprender camino con una resaca considerable antes de que el sol estuviera en lo alto. El corpulento mercenario se movía con cuidado, pero he de reconocer que no emitió ni una sola palabra de queja, a menos que sus débiles gemidos cuenten como palabras.

Observándolo con más atención, detecté las señales de su enamoramiento. Cómo pronunciaba el nombre de Hespe. Las bromas ordinarias que hacía cuando hablaba con ella. A cada momento encontraba una excusa para echarle el ojo: un desperezo, un vistazo distraído al camino, un ademán hacia los árboles que nos rodeaban.

Y sin embargo, Dedan seguía totalmente ajeno a los esporádicos galanteos que le devolvía Hespe. A veces era divertido verlo; parecía una tragedia modegana bien orquestada. A veces me daban ganas de estrangularlos a los dos.

Tempi caminaba en silencio entre nosotros como un cachorro mudo y obediente. Lo observaba todo: los árboles, el camino, las nubes. A esas alturas, de no ser por la incuestionable inteligencia de su mirada, habría pensado que era un bobo. Respondía a las pocas preguntas que yo le hacía con movimientos nerviosos de las manos, cabezadas, encogimientos de hombros o sacudidas de cabeza.

Mi curiosidad iba en aumento. Sabía que el Lethani solo era una tontería de cuentos de hadas, pero una parte de mí seguía dudando. ¿Estaría guardándose Tempi las palabras? ¿Sería verdad que podía utilizar su silencio como armadura? ¿Moverse con la rapidez de una serpiente? La verdad es que, después de ver lo que Elxa Dal y Felá podían hacer pronunciando los nombres del fuego y la piedra, la idea de que alguien almacenara palabras para utilizarlas como combustible no me parecía tan descabellada.Fuimos conociéndonos los cinco poquito a poco, familiarizándonos con nuestras peculiaridades. Dedan preparaba meticulosamente el suelo donde extendía su manta, y no solo retiraba las ramitas y las piedras, sino que aplanaba a pisotones cada mata de hierba y cada bulto de tierra.

Hespe silbaba de forma poco melodiosa cuando creía que nadie la oía, y después de cada comida se escarbaba metódicamente entre los dientes. Marten no comía cafne que tuviera el más leve rastro de sangre ni bebía agua que no hubiera hervido o mezclado con vino. Al menos dos veces al día nos recordaba que estábamos locos por no hacer como él.

Pero el premio al comportamiento extravagante se lo llevaba Tempi. Nunca me miraba a los ojos. No sonreía. No fruncía el entrecejo. No hablaba.

Desde que saliéramos de La Buena Blanca, solo había hecho un comentario de motu proprio: «Con lluvia, este camino sería otro camino, este bosque otro bosque». Pronunció cada palabra con claridad, como si llevara todo el día cavilando sobre esa afirmación. Y si no me equivocaba, eso era precisamente lo que había hecho.

Se lavaba obsesivamente. Los demás nos dábamos un baño cuando parábamos en alguna posada, pero Tempi se bañaba todos los días. Si había un riachuelo cerca, se bañaba por la noche y otra -[1]vez al levantarse. Si no, se lavaba utilizando un trapo y el agua de beber.

Y dos veces al día, sin falta, realizaba un complicado ritual de estiramientos, trazando en el aire cuidadosas formas y dibujos con las manos. Sus ejercicios me recordaban a las lentas danzas de la corte de Modeg.

Era evidente que aquellos ejercicios le ayudaban a mantenerse flexible y ágil, pero resultaban extraños. Hespe bromeaba diciendo que si los bandidos nos pedían que bailáramos con ellos, nuestro bienoliente mercenario sería de gran ayuda. Pero lo dijo en voz baja, cuando Tempi no podía oírla.

Pero hablando de rarezas, supongo que yo no estaba en posición de lanzar la primera piedra. Tocaba el laúd casi todas las noches, cuando no estaba demasiado cansado de caminar. Supongo que eso no mejoraba la opinión que los otros tenían de mí como jefe táctico ni como arcanista.A medida que nos acercábamos a nuestro destino, iba poniéndome más nervioso. Marten era el único de los cinco verdaderamente capacitado para aquel trabajo. Dedan y Hespe estaban bien entrenados para la pelea, pero trabajar con ellos resultaba muy problemático. Dedan era discutidor y testarudo. Hespe era perezosa; casi nunca ayudaba a preparar las comidas ni a limpiar después, a menos que se le pidiera; y en esos casos, lo hacía de tan mala gana que en realidad no ayudaba nada.

Y luego estaba Tempi, un sicario incapaz de mirarme a los ojos ni mantener una conversación. Un mercenario que, a mi entender, podría aspirar a una carrera muy digna en el teatro modegano.

Cinco días después de salir de Severen, llegamos a la zona donde se habían producido los ataques. Un tramo de treinta kilómetros de camino sinuoso que atravesaba el Eld: sin pueblos, sin posadas, sin siquiera una granja abandonada. Un tramo completamente aislado del camino real en medio de un interminable bosque viejo. El hábitat natural de osos, ermitaños locos y cazadores furtivos. El paraíso de los salteadores de caminos.

Marten fue a explorar el terreno mientras los demás montábamos el campamento. Una hora más tarde salió de entre los árboles, agotado pero de buen humor. Nos aseguró que no había encontrado ninguna señal de que hubiera alguien por los alrededores.

—No puedo creer que esté defendiendo a los recaudadores de impuestos —mascullό Dedan con enojo. Hespe soltó una risotada gutural.

—Estás defendiendo la civilización —le corregí—. Y protegiendo los caminos. Además, el maer Alveron hace cosas importantes con esos impuestos. —Sonreí—. Como pagarnos a nosotros.

—Por eso es por lo que peleo yo —terció Marten.

Después de la cena, esbocé la única estrategia que se me había ocurrido tras cinco largos días de cavilaciones. Dibujé una línea curva en el suelo con un palo.

—Muy bien. Esto es el camino, un tramo de unos treinta kilómetros.

—Lómeros —dijo Tempi con su voz suave.

—¿Cómo dices? —pregunté. Era lo primero que le oía decir en un día y medio.

—¿Lómetros? —Le costaba tanto pronunciar esa palabra desconocida que tardé un momento en comprender que intentaba decir «kilómetros».

—Kilómetros —dije vocalizando bien. Señalé el camino y levanté un dedo—. Desde aquí hasta el camino hay un kilómetro. Hoy hemos caminado veinticinco kilómetros.

Tempi asintió con la cabeza.

Volví al dibujo.

—Es lógico pensar que los bandidos deben de estar a no más de quince kilómetros del camino. —Tracé un rectángulo alrededor de la línea que representaba el camino—. Eso significa que tenemos que buscar en una extensión de bosque de unos novecientos kilómetros cuadrados.

Hubo un momento de silencio mientras todos asimilaban esa in-, formación. Al final, Tempi dijo:

—Es grande.

Asentí con seriedad.

—Registrar todo ese territorio nos llevaría meses, pero no será necesario. —Añadí un par de líneas más a mi dibujo—. Todos los días Marten saldrá a explorar delante de nosotros. —Lo miré—. ¿Cuánto terreno puedes cubrir en un día sin arriesgarte?

Marten reflexionó un momento contemplando los árboles que nos rodeaban.

—¿En este bosque? ¿Con tanta maleza? Un kilómetro y medio cuadrado, aproximadamente.

—¿Y si tuvieras que moverte con mucho cuidado?
—Yo siempre me muevo con cuidado —dijo sonriendo.
Asentí y tracé una línea paralela a la del camino.
—Marten explorará un tramo de cerca de un kilómetro de ancho, a una distancia de un kilómetro y medio del camino. Intentará localizar su campamento o a sus centinelas para que el resto de nosotros no tropecemos con ellos por accidente.
—No me parece buena idea —dijo Hespe sacudiendo la cabeza—. No estarán tan cerca del camino. Si lo que quieren es permanecer escondidos, estarán más lejos. Como mínimo entre tres y cinco kilómetros.
—Yo me aseguraría de estar al menos a seis kilómetros del camino antes de emboscarme y ponerme a matar gente —aportó Dedan.
—Yo pienso lo mismo —concedí—. Pero tarde o temprano tendrán que acercarse al camino. Tienen que apostar centinelas y moverse para tender las emboscadas. Necesitan reabastecerse. Llevanvarios meses aquí, y lo lógico es que hayan abierto alguna senda o hayan dejado algún rastro.
Añadí algunos detalles con el palo al mapa dibujado en el suelo.
—Cuando Marten haya reconocido el terreno, dos de nosotros saldremos a inspeccionarlo detrás de él con más detenimiento. Cubriremos una franja estrecha de bosque, y buscaremos cualquier rastro de su presencia. Los otros dos se quedarán vigilando nuestro campamento.
»Podemos cubrir unos tres kilómetros al día. Empezaremos por el lado norte del camino y rastrearemos de oeste a este. Si no encontramos ningún rastro, cruzaremos al lado sur del camino y volveremos a rastrear de este a oeste. —Terminé de dibujar en el suelo y me aparté—. Tardaremos un ciclo en encontrar su rastro. Quizá dos, según la suerte que tengamos. —Me eché hacia atrás y clavé el palo en el suelo.
Dedan se quedó mirando el mapa sombríamente.
—Necesitaremos más provisiones.
—Sí. Trasladaremos el campamento cada cinco días. Dos de nosotros volverán a Crosson a buscar provisiones. Los otros dos trasladarán el campamento. Marten descansará.
—Y a partir de ahora tendremos que tener más cuidado con nuestras hogueras —intervino Marten—. El olor del humo nos delatará si no vigilamos con la dirección del viento.
Asentí con la cabeza.
—Tendremos que hacer un hoyo para el fuego todas las noches, y buscaremos renelos. —Miré a Marten—. Sabes reconocer un renelo, ¿verdad? —Marten parecía sorprendido.
—¿Qué es un renelo? —preguntó Hespe mirándonos a los dos.
—Es un árbol —contestó Marten—. Su leña es excelente. Arde bien y limpiamente. Apenas produce humo, y casi no huele.
—Aunque la leña esté verde —añadí—. Incluso las hojas. Es un árbol muy útil. No crece en todas partes, pero he visto algunos por aquí.
—¿Cómo es que un chico de ciudad como tú sabe esas cosas? —preguntó Dedan.
—Saber cosas es mi especialidad —dije con seriedad—. Y ¿qué te hace pensar que he crecido en una ciudad?
Dedan encogió los hombros y desvió la mirada.
—A partir de ahora, esa será la única leña que quemaremos —sentencié—. Si tenemos poca, la reservaremos para el fuego de cocinar. Si no tenemos, no podremos comer caliente. Así que vigilad.
Todos asintieron, Tempi un poco más tarde que los demás.
—Por último, será mejor que tengamos nuestras historias preparadas por si tropiezan con nosotros mientras los buscamos. —Señalé a Marten—. ¿Qué piensas decirles si te descubren mientras estás rastreando?

Me miró con cara de sorpresa, pero apenas vaciló al responder:
—Soy un cazador furtivo. —Señaló su arco, que estaba sin encordar, apoyado contra un árbol—. No es del todo falso.
—Y ¿de dónde eres?
Marten titubeó un instante.
—De Crosson, a solo un día de aquí, hacia el oeste.
—Y ¿cómo te llamas?
—Me-Meris —dijo, turbado.
Dedan rió.
—No mientas respecto a tu nombre —le aconsejé componiendo una sonrisa—. Es difícil hacerlo con convicción. Si te cogen y te sueltan, tranquilo. Pero no los guíes hasta nuestro campamento. Si quieren llevársete con ellos, tómatelo con calma. Finge que te alegras de unirte a ellos. No intentes huir.
—¿Y me quedo con ellos? —preguntó Marten, alarmado.
Asentí.
—Si te toman por estúpido, supondrán que te escaparás la primera noche. Si creen que eres listo, supondrán que te escaparás la segunda noche. Pero la tercera noche ya confiarán un poco en ti. Espera hasta medianoche, y entonces provoca algún alboroto. Prende fueg'ó a un par de tiendas, por ejemplo. Nosotros esperaremos a que llegue el momento de confusión y los atacaremos desde fuera.
Miré a los otros tres.
—El plan es el mismo para todos: esperad hasta la tercera noche.
—¿Cómo localizarás su campamento? —preguntó Marten. Tenía la frente cubierta de sudor, y no se lo reproché: estábamos jugando a un juego peligroso—. Si me atrapan, no podré ayudarte a encontrar el camino.
—Es que no los encontraré a ellos —dije—. Te encontraré a ti. Puedo encontraros a cualquiera de vosotros en el bosque.
Miré alrededor de la hoguera; esperaba, como mínimo, un gruñido de Dedan, pero nadie pareció dudar de mis capacidades arcanas. Me pregunté de qué me creerían capaz.
La verdad es que, disimuladamente, en los últimos días había cogido un pelo de cada uno. De modo que solo tardaría un minuto en improvisar un péndulo para cada miembro del grupo. Teniendo en cuenta la superstición víntica, suponía que no les haría ninguna gracia conocer aquel detalle.
—¿Cuál será nuestra coartada? —Hespe golpeó en el pecho a Dedan con el dorso de la mano, y sus nudillos produjeron un ruido hueco sobre la dura coraza de cuero.
—¿Creéis que podríais convencerlos de que sois guardias de caravana descontentos que han decidido hacerse bandidos?
Dedan soltó una carcajada.
—Diantre, yo lo he pensado un par de veces. —Hespe le lanzó una mirada, y añadió—: No vas a decirme que tú nunca lo has pensado. Un ciclo tras otro caminando bajo la lluvia, comiendo judías, durmiendo en el suelo. Y todo por un penique diario. —Encogió los hombros—. ¡Por los dientes de Dios! Me sorprende que la mitad de nosotros no nos hayamos echado al bosque.
—Sí, lo haréis muy bien —dije con una sonrisa.
—¿Y él? —Hespe apuntó con el pulgar a Tempi—. Nadie va a creerse que se haya hecho bandido. Los Adem ganan diez veces más que nosotros por un día de trabajo.
—Veinte veces —masculló Dedan.
Yo ya lo había pensado.
—¿Qué harás si te encuentran los bandidos, Tempi?
Tempi agitó un poco las manos, pero no dijo nada. Me miró un momento; luego desvió la

mirada hacia un lado. No supe si estaba pensando o si solo estaba aturdido.
—Si no fuera por su atuendo de Adem, no llamaría mucho la atención —intervino Marten—. Ni siquiera su espada es gran cosa.
—No parece veinte veces mejor que yo, eso seguro —dijo Dedan en voz baja, pero no lo bastante baja para que no pudiéramos oírlo.
A mí también me preocupaba el atuendo de Tempi. Había intentado varias veces entablar una conversación con el Adem con la esperanza de abordar ese problema, pero era como intentar charlar con un gato. Sin embargo, el hecho de que no conociera la palabra «kilómetro» me hizo darme cuenta de una cosa en la que debería haber pensado mucho antes: el atur no era su lengua materna. Yo, que en la Universidad había tenido que esforzarme mucho hasta expresarme en siaru con fluidez, entendía la tentación de guardar silencio en lugar de hablar y hacer el ridículo.
—Podría intentar contarles algún cuento, como nosotros —dijo Hespe sin convicción.
—Es difícil mentir bien cuando no dominas el idioma —comenté.
Tempi nos miró con sus ojos claros a cada uno mientras hablábamos, pero no hizo ningún comentario.
—Solemos subestimar a las personas que no hablan bien —dijo Hespe—. Quizá podría... ¿hacerse el tonto? ¿Fingir que estaba desorientado, como si se hubiera perdido?
—No haría falta que se hiciera pasar por tonto—dijo Dedan por lo bajo—. Yo creo que lo es.
Tempi miró a Dedan; su semblante seguía sin revelar nada, pero su mirada era más intensa que antes. Inspiró hondo y, con voz monótona, dijo:
—Callado no es estúpido. ¿Tú? Siempre hablando. Bla bla bla bla bla. —Hizo un movimiento con una mano, imitando una boca que se abre y se cierra—. Siempre. Como un perro que ladra toda la noche a un árbol. Intenta ser grande. No. Solo ruido. Solo perro.
No debí reírme, pero me pilló completamente desprevenido. En parte porque me había acostumbrado al silencio y la pasividad de Tempi, y en parte porque el Adem tenía toda la razón. Si Dedan hubiera sido un perro, habría sido un perro que ladra sin parar a nada. Un perro que ladra solo para oírse ladrar.
Con todo, no debí reírme. Pero lo hice. Hespe también e intentó disimular, y eso fue aún peor.
Dedan se levantó, encolerizado.
—Ven aquí y repítemelo.
Sin mudar la expresión, Tempi se puso de pie y rodeó la hoguera hasta colocarse al lado de Dedan. Bueno, si digo que se colocó a su lado, quizá os hagáis una idea equivocada. La mayoría de la gente se queda a dos o tres palmos de ti cuando te habla. Pero Tempi se paró a menos de un palmo de Dedan. De acercarse un poco más, habría tenido que abrazarlo o subírsele encima.
Podría decir que todo pasó demasiado deprisa para que yo pudiera intervenir, pero mentiría. La verdad más sencilla es que no se me ocurrió ninguna manera fácil de poner remedio a la situación. Pero había otra verdad más complicada: que a aquellas alturas yo también estaba harto de Dedan.
Además, nunca había oído a Tempi hablar tanto. Por primera vez desde que lo había conocido, se comportaba como una persona y no como un muñeco mudo que anda. sentía curiosidad por verlo pelear. Había oído hablar mucho de la legendaria habilidad de los Adem, y estaba deseando ver cómo le aporreaba la cabeza de zoquete a Dedan y le hacía dejar de mascullar.Así que Tempi estaba lo bastante cerca de Dedan para rodearlo con los brazos. Dedan le sacaba una cabeza, y tenía los hombros y el torso más anchos. Tempi lo miró y su rostro no reflejó nada de lo que yo esperaba ver reflejado en él. Ni jactancia, ni una sonrisa de burla. Nada.
—Solo perro —dijo en voz baja, sin ninguna inflexión en particular—. Perro grande y ruido.

—Levantó una mano y volvió a imitar una boca con ella—. Bla bla bla.
Dedan levantó una mano y le dio un fuerte empujón en el pecho a Tempi. Yo había visto esa maniobra infinidad de veces en las tabernas de los alrededores de la Universidad. Era el tipo de empellón que hace que un hombre se tambalee hacia atrás, pierda el equilibrio y se caiga.
Pero Tempi no se tambaleó. Sencillamente... se apartó. Entonces, como si nada, estiró un brazo y le dio un cachete a Dedan en un lado de la cabeza, como haría un padre enojado con su hijo desobediente en el mercado. Ni siquiera fue un cachete lo bastante fuerte para hacerle girar la cabeza a Dedan, pero todos pudimos oír el débil «paf», y a Dedan se le erizó el pelo, como un algodoncillo cuando soplas sobre él.
Dedan se quedó inmóvil un momento, como si no acabara de entender qué había pasado. Entonces frunció el entrecejo y levantó las dos manos para darle un empujón más fuerte a Tempi. Tempi volvió a apartarse, y entonces le dio otro cachete a Dedan en el otro lado de la cabeza.
Dedan arrugó el ceño, gruñó y alzó ambas manos apretando los puños. Era un hombre fornido, y cuando levantó los brazos, su armadura de mercenario crujió y se tensó a la altura de los hombros. Esperó un momento, confiando en que Tempi hiciera el primer movimiento; entonces se lanzó hacia delante, echó un brazo hacia atrás y lanzó un puñetazo con todas sus fuerzas, como un labriego golpeando con un hacha.
Tempi lo vio venir y se apartó por tercera vez. Pero cuando todavía no había terminado de asestar su torpe golpe, Dedan cambió de pronto. Se puso de puntillas y su lento y pesado puñetazo de labriego se evaporó. De pronto, ya no parecía un toro torpe y pesado; se arrojó hacia delante y lanzó tres rápidos puñetazos, con la velocidad con que un pájaro bate las alas.
Tempi esquivó el primero y paró el segundo con la palma de la mano, pero el tercero le dio en el hombro, y lo hizo girar hacia un lado y lo empujó hacia atrás. Dio dos rápidos pasos para apartarse de Dedan, recobró el equilibrio y se sacudió un poco. Entonces rió, con una risa alegre y aguda.
Ese sonido suavizó la expresión del rostro de Dedan, que sonrió a su vez, aunque no bajó las manos ni dejó de ponerse de puntillas. Pero Tempi se le acercó, esquivó otro golpe y le dio una bofetada. No en la mejilla, como dos enamorados que riñen en el escenario. La mano de Tempi descendió y golpeó a Dedan en toda la cara, desde la frente hasta la barbilla.
—¡Aaarrrggg! —gritó Dedan—. ¡Negra maldición! —Se apartó tambaleándose y tapándose la nariz con una mano—. ¿Qué te pasa? ¿Me has dado una bofetada? —Miró a Tempi por entre los dedos—. Peleas como una mujer.
Al principio me pareció que Tempi iba a protestar. Entonces sonrió por primera vez, asintió ligeramente y encogió los hombros.
—Sí. Peleo como una mujer.
Dedan vaciló; entonces soltó una carcajada y le dio una fuerte palmada en el hombro a Tempi. Creí que Tempi lo esquivaría, pero el Adem le devolvió la palmada, y hasta agarró a Dedan por el hombro y lo sacudió amistosamente.
Aquel gesto me sorprendió viniendo de una persona que se había mostrado tan reservada los últimos días, pero decidí no mirarle los dientes a un caballo regalado. Cualquier cosa que no fuera un silencio nervioso por parte del Adem me parecía digna de agradecimiento.
Además, ahora ya tenía una idea de las habilidades para la lucha de Tempi. Tanto si Dedan quería admitirlo como si no, era evidente que Tempi lo había vencido. Pensé que la reputación de los Adem no era una simple leyenda.
Marten observó a Tempi mientras este volvía a su asiento.
—Esa ropa que lleva sigue siendo un problema —dijo el rastreador como si no hubiera sucedido nada. Se quedó mirando la camisa y los pantalones rojos de Tempi—. Caminar con

eso por el bosque es como agitar una bandera.
—Hablaré con él —dije a los otros. Si Tempi se sentía cohibido cuando hablaba en atur, suponía que nuestra conversación sería más fácil si la manteníamos en privado—. Y pensaré qué puede decir si se encuentra a los bandidos. Vosotros podéis empezar a preparar vuestras camas y la cena.
Los tres se dispersaron, confiando en hacerse con los mejores sitios para extender sus mantas. Tempi los vio marchar; luego se volvió hacia mí y me miró. Bajó la vista al suelo y dio un paso atrás arrastrando los pies.
—Escucha, Tempi...
Ladeó la cabeza y me miró.
—Tenemos que hablar de tu ropa.
En cuanto empecé a hablar, volvimos a lo mismo. El Adem dejó de prestarme atención y desvió la mirada hacia un lado. Como si no le interesara escucharme. Como un niño enfurruñado.
No hace falta que os explique lo irritante que resulta intentar mantener una conversación con una persona que se niega a mirarte a los ojos. No obstante, yo no podía permitirme el lujo de ofenderme ni de aplazar aquella conversación. Ya la había aplazado demasiado.
—Tempi. —Contuve el impulso de chasquear los dedos para que me mirara—. Tu ropa es roja —dije tratando de expresarme con la máxima sencillez—. Fácil de ver. Peligrosa.
Al principio no reaccionó. Entonces sus ojos claros se clavaron un momento en los míos y asintió con la cabeza, una sola vez.
Empecé a abrigar la terrible sospecha de que Tempi no entendía qué estábamos haciendo en el Eld.
—Tempi, ¿sabes qué hemos venido a hacer al bosque?
Tempi desvió la vista hacia el dibujo que yo había hecho en el suelo, y luego volvió a mirarme. Encogió los hombros e hizo un gesto impreciso con ambas manos.
—¿Qué es mucho pero no todo?
Al principio creí que me estaba planteando una extraña duda filosófica, pero entonces comprendí que me estaba preguntando una palabra. Levanté una mano y me sujeté dos dedos.
—¿Algo? —Me sujeté tres dedos—. ¿Casi todo?
Tempi se fijó en mis manos y asintió con la cabeza.
—Casi todo —dijo agitando las manos—. Sé casi todo. Habláis deprisa.
—Buscamos a unos hombres. —Desvió la mirada en cuanto empecé a hablar, y reprimí un suspiro—. Intentamos encontrarlos.
—Sí. Cazamos hombres —dijo poniendo énfasis en el verbo—. Cazamos visantba.
Al menos sabía qué hacíamos allí.
—¿Rojo? —Estiré un brazo y toqué la correa de cuero que le ceñía la tela de la camisa al cuerpo. Era asombrosamente suave—. ¿Para cazar? ¿Tienes otra ropa que no sea roja?Tempi se miró la ropa sin dejar de agitar las manos. Entonces asintió con la cabeza, fue hasta su macuto y sacó una sencilla camisa gris de algodón hilado a mano. Me la mostró.
—Para cazar. No para pelear.
No estaba seguro del significado de esa distinción, pero de momento lo dejé pasar.
—¿Qué harás si los visantha te encuentran en el bosque? —le pregunté—. ¿Hablar o pelear?
Tempi se lo pensó un momento.
—No bueno hablando —reconoció—. ¿Visantha? Pelear.
—Muy bien. Un bandido, pelear. Dos, hablar.
—Puedo pelear dos —replicó Tempi encogiendo los hombros.
—¿Pelear y ganar?
Volvió a encogerse de hombros, despreocupado, y apuntó a Dedan, que recogía con

cuidado ramitas entre la maleza.
—¿Como él? Tres o cuatro. —Extendió una mano con la palma hacia arriba, como si me ofreciera algo—. Si tres bandidos, yo peleo. Si cuatro, intento mejor hablar. Espero hasta tercera noche. Entonces... —Realizó un extraño y complicado gesto con ambas manos—. Fuego en tiendas.
Me relajé, contento de ver que había seguido la conversación que habíamos mantenido hacía un rato.
—Sí. Muy bien. Gracias.
Cenamos los cinco en paz: sopa, pan y un queso gomoso bastante malo que habíamos comprado en Crosson. Dedan y Hespe discutían amistosamente, y yo especulaba con Marten sobre el tiempo que podíamos esperar para los próximos días.
Aparte de eso, no hablamos mucho. Dos de nosotros ya habíamos llegado a las manos. Estábamos a ciento cincuenta kilómetros de Severen, y todos éramos conscientes del duro trabajo que teníamos por delante.
—Un momento —dijo de pronto Marten—. ¿Y si te cogen a ti? —Levantó la cabeza y me miró —. Todos tenemos un plan por si los bandidos nos encuentran. Nos vamos con ellos y tú vas a buscarnos al tercer día.
—Sí. Y no te olvides de la maniobra de distracción.
—Pero ¿y si te cogen a ti? —preguntó Marten, nervioso—. Yo no sé hacer magia. No puedo garantizar que pueda encontrarlos la tercera noche. Supongo que sí, pero no puedo estar seguro.
—Yo solo soy un músico inofensivo —dije para tranquilizarlo—.
Me metí en un lío con la sobrina del baronet Branbride y pensé que lo mejor que podía hacer era perderme un tiempo en el bosque. —Sonreí—. Quizá me roben, pero como no llevo mucho dinero encima, seguramente me dejarán marchar. Soy un tipo persuasivo, y no parezco una gran amenaza.
Dedan murmuró por lo bajo algo que me alegré de no haber oído.
—Pero por si acaso —insistió Hespe—. Marten tiene razón. ¿Y si se te llevan con ellos?
Eso era algo que todavía no había resuelto, pero en lugar de dejar que la velada terminara con una nota pesimista, preferí componer mi sonrisa más convincente.
—Si me llevaran a su campamento, los mataría a todos sin muchos problemas. —Encogí los hombros con exagerada despreocupación—. Y después me reuniría con vosotros en el campamento. —Golpeé la tierra a mi lado, sin parar de sonreír.
Lo había dicho en broma, convencido de que al menos Marten se reiría de mi frívola respuesta. Pero había subestimado lo bien enraizada que está la superstición víntica, y mi comentario fue recibido con un incómodo silencio.
Después de eso ya no hablamos mucho. Echamos las guardias a suertes, apagamos el fuego y, uno a uno, fuimos quedándonos dormidos.

79 Señales

Después de desayunar, Marten empezó a enseñarnos a Tempi y a mí qué teníamos que hacer para buscar el rastro de los bandidos.
Cualquiera puede ver un trozo de camisa rota colgando de una rama o una pisada en la tierra, pero hay cosas que nunca suceden en la vida real. Son trucos muy útiles para la trama de las obras de teatro, pero francamente, ¿cuándo se te ha roto la camisa lo suficiente para dejar atrás un jirón?
Nunca. Los bandidos a los que buscábamos no eran unos aficionados, y no podíamos contar con que cometieran errores tan evidentes. Eso significaba que Marten era el único de nosotros que tenía alguna idea de qué era lo que andábamos buscando.
—Cualquier ramita rota —dijo—. Sobre todo entre las matas más espesas y enredadas, a la altura de la cintura o los tobillos. —Ilustró su explicación haciendo como si apartara la maleza con los pies y con las manos—. Es difícil ver la rama partida, es mejor fijarse en las hojas. —Señaló un arbusto cercano—. ¿Qué veis ahí?
Tempi señaló una de las ramas más bajas. Ese día no llevaba la camisa roja de mercenario, sino la gris de algodón, con la que no ofrecía un aspecto tan imponente.
Miré donde señalaba Tempi y vi que la rama se había partido, pero no lo suficiente para romperse del todo.
—¿Y eso significa que alguien ha pasado por aquí? —pregunté.
Marten encogió los hombros para colocarse bien el arco que llevaba colgado.
—Sí, yo. Eso lo hice anoche. —Nos miró—. ¿Veis que incluso las hojas que no cuelgan raro están empezando a marchitarse?
Asentí con la cabeza.
—Eso significa que alguien ha pasado por aquí hace aproximadamente un día. Si han pasado dos o tres días, las hojas se ponen marrones y mueren. Si ves los dos tipos de hojas cerca unas de otras... —Me miró.
—Significa que alguien ha pasado más de una vez por la zona, en días diferentes.
—Exacto. Yo estaré ocupado explorando y buscando a los bandidos; vosotros tendréis que tener las narices pegadas al suelo. Cuando encontréis algo parecido a esto, llamadme.
—¿Llamadme? —Tempi hizo bocina con las manos y giró la cabeza en diferentes direcciones. Abrió un brazo hacia los árboles de los alrededores y se llevó una mano a la oreja como si escuchara.
—Tienes razón —convino Marten frunciendo el entrecejo—. No podéis poneros a gritar. —Se frotó la nuca con gesto de frustración—. Maldita sea, no lo hemos planeado detenidamente.
—Yo sí lo he planeado detenidamente —dije sonriendo, y me saqué del bolsillo un rudimentario silbato de madera que había tallado la noche anterior. Solo producía dos notas, pero no necesitábamos más. Me lo llevé a los labios y silbé. «Ta-ta DII. Ta-tá DII.»
Marten sonrió.
—Eso es un chotacabras, ¿no? El tono es perfecto.
—Sí, no me ha quedado mal.
Marten carraspeó.
—Lástima, porque el chotacabras es de hábitos nocturnos.—Hizo una mueca de disculpa—. Si silbaras con eso cada vez que quisieras que viniera a ver algo, a cualquiera que entienda un poco de bosques le llamaría la atención.
—¡Manos negras! —maldije mirando el silbato—. No se me ocurrió pensarlo,
—La idea es buena —dijo él—. Pero necesitamos un silbato que imite el canto de un pájaro

diurno. Quizá un flautillo dorado. —Silbó dos notas—. Es bastante fácil. ;
—Esta noche tallaré otro silbato —dije, y me agaché para recoger una ramita del suelo. La partí y le di una mitad a Marten—. De momento, si quiero hacerte alguna señal, utilizaré esto.
Marten se quedó mirando la ramita sin comprender.
—Pero ¿cómo? No lo entiendo.
—Cuando necesitemos tu opinión sobre algo que hayamos encontrado, haré esto. —Me concentré, murmuré un vínculo y moví mi trozo de ramita.Marten dio un bote que lo desplazó más de un metro y soltó la ramita. Hay que reconocer que no se le escapó ningún grito.
—¡Por los diez infiernos! ¿Qué es esto? —dijo entre dientes retorciéndose la mano.
Su reacción me había asustado, y el corazón me latía muy deprisa.
—Perdóname, Marten. Solo es un poco de simpatía. —Vi que fruncía las cejas y cambié de táctica—. Un poco de magia. Es como un trozo de cuerda mágica que utilizo para atar dos cosas.
Elxa Dal se habría atragantado si hubiera oído esa descripción, pero seguí adelante.
—Puedo atar estas dos mitades, y así, si muevo la mía... —Me acerqué a la ramita que Marten había tirado al suelo. Levanté mi mitad y la de Marten se elevó flotando.
Mi exhibición surtió el efecto deseado: las dos ramitas moviéndose a la vez parecían una triste y rudimentaria marioneta. Aquello no podía asustarle a nadie.
—Es como una cuerda invisible, solo que no se enreda ni se engancha con nada.
—Pero ¿me empujará muy fuerte? —me preguntó con recelo—. No quiero que me tire de un árbol mientras estoy explorando.
—Piensa que soy yo el que está en el otro extremo de la cuerda —dije—. Solo la moveré un poco, como el flotador de un sedal.
Marten dejó de retorcerse la mano y se relajó un poco.
—Es que me ha asustado —dijo.
—Ha sido culpa mía —admití—. Debí avisarte. —Recogí la ramita y se la di a Marten con deliberada tranquilidad. Como si no fuera más que una ramita normal y corriente. De hecho, no era más que una ramita normal y corriente, pero Marten necesitaba estar seguro. Como dijo Teccam, no hay nada en el mundo más difícil que convencer a alguien de una verdad desconocida.
Marten nos enseñó a detectar cuándo se habían tocado las hojas, a fijarnos en las piedras por las que se había cruzado, a distinguir el musgo o los liqúenes que se hubieran pisado. El viejo cazador resultó un maestro excelente. No hacía alarde de sus conocimientos, nos dejaba hablar y no le molestaba que le hiciéramos preguntas. Ni siquiera lo ponían nervioso las dificultades de Tempi con el idioma.
Aun así, tardamos horas. Medio día. Entonces, cuando yo creía que por fin habíamos terminado, Marten nos hizo dar media vuelta y empezó a guiarnos hacia el campamento.
—Por aquí ya hemos pasado —dije—. Si vamos a practicar, hagámoslo en la dirección correcta.
Marten no me hizo caso y siguió caminando.
—Decidme qué veis.
Veinte pasos más allá, Tempi señaló y dijo;
—Musgo. Mi pie. Yo camino.
Entonces lo comprendí, y empecé a ver todas las marcas que Tempi y yo habíamos dejado. Durante tres horas, Marten nos humilló acompañándonos entre los árboles y mostrándonos todo lo que delataba nuestro paso por allí: una rozadura en los liqúenes de la corteza de un árbol, un trozo de guijarro partido, la decoloración de unas agujas de pino a las que habíamos dado la vuelta.

Lo peor fueron media docena de hojas de un verde intenso esparcidas por el suelo, formando un semicírculo. Marten arqueó una ceja, y me ruboricé. Las había arrancado yo de un arbusto cercano y había ido tirándolas al suelo distraídamente mientras escuchaba a Marten.

—Pensad dos veces y pisad con cuidado —dijo Marten—. Y no os perdáis de vista el uno al otro. Estamos jugando a un juego peligroso.

Entonces Marten nos enseñó a borrar nuestras huellas. Enseguida comprendimos que un rastro mal disimulado podía ser mucho más evidente que el rastro que sencillamente hubieras dejado. Durante las dos horas siguientes aprendimos a ocultar nuestros errores y a detectar los errores que otros habían intentado ocultar.

Y entonces sí, cuando la tarde empezaba a ceder ante la noche, Tempi y yo comenzamos a explorar aquella franja de bosque, más extensa que muchas baronías. Caminábamos juntos, zigzagueando, buscando señales que hubieran dejado los bandidos.

Pensé en los largos días que nos esperaban. Yo creía que registrar el Archivo había sido tedioso. Pero buscar una ramita rota en aquel bosque hacía que buscar el esquema del gram pareciera tan fácil como ir a la panadería a comprar un panecillo.

En el Archivo yo tenía la oportunidad de hacer descubrimientos por accidente. En el Archivo tenía a mis amigos: conversación, bromas, afecto. Miré de reojo a Tempi y me di cuenta de que podía contar las palabras que había pronunciado ese día: veinticuatro; y las ve-ces que me había mirado a los ojos: tres. ¿Cuánto podía durar aquello? ¿Diez días? ¿Veinte? Tehlu misericordioso, ¿sería capaz de pasarme un mes allí sin volverme loco?

Con pensamientos como esos, es lógico que cuando vi un trozo de corteza desprendida del tronco de un árbol y una mata de hierba inclinada en una dirección extraña sintiera una oleada de alivio.

Como no quería hacerme ilusiones, se lo mostré a Tempi y le pregunté: «¿Tú ves algo?». El asintió, se tocó el cuello de la camisa y señaló la mata de hierba que yo le indicaba. Entonces me mostró una raíz desenterrada en la que yo no me había fijado.

Loco de emoción, saqué la ramita de roble y le hice una señal a Marten. La moví muy suavemente, pues no quería que volviera a darle otro ataque de pánico.

Marten solo tardó dos minutos en salir de entre los árboles, pero en ese tiempo yo ya había trazado tres planes para seguir y matar a los bandidos, compuesto cinco soliloquios de disculpa para Denna y decidido que, cuando volviera a Severen, donaría dinero a la iglesia tehlina como agradecimiento por aquel milagro tangible.

Esperaba que a Marten le hubiera molestado que lo hubiéramos llamado tan pronto. Pero cuando llegó a nuestro lado, su expresión era muy serena.

Señalé la hierba, la corteza y la raíz.

—La raíz la ha visto Tempi —dije reconociéndole el mérito.

—Muy bien —dijo Marten con seriedad—. Bien hecho. También ^ hay una rama doblada ahí arriba. —Señaló unos pasos más allá, hacia la derecha.

Me volví hacia la dirección que parecía indicar el rastro.

—Por lo visto están hacia el norte —dije—. Más lejos del camino. ¿Quieres que sigamos explorando un poco o prefieres esperar hasta mañana para que estemos más descansados?

—Por Dios, chico —Marten entrecerraba los ojos—, estas no son señales verdaderas. Son demasiado evidentes, están demasiado juntas. —Se quedó mirándome—. Las he dejado yo. Necesitaba asegurarme de que no ibais a relajaros en cuanto llevarais unos minutos buscando.

Mi euforia descendió de golpe desde algún lugar de mi pecho y aterrizó alrededor de mis pies, rompiéndose como un tarro de cristal que se cae de un estante alto. La cara que puse debía de dar pena, porque Marten se disculpó con una sonrisa.

—Lo siento. Debí decíroslo. Seguiré haciéndolo de vez en cuando todos los días. Es la única

forma de permanecer alerta. No es la primera vez que busco una aguja en un pajar, ¿sabes?
La tercera vez que llamamos a Marten, nos propuso hacer una apuesta. Tempi y yo ganaríamos medio penique por cada señal que encontráramos, y él ganaría un sueldo de plata por cada señal que nosotros no detectáramos. Acepté de buen grado. Eso nos ayudaría a mantenernos alerta, y además, una apuesta de cinco contra uno parecía bastante generosa.
Eso hizo que el final de la tarde transcurriera deprisa. A Tempi y a mí se nos pasaron por alto varias señales: un tronco movido de sitio, unas hojas esparcidas y una telaraña rota. La telaraña me pareció una injusticia, pero aun así, cuando volvimos al campamento esa noche, Tempi y yo llevábamos dos peniques de ventaja.
Durante la cena, Marten nos contó la historia del hijo de una joven viuda que se había ido a buscar fortuna. Un calderero le vendió unas botas mágicas que le ayudaron a rescatar a una princesa de una torre perdida en las montañas.
Dedan asentía con la cabeza mientras comía, y sonreía como si ya hubiera oído aquella historia. Hespe reía en unas partes y daba gritos ahogados en otras: era la espectadora perfecta. Tempi estaba completamente inmóvil, con las manos recogidas sobre el regazo, y no mostraban aquel nerviosismo al que yo ya me había acostumbrado. Permaneció así hasta que Marten terminó de contar la historia, escuchando atentamente mientras se le enfriaba la cena.
Era una buena historia. Había un gigante hambriento y un acertijo. Pero el hijo de la viuda era listo, y rescataba a la princesa y se casaba con ella. Era una historia que yo ya conocía, y oírla me recordó tiempos lejanos, cuando yo tenía un hogar y una familia.

80 Cadencia

Al día siguiente, Marten salió con Hespe y Dedan; Tempi y yo nos quedamos vigilando el campamento.
Como no tenía nada que hacer para distraerme, empecé a buscar leña. Luego recogí algunas hierbas útiles que encontré entre la maleza y fui por agua a un manantial cercano. Entonces me entretuve vaciando, seleccionando y reordenando todo el contenido de mi macuto.
Tempi desmontó su espada y limpió y engrasó meticulosamente todas las piezas. No parecía aburrido, pero la verdad es que nunca parecía nada.
A mediodía, yo ya estaba muerto de aburrimiento. Habría leído, pero no me había llevado ningún libro. Le habría cosido bolsillos a mi raída capa, pero no tenía tela. Habría tocado el laúd, pero un laúd ” de artista de troupe está pensado para llenar de música una ruidosa taberna. Allí, su sonido habría recorrido kilómetros.
Habría charlado con Tempi, pero intentar mantener una conversación con él era como jugar a lanzar y devolver la pelota con un pozo.
Aun así, esa parecía ser mi única opción. Me acerqué a donde estaba Tempi. Había terminado de limpiar la espada y estaba haciendo pequeños ajustes en el puño de cuero.
—Tempi...
Tempi dejó la espada en el suelo y se levantó. Se quedó muy cerca de mí, a una distancia de apenas veinte centímetros que resultaba un poco incómoda. Entonces vaciló y frunció el ceño. No era un ceño muy marcado, sino solo un adelgazamiento de los labios y la aparición de una fina arruga entre sus cejas; pero en la cara de Tempi, que normalmente era como una hoja en blanco, destacaba como una palabra escrita con tinta roja.
Dio dos pasos atrás; entonces miró el trozo de suelo que nos separaba y se acercó un poco.
De pronto lo comprendí.
—¿A qué distancia se ponen los Adem para hablar, Tempi?
Tempi me miró un momento con gesto inexpresivo y luego soltó una carcajada. Sus labios dibujaron una tímida sonrisa, y de pronto pareció muy joven. La sonrisa desapareció rápidamente de sus labios, pero no de sus ojos.
—Listo. Sí. Diferente para Adem. Para ti, cerca. —Se acercó mucho a mí, y luego volvió a retroceder.

—¿Para mí? —pregunté—. ¿Es diferente para diferentes personas? —Sí.

—¿Qué distancia para Dedan?
Tempi movió las manos.
—Complicado.
Noté que se avivaba mi curiosidad.
—¿Quieres enseñarme estas cosas, Tempi? ¿Quieres enseñarme tu idioma?
—Sí —me contestó. Y aunque no se reflejara en su cara, detecté un enorme alivio en su voz —. Sí. Por favor. Sí.
Aquella tarde aprendí una serie de palabras en adémico, sueltas y completamente inútiles. La gramática seguía siendo un misterio, pero el aprendizaje de un idioma siempre empieza así. Por suerte, las lenguas son como instrumentos musicales: cuantos más conoces, más fácil es aprender otros. El adémico era mi cuarta lengua.
Nuestro principal problema era que el atur de Tempi no era muy bueno, de modo que nos

faltaba terreno común. Así que dibujábamos en el suelo, apuntábamos y gesticulábamos. En ocasiones, cuando los simples gestos no bastaban, acabábamos realizando algo parecido a la pantomima para explicarnos. Resultó más entretenido de lo que yo esperaba.
Ese primer día solo encontramos un escollo. Ya había aprendido una docena de palabras y se me había ocurrido otra que podía ser útil. Apreté el puño e hice como si fuera a golpear a Tempi.
—Freaht—dijo él.
—Freaht—repetí.
Negó con la cabeza.
—No. Freaht.—Freaht —dije poniendo más cuidado.
_ —No —dijo con firmeza—. Freaht es... —Me enseñó los dientes y
movió la mandíbula como si mordiera algo—. Freaht. —Se golpeó la palma de la mano con el puño.
—Freaht—insistí.
—No. —Me sorprendió el tono prepotente de su voz—. Freaht.
Me acaloré.
—Es lo que estoy diciendo. ¡Freaht! ¡Freaht! ¡Fre...!
Tempi estiró un brazo y me dio un cachete en un lado de la cabeza con la palma de la mano. Igual que el que le había dado a Dedan dos noches atrás; igual que los que me daba mi padre cuando alborotaba en público. No lo bastante fuerte para hacerme daño, pero sí para asustarme. Hacía años que nadie me daba un cachete así.
Aunque lo más asombroso fue que ni lo vi. El movimiento fue fluido y perezoso, y más rápido que el chasquido de los dedos. No me pareció que Tempi lo considerara insultante. Solo lo había hecho para atraer mi atención.
Se levantó el pelo rubio rojizo y se señaló la oreja.
—Oye —dijo con firmeza—. Freaht. —Volvió a enseñarme los dientes y hacer como si mordiera—. Freaht. —Levantó el puño—. Freaht. Freaht.
Y lo oí. No era el sonido de la palabra en sí, sino la cadencia de la palabra.
—¿Freaht?—dije.
Tempi se dignó sonreír. Una sonrisa mínima, algo muy raro en él.
—Sí. Bien.
Entonces tuve que volver a aprender todas las palabras, fijándome en su ritmo. Hasta ese momento no lo había oído, y me había limitado a imitarlo. Poco a poco, descubría que cada palabra podía tener varios significados según la cadencia del sonido que las componía.
Aprendí las frases imprescindibles: «¿Qué significa eso?» y «Explícamelo más despacio», además de un par de docenas de palabras. Pelear. Mirar. Espada. Mano. Baile. El número de mímica que tuve que hacer para que Tempi entendiera «baile» nos hizo reír a los dos.
Era fascinante. Las diferentes cadencias de cada palabra hacían que la propia lengua tuviera una especie de música. No pude evitar preguntarme...
—¿Cómo son vuestras canciones, Tempi? —Me miró un momento sin comprender, y pensé que quizá no hubiera entendido una pregunta tan abstracta—. ¿Podrías cantarme una canción adem?
—¿Qué es canción? —me preguntó. En la última hora, Tempi había aprendido el doble de palabras que yo.
Carraspeé y canté:
La pequeña Jenny un paseo con el viento fue a dar.
A un guapo muchacho que la hiciera sonreír quería buscar.
Un sombrero con pluma en el pelo, un silbido entre los labios.
La boca húmeda y dulce como la miel, la lengua afilada como garfios.
Mientras yo cantaba, Tempi fue abriendo los ojos más y más. Al final estaba boquiabierto.

—¿Tú? —lo animé señalándole el pecho—. ¿Puedes cantarme una canción adem?
Se puso muy colorado, y en su cara se reflejaron una docena de emociones que Tempi no hizo nada por disimular ni controlar: asombro, horror, vergüenza, conmoción, repugnancia. Se levantó, se alejó de mí y dijo algo en adámico, demasiado deprisa para que yo lo entendiera. Fue como si le hubiera pedido que se desnudara y bailase para mí.
—No —dijo cuando se hubo serenado un poco. Volvió a adoptar un gesto imperturbable, pero todavía estaba muy colorado—. No. —Agachó la cabeza, se tocó el pecho y sacudió la cabeza—. No canción. No canción adem.
Me levánté también, sin saber en qué me había equivocado.
—Lo siento, Tempi.
Tempi meneó la cabeza.
—No. No lo sientas. —Inspiró hondo y sacudió la cabeza al mismo tiempo que se daba la vuelta y se alejaba de mí—. Complicado.

81 La celosa luna

Esa noche, Marten mató tres gruesos conejos. Yo desenterré unas raíces y recogí unas cuantas hierbas, y antes de ponerse el sol estábamos los cinco sentados ante una cena estupenda, rematada por dos grandes hogazas de pan recién hecho, mantequilla y un queso de textura quebradiza y tan local que ni siquiera tenía un nombre concreto. Estábamos de buen humor tras un día de buen tiempo, y mientras cenábamos volvieron a salir las historias.

Hespe nos contó un cuento asombrosamente romántico de una reina que se había enamorado de un criado. Nos la contó con delicado apasionamiento. Y si bien su dicción no revelaba un corazón enternecido, sí lo hacían las miradas que le lanzaba a Dedan mientras hablaba del enamoramiento de la reina.

Sin embargo, Dedan no veía las señales del amor de Hespe. Y con un delirio que raras veces he visto igualar, empezó a contar una historia que había oído en la posada La Buena Blanca. Una historia sobre Felurian.

—El chico que me contó esto debía de tener la edad de aquí Kvothe —dijo Dedan—. Y si le hubierais oído hablar, habríais comprendido que no era de los capaces de inventarse un cuento así. —El mercenario se dio unos golpecitos en la sien—. Pero escuchad y juzgad vosotros mismos si vale la pena creérsela.

Como ya os he contado, Dedan tenía labia, y era de ingenio agudo cuando le daba la gana utilizarlo. Por desgracia, aquella fue una de las ocasiones en que le funcionó la lengua pero no la cabeza.

—Desde tiempos inmemoriales, los hombres han desconfiado de estos bosques. No por miedo a los malhechores, ni a perderse en ellos. —Sacudió la cabeza—. No. Dicen que los seres feéricos habitan aquí.

«Duendes maliciosos de pezuñas hendidas que bailan en las noches de luna llena. Seres de largos dedos que roban recién nacidos de las cunas. Son muchas las mujeres, jóvenes y ancianas, que dejan pan y leche junto a la puerta de su casa por la noche. Y son muchos los hombres que se aseguran de construir su casa con todas las puertas en hilera.

»Hay quien los llama supersticiosos, pero ellos saben la verdad. Lo más sensato es evitar a los Fata, pero cuando eso no es posible, lo mejor es estar en buenas relaciones con ellos.

»Esta es la historia de Felurian. La Dama del Crepúsculo. La Dama del Primer Silencio. Felurian, que significa la muerte para los hombres. Pero una muerte fausta, a la que se dirigen con gusto.

Tempi inspiró hondo. Apenas se movió un poco, pero me llamó la atención, porque seguía con su costumbre de permanecer completamente quieto cuando contábamos historias por la noche. Aquello sí lo entendía yo: que guardara silencio, que prestara atención.

—Felurian —preguntó Tempi—. La muerte para los hombres. ¿Es...? —Hizo una pausa—. ¿Es sentirií —Levantó ambas manos delante del cuerpo e hizo como si agarrara algo. Nos miró, expectante. Entonces, al ver que no lo entendíamos, tocó la espada que tenía a su lado en el suelo.

Lo entendí.

—No —dije—. No es una Adem.

Tempi negó con la cabeza y señaló el arco de Marten.

—No. No es una luchadora. Ella... —No terminé la frase, porque no sabía qué decir para explicarle cómo mataba Felurian a los hombres, sobre todo si no teníamos más remedio que recurrir a la mímica. Desesperado, miré a Dedan en busca de ayuda.

Dedan no vaciló.
—Sexo —dijo con franqueza—. ¿Sabes qué es el sexo?
Tempi parpadeó varias veces; entonces echó la cabeza hacia atrás y rió. Dedan, sorprendido, no supo si debía ofenderse o no. Al cabo de un momento Tempi recobró el aliento.
—Sí —se limitó a decir—. Sí, sé qué es el sexo.
—Pues así es como mata a los hombres —dijo Dedan con una sonrisa.
Al principio Tempi parecía más imperturbable que nunca, pero entonces, poco a poco, el horror fue extendiéndose por su cara. No, no era horror. Eran asco y repulsión, agravados por el hecho de que normalmente su rostro no expresaba nada. Con una mano hizo varios gestos extraños junto al costado.
—¿Cómo? —preguntó con voz estrangulada.
Dedan fue a decir algo, pero se interrumpió. Entonces empezó a hacer un gesto, pero también paró, y miró con timidez a Hespe.
Hespe rió con su risa gutural y se volvió hacia Tempi. Pensó un momento, y entonces hizo como si abrazara a alguien y lo besara. Luego empezó a golpearse el pecho rítmicamente, representando los latidos del corazón. Aumentó el ritmo cada vez más, y de pronto paró, cerró la mano y abrió mucho los ojos. Tensó todo el cuerpo, y luego se quedó plácida, con la cabeza colgando hacia un lado.
Dedan rió y aplaudió su actuación.
—Eso es. Pero a veces... —se dio unos golpecitos en la sien; luego chasqueó los dedos, se puso bizco y sacó la lengua— loco.
Tempi se relajó.
—Ah —dijo, claramente aliviado—. Bueno. Sí.
Dedan asintió con la cabeza y reanudó su historia.
—Muy bien. Felurian. El deseo más vano de todo hombre. Una belleza sin parangón. — Pensando en Tempi, hizo un gesto como si cepillara una larga cabellera—. Hace veinte años, el padre y el tío de ese chico salieron a cazar a este mismo bosque a la puesta de sol. Se entretuvieron más de lo debido, y luego decidieron volver a casa atravesando la espesura en línea recta en lugar de por el camino como habría hecho cualquier persona sensata.
»No habían andado mucho cuando oyeron un canto a lo lejos. Fueron hacia allí creyendo que estaban cerca del camino, pero de " pronto se encontraron al borde de un pequeño claro. Y allí estaba Felurian cantando en voz baja:

> Cae-Lanion Luhial di mari Felanua Kreata Tu ciar tu alaran di Dirella. Amanen.
> Loesi an delan tu nia vor ruhlan Felurian thae.

Me estremecí al oír aquella canción, pese a que Dedan cantaba muy mal. La melodía era inquietante, cautivadora y extraña. Tampoco reconocí el idioma. Ni una sola palabra.
Dedan asintió con la cabeza al observar mi reacción.—Esa canción es, por encima de todo lo demás, lo que da credibilidad a la historia del chico. No entiendo ni una sola palabra, pero se me quedó grabada en la memoria a pesar de que él solo la cantó una vez.
»Pues bien, los dos hermanos se acurrucaron al borde del claro.
Y gracias a la luna pudieron ver que era mediodía en lugar de medianoche. Felurian estaba en cueros; aunque el pelo le llegaba casi hasta la cintura, era evidente que estaba desnuda como la luna.
Siempre me han gustado las historias sobre Felurian, pero cuando miré a Hespe, mi interés se enfrió un tanto. Hespe observaba a Dedan con los ojos entornados.
Dedan no se dio cuenta.
—Era alta y tenía las piernas largas y esbeltas, la cintura estrecha y las caderas

redondeadas como si suplicaran una caricia. Su vientre era liso y perfecto, como un trozo impecable de corteza de abedul, y el hoyuelo de su ombligo parecía hecho para besarlo.
A esas alturas, los ojos de Hespe se habían reducido a dos peligrosas rendijas. Pero más reveladora aún era su boca, que había formado una línea recta y delgada. Voy a daros un consejo: si alguna vez veis esas señales en el rostro de una mujer, callad de inmediato y sentaos sobre las manos. Quizá con eso no logréis arreglar las cosas, pero al menos impediréis que empeoren.
Dedan continuó, por desgracia, y sus gruesas manos siguieron revoloteando a la luz del fuego.
—Sus pechos eran grandes y redondos, como melocotones que esperan que los arranquen del árbol. Ni siquiera la celosa luna, que roba el color de todas las cosas, podía esconder el sonrosado…
Hespe hizo un ruido de disgusto y se levantó.
—Bueno, pues me voy —dijo. Su voz destilaba una frialdad que ni siquiera a Dedan pudo pasársele por alto.
—¿Cómo?—La miró; todavía tenía las manos ahuecadas y levantadas frente al cuerpo, paralizadas en el acto de sostener unos senos imaginarios.
Hespe se marchó indignada, murmurando por lo bajo.
Dedan dejó caer bruscamente las manos sobre el regazo. En lo que se tarda en respirar una vez, su expresión pasó de la confusión a la ofensa y de la ofensa al enojo. Al cabo de un segundo, se levantó sacudiéndose bruscamente trocitos de hoja y ramitas de los pantalones y mascullando. Recogió sus mantas y fue hacia el otro extremo de nuestro pequeño claro.
_ ¿Acaba con los dos hermanos persiguiendo a Felurian, y con el
padre del chico quedándose rezagado? —pregunté.
Dedan giró la cabeza y me miró.
—Ah, ¿ya la habías oído? Pues si no te interesaba, podrías haberme…
—Solo te lo pregunto —me apresuré a decir—. Me fastidia mucho no oír el final de una historia.
—El padre metió el pie en una madriguera de conejos —resumió Dedan—. Se torció un tobillo. Al tío no volvieron a verlo. —Se alejó del círculo de la luz de la hoguera con gesto sombrío.
Miré, suplicante, a Marten, pero él negó con la cabeza.
—No —dijo con voz suave—. No quiero meterme. Por nada del mundo. Intentar ayudar ahora sería como intentar apagar el fuego con las manos: sumamente doloroso, y no serviría de nada.
Tempi empezó a prepararse la cama. Marten hizo un movimiento circular con un dedo y me miró, interrogante, preguntándome si quería la primera guardia. Asentí con la cabeza, y él recogió sus mantas y dijo:
—Por muy atractiva que parezca una cosa, tienes que valorar los riesgos que corres. Cuánto lo deseas, cuánto estás dispuesto a quemarte.
Esparcí los troncos de la hoguera para apagarla y al poco rato la profunda oscuridad de la noche se apoderó del claro. Me tumbé boca arriba, contemplando las estrellas, y me puse a pensar en Denna.

82 Bárbaros

Al día siguiente, Tempi y yo trasladamos el campamento mientras Dedan y Hespe iban a Crosson a buscar provisiones. Marten encontró un terreno aislado y llano cerca de un riachuelo. Entonces lo recogimos y trasladamos todo, cavamos el excusado, preparamos el hoyo de la hoguera y empezamos a organizado todo.
Tempi se mostraba dispuesto a hablar mientras trabajábamos, pero yo estaba intranquilo. Ya lo había ofendido preguntándole acerca del Lethani, y sabía que debía evitar ese tema. Pero si Tempi se molestaba por una sencilla pregunta sobre canciones, ¿cómo podía yo saber qué cosas podían ofenderlo?
Su gesto inexpresivo y su negativa a establecer contacto visual eran los problemas principales. ¿Cómo podía yo mantener una conversación inteligente con una persona si no tenía ni idea de cómo se sentía? Era como tratar de andar con los ojos vendados por una casa que no conocías.
Decidí tomar el camino más seguro y limitarme a preguntarle más palabras mientras trabajábamos. Sobre todo nombres de objetos, porque ambos teníamos las manos ocupadas y no podíamos recurrir a la mímica.
Lo mejor era que Tempi practicaba su atur mientras yo iba ampliando mi vocabulario adémico. Me fijé en que cuantos más errores cometía yo en su lengua, más cómodo se sentía él en sus intentos de expresarse.
Eso significaba que yo cometía muchos errores. De hecho, a veces mi torpeza obligaba a Tempi a explicarse varias veces de diferentes maneras. Todas en atur, por supuesto.
Hacia mediodía terminamos de montar el campamento. Marten se marchó a cazar y Tempi se desperezó y empezó a realizar su lentadanza. Lo hizo dos veces seguidas, y empecé a sospechar que él también se aburría. Cuando terminó, estaba cubierto de sudor y me dijo que iba a bañarse.
Como me había quedado solo en el campamento, derretí las velas que me había vendido el calderero y modelé dos pequeños simulacros de cera. Llevaba días queriendo ponerme manos a la obra, pero incluso en la Universidad fabricar un fetiche se consideraba comportamiento censurable. Allí, en Vintas... Solo diré que me pareció oportuno hacerlo con discreción.
No me esmeré mucho. El sebo no es tan fácil de trabajar como la cera simpática, pero hasta el fetiche más rudimentario puede ser un objeto devastador. Una vez que los hube guardado en mi macuto, me sentí mucho más preparado.
Estaba limpiándome los restos de sebo de los dedos cuando Tempi regresó de su baño, desnudo como un recién nacido. Mis años de experiencia teatral me permitieron mantener una expresión serena, pero me costó trabajo.
Tras tender la ropa mojada en una rama cercana para que se secara, Tempi vino hacia mí sin dar la más leve muestra de vergüenza o pudor.
Tendió la mano derecha, con el índice y el pulgar apretados.
—¿Qué es esto? —Separó un poco los dedos para que yo pudiera ver.
Me acerqué, contento de tener algo en que centrar mi atención.
—Eso es una garrapata.
A tan escasa distancia, fue inevitable que volviera a fijarme en sus cicatrices, unas débiles líneas que le cubrían los brazos y el torso. Las horas que había pasado en la Clínica me habían enseñado a interpretar las cicatrices, y aquellas no eran las marcas anchas, fruncidas y rosadas propias de heridas profundas que hubieran atravesado las tres capas de

piel, grasa y músculo que había debajo. No: aquellas eran heridas superficiales. Docenas de ellas. Me pregunté cuánto tiempo haría que Tempi era mercenario para tener cicatrices tan antiguas. No aparentaba mucho más de veinte años.
Tempi, ajeno a mi escrutinio, se quedó mirando aquello que tenía entre los dedos.
—Muerde. A mí. Muerde y se queda. —Su semblante no revelaba nada, como siempre, pero su tono tenía un deje de repulsión. Agitó la mano izquierda.
—¿En Ademre no hay garrapatas?
—No. —Intentó aplastar la garrapata con los dedos—. No rompe.
Con gestos le enseñé que tenía que estrujarla con las uñas, lo que él hizo con cierto entusiasmo. Entonces tiró la garrapata y volvió a donde estaba su yacija. Todavía desnudo, procedió a sacar toda su ropa y sacudirla enérgicamente.
Desvié la mirada convencido, en lo más hondo de mi corazón, de que aquel sería el momento en que Dedan y Hespe regresarían de Crosson.
Por suerte, me equivoqué. Un cuarto de hora más tarde, Tempi se puso unos pantalones secos tras someterlos a una minuciosa inspección.
Desnudo de cintura para arriba, volvió a donde yo estaba sentado.
—Odio garrapata —declaró. Al mismo tiempo hizo un movimiento brusco con la mano izquierda, como si se sacudiera unas migas de la camisa, a la altura de la cadera. Solo que no llevaba camisa, y en la piel no tenía nada que sacudirse. Es más, me di cuenta de que ya había hecho aquel gesto otras veces.
De hecho, me di cuenta de que se lo había visto hacer media docena de veces en los últimos días, aunque nunca imprimiéndole tanta energía.
De pronto me asaltó una sospecha.
—¿Qué significa esto, Tempi? —Imité el movimiento que acababa de hacer.
—Significa esto. —Arrugó la cara componiendo una exagerada expresión de asco.
Repasé mentalmente todas las veces que, en el último ciclo, había visto a Tempi agitando las manos con nerviosismo mientras hablábamos. Sentí vértigo al pensarlo.
—Tempi, ¿es todo esto…? —Me señalé la cara, y entonces sonreí, fruncí el entrecejo y puse los ojos en blanco—. ¿Todo esto se hace con las manos en adémico?
Tempi asintió al mismo tiempo que hacía un gesto con la mano.
—¡Eso! —Le señalé la mano—. ¿Qué es eso?
Tempi vaciló un momento y esbozó una sonrisa torpe y forzada.
Intenté imitarlo, separando un poco los dedos y apretando el pulgar contra la parte interior del dedo corazón.
—No —me corrigió—. Otra mano, izquierda.
—¿Por qué?
Extendió el brazo y me golpeó en el pecho, justo a la izquierda del esternón: «Tum-tum. Tum-tum». Entonces deslizó un dedo hasta mi mano izquierda. Asentí con la cabeza para indicar que lo había entendido: la mano izquierda estaba más cerca del corazón. Entonces Tempi levantó la derecha y apretó el puño.
—Esta mano es fuerte. —Levantó la izquierda—. Esta mano es lista.
Tenía sentido. Por eso la mayoría de los intérpretes de laúd ponen los acordes con la mano izquierda y rasguean las cuerdas con la derecha. La izquierda, por lo general, es más ágil.
Hice aquel signo con mi mano izquierda, separando los dedos. Tempi meneó la cabeza.
—Eso es esto. —Levantó una comisura de los labios componiendo una sonrisita de suficiencia.
Aquella expresión desentonó tanto en su cara que me quedé mirándolo perplejo. Me fijé mejor en su mano y corregí la posición de los dedos. Tempi asintió en señal de aprobación. Seguía manteniendo un semblante inexpresivo, pero por primera vez yo entendía por qué.

En las horas posteriores, aprendí que los signos de las manos adámicos no representaban exactamente las expresiones faciales. No era tan sencillo. Una sonrisa, por ejemplo, puede significar que estás divertido, feliz, agradecido o satisfecho. Puedes sonreír para consolar a alguien. Puedes sonreír porque estás contento o porque estás enamorado. Una sonrisa compungida o una sonrisa de burla no se distinguen mucho de una sonrisa de alegría, pero significan cosas muy diferentes.
Imaginad que tenéis que enseñar a alguien a sonreír. Imaginad que tenéis que explicarle qué significan las diferentes sonrisas y cuándo, exactamente, hay que utilizarlas en la conversación. Es más difícil " que aprender a andar.
De pronto, muchas cosas cobraban sentido. Claro que Tempi no quería mirarme a los ojos. Para él, no servía de nada observar el rostro de la persona con la que hablaba. Él escuchaba la voz, pero se fijaba en la mano.
Me pasé varias horas intentando aprender los principios básicos, pero era terriblemente difícil. Aprender palabras nuevas es bastante sencillo. Puedes señalar una piedra. Puedes hacer ver que corres o saltas. Pero ¿alguna vez habéis intentado representar mediante mímica la conformidad? ¿El respeto? ¿El sarcasmo? Dudo incluso que mi padre hubiera sido capaz de eso.
Por ese motivo, mis avances eran lentos y frustrantes, pero por otra parte estaba fascinado. Era como si de pronto hubieran puesto a mi alcance una segunda lengua.
Además, aquel lenguaje era más o menos secreto. Y yo siempre he sentido debilidad por los secretos.Tardé tres horas en aprender un puñado de signos. Mis progresos eran lentos como un caracol, pero cuando por fin aprendí a decir «atenuar» con las manos, sentí un orgullo apenas descriptible.
Creo que Tempi sintió lo mismo que yo.
—Bien —dijo al mismo tiempo que aplanaba una mano indicando, si no me equivocaba, aprobación. Hizo rodar los hombros, se levantó y se desperezó. Miró al sol a través de las ramas de los árboles—. ¿Comida ahora?
—Pronto. —Me quedaba una pregunta por hacerle—. Tempi, ¿para qué tanto trabajo? —pregunté—. Sonreír es fácil. ¿Para qué sonreír con las manos?
—Con manos también es fácil. Mejor. Más... —Hizo una versión ligeramente modificada del gesto de sacudirse la camisa que había hecho antes. No era asco; ¿irritación?—. ¿Cómo se dice gente viviendo junta? Caminos. Cosas buenas. —Se pasó el pulgar por la clavícula, ¿frustración}—. ¿Cómo se llama vivir bien juntos? Nadie caga en el pozo.
Me reí.
—¿Civilización?
Tempi asintió y separó los dedos: diversión.
—Sí —dijo—. Hablar con manos es civilización.
—Pero sonreír es natural —argumenté—. Todo el mundo sonríe.
—Natural no es civilización —replicó Tempi—. Cocinar carne es civilización. Limpiar mal olor es civilización.
—¿Y en Ademre siempre sonríes con las manos? —Me habría gustado conocer el signo para expresar «consternación».
—No. Sonreír con cara bien con la familia. Bien con algún amigo.
—¿Por qué solo con la familia?
Tempi repitió el gesto de tocarse la clavícula con el pulgar.
—Cuando haces esto... —Infló una mejilla y se la apretó con la palma de la mano imitando una fuerte flatulencia—. Esto es natural, pero no lo haces cerca otras personas. Grosero. Con familia... —encogió los hombros, diversión— civilización no importante. Más natural con familia.
—¿Y la risa? —pregunté—. Te he visto reír. —Imité una carcajada para que supiera a qué me

refería.
—La risa es. —Encogió los hombros.
Esperé un momento, pero Tempi no parecía dispuesto a continuar. Volví a intentarlo.
—¿Por qué no se usan las manos para reír?
Tempi sacudió la cabeza.
—No. Risa es diferente. —Se acercó a mí y me golpeó con dos dedos eri el pecho, sobre el corazón—. ¿Sonrisa? —Deslizó un dedo por mi brazo izquierdo—. ¿Enfadado? —Volvió a darme unos golpecitos sobre el corazón. Puso cara de asustado, de confundido, y frunció los labios haciendo pucheros. Cada vez me daba los golpecitos en el pecho—. ¿pero risa? —Me puso la palma de la mano sobre el estómago—. Aquí vive risa. —Deslizó el dedo hacia arriba, hasta mi boca, y extendió todos los dedos de la mano—n Contener risa no es bueno. No sano.
—¿Llorar también? —pregunté. Tracé una lágrima imaginaria por mi mejilla con un dedo.
—Llorar también. —Se puso las manos sobre el vientre—. Ja, ja, ja —dijo presionando con la mano para mostrarme el movimiento de su estómago. Entonces adoptó una expresión triste —. Uh, uh, uh i—dijo imitando unos exagerados sollozos, y volvió a presionarse el estómago —. Mismo sitio. No es sano contener.
Asentí con la cabeza y traté de imaginar lo que debía de sentir Tempi, rodeado de personas demasiado groseras para reservarse sus propias expresiones. Personas cuyas manos hacían constantemente signos sin sentido.
—Debe de ser muy difícil para ti, aquí.
—No tan difícil. —Atenuar—. Cuando me marcho de Ademre, sé esto. No civilización. Bárbaros son groseros.
—¿Bárbaros?
Abrió un brazo, abarcando nuestro claro, el bosque, toda Vintas.
—Aquí todos como perros. —Compuso una expresión de rabia exagerada y grotesca; enseñaba los dientes, gruñía y hacía girar los ojos—. Solo sabéis esto.
Encogió los hombros con resignación, como dando a entender que no nos lo reprochaba.
—¿Y los niños? —pregunté—. Los niños sonríen antes de hablar. ¿Eso está mal?
—Todos los niños bárbaros —dijo Tempi sacudiendo la cabeza—. Todos sonríen con cara. Todos los niños groseros. Pero crecen. Observan. Aprenden. —Hizo una pausa y se quedó pensativo, escogiendo sus palabras—. Bárbaros no tienen mujer que enseña civilización. Bárbaros no pueden aprender.
Me di cuenta de que no lo decía con ánimo de ofender, pero hizo que me decidiera aún más a aprender los detalles del lenguaje de signos de los Adem.
Tempi se levantó y empezó a calentar con una serie de estiramientos parecidos a los que había visto utilizar a los acróbatas de mi troupe cuando era pequeño. Después de unos quince minutos de estirarse así y asá, inició su lenta pantomima. Entonces yo no lo sabía, pero se llamaba el Ketan.
Molesto todavía por el comentario de Tempi de que los bárbaros no podían aprender, decidí imitarlo. Al fin y al cabo, no tenía nada mejor que hacer.
Mientras intentaba copiar sus movimientos, me di cuenta de lo endiabladamente complejos que eran: había que mantener las manos ligeramente ahuecadas, y los pies correctamente colocados. Pese a que Tempi se movía con una lentitud casi geológica, me resultó imposible imitar su elegancia. Tempi no paró ni me miró ni una vez. No me ofreció ni una sola palabra de ánimo, ni un solo consejo.
Era agotador, y cuando terminamos me alegré. Entonces encendí el fuego y monté un trébede. Sin decir nada, Tempi cogió una salchicha y unas patatas que empezó a pelar con cuidado con su espada.
Eso me sorprendió, pues Tempi mimaba su espada tanto como yo mi laúd. En una ocasión,

Dedan la había cogido, y el Adem había reaccionado con una exaltación asombrosa, casi dramática. Dramática para Tempi, claro. Había pronunciado dos frases seguidas y había fruncido un poco el ceño.

Tempi vio que lo miraba y ladeó la cabeza, intrigado.

—¿La espada? —pregunté señalándola—. ¿Para cortar las patatas?

Tempi miró la patata a medio pelar que tenía en una mano, y la espada que sujetaba con la otra.

—Es afilada. —Encogió los hombros—. Es limpia.

Me encogí también de hombros, pues no quería insistir. Mientras trabajábamos juntos, aprendí a decir hierro, nudo, hoja, chispa y sal.

Mientras esperábamos a que hirviera el agua, Tempi se levantó, se sacudió y empezó a calentar de nuevo. Volví a imitarlo, y esa vez me costó aún más. Tenía los músculos de los brazos y las piernas flojos y temblorosos del esfuerzo de la vez anterior. Hacia el final tuve que contener los temblores, pero recogí unos cuantos secretos más.

Tempi siguió ignorándome, pero eso no me importó. Siempre me han atraído los retos.

83 Falta de visión

Y encerraron a Táborlin bajo tierra —dijo Marten—. Lo dejaron allí sin nada más que la ropa que llevaba puesta y un cabo de vela que ardía con luz parpadeante para combatir la oscuridad.
»La intención del rey-hechicero era dejar a Táborlin encerrado hasta que el hambre y la sed debilitaran su fuerza de voluntad. Scyphus sabía que si Táborlin juraba ayudarlo, el mago cumpliría su promesa, porque Táborlin jamás faltaba a su palabra.
»Lo peor era que Scyphus le había quitado a Táborlin el bastón y la espada, y sin ellos su poder estaba muy mermado. Hasta le había quitado la capa de ningún color, pero Tábor... gggrrr. Pero... aaaj. Hespe, ¿puedes acercarme el odre?
Hespe le lanzó el odre de agua, y Marten dio un largo trago.
—Así está mucho mejor. —Carraspeó—. ¿Por dónde iba?
Llevábamos doce días en el Eld, y ya habíamos adoptado una rutina. Marten había modificado los términos de nuestra apuesta de acuerdo con nuestra creciente habilidad. Primero la subió a diez contra uno, y luego a quince contra uno, que era el mismo acuerdo a que había llegado con Dedan y Hespe.
Mi comprensión del lenguaje de signos adémico iba mejorando, y a raíz de eso Tempi se estaba convirtiendo en algo más que una hoja en blanco. A medida que yo aprendía a leer su lenguaje corporal, poco a poco su personalidad iba adquiriendo matices.
Era atento y considerado. Dedan le irritaba. Le encantaban las bromas, aunque muchas de las mías no le hacían ni pizca de gracia, y las que intentaba hacer él no tenían ningún sentido una vez traducidas.
Eso no significa que nuestra relación fuera perfecta. Yo seguía
ofendiendo a Tempi de cuando en cuando con meteduras de pata e incorrecciones sociales que no entendía ni siquiera a posteriori. Todos los días imitaba su extraña danza, y todos los días él me ignoraba deliberadamente.
—Pues bien, Táborlin necesitaba escapar —continuó Marten— Pero tras inspeccionar su cueva, vio que no había ninguna puerta. Ni ventanas. Alrededor solo había piedra dura y lisa.
»Pero Táborlin el Grande conocía el nombre de todas las cosas, y todas las cosas estaban a sus órdenes. Le dijo a la piedra: “¡Rómpete!”, y la piedra se rompió. La pared se partió como una hoja de papel, y por esa brecha Táborlin vio el cielo y respiró el dulce aire primaveral.
»Táboílin salió de la cueva, entró en el castillo y llegó ante las puertas del salón real. Las puertas estaban cerradas, pero Táborlin dijo: “¡Arded!”, y estallaron en llamas y pronto quedaron reducidas a finas cenizas grises.
»Táborlin entró en el salón y vio al rey Scyphus allí sentado con cincuenta guardias. El rey ordenó: “¡Apresadlo!”, pero los guardias acababan de ver cómo las puertas quedaban reducidas a cenizas, así que avanzaron hacia él, pero ninguno de ellos se le acercó demasiado, no sé si me explico.
»El rey Scyphus gritó: “¡Cobardes! ¡Combatiré a Táborlin me?diante brujería y lo venceré!”. Él también le tenía miedo a Táborlin, pero lo disimulaba muy bien. Además, Scyphus tenía su bastón, y Táborlin, en cambio, no.
«Entonces Táborlin dijo: “Si tan valiente eres, devuélveme mi bastón antes de batirnos en duelo”.
»“Por descontado”, replicó Scyphus, aunque en realidad no pensaba devolvérselo. “Está ahí, en ese arcón.”

Marten nos miró a todos con aire cómplice.
—Veréis, Scyphus sabía que el arcón estaba cerrado y que solo había una llave. Y esa llave la tenía él en el bolsillo. Táborlin fue hacia el arcón, pero lo encontró cerrado. Entonces Scyphus se echó a reír, y algunos de sus guardias lo imitaron.
»Eso enfureció a Táborlin. Y antes de que nadie pudiera hacer nada, golpeó la tapa del arcón con una mano y gritó: “¡Edro!”. El arcón se abrió; Táborlin cogió su capa de ningún color y se envolvió con ella.
Marten volvió a carraspear.
—Perdonadme —dijo, e hizo una pausa para dar otro largo trago.
—¿De qué color crees que era la capa de Táborlin? —le preguntó Hespe a Dedan.
Dedan arrugó un poco la frente.
—¿Qué quieres decir? No era de ningún color, como cuenta la historia.
La boca de Hespe formó una fina línea.
—Eso ya lo sé —replicó—. Pero cuando te la imaginas, ¿cómo la ves? Debes de imaginártela de alguna manera, ¿no?
Dedan se quedó pensando un momento.
—Siempre me la he imaginado brillante —dijo—. Como los adoquines frente a un taller de sebo después de una fuerte lluvia.
—Yo siempre me la he imaginado de un gris sucio —repuso Hespe—. Como desteñida después de tanto tiempo en el camino.
—Sí, puede ser —dijo Dedan, y vi que el rostro de Hespe volvía a relajarse.
—Blanca —aportó Tempi—. Yo la pienso blanca. Ningún color.
—Yo siempre me la he imaginado de color azul cielo —admitió Marten encogiéndose de hombros—. Ya sé que no tiene sentido. Pero yo me la imagino así.
Todos me miraron.
—A veces me la imagino como una colcha de retales —dije—. Hecha de retazos de diferentes colores. Pero por lo general me la imagino oscura, como si en realidad fuera de algún color, pero demasiado oscuro para que distingamos cuál.
Cuando era pequeño, las historias de Táborlin me dejaban boquiabierto y maravillado. Ahora que ya sabía la verdad sobre la magia, las disfrutaba de otra manera, con una mezcla de nostalgia y diversión.
Pero para mí, la capa de ningún color de Táborlin tenía un significado especial. Su bastón contenía gran parte de su poder. Su espada era mortífera. Su llave, su moneda y su vela eran herramientas valiosas. Pero la capa significaba mucho para Táborlin. Era un disfraz cuando lo necesitaba, lo ayudaba a esconderse cuando estaba en apuros. Lo protegía de la lluvia, de las flechas, del fuego.
Podía esconder cosas en ella, y tenía muchos bolsillos llenos de objetos maravillosos. Un cuchillo. Un juguete para un niño. Una flor para una dama. Cualquier cosa que Táborlin necesitara la encontraba en su capa de ningún color. Esas historias fueron lo que hizo que le suplicara a mi madre que me hiciera mi primera capa cuando era pequeño...Me ceñí la capa. La capa fea, gastada y desteñida que me había cambiado el calderero. En una de nuestras excursiones a Crosson para comprar provisiones había comprado un poco de tela y le había cosido unos cuantos bolsillos en la parte interior. Sin embargo, seguía siendo una birria comparada con mi elegante capa granate, o con la preciosa capa verde y negra que me había regalado Felá.
Marten volvió a carraspear y reanudó su relato.
—Táborlin golpeó el arcón con una mano y gritó: «¡Edro!». La tapa del arcón se abrió, y Táborlin cogió su capa de ningún color y su bastón. Invocó unos violentos rayos y mató a veinte guardias. Entonces invocó una cortina de llamas y mató a otros veinte. Los que quedaban soltaron sus espadas y suplicaron clemencia.

»Entonces Táborlin sacó el resto de sus cosas del arcón. Cogió su llave y su moneda y se las guardó. Por último sacó su espada de cobre, Escarcin, y se la puso en el cin…
—Pero ¿qué dices? —lo interrumpió Dedan riendo—. ¡No seas pendejo! La espada de Táborlin no era de cobre.
—Cállate, Den —le espetó Marten, molesto por la interrupción—. Claro que era de cobre.
—Cállate tú —replicó Dedan—. ¿Dónde se ha visto una espada de cobre? El cobre no se puede afilar. Sería como intentar matar a alguien con un penique grande.
Eso le hizo gracia a Hespe.
—Debía de ser una espada de plata, ¿no te parece, Marten?
—Era una espada de cobre —insistió Marten.
—Quizá nos esté hablando de los inicios de su carrera —le dijo Dedan a Hespe en un susurro audible—. Cuando Táborlin solo podía permitirse una espada de cobre.
Marten les lanzó a ambos una mirada furiosa.
—Era de cobre, maldita sea. Si no os gusta, podéis imaginaros el final de la historia. -¿-Se cruzó de brazos.
—Muy bien —dijo Dedan—. Kvothe puede contarnos el final. Es un cachorro, pero sabe contar una historia como Dios manda. Una espada de cobre, ¡venga ya!
—Pues a mí me gustaría oír el final de la historia de Marten —dije.
—No, no —dijo el rastreador con amargura—. Ahora ya no me apetece terminarla. Y prefiero escucharte a ti que oír rebuznar a ese asno.
El momento de contar historias por la noche había sido uno de los pocos en que podíamos sentarnos en grupo sin ponernos a discutir.
pero últimamente, ni siquiera en esas ocasiones nos librábamos de cierta tensión. Es más, los otros empezaban a depender de mí para la diversión nocturna. Con la esperanza de corregir esa tendencia, me pensé muy bien qué historia iba a contarles esa noche.
—Érase una vez un niño que nació en una pequeña aldea. Era perfecto, o eso creía su madre. Pero el niño poseía una peculiaridad: tenía un tornillo de oro en el ombligo del que solo asomaba la cabeza.
»Su madre se alegró mucho de que el niño tuviera todos los dedos de las manos y los pies. Pero cuando creció, el niño se dio cuenta de que no todo el mundo tenía tornillos en el ombligo, y mucho menos de oro. Preguntó a su madre para qué servía, pero ella no lo sabía. Luego se lo preguntó a su padre, pero su padre no lo sabía. Se lo preguntó a sus abuelos, pero ellos tampoco lo sabían.
»E1 niño se resignó, pero al cabo de un tiempo volvió a inquietarle aquel misterio. Al final, cuando fue lo bastante mayor, preparó su hatillo y se marchó de la aldea, con la esperanza de encontrar a alguien que supiera darle una respuesta.
»Fue de un lugar a otro preguntando a todos los que aseguraran saber algo sobre cualquier cosa. Preguntó a comadronas y fisiólogos, pero no tenían ni idea. El chico preguntó a arcanistas, caldereros y ancianos ermitaños que vivían en el bosque, pero nadie había visto nunca nada parecido.
»Fue a preguntar a los mercaderes ceáldimos, pensando que nadie entendía de oro tanto como ellos. Pero los mercaderes ceáldimos no lo sabían. Fue a preguntar a los arcanistas de la Universidad, pensando que nadie entendía de tornillos y su funcionamiento tanto como ellos. Pero los arcanistas no lo sabían. El chico siguió por el camino hasta la sierra de Borrasca y fue a preguntar a las hechiceras del Tahl, pero ninguna supo darle una respuesta.
»Fue a ver al rey de Vint, el rey más rico del mundo. Pero el rey no lo sabía. Fue a ver al emperador de Atur, pero el emperador, pese a todo su poder, no lo sabía. Fue a cada uno de los Pequeños Reinos, uno por uno, pero nadie supo darle ninguna explicación.
»Por último el chico fue a ver al gran rey de Modeg, el más sabio de todos los reyes del

mundo. El gran rey examinó minuciosamente la cabeza del tornillo de oro que asomaba del ombligo del chico. Entonces el gran rey hizo una seña y su senescal le llevó una almohada de seda dorada. Sobre esa almohada había una caja de oro. El gran rey cogió una llave de oro que llevaba colgada del cuello, abrió la caja y dentro había un destornillador de oro.»E1 gran rey cogió el destornillador y pidió al chico que se acercara. Temblando de emoción, el chico obedeció. Entonces el gran rey cogió el destornillador de oro y se lo puso al chico en el ombligo.
Hice una pausa para beber un largo trago de agua. Notaba que tenía a mi pequeño público totalmente embelesado.
—Entonces el gran rey hizo girar con cuidado el tornillo de oro. Una vez: nada. Dos veces: nada. Cuando le dio la tercera vuelta, al chico se le cayó el trasero.
Todos se quedaron mirándome en silencio, atónitos.
—¿Qué?—preguntó Hespe, incrédula.
—Se le cayó el trasero —repetí con gesto imperturbable.
Hubo otro largo silencio. Todos me miraban. Se partió un tronco de la hoguera, y una brasa salió despedida hacia arriba.
—¿Y qué pasó? —preguntó por fin Hespe.
—Nada. Ya está. Acaba así.
—¿Qué? —volvió a decir, más alto—. ¿Qué clase de historia es esa?
Iba a contestar cuando Tempi rompió a reír. Y siguió riendo con unas sonoras y violentas carcajadas que lo dejaron sin aliento. Entonces yo también me eché a reír, en parte porque Tempi me contagiaba su risa, y en parte porque siempre la había considerado una historia extraña pero divertida.
Hespe adoptó una expresión peligrosa, como si temiera estar siendo el blanco de las bromas.
—No lo entiendo —dijo Dedan—. ¿Por qué...? —No terminó la frase.
—¿Volvieron a ponerle el trasero al chico? —preguntó Hespe.
—Eso no lo cuenta la historia —dije encogiendo los hombros.
Dedan gesticuló enérgicamente, con expresión de frustración.
—¿Qué sentido tiene?
—Yo creía que solo contábamos historias —dije con cara de inocente.
—¡Historias con un mínimo de coherencia! —dijo Dedan fulminándome con la mirada—. Historias con final. No historias en las que a un chico... —Sacudió la cabeza—. Esto es ridículo. Me voy a dormir. —Se fue a prepararse la cama. Hespe se levantó y se marchó también en otra dirección.
Sonreí, convencido de que ninguno de los dos volvería a insistir para que les contara más historias de las que yo quería contar.
Tempi también se levantó. Al pasar a mi lado, sonrió y me dio un abrazo. Un ciclo atrás, eso me habría sorprendido, pero ahora ya sabía que el contacto físico no era nada infrecuente entre los Adem.
Sin embargo, sí me sorprendió que me abrazara delante de los demás. Le devolví el abrazo lo mejor que pude, y noté que la risa todavía lo estremecía.
—Se le cayó el trasero —dijo en voz baja, y fue a acostarse.
Marten siguió a Tempi con la mirada; luego me lanzó a mí otra, larga y reflexiva.
—¿Dónde oíste esa historia? —me preguntó.
—Me la contó mi padre cuando era pequeño —contesté. Era la verdad.
—Una historia rara para contarle a un niño.
—Es que yo era un niño raro —dije—. Cuando me hice mayor, mi padre me confesó que se inventaba las historias para que me estuviera callado. Yo lo acribillaba a preguntas. No le daba tregua. Mi padre decía que la única forma de hacerme callar era plantearme algún

acertijo. Pero yo siempre encontraba la solución, y mi padre se quedó sin acertijos.
Me encogí de hombros y empecé a prepararme la cama.
—Así que mi padre se inventaba historias que parecían acertijos y me preguntaba si entendía lo que significaban. —Sonreí con nostalgia—. Recuerdo que me pasé días y días pensando en aquel chico con el tornillo en el ombligo, tratando de averiguar qué sentido tenía la historia.
—Hacerle eso a un niño es una crueldad —dijo Marten frunciendo el entrecejo.
—¿Qué quieres decir? —pregunté, sorprendido.
—Engañarte para conseguir un poco de paz y tranquilidad. Eso está feo.
Me quedé descolocado.
—Mi padre no lo hacía con mala intención. A mí me gustaba. Así tenía algo en que pensar.
—Pero era absurdo. Era imposible.
—Absurdo no —objeté—. Las preguntas que no podemos contestar son las que más nos enseñan. Nos enseñan a pensar. Si le das a alguien una respuesta, lo único que obtiene es cierta información. Pero si le das una pregunta, él buscará sus propias respuestas.
Extendí mi manta en el suelo y doblé la raída capa del calderero para envolverme en ella.
—Así, cuando encuentre las respuestas, las valorará más. Cuanto
más difícil es la pregunta, más difícil la búsqueda. Cuanto más difícil es la búsqueda, más aprendemos. Una pregunta imposible...
Me interrumpí. De pronto lo había entendido. Elodin. Aquello era lo que había estado haciendo Elodin. Lo único que había hecho en su clase. Los juegos, las pistas, los acertijos crípticos. Todos eran, a su manera, preguntas.
Marten sacudió la cabeza y se marchó, pero yo estaba absorto en mis pensamientos y apenas me di cuenta. Yo quería respuestas, y pese a lo que creía, Elodin había estado intentando dármelas. Lo que yo había interpretado como un secretismo malicioso por su parte era, en realidad, una incitación persistente a la búsqueda de la verdad. Me quedé allí sentado, callado y anonadado ante la astucia de su método. Ante mi falta de comprensión. Mi falta de visión.

84 El borde del mapa

Seguimos avanzando poco a poco por el Eld. Todos los días comenzaban con la esperanza de encontrar indicios de un rastro. Todas las noches terminaban con una decepción.
Era evidente que la manzana había perdido su brillo, y el malhumor y las murmuraciones estaban convirtiéndose en algo cotidiano dentro de nuestro grupo. El poco miedo que me había tenido Dedan al principio había disminuido mucho, y el mercenario me provocaba constantemente. Quería comprar una botella de aguardiente con el dinero del maer. Me negué. Opinaba que no hacía falta que hiciéramos guardias nocturnas, y que bastaba con tender una cuerda alrededor del campamento, a la altura de los tobillos. Yo discrepaba. Cada pequeña batalla que yo ganaba hacía aumentar la antipatía que Dedan sentía por mí. Y a medida que avanzábamos, sus débiles murmullos se volvían más insistentes. Nunca se enfrentaba a mí abiertamente; solo era un goteo esporádico de comentarios insidiosos, insubordinaciones y malas caras.
Por otra parte, Tempi y yo avanzábamos poco a poco hacia algo parecido a la amistad. Su atur estaba mejorando, y mi adémico había alcanzado un punto que me permitía considerar que había superado la fase de ineptitud total y que ya me expresaba con dificultad.
Seguía imitando a Tempi mientras practicaba su danza, y él seguía ignorándome. Tras un tiempo realizando aquella serie de movimientos, descubrí que tenía cierto carácter marcial. Un movimiento lento con un brazo parecía un puñetazo; una lentísima elevación del pie parecía una patada. Ya no me temblaban los brazos y las piernas tras el esfuerzo de moverse lentamente al compás de Tempi, pero seguía molestándome mi torpeza. No hay nada que soporte menos que hacer algo mal.
Por ejemplo: había una parte, hacia la mitad, que parecía tan fácil como respirar. Tempi se daba la vuelta, describía un círculo con los brazos y daba un pasito. Pero yo trastabillaba cada vez que lo intentaba. Había probado a poner los pies de media docena de maneras diferentes, pero el resultado siempre era el mismo.
Sin embargo, el día después de contarles mi historia «del tornillo suelto», que era como daba en llamarla Dedan, Tempi dejó de ignorarme. Esa vez, después de que yo tropezara, se paró y se volvió hacia mí. Agitó los dedos: desaprobación, irritación.
—Vuelve —dijo, y se colocó en la posición previa a aquella en la que yo había trastabillado.
Me coloqué en la misma posición que él e intenté imitarlo. Volví a perder el equilibrio, y tuve que arrastrar los pies para no tropezar.
—Mis pies son estúpidos —murmuré en adémico, y doblé los dedos de la mano izquierda: vergüenza.
—No. —Tempi me cogió por las caderas y me las giró. A continuación me echó los hombros hacia atrás y me dio una palmada en la rodilla para que la doblara—. Sí.
Me incliné de nuevo hacia delante y noté la diferencia. Volví a perder el equilibrio, pero no tanto.
—No —volvió a decir Tempi—. Mira. —Se dio unos golpecitos en el hombro—.Esto.
Se colocó enfrente de mí, a un palmo de distancia, y repitió los movimientos. Se volvió; sus manos describieron un círculo a un lado y me empujó por el pecho con un hombro. Era el mismo movimiento que harías si intentaras abrir una puerta empujándola con el hombro. Tempi se movía con lentitud, pero su hombro me empujó con firmeza. No lo hizo bruscamente, pero sí con una fuerza inexorable, como cuando un caballo pasa rozándote por una calle abarrotada y te echa a un lado.
Repetí el movimiento concentrándome en mi hombro. No trastabillé.

Como estábamos solos en el campamento, evité sonreír e hice un signo con la mano: felicidad.
—Gracias.—Atenuar.
Tempi no dijo nada. Dejó las manos quietas y su rostro no reflejó ninguna expresión. Se limitó a colocarse donde estaba antes y empezó de nuevo su danza desde el principio, sin mirarme.
Intenté tomarme aquel intercambio con estoicismo, pero lo interpreté como un gran cumplido. Si hubiera sabido más sobre los Adem, me habría dado cuenta de que era mucho más que eso.
Tempi y yo subimos una cuesta y encontramos a Marten esperándonos. Como era demasiado pronto para comer, me emocioné al pensar que por fin, tras tantos días explorando, quizá hubiera dado con el rastro de los bandidos.
—Quería enseñaros eso —dijo Marten señalando una planta de tallos altos con forma de ramo, parecida a un helecho, que había a unos cuatro metros de distancia—. Es un ejemplar muy raro. Hacía años que no veía ninguno.
—¿Qué es?
—Se llama brizna de An —contestó con orgullo mientras la examinaba—. Tendréis que estar alerta. No la conoce mucha gente, y si encontramos alguna otra por aquí, quizá nos dé alguna pista.
Marten se quedó mirándonos con impaciencia.
—¿Y bien? —dijo por fin.
—¿Qué tiene de especial?—pregunté, diligente.
Marten sonrió.
—La brizna de An es interesante porque no tolera a los humanos —explicó—. Si cualquier parte de la planta entra en contacto con tu piel, se pone roja como las hojas en otoño en un par de horas. Más roja aún. De un rojo intenso como el de la ropa de tu amigo mercenario. —Señaló a Tempi—. Y entonces toda esa parte de la planta se marchita y muere.
—¿En serio? —pregunté; esa vez no tuve que fingir interés.
—Sí. Y una sola gota de sudor también la mata. Eso significa que muchas veces muere solo por haber estado en contacto con la ropa de una persona. O la armadura. Q un palo que alguien llevara en la mano. O una espada. —Señaló la que Tempi llevaba al cinto—. Hay quien dice que basta con echarle el aliento para matarla —añadió Marten—. Pero eso no sé si es verdad.
Se dio la vuelta y nos alejamos de la brizna de An.
—Esta parte del bosque es vieja, muy antigua —prosiguió—. La brizna de An no crece en sitios donde habitan los humanos. Estamos en el borde del mapa.
—No estamos en el borde del mapa —lo contradije—. Sabemos exactamente dónde estamos.
Marten dio una risotada.
—Los mapas no tienen solo bordes exteriores. También tienen bordes interiores. Agujeros. A la gente le gusta creer que lo sabe todo sobre el mundo. Especialmente a los ricos. En ese sentido, los mapas son fabulosos. A este lado de la línea está el campo del barón Tasadoble; al otro lado están las tierras del conde Sacapasta.
Marten escupió en el suelo.
—Como en los mapas no puede haber vacíos, quienes los dibujan sombrean una parte y escriben: «El Eld». —Sacudió la cabeza—. Para el caso, podrías quemarle un agujero. Este bosque es tan extenso como Vintas. No es propiedad de nadie. Si te equivocas de dirección, puedes recorrer ciento cincuenta kilómetros sin ver ningún camino, y menos aún una casa o un campo cultivado. Por aquí hay sitios que nunca ha pisado el hombre y donde nunca se ha oído su voz.

Miré alrededor.
—Pues no parece muy diferente de los otros bosques que he visto.
—Los lobos se parecen a los perros —se limitó a decir Marten— Pero no lo son. Los perros son… —Hizo una pausa—. ¿Cómo se llama a los animales que viven siempre en compañía de los humanos? Vacas, ovejas y demás.
—¿Animales domesticados?
—Eso es —dijo él mirando alrededor—. Una granja es un espacio domesticado. Lo es un jardín. Un parque. También la mayoría de los bosques. La gente va al bosque a coger setas, cortar leña o hacerse arrumacos con sus enamorados.
Sacudió la cabeza, estiró un brazo y acarició la rugosa corteza de un árbol cercano. Fue una caricia asombrosamente suave, casi cariñosa.
—Aquí no. Este lugar es viejo y salvaje. Nosotros no le importamos lo más mínimo. Si esos bandidos a los que perseguimos nos atacan, ni siquiera tendrán que enterrar nuestros cadáveres: permanecerán tendidos en el suelo cien años sin que nadie tropiece con nuestros huesos.
Me di la vuelta y contemplé las elevaciones y las depresiones del terreno. Las rocas erosionadas, las inacabables hileras de árboles. Procuré no pensar en que el maer me había enviado allí, como quien mueve una piedra sobre un tablero de tak. Me había enviado a un agujero del mapa. Un lugar donde nadie encontraría jamás mis huesos.

85 Interludio: vallas

Kvothe se enderezó en la silla y estiró el cuello para mirar por la ventana. Levantó una mano, y en ese preciso instante se oyeron pasos rápidos y ligeros en el porche de madera. Demasiado rápidos y ligeros para corresponder a las pesadas botas de los granjeros, y seguidos de una aguda carcajada infantil.

Cronista se apresuró a secar la página que estaba escribiendo y la guardó debajo de un montón de papeles en blanco mientras Kvothe se levantaba e iba hacia la barra. Bast se recostó en la silla y la inclinó hacia atrás sobre dos patas.

Al cabo de un momento, se abrió la puerta y por ella entró un joven de espaldas anchas con barba escasa, acompañado de una niñita rubia. Detrás de él iba una joven con un niño en brazos.

El posadero sonrió y los saludó con la mano.

—¡Mary! ¡Hap!

Los jóvenes se dijeron algo, y entonces el alto granjero fue hacia Cronista haciendo pasar con cuidado a la niña delante de él. Bast se levantó y le ofreció su silla a Hap.

Mary se acercó a la barra mientras se desenganchaba una de las manitas del bebé del pelo. Era joven y hermosa, con labios sonrientes y mirada cansada.

—Hola, Kote.

—Llevaba mucho tiempo sin veros —comentó el posadero—. ¿Os apetece un poco de sidra? La he prensado esta misma mañana.

Mary asintió con la cabeza, y el posadero sirvió tres jarras. Bast les llevó dos a Hap y a su hija. Hap cogió la suya, pero la niña se escondió detrás de su padre y solo se atrevió a asomarse tímidamente por encima de su hombro.

—¿Querría también el pequeño Ben una jarra? —preguntó Kote.—Seguro que le encantaría —dijo Mary, y sonrió al niño, que se chupaba los dedos—. Pero yo en tu lugar no se la daría, a menos que quieras fregar el suelo. —Se metió una mano en el bolsillo.

Kote negó enérgicamente con la cabeza y levantó una mano.

—Ni hablar —dijo—. Hap no me cobró ni la mitad de lo que valía el trabajo cuando me arregló las vallas del patio trasero.

Mary esbozó una sonrisa cansada y contrita y levantó su jarra.

—Muchas gracias, Kote.

Se acercó a su marido, que conversaba con Cronista, y empezó a hablar con el escribano mientras se balanceaba suavemente adelante y atrás, meciendo al niño. Su marido asentía con la cabeza y de vez en cuando intercalaba alguna palabra. Cronista mojó la pluma en el tintero y se puso a escribir.

Bast fue a la barra y se inclinó sobre ella, y desde allí observó la mesa con curiosidad.

—No entiendo nada —dijo—. Me consta que Mary sabe escribir. Me ha enviado cartas.

Kvothe miró a su pupilo con curiosidad y encogió los hombros.

—Supongo que lo que está escribiendo Cronista son testamentos y transmisiones de bienes, y no cartas. Esas cosas hay que hacerlas con buena caligrafía, sin faltas de ortografía y sin ambigüedades. —Apuntó a Cronista, que en ese momento estampaba un sello en una hoja de papel—. ¿Lo ves? Eso demuestra que es un funcionario oficial. Todo lo que él atestigua tiene peso legal.

—Pero eso ya lo hace el sacerdote —razonó Bast—. El padre Leoden es más oficial que nadie. Escribe los certificados de matrimonio y las escrituras cuando alguien compra un terreno. Tú mismo lo dijiste: les encantan sus registros.

—Cierto —replicó Kvothe—. Pero a un sacerdote le gusta que dones dinero a la iglesia. Si redacta tu testamento y no le das ni un penique abollado a la iglesia... —encogió los hombros—, eso puede complicarte la vida en un pueblo pequeño como este. Y si no sabes leer... bueno, entonces el sacerdote puede escribir lo que quiera, ¿no?
Y ¿quién se atreverá a discutir con él cuando tú estés muerto?
—¡El padre Leoden no sería capaz de una cosa así!—exclamó Bast, consternado.
—Seguramente no —convino Kvothe—•. Para ser un sacerdote, Leoden es bastante honrado. Pero quizá quieras dejarle un terreno a la joven viuda del final de la calle y un poco de dinero a su segundo hijo. —Kvothe arqueó una ceja de forma significativa—. Esa es la clase de cosas que a nadie le gusta que escriba su sacerdote. Prefieres que esa noticia salga a la luz cuando tú ya estés muerto y enterrado.
Bast lo entendió; miró a la joven pareja como si tratara de adivinar qué secretos trataban de ocultar.
Kvothe sacó un paño blanco y empezó a limpiar la barra distraídamente.
—La mayoría de las veces aún es más sencillo. Uno quiere dejarle la caja de música a Ellie y ahorrarse el fastidio de estar diez años oyendo protestar a las otras hermanas.
—¿Como cuando murió la viuda Graden?
—Exacto, como cuando murió la viuda Graden. Ya viste cómo se peleó aquella familia por sus cosas. La mitad de ellos ya ni siquiera se dirigen la palabra.
En el otro lado de la estancia, la niñita se acercó a su madre y empezó a tirarle con insistencia del vestido. Al cabo de un momento, Mary fue hasta la barra seguida de su hija.
—La pequeña Syl tiene que hacer sus necesidades —dijo con tono de disculpa
—.¿Podríamos...?
Kote asintió con la cabeza y señaló la puerta que había cerca de la escalera.
Mary se volvió y le tendió el niño a Bast.
—¿Te importa?
Bast estiró ambos brazos en un acto reflejo para coger al niño, y luego se quedó allí de pie, sin saber qué hacer, mientras Mary acompañaba a su hija.
El niño miró alrededor con atención, sin saber cómo interpretar aquella nueva situación.
Bast se volvió hacia Kvothe sujetando al crío ante sí con rigidez. La expresión del pequeño fue pasando lentamente de la curiosidad a la incerteza, y de allí a la desazón. Entonces empezó a hacer un ruidito débil y angustiado. Era como si estuviera decidiendo si quería llorar o no, y lentamente empezara a darse cuenta de que sí, de hecho sí quería llorar.
—Por el amor de Dios, Bast —dijo Kvothe con tono de exasperación—. Dame. —Dio un paso adelante, cogió al niño y lo sentó en la barra sujetándolo firmemente con ambas manos.
Al niño pareció gustarle su nueva ubicación. Curioso, frotó la lisa superficie de la barra dejando una huella. Miró a Bast y sonrió.
—Perro —dijo.
—Qué monada—repuso Bast con aspereza.
El pequeño Ben empezó a chuparse los dedos y volvió a mirar alrededor, esa vez con mayor decisión.
—Mama —dijo—. Mamamama. —Entonces empezó a parecer preocupado e hizo el mismo ruido débil y angustiado de antes.
—Sujétalo —dijo Kvothe, y se colocó justo enfrente del niño. Una vez que Bast lo tuvo cogido, el posadero le agarró los pies al crío y entonó una cantilena:

> Zapatero, mídeme del dedo gordo al talón.
> Granjero, plántame un poco de alforfón.
> Panadero, amásame un panecillo.

Sastre, anda y cóseme el dobladillo.

El niño observaba a Kvothe, que hacía un movimiento diferente con la mano para cada verso, como si plantara alforfón y amasara pan. Al llegar al último verso, el niño ya reía encantado con una risa burbujeante, y se tocaba la ropa imitando al pelirrojo.

Molinero, quita ese pulgar de la balanza.
Lechera, quisiera llenarme de leche la panza.
Alfarero, tornéame un cazo.
Pequeño, ¡dale a papá un abrazo!

Kvothe no ilustró el último verso con ningún gesto, sino que inclinó la cabeza mirando expectante a Bast.

Bast se quedó allí plantado y desconcertado. Hasta que en su rostro se reflejó que acababa de entenderlo.

—¿Cómo has podido pensar eso, Reshi? —preguntó, ligeramente ofendido. Señaló al niño y añadió—: ¡Es rubio!

El crío miró alternadamente a los dos hombres, y decidió que aquel era un buen momento para llorar. Hizo pucheros y empezó a gemir.

—¿Lo ves?—dijo Bast—. Tú tienes la culpa.

Kvothe levantó al pequeño de la barra y lo sacudió un poco en un intento de tranquilizarlo que solo resultó moderadamente eficaz. Al cabo de un momento, cuando Mary volvió a la taberna, el niño berreó más fuerte y extendió los brazos hacia su madre.

—Lo siento —dijo Kvothe, avergonzado.

Mary cogió en brazos a su hijo, que se calló al instante, aunque aún tenía los ojos lacrimosos.

—No es culpa tuya —dijo—. Es que últimamente no quiere separarse de mí. —Le rozó la nariz al niño con la suya, sonriendo, y el pequeño soltó otra alegre y burbujeante carcajada.

—¿Cuánto les has cobrado? —preguntó Kvothe al volver a la mesa de Cronista.

—Un penique y medio —contestó el escribano, con un encogimiento de hombros.

Kvothe se paró en el acto de sentarse y entrecerró los ojos.

—Con eso no tienes ni para pagar el papel.

—No estoy sordo, ¿sabes? —replicó Cronista—. El aprendiz del herrero comentó que los Bentley pasan una mala racha. Y aunque no hubiera oído nada, tampoco estoy ciego. Ese joven lleva varios zurcidos en los pantalones, y las suelas de sus botas están a punto de agujerearse. A la niña se le ha quedado corto el vestido, y además está hecho de retales.

Kvothe asintió sombríamente.

—Uno de sus campos, el más meridional, se ha inundado dos años seguidos. Y la primavera pasada se les murieron las dos cabras. Aunque no fueran malos tiempos, este sería un año malo para ellos. Y ahora, con el pequeño... —Inspiró hondo y soltó el aire despacio, abstraído —. Son los impuestos. Este año ya van dos.

—¿Quieres que vuelva a romper la valla, Reshi? —preguntó Bast con entusiasmo.

—Tú, calladito, Bast. —Una sonrisa asomó a los labios de Kvothe—. Esta vez vamos a necesitar alguna otra excusa. —La sonrisa desapareció—. Antes de que llegue el siguiente impuesto.

—Quizá no llegue ninguno más —intervino Cronista.

Kvothe negó con la cabeza..

—No llegará hasta después de la siega, pero llegará. Los recaudadores fijos son duros, pero saben que a veces es conveniente mirar para otro lado. Saben que volverán al año siguiente, y al otro. Pero los sangradores...

—Sí, ellos son mucho peores —coincidió Cronista. Y entonces recitó—: Si pueden, se le llevan la lluvia al aldeano. Si no encuentran oro, se le llevan el grano.
Kvothe esbozó una sonrisa y continuó:

Si no tiene grano, se le llevan la cabra.
Se le llevan la leña, la manta y la capa.
Si tiene un pájaro, se le llevan la jaula. i

Y al final se le llevan la granja.

—Todos odian a los sangradores —convino Cronista, compungido—. Y los nobles son quienes más los odian.
—Eso me cuesta creerlo —dijo Kvothe—. Tendrías que oír lo que cuentan por aquí. Si el último no hubiera venido escoltado por una guardia bien armada, dudo que hubiese salido del pueblo con vida.
Cronista sonrió torciendo la boca.
—Deberías haber oído cómo los llamaba mi padre —dijo—. Y eso í que solo vivió dos impuestos en veinte años. Decía que prefería una plaga de langostas seguida de un incendio que ver a un sangrador del rey por sus tierras. —Cronista echó un vistazo a la puerta de la posada—. ¿Son demasiado orgullosos para pedir ayuda?
—Más orgullosos aún —respondió Kvothe—. Cuanto más pobre \ eres, más valioso es tu orgullo. Yo sé lo que se siente. Jamás habría podido pedirle dinero a un amigo. Habría preferido morir de hambre.
—¿Y un préstamo? —preguntó Cronista.
—¿Quién tiene dinero para prestar hoy en día? —preguntó Kvothe—. Va a ser un invierno muy duro para mucha gente. Pero después de un tercer impuesto, los Bentley tendrán que compartir las mantas \ y comerse el grano que guardaban para semillas antes de los deshielos. Eso, si no pierden también la casa...
El posadero bajó la vista y pareció sorprenderse al ver que una de sus manos estaba cerrada en un puño. Lo abrió lentamente y posó : ambas manos, planas, sobre la mesa. Entonces miró a Cronista con una sonrisa de arrepentimiento en los labios. |
—¿Sabes que hasta que llegué aquí nunca había pagado impuestos? Los Edena no tienen propiedades, por norma. —Señaló la posati da—. Nunca entendí que diera tanta rabia. Un buen día llega al pueL! blo un cabronazo presuntuoso con un libro de contabilidad bajo el brazo y te obliga a pagar por el privilegio de tener una propiedad a tu nombre. |
Kvothe hizo una seña a Cronista para que cogiera su pluma.
—Ahora sí lo entiendo, te lo aseguro. Y sé qué clase de oscuros de-| seos son los que llevan a un grupo de hombres a esperar junto al camino y matar a los recaudadores de impuestos desafiando abierta| mente al rey.

86 El camino roto

Terminamos de explorar el lado norte del camino real y empezamos con el lado sur. A menudo lo único que distinguía un día de otro eran las historias que contábamos alrededor de la hoguera por la noche. Historias sobre Oren Velciter, Laniel la Rejuvenecida e Illien. Historias sobre porqueros serviciales y sobre la buena suerte de los hijos de los caldereros. Historias sobre demonios y hadas, sobre acertijos y sobre los draugar de los túmulos.
Los Edena Ruh saben todas las historias del mundo, y yo soy Edena hasta la médula. Cuando era pequeño, mis padres contaban historias alrededor de la hoguera todas las noches. Crecí viendo contar historias en las pantomimas, escuchándolas en las canciones y representándolas en los escenarios.
Por eso no es de extrañar que ya conociera las historias que contaban Dedan, Hespe y Marten. Quizá no todos los detalles, pero sí las líneas generales. Sabía qué forma tenían y cómo acababan.
No me malinterpretéis: disfrutaba con ellas. No hace falta que las historias sean nuevas para que las disfrutes. Hay que son como amigos de la familia. Algunas son tan fiables como el pan.
Sin embargo, una historia que no haya oído nunca es algo raro y valioso. Y tras veinte días explorando el Eld, recibí una como recompensa.
—Una vez, hace mucho tiempo y muy lejos de aquí —dijo Hespe cuando nos hallábamos sentados alrededor del fuego, después de cenar—, había un niño llamado Jax que se enamoró de la luna.
»Jax era un niño extraño. Un niño serio. Un niño solitario. Vivía en una casa vieja al final de un camino roto. Jax...
—¿Has dicho un camino roto? —la interrumpió Dedan.
Hespe apretó los labios. No llegó a arrugar la frente, pero dio la impresión de que estaba recogiendo todas las piezas que componían un gesto de enojo para poder utilizarlas rápidamente si fuera necesario.
—Sí. Un camino roto. Así es como mi madre me contó esta historia un centenar de veces cuando yo era pequeña.
Me pareció que Dedan iba a hacer otra pregunta, pero demostró una inusual prudencia y se limitó a asentir con la cabeza.
Hespe se guardó las piezas de su ceño, pero de mala gana. Entonces agachó la cabeza y se miró las manos. Pensativa, movió un momento los labios en silencio; entonces asintió para sí y continuó.
Cualquiera que viese a Jax se daba cuenta de que aquel niño no era como los demás. Nunca jugaba. Nunca corría por ahí armando alboroto. Y nunca se reía.
«¿Qué se puede esperar de un niño que vive solo en una casa rota al final de un camino roto?», decía la gente. Algunos opinaban que el problema era que nunca había tenido padres. Otros aseguraban que tenía una gota de sangre feérica en las venas y que eso impedía a su corazón conocer la dicha.
Jax tenía mala suerte, eso no podía negarse. Cuando conseguía una camisa nueva, se le hacía un agujero. Si le regalabas un dulce, se le caía al suelo.
Algunos afirmaban que el niño había nacido con mala estrella, que estaba maldito, que había un demonio que habitaba su sombra. Otros sentían lástima por él, pero no la suficiente para tomarse la molestia de ayudarlo.
Un día, un calderero llegó por el camino hasta la casa de Jax. Fue extraño, porque el camino

estaba roto, y por eso nadie lo utilizaba.
—¡Hola, chico! —gritó el calderero apoyándose en su bastón—. ¿Tienes un poco de agua para un anciano?
Jax le llevó agua en una jarra de arcilla resquebrajada. El calderero bebió y bajó la vista para mirar al niño.
—No pareces muy feliz, hijo. ¿Qué te pasa?
—No me pasa nada —respondió Jax—. Me parece a mí que uno necesita algo para ser feliz, y yo no tengo nada.
Lo dijo con una voz tan monótona y con tanta resignación que le partió el corazón al calderero.
—Creo que en mis fardos tengo algo que te hará feliz —le dijo al chico— ¿Qué me dices?
—Te digo que si me haces feliz, te estaré muy agradecido —contestó Jax—. Pero no tengo dinero para pagarte. Ni un solo penique que dar, prestar o regalar.
—Pues eso va a ser un problema —repuso el calderero—. Porque lo mío es un negocio, no sé si me explico.
.—Si encuentras en tus fardos algo capaz de hacerme feliz —dijo Jax—, te daré mi casa. Es vieja y está rota, pero tiene algún valor.
El calderero contempló la casa, vieja y enorme. Era casi una mansión.
—Sí, ya lo creo —dijo.
Entonces Jax miró al calderero, se puso serio y dijo:
—Y si no puedes hacerme feliz, ¿qué hacemos? ¿Me darás los fardos que llevas colgados a la espalda, el bastón que llevas en la mano y el sombrero que te cubre la cabeza?
Al calderero le gustaban las apuestas, y sabía reconocer una provechosa. Además, sus fardos estaban llenos a rebosar de tesoros traídos de los Cuatro Rincones, y estaba convencido de que podría impresionar a aquel crío. Así que aceptó el envite y se estrecharon las manos.
Primero el calderero sacó una bolsa de canicas de todos los colores del arco iris. Pero no hicieron feliz a Jax. El calderero sacó un boliche. Pero eso tampoco hizo feliz a Jax.
—El boliche no hace feliz a nadie —masculló Marten—. Es el peor juguete que existe. Nadie que esté cuerdo se divierte jugando al boliche.
El calderero rebuscó en el primer fardo. Estaba lleno de cosas normales que habrían gustado a cualquier niño normal. Dados, títeres, una navaja, una pelota de goma. Pero nada de aquello hacía feliz a Jax.
Así que el calderero buscó en su segundo fardo, que contenía cosas más raras. Un soldadito que desfilaba si le dabas cuerda. Un estuche de pinturas con cuatro pinceles de distinto grosor. Un libro de secretos. Un trozo de hierro caído del cielo...
Así siguieron todo el día y hasta muy entrada la noche, y al final el calderero empezó a preocuparse. No le preocupaba perder su bastón. Pero se ganaba la vida con sus fardos, y le tenía mucho cariño a su sombrero.
Al final comprendió que iba a tener que abrir su tercer fardo. Era pequeño, y dentro únicamente había tres objetos. Pero eran cosas que el calderero solo enseñaba a sus clientes más acaudalados. Cada uno de ellos valía mucho más que una casa rota. Sin embargo, el calderero pensó que era mejor perder uno que perderlo todo, incluido el sombrero.
Cuando el calderero estaba cogiendo su tercer fardo, Jax señaló y dijo:
—¿Qué es eso?
—Son unos anteojos —respondió el calderero—. Son un segundo par de ojos que te ayuda a ver mejor. —Los cogió y se los puso en la cara a Jax.
Jax miró alrededor.
—Lo veo todo igual —dijo. Entonces alzó la vista—;. ¿Qué es eso?

—Eso son las estrellas —contestó el calderero.
—Nunca las había visto. —Se dio la vuelta mirando al cielo. Entonces se paró en seco—. ¿Qué es eso?
—Eso es la luna —contestó el calderero.
—Creo que eso sí me haría feliz —dijo Jax.
—Estupendo —dijo el calderero, aliviado—. Ya tienes tus anteojos...
—Contemplarla no me hace feliz —aclaró Jax—. Contemplar mi comida no me quita el hambre. La quiero. La quiero para mí.
—No puedo darte la luna —dijo el calderero—. No es mía. Es dueña de sí misma.
—Solo me sirve la luna —insistió Jax.
—En ese caso no puedo ayudarte —dijo el calderero exhalando un hondo suspiro—. Mis fardos y todo lo que contienen son tuyos.
Jax asintió con la cabeza, aunque sin sonreír.
—Y aquí tienes mi bastón. Un bastón sólido y resistente, te lo aseguro.
Jax lo cogió.
—¿Te importaría... —dijo el calderero de mala gana— dejarme conservar el sombrero? Le tengo mucho cariño...
—Ahora me pertenece —repuso Jax—. Si tanto cariño le tienes, no deberías habértelo jugado.
El calderero le entregó el sombrero frunciendo el ceño.
Tempi carraspeó débilmente y meneó la cabeza. Hespe sonrió y asintió. Por lo visto, hasta los Adem saben que trae mala suerte ser descortés con un calderero.
Jax se caló el sombrero, cogió el bastón y recogió los fardos del calderero. Cuando encontró el tercero, que el calderero todavía no había abierto, preguntó:
—¿Qué hay en este?
—Una cosa para que te atragantes —le espetó el calderero.
—No deberías enfadarte por un sombrero —le dijo el chico—. Yo lo necesito más que tú. Voy a tener que caminar mucho para encontrar la luna y hacerla mía.
—Pero si no me hubieras quitado el sombrero, quizá te habría ayudado a atraparla —replicó el calderero.
—Puedes quedarte mi casa rota —dijo Jax—. Eso ya es algo. Aunque tendrás que arreglarla tú.
Jax se puso los anteojos y echó a andar por el camino en dirección a la luna. Caminó toda la noche, y solo paró cuando la luna se perdió de vista detrás de las montañas.
Y Jax caminó un día tras otro, buscando sin descanso...
Dedan soltó una risotada.
—¿Eso no os suena a nada? —murmuró, lo bastante alto para que todos lo oyéramos—. Me pregunto si no perdería el tiempo trepando a los árboles, como nosotros.
Hespe lo fulminó con la mirada y tensó los músculos de las mandíbulas.
Di un suspiro.
—¿Has terminado? —preguntó Hespe mirando a Dedan con hostilidad.
—¿Qué pasa? —preguntó Dedan.
—Pasa que te calles mientras cuento mi historia —dijo Hespe.
—¡Los demás han dicho lo que han querido! —Dedan se levantó, indignado—. Hasta el mudito —señaló a Tempi— ha hablado. ¿Por qué solo me haces callar a mí?
Hespe hervía de rabia, pero se contuvo y dijo:
—Porque lo que quieres es provocar una pelea a mitad de mi historia.
—Decir la verdad no es provocar una pelea —protestó Dedan—. Alguien tiene que decir alguna palabra sensata de vez en cuando aquí.
Hespe levantó los brazos al cielo.

—¿Lo ves? ¡Y sigues! ¿No puedes parar por una noche? Aprovechas cualquier ocasión para refunfuñar y fastidiar.—Al menos yo, cuando no estoy de acuerdo, expreso mi opinión —replicó Dedan—. No me callo como un cobarde.

Hespe echaba chispas por los ojos, y pese a lo que me dictaba mi instinto, decidí intervenir.

[1]—Está bien —los interrumpí mirando a Dedan—. Si tienes alguna idea mejor sobre lo que tenemos que hacer para encontrar a esa gente, dínosla. Hablémoslo como adultos.

Mi intervención no calmó a Dedan ni un ápice. Lo único que conseguí fue que dirigiera su rabia hacia mí.

—¿Qué vas a saber tú de adultos? —me dijo—. Estoy harto de que me haga callar un mocoso que seguramente ni siquiera tiene pelos en los huevos.

—No tengo ninguna duda de que si el maer hubiera sabido lo peludos que tienes los huevos, te habría puesto a ti al mando —dije con una serenidad que pretendía ser exasperante—. Por desgracia, se ve que no se fijó en ese detalle y se decidió por mí.

Dedan inspiró hondo, pero Tempi intervino antes de que pudiera estallar.

—Huevos —dijo el Adem con tono de curiosidad—. ¿Qué es huevos?

Dedan soltó todo el aire de golpe, y se volvió hacia Tempi, entre irritado y divertido. Entonces rió e hizo un movimiento elocuente ahuecando una mano entre las piernas.

—Huevos. Ya sabes —dijo con toda naturalidad.

Hespe puso los ojos en blanco y sacudió la cabeza.

—Ah —dijo Tempi, y asintió para demostrar que había entendido—. ¿Por qué busca el maer huevos peludos?

Hubo una pausa, y entonces una tormenta de risas estalló por todo nuestro campamento, con toda la fuerza de la tensión acumulada que había estado a punto de provocar una pelea. Hespe reía a carcajadas, doblada por la cintura. Marten se enjugaba las lágrimas. Dedan reía tan fuerte que no pudo sostenerse en pie y acabó en cuclillas, sujetándose al suelo con una mano.

Al cabo de un rato estábamos todos sentados alrededor del fuego, respirando hondo y sonriendo como benditos. La tensión, espesa como la niebla de invierno, desapareció por primera vez desde hacía varios días. Y entonces Tempi cruzó la vista disimuladamente conmigo. Se frotó con suavidad el índice y el pulgar. ¿Regocijo? No. Satisfacción. Lo comprendí al volver a mirarlo y comprobar que su semblante era más inexpresivo que nunca. Esforzadamente inexpresivo. Tan inexpresivo que era casi petulante.

—¿Puedes continuar con tu historia, querida? —le preguntó Dedan a Hespe—. Me gustaría saber cómo consiguió ese chico llevarse a la luna a la cama.

Hespe le sonrió; fue la primera sonrisa sincera que le había visto dirigirle a Dedan en muchos días.

—He perdido el hilo —dijo—. La historia tiene un ritmo, como las canciones. Puedo contarla desde el principio, pero si empiezo por la mitad me haré un lío.

—¿Nos la contarás mañana desde el principio si te prometo que me estaré callado?

—Sí —concedió ella—. Si me lo prometes

87 El Lethani

Al día siguiente, Tempi y yo fuimos a Crosson por provisiones. Eso significaba una larga jornada a pie, pero como no teníamos que buscar rastros a cada paso, parecía que voláramos por el camino.
Mientras andábamos, Tempi y yo intercambiábamos palabras. Aprendí a decir sueño, olor y hueso. Aprendí que en adémico había palabras diferentes para decir «hierro» y «hierro de espada».
Luego mantuvimos una infructuosa conversación de una hora en la que Tempi intentó ayudarme a entender qué quería decir cuando se frotaba los dedos por encima de una ceja. Parecía casi lo mismo que un encogimiento de hombros, pero Tempi insistía en que no era lo mismo. ¿Era indiferencia? ¿Ambigüedad?
—¿Es lo que sientes cuando alguien te deja elegir? —le pregunté, probando de nuevo—. ¿Cuando alguien te ofrece una manzana o una ciruela? —Puse las manos delante del cuerpo, con la palma hacia arriba—. Pero las dos te gustan. —Junté los dedos y me los froté dos veces por encima de una ceja—. ¿-Es eso?
—No —contestó Tempi.
Se paró un momento, y luego siguió caminando. Con la mano izquierda junto al costado indicó: falsedad.
—¿Qué es ciruela? —Atento.
—¿Cómo dices? —pregunté, desconcertado.
—¿Qué significa ciruela? —Hizo otro signo: totalmente serio. Atento.
Concentré mi atención en los árboles y enseguida lo percibí: movimiento entre la maleza. El ruido provenía del lado sur del camino. El lado que todavía no habíamos explorado. Eran los bandidos. Sentí excitación y miedo. ¿'Nos atacarían? Yo, con mi capa raída, no debía de ser un objetivo muy atractivo, pero llevaba el laúd en su oscuro y lujoso estuche.

Tempi se había puesto la ropa de mercenario, roja y ceñida, para ir hasta el pueblo. ¿Disuadiría eso a un hombre armado con un arco? ¿O me tomaría por un trovador lo bastante rico para contratar a un guardaespaldas adem? Quizá pareciéramos una presa apetitosa.
Eché de menos el atrapaflechas que le había vendido a Kilvin, y me di cuenta de que el maestro tenía razón: la gente pagaría lo que le pidieran por ellos. En ese momento, yo habría dado por uno hasta el último penique que tenía en la bolsa.
Le hice signos a Tempi: aóéptación. Falsedad. Acuerdo.
—Una ciruela es una fruta dulce —dije al mismo tiempo que aguzaba el oído, atento a cualquier sonido revelador proveniente de la espesura.
¿Qué sería mejor, correr hacia los árboles y escondernos o fingir que no nos habíamos percatado de su presencia? ¿Qué podía hacer yo si nos atacaban? Llevaba en el cinto el puñal que le había comprado al calderero, pero no tenía ni idea de cómo utilizarlo. De pronto me di cuenta de lo poco preparado que estaba. ¿Qué demonios pintaba yo allí? Aquella situación me era completamente ajena. ¿Por qué me había enviado el maer?
Estaba empezando a sudar de preocupación cuando de pronto oí un chasquido y un rumor entre la maleza. Un venado de gran cornamenta salió de pronto de entre los árboles y, en tres ágiles brincos, cruzó el camino. Al cabo de un momento lo siguieron dos hembras. Una se paró en medio del camino, giró la cabeza y nos miró con curiosidad sacudiendo una larga oreja. Luego siguió a los otros y se perdió entre los árboles.

El corazón me latía muy deprisa, y solté una risita nerviosa. Me volví y miré a Tempi, que había desenvainado la espada. Con los dedos de la mano izquierda hizo el signo de vergüenza, y luego varios signos más, muy rápido, que no supe identificar.
Envainó la espada sin el más mínimo floreo. Fue un movimiento tan natural como meterse la mano en el bolsillo. Luego hizo un signo: frustración.
Asentí con la cabeza. Pese a que me alegraba de no tener un plantel de flechas en la espalda, al menos una emboscada nos habría proporcionado una pista de dónde estaban los bandidos. Acuerdo. Atenuar.
Seguimos caminando en silencio hacia Crosson.

Como pueblo, Crosson no era gran cosa. Veinte o treinta edificios rodeados de un bosque espeso. De no ser porque se encontraba en el camino real, seguramente ni siquiera habría merecido tener un nombre.
Pero como estaba en el camino real, tenía una tienda bastante bien surtida que abastecía a los viajeros y a las pocas granjas de la zona. También contaba con una pequeña casa de postas que hacía las veces de caballeriza y herrería, y una iglesia pequeña que hacía las veces de fábrica de cerveza.
Y una posada, por supuesto. Aunque La Luna Risueña no podía compararse con La Buena Blanca, estaba por encima de lo que podías esperar de un pueblo como aquel. Tenía dos plantas, tres habitaciones privadas y un cuarto de baño. En un gran letrero pintado a mano había una luna oronda con chaleco que se sujetaba la panza mientras reía a carcajadas.
Esa mañana, había cogido mi laúd con la esperanza de que me dejaran tocar a cambio de un poco de comida. Pero en realidad solo era una excusa. Estaba loco por cualquier excusa para tocar. Mi obligado silencio me minaba tanto como los murmullos de protesta de De, dan. No había pasado tanto tiempo sin mi música desde que vivía en las calles de Tarbean.
Tempi y yo le entregamos nuestra lista de provisiones a la anciana que regentaba la tienda. Cuatro hogazas grandes de pan de viaje, media libra de mantequilla, un cuarto de libra de sal, harina, manzanas secas, salchichas, una pieza de beicon, un saco de nabos, media docena de huevos, dos botones, plumas para emplumar las flechas de caza de Marten, cordones para botas, jabón y una piedra de afilar para sustituir la que había roto Dedan. En total, la compra ascendería a ocho sueldos de plata de la bolsa del maer, cada vez más vacía.
Tempi y yo nos dirigimos a la posada a comer algo, pues sabíamos que nuestras provisiones tardarían un par de horas en estar listas. Me sorprendió oír ruido proveniente de la taberna desde el otro lado de la calle. Los establecimientos como aquel solían estar llenos a partir de la última hora de la tarde, cuando los viajeros paraban a pasar la noche, y no en pleno día, cuando todos estaban en los campos o en el camino.
Cuando abrimos la puerta, se hizo el silencio en la habitación. Al principio pensé que los parroquianos se alegrarían de ver entrar a unmúsico, pero entonces vi que todos clavaban los ojos en el atuendo de mercenario de Tempi.
Habría en la taberna entre quince y veinte personas. Algunas estaban acodadas en la barra y otras, sentadas alrededor de las mesas, jsjo estaba tan llena como para que no encontráramos una mesa, pero pasaron un par de minutos hasta que la única camarera, bastante atareada, viniera a preguntarnos qué queríamos.
—¿Qué vais a tomar? —preguntó apartándose un sudado mechón de pelo de la cara—. Tenemos sopa de guisantes con tropezones de beicon y pudin de pan.
—Estupendo —dije—. ¿Puedes traernos también unas manzanas y un poco de queso?
—¿Y para beber?
—Para mí, sidra —contesté.
—Cerveza —dijo Tempi, y a continuación hizo un signo con dos dedos sobre el tablero de la

mesa—. Whisky pequeño. Whisky bueno.
La camarera asintió y dijo:
—Necesito ver vuestro dinero.
—¿Habéis tenido problemas últimamente? —pregunté arqueando una ceja.
La muchacha suspiró y miró al techo.
Le di tres medios peniques y se marchó. A esas alturas ya había descartado que fueran imaginaciones mías: los hombres que había en la taberna observaban sombríamente a Tempi.
Me volví hacia uno que estaba sentado a la mesa de al lado tomándose un cuenco de sopa tranquilamente.
—¿Qué pasa? ¿Es día de mercado?
Me miró como si yo fuera imbécil, y vi que tenía un cardenal en la mandíbula.
—En Crosson no hay día de mercado. Vamos, es que no hay mercado.
—Pasé por aquí hace poco y todo estaba muy tranquilo. ¿Por qué hoy hay tanta gente?
—Por lo de siempre —me contestó—. Buscan trabajo. Crosson es la última parada antes de adentrarse en lo más espeso del Eld. Las caravanas que saben lo que hacen contratan a un par de guardias más antes de continuar. —Dio un sorbo—. Pero últimamente han desplumado al que más y al que menos en el bosque. Ya no pasan tantas caravanas.
Eché un vistazo a la taberna. Los hombres no llevaban armadura, pero al fijarme bien distinguí en la mayoría los indicios de una vida mercenaria. Tenían más pinta de duros que los aldeanos corrientes. Más cicatrices, más narices rotas, más puñales y más aires.
El hombre dejó la cuchara en el cuenco vacío y se levantó.
—Por mí, ya os lo podéis quedar —dijo—. Llevo seis días aquí y únicamente he visto pasar cuatro carromatos. Además, solo un idiota se dirigiría hacia el norte a cambio de un jornal.
Cogió un gran macuto y se lo cargó a la espalda.
—Y con toda la gente que ha desaparecido, solo un idiota contrataría a guardias de refuerzo en un sitio como este. Voy a decirte una cosa, y gratis: seguramente, la mitad de estos cabrones apestosos te rebanarían el cuello la primera noche en el camino.
Un individuo ancho de espaldas y con una barba negra y desaliñada que estaba junto a la barra soltó una carcajada burlona.
—¡Eh, que no se te dé tirar a los dados no me hace a mí un criminal, cerdo! —dijo con marcado acento del norte—. Como me largues otra así, te doy el doble que ayer. Y con intereses.
El hombre con quien yo estaba hablando hizo un gesto que no hacía falta ser Adem para entender y fue hacia la puerta. El barbudo soltó una risotada.
Entonces nos trajeron las bebidas. Tempi se bebió la mitad del whisky de un trago y, repantigándose en el asiento, soltó un largo suspiro de satisfacción. Yo di un sorbo a la sidra.
Había pensado que quizá pudiera tocar un par de horas a cambio de la comida, pero no estaba tan loco como para tocar en una taberna donde solo había mercenarios frustrados.
Es decir, podría haberlo hecho. Al cabo de una hora, podría haberlos tenido riendo y cantando. Al cabo de dos, podría haberlos tenido llorando con la jarra de cerveza en la mano y pidiéndole disculpas a la camarera. Pero no a cambio de una comida. No, a menos que no hubiera tenido alternativa. Aquella taberna apestaba a problemas. Era una pelea esperando el momento de estallar. Cualquier artista de troupe que se preciara se habría dado cuenta.
El hombre de espaldas anchas cogió una jarra de madera y, con aire calculadamente despreocupado, vino hacia nuestra mesa y apartó una silla para sentarse. Compuso una sonrisa amplia y falsa detrás de la espesa barba negra y señaló a Tempi.
—Buenas —dijo lo bastante alto para que lo oyeran todos los que estaban en la barra—. Me llamo Tam. ¿Y tú?

Tempi le estrechó la mano; la suya parecía pequeña y pálida en la grandota y velluda de aquel tipo.
—Tempi.
Tam sonrió.
—¿Y puede saberse qué haces por aquí?
—Solo estamos de paso —intervine—. Nos conocimos en el camino y fue tan amable de acompañarme.
Tam me miró de arriba abajo con desdén.
—Contigo no hablaba, chico —gruñó—. Métete en tus asuntos.
Tempi permaneció callado, observando a Tam con la expresión serena y atenta de siempre. Vi que se llevaba una mano a la oreja y hacía un signo que no reconocí.
Tam dio un sorbo sin quitarle los ojos de encima a Tempi. Cuando bajó la jarra tenía mojada la barba alrededor de la boca, y se la secó con el antebrazo.
—Siempre me ha picado la curiosidad... —dijo lo bastante alto para que se lo oyera en toda la taberna—. Los Adem, ¿cuánto os sacáis vosotros, eh finolis?
Tempi me miró ladeando ligeramente la cabeza. Me di cuenta de que seguramente no entendía aquel acento tan cerrado.
—Quiere saber cuánto ganas —le expliqué.
—Complicado —dijo Tempi, haciendo un movimiento ambiguo con una mano.
Tam se inclinó sobre la mesa.
—Una caravana, por escoltarla, ¿cuánto les haces aflojar al día?
—Dos iotas —respondió Tempi encogiéndose de hombros—. Tres.
Tam soltó una carcajada lo bastante fuerte para que pudiera olerle el aliento. Pensé que apestaría, pero no: olía a sidra, dulce y con especias.
—¿Habéis oído, chicos? —gritó por encima del hombro—. Tres iotas al día. ¡Y casi no sabe ni hablar!
A esas alturas de la conversación, todos los demás estaban observando y escuchando, y esa información provocó un débil murmullo de irritación.
Tam se volvió de nuevo hacia nosotros.
—Aquí la mayoría se saca un penique al día, y eso si hay trabajo. Yo me saco dos porque se me dan bien los caballos y puedo levantar la trasera de un carromato si hace falta. —Hizo rodar los anchos hombros—. ¿Es que tú vales como veinte hombres en una pelea?
No sé qué entendió Tempi, pero me dio la impresión de que entendía perfectamente la última pregunta.
—¿Veinte? —dijo mirando alrededor—. No. Cuatro. —Extendió los dedos de la mano y la movió expresando incertidumbre—. Cinco.
Su respuesta no contribuyó a mejorar la atmósfera que reinaba en la estancia. Tam sacudió la cabeza y adoptó un gesto exagerado de desconcierto.
—Aunque me lo creyera —dijo—, eso solo significa que tendrías que sacarte cuatro o cinco peniques al día. No veinte. ¿Por...?
Esgrimí mi sonrisa más obsequiosa e intervine en la conversación:
—Mira, yo...
Tam golpeó fuertemente la mesa con su jarra, lanzando un chorro de sidra por los aires. Me dirigió una mirada amenazadora que no contenía ni una pizca de la falsa jovialidad que había aparentado hasta ese momento con Tempi.
—Chico —me dijo—, si me vuelves a interrumpir, te dejo sin dientes. —Lo dijo sin demasiado énfasis, como si estuviera informándome de que si me metía en el río, me mojaría.
Se volvió hacia Tempi y continuó:
—Venga, ¿por qué te crees tú que vales tres iotas al día?
—Quien me paga, paga esto. —Tempi levantó una mano—. Y esto. —Señaló el puño de su

espada—. Y esto. —Se tocó una de las correas de piel que le ceñían la distintiva camisa roja al pecho.
Tam dio una fuerte palmada en la mesa.
—¡Anda, ese es el secreto! —dijo—. ¡Me he de agenciar una camisa roja!
Los demás le rieron la gracia.
—No —dijo Tempi, meneando la cabeza.
Tam se inclinó hacia delante y tiró de una de las correas de Tempi, a la altura del hombro, con un grueso dedo.
—¿Me estás diciendo que no soy lo bastante bueno para ponerme una camisilla finolis como esta tuya? —Volvió a tirar de la correa.
—Sí —respondió Tempi con naturalidad—. No eres lo bastante bueno.
—¿Y si yo te digo que tu madre es una puta? —dijo Tam con una sonrisa diabólica en los labios.
La estancia se quedó en silencio. Tempi se volvió para mirarme. Curiosidad.
—¿Qué es puta?
Supongo que no os extrañará que esa no fuera una de las palabras que Tempi y yo habíamos intercambiado en el ciclo pasado. Me planteé mentir, pero no habría podido.
—Dice que tu madre es una persona a la que los hombres dan dinero a cambio de tener relaciones sexuales con ella.
Tempi miró al mercenario y asintió con la cabeza.
—Eres muy amable. Gracias.
El rostro de Tam se ensombreció, como si sospechara que se estaban burlando de él.
—Cobarde. Por un penique abollado te daría tal paliza que no te encontrarías la polla.
Tempi se volvió otra vez hacia mí.
—No entiendo a este hombre —dijo—. ¿Qué quiere, tener relaciones sexuales conmigo? ¿O quiere que peleemos?
Hubo un estruendo de risas, y, bajo la barba, el rostro de Tam se puso colorado como la sangre.
—Si no me equivoco, quiere pelear —dije tratando de contener la risa.
—Ah —repuso Tempi—. Y ¿por qué no lo dice? ¿Por qué todo este...? —Agitó los dedos de una mano y me miró con cara de extrañeza.
—¿Mariposeo? —sugerí. La seguridad de Tempi estaba ejerciendo un efecto tranquilizador sobre mí, y me dieron ganas de participar un poco. Después de ver la facilidad con que el Adem se las había apañado con Dedan, estaba impaciente por ver cómo le bajaba los humos a aquel imbécil.
—Si quieres pelear —dijo Tempi dirigiéndose de nuevo a Tam—, basta de mariposeo. —El Adem abrió un brazo abarcando el resto de la estancia—. Ve a buscar a alguien más que quiera pelear contigo. Trae a suficientes mujeres para sentirte seguro. ¿De acuerdo? —Mi breve momento de relajación se evaporó al instante cuando Tempi se volvió hacia mí y, con un tono de voz que reflejaba su exasperación, dijo—: Vosotros solo habláis.
Tam se dirigió pisando fuerte a la mesa donde sus amigos jugaban a los dados.
—Muy bien, ya le habéis oído todos. Ese pringado dice que vale por cuatro de nosotros, así que vamos a enseñarle de qué somos capaces cuatro de nosotros. Brenden, Vin, Jane, ¿os apuntáis?
Un tipo calvo y una mujer alta se pusieron en pie, sonrientes. Pero el tercero agitó una mano.
—Estoy demasiado borracho para pelear, Tam —dijo—. Pero para pelear con un camisa de sangre necesitaría estar el doble de borracho. Los he visto en acción y te aseguro que son de miedo.
Yo había presenciado más de una pelea de bar. Quizá creáis que en un sitio como la

Universidad no eran muy frecuentes, pero el licor es un detonante excelente. Después de seis o siete copas, no existe mucha diferencia entre un molinero que se ha peleado con su mujer y un joven alquimista al que le han ido mal los exámenes. Ambos están igual de ansiosos por pelarse los nudillos contra los dientes del primero que encuentren.
Hasta en el Eolio, que era un local refinado, había peleas de vez en cuando. Si te quedabas hasta bastante tarde, tenías muchas probabilidades de ver cómo dos nobles elegantemente vestidos se daban de bofetadas.
Lo que quiero decir es que los músicos ven muchas peleas. Hay gente que va a los bares a beber. Otros van a jugar a los dados. Otros van a buscar pelea, y otros, con la esperanza de ver pelear.
Normalmente, nadie se hace tanto daño como sería de esperar. Moretones y labios partidos suelen ser las lesiones más graves. Si tienes mala suerte, puede que pierdas un diente o te rompan un brazo, pero entre una pelea de bar amistosa y una paliza de callejón hay una diferencia enorme. Una pelea de bar tiene normas y un montón de árbitros espontáneos encargados de hacerlas cumplir. Si la cosa empieza a ponerse fea, los espectadores no dudan en intervenir para interrumpir el enfrentamiento, porque eso es lo que querrías que otros hicieran por ti.
Hay excepciones, desde luego. A veces se producen accidentes, y yo sabía muy bien, por el tiempo que había pasado en la Clínica, lo poco que cuesta hacerse un esguince en la muñeca o dislocarse un dedo. Para un arriero o un posadero, esas quizá sean lesiones menores; pero para mí, que me ganaba el sustento gracias a mi destreza manual, la idea de un pulgar roto era aterradora.
Vi que Tempi daba otro trago de whisky y se levantaba, y se me hizo un nudo en el estómago. Lo malo era que allí éramos extraños. Si las cosas se ponían feas, ¿podía confiar en que los enojados mercenarios intervendrían y detendrían la pelea? Un combate de tres contra uno no tendría nada de equilibrado, y si se ponía feo, se pondría feo muy deprisa.
Tempi dio un sorbo de cerveza y me miró con calma.
—Vigílame la espalda —dijo; se dio la vuelta y fue hacia los otros mercenarios.
Durante un segundo me impresionó su dominio de la lengua atur. En el poco tiempo que hacía que nos conocíamos, Tempi había pasado de ser prácticamente mudo a casi usar bien expresiones idiomáticas. Pero ese orgullo se desvaneció rápidamente, y me puse a pensar qué podía hacer para interrumpir la pelea si la situación se descontrolaba.
No se me ocurrió nada. No había previsto aquella situación, y no tenía ningún as en la manga. A falta de mejores opciones, saqué mi puñal y lo mantuve oculto debajo de la mesa. No tenía intención de apuñalar a nadie, pero al menos podría amenazarlos y ganar tiempo para llegar hasta la puerta.
Tempi evaluó a los tres mercenarios con la mirada. Tam le sacaba tres dedos de estatura y tenía las espaldas de un buey. Había un tipo calvo con cicatrices en la cara y una sonrisa malvada. Por último estaba la mujer, rubia, un palmo más alta que Tempi.
—Solo hay una mujer —observó Tempi mirando a Tam a los ojos—. ¿Es suficiente? Puedes traer una más.
La mercenaria se enfureció.
—¡Cállate, gallito! —le espetó—. Te voy a enseñar lo que sabe hacer una mujer.
Tempi asintió educadamente.
Empecé a relajarme al ver que Tempi seguía sin dar muestras de preocupación. Había oído contar historias, por supuesto, de que un solo mercenario adem podía derrotar a una docena de soldados regulares. ¿Podría vencer Tempi a aquellos tres a la vez? Desde luego, él parecía convencido…
Tempi los miró.
—Esta es la primera vez que peleo así. ¿Cómo empieza?

La palma de la mano con que sujetaba el puñal empezó a sudarme.
Tam dio unos pasos adelante hasta colocarse a escasos centímetros del pecho de Tempi. Lo miró desde arriba.
—Empezamos dándote una paliza de muerte. Luego te pateamos. Luego volvemos a empezar para asegurarnos dé que no nos hemos dejado nada. —Y nada más decir eso, le asestó a Tempi un golpe con la frente en toda la cara.
Se me cortó la respiración, y antes de que la hubiera recuperado, la pelea había terminado. Cuando el mercenario barbudo echó la cabeza hacia delante, supuse que Tempi se tambalearía hacia atrás, con la nariz rota y chorreando sangre. Pero fue Tam quien se tambaleó hacia atrás, aullando y tapándose la cara ensangrentada con ambas manos.
Tempi avanzó, agarró a Tam por el cuello con una mano y, sin esfuerzo aparente, lo lanzó contra el suelo, donde el mercenario aterrizó hecho un amasijo de brazos y piernas.
Sin vacilar ni un instante, Tempi se dio la vuelta y le pegó una patada en la cadera a la mujer, que se tambaleó. Mientras la mercenaria retrocedía, Tempi le propinó un puñetazo en un lado de la cabeza, y la mujer se derrumbó y quedó tendida en el suelo.
Entonces fue cuando intervino el calvo, con las manos extendidas, como un luchador. Rápido como una serpiente, le puso a Tempi una mano en el hombro y la otra en el cuello.
La verdad es que no puedo explicar qué pasó entonces. Hubo un torbellino de movimiento, y de pronto Tempi tenía al calvo sujeto por la muñeca y el hombro. El calvo gruñía y forcejeaba, pero Tempi se limitó a retorcerle el brazo hasta que el tipo se dobló por la cintura, mirando al suelo. Entonces Tempi lo derribó con una patada en la pierna.
Todo eso en menos tiempo del que he tardado en contarlo. Si no hubiera estado tan atónito, me habría puesto a aplaudir.
Tam y la mujer presentaban la típica inmovilidad de quien ha perdido el conocimiento, pero el calvo masculló algo e intentó ponerse en pie. Tempi se le acercó y le golpeó en la cabeza con una precisión aparentemente espontánea, y el hombre se desplomó.
Recuerdo que pensé que era el puñetazo más educado que jamás había visto. Era el golpe despreocupado con que un carpintero experto golpea un clavo: lo bastante fuerte para clavarlo bien, pero no excesivamente fuerte, para no estropear la madera.
Después de eso, la taberna se quedó muy silenciosa. Entonces, el hombre alto que no había querido pelear alzó su jarra para brindar, derramando un poco de cerveza.
—¡Bien hecho! —le dijo a Tempi riendo—. Si quieres darle con la bota a Tam aprovechando que está ahí tendido, nadie te lo reprochará. Dios sabe bien que él lo ha hecho muchas veces.
Tempi miró a su adversario como si considerara esa idea, pero meneó la cabeza y volvió a nuestra mesa en silencio. Era el centro de todas las miradas, pero esas miradas no eran tan sombrías como antes.
—¿Me has vigilado la espalda? —me preguntó al llegar a nuestra mesa.
Me quedé mirándolo, pasmado, y asentí con la cabeza.
—Y ¿qué has visto?
Entonces entendí a qué se refería: no a si le había guardado la espalda, sino a si se lá había observado.
—Que la tenías muy recta.
Aprobación.
—Tu espalda no está recta. —Levantó una mano, plana, apuntando hacia arriba y la inclinó hacia un lado—. Por eso tropiezas en el Ketan. Es...
Miró hacia abajo y se interrumpió, porque acababa de ver el puñal que yo tenía medio escondido en la capa. Frunció el entrecejo. Quiero decir que lo frunció como lo habría hecho yo. Era la primera vez que le veía hacerlo, y resultó asombrosamente intimidante.
—Ya hablaremos de eso más tarde —dijo. A un lado del cuerpo, hizo un signo: inmensa

desaprobación.
Me sentí castigado, como si hubiera pasado una hora ante las astas del toro. Agaché la cabeza y guardé el puñal.
Llevábamos horas andando en silencio, con los macutos cargados de provisiones, cuando Tempi habló por fin.
—Tengo que enseñarte una cosa. —Serio.
—Me gusta aprender cosas nuevas —dije, e hice el signo que, si no me equivocaba, significaba interesado.
Tempi fue hasta el margen del camino, dejó su macuto en el suelo y se sentó en la hierba.
—Tenemos que hablar del Lethani.
Necesité de todo mi autocontrol para no sonreír de oreja a oreja. Llevaba mucho tiempo queriendo sacar el tema a colación, porque habíamos intimado mucho más desde la primera vez que se lo había preguntado. Pero no quería volver a ofenderlo.
Me senté y me quedé un momento callado, en parte para serenarme, pero también para dar a entender a Tempi que abordaba aquel tema con respeto.
—El Lethani —dije—. Dijiste que no debía preguntar.
—Entonces no. Ahora quizá. Yo… —Inseguro—. Tengo muchas dudas. Pero ahora es preguntar.
Esperé un momento más para ver si Tempi continuaba hablando. Como no decía nada, le hice la pregunta obvia:
—¿Qué es el Lethani?Serio. Tempi se quedó mirándome largo rato, y de pronto soltó una carcajada.
—No lo sé. Y no puedo decírtelo. —Volvió a reír. Atenuar—. Pero tenemos que hablar de él.
Vacilé. No sabía si aquello era otro de sus chistes extraños, que yo nunca entendía.
—Es complicado —dijo—. Difícil en mi propio idioma. ¿En el tuyo? —Frustración—. Dime qué sabes del Lethani.
Traté de pensar cómo podía describir lo que había aprendido del Lethani utilizando solo las palabras que él sabía.
—He oído que el Lethani es un secreto que hace fuertes a los Adem.
—Sí —dijo Tempi—. Es verdad.
—Dicen que si sabes el Lethani, no puedes perder ninguna pelea.
Tempi volvió a asentir.
Sacudí la cabeza; sabía que no estaba expresándome bien.
—Dicen que el Lethani es un poder secreto. Los Adem guardan sus palabras dentro. —Hice como si recogiera algo, lo acercara a mi cuerpo y lo guardara en él—. Entonces esas palabras son como la leña del fuego. Ese fuego de palabras hace muy fuertes a los Adem. Muy rápidos. Piel de hierro. Por eso podéis pelear contra muchos hombres y derrotarlos.
Tempi me miraba fijamente. Hizo un signo que no reconocí.
—Eso son locuras —dijo por fin—. ¿Lo he dicho bien? ¿Locuras? —Sacó la lengua y puso los ojos en blanco, al mismo tiempo que agitaba los dedos a ambos lados de la cabeza.
No pude evitar reírme ante aquella exhibición.
—Sí. «Locuras» es correcto. También «tonterías».
—Entonces lo que has dicho es locura y también tontería.
—Pero lo que he visto hoy… —dije—. No se te ha roto la nariz cuando ese hombre te ha golpeado con la cabeza. Eso no es natural.
Tempi negó con la cabeza y se levantó.
—Ven. Levántate.
Me levanté, y Tempi se acercó más a mí.
—Pegar con la cabeza es inteligente. Es rápido. Puede asustar si oponente no está preparado. Pero yo no estoy no preparado.

Se acercó aún más, hasta que nuestros torsos casi se tocaron.
—Tú eres el hombre gritón —dijo—. Tu cabeza es dura. Mi nariz es blanda. —Estiró los brazos y me sujetó la cabeza con ambas manos—. Tú quieres esto. —Me bajó la cabeza, despacio, hasta que le toqué la nariz con la frente.
Entonces me soltó.
—Pegar con la cabeza es rápido. Para mí, poco tiempo. ¿Puedo moverme? —Me bajó la cabeza y se apartó, y esa vez mi frente le tocó la boca, como si Tempi me estuviera dando un beso—. Esto no es bueno. La boca es blanda.
Me echó la cabeza hacia atrás.
—Si soy muy rápido... —Dio un paso atrás y me agachó aún más la cabeza, hasta que le toqué el pecho con la frente. Me soltó, y yo me erguí—. Esto tampoco es bueno. Mi pecho no es blando. Pero ese hombre tiene una cabeza más dura que muchas cabezas.
Le chispearon un poco los ojos, y me reí al darme cuenta de que Tempi había hecho una broma.
—Bueno. —Volvió a colocarse en la posición inicial—. ¿Qué puede hacer Tempi? —Me indicó por señas lo que quería que hiciera—. Pega con la cabeza. Despacio. Te enseño.
Un poco nervioso, agaché lentamente la cabeza como si intentara romperle la nariz a Tempi. Imitando la lentitud de mis movimientos, Tempi se inclinó hacia delante y metió un poco la barbilla. No se notó mucho la diferencia, pero esa vez, cuando agaché la cabeza, mi nariz chocó contra su coronilla.
Tempi retrocedió.
—¿Lo ves? Inteligente. No locura de fuego de palabras.
—Lo has hecho muy deprisa —dije, un tanto avergonzado—. No lo he visto.
—Sí. Pelear es rápido. Entrenas para ser rápido. Entrenas, no fuego de palabras.
Hizo el signo de interesado y me miró a los ojos, algo raro en él.
—Te digo esto porque tú eres el jefe. Necesitas saber. Si crees que tengo técnicas secretas y piel de hierro... —Desvió la mirada y sacudió la cabeza. Peligroso.
Volvimos a sentarnos junto a nuestros macutos.
—Eso lo oí en una historia —dije a modo de explicación—. Una historia como las que contamos por la noche alrededor de la hoguera.
—Pero tú —me señaló—. Tú tienes fuego en las manos. Tienes... —Chasqueó los dedos, y luego los agitó para representar unas llamas que se avivan de repente—. ¿Tú haces eso y crees que los Adem tenemos fuegos de palabras dentro?
—Por eso te pregunto qué es el Lethani —dije encogiéndome de hombros—. Parece una locura, pero yo he visto locuras que eran ciertas, y siento curiosidad. —Vacilé un momento antes de hacerle mi otra pregunta—: Has dicho que el que conoce el Lethani no puede perder ninguna pelea.
—Sí. Pero no con fuegos de palabras. El Lethani es un tipo de conocimiento. —Tempi hizo una pausa y meditó sus palabras—. El Lethani es lo más importante. Todos los Adem aprenden. Los mercenarios aprenden dos veces. Shehyn aprende tres veces. Lo más importante. Pero complicado. Lethani es... muchas cosas. Pero nada que toques o señales. Los Adem piensan toda la vida en el Lethani. Muy difícil.
«Problema —continuó—. No es mi sitio enseñar a mi jefe. Pero tú eres mi alumno en idioma. Las mujeres enseñan el Lethani. Yo no soy mujer. Es parte de la civilización y tú eres un bárbaro. —Ligero disgusto—. Pero tú quieres ser civilización. Y necesitas el Lethani.
—Explícamelo —insistí—. Intentaré entenderlo.
Tempi asintió con la cabeza.
—El Lethani es hacer las cosas correctas.
Esperé pacientemente a que continuara. Al cabo de un minuto hice un signo: frustración.
—Ahora tú preguntas. —Inspiró hondo y repitió—: El Lethani es hacer las cosas correctas.

Intenté pensar en un ejemplo arquetípico de algo correcto.
—Entonces, el Lethani es dar de comer a un niño hambriento.
Tempi hizo aquel signo que significaba sí y no, haciendo oscilar la mano plana.
—El Lethani no es hacer una cosa. Lethani es la cosa que nos enseña.
—¿Lethani significa normas? ¿Leyes?
—No. —Tempi señaló el bosque que nos rodeaba—. La ley es de fuera, controladora. Es el... el metal en la boca del caballo. Y las correas de la cabeza. —Interrogante.
—¿La brida y el bocado? —pregunté, e hice como si le pusiera las riendas por la cabeza a un caballo.
—Sí. La ley es la brida y el bocado. Controla desde fuera. El Lethani... —me señaló entre los ojos, y luego el pecho— vive dentro. Lethani ayuda a decidir. La ley existe porque muchos no entienden el Lethani.
—Y con el Lethani una persona no necesita obedecer las leyes.
Pausa.
—Quizá. —Frustración. Tempi desenvainó su espada y la sujetó paralela al suelo, con el filo hacia arriba—. Si fueras pequeño, caminar por esta espada sería el Lethani.
—¿Doloroso para los pies? —pregunté en un intento dé darle un tono menos grave a la conversación. Diversión.
Ira. Desaprobación.
—No. Difícil caminar. Fácil caer a un lado. Difícil quedarse.
—¿El Lethani es muy recto?
—No. —Pausa—. ¿Cómo se llama cuando hay mucha montaña y solo un sitio para andar?
—¿Un sendero? ¿Un desfiladero?
—Desfiladero. —Tempi asintió—. El Lethani es como un desfiladero en la montaña. Se dobla. Complicado. El desfiladero es un camino fácil. Unico camino para pasar. Pero no es fácil verlo. El sendero que es fácil muchas veces no atraviesa las montañas. A veces no va a ningún sitio. Te mueres de hambre. Te caes en agujero.
—Entonces el Lethani es el camino correcto para atravesar las montañas.
Acuerdo parcial. Emoción.
—Es el camino correcto para atravesar montañas. Pero el Lethani también es saber el camino correcto. Ambas cosas. Y las montañas no son solo montañas. Las montañas son todo.
—Entonces el Lethani es civilización.
Pausa. Sí y no. Tempi sacudió la cabeza. Frustración.
Recordé que Tempi había dicho que los mercenarios tenían que aprender el Lethani dos veces.
—¿El Lethani es pelear? —pregunté.
—No.
Lo dijo con una certeza tan absoluta que tuve que preguntarle lo contrario para asegurarme.
—¿El Lethani es no pelear?
—No. El que conoce el Lethani sabe cuándo pelear y cuándo no pelear. —Muy importante.
Decidí cambiar de dirección.
—¿Hoy era del Lethani que pelearas?
—Sí. Para demostrar que el Adem no tiene miedo. Sabemos que los bárbaros creen que no pelear es ser cobarde. Cobarde es débil. No es bueno que ellos piensen. Y como muchos miran, pelear. También para demostrar que un Adem vale por muchos.
—¿Y si te hubieran ganado?
—Entonces los bárbaros sabrían que Tempi no vale por muchos. —Ligera diversión.
—Si hubieran ganado ellos, ¿la pelea de hoy no sería del Lethani?

—No. Si te caes y te rompes una pierna en el desfiladero, todavía es un desfiladero. Si yo fallo siguiendo el Lethani, todavía es el Lethani. —Serio—. Por eso estamos hablando ahora. Hoy. Con tu puñal. Eso no era del Lethani. No era una cosa correcta.
—Temía que te hicieran daño.
—El Lethani no echa raíces en el miedo —dijo como si recitara.
—¿Dejar que te hirieran sería del Lethani?
Encogió los hombros.
—Quizá.
—¿Sería del Lethani dejar que te... —énfasis extremo— hirieran?
—Quizá no. Pero no me hirieron. Ser el primero con el puñal no es del Lethani. Si ganas y eres el primero con el puñal, no ganas. —Inmensa desaprobación.
No entendí aquella última afirmación.
—No entiendo —dije.
—El Lethani es acción correcta. Camino correcto. Momento correcto. —De pronto el rostro de Tempi se iluminó—. El viejo comerciante —dijo con visible entusiasmo—. En las historias con los paquetes. ¿Cómo se llama?
—¿El calderero?
—Sí. El calderero. ¿Cómo debes tratar a esos hombres?
Lo había entendido, pero quería saber qué pensaba el Adem.
—¿Cómo?
Tempi me miró y apretó los dedos: irritación.
—Debes ser amable y ayudarlos. Y hablar bien. Siempre educado. Siempre.
Asentí con la cabeza.
—Y si te ofrecen algo, debes plantearte comprarlo.
Tempi hizo un gesto triunfante.
—¡Sí! Puedes hacer muchas cosas cuando te encuentras a un calderero. Pero solo una cosa correcta. —Se tranquilizó un poco. Cautela—. Pero el Lethani no es solo hacer. Primero saber, luego hacer. Eso sí es el Lethani.
Reflexioné un momento sobre eso.
—Entonces, ¿ser educado es del Lethani?
—No educado. No amable. No bueno. No deber. El Lethani no es nada de eso. Cada momento. Cada elección. Todos diferentes. .—Me lanzó una mirada penetrante—. ¿Entiendes?
—No.
Felicidad. Aprobación. Tempi se levantó y asintió con la cabeza. —Es bueno saber que no sabes. Es bueno decirlo. Eso también es del Lethani.

88 Escucha

Cuando llegamos al campamento, Tempi y yo encontramos un ambiente asombrosamente jovial. Dedan y Hespe se sonreían y Marten había conseguido cazar un pavo salvaje para la cena.
Así que comimos y bromeamos. Y después de lavar los platos, Hespe contó su historia sobre el chico enamorado de la luna, empezando de nuevo por el principio. Dedan permaneció milagrosamente callado, y yo me atreví a pensar que nuestro grupito por fin, por fin empezaba a convertirse en un equipo.
A Jax no le costó mucho seguir a la luna porque en aquella época la luna estaba siempre llena. Colgaba en el cielo, redonda como una taza, reluciente como una vela, inalterable. Jax caminó días y días hasta que le salieron ampollas en los pies. Caminó meses y meses soportando el peso de sus fardos. Caminó años y años y se hizo alto y delgado, duro y hambriento.
Cuando necesitaba comida, la cambiaba por algún artículo que encontraba en los fardos del calderero. Lo mismo cuando se le gastaba la suela de los zapatos. Jax hacía las cosas a su manera, y se volvió listo y astuto.
Y entretanto, Jax pensaba en la luna. Cuando creía que ya no podía dar ni un paso más, se ponía los anteojos y la contemplaba, redonda, en el cielo. Y cuando la veía, notaba un lento estremecimiento en el pecho. Y con el tiempo empezó a pensar que estaba enamorado.
Llegó el día en que el camino que seguía Jax atravesó Tinué, como hacen todos los caminos. Siguió recorriendo el gran camino de piedra hacia el este, hacia las montañas.El camino ascendía y ascendía. Jax se comió el último pan y el último queso que le quedaba. Se bebió hasta la última gota de agua y la última gota de vino. Caminó varios días sin comer ni beber, y la luna seguía creciendo en el cielo nocturno.
Cuando empezaban a fallarle las fuerzas, Jax remontó una cuesta y vio a un anciano sentado junto a la entrada de una cueva. Tenía una larga barba gris y llevaba una larga túnica gris. No tenía pelo en la cabeza ni calzado en los pies. Tenía los ojos abiertos y la boca cerrada.
Al ver a Jax, el rostro del anciano se iluminó. Se levantó y sonrió.
—¡Hola, hola! —lo saludó con su clara y hermosa voz—. Te encuentras muy lejos de todo. ¿Cómo está el camino de Tinué?
—Largo —contestó Jax—. Y duro y cansado.
El anciano invitó a Jax a que se sentara. Le llevó agua, leche de cabra y fruta. Jax comió con avidez, y luego ofreció al hombre a cambio un par de zapatos que llevaba en un fardo.
—No hace falta, no hace falta —dijo el anciano alegremente, agitando los dedos de los pies —. Pero de todas formas, gracias por ofrecérmelos.
—Como quieras —dijo Jax, encogiéndose de hombros—. Pero ¿qué haces aquí, tan lejos de todo?
—Encontré esta cueva mientras perseguía el viento —contestó el anciano—. Decidí quedarme porque este lugar es perfecto para lo que yo hago.
—Y ¿qué haces? —preguntó Jax.
—Soy el que escucha —respondió el anciano—. Escucho lo que las cosas tengan que decir.
—Ah —dijo Jax con cautela—. Y ¿este es un buen sitio para hacer eso?
—Sí, muy bueno. Excelente —confirmó el anciano—. Para aprender a escuchar como es debido tienes que alejarte mucho de la gente. —Sonrió—. ¿Qué te trae a mi pequeño rincón del cielo?
—Busco a la luna.

—Eso es muy fácil —dijo el anciano apuntando al cielo—. La vemos casi todas las noches, si el tiempo lo permite.
—No. Yo quiero atraparla. Si pudiera estar con ella, creo que sería feliz.
El anciano lo miró con seriedad.
—¿Quieres atraparla? ¿Cuánto tiempo llevas persiguiéndola?
—He perdido la cuenta de los años y los kilómetros.El anciano cerró los ojos un momento y asintió con la cabeza.
—Sí, puedo oírlo en tu voz. Lo tuyo no es ningún capricho pasajero. —Se inclinó y acercó una oreja al pecho de Jax. Cerró los ojos otro largo rato y se quedó muy quieto—. Oh —dijo en voz baja—, qué triste. Tu corazón está roto y nunca has tenido oportunidad de utilizarlo.
Jax cambió de postura, un tanto turbado.
—¿Cómo te llamas? —preguntó Jax—. Si no te molesta que te lo pregunte.
—No, no me molesta que me lo preguntes —repuso el anciano—. Siempre que a ti no te moleste que no te conteste. Si tuvieras mi nombre, tendrías poder sobre mí, ¿no?
—Ah, ¿sí?
—Por supuesto. —El anciano frunció el entrecejo—. Eso es así. Aunque no parece que sepas escuchar, es mejor tener cuidado. Si consiguieras atrapar aunque solo fuera un trocito de mi nombre, tendrías algún poder sobre mí.
Jax se preguntó si aquel hombre podría ayudarlo. Aunque no parecía muy corriente, Jax sabía que la suya tampoco era una misión corriente. Si hubiera estado intentando atrapar una vaca, le habría pedido ayuda a un granjero. Pero para atrapar a la luna, quizá necesitara la ayuda de un anciano extraño.
—Has dicho que tú perseguías el viento —dijo Jax—. ¿Llegaste a atraparlo?
—En algunos aspectos, sí —respondió el anciano—. Y en otros, no. Esa pregunta puede interpretarse de muchas maneras, ¿me explico?
—¿Podrías ayudarme a atrapar a la luna?
—Quizá pueda darte algún consejo —dijo el anciano de mala gana—. Pero primero deberías reflexionar sobre esto, chico. Cuando quieres algo, tienes que asegurarte de que eso te quiere a ti, porque si no, pasarás muchos apuros persiguiéndolo.
Hespe no miró a Dedan cuando dijo eso. Miró a todos menos a Dedan, y por eso no vio la impotencia y aflicción reflejadas en su rostro.
—¿Cómo puedo saber si me quiere? —preguntó Jax.
—Podrías escucharla —dijo el anciano casi con timidez—. A veces, eso hace maravillas. Yo podría enseñarte a escuchar.
—¿Cuánto tardarías?
—Un par de años —respondió el anciano—. Más o menos. Depende de si tienes un don para ello. Escuchar como es debido no es fácil. Pero cuando le cojas el truco, conocerás a la luna casi tan bien como te conoces a ti mismo.
Jax negó con la cabeza.
—Es demasiado tiempo. Si consigo atraparla, podré hablar con ella. Podré hacer...
—Bueno, eso es parte del problema —le interrumpió el anciano—. En realidad no quieres atraparla. En realidad no. ¿Piensas seguirla por el cielo? Claro que no. Lo que quieres es, conocerla. Eso significa que necesitas que la luna venga a ti.
—¿Cómo puedo conseguir eso?
—Bueno, esa es la cuestión, ¿verdad? —dijo el anciano sonriendo—. ¿Qué tienes tú que a la luna pueda interesarle? ¿Qué puedes ofrecerle a la luna?
—Solo puedo ofrecerle lo que llevo en estos fardos.
—No me refería a eso —masculló el anciano—. Pero si quieres, podemos echar un vistazo a lo que tienes.
El ermitaño revisó el primer fardo y encontró muchas cosas de utilidad. El segundo fardo

contenía objetos más caros y más raros, pero no más útiles.
Entonces el anciano vio el tercer fardo.
—Y ¿qué llevas allí?
—Ese nunca he podido abrirlo—dijo Jax—. El nudo se me resiste.
El ermitaño cerró los ojos un momento y escuchó. Entonces abrió los ojos, miró a Jax y frunció el entrecejo.
—El nudo dice que intentaste romperlo. Que lo forzaste con un cuchillo. Que lo mordiste con los dientes.
—Es verdad—admitió Jax, sorprendido—. Ya te lo he dicho, intenté abrirlo por todos los medios.
—No por todos —dijo el ermitaño con retintín. Levantó el fardo hasta que el nudo del cordón le quedó a la altura de los ojos—. Lo siento muchísimo, pero ¿te importaría abrirte? —Hizo una pausa—. Sí. Te pido perdón. No volverá a hacerlo.
El nudo se deslió. El ermitaño miró en el interior del fardo, abrió mucho los ojos y dejó escapar un débil silbido.
Pero cuando el anciano desplegó el fardo en el suelo, Jax dejó caer los hombros. Esperaba encontrar dinero, piedras preciosas, algún tesoro que pudiera regalar a la luna. Pero lo único que contenía aquel fardo era un trozo de madera retorcido, una flauta de piedra y una cajita de hierro.
La flauta fue lo único que le llamó la atención a Jax. Estaba hecha de una piedra de color verde claro.
—Cuando era pequeño tenía una flauta —dijo Jax—. Pero se rompió, y nunca pude arreglarla.
—Todo esto es admirable —comentó el ermitaño.
—La flauta es bonita —dijo Jax encogiendo los hombros—. Pero ¿para qué sirven un trozo de madera y una caja demasiado pequeña para guardar nada?
—¿No los oyes? —preguntó el ermitaño meneando la cabeza—. La mayoría de las cosas susurran. Estas cosas gritan. —Señaló el trozo de madera retorcido—. Si no me equivoco, eso es una casa plegable. Y muy bonita, por cierto.
—¿Qué es una casa plegable?
—Puedes doblar un trozo de papel varias veces hasta hacerlo muy pequeño, ¿verdad? —El anciano señaló el trozo de madera—. Pues una casa plegable es lo mismo. Solo que es una casa, por supuesto.
Jax cogió el trozo de madera retorcido e intentó enderezarlo. De pronto tenía en las manos dos trozos de madera que parecían el marco de una puerta.
—¡No la despliegues aquí! —gritó el anciano—. ¡No quiero una casa delante de mi cueva tapándome el sol!
Jax intentó juntar de nuevo los dos trozos de madera.
—¿Por qué no puedo volver a plegarla?
—Supongo que porque no sabes —respondió el anciano—. Te sugiero que esperes hasta que sepas dónde quieres ponerla y que no la despliegues del todo hasta entonces.
Jax dejó la madera con cuidado y cogió la flauta.
—¿Esto también es especial? —Se la llevó a los labios, sopló y produjo un trino parecido al de un chotacabras.
Hespe sonrió socarronamente, se llevó un silbato a los labios y sopló: «Ta-ta DII. Ta-ta DII».
Como todo el mundo sabe, el chotacabras es un ave nocturna, y no sale mientras brilla el sol. Sin embargo, una docena de chotacabras descendieron y se posaron alrededor de Jax, mirándolo con curiosidad y parpadeando bajo la intensa luz del sol.
—Yo creo que es algo más que una flauta normal y corriente —comentó el anciano.
—¿Y la caja? —Jax estiró un brazo y la cogió. Era oscura, y fría, y lo bastante pequeña para

guardarla en un puño.
El anciano se estremeció y desvió la mirada.—Está vacía.
—¿Cómo lo sabes, si no has mirado dentro?
—Escuchando —respondió el anciano—. Me sorprende que no lo oigas. Es la cosa más vacía que he oído jamás. Tiene eco. Sirve para guardar cosas.
—Todas las cajas sirven para guardar cosas.
—Y todas las flautas sirven para tocar música cautivadora —replicó el anciano—. Pero esa flauta es algo más. Con la caja pasa lo mismo.
Jax miró la caja un momento y la dejó c'on cuidado en el suelo. Entonces empezó a atar el tercer fardo, con los tres tesoros dentro.
—Me parece que voy a continuar mi camino —dijo Jax.
—¿Estás seguro de que no quieres quedarte un mes o dos aquí? —preguntó el anciano—. Podrías aprender a escuchar un poco mejor. Escuchar es útil.
—Ya me has dado algunas cosas en qué pensar —repuso Jax—.
Y creo que tienes razón: no debería perseguir a la luna. Debería hacer que la luna venga a mí.
—Eso no es exactamente lo que yo he dicho —murmuró el anciano. Pero lo dijo con resignación. Como era un oyente experto, sabía que no lo estaban escuchando.
Jax se marchó a la mañana siguiente, siguiendo a la luna por las montañas. Al final encontró un terreno extenso y llano acurrucado entre las cumbres más altas.
Jax sacó el trozo de madera retorcido y, trozo a trozo, empezó a desplegar la casa. Tenía toda la noche por delante y esperaba tenerla terminada antes de que la luna apareciera en el cielo.
Pero la casa era mucho más grande de lo que él había imaginado; no era una casita de campo, sino una mansión. Es más, desplegarla resultó más complicado de lo que Jax había imaginado. Cuando la luna llegó a lo alto del cielo, todavía le faltaba mucho para terminar.
Quizá Jax se diera prisa por eso. Quizá fuera imprudente. O quizá fuera que Jax seguía teniendo mala suerte.
El caso es que desplegó una mansión magnífica, inmensa. Pero no encajaba bien. Había escaleras que en lugar de subir iban de lado. A algunas habitaciones les faltaban paredes, y otras tenían demasiadas. Muchas habitaciones carecían de techo, y dejaban ver un cielo extraño cuajado de estrellas que Jax no reconocía.
En aquella casa todo estaba un poco torcido. En una habitación podías mirar ppr la ventana y ver flores de primavera, mientras que al otro lado del pasillo las ventanas estaban cubiertas de escarcha. Podía ser la hora del desayuno en el salón de baile, mientras que la luz del crepúsculo se filtraba en la habitación de al lado.
Como en aquella casa nada era cierto, ni las puertas ni las ventanas cerraban bien. Podían estar cerradas, incluso con llave, pero nunca podías fiarte. Y como era una mansión inmensa, tenía muchas puertas y ventanas, de modo que había muchas formas de entrar y salir.
Jax no le dio importancia a nada de todo eso. Subió corriendo a la torre más alta y se llevó la flauta a los labios.
Tocó una dulce canción bajo un firmamento despejado. No era un simple trino de pájaro, sino una canción que salía de su corazón roto. Era triste e intensa. Revoloteaba como un pájaro con un ala rota.
Al oírla, la luna descendió a la torre. Pálida, redonda y hermosa, se plantó frente a Jax en todo su esplendor, y por primera vez en su vida, Jax sintió un atisbo de gozo.
Entonces hablaron, en lo alto de la torre. Jax le contó su vida, su apuesta con el calderero y su largo y solitario viaje. La luna escuchaba, reía y sonreía.
Pero al final se quedó mirando el cielo con nostalgia.

Jax sabía qué significaba aquello.
—Quédate conmigo —suplicó—. Solo puedo ser feliz si eres mía.
—Debo irme —replicó ella—. El cielo es mi hogar.
—Yo he construido un hogar para ti —dijo Jax mostrándole su enorme mansión con un ademán—. Aquí hay suficiente cielo para ti. Un cielo vacío, para ti sola.
—Debo irme —insistió ella—. Ya llevo demasiado tiempo aquí.
Jax levantó una mano como si fuera a agarrarla, pero se detuvo.
—Aquí podemos tener el tiempo que queramos —dijo—. En tu dormitorio puede ser invierno o primavera, según lo desees.
—Debo irme —dijo la luna mirando hacia arriba—. Pero volveré. Soy inalterable. Y si tocas la flauta para mí, volveré a visitarte.
—Te he ofrecido tres cosas —dijo él—. Una canción, un hogar y mi corazón. Si quieres irte, ¿por qué no me ofreces tres cosas a cambio?
La luna, desnuda, rió y extendió los brazos mostrándole la palma de las manos.
—¿Qué tengo yo que pueda regalarte? Pero si puedo dártelo, pídeme y yo te daré.
Jax tenía la boca seca.
—Primero te pediría una caricia de tu mano.
—Una mano estrecha la otra, y te concederé lo que me pides.
Estiró un brazo y lo acarició con una mano suave y fuerte. Al principio parecía fría, y luego maravillosamente caliente. A Jax se le erizó el vello de los brazos.
—Después te suplicaría un beso —dijo.
—Una boca saborea la otra, y te concederé lo que me pides.
Se inclinó hacia Jack. Su aliento era dulce, y sus labios, firmes como una fruta. Aquel beso le cortó la respiración a Jax, y por primera vez en su vida, en su boca asomó un amago de sonrisa.
—Y ¿cuál es tu tercera petición? —preguntó la luna. Tenía los ojos oscuros e inteligentes, y su sonrisa era sincera y cómplice.
—Tu nombre —suspiró Jax—. Así podré llamarte.
—Un cuerpo… —empezó la luna avanzando con ansia hacia Jax. Entonces se detuvo—. ¿Solo mi nombre? —preguntó deslizando una mano alrededor de la cintura de Jax.
Jax asintió.
La luna se le acercó más y le susurró al oído:
—Ludis.
Jax sacó la cajita negra de hierro, cerró la tapa y atrapó el nombre de la luna.
—Ahora tengo tu nombre —dijo con firmeza—. Así pues, tengo dominio sobre ti. Y te digo que debes quedarte conmigo eternamente, para que yo pueda ser feliz.
Y así fue. La caja ya no estaba fría. Estaba caliente, y Jax notaba el nombre de la luna dentro, revoloteando como una palomilla contra el cristal de una ventana.
Quizá Jax cerrara la caja demasiado despacio. Quizá no la cerrara bien. O quizá sencillamente tuviera tan mala suerte como siempre. Pero al final solo consiguió atrapar un trozo del nombre de la luna, y no el nombre entero.
Por eso Jax puede tener para él la luna un tiempo, pero ella siempre se le escapa. Sale de la mansión rota de Jax y vuelve a nuestro mundo. Aun así, él tiene un trozo de su nombre, y por eso ella siempre debe regresar a su lado.
Hespe nos miró con una sonrisa en los labios.
—Y por eso la luna siempre cambia. Y ahí es donde la tiene Jax cuando nosotros no la vemos en el cielo. Jax la atrapó y todavía la guarda. Pero solo él sabe si es o no feliz.
Hubo un largo silencio.
—Es una historia preciosa —declaró Dedan.
Hespe agachó la cabeza y, pese a que la luz del fuego no dejaba verlo bien, habría apostado

un penique a que se había sonrojado. Hespe la dura, a quien yo creía incapaz de ruborizarse.
—He tardado mucho tiempo en recordarla entera —comentó—. Mi madre me la contaba cuando yo era pequeña. Todas las noches, siempre la misma historia. Decía que la había aprendido de su madre.
—Pues tendrás que contársela a tus hijas —repuso Dedan—. Es una historia demasiado bonita para dejarla tirada por el camino.
Hespe sonrió.
Por desgracia, aquel momento de paz fue como la calma que precede a la tormenta. Al día siguiente, Hespe hizo un comentario que enojó a Dedan, y durante dos horas no pudieron mirarse sin bufar como gatos furiosos.
Dedan intentó convencernos a todos de que debíamos abandonar la búsqueda y alistarnos como guardias de caravana con la esperanza de que los bandidos nos atacaran. Marten dijo que aquello era como buscar una trampa para osos metiendo un pie dentro. Marten tenía razón, pero eso no fue óbice para que Dedan y el rastreador se pasaran dos días lanzándose pullas.
Dos días más tarde, Hespe dio un chillido de alarma asombrosamente infantil mientras se bañaba. Corrimos a socorrerla, creyendo que habían llegado los bandidos, pero encontramos a Tempi desnudo, metido en el arroyo con el agua hasta las rodillas. Hespe estaba de pie, a medio vestir y empapada, en la orilla. A Marten la situación le pareció comiquísima. A Hespe no. Y si Dedan no montó en cólera y atacó a Tempi fue únicamente porque no sabía cómo atacar a un hombre desnudo sin mirarlo y sin tocarlo.
El día siguiente amaneció neblinoso y húmedo, y eso nos puso de mal humor a todos y entorpeció aún más nuestra búsqueda.
Entonces empezó la lluvia.

89 Desperdiciando la luz

Llevábamos cuatro días nublados y lluviosos. Al principio los árboles nos habían proporcionado algún cobijo, pero pronto descubrimos que las hojas retenían el agua de lluvia, y al menor soplo de viento se precipitaba un aluvión de gotas que habían ido acumulándose a lo largo de horas. En consecuencia, tanto si en ese momento llovía como si no, constantemente nos caía agua encima, y estábamos siempre empapados.

Habíamos dejado de contar historias después de cenar. Marten se resfrió, y a medida que empeoraba iba poniéndose huraño y sarcástico. Y dos días antes se nos había mojado el pan. Quizá os parezca un problema insignificante, pero si alguna vez habéis intentado comeros un trozo de pan mojado después de todo un día caminando bajo la lluvia, ya sabéis de qué humor te pone eso.

Dedan estaba verdaderamente insoportable. Protestaba y se quejaba hasta de las tareas más sencillas. La última vez que había ido al pueblo a buscar provisiones había comprado una botella de dreg en lugar de patatas, mantequilla y cuerdas de arco. Hespe lo dejó en Crosson y él no volvió al campamento hasta casi medianoche, apestando a alcohol y cantando tan alto que hasta los muertos se habrían tapado los oídos.

No me molesté en reprenderlo. Yo tenía la lengua afilada, como buen artista de troupe, pero era evidente que Dedan era inmune a mis sarcasmos. En lugar de eso, esperé hasta que Dedan cayó dormido, tiré el dreg que quedaba al fuego y dejé la botella sobre las brasas para que la viera al día siguiente. Después de eso, Dedan dejó de murmurar constantemente de mí con desprecio y se sumió en un frío silencio. Aquel silencio resultaba agradable, pero yo sabía que era una mala señal.Como todos estábamos malhumorados, decidí que cada uno buscaría el rastro de los bandidos por su cuenta. En parte, porque si andábamos sobre las huellas de otro por el suelo mojado removeríamos la tierra y dejaríamos también un rastro; pero la otra razón era que sabía que si enviaba a Dedan y a Hespe juntos, acabarían peleándose y alertarían a los bandidos que pudiera haber en quince kilómetros a la redonda.

Llegaba al campamento chorreando y muy desanimado. Resultó que las botas que había comprado en Severen no eran impermeables, y absorbían el agua de lluvia como esponjas. Por la noche podía secarlas con el calor de la hoguera y haciendo, con discreción, un poco de simpatía. Pero al día siguiente, nada más dar tres pasos, volvían a estar empapadas. Así que, para colmo, tenía los pies fríos y mojados desde hacía varios días.

Llevábamos veintinueve días en el Eld, y cuando remonté la pequeña cresta tras la que se ocultaba nuestro último campamento, vi a Dedan y Hespe sentados uno a cada lado de la hoguera, ignorándose el uno al otro. Hespe engrasaba su espada. Dedan removía distraídamente la tierra con un palo.

Yo tampoco estaba de humor para muchas pláticas. Confiando en que aquel silencio se prolongara un poco más, me acerqué a la hoguera sin decir nada, Pero no había fuego.

—¿Qué ha pasado con el fuego? —pregunté. Era una pregunta estúpida. Lo que había pasado era bastante evidente: habían dejado que se apagara, y solo quedaban trozos de leña chamuscados y cenizas mojadas.

—Hoy no me toca a mí ir a buscar leña —dijo Hespe con enojo.

Dedan seguía removiendo la tierra con el palo. Me fijé en que tenía un cardenal incipiente en la mejilla.

Yo solo quería un poco de comida caliente y diez minutos con los pies secos. Eso no me haría feliz, pero me haría un poco menos desgraciado de lo que me había sentido todo el

día.
—Me sorprende que vosotros dos sepáis mear sin ayuda —les espeté.
Dedan me miró con odio.
—¿Qué quieres decir con eso?
—Cuando Alveron me pidió que le hiciera este trabajo, me aseguró que contaría con la ayuda de personas adultas, y no de un puñado de colegiales.—Tú no sabes lo que esa me... —saltó Dedan.
Lo corté.
—No me importa. No me importa saber por qué os estáis peleando. No me importa lo que Hespe te haya lanzado. Lo que me importa es que el fuego se ha apagado. ¡Tehlu que estás en las alturas, un perro bien entrenado me ayudaría más!
El semblante de Dedan se endureció revelando su agresividad habitual.
—A lo mejor, así...
—Cállate —le ordené—. Preferiría'oír a un asno rebuznando que perder el tiempo escuchando tus tonterías. Cuando vuelvo al campamento, espero encontrar fuego y un plato de comida. Si esto es demasiado para vosotros, iré a Crosson a buscar a un crío de cinco años para que os haga de niñera a los dos.
Dedan se levantó. El viento sopló entre los árboles, y unas gruesas gotas repiquetearon en el suelo.
—Pues te vas a comer un plato que no podrás digerir, chico.
Apretó los puños. Yo me metí una mano en el bolsillo y cogí el fetiche de Dedan que había modelado días antes. Noté que se me hacía un nudo de miedo y rabia en el estómago.
—Si das un solo paso hacia mí, Dedan, te haré tanto daño que me suplicarás a gritos que te mate. —Lo miré a los ojos—. Ahora estoy un poco irritado. Ni se te ocurra hacerme enfadar.
Dedan se paró, y me pareció oír cómo pensaba en todas las historias que había oído sobre Táborlin el Grande, en fuego y rayos. Hubo un largo silencio mientras nos mirábamos con fijeza, sin parpadear.
Afortunadamente, Tempi regresó en ese momento al campamento y rompió la tensión. Un tanto avergonzado, me acerqué a las brasas de la hoguera para ver si podía reavivar el fuego. Dedan se alejó pisando fuerte entre los árboles, con suerte en busca de leña. Me importaba un comino si la que traía era de renel o no.
Tempi se sentó junto a la hoguera apagada. Si no hubiera estado tan atareado, quizá habría detectado algo raro en sus movimientos. Pero no lo sé, quizá no. Es difícil interpretar el estado de ánimo de los Adem, incluso si eres un bárbaro medianamente educado.
Mientras reavivaba poco a poco el fuego, empecé a lamentar cómo había manejado la situación. Eso fue lo único que me impidió emprenderla a golpes contra Dedan cuando apareció cargado de leña húmeda y la dejó caer al borde de mi fuego casi resucitado, desmontándolo.Marten llegó poco después de que yo hubiera reconstruido la hoguera por segunda vez. Se sentó a mi lado y extendió las manos. Tenía los ojos hundidos y con ojeras.
—¿Te encuentras algo mejor? —le pregunté.
—Sí, muchísimo. —Tenía una marcada ronquera, bastante peor que aquella mañana. Me preocupaban el ruido que hacía al respirar, la neumonía, la fiebre.
—Puedo preparar una infusión que te aliviará un poco la garganta —propuse sin abrigar grandes esperanzas. Marten había rechazado todas mis ofertas de ayuda en los últimos días.
Titubeó, pero al final asintió con la cabeza. Mientras yo calentaba el agua, Marten tuvo un violento ataque de tos que duró casi un minuto. Si esa noche no paraba de llover, tendríamos que ir al pueblo y esperar a que Marten se recuperara. No podía arriesgarme a que cogiera una neumonía ni a que revelara nuestra posición a los centinelas de los bandidos con un ataque de tos.
Le di la infusión; Tempi, sentado junto al fuego, se rebulló.

—Hoy he matado a dos hombres —declaró.
Se produjo un largo silencio de perplejidad. La lluvia golpeaba el suelo alrededor de nosotros. El fuego silbaba y chisporroteaba.
—¿Qué?—pregunté, incrédulo.
—Me atacan dos hombres detrás de los árboles —dijo Tempi con calma.
Me froté la nuca.
—Maldita sea, Tempi, ¿por qué no has dicho nada hasta ahora?
Me miró sin alterarse, y sus dedos trazaron un círculo. Era un signo que yo no conocía.
—Matar a dos hombres no es fácil—dijo.
—¿Te han herido? —preguntó Hespe.
Tempi desvió su fría mirada hacia ella. Ofendido. Yo había interpretado mal su comentario anterior: no era la pelea en sí lo que había resultado difícil. Lo difícil era el hecho de haber matado a dos hombres.
—He necesitado este tiempo para calmar mis pensamientos. También espero hasta que todos estamos aquí.
Intenté recordar el signo de disculpa, pero tuve que contentarme con pena.
—¿Qué ha pasado? —pregunté con serenidad, aferrándome a los deshilachados bordes de mi paciencia.
Tempi hizo una pausa para escoger sus palabras.—Buscaba rastro y dos hombres saltan desde los árboles.
—¿Cómo eran? —preguntó Dedan adelantándose a mí.
Otra pausa.
—Uno alto como tú, los brazos más largos que yo, más fuerte que yo pero lento. Más lento que tú. —El rostro de Dedan se ensombreció, como si no estuviera muy seguro de si debía sentirse insultado—. El otro era más bajo y más rápido. Ambos tenían espadas anchas y gruesas. Con doble filo. Así de largas. —Separó las manos unos tres palmos.
Pensé que aquella descripción revelaba más sobre Tempi que sobre los hombres a los que se había enfrentado.
—¿Dónde ha sido? ¿Cuándo?
Tempi apuntó en la dirección en que había estado rastreando.
—Menos de dos kilómetros. Menos de una hora.
—¿Crees que te estaban esperando?
—No estaban allí cuando yo he pasado —dijo Marten a la defensiva. Tosió con una tos húmeda y desgarradora, desde lo más hondo del pecho, y escupió una sustancia viscosa en el suelo—. Si estaban esperándolo, no podían llevar mucho rato allí'
Tempi encogió los hombros de forma elocuente.
—¿Qué clase de armadura llevaban? —preguntó Dedan.
Tempi se quedó quieto un momento; entonces estiró un brazo y me dio unos golpecitos en la bota.
—¿Esto?
—¿•Cuero?—pregunté.
—Sí, cuero. Duro, y con algo de metal.
Dedan se relajó un poco.
—Al menos es algo. —Se quedó pensativo. De pronto levantó la cabeza y clavó los ojos en Hespe—. ¿Qué pasa? ¿Por qué me miras así?
—No te he mirado —dijo Hespe con frialdad.
—Sí lo has hecho. Has puesto los ojos en blanco. —Miró a Marten—. Tú has visto cómo ponía los ojos en blanco, ¿verdad?
—Cerrad el pico —les gruñí a los dos. Y sorprendentemente, me obedecieron. Me froté los ojos con el pulpejo de las manos y medité un momento sin interrupciones sobre nuestra

situación—. ¿Cuánta luz nos queda, Marten?
Marten miró al cielo, de color pizarra.
—Calculo que una hora y media de luz como esta —dijo con voz ronca—. Suficiente para localizarlos. Luego, quizá un cuarto de hora de luz muy mala. El sol se ocultará deprisa tras esas nubes.—¿Te apetece darte un paseo más? —le pregunté.
—Si encontramos a esos desgraciados esta noche, mucho mejor —me contestó, y su sonrisa me sorprendió—. Ya me han tenido bastante tiempo pateándome este maldito bosque.
Asentí con la cabeza, estiré un brazo y cogí un pellizco de ceniza húmedo de aquel lamentable fuego. Lo froté cuidadosamente con los dedos, que luego restregué en un paño pequeño que me guardé en la capa. No sería una buena fuente de calor, pero era mejor que nada.
—Muy bien —dije—. Tempi nos guiará hasta los cadáveres, y entonces veremos si podemos seguir el rastro hasta su campamento. —Me levanté.
—¡Eh! —exclamó Dedan alzando las manos—. ¿Y nosotros?
—Hespe y tú os quedaréis aquí vigilando el campamento. —Me mordí la lengua para no añadir: «Ya ver si mantenéis vivo el fuego».
—¿Por qué? Vayamos todos. ¡Podemos liquidarlos esta noche! —Se puso de pie.
—¿Y si son una docena? —pregunté con todo mi sarcasmo.
Dedan no respondió de inmediato, pero tampoco se rindió.
—Contaremos con el factor sorpresa.
—No contaremos con el factor sorpresa si los cinco nos estamos paseando por allí —dije acaloradamente.
—Entonces, ¿por qué vas tú? —me preguntó Dedan—. Pueden ir solo Tempi y Marten.
—Yo voy porque necesito saber a qué nos enfrentamos. Yo soy el que va a preparar el plan que nos permitirá salir de esta con vida.
—Y ¿por qué iba a preparar nuestro plan un pardillo como tú?
—Estamos desperdiciando la luz —terció Marten con hastío.
—Tehlu bendito, menos mal que hay alguien sensato. —Miré a Dedan—. Nos vamos. Vosotros os quedáis. Es una orden.
—¿Una orden? —repitió Dedan, incrédulo.
Nos miramos el uno al otro amenazadoramente; entonces me di la vuelta y seguí a Tempi hacia los árboles. Se oyeron truenos por encima de nuestras cabezas. El viento agitó las ramas de los árboles llevándose aquella interminable llovizna. Y entonces empezó a llover en serio.

90 Digno de una canción

Tempi levantó las ramas de pino que cubrían a los dos hombres. Tendidos con cuidado boca arriba, parecía que durmieran. Me arrodillé junto al más corpulento de los dos, pero antes de que pudiera examinarlo, noté una mano en mi hombro. Me volví y vi a Tempi sacudiendo la cabeza.
—¿Qué pasa? —pregunté. Nos quedaba menos de una hora de luz. Encontrar el campamento de los bandidos sin que nos descubrieran iba a ser difícil; hacerlo a oscuras y en medio de una tormenta podía ser una pesadilla.
—No debes —me dijo. Firme. Serio—. Molestar a los muertos no es del Lethani.
—Necesito saber quiénes son nuestros enemigos. Estos cadáveres pueden darme información que nos ayudará.
Hizo un mohín con los labios. Desaprobación.
—¿Magia?
Negué con la cabeza.
—Solo mirar. —Me señalé los ojos y me di unos golpecitos en la sien—. Pensar.
Tempi asintió con la cabeza. Pero cuando me volví hacia los cadáveres, volví a notar su mano en el hombro.
—Debes preguntar. Son mis muertos.
—Ya has accedido —le recordé.
—Preguntar es correcto —insistió él.
Inspiré hondo.
—¿Puedo examinar tus cadáveres, Tempi?
El Adem hizo una cabezada formal.
Miré a Marten, que examinaba meticulosamente su arco bajo un árbol cercano.
—¿Podrías buscar su rastro? —le pregunté. Marten asintió y se separó del árbol—. Yo empezaría por allí. —Apunté hacia el sur, entre dos crestas.
—Sé hacer mi trabajo —repuso él colgándose el arco del hombro y poniéndose en marcha.
Tempi se apartó un par de pasos, y yo volví a concentrarme en los cadáveres. Uno era bastante más corpulento que Dedan, un verdadero toro. Eran mayores de lo que yo había imaginado, y tenían las manos encallecidas de años de estar usando armas. Aquellos hombres no eran jóvenes granjeros descontentos. Eran veteranos.
—Ya tengo su rastro —anunció Marten. Me sobresalté, porque el débil susurro de la lluvia no me dejó oírlo acercarse—. Está más claro que el agua. Hasta un sacerdote borracho sabría seguirlo.
Un relámpago recorrió el cielo, acompañado de un trueno. Empezó a llover más fuerte. Fruncí el entrecejo y me ceñí la empapada capa del calderero.
Marten echó la cabeza hacia atrás y dejó que la lluvia le cayera en la cara.
—Me alegro de que por fin el tiempo nos ayude un poco —comentó—. Cuanto más llueva, más fácil será entrar y salir de su campamento. —Se fue a secar las manos en la camisa chorreante y encogió los hombros—. Además, no podemos mojarnos más de lo que ya lo estamos.
—Tienes razón —dije, y me levanté.
Tempi tapó los cadáveres con las ramas, y Marten nos guió hacia el sur.
Marten se arrodilló para examinar algo que había visto en el suelo, y yo aproveché la ocasión para alcanzarlo.
—Nos siguen —le dije sin molestarme en bajar la voz. Estaban al menos veinte metros por

detrás de nosotros, y al atravesar las ramas de los árboles, la lluvia producía un ruido parecido al de las olas en el rompiente.
Marten asintió e hizo como si señalara algo en el suelo.
—Creía que no los habías visto.
Sonreí y me aparté el agua de la cara con una mano mojada.
—No eres el único que tiene ojos. ¿Cuántos crees que son?
—Dos, quizá tres.
Tempi se acercó a nosotros.
—Dos —dijo con seguridad.
—Yo solo he visto a uno —admití—. ¿A qué distancia estamos de su campamento?
—No lo sé. Podría estar detrás de la próxima colina. Podría estar a kilómetros de distancia. Sigue habiendo dos rastros, y no huelo ningún fuego. —Se levantó y echó a andar por el sendero sin mirar atrás.
Al apartar una rama baja para dejar pasar a Tempi, percibí un movimiento detrás de nosotros que no tenía nada que ver con el viento ni con la lluvia.
—Después de la próxima cresta les tenderemos una trampa.
—Me parece muy buena idea —convino Marten.
El rastreador nos indicó por señas que esperáramos, se agachó y avanzó hasta lo alto de una pequeña colina. Combatí el impulso de girar la cabeza mientras Marten se asomaba por encima de la cresta y saltaba al otro lado.
Hubo un fulgurante destello cuando cayó un rayo cerca de donde nos hallábamos. El trueno retumbó como si me golpearan el pecho con un puño. Me sobresalté. Tempi se levantó.
—Esto es como el hogar —dijo esbozando una ligera sonrisa. Ni siquiera intentaba apartarse el agua de la cara.
Marten nos hizo señas con la mano; fuimos hasta la cresta de la colina y pasamos al otro lado. Una vez allí, donde no podía vernos quien nos estuviera siguiendo, miré rápidamente alrededor.
—Ve siguiendo las huellas hasta esa pícea torcida, y luego vuelve describiendo un círculo. —Señalé—. Tempi se esconde aquí. Marten detrás de ese árbol caído. Yo me quedaré detrás de esa roca. Marten dará el primer paso. Haz lo que te parezca, pero seguramente lo mejor sería que esperaras hasta que hayan pasado ese tocón. Intenta dejar al menos a uno con vida, pero no podemos permitir que se nos escapen ni que hagan demasiado ruido.
—¿Qué vas a hacer tú? —me preguntó Marten mientras nos apresurábamos a dejar unas buenas huellas hasta la pícea.
—Yo me apartaré. Vosotros dos estáis más capacitados que yo para estas cosas. Pero si es necesario, tengo un par de trucos a punto. —Llegamos al árbol—. ¿'Preparados?
Marten parecía un poco asustado por mi repentino aluvión de órdenes, pero ambos asintieron y fueron rápidamente a ocupar sus puestos.
Di un rodeo y me escondí detrás de un afloramiento rocoso. Desde aquella posición aventajada podía ver las huellas que habíamos dejado en el barro, mezcladas con el rastro que habíamos seguido. Más allá vi a Tempi colocándose detrás del tronco de un grueso roble. A su derecha, Marten armó el arco, tensó la cuerda hasta el hombro y esperó, inmóvil como una estatua.
Saqué el trapo en que había restregado el pellizco de ceniza y un trocito de hierro y los sujeté con una mano. Se me revolvió el estómago al recordar para qué nos habían enviado allí: para dar caza y matar a unos hombres. Cierto, eran forajidos y asesinos, pero hombres al fin y al cabo. Respiré hondo e intenté relajarme.
Notaba la superficie de la roca, fría y rugosa, contra mi mejilla. Agucé el oído, pero solo oía el continuo repiqueteo de la lluvia. Combatí el impulso de inclinarme hacia delante y asomarme por el borde de la roca para ampliar mi campo de visión. Volvió a destellar un

relámpago, y estaba contando los segundos que tardaba en sonar el trueno cuando vi aparecer a un par de figuras.
Noté un súbito calor en el pecho.
—¡Dispárales, Marten! —grité.
Dedan se dio rápidamente la vuelta, y cuando salí de mi escondite, ya estaba plantado frente a mí con la espada en alto. Hespe, algo más comedida, se paró con la suya a medio desenvainar.
Escondí el puñal; me acerqué a Dedan y me quedé a unos pasos de él. Cuando retumbó el trueno, lo miré a los ojos y le sostuve la mirada. Su expresión era desafiante, y no me molesté en disimular mi ira. Al cabo de un largo minuto de silencio, Dedan desvió la vista fingiendo que necesitaba apartarse el agua de los ojos.
—Guarda eso —dije apuntando a su espada con la barbilla. Tras un segundo de vacilación, Dedan obedeció. Entonces me guardé la delgada hoja de acero que tenía en la mano en el forro de la capa—. Si fuéramos bandidos, ya estaríais muertos. —Miré a Hespe, y luego de nuevo a Dedan—. Volved al campamento.
Dedan mudó la expresión.
—Estoy harto de que me hables como si fuera un crío. —Me amenazó con un dedo—. Llevo mucho más tiempo que tú en este mundo. No soy estúpido.
Reprimí varias respuestas airadas que no habrían hecho más que empeorar las cosas.
—No tengo tiempo para discutir contigo. Nos estamos quedando sin luz, y vosotros nos estáis poniendo en peligro. Volved al campamento.
—Deberíamos acabar con esto esta noche —replicó él—. Ya nos hemos cargado a dos; seguramente solo quedan cinco o seis. Podemos sorprenderlos en la oscuridad, en medio de la tormenta. Pum. Zas. Mañana a la hora de comer podemos estar en Crosson.
—¿Y si son una docena? ¿Y si son veinte? ¿Y si se esconden en una granja? ¿Y si encuentran nuestro campamento cuando no haya nadie allí? Todas nuestras provisiones, nuestra comida y mi laúd podrían desaparecer, y podrían tendernos una trampa cuando regresáramos.
Y todo porque no habéis podido esperar una hora. —El rostro de Dedan enrojeció peligrosamente, y me di la vuelta—. Volved al campamento. Ya hablaremos esta noche.
—No, maldita sea. Voy a ir con vosotros, y tú no podrás hacer nada para impedírmelo.
Apreté las mandíbulas. Lo peor era que Dedan tenía razón: yo no tenía forma de imponer mi autoridad. No podía hacer nada aparte de someterlo con el fetiche de cera que había hecho. Y sabía que esa era la peor opción, porque además de convertir a Dedan en mi enemigo declarado, también pondría a Hespe y a Marten en mi contra.
Miré a Hespe.
—¿Qué haces tú aquí?
Hespe le lanzó una mirada rápida a Dedan.
—Quería venir solo. He pensado que era mejor que siguiéramos juntos. Y nos lo hemos pensado bien. Nadie va a encontrar nuestro campamento. Lo hemos escondido todo y hemos apagado el fuego antes de venir.
Di un suspiro y me guardé el trapo con el pellizco de ceniza, ya inútil, en un bolsillo de la capa. Claro, habían apagado el fuego.
—Pero estoy de acuerdo con Dedan —añadió Hespe—. Deberíamos acabar con ellos esta noche.
Miré a Marten.
El rastreador me lanzó una mirada de disculpa.
—Mentiría si dijera que no estoy deseando acabar con esto —dijo, y se apresuró a añadir—: Si podemos hacerlo bien. —Habría dicho algo más, pero las palabras se atascaron en su garganta y empezó a toser.

Miré a Tempi, que me devolvió la mirada.
Lo peor era que en el fondo estaba de acuerdo con Dedan: quería acabar con aquello. Quería una cama caliente y una comida decente. Quería llevar a Marten a un sitio seco. Quería volver a Severen y disfrutar de la gratitud de Alveron. Quería encontrar a Denna, pedirle perdón y explicarle por qué me había marchado sin decirle nada.Solo un loco nada contra la corriente.
—Está bien. —Alcé los ojos hacia Dedan—. Si muere alguno de tus amigos, será culpa tuya.
—Vi pasar por su cara una pizca de incertidumbre, que desapareció cuando Dedan apretó las mandíbulas. Había hablado demasiado para que su orgullo le permitiera echarse para atrás.
Lo amenacé con un dedo.
—Pero de ahora en adelante, todos haréis lo que os mande. Escucharé vuestras propuestas, pero las órdenes las daré yo. —Paseé la vista alrededor. Marten y Tempi asintieron de inmediato, y Hespe los imitó solo un segundo más tarde. Dedan lo hizo más lentamente.
Lo miré.
—Júramelo. —Dedan entrecerró los ojos—. Si haces alguna payasada esta noche cuando estemos atacando, podríamos morir todos. No confío en ti. Preferiría abandonar que hacer esto con alguien en quien no confío.
Hubo otro momento de tensión, pero antes de que se prolongara demasiado, Marten intervino:
—Venga, Den. El chico sabe lo que hace. Ha montado esta emboscada en cuatro segundos.
—Con tono jocoso, añadió—: Además, no está tan mal como el capullo de Brenwe, y por aquel trabajito no nos pagaban tan bien.
—Sí, supongo que tienes razón —dijo Dedan esbozando una sonrisa—. Si acabamos con esto esta noche.
Yo no tenía ninguna duda de que Dedan haría lo que le diera la gana si se le antojaba.
—Júrame que obedecerás mis órdenes.
Se encogió de hombros y desvió la mirada.
—Sí. Lo juro.
No era suficiente.
—Júralo por tu nombre.
Dedan se apartó la lluvia de la cara y me miró, desconcertado.
—¿Cómo dices?
Lo miré a los ojos y, en tono solemne, dije:
—Dedan, ¿harás lo que te ordene esta noche, sin cuestionarlo y sin vacilar? Dedan, ¿lo juras por tu nombre?
Trasladó el peso del cuerpo de una pierna a la otra, y entonces se irguió un poco.
—Sí, lo juro por mi nombre.
Me acerqué más a él y, en voz baja, dije: «Dedan». Al mismo tiempo, calenté un poco el fetiche de cera que tenía en el bolsillo, lo suficiente para que Dedan lo notara, aunque solo fuese un momento.
Vi que abría mucho los ojos, y le dediqué mi mejor sonrisa de Táborlin el Grande. Era una sonrisa llena de secretos, amplia, confiada y bastante petulante. Era una sonrisa que, por sí sola, contaba toda una historia.
—Ahora tengo tu nombre —dije con un hilo de voz—. Tengo dominio sobre ti.
La cara que puso Dedan compensaba un* mes de lamentos y gruñidos. Me aparté y dejé que la sonrisa desapareciera, rápida como un relámpago. Con la facilidad con que te quitas una máscara. Eso haría que Dedan se preguntara qué expresión era la verdadera: la de joven inofensivo o la de Táborlin que acababa de vislumbrar.
Me di la vuelta antes de estropearlo.

—Marten irá delante reconociendo el terreno. Tempi y yo lo seguiremos a una distancia de cinco minutos. Así, Marten tendrá tiempo de localizar a los centinelas y volver a avisarnos. Vosotros dos nos seguiréis a una distancia de diez minutos.
Miré a Dedan y alcé ambas manos con los dedos extendidos.
—Diez minutos. Es más lento, pero más seguro así. ¿Alguna propuesta? —Nadie dijo nada—. Muy bien. Adelante, Marten. Vuelve si te topas con algún problema.
—Cuenta con ello —dijo, y enseguida se perdió de vista entre aquella masa verde y marrón de hojas, corteza, rocas y lluvia.
Tempi y yo seguíamos el rastro juntos, saltando de un escondrijo a otro. Llovía a cántaros y la luz empezaba a menguar, pero al menos no teníamos que preocuparnos por el ruido, pues los truenos producían un estruendo constante.
Marten apareció sin avisar entre la maleza y nos hizo señas para que nos cobijáramos bajo un arce inclinado.
—El campamento está justo ahí delante —dijo—. Hay huellas por todas partes, y he visto la luz de su fuego.
—¿Cuántos son?
—No me he acercado tanto —respondió Marten sacudiendo la cabeza—. En cuanto he visto otras huellas diferentes, he vuelto. No quería que siguierais el rastro equivocado y os perdierais.
—¿A qué distanpia?—A un minuto gateando. Podríais ver su fuego desde aquí, pero su campamento está al otro lado de una cresta.
Escudriñé los rostros de mis dos compañeros bajo la débil luz. Ninguno de los dos parecía nervioso. Era evidente que servían para aquel trabajo y estaban bien entrenados. Marten era un buen rastreador y un buen arquero. Tempi poseía la legendaria habilidad de los Adem.
Tal vez yo también habría estado tranquilo si hubiera tenido la oportunidad de preparar algún plan, algún truco de simpatía que inclinara la balanza a nuestro favor. Pero Dedan había destruido todas mis esperanzas insistiendo en que atacáramos esa noche. Yo no tenía nada, ni siquiera una precaria relación con un fuego lejano.
Puse fin a esos pensamientos antes de que convirtieran mi ansiedad en pánico.
—Entonces, en marcha—dije, satisfecho con el tono calmado de mi voz.
Empezamos a gatear los tres mientras la última luz del día se desangraba en el cielo. En la penumbra, me costaba ver a Marten y a Tempi, y eso me tranquilizó. Si a mí me costaba, desde lejos sería casi imposible que nos avistaran los centinelas.
Al poco rato vi la luz de la hoguera reflejada en la parte inferior de las ramas más altas de los árboles que teníamos enfrente. Me agaché y seguí a Marten y a Tempi, que treparon por un pronunciado terraplén, resbaladizo a causa de la lluvia. Me pareció distinguir algo que se movía un poco más adelante.
Entonces estalló un relámpago que me deslumbró en la creciente oscuridad, pero justo antes, una luz asombrosamente blanca iluminó el terraplén fangoso.
Plantado en la cresta había un hombre muy alto, con un arco tensado. Tempi estaba agachado a escasos metros, paralizado en el acto de afianzar los pies en el terraplén. Por encima de él estaba Marten. El rastreador había puesto una rodilla en el suelo y también tensaba el arco. El relámpago me mostró todo aquello con un gran destello, y luego me cegó. El trueno llegó al cabo de un instante, ensordeciéndome también. Me tiré al suelo y rodé, y se me pegaron hojas y tierra a la cara.
Al abrir los ojos, lo único que vi fueron las chiribitas azuladas que el relámpago había dejado danzando ante mis ojos. No se oyó ningún grito de alerta. Si el centinela había proferido alguno, el trueno lo había ahogado. Me quedé inmóvil hasta que mis ojos se adaptaron de nuevo a la oscuridad. Tardé un largo y angustiante segundo en encontrar a Tempi. Estaba

en el terraplén, unos cinco metros más arriba, arrodillado junto a una figura oscura: el centinela.

Me acerqué a ellos escarbando entre los helechos húmedos y las hojas enfangadas. Volvió a centellear un relámpago, esa vez más débil, y vi el asta de una de las flechas de Marten sobresaliendo, sesgada, del pecho del centinela. Las plumas se habían soltado, y el viento las agitaba como si fueran una bandera diminuta y empapada.

—Muerto —dijo Tempi cuando Marten y yo estuvimos lo bastante cerca para oírle.

Yo tenía mis dudas. Ni siquiera una herida profunda en el pecho mataba a un hombre tan deprisa. Pero al acercarme más vi el ángulo de la flecha. Era un disparo al corazón. Miré a Marten, asombrado.

—Un disparo digno de una canción —dije en voz baja.

—He tenido suerte —repuso quitándole importancia, y dirigió la atención hacia lo alto de la cresta, a solo unos palmos de nosotros—. Espero que me quede un poco —dijo, y empezó a trepar.

Mientras trepaba tras él, reparé en Tempi, que seguía arrodillado junto al centinela abatido. Se inclinaba sobre él como si le susurrara algo al oído.

Entonces vi el campamento, y toda la curiosidad que pudiera sentir por las peculiaridades de los Adem se esfumó de mi mente.

91 Llama, trueno, árbol partido

La cresta en la que estábamos agazapados formaba un amplio semicírculo, acogiendo el campamento de los bandidos en el centro de una medialuna protectora. Así pues, el campamento se encontraba en el fondo de una extensa hondonada. Desde nuestra posición, vi que la parte de la hondonada que quedaba abierta lindaba con un arroyo que describía una curva.

El tronco de un roble gigantesco se alzaba como una columna en el centro de la hondonada, protegiendo el campamento con sus enormes ramas. A ambos lados del roble había sendas hogueras. De no ser por la lluvia, ambas habrían ardido ostentosamente, pero en medio de la tormenta apenas arrojaban luz suficiente para que se viera el campamento.

Llamarlo campamento quizá sea engañoso; tal vez sería mejor llamarlo acuartelamiento. Había seis tiendas de campaña bajas y a dos aguas, la mayoría para dormir y almacenar material. La séptima era casi un pequeño pabellón, rectangular y lo bastante grande para alojar a varios hombres de pie.

Cerca de las hogueras había seis hombres sentados en unos bancos improvisados. Estaban encorvados y abrigados para protegerse de la lluvia, y todos tenían la mirada endurecida y resignada de los soldados expertos.

Me agaché detrás de la cresta y me sorprendió comprobar que no sentía ni pizca de miedo. Me volví hacia Marten y aprecié un brillo salvaje en su mirada.

—¿Cuántos crees que son? —le pregunté.

Parpadeó, pensativo.

—Hay al menos dos en cada tienda. Si su cabecilla ocupa la tienda grande, son trece en total, y hemos matado a tres. De modo que quedan diez. Como mínimo diez. —Se pasó la lengua por los labios, nervioso—. Pero podrían dormir hasta cuatro en cada tienda, y en la grande hasta cinco además del jefe. Entonces serían treinta, menos tres.

—De modo que como mínimo nos superan dos contra uno —calculé—. ¿Te gusta esa proporción?

Desvió la mirada hacia el borde de la cresta y luego me miró otra vez.

—Dos contra uno no está mal. Contamos con el factor sorpresa, y estamos muy cerca. —Hizo una pausa y tosió tapándose la boca con la manga. Escupió—. Pero ahí abajo hay veinte. Me lo dicen mis huevos.

—¿Podrás convencer a Dedan?

—Sí, me creerá. En realidad no es tan imbécil como parece.

—Muy bien. —Cavilé un momento. Todo había pasado más deprisa de lo que lleva contarlo. De modo que, pese a que habían sucedido muchas cosas, Dedan y Hespe todavía tardarían cinco o seis minutos en llegar—. Ve y diles que den media vuelta —le dije a, Marten—. Luego reúnete otra vez con Tempi y conmigo.

Marten no parecía convencido.

—¿Seguro que no quieres venir conmigo? No sabemos cuándo van a cambiar la guardia.

—Tengo a Tempi. Además, solo serán un par de minutos. Quiero ver si puedo contarlos mejor.

Marten se alejó, y Tempi y yo nos arrastramos hasta lo alto de la cresta. Al cabo de un momento, Tempi se acercó más a mí, hasta que su costado izquierdo se apretó contra mi costado derecho.

Entonces me fijé en algo que se me había pasado por alto: había unos postes de madera repartidos por todo el campamento.

—¿Postes? —pregunté a Tempi clavando un dedo en el suelo para ilustrar a qué me refería. Asintió con la cabeza para indicar que me había entendido y se encogió de hombros. Deduje que debían de ser para atar los caballos o para tender la ropa. Aparté aquello de mi mente y me concentré en otros asuntos más urgentes.
—¿Qué crees que deberíamos hacer?
Tempi permaneció un rato callado.
—Matar unos cuantos. Marcharnos. Esperar. Otros vienen. Nosotros... —Hizo la pausa característica que significaba que no encon-traba la palabra que quería utilizar—. ¿Saltar detrás de los árboles?
—Los atacamos por sorpresa.
Tempi asintió.
—Los atacamos por sorpresa. Esperamos. Matamos al resto. Explicamos al maer.
Asentí. No era la solución rápida que nos habría gustado, pero era la única opción sensata ante un grupo tan numeroso de hombres. Cuando volviera Marten, los tres asestaríamos el primer golpe. Calculé que, teniendo a nuestro favor el factor sorpresa, Marten podría darles a tres o cuatro con su arco antes de que nos viéramos obligados a huir. Seguramente no los mataría a todos, pero cualquier bandido con una herida de flecha significaría una amenaza menor para nosotros en los días posteriores.
—¿Alguna otra manera?
—Ninguna que sea del Lethani—dijo Tempi tras una larga pausa.
Como ya había visto lo que quería ver, me dejé resbalar unos metros con cuidado y volví a ocultarme tras la cresta. Me estremecí; seguía lloviendo a cántaros. Noté más frío del que hacía un par de minutos atrás, y empecé a temer que Marten me hubiera contagiado su resfriado. Era lo último que me faltaba.
Vi acercarse a Marten y me disponía a explicarle nuestro plan cuando me di cuenta de que tenía cara de pánico.
—¡No los encuentro! —me susurró, histérico—He ido hasta el punto donde deberían estar, pero no estaban allí. O han dado la vuelta, que lo dudo, o se han quedado demasiado rezagados y han acabado siguiendo las huellas que no tocaba.
Sentí un frío que no tenía nada que ver con aquella lluvia incesante.
—¿Puedes seguirles la pista?
—Si pudiera, ya lo habría hecho. Pero en la oscuridad, todas las huellas parecen iguales. ¿Qué vamos a hacer? —Me agarró un brazo; comprendí, por la expresión de su mirada, que estaba al borde del pánico—. Creerán que nosotros ya hemos explorado por donde ellos van y no tendrán ningún cuidado. ¿Qué podemos hacer?
Me metí la mano en el bolsillo donde tenía el simulacro de Dedan.
—Yo los encontraré.
Pero antes de que pudiera hacer nada, se oyó un alarido proveniente del extremo oriental del campamento. Lo siguieron, un segundo más tarde, un grito de furia y una sarta de maldiciones.
—¿Es Dedan? —pregunté.
Marten asintió con la cabeza. Oímos movimientos bruscos al otro lado de la cresta. Nos volvimos los tres tan aprisa como creimos prudente y nos asomamos por el borde.
De las tiendas bajas empezaron a salir hombres como avispones de un nido. Al menos había una docena, y vi a cuatro armados con arcos tensados. De pronto aparecieron unos tablones que los hombres apoyaron contra los postes construyendo unos rudimentarios muros de casi un metro y medio de alto. Al cabo de unos segundos, el vulnerable y abierto campamento se había transformado en una verdadera fortaleza. Conté al menos dieciséis hombres, pero partes enteras del campamento ya no estaban a lar vista. Además había menos luz, ya que aquellos muros improvisados tapaban las hogueras y proyectaban

sombras oscuras.
Marten no paraba de maldecir por lo bajo, lo cual era comprensible, pues ahora su arco ya no iba a serle tan útil. Aun así, lo armó en un abrir y cerrar de ojos, y habría disparado con la misma rapidez si yo no le hubiera puesto una mano en el brazo.
—Espera.
Marten frunció el entrecejo; luego asintió con la cabeza, consciente de que los bandidos dispararían media docena de flechas por cada una de las suyas. De pronto Tempi también había dejado de sernos útil. Lo acribillarían mucho antes de que se acercara al campamento.
La única circunstancia favorable era que los bandidos no dirigían su atención hacia nosotros. Estaban concentrados en el lado oriental del campamento, donde habíamos oído el grito del centinela y las blasfemias de Dedan. Nosotros tres podíamos escapar antes de ser descubiertos, pero eso habría significado abandonar a Dedan y a Hespe.
Aquel era el momento en que un arcanista hábil habría inclinado la balanza a nuestro favor, si no para proporcionarnos una ventaja, al menos para facilitarnos la huida. Pero yo no tenía ni fuego ni relación. Era lo bastante listo para apañármelas sin una de esas dos cosas, pero sin ambas estaba prácticamente perdido.
La lluvia empezó a arreciar. Retumbaban los truenos. Era únicamente cuestión de tiempo que los bandidos descubrieran que solo había dos intrusos y se precipitaran hacia la cresta para liquidar a nuestros compañeros. Si nosotros tres atraíamos su atención, correríamos la misma suerte.
Hubo un concierto de suaves zumbidos, y una lluvia de flechas pasó por encima del lado oriental de la cresta. Marten dejó de maldecir y contuvo la respiración. Me miró.
—¿Qué podemos hacer? —apremió.
Se oyó un grito interrogante proveniente del campamento, y al no contestar nadie, otra lluvia de flechas pasó zumbando por encima del lado oriental de la cresta: ya habían corregido el tiro.
— ¿Qué podemos hacer? —repitió Marten—. ¿Y si están heridos?
«¿Y si están muertos?» Cerré los ojos y resbalé por la pendiente, tratando de ganar tiempo para pensar. Mi pie chocó contra algo sólido y blando: el centinela muerto. Entonces se me ocurrió una idea macabra. Inspiré hondo y me sumergí en el Corazón de Piedra. Muy hondo. Más hondo de lo que jamás había estado. Me abandonó todo temor, toda duda.
Cogí el cadáver por una muñeca y empecé a arrastrarlo hacia arriba, hacia el borde de la cresta. Era un hombre corpulento y pesado, pero apenas lo noté.
—Marten, ¿me dejas utilizar a tu muerto? —pregunté, distraído. Pronuncié esas palabras con una agradable voz de barítono, la voz más calmada que jamás había oído.
Sin esperar una respuesta, me asomé por encima del borde de la cresta. Vi a uno de los hombres que estaban detrás del muro tensando el arco para volver a disparar. Saqué mi largo y delgado puñal de buen acero de Ramston y fijé la imagen del arquero en mi mente. Apreté los dientes y le clavé el puñal en un riñón al centinela muerto. El puñal penetró lentamente, como si estuviera clavándolo en un bloque de arcilla y no en la carne.
Se oyó un grito por encima del retumbo de los truenos. El hombre cayó al suelo, y el arco se le escapó de las manos y saltó por los aires. Otro mercenario se irguió para mirar a su compañero. Volví a concentrarme y le clavé el puñal al centinela en el otro riñón, esa vez utilizando ambas manos. Se oyó otro grito, más estridente que el primero. «Es más un lamento que un grito», pensé en un extraño y lejano rincón de mi mente.
—No dispares todavía —advertí con serenidad a Marten, sin apartar la vista del campamento —. Aún no saben dónde estamos. —Extraje el puñal, volví a concentrarme y, con frialdad, se lo clavé en un ojo al centinela. Un hombre se irguió detrás del muro de madera, tapándose la cara con ambas manos y chorreando sangre. Dos de sus compañeros se levantaron y

trataron de agacharlo detrás del parapeto de madera. Volví a extraer y clavar el puñal, y uno de ellos se derrumbó al mismo tiempo que levantaba las manos para taparse la cara ensangrentada.

—Santo Dios —dijo Marten con voz entrecortada—. Santo Dios.

Posé el puñal sobre el cuello del centinela y paseé la mirada por el campamento. La eficacia militar de los bandidos se estaba desmoronando a medida que se extendía el pánico. Uno de los heridos seguía dando unos chillidos angustiosos y penetrantes que se oían pese al estruendo de la tormenta.

Vi a uno de los arqueros escudriñando el borde de la cresta con gesto amenazador. Le clavé el puñal en la garganta al centinela, pero no pasó nada. Entonces el arquero, desconcertado, levantó una mano y se tocó el cuello. Al retirarla vio qúe la tenía manchada de sangre. Abrió mucho los ojos y empezó a gritar. Soltó el arco y corrió hacia el otro lado del muro; luego dio media vuelta tratando de escapar, pero sin saber hacia dónde tenía que correr.

Entonces se serenó y empezó a escudriñar desesperadamente el borde de la cresta que bordeaba el campamento. No parecía que fuera a caer. Frunciendo el entrecejo, volví a poner el puñal en el cuello del centinela y lo hinqué con fuerza. Me temblaban los brazos, pero el puñal empezó a moverse otra vez, despacio, como si tratara de cortar un bloque de hielo. El arquero se llevó ambas manos al cuello, de donde manaba la sangre. Se tambaleó, tropezó y cayó sobre una de las hogueras. Se retorció violentamente, esparciendo brasas ardientes por todas partes, aumentando la confusión.

Estaba tratando de decidir dónde golpearía a continuación cuando un rayo iluminó el cielo y me mostró una imagen clara y tétrica del cadáver. La lluvia se había mezclado con la sangre y lo cubría todo. También mis manos estaban tintadas de sangre.

Como no quería mutilarle las manos, le di la vuelta, lo puse boca abajo y, con gran esfuerzo, le quité las botas. Entonces volví a concentrarme y le corté los tendones por encima de los tobillos y detrás de las rodillas. Así dejé lisiados a dos hombres más. Pero cada vez me costaba más hundir el puñal, y me dolían los brazos del esfuerzo. El cadáver era una relación excelente, pero la única energía que yo podía utilizar era la fuerza de mi cuerpo. En esas condiciones, parecía que estuviera cortando leña en lugar de carne.

Apenas habían pasado un par de minutos desde que saltara la alarma en el campamento. Escupí agua y dejé descansar un momento a mis temblorosos brazos y a mi agotada mente. Contemplé el campamento que se extendía allá abajo y observé que aumentaban la confusión y el pánico.

Un hombre salió de la tienda grande que estaba plantada junto al roble. No iba vestido como los demás, sino que llevaba una reluciente cota de malla de cuerpo entero que le llegaba casi hasta las rodillas, y un casco que le cubría la cabeza. Avanzó sin temor hacia el caos con un andar elegante, evaluando la situación de una sola ojeada. Dio órdenes que el ruido de la lluvia y los truenos me impidieron oír. Sus hombres se calmaron, volvieron a ocupar sus posiciones y cogieron los arcos y las espadas.

Al verlo recorrer el acuartelamiento a grandes zancadas, me acordé de... algo. Estaba de pie a la vista de todos, y ni se preocupó en agacharse detrás del muro protector. Hizo señas a sus hombres, y sus movimientos tenían algo que me resultó terriblemente familiar...

—Kvothe —me susurró Marten. Levanté la cabeza y vi al rastreador con el arco tensado—. Tengo a su jefe en la mira.

—¡Dispara!

El arco de Marten zumbó, y la flecha se le clavó al cabecilla de los bandidos en el muslo, perforándole la cota de malla, la pierna y la pieza de la armadura que le protegía la parte trasera del muslo. Con el rabillo del ojo reparé en que Marten volvía a armar el arco con un movimiento fluido; pero antes de que disparara, vi que el cabecilla se inclinaba. No se dobló

por la cintura, como aquejado de un fuerte dolor. Solo dobló el cuello para mirar la flecha que se le había clavado en la pierna.
Tras un breve examen, agarró la flecha con una mano y la partió separando las plumas. A continuación llevó el brazo hacia atrás y se la arrancó de la pierna. Me quedé paralizado cuando miró hacia donde estábamos nosotros y señaló nuestra posición con la mano con que sujetaba la flecha rota. Dio una breve orden a sus hombres, tiró la flecha al fuego y se dirigió caminando con elegancia al otro lado del campamento.
—Tehlu todopoderoso, abrázame con tus alas —dijo Marten soltando la cuerda del arco—. Protégeme de los demonios y de las criaturas que caminan en la noche.
— Si no reaccioné de forma parecida fue únicamente porque me hallaba profundamente sumergido en el Corazón de Piedra. Me volví hacia el campamento a tiempo de ver un pequeño bosque de arcos que se tensaban apuntando en nuestra dirección. Agaché la cabeza y le di una patada al atónito rastreador, derribándolo en el preciso instante en que las flechas pasaban zumbando. Marten cayó al suelo, y las flechas que llevaba en el carcaj se esparcieron por el terraplén embarrado.¡Tempi! —grité.
—Aquí —respondió él a mi izquierda—. Aesh. No flecha.
Volvieron a zumbar las flechas por encima de nuestras cabezas, y unas cuantas se clavaron en los árboles. Pronto corregirían el tiro y empezarían a disparar las flechas describiendo un arco para que cayeran sobre nosotros desde arriba. Con la misma serenidad con que una burbuja asciende a la superficie de un estanque, una idea ascendió a la superficie de mi conciencia.
—Tempi, tráeme el arco del centinela.
—la.
Oí que Marten murmuraba algo en voz baja Con apremio, pero no lo entendí. Al principio pensé que le habían dado, pero entonces me di cuenta de que estaba rezando.
—Tehlu, ampárame del hierro y de la ira —murmuraba—. Tehlu, guárdame de los demonios de la noche.
Tempi me puso el arco en la mano. Inspiré hondo y partí mi mente en dos, tres, cuatro partes. En cada una de esas partes tenía el arco. Me relajé y partí de nuevo mi mente: cinco partes. Volví a intentarlo y fracasé. Estaba cansado, empapado y frío; había llegado a mi límite. Oí el zumbido de la cuerda de los arcos al soltarse, y las flechas cayeron alrededor de nosotros como una intensa lluvia. Noté un tirón en el brazo, cerca del hombro, cuando una de las flechas me rozó antes de clavarse en el suelo. Primero una punzada y luego un escozor.
Aparté el dolor de mi mente y apreté los dientes. Tendría que apañármelas con cinco partes. Deslicé la hoja del puñal por el dorso del brazo, lo justo para extraer un poco de sangre; entonces pronuncié los vínculos adecuados y apreté mi puñal con fuerza contra la cuerda del arco.
La cuerda aguantó un momento que se me hizo eterno y aterrador, y entonces se partió. El arco dio una sacudida, zarandeándome el brazo herido antes de soltarse de mi mano. Oí gritos de dolor y congoja al otro lado de la cresta, y supe que lo había logrado, al menos en parte. Si se habían cortado las cuerdas de cinco arcos, solo quedaban uno o dos arqueros.
Pero en cuanto el arco se me escapó de la mano, noté que el frío se apoderaba de mí. No solo de mis brazos, sino de todo mi cuerpo: estómago, pecho y garganta. Sabiendo que no bastaría la fuerza de mi brazo para cortar las cuerdas de cinco arcos a la vez, había utilizado el único fuego que siempre tiene a mano un arcanista: el calor de mi sangre. La tiritona del simpatista no tardaría en acabar conmigo. Si no encontraba una forma de entrar en calor, sufriría un estado de shock, luego hipotermia, y por último me sobrevendría la muerte.
Salí del Corazón de Piedra y, confuso y tambaleándome, dejé que las partes de mi mente volvieran a juntarse. Helado, empapado y mareado, trepé de nuevo hasta lo alto de la

cresta. La lluvia me parecía cellisca cuando me golpeaba en la cara.
Solo vi a un arquero. Por desgracia, todavía sabía lo que hacía, y nada más ver aparecer mi cara por encima del borde de la cresta, tensó el arco y disparó con un movimiento fluido.
Me salvó una ráfaga de viento. La flecha hizo saltar furiosas chispas amarillentas al chocar contra unas rocas que había a solo dos palmos de mi cabeza. La lluvia me golpeaba en la cara y los rayos dibujaban telarañas en el cielo. Me resguardé de nuevo resbalando hacia abajo y le clavé el puñal al cadáver del centinela una y otra vez, con rabia delirante.
Al final golpeé una hebilla y la hoja del cuchillo se partió. Jadeando, tiré el puñal roto.
Recobré el sentido al oír el murmullo de las desesperadas plegarias de Marten en mis oídos. Tenía los brazos y las piernas fríos como el plomo, entumecidos y torpes. Pero lo peor era que notaba el aletargamiento de la hipotermia apoderándose de mí. Me di cuenta de que no temblaba, y supe que eso era mala señal. Estaba calado y no tenía cerca ninguna llama.
Volvió a fulgurar un rayo. Tuve una idea. Solté una risotada macabra.
Me asomé por encima del borde de la cresta y me tranquilicé al ver que no quedaban arqueros. Sin embargo, el cabecilla seguía gritando órdenes y no dudé que encontrarían más arcos o sustituirían las cuerdas. Peor aún, quizá abandonaran sencillamente su refugio y se abalanzaran sobre nosotros. Debía de haber unos doce hombres todavía en pie.
Marten seguía rezando.
—Tehlu a quien el fuego no podía matar, vela por mí en las llamas.
Le di una patada.
—Maldita sea, levántate o nos matarán a todos.
Marten interrumpió sus oraciones y alzó la cabeza. Le grité algo ininteligible y me agaché para levantarlo del suelo agarrándolo por el cuello de la camisa. Lo zarandeé enérgicamente y lo golpeé con su arco, que tenía en mi otra mano, aunque no sabía cómo había llegado hasta allí.Destelló otro rayo, y entonces vi lo que había visto Marten: la sangre del centinela me cubría las manos y los brazos. La lluvia la hacía resbalar y correr por mi piel, pero no la había limpiado. En la breve y brillante ráfaga de luz, la sangre parecía negra.
Marten, aturdido, cogió su arco.
—¡Dispara al árbol! —grité por encima del estruendo de los truenos. Marten me miró como si me hubiera vuelto loco—. ¡Dispárale!
Algo en la expresión de mi rostro debió de convencerlo, pero sus flechas estaban esparcidas por el terraplén embarrado, y reanudó su letanía mientras las buscaba a tientas.
—Tehlu que ataste a Encanis a la rueda, vela por mí en la oscuridad.
Al final, tras mucho buscar, encontró una flecha y, con manos temblorosas, la puso en el arco sin dejar de rezar. Me volví hacia el campamento. El cabecilla había controlado la situación. Le vi gritar órdenes, pero yo solo oía la temblorosa voz de Marten:

Tehlu, el de los ojos certeros, vela por mí.

De pronto el cabecilla se quedó quieto y ladeó la cabeza. Permaneció inmóvil como una estatua, como si escuchara algo. Marten siguió rezando:

Tehlu, hijo de ti mismo, vela por mí.

El cabecilla miró rápidamente a derecha e izquierda, como si hubiera oído algo que lo hubiese molestado. Volvió a ladear la cabeza.
—¡Te oye! —le grité enloquecido a Marten—. ¡Dispara! ¡Los está preparando para hacer algo!

Marten apuntó al árbol que se erguía en el centro del campamento. El viento lo azotaba, y él seguía rezando:

> Tehlu que era Mend que eras tú.
> Vela por mí en nombre de Mend, en nombre de Perial, en nombre de Ordal, en nombre de Andan, vela por mí.

El cabecilla giró la cabeza, como si escudriñara el cielo. Sus movimientos tenían algo que me resultaba terriblemente familiar, pero a medida que la tiritona del simpatista me atenazaba, mis pensamientos iban volviéndose más y más vagos. El jefe de los bandidos se dio la vuelta y se metió en su tienda.

—¡Dispara al árbol! —grité con todas mis fuerzas.

Marten soltó la cuerda, y vi cómo la flecha se clavaba firmemente en el tronco del inmenso roble que se alzaba en medio del campamento de los bandidos. Escarbé en el barro buscando otra de las flechas de Marten y empecé a reír de pensar en lo que estaba a punto de intentar. Quizá no sirviera de nada. Quizá me matara. Tan solo el desliz... Pero no me importaba. De todas formas, ya estaba muerto a menos que encontrara una forma de calentarme y secarme. No tardaría en sufrir un estado de shock. Quizá ya estuviera sufriéndolo.

Cerré la mano alrededor de una flecha. Partí mi mente en seis partes y grité mis vínculos al mismo tiempo que clavaba la flecha en el suelo empapado.

—¡Lo mismo arriba que abajo! —bramé; era una broma que solo habría podido entender alguien de la Universidad.

Pasó un segundo. El viento amainó.

Una blancura. Un resplandor. Un ruido. Me caía.Luego, nada.

92 Táborlin el Grande

Desperté. Estaba caliente y seco. Era de noche.
Oí una voz familiar que preguntaba algo.
La voz de Marten respondió:
—Fue él. Lo hizo todo él.
Pregunta.
—No lo diré nunca, Den. Te juro por Dios que no lo diré. No quiero ni pensar en ello. Si quieres, que te lo cuente él.
Pregunta.
—Lo sabrías si lo hubieras visto. Entonces no querrías saber nada más. No lo provoques. Yo lo he visto furioso. No diré nada más. No lo provoques.
Pregunta.
—Déjalo ya, Den. Los iba matando uno a uno. De pronto enloqueció un poco. Y... No. Solo diré una cosa. Creo que invocó al rayo. Como Dios.
«Como Táborlin el Grande», pensé. Y sonreí. Y seguí durmiendo.

93 Mercenarios a todos

Después de dormir catorce horas estaba como una rosa. Eso sorprendió a mis compañeros, pues me habían encontrado inconsciente, frío como un cadáver y cubierto de sangre. Me habían desnudado, me habían frotado un poco las extremidades, me habían envuelto en mantas y me habían metido en la única tienda de los bandidos que todavía quedaba en pie. Las otras cinco se habían quemado, habían quedado enterradas o habían desaparecido cuando la gran columna blanca de un rayo destrozó el altísimo roble que se alzaba en medio del campamento de los bandidos.

El día siguiente amaneció nublado pero por fin sin lluvia. Primero atendimos a nuestros heridos. Hespe había recibido un flechazo en la pierna cuando el centinela los había sorprendido. Dedan tenía un corte profundo en un hombro, por lo cual podía considerarse afortunado teniendo en cuenta que se había abalanzado sobre el centinela con las manos vacías. Cuando le pregunté por qué, se limitó a contestar que no le había dado tiempo a desenvainar la espada.

Marten tenía un chichón enorme y rojo en la frente, encima de una ceja, que se había hecho cuando yo lo había derribado de una patada o cuando lo había arrastrado. Le dolía, pero aseguró que había salido peor parado infinidad de veces de peleas de taberna.

Yo me encontré bien en cuanto me recuperé de la tiritona. Advertí que a mis compañeros les sorprendía mi repentino regreso de las puertas de la muerte, y decidí no sacarlos de su asombro. Un poco de misterio no le haría ningún daño a mi reputación.

Me vendé el hombro, donde la flecha que me había rozado me había hecho un corte irregular, y me curé unos cuantos arañazos y magulladuras que no recordaba haberme causado. También tenía el corte largo y poco profundo que me había hecho yo mismo en el brazo, pero ni siquiera tuve que cosérmelo.

Tempi estaba ileso, sereno, insondable.

Después nos ocupamos de los muertos. Mientras yo estaba inconsciente, el resto del grupo había llevado casi todos los cadáveres quemados a un lado del claro. En total eran:

El centinela que había matado Dedan.

Los dos que habían sorprendido a Tempi en el bosque.

Tres que habían sobrevivido al rayo y habían intentado escapar. Marten acabó con uno y Tempi se atribuyó los otros dos.

Diecisiete quemados, despedazados o destrozados por el rayo. De esos, ocho ya estaban muertos o heridos de muerte antes.

Encontramos huellas de un centinela que había presenciado todo el incidente desde el lado nordeste de la cresta. Cuando las descubrimos, ya tenían un día de antigüedad, y ninguno de nosotros sintió el menor deseo de salir a perseguirlo. Dedan comentó que seguramente nos haría mejor servicio vivo si les contaba aquella derrota espectacular a otros que estuvieran pensando en dedicarse al bandidaje. Por una vez, compartí su opinión.

El cadáver del cabecilla no se encontraba entre los que habíamos recogido. La tienda grande en la que se había refugiado había quedado aplastada bajo trozos enormes del tronco del roble. Como de momento teníamos otras cosas de que ocuparnos, no buscamos sus restos inmediatamente.

En lugar de intentar cavar veintitrés tumbas, o una fosa común lo bastante grande para meter en ella veintitrés cadáveres, construimos una pira y la encendimos mientras el bosque todavía estaba húmedo. Utilicé mis habilidades para asegurarme de que ardiera bien.

Pero había un caso especial: el centinela que Marten había matado y que yo había utilizado.

Mientras mis compañeros recogían leña para la pira, fui al lado sur de la cresta y encontré el sitio donde Tempi lo había escondido y tapado con una rama de abeto.
Me quedé contemplando largo rato el cadáver antes de llevármelo hacia el sur. Encontré un sitio tranquilo bajo un sauce y levanté un montículo de piedras. Entonces me metí entre la maleza y vomité.
¿El rayo? Bueno, es difícil explicar lo del rayo. Una tormenta. Un vínculo galvánico con dos flechas parecidas. Un intento de conectar el árbol a tierra con virtiéndolo en un poderoso pararrayos. Sinceramente, no sé si puedo atribuirme el mérito de que el rayo cayera donde lo hizo y cuando lo hizo. Pero según las historias, llamé al rayo y el rayo acudió.
Según lo que me contaron los otros, no fue un rayo normal y corriente, sino varios en rápida sucesión. Dedan lo describió como «una columna de fuego blanco», y dijo que hizo estremecer la tierra con tanta fuerza que lo derribó.
Por el motivo que fuera, aquel roble gigantesco quedó reducido a un tocón chamuscado más o menos de la altura de un itinolito. Trozos enormes del tronco y las ramas yacían esparcidos alrededor. Los árboles más pequeños y los matorrales que había cerca habían ardido y la lluvia había apagado las llamas. La mayoría de los largos tablones que los bandidos habían utilizado para erigir sus fortificaciones se habían hecho añicos o se habían quemado quedando reducidos a brasas. Alrededor de la base del roble, unos profundos surcos abiertos en la tierra se extendían en forma de radios, y hacían que pareciera que un loco hubiera arado el claro, o que una bestia inmensa hubiera hurgado en él con sus garras.
Pese a todo eso, después de nuestra victoria nos quedamos tres días en el campamento de los bandidos. El arroyo nos proporcionaba agua, y las provisiones de los bandidos eran más abundantes que las nuestras. Además, después de rescatar algunos trozos de madera y lona, cada uno de nosotros pudo permitirse el lujo de descansar en una tienda o bajo un cobertizo.
Una vez cumplida nuestra misión, se redujeron las tensiones en el grupo. Paró de llover y ya no teníamos que preocuparnos por ocultar nuestro fuego, y gracias a eso Marten empezó a recuperarse de su resfriado. Dedan y Hespe se trataban educadamente, y Dedan dejó de soltar contra mí al menos tres cuartas partes de sus incesantes asnadas.
Sin embargo, pese al alivio que suponía haber terminado el trabajo, no nos sentíamos cómodos del todo. Por la noche no contábamos historias, y Marten se distanciaba de mí siempre que podía. Yo no se lo reprochaba, teniendo en cuenta lo que había visto.
Por ese motivo, aproveché la primera oportunidad que se me presentó para destruir, sin que los demás me vieran, los fetiches de cera que había hecho. Ya no los necesitaba, y me preocupaba que alguno de mis compañeros los encontrara en mi macuto,
Tempi no hizo ningún comentario sobre lo que yo había hecho con el cadáver del bandido, y me dio la impresión de que no me lo
echaba en cara. Ahora me doy cuenta de lo poco que entendía a los Adem en realidad. Pero entonces lo único que noté fue que Tempi pasaba menos tiempo ayudándome a practicar el Ketan, y más tiempo practicando nuestro idioma y hablando del siempre confuso concepto del Lethani.
El segundo día fuimos a recoger nuestro material del campamento anterior. Sentí un gran alivio al recuperar mi laúd, y me alegré aún más de comprobar que el maravilloso estuche de Denna se había mantenido seco y estanco pese a la incesante lluvia.
Y como ya no teníamos que escondernos, toqué. Durante un día entero no hice nada más. Llevaba casi un mes sin tocar ni un solo acorde, y echaba de menos la música mucho más de lo que podéis imaginar.
Al principio pensé que a Tempi no le interesaba mi música. Aparte del hecho de que lo había insultado, no sabía cómo, cantando una canción, Tempi siempre se marchaba del campamento en cuanto yo sacaba mi laúd. Entonces descubrí que me espiaba, aunque

siempre a cierta distancia y medio escondido. En cuanto me di cuenta y me fijé, comprobé que siempre me escuchaba mientras yo tocaba. Con los ojos como platos. Inmóvil como una roca.
El tercer día, Hespe anunció que su pierna ya le permitía andar un poco. Así que teníamos que decidir qué íbamos a llevarnos y qué íbamos a dejar allí.
No iba a ser tan difícil como se podría suponer. El rayo, el árbol caído o la exposición a la tormenta habían destruido gran parte del material de los bandidos. Aun así, había objetos de valor que valía la pena salvar del campamento.
No habíamos podido registrar a fondo la tienda del cabecilla, pues había quedado aplastada bajo una de las inmensas ramas del roble. Aquella rama, de más de medio metro de grosor, era más grande que muchos árboles. Sin embargo, el tercer día conseguimos por fin retirarla de los restos de la tienda.
Estaba impaciente por examinar el cadáver del cabecilla, porque desde el momento en que lo había visto salir de la tienda me rondaba algo por la memoria. Además, tenía un interés más material: sabía que su cota de malla valía al menos doce talentos.
Pero no encontramos ni rastro del cabecilla. Eso nos desconcertó un poco. Marten solo había descubierto unas huellas que se alejaban del campamento, las del centinela que había huido. Ninguno de nosotros sabía adonde podía haber ido el jefe de los bandidos.
Para mí, aquello era un enigma y un fastidio, pues confiaba en poder verle de cerca la cara. Dedan y Hespe creían que sencillamente había huido aprovechando el caos causado por la caída del rayo, quizá utilizando el arroyo para no dejar pisadas.
Sin embargo, Marten fue inquietándose más y más cuando comprobamos que el cadáver no aparecía. Murmuró algo sobre demonios y se opuso a acercarse a los restos de la tienda. Pensé que eran tonterías de supersticioso, pero no negaré que a mí también me dejó un poco intranquilo la desaparición del cadáver.
Dentro de la tienda encontramos una mesa, un camastro, un escritorio y un par de sillas, todo destrozado e inservible. Entre los restos del escritorio había unos papeles que me habría encantado leer, pero llevaban demasiado tiempo a la intemperie y la tinta se había corrido. También había una pesada caja de madera noble, algo más pequeña que una hogaza de pan. Tenía el emblema de la familia Alveron pintado con esmalte en la tapa, y estaba cerrada con llave.
Hespe y Marten admitieron que algo sabían de forzar cerraduras, y, como sentía curiosidad por saber qué había dentro, les dejé probar tras advertirles que no debían estropearla. Ambos lo intentaron, pero ninguno con éxito.
Tras unos veinte minutos hurgando en la cerradura, Marten levantó los brazos.
—Nada, no hay manera —dijo. Se enderezó y se llevó las manos a los riñones.
—Si queréis, puedo intentarlo yo —dije. Lamenté que ninguno de los dos hubiera conseguido abrirla, pues forzar cerraduras no es la clase de habilidad de la que debe enorgullecerse un arcanista. No encajaba con la reputación que yo quería forjarme.
—¿En serio? —dijo Hespe arqueando una ceja—. Es verdad que pareces un joven Táborlin.
Me acordé de la historia que nos había contado Marten unos días antes.
—Por supuesto —dije riendo—. ¡Edro! —grité con mi mejor voz de Táborlin el Grande, y golpeé la tapa de la caja con la mano.
La tapa se abrió.
Me sorprendí tanto como los demás, pero lo disimulé mejor. Era evidente que lo que había pasado era que Dedan o Marten habían conseguido forzar la cerradura, y que la caja no se había abierto porque la tapa estaba atascada. Seguramente, la madera se había inflado tras tantos días expuesta a la humedad. Al golpearla yo, sencillamente se había desatascado.
Pero ellos no lo sabían. A juzgar por la expresión de sus rostros, se diría que acabara de transmutar oro. Incluso Tempi arqueó una ceja.

—Un truco muy espectacular, Táborlin —dijo Hespe, como si no estuviera muy segura de si les tomaba el pelo.
Decidí no dar explicaciones y me guardé el juego de ganzúas en el bolsillo de la capa. Ya que iba a ser arcanista, prefería ser un arcanista famoso.
Haciendo todo lo posible para transmitir un aire de poderío y solemnidad, levanté la tapa de la caja y miré en el interior. Lo primero que vi fue un trozo de papel grueso, doblado. Lo saqué.
—¿Qué es? —preguntó Dedan.
Lo sostuve en alto para que lo vieran todos. Era un mapa de los alrededores, muy detallado; no solo representaba con precisión el sinuoso camino, sino que también ubicaba las granjas y los arroyos cercanos. Crosson, Fenhill y la posada La Buena Blanca estaban marcados y rotulados en el camino occidental.
—¿Qué es eso? —preguntó Dedan apuntando con un grueso dedo una X sin inscripción debajo marcada en el bosque, en el lado sur del camino.
—Creo que es este campamento —dijo Marten, y señaló—. Está junto al arroyo.
Asentí con la cabeza.
—Si es así, estamos más cerca de Crosson de lo que yo creía. Si vamos hacia el sudeste desde aquí, nos ahorraremos más de un día de camino. —Miré a Marten—. ¿Qué te parece a ti?
—Dame. Déjame ver. —Le pasé el mapa, y Marten lo estudió—. Sí, eso parece —coincidió—. No creía que hubiéramos llegado tan al sur. Por ese camino nos ahorraríamos al menos cuarenta kilómetros.
—No está nada mal —terció Hespe frotándose la pierna vendada—. Es decir, a menos que alguno de ustedes, caballeros, esté dispuesto a llevarme en brazos.
Volví a mirar en la caja. Estaba llena de paquetitos envueltos en tela. Abrí uno y vi un destello dorado.
Todos murmuraron. Examiné el resto de aquellos paquetes pequeños y pesados y encontré más monedas, todas de oro. Calculé que debía de haber aproximadamente doscientos reales. Pese a que nunca había tenido uno en la mano, sabía que un real de oro valía ochenta sueldos, casi tanto como lo que el maer me había dado para financiar todo nuestro viaje. No me extrañó que el maer estuviera tan ansioso por poner fin a los asaltos a sus recaudadores de impuestos.
Hice una serie de cálculos mentales para convertir el contenido de la caja en otra moneda más familiar y obtuve un resultado de más de quinientos talentos de plata. Suficiente dinero para comprar una buena posada junto al camino, o toda una granja con el ganado y el material incluidos. Con aquella cantidad de dinero podías comprarte un título menor, un puesto en la corte o un grado de oficial en el ejército.
Los demás también hicieron sus cálculos.
—¿Qué os parece si nos repartimos un poco de ese dinero? —propuso Dedan sin muchas esperanzas.
Vacilé y luego metí la mano en la caja.
—¿Os parece bien un real para cada uno?
Todos se quedaron callados mientras desenvolvía uno de los paquetitos. Dedan me miró con incredulidad.
—¿Lo dices en serio?
Le puse una gruesa moneda en la mano.
—Tal como yo lo veo, alguien menos escrupuloso quizá olvidara comentarle este hallazgo a Alveron. O quizá ni siquiera regresase a la corte de Alveron. Creo que un real por cabeza —les lancé sendas monedas de oro a Marten y a Hespe— es una buena recompensa por nuestra honradez.

»Además —añadí lanzándole un real a Tempi—, me contrataron para que encontrara a un hatajo de bandidos, y no para que destruyese un pequeño acuartelamiento militar. —Levanté mi real—. Esta es nuestra bonificación por los servicios prestados más allá del deber. —Me guardé la moneda y me di unos golpecitos en el bolsillo—. Alveron no tiene por qué saberlo.

Dedan rió y me dio una palmada en la espalda.

—Veo que en el fondo no eres tan diferente del resto de nosotros —comentó.

Le devolví la sonrisa y cerré la tapa de la caja. Oí cómo la cerradura se cerraba.

No mencioné los otros dos motivos que tenía para actuar de aquella forma. En primer lugar, estaba comprando la lealtad de mis compañeros. Era inevitable que ellos hubieran reparado en lo fácil que habría sido coger aquella caja y desaparecer. Esa idea también había pasado por mi mente. Con quinientos talentos podría pagar mis estudios en la Universidad durante diez años, y aún me sobraría mucho.

Sin embargo, ahora todos eran considerablemente más ricos, y era más fácil que enfocaran la situación con honradez. Una gruesa moneda de oro evitaría que pensaran en todo el dinero que yo llevaba encima. De todas formas, pensaba dormir con la caja cerrada bajo mi almohada.

En segundo lugar, me venía muy bien ese dinero. Tanto el real que me había guardado en el bolsillo a la vista de todos como los otros tres que había hecho desaparecer disimuladamente al entregarles las monedas a mis compañeros. Como ya he dicho, Alveron nunca[N]notaría la diferencia, y con cuatro reales podría pagarme la matrícula de un bimestre en la Universidad.

Tras guardar la caja del maer en el fondo de mi macuto, cada uno de nosotros decidió qué quería llevarse del campamento de los bandidos.

Las tiendas las dejamos allí por la misma razón por la que nosotros viajábamos sin ellas: eran demasiado voluminosas para transportarlas cómodamente. Cogimos toda la comida que pudimos, pues cuanta más nos lleváramos, menos tendríamos que comprar.

Decidí quedarme con una de las espadas de los bandidos. Nunca ^ se me habría ocurrido comprarme una, porque no habría sabido utilizarla, pero ya que aquellas eran gratis...

Mientras examinaba las armas, Tempi se me acercó y me dio algunos consejos. Cuando hubimos reducido mis opciones de elección a dos espadas, Tempi se decidió a hablar claro:

—No sabes utilizar una espada. —Interrogante. Vergüenza.

Me dio la impresión de que, para él, la idea de que alguien no supiera utilizar una espada era algo más que ligeramente vergonzoso. Algo así como no saber utilizar el cuchillo y el tenedor.

—No —admití—. Pero confiaba en que tú me enseñaras.

Tempi se quedó muy quieto. Si no lo hubiera conocido tan bien, quizá lo habría interpretado como una negativa. Pero aquel tipo de quietud significaba que estaba pensando.

Las pausas son un elemento clave en la conversación adémica, de modo que esperé pacientemente. Nos quedamos quietos un minuto, y luego dos. Y cinco. Y diez. Me esforcé para permanecer inmóvil

y callado. Quizá me hubiera equivocado y aquello sí fuera una negativa educada.

Veréis, yo me creía terriblemente espabilado. Ya hacía casi un mes que conocía a Tempi, había aprendido un millar de palabras y cincuenta signos del lenguaje de signos adémico. Sabía que los Adem no se avergonzaban de su desnudez, ni de tocarse, y estaba empezando a entender el misterio del Lethani.

Sí, sí, me creía terriblemente inteligente. Si de verdad hubiera sabido algo sobre los Adem, jamás me habría atrevido a formularle aquella petición a Tempi.

—¿Me enseñarás tú eso? —Tempi señaló al otro lado del campamento, donde estaba el estuche de mi laúd apoyado contra un árbol.

La pregunta me pilló desprevenido. Nunca había intentado enseñar a nadie a tocar el laúd. Quizá Tempi lo supiera y sencillamente estuviese haciendo una comparación. Sabía que Tempi era aficionado a hacer sutiles dobles sentidos.

Me pareció una proposición justa. Asentí con la cabeza.

—Puedo intentarlo.

Tempi asintió también y señaló una de las espadas que nos parecían adecuadas.

—La llevas. Pero no peleas. —Se dio la vuelta y se marchó. En ese momento, lo atribuí a su parquedad habitual.

Nos pasamos todo el día rebuscando y rescatando cosas del campamento. Marten cogió bastantes flechas y todas las cuerdas de arco que encontró. Luego, tras asegurarse de que nadie quería ninguno, decidió llevarse los cuatro arcos largos que habían sobrevivido a la caída del rayo. Eran incómodos de llevar, pero Marten estaba convencido de que podría venderlos bien en Crosson.

Dedan cogió unas botas y una coraza mejor que la suya. También reclamó para sí una baraja de cartas y un juego de dados de marfil.

Hespe tomó un caramillo de pastor y metió casi una docena de puñales en el fondo de su macuto con la esperanza de venderlos más adelante.

Hasta Tempi encontró algunos objetos que le interesaron: una piedra de afilar, una cajita de latón para guardar la sal y unos pantalones de lino que se llevó al arroyo y tiñó de color rojo sangre.

Yo cogí menos cosas que los demás. Un puñal pequeño para sustituir al que se me había roto y una navaja de afeitar con el mango de cuerno. En realidad no necesitaba afeitarme muy a menudo, pero me había aficionado a hacerlo en la corte del maer. Me habría gustado seguir el ejemplo de Hespe y quedarme también con algunos puñales, pero mi macuto ya pesaba mucho, pues dentro llevaba la caja del maer.

Quizá todo esto os parezca macabro, pero así es la vida. Los saqueadores acaban siendo saqueados, y el tiempo nos hace mercenarios a todos.

94 Sobre rocas y raíces

Decidimos fiarnos del mapa que habíamos encontrado y atajar en línea recta hacia el oeste atravesando el bosque en dirección a Crosson. Aunque no diéramos con el pueblo, de una manera o de otra saldríamos al camino y nos ahorraríamos muchos kilómetros.
La pierna herida de Hespe nos obligaba a avanzar despacio, y el primer día solo recorrimos diez o doce kilómetros. Durante uno de los numerosos descansos que nos tomamos, Tempi empezó a enseñarme el Ketan en serio.
Yo, insensato de mí, creía que Tempi ya había iniciado la instrucción, cuando en realidad lo único que había hecho hasta ese momento había sido corregir mis errores más espantosos porque le fastidiaban. De la misma manera que a mí me habrían dado ganas de afinarle el laúd a alguien que lo estuviera tocando desafinado.
Aquella instrucción era completamente diferente. Empezábamos por el principio del Ketan y Tempi corregía mis errores. Todos mis errores. Solo en el primer movimiento ya detectó dieciocho, y el Ketan lo componen más de cien movimientos. Enseguida empecé a tener dudas sobre aquel aprendizaje.
Por mi parte, yo empecé a enseñar a Tempi a tocar el laúd. Tocaba notas sueltas mientras caminábamos, y le enseñaba sus nombres; luego le mostraba algunos acordes. El camino parecía un lugar tan bueno como cualquier otro para empezar.
Esperábamos llegar a Crooson el día siguiente a mediodía. Pero a media mañana encontramos un tramo pantanoso, lóbrego y hediondo, que no estaba marcado en el mapa. Y allí empezó una jornada de lo más deprimente. Teníamos que comprobar cada paso que dábamos, y avanzábamos muy lentamente. Dedan se sobresaltó y se resbaló, cayéndose y salpicándonos a los demás de agua apestosa. Dijo que había visto un mosquito más grande que su pulgar con una ventosa del tamaño de una horquilla. Le sugerí que quizá fuera un sorbicuelo. Él me sugirió varias cosas desagradables y antihigiénicas que podía hacer yo cuando quisiera.
A medida que avanzaba la tarde, abandonamos la idea de llegar al camino y nos concentramos en cosas más urgentes, como hallar un palmo de terreno seco donde pudiéramos sentarnos sin hundirnos. Pero solo encontramos más ciénagas, hoyas y nubes de mosquitos entusiastas y moscas hambrientas.
El sol empezó a ponerse antes de que hubiéramos salido del pantano, y el tiempo pasó de ser caluroso y bochornoso a frío y húmedo. Continuamos avanzando hasta que por fin el terreno empezó a ascender. Y aunque estábamos todos cansados y empapados, decidimos por unanimidad seguir andando y poner un poco de distancia entre nosotros y los insectos y el olor a plantas podridas.
Había luna llena, de modo que teníamos luz de sobra para encontrar el camino entre los árboles. Aunque había sido un día penoso, todos empezamos a animarnos. Hespe había acabado lo bastante cansada para apoyarse en Dedan, y cuando el mercenario, cubierto de barro, la rodeó con un brazo, ella le dijo que hacía meses que no olía tan bien. Dedan replicó que tendría que rendirse ante el criterio de una mujer tan elegante.
Me puse en tensión, convencido de que sus bromas no tardarían en volverse amargas y sarcásticas. Pero mientras avanzaba detrás de ellos vi el cuidado con que Dedan abrazaba a Hespe. Hespe se apoyaba en él casi con dulzura, lo cual no ayudaba mucho a su pierna herida. Miré a Marten, y el viejo rastreador sonrió mostrando unos dientes muy blancos a la luz de la luna.
Al poco rato encontramos un riachuelo de agua clara y pudimos librarnos del hedor y del

barro. Lavamos la ropa y nos pusimos mudas secas. Yo saqué mi capa gastada y raída del macuto y me la ceñí con la vana esperanza de protegerme un poco del frío nocturno.
Estábamos terminando cuando oí cantar a alguien corriente arriba. Todos aguzamos el oído, pero el murmullo del agua nos impedía oír con claridad.
Pero una canción significaba gente, y gente significaba que estábamos llegando a Crosson, o quizá incluso a la posada La Buena Blanca, si el pantano nos había desviado demasiado hacia el sur. Hasta una granja sería preferible a otra noche a la intemperie.
Así .que, pese a lo cansados y doloridos que estábamos, la promesa de una cama blanda, una comida caliente y una bebida fría nos dio energías para recoger nuestros fardos y seguir caminando.
Seguimos el curso del riachuelo. Dedan y Hespe todavía caminaban juntos. Oíamos la canción y la perdíamos. Con la lluvia de los días anteriores, el riachuelo iba muy cargado, de modo que el ruido del agua al fluir sobre rocas y raíces bastaba a veces para ahogar incluso el sonido de nuestros propios pasos.
Al final, el riachuelo empezó a ensancharse y se remansó; al mismo tiempo, la maleza se hizo menos espesa y dio paso a un amplio claro.
Ya no se oía cantar. Tampoco veíamos el camino, ni una posada, ni el resplandor de una hoguera. Solo un amplio claro iluminado por la luz de la luna. El riachuelo se ensanchaba hasta formar una reluciente laguna. Y sentada en una roca lisa a orillas de esa laguna...
—Señor Tehlu, protégeme de los demonios de la noche —dijo Marten con voz monótona. Pero su voz sonó más reverente que asustada. Y no desvió la mirada.
—Es... —dijo Dedan—. Es...
—Yo no creo en hadas —intenté decir en voz alta, pero apenas me salió un débil susurro.
Era Felurian.

95 Persecución

Nos quedamos los cinco paralizados. Las lentas ondulaciones de la laguna se reflejaban en la hermosa figura de Felurian, que, desnuda a la luz de la luna, cantaba:

> cae-lanion luhial di mari felanua kreata tu ciar tu alaran di. dirella. amanen, loesi an delian tu nia vor ruhlan Felurian thae.

Su voz tenía un sonido extraño. Era suave y dulce, y demasiado débil para que pudiéramos oírla al otro extremo del claro. Demasiado tenue para que pudiéramos oírla por encima del rumor del agua y el susurro de las hojas. Y sin embargo, yo la oía. Sus palabras eran claras y tiernas como las notas ascendentes y descendentes de una flauta a lo lejos. Me recordó a algo que no supe identificar.

Era la misma canción que había cantado Dedan cuando nos había contado aquella historia. No entendí ni una sola palabra, salvo su nombre en el verso final. Aun así, sentí su atracción, inexplicable e insistente. Como si una mano invisible se hubiera metido en mi pecho y tirara de mi corazón hacia el claro.

Me resistí. Desvié la mirada y apoyé una mano en el tronco de un árbol cercano para sostenerme.

Oí murmurar a Marten detrás de mí, «No, no, no», en voz baja, como si intentara convencerse a sí mismo. «No, no, no, no, no. Ni por todo el dinero del mundo.»Giré la cabeza. El rastreador clavaba unos ojos febriles en el claro, aunque parecía más asustado que excitado. Tempi estaba de pie y en su cara, normalmente impertérrita, se reflejaba la sorpresa. Dedan se erguía rígido a un lado, con el rostro demudado, mientras que Hespe paseaba su mirada de él al claro alternadamente.

Entonces Felurian empezó a cantar de nuevo. Era como la promesa de una chimenea encendida en una noche fría. Era como la sonrisa de una muchacha. Pensé en Losi, la camarera de La Buena Blanca, y en sus rizos pelirrojos cayendo como una cascada de fuego. Recordé la curva de sus senos y la caricia de su mano en mi pelo.

Felurian cantaba, y yo sentía su atracción. Era intensa, pero no tanto como para que yo no pudiera contenerme. Dirigí otra vez la vista hacia el claro y la vi, vi su piel plateada, casi blanca, bajo el cielo nocturno. Se agachó para tocar el agua de la laguna con una mano, con más elegancia que una bailarina.

De pronto tuve un momento de súbita lucidez. ¿De qué tenía miedo? ¿De un cuento de hadas? Aquello era magia, magia de verdad. Es más, era una magia musical. Si dejaba pasar aquella oportunidad, jamás me lo perdonaría.

Volví a girar la cabeza para mirar a mis compañeros. Marten temblaba visiblemente. Tempi retrocedía poco a poco. Dedan tenía los puños apretados junto a los costados. ¿Iba a ser yo como ellos, supersticioso y timorato? No. Eso nunca. Yo era miembro del Arcano. Era nominador. Era un Edena Ruh.

De pronto solté una carcajada desenfrenada.

—Nos encontraremos en la La Buena Blanca dentro de tres días —dije, y entré en el claro.

Empecé a notar más intensamente la atracción de Felurian. Su piel resplandecía a la luz de la luna. Su largo cabello la rodeaba como una sombra.

—¡Al carajo! —oí decir a Dedan detrás de mí—. Si él va, yo tam...

Hubo una breve refriega que terminó con el ruido de algo que golpeaba el suelo. Giré la

cabeza y vi a Dedan tumbado boca abajo sobre la hierba. Hespe tenía una rodilla sobre su espalda, y le sujetaba y retorcía un brazo. Dedan forcejeaba sin mucho ímpetu y maldecía violentamente.

Tempi los observaba imperturbable, como si presenciara un combate de lucha. Marten, desesperado, me hacía señas y gestos.

—¡Chico! —me susurró, angustiado—. ¡Vuelve aquí! ¡Chico! ¡Vuelve!

Me volví hacia el arroyo. Felurian me miraba. Todavía estaba a cien pasos de ella, pero podía verle los ojos, oscuros y curiosos. Esbozó una sonrisa amplia y peligrosa. Soltó una risotada salvaje, una carcajada aguda y jovial. No era un sonido humano.

Entonces echó a correr y cruzó el claro, rauda como un gorrión, elegante como un ciervo. Salté a perseguirla, y pese al peso de mi macuto y a la espada que llevaba atada al cinto, me moví tan deprisa que la capa ondeó detrás de mí como una bandera. Nunca había corrido tanto, ni he corrido tanto después. Corría como un niño, rápido y ligero, sin el menor temor a caer.*'

Felurian iba delante de mí. Se metió entre la maleza. Recuerdo vagamente árboles, el olor a tierra, el gris de la piedra iluminada por la luna. Felurian ríe. Se esconde, baila, toma la delantera. Espera hasta que casi puedo tocarla, y entonces se escabulle. Brilla a la luz de la luna. Ramas que me arañan, una rociada de agua, un viento cálido...

Y entonces la atrapo. Sus manos se enredan en mi pelo, y tira de mí hacia ella. Sus labios anhelantes. Su lengua tímida e inquieta. Su aliento en mi boca, llenándome la cabeza. Sus pezones, calientes, me rozan el pecho. Su olor a trébol, a almizcle, a manzanas maduras caídas del árbol...

Y no hay vacilación, no hay duda. Sé exactamente qué tengo que hacer. Mis manos se posan en su nuca. Acarician su cara. Se enredan en su pelo. Se deslizan por la suavidad de su muslo. La agarran con fuerza por el costado. Rodean su estrecha cintura. La levantan. La tumban...

Y ella se retuerce debajo de mí, ágil y lánguida. Lenta y suspirante. Me abraza con las piernas. Arquea la espalda. Sus manos calientes se agarran a mis hombros, a mis brazos, a mis caderas...

Entonces se sienta a horcajadas encima de mí. Sus movimientos son salvajes. Su larga melena me acaricia. Echa la cabeza hacia atrás, temblorosa, estremecida, y grita en un idioma que no conozco. Sus afiladas uñas se clavan en mis pectorales...

Y también hay música: gritos mudos que suben y bajan, suspiros, mi corazón acelerado. Sus movimientos se enlentecen. Le agarro las caderas en un frenético contrapunto. Nuestro ritmo es como una canción silenciosa. Como un trueno repentino. Como el golpeteo de un tambor lejano...

todo se detiene. Todo en mí se tensa. Estoy tirante como una cuerda de laúd. Temblando. Dolorido. Me han tensado demasiado y me rompo...

96 El fuego mismo

Desperté con algo rozando las orillas de mi memoria. Abrí los ojos y vi árboles que se alzaban hacia un cielo crepuscular. Estaba rodeado de almohadones de seda, y un poco más allá estaba tendida Felurian, dormida, con el cuerpo desnudo y desmadejado.

Parecía lisa y perfecta como una estatua. Suspiró en sueños, y me reprendí por haberlo pensado; sabía que Felurian difería mucho de una fría piedra. Era cálida y flexible, y a su lado, el mármol más liso era una piedra de afilar.

Estiré un brazo para tocarla, pero me detuve, pues no quería alterar la escena perfecta que tenía ante mí. Empezó a inquietarme un pensamiento lejano, pero lo ahuyenté como habría hecho con una mosca molesta.

Felurian despegó los labios y suspiró, y el sonido que produjo fue como el arrullo de una paloma. Recordé la caricia de aquellos labios. Sentí ansias, y me obligué a desviar la mirada de su boca, suave como los pétalos de una flor.

Me fijé en sus párpado cerrados, cubiertos por un dibujo que asemejaba los de las alas de mariposa, con suaves volutas de color morado oscuro y negro y tracerías doradas que se fusionaban con el color de su piel. Cuando movió débilmente los ojos, todavía dormida, el dibujo cambió, como si la mariposa agitara las alas. Solo aquel suspiro ya valía, seguramente, el precio que los mortales debían pagar por verlo.

La devoraba con los ojos, consciente de que todas las canciones y las historias que había oído ni siquiera se acercaban a describirla. Felurian era el sueño de todo hombre. En todos los lugares donde he estado, entre todas las mujeres que he visto, solo una vez he encontrado a una que la igualase.

Algo en mi mente me gritó, pero yo estaba absorto por el movimiento de los ojos de Felurian bajo los párpados, por la forma de sus labios, que parecían querer besarme incluso estando dormida. Volví a ahuyentar aquel pensamiento, irritado.

«Voy a enloquecer, o a morir.»

La idea consiguió llegar por fin hasta mi conciencia, y de pronto noté que se me erizaba todo el vello del cuerpo. Tuve un momento de lucidez absoluta que parecía ascender para tomar aire, y cerré rápidamente los ojos tratando de sumergirme en el Corazón de Piedra.

No lo conseguí. Por primera vez en mi vida, ese estado de fortaleza y sosiego me rehuyó. Aun con los ojos cerrados, Felurian me distraía. La dulzura de su aliento. La suavidad de sus senos. Los suspiros apremiantes y algo desconsolados que escapaban por aquellos labios ávidos y tiernos como pétalos…

«Piedra.» Mantuve los ojos cerrados y me envolví en la serena racionalidad del Corazón de Piedra como en un manto antes de atreverme a pensar en ella otra vez.

¿Qué sabía? Recordé un centenar de historias sobre Felurian y arranqué los temas recurrentes. Felurian era hermosa. Hechizaba a los mortales. Ellos la seguían al mundo de los Fata y morían en sus brazos.

¿Cómo morían? Era muy sencillo deducirlo: a causa de un esfuerzo físico extremo. Sí, había sido muy intenso, y un hombre sedentario o frágil quizá no hubiera salido tan bien parado como yo. Me fijé y comprobé que sentía todo el cuerpo como un trapo retorcido. Me dolían los hombros, me escocían las rodillas, y en el cuello tenía los dulces cardenales de los chupetones; empezaban en la oreja derecha, descendían por el pecho y…

Se me encendió todo el cuerpo e hice un esfuerzo pata sumergirme aún más en el Corazón de Piedra, hasta que mi pulso se enlenteció y pude apartar los pensamientos sobre Felurian de la superficie de mi mente.

Recordaba cuatro historias sobre hombres que habían regresado con vida del mundo de los Fata, todos ellos resquebrajados como baldosas de arcilla. ¿Qué clase de locura presentaban? Comportamiento obsesivo, muerte accidental por desconexión de la realidad y consunción debida a una profunda melancolía. Tres murieron al cabo de un ciclo. El hombre de la cuarta historia había durado casi medio año.

Pero había algo que no tenía sentido. No podía negarse que Felurian era encantadora. Y muy hábil, sin duda. Pero ¿hasta el extremo de que todos esos hombres murieran o enloquecieran? No. Sencillamente, no era probable.

No pretendo minimizar la experiencia; no pongo en duda que en el pasado, como es lógico, bastara para despojar a los mortales de sus facultades. Sin embargo, sabía que yo estaba bastante cuerdo.

Brevemente le di vueltas a la idea de que estaba loco sin saberlo. Entonces contemplé la posibilidad de que hubiera estado siempre loco; reconocí que esa era más probable que la anterior, y luego las aparté a ambas de mi mente.

Seguí allí tumbado, con los ojos cerrados, disfrutando de una tranquila languidez como nunca había sentido. Saboreé el momento; luego abrí los ojos y me preparé para huir.

Eché una ojeada al pabellón, las colgaduras de seda y los almohadones esparcidos. Aquello solo eran ornamentos para Felurian. Ella estaba tumbada en medio de todo aquello, caderas redondeadas, piernas bien torneadas y músculos ágiles que se movían bajo la piel.

Y me observaba.

Si dormida era hermosa, despierta lo era el doble. Dormida era el cuadro de un incendio. Despierta era el fuego mismo.

Quizá os sorprenda que en ese momento sintiera miedo. Quizá os sorprenda que tan cerca de la mujer más atractiva del mundo recordara, de pronto, mi propia mortalidad.

Compuso una sonrisa que era un cuchillo sobre terciopelo y se desperezó como un gato al sol.

Su cuerpo parecía hecho para desperezarse; la curva de su espalda y la suave extensión de su vientre se tensaron. Sus pechos turgentes ascendieron con el movimiento de sus brazos, y de pronto me sentí como un ciervo en celo. Mi cuerpo reaccionó ante ella, y fue como si alguien golpeara la fría impasividad del Corazón de Piedra con un atizador caliente. Perdí momentáneamente el control, y una parte menos disciplinada de mi mente empezó a componer una canción para Felurian.

No podía prescindir de la atención necesaria para refrenar esa parte de mí mismo, así que me concentré en permanecer a salvo en el Corazón de Piedra, ignorando el cuerpo de Felurian y aquella parte desbocada de mi mente que componía pareados en algún rincón de mi cerebro.

No era fácil. De hecho, hacía que los rigores habituales de la simpatía parecieran tan simples como brincar. De no ser por la instrucción que había recibido en la Universidad, me habría visto reducido a un ser roto y lamentable, capaz únicamente de concentrarme en mi propia fascinación.

Poco a poco, Felurian dejó de desperezarse, se relajó y me miró con unos ojos arcaicos. Unos ojos como yo no había visto nunca. Tenían un color asombroso...

Tenía en los ojos un anochecer de verano.

> ... una especie de azul crepuscular. Eran fascinantes. De hecho... cual alas de mariposa el párpado ... no tenían ni pizca de blanco... y los labios encendidos como el cielo en el ocaso.

Apreté la mandíbula, separé esa parte de mí charlatana y la encerré en un rincón remoto de

mi mente para que se cantara a sí misma.
Felurian ladeó la cabeza. Tenía unos ojos penetrantes e inexpresivos, como los de un pájaro, «¿por qué estás tan callado, mi llama amante? ¿te he extinguido?»
Su voz tenía un sonido extraño. No contenía ni la más leve aspereza; era pura finura, como un cristal perfectamente pulido. Pese a su extraña suavidad, la voz de Felurian me recorrió la espalda y me hizo sentir como un gato al que han acariciado hasta la punta de la cola.
Me aislé aún más en el Corazón de Piedra, y noté su tranquilizador frescor. Sin embargo, pese a que la mayor parte de mi atención estaba concentrada en el autocontrol, aquella parte pequeña, loca, lírica de mi mente saltó adelante y dijo: «No me extingo. Aunque estoy empapado de ti, ardo. El movimiento de tu cabeza al volverse es como una canción. Es como una chispa. Es como un aliento que me infla y sopla para avivar un fuego que extenderse y rugir tu nombre no puede evitar».
El rostro de Felürian se iluminó, «¡un poeta! debí saber que eras un poeta por cómo se movía tu cuerpo.»
El dulce susurro de su voz volvió a cogerme desprevenido. No era que sus palabras fueran entrecortadas, roncas o sensuales. No eran ramplonas ni afectadas. Pero cuando Felurian hablaba, yo no podía evitar pensar que su aliento salía de su pecho y pasaba por su tierna garganta, y que una cuidada disposición de labios, dientes y lengua le daban forma.
Se acercó más a mí, gateando entre los almohadones, «parecías un poeta, fogoso y bello.» Me sostuvo la cara entre las manos ahuecadas; su voz era apenas un soplo, «los poetas son más delicados, dicen cosas bonitas.»Solo conocía a una persona cuya voz se parecía a la de Felurian: Elodin. Había ocasiones raras en que su voz llenaba el aire como si el mundo entero estuviera escuchando.
La voz de Felurian no reverberaba. No inundaba el claro del bosque. Era el silencio que precede a una tormenta de verano. Era suave como la caricia de una pluma. Hacía que el corazón me diera un vuelco en el pecho.
Con esa voz, no me daba dentera ni me enfurecía que me llamara «poeta». Dicho por ella, parecía la cosa más dulce que podías llamar a un hombre. Tal era el poder de su voz.
Felurian me acarició los labios con las yemas de los dedos, «los besos de poeta son los mejores, tú me besas como la llama de una vela.» Se llevó una mano a los labios, y los recuerdos hicieron centellear sus ojos.
Le cogí la mano y se la apreté con dulzura. Siempre he tenido unas manos bonitas, pero al lado de las suyas parecían toscas y feas. «Tus besos son como la luz del sol en mis labios», dije, y dejé que mi aliento le acariciara la palma de la mano.
Ella dejó caer los párpados, como alas de mariposa danzarinas. Noté que mi ciega atracción disminuía, y empecé a comprender. Aquello era magia, pero una magia que no se parecía a nada que yo conociera. No era simpatía, ni sigaldría. Felurian hacía enloquecer a los hombres de deseo de la misma manera que yo despedía calor corporal. En ella era algo natural, pero podía controlarlo.
Desvió la mirada hacia la maraña de ropa y objetos personales que yo había dejado esparcidos en un rincón del claro. Comparada con las sedas de colores pálidos, parecía fuera de lugar. Vi que Felurian posaba la mirada en el estuche de mi laúd. Se quedó quieta.
«¿es mi llama un dulce poeta? ¿canta?» Le tembló la voz, y detecté cierta tirantez en su cuerpo mientras esperaba mi respuesta. Me miró. Le sonreí.
Felurian se fue correteando y regresó con mi estuche, como una niña con un juguete nuevo. Al cogerlo, vi que tenía los ojos muy abiertos y... ¿húmedos?
Y La miré con fijeza, y de pronto me di cuenta de cómo debía de ser su vida. Mil años, y mucho tiempo sola. Si quería compañía, tenía que seducir y cautivar. Y ¿para qué? ¿Una noche de compañía? ¿Una hora? ¿Cuánto podía aguantar un hombre normal hasta que su voluntad se resquebrajara y se mostrase tan tontorrón como un perro que anhela una

caricia? No mucho.¿a quién podía conocer Felurian en el bosque? ¿A granjeros y cazadores? ¿Qué entretenimiento podían proporcionarle ellos, simples esclavos de las pasiones de Felurian? Por un momento sentí lástima por ella. Yo sé qué es estar solo.
Saqué el laúd del estuche y empecé a afinarlo. Toqué un acorde experimental y volví a afinar el instrumento. ¿Qué podía tocar para la mujer más hermosa del mundo?
La verdad es que no me costó mucho decidirme. Mi padre me había enseñado a juzgar al público. Empecé a tocar «Las hermanas Flin». Supongo que nunca la habréis oído. Es una canción alegre y animada sobre dos hermanas que chismorrean mientras discuten por el precio de la mantequilla.
A la mayoría de la gente le gusta oír relatos de aventuras y romances legendarios. Pero ¿qué le cantas a alguien salido de una leyenda? ¿Qué le cantas a una mujer que lleva una eternidad siendo objeto de historias de amor? Le cantas canciones de gente corriente. Confié en no equivocarme.
Al final de la canción, Felurian aplaudió con gran alegría, «¡más! ¿más?» Sonrió y ladeó la cabeza convirtiéndolo en una petición. Tenía los ojos muy abiertos, impacientes y adorables.
Le toqué «Larm y su jarra de cerveza». Le toqué «Las hijas del herrero». Le toqué una canción absurda sobre un sacerdote que perseguía una vaca; la había escrito cuando tenía diez años y nunca le había puesto título.
Felurian reía y aplaudía. Se tapaba la boca, asombrada, y los ojos, avergonzada. Cuanto más tocaba, más me recordaba Felurian a una joven campesina que asiste a su primera feria, embargada del júbilo más puro, con la cara brillando de inocente placer, los ojos como platos de asombro ante todo cuanto ve.
Y preciosa, por supuesto. Me concentraba en la digitación para no pensar cuán encantadora era.
Después de cada canción, Felurian me recompensaba con un beso que hacía que me resultara muy difícil decidir qué iba a tocar a continuación. Y no es que eso me preocupara en exceso. No había tardado mucho en comprender que prefería los besos a las monedas.
Le toqué «Calderero, curtidor». Os aseguro que la imagen de Felurian cantando con aquella voz suave y ondulante el estribillo de mi canción de taberna preferida es algo que jamás olvidaré. No lo olvidaré hasta el día que muera.
Poco a poco, iba notando cómo el hechizo bajo el que me tenía se debilitaba. Me dejó espacio para respirar. Me relajé y me permití el lujo de salir un poco del Corazón de Piedra. La serenidad desapasionada puede ser un estado mental muy útil, pero no favorece una actuación cautivadora.
Pasé horas tocando, y al final volví a sentirme yo mismo. Con eso quiero decir que podía mirar a Felurian sin otra reacción que la que sentiríais normalmente mirando a la mujer más hermosa del mundo.
Todavía la recuerdo, sentada desnuda entre almohadones, mientras unas mariposas del color del crepúsculo revoloteaban entre nosotros. Para no estar excitado, tendría que haber estado muerto; pero parecía que había recuperado el dominio de mi mente, y lo agradecí.
Cuando guardé el laúd en el estuche, Felurian hizo un ruidito de protesta, «¿estás cansado?», me preguntó esbozando una sonrisa, «si lo hubiera sabido, no te habría cansado tanto, dulce poeta.»
Le ofrecí mi mejor sonrisa de disculpa. «Lo siento, pero se está haciendo tarde.» De hecho, el cielo seguía mostrando el mismo color púrpura que cuando había despertado, pero insistí. «Tengo que darme prisa si quiero...»
Me quedé en blanco con la misma rapidez que si me hubieran golpeado en la nuca. Sentí la pasión, violenta e insaciable. Sentí la necesidad de poseer a Felurian, de estrujar su cuerpo contra el mío, de saborear la salvaje dulzura de su boca.
Si conseguí asirme a la conciencia de mi propia identidad fue únicamente gracias a la

instrucción de arcanista que había recibido.
Y me así a ella solo con las yemas de los dedos.
Felurian estaba sentada con las piernas cruzadas sobre los almohadones, enfrente de mí, con gesto enojado y terrible, y con unos ojos fríos y duros como estrellas lejanas. Con una calma deliberada, se sacudió del hombro una mariposa que movía lentamente las alas. Ese sencillo gesto contenía tal cantidad de furia que se me encogió el estómago y comprendí que:
Nadie abandonaba a Felurian, jamás. Ella conservaba a los hombres hasta que su cuerpo y su mente se rompían bajo la presión de amarla. Los conservaba hasta que se cansaba de ellos, y cuando los despedía, ellos enloquecían por haberla perdido.
No podía hacer nada. Yo era una novedad. Era un juguete, favorito porque era el más nuevo. Quizá Felurian tardara mucho en cansarse de mí, pero ese momento llegaría tarde o temprano. Y cuando por fin me liberara, el deseo de estar con ella me destrozaría.

97 Sangre y ruda amarga

Sentado entre sedas, mientras poco a poco iba perdiendo el control de mí mismo, noté un sudor frío en todo el cuerpo. Apreté los dientes y sentí que prendía dentro de mí una pequeña llama de ira. A lo largo de la vida, mi mente ha sido lo único en que siempre he podido confiar, lo único que siempre ha sido completamente mío.
Noté que mi determinación se debilitaba a medida que mis instintos eran sustituidos por una fuerza animal incapaz de ver más allá de su propio apetito.
La parte de mí que seguía siendo Kvothe estaba enfurecida; no obstante, notaba cómo mi cuerpo reaccionaba a la presencia de Felurian. Dominado por una espantosa fascinación, me sentí arrastrarme hacia ella entre los almohadones. Un brazo encontró su estrecha cintura, y me incliné para besarla con un ansia terrible.
Me puse a gritar dentro de mi propia mente. Me han golpeado y azotado, he pasado hambre y me han apuñalado. Pero mi mente me pertenece, no importa lo que le suceda a este cuerpo, ni a lo que lo rodea. Me lancé sobre los barrotes de una jaula intangible hecha de luz de luna y deseo.
Y conseguí, no sé cómo, apartarme de Felurian. Mi aliento huyó desesperado, despavorido, por mi garganta.
Felurian se recostó en los almohadones e inclinó la cabeza hacia mí. Tenía unos labios pálidos y perfectos, los ojos entrecerrados y ávidos.
Hice un esfuerzo y desvié la mirada de su cara, pero no había nada seguro que mirar. Su cuello era liso y delicado, y se apreciaba en él el rápido palpitar de su pulso. Un pecho se erguía, repleto y redondo, mientras que el otro se inclinaba ligeramente hacia un lado siguiendo la pendiente de su cuerpo. Ambos ascendían y descendían al ritmo de la respiración; se movían lentamente y proyectaban sombras parpadeantes sobre su piel. Vislumbré la perfecta blancura de los dientes detrás del rosa pálido de los labios entreabiertos...
Cerré los ojos, pero fue aún peor. El calor que despedía el cuerpo de Felurian calentaba como el fuego de una chimenea. Acaricié la suave piel de su cintura. Felurian, tumbada debajo de mí, se movió, y uno de sus senos me rozó suavemente el pecho. Noté su aliento en el cuello. Me estremecí y empecé a sudar.
Volví a abrir los ojos y vi que Felurian me miraba fijamente. Tenía una expresión inocente, casi dolida, como si no entendiera que la rechazaran. Alimenté mi pequeña llama de ira. A mí nadie me hacía eso. Nadie. Me aparté de ella. Una fina arruga apareció en su frente, como si estuviera molesta, o enojada, o concentrándose.
Felurian estiró un brazo para tocarme la cara; me miraba con fijeza, como tratando de leer algo escrito en lo más hondo de mí. Intenté apartarme al recordar el efecto de sus caricias, pero mi cuerpo sencillamente tembló. Unas gotas de sudor resbalaron de mi piel y golpetearon suavemente en los almohadones de seda y en la lisa superficie del vientre de Felurian.
Me acarició la mejilla. Me incliné para besaría, suavemente, y algo se rompió en mi mente. Noté el chasquido, y desaparecieron cuatro años de mi vida. De pronto volvía a estar en las calles de Tarbean. Tres chicos, más altos que yo, con el pelo grasiento y los ojos achinados, me habían sacado del cajón roto donde dormía. Dos de ellos me inmovilizaron sujetándome por los brazos. Yacía en medio de un charco de agua fría y pestilente. Era muy temprano y se veían las estrellas.
Uno de los chicos me tapaba la boca. No importaba: llevaba meses en la ciudad y sabía que

no debía gritar pidiendo ayuda. En el mejor de los casos, no vendría nadie. En el peor vendría alguien, y entonces ellos serían más.
Dos de ellos me sujetaron. El tercero me rasgó la ropa, desprendiéndomela del cuerpo. Me pinchó. Me dijeron lo que iban a hacerme. Notaba el horrible calor de su aliento en la cara. Reían.
En Tarbean, medio desnudo e indefenso, noté crecer algo dentro de mí. Mordí dos dedos de la mano que me tapaba la boca. Oí un grito y una sarta de tacos, y uno de los chicos se apartó tambaleándose. Empujé con todas mis fuerzas contra el que todavía tenía encima. Oí cómo se me rompía el brazo, y él aflojó un poco la presa. Empecé a aullar.Me lo quité de encima. Me levanté sin dejar de gritar; la ropa me colgaba del cuerpo hecha jirones. Derribé a uno. Busqué a tientas con una mano y encontré un adoquín suelto que utilicé para romperle una pierna. Recuerdo el ruido que hizo. Seguí golpeándolo hasta que le rompí los brazos, y luego le rompí el cráneo.
Cuando levanté la cabeza, vi que el que me había pinchado ya no estaba. El tercero estaba acurrucado contra una pared, con la mano ensangrentada contra el pecho, y me miraba con unos ojos enloquecidos. Entonces oí pasos que se acercaban; solté el adoquín y corrí, corrí, corrí, corrí...
De pronto, años más tarde, volvía a ser aquel niño salvaje. Eché la cabeza hacia atrás y gruñí por dentro. Sentí algo muy hondo en mi interior y fui en su busca.
Se apoderó de mí una tensa quietud, la clase de silencio que precede al trueno. Noté que el aire empezaba a cristalizar alrededor de mí.
Sentí frío. Impasible, recogí los trozos de mi mente y los junté. Era Kvothe el artista de troupe, Edena Ruh de nacimiento. Era Kvothe el estudiante, Re'lar de Elodin. Era Kvothe el músico. Era Kvothe.
Me alcé sobre Felurian.
Sentí que aquella era la primera vez en la vida que estaba completamente despierto. Todo parecía claro y nítido, como si viera con unos ojos nuevos. Como si no necesitara los ojos para nada y mirase el mundo directamente con la mente.
«La mente dormida», comprendió vagamente una parte de mí. «Ya no duerme», pensé, y sonreí.
Miré a Felurian, y en ese momento la comprendí entera, de los pies a la cabeza. Felurian era un ser fata. No le preocupaba el bien y el mal. Era una criatura de puro deseo, como un niño. A los niños no les preocupan las consecuencias; tampoco a una tormenta repentina. Felurian parecía ambas cosas, y ninguna. Era arcaica, inocente, poderosa, orgullosa.
¿Era así como Elodin veía el mundo? ¿Era aquella la magia de que hablaba? Nada de trucos ni secretos, sino magia como la de Táborlin el Grande. ¿Había estado allí siempre, pero no había sabido verla hasta entonces?
Era hermosa.
Miré a Felurian a los ojos y el mundo se amansó y se ralentizó. Sentí como si me hubieran sumergido bajo el agua, y como si me hubieran extraído el aliento. Por un instante brevísimo me quedéaturdido y petrificado, como si me hubiera caído encima un rayo.
El momento pasó, y todo empezó a moverse de nuevo. Pero entonces, contemplando los ojos crepusculares de Felurian, la entendí mucho más. Ahora la conocía hasta la médula de los huesos. Sus ojos eran como cuatro frases musicales, claramente escritas. De pronto la canción de Felurian ocupaba mi mente por completo. Inspiré y la canté con cuatro notas contundentes.
Felurian se incorporó. Se pasó una mano ante los ojos y pronunció una palabra afilada como un cristal roto. Noté un dolor como un trueno en la cabeza. La oscuridad parpadeó en la periferia de mi visión. Noté un sabor a sangre y a ruda amarga.
El mundo volvió a cobrar nitidez, y me sujeté antes de caer.

Felurian arrugó el ceño. Se enderezó. Se levantó. Con expresión resuelta, dio un paso.
De pie no era tan alta ni tan terrible. Su cabeza me llegaba a la altura de la barbilla. Su cabello oscuro descendía como una cortina de sombra y liso como un cuchillo, hasta la curva de sus caderas. Era delgada y pálida y perfecta. Jamás he visto un rostro tan dulce, una boca tan hecha para besar. Ya no fruncía el ceño. Tampoco sonreía. Tenía los labios relajados y entreabiertos.
Dio otro paso. El simple movimiento de su pierna era como una danza; el natural desplazamiento de su cadera, fascinante como un fuego. El arco de su pie descalzo era más sensual que nada que yo hubiera visto en mi corta vida.
Otro paso. Una sonrisa plena e intensa. Felurian era hermosa como la luna. Su poder la envolvía como un manto, estremecía el aire, se extendía tras ella como un par de inmensas alas invisibles.
Ya estaba tan cerca que podía tocarla; sentía su poder, que hacía temblar el aire. El deseo se alzó alrededor de mí como una tormenta en el mar. Felurian levantó una mano. Me tocó el pecho. Me estremecí.
Me miró a los ojos, y en el crepúsculo que estaba escrito en ellos volví a ver las cuatro tersas frases de la canción.
Las canté. Salieron de mí como pájaros que echan a volar.
De pronto mi mente se despejó de nuevo. Inspiré y guardé los ojos de Felurian en mis ojos. Volví a cantar, y esa vez me sentí lleno de furia. Grité aquellas cuatro notas contundentes. Las canté tersas, blancas y duras como el hierro. Y al oírlas, sentí que el poder de Felurian temblaba y se hacía añicos, dejando en el aire solo dolor e ira.
Felurian dio un grito sobresaltada y se sentó, tan bruscamente que fue casi una caída. Recogió las piernas hacia el pecho y se acurrucó, observándome con los ojos muy abiertos, asustada.
Miré alrededor y vi el viento. No como vemos el humo o la niebla, sino el propio viento siempre errátil. Era familiar, como el rostro de un amigo olvidado. Reí y extendí los brazos, maravillado de su forma cambiante.
Ahuequé las manos y eché mi aliento en el hueco que formaban. Pronuncié un nombre. Moví las manos y tejí mi hálito, vaporoso y sutil. Creció envolviendo a Felurian; entonces formó una llamarada plateada que la atrapó en el interior de su nombre cambiante.
La mantuve allí, por encima del suelo. Ella me observaba, asustada e incrédula; su cabello oscuro danzaba como una segunda llama dentro de la primera.
Entonces supe que podía matarla. Habría sido tan sencillo como lanzar una hoja de papel al viento. Pero esa idea me asqueó, y pensé que sería como arrancarle las alas a una mariposa. Matarla sería destruir algo extraño y maravilloso. Un mundo sin Felurian sería un mundo más pobre. Un mundo que me gustaría un poco menos. Habría sido como romper el laúd de Illien. Habría sido como quemar una biblioteca, además de poner fin a una vida.
Por otra parte, estaban en juego mi vida y mi cordura. Al fin y al cabo, el mundo también parecía más interesante conmigo en él.
Pero no podía matarla. Así no. No blandiendo mi magia recién descubierta como un cuchillo de disección.
Volví a hablar, y el viento la posó sobre los almohadones. Hice un movimiento rápido con la mano y la llama plateada en que se había convertido mi aliento se transformó en tres notas de una canción rota que se perdieron entre los árboles.
Me senté. Felurian se reclinó. Nos miramos largamente. Su mirada pasó del miedo a la cautela y a la curiosidad. Me vi reflejado en sus ojos, desnudo entre los almohadones. Llevaba mi poder en la frente, como una estrella blanca.
Entonces empecé a notar un desvanecimiento. Un olvido. Me di cuenta de que el nombre del viento ya no llenaba mi boca, y cuando miré alrededor solo vi aire. Intenté permanecer

aparentemente sereno, pero me sentía desposeído, como un laúd al que han cortado las cuerdas. Me abrumó una pena que no había sentido desde la muerte de mis padres.
Vi un leve resplandor alrededor de Felurian, y comprendí que estaba recuperando su poder. Lo ignoré mientras luchaba desesperadamente para conservar algo de lo que había aprendido. Pero era como intentar sujetar un puñado de arena. Si alguna vez habéis soñado que volabais y os habéis despertado consternados por haber perdido esa habilidad, intuiréis cómo me sentía.
Fue desvaneciéndose poco a poco hasta que no quedó nada. Me sentí vacío por dentro y dolido como si hubiera descubierto que mi familia nunca me había querido. Tragué saliva para deshacer el nudo que se me había formado en la garganta.
Felurian me miró con curiosidad. Seguía viéndome reflejado en sus ojos, pero la estrella de mi frente no era más que una motita de luz. Entonces empecé a perder también la nítida visión de mi mente dormida. Miré alrededor desesperado, intentando memorizar aquella visión.
Pero la perdí. Agaché la cabeza, en parte por el dolor que sentía, y en parte para ocultar mis lágrimas.

98 La balada de Felurian

Tardé un rato en serenarme lo suficiente para levantar la cabeza. Percibí una indecisión en la atmósfera, como si fuéramos jóvenes amantes que no supiéramos qué teníamos que hacer a continuación, que no supiéramos qué papeles debíamos interpretar.
Cogí mi laúd y lo abracé contra el pecho. Fue un movimiento instintivo, como sujetarse una mano herida. Toqué un acorde, por pura costumbre; luego toqué el menor y pareció que el laúd dijera «triste».
Sin pensar y sin levantar la vista, empecé a tocar una de las canciones que había compuesto en los meses posteriores a la muerte de mis padres. Se llamaba «Sentado junto al agua recordando». Las notas del laúd vertían pesar en el anochecer. Tardé unos minutos en percatarme de lo que estaba haciendo, y unos más en parar. No había terminado la canción. No sé si tiene final.
Me sentía mejor; no bien, pero sí mejor. Menos vacío. Mi música siempre me ha ayudado. Mientras tuviera mi música, ninguna carga parecía insoportable.
Levanté la cabeza y vi que las lágrimas resbalaban por las mejillas de Felurian. Eso me hizo sentir menos vergüenza de mí mismo.
También sentí que la deseaba. El dolor de mi corazón amortiguaba mi emoción, pero ese toque de deseo centraba mi atención en mi preocupación más inmediata: sobrevivir, huir.
Felurian pareció haber tomado una decisión y empezó a avanzar hacia mí sobre los almohadones. Se movía con cautela, a gatas; se detuvo a unos palmos de mí y me miró.
«¿tiene nombre mi tierno poeta?» Su voz era tan dulce que me sobresaltó.
Fui a decir algo, pero me detuve. Pensé en la luna, atrapada por su propio nombre, y en un sinfín de cuentos de hadas que había oído de niño. Si había de creer a Elodin, los nombres eran los huesos del mundo. Titubeé medio segundo antes de decidir que ya le había dado a Felurian mucho más que mi nombre.
«Soy Kvothe.» Fue como si el sonido de mi nombre me cimentara, como si volviera a ponerme dentro de mí.
«kvothe.» Lo dijo suavemente, y me recordó la llamada de un pájaro, «¿puedes volver a cantar para mí con esa dulzura?» Estiró un brazo, despacio, como si temiera quemarse, y posó una mano sobre mi brazo, «por favor, tus canciones son como una caricia, mi kvothe.»
Pronunciaba mi nombre como el principio de una canción. Era delicioso. Sin embargo, no acababa de convencerme que se refiriera a mí como «su» Kvothe.
Sonreí y asentí con la cabeza. Básicamente, porque no tenía ninguna idea mejor. Toqué un par de acordes para afinar, hice una pausa y me quedé pensando.
Entonces empecé a tocar «En el bosque de los Fata», una canción sobre Felurian, nada menos. No era especialmente buena. Solo utilizaba unos tres acordes y dos docenas de palabras. Pero surtió el efecto que yo buscaba.
Felurian se animó al oír su nombre. No tenía ni pizca de falsa modestia. Sabía que era la más hermosa, la más experta. Sabía que los hombres contaban historias, y sabía qué reputación tenía. Ningún hombre podía resistírsele, ningún hombre podía soportarla. Hacia el final de la canción, el orgullo la hacía sentarse más erguida.
Terminé la canción.
«¿Te gustaría oír otra?», pregunté.
Ella asintió y sonrió con entusiasmo. Sentada entre almohadones, con la espalda tiesa, estaba majestuosa como una reina.
Empecé otra canción, parecida a la anterior. Se llamaba «Lady Fata», o algo parecido. No

sabía quién la había escrito, pero por lo visto tenía la terrible manía de añadir sílabas de más a los versos. No era tan mala como para que me lanzaran nada en una taberna, pero casi.
Mientras tocaba, observaba atentamente a Felurian. Era evidente que se sentía halagada, pero detecté en ella una ligera y creciente insatisfacción. Como si estuviera molesta y no supiera exactamente por qué. Perfecto.
Por último toqué una canción escrita para la reina Serule. Me imagino que nunca la habréis oído, pero seguro que sabéis de qué tipo decanción se trata. La escribió un trovador adulador que buscaba un mecenas, y mi padre me la había enseñado como ejemplo de ciertas cosas que debías evitar cuando componías una canción. Era un paradigma de mediocridad abrumador. Era evidente que o bien el compositor era un inepto acabado, o no conocía a Serule, o sencillamente no la encontraba en absoluto atractiva.
, Mientras la cantaba, me limité a cambiar el nombre de Serule por el de Felurian. También sustituí los mejores versos por otros menos poéticos. Cuando acabé de tocarla, la pobre canción era un verdadero desastre, y Felurian me miraba cori gesto de profunda consternación.
Me quedé un rato callado, como si meditara algo concienzudamente. Cuando por fin hablé, lo hice con una voz débil y vacilante. «¿Puedo componer una canción para vos, señora?», dije, y esbocé una tímida sonrisa.
La sonrisa que me devolvió Felurian fue como la luna atravesando las nubes. Se puso a dar palmadas y se abalanzó sobre mí con jovial coquetería, cubriéndome de besos. Lo único que me impidió disfrutar debidamente de esa experiencia fue el temor a que me rompiera el laúd.
Felurian se separó de mí, se sentó y se quedó muy quieta. Ensayé un par de combinaciones de acordes; luego dejé las manos quietas y la miré. «La llamaré “La balada de Felurian”.» Ella se sonrojó un poco y me miró con los ojos bajos, una expresión tímida e insolente a la vez.
Modestia aparte, sé componer una canción bonita cuando me lo propongo, y últimamente, trabajando para el maer, me había entrenado mucho. No soy el mejor, pero sí uno de los mejores. Si tuviera tiempo, un tema digno y la motivación necesaria, supongo que podría componer tan bien como Illien. Casi.
Cerré los ojos y le arranqué un son dulce a mi laúd. Mis dedos volaban, y yo capturaba la música del viento en las ramas, de las hojas susurrando.
Entonces miré en el fondo de mi mente, donde aquella parte de mí enloquecida y charlatana llevaba todo ese tiempo componiendo una canción para Felurian. Rasgueé las cuerdas con más suavidad y empecé a cantar:

> Destellos de luna en sus ojos de azul ultramar, tenues mariposas en sus párpados se ven brillar.
> Cimbreaba su melena como una guadaña oscuraque entre los árboles siega mientras el viento murmura. ¡Felurian! Oh dama hermosa, sea este bosque tuyo bienhadado.
> Es tu aliento suave como la aurora y de sombras tienes el cabello jaspeado.

Felurian me escuchaba en silencio. Hacia el final del estribillo, parecía que ni siquiera respirara. Unas cuantas mariposas a las que poco antes habíamos asustado con nuestro conflicto volvieron revoloteando junto a nosotros. Una de ellas se posó en la mano de Felurian; agitó las alas una, dos veces, como si sintiera curiosidad por saber por qué su ama se había quedado de pronto tan quieta. Volví a dirigir la mirada hacia mi laúd y escogí unas notas como gotas de lluvia lamiendo las hojas de los árboles:

En las undantes sombras de una vela ella danzaba y en ayunas me tenía el cuerpo, el rostro, la mirada.
Ni el canto de las hadas que loa la tradición era más poderoso que el lazo de su atracción.
¡Felurian! Oh dama hechicera, dulce como la madreselva es tu beso.
De aquel que aún no te conozca ni te quiera yo me compadezco.

La miré con el rabillo del ojo. Allí sentada, parecía que escuchara con todo el cuerpo. Tenía los ojos muy abiertos. Se había llevado una mano a la boca, ahuyentando a la mariposa que estaba posada allí, y con la otra se tocó el pecho al inspirar lentamente. Era justo lo que yo pretendía, pero de todas formas lo lamenté.

Me encorvé sobre el laúd e hice danzar los dedos por las cuerdas. Tejí acordes como agua sobre las piedras de un río, como el suave aliento junto al oído. Entonces me armé de valor y canté:

En sus ojos centelleaba el azul más profundo, cual despejado firmamento nocturno.
Sus artes amatorias son…

Detuve los dedos sobre las cuerdas e hice una breve pausa, como si no estuviera seguro de algo. Vi que Felurian empezaba a salir de su ensimismamiento y continué:

Sus artes amatorias son suficientes y agradable resulta en el abrazo más ardiente.
¡Felurian! Oh amante luminosa, más deseada que la plata es tu caricia.
Te…

«¿cómo?» Pese a que estaba esperando esa interrupción, la gelidez de su voz me sobresaltó; me embrollé con las notas y varias mariposas salieron volando. Inspiré, adopté un gesto estudiado de inocencia y levanté la cabeza.

La expresión de Felurian era una tormenta de furia e incredulidad. «¿agradable?» Su tono me hizo palidecer. Su voz seguía siendo tierna y armoniosa como el sonido de una flauta lejana; pero eso no significaba nada. Un trueno lejano no te invade los oídos: sabes que se acerca porque retumba en tu pecho. La serenidad de su voz retumbó en mí como un trueno lejano, «¿agradable?»

«Fue agradable», dije para aplacarla; mi apariencia de inocencia no era del todo fingida.

Felurian abrió la boca como si fuera a decir algo, pero volvió a cerrarla. Echaba chispas por los ojos.

«Lo siento», dije. «No he debido intentarlo.» Di a mi voz un tono entre abatido y escarmentado. Bajé las manos de las cuerdas del laúd.

El incendio de Felurian se aplacó un tanto, pero cuando recuperó el habla su voz era tensa y peligrosa, «¿mis artes son “suficientes”?» Casi no pudo pronunciar la última palabra. Sus labios dibujaron una mueca de indignación.

Estallé. Con voz atronadora, dije: «¿Y yo cómo demonios voy a saberlo? ¡Nunca había hecho esto!».

La vehemencia de mis palabras la asustó, y su ira se atenuó un tanto. «¿qué quieres decir?», preguntó, confusa.

«¡Esto!» Hice un ademán señalándome a mí, a ella, los almohadones y el pabellón entero, como si con eso lo explicara todo.
Entonces su ira se desvaneció por completo, y vi que empezaba a comprender, «tú...»
«No.» Agaché la cabeza y me puse colorado. «Nunca había estado con una mujer.»
Entonces alcé la vista y la miré a los ojos como retándola a insistir sobre el tema.
Felurian se quedó quieta un momento, y entonces sus labios dibujaron una sonrisa irónica, «me estás contando un cuento de hadas, mi kvothe.»
Mi expresión se tornó adusta. No me importa que me llamen mentiroso. Lo soy. Soy un mentiroso extraordinario. Pero no soporto que me llamen mentiroso cuando estoy diciendo la verdad.
No sé si Felurian interpretó correctamente la cara que puse, pero el caso es que la convencí, «pero eras como una pequeña tormenta de verano.» Agitó una mano, «eras un bailarín fresco y lozano.» Sus ojos lanzaban destellos de picardía.
Memoricé aquel comentario para utilizarlo en el futuro cuando necesitara sacarle brillo a mi ego. Un tanto dolido, repliqué: «Por favor, no soy tan palurdo. He leído libros y...».
Felurian rió con la risa cantarína de un arroyo, «has aprendido de los libros.» Me miró como si no supiera si debía tomarme en serio. Rió, paró y volvió a reír. Yo no sabía si debía ofenderme.
«Tú también lo hiciste muy bien», dije precipitadamente, consciente de que parecía el último invitado que felicita a la anfitriona por la ensalada. «De hecho, he leído...»
«¿libros? ¡libros! ¡me comparas con los libros!» Su ira se derrumbó sobre mí. Entonces, sin parar siquiera para respirar, Felurian volvió a reír, con una risa aguda y deliciosa. Era una risa salvaje como el aullido de un zorro, clara y afilada como el canto de un pájaro al amanecer. No era un sonido humano.
Volví a poner cara de inocente. «¿Acaso no siempre es así?» Mantuve una expresión serena mientras, por dentro, me preparaba para otro estallido.
Se sentó muy erguida.
«yo soy Felurian», dijo.
No se limitó a decir su nombre. Fue toda una declaración. Era una bandera desplegada, orgullosa, al viento.
Le sostuve la mirada unos instantes; entonces suspiré y miré mi laúd. «Siento lo de la canción. No era mi intención ofenderte.»
«era más adorable que la puesta de sol», replicó ella, al borde de las lágrimas, «pero... ¿agradable?» Esa palabra le sonaba amarga.
Guardé el laúd en el estuche. «Lo siento, pero sin elementos para comparar no puedo arreglarla...» Suspiré. «Es una lástima, porque la canción era buena. Los hombres habrían seguido cantándola dentro de mil años.» Mi voz iba cargada de pesar.
Entonces el rostro de Felurian se iluminó, como si se le hubiera ocurrido una idea; entrecerró los ojos y me miró como si tratara de leer algo escrito dentro de mi cráneo.
Lo sabía. Sabía que me estaba guardando la canción inacabada como rehén. Los mensajes tácitos estaban claros: si no me marcho, nunca podré terminar la canción. Si no me marcho, nadie oirá nunca estas hermosas palabras que he escrito sobre ti. Si no me marcho y pruebo los frutos que tienen que ofrecer las mujeres mortales, nunca sabré lo hábil que eres tú.
Rodeados de almohadones, bajo aquel crepúsculo perpetuo, Felurian y yo nos miramos fijamente. Ella tenía una mariposa en la mano; yo apoyaba la mía en la lisa madera de mi laúd. Dos caballeros armados que se contemplaran desde extremos opuestos de un campo de batalla ensangrentado no habrían alcanzado la intensidad de nuestras miradas.
Felurian habló con voz pausada, evaluando mi reacción: «si te vas, ¿la terminarás?». Traté de fingir sorpresa, pero no podía engañarla. Asentí con la cabeza, «¿volverás y me la

cantarás?»
Entonces me sorprendí de verdad. No me había planteado que pudiera preguntarme eso. Sabía que la segunda vez no podría marcharme. Vacilé, pero solo un instante. Media hogaza es mejor que nada. Asentí.
«¿me lo prometes?» Volví a asentir, «¿me lo prometes con besos?» Cerró los ojos y echó la cabeza hacia atrás, como una flor que busca el sol.
La vida es demasiado corta para rechazar ofertas así. Me incliné hacia ella, atraje hacia mí su cuerpo desnudo y la besé tan bien como me permitió mi escasa práctica. Por lo visto lo hice medianamente bien.
Al apartarme, ella me miró y dio un suspiro, «tus besos son como copos de nieve en mis labios.» Se tumbó sobre los almohadones y apoyó la cabeza en un brazo. Con la otra mano me acarició la mejilla.
Afirmar que Felurian era adorable es pecar de comedido. Me di cuenta de que ella llevaba varios minutos sin hacer nada para avivar mi deseo, o al menos no de forma sobrenatural. Me rozó la palma de la mano con los labios y me la soltó. Entonces se quedó quieta, observándome atentamente.
Me sentí halagado. Hasta hoy solo conozco una respuesta a una pregunta formulada con tanta educación. Me incliné para besarla.
Y riendo, ella me tomó en sus brazos.

99 Otra magia diferente

A esas alturas de la vida ya me había ganado una moderada reputación.
No, eso no es del todo cierto. Sería más exacto afirmar que me había forjado una reputación. La había creado deliberadamente. La había cultivado.
Tres cuartas partes de las historias que la gente contaba sobre mí en la Universidad eran rumores absurdos que yo mismo había iniciado. Hablaba ocho idiomas. Podía ver en la oscuridad. Cuando tenía tres años, mi madre me había colgado en un cesto de un serbal a la luz de la luna llena. Esa noche, un hada me había hecho un poderoso hechizo que me protegería el resto de mi vida. Cambió el color de mis ojos, que de azules se tornaron verde hoja.
Y es que yo sabía cómo funcionaban las historias. Nadie se creería que le hubiera vendido un puñado de mi propia sangre a un demonio a cambio de un Alar como una hoja de acero de Ramston.
Y sin embargo, yo era el duelista mejor clasificado de la clase de Dal. Si tenía un buen día, podía derrotar a dos compañeros juntos.
Ese hilo de verdad se entrelazaba con la historia y la reforzaba.
Y aunque tú no te la creyeras, podías contársela a un pasmado alumno novato que se hubiese tomado un par de copas, solo para verle la cara, solo para divertirte un rato. Y si tú también te habías tomado dos o tres copas, quizá empezaras a preguntarte...
Así era como corrían las historias. Y así era como, al menos en la Universidad, crecía mi pequeña reputación.
También había unas cuantas historias verdaderas. Fragmentos de mi reputación que me había ganado honradamente. Había rescatado a Felá de un infierno. Me habían azotado ante una multitud y no había sangrado. Había llamado al viento y le había roto el brazo a Ambrose...
No obstante, yo sabía que mi reputación era un abrigo tejido con telarañas. Eran tonterías de libro de cuentos. Allí fuera no había demonios regateando para conseguir sangre. No había hadas bondadosas que te hacían hechizos mágicos. Y aunque pudiera fingirlo, yo sabía que no era Táborlin el Grande.
En eso pensaba cuando desperté enredado en los brazos de Felurian. Me quedé un rato quieto entre los almohadones, con su cabeza apoyada en mi pecho y sus piernas extendidas sobre las mías. Miré el cielo del crepúsculo entre las ramas de los árboles y me di cuenta de que no reconocía las estrellas. Eran más brillantes que las del cielo de los mortales, y no identificaba las figuras que formaban.
Entonces comprendí que mi vida había tomado una dirección nueva. Hasta ese momento, había estado jugando a ser un joven Táborlin. Había inventado mentiras sobre mí, fingiendo ser un héroe de libro de cuentos.
Pero ya no tenía sentido fingir. Lo que había hecho merecía una historia, tan extraña y maravillosa como cualquier cuento del propio Táborlin. Había seguido a Felurian hasta el mundo de los Fata, y la había vencido con una magia que no podía explicar y mucho menos controlar.
Me sentía diferente. Más sólido. No más maduro, ni más sabio. Pero sabía cosas que antes ignoraba. Sabía que los Fata existían. Sabía que su magia era real. Felurian podía destrozar la mente de un hombre con un beso. Su voz podía manejarte como los hilos de una marioneta. Allí había cosas que yo podía aprender. Cosas extrañas. Poderosas. Secretas. Cosas que quizá nunca volviera a tener ocasión de aprender.

Me deshice con cuidado del abrazo dormido de Felurian y caminé hasta la laguna. Me mojé la cara y bebí agua en las manos ahuecadas.

Busqué entre las plantas que crecían al borde del agua. Arranqué unas hojas y las mastiqué mientras pensaba cómo podía plantearle el tema a Felurian. La menta me endulzó el aliento.

Cuando regresé al pabellón, Felurian estaba allí de pie cepillándose el largo y oscuro cabello con los pálidos dedos.

Le di una violeta tan oscura como sus ojos. Ella me sonrió y se la comió.

Decidí abordar el asunto con delicadeza, para no ofenderla. «He pensado que quizá quieras enseñarme», dije con voz pausada.

Ella estiró un brazo y me acarició la mejilla, «pobre inocente», dijo ella,con cariño, «¿acaso no he empezado ya?»

Sentí que la emoción crecía en mi pecho; estaba asombrado de que pudiera ser tan fácil. «¿Estoy preparado para la siguiente lección?», pregunté.

Felurian ensanchó la sonrisa y me miró de arriba abajo con los ojos entornados, misteriosos, «¿lo estás?»

Asentí con la cabeza.

«es bueno que muestres interés», dijo Felurian con una voz ondulante, risueña, «tienes inteligencia y habilidad natural, pero te queda mucho por aprender.» Escudriñó mis ojos y su delicado rostro reflejó una profunda seriedad, «cuando te marches a caminar entre los mortales, no quiero que me avergüences.»

Me cogió una mano y me llevó hasta el pabellón. Señaló y dijo: «siéntate».

Me senté en un almohadón; tenía la cabeza a la altura de la lisa extensión de su vientre. Su ombligo me impedía concentrarme.

Me miró desde arriba, orgullosa y majestuosa como una reina. «amonen», dijo extendiendo los dedos de una mano y haciendo un ademán con parsimonia, «esto lo llamamos "el ciervo silencioso", es una lección fácil para empezar, y creo que te gustará.»

Entonces me sonrió con unos ojos arcaicos y sabios. Y ya antes de que me empujara y me tumbara sobre los almohadones y empezase a morderme un lado del cuello, comprendí que no tenía intención de enseñarme magia. O si la tenía, era otra magia diferente.

Si bien aquel no era el asunto que yo pretendía estudiar con ella, debo decir que no me disgustó del todo. Aprender artes amatorias con Felurian sobrepasaba cualquier currículo que pudiera ofrecer la Universidad.

No me refiero al forcejeo vigoroso y sudoroso que la mayoría de los hombres —y lamentablemente, la mayoría de las mujeres— consideran amor. El sudor y el vigor son elementos placenteros, pero Felurian me hizo fijarme en detalles más sutiles. Si tenía que marcharme a mi mundo, dijo, no debía avergonzarla siendo un amante incompetente, y por eso se ocupó de enseñarme muchas cosas.

Os pondré algunos ejemplos: la muñeca inmovilizada. El suspiro en el oído. Devorar el cuello. Dibujar los labios. Besar la garganta, el ombligo y, como lo llamaba Felurian, la flor de la mujer. El beso que respira. El beso pluma. El beso escalador. Mil maneras diferentes de besar. Demasiadas para recordarlas todas. Casi.

Sacar agua del pozo. La mano que aletea. Canto de pájaros por la mañana. Rodear la luna. Jugar a la hiedra. La liebre atormentada.

Solo los nombres bastarían para llenar un libro. Pero supongo que este no es lugar para esas cosas. Es una pena.

No vayáis a pensar que pasábamos todas las horas retozando. Yo era joven y Felurian era inmortal, pero nuestros cuerpos tenían un límite. El resto del tiempo nos divertíamos de otras maneras. Nadábamos y comíamos. Yo tocaba canciones para Felurian y ella bailaba para mí.

Le hice algunas preguntas sobre magia, pero con cautela, pues no quería ofenderla

entrometiéndome en sus secretos. Por desgracia, sus respuestas no eran excesivamente esclarecedoras. Para ella, la magia era algo tan natural como respirar. Era como si le hubiera preguntado a un labrador cómo brotaban las semillas. Cuando sus respuestas no eran totalmente indiferentes, eran desconcertantes y crípticas.
Aun así, yo seguía preguntando, y ella contestaba lo mejor que podía. Y a veces a mí me parecía entender vagamente algo.
Pero la mayor parte del tiempo la pasábamos contándonos historias. Teníamos tan poco en común que lo único que podíamos compartir eran historias.
Quizá penséis que Felurian y yo éramos muy dispares en ese aspecto. Ella era más vieja que el cielo, y yo todavía no había cumplido diecisiete años.
Pero Felurian no era un cofre del tesoro en lo que a narraciones se refería, como alguien podría pensar. ¿Poderosa e inteligente? Desde luego. ¿Enérgica y adorable? Sin duda. Pero el arte de contar historias no era uno de sus muchos talentos.
En cambio yo era un Edena Ruh, y nosotros sabemos todas las historias del mundo.
Así que le conté «El fantasma y la pastora». Le conté «Tam y la pala del calderero». Le conté historias sobre leñadores e hijas de viudas y el ingenio de los niños huérfanos.
A cambio Felurian me contó historias de hombrecitos: «La mano sobre el corazón de la perla», «El niño que iba y venía». Los Fata tienen su propio elenco de personajes legendarios: Mavin el Cualumano, Alavin Malcarado. Curiosamente, Felurian nunca había oído hablar de Táborlin el Grande ni de Oren Velciter, pero sí sabía quién era Illien. Me enorgullecía que un Edena Ruh se hubiera ganado un lugar en las historias que se contaban los Fata.
No se me pasó por alto el hecho de que Felurian quizá tuviera la información que yo buscaba sobre los Amyr y los Chandrian. Descubrir la verdad con ella habría sido mucho más placentero que desenterrarla lentamente de los libros antiguos en habitaciones polvorientas.
Pero Felurian no era ninguna mina de información. Sabía historias sobre los Amyr, pero tenían milenios de antigüedad.
Cuando le pregunté por los Amyr más recientes, por los caballeros de la iglesia y los Ciridae con sus tatuajes de sangre, ella se limitó a reír, «nunca hubo ningún amyr humano», me dijo, tajante, «esos de que me hablas parecen niños disfrazados con la ropa de sus padres.»
Si bien me podía esperar esa reacción de muchos, obtenerla de Felurian resultó especialmente desalentador. Aun así, me alegró saber que tenía razón al pensar que los Amyr existían mucho antes de que se hicieran caballeros de la iglesia tehlina.
Entonces, ya que los Amyr eran una causa perdida, intenté dirigir a Felurian hacia los Chandrian.
«no», dijo ella mirándome a los ojos, con la espalda muy tiesa, «no hablaré de los siete.» En su voz no había ni rastro de cantilena caprichosa. Ni rastro de picardía. Ni la más remota posibilidad de discusión o negociación.
Por primera vez desde nuestro primer conflicto, sentí que me recorría un cosquilleo frío de temor. Felurian era tan menuda y adorable que olvidabas con facilidad quién era en realidad.
Sin embargo, yo no podía renunciar tan fácilmente. Una oportunidad como aquella se presentaba, literalmente, solo una vez en la vida. Si conseguía persuadir a Felurian para que me revelara aunque fuese una parte de lo que sabía, quizá me enterara de cosas que no sabía nadie más en el mundo.
Le ofrecí mi sonrisa más encantadora e inspiré para empezar a hablar, pero antes de que pronunciara la primera palabra, Felurian se inclinó hacia delante y me besó en la boca. Tenía los labios suaves y calientes. Acarició mi lengua con la suya y me mordisqueó el labio inferior.

Cuando nos separamos, yo estaba sin aliento y con el corazón acelerado. Ella me miró con unos ojos oscuros y llenos de dulzura. Me acarició la mejilla con la palma de la mano, suave como una flor.
«mi dulce amor», dijo, «si vuelves a preguntarme por los siete, te echaré de aquí, no importa que preguntes con firmeza o suavidad, con franqueza o disimulo, si me preguntas, te echaré de aquí azotándote con un látigo de zarzas y serpientes, te perseguiré, ensangrentado y lloroso, y no me detendré hasta que estés muerto o lejos de fata.»
Lo dijo mirándome a los ojos. Y aunque yo no había desviado la mirada ni los había visto cambiar, sus ojos ya no irradiaban adoración. Eran oscuros como nubes de tormenta, duros como el hielo.
«no bromeo», continuó, «lo juro por mi flor y por la luna en constante movimiento, lo juro por la sal, la piedra y el cielo, lo juro cantando y riendo, por el sonido de mi propio nombre.»
Volvió a besarme apoyando sus labios sobre los míos con ternura, «haré lo que digo.»
El tema quedó zanjado. Quizá esté loco, pero no tanto.
A Felurian le encantaba hablar del reino de los Fata. Y muchas de sus historias exponían en detalle la intrincada política de las cortes faen: el Tain Mael, el Daendan, la Corte de la Aulaga. A mí me costaba seguir esas historias, porque no sabía nada acerca de las facciones implicadas, y mucho menos de la red de alianzas, falsas amistades, secretos revelados y viejas rencillas que daban unidad a la sociedad fata.
Felurian daba por hecho que yo entendía ciertas cosas, y eso lo hacía aún más complicado. Si yo os contara una historia, por ejemplo, no me tomaría la molestia de mencionar que la mayoría de los prestamistas son ceáldicos, o que no hay ninguna realeza más antigua que la familia real modegana. ¿Quién ignora esas cosas?
Felurian dejaba de mencionar detalles así en sus historias. ¿Quién no sabía, por ejemplo, que la Corte de la Aulaga se había inmiscuido en el berentaltha entre el Mael y la Casa Sutil?
Y ¿por qué era tan importante? Pues porque por ese motivo, en Hacia el Día despreciaban a los miembros de la Aulaga. Y ¿qué era el berentaltha? Una especie de baile. Y ¿por qué era tan importante ese baile?
Después de unas cuantas preguntas como esas, Felurian entrecerraba los ojos. Llegué rápidamente a la conclusión de que era mejor seguirle la corriente, callado y confundido, que intentar aclarar cada detalle y arriesgarme a molestarla.
Pero aprendí algunas cosas de esas historias: un millar de pequeños detalles sueltos sobre los Fata. Los nombres de sus cortes, batallas antiguas y personajes destacados. Me enteré de que nunca debes mirar a un thiana con los dos ojos a la vez, y que regalar un cínaro a un beladari es un insulto imperdonable.
Quizá deduzcáis que ese millar de detalles me hizo entender a losFata. Que me ayudó a juntar las piezas del rompecabezas y descubrir la verdadera forma de las cosas. Al fin y al cabo, un millar de detalles son muchos detalles...
Pero no. Un millar parece mucho, pero en el cielo hay más de mil estrellas, y no componen ni un mapa ni un mural. Después de oír las historias de Felurian, lo único que sabía con certeza era que no tenía ningunas ganas de meterme ni en el más amable rincón de la corte faen. Con la mala suerte que tengo, seguro que silbaría al pasar por debajo de un sauce y con ello insultaría al barbero de Dios, o algo por el estilo.
Lo único que aprendí de aquellas historias es que los Fata no son como nosotros. Es muy fácil olvidarlo, porque muchos se nos parecen. Hablan nuestro idioma. Tienen dos ojos. Tienen manos, y sus labios dibujan formas parecidas a las nuestras cuando sonríen. Pero eso solo son apariencias. No somos lo mismo.
He oído decir que los hombres y los Fata son tan diferentes como los perros y los lobos. Es una analogía fácil, pero dista de ser acertada. A los perros y los lobos solo los separa una minimísima diferencia de linaje. Ambos aúllan por la noche. Si los golpeas, ambos muerden.

No. Nuestra gente y la suya son tan diferentes como el agua y el alcohol. En vasos iguales parecen iguales. Ambos son líquidos. Ambos son transparentes. Ambos son húmedos, por así decirlo. Pero uno arde, y el otro no. Eso no tiene nada que ver con la temperatura ni el tiempo. Esas dos sustancias se comportan de modo diferente porque son profunda y fundamentalmente distintas.
Lo mismo sucede con los humanos y los Fata. Lo olvidamos, y al olvidarlo corremos un riesgo.

100 Shaed

Tal vez debería explicar algunas peculiaridades de los Fata.
A primera vista, el claro del bosque de Felurian no tenía nada particularmente extraño. En muchos aspectos parecía una zona de bosque antigua e intacta. De no ser por aquellas estrellas desconocidas que brillaban en el cielo, habría pensado que todavía me encontraba en ana parte aislada del Eld.
Pero había diferencias. Desde que dejara a mis compañeros mercenarios, quizá había dormido una docena de veces. Y sin embargo, el cielo sobre el pabellón de Felurian conservaba el azul violáceo de los ocasos de verano, y no daba señales de cambiar.
Solo tenía una muy vaga idea del tiempo que llevaba en Fata. Es más, no tenía ni idea de cuánto tiempo podía haber transcurrido en el mundo de los mortales. Existen muchas historias de muchachos que se quedan dormidos en entornos feéricos y despiertan cuando ya son ancianos. De muchachas que se pierden en el bosque y regresan años más tarde, sin haber envejecido y creyendo que solo han pasado unos minutos.
Quizá pasaran años cada vez que me dormía en brazos de Felurian. Quizá al regresar descubriera que había pasado un siglo entero, o ni un solo día.
Hacía todo lo posible para no pensar en eso. Solo un necio se preocupa por lo que no puede controlar.
La otra diferencia del reino de los Fata era mucho más sutil y más difícil de describir...
En la Clínica había estado mucho tiempo con pacientes inconscientes. Lo menciono para aclarar esto: existe una gran diferencia entre estar en una habitación vacía y estar en una habitación donde hay alguien durmiendo. Una persona dormida en una habitación es una presencia. Es consciente de que tú estás allí, aunque solo sea vagamente.
En Fata sucedía algo parecido. Era algo tan extraño e intangible que tardé un tiempo en advertirlo. Entonces, una vez que me fijé, tardé aún más tiempo en detectar dónde estaba la diferencia.
Sentía como si me hubiera trasladado de una habitación vacía a una habitación donde había alguien dormido. Solo que no había allí nadie, claro. Era como si todo cuanto me rodeaba durmiera profundamente: los árboles, las piedras, el arroyo susurrante que desaguaba en la laguna de Felurian. Todas esas cosas parecían más sólidas, más presentes de como yo las recordaba, como si percibieran vagamente mi presencia.
La idea de que llegaría el momento en que me marcharía de Fata vivo y entero era nueva para Felurian, y noté que le preocupaba. A menudo, en medio de una conversación, cambiaba de tema y me hacía prometerle, sí, prometerle que volvería con ella.
Yo la tranquilizaba lo mejor que podía, pero ya no sabía cómo decírselo. Después de repetírselo unas tres docenas de veces, le dije: «Haré todo lo posible para seguir sano y salvo, y así podré volver contigo».
Advertí un cambio en su semblante. Primero reveló ansiedad, luego tristeza; por último, Felurian se quedó pensativa. Al principio temí que hubiera decidido conservarme como una especie de mascota mortal, y empecé a reprenderme no haber huido de Fata cuando todavía podía.
Pero antes de que empezara a preocuparme de verdad, Felurian ladeó la cabeza y cambió de tema, «¿quiere mi dulce llama que le dé un abrigo? ¿una capa?»
«Ya tengo una», contesté señalando mis cosas, esparcidas al fondo del pabellón. Entonces reparé en que la vieja y raída capa del calderero no estaba allí. Vi mi ropa, mis botas y mi macuto, donde todavía llevaba la caja de caudales del maer. Pero mi capa y mi espada

habían desaparecido. Era comprensible que no me hubiera percatado de su ausencia, pues desde que despertara junto a Felurian no me había molestado en vestirme.
Felurian me miró lentamente de arriba abajo, muy concentrada. Sus ojos se detuvieron en mi rodilla, mi brazo, mi antebrazo. Entonces me asió por el hombro y me obligó a girarme un poco para
examinarme la espalda, y comprendí que estaba mirando mis cicatrices.
Felurian me cogió la mano y siguió el trazado de una línea pálida que discurría por mi antebrazo, «no se te da muy bien protegerte, mi kvothe.»
Me ofendí un poco, sobre todo porque en lo que Felurian acababa de decir había parte de verdad. «Lo hago bastante bien», dije con frialdad. «Teniendo en cuenta los problemas que encuentro.»
Felurian le dio la vuelta a mi mano y me examinó minuciosamente la palma y los dedos, «no eres un luchador», caviló, «y sin embargo tienes muchas mordeduras de hierro, eres un dulce pájaro que no sabe volar, sin arco, sin cuchillo, sin cadena.»
Entonces me cogió un pie y me pasó los dedos por los callos y las cicatrices, recuerdos de mis años en las calles de Tarbean. «eres un caminante. me encuentras en el bosque por la noche, eres un profundo conocedor, y audaz, y joven, y tropiezas con problemas.»
Me miró, atenta, «¿le gustaría a mi dulce poeta tener un shaed?»
«¿Un qué?»
Hizo una pausa, como si escogiera las palabras, «una sombra.»
Sonreí. «Ya tengo una.» Y entonces la busqué, para asegurarme. Al fin y al cabo, estaba en Fata.
Felurian arrugó el ceño y sacudió la cabeza: no la había entendido. «a otro le daría un escudo, y lo protegería de las agresiones, a otro le regalaría ámbar, o una funda con ribete de glamoría, o le tejería una corona para que los hombres lo miraran con amor.»
Sacudió la cabeza con solemnidad, «pero a ti no. tú eres un caminante nocturno, un seguidor de la luna, debes estar a salvo del hierro, del frío, de la maldad, debes ser silencioso, debes ser ligero, debes moverte sin hacer ruido por la noche, debes ser rápido y valiente.» Movió la cabeza afirmativamente, «eso significa que debo hacerte un shaed.»
Se levantó y empezó a caminar hacia el bosque, «ven», me dijo.
Felurian tenía una manera de pedir las cosas a la que tardabas en acostumbrarte. Me había dado cuenta de que, a menos qué me propusiera resistirme, hacía automáticamente cualquier cosa que ella me hubiera pedido.
No es que hablara con autoridad. Su voz era demasiado débil y suave para cargar con el peso de una orden. Felurian no exigía ni te camelaba. Cuando hablaba, lo hacía con naturalidad. Como si fuera incapaz de imaginar un mundo donde tú no quisieras hacer exactamente lo que ella te había pedido.Así pues, cuando Felurian me dijo que la siguiera, me levanté de un brinco, como una marioneta a la que tiran de los hilos. En nada caminaba a su lado y me adentré en las sombras crepusculares del antiguo bosque, desnudo como vine al mundo.
Estuve a punto de volver atrás para recoger mi ropa, pero decidí seguir un consejo que me había dado mi padre cuando yo era pequeño. «Cada uno se come una parte diferente del cerdo —me había dicho—. Si quieres que te acepten, haz lo mismo.» En diferentes lugares, diferentes decoros.
De modo que la acompañé, desnudo y desprevenido. Felurian andaba a buen paso, y el musgo amortiguaba el sonido de nuestros pies descalzos.
El bosque fue oscureciéndose. Al principio creí que eran solo las ramas de los árboles, que formaban una bóveda sobre nuestras cabezas. Pero entonces me di cuenta de que el cielo crepuscular se oscurecía lentamente. Al final, desapareció el último vestigio de color violáceo, dejando el cielo de un negro aterciopelado y perfecto, salpicado de estrellas

desconocidas.
Felurian siguió caminando. A la luz de las estrellas, podía distinguir su piel clara y las siluetas de los árboles que nos rodeaban, pero nada más. Creyéndome muy listo, hice un vínculo simpático de luz y levanté una mano por encima de la cabeza como si fuera una antorcha. Estaba muy orgulloso de aquello, pues el vínculo de movimiento a luz es bastante difícil si no tienes un trozo de metal que utilizar como foco.
La luz aumentó, y tuve una breve visión de los alrededores. Los troncos oscuros de los árboles se alzaban como inmensas columnas hasta más allá de donde alcanzaba la vista. No había ramas bajas, ni maleza, ni hierba. Solo musgo oscuro bajo los pies y la bóveda que formaban las ramas en lo alto. Aquello parecía una catedral vacía e inmensa envuelta en terciopelo negro.
«¡ciar nalias!», me espetó Felurian.
No entendí sus palabras, pero sí su tono; rompí el vínculo y dejé que la oscuridad volviera a rodearnos. Un instante más tarde, Felurian se abalanzó sobre mí y me derribó, pegando su cuerpo desnudo y ágil contra el mío. No era la primera vez que lo hacía, pero en esa ocasión la experiencia no resultó particularmente erótica, pues me golpeé la cabeza contra una raíz que sobresalía del suelo.
Por ese motivo, estaba un poco aturdido y casi cegado cuando la tierra se sacudió ligeramente bajo nosotros. Algo inmenso y casi perfectamente silencioso hizo que el aire se estremeciera sobre nuestras cabezas, hacia un lado de donde estábamos tumbados.
Encima de mí, con una pierna a cada lado, el cuerpo de Felurian se tensó como una cuerda de laúd. Los músculos de sus muslos estaban tan rígidos que temblaban. Su largo cabello suelto nos cubría como una sábana de seda. Sus senos presionaban contra mi pecho al respirar, débil y silenciosamente.
Notaba los acelerados latidos de su corazón, y sentí que sus labios, apoyados cerca del hueco de mi cuello, se movían. Felurian pronunció una palabra blanda y suave, más suave que un susurro. Noté que me rozaba la piel enviando silenciosas ondulaciones por el aire, parecidas a las que se forman en la superficie del agua cuando lanzas una piedra a un estanque.
Oí un débil ruido por encima de nosotros, como si alguien envolviera un cristal roto con un trozo enorme de terciopelo. Ya sé que no tiene sentido, pero no se me ocurre otra manera de describirlo. Era un ruido débil, el sonido apenas audible de un movimiento pausado. No sabría explicaros por qué me hizo pensar en algo terrible y afilado, pero así fue. Se me cubrió la frente de sudor, y de pronto me embargó un terror puro e incontrolable.
Felurian se quedó inmóvil, como un ciervo asustado o un gato a punto de saltar. Inspiró sin hacer ruido, y luego pronunció otra palabra. Su aliento cálido me acarició el cuello, y al oír apenas aquella palabra, mi cuerpo retumbó como un parche de tambor golpeado con fuerza.
Felurian giró ligeramente la cabeza, como si aguzara el oído. Al hacerlo, su melena suelta me recorrió lentamente todo el costado izquierdo del cuerpo, y se me puso la carne de gallina. Pese a estar atenazado por un terror indescriptible, me estremecí y solté un débil e involuntario gemido.
Sentí un estremecimiento en el aire, justo sobre nosotros.
Felurian me clavó las afiladas uñas de la mano izquierda en el músculo del hombro. Movió las caderas y, poco a poco, deslizó su cuerpo desnudo por el mío hasta que nuestras caras quedaron a la misma altura. Acercó la lengua a mis labios, y sin pensar siquiera, eché la cabeza hacia atrás, buscando el beso.
Su boca encontró la mía; Felurian aspiró lenta y largamente, extrayéndome el aire. Noté un ligero mareo. Entonces, todavía apretando sus labios contra los míos, Felurian expelió el aire en mi boca llenándome los pulmones. Su aliento era más suave que silencioso.Sabía a

madreselva. La tierra tembló debajo de mí y todo se quedó quieto. Durante un instante que se hizo eterno, mi corazón dejó de latir.
Una sutil tensión desapareció del aire, sobre nosotros.
Felurian separó su boca de la mía, y de repente mi corazón volvió a latir con fuerza. Un segundo latido. Un tercero. Inspiré hondo, entrecortadamente.
Entonces Felurian se relajó. Se quedó tumbada encima de mí, laxa y flexible; su cuerpo se derramaba sobre el mío como el agua. Acomodó la cabeza en la curva de mi cuello y dio un dulce suspiro de satisfacción.
Tras un momento de languidez, Felurian rió, y la risa estremeció su cuerpo. Era una risa desinhibida y placentera, como si acabara de hacer un chiste maravilloso. Se incorporó y me besó en la boca con fiereza; luego me mordisqueó la oreja, antes de salir de encima de mí y ayudarme a levantarme.
Abrí la boca y volví a cerrarla, pues decidí que seguramente no era el mejor momento para hacer preguntas. Para parecer inteligente tienes que saber cerrar la boca cuando conviene.
Reanudamos nuestros pasos a oscuras. Al final me acostumbré a la oscuridad, y a través de las ramas veía las estrellas, tan diferentes y mucho más brillantes que las del cielo de los mortales. Su luz apenas permitía entrever el suelo y los árboles de los alrededores. La delgada silueta de Felurian era una sombra plateada en la negrura.
Seguimos andando; los árboles, cada vez más altos y espesos, taparon poco a poco la mortecina luz de las estrellas. Entonces se acentuó la oscuridad. Felurian, delante de mí, era poco más que una mancha tenue. Se paró antes de que la perdiera completamente de vista e hizo bocina con las manos como si fuera a gritar.
Me encogí anticipando un fuerte ruido que invadiría el tibio silencio de aquel lugar. Pero en lugar de un grito no se oyó nada. No: nada no. Fue como un débil y lento rumor. No tan ronco como un ronroneo, sino más parecido al ruido que hace una fuerte nevada, un susurro amortiguado, casi más silencioso que la ausencia total de sonido.
Felurian me cogió de la mano y me guió por la oscuridad, repitiendo aquel extraño sonido, casi inaudible. Cuando lo hubo hecho tres veces, estaba tan oscuro que dejé de distinguir su tenue contorno.
Tras la pausa final, Felurian se me acercó en la oscuridad y apretó su cuerpo contra el mío. Me dio un beso largo y concienzudo que pensé que se convertiría en algo más; entonces se separó de mí y me susurró al oído: «silencio, vienen».
Durante unos minutos agucé el oído y forcé la vista, pero sin éxito. Entonces vi algo luminoso a lo lejos. Desapareció rápidamente, y creí que mis ojos, ávidos de luz, me estaban jugando una mala pasada. Entonces vi otro centelleo. Dos más. Diez. Un centenar de luces exiguas danzaban hacia nosotros entre los árboles, débiles como fuegos fatuos.
Había oído hablar de bioluminiscencias, pero nunca las había visto. Y dado que nos encontrábamos én Fata, dudaba que se tratara de algo tan prosaico. Pensé en un centenar de cuentos de hadas y me pregunté qué criaturas serían las responsables de aquellas luces, tenues y danzarinas. ¿Serían centellas? ¿Resinillos con faroles llenos de luz de cadáver? ¿Candelillas?
De pronto nos rodearon, y me asusté. Las luces eran más pequeñas de lo que me había parecido, y estaban más cerca. Volví a oír aquel rumor semejante al de una nevada, pero esa vez sonaba alrededor de mí. Seguía sin saber qué podían ser aquellas luces, hasta que una de ellas me rozó el brazo, suave como una pluma. Eran una especie de palomillas. Palomillas con luminiscencias en las alas.
Brillaban con una luz plateada y demasiado débil para iluminar el entorno. Pero había cientos revoloteando entre los troncos de los árboles, y mostraban las siluetas de lo que nos rodeaba. Algunas iluminaban los árboles o el suelo. Unas cuantas se posaron sobre Felurian, y aunque yo seguía sin ver más que unos pocos centímetros de su débil piel, aquel

resplandor me ayudaba a seguirla.
Después estuvimos caminando mucho rato; Felurian me guiaba entre los troncos de árboles viejísimos. De repente noté hierba bajo los pies descalzos en lugar de musgo, y luego tierra blanda, como si atravesáramos un campo recién labrado. Continuamos por un sendero sinuoso y enlosado que nos condujo hasta el arco de un puente muy alto. Las palomillas nos seguían todo el tiempo, permitiéndome captar una leve impresión de los alrededores.
Al final Felurian se paró. La oscuridad era tan densa que casi la sentía como una cálida manta. Por el sonido del viento entre los árboles y el movimiento de las palomillas supe que nos hallábamos en un espacio abierto.
No había estrellas en el cielo. Si estábamos en un claro, los árboles debían de ser inmensos para que sus ramas llegaran a juntarse. Pero también podía ser que estuviéramos bajo tierra. O quizá en aquella parte de Fata el cielo fuera negro y vacío. Era un pensamiento inquietante.
Allí, la sutil sensación de vigilancia dormida era más intensa. Mientras que en el resto de Fata tenías la sensación de que todo dormía, allí parecía que se hubiera agitado un momento y hubiera estado a punto de despertar. Era desconcertante.
Felurian apoyó con suavidad una mano en mi pecho y luego me puso un dedo sobre los labios. La vi apartarse de mí tarareando en voz baja un fragmento de la canción que había compuesto para ella. Pero aquel pequeño halago no consiguió distraerme del hecho de que me encontraba en el centro del reino de los Fata, ciego, completamente desnudo y sin la menor idea de qué estaba pasando.
Unas cuantas palomillas se habían posado sobre Felurian y descansaban en sus muñecas, caderas, hombros y muslos. Observándolas obtenía una vaga impresión de los movimientos de Felurian. Me pareció que recogía algo de los árboles y de detrás o debajo de arbustos y piedras. Una brisa tibia suspiró por el claro, y cuando me rozó la piel me sentí extrañamente reconfortado.
Pasados unos diez minutos, Felurian volvió y me besó. Llevaba algo blando y caliente en los brazos.
Regresamos por donde habíamos venido. Las palomillas fueron perdiendo interés por nosotros, y cada vez veíamos menos por dónde íbamos. Al cabo de un rato que se me hizo interminable vi una luz que se filtraba por una brecha en la bóveda que formaban las copas de los árboles. Solo era la débil luz de las estrellas, pero en ese momento me pareció intensa como una cortina de relucientes diamantes.
Quise ir hacia allí, pero Felurian me agarró por un brazo y me detuvo. Sin decir nada, me sentó donde los primeros tenues rayos de luz de estrellas atravesaban los árboles y llegaban al suelo.
Con cuidado, se deslizó entre los rayos de luz, esquivándolos como si pudieran quemarla. Una vez en el centro, rodeada de rayos, se sentó en el suelo con las piernas cruzadas, mirándome. Sostenía aquello que había recogido en el regazo, pero aparte de que era oscuro y no tenía forma, yo seguía sin saber qué era.
Entonces Felurian estiró una mano, asió uno de los delgados rayos de luz de estrellas y tiró de él hacia aquella cosa oscura que tenía en el regazo.
Me habría sorprendido más si Felurian no hubiera actuado con absoluta naturalidad. Bajo aquella luz tenue, vi que sus manos realizaban un movimiento que me era familiar. Al cabo de un segundo volvió a estirar el brazo, casi distraídamente, y cogió otro estrecho filamento de luz de estrellas con el índice y el pulgar.
Se lo acercó con la misma facilidad y lo manipuló como había hecho con el anterior. Aquel movimiento volvió a recordarme algo, pero no conseguía saber qué.
Felurian empezó a tararear en voz baja mientras recogía y atraía hacia sí otro rayo de luz de estrellas, que iluminó imperceptiblemente las cosas. Aquello que tenía en el regazo parecía

una tela gruesa y oscura. Al verla, comprendí qué era lo que Felurian me había recordado con sus movimientos: mi padre cosiendo. ¿Estaba cosiendo a la luz de las estrellas?
No. Estaba cosiendo con la luz de las estrellas. De pronto lo entendí con toda claridad. Shaed significaba «sombra». Felurian había traído una brazada de sombra y la estaba cosiendo con luz de estrellas. Me estaba haciendo una capa de sombra.
¿Os parece absurdo? A mí me lo pareció. Pero sin tener en cuenta mi ignorante opinión, Felurian cogió otra hebra de luz de estrellas y la acercó a su regazo. Descarté toda duda. Solo un necio desconfía de lo que ve con sus propios ojos.
Además, las estrellas que había en el cielo tenían un brillo extraño. Estaba sentado junto a una criatura salida de un libro de cuentos. Hacía mil años que era joven y hermosa. Podía detener mi corazón con un beso y hablar con las mariposas. ¿Iba a ponerme quisquilloso y cuestionarlo?
Al cabo de un rato me acerqué a ella para ver mejor qué hacía. Ella sonrió cuando me senté a su lado, y me dio un beso.
Le hice un par de preguntas, pero sus respuestas no tenían sentido o eran demasiado indiferentes. Felurian desconocía las leyes de la simpatía; no sabía nada de sigaldría, ni del Alar. Sencillamente no le parecía extraño sentarse en el bosque con una brazada de sombra en el regazo. Primero me ofendí, y luego sentí unos celos terribles.
Recordé el momento en que había encontrado el nombre del viento en el pabellón. Había sentido que por primera vez estaba completamente despierto, y que un conocimiento verdadero corría como hielo por mis venas.
Ese recuerdo me llenó de júbilo, pero duró solo un instante; luego me abandonó y me dejó una profunda pena. Mi mente dormida dormía de nuevo. Volví a prestar atención a Felurian y traté de comprender.
Al poco rato, Felurian se puso en pie con un movimiento fluido y me ayudó a levantarme. Tarareando alegremente, entrelazó su brazo con el mío y volvimos sobre nuestros pasos, charlando de cosas sin importancia. Llevaba la oscura forma del shaed colgada de un brazo. Entonces, cuando el primer atisbo del crepúsculo empezó a rozar el cielo, lo colgó, invisible, en las negras ramas de un árbol cercano, «a veces la seducción lenta es la única manera», dijo, «la amable sombra teme a la llama de la vela, ¿cómo no va tu joven Shaed también a temerla?»

101 Lo bastante cerca para tocarlo

Después de nuestra expedición en busca de sombras, empecé a hacerle a Felurian preguntas más incisivas sobre su magia. Ella seguía respondiéndome con una simpleza exasperante. ¿Cómo coges una sombra? Felurian hizo un ademán, como si arrancara un fruto de un árbol. Por lo visto, así de sencillo.

Otras respuestas eran casi incomprensibles, cargadas de palabras fata que yo no entendía. Cuando Felurian intentaba describir esos términos, nuestras conversaciones se convertían en embrollos retóricos desesperantes. A veces tenía la impresión de hallarme ante una versión más tranquila y más atractiva de Elodin.

Sin embargo, aprendí algunas cosas. Lo que estaba haciendo Felurian con la sombra se llamaba grammaría. Cuando le pedí que me lo explicara, dijo que era «el arte de hacer que las cosas sean». No era lo mismo que glamoría, que era «el arte de hacer que las cosas parezcan».

También aprendí que en Fata no hay direcciones como las nuestras. Allí, la brújula de trifolio resulta tan inútil como una coquilla de estaño. El norte no existe. Y cuando el cielo está en un continuo crepúsculo, no ves salir el sol por el este.

Pero si te fijas bien en el cielo, ves que una parte del horizonte tiene un tono más brillante, y que en la dirección opuesta está un poco más oscuro. Si caminas hacia el horizonte más brillante, al final se hace de día. La otra dirección conduce a una noche más oscura. Si sigues caminando en una dirección, al final ves pasar un «día» entero y acabas en el mismo sitio donde empezaste. Al menos, esa es la teoría.

Felurian describía esos dos puntos de la brújula fata como Día y Noche. Los otros dos puntos los llamaba de formas diferentes según el momento: Oscuro y Claro, Verano e Invierno, Adelante y Atrás. Una vez hasta los llamó Lúgubre y Sonriente, pero por cómo lo dijo sospeché que era una broma.

Tengo buena memoria. Quizá eso sea, más que ninguna otra cosa, lo que me cimienta. Es el talento del que dependen muchas de mis otras habilidades.

No sé muy bien de dónde he sacado esa memoria. De mi temprana instrucción teatral, quizá. De los juegos que utilizaban mis padres para ayudarme a recordar mis papeles. Tal vez de los ejercicios mentales que me enseñaba Abenthy para prepararme para la Universidad.

Venga de donde venga, mi memoria siempre me ha ayudado mucho. A veces funciona mucho mejor de lo que yo quisiera.

No obstante, cuando pienso en el tiempo que pasé en Fata mi memoria es extrañamente fragmentaria. Mis conversaciones con Felurian son nítidas como el cristal. Recuerdo sus lecciones como si las llevara escritas en la piel. Su imagen. El sabor de su boca. Recuerdo todo eso como si fuera ayer.

Pero hay otras cosas de las que no logro acordarme.

Recuerdo, por ejemplo, a Felurian en aquella penumbra violácea. Se filtraba a través de los árboles y le daba un aspecto jaspeado, haciendo que pareciera que estaba bajo el agua. La recuerdo a la titilante luz de las velas; las sombras, burlonas, tapaban más de lo que revelaban. Y la recuerdo a la luz intensa y ámbar de las lámparas. Se deleitaba con ella como un gato al sol, y su piel caliente resplandecía.

Pero no recuerdo lámparas. Ni velas. De esas cosas tienes que ocuparte, y sin embargo no logro recordar que ni una sola vez recortara una mecha o limpiara el hollín de la campana de cristal de una lámpara. No recuerdo el olor a aceite, humo o cera.

Recuerdo que comía. Fruta, pan y miel. Felurian comía flores. Orquídeas. Trillium silvestre. Exuberantes selas. Yo también las probé. Mis favoritas eran las violetas.
No quiero decir que Felurian solo comiera flores. Le gustaban el pan, la mantequilla y la miel. Le encantaban las moras. Y también había carne. No con todas las comidas, pero sí a veces. Carne de venado. Faisán. Oso. Felurian se la comía muy poco hecha, casi cruda.
Tampoco era muy exigente con la comida. No era maniática, ni demasiado fina. Comíamos con las manos, y después, si nos habíamos
ensuciado con miel o pulpa o sangre de oso, nos lavábamos en la laguna.
Me parece estar viéndola, desnuda, riendo, con la barbilla manchada de sangre. Era majestuosa como una reina. Impaciente como una niña. Orgullosa como un gato. Y no era nada de eso. No se parecía ni pizca a ninguna de esas cosas.
Intentaré explicarme mejor. Recuerdo que comíamos. Lo que no recuerdo es de dónde salía la comida. ¿Nos la llevaba alguien? ¿La cogía Felurian? No consigo acordarme. La hipótesis de que unos sirvientes invadieran la intimidad del claro parece imposible, pero también me lo parece la idea de que Felurian se hiciera su propio pan.
En el caso del ciervo, en cambio, podría entenderlo. No tenía ninguna duda de que Felurian podía acosar uno, derribarlo y matarlo con las manos si quería. Pero también podía pensar en un venado tímido que se interna en la quietud del claro crepuscular. Imagino a Felurian sentada esperando, serena y paciente, a que el animal esté lo bastante cerca para tocarlo...

102 La luna en constante movimiento

Felurian y yo caminábamos hacia la laguna cuando percibí una sutil diferencia en la luz. Miré hacia arriba y me sorprendió ver la pálida curva de la luna asomando entre las copas de los árboles.
Era solo un finísimo creciente, pero supe que era la misma luna que yo había conocido toda la vida. Verla en aquel lugar extraño fue como encontrarme lejos de casa a un amigo al que no hubiera visto desde hacía mucho tiempo.
«¡Mira!», dije señalándola. «¡La luna!»
Felurian sonrió, indulgente, «eres mi precioso corderito recién nacido. ¡mira! ¡aquí también hay una nube! ¡amouen! ¡danza de alegría!» Serió.
Me sonrojé, avergonzado. «Es que no la veía desde...» No terminé la frase, pues no tenía forma de calcular el tiempo. «Desde hace mucho tiempo. Además, aquí las estrellas son diferentes. Creía que la luna también sería otra.»
Felurian me acarició el pelo, «dulce iluso, solo hay una luna, estábamos esperándola, ella nos ayudará a imbuir tu shaed.» Se deslizó dentro del agua, grácil y lustrosa como una nutria. Cuando salió a la superficie, el cabello se derramaba por sus hombros como la tinta.
Me senté en una piedra de la orilla de la laguna con los pies colgando. El agua estaba caliente como la de una bañera. «¿Cómo puede estar la luna aquí», pregunté, «si este es otro cielo?»
«aquí solo hay un pequeño fragmento», me contestó Felurian. «la mayor parte está ahora en el cielo de los mortales.»
«Pero ¿cómo?», pregunté mirándola con los ojos muy abiertos.
Felurian dejó de nadar y se quedó flotando boca arriba, contemplando el cielo, «oh luna», dijo con tristeza, «necesito besos, ¿por qué me trajiste un hombrecito con ojos de mochuelo cuando lo que yo deseaba era un hombre?» Suspiró y, burlona, canturreó: ¿cómo, cómo, cómo?».
Me metí en el agua; quizá no fuera tan ágil como una nutria, pero besaba mejor.
Al cabo de un rato estábamos tumbados sobre una roca plana y lisa en la parte más baja de la laguna, cerca de la orilla, «gracias, luna», dijo Felurian contemplando el cielo con satisfacción, «por este hombrecito dulce y lozano.»
En la laguna había peces luminosos. No eran más grandes que una mano, y cada uno tenía una franja o un lunar reluciente de diferentes colores. Los vi salir de sus escondites, sorprendidos por las turbulencias del agua: anaranjados como brasas ardientes, amarillos como ranúnculos, azules como el cielo a mediodía.
Felurian se deslizó otra vez dentro del agua y me tiró de una pierna. «ven, mi mochuelo besador», me dijo, «y te enseñaré las obras de la luna.»
Me metí en la laguna y la seguí hasta que el agua nos llegó por los hombros. Los peces se acercaron a explorar; los más valientes, lo suficiente para nadar entre nosotros. Con su movimiento revelaban la silueta de Felurian bajo el agua. Pese a que yo ya había explorado su desnudez con todo detalle, de pronto me fascinó su forma, apenas insinuada.
Los peces se acercaron un poco más. Uno me rozó, y noté un suave pellizco en las costillas. Di un respingo, a pesar de que aquel mordisco era más flojo que el golpecito de un dedo. Nos rodearon más peces, y de vez en cuando alguno nos mordisqueaba.
«a los peces también les gusta besarte», comentó Felurian acercándose a mí hasta juntar su cuerpo con el mío.
«Creo que les gusta la sal de mi piel», dije observándolos.

Felurian me dio un empujón, enojada, «sí, a lo mejor les gusta el sabor a mochuelo.»
Antes de que pudiera replicar apropiadamente, Felurian se puso seria, extendió una mano y la sumergió en el agua entre nosotros, con la palma hacia abajo.
«solo hay una luna», dijo, «se mueve entre tu cielo mortal y el mío.» Apoyó la palma de la mano en mi pecho; luego la retiró y la apoyó sobre su pecho, «oscila, va y viene.» Se interrumpió y me miró frunciendo el ceño, «fíjate en mis palabras.»
«Ya me fijo», mentí.
«no. te fijas en mis pechos.»Era verdad. Coqueteaban con la superficie del agua. «Merecen toda mi atención», dije. «No fijarse en ellos sería un insulto terrible.»
«te hablo de cosas importantes, cosas que debes saber si quieres regresar sano y salvo.» Dio un suspiro exagerado, «si te dejo tocar uno, ¿prestarás atención a mis palabras?»
«Sí.»
Me cogió una mano y la colocó, ahuecada, sobre uno de sus pechos. «haz olas sobre las azucenas.»
«Todavía no me has enseñado olas sobre las azucenas.»
«en ese caso, lo dejaremos para más tarde.» Volvió a poner la mano con la palma hacia abajo en el agua, entre nosotros dos; entonces dio un débil suspiro y entrecerró los ojos, «ah», dijo, «oh.»
Los peces volvieron a salir de sus escondites.
«mi mochuelo distraído», dijo Felurian con cariño. Se sumergió hasta el fondo de la laguna y emergió con una piedra lisa y redonda en la mano, «ahora presta atención a mis palabras, tú eres el mortal y yo, la fata.»
«aquí está la luna.» Colocó la piedra entre su palma y la mía y entrelazó nuestros dedos para sujetarla, «está atada por igual a la noche fata y a la noche mortal.»
Felurian dio un paso adelante y presionó la piedra contra mi pecho. «así se mueve la luna», dijo comprimiéndome los dedos, «ahora, cuando miro al cielo, no veo el resplandor de la luz que anhelo, en cambio, como una flor abierta, su cara brilla en tu mundo descubierta.»
Se retiró, y nos quedamos con los brazos extendidos y las manos entrelazadas. Entonces tiró de la piedra hacia su pecho, arrastrándome por el agua, «ahora suspiran todas tus mortales doncellas, porque es en mi cielo donde está la luna llena.»
Asentí. «Por los Fata y los hombres amada. ¿Acaso es una trotamundos algo descarada?»
Felurian negó con la cabeza, «ojalá así fuera, no es una trotamundos, aunque sea viajera, se mueve, pero no cuando ella quisiera.»
«Una vez me contaron una historia», dije. «Sobre un hombre que robó la luna.»
Felurian adoptó una expresión solemne. Soltó sus dedos de los míos y miró la piedra que tenía en la mano, «eso supuso el fin de todo.» Suspiró, «hasta que él robó la luna, había alguna esperanza de paz.»
Me impresionó la crudeza de sus palabras. «¿Cómo dices?», pregunté, aturdido.
«el robo de la luna.» Me miró ladeando la cabeza, intrigada, «me has dicho que lo sabías.»
«He dicho que me habían contado una historia», aclaré. «Pero era una historia absurda. No una historia verídica. Era un cu... Era una historia como las que les cuentas a los niños.»
Felurian volvió a sonreír, «puedes llamarlos cuentos de hadas, los conozco, son fantasías, a veces nosotros contamos a nuestros niños cuentos de hombrecitos.»
«Pero ¿es verdad que robaron la luna?», pregunté. «¿Eso no es una fantasía?»
Felurian me miró con el ceño fruncido, «¡te lo estoy enseñando!», dijo, y batió la superficie del agua con la palma de la mano.
Sin proponérmelo, hice el signo de disculpa por debajo de la superficie del agua, y entonces me di cuenta de que no servía de nada. «Lo siento», dije. «Pero si no sé la verdad de esta historia, estoy perdido. Te ruego que me la cuentes.»
«es una historia antigua y triste.» Se quedó mirándome, «¿qué me ofreces a cambio?»

«El ciervo silencioso», contesté.
«me estarías haciendo un regalo que es un regalo para ti», objetó Felurian con aire de superioridad, «¿qué más?»
«También haré un millar de manos», prometí, y noté que su expresión se suavizaba. «Y te enseñaré una cosa nueva que se me ha ocurrido a mí solo. Lo llamó balanceo contra el viento.»
Se cruzó de brazos y desvió la mirada adoptando una expresión de profunda indiferencia, «quizá sea nueva para ti. seguro que yo la conozco por otro nombre.»
«Tal vez», concedí. «Pero si no aceptas el trato, nunca lo sabrás.»
«muy bien», convino con un suspiro, «pero solo porque eres bastante bueno haciendo un millar de manos.»
Felurian levantó la cabeza y contempló un instante el creciente de luna. Entonces dijo: «mucho antes de las ciudades de los hombres, antes de los hombres, antes de los fata. había quienes paseaban con los ojos abiertos, sabían todos los nombres profundos de las cosas». Hizo una pausa y me miró, «¿sabes qué significa eso?»
«Cuando sabes el nombre de una cosa, tienes dominio sobre ella», contesté.
«no», replicó Felurian, y me sorprendió el tono de reprimenda de su voz. «el dominio no lo adquirían, ellos tenían el conocimiento profundo de las cosas, no dominio, nadar no es tener dominio sobre el agua, comer una manzana no es tener dominio sobre la manzana.» Me miró fijamente, «¿me entiendes?»
No lo entendía. Pero de todas formas asentí con la cabeza, porque no quería ofenderla ni distraerla de la historia.
«esos antiguos conocedores de nombres se paseaban libremente por el mundo, conocían al zorro y conocían a la liebre, y conocían el espacio que los separa.»
Inspiró hondo y soltó el aire en un suspiro, «entonces llegaron aquellos que veían una cosa y querían cambiarla, ellos sí pensaban en términos de dominarla.
»eran modeladores, orgullosos soñadores.» Hizo unademán conciliatorio. «y al principio no era todo malo, había maravillas.» Los recuerdos iluminaron su rostro, y me agarró por el brazo, emocionada. «una vez, sentada en los muros de murella, me comí un fruto de un árbol plateado, brillaba, y en la oscuridad podías distinguir la boca y los ojos de todos los que lo habían probado.»
«¿Murella estaba en Fata?»
«no», dijo Felurian frunciendo el ceño, «ya te lo he dicho, esto pasó antes, solo había un cielo, una luna, un mundo, y en él estaba murella. y el fruto, y yo, comiéndomelo, y mis ojos brillaban en la oscuridad.»
«¿Cuánto tiempo ha pasado?»
«mucho», contestó Felurian encogiendo los hombros.
Mucho tiempo. Mucho más del que pueda recoger cualquier libro de historia que yo haya visto o del que haya oído hablar. En el Archivo había ejemplares de historias de Caluptena que se remontaban dos milenios, y en ninguno aparecía ni una sola referencia a las cosas de que hablaba Felurian.
«Perdona que te haya interrumpido», dije tan educadamente como pude, e hice una reverencia procurando no sumergirme del todo en el agua.
Aplacada por mi disculpa, Felurian continuó: «la fruta solo fue el principio, los primeros pasos inseguros de un niño, se volvieron más atrevidos, más valientes, más salvajes, los antiguos conocedores dijeron "basta", pero los modeladores se negaron, se pelearon y lucharon y prohibieron a los modeladores, rechazaban esa clase de dominio». Sus ojos centelleaban, «pero ¡oh!», suspiró, «¡qué cosas hicieron!»
Y eso lo decía una mujer que me estaba tejiendo una capa de sombra. No entendía de qué se maravillaba. «¿Qué hicieron?»

Abrió un brazo señalando el entorno.
«¿Árboles?», pregunté, atónito.
Felurian rió. «no. el reino de los fata.» Hizo un amplio ademán con el brazo, «labrado según sus deseos, el más grande de todos lo bordó en una tela, un lugar donde podían hacer lo que desearan, y cuando terminaron todo el trabajo, cada modelador forjó una estrella para llenar aquel cielo nuevo y vacío.»
Felurian me sonrió, «entonces sí hubo dos mundos, dos cielos, dos juegos de estrellas.» Levantó la piedra redonda y lisa, «pero una sola luna, redonda y entera en el cielo mortal.» Su sonrisa se desvaneció, «pero uno de los modeladores era más grande que los demás, a él no le parecía suficiente hacer una estrella, él impuso su voluntad por el mundo y la arrancó de su casa.»
Felurian alzó la piedra hacia el cielo y cerró un ojo con cuidado. Ladeó la cabeza como si tratara de hacer encajar la curva de la piedra con los cuernos vacíos del creciente que brillaba en el cielo, «ese fue el momento crucial, los antiguos conocedores comprendieron que hablando no conseguirían detener a los modeladores.» Metió la mano en el agua, «él robó la luna, y entonces llegó la guerra.»
«¿Quién? ¿Quién la robó?», pregunté.
Sus labios dibujaron un amago de sonrisa, «¿quién, quién?», canturreó.
«¿Fue alguien de las cortes faen?», pregunté.
Felurian negó con la cabeza, divertida, «no. ya te he dicho que fue antes que los fata. el primer modelador, el más grande.»
«¿Cómo se llamaba?»
Felurian negó con la cabeza, «no se pueden decir nombres, no hablaré de aquel, aunque esté encerrado tras las puertas de piedra.»
Antes de que pudiera hacer más preguntas, Felurian me cogió la mano y volvió a encerrar la piedra entre nuestras palmas, «ese modelador del ojo oscuro y cambiante estiró la mano hacia el negro firmamento. arrancó la luna, pero no consiguió que se quedase, por eso ahora ella se mueve entre el mundo fata y el perecedero.»
Me miró con gesto solemne, algo poco común en su hermoso rostro. «tu cuento ya tienes, tus Cornos y tus quiénes, pero aguza ese oído de mochuelo, que hay un último secreto.» Sacó nuestras manos entrelazadas a la superficie del agua, «ahora viene la parte en la que has de estar atento.»
Los ojos de Felurian eran negros en aquella penumbra, «tu mundo y el mío, seducidos, tiran de la luna como los padres de un hijo; no quieren soltarlo, se niegan a dejarlo.»
Se retiró;, y nos alejamos tanto como pudimos sin soltar la piedra atrapada en nuestras manos, «cuando está dividida, y una mitad en tu cielo, ya ves lo lejos que de ti quedo.» Felurian estiró la mano que tenía libre hacia mí y la agitó sobre el agua como si intentara en vano asir algo, «no importa si besarnos es nuestro deseo; el espacio entre tú y yo no está maduro para eso.»
Felurian avanzó hacia mí y apretó la piedra contra mi pecho, «y mientras tu luna va creciendo, los feéricos notamos que nos va atrayendo. nos arrastra hacia vosotros mientras brilla, ahora, una visita nocturna es más sencilla que cruzar una puerta a la ligera o saltar de ún bote a la ribera.» Me sonrió, «estaba llena cuando, errando por la espesura, encontraste, hombrecito, a Felurian y su laguna.»
La idea de todo un mundo de seres fata atraído por la luna llena era perturbadora. «Y eso, ¿a todos los Fata les sucede?»
Felurian encogió los hombros y asintió con la cabeza, «si saben el camino y quieren, acontece, lo cierto es que existen un millar de puertas, que llevan de mi mundo al tuyo al estar entreabiertas.»
«¿Cómo es que nunca me había enterado? Se diría que alguien debiera de haber notado

que a la hierba de los mortales los Fata iban a danzar...»
Felurian rió. «pero ¿acaso no acaba de pasar? el mundo es grande y el tiempo es largo, pero tú dices que oíste mi canto, antes de verme en el calvero, acariciando la luz de la luna en mi pelo.»
Fruncí el entrecejo. «Sin embargo, me parece que debería de haberme tropezado con más señales de los que se pasean de un mundo al del otro lado.»
Felurian encogió los hombros, «casi todos los fata son gente sutil y ladina que hacen menos ruido que el humo de la cocina, algunos se mueven entre los tuyos shaedados, glamorados como una muía cargada de fardos o ataviados con ropajes dignos de una duquesa.» Me miró con franqueza, «sabemos impedir que se nos vea.»
Volvió a cogerme la mano, «a muchos de los más oscuros les divertiría de vosotros hacer uso. ¿qué les impide traspasar, luego? hierro, espejo, fuego, olmo y cenizas y cuchillos de cobre, esposas de granjeros con el corazón de roble, que saben las reglas de los juegos a que jugamos y nos ofrecen pan para alejarnos, pero lo que más teme mi gente es la parte de nuestro poder que se pierde cuando pisamos vuestra tierra perecedera.»
«Damos muchos problemas, no merece la pena», admití sonriendo.
Felurian estiró un brazo y me acarició los labios con la yema de un dedo, «puedes reírte cuanto quieras mientras llena perdura, pero que sepas que hay una mitad más oscura.» Se separó de mí sin soltarme la mano y tiró de mí por el agua formando un perezoso espiral, «un mortal sagaz teme la noche que ni una pizca de esa dulce luz derroche.»
Se llevó mi mano hacia el pecho, girando y arrastrándome por el agua hacia ella, «un paso u otro en una noche así, tan negra, podría meterte en la mitad oscura, o en su estela, y llevarte hasta fata, aunque sea involuntariamente.» Se interrumpió y me miró con seriedad, «donde tu estancia deberá ser permanente.»
Felurian dio un paso hacia atrás en el agua, tirando de mí. «y en un terreno tan extraño e inusual, ¿cómo no va a ahogarse un ser mortal?»
Di otro paso hacia ella y no encontré nada bajo los pies. De pronto la mano de Felurian ya no estaba entrelazada con la mía, y el agua negra se cerró sobre mi cabeza. Atragantándome, ciego, empecé a agitar desesperadamente los brazos y las piernas tratando de salir a la superficie.
Tras un largo y aterrador momento, las manos de Felurian me sujetaron y me arrastraron hasta la superficie como si yo no pesara más que un gatito. Me acercó a su cara, ante sus ojos oscuros, duros y centelleantes.
Con voz nítida, dijo: «hago esto para que escuches y no te quepa duda alguna, un hombre sabio contempla con temor la noche sin luna».

103 Como lo más natural del mundo

Pasaba el tiempo. Felurian me llevó Hacia el Día, a una parte del bosque aún más antigua y más espectacular que la que rodeaba el claro del crepúsculo. Una vez allí, trepamos a árboles altos y anchos como montañas. En las ramas más altas, notabas que el enorme árbol oscilaba mecido por el viento como un barco en el mar embravecido. Allí arriba, con solo el cielo azul alrededor y el lento movimiento del árbol, Felurian me enseñó hiedra en el roble.

Se me ocurrió enseñar a Felurian a jugar a tak, y descubrí que ya sabía. Me ganó con facilidad, y jugó una partida tan bonita que Bredon habría llorado si la hubiera visto.

Aprendí algo del idioma fata. Un poquito. Cuatro cosas sueltas.

Bueno, para ser sincero tengo que admitir que fracasé estrepitosamente en mi intento de aprender el idioma fata. Felurian no era precisamente una maestra muy paciente, y el idioma era de una complejidad desconcertante. Mi fracaso superaba la mera incompetencia, hasta el punto de que Felurian me prohibió expresamente que intentara hablarlo en su presencia.

En total adquirí unas pocas frases y una buena dosis de humildad. Ambas cosas me parecieron útiles.

Felurian me enseñó varias canciones faen. Me costaba más recordarlas que las canciones de los mortales, porque sus melodías eran sinuosas y escurridizas. Cuando intentaba tocarlas con el laúd, las cuerdas parecían raras bajo mis dedos, y me hacían vacilar y tropezar como un muchacho del campo que nunca hubiera tenido un laúd en las manos. Me aprendía las letras de memoria, pero no tenía ni la más remota idea de lo que significaban las palabras.

Y mientras seguíamos trabajando en mi shaed. O mejor dicho, Felurian trabajaba en él. Yo hacía preguntas, observaba e intentaba no sentirme como un niño curioso en la cocina. A medida que íbamos sintiéndonos más cómodos uno con otro, mis preguntas se hicieron más insistentes...

«Pero ¿cómo?», pregunté por enésima vez. «La luz no pesa, no tiene sustancia. Se comporta como una onda. En teoría no puedes tocarla.»

Felurian había terminado con la luz de estrellas y estaba entretejiendo luz de luna en el shaed. No levantó la cabeza cuando contestó: «demasiados pensamientos, mi kvothe. sabes demasiado para ser feliz».

Aquel comentario se parecía demasiado a algo que habría podido decir Elodin, y eso me hizo sentir incómodo. No me dejé distraer. «En teoría no puedes...»

Me propinó un ligero golpe con el codo y vi que tenía ambas manos ocupadas, «dulce llama», dijo, «acércame eso.» Apuntó a un rayo de luna que traspasaba las copas de los árboles hasta llegar al suelo y caer a mi lado.

Su voz tenía aquel tono de sutil autoridad, y sin pensarlo, cogí el rayo de luna como si fuera un racimo de uva que colgara en una parra. Lo sentí brevemente en los dedos, frío y efímero. Perplejo, me quedé inmóvil, y de pronto volvió a ser un rayo de luna normal y corriente. Lo atravesé varias veces con la mano, pero no noté nada.

Felurian sonrió, estiró un brazo y cogió el rayo como si fuera lo más natural del mundo. Con la otra mano me acarició la mejilla, y entonces volvió a concentrarse en la labor que tenía en el regazo y entretejió la hebra de luz de luna en los pliegues de sombra.

104 El Cthaeh

Después de que Felurian me ayudara a descubrir de qué era yo capaz, participé más activamente en la creación de mi shaed. Felurian parecía satisfecha con mis progresos, pero yo me sentía frustrado. No había normas que seguir, ni datos que recordar. Por ese motivo mi agudo ingenio y mi buena memoria de artista de troupe me servían de muy poco, y mi avance me parecía enojosamente lento.
Al final conseguí tocar mi shaed sin temor a estropearlo, y cambiar su apariencia a mi antojo. Con un poco de práctica podía convertirlo de capa corta en manto de duelo con capucha, o cualquier forma intermedia.
Sin embargo, sería injusto que me atribuyera ni un pelo del mérito por su confección. Felurian fue quien recogió la sombra y la tejió con la luz de la luna y del fuego y del día. Mi contribución más importante fue la sugerencia de que debería tener numerosos bolsillitos.
Cuando nos llevamos el shaed hasta la luz del día, pensé que el trabajo ya estaba terminado. Mis sospechas parecieron confirmarse cuando pasamos un largo periodo nadando, cantando y disfrutando de la mutua compañía por otros medios.
Pero Felurian evitaba hablar del shaed siempre que yo se lo proponía. A mí no me importaba, pues todas sus tácticas evasivas eran maravillosas. Pero por ese motivo tenía la impresión de que una parte del shaed estaba inacabada.
Una mañaná despertamos abrazados, y pasamos quizá una hora besándonos para abrirnos el apetito; luego devoramos nuestro desayuno de fruta, pan blanco, panal de miel y aceitunas.
Entonces Felurian se puso seria y me pidió un trozo de hierro.
Me sorprendió su petición. Hacía un tiempo se me había ocurrido retomar algunos de mis hábitos rutinarios. Utilizando la superficie de
la laguna como espejo, me afeité con mi pequeña navaja. Al principio Felurian parecía complacida con lo suaves que me habían quedado las mejillas y la barbilla, pero cuando fui a besarla, me apartó y se puso a resoplar como si quisiera limpiarse la nariz. Me dijo que apestaba a hierro; me mandó al bosque y me ordenó que no regresara hasta que me hubiese quitado aquel hedor acre de la cara.
Así pues, sintiendo bastante curiosidad, rescaté un trozo de hebilla de hierro rota del interior de mi macuto. Se la entregué a Felurian, nervioso. Como le daríais un cuchillo afilado a un niño.
«¿Para qué lo quieres?», pregunté tratándo de disimular mi interés.
Felurian no dijo nada. Lo sostuvo apretándolo entre el pulgar y dos dedos, como si fuera una serpiente que intentara retorcerse y morderla. Sus labios dibujaban una línea delgada, y sus ojos empezaron a iluminarse y pasaron del morado crepuscular al azul marino.
«¿Quieres que te ayude?», pregunté.
Ella rió. No fue aquella risa aguda y cantarína que yo tantas veces le había oído, sino una carcajada salvaje y feroz, «¿'de verdad quieres ayudarme?», preguntó. La mano con que sujetaba el trozo de hierro le temblaba ligeramente.
Asentí con la cabeza, un poco asustado.
«pues vete.» Sus ojos seguían cambiando, iluminándose hasta alcanzar un blanco azulado, «ahora no necesito llama, ni canciones, ni preguntas.» Como no me movía, Felurian me ahuyentó con una mano, «vete al bosque, no te alejes mucho, pero no me molestes durante el tiempo que se tarda en amar cuatro veces.» Su voz también había cambiado un poco. Seguía siendo suave, pero había adquirido un tono crispado que me alarmó.

Iba a protestar, pero Felurian me lanzó una mirada terrible que me hizo escabullirme mecánicamente hacia los árboles.
Paseé un rato sin rumbo fijo tratando de serenarme. No era fácil, pues estaba desnudo como un recién nacido y me habían echado para que no presenciara un acto mágico, como cuando una madre echa a un niño pesado de la cocina.
Sin embargo, sabía que no podía volver al claro hasta pasado un rato. De modo que me orienté Hacia el Día y me fui a explorar.
No sabría explicar por qué me alejé tanto aquel día. Felurian me había advertido que me quedara cerca, y yo sabía que era un buen consejo. Todas las historias que había oído de niño me prevenían del peligro que suponía pasear por Fata. Y aunque no las tuviera en cuenta, las historias que me había contado Felurian deberían haberbastado para que no me alejara de la seguridad del claro crepuscular.
Supongo que parte de la culpa la tiene mi curiosidad innata. Pero otra parte mayor la tiene mi orgullo, herido. El orgullo y el delirio siempre van juntos de la mano.
Caminé durante casi una hora; poco a poco el cielo fue iluminándose hasta hacerse plenamente de día. Encontré una especie de sendero, pero no vi ningún ser vivo, aparte de alguna mariposa y alguna ardilla.
Vacilaba entre el aburrimiento y la ansiedad. Al fin y al cabo estaba en Fata, y debería estar viendo cosas maravillosas. Castillos de cristal. Fuentes de fuego. Trolls ávidos de sangre. Hombres descalzos dispuestos a darme consejos...
Los árboles dejaron paso a una gran pradera cubierta de hierba. Todas las partes de Fata que me había enseñado Felurian hasta ese momento eran boscosas. Aquella pradera parecía una señal clara de que me encontraba más allá de los límites de donde debería estar.
No obstante continué, deleitándome con la luz del sol en la piel tras tanto tiempo en la tenue penumbra del claro del bosque de Felurian. El sendero por el que iba parecía conducir a un árbol solitario que se alzaba en medio de aquel prado. Decidí que llegaría hasta el árbol y daría media vuelta.
Sin embargo, tras caminar largo rato me pareció que no me estaba acercando mucho al árbol. Al principio creí que aquello era otra singularidad de Fata, pero al seguir avanzando con tenacidad por el sendero, comprendí qué pasaba: aquel árbol era más grande de lo que yo creía, sencillamente. Mucho más grande, y estaba mucho más lejos.
Resultó que el sendero no conducía hasta el árbol. De hecho, describía una curva alejándose y esquivándolo por una distancia de un kilómetro. Me estaba planteando dar media vuelta cuando me llamó la atención un brillante aleteo de color bajo la copa del árbol. Tras una breve lucha interna, venció mi curiosidad; dejé el sendero y continué por la alta hierba.
Jamás había visto ningún árbol parecido, y me acerqué a él lentamente. Parecía un sauce inmenso, pero con las hojas más anchas y de un verde más oscuro. El árbol tenía un follaje denso y colgante, salpicado de flores de color azul pastel.
Sopló una ráfaga de viento, y al moverse las hojas percibí un olor extraño y dulzón. Olía a humo, a especias, a cuero, a limón. Un olor cautivador. No era atrayente, como el olor a comida. No me hizo salivar, ni hizo que me rugiera el estómago. Y sin embargo, si hubiera visto algo encima de una mesa que oliera así, aunque fuera una piedra o un trozo de madera, me lo habría metido en la boca. No porque sintiera hambre, sino por pura curiosidad, como habría hecho un niño.
Al acercarme más me impresionó la belleza de la escena: el verde oscuro de las hojas contrastaba con las mariposas que revoloteaban de rama en rama, sorbiendo las flores de color azul pálido del árbol. Lo que en un principio me había parecido un lecho de flores al pie del árbol resultó ser una alfombra de mariposas que cubría el suelo casi por completo. Era una escena tan impresionante que me paré a cierta distancia del árbol para no ahuyentar las mariposas.

Muchas de las mariposas que revoloteaban entre las flores eran moradas y negras, o azules y negras, como las que había en el claro de Felurian. Otras eran de un verde intenso, o grises y amarillas, o plateadas y azules. Pero me llamó la atención la única de color rojo, el carmesí roto por tenues tracerías de un dorado metálico. Sus alas eran más grandes que mi mano abierta, y mientras la observaba se sumergió en el follaje en busca de otra flor sobre la que posarse.
De repente dejó de batir las alas armónicamente. Se le desprendieron y revolotearon por separado hasta posarse en el suelo, como las hojas caídas en otoño.
Cuando mi mirada las siguió hasta el pie del árbol lo entendí. El suelo no era donde las mariposas se posaban para descansar... estaba tapizado de alas inertes. Miles de alas cubrían la hierba bajo el árbol, como una manta de piedras preciosas.
—Las rojas me ofenden la vista —afirmó una voz fría y seca desde la copa del árbol.
Di un paso atrás e intenté escudriñar el denso toldo de hojas colgantes.
—Menudos modales —dijo aquella voz seca—:. ¿No te presentas? ¿Solo miras?
—Le ruego que me disculpe, señor —dije con seriedad. Entonces recordé las flores del árbol y me corregí—: Señora. Pero es la primera vez que hablo con un árbol, y estoy un poco desconcertado.
—Me lo imagino. No soy ningún árbol. Soy tan árbol como silla es un hombre. Soy el Cthaeh. Has tenido suerte encontrándome. Muchos te envidiarían por esta oportunidad.
—¿Oportunidad? —repetí tratando de ver qué era aquello que me hablaba desde las ramas del árbol. Un fragmento de una vieja historia parpadeó en mi memoria: un cuento folclórico que había leído mientras buscaba información sobre los Chandrian—. Usted es... un oráculo —dije.
—Oráculo. Qué curioso. No intentes ponerme etiquetas. Soy Cthaeh. Soy. Veo. Sé. —Dos alas de color negro azulado, irisadas, que hasta ese momento habían formado una mariposa revolotearon por separado—. A veces hablo.
—¿No eran las rojas las que le ofendían la vista?
—Ya no quedan rojas —dijo la voz con indiferencia—. Y las azules son ligeramente dulces. —Sentí un movimiento, y otro par de alas de color zafiro empezaron a caer lentamente en espiral—. Tú eres el nuevo hombrecito de Felurian, ¿verdad? —Vacilé, pero la voz continuó como si yo le hubiera contestado—. Eso me había parecido. Puedo oler el hierro en ti. Solo un ligero rastro. Sin embargo, me pregunto cómo lo soporta ella.
Una pausa. Algo borroso. La leve alteración de una docena de hojas. Dos alas más se sacudieron y cayeron en espiral.
—Adelante —continuó la voz, que ahora provenía de otra parte del árbol, aunque seguía oculta por las hojas colgantes—. Seguro que un muchacho curioso como tú tendrá un par de preguntas. Adelante. Pregúntame. Tu silencio me ofende.
Titubeé y dije:
—Supongo que podría hacerle un par de preguntas.
—¡Aaahhh! —Un sonido lento y satisfecho—. Me lo imaginaba.
—¿Qué puede decirme sobre los Amyr?
—Kyxxs —me espetó el Cthaeh. El sonido denotaba irritación—. ¿Qué es esto? ¿Por qué tan cauto? ¿A qué viene este juego? Ve al grano y pregúntame por los Chandrian.
Me quedé inmóvil y en silencio.
—¿Sorprendido? ¿Por qué? Pero si eres como una laguna transparente, chico. Veo tres metros más allá de tu superficie, y no tienes ni un metro de profundidad.
Volví a detectar algo borroso, un movimiento, y dos pares de alas descendieron hasta el suelo. Uno era azul; el otro, morado.
Me pareció entrever un movimiento sinuoso entre las ramas, pero quedó oculto por la continua oscilación del árbol, que se mecía al viento.

—¿Por qué la morada? —pregunté por decir algo.
—Por pura maldad —respondió el Cthaeh—, Envidiaba su inocencia, su despreocupación. Además, el exceso de dulzura me empalaga. Igual que la ignorancia intencionada. —Una pausa—. Quieres preguntarme sobre los Chandrian, ¿no es eso?
No tuve más remedio que asentir con la cabeza.
—La verdad es que no hay mucho que contar —dijo el Cthaeh con ligereza—. Pero será mejor que los llames los Siete. Después de tantos años, «Chandrian» suena demasiado folclórico. Antes los nombres eran intercambiables, pero hoy en día, si dices «Chandrian» la gente piensa en ogros y descalandrajos y escavos. Menuda tontería.
Hubo una larga pausa. Me quedé inmóvil hasta que comprendí que aquella criatura esperaba una respué'sta.
—Cuénteme algo más —dije. Mi propia voz me sonó terriblemente débil.
—¿Por qué? —Me pareció detectar un deje bromista en su voz.
—Porque necesito saberlo —respondí tratando de imprimirle algo de fuerza a la mía.
—¿Necesitas? —preguntó el Cthaeh con escepticismo—. ¿A qué viene esa repentina necesidad? Los maestros de la Universidad quizá tengan las respuestas que buscas. Pero ellos no te las darían aunque se lo preguntaras, lo que de todas formas no harás. Eres demasiado orgulloso. Demasiado listo para pedir ayuda. Demasiado consciente de tu reputación.
Intenté decir algo, pero solo conseguí articular un chasquido seco. Tragué saliva y volví a intentarlo.
—Por favor, necesito saberlo. Mataron a mis padres.
—¿Acaso piensas matar a los Chandrian? —La voz parecía fascinada, casi conmocionada—. ¿Vas a buscarlos y matarlos tú mismo? Caramba, ¿cómo piensas hacerlo? Haliax lleva cinco mil años vivo. Cinco mil años sin dormir ni un solo segundo.
«Supongo que eso de buscar a los Amyr es buena idea. Hasta una persona tan orgullosa como tú sabe reconocer que necesita ayuda. La Orden quizá te la dé. Lo malo es que ellos son tan difíciles de encontrar como los Siete. Ay, qué pena. ¿Qué puede hacer un muchacho valiente como tú?
—¡Dígamelo! —Había querido gritar, pero me salió una súplica.
—Supongo que sería frustrante —continuó el Cthaeh sin alterarse—. Las pocas personas que creen en los Chandrian tienen demasiado miedo para hablar, y los demás se reirán de ti si les preguntas. —Se oyó un exagerado suspiro que parecía provenir de varios rincones del follaje a la vez—. Pero ese es el precio que pagas por la civilización.
—¿Qué precio? —pregunté.—La arrogancia —contestó el Cthaeh—. Das por hecho que lo sabes todo. Te reías de las hadas hasta que viste una. No me extraña que todos tus vecinos civilizados también desechen la existencia de los Chandrian. Tendrías que dejar muy lejos tus preciosos rincones para encontrar a alguien dispuesto a tomarte en serio. No tendrías ninguna esperanza hasta que llegaras a la sierra de Borrasca.
Hubo una pausa, y otro par de alas moradas cayeron al suelo. Tenía la boca seca, y tragué saliva mientras trataba de decidir qué podía preguntar para obtener más información.
—Comprenderás que muy pocos se tomarían en serio tu investigación sobre los Amyr —continuó el Cthaeh pausadamente—. El maer, sin embargo, es un hombre excepcional. Él ya se ha acercado a ellos, aunque no lo sepa. No te separes del maer, y él te conducirá hasta su puerta.
El Cthaeh dio un débil y seco chasquido.
—Sangre, helechos y hueso, qué lástima que las criaturas como tú no tengáis inteligencia para apreciarme. Aunque olvides todo lo demás, recuerda lo que acabo de decir. Al final entenderás el chiste. Te lo garantizo. Cuando llegue el momento, te reirás.
—¿Qué puede decirme sobre los Chandrian? —pregunté.

—Ya que me lo preguntas con tanta delicadeza, te diré que Ceniza es al que buscas. ¿Te acuerdas de él? ¿Pelo blanco? ¿Ojos oscuros? Le hizo cosas a tu madre, ¿lo sabías? Cosas terribles. Pero ella lo soportó bien. Laurian siempre fue una artista, si no te importa que lo diga así. Mucho mejor que tu padre, que no paraba de suplicar y lloriquear.
En mi mente destellaron imágenes de cosas que durante años había intentado olvidar. Mi madre, con el pelo empapado de sangre, los brazos retorcidos, rotos por las muñecas y los codos. Mi padre, con un corte en el vientre, había dejado un rastro de sangre de seis metros. Se había arrastrado para estar más cerca de mi madre. Intenté hablar, pero tenía la boca seca.
—¿Por qué? —conseguí articular con voz ronca.
—¿Por qué? —repitió el Cthaeh—. Qué buena pregunta. Sé tantos porqués. ¿Por qué le hicieron cosas tan crueles a tu pobre familia? Pues porque les dio la gana, y porque podían, y porque tenían un motivo.
»¿Por qué te dejaron vivo? Pues porque fueron descuidados, y porque tú tuviste suerte, y porque algo los asustó.
«¿Qué los asustó?», pensé, aturdido. Pero era demasiado. Los recuerdos, las cosas que decía la voz. Moví los labios en silencio, preguntando.
—¿Qué? —preguntó el Cthaeh—. ¿Buscas otro porqué? ¿Te preguntas por qué te digo estas cosas? ¿De qué sirven? Tal vez ese Ceniza me haya jugado una mala pasada. Quizá me divierta enviar a un joven cachorro como tú a morderle los tobillos. Quizá el débil crujido de tus tendones cuando aprietas los puños sea como una dulce sinfonía para mí. Sí, claro que lo es. Puedes estar seguro.
»¿Por qué no encuentras a ese Ceniza? Ese es un porqué interesante. Podrías pensar que un hombre con los ojos negros como el carbón dejaría huella cuando parara a tomarse una copa. ¿Cómo es posible que hasta ahora nunca hayas oído hablar de él?
Sacudí la cabeza y traté de ahuyentar el olor a sangre y a pelo quemado.
El Cthaeh lo interpretó como una seña.
—Exacto, supongo que no necesitas que te diga qué aspecto tiene. Acabas de verlo, hace un día o tres.
De pronto lo comprendí, horrorizado. El jefe de los bandidos. Aquel tipo elegante de la cota de malla. Ceniza. El que me había hablado cuando yo era pequeño. El hombre de la sonrisa terrible y la espada como el hielo invernal.
—Lástima que escapara —continuó el Cthaeh—. Aun así, debes admitir que has tenido un poco de suerte. Yo diría que la posibilidad de que volvieras a encontrarte con él solo pasa dos veces en la vida. Lástima que desaprovecharas esa. No te reproches no haberlo reconocido. Son muy hábiles ocultando esas señales reveladoras. No es culpa tuya, ni mucho menos. Hace mucho tiempo. Años. Además, has estado muy ocupado: tratando de ganarte favores, retozando en los almohadones con una duendecilla, saciando tus deseos más bajos.
Tres mariposas verdes se estremecieron a la vez. Sus alas parecían hojas mientras caían al suelo.
—Y hablando de deseos, ¿qué pensará tu Denna? Ay, ay, ay. Imagínate que ella pudiera verte aquí. Esa duendecilla y tú bien enredados, haciéndolo como conejos. El la pega, lo sabes. Su mecenas. No siempre, pero a menudo. De cuando en cuando porque se enfada, pero la mayoría de las veces para él solo es un juego. ¿Hasta dónde puede llegar antes de hacerla llorar? ¿Hasta dónde antes de que ella intente marcharse y él tenga que convencerla para que vuelva? Bueno, no llega a ser atroz. Nada de quemaduras. Nada que pueda dejarle cicatrices. Todavía no.
»Hace un par de días la pegó con el bastón. Fue una novedad. Verdugones del grosor de tu pulgar bajo la ropa. Cardenales por todo el cuerpo. Está temblando en el suelo, con sangre

en la boca, y ¿sabes en qué piensa antes de hundirse en la negrura? En ti. Piensa en ti. Tú también pensabas en ella, supongo. Entre baño en la laguna, atracón de fresas y lo otro.
El Cthaeh hizo un ruido parecido a un suspiro.
—Pobre chica, está tan atada a él. Cree que no sirve para nada más. No lo abandonaría aunque tú se lo pidieras. Lo que tú no harás. Tú, tan discreto. Te da tanto miedo asustarla. Y haces bien. Esa mujer es una fugitiva. Ahora que se ha marchado de Severen, ¿cómo vas a encontrarla?
»Es una pena que te largaras sin dejar aviso, ¿sabes? Antes de que te fueras, ella estaba empezando a confiar en ti. Antes de que te enfadaras. Antes de que huyeras. Como hacen todos los hombres de su vida. Como hacen todos los hombres. La acosan, la colman de palabras dulces, y luego desaparecen. Dejándola sola. Menos mal que ya está acostumbrada, ¿no? Si no, quizá le habrías hecho daño. Si no, quizá le hubieras partido el corazón a esa pobre chica.
Era demasiado. Me giré en redondo y eché a correr como un poseso, de vuelta por donde había venido. De vuelta al sereno crepúsculo del claro de Felurian. Lejos, lejos, lejos.
Y mientras corría, oía al Cthaeh hablando detrás de mí. Su voz áspera me siguió hasta donde yo no habría creído posible.
—Vuelve. Vuelve. Tengo más cosas que contarte. Tengo muchísimas más cosas que contarte. ¿No quieres quedarte?
Tardé horas en llegar al claro de Felurian. No estoy seguro de cómo encontré el camino. Solo recuerdo que me sorprendí al ver su pabellón entre los árboles. Al tenerlo ante la vista, se ralentizaron mis enloquecidos pensamientos hasta que pude empezar a razonar de nuevo.
Fui a la laguna y di un trago largo y profundo, y luego me mojé la cara para despejarme y disimular el rastro de las lágrimas. Tras unos momentos de tranquila reflexión, me levanté y fui hasta el pabellón. Entonces me di cuenta de que no había mariposas. Normalmente al menos un puñado revoloteaban por allí, pero en ese momento no divisé ni una sola.
Felurian estaba en el pabellón, pero verla allí no hizo sino inquietarme aún más. Era la primera vez que no me parecía de una hermosura perfecta. Estaba tumbada entre los almohadones, y su cara mostraba huellas de un profundo cansancio. Como si yo no me hubiera ausentado unas horas, sino varios días, y ella no hubiese comido ni dormido en todo ese tiempo.
Al oír que me acercaba, Felurian levantó la cabeza con esfuerzo, «ya está acabado», anunció, pero cuando me vio, abrió mucho los ojos con expresión de sorpresa.
Miré hacia abajo y descubrí que estaba cubierto de arañazos y sangre. Tenía todo el costado izquierdo salpicado de barro y manchado de hierba. Debí de caerme al huir precipitadamente del Cthaeh.
Felurian se incorporó, «¿qué te ha pasado?»
Me sacudí, distraídamente, un poco de sangre seca que tenía en el codo. «Yo podría hacerte la misma pregunta.» Mi voz sonaba pastosa y ronca, como si hubiera estado gritando.
Cuando levanté la cabeza, vi que Felurian me miraba con sincera preocupación. «He ido a pasear Hacia el Día. He encontrado una cosa en un árbol. Se hacía llamar Cthaeh.»
Al oír ese nombre, Felurian se quedó inmóvil, «¿el Cthaeh? ¿has hablado?»
Asentí con la cabeza.
«¿le has preguntado algo?» Pero antes de que le contestara, Felurian dio un grito de desconsuelo y vino hacia mí corriendo. Empezó a pasarme las manos por todo el cuerpo, como si buscara heridas. Al cabo de un minuto, me sujetó la cara con las manos y me miró a los ojos como con miedo de lo que pudiera encontrar en ellos, «¿estás bien?»
Su preocupación me arrancó una sonrisa débil. Quise asegurarle que no me pasaba nada, pero entonces recordé las cosas que había dicho el Cthaeh. Recordé los fuegos y al hombre de los ojos negros como la tinta. Pensé en Denna tendida en el suelo con la boca llena de

sangre. Se me empañaron los ojos y se me atragantó un sollozo. Me di la vuelta y sacudí la cabeza, con los ojos fuertemente cerrados y sin poder hablar.
Felurian me acarició la nuca y dijo: «no pasa nada, el dolor desaparecerá. no te ha mordido, y tienes los ojos claros, así que no pasa nada».
Me separé de ella lo suficiente para mirarla a la cara. «¿Los ojos?»
«las cosas que dice el Cthaeh pueden destrozar la mente de los hombres. pero si fuera así, yo lo vería, tú todavía eres mi kvothe, mi dulce poeta.» Se inclinó hacia delante, y tras un extraño titubeo, me dio un beso en la frente.«¿Miente a los hombres y los hace enloquecer?»
Felurian sacudió suavemente la cabeza, «el Cthaeh no miente, tiene el don de ver, pero solo dice cosas para hacer daño a los hombres, solo un resinillo hablaría con el Cthaeh.» Me acarició un lado del cuello para suavizar sus palabras.
Asentí: tenía que reconocer que era verdad. Y rompí a llorar.

105 Interludio: cierta dulzura

Kvothe le hizo una seña a Cronista para que dejara de escribir.
—¿Te encuentras mal, Bast? —Miró a su pupilo con inquietud—. Parece que te hubieras tragado un trozo de hierro.
Era verdad: Bast parecía afligido. Estaba pálido, casi amarillento. Su rostro, normalmente alegre, denotaba pavor.
—Reshi —dijo con una voz seca como las hojas en otoño—, nunca me habías contado que hablaste con el Cthaeh.
—Hay muchas cosas que nunca te he contado, Bast —dijo Kvothe con ligereza—. Por eso te parecen tan fascinantes los detalles sórdidos de mi vida.
Bast compuso una sonrisa forzada y relajó los hombros, aliviado.
—Ah, entonces no es verdad. No hablaste con él. Solo es algo que has añadido para darle un poco de color a la historia, ¿no?
—Por favor, Bast —repuso Kvothe, ofendido—. Mi historia tiene suficiente color sin que le añada nada.
—¡No me mientas! —gritó de pronto Bast, con tanto ímpetu que se levantó un poco del asiento—. ¡No me mientas sobre esto! ¡No te atrevas a hacerlo! —Golpeó la mesa con una mano, volcando su jarra y el tintero de Cronista, que rodó por la mesa.
Rápido como un rayo, Cronista agarró la hoja de papel a medio escribir y retiró su silla de la mesa empujándose con los pies, y así evitó que la hoja se manchara de tinta y cerveza.
Bast se inclinó hacia delante, pálido como la cera, y amenazó a Kvothe con el dedo.
—¡No me importa qué mierda conviertes aquí en oro! ¡Pero no me mientas sobre esto, Reshi! ¡A mí no!
Kvothe señaló a Cronista, que, todavía sentado, sujetaba la hoja de papel en el aire con ambas manos.—Bast —dijo—, esta es mi oportunidad para contar toda la verdad sobre mi vida. Todo lo que...
Bast cerró los ojos y golpeó la mesa como un niño en pleno berrinche.
—Cállate. ¡Cállate! ¡CÁLLATE!
Bast apuntó con un dedo a Cronista.
—Me importa un cuerno lo que le cuentes a él, Reshi. ¡Escribirá lo que yo diga, o me comeré su corazón en la plaza del mercado! —Entonces apuntó al posadero con el dedo y lo agitó, furioso—. ¡Pero a mí me contarás la verdad, y ahora mismo!
Kvothe miró a su pupilo; no quedaba ni rastro de diversión en su semblante.
—Bast, tú y yo sabemos que de vez en cuando pongo algún aderezo. Pero esta historia es diferente. Esta es mi oportunidad para que quede registrada la verdad. Esta es la verdad que hay oculta en las historias.
El joven moreno se encorvó en la silla y se tapó los ojos con una mano.
Kvothe lo miró con gesto de preocupación.
—¿Te encuentras mal?
Bast sacudió la cabeza sin destaparse los ojos.
—Bast —dijo Kvothe con dulzura—, te sangra la mano. —Esperó un momento, y luego preguntó—: ¿Qué te pasa, Bast?
—¡Es eso! —estalló Bast; abrió los brazos, y con voz aguda e histérica, dijo—: ¡Me parece que por fin entiendo lo que pasa!
Entonces rió, pero fue una risa crispada y estridente, y acabó transformándose en algo parecido a un sollozo. Miró hacia las vigas del techo de la taberna; le brillaban los ojos.

Parpadeó, como si contuviera las lágrimas.
Kvothe se inclinó hacia delante y le puso una mano en el hombro.
—Por favor, Bast...
—Es que sabes tantas cosas —dijo Bast—. Sabes muchas cosas que no deberías saber. Sabes lo del berentaltha. Sabes lo de las hermanas blancas y la vía riente. ¿Cómo no ibas a saber lo del Cthaeh? Es... es un monstruo.
Kvothe se relajó ostensiblemente.
—Por el amor de Dios, Bast, ¿solo es eso? Estaba preocupado. Mira, me he enfrentado a cosas mucho peores que...
—¡No hay nada peor que el Cthaeh! —bramó Bast, y volvió a golpear la mesa con el puño. Esa vez se oyó cómo se astillaba la madera—. Cállate y escúchame, Reshi. Escúchame bien. —Bast agachó un momento la cabeza, escogiendo con cuidado sus palabras—. ¿Sabes quiénes son los Sithe?
Kvothe encogió los hombros.
—Son una facción de los Fata. Poderosos, con buenas intenciones...
Bast agitó las manos.
—Si dices que tienen «buenas intenciones» es que no los entiendes. Pero en fin, si se puede afirmar que existen seres fata que persiguen el bien, son ellos. Su principal misión,‘y la que han desempeñado desde tiempos inmemoriales, es impedir que nadie tenga el menor contacto con el Cthaeh. ¡Nadie!
—No vi a ningún vigilante por allí —dijo Kvothe con un tono como el que alguien emplearía para calmar a un animal nervioso.
Bast se pasó las manos por el pelo, revolviéndoselo.
—No me explico, ni por toda la sal que hay en mí, cómo pudiste esquivarlos, Reshi. Si alguien consigue acercarse al Cthaeh, los Sithe lo matan. Lo matan desde una distancia de un kilómetro con sus largos arcos de cuerno. Y luego dejan que el cadáver se pudra. Si un cuervo se posa en el cadáver, también lo matan.
Cronista carraspeó suavemente y dijo:
—Si eso que dices es cierto, ¿cómo es que todavía hay quien acude al Cthaeh?
Por un instante, pareció que Bast fuera a abofetear al escribano, pero entonces dio un suspiro amargo.
—Hay que reconocer que mi gente no es famosa por tomar decisiones acertadas —dijo—. Todos los niños y las niñas fata conocen la naturaleza del Cthaeh, pero siempre hay alguien dispuesto a buscarlo. La gente acude a él en busca de respuestas y para asomarse al futuro. O con la esperanza de arrancarle una flor.
—¿Una flor? —preguntó Kvothe.
Bast volvió a mirarlo con cara de susto.
—¿Una rhinna?—Al ver que el posadero no reaccionaba, sacudió la cabeza, consternado—. Esas flores son una panacea, Reshi. Curan cualquier enfermedad. Cualquier veneno. Cualquier herida.
Kvothe arqueó una ceja.
—Ah —dijo, y se miró las manos, entrelazadas sobre la mesa—. Entiendo. Eso explica que haya gente que acuda a él pese a conocer los peligros.
El posadero levantó la cabeza.
—He de admitir que no veo dónde está el problema —dijo, contrito—. He visto otros monstruos, Bast. El Cthaeh no era de los peores.
—Quizá no haya elegido la palabra adecuada, Reshi —admitió Bast—. Pero no se me ocurre ninguna mejor. Si hubiera una palabra que significara venenoso, aborrecible y apestado, la usaría.
Bast inspiró hondo y se inclinó hacia delante.

—El Cthaeh puede ver el futuro, Reshi. No de una forma imprecisa, oracular. Ve todo el futuro. Con claridad. Perfectamente. Ve todo lo que puede llegar a pasar, extendiéndose infinitamente desde el presente.
—Ah, ¿sí? —dijo Kvothe arqueando una ceja.
—Sí —afirmó Bast con gravedad—. Y es absolutamente malévolo. Eso no supone un grave problema, porque no puede abandonar el árbol. Pero cuando alguien se acerca a él...
Kvothe asintió con la cabeza, con la mirada ausente.
—Si puede ver el futuro perfectamente —dijo con voz pausada—, debe de saber exactamente cómo reaccionará cada persona a lo que le diga.
—Y es cruel, Reshi —dijo Bast asintiendo con la cabeza.
Kvothe continuó, pensativo:
—Eso significa que cualquiera influenciado por el Cthaeh sería como una flecha disparada al futuro.
—Una flecha solo hiere a una persona, Reshi. —Los oscuros ojos de Bast estaban hundidos y abatidos—. Cualquiera influenciado por el Cthaeh es como un barco apestado que navega en busca de un puerto.—Bast señaló la hoja a medio escribir que Cronista tenía en el regazo —. Si los Sithe supieran de su existencia, no ahorrarían esfuerzos para destruirlo. Nos matarían solo por haber oído lo que dijo el Cthaeh.
—Porque cualquiera que se llevara la influencia del Cthaeh lejos del árbol... —dijo Kvothe mirándose las manos. Se quedó largo rato callado, asintiendo pensativo—. Supongamos que un muchacho que busca fortuna va al Cthaeh y se lleva una flor. La hija del rey está gravemente enferma, y el muchacho le lleva la flor para que se cure. Se enamoran, pese a que ella está comprometida con un príncipe vecino...
Bast miraba fijamente a Kvothe, escuchándolo con gesto inexpresivo.
—Una noche de luna intentan fugarse —continuó Kvothe—. Pero él se cae de los tejados y los atrapan. La princesa se casa contra su voluntad, y la noche de bodas apuñala al príncipe vecino. El príncipe muere. Guerra civil. Campos quemados y salados. Hambruna. Peste...
—Esa es la historia de la guerra de la Carena —dijo Bast con un hilo de voz.
—Es una de las historias que me contó Felurian —confirmó Kvothe—. Lo de la flor no lo había entendido hasta ahora. Ella nunca mencionó al Cthaeh.
—Es lógico, Reshi. Trae mala suerte. —Sacudió la cabeza—. No, no trae mala suerte. Es como escupirle veneno a alguien en la oreja. No se hace, sencillamente.
Cronista, algo más sereno, acercó la silla a la mesa; seguía sujetando la hoja de papel con cuidado. Miró el tablero de la mesa, que estaba roto y manchado de cerveza y tinta, con el ceño fruncido.
—Por lo visto, esa criatura tiene muy mala reputación —comentó—. Pero me cuesta creer que sea tan peligroso como...
Bast miró a Cronista con incredulidad.
—Hierro y bilis —dijo en voz baja—. ¿Me tomas por un crío? ¿Crees que no sé distinguir una historia para contar alrededor de la hoguera de la verdad?
Cronista intentó aplacarlo con un ademán.
—No, yo no digo que...
Sin apartar los ojos de Cronista, Bast posó la mano ensangrentada sobre la mesa. La madera chirrió, y los tablones rotos volvieron a ponerse en su sitio con un crujido. Bast levantó la mano, y luego volvió a posarla sobre la mesa, y los oscuros hilillos de tinta y cerveza se retorcieron y formaron un cuervo negro que echó a volar y describió un círculo por la taberna.
Bast atrapó el cuervo con ambas manos y lo partió por la mitad sin esfuerzo aparente; lanzó los trozos al aire, donde explotaron convirtiéndose en grandes llamaradas de color sangre. Todo eso sucedió en un abrir y cerrar de ojos.

—Todo lo que tú sabes de los Fata cabría en un dedal —dijo Bast con voz monótona, mirando al escribano con gesto inexpresivo—. ¿Cómo te atreves a dudar de mí? No tienes ni idea de quién soy.
Cronista se quedó muy quieto, pero no desvió la mirada.
—Lo juro por mi lengua y por mis dientes —dijo Bast resueltamente—. Lo juro sobre las puertas de piedra. Te lo digo tres mil veces. No existe en mi mundo ni en el tuyo nada más peligroso que el Cthaeh.
—No hace falta, Bast —dijo Kvothe en voz baja—. Yo te creo.Bast se volvió y miró a Kvothe, y luego se hundió en la silla, abatido.
—Ojalá no me creyeras, Reshi.
Kvothe compuso una sonrisa ladeada.
—Entonces, si alguien conoce al Cthaeh, todas las decisiones que tome serán equivocadas.
Bast negó con la cabeza; tenía el rostro pálido y demacrado.
—Equivocadas no, Reshi: catastróficas. Iax habló con el Cthaeh antes de robar la luna, y eso desató la Guerra de la Creación. Lanre habló con el Cthaeh antes de organizar la traición de Myr Tariniel. La creación de los Sin Nombre. Los Scaendyne. Todos guardan relación con el Cthaeh.
El rostro de Kvothe perdió toda expresión.
—Vaya, pues se ve que estoy en compañía interesante, ¿no? —dijo con aspereza.
—Es más que eso, Reshi —replicó Bast—. En nuestras obras de teatro, si aparece el árbol del Cthaeh a lo lejos, en el telón de fondo, sabes que la historia se convertirá en una tragedia. Lo ponen para que el público sepa qué esperar. Para que sepa que al final todo saldrá mal.
Kvothe se quedó mirando a Bast.
—Venga, Bast —dijo en voz baja y con una sonrisa tierna y triste—. Ya sé qué clase de historia estoy contando. Esto no es ninguna comedia.
Bast lo miró con sus ojos hundidos y apagados.
—Pero Reshi… —Movió los labios tratando de buscar las palabras, pero fracasó.
El posadero pelirrojo abrió un brazo abarcando la taberna vacía.
—Esto es el final de la historia, Bast. Eso lo sabemos todos. —La voz de Kvothe era natural y despreocupada, como si estuviera describiendo el tiempo que había hecho el día anterior—. He vivido una vida interesante, y esta evocación tiene cierta dulzura. Pero…
Kvothe inspiró hondo y soltó el aire despacio.
—… pero esto no es ninguna historia galante. No es ninguna fábula donde los muertos regresan de la tumba. No es una epopeya enardecedora que pretende agitar la sangre. No. Todos sabemos qué clase de historia es.
Parecía que fuera a continuar, pero se limitó a pasear la mirada por la taberna vacía. En su rostro sereno no se apreciaba ni rastro de ira o amargura.
Bast le lanzó una mirada a Cronista, pero esa vez no había fuego en ella. Ni ira. Ni rabia, ni afán de dominio. Bast tenía una mirada desesperada, suplicante.
—Si todavía estás aquí, significa que no ha terminado —dijo Cronista—. Si todavía sigues vivo, no es una tragedia.
Bast asintió con la cabeza y volvió a clavar los ojos en Kvothe.
Kvothe los miró a los dos un. momento, sonrió y rió entre dientes.
—Ay —dijo con ternura—, qué jóvenes sois.

106 Regreso

Tardé tiempo en recuperarme de mi encuentro con el Cthaeh. Dormía mucho, pero de manera irregular, porque me acosaban constantemente unos sueños espantosos. Algunos eran muy reales e imposibles de olvidar. En ellos aparecían, sobre todo, mi madre, mi padre y mi troupe. Peor aún eran aquellos de los que despertaba llorando y sin poder recordar nada de lo que había soñado, con solo el pecho dolorido y en la cabeza un vació parecido al hueco ensangrentado que deja en la boca un diente faltante.
La primera vez que desperté así, Felurian estaba allí, velándome. La expresión dulce y preocupada de su rostro me hizo pensar que me murmuraría algo y me acariciaría el pelo, como había hecho Auri en mi habitación meses atrás.
Pero Felurian no hizo nada parecido.
«¿no te encuentras bien?», me preguntó.
No supe qué contestar. Los recuerdos, la confusión y el dolor me tenían aturdido. Como dudaba que pudiera hablar sin romper a llorar otra vez, me limité a negar con la cabeza.
Felurian se agachó y me besó en una comisura de los labios; se quedó mirándome y volvió a incorporarse. Luego fue al estanque y me trajo agua para beber en las manos ahuecadas.
Los días que siguieron, Felurian no me asedió con preguntas ni intentó sonsacarme información. De vez en cuando intentaba contarme historias, pero como no podía concentrarme, las encontraba más absurdas que nunca. Había partes que me hacían llorar a lágrima viva, aunque las historias en sí no fueran tristes.
Una vez desperté y descubrí que Felurian no estaba. Regresó horas más tarde con un extraño fruto verde, más grande que mi cabeza. Sonrió tímidamente y me lo ofreció, enseñándome cómo tenía quepelar la piel, fina y áspera, para llegar a la pulpa de color naranja. El fruto, carnoso, dulce y picante, se abrió en gajos.
Nos comimos los gajos en silencio, hasta que solo quedó el cuesco redondo, duro y resbaladizo. Era marrón oscuro, y tan grande que no podía encerrarlo en una mano. Con un ágil floreo, Felurian lo abrió golpeándolo contra una piedra, y me mostró que el interior estaba seco, como un fruto seco tostado. También nos lo comimos. Tenía un sabor raro y picante que recordaba vagamente al salmón ahumado.
Acurrucada dentro había la semilla, blancácomo el hueso y del tamaño de una canica. Felurian me la puso en la mano. Era dulce como el caramelo y ligeramente pegajosa.
Una vez me dejó solo durante horas interminables y volvió con dos pájaros marrones, uno en cada mano ahuecada. Eran más pequeños que gorriones, y tenían unos ojos asombrosos, de color verde hoja. Los puso a mi lado, sobre los almohadones, y cuando silbó, los pájaros empezaron a cantar. No entonaron trinos aislados, sino una canción en toda regla: cuatro estrofas con un estribillo en medio. Primero cantaron al unísono, y después a dos voces.
Una vez desperté y Felurian me dio de beber un líquido en una taza de cuero. Olía a violetas y no sabía a nada en absoluto, pero era transparente, y lo noté cálido y limpio en la boca, como si bebiera la luz del sol de verano.
Otra vez me puso en la mano una piedra lisa y roja. Estaba caliente. Al cabo de unas horas se abrió como un huevo revelando una especie de ardilla diminuta que parloteó, muy enojada, antes de huir corriendo.
Una vez desperté y Felurian no estaba a mi lado. Miré alrededor y la vi sentada al borde del agua, abrazándose las rodillas. Apenas oía la dulce melodía de sus silenciosos sollozos.
Dormía y despertaba. Felurian me dio un anillo hecho con una hoja, un racimo de bayas doradas, una flor que se abría y cerraba cuando la acariciabas...

Y una vez, al despertar sobresaltado con la cara húmeda y el pecho dolorido, Felurian estiró un brazo y puso una mano sobre la mía. Fue un gesto tan vacilante, y había tal ansiedad en su rostro, que cualquiera habría pensado que era la primera vez que tocaba a un hombre. Como si temiera que yo pudiera romperme, quemarme o morder. Posó un momento su mano, fría y suave como una palomilla, sobre la mía; me. dio un pequeño apretón, esperó y me soltó.
Aquello me extrañó. Pero la confusión y la pena me ofuscaban y me impedían pensar con claridad. Solo ahora, cuando pienso en ello, lo comprendo de verdad. Con toda la torpeza de una joven amante, Felurian intentaba consolarme, pero ni siquiera sabía por dónde empezar.
Pero el tiempo lo cura todo. Dejé de tener aquellos sueños. Recuperé el apetito. Estaba lo bastante lúcido para bromear un poco con Felurian. Poco después, me recompuse lo suficiente para coquetear. Cuando Felurian lo advirtió, su alivio era palpable, como si no pudiese relacionarse con alguien que no sintiera deseos de besarla.
Por último recuperé la curiosidad, el signo más infalible de que volvía a ser el de siempre.
«Todavía no te he preguntado qué ha pasado con el shaed», dije.
«¡está terminado!», exclamó Felurian, y su rostro se iluminó. Vi el orgullo reflejado en sus ojos. Me cogió una mano y me llevó hasta el borde del pabellón, «lo del hierro no fue nada fácil, pero ya está terminado.» Dio un paso adelante, pero se detuvo y me preguntó: «¿lo ves?».
Miré alrededor concienzudamente. Felurian me había enseñado qué tenía que buscar, pero aun así tardé un buen rato en detectar una sutil profundidad en las negras sombras de un árbol cercano. Estiré un brazo y cogí mi shaed de la oscuridad que lo ocultaba.
Felurian vino a mi lado, riendo como si yo acabara de ganar un juego. Se me colgó al cuello y me besó con el ímpetu de una docena de niños.
Hasta entonces, Felurian nunca me había dejado ponerme el shaed, y cuando me lo echó sobre los hombros desnudos me maravillé. Apenas pesaba, y era más suave que el más suntuoso terciopelo. Era como llevar puesta una brisa cálida, la misma brisa que me había acariciado en aquel rincón oscuro del bosque a donde Felurian me había llevado a recoger las sombras.
Quise acercarme a la laguna para verme reflejado en la superficie del agua, pero Felurian se abalanzó sobre mí. Me tiró al suelo, se sentó a horcajadas encima de mí, con el shaed extendido bajo nosotros como una gruesa manta. Felurian levantó los extremos y nos envolvió en él; entonces me besó en el pecho y en el cuello. Notaba su lengua caliente en la piel.
«así», me susurró al oído, «cada vez que tu shaed te envuelva, pensarás en mí. cuando el shaed te toque, pensarás que soy yo quien te toca.» Se frotó lentamente contra mí, recorriendo todo mi cuerpo desnudo con el suyo, «a través de cualquier otra mujer te acordarás de Felurian, y regresarás.»
Después de eso, supe que mi estancia en Fata estaba llegando a su fin. Las palabras del Cthaeh estaban clavadas en mi mente como abrojos, y me incitaban a regresar al mundo. Haber estado a un tiro de piedra del hombre que había matado a mis padres y no haberme dado cuenta me había dejado en la boca un sabor amargo que ni los besos de Felurian conseguían borrar. Y recordaba una y otra vez lo que el Cthaeh había dicho sobre Denna.
Al final desperté y supe que había llegado el momento. Me levanté, ordené mi macuto y me vestí por primera vez desde hacía una eternidad. Después de tanto tiempo, encontraba extraño el tacto de la ropa en la piel. ¿Cuánto tiempo llevaba allí? Me pasé los dedos por la barba, pero descarté esa idea. No tenía sentido hacer conjeturas, porque no tardaría mucho en saber la respuesta.
Me volví y vi a Felurian, con gesto triste, de pie en el centro del pabellón. Por un instante pensé que quizá protestara de mi partida, pero no lo hizo. Vino a mi lado y me ató el shaed

alrededor de los hombros, como una madre que abriga a su hijo para protegerlo del frío. Hasta las mariposas que la seguían parecían apenadas.
Me guió por el bosque durante horas hasta que llegamos ante un par de altos itinolitos. Me puso la capucha del shaed y me pidió que cerrara los ojos. Entonces me guió formando un pequeño círculo y sentí un cambio sutil en el aire. Cuando abrí los ojos, supe que aquel bosque no era el mismo por el que iba caminando unos momentos antes. La extraña tensión de la atmósfera había desaparecido. Aquello era el mundo de los mortales.
Me volví hacia Felurian.
—Mi señora —dije—. No tengo nada que darte antes de partir.
«solo la promesa de que regresarás», repuso ella con una voz suave como un pétalo de azucena, pero que contenía un susurro de advertencia.
Sonreí.
—Me refería a que no tengo nada que regalarte, señora.
«solo tus recuerdos.» Se acercó a mí.
Y Cerré los ojos y le dije adiós con pocas palabras y profusos besos.me marché. Me gustaría decir que no miré atrás, pero mentiría. La visión de Felurian casi me partió el corazón. Parecía tan menuda junto a los enormes itinolitos. Estuve a punto de retroceder para darle un último beso, para decirle un último adiós.
Pero sabía que si retrocedía no sería capaz de marcharme otra vez. No sé cómo lo hice, pero seguí caminando.
Cuando giré la cabeza por segunda vez, Felurian ya no estaba allí.

107 Fuego

Llegué a la posada La Buena Blanca mucho después de la puesta de sol. La luz de las lámparas henchía los enormes ventanales de la posada y había una docena de caballos amarrados fuera, mascando en sus morrales. La puerta, abierta, arrojaba un rectángulo sesgado de luz sobre la calle oscura.
Pero algo iba mal. No me llegaba el agradable y enardecedor clamor que debería haberse oído por la noche en una posada abarrotada. No se oía ni un susurro, ni una palabra. Preocupado, me acerqué un poco más. Por mi mente pasaban todos los cuentos de hadas que había oído. ¿Y si llevaba años lejos?¿Décadas?
¿O se trataba de un problema más vulgar? ¿Había más bandidos de los que nosotros creíamos? ¿Habían regresado al campamento y lo habían encontrado destruido, y entonces habían ido a Crosson a vengarse?
Me acerqué a un ventanal, me asomé y vi qué era lo que pasaba.
En la posada había cuarenta o cincuenta personas sentadas a las mesas, en bancos y de pie junto a la barra. Todas las miradas estaban fijas en la chimenea.
Marten estaba sentado en el escalón, dando un largo trago.
—No podía dejar de mirar —continuó—. No quería dejar de mirar. Entonces Kvothe se puso delante de mí, tapándomela, y durante un segundo me liberé de su hechizo. Estaba empapado de un sudor tan denso y tan frío que era como si me hubieran echado un cubo de agua por encima. Intenté retenerlo, pero él se soltó y corrió hacia ella. —Su rostro denotaba un profundo pesar.
—Y ¿por qué no se llevó también al Adem y al grandullón? —preguntó un hombre, con cara de halcón que estaba sentado cerca, en un rincón de la chimenea. Tamborileaba con los dedos sobre un maltrecho estuche de violín—. Si de verdad la hubierais visto, todos habríais corrido tras ella.
Un murmullo de aprobación recorrió la taberna.
Tempi, que estaba sentado en una mesa cercana, y al que detecté enseguida, pues llevaba la camisa de color rojo sangre, intervino diciendo:
—Cuando yo era pequeño, me entreno para tener control. —Levantó una mano y apretó con fuerza el puño para ilustrar sus palabras—. Herido. Hambriento. Sediento. Cansado. —Agitó el puño tras pronunciar cada una de esas palabras para expresar su dominio sobre ellas—. Mujeres. —En sus labios apareció un amago de sonrisa, y volvió a agitar el puño, pero sin la firmeza de las veces anteriores. Se oyeron risas—. Os digo esto. Si Kvothe no iba, quizá iba yo.
Marten asintió con la cabeza.
—Y nuestro otro amigo... —Carraspeó y apuntó al otro extremo de la estancia—. Hespe lo convenció para que se quedara.
Hubo más risas. Busqué con la mirada hasta dar con Dedan y Hespe. Me pareció que Dedan se esforzaba para no ruborizarse, pero sin mucho éxito. Hespe le puso una mano sobre la pierna con ademán posesivo y esbozó una sonrisa de satisfacción.
—Al día siguiente lo buscamos —prosiguió Marten, recuperando la atención del público—. Seguimos su rastro por el bosque. Encontramos su espada a medio kilómetro de la laguna. Debió de perderla con las prisas por alcanzarla. Su capa colgaba de una rama no lejos de allí.
Marten levantó la capa raída que yo le había comprado al calderero. Parecía que un perro rabioso se hubiera ensañado con ella.

—Estaba enganchada en una rama. Debió de deshacerse de ella para no perderla de vista. —Abstraído, frotó los bordes deshilacliados—. Si hubiera sido de una tela más resistente, quizá él estaría entre nosotros esta noche.
Sé reconocer el momento de salir a escena. Entré por la puerta y noté que todos se volvían a mirarme.
—He encontrado otra capa mejor —dije—. Hecha por la propia Felurian. Y también tengo una historia que contar. Una historia que podréis contar a los hijos de vuestros hijos. —Sonreí.
Hubo un momento de silencio, y luego una barahúnda cuando todos empezaron a hablar a la vez.
Mis compañeros se quedaron mirándome fijamente, atónitos. Dedan fue el primero en recuperarse, y tras venir hasta mí, me sorprendió abrazándome bruscamente, con un solo brazo. Entonces me fijé en que llevaba el otro entablillado.
—¿Te has metido en algún lío? —pregunté mirándole el brazo, mientras alrededor de nosotros crecía el alboroto.
Dedan negó con la cabeza.
—Hespe —resumió—. No le sentó muy bien que echara a correr detrás de aquella mujer feérica. Y me... convenció para que me quedara.
—¿Te rompió el brazo? —Recordé que antes de marcharme había visto a Hespe inmovilizándolo en el suelo.
Dedan agachó la cabeza.
—Bueno, digamos que se sentó encima mientras yo intentaba escabullirme. —Compuso una sonrisa un tanto tímida—. Supongo que podríamos afirmar que lo rompimos entre los dos.
Le di una palmada en el hombro bueno y me reí.
—Qué tierno. Francamente conmovedor. —Habría continuado, pero la taberna había quedado en silencio. Todos nos miraban. Me miraban a mí.
Viendo a aquel grupo de gente, de pronto me desorienté. ¿Cómo puedo explicar...?
Ya os he dicho que no sé cuánto tiempo pasé en Fata. Pero había sido mucho. Había vivido tanto tiempo allí que había dejado de parecerme un lugar extraño. Había acabado por sentirme cómodo.
De nuevo en el mundo de los mortales, aquella taberna abarrotada me resultaba extraña. Qué raro era estar bajo techo y no a la intemperie. Los bancos y las mesas de madera, de gruesos tablones, parecían bastos y rudimentarios. La luz de las lámparas tenía un brillo artificial que me hacía daño a la vista.
Durante una eternidad solo había tenido la compañía de Felurian, y, comparada con ella, las personas que me rodeaban parecía raras. Me llamaba la atención el blanco de sus ojos. Olían a sudor, a caballos y a hierro amargo. Tenían una voz dura y aguda, y sus posturas eran rígidas y torpes.
Pero con eso solo estoy describiendo la superficie. Me sentía fuera de lugar en mi propia piel. Me molestaba muchísimo la ropa, y nada me habría gustado más que estar cómodamente desnudo. Las botas eran como una prisión. En la larga caminata hasta la Buena Blanca, había tenido que combatir constantemente el impulso de quitármelas.Observando las caras que me rodeaban vi a una joven de no más de veinte años. Tenía un rostro dulce y los ojos azul claro. Sus labios parecían hechos para besar. Di un paso hacia ella, decidido a cogerla en brazos y...
Me paré en seco cuando empezaba a estirar un brazo para acariciarle el cuello, y sentí algo muy parecido al vértigo. Allí las cosas eran diferentes. Era evidente que el hombre que estaba sentado al lado de la joven era su marido. Eso era importante, ¿rio? Parecía un hecho muy impreciso y distante. ¿Por qué no estaba ya besando a aquella mujer? ¿Por qué no iba desnudo, no comía violetas ni tocaba el laúd a cielo abierto?

Volví a pasear la mirada por la taberna y todo aquello me pareció sumamente ridículo. Aquella gente sentada en los bancos, con capas y más capas de ropa, comiendo con cuchillo y tenedor. Lo encontraba todo absurdo y artificioso. Era increíblemente gracioso. Parecía que estuvieran jugando a un juego y ni siquiera se dieran cuenta. Era como un chiste que hasta entonces no había entendido.
Me reí. No fue una risa atronadora, ni especialmente larga, pero sí aguda y desenfrenada y llena de un placer extraño. No era una risa humana, y recorrió la muchedumbre como el viento entre el trigo. Los que estaban lo bastante cerca para oírla se rebulleron en los asientos; unos me miraron con curiosidad, y otros, con miedo. Algunos se estremecieron y evitaron cruzar conmigo la mirada.
Me chocó su reacción, y me esforcé para controlarme. Inspiré hondo y cerré los ojos. Superé aquel momento de extraña desorientación, aunque seguía notando las botas duras y pesadas.
Cuando volví a abrir los ojos, vi que Hespe me observaba. Con voz vacilante, me dijo:
—Pareces estar... bien, Kvothe.
—Sí —dije con una amplia sonrisa.
—Creíamos que te habías... perdido.
—Creíais que había desaparecido —la corregí con dulzura, y fui hacia la chimenea, donde Marten estaba de pie—. Que había muerto en brazos de Felurian, o que erraba por el bosque, loco y destrozado por el deseo. —Los miré alternadamente—. ¿No es así?
Noté todas las miradas puestas en mí y decidí sacar el máximo partido de la situación.
—¿Qué os creíais? Soy Kvothe. Soy Edena Ruh de nacimiento. He estudiado en la Universidad y puedo invocar al rayo como Táborlin el Grande. ¿De verdad pensasteis que Felurian me mataría?
—Pues sí —dijo una voz áspera desde el borde de la chimenea—. Si de verdad hubieras visto siquiera su sombra, estarías muerto.
Me volví y vi al violinista con cara de halcón.
—Disculpe, señor, ¿cómo dice?
—Deberías pedir disculpas a todos los que estamos aquí —me respondió con una voz cargada de desdén—. No sé qué esperas obtener de esto, pero no me creo que vierais a Felurian, no me creo nada.
—Hice algo más que verla, amigo mío —repliqué mirándolo a los ojos.
—Si fuera verdad, ahora estarías loe© o muerto. Y aunque admito que quizá estés loco, no será por culpa de ningún hechizo feérico. —Se oyeron risas—. Hace más de veinte años que nadie la ve. Los seres feéricos se marcharon de aquí, y tú no eres Táborlin, digan lo que digan tus amigos. Seguro que solo eres un narrador astuto que pretende labrarse un nombre.
Aquella afirmación se acercaba peligrosamente a la verdad, y vi que algunos de los presentes me observaban con escepticismo.
Antes de que yo pudiera decir nada, Dedan saltó:
—Entonces, ¿cómo explicas su barba? Cuando se marchó, hace tres noches, tenía la cara lisa como las nalgas de un recién nacido.
—Eso dices tú —replicó el violinista—. Pensaba callar aunque no me hubiera creído ni la mitad de lo que nos habíais contado sobre esos bandidos o de que vuestro amigo había invocado al rayo. Pero me dije: «Seguramente su amigo murió y quieren que la gente lo recuerde contándonos un par de historias portentosas».
Miró por encima de su nariz rota adonde estaba sentado Dedan.
—Pero la verdad es que habéis llegado demasiado lejos. No es muy sensato contar mentiras sobre los seres feéricos. No me gusta que vengan aquí unos forasteros y les llenen la cabeza de tonterías a mis amigos. Haced el favor de callaros. Ya os hemos oído bastante por esta

noche.
Cuando hubo terminado de hablar, el violinista abrió el maltrecho estuche que tenía a su lado y sacó su instrumento. Para entonces la atmósfera de la habitación se había vuelto vagamente hostil, y más de uno me miraba con resentimiento.
—Escúchame, so...—farfulló Dedan, furioso. Hespe dijo algo y trató de hacer que se sentara, pero Dedan la apartó—. No. No voy a permitir que me llamen mentiroso. Alveron nos envió aquí a dar escarmiento a esos bandidos. Y nosotros hicimos nuestro trabajo. No espero que me reciban con un desfile, pero tampoco pienso permitir
que me llamen mentiroso. Nosotros matamos a esos desgraciados.
Y después vimos a Felurian. Y Kvothe se marchó con ella.
Dedan recorrió la taberna con mirada agresiva, deteniéndose en el violinista.
—Esa es la verdad y lo juro por mi buena mano derecha. Si alguien quiere llamarme mentiroso, podemos resolverlo con los puños ahora mismo.
El violinista cogió su arco y miró a Dedan a los ojos. Tocó una nota chirriante.
—Mentiroso.
Dedan se lanzó hacia él mientras la gente apartaba las sillas y dejaba espacio para la pelea. El violinista se levantó despacio. Era más alto de lo que me había parecido; tenía el pelo corto y entrecano, y las cicatrices de los nudillos delataban que sabía defenderse con los puños.
Conseguí ponerme delante de Dedan y me incliné hacia él, hablándole al oído:
—¿Seguro que quieres pelear con el brazo roto? Si te lo retuerce, te pondrás a gritar y harás el ridículo delante de Hespe.
Noté que se relajaba un poco y lo empujé suavemente hacia su silla. Dedan se dejó llevar, pero no estaba nada contento.
—... algo aquí —oí decir a una mujer detrás de mí—. Si quieres pelearte con alguien, te lo llevas afuera y no te molestes en volver a entrar. No te pago para que te pelees con los clientes. ¿Me has oído?
—No te pongas así, Blanca —dijo el violinista para tranquilizar a la mujer—. Solo estaba mostrándole un poco los dientes. Ha sido él el que se ha ofendido. No puedes reprocharme que me ría de ellos con las historias que cuentan.
Me di la vuelta y vi al violinista dando explicaciones a una airada mujer de mediana edad. Era un palmo más baja que él, y tuvo que ponerse de puntillas para hincarle un dedo en el pecho.
Entonces fue cuando oí una voz a mi lado que exclamaba:
—Madre de Dios, Seb. ¿Has visto eso? ¡Mira! Se mueve sola.
—Estás borracho como una cuba. Solo es el viento.
—Esta noche no sopla viento. Se mueve sola. ¡Mira!
Era mi shaed, por supuesto. Varias personas más se habían fijado en que ondulaba suavemente, movido por una brisa inexistente. Me pareció un efecto bastante bonito, pero me di cuenta de que la gente se estaba alarmando. Una o dos personas alejaron sus sillas de mí, inquietas.Blanca tenía los ojos clavados en mi shaed, que seguía ondeando con suavidad; vino hacia mí y se paró enfrente.
—¿Qué es eso? —me preguntó con solo una pizca de miedo en la voz.
—Nada que deba preocuparla —respondí con tranquilidad, y le acerqué un pliegue para que lo examinara—. Es mi capa de sombra. Me la hizo Felurian.
El violinista dejó escapar un ruidito de desdén.
Blanca le lanzó una mirada fulminante y acarició mi capa tímidamente con una mano.
—Es muy suave —murmuró, y levantó la cabeza. Cuando nuestras miradas se encontraron, puso cara de sorpresa y exclamó—: ¡Pero si eres el chico de Losi!
Antes de poder preguntarle qué quería decir, oí otra voz de mujer que preguntaba:

—¿Qué pasa?
Me di la vuelta y vi a una camarera pelirroja que se acercaba hacia nosotros. Era la misma que me había hecho pasar tanta vergüenza en nuestra primera visita a la Buena Blanca.
—¡Es tu chico, aquel de la cara fina de hace tres ciclos! —dijo Blanca apuntándome con la barbilla—. ¿No te acuerdas de que me lo señalaste? Con la barba no lo había reconocido.
Losi se puso delante de mí. Unos rizos de un rojo intenso le acariciaban la piel pálida y desnuda de los hombros. Sus peligrosos ojos verdes recorrieron mi shaed y ascendieron lentamente hasta mi cara.
—Sí, es él —confirmó mirando de reojo a Blanca—. Con barba o sin ella.
Dio otro paso adelante, apretándose casi contra mí.
—Los chicos siempre se dejan barba para parecer más hombres. —Sus brillantes ojos color esmeralda se clavaron en los míos esperando verme sonrojarme y farfullar, tal como había hecho la vez anterior.
Pensé en todo lo que había aprendido con Felurian, y sentí que aquella risa extraña y salvaje volvía a brotar en mí. La reprimí lo mejor que pude, pero noté que daba volteretas dentro de mí cuando miré a la camarera a los ojos y sonreí.
Losi dio un paso atrás, asustada, y se puso colorada hasta las orejas.
Blanca vio que se tambaleaba y la sujetó.
—¿Qué te pasa, muchacha?
Losi desvió la mirada.—Míralo, Blanca. Míralo bien. Tiene un aire fata. Mírale los ojos.
Blanca escudriñó mi rostro, intrigada; entonces también ella se ruborizó un poco y cruzó los brazos ante el pecho, como si yo la hubiera visto desnuda.
—Señor misericordioso —dijo con un hilo de voz—. Entonces es todo cierto, ¿no?
—Hasta la última palabra —confirmé.
—¿Cómo lograste huir de ella? —me preguntó Blanca.
—¡Por favor, Blanca! —saltó el violinista, incrédulo—. No irás a creerte los cuentos de ese cachorro, ¿verdad?
Losi se dio la vuelta y, enfurecida, dijo:
—Se nota cuándo un hombre sabe tratar a una mujer, Ben Crayton. Ya sé que tú no entiendes de eso. Cuando este muchacho estuvo aquí hace un par de ciclos, me gustó su cara y pensé que no estaría mal retozar un poco con él. Pero cuando intenté camelármelo... —Dejó la frase inacabada, como si no encontrara las palabras.
—Ya me acuerdo —dijo un hombre que estaba junto a la barra—. Cómo me reí. Creí que iba a mearse encima. No pudo decirle ni una palabra.
El violinista encogió los hombros.
—¿Y qué? Después conoció a la hija de algún granjero. Eso no significa...
—Cállate, Ben —dijo Blanca con voz autoritaria pero serena—. Algo ha cambiado en él, y no tiene nada que ver con la barba. —Escudriñó mi cara—. Tienes razón, chica. Tiene un aire fata. —El violinista fue a decir algo más, pero Blanca lo fulminó con la mirada—. Cállate o lárgate. No quiero peleas aquí esta noche.
El violinista miró alrededor y comprobó que no tenía aliados. Colorado y enfurruñado, recogió su violín y salió de la taberna.
Losi volvió a acercarse a mí, recogiéndose el pelo.
—¿Era tan hermosa como dicen? —Alzó la barbilla, orgullosa—. ¿Más hermosa que yo?
Titubeé un momento, y luego dije en voz baja:
—Era Felurian, la más hermosa de todas. —Estiré un brazo para acariciarle un lado del cuello, donde su rojo cabello iniciaba la cascada de rizos; me incliné hacia delante y le susurré siete palabras al oído—: Pero a ella le faltaba tu fuego.
Y me amó por esas siete palabras, y su orgullo quedó a salvo.
—¿Cómo conseguiste huir? —me preguntó Blanca.

Recorrí la estancia con la mirada y noté que todos estaban pendientes de mí. Aquella salvaje risa fata volvió a cabriolear dentro de mí. Compuse una sonrisa perezosa. Mi shaed se infló. Fui hasta el centro de la estancia, me senté en el escalón de la chimenea y les conté la historia.

O mejor dicho: les conté una historia. Si les hubiera contado toda la verdad, no me habrían creído. ¿Que Felurian me había dejado marchar porque yo tenía una canción como rehén? Sencillamente, aquello no encajaba con el guión clásico.

Así pues, lo que les conté era más parecido a la historia que ellos esperaban oír. En esa versión, yo perseguía a Felurian hasta Fata. Nuestros cuerpos se enredaban y se amaban en el claro crepuscular. Luego, mientras descansábamos, yo le tocaba música ligera para hacerla reír, música misteriosa para fascinarla, música dulce para hacerla llorar.

Pero cuando intenté marcharme de Fata, ella no me dejó. Apreciaba demasiado mi... maestría.

Supongo que no debería andarme con remilgos. Insinué con bastante claridad que Felurian me valoraba mucho como amante. No puedo disculpar ese comportamiento; únicamente puedo decir que era un joven de dieciséis años, orgulloso de mis habilidades recién adquiridas y un poco jactancioso.

Les conté que Felurian había intentado retenerme en Fata, que habíamos mantenido un duelo mágico. Para esa parte copié un poco a Táborlin el Grande. Añadí fuego y rayos.

Al final vencí a Felurian, pero le perdoné la vida. Ella, agradecida, me tejió aquella capa feérica, me enseñó magias secretas y me regaló una hoja de plata como prenda de su favor.

La hoja de plata me la inventé, por supuesto. Pero si Felurian no me hubiera hecho tres regalos, no habría sido una historia como es debido.

En resumen, una buena historia. Y si bien no era del todo cierta... bueno, al menos contenía parte de verdad. Diré, en mi defensa, que habría podido prescindir por completo de la verdad y haberles contado una historia mucho mejor. Las mentiras son más fáciles, y casi siempre tienen más sentido.

Losi no dejó de mirarme durante mi relato, y me pareció que lo interpretaba todo como un desafío a la destreza de las mujeres mortales. Cuando terminé de contar mi historia, reivindicó su derecho sobre mí y me llevó a su habitación del último piso de la Buena Blanca. _ .

Aquella noche dormí muy poco, y Losi estuvo más cerca de matarme de lo que había estado Felurian jamás. Resultó una compañera deliciosa, tan maravillosa como Felurian.

Pero ¿cómo es posible?, os preguntaréis. ¿Cómo puede compararse una mujer mortal con Felurian?

Si lo pensáis en términos musicales, es más fácil entenderlo. A veces un hombre disfruta oyendo una sinfonía. Otras le apetece más una giga. Con el amor pasa lo mismo. Cierto tipo de amor resulta adecuado para los mullidos almohadones de un claro crepuscular. Otro resulta natural en el desorden de las sábanas de una cama estrecha en el último piso de una posada. Cada mujer es como un instrumento, y espera que la entiendan, la amen y la toquen con delicadeza, para por fin hacer sonar su verdadera música.

Habrá quien se ofenda con esta manera de ver las cosas, si no entiende cómo concibe la música un artista de troupe. Habrá quien piense que degrado a las mujeres. Habrá quien me considere insensible, grosero o zafio.

Pero esos no entienden el amor, ni la música, ni me entienden a mí.

108 Rápido

Pasamos unos días en la Buena Blanca, aprovechando la cálida acogida. Cada uno tenía su habitación y las comidas pagadas. Menos bandidos significaba caminos más seguros y más clientes, y Blanca sabía que nuestra presencia en la posada atraería a una clientela más nutrida que cualquier violinista.

A todos nos venían bien unos días de descanso; las comidas calientes y las camas blandas eran una bendición. Y podíamos aprovecharlo para curar nuestras heridas. A Hespe todavía no le había sanado del todo la de la flecha en la pierna, y Dedan llevaba el brazo entablillado. Yo ya me había recuperado de las heridas de la pelea con los bandidos, todas leves; pero tenía otras nuevas que se concentraban en mi espalda y consistían, básicamente, en arañazos.

Enseñé a Tempi los fundamentos del laúd, y él siguió enseñándome a pelear. Mi instrucción consistía en discusiones breves y escuetas relacionadas con el Lethani y largas y agotadoras sesiones de Ketan.

También compuse una canción sobre mi experiencia con Felurian. La titulé «Versado en el crepúsculo»; coincidiréis conmigo en que no era un título muy bueno. Por suerte, nunca llegó a cuajar, y hoy en día casi todos la conocen como «La canción medio cantada».

No era mi mejor obra, pero era pegadiza. A los clientes de la posada pareció que les gustaba, y el día que oí a Losi silbándola mientras servía las consumiciones supe que se extendería como un incendio en una veta de carbón.

Como seguían pidiéndome que les contara historias, compartí con ellos otros episodios interesantes de mi vida. Les conté cómo había conseguido que me admitieran en la Universidad con apenas quince años. Les conté cómo había obtenido acceso al Arcano en solo tres días. Les conté que había invocado el nombre del viento en un arranque de cólera después de que Ambrose me rompiera el laúd.

Por desgracia, la tercera noche me había quedado sin historias verídicas. Y como mi público seguía hambriento de más, robé una historia sobre Illien y me puse en su lugar, y de paso aderecé el personaje con unos cuantos detalles robados de Táborlin.

No me enorgullezco de lo que hice, y en mi defensa me gustaría decir que había bebido bastante. Además, había varias mujeres hermosas entre el público. Los ojos emocionados de una joven tienen algo poderosamente cautivador. Pueden arrancarle todo tipo de tonterías a un joven estúpido, y yo no fui la excepción a la regla.

Entretanto, Dedan y Hespe ocupaban ese pequeño mundo exclusivo que se crean para ellos los nuevos amantes. Daba gusto verlos. Dedan estaba más tranquilo, más amable. El semblante de Hespe perdió gran parte de su dureza. Pasaban mucho tiempo en su habitación. Recuperando horas de sueño, sin duda.

Marten flirteaba descaradamente con Blanca, bebía como para ahogar a un pez, y en general se divertía por tres.

Pasados tres días nos marchamos de la Buena Blanca, pues no queríamos agotar la hospitalidad que allí nos prodigaban. A mí no me importó irme, porque entre la instrucción con Tempi y las atenciones de Losi, estaba casi muerto de agotamiento.

El camino de regreso a Severen lo hicimos despacio, en parte porque nos preocupaba la pierna herida de Hespe, pero también porque sabíamos que pronto tendríamos que separarnos. Pese a que habíamos tenido nuestras diferencias, nos habíamos hecho amigos, y no es fácil dejar atrás esas cosas.

Las noticias de nuestras aventuras nos precedían en el camino, y cuando parábamos a

pernoctar, era fácil conseguir cama y cena, si no es que nos salían gratis.
Al tercer día de abandonar la Buena Blanca, nos encontramos a una pequeña troupe de artistas. No eran Edena Ruh, y estaban bastante apurados. Solo eran cuatro: un hombre mayor, dos jóvenes de unos veinte años y un niño de ocho o nueve. Estaban cargando su desvencijado carro cuando nosotros paramos para darle un respiro a la pierna de Hespe.
—Hola a los de la troupe —los saludé.
Nos miraron con cierta inquietud, pero se relajaron al ver el laúd que llevaba a la espalda.
—Hola al bardo.
Me reí y les estreché la mano.
—No, no soy bardo. Solo canto un poco.
—Es casi lo mismo —repuso el hombre mayor sonriéndome—. ¿Hacia dónde vais?
—De norte a sur. ¿Y vosotros?
Se relajaron aún más al saber que íbamos en otra dirección.
—De este a oeste —dijo.
—¿Cómo os van las cosas?
—Ultimamente bastante mal —repuso encogiéndose de hombros—. Pero nos han dicho que a dos días de aquí vive una tal lady Gres. Dicen que no rechaza a nadie capaz de tocar un poco el violín o representar una pantomima. Confiamos en poder ganarnos un penique o dos.
—Nos iba mejor cuando teníamos el oso —terció uno de los jóvenes—. La gente pagaba gustosamente para ver una pelea con un oso.
—Enfermó por una mordedura de perro —me explicó el otro joven—. Murió hace casi un año.
—Qué lástima —dije—. No es fácil conseguir un oso. —Ellos asintieron con la cabeza en silencio—. Tengo una canción nueva para vosotros. ¿Qué me dais a cambio?
El hombre me miró con recelo.
—Bueno, que sea nueva para ti no significa que lo sea para nosotros —expuso—. Y que sea nueva no significa que sea buena, no sé si me explico.
—Júzgalo tú mismo —dije, y saqué mi laúd del estuche.
La había compuesto procurando que fuera pegadiza y fácil de cantar, pero aun así tuve que repetirla dos veces para que se le quedara grabada. Como ya he dicho, no eran Edena Ruh.
—No está nada mal —admitió a regañadientes—. A cualquiera le gusta oír una canción sobre Felurian, pero no sé qué podemos darte a cambio.
—Yo me he inventado una estrofa de «Calderero, curtidor» —intervino el niño.
Los otros intentaron hacerle callar, pero yo sonreí.
—Me encantaría oírla.

El niño llenó los pulmones y cantó con voz aflautada:En una ocasión, a la orilla del río, a la hija de un granjero sorprendí, mientras se bañaba.
Dijo que no le gustaba
que un hombre la mirara
y se enjabonó de nuevo con gran poderío.

Me reí.
—Está muy bien —lo felicité—. Pero a ver qué te parece esta versión:

En una ocasión, a la orilla del río, a la hija de un granjero sorprendí.
Me confesó con brío que limpia no se sentía si en el baño alguien la descubría, y

se lavó de nuevo con frenesí.

El niño se quedó pensando.
—Me gusta más la mía —concluyó.
Le di una palmada en la espalda.
—Así me gusta. Hay que creer en uno mismo. —Me volví hacia el jefe de la pequeña troupe —. ¿Alguna novedad?
Caviló un poco y dijo:
—Unos bandidos hacia el norte, en el Eld.
Asentí.
—He oído que ya los han echado.
Pensó un poco más.
—Dicen que Alveron se casa con la Lackless.
—¡Yo sé un poema sobre los Lackless! —saltó el niño, y empezó—:

Siete cosas hay delante
de la entrada de los Lackless...

—Cállate. —El hombre le dio un coscorrón al niño y me miró como disculpándose—. El chico tiene buen oído, pero muy malos modales.
—La verdad es que me encantaría oírlo —dije.
El hombre mayor encogió los hombros y soltó al chico, que lo miró con rabia antes de empezar a recitar:

Siete cosas hay delante de la entrada de los Lackless.
Una es un anillo que no se ha usado; otra, una palabra que se ha invalidado; otra, un momento que no sea tarde; otra, una vela que no arde; otra, un hijo que con la sangre viene; otra, una puerta que la riada contiene; otra, algo custodiado celosamente.

Y entonces llega lo que le sobreviene al durmiente.
—Es uno de esos acertijos en verso —dijo el padre para disculparse—. No sé dónde los oye, pero no debería ir por ahí repitiendo todas las canciones subidas de tono que oye.
—¿Dónde lo has oído? —pregunté.
El niño pensó un momento; encogió los hombros y empezó a rascarse detrás de la rodilla.
—No sé. A otros niños.
—Tenemos que irnos —dijo el hombre alzando la vista al cielo. Metí la mano en mi bolsa y le tendí un noble de plata—. ¿Qué es esto? —me preguntó mirándolo con desconfianza.
—Es para ayudarte a comprar otro oso —dije—. Yo también he pasado momentos difíciles, pero ahora me van mejor las cosas.
Me dieron las gracias efusivamente y se marcharon. Pobre gente. Ninguna troupe Ruh que se precie se rebajaría a las peleas con osos. Era un espectáculo que no exigía ninguna habilidad y del que nadie se enorgullecería.
Pero no podía reprocharles que no tuvieran sangre Ruh, y los artistas de troupe tenemos que velar unos por otros. Nadie más lo hará.
Durante el día, mientras recorríamos el camino, Tempi y yo hablábamos del Lethani, y por la noche practicábamos el Ketan. Ya no lo encontraba tan difícil, y a veces llegaba hasta Atrapar la Lluvia antes de que Tempi detectara algún error minúsculo y me hiciera volver a

empezar.
Un día él y yo encontramos un lugar medio escondido junto a la posada donde habíamos parado a pasar la noche. Dedan, Hespe y Marten estaban dentro bebiendo. Me puse a practicar concienzudamente el Ketan mientras Tempi, sentado con la espalda apoyada en el tronco de un árbol, practicaba con tesón un sencillo ejercicio de digitación que le había enseñado. Una y otra vez. Una y otra vez.
Acababa de terminar Círculo con las Manos cuando detecté un leve movimiento con el rabillo del ojo. No me paré, pues Tempi me había enseñado a evitar las distracciones mientras realizaba el Ketan. Si giraba la cabeza para mirar, tendría que volver a empezar. Moviéndome con una lentitud dolorosa, empecé Danza hacia Atrás. Pero nada más colocar el talón, noté que me faltaba equilibrio. Pensé que Tempi me llamaría la atención, pero no lo hizo.
Interrumpí el ejercicio, me di la vuelta y vi a un grupo de cuatro mercenarios Adem caminando hacia nosotros con soltura. Tempi ya se había levantado e iba hacia ellos. Había guardado mi laúd en el estuche y lo había dejado apoyado contra el tronco del árbol.
Los cinco formaron un corro, tan cerca unos de otros que sus hombros casi se tocaban. Tan cerca que no oía ni el más leve susurro de lo que decían ni les veía las manos. Pero por el ángulo que formaban los hombros de Tempi deduje que se sentía incómodo y que estaba a la defensiva.
Sabía que si llamaba a Tempi desde lejos lo considerarían grosero, así que me acerqué. Pero antes de acercarme lo suficiente para oír lo que decían, uno de los mercenarios estiró un brazo y me empujó apretándome con firmeza con los dedos extendidos en el centro del pecho.
Sin pensar, hice Romper León, agarrándole el pulgar y apartándole la muñeca. El mercenario soltó la mano sin esfuerzo aparente y trató de derribarme con Piedra que Persigue. Hice Danza hacia Atrás y esa vez me equilibré bien, pero él me golpeó en la sien con la otra mano, no lo bastante fuerte para hacerme daño, pero sí para dejarme aturdido un segundo.
Me hirió en el orgullo. Fue el mismo tipo de golpe que me daba Tempi para reprenderme en silencio cuando no realizaba bien el Ketan.
—Rápido—dijo el mercenario en voz baja, en atur.
Al oír su voz me di cuenta de que era una mujer. No es que fuera especialmente masculina, sino sencillamente que se parecía mucho a Tempi. Tenía el mismo cabello rubio rojizo, los ojos gris pálido, la expresión serena y la ropa de color rojo sangre. Era un poco más alta que Tempi, y tenía los hombros más anchos. Pero si bien era delgada como un junco, la ceñida ropa de mercenario revelaba las curvas de las caderas y los pechos.Me fijé más y enseguida vi que tres de los cuatro mercenarios eran mujeres. La de los hombros anchos que estaba enfrente de mí tenía una fina cicatriz que le atravesaba la ceja y otra en el mentón. Eran unas cicatrices pálidas y plateadas como las que Tempi tenía en los brazos y en el pecho. Y aunque no eran desagradables, daban a su rostro inexpresivo un aire extrañamente adusto.
«Rápido», había dicho. A primera vista parecía un cumplido, pero he sido objeto de demasiados escarnios en mi vida, y sé reconocerlos sea en el idioma que sea.
Por si no me hubiera quedado claro, llevó la mano derecha hacia atrás y la apoyó en la parte baja de la espalda con la palma hacia fuera. Pese a mi rudimentario conocimiento del lenguaje de signos adem, supe qué quería decir eso. Había puesto la mano tan lejos como podía del puño de la espada. Al mismo tiempo, me enseñó el hombro y desvió la mirada. No me estaba declarando sencillamente inofensivo, sino que estaba haciendo un signo de un desdén insultante.
Me controlé para mantenerme impertérrito, pues sabía que cualquier expresión que se reflejara en mi cara solo conseguiría empeorar aún más la opinión que aquella Adem

pudiera tener de mí.
Tempi señaló hacia el sitio donde yo estaba cuando habían llegado los Adem.
—Vete —dijo. Serio. Formal.
Obedecí de mala gana, pues no quería montar una escena.
Los Adem permanecieron de pie, formando un corro, durante un cuarto de hora mientras yo practicaba el Ketan. Aunque no oí ni un solo susurro de su conversación, era evidente que estaban discutiendo. Sus ademanes eran bruscos y marcados, y la forma de poner los pies revelaba agresividad.
Al final, los cuatro desconocidos se marcharon hacia el camino. Tempi vino donde estaba yo intentando realizar Trillar el Trigo.
—Demasiado amplio. —Irritación. Me dio unos golpecitos en la pierna de atrás y me empujó por el hombro para demostrar que me faltaba equilibrio.
Moví un pie y volví a intentarlo.
—¿Quiénes eran, Tempi?
—Adem —contestó él, y volvió a sentarse al pie del árbol.
—¿Los conoces?
—Sí. —Tempi miró alrededor y sacó el laúd del estuche. Con las manos ocupadas, su mudez se acentuaba.
Seguí practicando el Ketan, porque sabía que intentar sonsacarle respuestas sería como arrancarle los dientes.
Transcurrieron dos horas y el sol empezó a descender detrás de los árboles.
—Mañana me voy —dijo Tempi. Como tenía las dos manos en el laúd, tuve que imaginarme su estado de ánimo.
—¿Adonde?
—A Haert. A Shehyn.
—¿Qué son, ciudades?
—Haert es ciudad. Shehyn es mi maestra.
Yo llevaba un rato pensando en qué podía haber pasado.
—¿Vas a tener problemas por haberme enseñado?
Tempi dejó el laúd en el estuche y cerró la tapa.
—Quizá. —Sí.
—¿Está prohibido?
—Está muy prohibido —me contestó.
Se levantó y empezó a realizar el Ketan. Yo lo seguí, y estuvimos callados un rato.
—¿Muchos problemas? —pregunté al final.
—Muchos problemas —dijo él, y detecté un deje de emoción poco habitual en su voz: ansiedad—. Quizá no fue muy sabio.
Seguimos moviéndonos con la lentitud del sol poniente.
Pensé en lo que había dicho el Cthaeh. El único dato potencialmente útil de toda nuestra conversación. «Te reías de las hadas hasta que viste una. No me extraña que todos tus vecinos civilizados también desechen la existencia de los Chandrian. Tendrías que dejar muy lejos tus preciosos rincones para encontrar a alguien dispuesto a tomarte en serio. No tendrías ninguna esperanza hasta que llegaras a la sierra de Borrasca.»
Felurian me había asegurado que el Cthaeh solo decía la verdad.
—¿Podría acompañarte?—pregunté.
—¿Acompañarme? —dijo Tempi mientras sus manos describían un elegante círculo pensado para romper los huesos largos del brazo.
—Viajar contigo. Seguirte. Hasta Haert.
—Sí.
—¿Te ayudaría a solucionar tus problemas?

—Sí.
—Iré contigo.
—Gracias.

109 Bárbaros y locos

Sinceramente, nada deseaba más que volver a Severen. Quería dormir en una cama limpia y mullida y aprovechar el favor del maer mientras todavía gozaba de él. Quería encontrar a Denna y árreglar las cosas entre nosotros.
Pero Tempi se había metido en problemas por enseñarme. No podía largarme y dejar que él se enfrentara solo. Es más, el Cthaeh me había dicho que Denna ya se había marchado de Severen. Aunque en realidad yo no necesitaba que ningún oráculo feérico me dijera eso. Yo llevaba un mes fuera, y Denna nunca se quedaba mucho tiempo en el mismo sitio.
De modo que a la mañana siguiente nuestro grupo se dividió. Dedan, Hespe y Marten se dirigirían hacia el sur, a Severen; informarían al maer y recogerían su paga. Tempi y yo iríamos hacia el nordeste, hacia la sierra de Borrasca y hacia Ademre.
—¿Seguro que no quieres que le lleve la caja? —me preguntó Dedan por quinta vez.
—Prometí al maer que le devolvería el dinero personalmente —mentí—. Pero sí necesito que le entregues esto. —Le tendí una carta que había escrito la noche anterior—. Aquí le explico por qué tuve que nombrarte jefe del grupo. —Sonreí—. Quizá recibas una bonificación por ello.
Dedan se hinchó de orgullo y cogió la carta.
Marten, que estaba cerca, hizo un ruido que podía interpretarse como una tos.
Por el trayecto conseguí sonsacarle a Tempi algunos detalles. Al final me enteré de que lo tradicional era que alguien de su estatus social obtuviera permiso antes de tomar a un pupilo.
Lo que complicaba más el asunto era que yo fuera forastero. Un bárbaro. Por lo visto, al enseñar a una persona como yo, Tempi había hecho algo más que violar una tradición. Había traicionado la confianza de su maestra y de su gente.
—¿Habrá un juicio o algo parecido? —le pregunté.
—Ningún juicio. Shehyn me hará preguntas. Yo diré: veo en Kvothe buen hierro esperando. Él es del Lethani. Necesita que el Lethani lo guíe. —Me apuntó con la barbilla—. Shehyn te preguntará del Lethani para saber si yo he visto bien. Shehyn decidirá si eres hierro que vale la pena golpear. —Describió un círculo con una mano, haciendo el signo de inquietud.
—Y ¿qué pasará si no lo soy? —pregunté.
—¿A ti? —Inseguridad—. ¿A mí? Me cortarán.
—¿Te cortarán? —pregunté. Confiaba en haberlo entendido mal.
Tempi levantó una mano y agitó los dedos.
—Adem. —Apretó el puño y lo agitó—. Ademre. —Abrió la mano y se tocó el dedo meñique —. Tempi. —Se tocó los otros dedos—. Amigo. Hermano. Madre. —Se tocó el pulgar—. Shehyn. —Entonces hizo como si se cortara el dedo meñique y lo tirara—. Me cortarán.
No lo matarían, pero lo exiliarían. Empecé a respirar más tranquilo hasta que me fijé en los ojos pálidos de Tempi. Por un instante vi una grieta en su máscara plácida y perfecta, y detrás vislumbré la verdad. La muerte habría sido un castigo más amable que el exilio. Tempi estaba aterrado. Nunca había visto a nadie tan asustado.
Acordamos que lo más conveniente era que me pusiera por completo en manos de Tempi durante el viaje a Haert. Contaba con quince días aproximadamente para pulir lo que había aprendido hasta hacerlo brillar. Confiaba en poder causar una buena impresión a los superiores de Tempi cuando me presentara ante ellos.
El primer día, antes de empezar, Tempi me ordenó que guardara el shaed. Obedecí a regañadientes. Lo doblé hasta formar un bulto asombrosamente pequeño que apenas

ocupaba sitio en mi macuto.
Tempi marcó un ritmo extenuante. Primero practicamos juntos aquellos ejercicios de calentamiento que tantas veces le había visto ejecutar. Entonces, en lugar de caminar a buen paso, como solíamos hacer, corrimos durante una hora. Luego realizamos el Ketan y Tempi corrigió mis innumerables errores. Luego recorrimos dos kilómetros a pie.
Por último nos sentamos y hablamos del Lethani. El hecho de que esas discusiones fueran en adémico no facilitaba las cosas, pero convinimos que debía hacer una inmersión en ese idioma para que cuando llegáramos a Haert pudiera hablar como una persona civilizada.
—¿Cuál es el propósito del Lethani? —me preguntó Tempi.
—¿Damos un camino que seguir? —contesté.
—No —repuso Tempi severamente—. El Lethani no es un camino.
—¿Cuál es el propósito del Lethani, Tempi?
—Guiarnos en nuestras acciones. ‘Si sigues el Lethani actúas correctamente.
—¿No es un camino?
—No. El Lethani es lo que nos ayuda a escoger un camino.
Entonces volvíamos a empezar el ciclo. Correr una hora, realizar el Ketan, andár dos kilómetros, hablar del Lethani. Eso nos llevaba cerca de dos horas, y una vez terminada nuestra breve charla, volvíamos empezar.
En una ocasión, durante la charla del Lethani, empecé a hacer el signo de atenuar. Pero Tempi puso una mano encima de la mía, impidiéndomelo.
—Cuando estamos hablando del Lethani no debes hacer eso. —Con la mano izquierda hizo rápidamente emoción, negación y varios signos más que no reconocí.
—¿Por qué?
Tempi se quedó pensando un momento.
—Cuando hablas del Lethani, no debe salir de aquí. —Me dio unos golpecitos en la cabeza—. Ni de aquí. —Me dio unos golpecitos en el pecho, sobre el corazón, y deslizó los dedos hasta mi mano izquierda—. El verdadero conocimiento del Lethani vive más hondo. Vive aquí. —Me hincó dos dedos en el vientre, bajo el ombligo—. Debes hablar desde aquí, sin pensar.
Poco a poco fui comprendiendo las normas tácitas de nuestras discusiones. No solo tenían que servir para enseñarme el Lethani, sino que también tenían que revelar hasta qué punto tenía enraizado mi conocimiento del Lethani.
En consecuencia, tenía que contestar las preguntas deprisa, sin aquellas pausas solemnes que caracterizaban las conversaciones adámicas. No tenía que dar una respuesta muy meditada, sino una respuesta ferviente. Si de verdad entendía el Lethani, ese conocimiento se reflejaría, en mis respuestas.Correr. Ketan. Andar. Discutir. Completamos el ciclo tres veces antes de la pausa del mediodía. Seis horas. Yo estaba cubierto de sudor y casi convencido de que iba a morirme. Tras una hora para descansar y comer, nos pusimos de nuevo en camino. Completamos otros tres ciclos antes de parar a pernoctar.
Montamos el campamento junto al camino. Me comí la cena medio dormido, extendí mi manta y me envolví en el shaed. Con lo agotado que estaba, me pareció blando y caliente como un edredón de plumas.
Tempi me despertó en plena noche. Pese a que una parte de mí, la más animal, lo odió profundamente, nada más moverme comprendí que era necesario. Tenía el cuerpo rígido y dolorido, pero los movimientos lentos y familiares del Ketan me ayudaron a aflojar los apretados músculos. Tempi me hizo estirarme y beber agua, y luego dormí como un tronco el resto de la noche.
El segundo día fue peor. Aunque llevaba el laúd bien atado a la espalda, empezó a convertirse en una carga insoportable. La espada que ni siquiera sabía utilizar me colgaba de la cadera. El macuto pesaba como una piedra de molino, y me arrepentí de no haber dejado que Dedan se llevara la caja del maer. Mis músculos entumecidos no me obedecían,

y cuando corríamos me ardía el pecho.
Los momentos en que Tempi y yo hablábamos del Lethani eran los únicos de verdadero descanso, pero eran lamentablemente breves. El agotamiento hacía que mi mente se descontrolara, y tenía que emplear toda mi concentración para poner en orden mis ideas e intentar dar respuestas adecuadas. Sin embargo, mis respuestas no hacían más que irritar a Tempi. Sacudía la cabeza una y otra vez y me explicaba en qué me equivocaba.
Al final me rendí. Estaba tan cansado que ya no me importaba, así que dejé de poner mis extenuados pensamientos en orden y me limité a disfrutar unos minutos con el simple hecho de estar allí sentado. Estaba tan cansado que la mitad de las veces ni siquiera recordaba qué había dicho, pero, sorprendentemente, a Tempi le gustaron más esas respuestas. Fue una bendición. Como mis respuestas le gustaban, la discusión se prolongaba más, y así podía descansar más rato.
El tercer día me encontraba bastante mejor. Ya no tenía el cuerpo tan dolorido y respiraba con más facilidad. Tenía la cabeza despejada, como una hoja que flota arrastrada por el viento. En ese estado de ánimo, las respuestas a las preguntas de Tempi salían de mis labios fácilmente, como los versos de una canción.
Correr. Ketan. Andar. Discutir. Tres ciclos. Y entonces, mientras realizábamos el Ketan en el margen del camino, me derrumbé.
Tempi me vigilaba atentamente y me sujetó antes de que cayera al suelo. Durante unos minutos todo daba vueltas, hasta que comprendí que estaba a la sombra de un árbol a un lado del camino. Tempi debía de haberme llevado hasta allí.
—Bebe —me dijo acercándome el odre de agua.
El agua no era lo que más me apetecía en ese momento, pero di un trago.
—Lo siento, Tempi.
Tempi negó con la cabeza.
—Llegaste lejos antes de caer. No te quejaste. Demostraste que tu mente es más fuerte que tu cuerpo. Eso está bien. Cuando la mente controla el cuerpo, eso es del Lethani. Pero saber dónde está tu límite también es del Lethani. Es mejor parar cuando debes que correr hasta caerte.
—A menos que caer sea lo que exige el Lethani —dije sin pensar. Todavía notaba la cabeza ligera como una hoja al viento.
Tempi compuso una sonrisa, algo extraordinario en él.
—Sí. Empiezas a ver.
Le devolví la sonrisa y dije:
—Tu atur está mejorando mucho, Tempi.
Tempi parpadeó. Preocupado.
—Estamos hablando en mi idioma, no en el tuyo.
—Yo no estoy hablando... —protesté, pero al mismo tiempo escuché las palabras que estaba diciendo. Sceopa teyas. Sentí un breve mareo.
—Bebe otra vez —dijo Tempi, y aunque controlaba su voz y la expresión de su semblante, me di cuenta de que estaba intranquilo.
Di otro sorbo para tranquilizarlo. Y entonces, como si de pronto mi cuerpo comprendiera que necesitaba el agua, me entró mucha sed y eché varios tragos largos. Paré antes de beber demasiado y que empezaran a darme retortijones. Tempi asintió con la cabeza, aprobación.
—¿Y hablo bien? —dije para no pensar en la sed.
—Hablas bien para un niño. Muy bien para un bárbaro.
—¿Solo bien? ¿Pronuncio mal las palabras?
—Contactas demasiado a los ojos. —Abrió mucho los suyos y los fijó exageradamente en los míos, sin parpadear—Además, tus palabras están bien, pero son simples.

—Entonces tienes que enseñarme más palabras.
Negó con la cabeza. Serio.
—Ya sabes demasiadas palabras.
—¿Demasiadas? Tempi, sé muy pocas.
—No son las palabras, es su uso. En Ademre hablar es un arte. Hay quienes pueden decir muchas cosas con una sola cosa. Mi Shehyn. Dicen una cosa con una sola sílaba y los demás le encuentran significado durante un año. —Ligero reproche—. Muchas veces tú dices más de lo que necesitas. No debes hablar en adémico como cantas en atur. Cien palabras para elogiar a una mujer. Demasiadas. Nuestra lengua es más pequeña.
—Y cuando conozca a una mujer, ¿debo limitarme a decir «eres hermosa»?
—No. Debes limitarte a decir «hermosa», y dejar que la mujer decida qué más querías decir.
—¿Eso no es...? —No sabía decir «vago» ni «impreciso», y tuve que empezar de nuevo para hacerme entender—. ¿Eso no lleva a confusión?
—Lleva a seriedad —repuso Tempi con firmeza—. Es delicado. Ese debería ser siempre nuestro propósito al hablar. Hablar demasiado... —Sacudió la cabeza. Desaprobación—. Es... —Se atascó buscando una palabra.
—¿Grosero?
Negación. Frustración.
—Voy a Severen, y hay personas que huelen mal. Hay personas que no. Todas son personas, pero las que no huelen mal son personas de calidad. —Me golpeó en el pecho con dos dedos —. Tú no eres un cabrero. Eres un discípulo del Lethani. Mi discípulo. Debes hablar como una persona de calidad.
—Pero ¿y la claridad? ¿Y si estás construyendo un puente? Para eso necesitas muchas piezas. Debes llamarlas todas con claridad.
—Por supuesto —concedió Tempi. Acuerdo—. A veces. Pero en la mayoría de las cosas, en las cosas importantes, lo delicado es mejor. Lo pequeño es mejor.
Estiró un brazo y me agarró fuertemente por el hombro. Entonces me miró a los ojos y me sostuvo brevemente la mirada, algo muy raro en él. Compuso un amago de sonrisa.
—Orgulloso —dijo.
El resto del día lo pasé recuperándome. Caminábamos unos kilómetros, realizábamos el Ketan, hablábamos del Lethani y volvíamos a caminar. Esa noche paramos en una posada junto al camino; comí por tres y me derrumbé en la cama antes de que se ocultara el sol.
Al día siguiente retomamos los ciclos, pero solo hicimos dos antes de mediodía y dos después. Me ardía y me dolía todo el cuerpo, pero ya no deliraba de agotamiento. Por suerte, con un poco de esfuerzo mental conseguí recuperar aquella extraña lucidez anticipatoria que había utilizado para contestar las preguntas de Tempi el día anterior.
Al cabo de un par de días empecé a pensar en aquel extraño estado mental como la Hoja que Gira.
Era como un pariente lejano del Corazón de Piedra, el ejercicio mental que había aprendido mucho tiempo atrás. Dicho eso, el parecido entre ambas cosas era muy pequeño. El Corazón de Piedra era práctico: me despojaba de toda emoción, me concentraba y me permitía dividir más fácilmente mi mente en varias partes o mantener el importantísimo Alar.
En cambio, la Hoja que Gira parecía ineficaz. Era relajante dejar que mi mente se vaciara y se despejara, y que fuese flotando y dando tumbos de una cosa a otra. Pero aparte de ayudarme a contestar las preguntas de Tempi sin pensar, no parecía que tuviera ningún valor práctico. Era el equivalente mental a un truco de cartas.
Cuando llevábamos ocho días en el camino, dejó de dolerme continuamente el cuerpo. Fue entonces cuando Tempi añadió un nuevo elemento. Después de realizar el Ketan, peleábamos. Era duro, porque entonces era cuando estaba más cansado. Pero después de

pelear siempre nos sentábamos, descansábamos y hablábamos del Lethani.
—¿Por qué sonreías hoy mientras peleábamos? —me preguntó Tempi.
—Porque estaba contento.
—¿Te gustaba pelear?
—Sí.
—Eso no es del Lethani —dijo Tempi muy contrariado.
Me pensé bien la siguiente pregunta:
—¿Un hombre debe disfrutar con la pelea?
—No. Disfrutas actuando correctamente y siguiendo el Lethani.
—¿Y si para seguir el Lethani tengo que pelear? ¿No debo disfrutar entonces?
—No. Debes disfrutar siguiendo el Lethani. Si peleas bien, debes estar orgulloso de hacer bien una cosa. Por la pelea en sí únicamente debes sentir deber y pena. Solo los bárbaros y los locos disfrutan con el combate. El que ama la pelea en sí ha dejado atrás el Lethani.
El undécimo día Tempi me enseñó a incorporar la espada en el Ketan. Lo primero que aprendí fue cómo llega a pesar la espada cuando la sostienes con el brazo extendido.
Entre las peleas y la adición de la. espada, cada ciclo nos llevaba casi dos horas y media. Sin embargo, manteníamos el programa todos los días. Tres ciclos antes de mediodía, tres ciclos después. En total, quince horas. Notaba que mi cuerpo se endurecía y se volvía rápido y ágil como el de Tempi.
Corríamos, y yo aprendía, y Haert cada vez estaba más cerca.

110 Belleza y ramas

Por el trayecto no nos entreteníamos mucho en los pueblos, y solo parábamos el tiempo necesario para comer y beber. El paisaje era una mancha borrosa. Yo estaba concentrado en el Ketan, el Lethani y la lengua que estaba aprendiendo.

Llegamos a las estribaciones de la sierra de Borrasca y el camino se estrechó. El terreno era rocoso e irregular, y el camino culebreaba esquivando valles profundos, riscos y lechos rocosos. La atmósfera cambió, y se tornó sorprendentemente fría para ser verano.

Concluimos el viaje en quince días. Según mis cálculos, habíamos recorrido casi quinientos kilómetros.

Haert era el primer pueblo adem que yo veía, y mi inexperta mirada no le encontró ningún parecido con un pueblo. No había calle principal flanqueada por casas y tiendas. Los pocos edificios que vi estaban muy separados, tenían formas inauditas y se integraban plenamente en el terreno, como si procuraran pasar desapercibidos.

No sabía que las fuertes tormentas que daban nombre a aquella cordillera fueran tan frecuentes allí. Los vendavales que las acompañaban, repentinos y cambiantes, habrían destrozado cualquier edificio elevado y anguloso como las casas de madera cuadradas típicas de las tierras más bajas.

Los Adem, en cambio, edificaban con tino, ocultando sus edificios de los fenómenos meteorológicos. Las casas estaban construidas en el interior de las laderas, o hacia el exterior junto a las caras de sotavento de precipicios protectores. Algunas estaban excavadas en el suelo. Otras, labradas en las paredes de piedra de los riscos. Algunas apenas las veías a menos que las tuvieras justo delante.

La excepción era un grupo de edificios bajos de piedra, apiñados y un poco apartados del camino.

Nos detuvimos frente al mayor de esos edificios. Tempi se volvió hacia mí y tiró con nerviosismo de las correas de cuero que le ceñían la camisa de mercenario a los brazos.

—Debo ir a presentarme ante Shehyn. Puedo tardar. —Ansiedad. Pesar—. Tú debes esperar aquí. Quizá mucho. —Su lenguaje corporal me revelaba más que sus palabras. No puedes entrar conmigo, eres un bárbaro.

—Te esperaré —le aseguré.

Tempi asintió y entró en el edificio. Antes de cerrar la puerta, giró la cabeza y me miró.

Miré alrededor y vi a unas pocas personas que realizaban sus tareas cotidianas: una mujer con un cesto, un niño con una cabra atada con una cuerda. Los edificios estaban hechos de la misma piedra rugosa que se veía en el paisaje, y se confundían con el entorno. El cielo estaba nublado, lo que añadía una tonalidad más de gris.

Soplaba un viento que restallaba en las esquinas y trazaba dibujos en la hierba. Me pasó por la cabeza ponerme el shaed, pero decidí no hacerlo. Allí la atmósfera era más seca y fría. Pero era verano, y el sol calentaba.

Reinaba una tranquilidad extraña, sin el bullicio ni el hedor que había en los pueblos más grandes. No se oían cascos de caballos sobre adoquines. No había vendedores ambulantes anunciando a gritos sus mercancías. Me imaginé a alguien como Tempi criándose en un sitio como aquel, empapándose de aquella paz y llevándosela cuando se marchara.

Ya que poco más había para mirar, me entretuve observando el edificio más cercano. Estaba construido con bloques de piedra desiguales encajadas como un rompecabezas. Me acerqué más y me sorprendió comprobar que no había argamasa. Golpeé la piedra con los nudillos, creyendo que quizá se tratara de una sola pieza de piedra, labrada para simular

una pared de piedras encajadas.
Detrás de mí, una voz dijo en adémico:
—¿Qué te parece nuestra pared?
Me di la vuelta y vi a una mujer mayor con los característicos ojos gris claro de los Adem. Tenía un gesto imperturbable, pero sus facciones eran amables y maternales. Llevaba un gorro amarillo de lana que le tapaba las orejas; estaba tejido a mano, y el cabello rubio rojizo que asomaba por debajo tenía algunas canas. Después de tanto tiempo viajando con Tempi, me pareció extraño ver a un Adem que no llevara la ceñida ropa de mercenario ni una espada al cinto. Aquelia mujer vestía una camisa blanca y holgada, y unos pantalones de hilo.
—¿Te parece fascinante nuestra pared? —me preguntó, y con una mano hizo los signos ligera diversión, curiosidad—. ¿Qué opinas de ella?
—Creo que es bella —respondí en adémico procurando reducir al máximo el contacto visual.
La mujer hizo un signo que yo no conocía con la mano.
—¿Bella?
Encogí un poco los hombros.
—Existe una belleza que pertenece a los objetos sencillos y funcionales.
—Quizá te estés confundiendo de palabra —repuso ella. Ligera disculpa—. Belleza es una flor, una mujer, una gema. Quizá te refieras a su utilidad. Una pared es útil.
—Útil, pero también bella.
—Quizá un objeto adquiera belleza con el uso.
—Quizá un objeto se use según su belleza —repliqué, y me pregunté si aquello sería el equivalente adem a una charla superficial. Si lo era, la prefería a los chismorreos insulsos de la corte del maer.
—¿Y mi gorro? —me preguntó tocándoselo con una mano—. ¿Es bello porque está usado?
Estaba tejido con una lana gruesa, hilada a mano, y teñido de un amarillo chillón. Lo llevaba un poco torcido, y se apreciaban algunos puntos sueltos.
—Parece muy caliente —dije con cautela.
La mujer hizo el signo de ligera diversión y le chispearon los ojos.
—Lo es —dijo—. Y para mí es bello, porque me lo hizo la hija de mi hija.
—Entonces también es bello. —Acuerdo.
La mujer me sonrió con un signo. No inclinó la mano exactamente igual que Tempi, y decidí interpretarlo como una sonrisa cariñosa y maternal. Sin que mi rostro revelara nada, correspondí con otra sonrisa hecha con las manos, esforzándome para imprimirle calidez y cortesía.
—Hablas bien para ser un bárbaro —dijo ella, y extendió ambos brazos para asir los míos con cordialidad'—. No vienen muchos visitantes, y menos aún tan educados. Ven conmigo y te enseñaré cosas bellas, y tú me dirás qué uso podrían tener.
Agaché la cabeza. Pesar.—No puedo. Estoy esperando.
—¿A alguien que está ahí dentro?
Asentí con la cabeza.
—Si está ahí dentro, sospecho que tendrás que esperar largo rato. Seguro que se alegrarían de que vinieras conmigo. Quizá resulte más entretenida que una pared. —La anciana levantó un brazo y llamó a un niño. El niño se acercó corriendo; la miró expectante, aunque de reojo echó un vistazo a mi cabello.
La anciana le hizo varios signos al niño, pero solo entendí discretamente.
—Di a los de dentro que me llevo a este hombre a dar un paseo para que no tenga que esperar aquí solo con el viento. Lo devolveré pronto.
Dio unos golpecitos en el estuche de mi laúd, y luego en mi macuto y en la espada que llevaba al cinto.

—Dale esto al chico, y él lo llevará adentro.
Sin esperar una respuesta, empezó a descolgarme el macuto del hombro, y no se me ocurrió ninguna forma educada de soltarme de su mano sin parecer terriblemente maleducado. Todas las culturas son diferentes, pero hay una cosa que no varía: la manera más segura de ofender a tu anfitrión es rechazar su hospitalidad.
El niño se escabulló con mis cosas, y la anciana me cogió del brazo y me llevó. Me resigné, algo agradecido de su compañía, y fuimos paseando en silencio hasta que llegamos a un valle profundo que se abrió de repente ante nosotros. Era verde, con un arroyo en el fondo, y estaba resguardado del persistente viento.
—¿Qué dirías de algo así? —me preguntó la anciana señalando aquel valle escondido.
—Es muy propio de Ademre.
Me dio unas palmaditas cariñosas en el brazo.
—Tienes el don de decir sin decir. Eso no es frecuente en alguien como tú. —Comenzó a descender hacia el valle, apoyándose en mi brazo y avanzando con cuidado por un sendero estrecho y pedregoso. No lejos de allí vi a un niño que vigilaba un rebaño de ovejas. Nos saludó con la mano, pero no gritó.
Llegamos al fondo del valle, donde las aguas blancas del arroyo fluían Sobre un lecho de piedras. En unas pozas transparentes se veían las ondas que provocaban los peces.
—¿Dirías que esto es bello? —preguntó la anciana cuando llevábamos un rato contemplándolo.
—Sí.
—¿Por qué?
Inseguridad.
—Quizá por el movimiento.
—La piedra no se movía, y también la llamaste bella. —Interrogante.
—El movimiento no forma parte de la naturaleza de la piedra. Quizá lo bello sea moverse según la propia naturaleza.
Asintió con la cabeza, como si mi respuesta la hubiera complacido. Seguimos contemplando el agua.
—¿Has oído hablar de la Latantha? —me preguntó.
—No. —Pesar—. Pero quizá sea que no conozco esa palabra.
La anciana se dio la vuelta y echamos a andar por el fondo del valle hasta llegar a un lugar más abierto que parecía un jardín bien cuidado. En el centro había un árbol como yo no había visto nunca.
Nos detuvimos al borde del claro.
—Ese es el árbol espada —dijo la anciana, e hizo un signo que no reconocí, frotándose la mejilla con el dorso de la mano—. La Latantha. ¿Te parece bello?
Me quedé mirándolo. Curiosidad.
—Me gustaría verlo desde más cerca.
—No está permitido. —Enfasis.
Asentí y lo observé tan bien como pude desde aquella distancia. Tenía unas ramas altas y arqueadas, como un roble, pero las hojas eran anchas, planas y giraban describiendo extraños círculos cuando el viento las agitaba.
—Sí —contesté al cabo de un rato.
—¿Por qué has tardado tanto en decidirte?
—Estaba reflexionando sobre la causa de su belleza —admití.
-¿Y?
—Podría decir que se mueve y no se mueve según su naturaleza, y que eso le aporta belleza. Pero no creo que sea esa la causa.
—Entonces, ¿por qué?

Me quedé largo rato mirándolo.
—No lo sé. ¿Cuál cree usted que es la causa?
—Es, simplemente —me contestó—. Con eso basta.
Asentí con la cabeza y me sentí un tanto estúpido por las elaboradas respuestas que había dado anteriormente.
—¿Conoces el Ketan? —me preguntó entonces.
Me pilló por sorpresa. Yo sabía la importancia que aquellas cosas tenían para los Adem. Por eso dudé de si debía responder abiertamente. Sin embargo, tampoco quería mentir.
—Tal vez. —Disculpa.
La anciana asintió y dijo:
—Eres prudente.
—Sí. ¿Es usted Shehyn?
. La anciana asintió.
—¿Cuándo has sospechado que soy quien soy?
—Cuando me ha preguntado si conocía el Ketan —dije—. ¿Cuándo ha sospechado que sabía más de lo que debe saber un bárbaro?
—Cuando he visto cómo colocabas los pies.
Otro silencio.
—¿Por qué no viste de rojo como los otros mercenarios, Shehyn?
Shehyn hizo un par de signos que yo no conocía.
—¿Te ha explicado tu maestro por qué ellos visten de rojo?
—No se me ha ocurrido preguntárselo —contesté, pues no quería insinuar que Tempi había sido negligente en su instrucción.
—Pues ahora yo te lo pregunto a ti.
Reflexioné un momento.
—¿Para que sus enemigos no los vean sangrar?
Aprobación.
—Entonces, ¿por qué yo visto de blanco?
La única respuesta que se me ocurrió me produjo un escalofrío.
—Porque usted no sangra.
Shehyn asintió con cierta reticencia.
—Y también porque si un enemigo me hace sangrar, merece ver mi sangre como recompensa.
Traté de disimular mi inquietud y transmitir la adecuada serenidad adémica. Tras una pausa educada, pregunté:
—¿Qué será de Tempi?
—Eso ya se verá. —Hizo un signo parecido al de irritación, y a continuación me preguntó—: ¿No estás preocupado por lo que va a ser de ti?
—Estoy más preocupado por Tempi.
El árbol espada oscilaba dibujando en el viento. Era casi hipnótico.
—¿Hasta dónde has llegado en tu instrucción? —me preguntó Shehyn.
—Llevo un mes estudiando el Ketan.
Se volvió hacia mí y levantó las manos.
—¿Estás preparado?
No pude por menos de pensar que era quince centímetros más baja que yo y lo bastante mayor para ser mi abuela. Además, el gorro amarillo y ladeado no le daba un aspecto muy intimidante.
—Tal vez —dije, y levanté también las manos.
Shehyn vino hacia mí despacio, haciendo Manos como Cuchillos.
Respondí con Atrapar la Lluvia. Luego hice Hierro que Trepa y Rápido hacia Dentro, pero no

conseguí tocarla. Ella aceleró un poco e hizo Aliento que Gira y Golpear hacia Delante al mismo tiempo. Paré el primero con Agua en Abanico, pero no pudié esquivar el segundo. Me tocó por debajo de las costillas y luego en la sien, flojo, con la fuerza con que le pondrías a alguien el dedo en los labios.
Ninguno de los movimientos que intenté surtió efecto. Hice Arrojar Rayos, pero ella sencillamente se apartó, sin molestarse siquiera en responder. Una o dos veces mis manos llegaron a rozarle la camisa blanca, pero eso fue todo. Era como intentar golpear un trozo de cuerda que cuelga.
Apreté los dientes e hice Trillar el Trigo, Prensar Sidra y Madre en el Arroyo, pasando sin interrupción de uno a otro con una ráfaga de golpes.
Nunca había visto a nadie moverse como Shehyn. Era rápida, pero no se trataba de eso. Se movía con perfección, y nunca daba dos pasos si bastaba con uno. Nunca se movía cuatro centímetros si solo necesitaba tres. Se movía como un personaje de cuento, más fluida y elegante que Felurian cuando bailaba.
Con la esperanza de pillarla desprevenida y demostrar mi valía, me moví tan deprisa como pude. Hice Doncella que Baila, Atrapar Gorriones, Quince Lobos...
Shehyn dio un paso, único y perfecto.
—¿Por qué lloras? —me preguntó mientras hacía Garza que Cae—.
¿Tienes vergüenza? ¿Tienes miedo?
Parpadeé con objeto de contener las lágrimas. Con voz entrecortada por el esfuerzo y la emoción, dije:
—Eres bella, Shehyn. Porque en ti están la piedra de la pared, el agua del arroyo y el movimiento del árbol.
Shehyn parpadeó, sorprendida, y aproveché ese momento de distracción para sujetarla con firmeza por el hombro y el brazo. Hice Trueno hacia Arriba, pero en lugar de salir despedida, Shehyn permaneció inmóvil y sólida como una roca.
Casi distraídamente, se soltó con Romper León e hizo Trillar el Trigo. Salté por los aires y fui a parar dos metros más allá.
Me levanté enseguida. No me había hecho daño; fue una caída suave sobre hierba blanda, y Tempi me había enseñado a caer sin lastimarme. Pero antes de que pudiera continuar, Shehyn me detuvo con un ademán.
—Tempi te ha enseñado y no te ha enseñado —dijo con expresión insondable. Me obligué a desviar la mirada de su cara. Era difícil abandonar esa costumbre, que había practicado toda la vida—. Y eso es bueno y malo a la vez. Ven. —Se dio la vuelta y se acercó más al árbol.
Era más alto de lo que me había parecido. Las ramas más pequeñas se movían a gran velocidad describiendo curvas cuando el viento las agitaba.
Shehyn cogió una hoja que se había desprendido y me la dio. Era ancha y plana, del tamaño de un plato pequeño, y asombrosamente pesada. Sentí una punzada en la mano y vi que por mi pulgar corría un hilillo de sangre.
Examiné el borde de la hoja, rígido y afilado como una brizna de hierba. Entendí que lo llamaran el árbol espada. Levanté la cabeza y miré las hojas que giraban. Cualquiera que se acercara al árbol cuando soplase un fuerte viento quedaría hecho trizas.
—Si tuvieras que atacar a este árbol —dijo Shehyn—, ¿qué harías? ¿Golpearías la raíz? No. Demasiado fuerte. ¿Golpearías las hojas? No. Demasiado rápidas. ¿Qué harías?
—Golpearía las ramas
—Las ramas. —Acuerdo. Se volvió hacia mí—. Eso es lo que no te ha enseñado Tempi. Habría sido incorrecto que te lo enseñara. Sin embargo, has sufrido por ello.
—No lo entiendo.
Me indicó por señas que empezara el Ketan. Automáticamente, hice Atrapar Gorriones.

—Detente. —Me quedé inmóvil en esa posición—. Si tuviera que atacarte, ¿dónde golpearía? ¿Aquí, en la raíz? —Me empujó una pierna y comprobó que no cedía—. ¿Aquí, en la hoja? —Me empujó la mano que tenía levantada, moviéndola sin esfuerzo pero sin conseguir nada más—. Aquí. La rama. —Me empujó suavemente por un hombro, y me desplazó con facilidad—. Y aquí. —Añadió presión en mi cadera, y me hizo girar—. ¿Lo ves? Buscas el sitio donde aplicar tu fuerza, para no malgastarla. Malgastar tu fuerza no es del Lethani.

—Sí, Shehyn.

Levantó ambas manos y se quedó en la posición donde yo la había sorprendido, a mitad de Garza que Cae.

—Haz Trueno hacia Arriba. ¿Dónde está mi raíz?

Señalé sus pies, firmemente plantados.

—¿Dónde está la hoja?

Le señalé las manos.

—No. La hoja es desde aquí hasta aquí. —Se señaló todo el brazo y me mostró cómo podía golpear libremente con las manos, los codos o los hombros—. ¿Dónde está la rama?

Lo pensé largo rato y le di un golpecito en la rodilla.

No lo demostró, pero noté su sorpresa.

—¿Y?

Le di un golpecito en el costado opuesto, bajo la axila, y luego en el hombro.

—Enséñamelo.

Me acerqué a ella, coloqué una pierna frente a su rodilla e hice Trueno hacia Arriba, desplazándola hacia un lado. Me sorprendió la poca fuerza que necesité.

Sin embargo, en lugar de salir despedida y caer al suelo, Shehyn me agarró por el antebrazo. Noté una sacudida y me tambaleé hacia un lado. Sujetándose a mí, Shehyn afianzó los pies; le bastó con dar un paso para recuperar el equilibrio.

Shehyn me miró a los ojos largo rato, inquisitivamente; se dio la vuelta y me hizo una seña para que la siguiera.

111 Un mentiroso y un ladrón

Shehyn y yo regresamos al complejo de edificios de piedra. Tempi estaba fuera, de pie; me di cuenta de que estaba nervioso porque no paraba de moverse en el sitio. Eso confirmó mis sospechas: Shehyn no me había puesto a prueba porque él se lo hubiera pedido, sino por decisión propia.

Cuando nos acercamos a él, Tempi tendió su espada con la mano derecha, apuntando hacia abajo. Con la mano izquierda hizo el signo de sumo respeto.

—Shehyn—dijo—, yo...

Shehyn le indicó con una seña que lo siguiera y entró en el edificio. Luego le hizo una seña a un niño y dijo:

—Busca a Carceret. —El niño se marchó corriendo.

Le hice un signo a Tempi: curiosidad.

Tempi no me miró. Total seriedad. Atender. No me tranquilizó mucho, porque recordé que eran los mismos signos que había hecho en el camino de Crosson cuando creyó que nos estaban tendiendo una emboscada. Me fijé en que le temblaban ligeramente las manos.

Shehyn nos condujo hasta una puerta abierta, donde se nos unió una mujer vestida con el atuendo rojo. Reconocí las finas cicatrices que tenía en la ceja y en el mentón. Carceret era la mercenaria a la que nos habíamos encontrado camino de Severen, la que me había empujado.

Shehyn hizo entrar a los dos mercenarios, pero levantó una mano y me dijo:

—Espera aquí. Lo que ha hecho Tempi no está bien. Escucharé. Luego decidiré qué hay que hacer contigo.

Asentí con la cabeza; Shehyn entró y cerró la puerta.

Esperé una hora, dos. Agucé el oído, pero no conseguí oír nada de lo que se decía al otro lado de la puerta. Pasaron varias personas por el pasillo: dos vestidas de mercenario, y otra con sencilla ropa de hilo gris. Todos echaban un vistazo a mi pelo, pero sin detenerse en exceso.

En lugar de sonreír y saludar con una inclinación de cabeza, como habría sido propio entre bárbaros, mantuve un gesto inexpresivo, les devolví sus breves signos de saludo y evité mirarlos a los ojos.

Cuando ya llevaba tres horas esperando,‘*se abrió lajfpuerta y Shehyn me hizo un ademán para que entrara.

Era una habitación bien iluminada, con las paredes de piedra pulida. Su tamaño correspondía al de un dormitorio grande de posada, pero parecía aún más amplio porque apenas contenía muebles. Cerca de una pared había una pequeña estufa de hierro que irradiaba un agradable calor, y cuatro sillas dispuestas en círculo. Tempi, Shehyn y Carceret estaban sentados en esas sillas; Shehyn me hizo una seña y ocupé la cuarta.

—¿A cuántos has matado? —me preguntó Shehyn con un tono distinto al que había utilizado previamente. Perentorio. Era el mismo tono que utilizaba Tempi cuando hablábamos del Lethani.

—A muchos —respondí sin vacilar. Ya sé que a veces soy idiota, pero sé cuándo me están poniendo a prueba.

—¿Cuántos es muchos? —No me estaba pidiendo una aclaración; era otra pregunta, nueva.

—Cuando matas hombres, uno es mucho.

Shehyn dio una pequeña cabezada.

—¿Has matado a algún hombre fuera del Lethani?

—Quizá.
—¿Por qué no contestas sí o no?
—Porque no siempre he visto el Lethani con claridad.
—Y ¿por qué?
—Porque el Lethani no siempre se muestra con claridad.
—¿Qué es lo que da claridad al Lethani?
Vacilé, aunque sabía que no era correcto vacilar.
—Las palabras de un maestro.
—¿Se puede enseñar el Lethani?
Fui a hacer el signo de inseguridad, pero entonces recordé que en aquel contexto no era apropiado utilizar el lenguaje de signos.
—Tal vez —respondí—. Yo no puedo.
Tempi se rebulló un poco en la silla. No lo estaba haciendo bien. Como no se me ocurría nada más, inspiré hondo, me relajé y guié mi mente suavemente hacia la Hoja que Gira.
—¿Quién conoce el Lethani? —me preguntó Shehyn.
—La hoja arrastrada por el viento -^contesté, aunque confieso que no sé qué quería decir con eso.
—¿De dónde sale el Lethani?
—Del mismo sitio que la risa.
Shehyn titubeó un poco y continuó:
—¿Cómo sigues el Lethani?
—¿Cómo sigues a la luna?
Con Tempi había aprendido a apreciar los diferentes tipos de pausas que pueden salpicar una conversación. En adámico, los silencios expresan tanto como las palabras. Existe una pausa preñada. Una pausa educada. Una pausa confusa. Hay una pausa que insinúa, una pausa que pide disculpas, una pausa que añade énfasis...
Aquella pausa fue un lapso súbito en la conversación. Fue como una inspiración brusca. Me di cuenta de que acababa de dar una respuesta muy inteligente o muy estúpida.
Shehyn se movió en la silla, y la atmósfera de formalidad se desvaneció. Noté que avanzábamos, y dejé que mi mente saliera de la Hoja que Gira.
—¿Qué opinas? —preguntó Shehyn a Carceret.
Hasta ese momento, Carceret había permanecido quieta y callada como una estatua.
—Digo lo que he dicho siempre. Tempi nos ha netinad a todos. Deberíamos cortarlo. Para eso tenemos leyes. Ignorar la ley es borrarla.
—Obedecer ciegamente la ley es ser un esclavo —se apresuró a decir Tempi.
Shehyn hizo el signo de firme reprimenda, y Tempi se ruborizó.
—En cuanto a este... —continuó Carceret, señalándome. Desestimación—. No es de Ademre. Como poco, será un loco. Como mucho, un mentiroso y un ladrón.
—¿Y lo que ha dicho hoy? —preguntó Shehyn.
—Un perro puede ladrar tres veces sin contar.
Shehyn se volvió hacia Tempi.
—Si hablas cuando no es tu turno, rechazas tu turno para hablar.
Tempi volvió a sonrojarse y le palidecieron los labios mientras se esforzaba para mantener la compostura.Shehyn inspiró hondo y soltó el aire lentamente.
—El Ketan y el Lethani son lo que nos hace Adem —dijo—. Un bárbaro no puede conocer el Ketan. —Tempi y Carceret se removieron, pero Shehyn levantó una mano—. Por otra parte, destruir a uno que comprende el Lethani no es correcto. El Lethani no se destruye a sí mismo.
Dijo «destruir» con indiferencia. Confié en no haber captado el verdadero significado en adémico de ese verbo.

Shehyn continuó:
—Habrá quien diga: «Este ya tiene suficiente. No le enseñéis el Lethani, porque quien conoce el Lethani vence todas las cosas».
Shehyn miró a Carceret con severidad.
—Pero yo no diría eso. Creo que el mundo sería mejor si hubiera más gente del Lethani. Porque así como aporta poder, el Lethani también aporta sabiduría respecto al uso del poder.
Hubo una larga pausa. Se me hizo un nudo en el estómago mientras intentaba aparentar serenidad.
—Creo —dijo Shehyn por fin— que es posible que Tempi no cometiera un error.
Aquello distaba mucho de ser un reconocimiento concluyente, pero deduje, por la repentina rigidez de la espalda de Carceret y la lenta exhalación de alivio de Tempi, que era la noticia que esperábamos oír.
—Se lo daré a Vashet—dijo Shehyn.
Tempi se quedó inmóvil. Carceret hizo un signo de aprobación, amplio como la sonrisa de un demente.
—¿Vas a dárselo al Martillo? —preguntó Tempi con voz forzada. Agitó una mano. Respeto. Negación. Respeto.
Shehyn se levantó, y con eso puso fin a la discusión.
—¿Quién mejor? El Martillo nos mostrará si es un hierro que vale la pena golpear.
Dicho eso, Shehyn se llevó a Tempi a un rincón y habló brevemente con él. Le acarició levemente los brazos. Su voz era tan débil que ni siquiera mis entrenados oídos de espía oyeron lo que decía.
Me quedé de pie junto a mi silla, procurando parecer educado. Tempi parecía haber abandonado toda resistencia, y hacía signos de acuerdo y respeto.
Carceret también estaba apartada de ellos y me miraba con fijeza. Su semblante reflejaba serenidad, pero en sus ojos había rabia. Hizo varios signos junto a. un costado, sin que los vieran los otros dos. El único que entendí fue repugnancia, pero me imaginé el significado de los demás.
A cambio, yo hice un signo que no era adémico. Por cómo entrecerró los' ojos, sospeché que Carceret había captado perfectamente su significado.
Entonces se oyó el agudo tañido de una campana, tres veces. Al cabo de un momento, Tempi besó a Shehyn en las manos, en la frente y en los labios. Se dio la vuelta y me hizo una seña para que lo siguiera.
Fuimos juntos a una sala grande y de techos altos, llena de gente y con olor a comida. Era un comedor con mesas largas y bancos de madera oscura y gastada.
Seguí a Tempi y me serví comida en una gran bandeja de madera. Entonces me di cuenta del hambre que tenía.
Contrariamente a lo que esperaba, aquel comedor no se parecía en nada a la Cantina de la Universidad. Para empezar era mucho más silencioso, y la comida, mucho mejor. Había leche fresca y una carne magra y muy tierna, seguramente de cabrito. Había queso muy curado y queso cremoso, y dos clases de pan recién salido del horno. Había fuentes de manzanas y fresas. Sobre la mesa había saleros destapados, y todos podían servirse tanta sal como quisieran.
Resultaba extraño estar en una sala llena de mercenarios adem y verlos conversar. Hablaban en voz tan baja que no apreciaba las palabras, pero les veía mover las manos. Pese a que solo entendía un signo de cada diez, me sorprendió poder ver todas aquellas emociones expresadas con las manos alrededor de mí: diversión. Ira. Vergüenza. Negación. Repugnancia. Me pregunté cuántos de aquellos signos se referirían a mí, el bárbaro.
Me sorprendió ver que había muchas mujeres y muchos niños pequeños. Había un puñado

de mercenarios vestidos con la ropa de color rojo sangre, pero la mayoría llevaban prendas sencillas de color gris como las que había visto durante mi paseo con Shehyn. También vi una camisa blanca, y me sorprendió comprobar que era Shehyn, que comía codo con codo con los demás.
Nadie me miraba abiertamente, pero todos lo hacían con mayor o menor disimulo. Mi pelo les llamaba mucho la atención, lo cual era comprensible. Conté cincuenta cabezas de pelo rubio rojizo en la sala, unas cuantas más oscuras, y unas cuantas más claras o canosas. Yo destacaba como una única vela encendida.
Intenté entablar una conversación con Tempi, pero él se resistía y se concentraba en la comida. No había llenado su bandeja tanto como yo, y solo se comió una parte de lo que se había servido.
Como no podía hablar, terminé deprisa. Cuando mi bandeja quedó vacía, Tempi dejó de fingir que comía; se levantó y nos marchamos. Noté docenas de miradas clavadas en mi espalda al salir de la sala.
Tempi me guió por una serie de pasillos hasta que llegamos frente a una puerta. La abrió y me mostró una habitación pequeña, con una ventana y una cama. Mi laúd y mi macuto estaban allí. Mi espada, no.
—Tendrás otra maestra —dijo Tempi por fin—. Esfuérzate. Sé civilizado. Tu maestra decidirá mucho. —Pesar—. No me verás.
Era evidente que estaba preocupado, pero no se me ocurrió nada que pudiera decir para tranquilizarlo. En lugar de eso le di un abrazo, y me pareció que él lo agradecía. Luego se dio la vuelta y se marchó sin decir más.
Entré en mi habitación, me desvestí y me tumbé en la cama. Tal vez debiera decir que di vueltas y más vueltas, nervioso por lo que iba a pasar. Pero la verdad es que estaba tan rendido que me quedé dormido como un recién nacido feliz en brazos de su madre.

112 El Martillo

Estaba sentado en un minúsculo parque que consistía en dos bancos de piedra pulida, unos pocos árboles y un sendero que discurría entre la alta hierba. Podías ir de un extremo a otro en un minuto. Cerca de dos de los lados había sendos precipicios que lo protegían del viento, aunque solo parcialmente. Por lo visto, en Haert no había ni un rincón que estuviera completamente a resguardo del viento.
Al acercarse Vashet, lo primero que me llamó la atención fue que no se ceñía la espada al cinto. La llevaba cruzada a la espalda, como yo solía llevar mi laúd. Caminaba con una seguridad que yo no había visto jamás, firme y al mismo tiempo grácil, como si supiera que podía pavonearse pero no quisiera tomarse esa molestia.
Tenía aquella constitución delgada que yo había acabado considerando característica de los Adem, igual que la piel clara y los ojos grises. Su cabello era algo más claro que el de Tempi, y se lo recogía en una cola de caballo. Al acercarse más vi que en algún momento se había roto la nariz; y aunque no la tenía torcida, aquella pequeña mella desentonaba con su cara, de facciones delicadas.
Vashet esbozó una sonrisa amplia y luminosa, exhibiendo unos dientes muy blancos.
—Bueno, ahora eres mío —dijo en un atur impecable.
—Hablas atur —observé, como un bobo.
—Casi todos lo hablamos —repuso. Se le formaban algunas arrugas alrededor de la boca y en las comisuras de los ojos, y eso me hizo pensar que debía de ser diez años mayor que yo —. Si no tienes un buen dominio del idioma, es difícil manejarte en el mundo. Es difícil hacer negocios.
Se me había olvidado saludar y, aunque tarde, hice los signos de formal y respeto.
—¿Eres Vashet, o me equivoco?
Vashet sonrió de nuevo y me devolvió el saludo con un signo exageradísimo, de tal forma que no pude evitar pensar que se estaba burlando de mí.
—Sí. Voy a ser tu maestra.
—¿Y Shehyn? Creía que la maestra era ella.
Vashet me miró arqueando una ceja, y me pareció un gesto desmesurado en el rostro de un Adem.
—Eso es cierto en términos generales. Pero en términos más prácticos, Shehyn es demasiado importante para dedicar su tiempo a alguien como tú.
Hice el signo de educado.
—Estaba contento con Tempi —afirmé.
—Y si nuestro objetivo fuera tu felicidad, quizá eso nos importara —repuso ella—. Sin embargo, Tempi tiene de maestro lo mismo que un barco de vela.
Ese comentario me irritó un poco.
—Supongo que sabes que es amigo mío.
Vashet entornó los ojos.
—Y como eres su amigo, quizá no adviertas sus fallos. Es un luchador competente, pero nada más. Apenas conoce tu lengua, tiene muy poca experiencia en el mundo real y, si he de serte absolutamente sincera, no es ningún lince.
—Lo siento —dije. Pesar—. No era mi intención ofenderte.
—No demuestres humildad a menos que la sientas —dijo sin dejar de observarme con los ojos entrecerrados—. Aunque conviertas tu cara en una máscara, tus ojos son dos ventanas iluminadas.

—Lo siento —dije con seriedad. Disculpa—. Quería causarte buena impresión.
—¿Por qué?
—Me gustaría que tuvieras una buena opinión de mí.
—Pues a mí me gustaría tener motivos para tener una buena opinión de ti.
Decidí cambiar de táctica, con la esperanza de dirigir la conversación hacia aguas más seguras.
—Tempi te llamó «el Martillo». ¿Por qué te llaman así?
—Ese es mi nombre. Vashet. El martillo. La arcilla. La rueca. —Pronunció su nombre de tres maneras diferentes, cada una con su propia cadencia—. Soy eso que da forma y afila, o destruye.
—¿Por qué la arcilla?
—También soy eso —respondió Vashet—. Solo lo que se dobla puede enseñar.
A medida que Vashet hablaba, me fui emocionando.
—Tengo que reconocer —dije— que será agradable poder hablar en mi idioma con mi maestra. Hay muchas preguntas que no he hecho porque sabía que Tempi no las entendería. Y que, aunque lo hiciera, yo no podría descifrar sus respuestas.
Vashet asintió con la cabeza y se sentó en uno de los bancos.
—Un maestro también debe saber cómo comunicarse —dijo—. Ve a buscar una rama y tráemela. Entonces empezaremos la clase.
Fui hacia los árboles. La petición de Vashet tenía algo de ritual, y no quise volver corriendo con la primera rama que hubiera encontrado tirada en el suelo. Al final vi un sauce y le arranqué una rama flexible, más larga que mi brazo y del grosor de mi dedo meñique.
Regresé junto a Vashet, que seguía sentada en el banco. Le entregué la rama de sauce; ella se sacó la espada por encima del hombro y empezó a desmochar la rama, quitándole los nudos.
—Has dicho que solo lo que se dobla puede enseñar —dije—. Por eso he pensado que esta rama sería adecuada.
—Nos irá bien para la clase de hoy —replicó Vashet mientras arrancaba el último trozo de corteza, dejando solo una vara fina y blanca. Limpió la espada con su camisa, la envainó y se puso en pie.
Sosteniéndola con una mano, Vashet empezó a sacudir la vara de sauce, produciendo unos débiles restallidos.
Ahora que estaba más cerca de mí, me di cuenta de que Vashet vestía el traje de mercenario, pero a diferencia de Tempi y muchos otros, no llevaba la ropa ceñida al cuerpo con correas de cuero. La camisa y los pantalones se ceñían a los brazos, las piernas y el pecho mediante unas cintas de seda de color rojo sangre.
—Ahora voy a golpearte —dijo con seriedad, mirándome a los ojos—. Quédate quieto.
Vashet empezó a caminar lentamente alrededor de mí, sin dejar de sacudir la vara de sauce. Fuop. Fuop. Se colocó detrás de mí; no verla era aún más angustiante. Fuop. Fuop. Sacudió la vara más deprisa y el ruido cambió. Fiu. Fiu. Ni siquiera parpadeé.
Vashet describió otro círculo, se colocó detrás de mí y me golpeó dos veces. Una vez en cada brazo, justo debajo del hombro. Fiu. Fiu. Al principio solo noté un golpecito, pero luego el dolor se extendió por mis brazos, ardiente como el fuego.
Volvió a golpearme antes de que yo pudiera reaccionar. Me dio tan fuerte en la espalda que noté el impacto en los dientes. Si la vara no se rompió fue porque era una rama de sauce verde y flexible.
No grité, pero solo porque el golpe había llegado entre dos inspiraciones, y no tenía aire en los pulmones. Pero sí aspiré bruscamente por la boca, tan deprisa que me atraganté y tosí. Notaba un fuerte dolor en la espalda, como si me hubieran prendido fuego.
Vashet volvió a colocarse delante de mí y me observó con aquella mirada seria.

—Esta es la lección —dijo con indiferencia—. No tengo buena opinión de ti. Eres un bárbaro. No eres inteligente. No eres bienvenido aquí. No perteneces a este sitio. Eres un ladrón de nuestros secretos. Tu presencia es un bochorno y una complicación que esta escuela no necesita.
Vashet estudió atentamente el extremo de la vara de sauce, y luego volvió a mirarme.
—Volveremos a encontrarnos aquí una hora después de la comida. Cogerás otra vara, e intentaré enseñarte de nuevo esta lección. —Me lanzó una mirada significativa—. Si la vara que me traes no me gusta, la escogeré yo misma.
«Después de cenar volveremos a hacer lo mismo. Y también mañana. Esta es la única lección que tengo que enseñarte. Cuando la aprendas, te marcharás de Haert y nunca volverás. —Me miró, impasible—. ¿Lo has entendido?
—¿Qué le...?
Sacudió la muñeca, y la punta de la vara me dio en la mejilla. Esa vez sí solté un grito agudo.
Vashet me miró. Nunca había pensado que algo tan sencillo como el contacto visual pudiera ser tan intimidante. Pero sus ojos gris claro eran duros como hielo.
—Dime: Sí, Vashet. Lo he entendido.
La miré con rabia.
—Sí, Vashet. Lo he entendido. —Mientras hablaba, notaba el lado derecho de mi labio superior enorme y pesado.
Vashet escudriñó mi rostro, como si tratara de decidir algo; entonces encogió los hombros y tiró la vara al suelo.
Decidí arriesgarme y pregunté:
—¿Qué le pasaría a Tempi si yo me marchara?
—Si te marcharas no: cuando te marches —me corrigió ella—. Los pocos que todavía lo dudan sabrán que cometió un error al enseñarte. Y otro al traerte aquí.—¿Y qué le pasará...? —Hice una pausa y volví a empezar—. ¿Qué le pasaría en ese caso?
—Eso no tengo que decidirlo yo —me contestó, encogiéndose de hombros. Se dio la vuelta y se marchó.
Me toqué la mejilla y el labio, y luego me miré la mano. No había sangre, pero notaba el verdugón que me estaba saliendo en la cara, una marca bien a la vista de todos.
Como no sabía qué hacer, volví a la escuela para ir a comer. Entré en el comedor y busqué a Tempi, pero no lo vi entre los mercenarios vestidos de rojo sangre. Me alegré. Aunque habría agradecido la compañía de un amigo, no quería que Tempi supiera lo mal que me habían ido las cosas. Ni siquiera tendría que explicárselo. La marca que tenía en la cara hablaba por sí sola.
Mantuve el gesto inexpresivo y los ojos bajos mientras avanzaba en la cola y me llenaban la bandeja. Entonces escogí una mesa que estaba casi vacía, pues no quería imponerle mi compañía a nadie.
Me he pasado gran parte de la vida solo, pero pocas veces me había sentido tan solo como en aquel momento. Conocía únicamente a una persona en un radio de seiscientos kilómetros, y le habían ordenado que no se acercara a mí. Aquella cultura no me era familiar, apenas hablaba el idioma, y el escozor que sentía en la espalda y en la cara era un recordatorio constante de que mi presencia allí era un estorbo.
Sin embargo, la comida era buena. Pollo asado, judías verdes crujientes y un trozo de dulce pastel de melaza. Todo mucho más bueno que la comida que yo podía pagarme en la Universidad, y más caliente que la que me servían en el palacio del maer. No tenía mucho apetito, pero he pasado tanta hambre en la vida que nunca rechazo una comida fácil.
Advertí una sombra en movimiento en la periferia de mí visión y alguien se sentó a la mesa enfrente de mí. Me animé un poco. Al menos había una persona lo bastante valiente para

visitar al bárbaro. Alguien era lo bastante amable para consolarme, o sentía suficiente curiosidad para venir a hablar conmigo.
Levanté la cabeza y vi la cara delgada y con cicatrices de Carceret. Dejó su bandeja de madera frente a la mía.
—¿Qué te parece nuestro pueblo?:—dijo en voz baja, con la mano izquierda apoyada en el tablero de la mesa. Los signos que hacía eran diferentes, pues estábamos sentados, pero aun así reconocí curioso y educado. Cualquiera que nos hubiera estado observando pensaría que manteníamos una conversación agradable—. ¿Te gusta tu nueva maestra? Ella piensa lo mismo que yo. Que no deberías estar aquí.
Mastiqué otro trozo de pollo y me lo tragué automáticamente, sin levantar la cabeza. Preocupación.
—Te he oído gritar —continuó Carceret. Hablaba más despacio, como si se dirigiera a un niño pequeño. No estaba seguro de si lo hacía para insultarme o para asegurarse de que la entendía—. Como un pajarillo.
Di un sorbo de leche de cabra caliente y me limpié los labios. Al mover el brazo, la camisa me rozó el verdugón de la espalda, y noté como si me picaran un centenar de avispas.
—¿Ha sido un grito de amor? —me preguntó, e hizo un signo que no reconocí—. ¿Te ha abrazado Vashet? ¿Eso que tienes en la mejilla es la marca que te ha hecho con la lengua?
Me metí un trozo de pastel en la boca. Ya no sabía tan dulce como lo recordaba.
Carceret comió un trozo de su pastel.
—Todos hacen apuestas sobre cuándo te marcharás —continuó; seguía hablando despacio y en voz muy baja, para que solo la oyera yo—. Yo me he jugado dos talentos a que no aguantas un día más. Si te vas por la noche, como espero, ganaré en plata. Si me equivoco y te quedas, ganaré en moretones y oyéndote gritar. —Súplica—. Quédate.
Levanté la"cabeza y la miré.
—Hablas como un perro que ladra —le dije—. Sin parar. Sin decir nada.
Lo dije lo bastante bajo para no resultar grosero, pero lo suficientemente alto para que me oyeran quienes estaban sentados cerca de nosotros. Yo sé hacer que la voz llegue lejos sin necesidad de levantarla. Fuimos los Ruh quienes inventamos el susurro teatral.
Vi que Carceret se sonrojaba, y se le marcaron las cicatrices de la ceja y el mentón. '
Agaché la cabeza y seguí comiendo, aparentando una indiferencia absoluta. Insultar a una persona de otra cultura es peligroso, pero yo había escogido mis palabras con cuidado, basándome en cosas que le había oído decir a Tempi. Si Carceret reaccionaba, fuera como fuese, significaría que había conseguido mi objetivo.
Me terminé el resto de la comida despacio y metódicamente; me parecía notar la rabia que desprendía Carceret, como ondas de calor. Al menos esa pequeña batalla sí podía ganarla. Era una victoria insignificante, desde luego. Pero a veces tienes que contentarte con lo que hay.
Cuando Vashet volvió al pequeño parque, me encontró sentado en uno de los bancos de piedra, esperándola.
Se plantó delante de mí y soltó un fuerte suspiro.
—Maravilloso. Uno que aprende despacio —dijo en un atur perfecto—. Ve a buscar la vara. Veamos si esta vez me explico mejor.
—Ya he encontrado la vara —dije. Llevé un brazo detrás del banco y saqué una espada de entrenamiento, de madera, que había pedido en la escuela.
Era vieja, de madera aceitada, muy gastada, dura y pesada como una barra de hierro. Si Vashet la utilizaba para golpearme los hombros como había hecho con la vara de sauce, me rompería los huesos. Si me golpeaba en la cara, me destrozaría la mandíbula.
La puse sobre el banco, a mi lado. La madera no repiqueteó contra la piedra. Era tan dura que casi resonó, como una campana.

Después de dejar la espada de entrenamiento, empecé a quitarme la camisa por la cabeza, aspirando entre los dientes cuando la tela me rozó el reciente verdugón de la espalda.
—¿Pretendes influirme ofreciéndome tu tierno y joven cuerpo? —me preguntó Vashet—. Eres atractivo, pero no tanto.
Dejé mi camisa con cuidado sobre el banco.
—No, es que he pensado que es mejor que te enseñe una cosa. —Me volví para que pudiera verme la espalda.
—Te han azotado —dijo ella—. No voy a decir que me sorprenda. Ya sabía que eras un ladrón.
—No fue por robar —dije—. Fue en la Universidad. Me acusaron de una falta y me condenaron al látigo. Cuando eso ocurre, muchos estudiantes sencillamente se marchan y siguen estudiando en otro sitio. Yo decidí quedarme. Al fin y al cabo, solo eran tres latigazos.
Esperé de espaldas a Vashet. Al cabo de un momento, ella mordió el anzuelo.
—Aquí hay más cicatrices de las que corresponderían a tres latigazos.
—Poco después de eso —continué—, volvieron a acusarme. Esa vez fueron seis latigazos. Pero me quedé. —Me di la vuelta y la miré—. Me quedé porque no había ningún otro lugar donde pudiera aprender lo que yo quería. Unos latigazos no conseguirían alejarme.
Levanté la pesada espada de madera del banco.
—He creído que era justo que lo supieras. A mí no se me puede ahuyentar amenazándome con el dolor. No abandonaré a Tempi después de la confianza que él me ha demostrado. Hay cosas que deseo aprender, y solo puedo aprenderlas aquí.
Le entregué la espada, dura y oscura.
—Si quieres que me marche, tendrás que hacerme algo más que verdugones.
Di unos pasos atrás y dejé los brazos junto a los costados. Cerré los ojos.

113 Lengua bárbara

Me gustaría poder decir que mantuve los ojos cerrados, pero no sería fiel a la verdad. Oí el sonido arenoso de la tierra bajo las suelas de los zapatos de Vashet y no pude evitar abrirlos. No espié con los ojos entrecerrados. Eso me habría hecho parecer infantil. Los abrí bien y la miré, sencillamente. Ella me observó fijamente, estableciendo más contacto visual del que yo habría conseguido de Tempi en un ciclo entero. La dureza de sus ojos gris pálido destacaba en su delicado rostro. La nariz rota ya no desentonaba: era una cruda advertencia.

El viento que se arremolinaba entre nosotros dos me erizó el vello de los brazos.

Vashet inspiró con resignación y encogió los hombros; entonces lanzó la espada de madera al aire para asirla por el puño cuando cayó. La sopesó minuciosamente con ambas manos, la levantó por encima de un hombro y la hizo descender.

Pero no, no la hizo descender.

—¡Muy bien! —dijo exasperada, alzando las manos—. Eres un majadero enclenque. ¡Muy bien! ¡Mierda y cebollas! Ponte la camisa. Me está dando frío de verte.

Me dejé caer hasta sentarme en el banco.

—Menos mal —dije. Empecé a ponerme la camisa, pero era difícil, porque me temblaban las manos. Y no era de frío.

Vashet lo vio.

—¡Lo sabía! —dijo triunfante, apuntándome con un dedo—. Te has plantado ahí como si no te importara que te ahorcaran. ¡Sabía que estabas a punto de echar a correr como un conejo! —Dio un pisotón en el suelo, frustrada—. ¡Sabía que debía pegarte!

—Me alegro de que no lo hayas hecho —repuse. Conseguí ponerme la camisa, y entonces me di cuenta de que estaba del revés. Decidí dejármela para no volver a arrastrarla otra vez por mi dolorida espalda.

—¿Qué ha sido lo que me ha delatado? —me preguntó Vashet.

—Nada. Ha sido una interpretación magistral.

—Entonces, ¿cómo has sabido que no iba a abrirte el cráneo?

—Me lo he pensado mucho —dije—. Si Shehyn hubiera querido realmente echarme, no tenía más que ordenarme que me largara. Si hubiera querido verme muerto, también podría haberlo hecho.

Me froté las manos sudadas en los pantalones.

—Eso significaba que realmente te habían escogido para ser mi maestra. De modo que solo había tres opciones lógicas. —Levanté un dedo—. Esto era un ritual de iniciación. —Levanté otro dedo—. Era una prueba de mi determinación…

—O de verdad intentaba echarte —terminó Vashet sentándose en el otro banco, enfrente de mí—. ¿Y si te hubiera dicho la verdad y te hubiese golpeado hasta hacerte sangrar?

—Al menos lo habría sabido. —Me encogí de hombros—. Pero no parecía probable que Shehyn te hubiera elegido a ti. Si hubiera querido que me dieran una paliza, le habría encargado a Carceret que lo hiciera. —Ladeé la cabeza—. Por curiosidad, ¿qué era? ¿Un rito iniciático o una prueba de determinación? ¿Todos los aspirantes pasan por esto?

Vashet sacudió la cabeza.

—Determinación. Necesitaba estar segura de ti. No estaba dispuesta a perder el tiempo enseñando a un cobarde o a alguien que temiera recibir un par de golpes. También necesitaba saber si estabas entregado.

—Sí, parecía lo más probable —dije asintiendo con la cabeza—. He pensado que podía

ahorrarme unos cuantos días de verdugones y forzar la situación.
Vashet me miró largamente; la curiosidad se reflejaba en su rostro.
—He de admitir que ningún alumno se me había ofrecido a recibir una brutal paliza solo para demostrarme que valía la pena que le dedicara mi tiempo.
—Pues eso no ha sido nada —dije con desenfado—. Una vez me tiré desde un tejado.
Pasamos una hora hablando de cosas sin importancia, dejando que poco a poco se diluyera la tensión entre los dos. Me pidió que le contara lo de los azotes, y yo le resumí la historia, contento de tener la oportunidad de explicarme. No quería que Vashet me tomara por un delincuente.
Después me examinó las cicatrices más de cerca.
—El que te curó sabía lo que hacía —comentó, admirada—. Es un trabajo muy limpio. De los mejores que he visto.
—Le haré llegar el cumplido —repliqué.
Me acarició suavemente el borde del verdugón que me recorría toda la espalda.
—Por cierto, siento lo de tu espalda.
—Me duele mucho más que aquellos azotes, eso te lo aseguro.
—En un par de día's se te habrá curado —dijo—. Lo cual no quiere decir que esta noche no vayas a dormir boca abajo.
Me ayudó a ponerme bien la camisa, y luego se sentó en el otro banco, enfrente de mí.
Titubeé un poco antes de decir:
—No te ofendas, Vashet, pero pareces diferente de los otros Adem que he conocido. Aunque la verdad es que no he conocido a muchos.
—Lo que te pasa es que añoras el lenguaje corporal —dijo ella.
—Sí, en parte es eso. Pero tú pareces más... expresiva que los otros Adem que he visto aquí. —Me señalé la cara.
Vashet se encogió de hombros.
—De donde yo vengo, aprendemos tu idioma de niños. Y trabajé cuatro años de guardaespaldas y capitana para un poeta de los Pequeños Reinos que además era rey. Seguramente hablo atur mejor que nadie en Haert. Incluido tú.
Pasé por alto ese último comentario.
—Entonces, ¿no creciste aquí?
Vashet negó con la cabeza.
—Soy de Feant, una ciudad que hay más al norte. Allí somos... más cosmopolitas. En Haert solo hay una escuela, y todos están estrechamente ligados a ella. Y el árbol espada es una de las vías más antiguas. Muy formal. Yo crecí siguiendo la vía del gozo.
—Ah, pero ¿hay otras escuelas?
Vashet asintió.
—Esta es una de las muchas escuelas que siguen la Latantha, la vía del árbol espada. Es de las más antiguas, después del Aethe y el Aratan. Hay otras vías, quizá tres docenas. Pero algunas son muy pequeñas, y solo tienen una o dos escuelas donde enseñan su Ketan.
—¿Por eso tu espada es diferente? —pregunté—. ¿Te la trajiste de la otra escuela?
—¿Qué sabes tú de mi espada? —me preguntó Vashet mirándome con los ojos entrecerrados.
—La sacaste para pelar la rama de sauce —dije—. La espada de Tempi estaba bien hecha, pero la tuya es diferente. El puño está gastado, y sin embargo la hoja parece nueva.
Me miró con curiosidad.
—Veo que tienes los ojos bien abiertos.
Encogí los hombros.
—En sentido estricto no es mi espada —dijo Vashet—. Yo solo la tengo a mi cuidado. Es vieja, y la hoja es su parte más vieja. Me la dio Shehyn.

—¿Por eso viniste a esta escuela?
Vashet negó con la cabeza.
—No. Shehyn me dio la espada mucho más tarde. —Llevó una mano hacia atrás y tocó el puño con cariño—. No. Vine aquí porque aunque la Latantha es muy formal, sus seguidores sobresalen en el uso de la espada. Yo ya había aprendido cuanto podía de la vía del gozo. En otras tres escuelas me rechazaron, hasta que Shehyn me aceptó. Es una mujer muy inteligente, y se dio cuenta de que enseñándome podía ganar algo.
—Supongo que es una suerte para ambos que Shehyn tenga una mentalidad abierta —comenté.
—Para ti más —dijo Vashet—. Entre las diferentes vías hay cierta competencia. Mi ingreso en la Latantha fue un pequeño triunfo personal para Shehyn.
—No debe de haber sido fácil —dije—. Venir aquí y ser una extraña para todos.
Vashet encogió los hombros, y su espada ascendió y descendió detrás de su hombro.
—Al principio sí —admitió—. Pero saben reconocer el talento, y a mí me sobra. Los que estudian la vía del gozo me consideraban rígida y pesada. En cambio, aquí me consideran más bien salvaje. —Sonrió—. Es grato poder ponerse un traje nuevo.
—¿La vía del gozo también enseña el Lethani? —pregunté.
—Eso es objeto de un debate considerable —dijo Vashet riendo—.
La respuesta más sencilla es que sí. Todos los Adem estudian el Lethani de un modo u otro. Sobre todo, los miembros de las escuelas. Pero el Lethani se presta a diversas interpretaciones. Algunas escuelas rechazan aquello a lo que otras se aferran.
Me miró con seriedad.
—¿Es cierto que dijiste que el Lethani proviene del mismo sitio que la risa?
Asentí.
—Fue una buena respuesta —dijo—. Mi maestra de la vía del gozo me dijo eso mismo una vez. —Arrugó el entrecejo—. Te veo pensativo. ¿Por qué?
—Te lo diría —dije—, pero no quiero decepcionarte.
—Me decepcionas si le ocultas algo a tu maestra —replicó ella con seriedad—. Debemos confiar el uno en el otro.
Suspiré.
—Me alegro de que te guste la respuesta que di. Pero sinceramente, no sé qué significa.
—No te he preguntado qué significa —replicó Vashet.
—No es más que una respuesta absurda —dije—. Sé que vosotros dais mucho valor al Lethani, pero no alcanzo a comprenderlo. Solo he encontrado una forma de fingirlo.
Vashet sonrió con indulgencia.
—No se puede fingir que se entiende el Lethani —dijo con seguridad—. Es como nadar. Cualquiera que te vea sabe distinguir perfectamente si sabes nadar o no.
—También puedes fingir que sabes nadar —la contradije—. Lo único que he hecho yo ha sido mover los brazos y caminar por el fondo del río.
Vashet me miró con curiosidad.
—De acuerdo. ¿Cómo has conseguido engañarnos?
Le expliqué lo de la Hoja que Gira. Que había aprendido a dirigir mis pensamientos hacia un lugar vacío, ligero e ingrávido donde las respuestas a sus preguntas llegaban fácilmente.
—De modo que te has robado a ti mismo las respuestas —dijo fingiendo seriedad—. Nos has engañado a todos extrayendo las respuestas de tu propia mente.
—No me has entendido —dije, irritado—. ¡No tengo ni la menor idea de qué es el Lethani! No es un camino, pero ayuda a escoger un camino. Es la vía más sencilla, pero no es fácil verlo. Sinceramente, los Adem parecéis cartógrafos borrachos.
Lamenté haberlo dicho tan pronto como las palabras salieron de mi boca, pero Vashet se limitó a reír.

—Hay muchos borrachos que están muy versados en el Lethani —dijo—. Algunos, de dimensiones legendarias.
Al ver que yo seguía agitado, hizo un gesto para tranquilizarme.
—Yo tampoco entiendo el Lethani, o al menos no de una forma que se pueda explicar a otra persona. La enseñanza del Lethani es un arte que yo no poseo. Si Tempi ha conseguido inculcarte el Lethani, eso dice mucho en su favor.
Vashet se inclinó hacia delante y, muy seriá, continuó:
—En parte, el problema está en tu idioma. El atur es muy explícito. Es muy preciso y directo. Nuestra lengua es rica en insinuaciones, y por eso nos es más fácil aceptar la existencia de cosas que no pueden explicarse. El Lethani es la mayor de todas.
—¿Puedes ponerme un ejemplo de otra cosa que no pueda explicarse, que no sea el Lethani? —pregunté—. Y no me digas «azul», por favor, o enloqueceré aquí mismo, en este banco.
Vashet meditó unos instantes.
—El amor, por ejemplo. Sabes qué es, pero se resiste a una explicación detallada.
—El amor es un concepto sutil —admití—. Es elusivo, como la justicia, pero puede definirse.
A Vashet le centellearon los ojos.
—Pues defínelo, mi inteligente alumno. Dime qué es el amor.
Pensé un momento, y luego otro, más largo.
Vashet sonrió.
—¿Ves lo fácil que lo tendré para detectar lagunas en cualquier definición que me des?
—El amor es la voluntad de hacer cualquier cosa por alguien —dije—. Incluso en detrimento propio.
—En ese caso —repuso ella—, ¿en qué se diferencia el amor del deber o la lealtad?
—En que está combinado con la atracción física—dije.
—¿También el amor de una madre? —inquirió Vashet.
—Pues combinado con un profundo cariño —me corregí.
—Y ¿qué quieres decir exactamente con «cariño»? —dijo ella con una calma desquiciante.
—El cariño es... —Me estrujé el cerebro tratando de pensar cómo podía describir el amor sin recurrir a otros términos igualmente abstractos.—Esa es la naturaleza del amor —dijo Vashet —. Intentar describirlo volvería loca a cualquier mujer. Por eso los poetas se pasan la vida escribiendo. Si uno de ellos pudiera describirlo definitivamente en el papel, los otros tendrían que abandonar sus plumas. Pero es imposible.
Levantó un dedo.
—Pero solo un necio puede afirmar que no existe el amor. Cuando ves a dos jóvenes mirándose fijamente con los ojos lagrimosos, allí está. Tan denso que podrías untarlo en el pan y comértelo. Cuando ves a una madre con su hijo en brazos, ves el amor. Cuando lo notas agitarse en tu vientre, sabes qué es. Aunque no puedas expresarlo con palabras.
Vashet hizo un gesto triunfante.
—Lo mismo ocurre con el Lethani. Pero como es más grande, es más difícil señalarlo. Ese es el propósito de las preguntas. Hacer esas preguntas es como preguntarle a una muchacha por el chico que le gusta. Quizá no emplee la palabra en sus respuestas, pero estas revelan si hay o no amor en su corazón.
—¿Cómo pueden revelar mis respuestas el conocimiento del Lethani si en realidad no sé qué es? —pregunté.
—Es evidente que entiendes el Lethani —repuso Vashet—. Está enraizado dentro de ti. Demasiado hondo para que lo veas. A veces ocurre lo mismo con el amor.
Estiró un brazo y me dio unos golpecitos en la frente.
—En cuanto a eso de la Hoja que Gira... Tengo entendido que otras vías practican algo parecido. Que yo sepa, en atur no hay ninguna palabra para definirlo. Es como un Ketan

para tu mente. Un movimiento que haces con tus pensamientos para entrenarlos.
»Sea como sea —continuó quitándole importancia con un ademán—, no es un engaño. Es una forma de revelar lo que está oculto en las aguas profundas de tu mente. El hecho de que lo hayas encontrado por ti solo es sorprendente.
Le hice una inclinación de cabeza.
—Me inclino ante tu sabiduría, Vashet.
Vashet dio una palmada.
—Bueno, tengo muchas cosas que enseñarte. Sin embargo, como todavía estás magullado y dolorido, nos abstendremos de practicar el Ketan. Demuéstrame cuánto adémico has aprendido. Quiero oír cómo destrozas mi maravilloso idioma con tu basta lengua bárbara.
En las horas siguientes aprendí mucho sobre el adémico. Daba gusto poder hacer preguntas detalladas y recibir respuestas claras y específicas. Después de un mes bailando y dibujando en el suelo, aprender con Vashet era tan fácil que hasta parecía deshonesto.
Por otra parte, Vashet me dejó claro que mi lenguaje de signos era bochornosamente torpe. Podía transmitir mis mensajes, pero siendo benévolos, se me podía comparar a un recién nacido. Siendo malévolos, a las peroratas de un maníaco trastornado.**
—Ahora hablas así. —Vashet se levantó, agitó ambas manos por encima de su cabeza y se señaló con los pulgares—. Quiero pelear bien. —Compuso una sonrisa amplia e insulsa—. ¡Con espada! —Se golpeó el pecho con los puños, y luego dio unos saltitos, como un crío impaciente.
—No-seas tan dura —dije, abochornado—. No lo hago tan mal.
—Casi —dijo Vashet con seriedad, y se sentó en el banco—. Si fueras hijo mío, no te dejaría salir de casa. Como pupilo mío, lo tolero solo porque eres un bárbaro. Es como si Tempi hubiera traído a un perro que supiera silbar. El hecho de que desafines no es lo más llamativo.
Hizo ademán de levantarse.
—Aclarado eso, si te contentas con hablar como un simplón, dilo y pasaremos a otras cosas...
Le aseguré que quería aprender.
—En primer lugar, hablas demasiado y en voz demasiado alta —dijo—. La quietud y el silencio son el corazón de los Adem. Y nuestro idioma lo refleja.
»En segundo lugar, debes tener mucho más cuidado con tus signos —continuó—. Debes elegir muy bien el momento. Los signos modifican determinadas palabras e ideas. No siempre refuerzan lo que dices; a veces expresan todo lo contrario de lo que dicen tus palabras.
Hizo seis o siete signos distintos, uno detrás de otro. Todos significaban diversión, pero todos eran ligeramente diferentes.
—También debes entender los matices de significado. La diferencia entre flaco y delgado, como solía decir mi rey poeta. Ahora solo tienes una sonrisa, y eso hace que parezcas un necio.
Pasamos varias horas trabajando, y Vashet dejó claro algo que Tempi solo podía insinuar. El atur era como una laguna extensa y poco profunda; tenía muchas palabras, todas muy específicas y precisas. El adémico era como un pozo hondo. Había menos palabras, pero cada una tenía diversos significados. En atur, una frase bien construida es como una línea recta que señala. En adémico, una frase bien construida es como una telaraña: cada filamento tiene su propio significado y es una pieza de algo mayor y más complejo.
Cuando llegué al comedor a la hora de la cena, estaba de bastante mejor humor que la vez anterior. Todavía me dolían los verdugones, pero me palpé la hinchazón de la mejilla y noté que se había reducido mucho. Volví a sentarme solo, pero no mantuve la cabeza agachada como a la hora de la comida. Observaba las manos de los que me rodeaban y trataba de

detectar los matices que diferenciaban entusiasmo e interés, negación y rechazo.
Después de cenar, Vashet trajo un tarrito de ungüento que me aplicó abundantemente por la espalda y los brazos, y en menor cantidad en la cara. Al principio me produjo un cosquilleo, luego un escozor, y por último un ligero calor. Hasta que no se me pasó el dolor de la espalda no me di cuenta de lo tenso que había tenido todo el cuerpo.
—Ya está —dijo Vashet tapando el tarro—. ¿Cómo te sientes?
—Te besaría —dije, agradecido.
—Sí, claro. Pero tienes el labio hinchado, y seguro que lo harías fatal. En lugar de eso, enséñame tu Ketan.
No había hecho el calentamiento, pero como no quería que pareciera que ponía excusas, hice Manos Abiertas y comencé lentamente la serie de movimientos.
Como ya he mencionado, Tempi solía detenerme en cuanto cometía el más mínimo error en el Ketan. Por eso, cuando llegué a la duodécima posición sin interrupciones, me sentía bastante satisfecho de mí mismo. Entonces coloqué mal el pie en Abuela Recoge. Vashet no dijo nada, y entonces comprendí que se estaba limitando a observarme y reservándose su juicio hasta el final. Rompí a sudar, y no paré hasta diez minutos más tarde, cuando hube terminado el Ketan.
Entonces Vashet se levantó frotándose la barbilla.
—Bueno —dijo pausadamente—. Podría ser peor, desde luego... —Sentí un leve chispazo de orgullo, hasta que añadió—: Podría faltarte una pierna, por ejemplo.
Entonces caminó describiendo un círculo alrededor de mí, mirándome de arriba abajo. Estiró un brazo y me hincó un dedo en el pecho y en el abdomen. Me agarró un brazo y un muslo. Me sentí como un cerdito al que llevan al mercado.
Por último, me cogió las manos y les dio la vuelta para examinarlas. Pareció gratamente sorprendida.
—¿Nunca habías luchado antes de que Tempi te enseñara? —me preguntó.
Negué con la cabeza.
—Tienes buenas manos —dijo, deslizando los dedos por mis antebrazos y palpándome los músculos—. La mitad de los bárbaros tienen unas manos suaves y débiles, de no hacér nada. La otra mitad tienen unas manos fuertes y rígidas de cortar leña y trabajar detrás de un arado. —Siguió dando vueltas a mis manos—. Pero tú tienes unas manos fuertes e inteligentes, y un buen movimiento de muñecas. —Me miró inquisitivamente—. ¿Cómo te ganas la vida?
—Soy alumno de la Universidad, donde trabajo con herramientas de precisión, con piedra y metal —expliqué—. Pero también soy músico. Toco el laúd.
Vashet dio un respingo y se echó a reír. Me soltó las manos y sacudió la cabeza, consternada.
—Un músico, para colmo —dijo—. Perfecto. ¿Lo sabe alguien más?
—¿Qué importancia tiene eso? —pregunté—. No me avergüenzo de ser quien soy.
—No —dijo ella—. Claro que no. Eso es parte del problema. —Inspiró hondo y soltó el aire—. Está bien. Cuanto antes lo sepas, mejor. A la larga, nos ahorrará problemas a los dos. —Me miró a los ojos—. Eres una puta.
Parpadeé varias veces.
—¿Cómo dices?
—Préstame atención un momento. No eres idiota. Te habrás dado cuenta de que hay grandes diferencias culturales entre Ademre y donde tú creciste, en...
—La Mancomunidad—dije—. Sí, tienes razón. La brecha cultural entre Tempi y yo era enorme comparada con los otros mercenarios de Vintas.
Vashet asintió con la cabeza.
—Eso se debe, en parte, a que Tempi tiene menos cabeza que trasero. Y es más inocente

que un pollito cuando se trata de manejarse por el mundo. —Agitó una mano—. Pero aparte de eso, sí, tienes razón. Las diferencias son enormes.
—Ya me he fijado —dije—. Por lo visto, para vosotros la desnudez no es un tabú, por ejemplo. O eso, o Tempi es exhibicionista.
—Me gustaría saber cómo has descubierto eso —dijo riendo—. Pero tienes razón. Por extraño que te parezca, no nos asusta un cuerpo desnudo.
Vashet se quedó pensativa un momento, hasta que, al parecer, tomó una decisión.
—De acuerdo. Será más sencillo hacerte una demostración. Mira.
Vi cómo la característica imperturbabilidad adem se apoderaba de su semblante, dejándolo completamente inexpresivo. Al mismo tiempo, su voz perdió casi toda la entonación, deshaciéndose de su contenido emocional.
—Dime qué quiero decir cuando hago esto —dijo.
Vashet se acercó a mí sin establecer contacto visual. Con una mano hizo el signo de respeto.
—Luchas como un tigre —dijo con voz pausada y monótona, y sin que su rostro reflejara ni pizca de emoción. Me cogió por un hombro con una mano, y con la otra me cogió el brazo y me lo apretó.
—Es un cumplido —dije.
Vashet asintió y dio un paso atrás. Entonces cambió de actitud. Su rostro se animó. Sonrió y me miró a los ojos. Dio un paso hacia mí.
—Luchas como un tigre —dijo con una voz cargada de admiración. Me apoyó una mano en el hombro mientras deslizaba la otra alrededor de mi bíceps. Me dio un apretón en el brazo. De pronto me sentí incómodo por lo cerca que estábamos el uno del otro.
—Es una insinuación sexual —dije.
Vashet se apartó y asintió.
—Vosotros consideráis intimidantes ciertas cosas. La desnudez. El contacto físico. La proximidad de un cuerpo. Los juegos amorosos. Para los Adem, nada de eso es extraordinario.
Me miró a los ojos.
—¿Alguna vez nós has oído gritar? ¿Levantar la voz? ¿O hablar lo bastante alto para que se nos oyera desde lejos?
Reflexioné un momento y negué con la cabeza.
—Eso se debe a que para nosotros hablar es algo privado. Algo íntimo. Igual que las expresiones faciales. Y esto… —Se tocó el cuello—. El calor que puede provocar una voz. La emoción que revela. Eso es algo muy íntimo.
—Y nada transmite tanta emoción como la música —dije, al entenderlo. Para mí era una idea tan extraña que no podía asimilarla de golpe.
Vashet asintió con la cabeza, con gesto grave.
—Los miembros de una familia pueden cantar juntos, si están muy unidos. Una madre puede cantarle a su hijo. Una mujer puede cantarle a su hombre. —Vashet se ruborizó ligeramente cuando dijo eso—. Pero solo si están muy enamorados, y si están a solas.
»Pero tú… —Me señaló—. Eres músico. Tú haces eso en una habitación llena de gente. Delante de muchas personas, con todas a la vez. Y ¿a cambio de qué? ¿Unos pocos peniques? ¿'Una comida? —Me miró con gravedad—. Y lo haces una y otra vez. Noche tras noche. Con cualquiera.
Vashet meneó la cabeza, consternada, y se estremeció un poco mientras con la mano izquierda, inconscientemente, hacía una serie de signos: horror, repugnancia, reprimenda. Recibir las dos clases de señales al mismo tiempo resultaba intimidante.
Intenté ahuyentar de mi mente una imagen mental: estaba desnudo en el escenario del Eolio; luego bajaba y me abría paso entre el público, restregando mi cuerpo contra todos. Jóvenes y viejos. Gordos y delgados. Nobles ricos y plebeyos pobres. Fue un pensamiento

revulsivo.
—Pero Tocar el Laúd es la posición treinta y ocho del Ketan —protesté. Me aferraba desesperadamente a una esperanza remota, y lo sabía.
—Y Oso Dormido es la duodécima. —Vashet se encogió de hombros—. Pero aquí no verás osos, ni leones, ni laúdes. Algunos nombres revelan cosas. Eos nombres del Ketan sirven para ocultar la verdad, para que podamos hablar de él sin revelar nuestros secretos.
—Ya lo entiendo —dije por fin—. Pero muchos de vosotros habéis viajado por el mundo. Tú, por ejemplo, hablas atur perfectamente, y con mucho calor en la voz. Estoy seguro de que sabes que no hay nada intrínsecamente malo en que una persona cante.
—Tú también has viajado por el mundo —repuso ella con calma—. Y estoy segura de que sabes que no hay nada intrínsecamente malo en tener relaciones sexuales con tres personas, una detrás de otra, en el escalón de la chimenea de una taberna abarrotada. —Me miró a los ojos.
—Debe de ser muy incómodo hacerlo sobre la piedra… —dije.
Vashet rió.
—Está bien. Supongamos que hay una manta sobre la piedra. ¿Cómo llamarías a esa persona?Si me lo hubiera preguntado dos ciclos atrás, cuando yo acababa de salir de Fata, quizá no la habría entendido. Si me hubiera quedado más tiempo con Felurian, es muy posible que tener relaciones sexuales en el escalón de la chimenea no me hubiera parecido nada extraño. Pero ya llevaba un tiempo en el mundo de los mortales…
«Una puta», pensé. Y una puta barata y desvergonzada. Me alegré de no haber mencionado a nadie el interés de Tempi por aprender a tocar el laúd. Qué avergonzado debía de sentirse por haber sentido ese impulso tan inocente. Me imaginé a Tempi de joven, queriendo hacer música pero no diciéndoselo a nadie porque sabía que era algo sucio. Me partió el corazón.
Mi cara debió de delatarme un poco, porque Vashet me cogió una mano con ternura.
—Ya sé que a vosotros os cuesta entenderlo. Más aún porque nunca os habéis planteado la posibilidad de pensar de otra forma. —Cautela.
Intenté encajar todo lo que eso significaba.
—¿Cómo recibís las noticias? —pregunté—. Sin artistas de troupe yendo de pueblo en pueblo, ¿cómo os mantenéis en contacto con el mundo exterior?
Vashet esbozó una sonrisita de suficiencia e hizo un ademán señalando el paisaje azotado por el viento.
—¿Te parece este un lugar muy preocupado por lo que sucede en el mundo? —Bajó el brazo—. Pero no es tan grave como crees. Los vendedores ambulantes son mejor recibidos aquí que en muchos sitios. Y los caldereros, aún más. Y nosotros también viajamos bastante. Los que visten el rojo vienen y van, y traen noticias con ellos.
Me puso una mano en el hombro para tranquilizarme.
—Y de vez en cuando, pasa por aquí algún músico o algún cantante. Pero nunca tocan para todo el pueblo a la vez. Visitan a una sola familia. Y actúan sentados detrás de un biombo, para que no los vean. Puedes reconocer a los músicos adem porque viajan con sus altos biombos a la espalda. —Frunció un poco los labios—. Pero no tienen muy buena fama. La suya es una ocupación valiosa, pero no respetable.
Me relajé un poco. La idea de un sitio donde ningún músico fuera bien recibido me parecía rarísima, incluso malsana. Pero sí podía entender que hubiera un sitio con costumbres extrañas. Para los Edena Ruh, adaptarse al público es algo tan natural como cambiarse de disfraz.—Así son las cosas —continuó Vashet—, y será mejor que las aceptes cuanto antes. Te lo dice una mujer que ha viajado mucho. He vivido ocho años entre bárbaros. Hasta he escuchado música con un grupo de gente. —Lo dijo con orgullo, ladeando un poco la cabeza con aire desafiante—. Lo he hecho más de una vez.
—¿Alguna vez has cantado en público? —pregunté.

Vashet adoptó un gesto glacial.
—Esa pregunta es de mala educación—dijo con rigidez—. Con ella no te ganarás amigos aquí.
—Solo quería decir —me apresuré a agregar— que si lo probaras, quizá comprobarías que no es nada ignominioso. Es una gran alegría para todos.
Vashet me lanzó una mirada severa e hizo los signos de rechazo y tajante.
—He viajado mucho y he visto muchas cosas, Kvothe. La mayoría de los Adem que hay aquí son personas de mundo. Sabemos que existen los músicos. Y, para ser sinceros, muchos de nosotros sentimos una fascinación secreta y vergonzosa por ellos. De igual modo que a vosotros os entusiasma la habilidad de las cortesanas modeganas.
Me miró con dureza.
—Pero a pesar de todo eso, no me gustaría que mi hija trajera a un músico a casa, no sé si me explico. Y la opinión que los demás tienen de Tempi no mejoraría si supieran que había compartido el Ketan con alguien como tú. Guárdatelo para ti. Todavía tienes mucho que vencer, y solo falta que todo Ademre se entere de que para colmo eres músico.

114 Una sola y afilada flecha

Aunque de mala gana, seguí el consejo de Vashet. Y pese a que me hormigueaban los dedos, esa noche no saqué el laúd del estuche y no inundé de música mi pequeño rincón de la escuela. Llegué al extremo de guardar el estuche debajo de mi cama, para evitar que su mera presencia levantara rumores en la escuela.
Durante varios días hice poco más que estudiar con Vashet. Comía solo y no intentaba entablar conversación con nadie, porque de pronto me avergonzaba de cómo hablaba. Carceret mantenía las distancias, pero siempre estaba allí, observándome con unos ojos de serpiente, mates y agresivos.
Me aproveché del excelente atur de Vashet y le hice un millar de preguntas cuya sutileza Tempi jamás habría captado.
Esperé tres días enteros y le hice la pregunta que ardía como brasas en mi interior desde que ascendiera a las estribaciones de la sierra de Borrasca. Consideraba que me había contenido de manera admirable.
—Vashet —dije—, ¿tu gente tiene historias de los Chandrian?
Vashet me miró, y de pronto su rostro por lo general expresivo se tornó imperturbable.
—Y ¿qué tiene eso que ver con tu lenguaje de signos? —Con una mano hizo diversas variaciones seguidas del signo que indicaba desaprobación y reproche.
—Nada —admití.
—¿Tiene algo que ver con tu forma de pelear?
—No —respondí—. Pero...
—Entonces está relacionado con el Ketan, ¿no? ¿O con el Lethani? Quizá tenga algo que ver con el idioma adémico, con algún matiz de significado que te cuesta entender.
—No, es simple curiosidad.
Vashet suspiró.
—¿Qué tengo que hacer para que dirijas tu curiosidad a asuntos más urgentes? —me preguntó, e hizo los signos de exasperado y reprimenda firme.
Dejé de insistir. Vashet no solo era mi maestra, sino también mi única compañía. Por nada del mundo quería enojarla, o causarle la impresión de que no prestaba atención a sus clases.
Con esa única y decepcionante excepción, Vashet era una fuente de información inagotable. Contestaba mis inacabables preguntas con rapidez y claridad. Y gracias a eso, tenía la impresión de que mi dominio del idioma y mi técnica de lucha mejoraban a pasos agigantados.
Vashet no compartía mi entusiasmo, y no tenía ningún reparo en expresarlo. Elocuentemente. En dos idiomas.
Vashet y yo nos encontrábamos en el valle escondido donde se alzaba el árbol espada. Habíamos pasado cerca de una hora practicando la lucha con las manos, y estábamos sentados en la larga hierba, descansando para recuperar el aliento.
Mejor dicho: yo estaba sin aliento. Vashet no estaba en absoluto cansada. Para ella, pelear conmigo no era nada, y siempre me reprendía por mi flojedad estirando perezosamente un brazo, superando mis defensas y dándome un cachete en un lado de la cabeza.
—Vashet—dije armándome de valor para formular una pregunta que me inquietaba desde hacía un tiempo—, ¿puedo hacerte una pregunta que quizá te parezca presuntuosa?
—Prefiero a un alumno presuntuoso —contestó ella—. Creía que habíamos superado la fase de preocuparnos por esas cosas.

—¿Cuál es el propósito de todo esto? —la señalé primero a ella y luego me señalé a mí.
—Eí propósito de todo esto —dijo Vashet imitando mi ademán— es entrenarte lo suficiente para que dejes de pelear como un crío ebrio de la leche de su madre.
Ese día llevaba el cabello rubio rojizo recogido en dos trenzas cortas que colgaban a ambos lados del cuello. Eso le daba una apariencia curiosamente aniñada, y no había contribuido a aumentar mi autoestima durante la clase, mientras me tiraba una y otra vez al suelo, me obligaba a rendirme y me propinaba un sinfín de puñetazos y patadas, firmes pero generosamente calculados.En una ocasión, riendo, se había colocado detrás de mí y me había dado un buen cachete en el trasero, como si ella fuera un borracho lascivo de taberna y yo, una camarera con un corpiño escotado.
—Pero ¿por qué? —pregunté—. ¿Con qué propósito me enseñas?:Si Tempi se equivocó al enseñarme, ¿por qué continuar enseñándome más?
Vashet asintió en señal de aprobación.
—Me preguntaba cuánto tardarías en hacerme esa pregunta —dijo—. Debería haber sido una de las primeras.
—Me han dicho que hago demasiadas preguntas —dije—. Por eso ahora procuro ir con más cuidado.
Vashet se inclinó hacia delante y de pronto adoptó una actitud formal.
—Sabes cosas que no deberías saber. A Shehyn no le importa que conozcas el Lethani, aunque hay quien no comparte su opinión. Sin embargo, respecto a nuestro Ketan estamos todos de acuerdo: no es para los bárbaros. Es solo para los Adem, y solo para los que seguimos la vía del árbol espada.
»Eso es lo que piensa Shehyn —continuó—. Si formaras parte de la escuela, formarías parte de Ademre. Si formaras parte de Adem n-, ya no serías un bárbaro. Y si ya no fueras un bárbaro, no sería inadecuado que supieras estas cosas.
Tenía cierta lógica, aunque algo enrevesada.
—Y eso significa también que Tempi no se habría equivocado al enseñarme.
—Exacto —confirmó Vashet—. En lugar de traer a casa un cachorro que nadie quiere, sería como si hubiera devuelto un cordero extraviado al redil.
—¿Solo puedo ser un cordero o un cachorro? —Di un suspiro—. Lo encuentro indecoroso.
—Peleas como un cachorro —dijo Vashet—. Con entusiasmo y torpeza.
—Pero ¿no formo ya parte de la escuela? —pregunté—. Al fin y al cabo, me estás enseñando.
Vashet negó con la cabeza.
—Duermes en la escuela y comes con nosotros, pero eso no te convierte en alumno. Muchos niños estudian el Ketan con la esperanza de ingresar en la escuela y vestir el rojo algún día. Viven y estudian con nosotros. Están en la escuela, pero no forman parte de ella, ¿lo entiendes?
—No me explico que haya tantos que quieran hacerse mercenarios —comenté con toda la delicadeza de que fui capaz.
—Tú pareces bastante interesado —repuso Vashet con aspereza.
—A mí me interesa aprender —dije—, no convertirme en mercenario. Lo digo sin ánimo de ofender.
Vashet estiró el cuello para liberar la tensión acumulada en los músculos.
—Eso es por culpa de tu idioma. En las tierras bárbaras, los mercenarios son el peldaño más bajo del escalafón social. Por muy necio o inútil que sea un hombre, siempre puede llevar un garrote y ganarse medio penique al día custodiando una caravana. ¿No es así?
—Ese estilo de vida tiende a atraer a tipos duros —dije.
—Nosotros no somos de esa clase de mercenarios. Nos pagan, pero escogemos qué trabajos queremos hacer. —Hizo una pausa—. Si peleas por tu bolsa, eres un mercenario. ¿Cómo

llamáis al que lucha por deber hacia su país?
—Soldado.
—¿Y al que pelea para defender la ley?
—Alguacil.
—¿Y al que pelea para defender su reputación?
Esa tuve que pensarla un poco.
—¿Duelista, quizá?
—¿Y al que pelea por el bien de otros?
—Amyr —dije sin pensarlo.
Vashet me miró ladeando la cabeza.
—Esa es una respuesta interesante —dijo.
Levantó un brazo, mostrándome con orgullo la manga de su camisa roja.
—A los Adem nos pagan para vigilar, perseguir y proteger. Peleamos por nuestra tierra, nuestra escuela y nuestra reputación. Y peleamos por el Lethani. Con el Lethani. En el Lethani. Todo eso a la vez. En adémico llamamos Cethan a quien viste el rojo. —Me miró—. Y eso es algo de lo que nos enorgullecemos mucho.
—Entonces, un mercenario ocupa un rango muy alto en el escalafón adem —dije.
Vashet asintió con la cabeza.
—Pero los bárbaros no conocen esa palabra, y aunque la conocieran, no la entenderían. De modo que tenemos que contentarnos con «mercenario».
Vashet arrancó dos largas briznas de hierba y empezó a entretejerlas formando un cordón.
—Por eso la decisión de Shehyn es tan difícil. Tiene que sopesar lo que es correcto y lo que es más conveniente para su escuela. Y te niendo también en cuenta el bien de toda la vía del árbol espada. Envez de tomar una decisión apresurada, está jugando a un juego más paciente. Personalmente, creo que confía en que el problema se resuelva por sí solo.
—¿Cómo puede el problema solucionarse por sí solo? —pregunté? —Podrías haberte escapado —contestó Vashet—. Muchos daban i por hecho que lo harías. Si yo hubiera decidido que no valía la pena enseñarte, también le habría solucionado el problema a Shehyn. Podrías haber muerto durante el entrenamiento, o haber quedado m tilado.
La miré fijamente.
—A veces se producen accidentes —dijo Vashet encogiendo los hombros—. No pasa a menudo, pero pasa. Si tu maestra hubiera sido Carceret...
Hice una mueca.
—Y ¿cómo pasa uno a ser oficialmente miembro de la escuela ¿Hay un examen o algo así?
Vashet negó con la cabeza.
—Primero, alguien tiene que presentarte como candidato y defender que mereces ingresar en la escuela.
—¿Tempi? —pregunté.
—Alguien importante —aclaró Vashet.
—Supongo que esa eres tú —dije con voz pausada.
Vashet sonrió y se dio unos golpecitos en la nariz torcida; luego me señaló a mí.
—Solo has necesitado dos intentos. Si sigues progresando hasta convencerme de que no me avergonzarás, te presentaré como candidato y podrás hacer el examen.
Siguió entretejiendo las briznas de hierba, moviendo las manos con un patrón constante y complicado. Era la primera vez que veía a un Adem jugueteando con algo mientras hablaba. Los Adem no podían hacer eso, claro. Necesitaban tener siempre una mano libre para hablar.
—Si apruebas el examen, dejarás de ser un bárbaro. Tempi quedará vindicado, y todos estarán contentos. Excepto los que no lo están, claro.—¿Y si no apruebo el examen? —pregunté—. O si tú decides que no soy lo bastante bueno para presentarme.

—Entonces las cosas se complican. —Se levantó—. Ven, Shehyn me ha dicho que hoy quiere hablar contigo. No sería correcto que llegásemos tarde.
Vashet me guió hasta el pequeño grupo de edificios bajos de piedra. La primera vez que los había visto había creído que formaban el pueblo, pero ahora sabía que componían la escuela. Aquel grupo de edificios era como una Universidad en miniatura, solo que allí no había un régimen programado como al que yoestaba acostumbrado.
Tampoco había un sistema jerárquico formal. A los que vestían el rojo los trataban con deferencia, y era evidente que mandaba Shehyn. Aparte de eso, únicamente percibí una vaga impresión de una jerarquía social. Tempi ocupaba un puesto bastante bajo y de poco prestigio. Vashet ocupaba un puesto bastante alto y respetado.
Cuando llegamos a la cita, Shehyn estaba realizando el Ketan. La observé en silencio mientras se movía a la velocidad de la miel extendiéndose por el tablero de una mesa. El Ketan adquiere mayor dificultad cuanto más despacio lo ejecutas, pero ella hacía los movimientos a la perfección.
Tardó media hora en terminar, y después abrió una ventana. Una ráfaga de viento trajo el dulce olor a hierba de verano y el sonido de las hojas.
Shehyn se sentó. Respiraba con normalidad, aunque estaba cubierta de una fina capa de sudor.
—¿Te contó Tempi los noventa y nueve cuentos? —me preguntó sin preámbulos—. ¿Sobre Aethe y los inicios de los Adem?
Negué con la cabeza.
—Muy bien —dijo Shehyn—. No le corresponde a él hacer tal cosa, y no podría hacerlo correctamente.—Miró a Vashet—. ¿Cómo va con el idioma?
—Deprisa, como van estas cosas —respondió Vashet. Sin embargo.
—Muy-bien —dijo Shehyn, y empezó a hablar en un atur preciso, con ligero acento—: Lo contaré así, para que haya menos interrupciones y menos malentendidos.
Hice el signo de gratitud respetuosa, esmerándome al máximo.
—Esta es una historia de hace muchos años —dijo Shehyn con parsimonia—. Antes de esta escuela. Antes de la vía del árbol espada. Antes de que los Adem conocieran el Lethani. Esta es una historia del inicio de todas esas cosas.
»La primera escuela adem no enseñaba el arte de la espada. Aunque parezca extraño, la fundó un hombre llamado Aethe que aspiraba a dominar el arco y la flecha.
Shehyn hizo un paréntesis en su relato para aclarar:
—Deberías saber que, en aquellos días, el uso del arco estaba muy extendido. Su dominio estaba muy valorado. Eramos pastores, y nuestros enemigos nos agredían frecuentemente. El arco era la mejor arma que teníamos para defendernos.
Shehyn se reclinó en la silla y continuó:
—Aethe no se había propuesto fundar una escuela. En aquellos días no había escuelas. Solo aspiraba a mejorar sus habilidades. Puso en ello todo su empeño, hasta que pudo dispararle a una manzana a una distancia de treinta metros. Siguió entrenándose hasta que consiguió dispararle a la mecha de una vela encendida. Al poco tiempo, el único blanco que se le resistía era un trozo de seda suspendida y agitándose al viento. Aethe perseveró hasta que consiguió adivinar cómo soplaría el viento; una vez conseguido eso, ya no fallaba nunca.
»Empezaron a circular historias de su gran talento, y otros acudieron a él. Entre ellos estaba una joven llamada Rethe. Al principio, Aethe dudó que Rethe tuviera la fuerza necesaria para tensar el arco. Pero al poco tiempo la consideraba su alumna más aventajada.
»Como ya he dicho, eso sucedió hace muchos años y muy lejos de donde nos encontramos ahora. En aquellos días, los Adem no teníamos el Lethani para guiarnos, y por eso fue una época dura y sangrienta. En aquellos días, no era inusual que un Adem matara a otro por orgullo, o por una discusión, o para demostrar su habilidad.

»Como Aethe era el mejor arquero, muchos lo retaban. Pero un cuerpo no es un blanco difícil para quien puede disparar contra un trozo de seda agitado por el viento. Aethe les daba muerte con la facilidad con que se corta el trigo. Se llevaba una sola flecha al duelo, y declaraba que si esa sola flecha no era suficiente, merecía que lo mataran.
»Aethe se hizo mayor, y su fama se extendió. Se instaló y fundó la primera escuela adem. Pasaron los años, y Aethe entrenó a muchos Adem para convertirlos en guerreros mortíferos. Todos sabían que si dabas a un alumno de Aethe tres flechas y tres monedas, tus tres peores enemigos nunca volverían a molestarte.»Y así fue como la escuela se hizo rica, célebre y gloriosa. Y también Aethe.
«Entonces Rethe fue a hablar con él. Rethe, su mejor alumna. Rethe, la que estaba más cerca de su oído y de su corazón.
»Rethe habló con Aethe, y discreparon. Luego discutieron. Luego gritaron tan fuerte que toda la escuela podía oírlos a través de las gruesas paredes de piedra.
»Y al final, Rethe retó a Aethe a un duelo. Aethe aceptó, y todos sabían que el vencedor controlaría la escuela a partir de ese día.
»Como era quien había sid'ó retado, Aethe fue el primero en escoger el lugar. Decidió situarse en medio de un bosquecillo de árboles jóvenes cuyo balanceo tapaba intermitentemente su figura. En circunstancias normales, no se habría molestado en tomar tantas precauciones, pero Rethe era su mejor alumna, y sabía leer el viento tan bien como él. Aethe se llevó su arco de cuerno. Se llevó una sola y afilada flecha.
«Entonces Rethe escogió dónde quería situarse. Subió a lo alto de un monte; su silueta se recortaba contra el cielo desnudo. No llevaba ni arco ni flecha. Y cuando llegó a la cima, se sentó tranquilamente en el suelo. Eso fue quizá lo más extraño, pues era bien sabido que Aethe solía disparar a su enemigo en la pierna en lugar de matarlo.
»Aethe vio que su alumna se sentaba y le embargó la ira. Cogió su única flecha y armó el arco. Tensó la cuerda. La cuerda que le había hecho Rethe, tejida con las largas y fuertes hebras de su propio cabello.
Shehyn me miró a los ojos.
—Lleno de ira, Aethe disparó su flecha, que golpeó a Rethe como un rayo.
»Aquí. —Se señaló con dos dedos la curva interior del pecho izquierdo—. Todavía sentada, con la flecha sobresaliendo de su pecho, Rethe se sacó una larga cinta de seda blanca de debajo de la camisa. Arrancó una pluma blanca de la flecha, la mojó en su sangre y escribió cuatro versos en la cinta.
»Rethe sostuvo la cinta en alto unos momentos y dejó que el viento la hiciera ondear primero hacia un lado y luego hacia otro. Entonces Rethe soltó la cinta, que revoloteó por el aire, subiendo y bajando arrastrada por la brisa. Retorciéndose en el viento, la cinta zigzagueó entre los árboles y fue a parar contra el pecho de Aethe.
»Los versos rezaban:
Aethe, junto a mi corazón.
Sin vanidad, la cinta.
Sin deber, el viento.
Sin sangre, la victoria.
Oí un débil ruido y vi que Vashet lloraba discretamente. Tenia U cabeza agachada, y las lágrimas resbalaban por su cara y goteaba en su camisa roja, dejando en ella manchas más oscuras.
Shehyn continuó:
—Hasta que no leyó esos versos, Aethe no se dio cuenta de la pi o funda sabiduría que poseía su alumna. Fue corriendo a curarle las heridas a Rehthe, pero la punta de la flecha se había alojado demasiado cerca de su corazón, y era imposible arrancársela.
»Rethe solo vivió tres días, y el desconsolado Aethe no se sepuo de su lado. Le entregó a

Rethe el control de la escuela, y escuchó sus palabras, y en todo ese tiempo la punta de su flecha seguía clavada junto al corazón de su alumna.
»En esos tres días, Rethe dictó noventa y nueve historias, y Aethe las transcribió. Esos relatos son el inicio de nuestro conocimiento del Lethani. Son las raíces de todo Ademre.
»A1 final del tercer día, Rethe terminó de contarle la historia numero noventa y nueve a Aethe, que ya se consideraba el alumno de su alumna. Cuando Aethe terminó de escribir, Rethe le dijo: “Queda una última historia, más importante que todas las demás, y esa se sabrá cuando despierte”.
«Entonces Rethe cerró los ojos y se durmió. Y mientras dormía, murió.
»Aethe vivió cuarenta años más, y dicen que nunca volvió a matar. En esos años, le oyeron decir a menudo: “Gané el único duelo que he perdido”.
»Siguió dirigiendo la escuela y entrenando a sus alumnos para convertirlos en maestros del arco. Pero también les enseñaba a ser sabios. Les contaba las noventa y nueve historias, y así fue como todo Ademre conoció el Lethani. Y así fue como nos convertimos en lo que somos.
Hubo una larga pausa.
Gracias, Shehyn —dije, e hice lo mejor que pude el signo de gratitud respetuosa . Me gustaría mucho oír esas noventa y nueve historias.
—Esas historias no son para los bárbaros —replicó Shehyn. Pero

no parecía ofendida por mi petición, e hizo un signo que combinaba reproche y pesar. Entonces cambió de tema—: ¿Cómo va tu Ketan?
__ Me esfuerzo para mejorar, Shehyn.
Shehyn miró a Vashet.
__ ¿Es cierto?
—No cabe duda de que se esfuerza —dijo Vashet, que todavía tenía los ojos enrojecidos de llorar. Diversión irónica—. Pero también
hay progresos.
Shehyn asintió. Aprobación con reservas.
—Mañana, unos cuantos vamos a luchar. Quizá podrías traerlo a que mire.
Vashet hizo un elegante signo que me hizo darme cuenta de lo poco que conocía las sutilezas del lenguaje de signos: agradecimiento cortés y aceptación levemente sumisa.
—Deberías sentirte halagado —me dijo Vashet, contenta . Una conversación con Shehyn y una invitación para verla luchar.
Nos dirigíamos a un valle profundo y protegido donde solíamos practicar el Ketan y la lucha con las manos.
Sin embargo, seguían asaltándome pensamientos desagradables e inevitables. Pensaba en los secretos y en el afán de las personas por guardarlos. Me preguntaba cómo reaccionaría Kilvin si yo llevara a alguien a la Factoría y le enseñara la sigaldría de sangre, hueso y pelo. Solo de pensar en la ira del corpulento artífice me echaba a temblar. Sabía los problemas a que me enfrentaría. Aquello estaba muy bien especificado en las leyes de la Universidad. Pero ¿qué le haría Kilvin a la persona a la que yo hubiera enseñado esas cosas?
Vashet me golpeó en el pecho con el dorso de la mano para atraer mi atención.
—He dicho que deberías sentirte halagado —repitió.
—Lo estoy—le aseguré.
Vashet me cogió del hombro y me obligó a girarme para que la mirara.
—Te has quedado muy pensativo.
—¿Qué le harán a Tempi si todo esto acaba mal? —pregunté a bocajarro.
La alegría desapareció del rostro de Vashet.

—Le quitarán el rojo, y la espada, y su nombre, y lo cortarán de la Latantha. —Inspiró lentamente—. Si eso pasa, es improbable que loacepten en otra escuela, de modo que en la práctica quedará exiliado de Ademre.
—Pero a mí no pueden castigarme con el exilio —dije—. Obligarme a volver al mundo solo empeoraría el problema, ¿no?
Vashet no dijo nada.
—Cuando empezó todo esto —continué—, me animaste a marcharme. Si me hubiera escapado, ¿me habrían dejado irme?
Hubo un largo silencio que me reveló la verdad. Pero Vashet también lo dijo en voz alta:
—No.
Le agradecí que no me mintiera.
—Y ¿cuál será mi castigo?—pregunté—. ¿La cárcel? —Sacudí la cabeza—. No. No sería práctico mantenerme encerrado aquí durante años. —La miré—. ¿Cuál sería?
—Tu castigo no es lo que nos preocupa —dijo—. Después du todo, eres un bárbaro. No sabías que lo que hacías estaba mal. Nuestra principal preocupación es impedir que enseñes a otros lo que ha-, robado; impedir que lo utilices en tu propio provecho.
No había contestado mi pregunta. Me quedé mirándola.
—Algunos opinan que lo mejor sería matarte —dijo con franqueza—. Pero la mayoría cree que matarte no es del Lethani. Shehyn es una de ellas. Y yo también.
Me relajé un poco; al menos, eso ya era algo.
—Y supongo que una promesa por mi parte no tranquilizaría a nadie, ¿verdad?
Vashet me sonrió con cordialidad.
—El hecho de que volvieras con Tempi dice mucho en tu favor. Y te quedaste cuando yo intenté ahuyentarte. Pero la promesa de un bu baro no tiene mucho valor.
—Entonces, ¿qué? —pregunté; sospechaba cuál iba a ser la res puesta y sabía que no iba a gustarme.
Vashet inspiró hondo.
—Podrían impedir que enseñes lo que sabes extirpándote la lengua o quitándote los ojos —dijo sin tapujos—. Para impedir que utilices el Ketan podrían dejarte cojo. Cortarte el tendón del tobillo, o lastimarte la rodilla de tu pierna buena. —Encogió los hombros— Pero se puede ser un buen luchador incluso con una pierna lastima da. Por eso sería más eficaz amputarte los dos dedos más pequeños de la mano derecha. Eso sería...
Vashet siguió hablando con total naturalidad. Creo que pretendía tranquilizarme, pero sus palabras surtieron el efecto contrario. Yo no podía parar de imaginármela cortándome los dedos con la misma tranquilidad con que se parte una manzana. Empecé a verlo todo brillante en la periferia de mi visión, y aquella vivida imagen mental me revolvió el estómago. Por un momento pensé que iba a vomitar.
El mareo y la náusea pasaron. Recobré los sentidos y me di cuenta de que Vashet había terminado de hablar y me miraba fijamente.
Antes de que yo pudiera decir nada, Vashet hizo un ademán de desdén y dijo:
—Ya veo que hoy no voy á poder hacer nada contigo. Tómate el resto de la tarde libre. Ordena tus ideas o practica el Ketan. Ve a contemplar el árbol espada. Continuaremos mañana.
Caminé un rato sin rumbo fijo, tratando de no imaginarme que me cortaban los dedos. Al remontar una cuesta, tropecé, casi literalmente, con una pareja de Adem; estaban desnudos, escondidos en un bosquecillo.
Los Adem no se apresuraron a recoger su ropa cuando salí de entre los árboles, y en lugar de intentar disculparme con mi pobre lenguaje y mis confusos pensamientos, me limité a girar en redondo y marcharme, muerto de vergüenza.
Intenté practicar el Ketan, pero no conseguía concentrarme. Fui a contemplar el árbol

espada, y al principio verlo oscilar suavemente agitado por el viento me tranquilizó. Entonces mi mente comenzó a vagar, y volvió a asaltarme la imagen de Vashet amputándome los dedos.
Oí las tres campanadas que anunciaban la hora de la cena, y me dirigí al comedor. Estaba de pie en la cola, con cara de idiota del esfuerzo mental que tenía que hacer para no pensar que iban a cercenarme las manos, cuando me fijé en que los Adem que estaban más cerca de mí no me quitaban los ojos de encima. Una niña de unos diez años me miraba con el asombro claramente reflejado en el rostro, y un hombre con el rojo de mercenario lo hacía como si acabara de ver cómo me limpiaba el culo con un trozo de pan y me lo comía.
Entonces me di cuenta de que estaba tarareando. No muy alto, pero sí lo bastante para que me oyeran quienes tenía a mi ládo. No debía de llevar mucho rato haciéndolo, porque solo iba por el sexto verso de «Vete de la ciudad, calderero».
Paré, bajé la mirada, cogí mi comida y me pasé diez minutos in-tentando comer. Conseguí dar algunos bocados, pero nada más. Al final desistí y me fui a mi habitación.
Tumbado en la cama, repasé las opciones que tenía. ¿Hasta donde podría llegar si huía? ¿Podía perderme en el campo? ¿Podría robar un caballo? ¿Había visto algún caballo desde que había llegado a Haert?
Saqué el laúd del estuche y practiqué unos acordes, recorriendo el largo mástil del instrumento con mis cinco dedos inteligentes. Pero mi mano derecha se moría por rasguear y puntear las cuerdas, Era tan frustrante como intentar besar a alguien utilizando solo un labio, y no tardé en cansarme.
Al final saqué mi shaed y me arrebujé con él. Era caliente y reconfortante. Me puse la capucha, bien calada, y pensé en aquella parteoscura de Fata donde Felurian había recogido las sombras para confeccionarlo.
Pensé en la Universidad, en Wil y en Sim. En Áuri, Devi y Fela. Nunca había sido muy popular en la Universidad, y mi círculo de amistades nunca había sido muy amplio. Pero la verdad es que me había olvidado de lo que era estar solo de verdad.
Entonces pensé en mi familia. Pensé en los Chandrian, en Ceniza. En su elegante fluidez. Sostenía la espada como si fuera un trozo de hielo invernal. Pensé en matarlo.
Pensé en Denna y en lo que me había dicho el Cthaeh. Pensé en su mecenas y en lo que le había dicho la última vez que habíamos discutido. Pensé en el día que Denna había tropezado en el camino y yo la había sujetado, en la suavidad de la curva de su cadera contra mi mano. Pensé en la forma de sus labios, el sonido de su voz, el olor de su cabello. al final entré de puntillas por las puertas del sueño.

115 Tormenta y piedra

Al día siguiente, nada más despertar, supe qué tenía que hacer. La única forma de salir de aquella situación era a través de la escuela. Necesitaba demostrar mi valía. Eso significaba que necesitaba aprender todo lo que Vashet pudiera enseñarme, y tan rápido como fuera posible.
Así que me levanté con la débil luz azulada del amanecer. Y cuando Vashet salió de su casita de piedra yo ya estaba esperándola. Quizá no precisamente lleno de vida y energía, pues había dormido mal y había tenido sueños perturbadores, pero dispuesto a aprender.
Ahora me doy cuenta de que quizá no haya dado una impresión ajustada de Haert. Evidentemente, no era una metrópolis floreciente. Y estaba lejos de parecer una ciudad. De hecho, en muchos aspectos apenas era más que un pueblo.
No lo digo peyorativamente. Pasé gran parte de mi infancia viajando de pueblo en pueblo con mi troupe. La mitad del mundo está hecha de comunidades diminutas que han crecido alrededor de poco más que un mercado de encrucijada, o una cantera de arcilla, o un meandro de río con la corriente lo bastante fuerte, para mover una rueda de molino.
Y A veces, esos pueblos son prósperos. Algunos tienen un suelo fértil y un clima benigno. Algunos florecen porque están en una ruta comercial. La riqueza de esas poblaciones es evidente. Las casas son grandes y están bien acabadas. La gente es cordial y generosa. Los niños están gordos y contentos. Se pueden comprar artículos de lujo: pimienta, canela, chocolate. En la taberna nunca faltan el café, el buen vino y la música.luego hay otro tipo de pueblos. Pueblos construidos sobre my suelo pobre y agotado. Pueblos donde se quemó el molino, o donde se extrajo toda la arcilla años atrás. En esos sitios, las casas son pequeñas y están mal reparadas. La gente es enjuta y desconfiada, y la riqueza se mide en cosas pequeñas y de utilidad práctica. Haces de leña. Dos cerdos en lugar de uno. Cinco tarros de conserva de moras.
A primera vista, Haert parecía de esa clase de pueblos. Solo había casas diminutas, piedras rotas y alguna que otra cabra en un corral.
En gran parte de la Mancomunidad, o en cualquier sitio de los Cuatro Rincones, una familia que viva en una casita con apenas unos pocos muebles sería considerada desafortunada. A un paso de los indigentes.
Pero si bien la mayoría de las casas adem que yo había visto eran relativamente pequeñas, no se parecían a las que encontrarías en un pueblo atur medio olvidado, hechas de tepe, troncos y barro.
Todas las casas adem eran de piedras bien ensambladas, ajustadas con una astucia que yo jamás había visto. No había rendijas que dejaran pasar el incesante viento. Ni techos que gotearan. Ni puertas con bisagras de cuero resquebrajado. Las ventanas no tenían pieles de oveja aceitadas ni eran simples agujeros tapados con postigos de madera. Eran de cristal hecho a medida, y tan herméticas como las de la mansión de un banquero.
En todo el tiempo que pasé en Haert, nunca vi ninguna chimenea. No me interpretéis mal: es preferible disponer de una chimenea que morirse de frío. Pero la mayoría de las chimeneas sencillas que construye la gente con piedras sueltas o ladrillos de toba tienen corrientes de aire, son sucias e ineficaces. Te llenan la casa de hollín y los pulmones de humo.
En lugar de chimeneas, en todas las casas adem había una estufa de hierro, de esas que pesan cientos de kilos. De esas estufas hechas de sólido hierro colado que puedes cargar de leña hasta que resplandecen de calor. De esas estufas que duran un siglo y valen más de lo

que gana un granjero en todo un año de duro trabajo en el campo. Algunas de esas estufas eran pequeñas, buenas para calentar y cocinar. Pero vi muchas más grandes que también servían para hornear el pan. Uno de esos tesoros estaba metido en una casita de piedra baja de solo tres habitaciones.

Las alfombras que cubrían los suelos de las casas adem eran sencillas, pero de lana gruesa y suave, y bien teñidas. Los suelos que había debajo de esas alfombras eran de madera lijada y no de tierra. No había velas de sebo que ardieran con luz parpadeante, ni velas de junco. Había velas de cera de abeja o lámparas que usaban aceite blanco y limpio. Y una vez, a través de una ventana, reconocí la luz roja y constante de una lámpara simpática.

Eso fue lo que me abrió los ojos. Aquello no era un puñado de gente desperdigada y desgraciada que llevaba una dura existencia en la desnuda ladera de una montaña. No eran pobres; no se alimentaban de sopa de col ni vivían atemorizados por la llegada del invierno. Formaban una comunidad sobria, moderada y próspera.

Y había algo más. Pese a la ausencia de salones de banquetes relucientes y trajes elegantes, pese a la ausencia de criados y estatuas decorativas, cada uno de aquellos hogares era una mansión en miniatura. Eran todos ricos de una manera discreta y práctica.

—¿Qué te creías? —dijo Vashet, riéndose de mí—, ¿Que un puñado de nosotros nos ganábamos el rojo y nos entregábamos a una vida de lujos mientras nuestras familias se bebían el agua del baño y morían de escorbuto?

—La verdad es que no lo había pensado —dije mirando alrededor.

Vashet estaba empezando a enseñarme a usar la espada. Llevábamos dos horas practicando, y de momento solo me había explicado las diferentes maneras de sujetarla. Como si fuera un recién nacido y no un trozo de acero.

Como ya sabía qué tenía que buscar, descubrí docenas de viviendas adem astutamente disimuladas en el entorno. Había puertas de madera maciza encajadas en las paredes de los riscos. Otras parecían poco más que rocas desprendidas. Algunas tenían hierba en el tejado y solo las reconocías por los conductos de las estufas que sobresalían en ellos. En lo alto de una de esas casas pastaba una cabra; sus ubres oscilaban mientras estiraba el cuello para arrancar un poco de hierba.

—Mira el paisaje que tienes alrededor —me dijo Vashet girando lentamente sobre sí misma —'. El suelo es demasiado escaso para el arado, demasiado irregular para los caballos. El verano es demasiado húmedo para cultivar trigo, demasiado frío para la fruta. Algunas montañas contienen hierro, oro o carbón. Pero estas no. En invierno, la nieve te llega hasta la cabeza. En primavera, las tormentas te levantan del suelo.

Volvió a fijar la vista en mí.—Esta tierra es nuestra porque nadie más la quiere.—Encogió los hombros—. O mejor dicho: la hicimos nuestra por ese motivo.

Vashet se colocó bien la espada a la espalda y me lanzó una mirada pensativa.

—Siéntate y presta atención —dijo con formalidad—. Voy a contarte una historia de tiempos pasados.

Me senté en la hierba y Vashet se acomodó en una piedra que había cerca.

—Hace mucho tiempo —empezó—, los Adem fuimos arrancados de nuestras tierras legítimas. Algo que no podemos recordar nos obligó a abandonarlas. Alguien nos robó las tierras, o las arrasó, o nos hizo huir por temor. Tuvimos que vagar sin rumbo. Una nación entera de mendicantes, por no decir pordioseros. Encontrábamos un sitio, nos instalábamos y dejábamos descansar a nuestros rebaños. Hasta que los que vivían cerca de allí nos echaban.

»En esos tiempos, los Adem eran fieros. De no haber sido fieros, hoy ya no quedaría ni uno solo de nosotros. Pero éramos pocos, de modo que siempre nos echaban. Un día encontramos este lugar con suelo escaso y fuertes vientos que nadie quería. Hundimos nuestras raíces en lo más profundo de la piedra y lo hicimos nuestro.

Vashet dejó vagar la mirada por el paisaje.
—Pero esta tierra tenía poco que ofrecernos: un sitio donde podían pastar nuestros rebaños, piedra y el continuo viento. Como no podíamos vender el viento, vendimos al mundo nuestra fiereza. Así vivíamos, y poco a poco fuimos convirtiéndonos en lo que somos ahora. Ya no somos solo fieros, sino también peligrosos y orgullosos. Incesantes como el viento, fuertes como la piedra.
Esperé un momento para asegurarme de que había terminado.
—Los míos también son trotamundos —dije—. Es nuestra forma de vida. Vivimos en ningún sitio y en todas partes.
Vashet sonrió encogiendo los hombros.
—Bueno, solo es una historia. Y muy antigua. Puedes tomártela como quieras.
—Me gustan las historias—dije.
—Una historia es como un fruto seco —dij o Vashet—. Un necio se la traga entera y se atraganta. Otro necio la tira creyendo que no tiene ningún valor. —Sonrió—. Pero una mujer sabia encuentra la manera de romper la cáscara y comerse el fruto que hay en el interior.
Me levanté y fui a su lado. Le besé las manos, la frente y los labios.
—Vashet —dije—, me alegro de que Shehyn te encargara de mí.
—No seas tonto. —Agachó la cabeza, pero vi que un débil rubor cubría sus mejillas—. Vamos. No debes perderte la oportunidad de ver luchar a Shehyn.
Vashet me llevó a un prado donde habían cortado la hierba, espesa, a ras del suelo. Ya había unos pocos Adem esperando. Algunos habían llevado taburetes o troncos para usarlos como bancos. Vashet se sentó en el suelo, y yo la imité.
Poco a poco fue llegando más gente. Solo había unas treinta personas, pero yo nunca había visto a tantos Adem juntos, salvo en el comedor. Formaban grupos de dos y de tres, e iban pasando de una conversación a otra. Raramente se juntaban mucho tiempo grupos de cinco.
Aunque había una docena de conversaciones, todas a tiro de piedra de donde yo estaba, apenas si oía un murmullo. Los Adem estaban lo bastante cerca unos de otros para tocarse, y el viento en la hierba hacía más ruido que sus voces.
Aun así, podía distinguir el tono de cada conversación. Dos meses atrás, aquella reunión me habría parecido inquietantemente comedida. Una reunión de semimudos nerviosos e impasibles. Pero ahora sabía que aquellas dos mujeres eran maestra y alumna, por la distancia que las separaba y por la deferencia que expresaban las manos de la más joven. El grupo de tres hombres con camisa roja eran amigos; bromeaban ^ relajadamente y se daban empujones. Había un hombre y una mujer que discutían. Ella estaba enfadada; él intentaba darle explicaciones.
De pronto me pregunté cómo podía haber pensado, en el pasado, que los Adem eran nerviosos. Cada movimiento que hacían tenía un propósito. Cada desplazamiento de los pies significaba un cambio de actitud. Cada ademán expresaba un montón de cosas.
Vashet y yo nos sentamos cerca uno de otro; bajamos la voz y continuamos nuestra conversación en atur. Vashet me explicó que cada escuela tenía una cuenta abierta con los prestamistas ceáldicos. Eso significaba que los mercenarios desplazados podían depositar la parte de sus ganancias correspondiente a la escuela en cualquier lugar donde se utilizara la moneda ceáldica, es decir, en Cualquier lugar del mundo civilizado. Entonces ese dinero se ingresaba en la cuenta adecuada, para que la escuela pudiera utilizarlo.
—¿Cuánto entrega un mercenario a su escuela? —pregunté por curiosidad.
—El ochenta por ciento.
—¿El ocho por ciento? —Extendí los dedos de ambas manos sujetándome dos, convencido de que había oído mal,
—El ochenta —dijo Vashet con firmeza—. Esa es la cantidad adecuada, aunque muchos se

enorgullecen de entregar más. Tú también tendrías que hacerlo —dijo sin darle importancia— suponiendo que algún día vistieras el rojo, lo cual es muy poco probable.
Al ver mi cara de asombro, Vashet añadió:
—Si lo piensas bien, no es mucho. Durante años, la escuela te alimenta y te viste. Te da un sitio donde dormir. Te da una espada y te instruye. Después de esa inversión, el mercenario financia la escuela. La escuela financia el pueblo. El pueblo da hijos que confían en vestir el rojo algún día. —Dibujó un círculo con el dedo—. Y así es como prospera Ademre.
Me miró con gesto grave.
—Ahora que lo sabes, quizá empieces a entender qué es eso que has robado —continuó—. No es solo un secreto, sino el principal producto de exportación de los Adem. Has robado la clave de la supervivencia de todo este pueblo.
Era una idea que daba que pensar. De pronto, la ira de Carceret cobraba mucho más sentido.
Alcancé a ver la camisa blanca y el gorro amarillo tejido a mano de Shehyn entre la multitud. Las conversaciones se interrumpieron, y todos empezaron a formar un corro amplio.
Por lo visto, aquel día no solo peleaba Shehyn. Los primeros fueron dos chicos algo mayores que yo que no vestían el rojo. Caminaron en círculo, con cautela, uno alrededor del otro, y de pronto se lanzaron una lluvia de golpes.
Todo fue tan rápido que no pude seguirlo con la vista, pero distinguí una docena de figuras del Ketan formadas y rápidamente descartadas. La pelea terminó cuando uno de los chicos agarró al otro por la muñeca y el hombro con el Oso Dormido. Le retorció el brazo a su oponente y lo derribó, y entonces me di cuenta de que era la llave que había utilizado Tempi en la pelea en la taberna de Crosson.
Los chicos se separaron, y dos mercenarias con atuendo rojo se les acercaron y hablaron con ellos. Supuse que debían de ser sus maestras.
Vashet inclinó la cabeza hacia mí.
—¿Qué te ha parecido?
—Son muy rápidos —dije.
Me miró.—Sí, pero...
—Me han parecido un poco descuidados —dije procurando hablar en voz muy baja—. Al principio no, pero luego sí. —Señalé a uno de los chicos—. Ese tenía los pies demasiado juntos. Y el otro se inclinaba todo el rato hacia delante y le fallaba el equilibrio. Por eso el otro ha podido hacerle el Oso Dormido.
Vashet asintió con la cabeza, satisfecha.
—Pelean como cachorros. Son jóvenes, y son chicos. Están llenos de ira e impaciencia. Para las mujeres es más fácil. Es uno de los motivos por los que somos mejores lüchadoras.
Me sorprendió oírle decir eso.
—¿Las mujeres son mejores luchadoras? —pregunté con cautela, pues no quería contradecirla.
—En general, sí —dijo ella con naturalidad—. Hay excepciones, por supuesto, pero en general las mujeres somos mejores.
—Pero los hombres son más fuertes —argumenté—. Más altos. Llegan más lejos.
Vashet me miró como si le hubiera hecho gracia mi comentario.
—¿Tú eres más fuerte y más alto que yo?
—Es evidente que no —dije sonriendo—. Pero reconocerás que, en general, los hombres son más altos y más fuertes.
Vashet encogió los hombros.
—Eso tendría importancia si pelear fuera lo mismo que cortar leña o transportar heno. Es como si dijeras que una espada es mejor cuanto más larga y pesada. Una tontería. Quizá

eso pueda aplicarse a los matones. Pero después de vestir el rojo, la clave está en saber cuándo hay que pelear. Los hombres están llenos de ira, y por eso les cuesta entenderlo. A las mujeres, menos.
Fui a decir algo, pero me acordé de Dedan y me callé.
Una sombra se cernió sobre nosotros; levanté la cabeza y vi a un hombre alto, vestido con el rojo, plantado ante nosotros a una distancia educada. Tenía la mano sobre el puño de la espada. Invitación.
Vashet le contestó con leve pesar y rechazo.
—¿No empeorará la opinión que tienen de ti si rechazas una invitación a pelear? —pregunté cuando se marchó el Adem.
—No quería pelear —me contestó Vashet con desdén—. Si peleara conmigo, solo conseguiría pasar vergüenza y hacerme perder el tiempo. Lo único que pretendía era demostrarme que es lo bastante valiente para pelear conmigo. —Dio un suspiro y me miró—. Es esa clase de estupidez lo que aleja a los hombres del Lethani.
La siguiente pelea fue entre dos mercenarios vestidos de rojo, y la diferencia resultaba obvia. Todo era mucho más limpio y nítido. Los dos chicos habían peleado como dos gorriones frenéticos aleteando en el polvo, pero las peleas que siguieron fueron elegantes como danzas cortesanas.
Muchos de los combates eran de lucha con las manos. Duraban hasta que uno de los contrincantes se rendía o quedaba visiblemente aturdido por un golpe.
Lina de las peleas se interrumpió inmediatamente cuando un hombre hizo sangrar a su oponente por la nariz. Al verlo, Vashet levantó los ojos al cielo, aunque no supe si lo hacía porque la mujer se había dejado golpear o porque el hombre había sido lo bastante imprudente como para hacerle daño.
También hubo varios combates con espadas de madera. Estos duraban menos, pues el más leve golpe se consideraba suficiente para la victoria.
—¿Quién ha ganado ese? —pregunté.
Tras un breve intercambio de golpes de espada, el combate había terminado cuando las dos mujeres golpearon al mismo tiempo.
—Nadie —contestó Vashet frunciendo el entrecejo.
—Y si ha sido un empate, ¿por qué no vuelven a pelear?
—No ha sido un empate, en sentido estricto. Drenn habría muerto en cuestión de minutos de ese golpe en el pulmón. Lasrel solo habría vivido unos días con esa herida en el vientre.
—Entonces, ¿ha ganado Lasrel?
Vashet me fulminó con una mirada de desprecio y, sin contestarme, se concentró en el siguiente combate.
El Adem alto que había invitado a Vashet a pelear se enfrentaba con una mujer sumamente delgada. Curiosamente, él empuñaba una espada de madera, mientras que ella no utilizaba ningún arma. Ganó el hombre por un estrecho margen tras interceptar dos certeras patadas dirigidas a las costillas.
—Y ahora, ¿quién ha ganado? —me preguntó Vashet.
Comprendí que no buscaba la respuesta obvia.
—En realidad no es una gran victoria —dije—. Ella ni siquiera te* nía espada.
—Ella es de la tercera piedra y lo aventaja a él con creces como luchadora. Era la única forma de equilibrar el combate, a menos que él peleara con un compañero a su lado —me explicó Vashet—. Te lo preguntaré otra vez: ¿quién ha ganado?
—Él ha ganado el combate —dije—. Pero mañana tendrá unos cardenales tremendos. Además, sus golpes parecían un poco descuidados.
—Entonces, ¿quién ha ganado?
Me lo pensé un momento.

—Ninguno de los dos —decidí.
Vashet asintió con la cabeza. Aprobación formal. El gesto me reconfortó, porque todos los que estaban frente a nosotros pudieron verlo.
Shehyn entró por fin en el corro. Se había quitado el gorro amarillo ladeado y el viento le agitaba el pelo canoso. Al verla entre los otros Adem, me di cuenta de lo bajita que era. Su porte transmitía tanta seguridad que me había parecido más alta, pero apenas les llegaba por el hombro a los Adem más altos.
Sujetaba una espada recta de madera. Era sencilla, pero estaba labrada realzando la forma del puño y de la hoja. Las otras espadas de entrenamiento que había visto eran poco más que palos desbastados que recordaban a una espada. Ceñía la camisa y los pantalones blancos al cuerpo con unos finos cordones del mismo color.
Al lado de Shehyn iba una mujer mucho más joven. Era un poco más baja que Shehyn. Tenía una constitución más delicada, y su cara y sus hombros, pequeños, la hacían parecer una niña. Pero la pronunciada curva de sus senos y sus redondeadas caderas bajo el ceñido rojo de mercenario ponían en evidencia que no era ninguna cría.
También empuñaba una espada labrada. Era ligeramente curva, a diferencia de casi todas las otras que yo había visto. Se recogía el pelo rubio rojizo en una trenza larga y estrecha que descendía por su espalda.
Levantaron ambas las espadas y empezaron a caminar en círculo.
La joven era impresionante. Golpeó tan deprisa que apenas vi el movimiento de su mano, y mucho menos la hoja de la espada. Pero Shehyn desvió sin esfuerzo el golpe con Nieve que Cae, y dio medio paso hacia atrás. Entonces, antes de que Shehyn pudiera responder con su ataque, la joven giró sobre sí misma, haciendo volar su trenza.
—¿Quiénes?—pregunté.
—Penthe —contestó Vashet con admiración—.. Es una furia, ¿verdad? Parece una de nuestras antepasadas.
Penthe volvió a enfrentarse a Shehyn, fintando y dando estocadas. Se lanzó hacia ella agachando mucho el cuerpo, muy cerca del suelo. Extendió una pierna hacia atrás para no perder el equilibrio, sin rozar siquiera la hierba. Estiró el brazo con que sujetaba la espada con un movimiento semejante al de la lengua de un reptil mientras doblaba una rodilla de modo que todo su cuerpo quedaba por debajo de la altura de mi cabeza, pese a que yo estaba sentado en el suelo con las piernas cruzadas.
Penthe desplegó todo ese sinuoso movimiento tan rápidamente como chasqueas los dedos. La punta de su espada entró desde abajo en la guardia de Shehyn y avanzó hacia su rodilla.
—¿Qué es eso? —pregunté en voz baja; ni siquiera esperaba una respuesta—. Nunca me lo has enseñado.
Pero no era más que una expresión de asombro. Ni en cien años podría hacer aquello con mi cuerpo.
Sin embargo, Shehyn esquivó el golpe. No saltó con un movimiento brusco. No se escabulló. Era rápida, pero esa no era lá clave de sus movimientos. Lo hizo con parsimonia y perfección. Ya se había apartado antes de que la espada de Penthe hubiera empezado a lanzarse hacia su pierna. La punta de la espada de Penthe debió de llegar a una distancia de dos centímetros de la rodilla de Shehyn. Pero no fue suficiente. Y Shehyn solo se había movido lo necesario, ni un ápice más.
Esa vez Shehyn sí pudo contraatacar: avanzó con Gorrión Golpea al Halcón. Penthe se inclinó hacia un lado, rozando brevemente la hierba, y entonces se irguió. O mejor dicho: se lanzó hacia arriba y se levantó del suelo impulsándose solo con la mano izquierda. Su cuerpo saltó como un muelle de acero, formando un arco, mientras su espada daba dos rápidas estocadas haciendo retroceder a Shehyn.
Penthe rebosaba furia y pasión. Shehyn se mantenía firme y serena. Penthe era una

tormenta. Shehyn, una piedra. Penthe era un tigre y Shehyn un pájaro. Penthe danzaba y zigzagueaba con frenesí. Shehyn se dio la vuelta y dio un solo paso, perfecto.
Penthe lanzaba estocadas, giraba, rodaba y golpeaba, golpeaba, golpeaba...
Y de pronto pararon. Penthe tenía la punta de su espada de madera sobre la camisa blanca de Shehyn.
Dejé escapar un grito ahogado, pero no lo bastante fuerte para atraer la atención de nadie. Entonces me di cuenta de que el corazón me latía muy deprisa. Tenía todo el cuerpo cubierto de sudor.
Shehyn bajó la espada e hizo los signos de irritación y admiración, y algunos más que no supe identificar. Compuso una mueca, mostrando un poco los dientes, y con una mano se frotó bruscamente las costillas, donde Penthe la había golpeado. Del mismo modo que te frotas la espinilla cuando te la golpeas contra una silla.
Me volví hacia Vashet, horrorizado.
—¿Será ella ahora la nueva líder de la escuela? —pregunté.
Vashet me miró desconcertada.
Señalé el corro abierto que teníamos delante, donde las dos mujeres se habían puesto a hablar.
—Penthe. Ha vencido a Shehyn...
Vashet me miró sin comprender un momento, y luego soltó una larga y sana carcajada.
—Shehyn es vieja —dijo—. Es abuela. ¿Cómo quieres que siempre gane contra una joven ágil como Penthe, toda fuego y viento fresco?
—Ah —dije—. Ya entiendo. Creí que...
Vashet tuvo el detalle de no volverse a reír de mí.
—Shehyn no dirige la escuela porque no haya nadie que pueda vencerla. Qué concepto tan descabellado. Qué caos supondría eso, si todo se inclinara hacia un lado o hacia otro, dependiendo de la suerte de determinada pelea.
Sacudió la cabeza y continuó:
—Shehyn es la cabeza de la escuela porque es una maestra estupenda, y porque tiene un conocimiento profundo del Lethani. Es la cabeza porque es sabia y conoce cómo son las cosas en el mundo, y porque sabe afrontar problemas complicados.
Me golpeó con dos dedos en el pecho, y a continuación hizo un gesto conciliador.
—También es una luchadora excelente, por supuesto. No podríamos tener una líder que no supiera pelear. El Ketan de Shehyn no tiene parangón. Pero una líder no es solo músculo. Una líder es una mente.
Levanté la cabeza justo a tiempo para ver que Shehyn se nos acercaba. Uno de los cordones que le sujetaban la manga se había soltado durante el combate, y la tela ondeaba al viento como una vela al orzar. Había vuelto a ponerse el gorro amarillo, y nos saludó a los dos con el signo de saludo formal.
Entonces Shehyn se dirigió a mí:
—Al final —dijo—, ¿por qué me han golpeado? —Curiosidad.
Repasé mentalmente los últimos momentos del combate, tan aprisa como pude.
Hice el signo de incerteza respetuosa, procurando imprimirle toda la sutileza que Vashet me había estado enseñando.
—Colocaste un poco mal el talón —dije—. El talón izquierdo.
—Muy bien —dijo Shehyn. Hizo el signo de aprobación satisfecha con suficiente detenimiento para que cualquiera que nos estuviera mirando pudiera verlo. Y todos nos estaban mirando, claro.
Aturdido por aquel elogio, pero consciente de que me observaban, mantuve un semblante adecuadamente inexpresivo mientras Shehyn se alejaba, con Penthe detrás.
Incliné la cabeza hacia Vashet.

—Me gusta el gorrito de Shehyn —dije.
Vashet sacudió la cabeza y suspiró.
—Vamos. —Me dio un empujoncito en el hombro y se levantó—. Será mejor que nos marchemos antes de que estropees la buena impresión que has causado hoy.
Esa noche, a la hora de la cena, me senté donde siempre, en un rincón de una de las mesas junto a la pared más alejada de la comida. Como nadie quería acercarse a menos de tres metros de mí, no tenía sentido que me sentara donde otros quizá quisieran hacerlo.
Mi buen humor todavía me fortalecía, de modo que no me afligí en exceso cuando percibí un destello de rojo que se sentaba enfrente de mí. Carceret, otra vez. Un par de veces al día se las ingeniaba para acercárseme lo suficiente y susurrarme unas palabras. Ese día se había retrasado.
Pero levanté la cabeza y me sorprendió ver que era Vashet. Ella dio una cabezada y clavó su mirada imperturbable en mi cara de desconcierto. Entonces me recompuse, le devolví la cabezada y comimos un rato en amigable silencio. Cuando hubimos terminado, nos quedamos un rato charlando tranquilamente de cosas sin importancia.
Salimos juntos del comedor, y una vez fuera pasé a hablar en atur para poder expresar debidamente algo a lo que llevaba horas dándole vueltas.
—Vashet —dije—, se me ha ocurrido que estaría bien que pudiera pelear con alguien cuya habilidad sea parecida a la mía.
Vashet se rió y sacudió la cabeza.
—Eso sería como meter a dos vírgenes en una cama. Entusiasmo, pasión e ignorancia no forman una buena combinación. Alguien puede resultar herido.
—No creo que sea justo llamar virginal a mi forma de pelear —rebatí—. Ya sé que estoy muy por debajo de tu nivel, pero tú misma dijiste que mi Ketan es bastante bueno.—Dije que tu Ketan era bastante bueno teniendo en cuenta el tiempo que llevas estudiándolo —me corrigió—. Que es menos de dos meses. Es decir, un periodo insignificante.
—Es muy frustrante —admití—. Si consigo asestarte un golpe, es porque tú me dejas. No tiene ningún valor, porque me lo has regalado tú. No me lo he ganado yo mismo.
—Cualquier golpe que me des está ganado —dijo ella—. Aunque yo te lo ofrezca. Pero te entiendo. Un combate igualado tiene su encanto.
Fui a decir algo más, pero ella me tapó la boca con una mano.
—He dicho que te entiendo. Deja de pelear cuando ya has ganado. —Sin levantar la mano de mis labios, me dio unos golpecitos con la yema del dedo—. Está bien. Sigue progresando y te buscaré a alguien de tu mismo nivel para que puedas pelear.

116 Estatura

Casi estaba empezando a sentirme cómodo en Haert. Mi dominio del idioma se consolidaba y me sentía menos aislado porque ya podía intercambiar breves cortesías con la gente. De vez en cuando Vashet comía conmigo, y eso me ayudaba a sentirme un poco memos marginado.
Esa mañana habíamos trabajado con la espada, lo cual significaba un comienzo de día fácil. Vashet todavía me estaba enseñando cómo se incorporaba la espada al Ketan, y los momentos en que peleábamos eran pocos y muy espaciados. Tras unas horas, trabajamos en mi adémico, y luego volvimos a practicar con la espada.
Después de comer pasamos a la pelea con las manos. Tenía la impresión de que, al menos en eso, sí estaba mejorando. Al cabo de media hora, Vashet no solo respiraba entrecortadamente sino que empezó a sudar un poco. Yo seguía sin ser rival para ella, desde luego; pero tras muchos días de humillante descuido por su parte, Vashet empezaba a tener que poner un poquito de esfuerzo para mantenerse por delante de mí.
Seguimos peleando, y noté que... ¿cómo puedo decirlo sin parecer grosero? Vashet olía maravillosamente. No olía a perfume, a flores ni a nada parecido. Olía a sudor limpio, a metal aceitado y a hierba aplastada de cuando, poco antes, la había tirado al suelo. Era un calor agradable. Vashet...
Supongo que no puedo describirlo con delicadeza. Lo que quiero decir es que olía a sexo. No olía como si acabara de practicarlo, sino como si estuviera hecha de él. Cuando se me acercó para forcejear conmigo, su olor, combinado con la presión de su cuerpo contra el mío... Fue como si alguien hubiera activado un interruptor en mi ea-
beza. Solo podía pensar en besar su boca, en mordisquearle la suave piel del cuello, en arrancarle la ropa y lamerle el sudor de...
No hice nada de todo eso, por supuesto. Pero en aquel momento no había nada que deseara más. Me da vergüenza recordarlo, pero no voy a justificarme; solo diré que era muy joven y estaba sano y en forma.
Y Vashet era una mujer muy atractiva, aunque me llevara diez años.
Pensad también que acababa de pasar de los tiernos brazos de Ferian a los apasionados brazos de Losine, y de ahí a un largo y árido entrenamiento con Tempi durante el viaje a Haert. Es decir, que llevaba tres ciclos sintiéndome exhausto, angustiado, confundido y aterrorizado, una cosa detrás de otra.
Pero aquello ya era historia. Vashet era una buena maestra y siempre se aseguraba de que yo estuviera descansado y relajado. Cada vez estaba más seguro de mis capacidades y me encontraba más cómodo a su lado.
De modo que no es de extrañar que tuviera la reacción que tuve.
Sin embargo, en ese momento me asusté y me abochorné como solo podía hacer un joven de mi edad. Me aparté de Vashet, ruborizado y mascullando una disculpa. Intenté disimular mi erección, pero con eso solo conseguí atraer más atención sobre ella.
Vashet se quedó mirando lo que mis manos trataban en vano de ocultar.
—Vaya, vaya. Creo que lo interpretaré como un cumplido y no como una extraña técnica de ataque nueva.
Si fuera posible morir de vergüenza, me habría muerto allí mismo.
—¿Quieres ocuparte de eso tú solo?—me preguntó Vashet con desenvoltura—. ¿O prefieres hacerlo en compañía?
—¿Cómo dices? —pregunté. Fue lo único que se me ocurrió decir.

—Venga, hombre. —Me señaló las manos—. Aunque pudieras dejar de pensar en eso, sin duda te haría perder el equilibrio. —Soltó una risita—. Tienes que solucionarlo antes de continuar la clase. Puedes ocuparte tú solo, o podemos buscar un sitio donde el suelo esté blando y ver quién gana de los tres.
El tono despreocupado de su voz me convenció de que la había interpretado mal. Entonces esgrimió una sonrisita de complicidad y comprendí que la había interpretado perfectamente.
—De donde yo vengo, una maestra y un alumno jamás... Vacilé tratando de buscar una forma educada de distender la situación.
Vashet me miró y puso los ojos en blanco; esa expresión de exasperación desentonó en su cara de Adem.
—Y vuestros maestros y alumnos, ¿tampoco pelean nunca? ¿Nunca hablan? ¿Nunca comen juntos?
—Pero esto —dije—. Esto...
Vashet dio un suspiro.
—Tienes que recordarlo, Kvothe. Vienes de unas tierras bárbara. Gran parte de lo que te han enseñado es desatinado y absurdo. Y lo peor de todo son las extrañas costumbres que vosotros los bárbaros habéis construido alrededor del sexo.
—Vashet —dije—, yo...
Me cortó con un gesto brusco.
—Te aseguro que cualquier cosa que vayas a decirme ya se la he oído antes a mi rey poeta. Pero el día solo tiene unas horas de luz. Voy a preguntártelo sin tapujos: ¿tienes ganas de sexo?
Habría sido absurdo negarlo, así que encogí los hombros.
—¿Quieres practicar sexo conmigo?
Todavía la olía. En ese momento, lo deseaba más que nada.
—Sí —contesté.
¿Estás libre de enfermedades? —me preguntó Vashet, muy
seria.
Asentí; estaba demasiado desconcertado para que me afectara la franqueza de su pregunta.
—Muy bien. Si no recuerdo mal, no muy lejos de aquí hay un rincón cubierto de musgo y resguardado del viento. —Echó a andar por una cuesta mientras desabrochaba la hebilla de la vaina de la espada que llevaba colgada a la espalda—. Ven conmigo.
Vashet no había recordado mal. Dos árboles juntaban sus ramas por encima de un grueso lecho de musgo, junto a un pequeño risco de piedra, resguardado del viento por unos oportunos arbustos.
Enseguida comprendí que lo que Vashet tenía en mente no era una tarde retozando perezosamente a la sombra. Decir que la actitud de Vashet era práctica sería no hacerle justicia, pues su risa siempre estaba muy cerca de la superficie. Pero tampoco era tímida ni coqutn
Se quitó la ropa roja de mercenario sin burlas y sin fanfarria, revelando unas cuantas cicatrices y un cuerpo duro, enjuto y nervudo. Lo cual no quiere decir que no fuera, al mismo tiempo, suave y le dondeado. Entonces se burló de mí por quedarme mirándola como si jamás hubiera visto a una mujer desnuda, cuando la verdad era que sencillamente nunca había visto a ninguna de pie, completamente desnuda, bajo el sol.
Como no me desvestí lo bastante deprisa para su gusto, Vashet se
rió y se burló de mi timidez. Se acercó a mí y me quitó la ropa; entonces me besó en la boca al mismo tiempo que presionaba su piel desnuda contra toda la parte delantera de mi cuerpo.
___ Es la primera vez que beso a una mujer tan alta como yo —musité cuando paramos para

respirar—. Es una experiencia nueva.
—¿Ves como sigo siendo tu maestra en todo? —me dijo—. Esta es la siguiente lección: tumbadas, todas las mujeres tienen la misma estatura. De vosotros no puede decirse lo mismo, desde luego. Depende mucho del estado anímico del hombre y de sus atributos naturales.
Vashet me cogió de la mano y me llevó hacia el suelo. Nos tumbamos sobre el blando musgo.
—Tal como sospechaba. Ahora ya eres más alto que yo. ¿Estás más tranquilo?
Lo estaba.
Creía que cuando regresáramos de los arbustos la situación resultaría violenta, y me sorprendió comprobar que me había equivocado. Vashet no se volvió de pronto coqueta, algo a lo que no habría sabido cómo enfrentarme. Tampoco se sentía obligada a tratarme con una nueva ternura. Eso quedó claro la quinta vez que consiguió engañarme para que bajara la guardia, agarrarme con Trueno hacia Arriba y lanzarme bruscamente contra el suelo.
De hecho, Vashet se comportaba como si no hubiera pasado nada raro. Lo cual podía significar que no había pasado nada raro o que había pasado algo muy raro y que ella lo ignoraba deliberadamente.
Lo cual podía significar que todo era maravilloso, o que todo era un grave error.
Más tarde, mientras cenaba solo, repasé mentalmente todo lo que sabía sobre los Adem. La desnudez no era ningún tabú. No consideraban que el contacto físico fuera algo especialmente íntimo. Vashet había actuado con desenvoltura antes, durante y después de nuestro encuentro sexual.
Me acordé de la pareja desnuda con que había tropezado unos días antes. Se habían asustado al verme aparecer, pero no se habían avergonzado.
Era evidente que los Adem entendían el sexo de otra manera. Sin embargo, yo no atinaba a distinguir ninguna diferencia concreta. Eso significaba que no tenía ni idea de cómo comportarme adecuada-
mente. Y eso significaba que lo que estaba haciendo era tan peligro* so como andar a ciegas. O mejor dicho, como correr a ciegas.
Normalmente, si tenía alguna pregunta sobre la cultura adem, s la hacía a Vashet. Ella era mi piedra de toque. Pero me imaginaba demasiadas maneras de que esa conversación acabara mal, y la buena voluntad de Vashet era lo único que me salvaba de perder los dedos.
Cuando terminé de cenar, decidí que lo mejor que podía hacer era, sencillamente, seguir el ejemplo de Vashet. Al fin al cabo, ella era nu maestra.

117 La astucia de un bárbaro

Los días pasaban deprisa, como suele ocurrir cuando hay mucho con que llenarlos. Vashet seguía instruyéndome, y yo ponía toda mi atención en ser un alumno aplicado e inteligente. Seguimos teniendo encuentros amorosos intercalados en mi entrenamiento. Yo nunca los iniciaba directamente, pero Vashet se daba cuenta de cuándo yo estaba distraído y, sin perder tiempo, me llevaba entre los arbustos. «Para despejar tu alocada cabeza de bárbaro», solía decir.

El antes y el después de esos encuentros seguía turbándome; el durante, sin embargo, no me producía la menor angustia. Y Vashet también parecía disfrutar lo suyo.

Bien es cierto que tampoco se mostraba en absoluto interesada en todo lo que yo había aprendido con Felurian. No le interesaba jugar a la hiedra, y aunque le gustaba el millar de manos, tenía poca paciencia, y generalmente todo quedaba en unas setenta y cinco manos. Por norma general, en cuanto habíamos recobrado el aliento, Vashet se ponía la ropa roja de mercenario y me recordaba que si seguía olvidándome de girar el talón hacia fuera, nunca podría golpear más fuerte que un niño de seis años.

No dedicaba todo mi tiempo al entrenamiento con Vashet. Cuando ella estaba ocupada, me dejaba practicando el Ketan, reflexionando sobre el Lethani o viendo entrenar a los otros alumnos.

Algunas tardes y algunas noches Vashet me dejaba tiempo libre, simplemente. Entonces me dedicaba a explorar los alrededores del pueblo, y así descubrí que Haert era mucho más grande de lo que me había parecido al principio. La diferencia consistía en que todas sus casas y tiendas no estaban apiñadas formando un núcleo, sino diseminadas por varios kilómetros cuadrados de ladera rocosa.

No tardé en encontrar los baños. O mejor dicho, me hizo ir allí Vashet con instrucciones de lavarme para desprenderme de mi hedor bárbaro.

Eran una maravilla: un edificio de piedra bajo y espacioso, construido sobre lo que deduje que debía de ser un manantial natural de agua caliente, o una instalación de ingeniería espectacular. Había habitaciones grandes llenas de agua y habitaciones pequeñas llenas de vapor. Habitaciones con piscinas hondas para sumergirte, y habitaciones con grandes bañeras metálicas para lavarte. Hasta había una habitación con una piscina lo bastante grande para nadar.

Los Adem se paseaban por todo el edificio sin distinción de edad, género o grado de desnudez. Eso no me sorprendió tanto como me habría sucedido un mes atrás, pero aun así tardé en acostumbrarme.

Al principio me costaba no quedarme embobado mirándoles los pechos a las mujeres desnudas. Luego, cuando pasó un poco la novedad, me costaba no quedarme mirando las cicatrices que cubrían el cuerpo de los mercenarios. Era fácil saber quién vestía el rojo, aunque en ese momento estuviera desnudo.

En lugar de reprimir el impulso de quedarme mirándolos fijamente, decidí que era más fácil ir a los baños a primera hora de la mañana o a última de la noche, cuando estaban prácticamente vacíos. Entrar y salir a esas horas no era difícil, pues la puerta no estaba cerrada con llave: siempre permanecía abierta y podía entrar quien quisiera. Había jabón, velas y toallas a disposición de los usuarios. Vashet me explicó que la escuela se encargaba de mantener los baños.

Encontré la herrería siguiendo el ruido de hierro golpeado. El hombre que trabajaba allí era agradablemente locuaz. Se mostró encantado de enseñarme sus herramientas y decirme

sus nombres en adémico.
Cuando aprendí a reconocerlos, descubrí que había letreros encima de las puertas de las tiendas. Trozos de madera labrada o pintada que informaban de lo que se vendía en el interior: pan, hierbas, duelas de barril... En ningún letrero había texto escrito, lo cual era una suerte para mí, pues seguía sin saber leer adémico.
Visité una botica donde se me informó de que no era bien recibido, y una sastrería donde me acogieron calurosamente. Invertí parte de los tres reales que había robado en dos trajes nuevos, porque los que tenía empezaban a estar gastados. Me compré camisas y pantalones de colores apagados como era la moda del lugar, con ja esperanza de que me ayudaran a integrarme un poco mejor en Haert.
También pasé muchas horas observando el árbol espada. Al principio lo hacía porque Vashet me enviaba allí, pero al poco tiempo empecé a ir siempre que tenía un rato libre. Su movimiento era hipnótico y reconfortante. A veces parecía que las ramas escribieran en el cielo, deletreando el nombre del viento.
Vashet cumplió su palabra y me buscó un sparring.
—Se llama Gelean —me dijo mientras desayunábamos—. Tenéis una cita a mediodía junto al árbol espada. Deberías dedicar esta mañana a prepararte como creas más oportuno.
Por fin. Una oportunidad para demostrar mi valía. Una oportunidad para medir mi ingenio con alguien que tuviera un nivel de habilidad similar al mío. Un combate en toda regla.
Llegué al árbol espada antes de hora, por supuesto, y cuando los vi acercarse experimenté un momento de pánico y confusión, pues creí que la figura menuda que iba al lado de Vashet era Penthe, la mujer que había vencido a Shehyn.
Entonces me di cuenta de que no podía ser Penthe. La figura que se acercaba con Vashet era bajita, pero el viento revelaba un cuerpo recto y delgado, sin las curvas de Penthe. Es más, la figura llevaba una camisa de seda de maíz de color amarillo brillante, y no roja como la de los mercenarios.
Tuve que combatir una punzada de decepción, aunque sabía que era absurdo. Vashet me había dicho que había encontrado un contrincante adecuado para mí. Evidentemente no podía ser alguien que ya vistiera el rojo.
Se acercaron más, y mi emoción parpadeó brevemente y se apagó.
Era una niña. No una chica de catorce o quince años, sino una niña pequeña. Calculé que no podía tener más de diez. Era delgada como una ramita y tan baja que su cabeza apenas me llegaba al esternón. Tenía unos ojos grises y enormes en una cara diminuta.
Me sentí humillado. Lo único que impidió que me pusiera a protestar a gritos fue que sabía que Vashet lo consideraría tremendamente grosero.
Celean, te presento a Kvothe —dijo Vashet en adémico.
La niña me miró de arriba abajo, evaluándome; entonces dio medio paso adelante, sin timidez. Un cumplido. Me consideraba suficientemente amenazador como para querer estar a una distancia de? mí que le permitiera golpearme en caso necesario. Se acercó má¿i de lo que lo habría hecho con un adulto, porque era más baja.
Hice el signo de saludo educado.
Celean me devolvió el saludo con el mismo signo. Quizá fueran imaginaciones mías, pero me pareció que el ángulo de sus manos in-' cluía el matiz saludo educado no subordinado.
No sé si Vashet lo vio, pero no hizo ningún comentario.
—Quiero que vosotros dos peleéis —dijo.
Celean volvió a mirarme de arriba abajo con aquella imperturbabilidad típicamente adámica. El viento le agitaba el cabello, y vi que tenía un corte que todavía no había cicatrizado del todo que iba desde una ceja hasta la línea de crecimiento del pelo.
—¿Por qué? —preguntó la niña con serenidad. No parecía que tuviera miedo. Más bien parecía que no se le ocurriera ninguna razón para pelear conmigo.

—Porque hay cosas que podéis aprender el uno del otro —res pondió Vashet—. Y porque lo digo yo.
Vashet me hizo un signo: atiende. ;
—El Ketan de Celean es excepcional. Tiene años de experiencia, sería un difícil rival para dos niñas de su tamaño.
Vashet le dio dos golpecitos en el hombro a Celean. Cautela.
—El Ketan es nuevo para Kvothe. Todavía tiene mucho que aprender. Pero es más fuerte que tú, y más alto, y llega más lejos. Además tiene la astucia de un bárbaro.
Miré a Vashet, sin saber si se burlaba de mí o no.
—Además —continuó Vashet dirigiéndose a Celean—, seguramente cuando crezcas tendrás la estatura de tu madre, de modo qiv debes practicar con contrincantes más altos que tú.
—Atiende—. Poi último, está aprendiendo nuestro idioma, y no debes burlarte de ¿1 por ese motivo.
La niña asintió con la cabeza. Me fijé en que Vashet no había especificado que tampoco podía burlarse de mí por otros motivos.
Vashet se enderezó y dijo con formalidad:
—No hagáis nada con intención de lesionar. —Ayudándose con los dedos, enumeró las reglas que me había enseñado cuando empe záramos a pelear con las manos—. Podéis golpear fuerte, pero no con crueldad. Tened cuidado con la cabeza y el cuello, y no golpeéis en los ojos. Cada uno es responsable de la seguridad del otro. Si alguno de vosotros consigue una rendición clara del otro, debéis respetarla. Señalizad limpiamente y considerad el combate terminado.
—Todo eso ya lo sé —dijo Celean. Irritación.
—Nunca está de más repetirlo —replicó Vashet. Reprimenda severa—. Perder una pelea es perdonable. Perder los estribos no lo es. Por eso te he traído aquí a ti, y no a cualquier niño. ¿Acaso he elegido mal?
Celean agachó la cabeza. Pesar y arrepentimiento. Aceptación y vergüenza.
Vashet se dirigió a los dos:, :
—Lesionar al contrincante por descuido no es del Lethani.
No acababa de entender que golpear a una niña de diez años sí fuera del Lethani, pero me abstuve de comentarlo.
Vashet nos dejó solos y se dirigió hacia un banco de piedra que había a unos diez metros, donde estaba sentada otra mujer con el rojo de mercenario. Celean hizo un signo complicado que no reconocí hacia la espalda de Vashet.
Entonces la niña se volvió hacia mí y me miró de arriba abajo.
—Nunca había peleado con un bárbaro —dijo tras una larga pausa—. ¿Todos sois rojos? —Levantó una mano y se tocó el pelo para aclarar lo que había querido decir.
Negué con la cabeza.
—No, la mayoría no lo son.
Celean titubeó; entonces estiró un brazo.
—¿Puedo tocarlo?
Estuve a punto de sonreír, pero me contuve. Agaché un poco la cabeza y me acerqué para que pudiera tocarme.
Celean me pasó la mano por el pelo y luego frotó un mechón con el índice y el pulgar.
—Es suave. —Rió un poco—. Pero parece metal.
Me soltó el pelo y se apartó a una distancia formal. Hizo el signo de gracias educadas y levantó ambas manos.
—¿Estás preparado?
Asentí con la cabeza, indeciso, y levanté también las manos.
No estaba preparado. Celean se lanzó hacia delante y me cogió desprevenido. Me lanzó un

puñetazo directamente a la entrepierna. Me agaché por instinto y recibí el golpe en el estómago.
Por suerte, a esas alturas ya sabía cómo encajar un puñetazo, y tras un mes de duros entrenamientos, mi estómago era una lámina de músculo. Con todo, fue como si me hubieran lanzado una piedra, y supuse que a la hora de la cena tendría un buen cardenal.
Planté firmemente los pies y lancé una patada exploratoria. Quería saber cuán asustadiza era Celean, y confiaba en hacerla retroceder para asentar mi equilibrio y poder aprovechar mejor la ventaja que me proporcionaba mi superior estatura.
Resultó que Celean no era nada asustadiza. No retrocedió. Se escurrió por el lado de mi pierna y me golpeó de lleno en el grueso nudo de músculo justo por encima de la rodilla.
No pude evitar tambalearme cuando volví a poner el pie en el suelo, y me quedé en un equilibrio precario y con Celean lo bastante cerca para trepar por mí si hubiera querido.
Juntó las manos, afianzó los pies y me golpeó con Trillar el Trigo. Me dio tan fuerte que me caí de espaldas.
La hierba era muy tupida, de modo que no fue una caída dolorosa. Rodé hacia un lado para alejarme un poco y me levanté. Celean me persiguió e hizo Rayo Lanzado. Era rápida, pero yo tenía las piernas más largas, y podía retroceder o bloquear cualquier golpe que me asestara. Celean fingió una patada y fui a interceptarla, ofreciéndole la oportunidad de golpearme por encima de la rodilla, en el mismo sitio que antes.
Me dolió, pero esa vez no me tambaleé, sino que di un paso hacia un lado y me aparté. Celean me siguió, implacable y desmesuradamente entusiasta. Y con las prisas dejó un hueco.
Sin embargo, pese a los golpes que me había dado Celean y a que ya me había hecho caer una vez, yo no me decidía a lanzarle un puñetazo a una niña tan pequeña. Sabía lo fuerte que podía pegar a Tempi o a Vashet. Pero Celean era muy menuda, y me preocupaba hacerle daño. ¿No había dicho Vashet que cada uno era responsable de la seguridad del otro?
Decidí agarrarla con Hierro que Trepa. La mano izquierda me falló, pero los largos y fuertes dedos de la mano derecha le asieron fácilmente la muñeca. No la tenía sometida, pero ya solo era cuestión de fuerza, y no me cabía ninguna duda de que podría con ella. La tenía agarrada por la muñeca; lo único que me faltaba era sujetarla por el hombro y ya la tendría con el Oso Dormido antes...
Celean hizo Romper León. Pero no era la versión que yo había aprendido. La suya empleaba ambas manos, golpeando y retorciendo tan deprisa que me encontré con la mano dolorida y vacía en un abrir y cerrar de ojos. Entonces me agarró por la muñeca y tiró de ella, y arremetió contra mí para darme una patada en la pierna con un movimiento fluido. Me incliné, me torcí y Celean me tumbó en el suelo.
Esa vez la caída no fue tan blanda, sino más bien un brusco golpetazo contra la hierba. No llegó a aturdirme, pero no importó, porque Celean estiró un brazo y me dio un par de golpecitos en la cabeza. Era la manera de indicar que si hubiera querido, habría podido dejarme inconsciente fácilmente.
Me senté en el suelo, con varias partes del cuerpo doloridas y con un esguince en el orgullo. Pero no fue un esguince grave. El entrenamiento con Tempi y Vashet me había enseñado a valorar la pericia del contrincante, y el Ketan de Celean era verdaderamente excelente.
—Nunca había visto esa versión de Romper León —dije.
Celean sonrió. No fue más que una breve sonrisa, pero me permitió ver sus blancos dientes. En el mundo de la imperturbabilidad adámica, fue como si el sol saliera de detrás de una nube.
—Es mía —dijo. Orgullo extremo—. Me la inventé yo. No soy lo bastante fuerte para usar un Romper León normal contra mi madre o cualquiera de tu talla.

—¿Me la enseñas? —pregunté.

Celean vaciló, pero entonces asintió con la cabeza y se acercó a mí, tendiéndome una mano.

—Cógeme por la muñeca.

Se la agarré firmemente, pero sin apretar demasiado.

Celean repitió el movimiento, como si hiciera un truco de magia. Movió ambas manos a una velocidad vertiginosa, y de pronto me encontré con la mano dolorida y vacía.

Volví a estirar el brazo. Diversión.

—Tengo unos ojos lentos de bárbaro. ¿Puedes repetirlo para que lo aprenda?

Celean dio un paso atrás y encogió los hombros. Indiferencia.

—¿Acaso soy tu maestra? ¿Debo darle algo mío a un bárbaro que ni siquiera puede golpearme en un combate? —Levantó la barbilla y dirigió la vista hacia el árbol espada, pero me lanzaba miradas picaras de reojo.

Reí y me puse en pie. Volví a levantar las manos.

Celean rió y se colocó frente a mí.

—¡Adelante!

Esa vez sí estaba preparado, y sabía de qué era capaz mi contrincante. Celean no era ninguna flor delicada. Era rápida, valiente y agresiva.

Pasé a la ofensiva, aprovechando la longitud de mis piernas y mis brazos. Golpeé con Doncella que Baila, pero Celean se escabulló.O mejor dicho: se deslizó alejándose de mí, sin perjudicar lo más mínimo su equilibrio; sus pies zigzagueaban suavemente por la larga hierba.

De pronto cambió de dirección, me golpeó entre dos pasos y me hizo perder el ritmo. Hizo como si fuera a darme un puñetazo en la entrepierna, pero entonces me sorprendió con Rueda de Molino. Me tambaleé, pero conseguí mantenerme en pie. v

Intenté recuperar el equilibrio, pero Celean volvió a golpearme con Rueda de Molino, y luego otra vez. Y otra. Solo me empujaba unos centímetros, pero eso me obligaba a mantenerme en constante retirada, hasta que Celean consiguió poner un pie detrás del mío y hacerme tropezar y caer al suelo de espaldas.

Antes de que golpeara contra el suelo, Celean ya me había agarrado por la muñeca, y me inmovilizó firmemente el brazo con Hiedra en el Roble. Me apretó la cara contra la hierba mientras me aplicaba una incómoda presión en la muñeca y el hombro.

Por un instante me planteé forcejear e intentar soltarme, pero solo por un instante. Era más fuerte que ella, pero la intención de posiciones como Hiedra en el Roble y Oso Dormido consiste en aplicar presión en las partes frágiles del cuerpo. No necesitabas mucha fuerza para atacar la rama.

—Me rindo. —Es más fácil decirlo en adémico: Veh. Es un sonido fácil de articular cuando estás sin aliento, cansado o dolorido. Últimamente yo me había acostumbrado bastante a decir esa palabra.

Celean me soltó y se alejó un paso, sin apartar de mí la vista mientras yo me incorporaba.

—La verdad es que no eres muy bueno —dijo con una sinceridad brutal.

—No estoy acostumbrado a pegar a niñas pequeñas —repuse.

—¿Cómo ibas a estar acostumbrado? —Se rió—. Para acostumbrarte a una cosa, debes hacerla una y otra vez. Me da la impresión de que tú no has golpeado a una mujer ni una sola vez.

Celean me tendió una mano; yo se la cogí procurando hacerlo con elegancia y ella me ayudó a levantarme del suelo.

—Lo que quiero decir es que de donde yo vengo no está bien pelear con mujeres.

—No lo entiendo —repuso Celean—. ¿No dejan a los hombres pelear en el mismo sitio que las mujeres?

—Quiero decir que, en general, nuestras mujeres no pelean —aclaré.Celean hizo girar la

muñeca abriendo y cerrando la mano como si tuviera suciedad en la palma e intentase desprenderla distraídamente. Era el signo equivalente a desconcierto, una especie de ceño de confusión.
—Si no practican, ¿cómo mejoran su Ketan? —me preguntó.
—De donde yo vengo, las mujeres no tienen Ketan.
Entornó los ojos, y entonces su rostro se iluminó.
—Ah, te refieres a que tienen un Ketan secreto. —Dijo «secreto» en atur. Aunque mantenía un semblante impasible, su cuerpo vibraba de emoción—. Un Ketan que solo conocen ellas, y que los hombres tienen prohibido ver.
Celean señaló el banco donde estaban sentadas nuestras maestras, que no nos prestaban atención.
—Vashet tienen una cosa parecida. Le he pedido muchas veces que me la enseñe, pero no quiere.
—¿Vashet sabe otro Ketan? —pregunté.
Celean asintió con la cabeza.
—Estudiaba en la vía del gozo antes de venir con nosotros. —Entonces la miró, muy seria, como si fuera a sonsacarle aquel secreto a Vashet a base de fuerza de voluntad—. Algún día iré allí y lo aprenderé. Iré a todas partes, y aprenderé todos los Ketan que hay. Aprenderé las vías ocultas de la cinta, de la cadena y del estanque móvil. Aprenderé las vías del gozo, la pasión y la contención. Las aprenderé todas.
No lo dijo con un tono fantasioso e infantil, como si soñara despierta que se comía un pastel entero. Tampoco lo dijo con tono jactancioso, como si describiera un plan que hubiera ideado ella sola y que considerase muy inteligente.
Lo dijo con una intensidad templada. Era como si sencillamente me estuviera explicando quién era. Mejor aún: como si estuviera explicándoselo a sí misma.
—También iré a tu tierra —dijo mirándome. Incuestionable—.
Y aprenderé el Ketan bárbaro que tus mujeres te ocultan.
—Te llevarás una decepción —dije—. No me he equivocado de palabra. Sé decir «secreto». Lo que quiero decir es que de donde yo vengo, muchas mujeres no pelean.
Celean volvió a hacer girar la muñeca, desconcertada, y comprendí que tenía que ser más explícito.
—De donde yo vengo, la mayoría de las mujeres se pasan la vida sin empuñar una espada. La mayoría no sabría cómo golpear a al-
guien con el puño ni con el canto de la mano. No conocen ningún Ketan. No pelean nunca.
—Enfaticé la última frase con el signo de firme negación.
Con eso pareció que ya me había hecho entender. Pensé que estaría horrorizada, pero se quedó allí plantada, mirándome con gesto inexpresivo y con las manos quietas, como si no supiera qué pensar de lo que acababa de oír. Era como si le hubiera explicado que de donde yo venía las mujeres no tenían cabeza.
—¿No pelean? —preguntó, incrédula—. ¿Ni con los hombres ni entre ellas ni con nadie?
Negué con la cabeza.
Hubo una pausa larguísima. Celean arrugó la frente y me di cuenta de que se esforzaba para asimilar aquella idea. Confusión. Consternación.
—Entonces, ¿qué hacen? —dijo por fin.
Pensé en las mujeres que conocía: Mola, Felá, Devi.
—Muchas cosas —respondí, y tuve que improvisar para explicarme con mi limitado léxico—. Hacen dibujos en las piedras. Compran y venden dinero. Escriben en libros.
Celean pareció relajarse mientras yo recitaba esa lista, como si la aliviara oír que esas mujeres extrañas, que no tenían Ketan, no estaban esparcidas por el campo como cadáveres sin huesos.

—Curan a los enfermos y a los heridos. Hacen… —Estuve a punto de decir «hacen música y cantan canciones», pero me contuve a tiempo—. Hacen juegos y plantan trigo y cuecen pan.
Celean se quedó pensando un buen rato.
—Yo preferiría hacer esas cosas y pelear también —dijo con decisión.
—Algunas mujeres lo hacen, pero muchas no lo consideran del Lethani. —Utilicé la expresión «del Lethani» porque no se me ocurría cómo decir «comportamiento adecuado» en adémico.
Celean hizo los signos de agudo desdén y reproche. Me sorprendió comprobar que me dolía mucho más proviniendo de aquella niña con su camisa amarilla de lo que me había dolido jamás proviniendo de Tempi o Vashet.
—El Lethani es el mismo en todas partes —afirmó—. No es como el viento, que cambia de un lugar a otro.

—El Lethani es como el agua —repliqué sin pensar—. Es inalterable en sí, pero cambia de forma para adaptarse a diferentes lugares. Es el río y es la lluvia.Celean me miró fijamente. No era una mirada furiosa, pero proviniendo de un Adem tenía el mismo efecto.
_ —¿y tú quién eres para decir si el Lethani es una cosa o la otra.
—¿Y tú? ¿Quién eres?
Celean se quedó mirándome un momento y frunció ligeramente las pálidas cejas. Entonces soltó una risotada y levantó las manos.
—Yo soy Celean —proclamó—. Mi madre es de la tercera piedra. Soy Adem de nacimiento, y soy la que te tirará al suelo.

Y cumplió su palabra.

118 Propósito

Vashet y yo peleábamos por los montes de Ademre.
Después de tanto tiempo, ya apenas notaba el viento. Era tan parte del paisaje como aquel terreno escabroso bajo mis pies. Algunos días soplaba muy suave, una brisa que solo trazaba dibujos en la hierba o me metía el pelo en los ojos. Otros días era lo bastante fuerte para hacer que la tela suelta de mi ropa me restallara contra la piel. Podía venir de direcciones insospechadas sin previo aviso y empujarte como si una mano te presionara firmemente entre los omoplatos.
—¿Por qué dedicamos tanto tiempo a la pelea con las manos? —pregunté a Vashet mientras hacía Arrancar Tréboles.
—Porque lo haces mal —respondió Vashet bloqueándome con Agua en Abanico—. Porque me haces sentir vergüenza cada vez que peleamos. Y porque tres de cada cuatro veces pierdes con una niña que mide la mitad que tú.
—Pues todavía lo hago peor con la espada —dije mientras caminaba en círculo buscando un hueco.
—Sí, lo haces peor —admitió Vashet—. Por eso no te dejo pelear con nadie, salvo conmigo. Eres demasiado alocado. Podrías lastimar a alguien.
Sonreí.
—Creía que de eso se trataba.
Vashet arrugó el ceño; entonces estiró un brazo, como si nada, y me sujetó por la muñeca y el hombro, retorciéndome con el Oso Dormido. Con la mano derecha me sujetaba la muñeca contra la cabeza, estirándome el brazo en un ángulo antinatural, mientras con la izquierda me apretaba fuertemente el hombro. Impotente, me vi obligado a doblarme por la cintura, mirando al suelo.
—Veh —dije, rindiéndome.
Pero Vashet no me soltó. Me retorció el brazo y aumentó la presión que ejercía sobre mi hombro. Empezaron a dolerme los huesecillos de la muñeca.
— Veh —dije un poco más alto, creyendo que no me había oído. Pero Vashet siguió sujetándome y retorciéndome más y más la muñeca—. Vashet. —Intenté girar la cabeza para miraría, pero lo único que veía desde ese ángulo era su pierna.
—Si se tratara de lesionas: a alguien —dijo—, ¿por qué iba a soltarte?
—No he querido decir eso... —Vashet me apretó más fuerte, y me callé.
—¿Cuál es el propósito del Oso Dormido? —me preguntó con calma.
—Incapacitar a tu oponente —contesté.
—Muy bien. —Vashet empezó a aplastarme con la fuerza lenta y constante de un glaciar. El dolor sordo empezó a aumentar en mi hombro y en mi muñeca—. Dentro de poco, tu brazo se saldrá de la articulación del hombro. Tus tendones se estirarán y se separarán del hueso. Tus músculos se desgarrarán y tu brazo quedará colgando como un trapo húmedo. ¿Habrá conseguido el Oso Dormido cumplir su propósito?
Me retorcí un poco, por puro instinto animal. Pero solo logré convertir aquella quemazón en un dolor todavía más agudo, así que paré. No era la primera vez que, durante el entrenamiento, Vashet me inmovilizaba con una posición ineludible. En esos casos, siempre me quedaba sin recursos, pero nunca me había sentido como aquella vez.
—El propósito del Oso Dormido es el control —dijo Vashet con calma—. Ahora mismo podría hacer contigo lo que quisiera. Puedo moverte, o romperte, o soltarte.
—Prefiero que me sueltes —dije tratando de sonar más esperanzado que desesperado.

Hubo una pausa. Entonces Vashet me preguntó con la misma serenidad:
—¿Cuál es el propósito del Oso Dormido?
—El control.
Noté que sus manos me soltaban, y me levanté haciendo rodar el hombro despacio para aliviar el dolor.
Vashet se quedó allí plantada mirándome con el ceño fruncido.
—La finalidad de todo esto es el control. Primero debes controlarte a ti mismo. Luego puedes controlar tu entorno. Luego consigues controlar a quien quiera que se te ponga delante. Eso es el Lethani.
Llevaba casi un mes en Haert, y tenía la impresión de que todo marchaba bien. Vashet reconocía que mi conocimiento del idioma estaba mejorando, y me felicitaba diciéndome que ya no hablaba como un imbécil sino como un crío.
Seguía encontrándome con Celean en el prado junto al árbol espada. Yo anhelaba esos encuentros pese a que Celean me daba unas palizas tremendas. Tardé tres días en vencerla. Es una estrofa interesante para añadir a la larga historia de mi vida, ¿no os parece?

> Venid todos, acercaos si queréis oír el relato de cómo Kvothe el Sin Sangre, con audacia y osadía, peleó contra una chiquilla de no más de diez años.
> Sabréis de su valentía y del gozo que sintió cuando su certero golpe derribó a aquella cría.

Por feo que pueda sonar, me sentí orgulloso, y con razón. Hasta Celean me felicitó; parecía muy sorprendida de que lo hubiera conseguido. Allí, a la sombra alargada del árbol, me enseñó su variante a dos manos de Romper León como recompensa, y me obsequió con el halago de una sonrisa picara.
Ese mismo día terminamos pronto el número de combates que nos habían prescrito. Fui a sentarme en una piedra cercana, que había sido labrada para convertirla en un cómodo asiento. Me froté la docena de puntos doloridos con que había salido del combate y me dispuse a observar el árbol espada hasta que Vashet viniera a buscarme.
Pero Celean no era de las que se sientan a esperar. Fue hacia el árbol espada y se quedó de pie a solo unos palmos de él, donde las ramas más largas oscilaban y danzaban agitadas por el viento, haciendo girar las hojas, redondas y afiladas, en círculos vertiginosos.
De pronto agachó los hombros y se metió corriendo bajo la copa, en medio del millar de hojas que giraban frenéticamente.
Me quedé tan asustado que no pude gritar, pero hice ademán de levantarme hasta que oí reír a Celean. La vi correr, brincar y girar; su menudo cuerpo esquivaba las hojas que el viento desprendía como si jugara al corre que te pillo. Ya estaba a medio camino del tronco y se detuvo. Agachó la cabeza, estiró un brazo y apartó de un manotazo una hoja que de otra forma le habría cortado.
No. No fue un manotazo sin más. Hizo Nieve que Cae. Entonces la vi acercarse aún más al tronco, zigzagueando y protegiéndose. Primero hizo Doncella que se Peina y luego Bailar hacia Atrás.
Entonces saltó hacia un lado, abandonando el Ketan. Se agachó y corrió por un hueco entre las hojas hasta llegar al tronco del árbol, y una vez allí le dio una palmada.
Y de nuevo se metió bajo las hojas. Hizo Prensar Sidra, se agachó, giró sobre sí misma y corrió hasta que salió de debajo de la copa del árbol. No gritó, triunfante, como habría hecho cualquier niño de la Mancomunidad, sino que saltó hacia arriba con las manos en alto en señal de victoria. Entonces, sin parar de reír, hizo una voltereta lateral.
Conteniendo la respiración, vi a Celean practicar ese juego una y otra vez, entrando y

saliendo de debajo de las hojas danzantes del árbol. No siempre llegaba hasta el tronco. En dos ocasiones salió corriendo, escapando de las hojas, antes de haberlo tocado, e incluso estando sentado lejos pude ver que eso la enfurecía. Una vez resbaló y tuvo que salir de debajo de las hojas a gatas.

Pero consiguió llegar hasta el tronco y volver cuatro veces, y cada vez celebró su huida levantando las manos, riendo y haciendo una sola voltereta lateral perfecta.

No paró hasta que regresó Vashet. Observé desde la distancia que Vashet se dirigía furiosa hacia ella y la regañaba severamente. No oí lo que decían, pero su lenguaje corporal era fácil de interpretar. Celean tenía la cabeza agachada y dibujaba en el suelo con los pies. Vashet la apuntaba con el dedo índice y le dio un coscorrón en un lado de la cabeza. Era la regañina que habría recibido cualquier niño. No entres en el jardín de los vecinos. No molestes a las ovejas de los Benton. No juegues al corre que te pillo entre el millar de cuchillos giratorios del árbol sagrado de tu pueblo.

119 Manos

Cuando Vashet consideró que mi adémico era solo moderadamente vergonzoso, lo organizó para que hablara con unos cuantos habitantes de Haert.
Conocí a un anciano parlanchín que hilaba hilo de seda mientras hablaba por los codos contando historias extrañas, absurdas y medio delirantes. Había una en que un niño se ponía los zapatos en la cabeza para impedir que mataran a un gato, en otra una familia juraba comerse una montaña piedra a piedra. Yo no les encontraba ningún sentido, pero le escuché educadamente y me bebí la cerveza dulce que me ofrecía.
Conocí a dos hermanas gemelas que fabricaban velas y me enseñaron los pasos de unos bailes extraños. Pasé una tarde con un leñador que durante horas no me habló de otra cosa más que de su trabajo.
Al principio pensé que eran miembros importantes de la comunidad. Creí que tal vez Vashet estuviera exhibiéndome ante ellos para demostrar lo civilizado que me había vuelto.
Hasta que no pasé una mañana con Dos Dedos no me di cuenta de que Vashet me había enviado a hablar con cada una de aquellas personas con la esperanza de que aprendiera algo de ellas.
Dos Dedos no era su auténtico nombre, pero es como yo lo llamaba para mis adentros. Era uno de los cocineros de la escuela, y lo veía en todas las comidas. Su mano izquierda estaba intacta, pero la derecha la tenía mutilada y solo conservaba el índice y el pulgar.
Vashet me envió a verlo por la mañana, y preparamos juntos la comida mientras charlábamos. Se llamaba Naden. Me contó que había pasado diez años entre los bárbaros. Es más, había llevado más de doscientos treinta talentos de plata a la escuela antes de quedar li-
siado y no poder seguir peleando. Eso lo mencionó varias veces, y me di cuenta de que era un motivo de orgullo especial para él.
Sonaron las campanadas y empezó a entrar gente en el comedor. Naden se encargó de servir el estofado que habíamos cocinado, caliente y espeso, con trozos de carne de ternera y zanahorias. Yo cortaba rebanadas de pan blanco recién hecho para quienes lo querían.
Intercambié cabezadas y algún que otro signo educado con las personas que estaban en la cola. Procuré limitar al máximo el contacto visual, y traté de convencerme de que el hecho de que muy poca gente se interesara por el pan ese día solo era una coincidencia.
Carceret exhibió sus sentimientos ante todos. Primero avanzó hasta la cabeza de la cola; entonces hizo el signo de asco nauseante, bien visible, antes de marcharse dejando la bandeja de madera.
Después, Naden y yo lavamos los platos.
—Vashet dice que avanzas muy poco con la espada —dijo sin preámbulos—. Dice que temes demasiado por tus manos, y que eso te hace vacilar.—Firme reproche.
Me quedé parado por lo repentino de aquel comentario, y tuve que contener el impulso de quedarme mirando la mano mutilada del cocinero. Asentí con la cabeza, pues temía meter la pata si decía algo.
Naden dejó la olla de hierro que estaba fregando y levantó la mano ante el cuerpo. Era un gesto desafiante, y la expresión de su rostro era de dureza. Entonces le miré la mano, como si no supiera que hacerlo era de mala educación. Solo le quedaban el índice y el pulgar, suficiente para coger cosas, pero no para hacer trabajos delicados. La mitad de la mano que conservaba era una masa de cicatrices fruncidas.
Mantuve un semblante impasible, pero me costó. En cierto modo, me hallaba ante mi miedo

más profundo. Me sentí acomplejado por mis manos intactas, y contuve el impulso de apretar los puños o esconderlas detrás de la espalda.
—Hace doce años que esta mano no sujeta una espada —dijo Naden. Ira orgullosa. Pesar—. He pensado mucho en el combate en que perdí los dedos. Ni siquiera los perdí con un contrincante capacitado.
Me los cortó un bárbaro cuyas manos eran más adecuadas para manejar una pala que una espada.
Dobló los dos dedos que le quedaban. En cierto modo tenía suerte. En Haert había otros Adem a los que les faltaba una mano entera,
o un ojo, o una extremidad hasta el codo o la rodilla.
—He pensado mucho. ¿Qué podría haber hecho para salvar la mano? He pensado en mi contrato, por el que me comprometía a proteger a un barón en cuyas tierras se había producido un levantamiento. Pienso: ¿y si no hubiera firmado aquel contrato? Pienso: ¿y si hubiera perdido la mano izquierda? Entonces no podría hablar, pero podría sujetar una espada. —Dejó caer la mano junto al costado—. Pero con sujetar una espada no basta. Un mercenario que se precie necesita dos manos. Con una sola nunca podría hacer Amante Asomado a la Ventana ni Oso Dormido...
Encogió los hombros.
—Es el vicio de mirar atrás. Puedes pasarte la vida mirando hacia atrás, pero no sirve de nada. Vestí el rojo con orgullo. Traje más de doscientos treinta talentos a la escuela. Era de la segunda piedra, y con el tiempo habría llegado a la tercera.
Naden volvió a levantar la mano mutilada.
—Si hubiera vivido con temor a perder la mano, no habría conseguido nada de eso. Si me hubiera acobardado, nunca me habrían aceptado en la Latantha. No habría alcanzado la segunda piedra. Estaría entero, pero sería menos de lo que soy ahora.
Se dio la vuelta y siguió fregando cacharros. Al cabo de un momento, lo imité.
—¿Es muy duro? —pregunté en voz baja. No pude evitarlo.
Naden tardó un buen rato en contestar.
—Cuando sucedió, creí que no sería tan duro. Otros han sufrido peores heridas. Otros han muerto. Yo tuve más suerte que ellos.
Inspiró hondo y soltó el aire lentamente.
—Traté de convencerme de que no era tan grave. Quise creer que mi vida continuaría. Pero no. La vida se detiene. Pierdes mucho. Lo pierdes todo.
Hizo una pausa y añadió:
—Cuando sueño, tengo dos manos.
Terminamos de lavar los platos en silencio. A veces eso es lo único que puedes compartir.
Celean también tenía una lección que darme: que hay contrincantes que no dudan en darle a un hombre puñetazos, patadas o codazos dirigidos a los genitales.
Nunca eran lo bastante fuertes para lesionarme permanentemente, claro. Celean llevaba años peleando, pese a su corta edad, y tenía ese control que Vashet tanto valoraba. Pero eso significaba que sabía exactamente lo fuerte que podía pegar para dejarme aturdido y paralizado, haciendo que su victoria fuera incuestionable.
Me senté en la hierba, pálido y con náuseas. Después de incapacitarme, Celean me había dado una palmadita consoladora en el hombro, y luego se había largado tan campante. Seguro que se fue a bailar entre las ramas oscilantes del árbol espada.
—Lo estabas haciendo bien hasta el final —dijo Vashet sentándose en el suelo enfrente de mí.
No dije nada. Como un ijiño que juega al escondite, quise hacerme la ilusión de que si cerraba los ojos y permanecía completamente quieto, el dolor no podría encontrarme.
—Venga, la he visto pegarte —dijo Vashet quitándole importancia—. No ha sido tan fuerte.

—La oí suspirar—. Pero si necesitas que alguien te examine y compruebe que sigue todo intacto...
Me reí como pude. Y fue un error. Un dolor insoportable se desenroscó en mi entrepierna, extendiéndose hasta mi rodilla y ascendiendo hasta mi esternón. Me entraron náuseas, y abrí los ojos para serenarme.
—Lo superará—di jo Vashet.
—Eso espero —dije apretando los dientes—. Es una costumbre muy perniciosa.
—No me refería a eso —dijo Vashet—. Lo que quiero decir es que será más alta. Espero que entonces distribuya mejor sus atenciones por todo el cuerpo. Ahora ataca la entrepierna con demasiada frecuencia. Eso hace que sea fácil predecir sus movimientos y defenderse de ellos. —Me miró elocuentemente—. Para cualquiera con un poco de vista.
Volví a cerrar los ojos.
—Dejemos las lecciones para más tarde, Vashet —supliqué—. Estoy a punto de vomitar el desayuno de ayer.
Vashet se puso en pie.
—Pues a mí me parece un momento idóneo para una lección. Levántate. Debes aprender a pelear estando herido. Es una habilidad valiosísima que Celean te ha brindado la oportunidad de practicar. Deberías agradecérselo.
Sabía que era inútil discutir, así que me levanté y empecé a caminar con mucho cuidado hacia mi espada de entrenamiento.
—No. Solo con las manos —dijo Vashet sujetándome por el hombro.
Di un suspiro.
—¿Es imprescindible, Vashet?
Me miró arqueando una ceja.
—¿Qué es imprescindible?
—Que sigamos concentrándonos en la pelea con las manos —dije—. Me estoy quedando muy atrasado con la espada.
—¿Acaso no soy tu maestra? —me preguntó—. ¿Quién eres tú para decidir qué es lo mejor?
—Soy quien tendrá que utilizar estas habilidades en el mundo —respondí con decisión—. Y en el mundo, preferiría pelear con una espada que con los puños.
Vashet bajó las manos; su semblante no revelaba nada.
—Y eso ¿por qué?
—Porque los otros tienen espadas —dije—. Y si voy a pelear, quiero ganar.
—¿Es más fácil ganar una pelea con una espada? —me preguntó.
La aparente calma de Vashet debió servirme de advertencia de que estaba pisando una capa de hielo muy fina, pero el intenso dolor que irradiaba de mi entrepierna me distraía. Aunque sinceramente, incluso si no hubiera estado distraído, es posible que no me hubiese fijado. Me sentía a gusto con Vashet, demasiado a gusto para mantenerme en guardia.
—Claro —dije—. Si no, ¿por qué llevan espada?
—Esa es uña buena pregunta. ¿Por qué llevamos espadas?
—¿Por qué se lleva cualquier cosa? Para utilizarla.
Vashet me miró con profundo desagrado.
—Entonces, ¿por qué nos molestamos en hacerte aprender adémico? —Me lo preguntó muy enojada; me agarró por el mentón, me apretó las mejillas y me obligó a abrir la boca, como si fuera un paciente de la Clínica que se resistía a tomarse la medicina—. ¿Para qué necesitas esa lengua si te bastará con una espada? Contéstame.
Intenté soltarme, pero Vashet era más fuerte que yo. Intenté apartarla de un empujón, pero ella me apartó las manos como si yo fuera un crío.
Vashet me soltó la cara; entonces me agarró la muñeca y me puso la mano delante de la cara.

—¿Por qué tienes manos y no cuchillos al final de los brazos?
Me soltó la muñeca y me golpeó con fuerza en la cara con la palma de la mano.
Si dijera que me dio un bofetón, os haríais una idea equivocada. Aquello no fue una bofetada teatral como las que se ven en los esce-
nanos. Tampoco fue la bofetada ofendida e hiriente que le da una dama de honor a un noble de piel suave que se sobrepasa. Tampoco fue la bofetada, más profesional, de una camarera que se defiende de las atenciones inoportunas de un borracho.
No. Ni siquiera debería llamarlo bofetón. Un bofetón se da con los dedos o con la palma. Te duele o te sorprende. Vashet me golpeó con toda la mano abierta, pero detrás estaba la fuerza de su brazo. Detrás estaba su hombro. Detrás estaba la compleja maquinaria de sus caderas pivotantes, sus robustas piernas afianzadas en el suelo, y hasta el suelo que tenía bajo los pies. Fue como si toda la creación me golpeara a través de la palma de su mano, y la única razón por la que 110 me dejó lisiado es que, pese a estar enfurecida, Vashet siempre se controlaba a la perfección.
Como se controlaba, Vashet no me dislocó la mandíbula ni me dejó inconsciente. Pero consiguió que me entrechocaran los dientes y que me zumbaran los oídos. Hizo que mis ojos giraran en sus cuencas y que se me doblaran las piernas. Si Vashet no me hubiera sujetado por el hombro, me habría caído.
—¿Acaso crees que te estoy enseñando los secretos de la espada para que vayas por ahí utilizándolos? —me preguntó. Me pareció percibir que gritaba. Era la primera vez que oía gritar a un Adem—. ¿Es eso lo que crees que estamos haciendo?
Me tenía sujeto, estupefacto, y volvió a golpearme. Esa vez la mano me alcanzó la nariz. Noté un dolor increíble, como si alguienme hubiera clavado una astilla de hielo en el cerebro. Eso me sacó de golpe de mi aturdimiento, de modo que estaba completamente alerta cuando me golpeó por tercera vez.
Vashet me sujetó un momento mientras todo me daba vueltas, y entonces me soltó. Di un paso vacilante y me derrumbé como un títere al que cortan los hilos. No estaba inconsciente, sino profundamente aturdido.
Tardé mucho en recuperarme. Cuando por fin conseguí incorporarme y sentarme, noté el cuerpo quebrantado y difícil de manejar; como si me lo hubieran desmontado y me lo hubieran vuelto a juntar de otra manera.
Para cuando recuperé los sentidos lo suficiente para mirar alrededor, estaba solo.

120 Favores

Dos horas más tarde estaba sentado en el comedor, solo. Me dolía la cabeza y tenía un lado de la cara caliente e hinchado. En algún momento me había mordido la lengua, y me dolía al comer y todo me sabía a sangre. Mi estado de ánimo era el que os imagináis, pero peor. Cuando vi una silueta roja sentándose en el banco enfrente de mí, no me atreví a levantar la cabeza. Si se trataba de Carceret, ya era malo; y si se trataba de Vashet, aún más. Había esperado hasta que el comedor quedara casi vacío para entrar, con la esperanza de rehuirlas a ambas.

Pero al alzar la vista, descubrí que era Penthe, la temible joven que había vencido a Shehyn.

—Hola—me dijo en atur, con un poco de acento.

La saludé con el signo saludo educado formal. Tal como me había ido el día, pensé que sería mejor extremar las precauciones. A juzgar por los comentarios de Vashet, Penthe era un miembro respetado y de alto rango de la escuela.

Y sin embargo era muy joven. Quizá fuera por su constitución menuda o por su cara en forma de corazón, pero no aparentaba más de veinte años.

—¿Podemos hablar en tu idioma? —me preguntó en atur—. Me harías un favor. Necesito practicarlo.

—Claro que sí —respondí—. Hablas muy bien. Me das envidia. Cuando hablo adámico, me siento como un hombretón más grande que un oso, con unas botas enormes, que va dando tumbos por ahí.

Penthe dejó asomar una sonrisa tímida; inmediatamente se tapó la boca con una mano y se sonrojó un poco.

—¿Es correcto? ¿Sonreír?—Sí, es correcto. Y educado. Una sonrisa como esa significa un leve regocijo. Y encaja perfectamente, porque lo que he dicho era una pequeña broma.

Penthe se quitó la mano de la boca y volvió a sonreír con timidez. Era encantadora como las flores de primavera. Mirarla me reconfortaba el corazón.

—En otras circunstancias, yo te devolvería la sonrisa —expliqué—. Pero me preocupa que los otros lo consideren de mala educación.

—Por favor —dijo ella, e hizo una serie de signos lo bastante amplios para que los vieran todos. Invitación abierta. Súplica implorante. Acogida calurosa—. Necesito practicar.

Sonreí, aunque no tan abiertamente como lo habría hecho de costumbre. En parte por prudencia, y en parte porque me dolía la cara.

—Es agradable volver a sonreír—dije.

—A mí me causa inseguridad. —Fue a hacer un signo, pero se detuvo. Su expresión cambió, y entornó un poco los ojos, como si estuviera molesta.

—¿Esto? —pregunté, e hice el signo de leve preocupación.

Penthe asintió.

—¿Cómo se hace eso con la cara?

—Es así. —Junté ligeramente las cejas—. Además, como eres una mujer, tú harías esto. —Fruncí un poco los labios—. Yo haría esto, porque soy un hombre. —Llevé las comisuras de los labios hacia abajo.

Penthe me miró con cara de perplejidad. Aterrorizada.

—¿Los hombres y las mujeres lo hacen diferente? —preguntó con un tono que delataba incredulidad.

—Solo algunas expresiones —la tranquilicé—. Y solo algunas cosas sin importancia.

—Hay tantas cosas —dijo, y en su voz se filtró un deje de congoja—. Con la familia, uno sabe

qué significa cada pequeño movimiento de la cara. Creces observando. Aprendes a interpretarlo todo. Los amigos de la infancia, antes de que aprendas a no sonreír por todo... Con ellos es fácil. Pero esto... —Sacudió la cabeza—. ¿Cómo es posible acordarse de cuándo es correcto enseñar los dientes? ¿Con qué frecuencia tengo que contactar a los ojos?
—Te entiendo —dije—. Yo hablo muy bien en mi idioma. Puedo expresar los significados más complejos. Pero aquí, eso es inútil. —Suspiré—. Me cuesta mucho mantener un gesto inexpresivo. Es como si contuviera la respiración todo el tiempo.—No siempre —replicó Penthe—. No siempre ponemos la misma cara. Cuando estás con... —En lugar de terminar la frase, hizo un rápido signo de disculpa.
—Yo no tengo amigos aquí —dije. Leve pesar—. Creía que estaba intimando con Vashet, pero me temo que hoy lo he estropeado todo.
Penthe asintió con la cabeza.
—Ya lo he visto. —Estiró un brazo y me pasó el pulgar por la mejilla. Lo noté frío contra la hinchazón—. Debes de haberla hecho enfadar mucho.
—Sí, lo noto por cómo me zumban los oídos.
—No —dijo Penthe sacudiendo la cabeza—. Por las marcas. —Esa vez se señaló la cara—. Si se tratara de otra persona, quizá fuera un error, pero Vashet no te dejaría una marca así si no quisiera que la vieran todos.
Noté un vacío en el estómago, y sin querer me llevé una mano a la cara. Claro. No había sido simplemente un castigo. Era un mensaje para todo Ademre.
—Qué tonto soy —dije en voz baja—. No me había dado cuenta.
Comimos en silencio unos minutos, y entonces pregunté:
—¿Por qué te has sentado conmigo?
—Cuando te he visto, he pensado que había oído hablar mucho de ti, pero que no sabía nada de primera mano. —Una pausa.
—Y ¿qué dicen de mí? —pregunté esbozando una sonrisa irónica.
Penthe estiró un brazo y me tocó una comisura de los labios con las yemas de los dedos.
—Eso —dijo—. ¿Qué significa la sonrisa ladeada?
Hice el signo de burla amable.
—Pero no me burlo de ti, sino de mí mismo. Me imagino lo que dirán.
—No todo es malo —repuso Penthe con dulzura.
Entonces alzó la vista y me miró a los ojos. Parecían enormes en su pequeña cara, y de un gris un poco más oscuro que los de los otros Adem. Eran tan brillantes y limpios que cuando sonrió, sentí que se me partía el corazón. Noté que se me anegaban los ojos de lágrimas, y agaché rápidamente la cabeza, abochornado.
—¡Oh! —dijo Penthe en voz baja, y rápidamente hizo el signo de disculpa afligida—. No. Hago mal las sonrisas y los contactos de ojos. Quería decir esto. —Animo y apoyo.
—Lo haces bien —dije sin levantar la cabeza, y parpadeé varia

veces seguidas para contener las lágrimas—. Es un favor inesperado en un día en que no merezco tal cosa. Eres la primera que habla conmigo por decisión propia. Y tu rostro tiene una dulzura que me hiere el corazón. —Hice gratitud con la mano izquierda, y me alegré de no tener que mirarla a los ojos para demostrarle lo que sentía.
Penthe tendió la mano izquierda por encima de la mesa y cogió la mía. Entonces le dio la vuelta a mi mano y presionó suavemente consuelo sobre mi palma.
La miré y compuse una sonrisa que pretendía ser tranquilizadora.
Penthe la imitó casi a la perfección, y entonces volvió a taparse la boca.
—Sonreír sigue produciéndome inseguridad.
—Pues no debería ser así. Tienes unos labios perfectos para sonreír.
Penthe volvió a mirarme; sus ojos se detuvieron en los míos un breve instante.

—¿De verdad?
Asentí.
—En mi idioma, son unos labios sobre los que compondría… —Me interrumpí y rompí a sudar al darme cuenta de que había estado a punto de decir «una canción».
—¿Un poema? —sugirió Penthe amablemente.
—Sí—me apresuré a decir—. Son unos labios dignos de un poema.
—Pues componlo —dijo—. En mi idioma.
—No. Sería un poema de oso. Demasiado torpe para ti.
Con eso solo conseguí alentarla, y sus ojos reflejaron entusiasmo.
—Por favor. Si es torpe, me hará sentir menos torpe a mí.
—Si yo lo compongo —la amenacé—, tú tendrás que componer otro. En mi idioma.
Creí que eso la disuadiría, pero tras una breve vacilación, Penthe asintió con la cabeza.
Me acordé de la única poesía adémica que había oído: unos fragmentos del hilandero y otro fragmento de la historia de Shehyn sobre el arquero. No era mucho con lo que trabajar. Pensé en las palabras que conocía, en sus sonidos. Eché mucho de menos mi laúd. Al fin y al cabo, para eso tenemos la música. Las palabras no siempre pueden hacer el trabajo para el que las necesitamos. La música existe para cuando nos fallan las palabras.
Miré alrededor con nerviosismo y me alegré de que solo quedaran unas pocas personas en el comedor Me incliné hacia Penthe y dije:

> Penthe, la de doble arma, sin espada en la mano, curva una flor en sus labios y parte un corazón a doce pasos.

Penthe volvió a sonreír, y su sonrisa tuvo el efecto que yo acababa de describir. Noté que se me clavaba en el pecho. Felurian tenía una sonrisa hermosa, pero era sabia y antigua. La sonrisa de Penthe era brillante como un penique nuevo. Era como agua fresca sobre mi reseco y cansado corazón.
La dulce sonrisa de una mujer joven: no hay nada mejor en el mundo. Es más valiosa que la sal. Sin ella, algo enferma y muere dentro de nosotros. Estoy seguro. Una cosa tan simple. Qué raro. Qué maravilloso y qué raro.
Penthe cerró los ojos un momento y movió los labios en silencio mientras escogía las palabras de su poema.
Entonces abrió los ojos y dijo en atur:

> Ardiente como una rama,
> Kvothe habla.
> Pero en los labios que amenazan con ser botas hay un oso que baila.

Sonreí lo bastante abiertamente para que me doliera la cara.
—Es muy bonito —dije con sinceridad—. Es el primer poema que alguien compone para mí.
Después de mi conversación con Penthe me sentí mucho mejor. No estaba seguro de si habíamos coqueteado, pero eso no importaba mucho. Me bastaba con saber que al menos había una persona en Haert que no deseaba verme muerto.
Fui a casa de Vashet, como solía hacer después de las comidas. Una parte de mí confiaba en que me recibiera con una sonrisa sarcástica, y que hubiera olvidado lo ocurrido aquella mañana y no lo comentara. Pero la otra mitad temía que se negara a hablar conmigo.
Subí la cuesta y la vi sentada en un banco de madera junto a la puerta de su casa. Estaba apoyada contra la áspera pared de piedra, como si sencillamente disfrutara del sol de la tarde. Inspiré hondo, exhalé y noté que me relajaba.Pero al acercarme un poco más, le vi la

cara. No sonreía. Tampoco mostraba la típica máscara impasible adem. Me miraba con expresión sombría.
En cuanto estuve suficientemente cerca, dije:
—Vashet, yo…
Sin levantarse del banco, alzó una mano, y me callé como si me hubiera golpeado en la boca.
—Ahora las disculpas no tienen ningún valor —dijo con una voz plana y fría como la pizarra —. Ya no puedo confiar en nada que me digas. Sabes que estoy muy enfkdada, y por eso te atenaza el miedo.
»Eso significa que no puedo confiar en ninguna palabra que digas, porque proviene del miedo. Eres inteligente, y encantador, y un mentiroso. Sé que puedes doblegar al mundo con tus palabras. Y por eso no te escucharé.
Cambió de posición y continuó:
—Había percibido en ti una amabilidad sólida. Es algo raro en alguien tan joven, y fue uno de los motivos que me convencieron de que valía la pena enseñarte. Pero al pasar los días, he descubierto algo más. Otra cara que no tiene nada de amable. Lo he descartado, como si fueran destellos de luz falsa, considerándolos fanfarronadas de juventud o bromas extrañas de bárbaro.
»Pero hoy, al oírte hablar, he comprendido que la amabilidad era la máscara. Y esa otra cara que había vislumbrado, eso oscuro e implacable, ese es el verdadero rostro que se oculta debajo.
Vashet me miró largamente.
—Dentro de ti hay algo inquietante. Shehyn lo ha visto conversando contigo. No es una falta de Lethani. Pero eso aumenta mi inquietud en lugar de mitigarla, porque significa que dentro de ti hay algo más profundo que el Lethani. Algo que el Lethani no puede reparar.
Me miró a los ojos.
—Si así es, me he equivocado enseñándote. Si has sido lo bastante listo para mostrarme una cara falsa durante tanto tiempo, entonces eres un peligro, y no solo para la escuela. Si es así, Carceret tiene razón, y deberíamos matarte cuanto antes por la seguridad de todos.
Vashet se levantó; se movía como si estuviera muy cansada.
—Eso es lo que he pensado hoy. Y esta noche seguiré pensando. Mañana habré tomado una decisión. Tómate este tiempo para poner orden en tus ideas y hacer los preparativos que te parezca oportuno.
Entonces, sin mirarme a los ojos, se dio la vuelta y entró en su casa,. Cerró la puerta sin decir nada.
Deambulé un rato sin rumbo fijo. Fui a contemplar el árbol espada con la esperanza de encontrar allí a Celean, pero no la vi. Contemplar el árbol no me calmó. Ese día no.
Así que fui a los baños, y me bañé abstraído y abatido. Después, en uno de los espejos que había en las habitaciones más pequeñas, me vi por primera vez después de que Vashet me golpeara. Tenía media cara roja e hinchada, con cardenales que empezaban a teñirse de azul y amarillo en la sien y en el mentón. También vi los inicios de un ojo morado.
Mientras me miraba en el espejo, noté que una ira sorda prendía en mi vientre. Estaba cansado de esperar, impotente, mientras otros decidían si podía ir y venir. Había jugado a su juego, aprendido su idioma, y había sido educadísimo, y a cambio me habían tratado como a un perro. Me habían pegado, se habían burlado de mí y me habían amenazado con la muerte y con cosas peores. Estaba harto.
Fui a dar un paseo alrededor de Haert. Visité a las hermanas gemelas, al herrero parlanchín y al sastre que me había vendido la ropa. Charlé cordialmente con ellos, pasando el rato, haciendo preguntas y fingiendo que no se notaba que unas horas antes me habían pegado hasta dejarme inconsciente.

Los preparativos me llevaron mucho tiempo. Me salté la cena, y el cielo estaba oscureciendo cuando volví a la escuela. Fui directamente a mi habitación y cerré la puerta.
Entonces vacié el contenido de mis bolsillos encima de la cama; había objetos que había comprado, y otros que había robado. Dos bonitas y suaves velas de cera de abeja. Un trozo alargado de hierro quebradizo de una espada mal forjada. Un carrete de hilo de color rojo sangre. Un frasquito con agua de los baños.
Cogí la botellita con una mano y la encerré en el puño. La gente no se da cuenta de la cantidad de calor que acumula el agua. Por eso tarda tanto en hervir. Pese a que la piscina de agua caliente de donde había cogido aquella agua estaba a casi un kilómetro de distancia, lo que tenía en la mano era más útil para un simpatista que una brasa ardiente. Aquella agua contenía fuego.
Pensé en Penthe y sentí cierto pesar. Entonces cogí una vela y empecé a hacerla rodar entre mis manos, calentándola con mi piel, ablandando la cera y empezando a formar una muñeca con ella.
Me senté en mi habitación y me puse a barajar ideas amargas mientras la última luz del día desaparecía del cielo. Miré las herramientas que había reunido y supe en lo más hondo de mí que a veces una situación se complica tanto que las palabras no sirven para nada. ¿Qué otra opción me quedaba, ahora que las palabras me habían fallado?
¿Qué nos queda cuando nos fallan las palabras?

121 Cuando fallan las palabras

Ya era entrada la noche cuando me acerqué a la casa de Vashei. pero vi un parpadeo de velas en la ventana. No me cabía ninguna duda de que me haría matar o mutilar por el bien de todo Adenire, pero Vashet era, ante todo, precavida. Antes de tomar una decisión, seguro que pasaría la noche entera meditando.
Me presenté allí con las manos vacías y llamé a la puerta. Al cabi de un momento, salió a abrir. Todavía llevaba las ropas rojas de mercenario, pero se había quitado casi todos los cordones de seda que se la ceñían al cuerpo. Tenía la mirada cansada.
Al verme allí plantado, sus labios dibujaron una fina línea, y supe que si decía algo, ella se negaría a escuchar. Así que hice el signo de súplica y di un paso atrás, apartándome de la luz de las velas y volviendo a la oscuridad. A esas alturas ya conocía lo suficiente a Vashet para estar seguro de su curiosidad. Entrecerró los ojos, recelosa, pero tras un momento de vacilación, me siguió. No cogió su espada.
El cielo estaba sereno y una media luna nos alumbraba. Me dirij, hacia las colinas, lejos de la escuela, lejos de las casas y las tiendas diseminadas de Haert.
Recorrimos más de dos kilómetros hasta que llegamos al lugar que yo había escogido. Un bosquecillo donde un alto afloramiento rocoso impediría que cualquier ruido llegara hasta el pueblo dormido.
La luz de la luna se filtraba, sesgada, a través de las copas de los árboles, revelando uñas siluetas oscuras en un pequeño espacio despejado, escondido entre las rocas. Había dos bancos pequeños tic madera. Cogí a Vashet del brazo, con suavidad, y la guié hasta allí para que se sentara.
Moviéndome despacio, estiré un brazo hacia la sombra de sor. vento de un árbol y saqué mi shaed. Lo colgué cuidadosamente de ^una rama baja para que quedara suspendido como una cortina entre nosotros dos.
Entonces me senté en el otro banco, me encorvé y abrí los cierres ¿el estuche. Cada vez que uno de ellos se abría, el laúd producía un agradable repiqueteo armónico, como si estuviera impaciente por ser liberado.
Lo saqué del estuche y empecé a tocar suavemente.
Había metido un trozo de tela dentro de la caja del laúd para amortiguar el sonido, pues no quería que viajara más allá de aquellas rocas. Y había entretejido un ptíco de hilo rojo entre las cuerdas. En parte, para que no sonaran demasiado brillantes, y en parte con la esperanza de que me trajera suerte.
Empecé con «En la herrería del pueblo». No canté, porque temía que Vashet se ofendiera si llegaba tan lejos. Pero incluso sin cantar la letra, es una canción que invita al llanto. Es una música que habla de habitaciones vacías, camas frías y amores perdidos.
Sin detenerme, pasé a «Violeta espera», y luego a «Viento hacia el oeste, hacia el hogar». Esa última había sido la favorita de mi madre, y mientras la tocaba, pensaba en ella y empezaron a caerme las lágrimas.
Luego toqué la canción que se esconde en el centro de mí. Esa música sin letra que recorre los rincones secretos de mi corazón. La toqué con cuidado, desgranando las notas lenta y suavemente en el oscuro silencio nocturno. Me gustaría poder decir que es una canción alegre, que es dulce y animada, pero no lo es.
Y entonces paré. Me ardían y me dolían las yemas de los dedos. Llevaba un mes sin tocar, y me habían desaparecido los callos.
Alcé la mirada y descubrí que Vashet había apartado mi shaed y me observaba. Tenía la luna

detrás, y no pude verle la expresión de la cara.
—Por esto no tengo cuchillos en lugar de manos, Vashet —dije con voz queda—. Esto es lo que soy.

122 Despedida

Al día siguiente me levanté temprano, desayuné deprisa de vuelta en mi habitación cuando el resto de la es quiera había abierto los ojos.
Me cargué el laúd y el macuto a la espalda. Me arrebujé en el shaed y comprobé que llevaba todo lo que necesitaba en los bolsillos: el hilo rojo, el fetiche de cera, el trozo de hierro quebradizo y el frasco de agua. Entonces me puse la capucha del shaed y salí de la la escuela hacia la casa de Vashet.
Vashet me abrió la puerta antes de que diera el tercer golpe conlos nudillos. Iba sin camisa, y se quedó plantada en el umbral, con los pechos al descubierto. Me miró sin reservas y se fijó en mi capa mi macuto y mi laúd.
—Hoy es una mañana de visitas —dijo—. Pasa. A estas horas sopla un viento muy frío.
Entré y tropecé en el umbral; trastabillé y tuve que apoyar una mano en el hombro de Vashet para recobrar el equilibrio. Mi mano se enredó, torpe, en su pelo.
Vashet sacudió la cabeza mientras cerraba la puerta. Indiferente a su desnudez, llevó las manos detrás de la cabeza y empezó a trenzar una mitad de su melena en una trenza corta y prieta.
—Cuando todavía no había asomado el sol en el cielo, Penthe ha llamado a mi puerta —dijo —. Sabía que estaba enfadada contigo. Y te ha defendido, aunque no sabía qué habías hecho.
Sujetándose la trenza con una mano, Vashet cogió un trozode cinta roja y se la ató.
—Luego, cuando apenas había tenido tiempo de cerrar la puerta ha venido Carceret. Me ha felicitado por darte, finalmente el trato que mereces.Empezó a trenzarse el resto de la melena, moviendo ágilmente los dedos.
—Ambas visitas me han molestado. No tenían por qué venir a hablarme de mi alumno.
Vashet se ató la segunda trenza.
—Entonces me he preguntado qué opinión respeto más. —Me miró convirtiendo su afirmación en una pregunta que yo debía contestar.
—La que más respetas es tu propia opinión —dije.
—Exactamente —dijo Vasliet sonriendo abiertamente—. Pero Penthe tampoco es idiota. Y Carceret puede enfadarse como un hombre cuando pierde los estribos.
Cogió un trozo largo de seda oscura y se vendó con él el torso, los hombros y los senos, sujetándolos y protegiéndolos. Entonces metió el extremo de la tela para fijarlo. Le había visto hacer aquello varias veces, pero seguía siendo un misterio para mí cómo lo conseguía.
—Y ¿qué has decidido? —pregunté.
Se puso su camisa rojo sangre por la cabeza.
—Todavía eres un rompecabezas —dijo—. Amable, inquietante, listo e idiota. —Su cabeza asomó por el escote de la camisa, y me miró con seriedad—. Pero el que tira un rompecabezas porque no sabe resolverlo ha abandonado el Lethani. Yo no soy así.
—Me alegro —dije—. No me habría gustado marcharme de Haert.
Vashet arqueó una ceja.
—Ya me lo imagino. —Señaló el estuche del laúd, que sobresalía por encima del hombro—. Deja eso aquí para no dar que hablar a la gente. Deja también el macuto. Puedes llevarlos a tu habitación más tarde.
Me lanzó una mirada pensativa.
—Pero coge la capa. Te enseñaré a luchar con ella puesta. Esas cosas pueden resultar útiles, pero solo si sabes no tropezar con ellas.

Retomé mi entrenamiento casi como si no hubiera pasado nada. Vashet me enseñó a no tropezar con mi capa. Cómo utilizarla para envolver un arma o desarmar a alguien desprevenido. Comentó que era muy fina, fuerte y duradera, pero no me pareció que apreciara nada inusual en ella.
Pasaron los días. Seguí entrenándome con Celean y al final apren-di a proteger mi valiosa virilidad de toda clase de ataques zafios. Poco a poco adquirí suficiente habilidad para que nuestros combates fueran casi igualados, y nos turnábamos en las victorias.
Hasta tuve unas cuantas conversaciones con Penthe durante las comidas, y me alegré de contar con una persona más dispuesta a sonreírme de cuando en cuando.
Pero ya no me encontraba cómodo en Haert. Me había acercado demasiado al desastre. Cuando hablaba con Vashet, me pensaba dos veces cada palabra que decía. Algunas me las pensaba tres veces.
Y si bien parecía que Vashet hubiera vuelto a mostrarse sonriente e irónica, a veces la sorprendía observándome con gesto sombrío y mirada intensa.
A medida que pasaban los días, fue reduciéndose la tensión entre nosotros, tan lentamente como los cardenales de mi cara. Me gusta pensar que al final habría desaparecido por completo, pero no tuvimos tiempo suficiente para comprobarlo.
Llegó como un relámpago en el cielo azul y despejado.
Vashet abrió la puerta a mi llamada, pero en lugar de salir afuera, se quedó en el umbral.
—Mañana harás el examen —anunció.
Al principio no entendí de qué me hablaba. Me había concentrado tanto en la práctica de la espada, en el entrenamiento con Celean, en el idioma y en el Lethani que casi me había olvidado del propósito de todo aquello.
Noté una oleada de emoción en el pecho, seguida de un nudo helado en el estómago.
—¿Mañana?—pregunté, atontado.
Vashet asintió y sonrió débilmente al ver mi expresión.
Su contenida reacción no contribuyó a tranquilizarme.
—¿Tan pronto?
—Shehyn cree que es lo mejor. Si esperamos otro mes, podría empezar a nevar, y eso te impediría elegir libremente.
Vacilé un momento y dije:
—No me estás contando toda la verdad, Vashet.
Otra débil sonrisa y un encogimiento de hombros.
—En eso tienes razón, aunque Shehyn cree que no es prudente esperar. Eres adorable, a tu torpe manera de bárbaro. Cuanto más tiempo permanezcas aquí, más gente habrá que sienta simpatía por ti...
Noté que el frío se instalaba en mis entrañas.
—Y si tienen que mutilarme, es mejor que lo hagan antes de que más gente se dé cuenta de que en realidad soy una persona de verdad, y no un bárbaro anónimo —dije con aspereza, aunque no tanta como me habría gustado.
Vashet agachó la cabeza y asintió.
—No debería decírtelo, pero Penthe le puso un ojo morado a Carceret hace un par de días por una discusión sobre ti. Celean también se ha encariñado contigo, y habla con los otros niños. Te observan desde los árboles mientras entrenas. —Hizo una pausa—. Y no son los únicos.
En el tiempo que llevaba en Haert había aprendido lo suficiente para interpretar las pausas de Vashet. De pronto, su circunspección y su silencio cobraban sentido.
—Shehyn debe proteger los intereses de la escuela —expuso—. Debe decidir según lo que es correcto. No puede dejarse influir por el hecho de que unos pocos te tengan simpatía. Al mismo tiempo, si toma una decisión correcta y muchos en la escuela se sienten

contrariados, eso tampoco es bueno. —Otro encogimiento de hombros—. Así que…

—¿Estoy preparado?

Vashet tardó en contestar.

—Esa no es una pregunta fácil —reconoció—. No te invitan a la escuela únicamente por tu habilidad. Es un examen de aptitud, de idoneidad. Si uno de nosotros falla, puede volver a intentarlo. Tempi hizo el examen cuatro veces antes de ser admitido. Tú solo tendrás una oportunidad. —Me miró a los ojos—. Y tanto si estás preparado como si no, ha llegado el momento.

123 Hoja que Gira

A la mañana siguiente Vashet vino a buscarme cuando yo estaba terminando de desayunar.
—Ven —me dijo—. Carceret se ha pasado toda la noche rezando para que haya un vendaval, pero solo soplan ráfagas.
No entendí qué quería decir, pero tampoco me apetecía preguntar. Devolví la bandeja de madera y al darme la vuelta vi a Penthe allí de pie. Tenía un cardenal amarillento en el mentón.
Penthe no dijo nada y se limitó a cogerme ambos brazos en señal de apoyo. Luego me dio un fuerte abrazo. Se me había olvidado lo bajita que era, y me sorprendió ver que su cabeza solo me llegaba por el pecho. El comedor estaba aún más silencioso de lo que era habitual, y aunque nadie me miraba abiertamente, todos me observaban.
Vashet me llevó hasta el pequeño parque donde nos habíamos visto por primera vez e iniciamos los ejercicios de calentamiento. Aquella rutina me relajó y calmó mi ansiedad hasta reducirla a un rumor sordo. Cuando terminamos, Vashet me condujo al valle escondido del árbol espada. No me sorprendió. ¿En qué otro sitio podía celebrarse el examen?
Había una docena de personas dispersas por el prado, alrededor del árbol. La mayoría llevaban el rojo de mercenario, pero vi a tres con ropa de colores más claros. Deduje que debían de ser miembros importantes de la comunidad, o quizá mercenarios retirados que todavía tenían relación con la escuela.
Vashet señaló el árbol. Al principio creí que quería que me fijara en su movimiento. Tal como me había adelantado, hacía un día ventoso, y las ramas azotaban furiosamente el aire. Entonces vislumbré un destello metálico junto al tronco. Me fijé y vi que había una espada atada al tronco del árbol.
Me acordé de Celean danzando entre las hojas afiladas hasta dar una palmada al tronco. Claro.
—Alrededor del pie del árbol hay una serie de objetos —dijo Vashet—. El examen consiste en que vayas hasta allí, escojas uno y lo traigas.
—¿Eso es el examen? —pregunté más bruscamente de lo que tenía planeado—. ¿Por qué no me lo dijiste?
—¿Por qué no me lo preguntaste? —replicó ella con aspereza, y entonces apoyó suavemente upa mano sobre mi brazo—. Te lo habría explicado —dijo—. Al final. Pero sabía que si te lo contaba demasiado pronto, querrías probarlo y te harías daño.
—Bueno, pues menos mal que lo hemos dejado para hoy —dije, y suspiré. Disculpa resignada—. ¿Qué pasa si entro y me quedo hecho trizas?
—Cortarse es inevitable —dijo Vashet, y se apartó el cuello de la camisa para enseñarme un par de cicatrices pálidas y delgadas que tenía en el hombro—. La cuestión es cuánto, y dónde, y cómo te comportas. —Se colocó bien la camisa con un encogimiento de hombros —. Las hojas no hacen cortes profundos, pero ten cuidado con la cara y el cuello, donde los vasos sanguíneos y los tendones están cerca de la superficie. Un corte en el torso o en el brazo se puede curar fácilmente. Una oreja cercenada, no tanto.
Miré el árbol, que en ese momento recibía una ráfaga de viento. Las ramas se agitaron frenéticamente.
—¿Qué te impide entrar a gatas?
—El orgullo —contestó Vashet escudriñando mi rostro—. ¿Quieres que todos te recuerden como el que se arrastró el día del examen?
Asentí con la cabeza. Aquello era especialmente importante en mi caso. Era un bárbaro, y

por lo tanto tenía que demostrar el doble.
Volví a mirar el árbol. Había unos diez metros desde el perímetro de las ramas hasta el tronco. Recordé las cicatrices que había visto en el cuerpo de Tempi y en la cara de Carceret.
—De modo que esto es una prueba de temple —dije—. Una prueba de orgullo.
—Es una prueba de muchas cosas —aclaró Vashet—. Tu comportamiento tiene mucha importancia. Podrías taparte la cara con los brazos y correr hasta el tronco. Al fin y al cabo, la línea recta es la más rápida. Pero ¿qué revela eso de ti? ¿Eres un toro que embiste a ciegas? ¿Eres un animal sin sutileza ni elegancia? —Sacudió la cabeza frunciendo el entrecejo—. Espero algo mejor de un alumno mío.
Entorné los ojos y traté de ver qué otros objetos había alrededor del tronco. i
—Supongo que no puedo preguntar cuál es la elección correcta.;
—Hay muchas elecciones correctas, y muchas incorrectas. Eso va-, ría en cada caso. El objeto que traigas revelará mucho. Lo que hagas con ese artículo después también revelará mucho. Cómo te conduzcas revelará mucho. —Encogió los hombros—. Shehyn tendrá en cuenta todas esas cosas antes de decidir si mereces ser admitido en la escuela.
—Si tiene que decidirlo Shehyn, ¿qué hacen aquí los demás?
Vashet esbozó una sonrisa forzada, y vi la ansiedad oculta en lo más profundo de sus ojos,
—Shehyn no representa a toda la escuela. —Señaló a los otros Adem que estaban de pie alrededor del árbol espada—. Tampoco representa a la totalidad de la vía de la Latantha.
Miré alrededor y me di cuenta de que aquel puñado de camisas que no eran rojas no eran de colores claros, sino blancas. Eran los |cfes de otras escuelas. Habían viajado hasta Haert para presenciar el examen del bárbaro.
—¿Es esto lo habitual? —pregunté.
Vashet negó con la cabeza.
—Podría fingir ignorancia. Pero sospecho que Carceret ha hecho correr la voz.
—¿Pueden ellos anular la decisión de Shehyn? —pregunté.
—No. Esta es su escuela, y decide ella. Nadie se atrevería a disputarle el derecho a tomar esa decisión. —Hizo el signo sin embargo con la mano junto al costado.
—Muy bien—dije.
Vashet me tomó una mano entre las suyas, me la apretó y la soltó.
Caminé hacia el árbol espada. El viento amainó un momento, y la tupida copa de ramas colgantes me recordó al árbol donde había encontrado al Cthaeh. No fue un pensamiento reconfortante.
Me quedé mirando cómo giraban las hojas, tratando de no pensar en lo afilado de sus bordes. En que iban a cortarme. En que se deslizarían a través de la fina piel de mis manos y me cortarían los delicados tendones que había debajo.
Desde el perímetro de la copa hasta la seguridad del tronco no podía haber más de diez metros. No era mucho, según cómo se mirara...
Me acordé de Celean corriendo a lo loco entre las hojas. La recordé saltando y apartando las ramas a manotazos. Si ella podía hacerlo, seguro que yo también.
Pero ya mientras lo pensaba supe que no era verdad. Celean llevaba toda la vida jugando allí. Era delgada como una ramita, rápida como un saltamontes, y medía la mitad que yo. Comparada con ella, yo era un oso torpe y pesado.
Vi a un puñado de mercenarios Adem al otro lado del árbol. Dos de las camisas blancas más intimidantes también estaban allí. Noté sus ojos clavados en mí, y en cierto modo me alegré.
Cuando uno está solo, es fácil tener miedo. Es fácil concentrarse en lo que podría esconderse en la oscuridad, al final de los escalones del sótano. Es fácil obsesionarse con cosas inútiles, como el disparate de adentrarse en una tormenta de cuchillos giratorios.
Cuando uno está solo es fácil sudar, derrumbarse, ser presa del pánico...

Pero yo tenía compañía. Y no eran únicamente Vashet y Shehyn quienes me observaban: había una docena de mercenarios además de los jefes de las otras escuelas. Tenía un público. Estaba en él escenario. Y en ningún otro sitio me siento tan cómodo como en un escenario.
Me quedé esperando fuera del alcance de las ramas más largas, atento a que interrumpieran su movimiento. Confiaba en que sus sacudidas aleatorias cesarían un momento y abrirían un camino por el que podría correr, golpeando las hojas que se me acercaran demasiado. Podía utilizar Agua en Abanico para apartarlas de mi cara.
Desde el borde del ramaje, observé; a la espera de esa abertura, tratando de adivinar un patrón. El movimiento del árbol me adormecía, como había hecho tantas veces. Los constantes círculos y arcos que formaba tenían un efecto hipnotizador.
Mientras lo contemplaba, levemente aturdido por su movimiento, noté que mi mente se deslizaba poco a poco hacia el transparente y vacío espacio de la Hoja que Gira. Me di cuenta de que, en realidad, el movimiento del árbol no era en absoluto aleatorio. Tenía un patrón compuesto de infinitos patrones cambiantes.
Y entonces, con la mente abierta y vacía, vi desplegarse el viento ante mí. Fue como si se formara escarcha sobre el cristal de una ventana. Primero, nada; y de pronto vi el nombre del viento con la misma claridad con que veía el dorso de mi propia mano.
Miré alrededor un momento, maravillado. Noté el sabor de su forma en la lengua y comprendí que, si lo deseaba, podía levantarlo y desencadenar un vendaval, una tormenta. Podía reducirlo a un susurro y dejar el árbol espada lacio e inmóvil,
Pero no me pareció que fuera eso lo que debía hacer. Así que abríbien los ojos y vi dónde decidiría el viento empujar las ramas. Dónde decidiría sacudir las hojas.
Entonces di un paso y me metí bajo el ramaje del árbol, como quien entra tan tranquilo por la puerta de su casa. Di otros dos pasos y me paré cuando un par de hojas cortaron el aire ante mí. Me desvié hacia un lado y hacia delante, y el viento batió otra rama en el espacio que acababa de dejar atrás.
Avancé entre las ramas danzantes del árbol espada. Sin correr o apartándolas frenéticamente con las manos. Andaba con cuidado, con parsimonia. Me di cuenta de que así era como Shehyn se movía cuando peleaba. Sin prisas, aunque a veces fuera rápida. Se movía perfectamente; estaba siempre donde necesitaba estar.
Casi sin darme cuenta, me encontré sobre el círculo de tierra más oscura que rodeaba el grueso tronco del árbol espada. Allí, las hojas giratorias no podían alcanzarme. De momento estaba a salvo; me relajé y me concentré en lo que me estaba esperando.
La espada que había divisado desde el extremo del prado estaba atada al tronco del árbol con un cordón de seda blanca. Estaba a medio desenvainar, y vi que la hoja se parecía a la de la espada de Vashet. El metal era de un gris extraño, bruñido, sin marcas ni imperfecciones.
Sobre una mesita junto al árbol, había una camisa roja, pulcramente doblada por la mitad. También una flecha con plumas blancas y un cilindro de madera pulida como los que se usan, para guardar pergaminos.
Me distrajo un destello intenso; me di la vuelta y descubrí una gruesa barra de oro semienterrada en la tierra oscura, entre las raíces del árbol. ¿Sería oro de verdad? Me agaché y lo toqué. Lo noté frío; pesaba tanto que no pude desenterrarlo con una sola mano. ¿Cuánto debía de pesar? ¿"Veinte kilos? Suficiente oro para que me pasara toda la vida en la Universidad, por mucho que me subieran la matrícula.
Rodeé lentamente el tronco del árbol y vi un trozo de seda colgado de una de las ramas más bajas. Había otra espada, más sencilla, colgada también con un cordón blanco; y tres flores azules atadas con una cinta azul; y una moneda víntica de medio penique, deslustrada; y una piedra de afilar, plana y alargada, oscura y aceitada.

Entonces llegué al otro lado del árbol y encontré el estuche de mi laúd apoyado contra el tronco.
Verlo allí y saber que alguien había entrado en mi habitación y lo había cogido de debajo de mi cama me produjo una rabia intensa y terrible. Sabía qué pensaban los Adem de los músicos, y eso lo empeoraba. Significaba que sabían que yo no solo era un bárbaro, sino también una puta barata. Lo habían dejado allí para burlarse de mí.
En Imre, después de que Ambrose me rompiera el laúd, dominado por una ira terrible, había llamado al viento. Y lo había llamado en un momento de furia y terror para defenderme de Felurian. Pero esa vez no encontré el nombre del viento como consecuencia de haber sentido una emoción intensa. Lo encontré suavemente, como cuando estiras la mano para atrapar una semilla de cardo que flota.
Cuando reconocí mi laúd, ₛaquel maremágnum de emociones me sacó de golpe de la Hoja que Gira, como un gorrión que recibe una pedrada. El nombre del viento quedó hecho trizas y me dejó vacío y ciego. Miré alrededor y vi las hojas, que danzaban frenéticas, y no distinguí ningún patrón, sino solo un millar de cuchillas que cortaban el aire agitadas por el viento.
Terminé mi lento circuito alrededor del tronco del árbol con un nudo de preocupación cada vez más apretado en el estómago. La presencia de mi laúd ponía en evidencia que cualquiera de aquellos objetos podía ser una trampa.
Vashet me había dicho que el examen no solo consistía en saber qué cogería del árbol. También era importante cómo me lo llevara y lo que hiciera después con ello. Si me llevaba la gruesa barra de oro y se la entregaba a Shehyn, ¿demostraría que tenía intención de aportar dinero a la escuela? ¿O significaría que estaba dispuesto a aferrarme por avaricia a algo pesado y difícil de manejar aunque me pusiera en peligro?
Podía pensar lo mismo de cualquiera de aquellos objetos. Si me llevaba la camisa roja, podían pensar que me esforzaba noblemente por el derecho a llevarla o que, arrogante, me consideraba bastante bueno para unirme a sus filas. Y era aún más cierto en el caso de aquella espada antigua; no tenía ninguna duda de que para los Adem era tan valiosa como la vida de un niño.
Di otra vuelta al tronco, despacio, fingiendo que intentaba decidirme por uno de aquellos objetos, cuando en realidad solo pretendía ganar tiempo. Nervioso, volví a examinarlos. Había un librito con un candado de latón; y un huso de hilo de lana gris; y una piedra redonda y lisa sobre un paño blanco.
Y Mientras los contemplaba, comprendí que cualquier elección que hiciera podría interpretarse de diversas maneras. No tenía suficiente información sobre la cultura adem para adivinar qué podía significar el objeto que escogiese.aunque lo supiera, sin el nombre del viento para guiarme y ayudarme a salir de debajo del ramaje, lo más probable era que quedase hecho trizas. Quizá no lo suficiente para mutilarme, pero sí para dejar claro que era un bárbaro torpe que evidentemente no pintaba) nada allí.
Volví a mirar la barra de oro. Si la escogía, al menos su peso me proporcionaría una excusa por haber salido de debajo de la copa torpemente. Quizá hasta consiguiera hacer un buen papel...
Nervioso, di una tercera vuelta al tronco. Noté que el viento arreciaba, soplando con fuerza y haciendo que las ramas se agitaran aún más. Empecé a sudar, y el sudor me enfrió y me hizo temblar.
Y entonces, en medio de aquel momento de angustia, de pronto no pude concentrarme en nada más que en la repentina y apremiante presión de mi vejiga. A mi biología le tenía sin cuidado la gravedad de la situación, y sentí una poderosa necesidad de aliviarme.
De modo que, en medio de una tormenta de cuchillos, en medio de un examen que también era un juicio, lo único en que se me ocurría pensar era orinar contra el tronco del

árbol sagrado de la espada mientras me observaba una docena de mercenarios orgullosos y mortíferos.
Era un pensamiento tan horripilante e inapropiado que me eché a reír. Y cuando la risa salió de mí, la tensión que se acumulaba en mi abdomen y me oprimía los músculos de la espalda desapareció. Escogiera lo que escogiese, tendría que ser algo mejor que la opción de mearme en la Latantha.
Entonces, sin aquella ira ardiendo dentro de mí, sin aquel miedo atenazándome, miré las hojas en movimiento que me rodeaban. Otras veces, cuando el nombre del viento me había abandonado, se había ido apagando como un sueño al despertar, irrecuperable como un eco o un suspiro.
Pero aquella vez fue diferente. Había pasado horas observando los patrones de aquellas hojas en movimiento. Miré a través de las ramas del árbol y pensé en Celean saltando y girando sobre sí misnn. riendo y corriendo.
Y allí estaba. Como el nombre de un viejo amigo que se me hubiera olvidado solo un instante. Miré entre las ramas y vi el viento. Pronuncié su largo nombre suavemente, y el viento amainó. Lo pronuncié como un débil susurro, y por primera vez desde que llegara a Haert, el viento dejó de soplar.
En aquel paraje donde el viento no cesaba jamás, fue como si de pronto el mundo contuviera la respiración. La incesante danza del árbol espada se ralentizó hasta parar por completo. Como si descansara. Como si hubiera decidido dejarme marchar.
Salí de debajo del árbol y empecé a caminar despacio hacia Shehyn, sin nada en las manos. Mientras andaba, levanté la mano izquierda y rocé deliberadamente el filo de una hoja con la palma.
Me planté ante Shehyn, deteniéndome a una distancia formal. Me quedé mirándola con gesto inexpresivo. De pie, en silencio, inmóvil.
Tendí la mano izquierda, con la palma ensangrentada hacia arriba, y formé un puño. Ese signo significaba dispuesto. Sangraba más de lo que había previsto, y la sangre se filtró entre mis dedos y resbaló por el dorso de mi mano.
Al cabo de un largo momento, Shehyn asintió con la cabeza. Me relajé, y solo entonces volvió a soplar el viento.

124 De nombres

Eres un fanfarrón de mierda, ¿lo sabías? —dijo Vashet mientras caminábamos por el monte.
Incliné un poco la cabeza hacia ella e hice el signo de aceptación sumisa.
Vashet me dio un coscorrón en la cabeza.
—Para, imbécil melodramático. A ellos puedes engañarlos, pero a mí no.
Vashet se llevó una mano al pecho, como si cuchicheara.
—¿Te has enterado de lo que se llevó Kvothe del árbol espada? Eso que un bárbaro no puede comprender: silencio y quietud. El corazón de Ademre. ¿Y sabes qué le ofreció a Shehyn? Su disposición a sangrar por la escuela.
Me miró con una mezcla de asco e ironía.
—En serio. Es como si acabaras de salir de un libro de cuentos.
Hice el signo de halago cortés y aceptación afectuosa atenuada.
Vashet alargó una mano y me dio un fuerte capirotazo en la oreja.
—¡Ay! —Me eché a reír—. De acuerdo, pero no te atrevas a acusarme de melodramático. Tu gente es un gesto dramático enorme y sin fin. El silencio. La ropa de color sangre. El idioma oculto. Secretos y misterios. Es como si toda vuestra vida fuera una gigantesca pantomima. —La miré a los ojos—. Y lo digo con todas sus diversas e inteligentes implicaciones.
—Bueno, has impresionado a Shehyn —replicó—. Eso es lo más importante. Y lo has hecho de una forma que impedirá que los jefes de las otras escuelas refunfuñen mucho. Y eso es lo segundo más importante.
Llegamos a nuestro destino: un edificio bajo de tres habitaciones al lado de un corral de madera para las cabras.—Aquí está la persona que te curará la mano —dijo.
—¿Y la botica? —pregunté.
—La boticaria es íntima amiga de la madre de Carceret —dijo Vashet—. Y yo no le dejaría curarte las manos ni por todo el oro del mundo. —Apuntó con la barbilla hacia la casa—. Daeln es a quien acudiría yo si necesitara que me curasen.
Llamó a la puerta.
—Quizá seas miembro de la escuela, pero no olvides que sigo siendo tu maestra. Yo sé qué es lo que más te conviene, en todo.
Más tarde, con la mano bien vendada, Vashet y yo nos sentamos a hablar con Shehyn. Estábamos en un cuarto que nunca había visto, más pequeño que las habitaciones donde nos habíamos reunido para hablar del Lethani. Había un pequeño escritorio desordenado, un jarrón con flores y varias butacas mullidas. En una de las paredes colgaba un cuadro de tres pájaros volando al ocaso; no estaba pintado, sino hecho de miles de fragmentos de azulejos esmaltados de colores. Me imaginé que nos encontrábamos en algo parecido al estudio de Shehyn. .
—¿Cómo tienes la mano?—me preguntó Shehyn.
—Bien —respondí—. Es un corte superficial. Daeln da los puntos más pequeños que he visto jamás. Es asombroso.
Shehyn asintió con la cabeza. Aprobación.
Levanté la mano izquierda, vendada con vendas de hilo blanco.
—Lo difícil será tener la mano quieta cuatro días. Ya me siento como si fuera la lengua lo que me hubiera cortado, y no la mano.
Shehyn esbozó una sonrisa, y eso me sorprendió. La familiaridad de ese gesto era un gran cumplido.
—Hoy has hecho una gran actuación. Todos hablan de ti.

—Supongo que los pocos que la vieron tendrán cosas mejores de que hablar —dije con modestia.
Incredulidad divertida.
—Quizá sí, pero ten por seguro que quienes te han observado escondidos explicarán lo que han visto. Celean ya debe de habérselo contado a un centenar de personas, si no me equivoco. Mañana, todos esperarán que hagas temblar la tierra al andar, como si fueras el propio Aethe que ha vuelto a visitarnos.
No supe qué decir, así que me quedé callado, lo cual era poco habitual en mí. Pero como ya he dicho, algo había aprendido.—Hace tiempo que quiero hablar contigo de una cosa —continuó Shehyn. Curiosidad cauta—. Cuando Tempi te trajo aquí, me contó la larga historia del tiempo que habíais pasado juntos —dijo—. Y vuestra aventura persiguiendo a esos bandidos.
Asentí con la cabeza.
—¿Es cierto que hiciste magia de sangre para matar a unos cuan tos, y que luego llamaste al rayo para matar a los demás?
Vashet levantó la cabeza y nos miró alternadamente. Me había acostumbrado tanto a hablar con ella en atur que me extrañó ver la imperturbabilidad adem reflejada en su cara. Con todo, me di cuenta de que estaba sorprendida. Vashet no sabía nada.
Me planteé ofrecer una explicación de mis actos, pero lo descarté.
—Sí —dije.
—Entonces es que eres poderoso.
Nunca lo había pensado en esos términos.
—Tengo cierto poder. Hay otros que son más poderosos que yo.
—¿Es por eso por lo que buscas aprender el Ketan? ¿Para obtener poder?
—No. Busco por curiosidad. Busco el conocimiento de las cosas.
—El conocimiento es un tipo de poder —declaró Shehyn, y entonces pareció que cambiaba de tema—. Tempi me dijo que el jefe de los bandidos era un Rhinta.
—¿Un Rhinta? —pregunté con respeto.
—Algo malo. Un hombre que es más que un hombre, y sin embargo, menos que un hombre.
—¿Un demonio? —pregunté. Utilicé la palabra atur sin pensarlo.
—No, un demonio no —dijo Shehyn, pasando a hablar en atur—. No existen los demonios. Vuestros sacerdotes os cuentan historias de demonios para asustaros. —Me miró a los ojos brevemente e hizo los signos de sincera disculpa y trascendencia—. Pero en el mundo bascosas malas. Cosas viejas que adoptan forma humana. Y hay unas cuantas que son peores que los demás. Se pasean libremente por el mundo y cometen actos terribles.
Sentí crecer en mí la esperanza.
—También he oído que los llaman los Chandrian —dije.
Shehyn asintió.
—Yo también lo he oído. Pero la palabra Rhinta es mejor. —Me miró largamente y pasó de nuevo al adámico—. Por lo que me ha contado Tempi de tu reacción, creo que ya te has encontrado a uno de esos. —Sí.
—¿Volverás a encontrártelo?
—Sí. —Me sorprendió la certeza de mi propia voz.
—¿Con un propósito?
—Sí.
—¿Con qué propósito?
—Matarlo.
—Esas cosas no se pueden matar fácilmente.
Asentí con la cabeza.

—¿Utilizarás las enseñanzas de Vashet con ese propósito?
—Utilizaré todo lo que tenga con ese propósito. —Sin darme cuenta, fui a hacer el signo de tajante, pero el vendaje de la mano me lo impidió. Arrugué la frente.
—Eso está bien —dijo Shehyn—. Tu Ketan no será suficiente. Es demasiado flojo para alguien de tu edad. Bueno para un bárbaro. Bueno para alguien que ha recibido tan poca instrucción como tú, pero, en general, flojo.
Hice todo lo posible para eliminar la impaciencia de mi voz, y lamenté no poder utilizar la mano para indicar lo importante que era para mí aquella pregunta:
—Shehyn, tengo un gran deseo de saber más sobre esos Rhinta.
Shehyn permaneció callada un rato.
—Lo tendré en cuenta —dijo por fin, e hizo un signo que interpreté como inquietud—. De esas cosas no se habla a la ligera.
Mantuve un semblante inmutable y, pese al vendaje, obligué a mi " mano a hacer el signo de deseo profundo y respetuoso.
—Te agradezco que lo tengas en cuenta, Shehyn. Valoraré cualquier cosa que puedas decirme sobre ellos más que el oro.
Vashet hizo el signo de desasosiego y, a continuación, los de deseo educado y diferencia. Dos ciclos atrás, no la habría entendido, pero entonces supe que quería cambiar de tema. Así que me mordí la lengua y lo dejé estar. A esas alturas conocía lo suficiente a los Adem para saber que insistir era lo peor que podía hacer si quería saber más. En la Mancomunidad, habría podido insistir sobre el tema, o embaucar a mi interlocutor. Pero eso no habría funcionado allí. La quietud y el silencio eran lo único que podía funcionar. Tenía que ser paciente y dejar que Shehyn volviera a sacar el tema cuando le pareciera oportuno.
—Como iba diciendo —prosiguió Shehyn, confesión renuente—, tu Ketan todavía es pobre. Pero si te entrenaras debidamente durante un año, alcanzarías el mismo nivel que Tempi.
—Me siento halagado.
—Yo no. Te hablo de tus debilidades. Aprendes deprisa. Eso hace que te precipites, y la precipitación no es del Lethani. Vashet no es la única que opina que hay algo inquietante en tu espíritu.
Shehyn me miró con fijeza durante más de un minuto. Entonces encogió elocuentemente los hombros y miró a Vashet, favoreciéndola con la sombra de una sonrisa.
—Sin embargo —cavilación enigmática—, si alguna vez he conocido a alguien que no tenía ni una sola sombra en su corazón, seguramente debía de ser un niño demasiado pequeño para hablar. —Se levantó de la butaca y se sacudió la camisa con ambas manos—. Vamos a buscarte un nombre.
Shehyn nos guió por la rocosa y empinada ladera de un monte
Ninguno de los tres habíamos dicho nada desde que saliéramos de la escuela. Yo no sabía qué iba a pasar, pero no me pareció oportuno preguntarlo. Habría parecido irreverente, como un novio que soltase «¿Qué viene ahora?» en mitad de su boda.
Llegamos a un saliente cubierto de hierba con un árbol inclinado, aferrado a la pared desnuda de un precipicio. Junto al árbol h.ihía una sólida puerta de madera, una de las viviendas semiescondidas de los Adem.
Shehyn llamó a la puerta y abrió ella misma. El interior no era en absoluto cavernoso. Las paredes de piedra estaban pulidas, y el suelo era de madera. También era mucho más grande de lo que yo había imaginado, con techos altos y seis puertas que se adentraban aún m is en la roca.
Una mujer, sentada a una mesa baja, copiaba algo de un libro a otro. Tenía el pelo blanco y la cara arrugada como una manzana seca. Caí en la cuenta de que aquella era la primera persona que veía leyendo o escribiendo en todo el tiempo que llevaba en Haert.
La anciana saludó a Shehyn con una cabezada; entonces se volvió hacia Vashet y

aparecieron arrugas alrededor de las comisuras de sus ojos. Alegría.
—Vashet —dijo—, no sabía que hubieras regresado.
—Venimos a buscar un nombre, Magwyn —dijo Shehyn. Suplica educada y formal.
—¿Un nombre? —preguntó Magwyn, sorprendida. Miró a Shehyn y a Vashet, y a continuación clavó los ojos en mí, que estaba
¿e pie detrás de ellas. Luego en mi pelo rojo y en mi mano vendada—. Ah —dijo, y de repente su rostro se ensombreció.
Magwyn cerró sus libros y se levantó. Tenía la espalda encorvada y daba pasitos pequeños arrastrando los pies. Me hizo una seña para que me acercara y caminó despacio alrededor de mí, mirándome de arriba abajo. Evitó mi cara, pero me cogió la mano que no tenía vendada y le dio la vuelta para examinarme la palma y las yemas de los dedos.
—Te oiría decir algo —dijo con la mirada fija en mi mano.
—Como usted quiera, honórable creadora de nombres —dije.
Magwyn miró a Shehyn y dijo:
—¿Se burla de mí?
—Creo que no.
Magwyn volvió a caminar alrededor de mí y me pasó las manos por los hombros, los brazos y la nuca. Me deslizó los dedos por el pelo; entonces se paró delante de mí y me miró a los ojos.
Los suyos eran como los de Elodin. No me refiero a los detalles; los ojos de Elodin eran verdes, intensos y burlones, mientras que los de Magwyn eran del típico gris adem, ligeramente vidriosos y con los bordes enrojecidos. No, el parecido estaba en su forma de mirarme. Elodin era la única persona que yo conocía que podía mirarte así, como si fueras un libro que él hojeaba distraídamente.
Cuando los ojos de Magwyn se cruzaron con los míos por primera vez, noté como si me hubieran extraído todo el aire de los pulmones. Por un brevísimo instante, creí que le había asustado lo que había visto, pero seguramente eso solo se debía a mi ansiedad. Ultimamente había estado demasiadas veces al borde del desastre, y pese a lo bien que me había ido el examen, una parte de mí todavía estaba esperando que cayera el otro zapatazo.
—Maedre —dijo sin apartar los ojos de los míos. Agachó la cabeza y volvió a su mesita.
—¿Maedre? —preguntó Vashet con un deje de consternación. Me pareció que iba a decir algo más, pero Shehyn alargó una mano y le dio un coscorrón en la cabeza.
Era exactamente el mismo movimiento que Vashet había utilizado infinidad de veces aquel último mes para reprenderme. No pude evitarlo: me reí.
Vashet y Shehyn me fulminaron con la mirada.
Magwyn se dio la vuelta y me miró. No parecía enojada.
—¿Te ríes del nombre que te he dado?
—No, Magwyn —dije, e hice lo mejor que pude el signo de respeto con la mano vendada—. Los nombres son importantes.
Magwyn siguió mirándome.
—Y ¿qué va a saber un bárbaro de nombres?
—Sé un poco —dije, y volví a mover la mano vendada. Sin ella, no podía añadir matices de significado a mis palabras—. Lejos de aquí, he estudiado esas cosas. No sé mucho, pero sí algo más que la mayoría.
Magwyn me miró largamente.
—Entonces sabrás que no debes hablar de tu nombre con nadie —dijo—. Es algo privado, y es peligroso compartirlo.
Asentí con la cabeza.
Magwyn pareció satisfecha; se sentó en su silla y abrió un libro.
—Vashet, conejita mía, ven a visitarme pronto.—Leve censura cariñosa.

—Vendré, abuela —prometió Vashet.
—Gracias, Magwyn —dijo Shehyn. Gratitud deferente.
La anciana se despidió con una cabezada distraída, y Shehyn nos precedió hasta el exterior de la cueva.
Esa noche me acerqué a la casa de Vashet. La encontré sentada en el banco que había junto a la puerta, contemplando la puesta de sol.
Vashet dio unas palmadas en el banco y me senté.
—¿Cómo te sientes ahora que ya no eres un bárbaro? —me preguntó.
Más o menos igual —respondí—. Un poco más borracho.
Después de cenar, Penthe me había llevado a su casa, donde se celebraba una especie de fiesta. O mejor dicho, una reunión, pues no había ni música ni baile. Sin embargo, me halagó que Penthe se hubiera tomado la molestia de buscar a otros cinco Adem dispuestos a celebrar mi admisión en la escuela.
Me gustó comprobar que la impasividad adem se esfumaba fácilmente después de unas pocas copas, y al poco rato, todos sonreíamos como bárbaros. Eso me relajó, sobre todo porque entonces mi torpeza con el idioma podía achacarse a mi mano vendada.
—Antes —dije escogiendo las palabras con cuidado—, Shehyn ha dicho que sabía una historia sobre los Rhinta.
Vashet giró la cabeza y me miró con gesto inexpresivo. Vacilante.
—Llevo tiempo buscando eso por todo el mundo —continué—.
Hay pocas cosas que valoraría más. —Absoluta sinceridad—. Y me preocupa no habérselo explicado bien a Shehyn. —Interrogación. Súplica intensa.
Vashet me miró un momento, como si esperara a que yo continuara. Entonces hizo el signo de renuencia.

—Se lo comentaré —dijo. Promesa. Terminado.
Asentí y no insistí más.
Vashet y yo nos quedamos un rato callados viendo cómo poco a poco el sol desaparecía tras el horizonte. Vashet inspiró hondo y dio un gran suspiro. Me di cuenta “He que nunca había hecho nada parecido, salvo cuando esperaba a que yo recobrara el aliento o me levantase de una caída. Hasta ese momento, todas las veces que habíamos estado juntos nos habíamos concentrado en mi entrenamiento.
—Esta noche —dije por fin—, Penthe me ha dicho que creía que tengo una ira bonita, y que le gustaría compartirla conmigo.
Vashet se rió.
—No ha tardado mucho. —Me lanzó una mirada de complicidad—. ¿Qué ha pasado?
Me sonrojé un poco.
—Pues... Penthe me ha recordado que los Adem no consideran que el contacto físico sea algo especialmente íntimo.
La sonrisa de Vashet se volvió casi lasciva.
—Te ha trincado, ¿no?
—Casi —contesté—. Me muevo más rápido que hace un mes.
—Dudo que te muevas lo bastante rápido para librarte de Penthe —dijo Vashet—. Lo único que busca es sexo. No hay nada malo en eso.
—Por eso te lo pregunto —dije pausadamente—. Para ver si hay algo malo.
Vashet arqueó una ceja al mismo tiempo que hacía el signo de vago desconcierto.
—Penthe es muy hermosa —dije—. Sin embargo, tú y yo hemos... —busqué la palabra adecuada— intimado.
Entonces Vashet comprendió por dónde iba y volvió a reír.
—Te refieres a que hemos tenido relaciones sexuales. La intimidad entre maestra y alumno

es mucho mayor que eso.
—Ah —dije, aliviado—. Me imaginaba algo así. Pero me gusta estar seguro.
Vashet negó con la cabeza.
—Se me había olvidado lo que pensáis los bárbaros sobre el sexo

—dijo con ternura e indulgencia—. Ya hace muchos años que se lo expliqué a mi rey poeta.
—Entonces, no te ofenderías si yo… —Hice un signo impreciso con la mano vendada.
—Eres joven y brioso —dijo Vashet—. El sexo es saludable para ti. ¿Por qué iba a ofenderme? ¿Acaso soy la dueña de tu sexo y me preocupa que se lo des a alguien más?
Vashet se interrumpió, como si acabara de ocurrírsele algo. Me miró.
—¿Te ofende a ti que yo haya tenido relaciones sexuales con otros durante este tiempo? —Me miró fijamente—. Veo que te sorprende.
—Sí —admití. Entonces hice inventario mental y me sorprendió comprobar que no estaba muy seguro de qué sentía—. Siento que debería ofenderme —dije por fin—. Pero creo que no estoy ofendido.
Vashet asintió en señal de aprobación.
—Esa es una buena señal. Demuestra que te has vuelto civilizado. El otro sentimiento es lo que creciste pensando. Es como una camisa vieja que ya no te va bien. Y ahora, cuando la examinas, te das cuenta de que siempre fue fea.
Vacilé un momento.
—Por curiosidad —dije—, ¿con cuántos otros has estado mientras tú y yo estábamos juntos?
A Vashet le sorprendió mi pregunta. Frunció los labios y miró al cielo antes de encogerse de hombros.
—¿Con cuántas personas he hablado? ¿Con cuántas he entrenado? ¿Cuántas veces he comido o practicado el Ketan? ¿A quién se le ocurre contar esas cosas?
—Y ¿todos los Adem piensan así? —pregunté, contento de tener por fin la oportunidad de plantear esa pregunta—. ¿Que el sexo no es algo especialmente íntimo?
—Claro que es íntimo —dijo Vashet—. Cualquier cosa que una a dos personas es íntima. Una conversación, un beso, un susurro. Hasta pelear es íntimo. Pero nosotros no somos extraños respecto al sexo. No nos avergonzamos de él. No creemos que sea importante quedarnos el sexo de otra persona para nosotros solos, como un avaro que acumula oro. —Sacudió la cabeza—. Esa idea tan extraña es la que más os diferencia a los bárbaros.
—Pero ¿y el amor? —pregunté, un poco indignado—. ¿Qué pasa con el amor?
Vashet soltó una larga y fuerte carcajada de regocijo. Debió de oírla medio Haert, y resonó por los montes
—¡Bárbaros! —dijo enjugándose las lágrimas—. Se me había olvidado lo atrasados que sois. Mi rey poeta también era así. Tardó muchísimo en comprender la verdad: que existe una gran diferencia entre el pene y el corazón.

125 Cesura

Al día siguiente me desperté un poco espeso. No había bebido mucho, pero mi cuerpo ya no estaba acostumbrado a esos excesos, de modo que aquella mañana me acordé tres veces de cada una de las copas que me había tomado. Hice un esfuerzo y fui a los baños, me metí en la piscina más caliente que pude soportar y luego me froté para desprenderme de aquella sensación vagamente pegajosa.
Me dirigía al comedor cuando me encontré a Vashet y a Shehyn en la entrada. Vashet me hizo una seña para que las siguiera, y obedecí. No me sentía con ánimos para entrenar ni para mantener una conversación formal, pero no me pareció una opción realista negarme.
Recorrimos varios pasillos, y al final fuimos a parar cerca del centro de la escuela. Atravesamos un patio y llegamos a un edificio pequeño y cuadrado cuya puerta Shehyn abrió con una llavecita de hierro. Era la primera puerta cerrada que había visto en todo Haert.
Entramos los tres en un pequeño vestíbulo sin ventanas. Vashet cerró la puerta exterior y la habitación quedó completamente a oscuras, aislando el sonido del persistente viento. Entonces Shehyn abrió la puerta interior. Nos recibió la cálida luz de media docena de velas. Al principio me pareció extraño que las hubieran dejado encendidas en una habitación vacía...
Entonces vi lo que había colgado en las paredes: docenas de espadas que reflejaban la luz de las velas. Estaban todas desnudas, y cada una tenía su vaina debajo.
No había ninguna parafernalia ritual como la que se suele encontrar en las iglesias tehlinas. Ni tapices ni cuadros. Tan solo las espadas. Sin embargo, era evidente que aquel era un lugar importante. Se respiraba en el ambiente una tensión parecida a la del Archivo, o a la de un cementerio viejo.
Shehyn se volvió hacia Vashet.
—Elige.
Vashet pareció sorprendida al oírla, casi consternada. Fue a hacer un signo, pero Shehyn levantó una mano antes de que pudiera protestar.
—Es tu alumno —dijo Shehyn. Rechazo—. Tú lo has traído a la escuela. Te corresponde a ti elegir.
Vashet desvió la mirada hacia mí, y luego hacia las docenas de espadas relucientes. Eran todas finas y mortíferas, cada una ligeramente diferente de las demás. Algunas eran curvas, otras más largas o más gruesas. Algunas mostraban signos de mucho uso, mientras que unas pocas se parecían a las de Vashet, con el puño gastado y la hoja sin marcas, de metal gris y bruñido.
Vashet se dirigió despacio hacia la pared de la derecha. Cogió una espada, la sopesó y la dejó en su sitio. Entonces asió otra, la agarró por el puño y me la tendió.
Cogí la espada. Era ligera y fina como un susurro.
—Doncella que se Peina —dijo Vashet.
Obedecí con cierta timidez, pues Shehyn me estaba observando. Pero todavía no había llegado a la mitad del movimiento dé barrido cuando Vashet negó con la cabeza. Me quitó la espada y la devolvió a la pared.
Al cabo de un minuto me dio otra. Tenía un grabado gastado que recorría toda la hoja, como una hiedra trepadora. A petición de Vashet, hice Garza que Cae. Alcé la espada y luego descendí haciéndola oscilar. Vashet me miró arqueando una ceja, interrogante.
Sacudí la cabeza.

—La punta pesa demasiado para mí.
Vashet no se mostró muy sorprendida y devolvió la espada a la pared.
Seguimos un rato así. Vashet sopesaba las espadas y las rechazaba casi todas sin decir una palabra. Me puso otras tres en las manos, me pidió que hiciera diversos movimientos del Ketan y luego las devolvió a la pared sin solicitar mi opinión.

Empezó a recorrer la segunda pared, esa vez más despacio. Me dio una espada ligeramente curva, como la de Penthe, y rae impresioné al ver que la hoja era del mismo gris impecable y bruñido que la de Vashet. La cogí con cuidado, pero mis dedos no se adaptaban bien al puño. Cuando se la devolví, vi el alivio claramente reflejado en su rostro.Mientras avanzaba a Jo largo de la pared, de vez en cuando Vashet miraba de reojo a Shehyn. En esos momentos, dejaba de parecer mi segura y arrogante maestra, y parecía una joven que busca desesperadamente una palabra de consejo. Shehyn permanecía impasible.
Al final Vashet llegó a la tercera pared. Cada vez andaba más despacio. Me puso casi todas las espadas en la mano, tomándose su tiempo antes de devolverlas a su sitio.
Entonces, lentamente, puso la mano sobre otra espada con la hoja gris y bruñida. La levantó de la pared, la empuñó y me pareció que envejecía diez años.
Vashet evitó mirar a Shehyn y me entregó la espada. La cruz se alargaba un poco, curvándose para proporcionar cierta protección a la mano. No era exactamente un guardamano, que habría impedido realizar muchos movimientos del Ketan. Sin embargo, daba la impresión de que ofrecería cierta protección adicional a los dedos, y eso me gustó. El puño se adaptó a la palma de mi mano tan bien como el mástil de mi laúd.
Antes de que Vashet pudiera pedírmelo, hice Doncella que se Peina. Fue como si me desperezara después de un largo sueño. Pasé a Doce Piedras, y por un breve instante me sentí ágil como Penthe cuando peleaba. Hice Garza que Cae, y fue dulce y sencillo como un beso.
Vashet me tendió la mano para que le devolviera la espada. Yo no quería darsela, pero lo hice. Sabía que eran el peor momento y el peor lugar para montar una escena.
Con la espada en la mano, Vashet se volvió hacia Shehyn.
—Es esta —dijo. Y por primera vez desde que conocía a mi maestra, fue como si le hubieran extraído toda la risa. Tenía la voz delgada y seca.
Estoy de acuerdo —coincidió Shehyn—. La has escogido muy
bien.
El alivio de Vashet era evidente, aunque su rostro todavía reflejaba cierta consternación.
Quizá equilibre el nombre del alumno —dijo, y le ofreció la espada a Shehyn.
Shehyn hizo el gesto de rechazo.
—No. Es tu alumno. Es tu elección. Es tu responsabilidad.
Vashet cogió la vaina de la pared y enfundó la espada. Entonces se dio la vuelta y me la tendió.

—Se llama Saicere.
—¿Cesura? —pregunté, sorprendido al oír ese nombre. ¿No era
así como Sim había llamado a la pausa de los versos de la poesía en víntico éldico? ¿Me estaban dando una espada de poeta?
—Saicere —repitió Vashet con voz queda, como si pronunciara el
nombre de Dios. Dio un paso atrás, y noté el peso de la espada en mis
Me pareció que debía hacer algo, así que la desenvainé. El débil susurro del metal rozando el cuero sonó como su nombre: «Saicere». Era ligera en mi mano. La hoja, impecable. Volví a envainarla, y produjo un sonido diferente. Sonó como la pausa en un verso. Dijo: «Cesura».
Shehyn abrió la puerta interior y nos marchamos tal como habíamos venido: en silencio y

con respeto.
El resto del día no fue en absoluto emocionante. Con obstinación y circunspección, Vashet me enseñó a cuidar de mi espada. Me enseñó a limpiarla y aceitarla. A desmontarla y volver a montarla. A atarme la vaina en bandolera o a la cadera. A prever cómo alteraría aquella cruz alargada algunos de los movimientos del Ketan.
La espada no era mía. Pertenecía a la escuela. A Ademre. Cuando ya no pudiera pelear, la devolvería.
Normalmente tengo poca paciencia para oír lo mismo una y otra vez, pero dejé que Vashet hablase cuanto quisiera. Lo menos que podía hacer era dejar que se repitiera un poco, pues era evidente que estaba nerviosa y trataba de serenarse.
Cuando llevábamos unas quince repeticiones, le pregunté qué debía hacer si la espada se rompía. No la guarnición, sino la hoja.
¿También debía devolverla?
Vashet me miró con una cara de consternación rayana en el horror. No me contestó, y tomé nota de no volver a preguntarle nada en toda la mañana.
Después de comer, Vashet me llevó a la cueva de Magwyn. Me pareció que mi maestra estaba de mejor humor, pero seguía mostrándose
mucho menos sociable de lo habitual.
—Magwyn te contará la historia de Saicere me explicó—. Para que 1a memorices.
—¿Su historia? —pregunté.
—En adámico se llama aitas. Es la historia de tu espada. Todos los que la han llevado. Lo que han hecho. Es algo que debes saber.
Llegamos al final del sendero y nos quedamos de pie frente a la puerta de Magwyn. Vashet me miró muy seria.
—Debes portarte muy bien y ser muy educado.
—Lo haré —prometí.
—Magwyn es una persona importante y debes escuchar atentamente lo que te diga.
—Lo haré.
Vashet llamó a la puerta y entró delante de mí.
Magwyn estaba sentada a la misma mesa que la vez anterior. Me pareció que seguía copiando el mismo libro. Al ver a Vashet sonrió, y entonces se percató de mi presencia y su rostro adoptó la clásica imperturbabilidad adem.
Magwyn —dijo Vashet, súplica profundamente educada—, este necesita el aitas de su espada.
—¿Cuál le has encontrado? —preguntó Magwyn, y su cara se arrugó aun más cuando entrecerró los ojos para observar la espada.
—Saicere —contestó Vashet.
Magwyn soltó una risa que pareció un cacareo. Se bajó de la butaca.
—No puedo decir que me sorprenda —dijo, y desapareció por una puerta que se adentraba más en la roca.
Vashet se marchó y yo permanecí allí de pie, incómodo, como í n una de esas pesadillas terribles en que sales al escenario y no recuerdas qué tienes que decir, ni siquiera qué papel has de interpretar.
Magwyn regresó con un grueso libro encuadernado en piel marrón. Me hizo una seña y nos sentamos en las butacas, frente a frente. La suya era una mullida butaca de piel. La mía no. Estaba sentado con Cesura sobre las rodillas. En parte porque me parecía lo adecuado, y en parte porque era agradable tenerla bajo las manos.
Magwyn abrió el libro sobre su regazo, y la cubierta produjo un crujido. Lo hojeó un poco hasta que encontró lo que buscaba.
El primero fue Chael —leyó—, que me dio forma en el fuego con un propósito desconocido.

Me llevó y luego me dejó.
Magwyn alzó la vista; no podía hacer signos con las manos porque las tenía ocupadas con aquel libro enorme.
—¿Y bien?—preguntó.
¿Qué quiere que haga? —pregunté educadamente. Tampoco yo
podia hacer signos por culpa del vendaje. Parecíamos una pareja de medio mudos.
—Repítelo —dijo con fastidio—. Tienes que aprendértelos todos.
—El primero fue Chael —recité—, que me dio forma en el fuego
con un propósito desconocido. Me llevó y luego me dejó.
Magwyn asintió con la cabeza y continuó:
—Luego vino Etaine...
Lo repetí. Seguimos así durante aproximadamente media hora. Un dueño tras otro. Un nombre tras otro. Lealtades declamadas y enemigos asesinados.
Al principio, los nombres y los lugares eran tentadores, pero al cabo de un rato la lista empezó a deprimirme, pues cada fragmento terminaba con la muerte del dueño. Y no eran precisamente muertes plácidas. Algunos morían combatiendo en guerras o en duelos. Muchos simplemente eran «lo mataron» o «lo asesinaron», sin especificar las circunstancias. Llevábamos unos treinta y todavía no había oído nada parecido a «murió sin sufrir mientras dormía, rodeado de nietos rollizos».
Entonces la lista dejó de deprimirme y sencillamente empezó a aburrirme.
—Luego vino Finol, la de los ojos limpios y brillantes —repetí, atento—, la bien amada de Dulcen. Mató a dos daruna, y luego la mataron los grimos en Vessten Tor.
Carraspeé antes de que Magwyn pudiera recitar otro párrafo.
—Si me permite hacer una pregunta —dije—, ¿cuántos dueños ha tenido Cesura?
—Saicere —me corrigió Magwyn con brusquedad—. No te atrevas a tontear con su nombre. Significa romper, atrapar y volar.
Bajé la mirada hacia la espada envainada sobre mi regazo. Notaba su peso, el frío del metal bajo mis dedos. Por encima en la parte superior de la vaina se veía una pequeña porción de hoja lisa y gris.
¿Cómo puedo explicarlo para que me entendáis? Saicere era un nombre bonito. Era fino, brillante, peligroso. Le encajaba como un guante a aquella espada.
Pero no era el nombre perfecto. El nombre de aquella espada era Cesura. Aquella espada era la pausa discordante de un verso perfecto. Era el aliento que se corta. Era lisa, rápida, afilada, letal. El nombre no le encajaba como un guante: le encajaba como la piel. Más que eso. Era hueso, músculo, movimiento. La mano es eso. Y Cesura era la espada. Era a la vez el nombre y la cosa en sí.No sabría explicaros cómo lo supe. Pero lo supe.
Además, si tenía que ser nominador, decidí que bien podía escoger el nombre de mi propia espada.
Miré a Magwyn.
—Es un buen nombre —concedí educadamente. Decidí reservarme mi opinión hasta estar lejos de Ademre—. Solo preguntaba cuántos dueños había tenido en total. Eso es algo que también debería saber.
Magwyn me miró con resabio, como dándome a entender que sabía perfectamente que la estaba tratando con prepotencia. Pero pasó varias páginas del libro. Y luego unas pocas más.
Y unas cuantas más.
—Doscientos treinta y seis —contestó—. Tú serás el número doscientos treinta y siete. —Volvió al principio de la lista—. Empecemos desde el principio. —Inspiró hondo y dijo—: El primero fue Chael, que me dio forma en el fuego con un propósito desconocido. Me llevó y luego me dejó.

Contuve el impulso de suspirar. Incluso con mi don de actor de troupe para aprenderme textos de memoria tardaría largos y tediosos días en memorizar tanta información.
Entonces comprendí qué significaba realmente aquello. Si cada dueño había tenido a Cesura en su poder diez años, y si la espada nunca había estado abandonada más de un día o dos, significaba que Cesura tenía, calculando por lo bajo, más de dos mil años de antigüedad.
Tres horas más tarde, cuando traté de excusarme para ir a cenar, recibí la siguiente sorpresa. Al levantarme para marcharme, Magwyn me explicó que debía permanecer con ella hasta que hubiera memorizado toda la historia de Cesura. Alguien nos llevaría las comidas, y había allí cerca una habitación donde podría dormir.
El primero fue Chael...

126 La primera piedra

Pasé los tres días siguientes con Magwyn. No fue muy duro, sobre todo teniendo en cuenta que todavía no se me había curado la herida de la mano izquierda, de modo que mi capacidad para hablar y luchar estaba muy limitada.
Me gusta pensar que no lo hice mal del todo. Memorizar una obra de teatro entera me habría costado menos. Una obra de teatro encaja como un rompecabezas. El diálogo sube y baja constantemente; la historia tiene su propia forma.
Pero lo que aprendí con Magwyn no era más que una larga sarta de nombres desconocidos y sucesos inconexos. Era una lista de la lavandería disfrazada de relato.
Aun así, me la aprendí de memoria. A última hora de la noche del tercer día se la recité a Magwyn sin fallar ni una sola vez. Lo que más me costó fue no cantar al recitarla. La música traslada las palabras a kilómetros de distancia, la hace llegar al corazón y a la memoria. Memorizar la historia de Cesura resultó mucho más fácil cuando empecé a adaptarla mentalmente a la melodía de una antigua balada víntica.
A la mañana siguiente Magwyn me pidió que la recitara una vez más. Lo hice, y entonces le escribió una nota a Shehyn, la selló con cera y me echó de su cueva.
—No esperábamos que Magwyn acabara tan pronto contigo —dijo Shehyn al leer la nota—. Vashet ha ido a Feant y no volverá hasta dentro de un par de días como mínimo.
Eso significaba que había memorizado el aitas en dos días menos de lo que habían calculado. Eso me hizo sentir un orgullo considerable.Shehyn me miró la mano izquierda y arrugó ligeramente la frente.
—¿Cuándo te han quitado el vendaje? —preguntó.
—Como no te encontraba —dije—, he ido a visitar a Daeln. Me ha dicho que la herida ha cicatrizado muy bien. —Doblé los dedos de la mano, ya sin vendaje, e hice el signo de alivio y dicha—. Apenas noto rigidez en la piel, y Daeln me ha asegurado que, con unos cuidados mínimos, incluso eso desaparecerá pronto.
Miré a Shehyn esperando algún gesto de aprobación o satisfacción. Pero lo que vi fue el signo de irritación exasperada.
—¿He hecho algo mal? —pregunté. Pesar y confusión. Disculpa.
Shehyn me señaló la mano.
—Habría sido una buena excusa para aplazar tu juicio de las piedras —dijo. Resignación irritada—. Ahora tendremos que hacerlo hoy, aunque no esté Vashet.
Sentí que la angustia volvía a instalarse en mí, como si un pájaro negro me hincara las garras en los músculos del cuello y de los hombros. Había creído que aquella tediosa memorización era la última prueba a que tendría que someterme, pero por lo visto todavía faltaba el último zapatazo. Además, no me gustó nada cómo sonó aquello de «juicio de las piedras».
—Ven a verme después de comer —dijo Shehyn. Autorización para retirarse—. Vete. Tengo que hacer muchos preparativos.
Fui a buscar a Penthe. Ella era la única persona, aparte de Vashet, con la que tenía suficiente confianza para preguntarle en qué consistía el inminente juicio.
Pero Penthe no estaba en su casa, ni en la escuela ni en los baños. Al final desistí; calenté y realicé mi Ketan, primero con Cesura, y luego sin ella. A continuación fui a los baños y me lavé a fondo para quitarme de encima el recuerdo de aquellos tres días sentado en una cueva sin hacer nada.
Cuando fui a ver a Shehyn después de comer, me estaba esperando con su espada de

madera labrada. Miró mis manos vacías e hizo un gesto de exasperación.
—¿Dónde está tu espada de entrenamiento?
—En mi habitación —contesté—. No sabía que iba a necesitarla.
—Ve corriendo a buscarla —me ordenó—. Te espero en el cerro de las piedras.
—Shehyn —dije, súplica apremiante—, no sé dónde está eso. No sé nada del juicio de las piedras.
Sorpresa.
—¿Vashet no te lo ha contado? —Incredulidad.
Negué con la cabeza. Sincera disculpa.
—Estábamos concentrados en otras cosas.
Exasperación.
—Pues es bien sencillo —dijo—. Primero recitarás el aitas de Saicere ante todos los reunidos. Luego escalarás el cerro. En la primera piedra pelearás con un miembro de la escuela con rango de primera piedra. Si le ganas, seguirás escalando y pelearás con otro en la segunda piedra.
Shehyn me miró.
—En tu caso, se trata de una formalidad. Ocasionalmente, ingresa en la escuela algún alumno por su talento excepcional. Vashet, por ejemplo, consiguió la segunda piedra en su primer juicio. —Sinceridad sin tapujos—. Tú no lo eres. Tu Ketan todavía deja mucho que desear, y no debes esperar ganar ni siquiera la primera piedra. El cerro de las piedras está al este de los baños. —Hizo'el signo de date prisa.
Cuando llegué al pie del cerro de las piedras había un centenar de personas esperando. Las camisas y los pantalones de tejido artesanal gris y de colores apagados superaban ampliamente a los rojos de mercenario, y el débil murmullo de las conversaciones se oía desde lejos.
No era un cerro muy alto ni muy empinado, pero el sendero que conducía hasta la cima describía una serie de curvas muy pronunciadas. En cada esquina había un terreno llano y despejado con un gran bloque de piedra gris. Había cuatro esquinas, cuatro piedras y cuatro mercenarios con camisa roja. En la cima se alzaba un alto itinolito, familiar como un viejo amigo. A su lado había una figura menuda vestida de un blanco deslumbrante.
Al acercarme, la brisa me trajo el olor a castañas asadas. Entonces me relajé. Aquello tenía algo de espectáculo folclórico. Si bien «juicio de las piedras» sonaba intimidante, dudaba mucho que fueran a machacarme ante un público tan nutrido mientras alguien vendía castañas asadas.
Me abrí paso entre la muchedumbre y me acerqué al pie del cerro. Vi que la que estaba junto al itinolito era Shehyn. También reconocí la cara en forma de corazón y la larga trenza de Penthe en la tercera piedra.La gente se apartaba para dejarme llegar hasta el pie del cerro. Con el rabillo del ojo percibí a una figura con el rojo de mercenario que corría hacia mí. Me di la vuelta, alarmado, y vi que era Tempi. Vino a toda prisa e hizo el signo de saludo entusiasta.
Contuve el impulso de sonreír y gritar su nombre, y me limité a hacer el signo de emocionado y alegre.
Tempi se plantó enfrente de mí, me agarró por el hombro y me zarandeó alegremente, como si quisiera felicitarme. Pero en su mirada había una intensidad extraña. Con la mano cerca del pecho dijo engaño de modo que solo yo pudiera verlo.
—Escúchame —dijo en voz baja—, no puedes ganar esta pelea.
—No te preocupes. —Tranquilizador—. Shehyn piensa lo mismo que tú, pero quizá os llevéis una sorpresa.
Tempi me apretó más el hombro, hasta hacerme daño.
—Escúchame —susurró—, mira quién está en la primera piedra.

Mire más allá de su hombro. Era Carceret. Sus ojos parecían dagas.
—Está llena de rabia —dijo Tempi, e hizo el signo de cariño tierno para que los demás pudieran verlo—. Por si fuera poco que te hayan permitido ingresar en la escuela, te han dado la espada de su madre.
Esa noticia me cortó la respiración. Rescaté de mi memoria el último fragmento del aitas.
—¿Larel era la madre de Carceret? —pregunté.
Tempi me pasó la mano derecha por el pelo en un gesto afectuoso.
—Sí. Está furiosa. Me temo que le gustaría mutilarte, aunque la echaran de la escuela.
Asentí con la cabeza con seriedad.
—Intentará desarmarte. Ten cuidado. No forcejees. Si te inmoviliza con Oso Dormido o Círculo con las Manos, ríndete enseguida. Sí es necesario, grita. Si vacilas o intentas apartarte de ella, te romperá el brazo o te lo arrancará del hombro. La he oído cuando se lo decía a su hermana hace menos de una hora.
De pronto Tempi se alejó de mí e hizo eí gesto de respeto deferente.
Noté unos golpecitos en el brazo y al volverme vi el arrugado rostro de Magwyn.
—Ven —dijo con serena autoridad—. Es la hora.
La seguí. Mientras andábamos, todos los que se habían congregado allí le hicieron algún signo de respeto. Magwyn me condujo hasta el sitio donde empezaba el sendero. Había un bloque de piedra gris un poco más alto que mi rodilla e idéntico a los otros que había en cada esquina donde torcía el sendero.
La anciana me hizo una seña para que me subiera a la piedra. Contemplé al grupo de Adem y tuve un momento de pánico escénico sin precedentes.
Me agaché un poco y, nervioso, pregunté en voz baja a Magwyn:
—¿Es correcto que suba la voz para recitarlo? No quiero ofender a nadie, pero si no hablo en voz alta, los que están al fondo no me oirán.
Magwyn me sonrió por primera vez, y de pronto su arrugado rostro adquirió una dulzura inusitada. Me dio unas palmaditas en la mano.
—Aquí nadie se ofenderá si hablas en voz alta —me dijo, e hizo el signo de atenta moderación—. Dame.
Me desabroché la vaina de Saicere y se la entregué. Entonces Magwyn me instó a subir a la piedra.
Recité el aitas bajo la atenta mirada de Magwyn. Confiaba en mi memoria, pero aun así fue terrible. Me preguntaba qué pasaría si me saltaba a algún dueño o me equivocaba al mencionar algún nombre.
Recitar el aitas completo me llevó casi una hora, y los Adem escucharon en medio de un silencio sobrecogedor. Cuando terminé, Magwyn me ofreció su mano y me ayudó a bajar de la piedra, como si ayudara a una dama a apearse de un carruaje. Entonces señaló el cerro que se erguía ante nosotros.
Me sequé el sudor de la mano y así el puño de madera de mi espada de entrenamiento al mismo tiempo que enfilaba el sendero. Carceret llevaba la camisa roja fuertemente ceñida a los brazos y los anchos hombros. Las correas de piel que utilizaba eran más anchas y más gruesas que las de Tempi. Además parecían de un rojo más intenso; quizá las hubiera teñido especialmente para aquella ocasión. Al acercarme, vi en su cara los vestigios de un ojo morado.
En cuanto se dio cuenta de que la miraba, Carceret tiró su espada de madera al suelo con un movimiento lento y exagerado. Hizo el signo de desdén, lo bastante amplio para que pudieran verlo todos, hasta los que estaban al fondo.
Un murmullo recorrió la multitud, y paré de andar sin saber muy bien qué hacer. Pensé un momento, dejé mi espada de entrenamiento en el suelo y seguí caminando.
Carceret me estaba esperando en el centro de un círculo de terreno llano, cubierto de

hierba, de unos diez metros de diámetro. El sue-
lo era blando, y en circunstancias normales no me habría preocupado que me derribaran. En circunstancias normales. Vashet me había enseñado la diferencia entre tirar a alguien al suelo y tirar a alguien contra el suelo. Lo primero era lo que hacías durante un combate civilizado. Lo segundo era lo que hacías durante una pelea de verdad, donde la intención era mutilar o matar a tu oponente.

Antes de acercarme demasiado, adopté la postura de combate con que ya me estaba familiarizando. Levanté las manos, doblé las rodillas y contuve el impulso de ponerme de puntillas, pues sabía que me sentiría más rápido y reduciría mi equilibrio. Inspiré hondo y avancé poco a poco hacia Carceret.

Carceret adoptó una postura similar, y cuando me estaba aproximando a los límites de su alcance, hizo un amago hacia mí. No fue más que una leve sacudida de la mano y el hombro, pero con lo nervioso que estaba, mordí el anzuelo y me aparté corriendo, como un conejo asustado.

Carceret bajó las manos y se irguió, abandonando la postura de lucha. Hizo un amplio signo de diversión, y luego el de invitación. Entonces me hizo señas con ambas manos para que me acercara. Oí risas entre el público.

Pese a que la actitud de Carceret era humillante, quise aprovecharme de que hubiera bajado la guardia. Avancé e hice un prudente intento de Manos como Cuchillos. Demasiado prudente, porque Carceret lo esquivó sin necesidad de levantar siquiera las manos.

Sabía que Carceret me aventajaba mucho como luchadora. Eso significaba que mi única esperanza era sacar partido de sus exaltadas emociones. Si conseguía enfurecerla, quizá cometiera algún error. Si cometía algún error, quizá pudiera vencerla.

—El primero fue Chael —dije, y le dediqué mi sonrisa más amplia y más bárbara.

Carceret dio medio paso adelante.

—Voy a destrozarte esas bonitas manos —susurró en un atur impecable. Mientras hablaba, estiró un brazo e hizo ademán de agarrarme con saña.

Estaba intentando asustarme, hacerme retroceder y perder el equilibrio. Y sinceramente, el veneno de su voz me incitó a hacer precisamente eso.

Pero estaba preparado. Resistí mi reflejo de dar un paso atrás.

Y al hacerlo, me quedé quieto un momento, sin avanzar ni retirarme.

Evidentemente, eso era lo que Carceret esperaba en realidad: un momento de vacilación por mi parte, al contener el impulso de huir. Con un solo paso, se me acercó y me agarró por la muñeca con una mano dura como una abrazadera de hierro.

Sin pensar, hice aquella extraña versión a dos manos de Romper León que me había enseñado Celean. Era un movimiento perfecto para una niña pequeña que peleara contra un adulto, o para un músico en desventaja que tratara de escapar de un mercenario Adem.

Recuperé el control de mi mano, y aquel movimiento tan poco ortodoxo sorprendió ligeramente a Carceret. Me aproveché y arremetí rápidamente contra ella con Sembrar Cebada, y mis nudillos golpearon con fuerza la parte interna de su bíceps.

No imprimí mucha fuerza al puñetazo; estábamos demasiado cerca para eso. Pero si conseguía golpear adecuadamente en el nervio, el golpe le dejaría la mano dormida. Con eso, no solo se le debilitaría el lado izquierdo del cuerpo, sino que dificultaría todos sus movimientos a dos manos del Ketan. Era una ventaja considerable.

Como todavía estaba muy cerca de Carceret, después de Sembrar Cebada me apresuré a hacer Rueda de Molino y le di un breve pero firme empujón con objeto de hacerle perder el equilibrio. Conseguí ponerle ambas manos encima, y hasta le hice retroceder quizá diez centímetros, pero Carceret mantuvo el equilibrio sin dificultad.

Entonces le vi los ojos. Cuando habíamos empezado a pelear, me había parecido que estaba enfadada, pero eso no era nada con cómo estaba ahora. Había conseguido golpearla, y no

una sola vez, sino dos. Un bárbaro con menos de dos meses de instrucción la había golpeado dos veces ante toda la escuela.
No puedo describir la expresión de Carceret. Y aunque pudiera, no conseguiría transmitir la realidad, pues su cara era casi absolutamente inexpresiva. Pero os aseguro una cosa: jamás había visto a nadie tan furioso. Ni a Ambrose. Ni a Hemme. Ni a Denna cuando critiqué su canción, ni al maer cuando lo desafié. Esas iras eran pálidas velas comparadas con la fragua que ardía en los ojos de Carceret.
Sin embargo, incluso en pleno arrebato de ira, Carceret se controlaba a la perfección. No me golpeó a la desesperada, ni me gruñó. Se guardaba las palabras dentro, donde ardían como combustible.
Yo no podía ganar aquella pelea. Pero mis manos se movían automáticamente, adiestradas durante cientos de horas de instrucción para sacar provecho de la proximidad de mi oponente. Di un paso adelante e intenté agarrar a Carceret con Trueno hacia Arriba. Dio sendas sacudidas con las manos y se libró de mi ataque. Entonces me golpeó con Barquero en el Muelle.
Creo que Carceret no esperaba darme. Un contrincante más competente habría esquivado el golpe o lo habría parado. Pero me pilló un poco a contrapié, y por lo tanto en equilibrio precario, y por lo tanto reaccioné despacio, y por lo tanto su pie me dio en el estómago y me empujó.
Barquero en el Muelle no es una patada rápida pensada para romper los huesos. Es una patada que empuja al oponente y le hace perder el equilibrio. Como mi equilibrio ya era precario, lo que hizo fue derribarme. Me caí de espaldas, aparatosamente; rodé sobre mí mismo y me paré en medio de un amasijo de brazos y piernas.
Debió de haber quien pensara que había caído mal y estaba demasiado aturdido para ponerme en pie deprisa y seguir peleando. Otros quizá creyeran que, pese a haber sido una caída aparatosa, no había sido tan dura, y que sin duda había podido levantarme después de caídas peores.
Personalmente, creo que la línea que separa el aturdimiento de una sabia prudencia es a veces muy fina. Y creo que dejaré que decidáis cuán fina vosotros mismos.

127 Ira

¿En qué estabas pensando? —me preguntó Tempi. Desilusión. Severa reprimenda—. ¿Qué loco deja su espada en el suelo?
—¡Ella ha tirado la espada primero! —protesté.
—Solo para engañarte —repuso Tempi—. Solo era una trampa.
Estaba abrochándome la vaina de Cesura de modo que el puño sobresaliera por encima del hombro. Después del combate no había habido ninguna ceremonia especial. Magwyn se había limitado a devolverme la espada y me había sonreído al mismo tiempo que me daba unas palmaditas en la mano para reconfortarme.
Miré a la multitud, que poco a poco se dispersaba, y le hice el signo de educada incredulidad a Tempi.
—¿Qué querías? ¿Que me quedara la espada cuando ella estaba desarmada?
—¡Sí! —Acuerdo tajante—. Ella es cinco veces mejor luchadora que tú. ¡Si hubieras conservado la espada, tal vez habrías tenido una oportunidad!
—Tempi tiene razón —oí decir a Shehyn detrás de mí—. Conocer a tu enemigo es del Lethani. Cuando la pelea es inevitable, un luchador astuto aprovecha cualquier ventaja.
Me di la vuelta y la vi venir hacia mí por el sendero. Penthe iba a su lado. Hice el signo de educada certeza.
—Si hubiera conservado mi espada y hubiese ganado, todos habrían pensado que Carceret se había vuelto loca, y les habría molestado que yo alcanzase un rango que no merecía. Y si hubiera conservado mi espada y hubiese perdido, habría sido humillante. Ambas cosas me habrían perjudicado. —Miré a Shehyn y a Tempi—. ¿Me equivoco?—No, no te equivocas —contestó Shehyn—. Pero Tempi tampoco se equivoca.
—Siempre hay que buscar la victoria —dijo Tempi. Firme.
Shehyn se volvió y lo miró.
—La clave es el éxito —dijo—. No siempre es necesaria la victoria para el éxito.
Tempi hizo el signo de desacuerdo respetuoso y fue a decir algo, pero Penthe se le adelantó:
—¿Te has hecho daño al caer, Kvothe?
—No mucho —respondí arqueando la espalda con cuidado—. Algún cardenal, quizá.
—¿Tienes algo para ponerte?
Negué con la cabeza.
Penthe se acercó a mí y me cogió por el brazo.
—Yo tengo cosas en mi casa. Que estos dos se queden hablando del Lethani. Alguien tiene que curarte las heridas. —Me sujetaba el brazo con la mano izquierda, y su comentario quedó extrañamente desprovisto de carga emocional.
—Por supuesto —dijo Shehyn al cabo de un momento, y Tempi se apresuró a hacer el signo de acuerdo. Pero Penthe ya me guiaba colina abajo.
Caminamos cerca de medio kilómetro; Penthe me sujetaba el brazo sin apretar. Al final dijo en atur, con aquel ligero acento suyo:
—¿Estás lo bastante magullado para necesitar un bálsamo?
—La verdad es que no —admití.
—Ya me lo ha parecido —replicó—. Pero después de perder unn pelea, no me gusta que los demás me expliquen cómo la he perdido.
—Esbozó una sonrisa de complicidad, y yo se la devolví.
Seguimos andando; sin soltarme el brazo, Penthe me guió sutilmente por un bosquecillo, y luego por un empinado camino excavado en un risco no muy alto. Al final llegamos a una

hondonada apartada con una alfombra de hierba salpicada de papáveras silvestres. Sus pétalos, sueltos y de color rojo sangre, eran casi del mismo color que el atuendo de mercenario de Penthe.
—Vashet me ha contado que los bárbaros tenéis extraños rituales para el sexo —dijo Penthe —. Me ha contado que si quisiera acost u me contigo, tendría que llevarte a las flores. —Abrió un brazo mostrándome el campo de papáveras—. Estas son las más bonitas que he encontrado en esta estación. —Me miró, expectante.
—Ah —dije—. Me temo que Vashet se estaba burlando de ti.O quizá de mí. —Penthe arrugó el entrecejo, y me apresuré a añadir—: Pero es verdad que los bárbaros tenemos muchos rituales relacionados con el sexo. Allí las cosas son un poco más complicadas.
Penthe hizo el signo de seria irritación.
—No debería sorprenderme —dijo—. Todo el mundo cuenta historias sobre los bárbaros. Algunas forman parte del entrenamiento, para que pueda desenvolverme bien entre vosotros.—Sin embargo irónico—. Como todavía no he estado en vuestras tierras, también me cuentan historias para burlarse de mí.
—¿Qué clase de historias? —pregunté, y pensé en todo lo que yo había oído acerca de los Adem y del Lethani antes de conocer a Tempi.
Penthe encogió los hombros. Ligero bochorno.
—Tonterías. Dicen que todos los bárbaros son enormes. —Levantó mucho la mano sobre su cabeza, mostrando una estatura de más de dos metros—. Naden me contó que fue a un pueblo donde los bárbaros comían una sopa hecha con barro. Dicen que los bárbaros nunca se bañan. Que se beben su propia orina, creyendo que los hará más longevos. —Meneó la cabeza, riendo y haciendo el signo de divertido y horrorizado.
—¿Me estás diciendo —pregunté despacio— que vosotros no os la bebéis?
Penthe dejó de reír de golpe y me miró; su rostro y sus manos revelaban una mezcla de vergüenza, repugnancia e incredulidad envuelta en confusión y arrepentimiento. Era una combinación de emociones tan extraña que no pude por menos de reírme, y vi que se relajaba al comprender que era una broma.
—Lo entiendo —dije—. Nosotros contamos historias parecidas sobre los Adem.
—Tienes que contármelas, igual que yo te las he contado. Es justo. —Le chispeaban los ojos.
Dada la reacción de Tempi cuando le había contado lo del fuego de palabras y el Lethani, decidí compartir otra cosa.
—Dicen que los que visten el rojo nunca practican el sexo. Dicen que cogéis esa energía y la ponéis en vuestro Ketan, y que por eso sois tan buenos luchadores.
Penthe se rió con ganas.
—Si fuera así, yo nunca habría conseguido la tercera piedra —dijo. Diversión irónica—. Si obtuviera mi habilidad para luchar mediante la abstinencia sexual, habría días en que ni siquiera podría cerrar un puño.Al oír eso, noté que se me aceleraba un poco el pulso.
—Pero ya sé de dónde proviene esa historia —continuó—. Deben de pensar que no practicamos el sexo porque ningún Adem se acostaría con un bárbaro.
—Ah —dije, un tanto contrariado—. Entonces, ¿por qué me has traído a las flores?
—Porque ahora formas parte de Ademre —contestó con naturalidad—. Supongo que ahora muchos querrán acostarse contigo. Tienes una cara dulce, y sería difícil no sentir curiosidad por tu ira.
Penthe hizo una pausa y echó un significativo vistazo hacia abajo.
—A menos que estés enfermo, claro.
—¿Cómo? ¡No! ¡Claro que no! —Me ruboricé.
—¿Estás seguro?
—He estudiado en la Clínica —dije con cierta rigidez—. La mayor escuela de medicina del mundo. Sé todas las enfermedades que se pueden coger, cómo detectarlas y cómo

tratarlas.
Penthe me miró con escepticismo.
—No tengo dudas sobre ti. Pero ya se sabe que los bárbaros suelen tener enfermedades sexuales.
Negué con la cabeza.
—Eso solo es otra patraña absurda. Te aseguro que los bárbaros no padecen más enfermedades que los Adem. De hecho, es posible que padezcan menos.
Penthe sacudió la cabeza; tenía una mirada seria.
—No. En eso te equivocas. ¿Cuántos enfermos crees que podría haber entre cien bárbaros?
Aquella era una estadística fácil que yo había aprendido en la Clínica.
—¿Entre cien? Quizá cinco. Más entre los que trabajan en burdeles o frecuentan esos lugares, desde luego.
Penthe puso cara de asco y se estremeció.
—Entre cien Adem, no hay ni uno solo afectado—dijo con firmeza. Incuestionable.
—Venga ya. —Levanté una mano e hice un círculo con los dedos—. ¿Ninguno?
—Ninguno —confirmó Penthe con vehemencia—. Solo podemos coger esas enfermedades de los bárbaros, y los que viajan están avisados.
—¿Y si cogieras una enfermedad de esas de otro Adem que no hubiera tenido cuidado mientras viajaba? —pregunté.
iooo
La diminuta cara en forma de corazón de Penthe adoptó una seriedad inusitada. Infló las aletas de la nariz.
—¿De uno de los míos? —Inmensa ira—. Si uno de Ademre me contagiara una enfermedad, me pondría furiosa. Me pondría a gritar desde lo alto de un precipicio para que todos supieran lo que había hecho. Haría que su vida fuera tan dolorosa como un hueso roto.
Hizo el signo de repugnancia sacudiéndose la pechera de la camisa, el primer signo del lenguaje de signos adem que me había enseñado Tempi.
—Luego haría el largo viaje a pie más allá de las montañas, hasta el Tahl, para curarme. Aunque el viaje me llevara dos años y en todo ese tiempo no pudiera aportar dinero a la escuela. Y nadie me lo reprocharía.
Asentí con la cabeza. Aquello parecía lógico. Dada la actitud de los Adem respecto al sexo, si fuera de otra forma, las enfermedades harían estragos entre la población.
Vi que Penthe me observaba expectante.
—Gracias por las flores —dije.
Penthe asintió, dio un paso hacia mí y alzó la vista. Sonrió con aquella sonrisa tímida suya. La emoción se reflejaba en sus ojos. De pronto se puso seria.
—¿Son suficiente para satisfacer tus rituales bárbaros o tengo que hacer algo más?
Alargué una mano, le acaricié la suave piel del cuello y deslicé las yemas de los dedos bajo su larga trenza, hasta la nuca. Penthe cerró los ojos e inclinó la cara hacia mí.
—Son preciosas, y más que suficiente —dije, y me incliné para besarla.
—Tenía razón —dijo Penthe dando un suspiro de satisfacción. Estábamos tumbados desnudos entre las flores—. Tienes una ira muy bonita.
Estaba tendido boca arriba, con el menudo cuerpo de Penthe enroscado bajo mi brazo y la cara en forma de corazón apoyada en mi pecho.
—¿Qué quieres decir con eso? —pregunté—. Me parece que «ira» no es la palabra adecuada.
—Quiero decir vaevin —respondió usando el término en adámico—.. ¿Es lo mismo?

No conozco esa palabra —admití.
—Creo que «ira» es la palabra correcta —dijo ella—. He hablado con Vashet en tu idioma, y ella no me corrigió.

—Pero ¿qué quieres decir con «ira»? No estoy enfadado, desde luego.
Penthe levantó la cabeza de mi pecho y me lanzó una perezosa sonrisa de satisfacción.
—Claro que no — dijo—. Te he quitado la ira. ¿Cómo ibas a estar enfadado?
—Entonces ¿ahora tú estás enfadada? —pregunté, convencido de que había algo que se me escapaba.
Penthe rio y sacudió la cabeza. Se había soltado la trenza y el pelo de color miel colgaba suelto a un lado de su cara. Parecía otra persona completamente diferente. Por eso y porque no llevaba las ropas rojas de mercenario, supongo.
—No, no es esa clase de ira. Me alegro de tenerla
—Sigo sin entenderlo -confesé-. Me parece que es una de esas
cosas que los barbaros no sabemos. Explícamelo como si fuera un nino.
Me observo un momento, seria; entonces se tumbó boca abajo
para poder mirarme sin forzar el cuello.
—Esta ira no es un sentimiento. Es... —Vaciló y arrugó un poco la trente— Es un deseo. Una creación. Una necesidad de vida.
Paseo la mirada alrededor y finalmente la clavó en la hierba que nos rodeaba.
—La ira es lo que hace que la hierba empuje hacia arriba desde el suelo para llegar al sol -dijo-. Todos los seres vivos tienen ira El fuego que contienen es lo que les hace querer moverse, crecer, hacer. Ladeo la cabeza—. ¿Eso lo entiendes?
—Creo que si —respondí—. ¿Y las mujeres les quitan la ira a Jos nombres cuando practican el sexo?
Penthe sonrió y asintió con la cabeza.
—Por eso después un hombre está tan cansado. Entrega una parte de si mismo Se derrumba. Se duerme. —Miró hacia abajo—. O una parte de el se duerme.
—No por mucho tiempo —la. previne.
—Eso es porque tú tienes una ira muy bonita y muy fuerte —dijo con orgullo—. Ya te lo he dicho. Lo sé porque te he quitado un trozo. Y se que hay mas esperando.
—Si, hay más —admití—. Pero ¿qué hacen las mujeres con la ira?

—La utilizamos —contestó—. Por eso después una mujer no siempre se duerme como hace un hombre. Está más despierta. Necesita moverse. Desea más de eso que le dio la ira. —Acercó la cabeza a mi torso y me mordió juguetona, frotando su cuerpo desnudo contra el mío.
Era una distracción muy agradable.
—¿Significa eso que las mujeres no tienen ira propia?
Penthe volvió a reír.
—No. Todas las cosas tienen ira. Pero las mujeres pueden utilizar su ira para muchas cosas. Y los hoíhbres tienen más ira de la que pueden utilizar, demasiada ira para su propio bien.
—¿Cómo puede uno tener demasiado deseo de vivir, crecer y hacer? —pregunté—. Cuanto más, mejor, ¿no?
Penthe sacudió la cabeza y se apartó el pelo con una mano.
—No. Es como la comida. Una comida te sienta bien. Dos comidas no te sientan mejor. —Volvió a arrugar la frente—. No. Es como el vino. Una copa de vino te sienta bien, dos pueden sentarte mejor, pero diez... —Asintió con la cabeza, muy seria—. Con la ira pasa algo muy parecido. Si un hombre acumula demasiada, se vuelve como un veneno para él. Quiere demasiadas cosas. Lo quiere todo. Su mente se vuelve extraña, violenta.
Asintió para sí.
—Sí. Creo que por eso «ira» es la palabra correcta. Se nota cuándo un hombre se ha guardado toda la ira. Se vuelve amarga en su interior. Se vuelve contra sí misma y le obliga a romper en lugar de hacer.

—Conozco a hombres así —dije—. Pero también a mujeres.
—Todas las cosas tienen ira —repitió encogiendo los hombros—. Una piedra no tiene mucha comparada con un árbol que está echando brotes. Con las personas pasa lo mismo. Unas tienen más y otras, menos. Unas la utilizan sabiamente, y otras no. —Esbozó una amplia sonrisa—. Yo tengo mucha, y por eso me gusta tanto el sexo y soy tan fiera peleando. —Volvió a morderme en el pecho, esa vez más en serio, y empezó a avanzar hacia mi cuello.
—Pero si le quitas ia ira a un hombre practicando con él el sexo —dije esforzándome para concentrarme—, ¿no significa eso que cuanto más sexo practicas, más quieres?
—Es como el agua que usas para cebar una bomba —dijo con voz acalorada junto a mi oreja —. Ven, voy a quitártela toda, aunque nos lleve todo el día y parte de la noche.
Al final nos trasladamos del prado a los baños, y luego a la casa de Penthe, una vivienda de dos habitaciones cómodas y acogedoras; construida contra la pared de un risco. La luna llevaba un rato ob-i servándonos a través de la ventana, aunque dudo que le mostrásemos algo que ella no hubiera visto ya.
—¿Ya tienes suficiente? —dije con voz entrecortada. Estábamos tumbados lado a lado en su cama, ancha y cómoda, cubiertos de sudor—. Si me quitas mucha más, quizá no me quede ira para hablar ni para respirar.
Tenía una mano sobre la llana superficie de su vientre. Su piel era lisa y suave, pero cuando rió noté cómo se tensaban los músculos de su abdomen, que se pusieron duros como planchas de acero.
—Sí, de momento ya tengo suficiente —me respondió, y su vo/ reveló su agotamiento—. Si te dejo vacío como un fruto al que han extraído todo el jugo, Vashet se enfadara.
Pese a que había sido un largo día, estaba sorprendentemente despierto, y tenía la mente clara y despejada. Recordé algo que Penthe había dicho hacía un rato.
—Antes has mencionado que las mujeres utilizan la ira para muchas cosas. ¿Qué usos le dan ellas que no le den los hombres?
—Nosotras enseñamos —me contestó—. Damos nombres. 1 li vamos la cuenta de los días y nos encargamos de que todo flmn. Plantamos. Hacemos niños. —Encogió los hombros—. Muchas cosas.
—Pero los hombres también pueden hacer esas cosas —razoné.
—Te equivocas de palabra —dijo Penthe riendo. Me frotó la barbilla—. Los hombres pueden hacer una barba. Un niño es diferente, y en eso no participáis.
—Nosotros no llevamos dentro al niño —puntualicé, un poco ofendido—, pero sí participamos en hacerlo.
Penthe me miró con una sonrisa en los labios, como si yo acabara de soltar un chiste. Entonces se le fue borrando la sonrisa. Se incorporó apoyándose en un codo y se quedó mirándome.
—¿Lo dices en serio?
Al ver mi cara de perplejidad, abrió mucho los ojos y se sentó en la cama.
—¡Es verdad! —exclamó—. ¡Creéis en las madres varón! —Se puso a reír y se tapó la boca con ambas manos—. ¡Nunca creí que fuera verdad! —Bajó la mano izquierda revelando una sonrisa de excitación mientras hacía el signo de asombro y deleite.
Sentí que debía molestarme, pero no me quedaba suficiente energía. Quizá hubiera parte de verdad en aquello que Penthe había dicho de que los hombres perdían su ira.
—¿Qué es una madre varón? —pregunté.
—¿Seguro que no es ninguna broma? —dijo Penthe, que seguía tapándose la sonrisa con una mano—. ¿De verdad creéis que el hombre pone al niño dentro de la mujer?
—Pues... sí —contesté, un tanto incómodo—. Es una forma sencilla de expresarlo. Para hacer un niño hacen falta un hombre y una mujer. Un padre y una madre.
—¡Pero si hasta tenéis una palabra para eso! —exclamó, encantada—. Eso también me lo

habían contado. Como las historias de la sopa de barro. ¡Pero nunca creí que fuera verdad!
Llegados a ese punto, me incorporé. Empezaba a preocuparme.
—A ver, pero tú sabes cómo se hacen los niños, ¿no? —pregunté, e hice el signo de gravedad—. Los niños vienen haciendo esto que llevamos haciendo casi todo el día.
Penthe me observó un momento atónita, y a continuación soltó una carcajada; intentó hablar varias veces, pero cada vez que me miraba y veía la expresión de mi cara, la risa volvía a impedírselo.
Entonces se puso las manos sobre el abdomen y empezó a palpárselo fingiendo desconcierto.
—¿Dónde está mi niño? Debo de haber practicado mal el sexo todos estos años. —Volvió a reír, y los músculos de su abdomen oscilaron dibujando un relieve parecido al del caparazón de una tortuga—. Si lo que dices fuera cierto, yo ya tendría cien hijos. ¡Quinientos hijos!
—No pasa todas las veces que practicas el sexo —expliqué—. La mujer solo está madura para hacer un hijo en determinados momentos.
—Y tú, ¿lo has hecho? —me preguntó mirándome con fingida seriedad, mientras una sonrisa asomaba a la comisura de sus labios—. ¿Has hecho algún niño con una mujer?
—He tomado medidas para no hacerlo —contesté—. Hay una hierba llamada silphium. La mastico todos los días, y evita que le ponga el niño dentro a la mujer.
Penthe sacudió la cabeza.
—Eso es otro ritual de sexo de los bárbaros —dijo—. Y de donde tú vienes, ¿llevar a un hombre a las flores también hace niños?
Decidí cambiar de táctica.—Si los hombres no participan en hacer los niños, ¿cómo explicas que los niños se parezcan a sus padres?
—Los recién nacidos parecen ancianos enojados —respondió Penthe—. Son calvos y tienen... —titubeó, tocándose la mejilla— rayas en la cara. ¿Quiere eso decir que los ancianos son los únicos que hacen niños? —Sonrió con ironía.
—¿Y los gatitos? —pregunté—. Habrás visto una camada de ga titos. Cuando un gato blanco y un gato negro se aparean, nacen garitos blancos y negros. Y algunos de los dos colores.
—¿Siempre?
—No, no siempre —admití—. Pero sí la mayoría de las veces.
—¿Y si hay un gatito rubio? —me preguntó.
Antes de que pudiera responder, Penthe descartó la pregunta con un ademán.
—Los gatitos no tienen nada que ver —dijo—. Nosotros no somos como los animales. No nos ponemos en celo. No ponemos huevos. No hacemos capullos, ni frutos, ni semillas. No somos perros, ni ranas, ni árboles.
»Te estás equivocando —continuó, mirándome con seriedad— También podrías decir que dos piedras hacen piedrecitas golpeándose una contra otra hasta que se desprende un trozo. Y que las personas hacen lo mismo para hacer niños.
Estaba que echaba chispas, pero Penthe tenía razón. Estaba cometiendo una falacia por analogía. Era lógica incorrecta.
Seguimos hablando un rato de lo mismo. Le pregunté si conocía a alguna mujer que se hubiera quedado embarazada sin haber tenido relaciones sexuales en los meses anteriores. Penthe me contestó que no conocía a ninguna mujer que hubiera pasado tres meses sin tener reía ciones sexuales voluntariamente, salvo que hubieran viajado a tierras bárbaras, o estuvieran muy enfermas, o fueran muy viejas.
Al final, Penthe agitó una mano para hacerme callar e hizo el signo de exasperación.
—¿No ves que solo das excusas? Practicando el sexo se hacen bebés, pero no siempre. Los bebés se parecen a las madres varón, pero no siempre. El sexo debe practicarse en el momento correcto, pero no siempre. Hay plantas que ayudan a hacer niños, y otras que ayudan a evitarlo. —Sacudió la cabeza—. ¿No te das cuenta de que lo que dices es fino

como una red? Sigues tejiendo hilos con la esperanza de que la red retenga el agua. Pero la esperanza no hace que sea cierto.
Al ver que fruncía el entrecejo, me cogió una mano e hizo en ella
el signo de consuelo, como había hecho en el comedor. Había dejado de reír.
—Ya veo que crees en eso. Entiendo por qué los varones bárbaros quieren creerlo. Debe de ser reconfortante pensar que sois importantes para algo. Pero no es verdad, sencillamente.
Penthe me miró con algo parecido a la lástima y continuó:
—A veces, una mujer madura. Eso es algo natural en lo que los hombres no participan. Por eso muchas mujeres maduran en otoño, como los frutos. Por eso muchas mujeres maduran aquí, en Haert, que es un buen sitio para tener* niños.
Busqué algún otro argumento convincente, pero no se me ocurrió ninguno. Era frustrante.
Al ver mi expresión, Penthe me apretó la mano e hizo el signo de concesión.
—Quizá las mujeres bárbaras sean diferentes —apuntó.
—Eso solo lo dices para que me sienta mejor —repliqué sombríamente, y de pronto abrí la boca en un bostezo enorme.
—Sí —admitió Penthe. Me besó suavemente y me empujó por los hombros para tumbarme de nuevo en la cama.
Me tumbé, y Penthe volvió a acurrucarse bajo mi brazo, apoyando la cabeza en mi hombro.
—Debe de resultar duro ser hombre —dijo en voz baja—. Las mujeres sabemos que formamos parte del mundo. Estamos llenas de vida. Las mujeres somos la flor y el fruto. Recorremos el tiempo como parte de nuestros hijos. Pero los hombres... —Giró la cabeza y me miró; la lástima se reflejaba en sus ojos—. Vosotros sois una rama desnuda. Sabéis que cuando muráis, no dejaréis nada importante atrás.
Penthe me acarició el pecho con ternura.
—Creo que por eso estáis tan llenos de ira. Quizá no tengáis más ira que las mujeres. Quizá la ira dentro de vosotros no tenga ningún sitio adonde ir, sencillamente. Quizá esté desesperada por dejar alguna huella. Golpea el mundo. Os hace actuar con precipitación. Os hace discutir, enfureceros. Pintáis y construís y peleáis y contáis historias que son mayores que la verdad.
Dio un suspiro de satisfacción y apoyó la cabeza en mi hombro, arrimándose más a la curva de mi brazo.
—Siento tener que decirte estas cosas. Eres un buen hombre, y muy guapo. Pero no dejas de ser un hombre. Tu ira es lo único que puedes ofrecerle al mundo.

128 Nombres

Era el día en que decidiría si me quedaba o me marchaba. Estaba con Vashet en una colina verde, viendo salir el sol entre las nubes.
—Saicere significa volar, atrapar, romper —dijo Vashet con voz queda, por enésima vez—. Debes recordar todas las manos que la han sujetado. Son muchas manos, y todas seguían el Lethani. No de¹bes usarla nunca de forma incorrecta.
—Lo prometo —dije por enésima vez, y tras vacilar un instante, saqué a colación un tema que llevaba tiempo inquietándome—. Pero Vashet, tú utilizaste tu espada para pelar la rama de sauce con que me azotaste. Una vez te vi utilizarla para mantener la ventana de tu casa abierta. Te cortas las uñas con ella... i
—¿Y? —dijo Vashet mirándome sin comprender.
—¿Eso no es incorrecto? —pregunté.
Ladeó la cabeza y se echó a reír.
—¿Te refieres a que solo debería usarla para luchar?
Hice el signo de implicación obvia.
—Mi espada es afilada—dijo—. Es una herramienta. La llevo siempre conmigo, ¿cómo va a ser incorrecto que la utilice?
—Parece irrespetuoso —aclaré.
—Respetas algo cuando le das un buen uso —replicó ella—. Tal vez pasen años hasta que vuelva a las tierras de los bárbaros y pelee. ¿Qué mal hay en que, entretanto, corte ramitas y zanahorias con mi espada? —Se puso seria—. Llevar una espada toda la vida, sabiendo que solo sirve para matar... —Meneó la cabeza—. ¿Cómo afectaría eso a mi mente? Sería espantoso.
Vashet había llegado a Haert la noche anterior, y se había llevado un disgusto al saber que se había perdido mi juicio de las piedras.Dijo que había hecho bien dejando mi espada al ver que Carceret la soltaba, y que estaba orgullosa de mí.
El día anterior, Shehyn me había invitado formalmente a quedarme en Haert y entrenarme en la escuela. En teoría, yo ya me había ganado ese derecho, pero todos sabían que en realidad no era más que un gesto político. La oferta de Shehyn resultaba halagadora, una oportunidad que yo sabía que quizá nunca volviera a presentárseme.
Vimos a un niño que bajaba con un rebaño de cabras por la ladera de una montaña.
—Vashet, ¿es cierto que los" Adem no tienen el concepto de paternidad?
Vashet asintió con la cabeza; tras un breve silencio, dio un suspiro y dijo:
—Dime que no nos has avergonzado a los dos hablando de eso con nadie durante mi ausencia.
—Solo con Penthe —repliqué—. Le pareció que era la cosa más graciosa que había oído en diez meses.
—Es que es bastante graciosa —dijo Vashet, mientras sus labios se arqueaban un poco hacia arriba.
—Entonces, ¿es cierto? —pregunté—. ¿Hasta tú crees en eso? ¿Has...?
Vashet me hizo callar levantando una mano.
—Paz —dijo—. Piensa lo que quieras sobre tus madres varón.
A mí me da lo mismo. —Sonrió como si recordara algo—. Mi rey ’ poeta creía que Ja mujer no era más que el suelo donde el hombre podía plantar un hijo.
Vashet dio un bufido socarrón que no llegó a ser una risotada.
—Estaba convencido de que tenía razón. Nada le habría hecho cambiar de opinión. Hace

años decidí que discutir de esas cosas con un bárbaro es una pérdida de tiempo absoluta. —Encogió los hombros—. Piensa lo que quieras sobre cómo se hacen los bebés. Cree en demonios. Rézale a una cabra. Mientras no me perjudiques, a mí ¿qué más me da?
Cavilé unos instantes y dije:
—Me parece una postura sensata.
Vashet asintió.
—Pero o bien el hombre ayuda a hacer el bebé, o no —señalé—. Puede haber muchas opiniones sobre un asunto, pero solo hay una verdad.

Vashet compuso una sonrisa perezosa.—Y si la búsqueda de la verdad fuera mi objetivo, eso me preocu paría. —Bostezó y se desperezó como un gato feliz—. Pero yo prefie ro concentrarme en la felicidad de mi corazón, la prosperidad de la escuela y la comprensión del Lethani. Si después de eso me queda tiempo, me dedicaré a preocuparme por la verdad.
Nos quedamos en silencio viendo salir el sol. Pensé que Vashei
parecía otra persona cuando no ponía todo su empeño en meter
en mi cabeza, lo más deprisa posible, todo el Ketan y el idioma adémico.
—Pero si insistes en aferrarte a tus creencias bárbaras sobre las madres varón —añadió—, será mejor que lo hagas en privado. Lo mejor que puedes esperar de esa opinión es que se rían de ti. La mayoría pensará que eres un idiota por pensar esas cosas.
Asentí con la cabeza. Tras una larga pausa, decidí hacer la pregunta que llevaba días guardándome.
Magwyn me llamo Ivlíicdrc. ¿Qué significa?
—Es tu nombre. No le hables a nadie de él.
—¿Es secreto?—pregunté.
—Sí. Solo lo conocéis tú, tus maestras y Magwyn. Sería peligroso que lo conociera alguien más.
—Peligroso ¿en qué sentido?
Vashet me miró como si fuera tonto.
—Cuando conoces un nombre, tienes poder sobre él. Eso ya lo sabes, ¿no?
—Pero yo sé tu nombre, y el de Shehyn, y el de Tempi. ¿Qué peligro hay en eso?
No me refiero a esos nombres, sino a los nombres profundos Tempi no es el nombre que le dio Magwyn. Y Kvothe tampoco es tu nombre. Los nombres profundos tienen significado.
Yo ya sabía qué significaba el nombre de Vashet.
—¿Qué significa Tempi?
—Tempi significa «hierro pequeño». Tempa significa hierro, y golpear hierro, y enfadado. Shehyn le dio ese nombre hace años. Era un alumno muy problemático.
—En atur, «temperamental» también significa enfadado —comenté, muy emocionado y asombrado por aquella coincidencia—. Y «templar» es lo que haces con el hierro cuando lo forjas para convertirlo en acero.
Vashet encogió los hombros, muy poco impresionada.
Los nombres son así. Tempi es un nombre pequeño, y sin em-
bargo contiene mucho. Por eso no debes hablar del tuyo, ni siquiera
—Pero yo no conozco vuestra lengua lo suficiente para saber que
significa mi nombre —protesté—. Un hombre debe saber el significado de su propio nombre.
Vashet titubeó, y al final cedió.
—Significa llama, y trueno, y árbol partido.
Pensé un poco y decidí que me gustaba.
—Cuando Magwyn me lo dio, me pareció que te sorprendías.

¿Porqué?
—No es correcto hacer comentarios sobre el nombre de otro.
—Rechazo tajante. Hizo un gesto tan brusco que casi me dolió. Se levantó y se restregó las manos en los pantalones . Vamos. Tienes que darle tu respuesta a Shehyn.
Entramos en la habitación y Shehyn nos indicó que nos sentáramos. Entonces tomó asiento ella también, y me sorprendió componiendo una mínima sonrisa. Era un gesto de familiaridad muy halagador.
—¿Ya te has decidido? —me preguntó.
Asentí con la cabeza.
—Gracias, Shehyn, pero no puedo quedarme. Debo regresar a Severen y hablar con el maer. Tempi ya cumplió su deber cuando el camino quedó libre de los bandidos, pero yo debo regresar y explicar todo lo que sucedió. —Pensé también en Denna, pero no la mencione.
Shehyn hizo una elegante mezcla de aprobación y pesar.
__ Cumplir el deber es del Lethani. —Me miró con seriedad—. Recuerda: tienes una espada y un nombre, pero no debes ofrecerte como
si vistieras el rojo.
—Vashet me lo ha explicado todo —repuse. Tranquilizador—. Lo organizaré para que, si me matan, devuelvan mi espada a Haert. No enseñaré el Ketan ni vestiré el rojo. —Curiosidad cuidadosa y atenía . Pero ¿tengo permiso para revelar que he estudiado con vosotros?
Acuerdo con reserva.
—Puedes decir que has estudiado con nosotros. Pero no que eres
uno de nosotros.
—Por supuesto—dije—. Ni que soy igual que vosotros.
Shehyn hizo el signo de satisfacción. Entonces movió las manos añadiendo el matiz de admisión avergonzada.
—Esto no es exactamente un regalo —dijo—. Serás mejor lucha dor que muchos bárbaros. Si peleas y vences, los bárbaros pensarán Kvothe solo estudió un poco las artes de los Adem, y sin embargo es formidable. ¡Qué hábiles deben de ser ellos! —Sin embargo—. Si peleas y pierdes, pensaran: Kvothe solo aprendió una pequeña parte lo que saben los Adem.
Los ojos de la anciana chispearon ligeramente. Hizo el signo de diversión.
—Pase lo que pase, nuestra reputación aumenta. Eso es bueno paraAdemre.
Asentí con la cabeza. Aceptación.
Tampoco perjudicará mi reputación —dije. Atenuar.
Hubo una pausa en la conversación, y entonces Shehyn hizo el signo de solemnidad.
—Hace poco me preguntaste por los Rhinta. ¿Te acuerdas? — dijo
Con el rabillo del ojo vi que Vashet se removía en su asiento.
Asentí, emocionado.
He recordado una historia sobre ellos. ¿Te gustaría oírla?
Hice el signo de sumo interés.
—Es una historia muy antigua, tan antigua como Ademre. Siempre se cuenta igual. ¿Estás preparado para oírla? —Profunda formalidad. Había un deje de ceremonia en su voz.
Volví a asentir. Súplica implorante.
Como ocurre con todo, hay unas normas. Te contaré la historia una vez. Después, no podrás hablar de ella. Después, no podrás hacer preguntas. Nos miró a Vashet y a mí. Profunda seriedad—. No podrás hablar de esta historia hasta que hayas dormido mil noches. No podrás hacer preguntas hasta que hayas viajado mil kilómetros. Ahora que lo sabes, ¿quieres oírla?
Asentí por tercera vez; mi emoción iba en aumento.
Shehyn habló con gran parsimonia:
—Hubo en un tiempo un reino poderoso habitado por gentes poderosas. No eran Ademre.

Eran lo que era Ademre antes de que nos convirtiéramos en lo que somos.
»Pero en ese tiempo ellos eran ellos mismos, hombres y mujeres justos y fuertes. Cantaban canciones de poder y peleaban tan bien como los Ademre.

»Esa gente tenia un gran imperio. El nombre de su imperio se ha perdido. Ya no tiene importancia, pues el imperio cayó, y desde ese tiempo la tierra se ha roto y el cielo ha cambiado.»En el imperio había siete ciudades y una ciudad. Los nombres de las siete ciudades se han olvidado, porque cayeron víctimas de la traición y el tiempo las destruyó. La ciudad también se destruyó, pero su nombre se conserva. Se llamaba Tariniel.
»E1 imperio tenía un enemigo, como todos los imperios. Pero el enemigo no era lo bastante poderoso para destruirlo. El enemigo no era 1° bastante fuerte para hundirlo, ni tirando ni empujando. El nombre del enemigo todavía se recuerda, pero deberá esperar.
«Como el enemigo no podía vencer mediante la fuerza, se movió como un gusano dentro de un fruto. El enemigo no era del Lethani. Envenenó a otros siete contra el imperio, y olvidaron el Lethani. Seis traicionaron a las ciudades que confiaban en ellos. Seis ciudades cayeron y sus nombres se olvidaron.
»Uno recordó el Lethani, y no traicionó a una ciudad. Esa ciudad no cayó. Uno de ellos recordó el Lethani y el imperio no perdió la esperanza. Con una ciudad en pie. Pero el nombre de esa ciudad también se olvidó, y quedó enterrado en el tiempo.
»Pero se conservan siete nombres. El nombre de uno y el de los seis que lo siguieron. Siete nombres se han conservado tras el derrumbamiento del imperio, en la tierra rota y en el cielo cambiado. Siete nombres se han conservado durante el largo deambular de Ademre. Siete nombres se han conservado, los nombres de los siete traidores. Recuérdalos y conócelos por sus siete señales:

Cyphus lleva la llama azul.
Stercus es esclavo del hierro.
Ferule, frío y de ojo oscuro.
Usnea solo vive en la podredumbre.
Dalcenti, gris, no habla nunca.
La pálida Alenta trae la peste.
El último es el señor de los siete:
odiado. Perdido. Insomne. Cuerdo.
Alaxel lleva el yugo de la sombra.

129 Interludio: barullo de susurros

—¡Reshi! —gritó Bast con el rostro desencajado—. ¡No! ¡Para!
—Estiró ambos brazos como si quisiera taparle la boca al posadero—. ¡No debes decir esas cosas!
Kvothe sonrió forzadamente.
Bast, ¿a ti quién te enseñó el significado de tu nombre?
no, Reshi. Sacudió la cabeza—. Hay cosas que saben rodos los niños fata. No es bueno decir esas cosas en voz alta. Nimia
—Y ¿por qué? —preguntó Kvothe con su mejor tono de maestra
—Porque hay cosas que saben cuándo se pronuncia su nomine.
Bast tragó saliva—. Saben dónde se pronuncia.
Kvothe dio un suspiro de exasperación.
—No hay ningún peligro en decir un nombre una vez, Bast. —Se reclino en la silla—. ¿Por qué crees que los Adem tienen sus tradiciones alrededor de esa historia en particular? ¿Una historia que solo, se cuenta una vez y sobre la que no se pueden hacer preguntas?
Bast entornó los ojos, pensativo, y Kvothe sonrió sin despegar los labios.
Exacto. Buscar a alguien que pronuncia tu nombre una solavez es como seguir el rastro de un hombre por un bosque a partir de una sola huella.
—¿De verdad se puede hacer? —preguntó Cronista, vacilante, como si le diera miedo interrumpir—. ¿En serio?
Kvothe asintió sombríamente.
Supongo que así fue como encontraron a mi troupe cuando yo era pequeño.
Cronista miró alrededor con nerviosismo; arrugó la frente e hi/o un esfuerzo evidente para serenarse. El resultado fue que se quedó muy quieto en la silla, aparentando tanto nerviosismo como antes.
—¿Significa eso que podrían venir aquí? ¿Has hablado de ellos lo
suficiente para...?
Kvothe le quitó importancia con un ademan.
—No. Los nombres son la clave. Los nombres reales. Los nombres rofundos. Y yo los he evitado precisamente por ese motivo. Mi padre era muy riguroso con los detalles. Llevaba años haciendo preguntas y desenterrando viejas historias sobre los Chandrian. Supongo que encontró algunos de sus viejos nombres y los puso en su canción... Cronista mudó la expresión al entenderlo.
—... y la ensayó una y otra vez—dijo.
El posadero compuso un amago de sonrisa.
—Sin descanso, conociéndolo. No tengo ninguna duda de que mis padres hicieron todo lo que pudieron para pulir cada detalle de su canción antes de cantarla en público. Eran unos perfeccionistas. —Dio un suspiro de cansancio—. Para los Chandrian, debió de ser como si alguien hiciera señales de fuego sin parar. Supongo que si no los encontraron antes fue únicamente porque mis padres viajaban constantemente.
—Y por eso mismo no deberías decir esas cosas en voz alta, Reshi
—terció Bast.
Kvothe arrugó el entrecejo.
—He dormido mis mil noches y he recorrido varios miles de kilometros desde entonces, Bast. No hay peligro en pronunciarlos una vez. Con el infierno que se está desatando en el mundo últimamente, puedes estar seguro de que la gente cuenta viejas historias más a menudo Si

los Chandrian están atentos por si oyen algún nombre, no me cabe duda de que les llega un lento barullo de susurros desde Arueh
hasta el mar Circular.
La expresión de Bast ponía de manifiesto que no se quedaba en
absoluto tranquilo.
_ Además —continuó Kvothe dando un suspiro de cansancio—,
es bueno escribirlos. Tal vez le sean útiles a alguien, algún día.
—Sigo pensando que deberías tener más cuidado, Reshi.
—¿Qué he hecho estos años sino tener cuidado, Bast? —replicó Kvothe; su irritación había salido por fin a la superficie—. Y ¿de qué me ha servido? Además, si lo que dices del Cthaeh es cierto, todo acabará con lágrimas haga lo que haga, ¿no es así?
Bast abrió la boca, pero volvió a cerrarla; era evidente que no sabía qué decir. Entonces le lanzó una mirada a Cronista suplicándole su apoyo.Al verlo, Kvothe se volvió también hacia Cronista y arqueó una ceja con curiosidad.
—Yo no lo sé, desde luego —dijo Cronista; abrió su cartera y sacó un paño manchado de tinta—. Ya habéis visto los dos el máximo alcance de mi habilidad nominadora: Hierro. Y por pura chiripa, se mire como se mire. El maestro nominador me declaró una absoluta pérdida de tiempo.
—Eso me suena —murmuró Kvothe.
Cronista encogió los hombros.
—En mi caso, le tomé la palabra.
—¿Te acuerdas de qué excusa te dio?
—Tenía un sinfín de críticas: sabía demasiadas palabras. Nunca había pasado hambre. Era demasiado blando... —Cronista tenía las manos ocupadas limpiando el plumín de su pluma —. Me pareció que había dejado su postura muy clara cuando dijo: «¿Quién iba a pensar que un secretario de poca monta como tú pudiera tener ni una pizca de hierro dentro?».
Kvothe compuso una sonrisita de lástima.
—¿En serio?
—Bueno, en realidad me llamó gilipollas —dijo Cronista con un encogimiento de hombros—. No quería ofender los inocentes oídos de nuestro joven amigo. —Apuntó a Bast con la barbilla—. Por lo que veo, ha tenido un mal día.
Kvothe sonrió abiertamente.
—Es una pena que no coincidiéramos en la Universidad.
Cronista pasó el plumín por última vez por el trapo y lo acercó a la tenue luz que entraba por la ventana de la posada.
—No creas —dijo—. No te habría caído bien. Era un gilipollas de poca monta. Y un mimado. Y un engreído.
—Y ¿qué ha cambiado desde entonces? —preguntó Kvothe.
Cronista resolló con desdén.
—No mucho, dependiendo de a quién preguntes. Pero me gusta pensar que se me han abierto un poco los ojos. —Enroscó con cuidado el plumín en la pluma.
—Y ¿cómo ha sido, exactamente? —preguntó Kvothe.
Cronista miró al posadero desde el otro lado de la mesa, como si le hubiera sorprendido la pregunta.
—¿Exactamente? Yo no estoy aquí para contar una historia. —Volvió a guardar el trapo en la cartera—. En pocas palabras: me enfadé y me marché de la Universidad en busca de pastos más verdes. Es lo mejor que he hecho en la vida. En un mes en el camino aprendí más de lo que había aprendido con tres años de clases.
Kvothe asintió.
—Ya lo dijo Teccam: no hay hombre valiente que nunca haya caminado cien kilómetros. Si

quieres saber quién eres, camina hasta que no haya nadie que sepa tu nombre. Viajar nos pone en nuestro sitio, nos enseña más que ningún maestro, es amargo como una medicina, cruel como un espejo. Un largo tramo de camino te enseñará más sobre ti mismo que cien años de silenciosa introspección.

130 Vino y agua

Las despedidas de Haert me llevaron un día entero. Comí con Vashet y Tempi y dejé que ambos me dieran más consejos de los que necesitaba o deseaba oír. Celean lloró un poco y dijo que iría a visitarme cuando por fin vistiera el rojo. Hicimos un último combate y sospecho que me dejó ganar.

Por último pasé una agradable velada con Penthe que se convirtió en una agradable noche y, finalmente, en una agradable madrugada. Conseguí dormir un poco en las pálidas horas previas al amanecer.

Como me crié entre los Ruh, siempre me sorprende mucho lo rápido que una persona puede echar raíces en un sitio. No llevaba ni dos meses en Haert, y sin embargo me costó marcharme.

Pese a todo, me sentí bien en cuanto pisé el camino, dispuesto a reencontrarme con Alveron y Denna. Ya iba siendo hora de que recibiera mi recompensa por un trabajo bien hecho y ofreciera una disculpa sincera y bastante tardía.

Cinco días más tarde, iba caminando por uno de esos tramos de camino largos y solitarios que solo encuentras en la colinas de la región oriental de Vintas. Como decía mi padre, me hallaba en el borde del mapa.

En todo el día solo me había cruzado con un par de viajeros, y no había encontrado ni una sola posada. La perspectiva de dormir a la intemperie no me preocupaba especialmente, pero ya llevaba un par de días comiendo de lo que llevaba en el macuto, y un plato caliente no me habría venido mal.

Cuando casi había anochecido y había abandonado toda esperanza de llevarme algo decente al estómago divisé un hilo de humo blanco
flotando contra el cielo crepuscular. Al principio creí que sería una granja. Entonces oí música a lo lejos y empecé a recuperar la esperanza de una cama y un plato caliente junto a la chimenea de una posada.

Pero al tomar un recodo del camino me llevé una grata sorpresa. Avisté entre los árboles las altas llamas de una hoguera entre dos carromatos, y esa imagen rescató de mi memoria recuerdos dolorosos. Había hombres y mujeres que charlaban repantigados. Uno rasgueaba las cuerdas de un laúd, y otro golpeaba distraídamente un pequeño tamboril que sostenía apoyado contra la pierna. Otros montaban una tienda entre dos árboles mientras una anciana colocaba un trébede sobre el fuego.

Artistas de troupe. Es más, en el costado de uno de los carromatos reconocí unas señales que para mí brillaban más que el fuego. Aquellas señales significaban que se trataba de auténticos artistas de troupe. Mi familia, los Edena Ruh.

Salí de entre los árboles, y uno de los hombres dio un grito; antes de que pudiera tomar aire para hablar había tres espadas apuntándome. El silencio repentino, después de la música y la charla, resultaba inquietante.

Un individuo apuesto con barba negra y un arete de plata dio un paso adelante sin apartar la punta de su espada de mi cara.

—¡Otto! —gritó mirando por encima de mi hombro, hacia el bosque—. Si te has dormido, te juro por la leche de mi madre que te destripo. ¿Quién demonios eres?

La pregunta iba dirigida a mí. Pero todavía no había contestado cuando se oyó una voz proveniente de los árboles:

—Estoy aquí, Alleg, tal como... ¿Quién es ese? ¿Cómo demonios ha pasado sin que lo viera?

En cuanto habían desenvainado sus espadas, yo había levantado las manos. Es lo más

sensato que puedes hacer cuando alguien te apunta con un objeto punzante. Sin embargo, sonreía cuando dije:
—Lamento haberte asustado, Alleg.
—No me vengas con cuentos —dijo él fríamente—. Te quedan diez segundos para explicarme qué hacías merodeando alrededor de nuestro campamento.
No hizo falta que dijera nada: me di la vuelta para que todos los que estaban alrededor del fuego pudieran ver el estuche del laúd que llevaba colgado a la espalda.
Alleg cambió inmediatamente de actitud. Se relajó y envainó su espada. Los otros lo imitaron; Alleg se acercó a mí riendo.Yo también me reí, y dije:
—Una familia.
—Una familia. —Me estrechó la mano y, volviéndose hacia la hoguera, gritó—: ¡A comportarse todos! ¡Esta noche tenemos un invitado! —Hubo una breve ovación, y todos volvieron a lo que estaban haciendo antes de mi llegada.
Un hombre corpulento armado con una espada salió pisando fuerte de entre los árboles.
—Que me aspen si ha pasado a mi lado, Alleg. Seguro que es de...
—Es de nuestra familia —interpuso Alleg.
—Ah —dijo Otto, claramente sorprendido. Entonces se fijó en mi laúd—. En ese caso, bienvenido.
—La verdad es que no he pasado a tu lado —mentí. En la oscuridad, el shaed me volvía prácticamente invisible. Pero eso no era culpa suya, y yo no quería causarle problemas—. He oído la música y he dado un rodeo. Os he confundido con otra troupe, y quería darles una sorpresa.
Otto miró a Alleg de forma significativa; dio media vuelta y volvió a internarse en el bosque.
Alleg me puso un brazo sobre los hombros.
—¿Puedo ofrecerte algo de beber?
—Un poco de agua, si te sobra.
—Ningún invitado bebe agua alrededor de nuestro fuego —protestó—. Solo nuestro mejor vino tocará tus labios.
—El agua de los Edena es más dulce que el vino para quienes llevan un tiempo en el camino. —Le sonreí.
—Pues entonces bebe tanta agua y tanto vino como desees. —Me condujo hasta uno de los carromatos, donde había un barril de agua.
Siguiendo una tradición ancestral, me bebí un cucharón de agua y llené un segundo cucharón para lavarme las manos y la cara. Tras secarme la cara con la manga de la camisa, miré a Alleg y sonreí.
—Qué alegría da volver al hogar.
Alleg me dio una palmada en la espalda.
—Ven conmigo. Déjame presentarte al resto de tu familia.
Los primeros fueron dos hombres de unos veinte años, ambos con barba desaliñada.
—Fren y Josh son nuestros mejores cantantes, sin contarme a mí, por supuesto. —Les estreché la mano.
A continuación saludé a los dos hombres que tocaban instrumentos junto al fuego.
—Gaskin toca el laúd. Laren, el caramillo y el tamboril.
Ambos me sonrieron. Laren golpeó el tamboril con el dedo pulgar, y el tambor produjo un tenue «tum».
—Aquel es Tim. —Alleg señaló al otro lado de la hoguera, donde un hombre alto y de rostro adusto aceitaba una espada—. Y a Otto ya lo has conocido. Ellos nos protegen de los peligros del camino.
Tim me saludó con una inclinación de cabeza, apartando la vista solo un momento de su espada.

—Esta es Anne. —Alleg señaló a una mujer mayor, con cara de pocos amigos y el pelo canoso recogido en un moño—. Ella nos alimenta y hace de madre para todos.
Anne siguió cortando zanahorias sin prestarnos atención.
—Y por último, pero no por eso menos importante, está Kete, que guarda la llave de todos nuestros corazones.
Kete tenía una mirada dura, y sus labios dibujaban una línea fina; pero su expresión se suavizó un tanto cuando le besé la mano.
—Y eso es todo —dijo Alleg dedicándome una sonrisa y una pequeña reverencia—. Y tú, ¿cómo te llamas?
—Kvothe.
—Bienvenido, Kvothe. Ponte cómodo y descansa. ¿Necesitas algo?
—¿Un poco de ese vino que has mencionado antes? —dije sonriendo.
Se tocó la frente con el pulpejo de la mano.
—¡Claro! ¿O prefieres cerveza?
Asentí con la cabeza y Alleg fue a buscar una jarra.
—Excelente —dije tras probarla, y me senté en un tocón.
Alleg hizo como si se tocara el ala de un sombrero imaginario.
—Gracias. Tuvimos la suerte de afanarla hace un par de días, cuando pasábamos por Levinshir. Y a ti, ¿cómo te ha tratado el camino últimamente?
Estiré la espalda arqueándome hacia atrás y suspiré.
—Para ser un trovador solitario, no demasiado mal. —Encogí los hombros—. Aprovecho todas las oportunidades que se me presentan. Tengo que andarme con cuidado, porque voy solo.
Alleg asintió con la cabeza.
—La única protección con que contamos nosotros es nuestra superioridad numérica —admitió; luego apuntó con la barbilla a mi laúd y añadió—: ¿Podrías cantarnos algo mientras esperamos a que Anne termine de preparar la cena?—Desde luego —contesté, y dejé la jarra—. ¿Qué os gustaría oír?
—¿Sabes tocar «Vete de la ciudad, calderero»?
—¿Que si sé tocarla? A ver qué te parece. —Saqué el laúd del estuche y me puse a tocar.
Cuando llegué al estribillo, ya todos habían dejado lo que estaban haciendo para escucharme. Hasta vi a Otto cerca de la linde del bosque; había abandonado su puesto de observación y miraba hacia la hoguera.
Cuando terminé la canción, todos aplaudieron con entusiasmo.
—Sí, sabes tocarla —dijo Alleg riendo. Entonces se puso serio y, golpeándose los labios con la yema de un dedo, me preguntó—: ¿Te gustaría viajar con nosotros un tiempo? No nos vendría mal otro músico.
Me lo pensé unos instantes.
—¿Hacia dónde vais?
—Hacia el este.
—Yo voy a Severen —dije.
—Podemos pasar por Severen —repuso Alleg encogiendo los hombros—. Siempre que no te importe ir por el camino más largo.
—Llevo mucho tiempo lejos de la familia —admití barriendo con la mirada aquella escena junto al fuego que yo conocía muy bien.
—Un Edena no debe viajar solo —agregó Alleg pausadamente mientras deslizaba un dedo por el borde de su negra barba.
Dejé escapar un suspiro y dije:
—Vuelve a preguntármelo por la mañana.
Alleg sonrió y me dio una palmada en la rodilla.

—¡Estupendo! Eso significa que tenemos toda la noche para convencerte.
Guardé mi laúd y me disculpé para ir a atender una necesidad. Al regresar, me arrodillé junto a Anne, que estaba sentada cerca del fuego.
—¿Qué nos está preparando, madre? —le pregunté.
—Estofado —me contestó con tono cortante.
—Y ¿qué lleva? —pregunté con una sonrisa.
Anne me miró con los ojos entornados.
—Cordero —dijo como desafiándome a negarlo.
—Hace mucho tiempo que no como cordero, madre. ¿Me deja probarlo?
—Tendrás que esperar, igual que los demás —me espetó.
—¿Ni siquiera un poquito? —la camelé dedicándole mi sonrisa más obsequiosa.
La anciana inspiró y, encogiendo los hombros, cedió.
—Está bien. Pero si empieza a dolerte el estómago, no será culpa mía.
Me reí.
—No, madre. No será culpa suya. —Cogí la cuchara de madera, de mango largo, y me la acerqué a los labios. Tras soplar en ella, probé el estofado—. ¡Madre! —exclamé—. Es el guiso más delicioso que he probado en un año.
—Bah—repuso ella mirándome con recelo.
—Se lo digo sinceramente, madre —insistí—. En mi opinión, el que no sepa apreciar este delicioso estofado no es un verdadero Ruh.
Anne se volvió, siguió removiendo el contenido de la olla y me ahuyentó con un ademán, pero su expresión ya no era tan hostil como antes.
Después de pasar por el barril para llenarme otra vez la jarra, volví a mi asiento. Gaskin se inclinó hacia delante.
—Nos has regalado una canción. ¿Te apetece oír algo?
—¿«El caramillero ingenioso», por ejemplo?—propuse.
—Esa no la conozco —dijo Gaskin arrugando la frente.
—Es sobre un Ruh muy astuto que se burla de un granjero.
—Pues no —dijo Gaskin sacudiendo la cabeza.
Me agaché para coger mi laúd.
—Os la tocaré. Es una canción que todos nosotros deberíamos saber.
—Escoge otra —protestó Laren—. Voy a tocarte algo con el caramillo. Tú ya has cantado para nosotros una vez esta noche.
—Se me había olvidado que tocabas el caramillo —dije sonriéndole—. Esta te gustará —le aseguré—. El caramillero es el héroe. Además, vosotros vais a llenarme la barriga, de modo que es justo que yo os llene los oídos. —Antes de que pudieran presentar más objeciones, me puse a tocar, rápido y ligero.
Rieron durante toda la canción. Desde el principio, cuando el caramillero mata al granjero, hasta el final, cuando seduce a la esposa y a la hija de la víctima. No canté las dos últimas estrofas, donde los aldeanos matan al caramillero.
Cuando terminé, Laren se secó las lágrimas.
—Eh, tienes razón, Kvothe. Me convenía saber esa canción. Además... —le lanzó una mirada a Kete, que estaba sentada al otro lado de la hoguera— es una canción verídica. Las mujeres se pirran por los caramilleros.
Kete dio un resoplido de desdén y puso los ojos en blanco.
Charlamos de cosas sin importancia hasta que Anne anunció que el estofado ya estaba listo. Todos lo atacamos con ganas, y solo se interrumpía el silencio para felicitar a Anne.
—Dime la verdad, Anne —dijo Alleg después del segundo cuenco—. ¿Birlaste pimienta en Levinshir?
—Todos tenemos nuestros secretos, querido —respondió Anne, petulante—. No se debe

presionar a una dama.
—¿Os han ido bien últimamente las cosas a ti y a los tuyos? —pregunté a Alleg.
—Sí, ya lo creo —me contestó entre dos bocados—. En Levinshir, hace un par de días, nos fueron especialmente bien. —Guiñó un ojo—. Ya lo verás más tarde.
—Me alegro de oírlo.
—De hecho —se inclinó hacia delante y adoptó un tono de complicidad— las cosas nos han ido tan bien que me siento generoso. Lo bastante generoso para ofrecerte cualquier cosa que me pidas. Cualquier cosa. Pídeme y será tuyo. —Se inclinó un poco más y áñadió con un susurro teatral—: Quiero que sepas que esto es un intento flagrante de sobornarte para que te quedes con nosotros. Con esa hermosa voz tuya podríamos llenar nuestras bolsas.
—Por no mencionar las canciones que podría enseñarnos —terció Gaskin.
—No le ayudes a regatear, chico —dijo Alleg como si gruñera—. Tengo la impresión de que esta negociación ya va a ser bastante difícil.
Lo medité un poco.
—Supongo que podría quedarme... —Dejé la respuesta en el aire, sin definirme.
Alleg compuso una sonrisa cómplice.
—¿Pero...?
—Pero a cambio te pediré tres cosas.
—Hummm. Tres cosas. —Me miró de arriba abajo—. Como en las historias.
—Me parece justo —me apresuré a decir.
Alleg asintió, vacilante.
—Supongo que sí. Y ¿cuánto tiempo viajarías con nosotros?
—Hasta que nadie ponga objeciones a mi marcha.
—¿Alguien tiene algún inconveniente? —preguntó Alleg mirando alrededor.
—¿Y si nos pide un carromato? —preguntó Tim. Su voz me sobresaltó, áspera y bronca como dos ladrillos rozados uno contra otro.
—¿Qué más da? Viajará con nosotros —argumentó Alleg—. Al fin y al cabo, esos carromatos son de todos. Y como no podrá marcharse a menos que nosotros le dejemos...
Nadie planteó más objeciones. Alleg y yo nos estrechamos la mano y hubo una breve ovación.
—¡Por Kvothe y sus canciones! —dijo Kete alzando su jarra—. Tengo el presentimiento de que valdrá la pena, nos cueste lo que nos cueste.
Todos bebieron, y yo levanté a mi vez la jarra.
—Juro por la leche de mi madre que ninguno de vosotros hará jamás un trato mejor del que habéis hecho conmigo esta noche. —Eso provocó otra ovación, más entusiasta, y todos volvieron a beber.
Alleg se secó los labios y me miró a los ojos.
—Veamos, ¿qué es lo primero que quieres pedirnos?
Agaché la cabeza.
—En realidad no es gran cosa. No tengo mi propia tienda. Si voy a viajar con mi familia...
—¡No digas ni una palabra más! —Alleg alzó su jarra de madera, como un rey que concede un favor—. ¡Te cedo mi propia tienda, con un lecho de pieles y mantas de un palmo de grosor! —Les hizo una señal a Fren y a Josh, que estaban sentados al otro lado de la hoguera—. Id a preparársela.
—No hace falta —me apresuré a intervenir—. Puedo hacerlo yo solo.
—Déjalo, es bueno para ellos. Les hace sentirse útiles. Y por cierto... —Le hizo una seña a Tim—. Tráelas, ¿quieres?
Tim se levantó y se llevó una mano al estómago.
—Enseguida. Ahora mismo vuelvo. —Se dio la vuelta y se dirigió hacia el bosque—. No me encuentro muy bien.

—¡Eso te pasa por comer como un cerdo! —le gritó Otto. Se volvió hacia nosotros y dijo—: Algún día se dará cuenta de que no puede comer más que yo sin ponerse enfermo después.
—Como Tim está ocupado pintando un árbol, iré yo a buscarlas —dijo Laren con un entusiasmo débilmente velado.
—Esta noche estoy yo de guardia —intervino Otto—. Ya voy yo.
—Voy yo —terció Kete con exasperación. Miró a los otros dos, que seguían sentados, y fue detrás del carromato que yo tenía a mi derecha.
Josh y Fren salieron del otro carromato con una tienda, cuerdas y estacas.
—¿Dónde quieres ponerla? —preguntó Josh.
—Eso no es algo que haya que preguntarle a un hombre, ¿verdad, Josh? —bromeó Fren golpeando a su amigo con un codo.
—Ronco un poco —les advertí—. Será mejor que me pongáis un poco apartado de los demás. —Señalé—. Allí, entre esos dos árboles, estará bien.
—Porque normalmente ya se sabe dónde quiere ponerla un hombre, ¿no, Josh? —continuó Fren mientras ambos se alejaban y empezaban a montar la tienda.
Kete volvió al cabo de un minuto con un par de hermosas jóvenes. Una era delgada y tenía el pelo liso y negro, cortado a lo chico. La otra era más redondeada, con el pelo rubio y rizado. Ambas parecían muy decaídas y no aparentaban más de dieciséis años.
—Te presento a Krin y a Ellie —dijo Kete señalando a las chicas.
—Son una de las cosas que nos salieron bien en Levinshir —explicó Alleg con una sonrisa—. Esta noche, una de ellas te calentará la cama. Es mi regalo al nuevo miembro de nuestra familia. —Las miró de arriba abajo—. ¿A cuál prefieres?
Las miré a las dos.
—Es una elección difícil. Déjame pensarlo un rato.
Kete las sentó cerca del fuego y les puso un cuenco de estofado en las manos a cada una. La chica del pelo rubio, Ellie, comió un poco con expresión ausente; luego se detuvo, como un juguete que se queda sin cuerda. Tenía la mirada perdida, casi ciega, como si observara algo que ninguno de nosotros podía ver. Krin, en cambio, tenía los ojos fieramente clavados en el fuego. Estaba rígida, con el cuenco en el regazo.
—Chicas —las reprendió Alleg—, ¿no sabéis que todo irá mucho mejor cuando empecéis a colaborar?
Ellie dio otro bocado y se paró. Krin seguía mirando fijamente el fuego, con la espalda tiesa y el semblante severo.
Sin levantarse, Anne les hincó la cuchara de madera.
—¡Comed!
La reacción de las chicas fue la misma que antes: un lento bocado y una tensa rebelión. Frunciendo el ceño, Anne se inclinó más hacia ellas y agarró firmemente a la morena por la barbilla, mientras con la otra mano cogía el cuenco de estofado.
—No lo hagas —le exhorté—. Ya comerán cuando tengan hambre. —Alleg me miró con curiosidad—. Sé lo que me digo» Dadles algo de beber.
Al principio pareció que la anciana continuaría de todos modos, pero entonces encogió los hombros y le soltó la barbilla a Krin.
—Bueno. Estoy harta de alimentar por la fuerza a esta cría. Solo nos ha causado problemas.
Kete se sorbió ruidosamente la nariz para expresar su aprobación.
—Esa zorra me atacó cuando la desaté para que se bañara —dijo, y se apartó el pelo de un lado de la cara para revelar unos arañazos—. Casi me saca un ojo.
—Y quiso escapar —añadió Anne con el ceño fruncido—. Ahora tengo que drogaría por las noches. —Puso cara de indignada y añadió—: Que se muera de hambre si quiere.
Laren volvió junto al fuego con dos jarras y se las puso en las manos a las chicas, que no opusieron resistencia.

—¿Es agua? —pregunté.
—No, cerveza —me contestó Laren—. Si no comen nada, es mejor que beban cerveza.
Reprimí una protesta. Ellie bebió con la misma expresión ausente con que había comido.
Krin apartó los ojos del fuego y miró primero la jarra y luego a mí. Su parecido con Denna me produjo una fuerte conmoción. Sin quitarme la vista de encima, Krin bebió. Su mirada endurecida no delataba nada de lo que estaba pasando dentro de su cabeza.
—Dejad que se sienten a mi lado —dije—. Quizá eso me ayude a decidirme.
Kete las trajo junto a mí. Ellie se dejó llevar; Krin, en cambio, estaba rígida como un palo.
—Ten cuidado con esta —me previno Kete señalando a la morena—. Araña mucho.
Entonces llegó Tim, algo pálido. Se sentó junto al fuego, y Otto le dio un codazo en las costillas.
—¿Quieres un poco más de estofado? —le preguntó con malicia.
—Vete al cuerno —le espetó Tim.
—Te sentará bien beber un poco de cerveza —le aconsejé.
Tim asintió; se notaba que agradecería cualquier cosa que pudiera ayudarlo. Kete le llevó una jarra llena de cerveza.
Tenía a las dos chicas sentadas una a cada lado, mirando al fuego. Ahora que las tenía más cerca, vi cosas que hasta ese momento se me habían pasado por alto. Krin tenía un cardenal en la parte de atrás del cuello. La rubia tenía las muñecas ligeramente señaladas por haber estado maniatada, mientras que Krin las tenía muy rasguñadas y despellejadas. Por lo demás, olían a limpio. Llevaban el pelo cepillado y les habían lavado la ropa recientemente. Kete se había ocupado de ellas.
Además, de cerca eran aún más hermosas. Estiré un brazo para tocarles los hombros. Krin se encogió y luego se puso rígida. Ellie no reaccionó en absoluto.
La voz de Fren llegó proveniente de los árboles:
—Ya está. ¿Quieres que encendamos una lámpara?
—Sí, por favor —respondí. Miré a las dos chicas y luego a Alleg—. No consigo decidirme —dije con sinceridad—. De modo que me las quedaré a las dos.
Alleg soltó una carcajada de incredulidad. Entonces, al ver que yo permanecía serio, protestó:
—Vamos, hombre. Eso sería una injusticia. Además, no me irás a decir que puedes...
Lo miré con franqueza.
—Bueno, aunque pudieras, no...—continuó, evasivo.
—Es la segunda cosa que te pido —dije con formalidad—. Las quiero a las dos.
Otto dio un grito de protesta del que se hicieron eco los semblantes de Gaskin y Laren.
Sonreí y los tranquilicé diciendo:
—Solo esta noche.
Fren y Josh, que ya habían montado mi tienda, volvieron junto a la hoguera.
—Puedes estar agradecido de que no te haya pedido a ti, Otto —dijo Fren—. Eso habría sido lo que habría pedido Josh, ¿verdad, Josh?
—Cierra el pico, Fren —dijo Otto, exasperado—. Ahora soy yo el; que tiene ganas de vomitar.
Me levanté y me colgué el laúd a la espalda. Y guié a las dos chicas, una rubia y otra morena, hacia mi tienda.

131 Oscuro a la luz de la luna

Fred y Josh habían hecho un buen trabajo con la tienda. Era lo bastante alta para estar de pie en el centro, aunque con las dos chicas y yo allí dentro estábamos un poco apretados. Empujé suavemente a la rubia, Ellie, hacia la yacija de gruesas mantas.
—Siéntate —le dije con dulzura.
Como no reaccionaba, la cogí por los hombros y la ayudé a sentarse. Ella no opuso resistencia, pero tenía los azules ojos muy abiertos y la mirada perdida. Le examiné la cabeza para ver si tenía alguna herida. Como no encontré ninguna, deduje que estaba en estado de shock.
Tras rebuscar un momento en mi macuto, metí un poco de hoja molida en mi taza de viaje y añadí un poco de agua de mi odre. Le puse la taza en las manos a Ellie, y ella la sujetó, abstraída.
—Bébetelo —la exhorté tratando de imitar el tono de voz que Felurian utilizaba conmigo para conseguir mi conformidad.
No sé si funcionó o si sencillamente la chica tenía sed. Por una razón u otra, Ellie se bebió hasta la última gota de agua de la taza. Sus ojos seguían teniendo aquella mirada extraviada.
Puse otra medida de hoja molida en la taza, volví a llenarla de agua y se la ofrecí a la chica morena para que bebiera.
Nos quedamos varios minutos así, yo con un brazo estirado y ella con ambos brazos inmóviles, pegados a los costados. Al final parpadeó y me miró fijamente.
—¿Qué le has dado? —me preguntó.
—Velia en polvo —contesté con dulzura—. Es un antídoto. Había veneno en el estofado.
Sus ojos me revelaron que no me creía.
—Yo no he comido estofado —dijo.

—En la cerveza también había. Te he visto bebería.
—Mejor —repuso ella—. Porque quiero morirme.
Di un hondo suspiro.
—No te matará. Solo hará que te encuentres fatal. Vomitarás y te sentirás débil, y tendrás calambres musculares durante un par de días. —Levanté la taza, ofreciéndosela.
—Y a ti, ¿qué más te da si me matan? —me preguntó con voz monótona—. Si no me matan ahora, lo harán más tarde. Prefiero morir... —Apretó los dientes antes de terminar la frase.
—Ellos no te han envenenado. Los he envenenado yo a ellos, y tú has ingerido un poco de veneno accidentalmente. Lo siento, pero esto te ayudará a paliar sus efectos.
La mirada de Krin vaciló un instante, y luego recuperó su férrea dureza. Miró la taza y luego clavó los ojos de nuevo en mí.
—Si es inofensivo, bébetelo tú.
—No puedo—expliqué—. Me produciría sueño, y esta noche tengo cosas que hacer.
Krin desvió la mirada hacia el lecho de pieles preparado en el suelo de la tienda.
Esbocé mi sonrisa más tierna y más triste.
—No, no me refiero a esa clase de cosas.
Krin seguía sin moverse. Nos quedamos mucho rato allí de pie. Del bosque llegó el ruido apagado de unas arcadas. Suspiré y bajé la taza. Al bajar la vista descubrí que Ellie ya se había aovillado y se había quedado dormida. Su rostro casi reflejaba placidez.
Inspiré hondo y me volví hacia Krin.

—No tienes ningún motivo para confiar en mí —dije mirándola a los ojos—. No después de lo que te ha pasado. Pero espero que lo hagas.—Volví a tenderle la taza.
Ella me sostuvo la mirada sin parpadear y cogió la taza. Se bebió su contenido de un solo trago, se atragantó un poco y se sentó. Fijó los ojos, duros como el mármol, en la pared de la tienda. Me senrc a cierta distancia de ella.
Al cabo de quince minutos, Krin ya dormía. Las tapé a las dos con una manta y me quedé observando sus rostros. Dormidas, eran incluso más hermosas que despiertas. Estiré un brazo para apartarle un mechón de pelo de la cara a Krin, y me llevé una sorpresa cuando la chica abrió los ojos y se quedó mirándome. No era la mirada de marmol que me había dirigido unos momentos atrás, y en aquellos o|os oscuros vi a una joven Denna.
Me quedé paralizado, con una mano sobre su mejilla. Nos miramos el uno al otro durante un segundo. Entonces Krin volvió a cerrar los ojos. No sé si la droga la había vencido, o si la chica se entregó al sueño voluntariamente.
Me senté en la entrada de la tienda, con Cesura sobre las rodillas. Notaba arder dentro de mí una rabia abrasadora como el fuego, y la visión de las dos chicas dormidas era como un viento que avivaba las brasas. Apreté los dientes y me obligué a pensar en lo que había pasado allí, dejando que el fuego ardiera violentamente, dejando que me llenara su calor. Inspiraba hondo, templándbme para lo que estaba a punto de suceder.
Durante tres horas me limité a escuchar los sonidos que provenían del campamento. Me llegaban fragmentos de conversaciones, moldes de frases cuyas palabras no alcanzaba a distinguir; palabrotas y ruidos de gente vomitando. Inspiraba muy despacio, como me había enseñado Vashet; relajaba el cuerpo y contaba las lentas exhalaciones.
Entonces abrí los ojos, miré las estrellas y calculé que había llegado el momento. Poco a poco me levanté e hice un largo y lento estiramiento. Había una gruesa medialuna colgada en el cielo, y todo tenía un resplandor intenso.
Me acerqué despacio a la hoguera. Había quedado reducida a unas brasas tristes que apenas conseguían alumbrar el espacio entre los dos carromatos. Distinguí el voluminoso cuerpo de Otto, apoyado en una de las ruedas. Olí a vómito.
—¿Eres tú, Kvothe?—me preguntó con voz pastosa.
—Sí. —Seguí andando lentamente hacia él.
—Esa zorra de Anne ha dejado el cordero medio crudo —se quejó—. Te juro por Dios que jamás me había encontrado tan mal. —Levantó la cabeza y me miró—. ¿Tú estás bien?
Cesura hizo un floreo, atrapó brevemente la luz de la luna en su hoja y le cortó el cuello a Otto. Otto se tambaleó, cayó sobre una rodilla y luego se derrumbó hacia un lado, agarrándose el cuello con ambas manos, manchadas de negro. Lo dejé sangrando oscuramente a la luz de la luna, sin poder gritar, muriendo pero aún vivo.
Lancé un trozo de hierro quebradizo a las brasas de la hoguera y rae dirigí hacia las otras tiendas.
Rodeé uno de los carromatos y tropecé con Laren. Él dio un grito ahogado de asombro al verme salir de detrás del carromato con la espada desenvainada, y apenas tuvo tiempo de levantar las manos antes de que Cesura se clavara en su pecho. Se atragantó con un grito, cayó hacia atrás y se quedó retorciéndose en el suelo.
No había nadie que durmiera profundamente debido al veneno, de modo que el grito de Laren los hizo salir a todos de los carromatos y las tiendas, tambaleándose y mirando alrededor con desespero. Dos siluetas que debían de ser Josh y Fren saltaron por la abertura de la parte trasera del carromato. Le di a uno en un ojo antes de que llegara al suelo, y al otro le hice un tajo en el vientre.
Los demás lo vieron, y todos se pusieron a gritar. La mayoría echaron a correr hacia los árboles, tambaleándose como borrachos, y algunos cayeron por el camino. Pero la alta figura de Tim se abalanzó sobre mí; la pesada espada que había estado afilando toda la

noche emitió destellos plateados a la luz de la luna.
Pero yo estaba preparado. Cogí otro trozo alargado de hierro de espada quebradizo y murmuré un vínculo. Entonces, en el preciso instante en que Tim se acercaba a mí lo suficiente para golpearme, partí el trozo de hierro con los dedos. Su espada se rompió produciendo un ruido de campana rota, y los pedazos cayeron al suelo y rodaron perdiéndose por la oscura hierba.
Tim tenía más experiencia que yo, era más fuerte y llegaba más lejos. Incluso bajo los efectos del veneno y con solo media espada, hizo un buen papel. Tardé casi medio minuto en burlar su guardia con Amante Asomado a la Ventana, y le amputé la mano por la muñeca.
Cayó de rodillas, soltó un áspero aullido y se agarró el muñón. Le clavé la espada en el tercio superior del pecho y me dirigí hacia los árboles. La pelea no había durado mucho, pero cada segundo era vital, pues los otros ya se estaban dispersando por el bosque.
Corrí hacia el sitio donde había visto tambalearse a una de aquellas siluetas oscuras. No tuve suficiente cuidado, y cuando Alleg se abalanzó sobre mí desde detrás de un árbol, me pilló desprevenido. No llevaba espada, sino solo un pequeño puñal que destelló a la luz de la luna al buscar el contacto con mi cuerpo. Pero un puñal es suficiente para matar a un hombre. Alleg me lo clavó en el abdomen cuando rodamos por el suelo. Me golpeé en la cabeza contra una raíz y noté sabor a sangre.
Conseguí levantarme antes que él y le corté el ligamento de la corva de una pierna. Entonces le clavé la espada en el vientre y lo dejé maldiciendo en el suelo mientras iba a perseguir a los otros. Me apreté la herida del vientre con una mano. Sabía que el dolor no tardaría en golpearme, y después de eso quizá no viviera mucho.
Fue una noche larga, y no os abrumaré con más detalles. Alcancé a todos los demás mientras corrían por el bosque. Anne se había roto una pierna en la precipitada huida, y Tim consiguió recorrer casi un kilómetro pese a haber perdido una mano y tener una herida en el pecho. Gritaron y maldijeron y suplicaron piedad mientras yo los perseguía por el bosque, pero nada que hubieran dicho habría podido aplacarme.
Fue una noche terrible, pero los encontré a todos. No hubo honor ni gloria en lo que hice. Pero sí hubo cierta justicia, y sangre, y al final reuní todos los cadáveres.
Volví a mi tienda cuando el cielo empezaba a teñirse de un azul familiar. Una afilada y abrasadora línea de dolor ardía unos centímetros por debajo de mi ombligo, y los desagradables tirones que notaba cuando me movía me indicaban que la sangre seca había adherido mi camisa a la herida. Procuré ignorar esa sensación, pues sabía que no podía hacer nada por mí mismo con las manos temblorosas y sin luz suficiente. Tendría que esperar al amanecer para evaluar la gravedad de la herida.
Traté de no pensar en algo que había aprendido en la Clínica: cualquier herida profunda que afecte al intestino promete un largo y doloroso viaje a la tumba. Un fisiólogo experto con el material adecuado habría podido hacer algo, pero me encontraba lejísimos de la civilización. Era como desear un pedazo de luna.
Limpié mi espada, me senté en la hierba húmeda enfrente de la tienda y me puse a pensar.

132 El círculo abierto

Llevaba más de una hora ocupado cuando el sol asomó por fin por encima de las copas de los árboles y empezó a derretir la escarcha acumulada en la hierba. Había encontrado una roca lisa y, utilizándola como yunque improvisado, martilleaba una herradura para ¿darle otra forma. En el trébede hervía una olla de gachas de avena.
Estaba dándole los últimos toques a la herradura cuando detecté un movimiento con el rabillo del ojo. Era Krin, que me espiaba por detrás del carromato. Debía de haberla despertado con mis martillazos.
—Dios mío. —Se tapó la boca con una mano y, atónita, dio un par de pasos apartándose del carromato—. Los has matado.
—Sí —me limité a confirmar. Mi propia voz me sonó mortecina.
Krin me miró de arriba abajo fijándose en mi camisa desgarrada y ensangrentada.
—¿Estás...? —Se le quebró la voz, y tragó saliva—. ¿Estás bien?
Asentí en silencio. Cuando por fin había reunido el coraje necesario para examinarme la herida, había descubierto que Ja capa de Felurian me había salvado la vida. En lugar de abrirme y derramarme los intestinos, el puñal de Alleg solo me había hecho un corte largo y superficial a lo largo del vientre. También me había estropeado una camisa estupenda, pero dadas las circunstancias, eso no rae dolió mucho.
Examiné la herradura y la até firmemente con una correa de piel húmeda al extremo de una rama larga y recta. Retiré la olla de gachas de avena del fuego y metí la herradura en las brasas.
Krin, que parecía haberse recuperado un poco del susto, se me acercó lentamente y contempló la hilera de cadáveres que había al otro lado del fuego. Me había limitado a tenderlos allí en fila; no me había esmerado mucho. Los cuerpos estaban manchados de sangre,con las heridas al descubierto. Krin se quedó mirándolos como si temiese que pudieran empezar a moverse otra vez.
—¿Qué haces? —me preguntó por fin.
A modo de respuesta, retiré la herradura, ya caliente, de las brasas de la hoguera y me dirigí hacia el primer cadáver. Era Tim. Apreté el hierro candente contra el dorso de la única mano que le quedaba. La piel silbó, humeó y se adhirió al metal. Al cabo de un momento, retiré el hierro dejando una quemadura negra sobre la blancuzca piel: un círculo abierto. Regresé junto a la hoguera y empecé a calentar de nuevo el hierro.
Krin se quedó quieta, muda, demasiado impresionada para reaccionar con normalidad. Aunque supongo que no podía haber una forma normal de reaccionar ante una situación como aquella. Pero no gritó ni salió corriendo como yo había creído que haría. Se quedó mirando el círculo abierto y repitió:
—¿Qué haces?
Cuando por fin hablé, mi propia voz me sonó extraña.
—Todos los Edena Ruh somos una sola familia —expliqué—. Somos como un círculo cerrado. No importa que no nos conozcamos unos a otros; seguimos siendo una familia, parientes cercanos. Tiene que ser así, porque siempre somos desconocidos, vayamos a donde vayamos. Estamos desperdigados, y la gente nos odia.
»Tenemos nuestras leyes, unas normas que seguimos. Cuando uno de nosotros hace algo que no puede ser perdonado o remediado, cuando alguien pone en peligro la seguridad o el honor de los Edena Ruh, lo matamos y lo marcamos con el círculo abierto que indica que ya no es uno de nosotros. Es algo que ocurre muy raramente. Raramente hay necesidad.

Retiré el hierro del fuego y me dirigí hacia el siguiente cadáver: Otto. Apreté el hierro contra el dorso de su mano y oí cómo silbaba la piel.
—Estos no eran Edena Ruh. Pero se hacían pasar por Edena. Hacían cosas que no haría ningún Edena, y ahora quiero asegurarme de que el mundo sepa que no forman parte de nuestra familia. Los Ruh no hacen la clase de cosas que hacían estos hombres.
—Pero ¿y los carromatos? —protestó Krin—. ¿Y los instrumentos?
—No eran Edena Ruh —dije, tajante—. Seguramente ni siquiera eran verdaderos artistas de troupe, sino solo un grupo de ladrones que mataron a una banda de Ruh e intentaron suplantarlos.
Krin clavó la vista en los cadáveres y luego me miró a mí.
—Y ¿los has matado por hacerse pasar por Edena Ruh?

¿Por hacerse pasar por Ruh? No.—Volví a poner el hierro en el fuego . ¿Por matar a una troupe de Ruh y robar sus carromatos?
Sí. ¿Por lo que os hicieron a vosotras? Sí.
—Pero si no son Ruh..., Krin miró los carromatos pintados de vivos colores—. ¿Cómo?
—Yo también estoy intrigado —admití. Retiré el círculo abierto del fuego una vez más, me acerqué a Alleg y se lo apreté contra la palma.
El falso Ruh dio una sacudida y despertó con un grito.
¡No está muerto! —exclamó Krin con voz estridente.
Yo ya le había examinado la herida.
—Está muerto —dije con frialdad—. Lo que pasa es que todavía no ha parado de moverse.
—Me volví y lo miré a los ojos—. ¿Qué me dices, Alleg? ¿Cómo te hiciste con esos dos carromatos de Edena?
Eres un canalla Ruh —me insultó, desafiante.
—Sí —afirmé—. Lo soy. Y tú no. ¿Cómo aprendiste las señales y
las costumbres de mi familia?
—¿Cómo lo supiste?—me preguntó él a su vez—. Sabíamos lo que
temamos que decir, cómo teníamos que saludar. Sabíamos lo del agua y el vino y lo de las canciones antes de la cena. ¿Cómo lo supiste?
—¿Creisteis que me engañaríais? —repliqué; la ira volvía a enroscarse dentro de mí como un muelle—. ¡Esta es mi familia! ¿Cómo no iba a darme cuenta? Los Ruh no hacen las cosas que hicisteis vosotros. Los Ruh no roban, no secuestran niñas.
Alleg sacudió la cabeza con una sonrisa burlona. Tenía sangre en los dientes.
Todo el mundo sabe las cosas que vosotros hacéis.
Perdí los estribos.
—¡Creen que lo saben! ¡Creen que los rumores son ciertos! ¡Los Ruh no hacen esto! —Señalé alrededor con ambos brazos—. ¡Si la gente cree esas cosas es por culpa de personas como tú! —Mi ira se inflamó aún más, y me puse a gritar-: ¡Y ahora dime lo que quiero saber, o hasta Dios llorará cuando se entere de lo que te he hecho!
Alleg palideció, y tuvo que tragar saliva antes de hablar.
Había un anciano que viajaba con su esposa y otro par de artistas. Viajé durante medio año con ellos, de guardián. Al final me adoptaron. —Se quedó sin aliento y jadeó un poco intentando recuperarlo.
Pero ya había dicho suficiente.
—Y los mataste.
Alleg negó enérgicamente con la cabeza.
—No, nos atacaron en el camino. —Señaló los otros cadáveres

con un débil ademán—. Nos sorprendieron. A los artistas los mataron, pero a mí... solo me

dej aron inconsciente.
Contemplé la hilera de cadáveres y noté que mi rabia se avivaba, pese a que ya lo había sabido. Era la única explicación de que aquella gente se hubiera hecho con un par de carromatos de Edena con las señales intactas.
—Después les enseñé... —prosiguió Alleg— cómo tenían que actuar para hacerse pasar por una troupe. —Tragó saliva, transido de
dolor—. Una buena vida.
Me di la vuelta, asqueado. En cierto modo, Alleg era uno de los nuestros. Un miembro adoptado de la familia. Saberlo hacía que aquella situación fuera diez veces peor. Volví a meter la herradura entre las brasas y mientras se calentaba miré a la chica. Krin observaba a Alleg, y sus ojos habían recuperado toda su dureza.
No estaba seguro de que fuera lo más adecuado, pero le ofrecí el hierro. Krin lo cogió, y su rostro se ensombreció.
Alleg no pareció comprender lo que estaba a punto de pasar hasta que la chica le apretó la marca candente contra el pecho. Gritó y se retorció, pero no tuvo fuerzas para apartarse. Krin torció el gesto mientras presionaba el hierro contra la piel de Alleg, y unas lágrimas de rabia se agolparon en sus ojos.
Transcurrido un largo minuto, retiró el hierro y se quedó de pie
llorando en silencio. La dejé llorar.
Alleg la miró y, pese a todo, consiguió reunir fuerzas para hablar.
—Ay, muchacha, pasamos buenos ratos, ¿verdad? —Krin dejó de
llorar y lo miró—.¿No...?
Le di una fuerte patada en el costado antes de que pudiera decir nada más. Alleg se puso rígido, atenazado por el dolor, y entonces me lanzó un escupitajo sanguinolento. Le propiné otra patada y se quedó inmóvil.
Sin saber qué más hacer, cogí el hierro y empecé a calentarlo de
nuevo.
Después de un largo silencio, pregunté:
—¿Sigue Ellie dormida?
Krin asintió con la cabeza.
—¿Crees que le serviría de algo ver esto?
Krin caviló un momento mientras se frotaba la cara con una mano.
__ Creo que no —dijo por fin—. De hecho, dudo que entendiera
nada. No está bien de la cabeza.—¿Sois las dos de Levinshir? —pregunté para combatir el silencio.
—Mi familia tiene una granja al norte de Levinshir —contestó Krin—. El padre de Ellie es el alcalde.
—¿Cuándo llegaron estos a vuestro pueblo? —pregunté mientras apretaba la marca contra el dorso de otra mano. El olor dulzón a carne quemada empezaba a impregnar la atmósfera.
—¿Qué día es hoy?
Conté mentalmente.
—Abatida.
—Llegaron al pueblo en Zeden. —Hizo una pausa—. ¿Hace cinco días? —Parecía asombrada —. Nos alegramos de la oportunidad de ver una obra de teatro y oír alguna noticia. De escuchar un poco de música. —Agachó la cabeza—. Habían acampado en los límites del pueblo, al este. Cuando fui a que me leyeran la mano, me dijeron que volviera por la noche. Se mostraron muy simpáticos, y parecía todo muy emocionante.
Krin miró los carromatos y prosiguió:
—Cuando fui por la noche, los encontré a todos sentados alrededor de la hoguera. Me cantaron canciones. La anciana me ofreció té. Ni siquiera se me ocurrió pensar que... No sé,

parecía mi abuela. —Desvió la mirada hacia el cadáver de la anciana, y luego la apartó—. No recuerdo qué pasó después. Desperté a oscuras en uno de los carromatos. Me habían atado, y... —Se le quebró la voz y se frotó distraída las muñecas. Miró hacia la tienda—. Supongo que a Ellie también la invitaron.

Terminé de marcarles las manos a los cadáveres. Tenía pensado marcarles también la cara, pero al hierro le costaba calentarse en las brasas, y aquella labor empezaba a asquearme. No había dormido nada, y la ira que tan intensamente había ardido dentro de mí se había reducido a un parpadeo y me había dejado frío y entumecido.

Señalé la olla de gachas de avena que había apartado del fuego.

—¿Tienes hambre?

—Sí —respondió Krin. Luego echó un vistazo rápido a los cadáveres y rectificó—: No.

—Yo tampoco. Ve a despertar a Ellie. Os llevaré a casa.

Krin fue corriendo hacia la tienda. Cuando se metió dentro, me volví hacia la hilera de cadáveres.

—¿Alguien tiene algún inconveniente en que abandone la troupe? —pregunté.

Como nadie puso objeciones, me di la vuelta.

133 Sueños

Tardé una hora en llevar los carromatos hasta una zona de bosque frondoso y esconderlos. Destruí las señales Edena de los costados y desenganché los caballos. Como solo había una silla de montar, cargué a los otros dos caballos con comida y todos los objetos de valor que encontré.
Cuando volví con los caballos, Krin y Ellie estaban esperándome.
O mejor dicho: Krin estaba esperándome; Ellie se hallaba de pie a su lado, con expresión ausente y la mirada desenfocada.
—¿Sabes montar? —pregunté a Krin.
La chica asintió, y le di las riendas del caballo que había ensillado. Puso un pie en el estribo; entonces se detuvo y sacudió la cabeza. Bajó el pie poco a poco.
—Prefiero andar—dijo.
—¿Crees que Ellie se mantendrá encima del caballo?
Krin miró a la otra chica. Uno de los caballos la acarició con el hocico, curioso, y no obtuvo respuesta.
—Seguramente. Pero no creo que sea lo mejor, después de...
Asentí, comprensivo.
—Entonces iremos todos a pie.
—¿Cuál es el corazón del Lethani? —preguntaba a Vashet.
—El éxito y la acción correcta.
—¿Qué es más importante, el éxito o la acción correcta?
—Son lo mismo. Si actúas correctamente, consigues el éxito.
—Pero otros consiguen el éxito mediante actos incorrectos —objeté.
—Los actos incorrectos nunca conducen al éxito —afirmó Vashet, tajante—. Si un hombre actúa incorrectamente y obtiene el éxito, ese no es el buen camino. Sin el Lethani no hay éxito verdadero.
—¿Señor? —dijo una voz—. ¡Señor!
Mis ojos enfocaron a Krin. El viento le agitaba el pelo, y su rostro denotaba cansancio. Me miró con timidez.
—Está oscureciendo, señor.
Miré alrededor y vi que el crepúsculo se abría paso hacia el este. Estaba muerto de cansancio y, después de parar para comer a mediodía, me había quedado adormilado mientras caminábamos.
—Llámame Kvothe, Krin. Gracias por darme un codazo. Tenía la cabeza en otra parte.
Krin recogió leña y encendió el fuego. Yo desensillé y descargué de fardos a los caballos, les di de comer y los almohacé. También me entretuve unos minutos montando la tienda. Normalmente no me preocupo por esas cosas, pero había transportado la tienda en los caballos, y suponía que las chicas no estarían acostumbradas a dormir a la intemperie. Después de montar la tienda, me di cuenta de que solo había cogido una manta del equipo de la troupe. Y esa noche, si no andaba muy errado, iba a hacer frío.
—La cena está lista —oí decir a Krin.
Metí mi manta y la otra en la tienda y fui a donde estaba Krin. Se las había apañado muy bien con los pocos ingredientes que tenía: había preparado una sopa de patata con beicon y pan tostado. Además había una calabaza verde de verano metida entre las brasas.
Ellie me preocupaba. Llevaba todo el día igual, caminando lánguidamente, sin decir nada y sin reaccionar a nada que le dijéramos Krin o yo. Sus ojos se fijaban en los objetos, pero no

se adivinaba pensamiento alguno detrás de ellos. Krin y yo habíamos descubierto, a base de sustos, que si la dejábamos sola, dejaba de andar o se desviaba del camino en cuanto algo le llamaba la atención.

Krin me dio un cuenco y una cuchara cuando me senté.

—Huele bien —la felicité.

La chica esbozó una sonrisa y llenó otro cuenco. Empezó a llenar un tercero; entonces vaciló al darse cuenta de que Ellie no podía comer sola.

—¿Te apetece un poco de sopa, Ellie? —pregunté tratando de aparentar normalidad—. Huele muy bien.

Ellie estaba sentada junto al fuego, con la mirada ausente.

—¿Quieres que compartamos la mía? —le pregunté, como si eso
fuera lo más normal del mundo. Me acerqué más a ella y soplé en la cuchara para enfriarla —. Toma.

Ellie comió mecánicamente, torciendo ligeramente la cabeza hacia mí, hacia la cuchara. La danza de las llamas de la hoguera se reflejaba en sus ojos, unos ojos como las ventanas de una casa vacía.

Volví a llenar la cuchara, soplé y se la acerqué. Ellie solo abrió la boca cuando la cuchara le tocó los labios. Me asomé tratando de ver más allá de la danza de las llamas reflejada en sus ojos, con la esperanza de ver algo detrás de ellos. Nada.

—Supongo que te llaman Eli, ¿no? —dije para entablar conversación. Miré a Krin—. El diminutivo de Ellie.

Krin encogió los hombros.

—En realidad no éramos amigas. Solo sé que se llama Ellie Anwater y que es la hija del alcalde.

—Hoy hemos caminado mucho —continué en el mismo tono relajado—. ¿Te duelen los pies, Krin?

Krin siguió observándome con sus ojos oscuros y serios.

—Un poco —respondió.

—A mí también. Estoy deseando quitarme las botas. ¿A ti te duelen los pies, Eli?

No me contestó. Le di otra cucharada de sopa.

—Y hacía mucho calor. Pero esta noche refrescará. Así dormiremos mejor. Qué bien, ¿no, Eli?

No me contestó. Krin siguió observándome desde el otro lado de la hoguera. Tomé un poco de sopa.

—Esta sopa está deliciosa, Krin —dije con seriedad, y me volví de nuevo hacia la ensimismada Ellie—. Es una suerte que Krin cocine para nosotros, Eli. Todo lo que cocino yo sabe a estiércol.

Al otro lado del fuego, Krin intentó reír con la boca llena de sopa, y el resultado fue el que cabía esperar. Me pareció detectar una chispa en los ojos de Eli.

—Si tuviera manzanas silvestres, os prepararía una tarta de manzanas silvestres de postre —dije—. Si queréis, puedo prepararla esta noche... —Dejé la frase en el aire, convirtiéndola en una pregunta.

Eli frunció levemente el entrecejo, y en su frente apareció una pequeña arruga.

—Sí, tienes razón —dije—. No quedaría muy buena. ¿Prefieres un poco más de sopa?

Un levísimo movimiento de cabeza. Le di otra cucharada.—Pero está un poco salada. Seguramente querrás beber un poco de agua.

Otra cabezada. Le puse el odre en las manos, y ella se lo llevó a los labios. Bebió durante un largo minuto. Debía de estar muerta de sed después de la larga caminata. Al día siguiente tendría que vigilarla más atentamente para asegurarme de que bebiera suficiente.

—¿Quieres un poco de agua, Krin?

—Sí, por favor —respondió Krin sin apartar la mirada del rostro de Eli.

Moviéndose como un autómata, Eli le acercó el odre a Krin, sosteniéndolo por encima del fuego, con la correa arrastrando por las brasas. Krin lo agarró rápidamente y, aunque con cierto retraso, dijo:
—Gracias, Eli.
Mantuve aquel lento hilo de conversación en marcha durante toda la cena. Al final, Eli empezó a comer sola, y me pareció que tenía los ojos más limpios, como si lo mirara todo a través de un cristal empañado, viendo sin ver. Aun así, era un avance.
Después de tomarse dos cuencos de sopa y comerse media hogaza de pan, a Eli empezaron a cerrársele los ojos.
—¿Quieres ir a acostarte, Eli? —le pregunté.
Una cabezada más decidida.
—¿Quieres que te acompañe a la tienda?
Al oír eso, abrió los ojos de golpe y sacudió enérgicamente la cabeza.
—Si se lo pides, quizá Krin te ayude a acostarte.
Eli giró la cabeza hacia Krin y movió los labios sin articular ningún sonido. Krin me dirigió una mirada rápida y asentí con la cabeza.
—Pues vamos a acostarnos —dijo Krin como habría hecho una hermana mayor.
Se levantó y le cogió una mano a Eli, ayudándola a ponerse en pie. Mientras ellas iban a la tienda, me terminé la sopa y me comí un trozo de pan que se había quemado demasiado.
Al poco rato, Krin volvió junto a la hoguera.
—¿Se ha dormido? —pregunté.
—Antes de apoyar la cabeza en la almohada. ¿Crees que se pondrá bien?
Estaba en estado de shock. Su mente había traspasado la puerta de la locura para protegerse de lo que estaba sucediendo.
—Probablemente solo sea cuestión de tiempo —dije cansado, confiando en que fuera verdad —. Los jóvenes se curan deprisa. —Reí sin ganas al reparar en que, seguramente, Eli apenas era un año menor que yo. Pero esa noche, cada uno de mis años valía por dos; algunos, por tres.
Pese a que me sentía como si estuviera recubierto de plomo, me obligué a levantarme y ayudé a Krin a lavar los platos. Cuando terminamos de recoger y llevamos los caballos a otro pasto más fresco, noté que la chica estaba cada vez más tensa. La tensión se intensificó cuando nos acercamos a la tienda. Me paré y levanté la portezuela.
—Esta noche dormiré fuera —dije.
—¿Estás seguro? —me preguntó con un alivio tangible.
Asentí. Krin se metió en la tienda, y solté la portezuela, que se cerró tras ella. Al cabo de un instante, Krin asomó la cabeza, y luego una mano con la que sujetaba una manta.
—Gracias, pero vosotras las necesitaréis más que yo. Esta noche va a hacer frío. —Me arrebujé con el shaed y me tumbé justo enfrente de la tienda. No quería que Eli saliera en plena noche y se perdiera
o se hiciese daño.
—Y tú, ¿no tendrás frío?
—No te preocupes —dije. Estaba tan cansado que me habría dormido encima de un caballo ál galope. Hasta me habría dormido debajo de un caballo al galope.
Krin volvió a meterse en la tienda. Al poco rato oí que se acurrucaba entre las mantas; luego todo quedó en silencio.
Recordé la expresión de asombro de Otto cuando le había cortado el cuello. Me pareció oír a Alleg retorciéndose sin fuerzas y maldiciéndome mientras lo arrastraba junto a los carromatos. Recordé la sangre. Su tacto en mis manos. Su pegajosidad.
Nunca había matado a nadie así, fríamente, desde tan cerca. Recordé lo caliente que estaba la sangre de mis víctimas. Recordé cómo había gritado Kete mientras la perseguía por el

bosque. «¡Era ellas o yo!», había chillado, histérica. «¡No tenía elección! ¡Era ellas o yo!»

Permanecí mucho rato despierto. Cuando por fin me dormí, tuve sueños aún peores.

134 El camino de Levinshir

Al día siguiente no avanzamos mucho, pues Krin y yo tuvimos que guiar a los tres caballos y a Eli. Por fortuna, los caballos eran obedientes, como suelen ser los caballos de los Edena. Si hubieran sido tan antojadizos como la pobre hija del alcalde, quizá no habríamos llegado nunca a Levinshir.
Aun así, los animales nos dieron más problemas que ayuda. Especialmente el ruano lustroso, que insistía en desviarse hacia los matorrales para buscar comida. Ya había tenido que ir a buscarlo tres veces, y estábamos enojados uno con otro. Lo llamé Culo de Abrojos* por razones obvias.
La cuarta vez que tuve que devolverlo al camino, me planteé seriamente soltarlo para ahorrarme problemas. Pero no lo hice, claro. Un buen caballo es como el dinero que llevas en el bolsillo. Y con él llegaría a Severen antes que si hacía todo el viaje a pie.
Mientras caminábamos, Krin y yo nos esforzábamos para hacer hablar a Eli. Me pareció que servía de algo. Y hacia la hora de la comida, tuve la impresión de que la chica casi parecía enterarse de lo que pasaba alrededor. Casi.
Mientras nos preparábamos para continuar nuestro viaje, se me ocurrió una idea. Llevé a la yegua, una rucia pinta, hasta donde estaba Eli. La chica tenía el rubio cabello hecho una maraña, e intentaba peinárselo con una mano mientras miraba alrededor con aire abstraído, como si no acabara de entender dónde estaba.
—Eli. —Se volvió y me miró—. ¿Ya conoces a Cola Gris? —Señalé la yegua.
Una débil, imprecisa sacudida de cabeza.
—Necesito que me ayudes a guiarla. ¿Alguna vez has guiado un caballo?Una inclinación de asentimiento.
—Cola Gris necesita que alguien cuide de ella. ¿Puedes encargarte tú?
Cola Gris me miró con un solo ojo enorme, como diciéndome que ella necesitaba que la guiaran tanto como yo necesitaba ruedas para andar. Pero entonces agachó un poco la cabeza y le hizo una caricia maternal a Eli con el hocico. Casi automáticamente, la chica alargó una mano para devolverle la caricia, y luego me quitó las riendas de las manos.
—¿Estás seguro de que es buena idea? —me preguntó Krin cuando volví para acabar de cargar los otros caballos.
—Cola Gris es dócil como un cordero.
—Que Eli sea estúpida como una oveja no significa que formen una buena pareja—repuso Krin con cierta arrogancia.
Sus palabras me arrancaron una sonrisa.
—Las vigilaremos durante una hora. Si no funciona, lo dejamos. Pero a veces, la mejor ayuda para una persona es que ayude a otra.
Como había dormido mal, estaba doblemente cansado. Me dolíala herida del vientre y me sentía como si me hubieran lijado las dos primeras capas de piel. Casi estuve tentado de echar un sueñecito sentado a caballo, pero no me decidía a montar cuando las chicas iban a pie.
Así que empecé a andar con paso cansino, tirando de las riendas del caballo y dando cabezadas. Pero aquel día no conseguí acceder a aquel estado de duermevela en el que solía entrar cuando caminaba. No paraba de pensar en Alleg y preguntarme si todavía seguiría con vida.
Sabía, por las horas que había pasado trabajando en la Clínica, que la herida que le había infligido en el abdomen era mortal. También sabía que le produciría una muerte lenta. Lenta

y dolorosa. Con las atenciones adecuadas, quizá hubiera tardado todo un ciclo en morir. Incluso solo en aquel paraje tan remoto, quizá sobreviviera varios días.
No serían días agradables, desde luego. La fiebre le haría delirar a medida que se extendía la infección. Con cada pequeño movimiento, la herida volvería a abrirse. Además, Alleg no podría caminar con el ligamento de la corva cortado. De modo que si quería moverse tendría que arrastrarse. A esas alturas, ya debía de tener retortijones de hambre y debía de estar ardiendo de sed.
Pero no habría muerto de sed. No. Antes de marcharnos le había dejado un odre lleno al alcance de la mano. No lo había hecho por bondad. No lo había hecho para hacer más soportables sus últimas horas. Lo había dejado allí porque sabía que con agua viviría más, y sufriría más.
Dejarle aquel odre de agua era la cosa más terrible que había hecho jamás, y ahora que mi ira se había enfriado y había quedado reducida a cenizas, me arrepentía. Me pregunté cuánto tiempo más viviría gracias a aquella agua. ¿Un día? ¿Dos? Más de dos no, seguro. Intenté no pensar en cómo serían aquellos dos días.
Pero cuando conseguía dejar de pensar en Alleg, tenía que enfrentarme a otros demonios. Recordaba fragmentos sueltos de aquella noche, las cosas que habían dicho los falsos artistas de troupe mientras yo ponía fin a sus vidas. Los sonidos que había hecho mi espada al clavársela. El olor de su piel cuando los había marcado. Había matado a dos mujeres. ¿Qué habría opinado Vashet de mis actos? ¿Qué habría pensado cualquiera?
Estaba agotado por la preocupación y la falta de sueño, y mis pensamientos giraron dentro de esos círculos durante el resto del día. Logré montar el campamento por la fuerza de la costumbre y mantuve una conversación con Eli a fuerza de voluntad. La hora de acostarnos llegó cuando todavía no estaba preparado, y me encontré envuelto en mi shaed enfrente de la tienda de las chicas. Me daba cuenta vagamente de que Krin había empezado a lanzarme las mismas miradas de preocupación que llevaba dos días echándole a Eli.
Seguí completamente despierto una hora más, preguntándome qué habría sido de Alleg. Cuando me dormí, soñé que los mataba. En mi sueño, recorría el bosque como la parca, implacable.
Pero esa vez fue diferente. Mataba a Otto, y su sangre me salpicaba las manos como si fuera grasa caliente. Luego mataba a Laren, a Josh y a Tim. Todos gemían y chillaban, retorciéndose en el suelo. Tenían unas heridas terribles, pero yo no podía desviar la mirada. Entonces las caras cambiaron. Estaba matando a Taren, el ex mercenario barbudo de mi troupe. Luego mataba a Trip. Luego perseguía a Shandi por el bosque, empuñando la espada desenvainada. Shandi gritaba y gemía de miedo. Cuando por fin la alcanzaba, ella se aferraba a mí, me tiraba al suelo, hundía la cara en mi pecho y sollozaba. «No, no, no —suplicaba—. No, no, no.»
Me desperté. Me quedé tumbado boca arriba, aterrorizado y sin saber dónde terminaba el sueño y empezaba el mundo real. Tras un breve momento, comprendí lo que pasaba. Eli había salido de la tienda y estaba acurrucada junto a mí. Apretaba la cara contra mi pecho y con una mano intentaba cogerme un brazo.
—No, no —farfullaba—. No, no, no, no, no. —Unos fuertes sollozos sacudieron su cuerpo cuando ya no pudo repetirlo más. Mi camisa estaba empapada de cálidas lágrimas. Me sangraba el brazo por el sitio donde Eli me lo había agarrado.
Le susurré al oído para consolarla y le acaricié el pelo con una mano. Al cabo de mucho rato, Eli se serenó y al final se sumió en un sueño de agotamiento, sin dejar de apretarse contra mi pecho.
Me quedé muy quieto, pues no quería despertarla al moverme. Tenía los dientes apretados. Pensé en Alleg, en Otto y los demás. Recordé la sangre y los gritos y el olor a carne quemada. Lo recordé todo y soñé con cosas peores que habría podido hacerles.

No volví a tener esas pesadillas. A veces pienso en Alleg y sonrío.
Al día siguiente llegamos a Levinshir. Eli había recobrado los sentidos, pero permanecía callada y reservada. Sin embargo, las cosas ya iban mucho más deprisa, sobre todo porque las chicas habían decidido que se habían recuperado lo suficiente para turnarse para montar a Cola Gris.
Recorrimos diez kilómetros antes de parar a mediodía; las chicas estaban cada vez más emocionadas porque empezaban a reconocer elementos del paisaje. El contorno de los montes a lo lejos. Un árbol torcido junto al camino.
Pero a medida que nos acercábamos más a Levinshir, fueron quedándose calladas.
—Está detrás de esa colina —dijo Krin bajándose del caballo ruano—. Monta tú ahora, Eli.
Eli la miró, luego a mí y finalmente agachó la cabeza y clavó la vista en sus pies. Negó con la cabeza.
—¿Estáis bien? —les pregunté.
—Mi padre me matará —dijo Krin con un hilo de voz y un profundo temor reflejado en el semblante.
—Tu padre será uno de los hombres más felices del mundo esta noche —dije; luego pensé que era mejor que fuera sincero—. Quizá también esté enfadado, pero solo porque lleva ocho días muerto de miedo, Krin pareció tranquilizarse un poco, pero Eli rompió a llorar. Krin la abrazó e intentó sosegarla arrullándola con sonidos inarticulados—Nadie querrá casarse conmigo —sollozó Eli—. Iba a casame con Jason Waterson y ayudarlo a llevar su tienda. Ahora no querva casarse conmigo. Nadie querrá.
Miré a Krin y vi el mismo temor reflejado en sus ojos humedecídos. Pero en los de Krin ardía una rabia contenida, mientras que en los de Eli solo había desesperación.
—Cualquier hombre que piense eso es un idiota —dije imprimiéndole a mi voz toda la convicción que pude—. Y vosotras dos sois demasiado listas y demasiado hermosas para casaros con un idiota.
Me pareció que mis palabras calmaban un poco a Eli, que puso sus ojos en mí como buscando algo en lo que creer.
—Es la verdad —dije—. Y nada de lo que ha pasado ha sido culpa vuestra. Recordadlo bien los próximos días.
—¡Los odio! —saltó Eli, y su repentina cólera me sorprendió—. ¡Odio a los hombres! —Tenía agarradas las riendas de Cola Gris, y se le pusieron los nudillos blancos. Su rostro se contrajo formando una máscara de ira. Krin la abrazó, pero cuando me miró, vi el mismo sentimiento silenciosamente reflejado en sus oscuros ojos.
—Estáis en vuestro derecho a odiar a esos hombres —dije; sentía más ira y más impotencia que nunca en mi vida—. Pero yo también soy un hombre. No todos somos así.
Nos quedamos un rato allí, a menos de un kilómetro del pueblo. Bebimos agua y comimos un poco para serenarnos. Y entonces las llevé a casa.

135 Regreso a casa

Levinshir no era un pueblo grande. Tenía doscientos habitantes, quizá trescientos contando las granjas de la periferia. Llegamos a la hora de comer, y la calle sin empedrar que dividía el pueblo por la mitad estaba vacía y silenciosa. Eli me dijo que su casa se encontraba en el extremo opuesto del pueblo. Confiaba en poder llevar a las chicas hasta allí sin que nos vieran. Estaban agotadas y angustiadas; lo último que necesitaban era enfrentarse a una turba de vecinos chismosos.

Pero no tuvimos suerte. Cuando habíamos recorrido medio pueblo, distinguí un movimiento en una ventana. Una voz de mujer gritó: «¡Eli!», y diez segundos más tarde empezó a salir gente por las puertas de las casas.

Las mujeres fueron las primeras en llegar, y al cabo de un minuto, una docena de ellas habían formado un corro protector alrededor de las dos chicas, y hablaban y lloraban y se abrazaban unas a otras. A las chicas no parecía molestarles. Pensé que quizá fuera mejor así. Una bienvenida calurosa tal vez las ayudara a recuperarse.

Los hombres permanecieron en segundo plano, conscientes de que en situaciones como aquella no servían de mucho. La mayoría observaban desde los umbrales y los porches. Seis o siete salieron a la calle, moviéndose despacio y estudiando la situación. Eran hombres prudentes, granjeros y amigos de granjeros. Sabían el nombre de todas las personas que vivían en un radio de veinte kilómetros de sus casas. En un pueblo como Levinshir no había desconocidos. Yo era el único.

Ninguno de aquellos hombres era pariente cercano de las chicas.

Y aunque lo fueran, sabían que no debían acercarse a ellas al menos hasta al cabo de una hora, o quizá un día. Así que dejaron que sus esposas y sus hermanas se ocuparan de todo. Gomo no tenían nada más que hacer, sus miradas vagaron brevemente más allá de los caballos y se centraron en mí.

Me acerqué a un niño de unos diez años.

—Ve a decirle al alcalde que ha vuelto su hija. ¡Corre! —El niño salió disparado, descalzo, en medio de una nube de polvo.

Los hombres se me acercaron lentamente; los sucesos recientes agravaban la natural desconfianza que les inspiraban los forasteros. Un niño de unos doce años, menos cauteloso que los demás, vino directamente hasta mí sin quitar los ojos de mi espada y mi capa.

—¿Cómo te llamas? —le pregunté.

—Pete.

—¿Sabes montar a caballo, Pete?

—Pues claro —respondió, claramente ofendido.

—¿Sabes dónde está la granja de los Walker?

—Sí. Unos tres kilómetros al norte, en el camino del molino.

Me hice a un lado y le entregué las riendas del ruano.

—Ve y diles que su hija ha vuelto. Pueden usar el caballo para llegar hasta el pueblo.

El niño ya había montado antes de que pudiera ofrecerle ayuda. No solté las riendas hasta que le hube acortado los estribos para que no se matara por el camino.

—Si vas y vuelves sin abrirte la cabeza y sin romperle una pata a mi caballo, te daré un penique —prometí.

—Me dará dos —repuso él.

Me reí. El niño hizo girar al caballo y desapareció.

Entretanto, los hombres habían ido acercándose más y habían formado un círculo alrededor

de mí.
Un individuo alto y calvo, con cara de pocos amigos y una barba entrecana, se designó a sí mismo líder.
—Y tú ¿quién eres? —me preguntó. Su tono de voz revelaba más que sus palabras. «¿Quién demonios eres?»
—Me llamo Kvothe —contesté educadamente—. ¿Y tú?
—No creo que eso sea asunto tuyo —me gruñó—. ¿Qué haces aquí? —«¿Qué demonios haces aquí con nuestras dos chicas?»
—Madre de Dios, Seth —le dijo otro vecino, ya anciano—. Tienes menos juicio que el que Dios le dio a los perros. Esa no es forma de hablar a...
—No me des lecciones, Benjamín —le cortó el primero—. Tenemos derecho a saber quién es.
—Se volvió hacia mí y dio unos pasos, separándose de los demás—. ¿Eres uno de esos canallas de la troupe que pasó por aquí?
Negué con la cabeza en un intento de parecer inofensivo.
—No.
—Pues yo creo que sí. Creo que tienes toda la pinta de ser uno de esos Ruh. Se te nota en los ojos. —Los que estaban a su lado estiraron el cuello para escrutarme la cara.
—Por Dios, Seth—volvió a intervenir el anciano—. No había ninguno pelirrojo. De un pelo como ese te acuerdas. No es uno de ellos.
—Si fuera uno de esos hombres que se las llevó, ¿por qué las traería de vuelta? —razoné.
El rostro de mi interlocutor se ensombreció. Siguió aproximándose a mí lentamente.
—¿Quieres hacerte el listo conmigo, chico? Quizá creías que aquí somos todos estúpidos. ¿Creías que si las devolvías te ofreceríamos una recompensa, o que no enviaríamos a nadie a detenerte? —Ya estaba a solo un metro de mí, y fruncía el ceño con furia.
Miré alrededor y vi la misma ira acechando en los rostros de sus vecinos. Era la clase de ira que hierve lentamente en el corazón de los hombres buenos que buscan justicia, y que al ver que no pueden alcanzarla, deciden que la venganza es lo único que les queda.
Intenté pensar cómo podía calmar la situación, pero antes de que pudiera hacer nada, oí la voz de Krin a mis espaldas:
—¡Déjalo en paz, Seth!
Seth se detuvo con las manos levantadas hacia mí.
—Pero...
Krin ya iba hacia él. Las mujeres abrieron el corro para dejarla pasar, pero permanecieron cerca.
—¡Él nos salvó, Seth! —gritó Krin, furiosa—. ¡Estúpido de mierda, él nos salvó! ¿Dónde demonios estabais vosotros? ¿Por qué no fuisteis a buscarnos?
Seth se apartó de mí; la ira y la vergüenza combatían en su cara. Ganó la ira.
—Fuimos a buscaros —gritó—. Cuando nos enteramos de qué había pasado, salimos a perseguirlos. Le dispararon al caballo de Bil, y al caer le aplastó una pierna a Bil. A Jim lo apuñalaron en un brazo, y el viejo Cupper todavía no ha despertado del golpe que le dieron en la cabeza. Casi nos matan.
Volví a mirar y vi la ira en los rostros de aquellos hombres. Comprendí cuál era la verdadera causa: la impotencia que habían sentido, incapaces de defender su pueblo de las malas artes de la falsa troupe. Su fracaso en el intento de rescatar a las hijas de sus amigos y vecinos los avergonzaba.
—¡Pues con eso no fue suficiente! —replicó Krin, acalorada, echando chispas por los ojos—. Él vino y nos rescató, porque es un hombre de verdad. ¡No como vosotros, que nos abandonasteis a nuestra suerte!
La ira se apoderó de un joven que tenía a mi izquierda, un campesino de unos diecisiete años.

—¡Si no hubierais estado correteando por ahí como un par de furcias Ruh, no habría pasado nada!
Le rompí un brazo antes de darme cuenta siquiera de lo que estaba haciendo. El chico gritó y cayó al suelo.
Lo levanté agarrándolo por el pescuezo.
—¿Cómo te llamas? —le pregunté gruñendo a escasos centímetros de su cara.
—¡Mi brazo! —gimoteó él con los ojos muy abiertos.
Lo zarandeé un poco, como si fuera una muñeca de trapo.
—¡Tu nombre!
—Jason—farfulló—. Por la madre de Dios, mi brazo...
Le cogí la barbilla con la mano que tenía libre y le giré la cara hacia Krin y Eli.
—Jason —le musité al oído—, quiero que mires a esas dos chicas.
Y quiero que te imagines el infierno que han vivido estos últimos días, atadas de pies y manos en la parte trasera de un carromato.
Y quiero que te preguntes qué es peor, un brazo roto o que te secuestren unos desconocidos y te violen cuatro veces todas las noches.
Entonces le giré la cara hacia mí y le hablé en voz tan baja que, incluso a un centímetro de distancia, apenas alcanzaba a ser un susurro:
—Cuando lo hayas pensado, quiero que le pidas a Dios que te perdone por lo que acabas de decir. Y si te arrepientes sinceramente, que Tehlu te conceda que el brazo se te cure. —El chico me miraba con ojos llorosos y aterrados—. Y después, si alguna vez tienes algún pensamiento malicioso sobre alguna de esas dos chicas, el brazo te dolerá como si tuvieras un hierro al rojo en el hueso. Y si alguna vez les diriges una palabra desagradable, se te gangrenará y tendrán que amputártelo para salvarte la vida. —Lo apreté más fuerte y vi que abría más los ojos—. Y si alguna vez le haces algo a alguna de las dos, lo sabré. Vendré aquí y te mataré, y dejaré tu cadáver colgado de un árbol.
Las lágrimas habían empezado a resbalarle por las mejillas, aunque no supe si eran de vergüenza, miedo o dolor.
—Ahora, ve y pídeles perdón por lo que has dicho. —Lo solté tras asegurarme de que podría mantenerse en pie y lo empujé hacia Krin y Eli. Las mujeres formaban un corro alrededor de ellas, como un capullo protector.
El chico se agarró el brazo débilmente.
—No debí decir eso, Ellie —dijo entre sollozos, más arrepentido y desdichado de lo que yo había imaginado, con brazo roto o sin él—•. Ha sido un demonio que ha hablado a través' de mí. Pero os juro que estaba muy preocupado. Todos lo estábamos. Intentamos rescataros, pero ellos eran muchos, y nos tendieron una emboscada en el camino, y luego tuvimos que traer a Bil al pueblo, o habría muerto allí mismo.
De pronto el nombre del chico me recordó algo. ¿Jason? Caí en la cuenta de que acababa de romperle el brazo al novio de Eli. Pero no me sentí muy culpable. Mejor para él.
Miré alrededor y observé que la ira se esfumaba de las caras de los hombres que me rodeaban, como si de un solo golpe yo hubiera consumido las reservas de ira del pueblo. Todos miraban a Jason con gesto turbado, como si el chico se estuviera disculpando en nombre de todos ellos.
Entonces vi a un hombre fornido y de aspecto saludable que bajaba corriendo por la calle seguido de una docena de vecinos más. Por su expresión adiviné que era el padre de Eli, el alcalde. Se abrió paso entre el corrillo de mujeres y abrazó a su hija levantándola del suelo.
En los pueblos pequeños como aquel puedes encontrar dos tipos de alcalde. El primero es un individuo calvo, mayor y de contorno considerable que sabe manejar el dinero y que tiende a retorcerse mucho las manos cuando sucede algo inesperado. El segundo es un hombre alto, de hombros anchos, cuya familia ha ido acumulando riqueza porque lleva

veinte generaciones trabajando de sol a sol detrás del arado. El padre de Eli era del segundo tipo.
Se acercó a mí con un brazo sobre los hombros de su hija.
—Creo que es a ti a quien debo dar las gracias por traernos a las chicas. —Me tendió la mano, y vi que llevaba el brazo vendado. A pesar de la herida, me dio un firme apretón, yesbozó la sonrisa más amplia que había visto desde que me despidiera de Simmon en la Universidad.
—¿Cómo tiene ,el brazo? —dije irreflexivamente, sin caer en lacuenta de lo extraña que resultaba esa pregunta en aquel momento. Su sonrisa se apagó un poco, y me apresuré a añadir—: Tengo conocimientos de fisiología. Y sé que esa clase de heridas no son fáciles de tratar cuando uno está lejos de casa. —«Cuando vives en un país donde la gente cree que el mercurio es una medicina», me dije.
El alcalde volvió a sonreír y dobló los dedos de la mano.
—Un poco entumecido, pero nada más. Solo es un corte. Nos pillaron por sorpresa. Conseguí agarrar a uno, pero me clavó el puñal y se soltó. ¿Cómo conseguiste rescatar a las chicas de esos cabronazos impíos, de esos Ruh? —Escupió en el suelo.
—No eran Edena Ruh —dije, y mi voz sonó más tensa de lo que me habría gustado—. Ni siquiera eran verdaderos artistas de troupe.
La sonrisa del alcalde volvió a difuminarse.
—¿Qué quieres decir?
—No eran Edena Ruh. Nosotros no hacemos las cosas que ellos hicieron.
—Escúchame —repuso el alcalde, y noté que empezaba a enfurecerse un poco—, sé muy bien lo que hacen y lo que no. Vinieron aquí, tan agradables e inocentes, tocaron un poco de música, se ganaron un par de peniques. Luego empezaron a meter jaleo por el pueblo. Cuando les ordenamos que se marcharan, se llevaron a mi hija. —Cuando dijo las últimas palabras, casi echaba fuego por los ojos.
—¿Nosotros? —oí musitar a alguien detrás de mí—. Ha dicho «nosotros», Jim.
Seth asomó la cabeza por detrás del alcalde y me miró con el ceño fruncido.
—Ya os he dicho que lo parecía —dijo, triunfante—. Los distingo a la legua. Se les nota en los ojos.
—Un momento —dijo el alcalde, incrédulo—. ¿Me estás diciendo que eres uno de ellos? —La expresión de su rostro era amenazadora.
Antes de que pudiera explicarme, Eli lo había cogido del brazo.
—No le hagas enfadar, papá —se apresuró a decir, sujetándolo por el brazo ileso como si quisiera apartarlo de mí—. No digas nada que pueda molestarlo. No estaba con ellos. Me ha traído a casa, me ha salvado.
Eso aplacó un poco al alcalde, pero su simpatía había desaparecido.
—Explícate —me ordenó con gesto sombrío.
Suspiré por dentro al darme cuenta del embrollo en que me había metido.
—No eran artistas de troupe, y desde luego no eran Edena Ruh. Eran bandidos que mataron a unos de mi familia y les robaron los carromatos. Solo se hacían pasar por artistas.
—¿Por qué querría alguien hacerse pasar por Ruh? —preguntó el alcalde, como si aquella fuera una idea inconcebible.
—Para poder hacer lo que hicieron —le espeté—. Los dejasteis entrar en vuestro pueblo y ellos abusaron de vuestra confianza. Eso es algo que ningún Edena Ruh haría jamás.
—No has contestado mi pregunta —dijo entonces—. ¿Cómo conseguiste rescatar a las chicas?
—Me las apañé —me limité a decir.
—Los mató —dijo Krin en voz lo bastante alta para que pudieran oírla todos—. Los mató a todos.

Noté que todos me miraban. La mitad pensaba: «¿A todos? ¿Mató a siete hombres?». La otra mitad pensaba: «Había dos mujeres entre ellos. ¿A ellas también las mató?».
—Bueno. —El alcalde se quedó mirándome largamente—. Está bien —dijo, como si acabara de decidirse—. Me alegro. Ahora el mundo es un lugar mejor.
Noté que los demás se relajaban un poco.
—Estos son sus caballos. —Señalé los dos caballos que habían transportado nuestros fardos —. Ahora pertenecen a las chicas. Unos sesenta kilómetros al este encontraréis los carromatos. Krin os enseñará dónde están escondidos. También son de ellas.
—Podemos venderlos bien en Temsford —caviló el alcalde.
—Junto con los instrumentos, la ropa y lo demás, os reportarán un buen dinero —coincidí—. Dividido por dos, será una buena dote —dije con firmeza.
El alcalde me miró a los ojos y asintió con la cabeza para expresar que me había entendido.
—Así se hará —dijo.
—¿Y todo lo que nos robaron? —protestó un individuo robusto que llevaba puesto un delantal—. ¡Destrozaron mi local y me robaron dos barriles de mi mejor cerveza!
—¿Tienes hijas? —le pregunté con calma. De pronto mudó la expresión, y comprendí que sí. Lo miré a los ojos y le sostuve la mirada—. En ese caso, creo que has salido bien parado de esta.
El alcalde reparó por fin en que Jason se sujetaba el brazo roto.
—Y a ti, ¿qué te ha pasado?
Jason se miró Jos pies, y Seth contestó por él:—Ha dicho cosas que no debería.
El alcalde miró alrededor y vio que obtener alguna respuesta más clara implicaría un suplicio. Encogió los hombros y se contentó con aquella.
—Si quieres, puedo entablillártelo —le dije a Jason.
—¡No! —saltó el chico, y luego rectificó—: Prefiero ir a ver a Nana.
Miré de reojo al alcalde y pregunté:
—¿Nana?
—Cuando nos despellejamos las rodillas, Nana es la encargada de recomponernos —explicó, y sonrió.
—¿Está Bil con ella? —pregunté—. El hombre de la pierna aplastada.
El alcalde asintió.
—Conozco bien a Nana —dijo—, y dudo mucho que lo pierda de vista hasta dentro de un ciclo.
—Te acompaño —le dije a Jason, que sudaba mientras se sujetaba el brazo—. Me gustaría ver cómo trabaja.
Con lo lejos que estábamos de la civilización, me imaginé que Nana sería una anciana jorobada que trataba a sus pacientes con sanguijuelas y alcohol de madera.
Esa opinión cambió en cuanto vi el interior de su casa. Las paredes estaban recubiertas de manojos de hierbas secas y estantes con botellitas cuidadosamente etiquetadas. Había un pequeño escritorio con tres gruesos libros encuadernados en piel. Uno de ellos estaba abierto, y comprobé que era la Heroborica. Distinguí anotaciones hechas a mano en los márgenes, y que algunas entradas estaban corregidas o tachadas por completo.
Nana no era tan anciana como yo esperaba, aunque tenía el pelo entrecano. Tampoco estaba jorobada, y de hecho era más alta que yo, con unos hombros anchos y una cara redondeada y sonriente.
Colgó una tetera de cobre sobre el fuego mientras tarareaba una melodía. Entonces cogió unas tijeras, hizo sentar a Jason y le palpó el brazo con cuidado. El chico, pálido y sudoroso, hablaba sin parar de puro nerviosismo mientras Nana le cortaba metódicamente la camisa. Pasados unos minutos, y sin que Nana le preguntara nada, Jason le había hecho un relato certero, si bien un tanto deshilvanado, del regreso a casa de Eli y Krin.

—Es una fractura limpia —comentó por fin Nana, interrumpiendo al chico—. ¿Cómo ha sido?
Jason me lanzó una mirada angustiada, y rápidamente la desvió.
—Nada —se apresuró a decir. Entonces se dio cuenta de que no había contestado la pregunta—. Bueno...
—Se lo he roto yo —dije—. Y he creído que lo menos que podía hacer era acompañarlo hasta aquí y ver si podía ayudarla a arreglárselo.
Nana me miró.
—¿Tienes alguna experiencia en estas cosas?
—He estudiado medicina en la Universidad —respondí.
—En ese caso, supongo que podrás sujetar las tablillas mientras yo las vendo. Tengo a una chica que me ayuda, pero se ha ido corriendo cuando ha oído el alboroto en la calle.
Jason me espiaba con nerviosismo cuando sujeté la tablilla de madera contra su brazo, pero Nana tardó menos de tres minutos en vendárselo, con aire de eficiencia y aburrimiento. Viéndola trabajar, decidí que valía más que la mitad de los alumnos que había conocido en la Clínica.
Cuando terminamos de entablillarle el brazo, Nana miró a Jason y dijo:
—Has tenido suerte. No ha hecho falta poner el hueso en el sitio. Evita usarlo durante un mes y se curará bien.
Jason se escabulló en cuanto pudo, y tras insistirle un rato, Nana me dejó ver a Bil, que estaba acostado en la habitación del fondo.
Así como la de Jason era una fractura limpia, la de Bil era todo lo desastrosa que puede ser una fractura. Tenía la tibia y el peroné rotos por varios sitios. No pude ver bajo el vendaje, pero advertí que tenía la pierna muy hinchada. La piel que asomaba estaba magullada y manchada, y tensa como una salchicha con excesivo relleno.
Bil estaba pálido pero consciente, y todo parecía indicar que conservaría la pierna. Si podría utilizarla ya era otro asunto. Quizá acabara solo con una marcada cojera, pero yo dudaba que pudiera volver a correr.
—¿Qué clase de desgraciado dispara contra tu caballo? —‘preguntó, indignado; tenía la cara perlada de sudor—¡; Eso no sé hace.
El caballo era suyo, por supuesto. Y aquel no era un pueblo donde la gente pudiera permitirse perder un caballo. Bil era joven,¡ se había casado hacía poco tiempo y era propietario de una pequeña granja, y quizá no pudiera volver a andar por haber intentado hacer lo que debía. Dolía pensarlo.Nana le dio dos cucharadas de un líquido de una botella marrón, y al poco rato Bil cerró los ojos. Nana me guió fuera de la habitación y cerró la puerta tras de sí.
—¿Ha desgarrado el hueso la piel? —pregunté una vez que nos quedamos solos.
Nana asintió mientras devolvía la botella al estante.
—¿Qué le ha puesto en la herida para evitar que se le declare una septicemia?
—¿Quieres decir para que no se le corrompa? —repuso ella, y contestó—: Cardorromo.
—¿En serio? ¿No le ha puesto arruruz?
—¡Arruruz! —dijo con desdén mientras añadía leña al fuego y descolgaba la tetera, que ya hervía—. ¿Alguna vez has intentado evitar que una herida se corrompa poniéndole arruruz?
—No—admití.
—Pues entonces deja que te ahorre el mal trago de matar a alguien. —Sacó un par de tazas de madera—. El arruruz no sirve para nada. Puedes comértelo si quieres, pero nada más.
—Pero una pasta de arruruz y besamí es lo más indicado en estos casos.
—El besamí quizá tenga alguna utilidad —admitió—. Pero el cardorromo es mucho mejor. Preferiría tener un poco de hojarroja, pero no siempre podemos conseguir lo que queremos. Lo que yo uso es una pasta de balsamaría y cardorromo, y habrás comprobado que Bil está bastante bien. El arruruz es fácil de encontrar, y es fácil hacer una pasta con él, pero no

tiene ninguna propiedad que merezca la pena.
Sacudió la cabeza y prosiguió:
—Arruruz y alcanfor. Arruruz y besamí. Arruruz y saltina. El arruruz no es un buen paliativo. Solo sirve para canalizar algún otro elemento que sí funcione.
Fui a protestar, pero paseé la mirada por la casa y me fijé en su ejemplar de la Heroborica, cubierto de anotaciones. Decidí callarme.
Nana vertió agua caliente de la tetera en las dos tazas.
—Siéntate un rato —dijo—. Pareces a punto de desmoronarte.
Miré anhelante la silla.
—No sé, creo que debo volver—dije.
—Tienes tiempo de tomarte una taza —insistió ella; me cogió del brazo con firmeza y me sentó en la silla—. Y de comer algo. Estás pálido como un hueso seco, y yo tengo un trozo de pudin que no tiene nadie que se lo lleve a su casa.
Traté de recordar si había comido. Recordaba haber dado de comer a las chicas...
—No quisiera causarle más problemas —dije—. Ya le he dado más trabajo.
—Ya iba siendo hora de que alguien le rompiera el brazo a ese chico —dijo ella con naturalidad—. Tiene una boca que es un peligro. —Me acercó una de las tazas de madera—. Bébete eso, voy a traerte un poco de pudin.
El vaho que ascendía de la taza olía maravillosamente.
—¿Qué lleva? —pregunté.
—Escaramujo. Y un poco de licor de manzana que destilo yo misma. —Compuso una amplia sonrisa que le arrugó las comisuras de los ojos—. Si quieres, puedo añadirle un poco de arruruz.
Sonreí y di un sorbo. El calor de la infusión se extendió por mi pecho, y noté que me relajaba un poco. Y eso me extrañó, porque no había notado que estuviera tenso. .
Nana fue de aquí para allá antes de poner dos platos en la mesa y sentarse en una silla.
—¿Es verdad que mataste a esa gente? —me preguntó a bocajarro. Su voz estaba desprovista de toda acusación. Solo era una pregunta.
Asentí con la cabeza.
—Supongo que habría sido mejor que no se lo hubieras dicho a nadie —continuó—. Habrá jaleo. Querrán celebrar un juicio y traerán al azzie de Temsford.
—No se lo he dicho yo —repuse—. Ha sido Krin.
—Ah.
La conversación se estancó. Apuré mi taza, pero cuando intenté dejarla encima de la mesa, me temblaban tanto las manos que golpeó con fuerza la madera, como un visitante impaciente que llama a la puerta.
Nana bebió con calma de su taza.
—No me gusta hablar de eso —dije por fin—. No ha sido nada bueno.
—Habrá quien piense así —repuso ella con dulzura—. Yo creo que has hecho lo que debías.
Sus palabras me produjeron un dolor repentino y abrasador detrás de los oj os, como si fuera a romper a llorar.
—Yo no estoy tan seguro —dije, y mi propia voz me sonó extraña. Las manos me temblaban aún más.
A Nana no pareció sorprenderle.
—Llevas un par de días sin parar ni un momento, ¿verdad? —Su tono de voz dejaba claro que no era una pregunta—. Se nota. Has estado muy ocupado. Cuidando a las chicas. Sin dormir. Seguramente sin comer mucho. —Cogió el plato y me lo acercó—. Tómate el pudín. Ingerir algo te sentará bien.
Me comí el pudin. Cuando iba por la mitad, empecé a llorar y me atraganté un poco.
Nana me rellenó la taza de infusión y le añadió otro chorrito de licor.

—Bébete eso —repitió.
Di un sorbo. No me había propuesto decir nada, pero de todas formas me sorprendí hablando.
—Me parece que hay algo en mí que no funciona —dije en voz baja—. Una persona normal no hace las cosas que hago yo. Una persona normal nunca mataría así.
—Es posible —admitió Nana bebiendo su infusión—. Pero ¿qué pensarías si te dijera que la pierna de Bil se había puesto verde y que desprendía un olor dulzón?
Levanté la cabeza, sobresaltado.
—¿Se le ha gangrenado?
—No. Ya te he dicho que está bien. Pero ¿y si se le hubiera gangrenado?
—Tendríamos que amputarle la pierna —respondí.
—Exacto —dijo Nana asintiendo con seriedad—. Y tendríamos que hacerlo sin perder tiempo. Hoy mismo. No podríamos titubear confiando en que Bil se curara por sí solo. Con eso solo conseguiríamos matarlo. —Dio un sorbo y me miró por encima del borde de la taza, interrogante.
Asentí con la cabeza. Sabía que tenía razón.
—Tú tienes nociones de medicina —prosiguió—. Sabes que una buena práctica implica tomar decisiones difíciles. —Me miró sin parpadear—. Nosotros no somos como los demás. Quemamos a un hombre con un hierro al rojo para cortar una hemorragia. Salvamos a la madre y dejamos morir al niño. Es duro, y nadie nos da las gracias por ello. Pero somos nosotros los que tenemos que elegir.
Bebió otro poco de infusión.
—Las primeras veces son las peores. Te dan temblores y no puedes dormir. Pero ese es el precio que hay que pagar por hacer lo que es debido.—También había mujeres —dije, y las palabras se atascaron en mi garganta.
Los ojos de Nana destellaron.
—Ellas se lo merecían el doble —dijo, y la súbita e intensa ira reflejada en su dulce rostro me pilló tan desprevenido que noté un cosquilleo de miedo por todo el cuerpo—. Un hombre que le hace eso a una chica es como un perro rabioso. No merece ser considerado una persona, sino solo un animal que hay que sacrificar. Pero una mujer que le ayuda a hacerlo... Eso es mucho peor. Ella sabe lo que está haciendo. Sabe qué significa.
Nana dejó la taza en la mesa con suavidad, y volvió a adoptar una expresión serena.
—Si una pierna se gangrena, la cortas. —Hizo un firme ademán con la palma de la mano; entonces cogió su trozo de pudin y empezó a comérselo con los dedos—. Y hay personas a las que hay que matar. No hay vuelta de hoja.
Para cuando me recompuse y salí afuera, la multitud que había en la calle había aumentado. El dueño de la taberna había puesto un barril delante de la puerta, y el olor a cerveza impregnaba la atmósfera.
Los padres de Krin habían llegado al pueblo a lomos del ruano. Pete también había vuelto, corriendo. Me enseñó la cabeza para que comprobara que no se la había abierto y exigió sus dos peniques por los servicios prestados.
Los padres de Krin me dieron las gracias afectuosamente. Parecían buena gente. La mayoría de la gente lo es, si se le da la oportunidad. Agarré las riendas del ruano y, utilizando al animal como escudo, conseguí hablar un momento a solas con Krin.
Tenía los ojos oscuros un poco enrojecidos, pero estaba radiante y feliz.
—Quédate con Quimera —le dije.apuntando con la cabeza a una de las yeguas—. Es para ti. —La hija del alcalde tendría una buena dote de todas formas, así que había cargado en la yegua de Krin los objetos más valiosos, así como la mayor parte del dinero de la falsa troupe.
La muchacha me miró a los ojos y se puso seria, y otra vez me recordó a una Denna más joven.

—Te marchas—dijo.
Sí, supongo que me marchaba. Krin no intentó convencerme de que me quedara, y en lugar de eso me sorprendió con un repentino abrazo. Tras besarme en la mejilla, me susurró al oído:
—Gracias.
Nos separamos, pues no queríamos parecer indecorosos.
—No te vendas a cualquier precio y te cases con un idiota —dije sintiendo que debía decir algo.
—Y tú tampoco —repuso ella, con una expresión burlona en sus ojos oscuros.
Cogí las riendas de Cola Gris y fui con ella hasta donde estaba el alcalde, que contemplaba a la muchedumbre con aire de amo y señor. Al ver que me acercaba, me saludó con la cabeza.
Inspiré hondo y dije:
—¿Está por aquí el alguacil?
El alcalde arqueó una ceja; luego encogió los hombros y señaló hacia el gentío.
—Es ese de ahí. Pero antes de que llegaras con las chicas ya estaba medio borracho. A estas alturas, no sé si te servirá de mucho.
—Bueno —dije, vacilante—, supongo que alguien tendrá que encerrarme hasta que avisen al azzie de Temsford. —Apunté con la cabeza el pequeño edificio de piedra que se alzaba en el centro del pueblo.
El alcalde me miró de soslayo frunciendo un poco el entrecejo.
—¿Quieres que te encerremos?
—No especialmente —confesé.
—Pues entonces puedes ir y venir a tu antojo —repuso él.
—Al azzie no le va a gustar —objeté—. No quisiera que otro tuviera que presentarse ante la ley del hierro por algo que he hecho yo. Ayudar a huir a un asesino es un delito castigado con la horca.
El fornido alcalde me miró de arriba abajo. Sus ojos se detuvieron un momento en mi espada y en la piel gastada de mis botas. Me pareció que reparaba en la ausencia de heridas graves pese al hecho de que acababa de matar a media docena de hombres armados.
—Y ¿dejarías que te encerráramos? ¿Sin oponer resistencia? —me preguntó.
Encogí los hombros.
El alcalde volvió a fruncir el ceño; luego sacudió la cabeza, como si no lograra entenderme.
—Así que eres dócil como un cor derito, ¿no? —reflexionó—. Pero no. No voy a encerrarte. No has hecho nada incorrecto.
—Le he roto el brazo a ese chico —le recordé.
—Hummm —caviló él—. Olvida eso. —Se metió una mano en el bolsillo y sacó medio penique. Me lo dio—. Te estoy muy agradecido.
Me reí y me guardé la moneda en el bolsillo.
—Te diré lo que pienso —dijo el alcalde—. Voy a ver si encuentro al alguacil. Le explicaré que tenemos que encerrarte. Si te escabulles aprovechando toda esta confusión, nadie podrá decir que te ayudamos a huir, ¿verdad?
—No, eso sería negligencia en el mantenimiento de la ley —dije—. El alguacil podría recibir unos azotes, o perder su cargo.
—No creo que llegue a tanto —opinó el alcalde—. Pero si llega, se someterá de buen grado. Es el tío de Ellie. —Miró hacia el gentío—. ¿Crees que te bastará con quince minutos para largarte en medio de todo este alboroto?
—Si no le importa... —dije—, ¿podría decir que desaparecí de forma misteriosa en cuanto se dio la vuelta?

El alcalde soltó una risotada.
—No veo por qué no. ¿Necesitas más de quince minutos por eso del misterio?
—Tengo suficiente con diez —dije mientras descargaba el estuche del laúd y mi macuto de Cola Gris y le daba las riendas al alcalde—. Le agradecería mucho que cuidara de este caballo hasta que Bil esté recuperado —añadí.
—¿Le dejas tu caballo? —preguntó.
—El acaba de perder el suyo. Y los Ruh estamos acostumbrados a caminar. Además, no sabría qué hacer con un caballo —agregué, y no era mentira del todo.
El alcalde cogió las riendas y me miró largamente, como si no supiera qué pensar de mí.
—¿Podemos hacer algo por ti? —me preguntó por fin.
—Sí. Recordar que fueron unos bandidos quienes se las llevaron —dije, y me di la vuelta—. Y recordar que fue un Edena Ruh quien las devolvió.

1366 Interludio: a punto de olvidar

vothe levantó una mano mirando a Cronista.
—Vamos a parar un momento, ¿os parece? —Recorrió la oscura taberna con la vista—. Me he dejado arrastrar un poco por la historia. Tengo que ocuparme de unas cosas antes de que sea más tarde.
El posadero se levantó con rigidez y se desperezó. Encendió una vela en el fuego de la chimenea y se paseó por la posada encendiendo las lámparas una a una, haciendo retroceder la oscuridad gradualmente.
—Yo también estaba muy abstraído —comentó Cronista levantándose y desperezándose a su vez—. ¿Qué hora es?
—Tarde —respondió Bast—. Tengo hambre.
Cronista miró la calle a través de la ventana oscura.
—Creía que a estas alturas ya habría venido alguien a cenar. A comer ha acudido mucha gente.
Kvothe asintió con la cabeza.
—Habrían venido los clientes fijos si no fuera por el funeral de Shep —repuso.
—Ah. —Cronista agachó la cabeza—. Se me había olvidado. ¿Y por mi culpa vosotros dos no habéis podido asistir?
Kvothe encendió la última lámpara detrás de la barra y apagó la vela.
—No pasa nada —dijo—. Bást y yo no somos de por aquí. Y son gente pragmática. Saben que tengo que atender mi negocio.
—Y no te llevas bien con el padre Leoden —terció Bast.
—Y no me llevo bien con el sacerdote del pueblo —admitió Kvothe—. Pero tú deberías pasar, Bast. Les extrañará que no vayas.
Bast miró alrededor con nerviosismo.
—No quiero irme, Reshi.
Kvothe le sonrió con cariño.
—Deberías ir, Bast. Shep era un buen hombre; ve a tomarte una copa para despedirlo. De hecho...—Se agachó y rebuscó debajo de la barra; al cabo de un momento sacó una botella —. Toma. Una botella de aguardiente. Mucho mejor del que suelen pedir por aquí. Ve y compártelo. —Puso la botella encima de la barra con un golpe fuerte.
Bast dio un paso adelante involuntariamente; el conflicto se reflejaba en su cara.
—Pero Reshi, yo...
—Habrá chicas guapas bailando, Bast —dijo Kvothe en voz baja y con tono tranquilizador—. Alguien tocará el violín y ellas se sentirán felices de estar vivas. Harán ondear las faldas al son de la música. Reirán y estarán algo achispadas. Con las mejillas sonrosadas y deseando que las besen... —Le dio un empujoncito a la pesada botella marrón, que se deslizó por la barra hacia su pupilo—. Eres mi embajador en el pueblo. Quizá yo no pueda dejar de atender el negocio, pero tú puedes ir allí y disculparte de mi parte.
Bast cerró una mano alrededor del cuello de la botella.
—Solo me tomaré una copa—dijo con decisión—. Y bailaré un baile. Y le daré un beso a Katie Miller. Y quizá otro a la viuda Creel. Pero nada más. —Miró a Kvothe a los ojos—. No tardaré más de media hora...
Kvothe volvió a sonreír con calidez.
—Tengo cosas que hacer, Bast. Prepararé algo para cenar y así nuestro amigo podrá descansar un poco la mano.

Bast sonrió y cogió la botella.
—Pues entonces, ¡dos bailes! —Se precipitó hacia la puerta, y cuando la abrió entró una ráfaga de viento que le desordenó el cabello—. ¡Guardadme algo de comer! —gritó por encima del hombro.
La puerta se cerró de un golpetazo.
Cronista miró al posadero con curiosidad.
Kvothe encogió los hombros.
—Se estaba implicando demasiado en la historia. Se lo toma todo muy a pecho. Un breve descanso le dará un poco de perspectiva. Además, es verdad que tengo que preparar la cena, aunque solo sea para tres.
El escribano sacó un paño sucio de su cartera de cuero y lo miró con desagrado.
—¿Podrías prestarme un trapo limpio? —preguntó.Kvothe asintió con la cabeza y sacó un paño de hilo blanco de debajo de la barra.
—¿Necesitas algo más?
Cronista se levantó y fue hasta la barra.
—Si tuvieras algún licor fuerte, sería de gran ayuda —dijo, un poco turbado—. Siento tener que pedírtelo, pero cuando me robaron...
—No seas ridículo —dijo Kvothe cortándolo con un ademán—. Debí preguntarte ayer si necesitabas algo. —Salió de detrás de la barra y fue hacia la escalera que conducía al sótano —. Supongo que lo mejor sería alcohol de madera, ¿no?
Cronista asintió y Kvothe desapareció en el sótano. El escribano cogió el paño de hilo, doblado con esmero, y lo frotó distraídamente con los dedos. Entonces desvió la mirada hacia la espada que colgaba en la pared de detrás de la barra. El metal gris de la hoja destacaba contra la madera oscura del tablero de soporte.
Kvothe subió del sótano con una botellita transparente.
—¿Necesitas algo más? También tengo una buena provisión de papel y tinta.
—Quizá me hagan falta mañana —contestó Cronista—. Ya he gastado casi todo el papel que tenía. Pero esta noche puedo moler más tinta.
—No te molestes —replicó Kvothe—. Tengo varias botellas de excelente tinta de Arueh.
—¿Tinta de Arueh auténtica? —se sorprendió Cronista.
Kvothe esbozó una amplia sonrisa y asintió.
—Eres muy amable —dijo Cronista relajándose un poco—. He de confesar que pasarme una hora moliendo tinta no es lo que más me apetece hacer esta noche. —Cogió la botellita transparente y el trapo, y se detuvo—. ¿Te importa que te haga una pregunta? Extraoficialmente, por decirlo así.
Una sonrisa ladeada empezó a asomar en los labios de Kvothe.
—Adelante. Extraoficialmente.
—Me he fijado en que tu descripción de Cesura no... —Cronista titubeó—. Bueno, que no parece encajar con la espada. —Dirigió la mirada hacia la espada que estaba colgada detrás de la barra—. La cruz no es como tú la has descrito.
Kvothe sonrió abiertamente.
—Vaya, sí que eres listo.
—No estoy insinuando... —se apresuró a decir Cronista, abochornado.
Kvothe soltó una risotada cordial. Su sonido rodó por la estancia, y por un instante la taberna dejó de parecer vacía.
—Claro que no. Tienes toda la razón. —Se volvió y miró la espada—. Esa no es... ¿Cómo la ha llamado el chico esta mañana? —Se quedó pensativo un momento, y luego volvió a sonreír —. Kaysera. La asesina de poetas.
—Sentía curiosidad —se disculpó Cronista.
—¿Acaso tiene que ofenderme que me hayas prestado atención? —Kvothe volvió a reír—.

¿Qué gracia tiene contar una historia si nadie te escucha? —Se frotó las manos con impaciencia—. Vamos a ver. La cena. ¿Qué te apetece? ¿Frío o caliente? ¿Sopa o estofado? También tengo buena mano para el pudin.
Se decidieron por una cena sencilla para no tener que volver a cargar de leña la cocina. Kvothe fue de un lado para otro reuniendo todo lo qué necesitaba. Tarareando, bajó al sótano a buscar carne de cordero fría y medio queso duro y muy curado.
—Bast se va a llevar una alegría cuando vea esto —comentó Kvothe, sonriente, cuando trajo un tarro de aceitunas en salmuera de la despensa—. No sabe que las tenemos, o ya se las habría comido. —Se desató el delantal y se lo quitó por la cabeza—. Me parece que también tenemos unos tomates en el jardín.
Kvothe regresó unos minutos más tarde con el delantal hecho un atado. Estaba salpicado de lluvia y tenía el pelo alborotado. Sonreía con aire infantil, y en ese momento poco recordaba al posadero sombrío y reposado.
—La tormenta no se decide—dijo dejando el delantal encima de la barra y sacando con cuidado los tomates—. Pero si llega, esta noche vamos a ver una tumbacarretas. —Empezó a tararear, distraído, mientras lo cortaba todo y lo ponía en una gran bandeja de madera.
La puerta de la Roca de Guía se abrió, y una brusca ráfaga de viento hizo parpadear la luz de las lámparas. Entraron dos soldados, encorvados para protegerse del viento y la lluvia; las espadas sobresalían a su espalda como rabos. Sus tabardos azules y blancos estaban salpicados de gruesos goterones.
Soltaron los pesados macutos, y el más bajo de los dos arrimó el hombro contra la puerta para cerrarla.
—Por los dientes de Dios —dijo el más alto arreglándose la ropa—. Mala noche para estar ahí fuera. —Tenía la coronilla calva y una tupida y lisa barba negra—. ¡Eh, joven! —exclamó alegremente
mirando a Kvothe—. No sabes qué alegría nos ha dado ver estas luces. Corre a buscar al dueño, ¿quieres? Tenemos que hablar con él
Kvothe cogió el delantal de la barra y se lo puso por la cabeza.
—Ese soy yo —dijo carraspeando mientras se ataba las cintas a la cintura. Se pasó las manos por el cabello alborotado, alisándolo.
El soldado de la barba lo miró y encogió los hombros.
—Está bien. ¿Hay la posibilidad de cenar algo?
El posadero abrió un brazo señalando la estancia vacía.
—No parecía que valiera la pena poner la olla al fuego esta noche —dijo—. Pero tenemos lo que veis aquí.
Los dos soldados se acercaron a la barra. El rubio se pasó las manos por el pelo rizado, sacudiéndose unas gotas de lluvia.
—Este pueblo parece más muerto que el agua de una acequia —observó—. La tuya es la única luz que hemos visto.
—Ha sido un duro día de cosecha —explicó el posadero—. Además, esta noche hay un velatorio en una granja cercana. Seguramente, nosotros cuatro somos los únicos que quedamos en el pueblo. —Se frotó enérgicamente las manos—. ¿Puedo ofreceros algo de beber para combatir el frío? —Sacó una botella de vino y la puso en la barra con un fuerte y tentador golpe.
—Pues no va a ser fácil —dijo el soldado rubio con una sonrisilla de turbación—. Me vendría muy bien una copa, pero mi amigo y yo acabamos de alistarnos. —Se metió la mano en el bolsillo y sacó la reluciente moneda de oro con la que el rey pagaba a los que se alistaban—. Este es todo el dinero que llevo encima. Supongo que no tendrás suficiente para cambiarme un real, ¿no?
—Yo estoy igual —refunfuñó el de la barba—. Es más dinero del que he tenido jamás, pero

con un real no hay forma de pagar. En la mayoría de los pueblos por donde hemos pasado apenas tenían cambio de medio penique. —Rió de su propio chiste.
—Creo que yo sí podré ayudaros—dijo el posadero con naturalidad.
Los dos soldados se cruzaron una mirada.
—Muy bien —dijo el rubio, y se guardó la moneda en el bolsillo—. Seré sincero contigo. En realidad no tenemos intención de quedarnos a pasar la noche aquí. —Cogió un trozo de queso de la bandeja y le dio un mordisco—. Y tampoco tenemos intención de pagar nada.
—Ah —dijo el posadero—. Entiendo.
—Y si tienes suficiente dinero en tu bolsa para cambiar dos reales de oro —intervino el barbudo con rapidez—, también nos lo quedaremos.
El rubio abrió ambas manos en un gesto tranquilizador.
—Pero esto no tiene que convertirse en una situación desagradable. No somos mala gente. Tú nos das la bolsa y nosotros seguimos nuestro camino. Nadie resulta herido, y no se rompe nada. Ya sé que te fastidiará un poco. —Miró al posadero arqueando una ceja—. Pero es preferible fastidiarse un poco a que te maten. ¿No te parece?
El barbudo miró a Cronista, que seguía sentado junto a la chimenea.
—Y esto no tiene nada que ver contigo —dijo con gravedad; se le movía la barba cuando hablaba—. No queremos nada tuyo. Quédate ahí sentado y no te metas.
Cronista miró al hombre que estaba detrás de la barra, pero el posadero no despegaba los ojos de los dos soldados.
El rubio le pegó otro bocado al trozo de queso mientras paseaba la mirada por la taberna.
—Veo que te van bien las cosas por aquí a pesar de lo joven que eres. Cuando nos hayamos marchado, seguirán yéndote igual de bien. Pero si nos cabreas, te haremos tragarte tus propios dientes, te destrozaremos la taberna y seguirás sin tener tu bolsa. —Dejó el resto del queso encima de la barra y dio una palmada. Sonrió—. Bueno, ¿vamos a portarnos todos como personas civilizadas?
—Me parece lo más razonable —dijo Kvothe, y salió de detrás de la barra. Avanzó despacio y con cuidado, como harías para acercarte a un caballo asustadizo—. Desde luego, yo no soy ningún bárbaro. —Kvothe se sacó la bolsa del dinero del bolsillo y la sostuvo en alto con una mano.
El soldado rubio se le acercó con cierta arrogancia. Cogió la bolsa y la sopesó, satisfecho. Entonces se volvió y le sonrió a su amigo.
—¿Lo ves? Ya te dije que...
Con un movimiento fluido, Kvothe dio un paso adelante y golpeó con fuerza al soldado en el mentón. El soldado se tambaleó y Cayó sobre una rodilla. La bolsa describió un arco por el aire y cayó én el suelo de madera produciendo un golpazo metálico.
Antes de que el soldado pudiera hacer otra cosa que sacudir la cabeza, Kvothe dio otro paso adelante y, sin perder la calma, le propinó una patada en el hombro. No fue una patada fuerte, de esas que te rompen los huesos, sino un golpe duro que hizo caer al soldado hacia atrás. El hombre dio contra el suelo, rodó úñ poco y se detuvo en medio de un lío de brazos y piernas.
El otro soldado -pasó al lado de su amigo, sonriendo bajo la barba. Era más alto que Kvothe, y sus puños parecían gruesos amasijos de cicatrices.
—Muy bien, imbécil —dijo con satisfacción—. Ahora te vas a enterar.
Le asestó un puñetazo, pero Kvothe se apartó y propinó una fuerte patada que golpeó al soldado justo encima de la rodilla. El soldado barbudo dio un gruñido de sorpresa y se tambaleó ligeramente. Entonces Kvothe se le acercó más, lo sujetó por el hombro, lo agarró por la muñeca y le retorció el brazo estirado.
El soldado no tuvo más remedio que agacharse, haciendo una mueca de dolor. Entonces dio una brusca sacudida con el brazo y se soltó del posadero. Kvothe solo tuvo un instante para

poner cara de sorpresa antes de que el soldado le golpeara en la sien con el codo.
El posadero se tambaleó hacia atrás, tratando de ganar un poco de distancia y tiempo para despejarse. Pero el soldado lo siguió, con los puños en alto, esperando una oportunidad para golpear.
Antes de que Kvothe pudiera recuperar el equilibrio, el soldado le descargó un puñetazo en el vientre. El posadero soltó el aire dolorosa y bruscamente, y cuando empezaba a doblarse por la cintura, el soldado le encajó otro puñetazo en un lado de la cara, que le hizo girar la cabeza a Kvothe y lo envió trastabillando hacia atrás.
Kvothe consiguió mantenerse en pie sujetándose a una mesa. Parpadeando, lanzó un violento puñetazo para mantener apartado al soldado de la barba. Pero el hombre se limitó a apartarle el puño y agarró al posadero por la muñeca con una mano inmensa, con la misma facilidad con que un padre agarra a un chiquillo díscolo en la calle.
Kvothe intentó liberar la muñeca; la sangre le resbalaba por un lado de la cara. Confundido, hizo un rápido movimiento con ambas manos; luego lo repitió, tratando dé soltarse. Con la mirada desenfocada, se miró la muñeca y repitió aquel movimiento, pero sus manos solo escarbaron inútilmente el puño cubierto de cicatrices del soldado.
El soldado de la barba miró al atónito posadero entre curioso y divertido; entonces alargó un brazo y le arreó un sopapo en un lado de la cabeza.
—Eres todo un luchador, chico —dijo—. Me has dado una vez.
Detrás de ellos, el rubio estaba poniéndose lentamente en pie.
—Cabronazo de mierda... Me ha dado un puñetazo.
El soldado más corpulento tiró de la muñeca del posadero obligándolo a avanzar.
—Pídele disculpas, imbécil.
El posadero parpadeó varias veces, aturdido; abrió la boca como si fuera a decir algo, y entonces se tambaleó. O mejor dicho: pareció que se tambaleara. Hacia la mitad del recorrido, el movimiento se volvió deliberado, y el posadero pisó con fuerza con el talón, apuntando a la bota del soldado. Al mismo tiempo, le golpeó con la frente en la nariz.
Pero el soldado se limitó a reír y movió la cabeza hacia un lado al mismo tiempo que sacudía de nuevo al posadero tirándole de la muñeca.
—Basta de tonterías —lo reprendió, y le asestó un revés.
El posadero dejó escapar un grito y se llevó una mano a la nariz, que estaba sangrando. El soldado sonrió y, como de pasada, le dio un rodillazo a Kvothe en la entrepierna.
Kvothe se dobló por la cintura; al principio jadeaba sin resuello, y luego hizo algunos ruidos entrecortados como de arcadas.
Moviéndose con despreocupación, el soldado soltó la muñeca de Kvothe; estiró un brazo y cogió la botella de vino de encima de la barra. La agarró por el cuello y la enarboló como si fuera un garrote. Cuando chocó contra la cabeza del posadero, produjo un fuerte ruido, casi metálico.
Kvothe se derrumbó.
El soldado miró con curiosidad la botella de vino antes de volver a dejarla encima de la barra. Entonces se agachó, cogió al posadero por la camisa y arrastró su cuerpo inerte hasta un espacio despejado. Le dio con la punta de la bota hasta que, todavía inconsciente, Kvothe se movió un poco.
—Te he dicho que te ibas a enterar —gruñó el soldado, y le pegó una fuerte patada en el costado.
El soldado rubio se les acercó frotándose un lado de la cara.
—Tenías que hacerte el listo, ¿verdad? —dijo, y escupió en el suelo. Echó una pierna hacia atrás y le propinó una fuerte patada al posadero, que aspiró entre los dientes pero no articuló sonido alguno.
—Y tú... —El barbudo apuntó con un grueso dedo a Cronista—. Tengo más de una bota.

¿Quieres que te enseñe la otra? Ya me he pelado los nudillos, no me importa pelármelos un poco más si quieres perder un par de dientes.
Cronista miró alrededor y pareció sorprenderse de verse de pie. Se sentó despacio en la silla.
El soldado rubio fue cojeando a recoger la bolsa del suelo, mientras su amigo permanecía junto a Kvothe.
—Supongo que creiste que debías intentarlo —le dijo al posadero, que estaba aovillado en el suelo, y le dio otra contundente patada en el costado—. Idiota. Un posadero enclenque contra dos soldados del rey.—Meneó la cabeza y volvió a escupir—. ¿Quién te has creído que eres?
Kvothe empezó a emitir un sonido grave y rítmico. Era un ruido débil y seco que arañaba los bordes de la estancia. Kvothe hizo una pausa e inspiró dolorosamente.
El soldado de la barba arrugó la frente y le dio otra patada.
—Te he hecho una pregunta, imbécil...
El posadero volvió a hacer aquel ruido, pero más fuerte que antes. Solo entonces se dieron cuenta de que estaba riéndose. Cada risotada entrecortada sonaba como si tosiera para expulsar un fragmento de cristal. Pese a todo, era una risa, llena de misteriosa diversión, como si el pelirrojo hubiera oído un chiste que únicamente él pudiera entender.
Duró un rato. El soldado de la barba encogió los hombros y volvió a llevar una pierna hacia atrás.
Entonces Cronista carraspeó, y los dos hombres se volvieron para mirarlo.
—Con el fin de que sigamos portándonos como personas civilizadas —dijo—, creo que debería mencionar que el posadero ha enviado a su ayudante a hacer un recado. No creo que tarde mucho en volver.
El soldado de la barba golpeó a su compañero en el pecho con el dorso de la mano.
—Tiene razón. Larguémonos de aquí.
—Espera un momento —dijo el rubio. Fue hasta la barra y agarró la botella de vino—. Venga, vámonos.
El barbudo sonrió y fue detrás de la barra, pisando al posadero en lugar de pasarle por encima. Cogió una botella al azar, y al hacerlo tiró media docena más al suelo. Rodaron por el mostrador entre los dos enormes barriles, y una, alta y de color zafiro, cayó lentamente por el borde y se rompió al llegar al suelo.
Menos de un minuto más tarde, los soldados habían recogido sus macutos y salían por la puerta.
Cronista corrió hacia Kvothe, que seguía tumbado en el suelo de madera. El pelirrojo ya estaba incorporándose con gran esfuerzo.
—Qué vergüenza —dijo Kvothe. Se palpó la cara ensangrentada y se miró los dedos. Volvió a reír, una risa recortada y falta de alegría—. Por un instante se me ha olvidado quién era.
—¿Te encuentras bien? —le preguntó Cronista.
Kvothe se tocó la cabeza con gesto tentativo.
—Me parece que voy a necesitar un par de puntos.
—¿Qué puedo hacer para ayudarte? —preguntó Cronista trasladando el peso del cuerpo de una pierna a otra.
—No te me eches encima. —Kvothe se levantó torpemente y se dejó caer en uno de los taburetes altos de la barra—. Si quieres, puedes traerme un vaso de agua. Y quizá un trapo mojado.
Cronista corrió a la cocina. Se le oyó rebuscar frenéticamente, seguido del ruido de varias cosas que caían ai suelo.
Kvothe cerró los ojos y apoyó todo el cuerpo en la barra.
—¿Por qué está la puerta abierta? —preguntó Bast al cruzar la entrada—. Hace una noche más fría que las tetas de una bruja. —Se quedó paralizado, conmocionado—. ¡Reshi! ¿Qué

ha pasado? ¿Qué...? ¿Cómo...? ¿Qué ha pasado?
—Ah, Bast —dijo Kvothe—. Cierra la puerta, ¿quieres?
Bast entró corriendo con cara de susto. Kvothe estaba sentado junto a la barra en un taburete, con la cara hinchada y ensangrentada. Cronista estaba de pie a su lado, dándole toquecitos en la cabeza, sin mucha maña, con un trapo húmedo.
—Creo que voy a tener que pedirte que me des unos puntos, Bast —dijo Kvothe—. Si no es demasiada molestia.
—Reshi —repitió Bast—, ¿qué ha pasado?
—Devan y yo hemos discutido —respondió Kvothe apuntando con la barbilla al escribano— sobre el uso correcto del modo subjuntivo. Al final nos hemos acalorado un poco.
Cronista miró a Bast, palideció y dio unos pasitos hacia atrás.
—¡Lo dice en broma! —se apresuró a decir levantando las manos—. ¡Han sido unos soldados!
Kvothe rió, pese al dolor que le causó la risa. Tenía sangre en los dientes.
Bast barrió la taberna con la mirada.
—¿Qué has hecho con ellos?
—Nada, Bast —contestó el posadero—. Seguramente ya deben de estar a varios kilómetros.
—¿Tenían algo raro, Reshi? ¿Como el de anoche? —quiso saber Bast.
—Solo eran soldados, Bast—dijo Kvothe—. Dos soldados del rey.—¿Qué? —dijo Bast palideciendo—. Reshi, ¿por qué les has dejado hacerte esto?
Kvothe miró a Bast con incredulidad. Soltó una risotada breve y amarga y paró, esbozando una mueca y aspirando entre los dientes.
—Es que parecían unos chicos tan limpios y virtuosos... —dijo con tono burlón—. Y he pensado: ¿por qué no dejar que estos dos buenos chicos me roben y me hagan papilla?
Bast lo miraba con profunda consternación.
—Pero tú...
Kvothe se limpió la sangre que amenazaba con metérsele en un ojo y miró a su pupilo como si fuera la criatura más estúpida que respiraba sobre la capa de la tierra.
—¿Qué? —preguntó—. ¿Qué quieres que diga?
—¿Dos soldados, Reshi?
—¡Sí! —gritó Kvothe—. ¡Ni siquiera dos! ¡Por lo visto, basta con un solo matón con los puños duros para dejarme medio muerto! —Fulminó a Bast con la mirada y levantó ambos brazos —. ¿Qué tengo que hacer para que te calles? ¿Quieres que te cuente una historia? ¿Quieres oír los detalles?
Bast retrocedió un poco ante aquel arrebato. Palideció aún más, y el pánico se reflejó en su cara.
Kvothe bajó bruscamente los brazos.
—Deja ya de esperar que sea alguien que no soy —dijo respirando entrecortadamente. Encorvó los hombros y se frotó los ojos, esparciéndose la sangre por la cara. Dejó caer la cabeza con gesto de cansancio—. Madre de Dios, ¿por qué no me dejas en paz?
Bast estaba quieto como un ciervo asustado, con los ojos muy abiertos.
El silencio se apoderó de la estancia, denso y amargo como una bocanada de humo.
Kvothe inspiró lentamente; nada más se movía en la sala.
—Lo siento, Bast —dijo sin levantar la cabeza—. Es que estoy un poco dolorido. Esto ha podido conmigo. Dame un momento y lo solucionaré.
Sin levantar todavía la cabeza, Kvothe cerró los ojos y respiró profunda y lentamente varias veces. Cuando alzó la vista, parecía apesadumbrado.
—Perdóname, Bast —dijo—. No era mi intención saltar así.
Las mejillas de Bast recobraron algo de color, y desapareció la tensión de sus hombros. Compuso una sonrisa nerviosa.

Kvothe le quitó el trapo húmedo a Cronista y volvió a limpiarse la sangre del ojo.
—Siento haberte interrumpido antes, Bast. ¿Qué ibas a preguntarme?
Bast titubeó, y al final dijo:
—Hace menos de tres días mataste a cinco escrales, Reshi. —Señaló la puerta—. ¿Qué es un matón comparado con eso?
—Escogí con mucho cuidado el momento y el lugar para los escrales, Bast —repuso Kvothe —. Y tampoco salí ileso del lance.
Cronista levantó la cabeza, sorprendido.
—¿Te hirieron? —preguntó—. No lo sabía. No me pareció que...
Una sonrisilla irónica empezó a insinuarse en Kvothe.
—Las viejas costumbres tardan en morir—dijo—. Tengo que proteger mi reputación. Además, a los héroes solo nos hieren en condiciones adecuadamente dramáticas. Si te enteras de que Bast tuvo que darme diez palmos de puntos después de la pelea, la historia pierde mucho encanto.
Al entenderlo, el rostro de Bast se iluminó como un amanecer.
—¡Claro! —dijo con profundo alivio—. Se me había olvidado. Todavía no te has recuperado de la pelea con los escrales. Sabía que tenía que ser algo así.
Kvothe bajó la vista; cada línea de su cuerpo expresaba desánimo y cansancio.
—Bast... —empezó a decir.
—Lo sabía, Reshi —dijo Bast enérgicamente—. Era imposible que un matón hubiera podido contigo. .
Kvothe inspiró superficialmente y soltó el aire por la boca.
—Seguro que es eso, Bast —dijo—. Si hubiera estado en forma, supongo que habría podido con los dos.
El rostro de Bast volvió a reflejar incertidumbre. Miró a Cronista.
—¿Cómo has dejado que pasara esto?—preguntó.
—Él no tiene la culpa, Bast —dijo Kvothe distraídamente—. Yo he empezado la pelea. —Se metió unos dedos en la boca y se la palpó con cuidado. Cuando los sacó, los tenía manchados de sangre—. Creo que voy a perder esa muela —reflexionó en voz alta.
—No perderás la muela, Reshi —dijo Bast con vehemencia—. Ni hablar.
Kvothe movió ligeramente los hombros, como si quisiera encogerlos implicando mínimamente al resto del cuerpo.
—En realidad no tiene tanta importancia, Bast. —Se aplicó el trapo a la cabeza, lo retiró y lo examinó—. Y seguramente tampoco voy a necesitar los puntos. —Se enderezó en el taburete—. Vamos a cenar y a retomar la historia. —Clavó la vista en Cronista y arqueó una ceja—. Si todavía tienes ánimo para eso, claro.
Cronista se quedó mirándolo con gesto inexpresivo.
—Estás hecho un desastre, Reshi —dijo Bast, preocupado. Alargó una mano—. Déjame verte los ojos.
—No sufro una conmoción, Bast —dijo Kvothe, irritado—. Tengo cuatro costillas rotas, un zumbido en los oídos y una muela suelta. Tengo unas cuantas heridas superficiales en la cabeza que parecen más graves de lo que son en realidad. Me sangra la nariz, pero no está rota, y mañana seré un tapiz enorme de cardenales.
Kvothe repitió aquel débil movimiento con los hombros.
—Pero he estado peor otras veces. Además, esos tipos me han recordado algo que estaba a punto de olvidar. Seguramente debería estarles agradecido. —Se palpó el mentón y se pasó la lengua por toda la boca—. Aunque quizá no calurosamente agradecido.
—Necesitas los puntos, Reshi —dijo Bast—. Y necesitas que haga algo con tu muela.
Kvothe bajó del taburete.
—No te preocupes. Masticaré con el otro lado unos días.

Bast agarró a Kvothe por el hombro y lo miró con unos ojos duros y oscuros.
—Siéntate, Reshi. —No era una petición. Habló en tono bajo y abrupto, y su voz sonó como un trueno lejano—. Siéntate.
Kvothe se sentó.
Cronista asintió en señal de aprobación y se volvió hacia Bast.
—¿Cómo puedo ayudarte?
—Apártate y no me estorbes —dijo Bast con brusquedad—. Y no dejes que se levante hasta que haya vuelto. —Subió por la escalera a grandes zancadas.
Hubo un momento de silencio.
—Bueno —dijo Cronista—. El modo subjuntivo.
—Es superfluo —dijo Kvothe—. Complica innecesariamente el idioma. Me ofende.
—¿Cómo puedes decir eso? —replicó Cronista, ligeramente ofendido—. El subjuntivo es el fundamento de lo hipotético. En buenas manos...—Se interrumpió al entrar Bast en la estancia, con el ceño fruncido y con una cajita de madera en las manos.
—Tráeme agua —le dijo imperativamente a Cronista—. No de la bomba, sino del barril de agua de lluvia. También necesitaré leche de la fresquera, miel caliente y un cuenco hondo. Luego recoge todo esto, apártate y no me estorbes.
Bast le limpió el corte de la cabeza a Kvothe; a continuación enhebró un pelo que se arrancó del cabello en una aguja de hueso y le dio cuatro puntos al posadero, con más arte que una costurera.
—Abre la boca —le ordenó entonces; miró dentro y frunció un poco el ceño mientras le palpaba una muela con un dedo. Asintió en silencio.
Le dio el vaso de agua a Kvothe.
—Enjuágate la boca, Reshi. Hazlo un par de veces y escupe el agua en el vaso.
Kvothe obedeció. Cuando terminó, el agua estaba roja como el vino.
Cronista volvió con una botella de leche. Bast la olfateó y vertió un poco en un cuenco hondo de arcilla. Añadió una gota de miel y la removió hasta mezclarla bien. Por último, metió un dedo en el vaso de agua sanguinolenta, lo sacó y dejó caer una sola gota en el cuenco.
Bast volvió a remover el contenido y le dio el cuenco a Kvothe.
—Toma un sorbo de esto —dijo—. No te lo tragues. Aguántalo en la boca hasta que yo te diga.
Con expresión de curiosidad, Kvothe se llevó el cuenco a los labios y tomó un sorbo de leche.
Bast también tomó un sorbo. Luego cerró los ojos y permaneció largo rato concentrado. Abrió los ojos, le acercó el cuenco a la boca a Kvothe y señaló en él.
Kvothe escupió la leche que tenía en la boca. Estaba perfectamente blanca.
Bast se acercó el cuenco a la boca y escupió un líquido espumoso y rosado.
Kvothe abrió mucho los ojos.
—Bast —dijo—, no deberías...
Bast hizo un ademán brusco; sus ojos todavía tenían aquella dureza.
—No te he pedido tu opinión, Reshi.
El posadero agachó la cabeza, turbado.
—No tienes por qué hacer esto, Bast.
El joven moreno estiró un brazo y le acarició la mejilla a su maestro. Por un instante pareció extenuado. Sacudió lentamente la cabeza, entre confuso y afligido.
—Eres un idiota, Reshi.
Bast retiró la mano, y el cansancio desapareció de su cara. Señaló la barra, donde Cronista estaba de pie observando.
—Trae la comida. —Apuntó a Kvothe y añadió—: Cuenta la historia.

Giró sobre sí mismo, volvió a su silla junto a la chimenea y se sentó en ella como si fuera un trono. Dio dos fuertes palmadas.
—¡Distraedme! —dijo esbozando una sonrisa de loco.
los otros, desde la barra, vieron la sangre en sus dientes.

137 Preguntas

Si bien el alcalde de Levinshir parecía aprobar cómo había tratado a los falsos artistas de troupe, yo sabía que las cosas no eran tan sencillas. Según la ley del hierro, era culpable de al menos tres crímenes atroces, cualquiera de los cuales habría bastado para castigarme con la horca.

Por desgracia, en Levinshir todos sabían mi nombre y mi descripción, y me preocupaba que la historia viajara más deprisa que yo por el camino. Si así era, podía darse fácilmente el caso de que llegase a un pueblo donde los alguaciles cumplieran con su deber y me encerraran hasta que acudiese un juez itinerante para juzgar mi caso.

Así que me propuse llegar cuanto antes a Severen. Caminé dos días a buen ritmo, y luego pagué un asiento en una diligencia que se dirigía hacia el sur. Los rumores viajan deprisa, pero acelerando el paso y durmiendo poco puedes evitar que te adelanten.

Llegué a Severen después de tres días de viaje agotadores. La diligencia entró en la ciudad por la puerta del este, y por primera vez vi la jaula de que me había hablado Bredon. El espectáculo de aquel esqueleto dentro de la jaula de hierro no redujo mi ansiedad. El maer había metido allí a un hombre acusado de bandidaje. ¿Qué sería capaz de hacerle a alguien que había matado a nueve artistas itinerantes en el camino?

Estuve tentado de dirigirme directamente a Las Cuatro Candelas, donde esperaba encontrar a Denna pese a los vaticinios del Cthaeh. Pero llevaba encima la mugre y el sudor de varios días en el camino, y necesitaba darme un baño y asearme antes de hablar con nadie.

Nada más entrar en el palacio del maer le envié un anillo y una nota a Stapes, pues sabía que esa era la forma más rápida de concertar una entrevista privada con Alveron. Fui a mis habitaciones sin entretenerme, aunque eso implicara dejar plantados a unos cuantos cortesanos por los pasillos. Acababa de dejar mi macuto y enviar a buscar agua caliente cuando Stapes apareció en la puerta.

—¡Joven maese Kvothe! —me saludó con una sonrisa radiante, y me cogió una mano para estrechármela—. Me alegro de volver a verlo. Divina pareja, estaba muy preocupado por usted.

Su entusiasmo me arrancó una sonrisa cansada.

—Yo también me alegro de estar aquí, Stapes. ¿Me he perdido muchas cosas?

—¿Muchas cosas? —Soltó una carcajada—. De entrada, la boda.

—¿La boda? —pregunté, e inmediatamente lo comprendí—. ¿La boda del maer?

Stapes asintió con énfasis.

—Fue espectacular. Es una pena que tuviera que marcharse, precisamente ustéd. —Me lanzó una mirada de complicidad, pero no dijo nada más. Stapes era la discreción personificada.

—No han perdido el tiempo, ¿verdad?

—Ya han pasado dos meses desde los esponsales —dijo Stapes con una pizca de reproche—. No es en absoluto inapropiado. —Vi'que se relajaba un poco, y me guiñó un ojo—. Lo cual no quiere decir que no estuvieran los dos un poco impacientes.

Me reí. Llegaron los sirvientes con cubos de agua humeante. El ruido del agua llenando la bañera me sonó como la más dulce de las músicas.

El valet los vio marchar; luego se me acercó y dijo en voz baja:

—Se alegrará de saber que nuestro otro asunto pendiente ya ha sido resuelto de manera satisfactoria.

Lo miré sin comprender, indagando en mi memoria y tratando de adivinar a qué se refería.

Habían pasado tantas cosas desde mi partida...
Stapes descifró mi expresión de desconcierto.
—Caudicus. —Torció un poco la boca al pronunciar ese nombre—. Dagon lo trajo dos días después de que usted se marchara. Se había escondido a menos de veinte kilómetros de la ciudad.
—¿Tan cerca? —pregunté, sorprendido.
Stapes asintió.
—Se había refugiado en una granja, como un tejón en una madriguera. Mató a cuatro hombres de la guardia personal del maer y le sacó un ojo a Dagon. Para atraparlo tuvieron que prenderle fuego a la casa.
—Y ¿qué pasó? —pregunté—. Supongo que no hubo juicio.
—Ya ha sido resuelto —repitió Stapes—. Como era debido. —Eso último lo dijo con tono terminante. El odio le hacía entrecerrar los ojos, desprovistos de su acostumbrada amabilidad. En ese momento, el hombrecillo de cara redondeada parecía cualquier cosa menos un simple tendero.
Recordé a Alveron diciendo con absoluta serenidad: «Y córtale los pulgares». Dada mi experiencia con la fulminante y contundente ira de Alveron, dudaba que nadie volviera a ver a Caudicus.
—¿Descubrió el maer por qué? —Aunque hablaba en voz baja, no especifiqué a qué me refería, pues sabía que Stapes no aprobaría que mencionara abiertamente el envenenamiento.
—No me corresponde a mí decirlo —dijo Stapes midiendo sus palabras y con un tono ligeramente ofendido, como dando a entender que yo no debía preguntarle esas cosas.
No quise insistir, pues sabía que no podría sonsacarle nada.
—Me haría un gran favor si le llevara una cosa al maer —dije, y fui hasta donde había dejado tirado mi raído macuto. Rebusqué en él hasta que encontré la caja de caudales del maer, casi en el fondo.
Se la di a Stapes.
—No sé con certeza qué hay dentro —expliqué—. Pero lleva su emblema. Y pesa mucho. Supongo que serán parte de los impuestos que robaron. —Sonreí—. Dígale que es mi regalo de boda.
Stapes cogió la caja con una sonrisa en los labios.
—Estoy seguro de que se llevará una alegría.
Llegaron tres sirvientes más, pero solo dos entraron con cubos humeantes. El tercero se dirigió hacia Stapes y le entregó una nota. Volvió a oírse ruido de agua en la otra habitación, y los tres chicos se marcharon echándome miradas de reojo al pasar a mi lado.
Stapes leyó la nota y me miró.
—El maer confía en que pueda reunirse usted con él en el jardín a la quinta campanada —dijo.
Citarme en el jardín significaba una conversación formal. Si el maer hubiera querido hablar conmigo en serio, me habría convocado en sus aposentos, o habría venido a verme por el pasadizo secreto que conectaba sus aposentos y mis habitaciones.
Miré la hora en el reloj de la pared. No era un reloj simpático como los que yo estaba acostumbrado a ver en la Universidad. Era un reloj armónico, con péndulo y todo. Un mecanismo precioso, pero no tan preciso. Sus manecillas señalaban que faltaba un cuarto de hora para la cita.—¿Ese reloj va adelantado, Stapes? —pregunté, esperanzado. Con quince minutos quizá tuviera suficiente para quitarme la ropa del camino y engalanarme con ropa adecuada para la corte. Pero dadas las capas de suciedad y sudor acre que me cubrían, eso habría sido tan inútil como ponerle un lazo de seda a una boñiga humeante.
Stapes miró más allá de mi hombro y comparó la hora con un pequeño reloj de engranaje

que llevaba en el bolsillo.
—De hecho parece que va cinco minutos atrasado.
Me froté la cara y evalué mis opciones. No se trataba solo de que estuviera desalmado tras un breve viaje. Estaba guarro. Había caminado a buen paso bajo el sol veraniego, y luego había pasado días atrapado en un coche asfixiante. Aunque el maer no fuera una persona que juzgase las cosas únicamente por las apariencias, sí valoraba el decoro. No causaría una buena impresión si me presentaba sucio y apestoso.
El recuerdo de la jaula de hierro apareció espontáneamente en mi pensamiento, y decidí que no podía arriesgarme a causar una mala impresión. Y menos con la noticia que tenía que revelar.
—Necesito una hora como mínimo, Stapes. Si quiere, puedo reunirme con él a la sexta campanada.
Stapes adoptó una expresión rígida e indignada cuyo mensaje no dejaba lugar a dudas: no se cambiaba la hora de una cita con el maer Alveron. El te convocaba, y tú acudías. Funcionaba así, y punto.
—Stapes —dije con toda la cordialidad que pude—, míreme. Huélame. He recorrido quinientos kilómetros en el último ciclo. No me voy a presentar en el jardín cubierto de polvo del camino y apestando como un bárbaro.
Los labios de Stapes dibujaron una mueca de desaprobación.
—Le diré que está usted ocupado.
Llegaron más cubos de agua caliente.
—Dígale la verdad, Stapes —dije mientras empezaba a desabrocharme la camisa—. Estoy seguro de que lo comprenderá.
Después de lavarme con esmero, peinarme y vestirme adecuadamente, le envié al maer mi anillo de oro y una tarjeta que rezaba: «Conversación privada cuando le resulte conveniente».
Una hora más tarde, el mensajero volvió con una tarjeta del maer que rezaba: «Espera a que te llame».
Esperé. Envié a un chico a buscarme la cena, y luego esperé el resto de la noche. Al día siguiente no recibí ningún mensaje. Y como no sabía cuándo podía llegar la cita de Alveron, me quedé otra vez atrapado en mis habitaciones, esperando a que me llamara.
Me vino bien tener tiempo para recuperar horas de sueño y darme un segundo baño. Pero me preocupaba que las noticias de Levinshir llegaran antes de que hubiera hablado con Alveron. El hecho de que no pudiera bajar a Bajo Severen a buscar a Denna también era motivo de irritación.
Era víctima de la reprimenda silenciosa tan habitual en los círculos cortesanos. El mensaje del maer estaba clarísimo: «Cuando te llamo, acudes. Mis condiciones, o ninguna».
Era una actitud infantil que solo podía darse entre la nobleza. Con todo, yo no podía hacer nada. Así que le envié mi anillo de plata a Bredon. Bredon llegó a tiempo para cenar conmigo y me puso al día de los chismorreos de la temporada. Los rumores de la corte pueden ser terriblemente insípidos, pero Bredon los seleccionó y los aderezó con muy buen criterio.
La mayoría de los chismes giraban alrededor del precipitado noviazgo y boda del maer con la heredera de los Lackless. Por lo visto estaban perdidamente enamorados. Muchos sospechaban que ya había un bebé en camino. En la corte real de Renere también había mucho movimiento. El príncipe regente Alaitis había muerto en un duelo, y gran parte del farrel del sur se había sumido en el caos, pues ciertos nobles habían hecho todo lo posible para sacar partido de la muerte de un miembro de la corte de rango tan elevado.
También había rumores. Los hombres del maer se habían ocupado de unos bandidos que actuaban en una región remota del Eld. Al parecer se dedicaban a atacar a los

recaudadores de impuestos. Había malestar en el norte, donde sus gentes habían tenido que soportar una segunda visita de los recaudadores del maer. Pero al menos los caminos volvían a ser seguros, y los responsables habían recibido su justo castigo.
Bredon también mencionó un interesante rumor sobre un joven que había visitado a Felurian y había vuelto más o menos ileso, aunque con cierto aire fata. No era exactamente un rumor de la corte, sino más bien de esas cosas que oyes en las tabernas. Un rumor popular al que ninguna persona de alta alcurnia se dignaría prestar atención. Mientras hablaba, los ojos oscuros y penetrantes de Bredon chispeaban alegremente.
Coincidí en que esas habladurías eran muy vulgares, y que las personas refinadas como nosotros estábamos muy por encima de esas cosas. ¿Mi capa? Era bonita, ¿verdad? No recordaba exactamente dónde me la habían hecho. En algún lugar exótico. Por cierto, recientemente había oído una canción interesante sobre Felurian. ¿Le gustaría oírla?
También jugamos a tak, por supuesto. A pesar de que yo llevaba mucho tiempo sin acercarme al tablero, Bredon declaró que había mejorado mucho. Por fin estaba aprendiendo a jugar una hermosa partida.
Como podéis imaginaros, cuando Alveron volvió a citarme, acudí. Estuve tentado de llegar unos minutos tarde, pero me contuve, pues sabía que era demasiado arriesgado.
El maer paseaba a solas cuando me encontré con él en el jardín. Caminaba erguido, y parecía mentira que, poco tiempo atrás, hubiera necesitado de mi brazo o de un bastón.
—Kvothe —dijo esbozando una sonrisa cordial—, me alegro de que hayas encontrado tiempo para visitarme.
—Siempre es un placer, excelencia.
—¿Damos un paseo? —propuso—. A esta hora del día, hay una vista muy agradable desde el puente del sur.
Me puse a su lado y empezamos a andar entre los cuidados setos.
—Veo que vas armado —comentó el maer sin disimular su desaprobación.
Inconscientemente, llevé una mano al puño de Cesura. La llevaba atada al cinto y no colgada a la espalda.
—¿Supone eso algún inconveniente, excelencia? Tengo entendido que en Vintas todo hombre tiene derecho a ceñirse la espada.
—No es correcto —dijo, tajante.
—Creo que en la corte del rey en Renere ningún caballero osaría aparecer en público sin su espada.
—Pese a lo bien que hablas, no eres ningún caballero —me recordó Alveron con frialdad—. Harías bien en recordarlo.
No dije nada.
—Además, es una costumbre bárbara que, con el tiempo, le causará graves problemas al rey. No me importa cuál sea la costumbre en Renere, pero en mi ciudad, en mi casa y en mi jardín no te presentarás armado ante mí. —Giró la cabeza y me miró con dureza.
—Le ruego que me disculpe si lo he ofendido, excelencia. —Me paré y le ofrecí una reverencia más esmerada que la anterior.
Mi muestra de sumisión pareció aplacarlo. Sonrió y me puso una mano en el hombro.
—Puedes ahorrarte todo eso. Ven, mira la viuda de fuego. Las hojas pronto empezarán a cambiar de color.
Paseamos durante casi una hora, charlando amigablemente sobre cosas sin importancia. Me mostré indefectiblemente cortés y el humor de Alveron siguió mejorando. Si para mantenerme en buenas relaciones con él solo tenía que satisfacer su ego, lo consideraba un precio razonable a cambio de su mecenazgo.
—Permítame decirle que el matrimonio le sienta bien, excelencia.
—Gracias.—Dio una cabezada elegante—. Lo encuentro muy de mi agrado.

—Y ¿sigue bien de salud? —pregunté bordeando los límites de la conversación formal.
—Excelentemente —me respondió—. Otro beneficio de la vida matrimonial, sin duda. —Me miró dándome a entender que prefería que no insistiera sobre ese tema, al menos en un lugar tan público como aquel.
Seguimos caminando, saludando con la cabeza a los nobles con quienes nos cruzábamos. El maer hablaba de cosas intrascendentes y comentaba rumores de la corte. Yo le seguía la corriente, y aportaba mi parte a la conversación. Pero la verdad era que necesitaba poner fin a aquello cuanto antes y mantener una conversación más sincera en privado.
Sin embargo, también sabía que no podía forzar a Alveron a mantener determinada discusión. Nuestras charlas seguían un patrón y tenían su propio ritual. Si yo los violaba, solo conseguiría enojarlo. De modo que me tomé mi tiempo, olisqueé las flores y fingí que me interesaban las habladurías de la corte.
Al cabo de un cuarto de hora se produjo una pausa característica en la conversación. Era la señal que yo estaba.esperando: a continuación iniciaríamos una discusión. Después podríamos trasladarnos a algún sitio más reservado para hablar de asuntos importantes.
—Siempre he pensado —dijo Alveron por fin, introduciendo el tema del debate— que todos tenemos una pregunta que reposa en el centro mismo de quienes somos.
—¿A qué se refiere, excelencia?
—Creo que todos tenemos una pregunta que nos dirige. Una pregunta que nos mantiene despiertos por la noche. Una pregunta a la que damos vueltas como un perro que juguetea con un hueso. Si entiendes la pregunta de un hombre, estás más cerca de entender al hombre en sí. —Me miró de soslayo con una media sonrisa—. O eso he creído yo siempre.
Reflexioné un momento.
—Creo que estoy de acuerdo con usted, excelencia.
Alveron arqueó una ceja.
—¿Así de fácil? —Parecía un poco decepcionado—. Esperaba que ofrecieras un poco de resistencia.
Sacudí la cabeza y me alegré de que el maer me hubiera brindado la ocasión para introducir el tema que a mí me interesaba:
—Yo llevo años dándole vueltas a una pregunta, y espero seguir dándole vueltas unos cuantos años más. Por eso su afirmación me parece perfectamente lógica.
—¿En serio? —replicó Alveron con avidez—. ¿De qué se trata?
Me planteé contarle la verdad. Sobre mi búsqueda de los Chandrian y la muerte de mi troupe. Pero eso no era posible. Ese secreto todavía descansaba en el fondo de mi corazón, pesado como una gran roca alisada. Era algo demasiado personal para contárselo a alguien tan inteligente como el maer. Es más, revelaría mi sangre de Edena Ruh, un detalle que todavía no había hecho público en la corte del maer. El maer sabía que yo no pertenecía a la nobleza, pero no sabía que mi sangre fuera tan humilde.
—Debe de ser una pregunta de mucho peso para que tardes tanto en sopesarla —bromeó Alveron al verme vacilar—. Adelante, insisto. De hecho, te ofrezco un trato: una pregunta a cambio de otra. Quién sabe, tal vez nos ayudemos el uno al otro a contestarlas.
No habría podido esperar mejor disposición por parte del maer. Cavilé un momento, escogiendo las palabras con mucho cuidado.
—¿Dónde están los Amyr?
—Los Amyr de manos ensangrentadas —musitó Alveron para sí. Me echó una mirada de reojo—. Supongo que no te refieres a dónde están depositados sus cadáveres.
—No, excelencia —respondí sombríamente.
El maer adoptó una expresión pensativa.
—Interesante. —Respiré con alivio. Me había imaginado que el maer me daría una respuesta burlona, que me señalaría que los Amyr llevaban siglos muertos. Pero lo que dijo fue—:

¿Sabes que cuando era joven estudié mucho a los Amyr?
—¿De verdad, excelencia? —dije, sorprendido de mi buena suerte.
Alveron me miró, y el fantasma de una sonrisa se asomó a las comisuras de sus labios.
—No es tan sorprendente. De niño, yo quería ser uno de los Amyr. —Parecía ligeramente turbado—. No todas las historias son siniestras. Hicieron cosas importantes. Tomaron decisiones difíciles que nadie más quería tomar. Esas cosas asustan a la gente, pero yo creo que fueron una gran fuerza del bien.
—Eso mismo he creído yo siempre —admití—. Por curiosidad, ¿cuál era su historia favorita?
—La de Atreyon —respondió Alveron con una pizca de nostalgia—. Hacía tiempo que no pensaba en eso. Seguramente podría recitar de memoria los Ocho Juramentos de Atreyon. —Sacudió la cabeza y me lanzó una mirada—. ¿Y la tuya?
—La de Atreyon es demasiado sangrienta para mi gusto —confesé.
Alveron parecía divertido.
—Por algo los llamaban los Amyr de manos ensangrentadas —comentó—. Los tatuajes de los Ciridae no eran meramente decorativos.
—Cierto —concedí—. Sin embargo, prefiero la de sir Savien.
—Claro —dijo Alveron asintiendo con la cabeza—. Tú eres un romántico.
Caminamos un poco en silencio, doblamos un recodo y pasamos al lado de una fuente.
—De niño, estaba obsesionado con ellos—dijo Alveron por fin, como si confesara un secreto ligeramente vergonzoso—. Hombres y mujeres con todo el poder de la iglesia detrás. Y eso en una época en que todo el poder de Atur residía en la iglesia. —Sonrió—. Valientes, fieros y sin tener que rendirle cuentas a nadie, salvo a ellos mismos y a Dios.
—Y a los otros Amyr —puntualicé.
—Y, en última instancia, al pontífice —añadió Alveron—. Supongo que habrás leído la proclama en que los denunciaba.
—Sí.
Llegamos a un pequeño puente arqueado de madera y piedra; nos detuvimos en lo alto del arco y contemplamos el agua desde allí, viendo maniobrar lentamente a los cisnes en la corriente.
—¿Sabes qué descubrí cuando era joven? —me preguntó el maer.
Negué con la cabeza.
—Cuando me hice demasiado mayor para los cuentos infantiles sobre los Amyr, empecé a hacerme preguntas más específicas. ¿Cuántos Amyr había? ¿Cuántos eran nobles? ¿Cuántos caballos podían reunir para preparar una actuación armada? —Se volvió un poco hacia mí para calibrar mi reacción—. En esa época yo estaba en Felton. Hay allí una antigua mendaría atur donde se guardan los archivos eclesiásticos de todo el farrel del norte. Me pasé dos días examinando esos libros. ¿Sabes qué descubrí?
—Nada —respondí—. No descubrió nada.
Alveron se volvió y me miró. Su expresión delataba una sorpresa cuidadosamente controlada.
—Yo descubrí lo mismo en el Archivo de la Universidad —dije—. Parecía que alguien hubiera borrado la información sobre los Amyr. No toda, desde luego. Pero había muy pocos detalles sólidos.
Vi que las propias conclusiones del maer cobraban vida detrás de sus inteligentes ojos grises.
—Y ¿quién haría tal cosa?—preguntó.
—¿Quién podía tener mejores motivos para hacerlo que los propios Amyr? —dije—. Y eso significa que todavía están entre nosotros, en algún lugar.
—Y de ahí tu pregunta. —Alveron arrancó a andar, pero más despacio que antes—. ¿Dónde están los Amyr?

Salimos del puente y tomamos el sendero que bordeaba el estanque. El maer iba muy serio y pensativo.
—¿Me creerás si te digo que yo pensé lo mismo después de rebuscar en la mendaría? —me preguntó—. Pensé que los Amyr tal vez hubieran evitado ser llevados a juicio. Que tal vez se hubieran escondido. Pensé que tal vez siguiera habiendo Amyr en el mundo después de tanto tiempo, actuando en secreto por el bien mayor.
Noté que la emoción crecía en mi pecho.
—¿Qué descubrió? —pregunté con interés.
—¿Descubrir? —Alveron parecía sorprendido—. Nada. Mi padre murió ese año y me convertí en maer. Lo descarté como una fantasía infantil. —Miró más allá del agua y de los cisnes que se deslizaban suavemente por ella—. Pero si tú descubriste lo mismo a tanta distancia… —No terminó la frase.
—Y saqué la misma conclusión, excelencia.
Alveron asintió lentamente con la cabeza.
—Es inquietante pensar que pueda haber un secreto de tanta importancia. —Paseó la mirada por el jardín y los muros de su palacio—. Y en mis propias tierras. Eso no me gusta. —Se volvió de nuevo hacia mí y me miró con unos ojos limpios y penetrantes—. ¿Cómo te propones investigarlos?
Sonreí, un tanto contrito.
—Como ha señalado su excelencia, por muy bien que hable y por muy educado que sea, nunca seré un noble. Carezco de los contactos y los recursos para investigar esto tan concienzudamente como me gustaría. Pero si su nombre me abriera algunas puertas, podría investigar en muchas bibliotecas privadas. Podría acceder a archivos y registros demasiado privados o demasiado ocultos para ser expurgados…
Alveron asintió con la cabeza sin apartar la vista de mí.
—Me parece que te entiendo. A mi me gustaría mucho descubrir la verdad sobre este asunto.
Desvió la mirada al oír unas risas, mezcladas con los pasos de un grupo de nobles que se acercaban.
—Me has dado mucho en que pensar —dijo en voz más baja—. Seguiremos hablando de esto en un lugar más reservado.
—¿A qué hora quiere que nos encontremos, excelencia?
Alveron me lanzó una mirada escrutadora.
—Ven a mis aposentos esta noche. Y ya que no puedo darte una respuesta, déjame ofrecerte, a cambio, mi propia pregunta.
—Las preguntas me interesan casi tanto como las respuestas, excelencia.

138 Notas

Faltaban casi cinco horas para mi cita con el maer, y por fin era libre de ir a Bajo Severen a ocuparme de mis asuntos. Desde los elevadores, el cielo se veía tan limpio y azul que contemplarlo te partía el corazón. En eso pensaba cuando me dirigí a la posada Las Cuatro Candelas.
La taberna no estaba muy llena, de modo que no es de extrañar que el posadero me viera dirigirme hacia la escalera del fondo.
—¡Alto tú! ;—me gritó en mal atur—. ¡Paga! ¡Solo habitación para hombres que pagan!
Como no quería montar una escena, me acerqué a la barra. El posadero era un hombre delgado y grasiento con marcado acento de Lenatt. Le sonreí.
—Solo venía a visitar a una amiga. La huésped de la habitación número tres. Morena, con el pelo largo. —Acompañé mis palabras de un ademán—. ¿Sigue aquí?
—Ah —repuso él, y me miró con aire de complicidad—. La chica. ¿Se llama Dinay?
Afirmé con la cabeza; sabía que Denna cambiaba de nombre con la misma frecuencia con que otras mujeres cambiaban de peinado.
El posadero volvió a asentir.
—Sí. ¿Los ojos oscuros, bonitos? Se marchó ya mucho.
Me desanimé, pese a que no abrigaba muchas esperanzas de encontrarla allí después de tanto tiempo.
—¿Sabe adonde puede haber ido?
El posadero soltó una breve carcajada.
—No. Tú y los otros lobos vienen oliendo su rastro. Si supiera os haría pagar y sería rico. Pero no, sé nada.
—¿No me ha dejado ningún mensaje? —pregunté sin grandes esperanzas. No había encontrado ninguna carta ni ninguna nota aguardándome en el palacio del maer—. Ella esperaba que viniera a buscarla aquí.
—¿Sí? —dijo el posadero, burlón, y entonces hizo como si recordara algo—. Creo que encuentro una nota. Puede ser. Yo no leo muy bien. ¿Quieres ver? —Me sonrió.
Asentí con la cabeza, un poco más animado.
—Se marchó sin pago de habitación —dijo el posadero—. Diecisiete peniques y medio.
Saqué un disco de plata y se lo mostré. EJ posadero fue a cogerlo, pero yo lo dejé sobre la mesa y lo aguanté allí con dos dedos.
El posadero fue a la trastienda; al cabo de cinco largos minutos, volvió con un trozo de papel bien doblado en una mano.
—La encuentro —dijo triunfante, agitando la mano—. Aquí papel sirve para encender el fuego solo.
Miré el trozo de papel y se me alegró el corazón. Estaba doblado varias veces tal como yo había doblado la carta que le había entregado al calderero para que se la dejara a Denna. Si Denna había copiado mi truco, significaba que debía de haber leído mi nota y haberme dejado una respuesta. Con suerte, me diría adonde había ido. Cómo encontrarla. Deslicé la moneda hacia el posadero y cogí la nota.
Una vez fuera, fui hacia la sombra de un umbral empotrado. Era lo más parecido a la intimidad que podía conseguir en aquella Calle tan concurrida. Desdoblé el papel con cuidado y lo acerqué a la luz. El mensaje rezaba:

Denna:

He tenido que marcharme de la ciudad para hacerle un encargo a mi patrón. Pasaré un tiempo fuera, quizá varios ciclos. Ha sido imprevisto e inevitable; si no, habría hecho todo lo posible por verte antes de partir.

Lamento muchas de las cosas que dije la última vez que hablamos y me gustaría poder disculparme en persona.

Te buscaré a mi regreso.

Atentamente,

Kvothe

A la octava campanada me dirigí a los aposentos del maer. Dejé a Cesura en mis habitaciones, y sin ella me sentía como desnudo. Es curioso lo deprisa que uno se acostumbra a esas cosas.

Stapes me condujo hasta la salita del maer, y Alveron envió a su valet a invitar a Meluan a que se reuniera con nosotros cuando quisiera. Me pregunté, por curiosidad, qué pasaría si ella decidía no acudir a la cita. ¿La ignoraría el maer durante tres días, como silenciosa reprimenda?

Alveron se sentó en un diván y me miró con aire reflexivo.

—He oído algunos rumores relacionados con tu reciente viaje —dijo—. Algunos eran historias fantásticas cuya veracidad pongo en duda. Quizá quieras contarme qué pasó en realidad.

Al principio me extrañó que se hubiera enterado tan pronto de mis actividades cerca de Levinshir. Entonces comprendí que quería saber los detalles de nuestra persecución de los bandidos en el Eld, y sentí un gran alivio.

—Veo que Dedan no tuvo problemas para encontrarlo, excelencia.

Alveron asintió con la cabeza.

—Lamenté tener que enviarlo en mi nombre, excelencia. No es una persona muy sutil.

Alveron encogió los hombros.

—No tuvo consecuencias. Cuando vino a verme, ya no había necesidad de mantener la operación én secreto.

—Entonces, ¿le entregó mi carta?

—Ah, sí, la carta. —Alveron la sacó de un cajón—. Supuse que era una especie de chiste raro.

—¿Cómo dice, excelencia?

Me miró fijamente, y luego bajó la vista hacia mi carta.

—«Veintisiete hombres» —leyó en voz alta—. «Mercenarios con experiencia a juzgar por sus actos y su aspecto... Un campamento bien establecido, con fortificaciones rudimentarias.» —Levantó la cabeza—. No esperarás que me lo crea. Es imposible que vosotros cinco pudierais con tantos.

—Los sorprendimos, excelencia —dije con un comedimiento ligeramente petulante.

La expresión del maer se endureció.

—Mira, dejémonos de humor provinciano. Esto lo considero de muy mal gusto. Dime la verdad y acabemos ya.

—Le he dicho la verdad, excelencia. De haber sabido que me exigiría pruebas, habría dejado que Dedan le trajera un saco lleno de pulgares. Me costó una hora de bronca quitarle esa idea de la cabeza.

Eso no detuvo al maer como yo esperaba.

—Sí, quizá debiste permitírselo —dijo.

La situación dejó de parecerme cómica de golpe.

—Excelencia, si quisiera mentirle, escogería un relato más convincente. —Le dejé reflexionar sobre eso un momento—. Además, si lo único que quiere son pruebas, no tiene más que enviar a alguien a comprobarlo. Quemamos los cadáveres, pero los cráneos deben de seguir

allí. Puedo indicar en un mapa la localización exacta del campamento.
El maer cambió de táctica.
—Y ¿qué me dices de lo otro? De lo de su jefe. El hombre que ni siquiera se inmutó al recibir un flechazo en la pierna. El que se metió en su tienda y «desapareció».
—También es cierto, excelencia.
Alveron me miró largamente, y luego suspiró.
—Entonces te creo —dijo—. Pero son noticias extrañas y amargas —murmuró, casi como si hablara para sí.
—Desde luego, excelencia.
Me lanzó una extraña mirada calculadora.
—¿Qué opinas tú?
Antes de que pudiera contestar, se oyó una voz femenina en los aposentos exteriores. Alveron dejó de fruncir el ceño y se irguió en el asiento. Yo oculté una sonrisa detrás de la mano.
—Es Meluan —anunció Alveron—. Si no me equivoco, nos trae esa pregunta que te he mencionado antes. —Sonrió con picardía—. Creo que te gustará: es un asunto muy desconcertante.

139 Sin candado

Stapes acompañó a Meluan a la salita mientras Alveron y yo nos levantábamos. Iba vestida de gris y azul lavanda, y llevaba el cabello, castaño y rizado, recogido de forma que realzara su elegante cuello.
Seguían a Meluan dos sirvientes que cargaban con un baúl de madera. El maer tomó a su esposa por el codo mientras Stapes daba instrucciones a los sirvientes para que dejaran el baúl junto a la butaca de Meluan. El valet de Alveron los hizo salir rápidamente de la salita y me guiñó un ojo antes de cerrar la puerta tras él.
Todavía de pie, me volví hacia Meluan para saludarla con la reverencia de rigor.
—Me alegro de tener la ocasión de volver a verla... ¿milady? —No estaba seguro de cómo debía dirigirme a ella. Las tierras de los Lackless habían sido un condado independiente, pero eso había sido mucho antes de la rebelión sin sangre, cuando todavía controlaban Tinué. Además, su matrimonio con Alveron complicaba las cosas, pues yo ignoraba si existía una contrapartida femenina al título de maershon.
Meluan agitó una mano quitándole importancia al asunto.
—«Señora» es más que suficiente entre nosotros dos, al menos cuando no estemos en público. No necesito ceremonias por parte de una persona a la que tanto debo. —Le cogió la mano a su esposo—. Por favor, siéntese.
Hice otra reverencia y me senté, y observé el baúl con toda la indiferencia de que fui capaz. Era del tamaño de un tambor grande, hecho de madera de abedul bien ensamblada y reforzado con latón.
Sabía que lo correcto era iniciar una conversación intrascendente hasta que alguno de los dos sacara a colación el asunto del baúl. Sin embargo, me venció la curiosidad.
—Me habían dicho que iba a traernos usted una pregunta. Debede ser una pregunta de gran importancia, o de lo contrario no la guardaría con tanto celo.—Apunté con la barbilla al baúl.
Meluan miró a Alveron y rió como si su esposo acabara de hacer un chiste.
—Mi esposo me ha asegurado que usted nunca deja un rompecabezas sin resolver.
Esbocé una sonrisa un tanto avergonzada.
—Sí, eso va contra mi naturaleza, señora.
—No quiero que luche contra su naturaleza por mí. —Sonrió—. ¿Sería tan amable de acercarme el baúl?
Conseguí levantar el baúl sin lastimarme, pero si pesaba menos de sesenta kilos, soy poeta.
Meluan se inclinó hacia delante sin levantarse de la butaca.
—Lerand me ha contado el papel que desempeñó usted en nuestra unión. Se lo agradezco, y estoy en deuda con usted por ello. —Sus ojos castaño oscuro denotaban seriedad—. Sin embargo, también considero saldada gran parte de esa deuda por lo que me dispongo a mostrarle. Puedo contar con los dedos de las manos a las personas que han visto esto. Con deuda o sin ella, jamás se me habría ocurrido mostrárselo a usted si mi esposo no me hubiera garantizado su absoluta discreción. —Me miró de forma significativa.
—Le aseguro por mi mano que no hablaré con nadie de lo que vea —prometí tratando de disimular mi impaciencia.
Meluan asintió con la cabeza. Entonces, en lugar de sacar una llave, como yo esperaba, presionó los costados del baúl con ambas manos y deslizó ligeramente dos paneles. Se oyó un débil chasquido, y la tapa quedó entreabierta.
«Sin candado», me dije.

Al abrirse la tapa, reveló otro baúl más pequeño y más plano. Era del tamaño de una panera, y la placa de la cerradura de latón no tenía un ojo de cerradura propiamente dicho, sino solo un círculo. Meluan sacó algo que llevaba colgado al cuello de una cadena.
—¿Me permite ver eso? —pregunté.
—¿Cómo dice? —preguntó Meluan, sorprendida.
—Esa llave. ¿Me permite verla un momento?
—¡Maldita sea! —exclamó Alveron—. Pero si todavía no hemos llegado a la parte más interesante. ¡Te ofrezco el misterio de una eternidad y tú te quedas admirando el envoltorio!
Meluan me puso la llave en la mano, e hice un examen rápido pero concienzudo, dándole vueltas con los dedos.
—Me gusta abordar los enigmas capa a capa —expliqué.
—¿Como una cebolla? —se burló el maer.
—Como una flor —repliqué, y le devolví la llave a Meluan—. Gracias.
Meluan introdujo la llave y abrió la tapa del segundo baúl. Volvió a colgarse la cadena del cuello, la ocultó bajo la ropa y se arregló la ropa y el pelo, reparando cualquier desperfecto que la operación hubiera podido causarle a su aspecto. Todo eso le llevó una hora, o eso me pareció.
Por último, alargó una mano y levantó algo del baúl con ambas manos. Sosteniéndolo lejos del alcance de mi vista, detrás de la tapa abierta, me miró e inspiró hondo.
—Esto ha sido… —empezó.
—Déjale verlo, querida —intervino Alveron con amabilidad—. Siento curiosidad por saber qué piensa. —Rió un poco—. Además, temo que al chico le dé un síncope si le haces esperar un minuto más.
Con gran reverencia, Meluan me acercó un trozo de madera oscura del tamaño de un libro grande. Lo cogí con ambas manos.
Era una caja desmesuradamente pesada para su tamaño, de una madera lisa como la piedra pulida. Al pasarle las manos, descubrí que los costados estaban tallados. No de una forma marcada que atrajera de inmediato la vista, sino con tanta sutileza que mis dedos apenas detectaron el tenue dibujo de relieves y surcos en la madera. Deslicé las manos por la parte superior y descubrí un diseño similar.
—Tenías razón —dijo Meluan en voz baja—. Es como un crío con un regalo de Solsticio.
—Todavía no has visto lo mejor —replicó Alveron—. Espera y verás. Este chico tiene una mente como un martillo de hierro.
—¿Cómo se abre?—pregunté.
Le di vueltas con las manos y noté que algo se desplazaba en el interior. No se veían bisagras, ni siquiera una juntura que revelara la presencia de una tapa. De hecho, parecía un taco de madera maciza, oscura y pesada. Pero yo sabía que era una caja. Sentía que era una caja. Que esperaba ser abierta.
—No lo sabemos —dijo Meluan. Quizá hubiera continuado, pero su esposo la hizo callar con dulzura.
—¿Qué hay dentro? —Volví a inclinarla y noté que el contenido se desplazaba.
—No lo sabemos—repitió ella.
La madera ya era interesante por sí sola. Era lo bastante oscura para ser roah, pero tenía una veta de color rojo oscuro. Es más, parecía madera de lindera. Olía débilmente a… algo. Era un olor familiar que no acababa de identificar. Acerqué la cara a su superficie y aspiré hondo por la nariz. Algo parecido al limón, desesperadamente evocador.
—¿Qué madera es esta?
Su silencio fue respuesta suficiente.
Levanté la cabeza y miré al maer y a su esposa.
—No puede decirse que estén dispuestos a ayudarme mucho, ¿verdad? —Sonreí para

suavizar cualquier ofensa que mis palabras pudieran causarles.
Alveron se inclinó hacia delante.
—Debes admitir —dijo con una emoción débilmente velada— que esta es una pregunta excelente. Ya me has mostrado tu habilidad para resolver adivinanzas en otras ocasiones. —Sus ojos grises destellaron—. Dime, ¿qué adivinas sobre esto?
—Es una reliquia de familia —dije con soltura—. Muy antigua...
—¿Cuántos años crees que tendrá? —me cortó Alveron con ansia.
—Quizá tres mil años —respondí—. Más o menos. —Meluan, sorprendida, se puso en tensión—. ¿Me acerco a sus suposiciones?
Meluan asintió con la cabeza.
—Sin duda el tallado se ha desgastado con el uso después de tantos años.
—¿El tallado? —preguntó Alveron inclinándose un poco más.
—Es muy tenue —dije cerrando los ojos—. Pero lo noto.
—Yo no he notado nada.
—Ni yo —dijo Meluan. Parecía ligeramente ofendida.
—Tengo unas manos excepcionalmente sensibles—dije con sinceridad—. Son imprescindibles para mi trabajo.
—¿Tu magia? —preguntó Meluan con una pizca bien disimulada de sobrecogimiento infantil.
—Y mi música —dije—. ¿Me permite? —Meluan asintió con la cabeza; le cogí una mano y la apreté contra la parte superior de la caja—. Aquí. ¿No lo nota?
Meluan arrugó la frente, concentrada.
—Tal vez, un poco. —Apartó la mano—. ¿Está seguro de que es un tallado?
—Es demasiado regular para ser un accidente. ¿Cómo es posible que no lo hayan notado hasta ahora? ¿No se menciona en ninguna de sus historias? -
—A nadie se le ocurriría poner por escrito nada relacionado ton
la Caja Loeclos —dijo Meluan, sobresaltada—. ¿No le he dicho que este es el más secreto de los secretos?
Enséñamelo —dijo Alveron. Guié sus dedos por encima del di bujo. Alveron frunció el entrecejo—. Nada. Mis dedos deben de ser demasiado viejos. ¿Podrían ser letras?
Negué con la cabeza.
—Es un diseño fluido, como volutas. Pero no se repite, sino que cambia... —Se me ocurrió una idea—. Podría ser un nudo narrativo íllico.
—¿Sabes leerlo?—me preguntó Alveron.
Pasé los dedos por encima.
No sé suficiente íllico para leer los nudos, aunque tuviera la cuerda entre los dedos. —Negué con la cabeza—. Además, los nudos habrán cambiado en tres mil años. Conozco a algunas personas en la Universidad que podrían traducirlo.
Alveron miró a Meluan, pero ella negó enérgicamente con la cabeza.
—No pienso permitir que hable de esto con ningún desconocido.
Al maer pareció decepcionarle esa respuesta, pero no insistió. Se volvió hacia mí y dijo:
—Déjame plantearte tu propia pregunta otra vez: ¿qué clase de madera es?
Ha durado tres mil años —cavilé en voz alta—. Pesa mucho, pese a estar hueca. De modo que tiene que ser una madera lenta, como carpe o renelo. Su color y su peso me hacen pensar que contiene una buena cantidad de metal, como la roah. Seguramente hierro o cobre. —Encogí los hombros—. No puedo decir nada más.
—¿Qué hay dentro?
Reflexioné largo rato antes de contestar.
Algo más pequeño que un salero... —empecé. Meluan sonrió, pero Alveron frunció levemente el ceño, así que me apresuré—. Algo de metal, por cómo se desplaza el peso cuando inclino la caja. —Cerré los ojos y escuché el amortiguado golpeteo del contenido al

moverse en la caja. No. Por su peso, quizá sea de cristal o de piedra.
—Algo valioso—aportó Alveron.
Abrí los ojos.
No necesariamente. Ha adquirido valor porque es antiguo, y porque ha permanecido dentro de una misma familia mucho tiempo. También es valioso porque es un misterio. Pero ¿era valioso al principio? —Encogí los hombros—. ¿Quién sabe?

—Pero los objetos de valor se guardan bajo llave —señaló Alveron.
—Precisamente. —Levanté la caja, mostrándole su lisa superficie—. Esto no está guardado bajo llave. Es más, podría estar encerrado aquí por otros motivos. Podría ser algo peligroso.
—¿Por qué dices eso? —preguntó Alveron con curiosidad.
—¿Por qué tomarse tantas molestias? —protestó Meluan—. ¿Por qué guardar un objeto peligroso? Si algo es peligroso, lo destruyes. —Contestó su propia pregunta nada más articularla—. A menos que fuera valioso además de peligroso.
—Quizá fuera demasiado útil para destruirlo —sugirió Alveron.
—Quizá no pudiera ser destruido —aventuré.
—Y la última pregunta, que es la mejor —dijo Alveron inclinándose un poco más en el asiento—. ¿Cómo se abre?
Examiné la caja con detenimiento, le di vueltas con las manos, le apreté los costados. Pasé los dedos sobre el tallado buscando una juntura que mis ojos no hubieran detectado. La sacudí ligeramente, la olfateé, la puse a la luz.
—No tengo ni idea —confesé.
Alveron dejó caer un poco los hombros.
—Supongo que era esperar demasiado. ¿Y con un poco de magia?
Iba a decirle que esa clase de magia solo existía en las historias, pero vacilé.
—Ninguna que yo domine.
—¿Te has planteado alguna vez cortarla, sencillamente? —le preguntó Alveron a su esposa.
Meluan se mostró tan horrorizada como yo ante esa propuesta.
—¡Jamás! —exclamó nada más recuperar el aliento—. Esto es el origen de nuestra familia. Antes cubriría de sal hasta la última hectárea de nuestras tierras.
—Y con lo dura que es esta madera —me apresuré a decir—, seguramente estropearía eso que hay dentro. Sobre todo si se trata de algo delicado.
—Solo era una idea —dijo Alveron para tranquilizar a su esposa.
—Una idea muy poco meditada —dijo Meluan con brusquedad, e inmediatamente pareció lamentar sus palabras—. Lo siento, pero solo de pensarlo... —Dejó la frase en el aire, claramente consternada.
Alveron le dio unas palmaditas en la mano.
—Lo entiendo, querida. Tienes razón, ha sido una idea muy poco meditada.
—¿Puedo .guardarla ya? —le preguntó Meluan.

Le devolví la caja a Meluan de mala gana.
—Si tuviera cerradura, podría intentar forzarla, pero ni siquiera veo dónde pueden estar la bisagra o la juntura de la tapa. —«En una caja sin tapa ni candado / encierra Lackless las piedras de su amado.» Aquella cancioncilla infantil se repetía una y otra vez en mi cabeza, y no sé cómo me las ingenié para disfrazar mi risa de tos.
Alveron no pareció notarlo.
—Confío en tu discreción, como siempre. —Se levantó—. Por desgracia, me temo que ya he consumido gran parte de nuestro tiempo. Estoy seguro de que tienes otros asuntos que atender. ¿Quieres que nos reunamos mañana para hablar de los Amyr? ¿A la segunda campanada?

Me había levantado al mismo tiempo que el maer.
—Si le parece bien, excelencia, hay otro asunto del que me gustaría hablarle.
Me miró con seriedad.
—Espero que sea un asunto importante.
—Es urgente, excelencia —dije con nerviosismo—. Me temo que no puede esperar un día más. Lo habría mencionado antes si ambos hubiéramos tenido el tiempo y la intimidad necesarios.
—Muy bien. —Volvió a sentarse—. ¿Qué es eso que tanto te preocupa?
—Lerand —dijo Meluan con un leve deje de reproche—, es tarde. Hayanis debe de estar esperando.
—Que espere —replicó el maer—. Kvothe siempre me ha servido con lealtad. No hace nada a la ligera, y si lo ignoro, es solo en mi propio detrimento.
—Me halaga usted, excelencia. Se trata de un asunto grave. —Miré a Meluan—. Y también un poco delicado. Si la señora desea marcharse, quizá sería lo mejor.
—Si se trata de un asunto importante, ¿no debería quedarme? —preguntó ella con aspereza.
Le lancé una mirada interrogante al maer.
—Cualquier cosa que tengas que decirme puedes decírmela delante de mi esposa—declaró.
Vacilé. Necesitaba contarle a Alveron lo ocurrido con los falsos artistas de troupe. Estaba convencido de que si oía mi versión de los hechos primero, podría presentárselos de forma que proyectaran sobre mí una luz favorable. Si la noticia le llegaba antes por los canales oficiales, quizá no estuviera tan dispuesto a pasar por alto los hechos: que me había tomado la justicia por mi mano y había asesinado a nueve viajeros.
Pese a todo, lo último que quería era que Meluan estuviera presente mientras manteníamos esa conversación. Eso solo podía complicar la situación. Lo intenté una vez más:
—Es un asunto sumamente siniestro, excelencia.
Alveron negó con la cabeza y frunció ligeramente el ceño.
—No tenemos secretos entre nosotros.
Contuve un suspiro de resignación y saqué un grueso trozo de pergamino doblado de uno de los bolsillos interiores de mi shaed.
—¿Es esto uno de los títulos de mecenazgo concedidos por su excelencia?
Sus ojos grises lo examinaron someramente y revelaron cierta sorpresa.
—Sí. ¿'De dónde lo has sacado?
—Ay, Lerand —dijo Meluan—. Ya sabía que dejabas que los mendigos viajaran por tus tierras, pero nunca se me habría ocurrido pensar que también te rebajaras a patrocinarlos.
—Solo a unas pocas troupes —aclaró él—. Como corresponde a alguien de mi rango. Toda casa respetable tiene, como mínimo, unos pocos intérpretes.
—La mía, no —dijo Meluan, tajante.
—Es conveniente tener tu propia troupe —dijo Alveron con gentileza—. Y más conveniente aún tener varias. Así puedes escoger el espectáculo adecuado para acompañar cualquier acto que celebres. ¿De dónde crees que salieron los músicos que actuaron en nuestra boda?
Como la expresión de Meluan no se suavizaba, Alveron continuó:
—No les está permitido interpretar nada pagano o subido de tono, querida. Los tengo firmemente controlados. Y ten por seguro que, dentro de mi territorio, ninguna población dejaría actuar a ninguna troupe que no estuviera en posesión de algún título de mecenazgo.
Alveron me miró y prosiguió:
—Y eso nos devuelve al asunto de que hablábamos. ¿Cómo es que tenías su título? Esa troupe no podrá trabajar sin él.
No sabía cómo contestar. En presencia de Meluan, no estaba seguro de cuál era la mejor manera de abordar el tema. Yo tenía previsto hablar a solas con el maer.

—En efecto, excelencia. Los mataron.El maer no se sorprendió.
—Me lo imaginaba. Es lamentable, pero sucede de cuando en cuando.
Los ojos de Meluan destellaron.
—Pagaría para que eso sucediera más a menudo.
—¿Tienes idea de quién los mató? —me preguntó el maer.
—En cierto modo sí, excelencia.
El maer arqueó las cejas, expectante.
—¿Y bien?
—Los maté yo.
—¿Cómo dices?
Suspiré.
—Maté a los hombres que llevaban ese título, excelencia.
Se enderezó en el asiento.
—¿Qué?
—Habían secuestrado a un par de chicas de un pueblo por el que habían pasado. —Hice una pausa buscando una forma delicada de expresarlo delante de Meluan—. Eran jóvenes, excelencia, y los hombres no fueron piadosos con ellas.
La expresión de Meluan, que ya era dura hasta ese momento, se volvió fría como el hielo al oír eso. Pero antes de que pudiera decir nada, Alveron me preguntó, incrédulo:
—¿Y tú te tomaste la justicia por tu mano y los mataste? ¿A una troupe entera de artistas a los que yo había concedido una licencia? —Se frotó la frente—. ¿Cuántos eran?
—Nueve.
—Dios mío...
—Yo creo que hizo bien —dijo Meluan acaloradamente—. Propongo que le des una veintena de guardias y que le dejes hacer lo mismo con toda banda de liantes Ruh que encuentre en tus tierras.
—Querida —dijo Alveron con un deje de severidad—, yo no les tengo mucha más simpatía que tú, pero la ley es la ley. Cuando...
—La ley es lo que tú quieras que sea —lo interrumpió—. Este hombre te ha prestado un noble servicio. Deberías concederle feudo y título y ponerlo en tu consejo. ;
—Ha matado a nueve de mis súbditos —señaló Alveron con severidad—. Cuando los hombres se apartan del dominio de la ley, reina la anarquía. Si me hubiera enterado de esto de pasada, lo ahorcaría por bandido.
—Mató a nueve violadores Ruh. Nueve liantes ladrones y asesinos. Nueve Edena menos en el mundo es un gran favor para todos nosotros. —Meluan me miró—. Señor, creo que no hizo usted nada que no fuera correcto y adecuado.
Su elogio solo consiguió avivar el fuego que calentaba mi mal genio.
—No todos eran hombres, señora —le dije.
Meluan palideció un poco.
Alveron se frotó la cara con una mano.
—Dios mío. Tu sinceridad es como el hachazo de un leñador.
—Y debería mencionar —dije con seriedad—, si me lo permiten, que esos artistas a los que maté no eran Edena Ruh. Ni siquiera eran una troupe auténtica.
Alveron sacudió la cabeza, disgustado, y señaló con un dedo el título de mecenazgo que tenía delante.
—Aquí no dice eso. Dice que eran artistas de troupe, y Edena Ruh.
—Ese título lo habían robado, excelencia. Esa gente a la que encontré en el camino había matado a una troupe de Ruh y los había suplantado.
Alveron me miró con curiosidad.
—Pareces convencido de ello.

—Uno de ellos lo reconoció, excelencia. Admitió que solo se hacían pasar por Ruh.
Meluan parecía no poder decidir si aquella idea le producía más confusión o asco.
—¿Quién iba a fingir semejante cosa?
—Mi esposa tiene razón —coincidió Alveron—. Lo más probable es que te mintieran. ¿Quién no negaría tal cosa? ¿Quién admitiría voluntariamente ser un Edena Ruh?
Al oír eso noté que me ruborizaba, avergonzado de pronto por haber ocultado mi sangre de Edena Ruh todo ese tiempo.
—No pongo en duda que la troupe original fuera Edena Ruh, excelencia. Pero los hombres que yo maté no lo eran. Ningún Ruh haría las cosas que hicieron ellos.
Los ojos de Meluan emitían destellos furiosos.
—Usted no los conoce.
—Señora, me parece que los conozco bastante bien —la contradije mirándola a los ojos.
—Pero ¿por qué? —insistió Alveron—. ¿Por qué intentaría alguien en su sano juicio hacerse pasar por Edena Ruh?—Para viajar libremente —dije—. Y para gozar de la protección que ofrece su nombre, excelencia.
Alveron encogió los hombros rechazando mi explicación.
—Seguramente serían Ruh que se cansaron de trabajar honradamente y se dedicaron a robar.
—No, excelencia —insistí—. No eran Edena Ruh.
Alveron me lanzó una mirada llena de reproche.
—Vamos a ver, ¿quién puede distinguir a unos bandidos de una banda de Ruh?
—No hay ninguna diferencia —afirmó Meluan con vehemencia.
—Yo puedo distinguirlos, excelencia—dije acaloradamente—..
Yo soy Edena Ruh.
Silencio. En el rostro de Meluan se reflejaron la conmoción, la incredulidad, la rabia y, por último, la repugnancia. Se levantó, me miró como si fuera a escupirme en la cara y caminó envarada hasta la puerta. Se oyó un repiqueteo cuando su guardia personal se puso en posición de firmes y la siguió fuera de los aposentos del maer.
Alveron seguía mirándome con expresión severa.
—Si es una broma, es de muy mal gusto.
—No lo es, excelencia —dije tratando de controlar mi mal genio.
—Y ¿puedo saber por qué has creído necesario ocultármelo?
—No se lo he ocultado, excelencia. Usted mismo ha mencionado varias veces que estoy lejos de ser de noble cuna.
El maer golpeó con rabia el brazo de su butaca.
—¡Ya sabes a qué me refiero! ¿Por qué nunca mencionaste que eres un Ruh?
—Creo que el motivo es bastante obvio, excelencia—dije fríamente, esforzándome para no escupir las palabras—. Las palabras «Edena Ruh» tienen un olor demasiado intenso para muchas narices de la nobleza. Su esposa acaba de comprobar que ni su perfume puede taparlo.
—Mi esposa ha tenido malas experiencias con los Ruh en el pasado —dijo Alveron a modo de explicación—. Te conviene tenerlo en cuenta.
—Sé lo de su hermana. La trágica vergüenza de su familia. Se fugó y se enamoró de un artista de troupe. Qué calamidad —dije con tono mordaz. La rabia hacía que me hormigueara todo el cuerpo—. El sentido común de su hermana habla muy bien de su familia; la actitud de su esposa, no tanto. Mi sangre vale tanto como la de cualquier hombre, y más que la de la mayoría. Y aunque no fuera así, ella no tiene derecho a tratarme como lo ha hecho.
La expresión de Alveron se endureció.
—Yo creo que tiene derecho a tratarte como le parezca —dijo—. Lo que pasa es que le ha

sobresaltado tu repentina revelación. Dados sus sentimientos hacia vosotros, los liantes, creo que ha mostrado una circunspección considerable.

—Pues yo creo que a ella le escuece la verdad. Con la lengua de otro artista de troupe se la han llevado a la cama, y más deprisa que a su hermana.

En cuanto lo hube dicho supe que me había sobrepasado. Apreté los dientes para no soltar algo peor.

—Eso es todo —dijo Alveron con fría formalidad y la rabia reflejada en sus ojos.

Salí con toda la dignidad de que fui capaz. No porque no tuviera nada más que decir, sino porque si me hubiera quedado un solo momento más, Alveron habría llamado a los guardias, y no era así como yo deseaba hacer mutis.

140 Justas recompensas

A la mañana siguiente, cuando me estaba vistiendo, un mensajero me trajo un grueso sobre que llevaba el sello de Alveron. Me senté junto a la ventana y descubrí que dentro había varias cartas. La primera rezaba:

> Kvothe:
> He reflexionado y he decidido que tú sangre importa poco a la luz de los servicios que me has prestado.
> Sin embargo, me debo a otra persona cuya felicidad me importa más que la mía propia. Confiaba en poder mantener tus servicios, pero no puedo. Es más, dado que tu presencia es causa de una considerable aflicción para mi esposa, debo pedirte que me devuelvas mi anillo y te marches de Severen cuanto antes te resulte conveniente.

Paré de leer, me levanté y abrí la puerta de mis habitaciones. En el pasillo había una pareja de guardias de Alveron en posición de firmes.
—¿Señor? —dijo uno de ellos, extrañado al verme medio desnudo.
—Solo quería hacer una comprobación —dije, y cerré la puerta.
Volví a mi asiento y cogí de nuevo la carta.

> Respecto al asunto que ha precipitado estas desafortunadas circunstancias, creo que en general has actuado para proteger mis intereses y los de Vintas. De hecho, esta misma mañana me han informado de que un «caballero» pelirrojo llamado Kvothe devolvió sanas y salvas a dos jóvenes de Levinshir a sus familias.Como recompensa por tus diversos servicios, te ofrezco lo siguiente:
> En primer lugar, el perdón por los asesinatos cometidos cerca de Levinshir.
> En segundo lugar, una carta de crédito que te permitirá cargar a mis arcas el coste de tu matrícula en la Universidad.
> En tercer lugar, un título que te autoriza a viajar, actuar y representar lo que quieras dentro de mis tierras.
> Y por último, mi agradecimiento.

Maershon Lerand Alveron
Me quedé varios minutos sentado viendo revolotear a los pájaros en el jardín a través de la ventana. El sobre contenía todo lo que había mencionado Alveron. La carta de crédito era una verdadera obra de arte, firmada y sellada cuatro veces por Alveron y su tesorero.
El título era, si cabe, aún más precioso. Estaba redactado sobre una gruesa hoja de papel de vitela de color crema, firmado por el maer y estampado con el sello de su familia y el suyo propio.
Pero no era un título de mecenazgo. Lo leí concienzudamente. Por omisión, ponía de manifiesto que ni yo estaba al servicio del maer, ni teníamos ningún compromiso el uno con el otro. Con todo, me permitía viajar libremente y actuar bajo la protección de su nombre.
Era un documento que recogía un acuerdo extraño. ;
Ya había terminado de vestirme cuando volvieron a llamar a mi puerta. Suspiré creyendo

que serían otros guardias que venían a echarme de mis habitaciones.
Pero al abrir vi a otro mensajero. Llevaba una bandeja de plata con otra carta. Esa llevaba el sello de los Lackless. Junto a ella había un anillo. Lo cogí y le di vueltas con los dedos, desconcertado. No era de hierro, como yo esperaba, sino de una madera clara. El nombre de Meluan estaba grabado rudimentariamente con fuego en la cara interna.
Me fijé en que el chico nos miraba alternadamente al anillo y a mí con los ojos como platos. Y aún más importante: me fijé en que los guardias no lo miraban, o mejor dicho: hacían un gran esfuerzo por no mirarlo. Era esa forma de no mirar de cuando algo muy interesante te llama mucho la atención.
Le di mi anillo de plata al chico.
—Llévale esto a Bredon —dije—. Y no te entretengas.Bredon estaba mirando a los guardias cuando le abrí la puertn.
—Seguid así, muchachos —dijo, y, juguetón, le dio unos golpecitos con el bastón en el pecho a uno de ellos. La cabeza de lobo de plata repicó débilmente contra el peto del guardia, y Bredon sonrió como un tío bromista—. Todos nos sentimos más seguros sabiendo que estáis vigilando.
Entró, cerró la puerta y me miró arqueando una ceja.
—Dios misericordioso, chico, asciendes en el escalafón a pasos agigantados. Ya sabía que gozabas del favor del maer, pero que te haya asignado a dos de sus guardias personales... —Se llevó una mano al corazón y dio un suspiro teatral—. Pronto estarás demasiado ocupado para relacionarte con alguien como el pobre, desdichado y anciano de Bredon.
Esbocé una sonrisa.
—Me temo que no es tan sencillo. —Le mostré el anillo de madera—. Necesito que me expliques qué significa esto.
La jovialidad de Bredon se evaporó más deprisa que si le hubiera mostrado un cuchillo ensangrentado.
—Divina pareja —dijo—. Dime que esto te lo ha dado algún granjero anticuado.
Negué con la cabeza, y le puse el anillo en la mano.
Bredon lo examinó.
—¿Meluan? —preguntó en voz baja. Me devolvió el anillo y se sentó en una butaca, con el bastón sobre las rodillas. Había palidecido ligeramente—. ¿Te lo ha enviado la nueva esposa del maer? ¿Para citarte?
—No, para todo lo contrario —respondí—. También me ha enviado una carta encantadora. —Se la mostré con la otra mano.
Bredon alargó un brazo.
—¿Me dejas verla? —preguntó, y al instante retiró rápidamente la mano—. Lo siento. Ha sido muy grosero por mi parte pedirte...
—Me harías un gran favor si la leyeras —dije, y se la puse en la mano—. Necesito desesperadamente que me des tu opinión.
Bredon cogió la carta y empezó a leerla moviendo los labios. A medida que avanzaba, iba palideciendo más.
—La dama tiene un don para las frases elegantes —comenté.
—Eso no puede negarse —repuso Bredon—. Podría haber escrito esto con sanere.
—Creo que le habría gustado —dije—. Pero habría tenido que matarse para llenar la segunda página. —Se la entregué.
Bredon la cogió y siguió leyendo, cada vez más pálido.
—Que los dioses se apiaden de nosotros —dijo—. Pero ¿«excrecencia» es una palabra?— preguntó.
—Sí —confirmé.
Bredon terminó de leer la segunda página; volvió al principio y releyó despacio la carta. Por

último me miró.
—Si hubiera una mujer —declaró— que me amara con una décima parte de la pasión que esta dama siente por ti, me consideraría el hombre más afortunado del mundo.
—¿Qué significa esto?—pregunté sosteniendo el anillo en alto. Olía a humo. Meluan debía de haberle grabado su nombre esa misma mañana.
—¿Proviniendo de un granjero? —Bredon se encogió de hombros—. Muchas cosas, dependiendo de la madera. Pero aquí... Proviniendo de un noble... —Sacudió la cabeza sin saber qué decir.
—Tenía entendido que solo existían tres tipos de anillos en la corte —dije.
—Solo hay tres que se utilizan —dijo—. Solo hay tres que se envían y se exhiben. Antes enviabas anillos de madera para llamar a los criados. A los que eran demasiado humildes para recibir un anillo de hierro.
»Pero de eso hace mucho tiempo. Enviar a alguien de la corte un anillo de madera acabó convirtiéndose en un desaire terrible.
—Puedo soportar un desaire —dije con alivio—. He recibido desaires de mejores personas que ella.
—De eso hace más de cien años—dijo Bredon—. Las cosas han cambiado. El problema era que, una vez que los anillos de madera empezaron a verse como un desaire, a algunos sirvientes les ofendía recibirlos. Y como no quieres ofender al caballerizo mayor de tus establos, no le envías un anillo de madera. Pero si él no recibe un anillo de madera, quizá tu sastre se ofenda si lo recibe.
Asentí con la cabeza.
—Y así sucesivamente —dije—. Al final, a todos les ofendía recibir un anillo de madera.
—Exacto —confirmó Bredon—. Un hombre sabio y prudente procura estar en buenas relaciones con sus criados—dijo—. Hasta el chico que te trae la cena puede guardarte rencor, y existen miles de venganzas invisibles al alcance del más humilde de ellos. Los anillos
de madera ya no circulan. Seguramente nadie los recordaría de no ser porque se utilizan como recurso argumental en muchas obras de teatro.
Miré el anillo.
—De modo que soy más humilde que el chico que vacía los orinales.
Bredon carraspeó con timidez.
—Peor que eso. —Señaló el anillo—. Eso significa que para ella ni siquiera eres una persona. No mereces ser considerado un ser humano.
—Ah —dije—. Ya veo.
Me puse el anillo en un dedo y cerré la mano. La verdad es que me encajaba muy bien.
—No es un anillo para ponerse —dijo Bredon con turbación—. Es todo lo contrario de los otros anillos. —Me miró con curiosidad—. ¿Todavía tienes el de Alveron?
—Me ha pedido que se lo devuelva. —Cogí la carta del maer de encima de la mesa y se la enseñé a Bredon.
—«Cuanto antes te resulte conveniente» —leyó Bredon con una amarga risotada—. Eso revela más de lo que parece.
Dejó la carta.
—Sin embargo, seguramente sea mejor así. Si siguieras gozando de su favor, te convertirías en un campo de batalla para ellos: un grano de pimienta entre el mortero de la esposa y la mano de mortero del esposo. Te aplastarían con sus constantes discusiones.
Volvió a mirar el anillo de madera que yo llevaba en la mano.
—Supongo que no te lo habrá entregado en persona —dijo, esperanzado.
—No, me lo ha enviado con un muchacho. —Di un pequeño suspiro—. Los guardias también lo han visto.

Llamaron a la puerta. Fui a abrir, y otro mensajero me entregó una carta.
Cerré la puerta y miré el sello.
—Es de lord Praevek —dije.
Bredon sacudió la cabeza.
—Te juro que ese hombre se pasa el día con una oreja pegada a la cerradura o con la lengua dentro del culo de alguien.
Riendo, abrí la carta y la leí por encima.
—Me pide que le devuelva el anillo —dije—. Y está emborronada. Ni siquiera ha esperado a que se secara la tinta.
Bredon asintió.
—La noticia se está propagando, no cabe duda. No sería tan grave si Alveron no tuviera tan en cuenta a su esposa. Pero la tiene muy en cuenta, y ella ya ha dejado muy clara su opinión. Cualquiera que te trate mejor que a un perro recibirá sin duda el mismo desprecio que ella siente por ti. —Agitó la carta de Meluan—. Y un desprecio así tiene mucho camino que recorrer antes de perder fuerza.
Bredon señaló el cuenco de los anillos y soltó una risita áspera y desprovista de alegría.
—Ahora que empezabas a recibir anillos de plata...
Fui hasta el cuenco, saqué el anillo de Bredon y se lo di.
—Deberías llevártelo —dije.
Bredon tenía una expresión dolida, pero no hizo ademán de coger el anillo.
—Voy a marcharme pronto —dije—. Y no me gustaría que tu reputación quedara empañada por tu contacto conmigo. Sería imposible darte las gracias por la ayuda que me has prestado. Lo menos que puedo hacer es contribuir a minimizar el daño que pueda sufrir tu reputación.
Bredon vaciló, cerró los ojos y suspiró. Cogió el anillo con gesto de decepción.
—Ah —dije al recordar algo de pronto.
Fui al montón de historias calumniosas y saqué las páginas que describían las fiestas paganas de Bredon.
—Quizá encuentres esto divertido —comenté, y se las di—. Y ahora, creo que deberías marcharte. El simple hecho de estar aquí podría perjudicarte.
Bredon dio un suspiro y asintió con la cabeza.
—Lamento que no hayas tenido más suerte, chico. Si algún día vuelves por aquí, no dudes en pasar a visitarme. Estas cosas se olvidan tarde o temprano. —No paraba de mirar de reojo el anillo de madera que yo todavía llevaba puesto—. En serio, no deberías ponértelo.
Cuando Bredon se marchó, rescaté del cuenco el anillo de plata de Stapes y el anillo de hierro de Alveron y salí al pasillo.
—Voy a ir a ver a Stapes —dije a los guardias con educación—. ¿Os importaría acompañarme?
El más alto de los dos echó un vistazo al anillo que yo llevaba en el dedo; luego miró a su compañero y murmuró unas palabras de conformidad. Di media vuelta y eché a andar con la escolta detrás de mí.Stapes me hizo entrar en su salita y cerró la puerta. Sus habitaciones eran aún más lujosas que las mías, y muchísimo más acogedoras. También vi un gran cuenco lleno de anillos en una mesita. Eran todos de oro. El único anillo de hierro era el de Alveron, y Stapes lo llevaba puesto.
Quizá Stapes pareciera un tendero, pero tenía buena vista. Enseguida vio el anillo de madera en mi dedo.
—Así que se lo ha enviado —dijo meneando la cabeza—. No debería llevarlo puesto.
—No me avergüenzo de ser lo que soy —dije—. Si este es el anillo que le corresponde a un Edena Ruh, lo llevaré.
Stapes dio un suspiro y dijo:

—No es tan sencillo.
—Ya lo sé —repliqué—. No he venido para complicarle la vida. ¿Podría devolverle esto al maer de mi parte? —Le entregué el anillo de Alveron.
Stapes se lo guardó en un bolsillo.
—También quería devolverle esto. —Le entregué los dos anillos que me había dado, uno de reluciente plata, y el otro de hueso blanco—. No quiero provocar problemas entre usted y la nueva esposa de su amo.
Stapes asintió con la cabeza y cogió el anillo de plata.
—Podría tener problemas si se lo quedara —admitió—. Estoy al servicio del maer. Por lo tanto, he de estar atento a los juegos de la corte.
Entonces estiró un brazo, me cogió la mano y me colocó en ella, apretándolo, el anillo de hueso.
—Pero esto queda al margen de mi deber para con el maer. Es una deuda entre dos hombres. Los juegos de la corte no tienen nada que ver con eso. —Stapes me miró a los ojos—. Insisto en que lo conserve.
Cené tarde, solo, en mis habitaciones. Los guardias seguían esperando pacientemente en el pasillo mientras yo releía por quinta vez la carta del maer. Cada vez esperaba encontrar algún sentimiento clemente oculto entre líneas. Pero sencillamente no estaba.
Encima de la mesa reposaban los diversos documentos que me había enviado el maer. Vacié mi bolsa a su lado. Tenía dos reales de oro, cuatro nobles de plata, ocho peniques y medio e, inexplicable-
mente, un strehlán modegano, aunque ignoraba de dónde lo había sacado.
En total, algo menos de ocho talentos. Guardé las monedas junto a los documentos de Alveron. Ocho talentos, un indulto, un título de músico y mi matrícula de la Universidad pagada. No era una recompensa desdeñable.
Sin embargo, no podía evitar sentirme escasamente premiado. Había salvado a Alveron del envenenamiento, había descubierto a un traidor en su corte, le había conseguido una esposa y había limpiado sus caminos de un número no poco considerable de personajes peligrosos.
Y pese a todo eso, seguía sin tener un mecenas. Peor aún: en su carta, Alveron no mencionaba a los Amyr, ni el apoyo que había prometido darme para llevar a cabo mis investigaciones.
Pero enfadándome no iba a conseguir nada, y en cambio podía perder mucho. Volví a llenar la bosa y me guardé las cartas de Alveron en el compartimento secreto del estuche de mi laúd.
También afané tres libros que me había llevado de la biblioteca de Caudicus, pues nadie sabía que los tenía, y metí los anillos del cuenco en un saquito. En el armario había dos docenas de elegantes trajes hechos a medida. Valían sus buenos peniques, pero no habría sido fácil transportarlos. Cogí dos de los más bonitos y dejé los otros en su sitio.
Por último, me colgué Cesura al cinto y me ceñí el shaed con forma de capa larga. Esos dos objetos me confirmaban que el tiempo que había pasado en Vintas no había sido del todo infructuoso, aunque los hubiera obtenido por mí mismo y no con la ayuda de Alveron.
Cerré la puerta, soplé la llama de las lámparas y salté al jardín por una ventana. Luego, con un trozo de alambre, cerré la ventana y los postigos.
¿Una travesura? ¿Un delito menor? Quizá, pero no estaba dispuesto a salir del palacio del maer escoltado por sus guardias. Además, me divertía pensar en lo desconcertados que los dejaría mi huida, y reír es bueno para la digestión.
Salí del palacio sin que me viera nadie. El shaed era ideal para pasar desapercibido en la oscuridad. Tras buscar durante una hora, encontré a un encuadernador en Bajo Severen.Era un tipo desaliñado y desagradable con la moral de un perro salvaje, pero mostró auténtico

interés por el montón de historias calumniosas que los nobles habían ido enviándome a mis habitaciones. Me ofreció cuatro carretes a cambio del lote entero, y la promesa de diez peniques por cada ejemplar del libro que vendiera una vez que estuvieran impresos. Regateé hasta conseguir seis carretes y seis peniques por ejemplar, y nos estrechamos la mano. Salí de la tienda, quemé el contrato y me lavé las manos dos veces. Pero me quedé el dinero;

A continuación, vendí los dos trajes y dos de los libros de Caudicus. Con el dinero que había acumulado, me dirigí a los muelles, donde pasé varias horas hasta que encontré un barco que zarpaba al día siguiente hacia Junpui.

Cuando la noche cubrió la ciudad, me paseé por la zona alta de Severen con la esperanza de tropezarme con Denna. No fue así, naturalmente. Sabía que se había marchado hacía mucho. Las ciudades parecen diferentes cuando Denna está en ellas, y Severen parecía hueca como un huevo vaciado.

Tras varias horas de búsqueda infructuosa, paré en un burdel del muelle y me tomé unas copas en la taberna. No había mucho trabajo esa noche, y las mujeres estaban aburridas, así que las invité a todas a beber, y charlamos. Les conté unas cuantas historias, y ellas me escucharon. Toqué unas cuantas canciones, y me aplaudieron. Luego les pedí un favor, y rieron y rieron y rieron.

Así pues, vacié el saquito de anillos en un cuenco y los dejé encima de la barra. Las mujeres empezaron a probárselos y a discutir sobre quiénes se quedarían los de plata. Pagué otra ronda y me marché; mi humor había mejorado considerablemente.

Después paseé un rato sin rumbo fijo, y al final encontré un pequeño parque cerca del borde del Tajo, con vistas a Bajo Severen. Abajo, las lámparas titilaban con una luz anaranjada, mientras que aquí y allá una lámpara de gas o una lámpara simpática ardían con luz verde azulada o carmesí. El espectáculo me pareció tan impresionante como la primera vez que lo había visto.

Llevaba un tiempo contemplando las luces cuando me di cuenta de que no estaba solo. Había un hombre apoyado en un árbol, a escasos metros de mí, contemplándolas igual que yo. Desprendía un leve olor a cerveza, no del todo desagradable.

—Es bonita, ¿eh? —dijo, y por su acento supe que era un estibador

Le di la razón. Seguimos contemplando aquellos fuegos parpadeantes un rato. Me quité el anillo de madera del dedo y me planteé tirarlo por el precipicio. Pero al saberme observado, no pude evitar pensar que habría sido un gesto un tanto infantil.

—Dicen que un noble puede mear sobre medio Severen desde aquí —comentó el estibador.

Me guardé el anillo en un bolsillo del shaed. De recuerdo.

—Esos son los perezosos —repliqué—. Los que yo he conocido pueden mear mucho más allá.

141 Un viaje de regreso

El destino me sonrió en el viaje de regreso a la Universidad. Tuvimos buen viento y no surgieron incidentes. Los marineros habían oído hablar de mi encuentro con Felurian, así que durante toda la travesía disfruté de una modesta fama. Les toqué la canción que había escrito sobre aquella experiencia, y les conté la historia la mitad de las veces que me lo pidieron.

También les relaté mi estancia con los Adem. Al principio no se creyeron nada, pero entonces les enseñé la espada y derribé tres veces a su mejor luchador. Después de eso, me mostraron otra clase de respeto y me ofrecieron una amistad más sincera y más tosca.

Aprendí mucho de ellos durante mi viaje de vuelta a casa. Me contaron historias del mar y me enseñaron los nombres de las estrellas. Me hablaron del viento, del agua y de mujeres. Intentaron enseñarme a hacer nudos marineros, pero aunque no tenía un don para eso, sí demostré talento para deshacerlos.

Fue todo muy agradable. La amistad de los marineros, la música del viento en las jarcias, el olor a sudor y a sal y a brea. Con el paso de los días, esas cosas paliaron poco a poco la amargura que sentía por lo mal que me habían tratado el maer Alveron y su adorada esposa.

142 A casa

Finalmente atracamos en Tarbean, donde los marineros me ayudaron a buscar una litera barata en un barco de vela que se dirigía a Anilin, río arriba. Dos días más tarde desembarqué en Imre y fui a pie hasta la Universidad mientras la primera luz azulada del amanecer coloreaba el cielo.

Jamás en la vida he tenido un hogar. Pasé la infancia en el camino, viajando constantemente con mi troupe. El hogar no era un sitio, sino la gente y los carromatos. Más tarde, en Tarbean, tuve un lugar secreto donde confluían tres tejados que me resguardaban de la lluvia. Allí dormía y escondía unos cuantos objetos valiosos, pero no era un hogar.

Ese es el motivo de que jamás hubiera disfrutado de la sensación de regresar a casa tras un viaje. Pero aquel día la sentí al cruzar el Omethi; las piedras del puente, bajo mis pies, tenían un tacto familiar. Cuando llegué a lo más alto del arco del puente, divisé la silueta gris del Archivo alzándose entre los árboles.

Me reconfortó pisar las calles de la Universidad. Había pasado tres cuartas partes de un año fuera. En ciertos aspectos, parecía que hiciera mucho más, pero al mismo tiempo, allí todo tenía un aire tan familiar que era como si no hubiera transcurrido ni Un solo día.

Todavía era muy temprano cuando llegué a Anker’s, y la puerta estaba cerrada. Consideré la posibilidad de trepar hasta mi ventana, pero me lo pensé mejor porque llevaba el estuche del laúd y el macuto, y también a Cesura.

Opté por ir a las Dependencias y llamé a la puerta de Simmon. Era temprano, y sabía que lo despertaría, pero estaba impaciente por ver un rostro conocido. Tras esperar un minuto y no oír nada, volví a llamar, más fuerte, y ensayé mi sonrisa más desenvuelta.Sim abrió la puerta. Iba despeinado, tenía los ojos enrojecidos de dormir poco y me lanzó una mirada nublada. Al principio su expresión era de indiferencia, pero de pronto se abalanzó sobre mí y me estrujó con un abrazo.

—¡Por el carbonizado cuerpo de Dios! —dijo utilizando un lenguaje más subido de tono de lo habitual—. ¡Kvothe, estás vivo!

Sim lloró un poco, y luego me gritó un rato, y al final nos reímos y aclaramos las cosas. Por lo visto, Threpe se había informado de mis viajes más de lo que yo imaginaba, y cuando se enteró de que mi barco había naufragado, había supuesto lo peor.

Una carta habría bastado para solucionarlo, pero nunca se me había ocurrido enviarla. El concepto de escribir a casa me era completamente ajeno.

—Os dieron a todos por muertos —me explicó Sim—. La noticia se difundió por el Eolio, y adivina quién la oyó.

—¿Stanchion? —pregunté; sabía que era un chismoso tremendo.

Sim negó con la cabeza.

—Ambrose.

—Ah, genial —dije con aspereza.

—Habría sido duro saberlo por cualquiera —dijo Sim—. Pero saberlo por él fue mucho peor. Yo estaba convencido de que lo había organizado todo él para hundir tu barco. —Compuso una sonrisa forzada—. Esperó hasta justo antes de admisiones para darme la noticia. Como es lógico, hice un examen malísimo y pasé otro bimestre de E’lir.

—¿Pasaste? —dije—. ¿Has conseguido que te nombren Re’lar?

—Precisamente ayer. —Sim sonrió—. Estaba recuperándome de la celebración cuando me has despertado.

—¿Cómo está Wil?—pregunté—. ¿Encajó mal la noticia?

—Con mucha serenidad, como siempre. Pero aparte de eso... bueno, bastante mal. —Hizo una mueca—. Además, Ambrose le hacía la vida imposible en el Archivo. Wil se hartó y se fue a su casa un bimestre. Tiene que llegar hoy.
—¿Y los demás? —pregunté.
De pronto Sim recordó algo y se levantó.
—¡Dios mío! ¡Felá! —Entonces se sentó de golpe, como si le hubieran cortado las piernas—. Dios mío, Felá —dijo con un tono completamente diferente.—¿Qué? ¿Le ha pasado algo?
—Ella tampoco encajó bien la noticia. —Esbozó una trémula sonrisa—. Resulta que estaba bastante colada por ti.
—¿Felá? —pregunté, atontado.
—¿No te acuerdas? Wil y yo creíamos que le gustabas.
Parecía que hubiera pasado una eternidad.
—Sí, lo recuerdo.
—Bueno, verás —continuó Sim, un tanto turbado—. Durante tu ausencia, Wil y yo empezamos a pasar más tiempo con ella. Y... —Hizo un gesto impreciso y adoptó una expresión entre avergonzada y burlona.
Entonces lo entendí.
—¿Felá y tú? ¡Cuánto me alegro, Sim! —Sonreí de oreja a oreja, y entonces vi la expresión de Sim—. Ah. —La sonrisa se borró de mis labios—. Sim, yo jamás me interpondría entre tú y Felá.
—Ya lo sé. —Sonrió forzadamente—. Confío en ti.
Me froté los ojos.
—Esto es una bienvenida bárbara. Ni siquiera he pasado todavía por Admisiones.
—Hoy es el último día —señaló Sim. ,
—Lo sé —dije, y me levanté—. Antes tengo que hacer un recado.
Dejé mi equipaje en la habitación de Sim y fui a ver al tesorero, cuyo despacho estaba en el sótano del Auditorio. Riem era un individuo calvo y con cara de antipático al que había caído mal desde el día que los maestros me pusieron una matrícula negativa, en mi primer bimestre. No estaba acostumbrado a dar dinero en lugar de recibirlo, y aquella experiencia le había sentado muy mal.
Le enseñé mi carta de crédito de las arcas de Alveron. Como ya he dicho, era un documento impresionante. Firmado de puño y letra por el maer. Con sellos de cera. En papel de vitela. Con una caligrafía excelente.
Me aseguré de que el tesorero se fijaba en el hecho de que la carta del maer permitiría a la Universidad retirar cualquier cantidad de dinero necesaria para cubrir mi matrícula. Cualquier cantidad.
El tesorero leyó el documento y coincidió conmigo en que esas eran las condiciones estipuladas.
Era una pena que siempre me pusieran una matrícula tan baja, cavilé en voz alta. Nunca superaba los diez talentos. Qué lástima que laUniversidad desperdiciara una oportunidad así. Al fin y al cabo, el maer era más rico que el rey de Vint. Y estaba dispuesto a pagar cualquier cantidad...
Riem era un hombre perceptivo y entendió inmediatamente lo que yo estaba insinuando. Hubo una breve negociación; nos dimos la mano y le vi sonreír por primera vez.
Comí un poco y me puse a esperar en la cola con el resto de los estudiantes que todavía no tenían ficha de Admisiones. La mayoría eran alumnos nuevos, pero algunos optaban a la readmisión, como yo. Era una cola larga, y todos estábamos, en distinto grado, nerviosos. Me puse a silbar para matar el tiempo y le compré un pastel de carne y una taza de sidra caliente a un vendedor ambulante.
Cuando me planté en el cerco de luz ante la mesa de los maestros, causé cierta conmoción.

Habían oído la noticia y les sorprendió verme con vida; la mayoría se alegraron. Kilvin exigió que me presentara en el taller cuanto antes, y Mandrag, Dal y Arwyl discutieron sobre las asignaturas que debía estudiar. Elodin se limitó a saludarme con la mano; fue el único que no parecía impresionado por mi milagroso regreso del mundo de los muertos.
Tras un minuto de agradable caos, el rector controló la situación y dio comienzo mi entrevista. Contesté las preguntas de Dal sin muchas dificultades, y también las de Kilvin. Pero me equivoqué en el cifrado de Brandeur, y tuve que admitir que no sabía la respuesta a la pregunta de Mandrag sobre sublimación.
Dando un amplio bostezo, Elodin dejó claro que no iba a preguntarme nada. Lorren me hizo una pregunta asombrosamente fácil sobre las herejías de los menderos, y conseguí darle una respuesta rápida e inteligente. Para contestar la pregunta sobre el lacillium de Arwyl tuve que pensar largo rato.
Solo quedaba Hemme, que no había dejado de mirarme con rabia, frunciendo el entrecejo, desde que me había acercado a la mesa de los maestros. Para entonces, mi deslucida actuación y mis lentas respuestas le habían hecho amagar una leve sonrisa. Le brillaban los ojos cada vez que yo daba una respuesta incorrecta.
“—Vaya, vaya —dijo hojeando el montón de papeles que tenía delante—. No creí que tendríamos que volver a enfrentarnos con un alumno tan problemático como tú. —Me miró y esbozó una sonrisa falsa—. Me dijeron que habías muerto.
—A mí me dijeron que lleva usted un corsé de encaje rojo —dije con naturalidad—. Pero no me creo todos los chismes que oigo.Hubo gritos, y rápidamente me acusaron de Tratamiento Indecoroso a un Maestro. Como castigo, tendría que redactar una carta de disculpa y pagar una multa de un talento de plata. Era dinero bien empleado.
Pero era una falta, y en un mal momento, sobre todo después de mi deslucida actuación. En consecuencia, me pusieron una matrícula de veinticuatro talentos. No hará falta que diga que me llevé un gran disgusto.
Después volví a la tesorería. Le presenté oficialmente la carta de crédito de Alveron a Riem y recogí oficiosamente la parte que habíamos acordado: la mitad de todo a partir de diez talentos. Me guardé los siete talentos en la bolsa y me pregunté si alguna vez habrían pagado a alguien tan bien por insolencia e ignorancia.
Me dirigí a Anker’s, donde me alegró descubrir que nadie había informado de mi muerte al dueño. La llave de mi habitación estaba en el fondo del mar de Centhe, pero Anker tenía otra de repuesto. Subí y noté que me relajaba al ver el techo inclinado y la cama estrecha. Una fina capa de polvo lo cubría todo.
Quizá penséis que mi habitacioncita con su techo inclinado y su cama estrecha me parecía minúscula comparada con la lujosa suite del palacio de Alveron, pero os equivocáis. Me puse a vaciar mi macuto y a quitar las telarañas de los rincones.
Al cabo de una hora, había conseguido forzar la cerradura del baúl que había a los pies de la cama y había sacado todo lo que había guardado allí. Volví a descubrir mi reloj armónico a medio desmontar y jugueteé un poco con él, tratando de recordar si antes de marcharme me disponía a desmontarlo o a montarlo.
Luego, como no tenía ningún asunto más urgente, volví a cruzar el río. Pasé por el Eolio, donde Deoch me recibió con un entusiasta abrazo de oso que me levantó del suelo.
Después de tanto tiempo en el camino, tanto tiempo entre extraños y enemigos, había olvidado cómo era estar rodeado del calor de caras conocidas. Deoch, Stanchion y yo nos bebimos unas copas e intercambiamos historias hasta que fuera empezó a oscurece^ y entonces dejé que se ocuparan de sus asuntos.
Me paseé un poco por la ciudad y fui a algunas casas de huéspedes y tabernas que conocía. Pasé por dos o tres parques. Por un patio con un banco bajo un árbol. Deoch me dijo que llevaba un año sin ver ni la sombra de Denna. Pero incluso buscarla y no encontrarla era

reconfortante, en cierto modo. En cierto modo, ese parecía ser el fundamento de nuestra relación.
Esa noche, más tarde, trepé a los tejados de la Principalía y me paseé por aquel laberinto de chimeneas y parches de pizarra, teja y chapa que tan bien conocía. Al doblar una esquina, vi a Auri sentada en una chimenea, con el largo y fino cabello flotando alrededor de su cabeza, como si estuviera debajo del agua. Miraba fijamente la luna y balanceaba los pies descalzos.
Carraspeé débilmente, y Auri giró la cabeza. Saltó de la chimenea
y vino correteando por el tejado para detenerse a escasos pasos de mí.
Su sonrisa brillaba más que la luna.
—¡En Grillito se ha instalado toda una familia de erizos! —me dijo, emocionada.
Dio dos pasos más y me tomó una mano entre las suyas.
—¡Tienen unos bebés del tamaño de una bellota!—Tiró suavemente de mí—. ¿Quieres venir a verlos?
Asentí con la cabeza, y Auri me guió por el tejado hasta el manzano que usábamos para bajar al patio. Cuando llegamos allí, Auri miró el árbol, y luego me miró la mano, larga y bronceada, que ella todavía sujetaba con sus manitas blancas. No me la apretaba, pero me la asía con firmeza, y no me pareció que tuviera intención de soltarme.
—Te he echado de menos —dijo en voz baja, sin levantar la cabeza—. No vuelvas a marcharte.
—No tengo ninguna intención de marcharme —dije con ternura—. Tengo demasiadas cosas que hacer aquí.
Auri ladeó la cabeza y me escudriñó a través de la nube que formaba su pelo.
—¿Como venir a visitarme?
—Como venir a visitarte —confirmé.

143 Sin Sangre

Había una última sorpresa esperándome a mi regreso a la Universidad.
Ya llevaba unos días allí cuando volví a la Factoría. Aunque ya no necesitaba tanto el dinero, echaba de menos el trabajo. Dar forma a un objeto con las manos produce una extraña satisfacción. La buena artificería es como una canción solidificada. Es un acto de creación.
Me dirigí a Existencias con la idea de empezar algún proyecto sencillo, porque estaba desentrenado. Al acercarme a la ventana, vi una cara conocida.
—Hola, Basil —dije—. ¿Qué has hecho esta vez para que te pongan aquí?
—Manejo incorrecto de reactivos —murmuró Basil agachando la cabeza.
—Bah, eso no es grave —dije riendo—. Te soltarán dentro de un ciclo.
—Sí. —Levantó la cabeza y sonrió, abochornado—. Ya me había enterado de que habías vuelto. ¿Has venido a buscar tus beneficios?
Estaba haciendo una lista mental de todo lo que necesitaba para fabricar un embudo de calor, pero me paré en seco.
—¿Cómo dices?
Basil ladeó la cabeza.
—Tus beneficios —repitió—. Por el Sin Sangre. —Se quedó mirándome un momento, y luego lo entendió—. Claro, no sabes nada... —Se apartó un momento de la ventana y volvió con un objeto que parecía una lámpara de ocho caras hecha toda de hierro.
No era exactamente igual que el atrapaflechas que yo había construido. El mío era un prototipo, y no estaba tan pulido. Aquel, en cambio, era perfecto. Todas las piezas encajaban a la perfección, y es-taba recubierto con una fina capa de esmalte alquímico transparente que lo protegería de la lluvia y de la herrumbre. Era un detalle muy acertado; debí incluirlo en mi diseño original.
Por una parte me halagaba que a alguien le hubiera gustado lo suficiente mi diseño para copiarlo, pero por otra, me fastidiaba ver un atrapaflechas mucho más bonito y pulido que mi original. Me fijé en que las piezas tenían una uniformidad reveladora.
—¿Han hecho un juego de moldes? —pregunté.
—Sí, hace mucho tiempo. Dos juegos. —Me sonrió—. He de reconocer que es una obra muy inteligente. Me costó un poco entender cómo funcionaba el disparador de inercia, pero ahora que lo sé... —Se dio unos golpecitos en la frente—. Yo ya he construido dos. Se gana un buen dinero para el tiempo que llevan. No se pueden comparar con las lámparas marineras.
Eso me arrancó una sonrisa.
—Cualquier cosa es mejor que las lámparas marineras —coincidí, y cogí el atrapaflechas—. ¿Este es tuyo?
Basil negó con la cabeza.
—El mío se vendió hace un mes. No duran mucho. Fuiste muy astuto al ponerles un precio tan bajo.
Le di vueltas y vi una palabra grabada en el metal. Las letras estaban muy hundidas en el hierro, y eso indicaba que formaban parte del molde. Rezaban: «Sin Sangre».
Miré a Basil, que sonreía.
—Te marchaste sin ponerle un nombre adecuado —dijo—. Entonces Kilvin formalizó el esquema y lo registró. Necesitábamos llamarlo de alguna manera antes de empezar a venderlo. —Su sonrisa se desdibujó un poco—. Pero más o menos al mismo tiempo, llegó la noticia de que habías muerto en un naufragio. Kilvin acudió al maestro Elodin...

—Para que le pusiera un nombre adecuado —dije sin dejar de darle vueltas con las manos—. Claro.
—Kilvin protestó un poco —continuó Basil—. Opinaba que eran bobadas dramáticas. Pero se quedó con ese nombre. —Encogió los hombros, se agachó y revolvió un poco antes de reaparecer con un libro—. En fin, ¿quieres tus beneficios? —Empezó a pasar las hojas—. Ya debe de haberse acumulado una cantidad considerable. Muchos alumnos los fabrican.
Encontró la página que buscaba y pasó un dedo por la línea.
—Aquí está. Hasta ahora se han vendido veintiocho...—Basil —lo interrumpí—, no sé de qué me estás hablando, de verdad. Kilvin ya me pagó por el que fabriqué yo.
Basil frunció el entrecejo.
—Es tu comisión —dijo con naturalidad. Entonces, al ver que yo no entendía nada, añadió—: Cada vez que Existencias vende algo, la Factoría obtiene un treinta por ciento de comisión, y el propietario del esquema obtiene el diez por ciento.
—Yo creí que Existencias se quedaba el cuarenta —dije, sorprendido.
Basil encogió un hombro.
—Sí, casi siempre. Porque la mayoría de los esquemas viejos son propiedad de Existencias. Casi todos los artículos ya están inventados. Pero cuando se trata de algo nuevo...
—Manet nunca lo mencionó —dije.
Basil esbozó una sonrisa de disculpa.
—El viejo Manet es un percherón—dijo educadamente—. Pero no es la persona más innovadora del mundo. Lleva... ¿cuánto?, ¿unos treinta años aquí?, y no creo que tenga ni un solo esquema a su nombre. —Hojeó un poco el libro, leyendo las páginas por encima—. Casi todos los artífices serios tienen al menos uno, aunque solo sea por orgullo y aunque sea algo prácticamente inútil.
Empecé a calcular mentalmente.
—Pues el diez por ciento de ocho talentos por pieza... —murmuré, y levanté la cabeza—. ¿Tengo veintidós talentos esperándome?
Basil asintió señalando la entrada del libro.
—Veintidós con cuatro —dijo al mismo tiempo que sacaba un lápiz y un trozo de papel—. ¿Te lo llevas todo?
Sonreí.
Cuando roe marché a Imre, mi bolsa pesaba tanto que temí me provocara una cojera. Pasé por Anker’s, cogí mi macuto y me lo colgué del otro hombro para equilibrarme.
Me paseé por la ciudad y pasé por todos los sitios que Denna y yo habíamos frecuentado en el pasado. Me pregunté dónde podría estar.
Una vez completada mi búsqueda ritual, me dirigí a un callejón que olía a grasa rancia y subí una estrecha escalera. Llamé a la puerta de Devi, esperé un largo minuto y volví a llamar más fuerte.
Se oyó el sonido de un cerrojo al descorrerse y luego el de una 11ave al girar en la cerradura. La puerta se abrió un poco, y en la rendija asomó un solo ojo azul claro. Sonreí.
La puerta terminó de abrirse lentamente. Devi, plantada en el umbral, con los brazos pegados a los costados, me miraba pasmada.
—¿Qué? —dije arqueando una ceja—. ¿No vas a hacer ningún comentario ocurrente?
—No hago negocios en el rellano —dijo ella automáticamente, con una voz desprovista de toda entonación—. Tendrás que entrar.
Esperé, pero no se apartó del umbral. Por detrás de ella, me llegó un olor a canela y miel.
—¿Estás bien, Devi?
—Eres un... —Se quedó mirándome fijamente sin terminar la frase. Hablaba con una voz monótona y sin rastro de emoción—. Se supone que estás muerto.
—En esto, como en muchas otras cosas, lamento decepcionarte —dije.

—Estaba segura de que lo había conseguido —continuó Devi—. La baronía de su padre se llama Islas de los Piratas. Estaba segura de que lo había hecho porque le habíamos incendiado las habitaciones. En realidad fui yo quien les prendió fuego, pero eso él no podía saberlo. Tú eras el único al que había visto. Tú y ese amigo tuyo ceáldico.
Devi me miró, parpadeando bajo la luz. La renovera con cara de duendecillo siempre había tenido la piel muy clara, pero aquella era la primera vez que la veía pálida.
—Has crecido —dijo—. Casi se me olvidó lo alto que eres.
—A mí casi se me olvidó lo guapa que eres —repuse—. Pero no del todo.
Devi seguía plantada en el umbral, pálida y mirándome fijamente. Preocupado, di un paso adelante y apoyé una mano en su brazo. Ella no se apartó, como yo imaginaba que haría. Tan solo bajó la vista hacia mi mano.
—Te toca a ti hacer un chiste —bromeé—. Normalmente eres más rápida.
—Dudo que hoy pueda estar a la altura de tus agudezas —dijo.
—Nunca he creído que pudieras estar a la altura de mis agudezas —repliqué—. Pero me gusta bromear un poco de vez en cuando.
En Devi asomó la sombra de una sonrisa, y sus mejillas recobraron algo de color.—Eres un culo de burra —dijo.
—Eso ya está mejor —la animé, y la aparté de la puerta guiándola hacia la intensa luz de la tarde otoñal—. Sabía que podrías.
Fuimos juntos a una posada cercana, y con ayuda de un poco de cerveza y una comida abundante, Devi se recuperó de la conmoción de verme con vida. Al poco rato había recuperado su mordacidad, y nos lanzamos pullas por encima de nuestras tazas de sidra condimentada.
Después volvimos a su alojamiento detrás de la tienda del carnicero, donde Devi descubrió que se había olvidado de cerrar la puerta con llave.
—Tehlu misericordioso —dijo una vez dentro, y se puso a revisarlo todo, frenética—. Es la primera vez que me pasa.
Miré alrededor y vi que había muy pocos cambios en la habitación desde la última vez que la había visto, aunque la segunda estantería estaba mucho más llena. Revisé los títulos mientras Devi inspeccionaba los otros cuartos para comprobar que no faltaba nada.
—¿Quieres que te preste algún libro? —me preguntó cuando volvió a mi lado.
—No, gracias. De hecho, te he traído una cosa.
Dejé mi macuto encima del escritorio y rebusqué en él hasta que encontré un paquete plano y rectangular envuelto con tela encerada y atado con un cordel. Puse mi macuto en el suelo y el paquete encima de la mesa, deslizándolo hacia Devi.
Devi se acercó al escritorio con gesto indeciso; se sentó y desenvolvió el paquete. Dentro estaba la copia del Celum Tinture que había robado de la biblioteca de Caudicus. No era un libro especialmente raro, pero sí un recurso útil para una alquimista desterrada del Archivo. Aunque yo no entendía nada de alquimia, desde luego.
Devi se quedó mirándolo.
—Y esto, ¿qué significa? —me preguntó.
—Es un regalo —dije riendo.
Me observó con los ojos entrecerrados.
—Si crees que con esto conseguirás una ampliación de tu préstamo...
Negué con la cabeza.
—Pensé que te gustaría —dije—. En cuanto al préstamo... —Saqué mi bolsa y puse nueve sólidos talentos encima de la mesa.
—Muy bien —dijo Devi, un tanto sorprendida—. Por lo visto, alguien ha tenido un viaje provechoso. —Levantó la cabeza y me clavó la vista—. ¿Estás seguro de que no prefieres esperar hasta que hayas pagado la matrícula?

—Ya la he pagado.
Devi no hizo ademán de coger el dinero.
—No me gustaría dejarte en la miseria al inicio del nuevo bimestre —dijo.
Sopesé mi bolsa con una mano. Produjo un agradable tintineo, casi musical.
Devi sacó una llave y abrió el último cajón de su escritorio. Uno a uno, fue sacando mi ejemplar de Retórica y lógica, mi caramillo de plata, mi lámpara simpática y el anillo de Denna.
Lo apiló todo pulcramente en el escritorio, pero siguió sin coger las monedas.
—Todavía quedan dos meses para que se cumpla el plazo de un año y un día —dijo—. ¿Estás seguro de que no prefieres esperar?
Desconcertado, miré el dinero que estaba encima de la mesa, y luego eché un vistazo al alojamiento de Devi. De pronto lo comprendí, como si una flor se abriera en mi cabeza.
—Todo esto no lo haces por el dinero, ¿verdad? —dije, asombrado de haber tardado tanto en comprenderlo.
Devi ladeó la cabeza.
Señalé las estanterías, la cama con dosel de terciopelo, a Devi. Hasta entonces nunca me había fijado, pero si bien la ropa que llevaba era sencilla, el corte y la tela eran tan elegantes como los de cualquier noble.
—Esto no tiene nada que ver con el dinero —repetí. Miré los libros de Devi. Aquella colección debía de valer quinientos talentos como mínimo—. Utilizas el dinero como cebo. Se lo prestas a tipos desesperados que podrían serte útiles, y luego confías en que no puedan saldar su deuda contigo. En realidad negocias con favores.
Devi rió un poco.
—El dinero no está mal —dijo; le brillaban los ojos—. Pero el mundo está lleno de cosas que la gente no vendería nunca. Los favores y la obligación valen muchísimo más.
Miré los nueve talentos que relucían sobre la mesa.
—No tienes ninguna cantidad mínima, ¿verdad? —pregunté, aunque ya sabía la respuesta —. Eso solo me lo dijiste para que me viera obligado a pedirte prestado más dinero. Confiabas en que me cavara un hoyo demasiado hondo y que no pudiera devolverte el préstamo.
Devi sonrió radiante.
—Bienvenido a la partida —dijo mientras empezaba a recoger las monedas—. Gracias por jugar.

144 Espada y shaed

Con la bolsa llena a reventar y la carta de crédito de Alveron que me aseguraba la matrícula, el bimestre de invierno fue más despreocupado que un paseo por el jardín.
Resultaba extraño no tener que vivir como un avaro. Tenía ropa de mi talla y podía permitirme llevarla a que me la lavaran. Podía tomar café o chocolate siempre que quisiera. Ya no tenía que trabajar como un condenado en la Factoría y podía pasar el rato haciendo experimentos simplemente para satisfacer mi curiosidad o realizar proyectos simplemente por placer.
Después de casi un año fuera, tardé un tiempo en volver a adaptarme a la Universidad. Me costaba acostumbrarme a no llevar la espada. Pero allí eso estaba mal visto, y sabía que me habría causado problemas y que no valía la pena.
Al principio dejaba a Cesura en mi habitación, pero yo sabía mejor que nadie lo fácil que habría sido entrar y robarla. La tranca solo habría mantenido alejado a un ladrón muy remilgado. Otro más pragmático habría podido limitarse a romper mi ventana y largarse de allí en menos de un minuto. Puesto que la espada era literalmente irreemplazable, y como había prometido guardarla a salvo, no tardé mucho en buscarle un escondite en la Subrealidad.
En cambio, sí dejé a mano el shaed, porque podía cambiarle la forma fácilmente. Ya casi nunca ondeaba por su cuenta. Normalmente ni siquiera se movía en la medida en que parecía exigirlo el fuerte viento. Quizá penséis que la gente debería haberlo notado, pero no fue así. Ni siquiera Wilem y Simmon, que se burlaban del cariño que le tenía, hicieron ninguna observación sobre mi capa, aparte de comentar que era una prenda asombrosamente versátil.De hecho, Elodin fue el único que se fijó en la peculiaridad de mi shaed.
—¿Qué es eso? —exclamó cuando nos cruzamos en un pequeño patio delante de la Principalía—. ¿Desde cuándo vas shaedado?
—¿Cómo dice? —pregunté.
—Tu capa, hombre. Tu capa multiforme. ¿De dónde demonios has sacado un shaed? —Confundió mi sorpresa con ignorancia—. ¿Acaso no sabes qué es eso que llevas?
—Sé lo que es —contesté—. Lo que me sorprende es que lo sepa usted.
Elodin me miró ofendido.
—Sí no supiera distinguir una capa feérica a unos metros de distancia, no sería un gran nominador. —Cogió una esquina del shaed entre dos dedos—. Es preciosa. He aquí una obra de magia antigua de las que raramente se ven hoy en día.
—De hecho es una obra de magia muy nueva —dije.
—¿Qué quieres decir?
Como era evidente que mi explicación conllevaría una larga historia, Elodin me condujo a una taberna pequeña y acogedora que yo no conocía. De hecho, no sé si llamarla taberna. No estaba abarrotada de estudiantes parlanchines ni olía a cerveza. Estaba poco iluminada y silenciosa; tenía los techos bajos y había cómodos butacones repartidos por toda la sala. Olía a cuero y vino viejo.
Nos sentamos cerca de un radiador encendido y nos tomamos una sidra dulce servida caliente y especiada mientras le relataba toda la historia de mi involuntario viaje a Fata. Sentí un alivio tremendo. Todavía no había podido contárselo a nadie por temor a que toda la Universidad se riera de mí.
Elodin resultó un público sorprendentemente atento y se interesó especialmente por el

combate que habíamos mantenido Felurian y yo cuando ella intentó doblegarme. Cuando terminé de contarle la historia, me acribilló a preguntas. ¿Recordaba qué había dicho para llamar al viento? ¿Qué había sentido? Ese extraño estado de alerta que describía, ¿era como estar borracho, o más bien como estar en estado de shock?
Contesté lo mejor que pude, y al final Elodin se reclinó en el respaldo asintiendo con la cabeza en silencio.
—Que un alumno vaya a perseguir el viento y lo atrape es una buena señal —dijo con aprobación—. Ya lo has llamado dos veces. A partir de ahora, cada vez será más fácil.
—Tres veces, en realidad —lo corregí—. Volví a encontrarlo mientras estaba en Ademre.
Elodin rió.
—¡Lo perseguiste hasta el borde del mapa!—dijo haciendo un amplio ademán con la mano izquierda abierta. Perplejo, caí en la cuenta de que aquel era el signo adem de respeto y asombro—. ¿Qué sentiste? ¿Crees que podrías encontrar otra vez su nombre si lo necesitaras?
Me concentré y traté de dirigir mi mente hacia la Hoja que Gira. Había pasado un mes desde la última vez que lo intentara, y había recorrido más de mil kilómetros, y no me fue fácil sumir mi mente en aquel vacío extraño y vertiginoso.
Al final lo conseguí. Miré alrededor con la esperanza de ver el nombre del viento como quien ve a un viejo amigo. Pero allí solo había motas de polvo arremolinándose en un rayo de sol que entraba sesgado por una ventana.
—¿Y bien? —preguntó Elodin—. ¿Podrías llamarlo silo necesitaras?
—Tal vez —dije, vacilante.
Elodin asintió con la cabeza para indicar que lo entendía.
—Pero seguramente no podrías llamarlo si alguien te lo pidiera, ¿verdad?
Afirmé con la cabeza, un tanto compungido.
—No te desanimes. Así tendremos algo en que trabajar. —Sonrió alegremente y me dio unas palmadas en la espalda—. Pero creo que tu historia revela algo más de lo que tú crees. Hiciste algo más que llamar al viento. Por lo que me cuentas, creo que lo que llamaste fue el propio nombre de Felurian.
Reflexioné. Mis recuerdos de la temporada que había pasado en Fata eran fragmentarios, y más aún los de mi confrontación con Felurian, que tenían un extraño carácter onírico. Cuando intentaba recordarla con detalle, casi parecía que le hubiera sucedido a otra persona.
—Supongo que es posible.
—Es más que posible —me aseguró—. Dudo mucho que una criatura tan antigua y tan poderosa como Felurian pudiera ser sometida solo con el viento. Y no lo digo para quitarle méritos a tu logro —se apresuró a añadir—. Llamar al viento es algo que solo consigue un estudiante de entre mil. Pero nombrar a un ser vivo, y especialmente a un ser fata... —Me miró arqueando las cejas—. Eso es harina de otro costal.—¿Por qué es tan diferente el nombre de una persona? —pregunté, y a continuación respondí mi propia pregunta—: Por la complejidad.
—Exacto —confirmó Elodin. Mi lucidez pareció emocionarlo—. Para nombrar una cosa debes comprenderla por entero. Una piedra o una ráfaga de viento ya son bastante difíciles. Una persona... —Dejó la frase en el aire.
—No me atrevo a afirmar que comprendiera a Felurian —dije.
—Una parte de ti sí la comprendió —insistió él—. Tu mente dormida. Es bastante inusual. Si hubieras sabido lo difícil que era, jamás lo habrías conseguido.
Como la pobreza ya no me obligaba a trabajar horas y horas en la Factoría, tenía libertad para estudiar más que antes. Seguí asistiendo a mis clases de simpatía, medicina y artificería, y luego añadí química, herbología y anatomía femenina comparada.

Mi encuentro casual con la caja de los Lackless había despertado mi curiosidad, e intenté aprender algo sobre los nudos narrativos íllicos. Pero pronto descubrí que la mayoría de los libros sobre Yll eran de historia y no de lingüística, y no aportaban información de cómo leer un nudo.

Así que registré los Catálogos Muertos y hallé un único estante con libros abandonados relacionados con Yll en una de las partes más tenebrosas, con techos muy bajos, de los sótanos más profundos. Y mientras buscaba un sitio donde sentarme a leer, descubrí una pequeña habitación escondida detrás de unas estanterías.

No era un rincón de lectura, como yo había sospechado. Dentro había cientos de carretes enormes de madera a los que se arrollaban cuerdas anudadas. No eran libros, exactamente, sino su equivalente íllico. Una fina capa de polvo lo cubría todo, y me dio la impresión de que hacía décadas que nadie entraba allí.

Siento una gran debilidad por las cosas secretas. Pero me percaté rápidamente de que era imposible leer los nudos sin saber íllico. En la Universidad no había clases de íllico, y después de preguntar un poco me enteré de que ninguno de los guilers del maestro lingüista sabía más de unas cuantas palabras sueltas.

Eso no me sorprendió mucho teniendo en cuenta que Yll había quedado prácticamente arrasada bajo las botas de hierro del imperio Atur. Lo poco que quedaba de ella estaba habitado mayoritariamente por las ovejas. Y si te ponías de pie en medio del país, podías lanzar una piedra al otro lado de la frontera. Sin embargo, fue un decepcionante final para mi búsqueda.

Entonces, unos días más tarde, el maestro lingüista me llamó a su despacho. Se había enterado de que había estado haciendo averiguaciones, y resultó que él tenía buenos conocimientos de íllico. Se ofreció para darme clases particulares, y yo acepté de buen grado su ofrecimiento.

Desde mi llegada a la Universidad, solo había visto al maestro lingüista durante los exámenes de admisiones y cuando había tenido que presentarme ante las astas del toro por motivos disciplinarios. Cuando actuaba como rector, el maestro Herma era bastante severo y formal. Pero cuando no estaba sentado en la silla del rector, era un profesor asombrosamente hábil y amable. Era ingenioso y tenía un sentido del humor asombrosamente irreverente. La primera vez que me contó un chiste verde, me quedé petrificado.

Elodin no daba clases ese bimestre, pero empecé a estudiar nominación con él en privado. Ahora que ya entendía que su locura seguía un método, todo iba mucho mejor.

El conde Threpe se llevó una gran alegría al verme vivo y dio una fiesta de resurrección donde me exhibió con orgullo ante la nobleza de la región. Me encargué un traje a medida para la ocasión, y en un arrebato de nostalgia pedí que me lo hicieran de los colores de mi antigua troupe: el verde y gris de los hombres de lord Greyfallow.

Después de la fiesta, mientras nos tomábamos mano a mano una botella de vino en su salón, le conté mis aventuras a Threpe. No le hablé de la historia de Felurian, porque sabía que no me creería. Tampoco pude contarle gran parte de lo que había hecho al servicio del maer. Por lo tanto, Threpe creyó que Alveron había sido muy generoso al recompensarme, y yo no se lo discutí.

145 Historias

Ambrose había estado afortunadamente ausente durante el bimestre de invierno, pero cuando llegó la primavera, volvió como una especie de odiosa ave migratoria. No fue casualidad que el día después de su regreso me saltara todas las clases y me pasase toda la jornada fabricándome un nuevo gram.

Tan pronto como se derritió la nieve y el suelo volvió a estar firme, reanudé la práctica del Ketan. Como recordaba lo extraño que me había parecido la primera vez que lo había visto, me iba al bosque del norte de la Universidad, donde podía realizar los movimientos sin ser visto.

Al inicio del bimestre de primavera hubo otra ronda de admisiones. Me presenté al examen con una fuerte resaca y fallé varias preguntas. Me pusieron una matrícula de dieciocho talentos con cinco, con lo que gané cuatro talentos y algo de cambio tras pasar a visitar al tesorero.

Las ventas del Sin Sangre habían disminuido durante el invierno, porque había menos comerciantes que visitaban la Universidad. Pero cuando la nieve se derritió y los caminos se secaron, los pocos que quedaban en Existencias se vendieron rápidamente, procurándome otros seis talentos.

No estaba acostumbrado a disponer de tanto dinero, y he de admitir que se me subió un poco a la cabeza. Poseía seis trajes de mi talla, y más papel del que podía utilizar. Compré una tinta excelente de Arueh y mi propio juego de herramientas de grabado. Tenía dos pares de zapatos. Dos.

Encontré un panléxico íllico, viejísimo y destrozado, enterrado en una librería de Imre. Estaba lleno de dibujos de nudos, y el librero creía que era el diario de un marinero. Se lo compré por solo un talento y medio. Poco después adquirí un ejemplar de la Heroborica, y luego una copia del Termigus techina que podría usar como referencia mientras diseñaba esquemas en la privacidad de mi propia habitación.

Invitaba a cenar a mis amigos. Auri disponía de vestidos nuevos y cintas de colores para el pelo. Todo eso, y seguía teniendo dinero en la bolsa. Qué raro. Qué maravilloso.

Hacia la mitad del bimestre empecer a oír historias que me sonaban. Historias sobre cierto aventurero pelirrojo que había pasado la noche con Felurian. Historias sobre un joven y gallardo arcanista con todos los poderes de Táborlin el Grande. Habían tardado meses, pero mis hazañas en Vintas habían llegado por fin, de boca a oreja, hasta la Universidad.

Quizá sea cierto que cuando por fin oí esas historias, alargué un poco mi shaed y me lo puse más a menudo que antes. También podría ser que pasara más tiempo del debido en las tabernas los ciclos siguientes, merodeando en silencio y escuchando lo que se decía. Hasta es posible que llegara a aportar algún detalle.

Al fin y al cabo, era joven, y era natural que me deleitara con mi notoriedad. Creía que con el tiempo se pasaría. ¿Por qué no iba a divertirme un poco con las miradas de soslayo que me lanzaban mis compañeros de clase? ¿Por qué no disfrutar de ello mientras durara?

Muchas de las historias giraban en torno a la persecución de los bandidos y el rescate de las chicas. Pero ninguna se acercaba mucho a la verdad. No hay historia que pueda recorrer más de mil kilómetros de boca a oreja y guardar su forma original.

Los detalles variaban, pero la mayoría seguían una trama familiar: unas muchachas necesitaban que las rescataran. A veces un noble me contrataba. Otras, lo hacía un padre preocupado, un alcalde consternado o un alguacil incompetente.

La mayoría de las veces salvaba a dos muchachas. A veces solo a una, y a veces eran tres.

Eran íntimas amigas. Eran madre e hija. Oí una que hablaba de siete mujeres, todas hermanas, todas princesas hermosas, todas vírgenes. Ya os imagináis a qué clase de historia me refiero.
También había gran diversidad respecto a quién había secuestrado a las chicas. La mayoría de las veces eran bandidos, pero también había tíos malvados, madrastras y engendros. Una historia daba un giro sorprendente y me hacía rescatarlas de unos mercenarios adem. Hasta hubo un par de ogros.
Aunque en alguna ocasión rescataba a las chicas de una troupe de artistas itinerantes, me enorgullece decir que nunca oí ninguna historia en que las hubieran secuestrado los Edena Ruh.
Normalmente la historia tenía uno de dos finales. En el primero, peleaba como un verdadero Príncipe Azul y combatía espada contra espada hasta que todos morían, huían o, de una manera muy apropiada, se arrepentían. El segundo final era más popular. En él invocaba al fuego y al rayo del cielo al más puro estilo de Táborlin el Grande.
En mi versión favorita de la historia, conocía a un bondadoso calderero en el camino. Compartía con él mi cena, y él me hablaba de dos niñas a las que habían secuestrado de una granja cercana. Antes de marcharme, el calderero me vendía un huevo, tres clavos de hierro y una capa andrajosa que me volvía invisible. Con esos tres artículos y mi considerable ingenio conseguía salvar a las niñas de las garras de un astuto y hambriento trol.
Pero aunque circulaban muchas versiones de esa historia, la de Felurian era mucho más popular. La canción que había compuesto también había hecho el viaje hasta el oeste. Y como las canciones conservan su forma mejor que las historias orales, los detalles de mi encuentro con Felurian se acercaban moderadamente a la verdad.
Cuando Wil y Sim me pincharon para sonsacarme más detalles, les conté todo. Tardé un buen rato en convencerlos de que les estaba diciendo la verdad. O mejor dicho, tardé un buen rato en convencer a Sim. Por algún extraño motivo, Wil aceptó sin reparos la existencia de los Fata.
No podía reprocharle a Sim su incredulidad. Hasta que la tuve ante mí, yo habría apostado todo mi dinero a que Felurian no existía. Una cosa es saber disfrutar con una buena historia, pero creértela es otra muy distinta.
—Lo que no sabemos —dijo Sim, pensativo— es cuántos años tienes.
—Yo sí lo sé —dijo Wilem con el sombrío orgullo de quien finge desesperadamente no estar borracho—. Diecisiete.
—¡Aaah! —Sim levantó un dedo con gesto teatral—. Eso crees, ¿verdad?
—¿Qué quieres decir?—pregunté.
Sim se inclinó hacia delante en la silla.
—Entraste en Fata, pasaste un tiempo allí y, cuando saliste, descubriste que solo habían transcurrido tres días —dijo Sim—. ¿Significa eso que solo eres tres días mayor? ¿O envejeciste mientras estabas allí?
Me quedé callado un momento.
—Eso no lo había pensado —confesé.
—En las historias —terció Wilem—, los niños entran en Fata y vuelven convertidos en hombres. Eso significa que cuando estás allí te haces mayor.
—Si te crees lo que dicen las historias —puntualizó Sim.
—Pues claro —dijo Wilem—. ¿Acaso vas a consultar el Compendio sobre los fenómenos fata de Marlock? Búscame ese libro y lo citaré.
Sim se encogió de hombros.
—Bueno —dijo Wil volviéndose hacia mí—, ¿cuánto tiempo pasaste allí?
—Es difícil calcularlo —dije—. No había día y noche. Y mis recuerdos son un poco imprecisos.

—Cavilé un rato—. Hablamos, nadamos, comimos montones de veces, exploramos un poco. Y bueno...—Hice una pausa y carraspeé significativamente.
—Retozasteis—propuso Wil.
—Gracias. Y también retozamos un poco.
Conté las habilidades que Felurian me había enseñado, y calculé que no podía haberme enseñado más de dos o tres por día...
—Como mínimo un par de meses —dije—. Me afeité una vez. ¿O fueron dos? El tiempo suficiente para que me creciera un poco de barba.
Wil miró al techo y se pasó una mano por la oscura barba ceáldica.
—No, no una barba tan maravillosa como la tuya, cara de oso —dije—. Pero a mí me salió barba al menos dos o tres veces.
—Así pues, al menos dos meses —dijo Sim—. Pero ¿cuánto pudo durar?
—¿Tres meses? —¿Cuántas historias habíamos compartido?—. ¿Cuatro o cinco meses? —Pensé en la lentitud con que habíamos llevado mi shaed de la luz de las estrellas a la luz de la luna y a la luz del fuego—. ¿Un año? —Pensé en el espantoso tiempo que había pasado recuperándome de mi encuentro con el Cthaeh—. Estoy seguro de que no pudo ser más de un año... —No sonaba tan convencido como me habría gustado.
Wilem arqueó una ceja.
—Pues entonces, feliz cumpleaños. —Levantó su copa—. O felices cumpleaños, depende.

146 Fracasos

Aquel bimestre de primavera sufrí diversos fracasos.
El primero fue un fracaso del que solo me percaté yo. Confiaba en que aprender íllico sería relativamente fácil. Pero nada podía estar más lejos de la verdad.
En pocos días había aprendido suficiente temán para defenderme ante el tribunal. Pero el temán era un idioma muy lógico, y yo ya tenía algunas nociones porque lo había estudiado en la Universidad. Aún más importante, el temán y el atur tenían mucho en común. Utilizaban el mismo alfabeto, y muchas palabras estaban relacionadas.
El íllico no compartía nada con el atur ni con el siaru, ni siquiera con el adémico. Era un revoltijo irracional y enredadísimo. Catorce modos indicativos. Unas extrañas desinencias de tratamiento.
No podías decir sencillamente «los calcetines del rector». Ah, no: eso era demasiado sencillo. Toda propiedad encerraba una extraña dualidad: como si el rector fuera dueño de sus calcetines, pero al mismo tiempo, de alguna forma, los calcetines también se convirtieran en dueños del rector. Eso alteraba y complicaba tremendamente el uso gramatical de ambas palabras. Como si el simple hecho de poseer unos calcetines alterara fundamentalmente la naturaleza de una persona.
Así pues, tras meses de estudio con el rector, la gramática íllica seguía pareciéndome un embrollo indescifrable. Lo único que había conseguido después de tantas horas de trabajo era un poco de vocabulario disperso. Mi comprensión de los nudos narrativos era aún peor. Intentaba mejorar practicando con Deoch. Pero Deoch no era muy buen maestro, y reconoció que la única persona que había conocido que sabía leer nudos narrativos había sido su abuela, que había muerto cuando él era muy pequeño.
Después vino mi fracaso en química avanzada, que estudiaba con el guíler de Mandrag, Einisat. Aunque la materia me fascinaba, no me llevaba nada bien con Einisat.
Me encantaba la posibilidad de descubrimiento que ofrecía la química. Me encantaba la emoción de los experimentos, el desafío de los ensayos. Me encantaba porque la entendía como un enigma. También he de admitir que sentía una atracción absurda por todo el material que conllevaba. Las botellas y los tubos. Los ácidos y las sales. El mercurio y la llama. La química tiene algo primario, algo que desafía toda explicación. Lo sientes o no.
Einisat no lo sentía. Para él, la química consistía en publicaciones escritas e hileras de números cuidadosamente anotados. Me hacía realizar la misma titración cuatro veces sencillamente porque mi notación era incorrecta. ¿Para qué escribir un número? ¿Para qué debía tomarme diez minutos para escribir lo que mis manos podían terminar en cinco?
Discutíamos. Al principio amablemente, aunque ninguno de los dos quería dar su brazo a torcer. Gomo consecuencia, apenas dos ciclos después de comenzar el curso, acabamos chillándonos el uno al otro en medio del Crisol delante de treinta alumnos que nos miraban boquiabiertos y consternados.
Einisat me echó de su clase y me llamó «resinillo irreverente que no respeta a la autoridad». Yo le dije que era un patán petulante que no había seguido su verdadera vocación de escribano de contaduría. Sinceramente, ambos teníamos parte de razón.
Mi otro fracaso fue con las matemáticas. Después de oír a Felá hablar emocionadamente durante meses de todo lo que estaba aprendiendo con el maestro Brandeur, me propuse ampliar mi sabiduría numérica.
Por desgracia, las cumbres más altas de las matemáticas no me sedujeron. No soy ningún poeta. No amo las palabras por las palabras. Amo las palabras por lo que son capaces de

conseguir. Del mismo modo, no soy ningún aritmético. Los números que solo hablan de números me interesan muy poco.
Debido a mi abandono de la química y la aritmética, disponía de mucho tiempo libre. Parte de ese tiempo lo pasé en la Factoría, fabricando mi propio Sin Sangre, que se vendió prácticamente antes de que llegaran a ponerlo en los estantes. También pasé mucho tiempo en el Archivo y en la Clínica, investigando para un trabajo titulado «Sobre la ineficacia del arruruz». Arwyl se mostró escéptico, pero convino en que mi trabajo previo justificaba su atención.También dediqué parte de mi tiempo a los asuntos románticos. Era una experiencia nueva para mí, porque hasta entonces nunca había recibido mucha atención de las mujeres. Y cuando la había recibido, no había sabido qué hacer con ella.
Pero ahora era mayor, y en cierto modo más sabio. Y gracias a las historias que circulaban, las mujeres de ambos lados del río empezaban a interesarse por mí.
Todos mis romances fueron agradables y breves. No puedo explicar por qué fueron breves, sino solo expresar algo evidente: que no hay nada en mí que pueda animar á'una mujer a desear prolongadamente mi compañía. Simmon, por ejemplo, tenía mucho que ofrecer. Era un diamante en bruto. A primera vista no deslumbraba, pero había un gran valor bajo la superficie. Sim era todo lo tierno, bondadoso y atento que una mujer podía desear. Felá estaba loca de felicidad con él. Sim era un príncipe.
¿Qué podía ofrecer yo, en cambio? Nada, la verdad. Y menos ahora. Era como una piedra rara que coges del suelo, llevas un rato y al final vuelves a tirar al darte cuenta de que, pese a su apariencia interesante, no es más que un trozo de tierra duro.
—Maestro Kilvin —dije—, ¿se le ocurre algún metal que, sometido a un uso continuado durante dos mil años, siga relativamente intacto y sin mella?
El corpulento artífice levantó la vista del engranaje de latón que estaba inscribiendo y me miró. Yo estaba plantado en el umbral de su despacho.
—¿Se puede saber qué tipo de proyecto planeas ahora, Re’lar Kvothe?
Aquellos tres últimos meses había intentado crear otro esquema tan logrado como mi Sin Sangre. En parte por el dinero, pero también porque me había dado cuenta de que Kilvin se mostraba más dispuesto a promocionar a los alumnos que pudieran acreditar tres o cuatro esquemas impresionantes.
Por desgracia, respecto a eso también me había enfrentado a una serie de fracasos. Se me habían ocurrido más de una docena de ideas geniales, pero ninguna de ellas había llegado a la fase de diseño terminado.
La mayoría de esas ideas las rechazó el propio Kilvin. Ocho de mis ideas geniales ya estaban inventadas, algunas más de cien años atrás.
Kilvin me informó de que cinco de ellas requerirían el uso de runas que les estaban prohibidas a los Re’lar. Tres de ellas eran matemáticamente poco sólidas, y me explicó rápidamente por qué estaban condenadas al fracaso, ahorrándome docenas de horas desperdiciadas.
Una de mis ideas la rechazó por ser «completamente inapropiada para un artífice responsable». Argumenté que un mecanismo que redujera el tiempo necesario para volver a armar una balista ayudaría a los barcos a defenderse de los piratas. Ayudaría a defender ciudades del ataque de los jinetes Vi Sembi...
Pero Kilvin no quiso escuchar ninguna de mis explicaciones. Cuando su rostro empezó a ensombrecerse como una nube de tormenta, abandoné rápidamente mis argumentos, cuidadosamente planeados.
Al final, solo dos de mis ideas le parecieron sólidas, aceptables y originales. Pero tras semanas de trabajo, me vi obligado a abandonarlas también, incapaz de hacerlas funcionar.
Kilvin dejó su estilete de diamante y el engranaje de latón que estaba inscribiendo, y se volvió hacia mí.

—Admiro a los estudiantes que tienen en cuenta la durabilidad, Re'lar Kvothe. Pero mil años es más de lo que se le puede pedir a la piedra, y no digamos al metal. Y más aún si se trata de un metal sometido a un uso intenso.
Se lo preguntaba por Cesura, claro. Pero no me decidía a contarle a Kilvin toda la verdad. Sabía muy bien que el maestro artífice no aprobaba que se utilizara la artificería en conjunción con ningún tipo de arma. Aunque apreciara el trabajo de semejante espada, no le haría ninguna gracia que yo estuviera en posesión de ella.
—No se trata de ningún proyecto —dije sonriendo—. Solo se lo preguntaba por curiosidad. En mis viajes me enseñaron una espada muy resistente y afilada. Y sin embargo, parece ser que tenía más de dos mil años. ¿Conoce algún metal que pudiera durar tanto? ¿Y conservando el filo?
—Ah.—Kilvin asintió con la cabeza; no parecía especialmente sorprendido—. Existen esas cosas. Magia antigua, podrían pensar algunos. O artes antiguas que ya se han perdido. Esos objetos están desperdigados por el mundo. Aparatos maravillosos. Misterios. Existen muchas fuentes de confianza que hablan de la lámpara de llama perpetua. —Señaló con un amplio ademán las semiesferas de cristal que había encima de su banco de trabajo—. Hasta tenemos unas cuantas cosas de esas aquí, en la Universidad.Eso avivó mi curiosidad.
—¿Qué clase de cosas? —pregunté.
Kilvin se acarició la barba con una mano.
—Tengo un artilugio sin sigaldría alguna que no hace otra cosa que consumir momento angular. Tengo cuatro lingotes de metal blanco, más ligero que el agua, que no puedo fundir ni estropear por ningún medio. Una lámina de cristal negro, una de cuyas caras carece de toda propiedad friccional. Una piedra con forma extraña que mantiene una temperatura justo por encima del punto de congelación, sin importar el calor que la ertvuelva. —Encogió los enormes hombros—. Esas cosas son misterios.
Abrí la boca, pero vacilé.
—¿Sería inapropiado que le pidiera que me enseñara alguno de esos objetos?
La sonrisa de Kilvin destacaba, muy blanca, contra su barba y su piel oscuras.
—Nunca es inapropiado pedir, Re'lar Kvothe —dijo—. Los estudiantes deben ser curiosos. Me preocuparía si esas cosas te inspiraran indiferencia.
El corpulento maestro artífice fue hasta su enorme escritorio de madera, cubierto por completo de proyectos inacabados. Abrió un cajón con una llave que se sacó del bolsillo y cogió dos cubos de metal mate, algo más grandes que un dado.
—Muchas de esas cosas no podemos entenderlas ni utilizarlas —dijo—. Pero algunas poseen una utilidad notable. —Agitó los dos cubos metálicos como si fueran dados, y produjeron un dulce sonido en su mano—. A estas las llamamos piedras guardianas.
Se agachó y las puso en el suelo, separadas por unos pocos palmos. Las tocó y habló en voz muy baja, tanto que no pude oír lo que decía.
Percibí un cambio sutil en la atmósfera. Al principio creí que la habitación se estaba enfriando, pero entonces comprendí por qué me lo había parecido: ya no notaba el calor que irradiaba de la fragua encendida que había en el otro extremo del despacho de Kilvin.
El maestro cogió la barra de hierro que utilizaba para atizar el fuego e hizo ademán de golpearme con ella en la cabeza. Fue un gesto tan casual que me pilló completamente desprevenido, y ni siquiera tuve tiempo para encogerme o apartarme.
La barra se detuvo a dos palmos de mi cabeza, como si hubiera golpeado una barrera invisible. No se oyó que golpeara contra nada, ni rebotó en las manos de Kilvin.
Levanté una mano con cuidado, y chocó contra... nada. Era como si el aire intangible que tenía delante se hubiera solidificado de golpe.
Kilvin me sonrió.
—Las piedras guardianas son especialmente útiles cuando se realizan experimentos

peligrosos o se prueban determinados materiales —dijo—. Crean una barrera táumica y cinética.
Seguí deslizando la mano por aquella barrera invisible. No era dura, ni siquiera sólida. Cedió un poco cuando la empujé, y tenía un tacto resbaladizo como el cristal untado con mantequilla.
Kilvin me miraba con expresión divertida.
—Sinceramente, Re'lar Kvothe, hasta que Elodin hizo su propuesta, pensaba llamar a tu artilugio para detener flechas la Guarda Menor. —Frunció un poco el entrecejo—. No era del todo acertado, desde luego, pero sí mejor que esas bobadas dramáticas de Elodin.
Apoyé todo el cuerpo contra la barrera invisible. Era sólida como un muro de piedra. Al mirarla más de cerca, aprecié una sutil distorsión en el aire, como si mirara a través de un cristal ligeramente imperfecto.
—Esto supera mucho a mi atrapaflechas, maestro Kilvin.
—Cierto —concedió Kilvin. Se agachó, recogió las piedras guar. dianas del suelo y volvió a murmurar algo. Cuando la barrera desapareció, me tambaleé un poco—. Pero tu astuta invención podemos repetirla cuantas veces queramos. Este misterio, en cambio, no.
Sostuvo los dos cubos de metal en la palma de su manaza.
—Esto es útil, pero no lo olvides: la astucia y la prudencia benefician al artífice. Nosotros desempeñamos nuestro trabajo en el reino de lo real. —Cerró los dedos sobre las piedras guardianas—. Dejemos el misterio para los poetas, los sacerdotes y los locos.
Pese a mis otros fracasos, seguía progresando mucho en mis estudios con el maestro Elodin. Me aseguró que lo único que yo necesitaba para mejorar como nominador era tiempo y dedicación. Yo le di ambas cosas, y él las utilizó de extrañas maneras.
Pasábamos horas descifrando adivinanzas. Me hizo beberme una pinta de aguardiente de manzana, y luego leerme la Teofanía de Teccam de cabo a rabo. Me hizo llevar los ojos vendados durante tres días seguidos, lo que no mejoró mi rendimiento en las otras asignaturas, pero les hizo mucha gracia a Wil y a Sim.
Me animó a averiguar cuánto tiempo podía permanecer despierto. Y como podía permitirme todo el café que quisiera, aguanté casi cinco días. Aunque al final me puse muy frenético y empezaba a oír voces.
Y entonces ocurrió el incidente del tejado del Archivo. Por lo visto, todo el mundo ha oído hablar de ello, en una u otra versión.
Se estaba preparando una tormenta monumental, y Elodin decidió que me convenía pasar un rato a la intemperie. Cuanto más cerca de la tormenta, mejor, dijo. Elodin sabía que Lorren jamás nos permitiría acceder al tejado del Archivo, así que le robó la llave.
Por desgracia, cuando la llave salió volando, nadie supo que estábamos atrapados allí arriba. Y por eso nos vimos obligados a pasar toda la noche en el tejado de piedra, atrapados en medio de una tormenta violentísima. ,
A media mañana el tiempo se apaciguó lo suficiente para que pudiéramos gritar pidiendo ayuda a los del patio. Entonces, como al parecer no había ninguna otra llave, Lorren tomó el camino más corto e hizo que unos cuantos secretarios robustos derribaran la puerta que llevaba al tejado.
Nada de todo eso habría supuesto ningún problema grave si, justo cuando había empezado a llover, Elodin no se hubiera empeñado en que nos desnudáramos, envolviéramos nuestra ropa en una tela encerada y la bajásemos hasta el patio atada a un ladrillo. Según Elodin, eso nos ayudaría a experimentar la tormenta en toda su plenitud.
El viento azotaba más fuerte de lo que Elodin había previsto, y se llevó el ladrillo y nuestro hatillo de ropa, lanzándolos por el cielo como si fueran un puñado de hojas. Así fue como perdimos la llave. Estaba en el bolsillo de los pantalones de Elodin.
Por eso fue que el maestro Lorren, Distrel, el guíler de Lorren, y tres secretarios musculosos

nos encontraron a Elodin y a mí, desnudos y empapados como dos ratas ahogadas, en el tejado del Archivo. Al cabo de quince minutos, toda la Universidad sabía lo ocurrido. Elodin se partía de risa con todo aquello, y aunque ahora le encuentro el lado cómico, en aquel momento no me hizo ninguna gracia.
No os aburriré con toda la lista de nuestras actividades. Baste decir que Elodin puso un gran empeño en despertar mi mente dormida. Un empeño ridículo, la verdad.
Y para gran sorpresa mía, nuestro trabajo aportó beneficios. Aquel bimestre llamé al viento tres veces.
La primera vez detuve el viento durante el tiempo que se tarda en hacer una inspiración lenta; fue en lo alto del Puente de Piedra, en plena noche. Elodin estaba conmigo, dirigiéndome. Con eso quiero decir que me empujaba con una fusta. Yo estaba descalzo y bastante borracho.
La segunda vez fue inesperadamente, mientras estudiaba en Volúmenes. Estaba leyendo un libro de historia de Yll cuando de pronto el aire de la cavernosa habitación me susurró. Escuché como Elodin me había enseñado, y entonces pronuncié el nombre en voz baja. Con la misma suavidad, el viento oculto se agitó hasta convertirse en brisa, asustando a los alumnos y provocando el pánico entre los secretarios.
Unos minutos más tarde, el nombre desapareció de mi mente, pero mientras aquello duró, tuve la certeza de que si quería, podía provocar una tormenta o un trueno con la misma facilidad. Tuve que contentarme con esa certeza. Si hubiera llamado impetuosamente al viento dentro del Archivo, Lorren me habría colgado por los pulgares sobre la puerta principal.
Quizá no os parezcan grandes proezas de nominación, y supongo que tenéis razón. Pero llámé al viento por tercera vez esa primavera, y a la tercera va la vencida.

147 Deudas

Como disponía de mucho tiempo libre, hacia mediados del bimestre alquilé un carro ligero de dos caballos y me fui a Tarbean a distraerme un poco.
Tardé toda la Captura en llegar allí, y pasé casi todo el Prendido visitando los sitios a los que solía ir y pagando viejas deudas: un zapatero que había sido amable con un chico descalzo, un posadero que me había dejado dormir junto a su chimenea algunas noches, un sastre al que había aterrorizado.
Muchas partes de la Ribera me resultaban familiares, mientras que otras no las reconocí en absoluto. Eso no me sorprendió mucho. Una ciudad tan bulliciosa como Tarbean cambia constantemente. Lo que sí me sorprendió fue la extraña nostalgia que sentí por aquel lugar que había sido tan cruel conmigo.
Me había marchado de allí hacía dos años, pero tenía la impresión de que había transcurrido toda una vida.
Llevaba un ciclo entero sin llover, y la ciudad estaba seca como un hueso. El arrastrar de pies de cien mil personas levantaba una nube de polvo fino que llenaba las calles de la ciudad. El polvo me cubría la ropa y se me metía en el pelo y en los ojos, que me escocían. Procuré no pensar en que aquel polvo era básicamente mierda de caballo pulverizada, aderezada con unos toques de pescado, hollín y orina.
Si respiraba por la nariz, me asaltaba el olor. Pero si respiraba por la boca, notaba su sabor, y el polvo me llenaba los pulmones y me hacía toser. No recordaba que fuera tan desagradable. ¿Siempre había estado tan sucia la ciudad? ¿Siempre había olido tan mal?
Llevaba media hora buscando cuando por fin encontré el edificio quemado con un sótano debajo. Bajé la escalera y recorrí el pasilloque conducía hasta una habitación húmeda. Trapis seguía allí, descalzo y con la misma túnica andrajosa, cuidando a sus niños desgraciados en aquel refugio frío y oscuro bajo las calles de la ciudad.
Me reconoció. No como me habrían reconocido otros; no como al héroe en ciernes salido de un cuento. Trapis no tenía tiempo para esas cosas. Me recordaba como el niño sucio y hambriento que bajó por su escalera, afiebrado y lloroso, una noche de invierno. Supongo que lo quise aún más por eso.
Le di todo el dinero que quiso aceptar: cinco talentos. Intenté ofrecerle más, pero se negó. Si gastaba demasiado dinero, dijo, podía llamar la atención. Sus niños y él estaban más seguros si nadie se fijaba en ellos.
Admití que tenía razón y pasé el resto del día ayudándolo. Bombeé agua y fui a comprar pan. Examiné rápidamente a los niños, fui a una botica y volví con unas cuantas cosas que podrían serles de ayuda.
Por último me ocupé de Trapis, tanto como él me dejó. Le froté los hinchados pies con alcanfor y balsamaría, y luego le regalé unas medias ajustadas y unos zapatos para que no tuviera que ir descalzo por el húmedo sótano.
Antes del anochecer, empezaron a llegar al sótano niños harapientos. Venían en busca de algo de cena, o porque estaban heridos o buscaban un lugar seguro donde dormir. Todos me miraron con recelo. Llevaba ropa nueva y limpia. No encajaba allí. No era bien recibido. Si me quedaba, habría problemas. Como mínimo, mi presencia haría que alguno de aquellos niños hambrientos se sintiera tan incómodo que no quisiera quedarse a pasar la noche. Así que me despedí de Trapis y me marché. A veces, lo único que puedes hacer es marcharte.
Como faltaban unas horas para que las tabernas empezaran a llenarse, compré una hoja de papel de carta de color crema y un sobre a juego de grueso pergamino. Eran de excelente

calidad, mucho más bonitos que nada que yo hubiera tenido hasta entonces.
Busqué un café tranquilo y pedí chocolate deshecho y un vaso de agua. Puse el papel sobre la mesa y saqué una pluma y tinta de mi shaed. Con caligrafía elegante y fluida, escribí:Ambrose:

El niño es tuyo. Tú lo sabes y yo también.
Temo que mi familia me repudie. Si no te portas como un caballero y cumples tus obligaciones, iré a ver a tu padre y se lo contaré todo.
No quieras ponerme a prueba, estoy decidida.

No firmé con un nombre, sino que me limité a escribir una sola inicial que tanto podía ser una ornamentada «R» como una temblorosa «B».
A continuación mojé un dedo en el vaso de agua y dejé caer varias gotas sobre la hoja. El agua infló un poco el papel y corrió ligeramente la tinta. Logré el efecto que buscaba: parecían lágrimas.
Dejé caer una última gota sobre la inicial de la firma, confundiéndola aún más. Ahora también podía ser una «F», una «P» o una «E». Quizá incluso una «K». La verdad es que podía ser cualquier cosa.
Doblé el papel con cuidado, me acerqué a una de las lámparas de la habitación y vertí un generoso goterón de cera sobre el pliegue. Escribí en el sobre:
Ambrose Anso Universidad (tres kilómetros al oeste de Imre) Belenay-Barren Mancomunidad Central
Pagué mi consumición y me dirigí al Solar del Arriero. Cuando estaba a unas pocas calles, me quité el shaed y lo guardé en mi macuto. Entonces tiré la carta al suelo y la pisé, arrastrándola un poco con el pie antes de recogerla y limpiarla con la mano.
Antes de entrar en la plaza, vi lo último que necesitaba.
—¡Eh, usted! —le dije a un anciáno con barba que estaba sentado con la espalda apoyada en la fachada de un edificio—. Si me presta su sombrero, le daré medio penique.
El anciano se quitó el mugriento sombrero y lo miró. Tenía la cabeza calva y muy blanca. Entrecerró un poco los ojos protegiéndose de los últimos rayos de sol de la tarde.
—¿Mi sombrero? —me preguntó con voz ronca—. Puedes quedártelo por un penique, y también mi bendición. —Me sonrió, animado, y me tendió una mano delgada y temblorosa.
Le di un penique.—¿Podría sujetarme esto un momento? —Le di el sobre, y con ambas manos me calé bien aquel sombrero viejo y deforme. Contemplé mi reflejo en el escaparate de una tienda para asegurarme de que no se me veía ni un solo mechón de pelo pelirrojo.
—Te sienta bien —dijo el anciano, y tosió como una cafetera. Recuperé la carta y miré las manchas que el anciano había dejado en ella con los dedos.
Estaba a pocos pasos de la plaza. Me encorvé un poco y entorné los ojos mientras me paseaba entre la multitud. Al cabo de un par de minutos distinguí un acento del sur de Vintas, y me acerqué a un grupito de hombres que cargaban sacos de arpillera en un carromato.
—Hola —dije imitando su acento—. ¿Por casualidad vais hacia Imre?
Uno de los hombres cargó su saco en el carromato y se me acercó sacudiéndose el polvo de las manos.
—Sí, pasaremos por allí —dijo—. ¿Quieres que te llevemos?
Negué con la cabeza y saqué la carta de mi macuto.
—Tengo una carta para entregar allí. Pensaba llevarla yo mismo, pero mi barco zarpa mañana. Se la compré a un marinero en Gannery por un cuarto —mentí—. A él se la había vendido una dama por un sueldo. —Le guiñé un ojo—. Creo que tenía mucha prisa por hacer llegar la carta a su destino.

—¿Pagaste un cuarto? —dijo el hombre sacudiendo la cabeza—. Qué ingenuo. Nadie paga tanto por una carta.
—¡Eh! —dije levantando un dedo—. Eso lo dices porque todavía no has visto a quién va dirigida. —Se la mostré.
El hombre entornó los ojos.
—¿Anso? —leyó, y entonces su rostro se iluminó—. Ah, ¿es para el hijo del barón Anso?
Asentí con aire de suficiencia.
—El hijo mayor. Un joven tan rico pagaría lo que le pidieran por una carta de su amada. No me extrañaría que pagara un noble de plata.
El hombre examinó el sobre.
—Podría ser —dijo con prudencia—. Pero mira. Aquí solo pone «Universidad». Yo he estado allí, y es enorme.
—No creo que el hijo del barón Anso duerma en un cobertizo —dije con irritación—. Pregunta a cualquiera dónde está la posada más elegante, y allí lo encontrarás.
El hombre asintió e, inconscientemente, se llevó la mano hacia la bolsa.
—Supongo que sí —dijo a regañadientes—. Pero solo te pagaré un cuarto por la carta. De todas formas, no tengo garantías.
—¡Venga, no seas así! —protesté con tono lastimero—. ¡He recorrido más de mil kilómetros con ella! ¡Eso se paga!
—Está bien —concedió él, y sacó unas monedas de la bolsa—. Te daré tres sueldos.
—Medio disco —gruñí.
—Ni hablar. Tres sueldos —zanjó él, y me tendió una mano rolliza.
Le entregué la carta.
—No olvides decirle que es de una dama —dije antes de darme la vuelta—. Ese tipo está forrado. Sácale todo lo que puedas.
Me marché de la plaza, enderecé la espalda y me quité el sombrero. Volví a sacar el shaed de mi macuto y me lo eché sobre los hombros. Me puse a silbar, y al pasar al lado del viejo mendigo calvo, le devolví su sombrero y le di los tres sueldos.
Cuando empecé a oír las historias que la gente contaba sobre mí en la Universidad, pensé que aquello no duraría mucho. Pensé que sería un fenómeno pasajero que se extinguiría como un fuego que se queda sin leña.
Pero no fue así. Las historias en que Kvothe rescataba a las chicas y se acostaba con Felurian se habían mezclado con fragmentos de verdad y con las mentiras ridiculas que yo había divulgado para aumentar mi reputación. Había leña de sobra, de modo que las historias llameaban y se propagaban como un incendio de maleza avivado por un fuerte viento.
Sinceramente, no sabía sí debía encontrarlo divertido o alarmante. Cuando iba a Imre, la gente me señalaba y se susurraba cosas al oído. Mi notoriedad se extendió tanto que ya no podía cruzar el río tranquilamente y escuchar a hurtadillas las historias que contaba la gente.
Pero Tarbean estaba a sesenta kilómetros.
Después de salir del Solar del Arriero, volví a la habitación que había alquilado en uno de los barrios más bonitos de Tarbean. En aquella parte de la ciudad, el viento que soplaba desde el mar barría el hedor y el polvo, y dejaba la atmósfera limpia. Pedí agua para el baño, y en un arranque de esplendidez que habría dejado aturdido a mi yo más joven, pagué tres peniques para que el portero llevara mi ropa a la lavandería ceáldica más cercana. Entonces, limpio y perfumado, bajé a la taberna.
Había escogido la posada con mucho cuidado. No era elegante pero tampoco sórdida. Tenía los techos bajos y una atmósfera de intimidad. Estaba en el cruce de dos de las calles principales de Tarbean, y había comerciantes ceáldicos codo con codo con marineros yll y

carreteros vínticos. Era el sitio ideal para oír historias.
Al poco rato estaba al final de la barra escuchando cómo había matado a la Bestia Negra de Trebon. Me quedé atónito. Era verdad que había matado a un draccus enloquecido en Trebon, pero un año atrás, cuando Nina había ido a visitarme, no sabía mi nombre. Por lo visto, mi creciente reputación había llegado hasta Trebon y había arrastrado aquella historia.
Acodado en aquella barra, me enteré de muchas cosas. Por lo visto, tenía un anillo de ámbar que obligaba a los demonios a obedecerme. Podía beber toda la noche sin que el alcohol me afectara lo más mínimo. Abría cerraduras con solo tocarlas, y tenía una capa hecha de telarañas y sombras.
Aquella fue la primera vez que oí que alguien me llamara «Kvothe el Arcano». Y por lo visto no era ninguna novedad, porque el grupo de hombres que escuchaban aquella historia se limitaron a asentir cuando lo oyeron.
Me enteré de que Kvothe el Arcano sabía una palabra que detenía las flechas en el aire. Kvothe el Arcano solo sangraba si le cortaban con un cuchillo de hierro sin templar.
El joven secretario estaba llegando al desenlace dramático de la historia, y yo sentía verdadera curiosidad por saber cómo iba a detener a aquella bestia diabólica con el anillo roto y la capa de sombras casi calcinada. Pero justo cuando irrumpía en la iglesia de Trebon, destrozando la puerta con una palabra mágica y un solo golpe de la mano, la puerta de la taberna se abrió de par en par y dio contra la pared sobresaltándonos a todos.
En el umbral había una joven pareja. La mujer era hermosa, morena y de ojos oscuros. El hombre iba elegantemente vestido y estaba pálido de terror.
—¡No sé qué le pasa! —gritó mirando alrededor frenéticamente—. ¡Estábamos paseando y de pronto no podía respirar!
Corrí a su lado antes de que nadie tuviera tiempo de levantarse. La mujer se había derrumbado sobre un banco vacío, y su acompañante estaba inclinado sobre ella. Ella tenía una mano sobre el pecho, y con la otra trataba inútilmente de apartar al hombre. Él, sin hacercaso ni retirarse, le hablaba en voz baja, angustiado. La mujer siguió intentando alejarse de él, hasta resbalar casi del banco.
Empujé al hombre sin miramientos.
—Me parece que quiere que te apartes un poco.
—¿Quién eres tú? —me preguntó con voz estridente—. ¿Eres médico? ¿Quién es este hombre? ¡Que alguien vaya a buscar a un médico enseguida! —Trató de apartarme de un codazo.
—¡Tú! —grité señalando a un corpulento marinero que estaba sentado a una mesa—. Coge a este hombre y llévatelo allí. —Mi voz restalló como un látigo, y el marinero se levantó de un brinco, agarró al joven caballero por el pescuezo y lo arrastró lejos de la mujer.
Me volví hacia ella y vi cómo abría una boca perfecta. Hizo un esfuerzo y consiguió hacer una brevísima inspiración. Tenía los ojos espantados, muy abiertos y llorosos. Me acerqué más a ella y le hablé con dulzura.
—Te pondrás bien. No pasa nada —la tranquilicé—. Tienes que mirarme a los ojos.
Clavó su asustada mirada en mí, y entonces, al reconocerme, abrió aún más los ojos, sorprendida.
—Ahora quiero ver cómo respiras para mí. —Posé una mano sobre su tenso pecho. Tenía la piel caliente y enrojecida. Su corazón latía deprisa, como un pajarillo asustado. Le puse la otra mano sobre la mejilla. La miré fijamente. Sus ojos eran dos lagunas oscuras.
Me incliné lo suficiente para besarla. Olía a flor de selas, a hierba verde, al polvo del camino. Noté que se esforzaba por respirar. Escuché. Cerré los ojos. Oí el susurro de un nombre.
Lo pronuncié en voz muy baja, pero lo bastante cerca para rozarle los labios; muy quedamente, pero lo bastante cerca para que su sonido se entrelazara con su pelo. Lo pronuncié, fuerte y firme, oscuro y dulce.

La mujer aspiró débilmente. Abrí los ojos. La habitación estaba tan silenciosa que oí el susurro de terciopelo de su segunda y desesperada inspiración. Me relajé.

La mujer puso una mano sobre la mía, encima del corazón.

—Ahora quiero ver cómo respiras para mí —repitió—. Eso son siete palabras.

—Ya lo sé —dije.

—Eres mi héroe —dijo Denna, e inspiró lentamente, sonriendo.

—Ha sido muy raro —oí decir al marinero en el otro lado de la estancia—. Su voz tenía una fuerza extraña. Os juro por toda la sal que hay en mí que me he sentido como una marioneta a la que tiran de los hilos.

Escuché disimuladamente. Supuse que, sencillamente, el marinero sabía reaccionar cuando se lo ordenaba una voz con la carga adecuada de autoridad.

Pero no tenía sentido que se lo explicara. El éxito con que había socorrido a Denna, combinado con mi cabello pelirrojo y mi oscura capa, me había identificado como Kvothe. De modo que nadie dudaría que hubiera hecho magia, por mucho que yo intentara disuadirlos. Y no me importaba. Lo que había hecho aquella noche merecía una historia o dos.

Como me habían reconocido, se quedaron observándonos, pero sin acercarse demasiado. El amigo de Denna se había marchado antes de que se nos hubiera ocurrido buscarlo, de modo que nosotros dos pudimos gozar de cierta intimidad en nuestro rincón de la taberna.

—Debí saber que te encontraría aquí —dijo ella—. Siempre estás donde menos espero encontrarte. ¿Por fin has emigrado de la Universidad?

Negué con la cabeza.

—Solo estoy saltándome dos días de clase.

—¿Piensas volver pronto?

—Pues sí, mañana. Tengo un carro.

—¿Te importaría que te acompañara? —me preguntó sonriendo.

La miré fijamente.

—Ya sabes la respuesta a esa pregunta.

Denna se sonrojó un poco y desvió la mirada.

—Supongo que sí.

Agachó la cabeza, y el pelo cayó en cascada de detrás de sus hombros, enmarcándole la cara. Tenía un olor cálido e intenso, a sol y a sidra.

—Tu pelo —dije—. Una maravilla.

Sorprendentemente, Denna se ruborizó aún más al oír eso, y sacudió la cabeza sin alzar la vista.

—Después de tanto tiempo sin vernos, ¿eso es lo único que nos queda? —dijo lanzándome una mirada—. ¿Piropos?

Ahora me correspondía a mí turbarme, y balbuceé:

—Yo... Yo no... Es que... —Inspiré hondo antes de estirar un brazo para acariciar una estrecha e intrincada trenza semiocuha entre su pelo—. Tu trenza —aclaré—. Casi dice «maravilla».

Los labios de Denna dibujaron una «O» perfecta de sorpresa. Se llevó una mano a la cabeza con timidez.

—¿Sabes leerlo? —preguntó con incredulidad, casi horrorizada—. Tehlu misericordioso, ¿hay algo que no sepas?

—He estado estudiando íllico —dije—. O intentándolo. Tu trenza tiene seis hebras en lugar de cuatro, pero es casi como un nudo narrativo, ¿no?

—¿Casi? —repuso ella—. Es mucho más que «casi». —Tironeó con los dedos el trozo de cinta azul que había al final de la trenza—. Hoy en día, ni los de Yll saben íllico —murmuró, claramente irritada.

—Yo sé muy poco —dije—. Solo algunas palabras.
—Ni siquiera los que lo hablan se interesan por los nudos. —Me miró, enojada, de soslayo—. Y hay que leerlos con los dedos, no mirándolos.
—Yo he tenido que aprender mirando las ilustraciones de los libros.
Denna desató por fin la cinta azul y empezó a soltarse la trenza; luego se alisó el mechón para mezclarlo con el resto de su melena.
—¿Por qué te la has soltado? —pregunté—Me gustaba más antes.
—De eso se trata, ¿no? —Me miró levantando la barbilla con orgullo mientras se sacudía el pelo—. Ya está. ¿Qué te parece ahora?
—Me parece que me da miedo hacerte más cumplidos —dije, sin saber muy bien qué había hecho mal.
Denna suavizó un poco su actitud, y su enojo se esfumó.
—Es que me da vergüenza. No esperaba que nadie pudiera leerla. ¿Cómo te sentirías si alguien te viera llevando un letrero que rezara: «Soy guapísimo y adorable»?
Se hizo un silencio. Antes de que acabara siendo incómodo, dije:
—¿Te estoy reteniendo de hacer algo apremiante?
—Solo del caballero Strahota. —Hizo un ademán negligente hacia la puerta, por la que había desaparecido su acompañante.
—Ah, ¿era apremiante? —Esbocé una media sonrisa y arqueé una ceja.
—Todos los hombres apremian, así o asá —repuso ella fingiendo seriedad.
—Entonces, ¿todavía no han cambiado de libro?
Denna adoptó una expresión compungida y suspiró.—Confiaba en que lo abandonaran con la edad. Pero he descubierto que solo han pasado una página. —Levantó una mano y me mostró dos anillos—. Ahora, en lugar de rosas, me regalan oro, y de repente se vuelven atrevidos.
—Bueno, al menos te aburren hombres con recursos —dije para consolarla.
—¿Y para qué quiero a un hombre mezquino? No importa si su riqueza está por encima o por debajo de la media.
Apoyé una mano sobre su brazo con dulzura.
—Debes perdonar a esos hombres con mentalidad de mercenarios. Esos ricos pobres que, al ver que no pueden apresarte, intentan comprar algo que saben que no se puede comprar.
Denna me aplaudió, encantada.
—¡Suplicas clemencia para tus enemigos!
—Solo pretendía hacerte ver que tú también haces regalos —dije—. Lo sé por propia experiencia.
Su mirada se endureció, y sacudió la cabeza.
—Hay una gran diferencia entre un obsequio hecho libremente y otro que intenta atarte a un hombre.
—Eso es verdad —admití—. El oro puede formar una cadena, igual que el hierro. Sin embargo, no se le puede reprochar nada a un hombre por querer decorarte.
—No —dijo ella con una sonrisa entre burlona y cansada—. Muchas de sus sugerencias son bastante indecorosas. —Me miró—. ¿Y tú? ¿Prefieres verme bien decorada o bien indecorosa?
—Le he estado dando unas cuantas vueltas —dije sonriendo por dentro, pensando en el anillo de Denna que tenía guardado en mi habitación de Anker's. La miré de arriba abajo con mucho detenimiento—. Ambas cosas tienen sus ventajas, pero el oro no es para ti. Tú brillas demasiado, no hace falta bruñirte.
Denna me cogió el brazo, me lo apretó y me dedicó una tierna sonrisa.
—Ay, mi Kvothe, te he echado de menos. En buena parte, la razón por la que vine a este rincón del mundo era con la esperanza de encontrarte. —Se levantó y me tendió el brazo—.

Anda, salgamos y llévame lejos de aquí.

148 Historias de piedras

Por el largo camino de regreso a Imre, Denna y yo hablamos de un sinfín de cosas sin importancia. Ella me habló de ciudades que había conocido: Tinué, Vartheret, Andenivan. Yo le hablé de Ademre y le enseñé algunos signos de su lenguaje.

Denna se burló de mi fama cada vez mayor, y yo le conté la verdad que había detrás de las historias. Le expliqué cómo habían acabado las cosas con el maer, y ella se solidarizó conmigo y se sintió debidamente indignada.

Pero hubo muchas cosas de las que ño hablamos. Ninguno de los dos mencionó cómo nos habíamos separado en Severen. Yo no sabía si Denna se había marchado airada después de nuestra discusión, o si creyó que yo la había abandonado. Me pareció arriesgado preguntar. Una conversación sobre aquello resultaría, como mínimo, incómoda.

Y en el peor de los casos podría reavivar nuestra discusión anterior, y eso era algo que yo quería evitar por todos los medios.

Denna llevaba consigo su arpa, así como un gran baúl de viaje. Deduje que debía de haber acabado su canción y que debíá de haber empezado a tocarla en público. Me preocupaba que la tocara en Imre, donde la oirían muchos cantantes y trovadores y la difundirían por el mundo.

Pese a todo, no dije nada. Sabía que aquella sería uña conversación difícil, y necesitaba escoger Cuidadosamente el momento.

Tampoco mencioné a su mecenas, aunque lo que me había dicho el Cthaeh me remordía el pensamiento. No podía dejar de pensar en ello. Soñaba sobre ello.

Tampoco hablamos de Felurian. Denna bromeó sobre el «rescate de los bandidos» y «el asesinato de las vírgenes», pero nunca mencionó a Felurian. Debía de haber oído la canción que yo había corn
puesto, porque se había hecho mucho más popular que las otras historias que, por lo visto, Denna conocía tan bien. Pero no la mencionó, y yo no estaba tan loco como para sacar el tema a colación.

De modo que quedaron muchas cosas sin decir. La tensión fue aumentando entre nosotros mientras nuestro carro iba dando tumbos por el camino. Había pausas y lagunas en la conversación, silencios que se prolongaban demasiado, silencios breves pero tremendamente hondos.

Estábamos atrapados en medio de uno de aquellos silencios cuando por fin llegamos a Imre. Dejé a Denna en La Cabeza de Jabalí, donde tenía intención de alquilar habitaciones. La ayudé a subir su baúl, pero allí el silencio se hizo aún más profundo. Así es que lo orillé rápidamente, me despedí con cariño y me marché sin siquiera besarle la mano.

Aquella noche se me ocurrieron diez mil cosas que habría podido decirle. Me quedé tumbado contemplando el techo y no me dormí hasta muy entrada la madrugada.

Me desperté temprano; estaba nervioso e intranquilo. Desayuné con Simmon y Felá, y luego fui a Simpatía Experta, donde Fenton me venció con facilidad en tres duelos seguidos, colocándose en el primer lugar de la clasificación por primera vez desde mi regreso a la Universidad.

No tenía más clases, así que me bañé y pasé un buen rato estudiando mis trajes antes de decidirme por una camisa sencilla y aquel chaleco verde que, según Felá, realzaba el color de mis ojos. Le di a mi shaed forma de capa corta y luego decidí no ponérmelo. No quería que Denna pensara en Felurian cuando fuera a visitarla.

Por último me puse el anillo de Denna en el bolsillo del chaleco y crucé el río en dirección a

Imre.
Llegué a La Cabeza de Jabalí y apenas tuve tiempo de tocar el picaporte, porque Denna abrió la puerta y salió a la calle poniéndome en las manos un cesto de comida.
Me quedé pasmado.
—¿Cómo sabías...?
Denna llevaba un vestido azul claro que la favorecía, y sonrió, encantadora, al enlazar su brazo con el mío.
—Intuición femenina.
—Ah —dije dándomelas de sabio y enterado. La proximidad de
Denna era casi dolorosa. El calor de su mano sobre mi brazo, su olor a hojas verdes y a la atmósfera que precede a una tormenta de verano—• Y ¿también sabes adonde vamos?
—Únicamente que me vas a llevar allí. —Se volvió y me miró, y noté su aliento en el cuello—. Deposito feliz toda mi confianza en ti.
La miré con intención de decir algo ingenioso, alguna de todas aquellas frases que había pensado la noche anterior. Pero cuando vi sus ojos, las palabras me abandonaron. Me quedé maravillado, no sé cuánto rato. Durante un largo momento fui completamente suyo...
Denna rió, sacándome de un ensueño que pudo durar un instante
o un minuto. Salimos de la ciudad charlando animadamente, como si entre nosotros dos nunca hubiera habido más que sol y primavera.
La llevé a un sitio que había descubierto recientemente, una pequeña hondonada oculta detrás de un bosquecillo. Un arroyo serpenteaba junto a un itinolito tumbado a lo largo en el suelo, y el sol brillaba sobre un prado de margaritas que alzaban la cara hacia el cielo. Cuando remontamos la pendiente y vimos aquella alfombra de margaritas que se extendía ante nosotros, Denna contuvo la respiración.
—He esperado mucho tiempo para enseñarles a estas flores lo hermosa que eres—dije.
Con eso me gané un abrazo entusiasta y un beso que me dejó la mejilla ardiendo. Pero fueron ambos rapidísimos. Desconcertado y sonriente, guié a Denna por el prado de margaritas hacia el itinolito junto al arroyo.
Una vez allí, me quité los zapatos y los calcetines. Denna también se descalzó y se anudó la falda; entonces corrió hasta el centro del arroyo, hasta que el agua le llegó más arriba de las rodillas.
—Dime, ¿conoces el secreto de las piedras? —preguntó mientras metía la mano en el agua. Se le mojó el dobladillo del vestido al inclinarse, pero eso no pareció importarle.
—No. ¿Qué secreto?
Denna sacó una piedra lisa y oscura del lecho del arroyo y me la mostró.
—Ven a verlo.
Terminé de arremangarme los pantalones y fui hacia el agua. Denna sostenía la piedra mojada en alto.
—Si la sostienes en la mano y la escuchas... —Lo hizo, cerrando los ojos. Se quedó quieta un largo momento, con la cara vuelta hacia arriba, cómo una flor.Estuve tentado de besarla, pero me dominé.
Por fin abrió sus oscuros ojos. Me sonreían. ,
—Si la escuchas bien, te contará una historia.
—¿Qué historia te ha contado?—pregunté.
—Una vez vino un niño al agua —dijo Denna—. Esta es la historia de una niña que vino al agua con el niño. Hablaron, y el niño lanzaba las piedras como si quisiera alejarlas bien de sí. La niña no tenía piedras, y el niño le dio algunas. Entonces la niña se entregó al niño y él la alejó de sí como habría hecho con una piedra, sin importarle lo que ella pudiera sentir al caer.
Me quedé callado un momento, sin saber si Denna había terminado.

—Pues es una piedra triste, ¿no?
Denna besó la piedra y la dejó caer, siguiéndola con la mirada has-, ta que se posó en la arena del fondo.
—No, no es triste. Pero una vez la lanzaron. Conoce el movimiento. Le cuesta quedarse donde está como hacen la mayoría dé las piedras. Acepta el ofrecimiento del agua y a veces se mueve. —Alzó la vista y me sonrió sin malicia—. Cuando se mueve, piensa en el niño.
No sabía cómo interpretar aquella historia, así que intenté cambiar de tema.
—¿"Cómo aprendiste tú a escuchar a las piedras?
—Te sorprendería las cosas que puedes llegar a oír si te tomas tiempo para escuchar. —Señaló el lecho del arroyo, salpicado de piedras—. Inténtalo. Nunca se sabe lo que puedes oír.
Sin saber muy bien a qué estaba jugando Denna, miré alrededor buscando una piedra, me arremangué la camisa y hundí la mano en el agua.
—Escucha —dijo Denna con seriedad.
Gracias a mis estudios con Elodin, tenía una gran tolerancia al ridículo. Me llevé la piedra a la oreja y cerré los ojos. Me pregunté si debía fingir que oía una historia.
De pronto me encontré dentro del arroyo, empapado y escupiendo agua. Me puse a farfullar e intenté levantarme mientras Denna reía a carcajadas, doblada por la cintura, casi sin poder tenerse en pie.
Fui hacia ella, pero se escabulló y dio un gritito que la hizo reír aún más. Desistí de perseguirla y, con gran dramatismo, me sacudí el agua de la cara y los brazos.
—¡Qué pronto desistes! —me provocó—. ¿Tan rápido te apagas?
Metí una mano en el agua.
—Intentaba recuperar mi piedra —dije fingiendo que la buscaba.
Denna rió sacudiendo la cabeza.
—No me vas a engañar tan fácilmente.
—Lo digo en serio —protesté—. Quiero oír el final de su historia.
—¿Qué historia era? —me preguntó, guasona, sin acercarse.
—La de una niña que embaucó a un poderoso arcanista. Se burlaba de él y se mofaba de él. Se reía de él con desdén y sin decoro. Un día él la sorprendió en un arroyo, y con rimas sus temores apaciguó. Pero la niña olvidó mirar atrás como debía, y eso muchas lágrimas provocó.
Sonreí y saqué la mano del agua.
Denna se volvió justo en el momento en que la golpeaba la ola.
Solo le llegaba por la cintura, pero bastó para hacerle perder el equilibrio. Denna se sumergió en medio de un torbellino de faldas, pelo y burbujas.
La corriente la trajo hasta mí, y la ayudé a levantarse, riendo.
Denna emergió con cara de llevar tres días ahogada.
—¡Esto no se hace! —farfulló, indignada—. ¡Es muy feo!
—Discrepo. Jamás pensé que hoy vería una náyade tan hermosa.
Denna me salpicó agua.
—Puedes adularme cuanto quieras, pero Dios ha visto la verdad. Has hecho trampa. Yo solo he utilizado un truco honrado.
Entonces intentó sumergirme, pero yo estaba preparado. Forcejeamos un poco hasta que nos quedamos casi sin respiración. Entonces me di cuenta de lo cerca que estábamos. Qué maravilla. Qué poco parecía separarnos la ropa mojada.
Denna debió de pensar lo mismo en el mismo momento, y nos separamos un poco, como si de pronto sintiéramos timidez. Se alzó un poco de viento y nos recordó lo empapados que estábamos. Denna fue hasta la orilla y se quitó el vestido sin vacilar, poniéndolo a secar sobre el itinolito. Debajo llevaba una camisola que se le adhería al cuerpo. Vino.de nuevo

hacia mí; al pasar a mi lado me dio un empujón juguetón, y trepó a una roca alisada y negra, medio sumergida cerca del centro del arroyo.
Era una roca perfecta para tomar el sol, de basalto liso y oscuro como los ojos de Denna. La blancura de su piel y la reveladora camisola creaban un fuerte contraste contra la piedra, tan brillantes que casi deslumbraban. Denna se tumbó boca arriba y extendió su melena para que se secara. Su pelo mojado formaba sobre la piedra un dibujo que deletreaba el nombre del viento. Denna cerró los ojos y giró la cara hacia el sol. Ni siquiera Felurian habría podido estar más encantadora, más relajada.
Fui hasta la orilla y me quité la camisa y el chaleco, empapados. Tuve que dejarme puestos los pantalones mojados, porque no llevaba nada debajo.
—¿Qué te cuenta esa piedra? —pregunté para llenar el silencio mientras dejaba mi camisa junto al vestido de Denna, sobre el itinolito.
Deslizó una mano por la suave superficie de la piedra y habló sin abrir los ojos.
—Esta me está explicando cómo es vivir en el agua, pero sin ser un pez. —Se desperezó como un gato—. ¿Por qué no traes la cesta aquí?
Cogí la cesta y vadeé el arroyo hasta llegar a la piedra, moviéndome despacio para no salpicar a Denna. Ella estaba tumbada, perfecta y quieta, como si durmiera. Pero al mirarla, sus labios dibujaron una sonrisa.
—Estás muy callado —dijo—. Pero te huelo, sé que estás ahí.
—Espero no oler mal.
Denna sacudió ligeramente la cabeza, pero siguió sin abrir los ojos.
—Hueles a flores secas. A una especia extraña a punto de arder.
—Y a agua de río, me imagino.
Denna volvió a desperezarse y sonrió, relajada, revelando la blancura perfecta de sus dientes, el rosa perfecto de sus labios. Cambió un poco de posición. Casi como si me dejara sitio. Casi. Estuve tentado de tumbarme a su lado. La piedra era lo bastante grande para dos personas siempre que no tuvieran inconveniente en estar muy cerca...
—Sí —dijo Denna.
—Sí ¿qué?—pregunté.
—Tu pregunta —dijo ella girando la cara hacia mí, pero sin abrir los ojos—. Estás a punto de hacerme una pregunta. —Volvió a moverse un poco—. La respuesta es sí.
¿Cómo debía interpretarlo? ¿Qué debía pedir? ¿Un beso? ¿Algo más? ¿Cuánto sería demasiado? ¿Era aquello una prueba? Sabía que si pedía demasiado solo conseguiría ahuyentarla.
—Me preguntaba si te podrías apartar un poco —dije con suavidad.
—Sí. —Volvió a moverse, dejando más espacio a su lado. Entonces abrió los ojos, y puso cara de susto al verme de pie, sin camisa.Miró hacia abajo y se relajó al comprobar que no me había quitado los pantalones.
Me reí, pero su cara de asombro me aconsejó no abandonar la cautela. Dejé el cesto donde había pensado tumbarme.
—¿Qué te pasa? ¿Qué te ha asustado?
Denna se sonrojó un poco, turbada.
—No te creía capaz de llevarle la comida a una chica estando desnudo. —Encogió un poco los hombros y nos miró al cesto y a mí—. Pero me gustas así. Mi esclavo con el torso al aire. —Volvió a cerrar los ojos—. Dame fresas.
Obedecí de buen grado, y así pasamos la tarde.
Hacía mucho rato que habíamos comido y el sol ya nos había secado. Por primera vez desde nuestra pelea en Severen, sentí que todo fluía entre nosotros. Ya no encontrábamos silencios a cada paso, como baches en el camino. Solo había sido cuestión de esperar pacientemente a que se disipara la tensión.

A medida que avanzaba lentamente la tarde, comprendí que aquel era el momento ideal para plantear la conversación que llevaba tanto tiempo aplazando. Distinguí el verde apagado de viejos cardenales en los brazos de Denna,y los vestigios de un verdugón en su espalda. Tenía una cicatriz en una pierna, por encima de la rodilla, lo bastante reciente para que el rojo se entreviera a través de la blanca camisola.
Lo único que tenía que hacer era preguntarle qué eran aquellas marcas. Si formulaba la pregunta con cuidado, Denna admitiría que se las había hecho su mecenas. A partir de ahí, sería sencillo tirarle de la lengua. Convencerla de que ella merecía algo mejor. De que fuera lo que fuese lo que su mecenas le ofreciera, ella no merecía aquel maltrato.
Y por primera vez en mi vida, yo podía ofrecerle una salida. Con la carta de crédito de Alveron y mi trabajo en la Factoría, ya nunca tendría problemas de dinero. Por primera vez en mi vida, era rico. Podía ofrecerle a Denna una forma de huir...
—¿Qué te pasó en la espalda? —me preguntó Denna en voz baja, interrumpiendo mis pensamientos. Todavía estaba reclinada en la piedra; yo estaba apoyado en ella, con los pies en el agua.
—¿Qué?—pregunté, e inconscientemente me di la vuelta.
—Tienes cicatrices en la espalda —dijo Denna. Noté que una de sus manos, fría, acariciaba mi piel calentada por el sol, trazando una línea—. Al principio no me he dado cuenta de que eran cicatrices. Son bonitas. —Trazó otra línea a lo largo de mi espalda—. Es como si un crío gigantesco te hubiese confundido con una hoja de papel y hubiese practicado las letras sobre ti con una pluma de plata.
Retiró la mano y me volví para mirarla.
—¿Cómo te las hiciste?—insistió.
—Bueno, tuve algunos problemas en la Universidad —dije con cierta timidez.
—¿Y te azotaron? —dijo ella, sorprendida.
—Dos veces.
—Y ¿cómo es que sigues allí? —preguntó como si no pudiera creerlo—. ¿Después de que te hicieran eso?
Encogí los hombros.
—Hay cosas peores que unos azotes —dije—. En ningún otro sitio puedo aprender lo que me enseñan en la Universidad. Cuando quiero algo, hace falta algo más que un poco de sangre para...
Entonces reparé en lo que estaba diciendo. Los maestros me habían azotado. A Denna la había pegado su mecenas. Y ambos nos habíamos quedado. ¿Cómo podía convencerla de que mi situación era diferente? ¿Cómo podía convencerla de que ella tenía que marcharse?
Denna me miró con curiosidad, con la cabeza ladeada.
—Y dime, ¿qué pasa cuando quieres algo?
—Lo que quiero decir es que no me desanimo fácilmente —dije encogiéndome de hombros.
,
—Sí, algo había oído —dijo lanzándome una mirada de complicidad—. En Imre hay muchas chicas que aseguran que eres incansable. —Se incorporó y empezó a resbalar hacia el borde de la piedra. La camisola se le arrugó y se deslizó lentamente por sus muslos.
Iba a comentar lo de su cicatriz, con la esperanza de dirigir la conversación hacia su mecenas, cuando vi que Denna se había quedado quieta y me miraba mientras yo teRÍa la vista puesta en sus piernas desnudas.
—¿Qué dicen exactamente? —pregunté por decir algo, más que por curiosidad.
Se encogió de hombros.
—Algunas creen que intentas diezmar la población femenina de Imre. —Siguió avanzando hacia el borde de la piedra, y la camisola siguió subiendo., impidiéndome concentrarme.
—Diezmar implicaría a una de cada diez —dije tratando de convertirlo en un chiste—. Eso es

poco ambicioso, incluso tratándose de mí.
—Ah, me tranquilizas —repuso ella—. ¿Y te las traes a todas a...? —Dio un grito ahogado y resbaló por el borde de la piedra. Consiguió pararse justo en el momento en que yo estiraba el brazo para ayudarla.
—Si las traigo, ¿adonde? —pregunté.
—Si les traes rosas, bobo —dijo ella, cortante—. ¿O también ya has pasado esa página?
—¿No quieres que te lleve en brazos? —pregunté.
—Sí —me contestó. Pero antes de que pudiera acercarme a cogerla, ella resbaló el resto del camino hasta el agua, y su camisola se elevó a una altura escandalosa antes de pisar el lecho del río. El agua la cubrió hasta las rodillas, mojándole solo el dobladillo.
Fuimos hasta el itinolito y, en silencio, nos pusimos la ropa, ya seca. Denna se preocupó por el dobladillo mojado de su camisola.
—Habría podido llevarte en brazos, lo sabes —dije en voz baja.
Denna se llevó la palma de la mano a la frente.
—Si me dices otra frase de siete palabras, me desmayo. —Se abanicó con la otra mano—. ¿Qué voy a hacer contigo?
—Amarme. —Pretendía decirlo con toda la frivolidad de que fuera capaz. En broma. Convirtiéndolo en un chiste. Pero cometí el error de mirarla a los ojos al hablar. Me distrajeron, y cuando las palabras salieron de mi boca, acabaron sonándo muy diferentes a como yo había planeado.
Durante una milésima de segundo, me sostuvo la mirada con resuelta ternura. Entonces compuso una sonrisa atribulada que apenas levantó una comisura de sus labios.
—Ah, no —dijo—. No caeré en esa trampa. Yo no pienso ser uná de tantas.
Apreté los dientes, entre confundido, abochornado y asustado. Había sido demasiado atrevido y lo había estropeado todo, como siempre había temido. ¿Cuándo se me había ido de las manos la conversación?
—¿Perdóname?—dije, atontado.
—Más te vale. —Denna se arregló la ropa, moviéndose con una rigidez poco habitual en ella, y se pasó las mánós por el pelo tejiendo una gruesa trenza. Sus dedos manejaron los mechones y por un instante pude leer, más claro que el agua: «No me hables».
Quizá sea necio, pero hasta yo sé leer úna señal tan evidente. Cerré la boca y me callé lo siguiente que iba a decir.
Entonces Denna vio que le miraba el pelo y retiró las manos contimidez, sin llegar a atarse la trenza. Rápidamente, los mechones se deshicieron y el pelo volvió a colgar suelto alrededor de sus hombros. Se llevó las manos delante del cuerpo y empezó a hacer girar, nerviosa, uno de sus anillos.
—Espera un momento —dije—. Casi se me olvida. —Metí la mano en el bolsillo interior de mi chaleco—. Tengo un regalo para ti.
Denna se quedó mirando la mano que le tendía; sus labios dibujaban una línea delgada.
—¿Tú también? —me preguntó—. Sinceramente, creía que tú eras diferente.
—Eso espero —dije, y abrí la mano. Había pulido el anillo, y el sol se reflejaba en los bordes de la piedra azul claro.
—¡Oh! —Denna se tapó la boca con ambas manos, y de pronto se le empañáronlos ojos—. ¿Es mi...? —Alargó ambas manos para cogerlo.
—Lo es—confirmé.
Le dio vueltas con las manos; luego se quitó uno de los anillos que llevaba y se lo puso,
—Sí, lo es —dijo, atónita, y unas lágrimas resbalaron por sus mejillas—. ¿Cómo pudiste...?
—Se lo quité a Ambrose—dije.
—Ah —dijo ella. Desplazó el peso del cuerpo de una pierna a otra, y noté que el silencio volvía a cernerse entre nosotros.

—No fue muy complicado —mentí—. Solo lamento haber tardado tanto en recuperarlo.
—No hay forma de que pueda agradecértelo. —Denna estiró las manos y tomó una de las mías entre las suyas. . '
Supongo que creeréis que aquello ayudó. Que un regalo y las manos entrelazadas arreglarían las cosas entre nosotros; Pero había vuelto el silencio, más intenso qué antes. Tan denso que habríais podido untarlo en el pan y coméroslo. Hay silencios que ni las palabras pueden ahuyentar. Y aunque Denna me tocaba la mano, no me la sujetaba. Hay un mundo de diferencia.
Denna miró al cielo.
—Va a cambiar el tiempo —dijo—. Deberíamos volver antes de que empiece a llover.
Asentí, y nos pusimos en marcha. A medida que avanzábamos, las nubes proyectaban su sombra por el paisaje que dejábamos atrás.

149 Enredos

La taberna de Anker's estaba prácticamente vacía. Los únicos clientes en una de las mesas del fondo eran Sim y Felá. Fui hacia ellos y me senté dando la espalda a la pared.
—¿Y bien? —dijo Sim nada más dejarme caer en el asiento—. ¿Cómo te fue ayer?
Ni le respondí; no tenía ganas de hablar de aquello.
—¿Qué pasó ayer?—quiso saber Felá.
—Kvothe pasó el día con Denna —explicó Sim—. Todo el día.
Encogí los hombros.
Sim abandonó el tono optimista.
—¿No tan bien como esperabas? —me preguntó con más delicadeza.
—No mucho —respondí. Miré al otro lado de la barra y le hice una seña a Laurel para que me trajera un poco de lo que hubiera en los fogones.
—¿Te interesa la opinión de una dama? —preguntó Felá con dulzura.
—Me conformaría con la tuya.
Simmon soltó una carcajada y Felá hizo una mueca.
—No te lo tendré en cuenta—dijo—. Venga, cuéntaselo todo a tía Felá.
Le hice un resumen. Describí la situación lo mejor que pude, pero lo fundamental parecía resistirse a una explicación. Cuando intentaba expresarlo con palabras, parecía estúpido.
—Y eso es todo —dije tras varios minutos de abordar torpemente el tema-^. O es todo de lo que quiero hablar. Denna me desconcierta como nada en el mundo, —Arranqué una astilla del tablero de la mesa con un dedo—. Odio no entender una cosa.
Laúrel me trajo pan caliente y un cuenco de sopa de patata.—¿Algo más? —me preguntó.
—No, gracias. —Le sonreí, y luego, cuando se dio la vuelta y volvió a la barra, observé su vista trasera.
—Muy bien —dijo Felá poniéndose seria—. Empecemos por tus puntos a favor. Eres encantador, guapo y muy cortés con las mujeres.
—Pero ¿no has visto cómo miraba a Lauren hace un momento? —terció Sim riendo—. Es un libidinoso de miedo. Mira a más mujeres de las que yo podría mirar si tuviera dos cabezas sobre un cuello giratorio como el de un búho.
—Es verdad —admití.
—Hay maneras y maneras de mirar —le dijo Felá a Simmon—. Hay hombres que te repasan con una mirada grasienta. Te dan ganas de darte un baño. Otros lo hacen con una mirada agradable que te ayuda a saber que eres hermosa. —Se pasó una mano por el pelo distraídamente.
—Tú no necesitas que te lo recuerden —dijo Simmon.
—Todos necesitamos que nos lo recuerden —lo contradijo ella—. Pero Kvothe es diferente. El lo hace con mucha seriedad. Cuando te mira, notas que toda su atención está centrada en ti. —Se rió de mi expresión de bochorno—. Esa fue una de las cosas que me gustó de ti cuando nos conocimos.
El rostro de Simmon se ensombreció, y traté de adoptar un aire absolutamente inofensivo.
—Pero desde que has vuelto, se ha convertido en algo casi físico —continuó Felá—. Ahora, cuando me miras, ocurre algo detrás de tus ojos. Algo con reminiscencias de fruta dulce, sombras y luz de lámparas. Algo salvaje de lo que las doncellas feéricas huyen bajo un cielo violeta. Es algo terrible. Me gusta. —Se rebulló un poco en el asiento, y aprecié en sus ojos un brillo travieso.
Aquello fue demasiado para Simmon. Apartó su silla de la mesa y fue a levantarse mientras

hacía gestos imprecisos.
—Bueno, pues... Yo... Bueno...
—No, corazón —dijo Felá, y le puso una mano sobre el brazo—. Calla. No tiene nada que ver con eso.
—No me digas que me calle —le espetó Sim, pero se quedó sentado.
Felá le acarició la nuca.
—No es nada de lo que tengas que preocuparte. —Rió, como si esa idea le pareciera ridicula —;. Me tienes fuertemente atada a ti, más de lo que imaginas. Pero eso no significa que de vez en cuando no pueda disfrutar con un pequeño cumplido.
Sim tenía el ceño fruncido.
—¿Qué quieres? ¿Que me enclaustre? —preguntó Felá. Su voz tenía un deje de irritación, entreverado en la ligera cadencia de su acento modegano—. ¿Cómo te sientes cuando Mola se dedica a coquetear contigo? —Simmon abrió la boca y pareció que intentara palidecer y sonrojarse al mismo tiempo. Felá se rió de su desconcierto—. Dioses minúsculos, Sim. ¿Acaso crees que estoy ciega? Es algo inofensivo, y te hace sentirte bien. ¿Qué mal hay en eso?
—Ninguno, supongo —concedió Sim tras una pausa. Levantó la cabeza, me miró con una sonrisa temblorosa en los labios y se apartó el pelo de los ojos—. Pero no se te ocurra mirarme de esa forma que ha mencionado Felá, ¿de acuerdo? —Su sonrisa se ensanchó, ya más sincera—. No sé si podría soportarlo.
Le devolví la sonrisa sin pensarlo. Sim tenía el don de hacerme sonreír.
—Además —le dijo Felá—, eres perfecto tal como eres, —Lo besó en una oreja como si quisiera recompensarlo por su cambio de actitud, y luego me miró a mí—. Contigo, en cambio, no me enredaría ni por todo el oro del mundo —dijo rotundamente.
—¿Qué quieres decir con eso? —pregunté—. ¿Y mi mirada? ¿Y mi nosequé misterioso y feérico?
—Ah, sí, eres fascinante. Pero una chica busca algo más que eso. Busca a un hombre que tenga devoción por ella.
Negué con la cabeza.
—Me niego a arrojarme a sus pies como todos los hombres que ha conocido. Lo odia. He visto lo que pasa con mis propios ojos.
—¿Nunca se te ha ocurrido pensar que quizá ella sienta lo mismo? —me preguntó Felá—. Te recuerdo que gozas de cierta reputación entre las mujeres.
—¿Qué quieres que haga? ¿Que me enclaustre? —dije repitiendo lo que Felá le había dicho a Sim, aunque con más brusquedad de la que pretendía—. ¡Por el carbonizado cuerpo de Dios, la he visto en los brazos de diez docenas de hombres! ¿Y ahora ella se ofende si llevo a otra mujer a ver una obra de teatro?
Felá me miró con franqueza.
—Has hecho algo más que ir a dar paseos en coche. Las mujeres hablan.
—Maravilloso. Y ¿qué dicen? —pregunté con amargura, bajando la vista hacia mi sopa.
—Que eres encantador —respondió Felá—. Y educado. Y que no se te escapan las manos, lo cual en algunos casos, por lo visto, es motivo de frustración.—Esbozó una pequeña sonrisa.
Levanté la cabeza, intrigado.
—¿Quién?
Felá titubeó.
—Meradin —confesó—. Pero yo no te lo he dicho.
—No me dijo ni veinte palabras durante la cena —dije meneando la cabeza—. ¿Y después se queja de que no le metiera mano? Creía que me odiaba.
—Estamos muy lejos de Modeg —dijo Felá—. En esta parte del mundo, la gente no es muy razonable respecto al sexo. Hay mujeres que no saben cómo tratar a un hombre que no

hace insinuaciones audaces.
—Muy bien—dije—. Y ¿qué más dicen?
—Nada excesivamente sorprendente. No eres abusón, pero tampoco es muy difícil activarte. Eres generoso, ingenioso y... —Dejó la frase sin terminar, como si se sintiera incómoda.
—Adelante—la animé.
Felá suspiró y añadió:
—Distante.
No era el duro golpe que yo esperaba.
—¿Distante?
—A veces, lo único que quieres es cenar —dijo Felá—. O tener compañía. O conversación. O que alguien te dé un tiento cariñoso. Pero básicamente, lo que quieres es que un hombre... —Frunció el ceño y volvió a empezar—. Cuando estás con un hombre... —Volvió a dejar la frase colgada.
—Di lo que quieres decir —la exhorté inclinándome hacia delante.
Felá encogió los hombros y miró hacia otro lado.
—Si tú y yo estuviéramos juntos, algo en mí me diría que ibas a abandonarme. No enseguida. No con malicia, ni por crueldad. Pero sabría que ibas a abandonarme. No pareces la clase de hombre que sienta la cabeza y se queda con una chica para siempre. Al final, encontrarías algo más importante que yo y me dejarías.
Empujé con la cuchara un trozo de patata de mi cuenco de sopa, sin saber qué pensar.
—Tiene que haber algo más que solo devoción —tercio Sim—. Kvothe lo pondría todo patas arriba por su chica. Supongo que de eso te das cuenta, ¿no? .—Supongo que sí —dijo Felá en voz baja, mirándome largamente.
—Pues si tú te das cuenta, Denna también debe de darse cuenta —señaló Simmon con tino.
Felá sacudió la cabeza.
—Para mí es fácil verlo porque estoy lejos.
—¿El amor es ciego? —dijo Sim riendo—. ¿‘Ese es el único consejo que piensas darle? —Miró al techo—. ¡Por favor!
—Yo nunca he dicho que esté enamorado —intervine—. Nunca lo he dicho. Denna me desconcierta, y le tengo cariño. Pero no hay nada más. ¿Cómo iba a haber algo más? No la conozco lo suficiente para aspirar a amarla. ¿Cómo voy a amar algo que no comprendo?
Felá y Sim se quedaron mirándome en silencio. Entonces Sim soltó una carcajada, como si yo acabara de decir la cosa más ridicula que jamás había oído. Le cogió la mano a Felá y le plantó un beso en el anillo de piedra de múltiples facetas.
—Tú ganas —le dijo—. El amor es ciego, y sordomudo. Jamás volveré a poner en duda tu sabiduría.
Todavía estaba un poco mustio, y fui a buscar al maestro Elodin. Al final lo encontré sentado debajo de un árbol, en un jardincito cerca de las Dependencias.
—¡Kvothe! —Me saludó perezosamente con una mano—. Ven. Siéntate. —Me acercó un cuenco con el pie—. Come uvas.
Cogí unas cuantas. La fruta fresca había dejado de ser un lujo que no pudiera permitirme, pero aquellas uvas estaban deliciosas, muy maduras, casi a punto de pasarse. Me quedé masticando con aire pensativo; seguía pensando en Denna.
—Maestro Elodin —dije al cabo de un rato—, ¿'qué pensaría de alguien que cambia constantemente de nombre?
—¿Qué? —De pronto se incorporó y me miró con gesto de pánico—. ¿Qué has hecho?
Su reacción me sobresaltó, y levanté las manos a la defensiva.
—¡Nada! —le aseguré—. No soy yo. Es una chica que conozco.
Elodin palideció.
—¿Felá? —me preguntó—. Oh, no. No. Ella no haría una cosa así. Es demasiado inteligente.

—Parecía que intentara desesperadamente convencerse a sí mismo.
—No me refiero a Felá —dije—. Se trata de una chica que conozco. Cada vez que la veo, se ha cambiado el nombre.—Ah —elijo Elodin, y se relajó. Volvió a apoyarse en el tronco del árbol y rió un poco—. Te refieres a los nombres propios —dijo con notable alivio—. Por los huesos de Dios, hijo, creía que... —Se interrumpió y sacudió la cabeza.
—¿Qué creía?—pregunté.
—Nada —dijo quitándole importancia—A ver, ¿qué pasa con esachica?
Encogí los hombros y empecé a lamentar haber sacado el tema a colación.
—Solo me preguntaba qué pensaría usted de una chica que cambia constantemente de nombre. Cada vez que la veo, se lo ha cambiado. Dianah. Donna. Dyane.
—Supongo que no será una fugitiva —dijo Elodin con una sonrisa—. Que no la persiguen, que no tiene que eludir la ley del hierro de Atur, ni nada parecido.
—No, que yo sepa —dije, y sonreí también un poco.
—Podría indicar que no sabe quién es —dijo Elodin—. O que lo sabe y no le gusta. —Levantó la cabeza y se frotó la nariz con aire pensativo—. Podría indicar inquietud e insatisfacción. Podría significar que su naturaleza es cambiante, y por eso cambia de nombre, para adaptarlo a su naturaleza. O podría significar que cambia de nombre con la esperanza de que eso la ayude a ser una persona diferente.
—Eso es solo paja —repliqué con irritación—. Viene a ser como decir que sabes si tu sopa está fría o caliente. Si una manzana es dulce o ácida. —Lo miré con el ceño fruncido—. No es más que una manera complicada de decir que usted no tiene ni idea.
—Tú no me has preguntado qué sabía de una chica así—puntualizó él—. Me has preguntado qué diría de una chica así.
Me estaba cansando de aquella conversación. Comimos uvas en silencio mientras veíamos pasar a los estudiantes.
—Volví a llamar al viento —dije al caer en la cuenta de que todavía no se lo había explicado —. En Tarbean.
Elodin dio un respingo.
—Ah, ¿sí? —Se quedó mirándome, expectante—. Cuéntamelo. Quiero saber todos los detalles.
Elodin era un público excelente, atento y entusiasta. Le conté toda la historia, sin ahorrarme algunas fiorituras dramáticas. Al final de mi relato, comprobé que mi humor había mejorado notablemente.
—Ya van tres veces este bimestre —dijo Elodin, satisfecho—. Lo buscaste y lo encontraste cuando lo necesitabas. Y no una brisa, sino un aliento. Eso es algo muy sutil. —Me miró con el rabillo del ojo y compuso una sonrisa picara—. ¿Cuánto crees que falta para que puedas hacerte un anillo de aire?
Levanté mi mano izquierda, desnuda, con los dedos extendidos.
—¿Quién ha dicho que no lo llevo ya?
Elodin rió a carcajadas, y al ver que yo no mudaba la expresión, paró de reír. Arrugó un poco la frente y escudriñó primero mi mano, y luego mi rostro.
—¿Estás bromeando? —me preguntó.
—Esa es una buena pregunta —dije mirándolo a los ojos con serenidad—. ¿Estoy bromeando?

150 Delirio

Transcurría el bimestre de primavera. Contrariamente a lo que yo había imaginado, Denna no actuó en público en Imre. Y al cabo de unos días se fue al norte, a Anilin.

Pero esa vez pasó por Anker's para anunciarme que se marchaba. Me sentí halagado por ese detalle, y tuve la impresión de que era una prueba de que nuestra relación no estaba tan deteriorada.

Hacia el final del bimestre, el rector enfermó. Yo no conocía muy bien a Herma, pero le tenía simpatía. Estudiando íllico con él había comprobado que era un profesor muy agradable, pero además se había portado bien conmigo cuando yo llegué a la Universidad. Sin embargo, su enfermedad no me preocupaba especialmente. Arwyl y el personal de la Clínica podían hacer cualquier cosa que no fuera devolver la vida a los muertos.

Pero pasaban los días y no llegaban noticias de la Clínica. Circulaba el rumor de que el rector estaba demasiado débil para levantarse de la cama, con fiebres altísimas que amenazaban con consumir su poderosa mente de arcanista.

Cuando resultó obvio que Herma no podría volver a asumir sus funciones de rector a corto plazo, los maestros se reunieron para decidir quién ocuparía su lugar. Quizá permanentemente, en caso de que su estado empeorara.

Y, para no alargaros un dolorosa historia, nombraron rector a Hemme. Una vez superada la conmoción, comprendí por qué. Kilvin, Arwyl y Lorren estaban demasiado ocupados para asumir funciones añadidas. Lo mismo ocurría con Mandrag y Dal, aunque en menor medida. Solo quedaban Elodin, Brandeur y Hemme.

A Elodin no le interesaba el cargo, y en general se lo consideraba demasiado imprevisible para ocuparlo. Y Brandeur siempre miraba en la dirección en que soplara el viento de Hemme.De modo que fue Hemme quien ocupó la silla del rector. A pesar de que me fastidiaba, aquello tuvo pocas consecuencias en mi vida cotidiana. La única precaución que tomé fue la de no vulnerar ni la más insignificante de las leyes de la Universidad, consciente de que si me ponían ante las astas del toro ahora, el voto de Hemme contaría doblemente contra mí.

Se acercaba el proceso de admisiones y el maestro Herma seguía débil y afiebrado. Me preparé para mi primer examen de admisión con Hemme como rector con un duro nudo de terror en el estómago.

Realicé la entrevista con el mismo artificio calculado que había mantenido los dos últimos bimestres: vacilaba y cometía algunos errores, y me imponían una matrícula de unos veinte talentos. Lo suficiente para ganar un poco de dinero, pero no lo suficiente para hacer demasiado el ridículo.

Hemme, como siempre, me hizo preguntas ambivalentes o engañosas pensadas para hacerme fallar, pero eso no era nada nuevo. La única diferencia real que advertí fue que Hemme sonreía mucho. Y no era una sonrisa muy agradable.

Después los maestros conferenciaron, como era habitual. Luego Hemme leyó mi matrícula: cincuenta talentos. Por lo visto, el rector controlaba esas decisiones más de lo que yo creía.

Me tuve que morder el labio para que no se me escapara la risa, y adopté la debida expresión de desaliento mientras me dirigía al sótano del Auditorio, donde estaba la tesorería. Los ojos de Riem destellaron al ver la cifra de mi matrícula; desapareció en su despacho privado y volvió al cabo de un momento con un grueso sobre.

Le di las gracias y, sin abandonar aquella expresión taciturna, me fui a mi habitación de Anker's. Una vez que hube cerrado la puerta, rasgué el grueso sobre y vacié su contenido en mi mano: dos relucientes marcos de oro que valían diez talentos cada uno.

Entonces me reí. Reí hasta que se me saltaron las lágrimas y me dolieron los costados.
Luego me puse mi mejor traje y fui a buscar a mis amigos: Wilem y Simmon, Felá y Mola.
Envíe a un recadero a Imre con una invitación para Devi y Threpe. Luego alquilé un coche de cuatro caballos y todos juntos cruzamos el río hacia Imre.

Paramos en el Eolio. Denna no estaba allí, pero recogimos a Deoch y nos fuimos al Mesón del Rey, un local que estaba muy lejos del alcance de cualquier estudiante que se preciara. El portero observó a nuestro variopinto grupo con sorna, dispuesto a impedirnos pasar de la puerta, pero Threpe arrugó su ceño de noble y pudimos entrar sin problemas.

Allí comenzó una noche de agradable decadencia que pocas veces he visto igualar.
Comimos y bebimos, y me hice cargo de la cuenta más que satisfecho. La única agua que había encima de la mesa era la de los cuencos para lavarnos las manos. En nuestras copas solo había vinos vínticos con solera, oscuro scutten, frío metheglin y dulce aguardiente, y todos los brindis que hicimos fueron para celebrar el delirio de Hemme.

151 Cerraduras

Kvothe inspiró hondo y asintió con la cabeza.
—Detengámonos aquí —dijo—. Por primera vez en la vida tenía dinero en el bolsillo. Estaba rodeado de amigos. Es un buen sitio donde dejarlo por esta noche. Se frotó las manos, la derecha masajeando la izquierda distraídamente—. Si continuamos, todo se pone negro otra vez.
Cronista cogió el montoncito de hojas escritas y las cuadró golpeando los cantos contra la mesa antes de colocar encima la hoja a medio escribir. Abrió su cartera de piel, sacó la corona de acebo, de hojas verdes y brillantes, y metió dentro el fajo de papel. Entonces cerró el tintero y empezó a desmontar la pluma y a limpiar todas las piezas.
Kvothe se levantó y se desperezó. Recogió los platos y las tazas vacíos y los llevó a la cocina.
Bast se quedó sentado con gesto inexpresivo. No se movió. Apenas se le veía respirar. Al cabo de unos minutos, Cronista empezó a lanzarle miradas.
Kvothe volvió a la taberna y frunció el ceño.
—Bast —dijo.
Bast desvió lentamente la mirada y la posó sobre el hombre que estaba detrás de la barra.
—Todavía deben de estar en el velatorio de Shep —dijo Kvothe—. Esta noche no hay mucho que recoger. ¿Por qué no pasas por allí un rato? Se alegrarán de verte...
Bast se lo pensó un momento y sacudió la cabeza.
—Me parece que no, Reshi —dijo con voz monótona—. No estoy de humor. —Se levantó de la silla y cruzó la estancia hacia la escalera, sinmirarlos a ninguno de los dos—. Voy a acostarme.
El duro sonido de sus pasos se perdió poco a poco, seguido del sonido de una puerta al cerrarse.
Cronista lo siguió con la mirada; luego se volvió hacia el hombre pelirrojo que estaba detrás de la barra.
Kvothe también tenía los ojos puestos en la escalera, con gesto de preocupación.
—Es que ha tenido un día muy duro —dijo, como si hablara para sí además de para su invitado—. Mañana estará mejor.
Se secó las manos, salió de detrás de la barra y se dirigió hacia la puerta principal.
—¿Necesitas algo antes de acostarte? —preguntó.
Cronista negó con la cabeza y empezó a montar de nuevo su pluma.
Kvothe cerró la puerta de la posada con una gran llave de latón y se volvió hacia Cronista.
—Dejaré la llave en la cerradura —dijo—. Por si te despiertas temprano y te apetece dar un paseo, o lo que sea. Últimamente no duermo mucho —se tocó el lado de la cara donde un cardenal empezaba a colorear su mentón—, pero esta noche quizá haga una excepción.
Cronista asintió y se cargó la cartera al hombro. Cogió la corona de acebo con mucho cuidado y se dirigió hacia la escalera.
A solas en la taberna, Kvothe barrió metódicamente el suelo, llegando hasta todos los rincones. Lavó los platos, limpió las mesas y la barra y apagó todas las lámparas excepto una, dejando la estancia débilmente iluminada y poblada de sombras parpadeantes.
Miró un momento las botellas que había detrás de la barra, se dio la vuelta y subió despacio la escalera.
Bast entró lentamente en su habitación y cerró la puerta.
A oscuras y sin hacer ruido se dirigió hasta la chimenea, donde solo quedaban ceniza y pavesas del fuego de la mañana. Bast abrió la leñera, pero únicamente había una gruesa

capa de broza y astillas al fondo.
La débil luz que entraba por la ventana se reflejaba en sus oscuros ojos y perfilaba el contorno de su cara; él seguía inmóvil, como tratando de decidir qué hacer. Al cabo de un momento soltó la tapa de la leñera, se envolvió con una manta y se sentó en un pequeño sofá frente a la vacía chimenea.
Permaneció largo rato allí sentado, con los ojos abiertos en la oscuridad.
Se oyó un débil correteo al otro lado de la ventana. Luego, nada. Al cabo de un momento, unos arañazos. Bast se dio la vuelta y vio moverse una silueta oscura al otro lado del cristal. Se quedó quieto un momento; se levantó del sofá con un movimiento fluido y se quedó de pie frente a la chimenea. Sin apartar los ojos de la ventana, deslizó las manos con cuidado por la repisa de la chimenea.
Se oyó otro arañazo, esa vez más fuerte. Bast desvió rápidamente la mirada de la ventana a la repisa, y cogió algo con ambas manos. La débil luz de la luna arrancó un destello metálico cuando el joven se agazapó, con el cuerpo en tensión como un muelle enroscado.
Durante un largo momento no ocurrió nada. Ningún ruido. Ningún movimiento al otro lado de la ventana ni en la habitación a oscuras.
Toe toe toe toe toe. Era un ruido débil, pero perfectamente distinguible; se repitió tras una pausa, claro e insistente contra el cristal de la ventana: toe toe toe toe toe.
Bast suspiró. Relajó los músculos, fue hasta la ventana, retiró la tranca y la abrió.
—Mi ventana no tiene cerrojo —dijo Cronista, enfurruñado—. ¿Por qué la tuya sí?
—Por razones obvias —contestó Bast.
—¿Puedo pasar?
Bast encogió los hombros y volvió junto a la chimenea mientras Cronista entraba con torpeza por la ventana. Bast encendió con una cerilla una lámpara que había en una mesita, y colocó con cuidado un par de cuchillos largos en la repisa de la chimenea. Uno era delgado y afilado como una brizna de hierba, y el otro, fino y aguzado como un espino.
Cronista echó un vistazo alrededor mientras la luz se derramaba por la habitación. Era grande, con paneles de madera noble y alfombras gruesas. Había dos sofás, uno frente a otro, delante dé lá chimenea, y uno de los rincones de la habitación estaba dominado por una enorme cama Con un rico dosel de color verde oscuro.
Había estantes con cuadros, bagatelas y naderías. Mechones de pelo atados con cinta. Silbatos de madera. Flores secas. Anillos de cuerno, dé cuero y de hierba entretejida. Una vela artesanal con hojas incrustadas en la cera.
había una incorporación evidentemente reciente: ramas de acebo que' decoraban ciertas partes de la habitación. Una larga guirrial-da a lo largo del cabecero de la cama, y otra sobre la repisa de la chimenea, entrelazada con los mangos de un par de relucientes hachuélas de filo curvado como una hoja que estaban colgadas en la pared
Bast se sentó enfrente de la chimenea fría y se echó una manta por encima de los hombros como si fuera un chal. Estaba hecha de retales, y era un caos de telas disparejas y desteñidas, excepto un corazón de color rojo intenso cosido justo en el centro.
—Tenemos que hablar —dijo Cronista con un hilo de voz.
Bast se encogió de hombros y se quedó mirando la chimenea con gesto de desánimo.
Cronista dio un paso adelante.
—Necesito preguntarte...
—No hace falta que susurres —dijo Bast sin levantar la cabeza—. Estamos en el otro lado de la posada. A veces tengo visitas. No lo dejaba dormir, así que me trasladé a este lado del edificio. Entre mi habitación y la suya hay seis sólidas paredes.
Cronista se sentó en el borde del otro sofá, enfrente de Bast.
—Necesito preguntarte por alguna de las cosas que dijiste hoy. Sobre el Cthaeh.
—No deberíamos hablar del Cthaeh. —Bast hablaba con una voz monótona y sombría—. No

es saludable.
—Pues hablemos de los Sithe —propuso Cronista-^. Has dicho que si ellos oyeran esta historia matarían a todos los implicados. ¿Es verdad?
Bast asintió con la mirada todavía fija en la chimenea.
—Prenderían fuego a esta posada y luego esparcirían sal sobre los restos.
Cronista agachó la cabeza y la sacudió.
—No entiendo ese miedo que le tienes al Cthaeh —dijo.
—Bueno —replicó Bast—, hay indicios de que no eres tremendamente inteligente.
Cronista frunció el ceño y esperó con paciencia.
Bast dio un suspiro y apartó por fin los ojos de la chimenea.
—Piensa. El Cthaeh sabe todo lo que vas a hacer. Todo lo que vas a decir...
—Pues eso lo convierte en un conversador bastante irritante —dijo Cronista—, pero no...
Bast se enfureció.
—¡Dyen vehatl ¡Enfeun vehattyloren tes! —le espetó, casi de manera incoherente. Estaba temblando y abría y cerraba los puños.El veneno en la voz de Bast hizo palidecer a Cronista, pero no lo amilanó.
—No estás enfadado conmigo —dijo con calma mirando a Bast a los ojos—. Estás enfadado, y resulta que me tienes cerca.
Bast lo fulminó con la mirada, pero no dijo nada.
Cronista se inclinó hacia delante.
—Solo intento ayudar. Lo sabes, ¿verdad?
Bast asintió con la cabeza sombríamente.
—Por eso necesito entender qué está pasando.
Bast encogió los hombros; su súbito arrebato se había consumido dejándolo otra vez apático.
—Me da la impresión de que Kvothe te cree respecto al Cthaeh —dijo Cronista.
—Él conoce los giros ocultos del mundo —dijo Bast—. Y lo que no entiende lo capta rápidamente. —Los dedos de Bast juguetearon distraídamente con el borde de la manta—. Y confía en mí.
—Pero ¿no parece artificioso? El Cthaeh le da una flor a un niño, una cosa lleva a la otra, y de pronto estalla una guerra. —Cronista hizo un ademán de desdén—. Las cosas no funcionan así. Es demasiada coincidencia.
—No es coincidencia. —Bast soltó un breve suspiro—. Un ciego tiene que andar a tientas para atravesar una habitación abarrotada. Tú no. Tú usas los oj os y escoges el camino fácil. Para ti está muy claro. El Cthaeh puede ver el futuro. Todos los futuros. Nosotros tenemos que avanzar a tientas. Él no. Él solo mira y escoge el camino más desastroso. Es la piedra que provoca el alud. Es la tos con que empieza la peste.
—Pero si sabes que el Cthaeh intenta dirigirte —argumentó Cronista—, solo tienes que hacer otra cosa. Él teda la flor, y tú la vendes.
Bast negó con la cabeza.
—El Cthaeh lo sabría. No puedes anticiparte a una cosa que conoce tu futuro. Imagínate que le vendes la flor al príncipe. Él utiliza la flor para curar a su amada. Un año más tarde, ella lo sorprende seduciendo a. la doncella y se suicida ahorcándose, y su padre lanza un ataque para vengar a su hija. —Bast abrió las manos en un gesto de impotencia—. De todas formas estalla la guerra civil.: :
—Pero al joven que vendió la flor no le pasa nada.
—Seguramente —dijo Bast, sombrío—. Lo más probable es que coja una gran borrachera, contraiga la sífilis, derribe una lámpara e incendie media ciudad.
—Eso solo son hipótesis para corroborar tu teoría —protestó Cronista—. En realidad no estás demostrando nada.

—¿Para qué necesito demostrarte nada? —preguntó Bast—. ¿Qué me importa lo que pienses? Por mí, puedes ser feliz con tu estúpida ignorancia. No diciéndote la verdad te estoy haciendo un favor.
—¿Qué verdad es esa? —inquirió Cronista, claramente enojado.
Bast dio un suspiro de cansancio y miró a Cronista; su expresión revelaba un profundo desaliento.
—Preferiría enfrentarme al propio Haliax —dijo—, preferiría enfrentarme a todos los Chandrian juntos que mantener una conversación de diez palabras con el Cthaeh.
Eso ofreció a Cronista una breve pausa.
—Te matarían —dijo. Su tono de voz lo convirtió en una pregunta.
—Sí —confirmó Bast—. Pero aun así.
Cronista miró fijamente al hombre moreno que estaba sentado enfrente de él, envuelto en una manta de retales.
—Las historias te enseñaron a temer al Cthaeh —dijo con desdén—. Y ese temor te vuelve estúpido.
Bast se encogió de hombros, y sus ojos ausentes volvieron a dirigirse hacia el fuego inexistente.
—Me aburres, hombrecito.
Cronista se levantó, dio un paso adelante y le cruzó la cara de una bofetada a Bast.
El golpe hizo volver la cabeza a Bast, que por un instante pareció demasiado conmocionado para moverse. Entonces se levantó en un torbellino de movimiento, y la manta se le cayó de los hombros. Agarró a Cronista por el cuello, enseñando los dientes, con los ojos de un azul intenso y uniforme.
Cronista lo miró a los ojos.
—El Cthaeh provocó todo esto •—dijo con calma—. Sabía queme atacarías, y después pasarán cosas terribles.
Bast abrió más los ojos, y su expresión de rabia se congeló. La tensión desapareció de sus hombros cuando soltó el cuello de Cronista. Se dejó caer lentamente sobre los almohadones del sofá.
Cronista llevó el brazo hacia atrás y le dio otra bofetada que sonó aún más fuerte que la primera.
Bast volvió a enseñar los dientes, pero se detuvo. Miró a Cronista y luego apartó los ojos.
—El Cthaeh sabe que le temes —dijo Cronista—. Sabe que yo utilizaría eso contra ti. Todavía está manipulándote. Si no me atacas, pasarán cosas terribles.
Bast se quedó quieto, como si estuviera paralizado, sin saber si debía levantarse o quedarse sentado.
—¿Me escuchas? —le espetó Cronista—. ¿Has despertado de una vez?
Bast miró al escribano con gesto de perplejidad. En su mejilla estaba apareciendo una marca roja. Asintió con la cabeza y se reclinó lentamente en el sofá.
Cronista echó el brazo hacia atrás.
—¿Qué harás si vuelvo a abofetearte?
—Te daré una paliza de muerte —respondió Bast con ímpetu.
Cronista asintió con la Cabeza y se sentó en su sofá.
—De acuerdo, estoy dispuesto a aceptar, en aras de la polémica, que el Cthaeh conoce el futuro. Eso significa que puede controlar muchas cosas. —Levantó un dedo—. Pero no todo. La fruta que te has comido hoy tenía un sabor dulce, ¿verdad?
Bast asintió despacio.
—Si el Chtaeh fuera tan malvado como tú dices, te haría todo el daño que pudiera. Pero no puede. No pudo evitar que hicieras reír a tu Reshi esta mañana. No pudo evitar que disfrutaras del sol en la cara ni que besases las rosadas mejillas de las hijas de los granjeros,

¿verdad? '
Una fugaz sonrisa se insinuó en el rostro de Bast.
—He besado algo más que eso—dijo.
—Precisamente —dijo Cronista con firmeza—. No puede envenenar todo lo que hacemos.
Bast se quedó pensativo y luego suspiró.
—En parte tienes razón —concedió—. Pero solo un idiota se queda sentado en una casa en llamas y piensa que todo va bien porque la fruta sigue teniendo un sabor dulce.
Cronista miró alrededor.
—A mí no me parece que la posada esté en llamas.
Bast lo miró con cara de incredulidad.
—El mundo entero está en llamas—dijo—. Abre los ojos.,
Cronista frunció el entrecejo.
—Aunque no tuviéramos en cuenta nada más—insistió—, Felurian lo dejó marchar. Ella sabía que había hablado con el Cthaeh; dudo mucho que lo hubiera dejado libre por el mundo a menos que tuviera alguna forma de protegerse contra su influencia
Los ojos de Bast se iluminaron cuando oyó eso, pero se apagaron casi inmediatamente. Meneó la cabeza.
—Buscas profundidad en un arroyo poco hondo —dijo.
—No estoy de acuerdo —dijo Cronista—. ¿Qué razón podía tener ella para dejarlo marchar si entrañaba un verdadero peligro?
—¿Razón? —preguntó Bast, con un deje de misteriosa diversión—. Ninguna razón. Ella no entiende nada de razones. Lo dejó marchar para satisfacer su orgullo. Quería que él volviera al mundode los mortales y cantara sus alabanzas. Que contara historias sobre ella. Que suspirara por ella. Por eso lo dejó marchar. —Dio un suspiro—. Ya te lo he dicho: mi gente no es famosa por tomar decisiones acertadas.
Quizá —dijo Cronista—. O quizá sencillamente se dio cuenta de que era inútil intentar anticiparse al Cthaeh. —Hizo un gesto de indiferencia . Si todo lo que vas a hacer está mal, puedes hacer lo que quieras.
Bast se quedó callado largo rato. Entonces asintió con la cabeza, primero débilmente, y luego con más firmeza.
Tienes razón —concedió—. Si de todas formas todo va a acabar con lágrimas, puedo hacer lo que quiera.
Bast miró alrededor, y de pronto se levantó. Tras buscar un poco, encontró una gruesa capa arrugada en el suelo. Le dio una enérgica sacudida y se la echo sobre los hombros antes de dirigirse a la ventana. Entonces se paró, volvió al sofá y rebuscó entre los almohadones hasta que encontró una botella de vino.
Cronista estaba desconcertado.
—¿Qué haces? ¿Te vas al velatorio de Shep?
Bast se detuvo de camino hacia la ventana, y pareció sorprenderse de ver a Cronista allí de pie.
—Voy a ocuparme de mis asuntos —dijo, y se puso la botella de vino debajo del brazo. Abrió la ventana y sacó un pie—. No me esperes levantado.
Kvothe entró con paso vigoroso en su habitación y cerró la puerta.
Se puso a hacer cosas. Retiró las cenizas frías de la chimenea y colocó leña nueva, encendiendo el fuego con una gruesa cerilla de azufre rojo. Cogió una segunda manta y la extendió sobre su estrecha cama. Frunciendo ligeramente el ceño, recogió la hoja de papel arrugada que se había caído al suelo y la dejó encima de su mesa, junto a otras dos hojas arrugadas.Entonces, moviéndose como a regañadientes, fue hasta el pie de su cama. Inspiró hondo, se secó las manos en los pantalones y se arrodilló frente al arcón oscuro que había allí. Apoyó ambas manos sobre la tapa curvada y cerró los ojos, como si escuchara

algo. Tiró de la tapa tensando los hombros.
No pasó nada. Kvothe abrió los ojos. Sus labios dibujaban una línea recta. Volvió a mover las manos, tirando más fuerte, haciendo fuerza largo rato antes de desistir.
Imperturbable, Kvothe se levantó y fue hasta la ventana que daba al bosque detrás de la posada. La abrió y se asomó por ella, estirando ambos brazos para coger algo abajo. Entonces volvió a meterse dentro de la habitación, llevando una caja de madera pequeña en las manos.
Retiró una capa de polvo y telarañas y abrió la caja. Dentro había una llave de hierro negra y una llave de brillante cobre. Kvothe se arrodilló otra vez frente al arcón y metió la llave de cobre en la cerradura de hierro. La hizo girar lentamente, con precisión: vuelta a la izquierda, a la derecha, otra vez a la izquierda, escuchando atentamente los débiles chasquidos del mecanismo interno;
Entonces cogió la llave de hierro y la introdujo en la cerradura de cobre. Esa llave no la hizo girar. La encajó hasta el fondo de la cerradura, la extrajo un poco y volvió a empujarla antes de sacarla del
todo con un rápido y ágil movimiento.
Guardó las llaves en la caja y volvió a poner las manos eñ los lados de la tapa, en la misma posición que antes.
—Ábrete —murmuró—. Ábrete, maldita sea. ¡Edro!
Tiró de la tapa, y la espalda y los hombros se le tensaron con el esfuerzo.
La tapa del arcón no cedió. Kvothe dio un largo suspiro y se inclinó hacia delante hasta apoyar la frente contra la fría y oscura madera. Mientras expulsaba el aire, dejó caer los hombros; de pronto parecía débil y quebrantado, terriblemente cansado y mucho mayor de lo que era.
Sin embargo, su expresión no delataba sorpresa ni pena, sino tan solo resignación. Era la expresión de un hombre que por fin ha recibido la mala noticia que llevaba tiempo esperando.

152 Baya de saúco

No era una buena noche para estar al raso.
Las nubes habían aparecido tarde, como una sábana gris desplegándose por el cielo.
Soplaba un viento frío y racheado, y una lluvia intermitente caía con fuerza para de pronto reducirse a una fina llovizna.
Pese a todo eso, los dos soldados acampados en un bosquecillo cerca del camino parecían estar divirtiéndose. Habían encontrado la provisión de leña escondida de un leñador y habían encendido una fogata tan alta y tan caliente que las rociadas de lluvia apenás la hacían silbar y chisporrotear un poco.
Los dos hombres hablaban en voz alta, riendo con la risa desenfrenada y estridente de quienes están demasiado borrachos para molestarse por las inclemencias del tiempo.
Un tercer hombre salió de entredós árboles oscuros y pasó con cuidado por encima de un tronco caído. Iba mojado, por no decir empapado, y el cabello castaño oscuro se le adhería a la cabeza. Cuando los soldados lo vieron, alzaron sus botellas y lo saludaron con gritos de entusiasmo.
—No sabíamos si podrías acercarte —dijo el soldado rubio—. Hace una noche de perros. Pero es justo que te lleves tu parte.
—Estás calado —dijo el de lá barba alzando una botella amarilla y estrecha—. Bebe un poco de esto. Es de frutas, pero pega a base de bien.
—Eso son meados para señoritas—dijo el rubio levantando su botella—. Toma. Esto sí que es bebida de hombres.
El recién llegado miró una y otra botella tratando de decidirse. Al final levantó un dedo, señaló primero una botella y luego la otra y empezó a cantar:
Arce. Mayo.
Canta y baila.
Ceniza y brasa.
Del saúco la baya.
Terminó señalando la botella amarilla; la cogió por el cuello y se la llevó a los labios. Dio un sorbo largo y lento.
—¡Eh, tú! —dijo el soldado de la barba—. ¡Deja un poco!
Bast bajó la botella y se relamió. Soltó una risa áspera y forzada.
—Es la botella de licor buena —dijo—. Baya de saúco.
—Ya no estás tan parlanchín como esta mañana —observó el rubio ladeando la cabeza—. Parece que se te haya muerto el perro. ¿Va todo bien?
—No—dijo Bast—.Nada va bien.
—Si te ha descubierto, nosotros no tenemos la culpa —se apresuró a decir el rubio—. Esperamos un poco después de salir tú, como nos dijiste. Pero ya llevábamos horas esperando. Creíamos que no saldrías nunca.
—Mierda —dijo el de la barba con fastidio^—. ¿Se ha enterado? ¿Te ha echado?
Bast sacudió la cabeza y volvió a inclinar la botella.
—Entonces, no te quejes. —El soldado rubio se frotó la cabeza y frunció el ceño—. Ese desgraciado me ha hecho un par de chichones.
—Bah, yo se los he devuelto con propina. —El de la barba sonrió y se frotó los nudillos con el pulgar—. Mañana se levantará meaindo sangre.
—Bueno, todo ha terminado bien —dijo el rubio con filosofía, y se tambaleó un poco mientras agitaba la botella con gesto exageradamente teatral—. Tú has hecho trabajar a tus

nudillos. Yo me he llevado un licor excelente. Y nos hemos sacado unos buenos peniques. Todos felices. Todos tenemos lo que queríamos.
—Yo no tengo lo que quería —dijo Bast con voz monótona.
—Todavía no —dijo el de la barba; se metió una mano en el bolsillo y sacó una bolsa que tintineó cuando la sopesó en la palma de la mano—. Pillá un poco de fuego y nos repartiremos esto.
Bast miró alrededor del cerco de lu? de la hoguera sin mostrar intención de sentarse. Entonces se puso a cantar otra vez mientras señalaba cosas al azar: una piedra, un tronco, un hacha...Surco. Aradura.
Ceniza y encina.
Espera y apura.
Humo de cocina.
Acabó apuntando al fuego. Se acercó a él, se agachó y agarró una rama más larga que su brazo. Uno de los extremos era un sólido nudo de carbón ardiendo.
—Eh, estás más borracho que yo —dijo el de la barba riendo—. Cuando dije que pillases un poco de fuego, no era para que te lo tomaras al pie de la letra.
El soldado rubio soltó una carcajada.
Bast los miró a los dos, y al cabo de un momento rió también. Su risa produjo un sonido terrible, recortado y sin alegría. No era una risa humana.
—Oye —dijo el de la barba con brusquedad poniéndose serio—. ¿Qué te pasa?
Empezó a llover otra vez, y una ráfaga de viento lanzó unos goterones contra el rostro de Bast. Tenía los ojos oscuros y una mirada decidida. Sopló otra: ráfaga de viento que hizo resplandecer de un anaranjado brillante el extremo encendido de la rama.
El tizón caliente describió Un arco luminoso en el aire mientras Bast empezaba a apuntar alternadamente a los dos hombres, cantando:

Piedra. Duela.
Barrica y cebada.
Viento y agua.

Barrabasada.

Bast terminó con la rama encendida apuntando al soldado de la barba. La hoguera alumbraba sus dientes rojos. Su expresión era la antítesis de una sonrisa.

EPÍLOGO. Un silencio triple

Volvía a ser de noche. En la posada Roca de Guía reinaba el silencio, un silencio triple.
El silencio más obvio era una calma hueca y resonante, constituida por las cosas que faltaban. Si hubiera estado cayendo una lluvia pertinaz, esta habría repiqueteado en el tejado, habría corrido a raudales por los aleros y se habría llevado lentamente el silencio hasta el mar. Si hubiera habido amantes en las camas de la posada, habrían suspirado y gemido y el silencio se habría alejado, avergonzado. Si hubiera habido música... pero no, claro que no había música. De hecho, no había ninguna de esas cosas, y por eso persistía el silencio.
Fuera de la posada Roca de Guía, el sonido de un jolgorio en la distancia se colaba débilmente entre los árboles. Unas notas de violín. Voces. Pisotones de botas y palmadas. Pero era un sonido fino como un hilo, y el viento lo rompió al cambiar de dirección, dejando únicamente un susurro de hojas y algo semejante al lejano grito de un búho. Eso también se apagó, dejando solo el segundo silencio, suspendido como una inspiración infinita.
El tercer silencio no era fácil reconocerlo. Si pasabas una hora escuchando, quizá empezaras a notarlo en el frío metal de una docena de cerraduras bien cerradas para mantener alejada a la noche. Estaba en las bastas jarras de sidra de cerámica y en los vacíos de la taberna donde debería haber habido sillas y mesas. Estaba en las dolorosas manchas amoratadas que brotaban por un cuerpo, y estaba en las manos del hombre que tenía esos cardenales cuando se levantó con rigidez de su cama, apretando la mandíbula para combatir el dolor.
El hombre tenía el pelo rojo como el fuego. Sus ojos eran oscuros y distantes, y se movía con la sutil certeza de un ladrón en la noche. Bajó la escalera. Abajo, detrás de las ventanas bien cerradas, alzó las manos como un bailarín, desplazó el peso del cuerpo y dio un solo paso lento y perfecto.
La posada Roca de Guía era suya, y también era suyo el tercer silencio. Así debía ser, pues ese era el mayor de los tres silencios, y envolvía a los otros dos. Era profundo y ancho como el final del otoño. Era grande y pesado como una gran roca alisada por la erosión de las aguas de un río. Era un sonido paciente e impasible como el de las flores cortadas; el silencio de un hombre que espera la muerte.Aquí termina el segundo día de la historia de Kvothe. Continuará..